
EL GRAN LIBRO DE LA
MITOLOGÍA
GRIEGA
ROBIN HARD
Basado en el *Manual de mitología griega* de H. J. Rose

Los personajes, las historias y los temas de la mitología griega son, probablemente, el legado más importante de la antigua Grecia. Robin Hard hace en este libro un completo recorrido por el mismo, desde los orígenes del Caos y la Noche. Describe las leyendas de los hijos de Cronos y los primeros mitos populares que surgieron de la conciencia griega; continúa con la guerra con los Titanes y narra todas las aventuras de los dioses del Olimpo, así como las actividades y asociaciones de cada dios y diosa, y las de todos los dioses menores y deidades extranjeras relacionadas con ellos, sin olvidar las historias de los héroes: Heracles, Teseo, Cadmo, Edipo, Jasón y los Argonautas... y, sobre todo, los protagonistas de la guerra de Troya.

El autor se basa en el *Manual de mitología griega* de H. J. Rose, publicado por primera vez en 1928, y que ha sido hasta ahora el libro más accesible sobre este tema. Ha reescrito y revisado completamente el antiguo texto y añadido las conclusiones de las últimas investigaciones. El resultado es esta obra que presenta un exhaustivo y sistemático desarrollo de la compleja masa de leyendas, acompañado de numerosas citas de los autores clásicos, mapas, árboles genealógicos e ilustraciones que dan vida a los relatos. Un gran libro destinado a convertirse en el referente mundial sobre mitología.



ROBIN HARD

EL GRAN LIBRO DE LA MITOLOGÍA GRIEGA

Basado en el *Manual de mitología griega* de H. J. Rose

Traducción
Jorge Cano Cuenca

la esfera de los libros

Primera edición: febrero de 2008

Título original: *The Routledge Handbook of Greek Mythology*, based on H. J. Rose's *Handbook of Greek Mythology*
Primera edición publicada en inglés por Routledge, un sello de Taylor & Francis Group

Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Teléf.: 91 296 02 00 • Fax: 91 296 02 06
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-9734-699-3
Depósito legal: M. 1.035-2008
Fotocomposición: Versal AG, S. L.
Fotomecánica: Unidad Editorial
Imposición y filmación: Preimpresión 2000
Impresión: Cofás
Encuadernación: Méndez
Impreso en España-*Printed in Spain*

Índice

En memoria de
Launcelot Frederic Hard
1916-2002.

Prefacio

Aunque este libro, tal y como lo presentamos, sea esencialmente nuevo, mi primera intención era hacer una versión revisada del clásico *Handbook of Greek Mythology,* de H. J. Rose, y el resultado final mantiene una gran deuda con dicho trabajo en muchos aspectos, ya que se ha incorporado bastante material y he seguido su estructura general en muchos capítulos, especialmente en aquellos que se refieren a la mitología de los dioses. Herbert Jennings Rose (1883-1961), que fue catedrático de griego en Saint Andrews desde 1927 a 1953, escribió mucho acerca de la religión y la mitología antigua, editó el manual de mitología de Higino en 1928 y fue también un consumado traductor que presentó al público inglés los trabajos de notables especialistas en el mundo clásico de la Europa continental, como Martin Persson Nilsson y Raffaele Pettazzoni. Rose indica en el prefacio de su manual de mitología que se sintió obligado a escribir porque, como profesor de filología clásica, a menudo se había sentido con dificultades por la falta de libros de cierta extensión que, desde los postulados de las investigaciones modernas, hicieran una presentación extensa de la mitología griega. Su trabajo, publicado en 1928, colmó ampliamente las necesidades tanto de los estudiantes como de aquellos que estaban interesados en la materia. Aún hoy en día sigue resultando útil, a pesar de la publicación de varios libros desde su aparición, entre los que se encuentran varios diccionarios de mitología clásica y los estudios de Robert Graves (dos volúmenes que siguen siendo bastante célebres a pesar de sus excentricidades) y Carl Kerényi (fue el propio Rose el que tradujo el segundo volumen de *The Heroes of the Greeks*). Después de continuas reimpresiones a lo largo de setenta años, sus editores pensaron la conveniencia de revisarlo, teniendo en cuenta los avances en la materia y las necesidades que plantean los lectores actuales. Inevitablemente, el libro ha pasado de moda e incluso, en algunos aspectos, es poco fiable. Por poner un ejemplo, los avances en arqueología y en otras disciplinas, así como el desciframiento del Lineal B, (la escritura micénica), han hecho que nuestra comprensión de los orígenes y de

las historias más antiguas de algunos de los dioses principales (cf. p. 127) haya cambiado. Como guía canónica de los mitos griegos, el libro arrastraba una importante lacra desde el comienzo, a saber, la parte dedicada a los mitos heroicos es excesivamente breve, más aún cuando se afirma que los mitos griegos, tal y como aparecen en la literatura clásica, consisten principalmente en leyendas heroicas (y resulta sorprendente que se conserven tan pocas historias que traten sólo sobre dioses). Por tanto, emprendí la tarea de preparar una edición revisada que aumentara esta área de la mitología, mediante la adición de nuevos capítulos y los necesarios ajustes del texto para dar cuenta de los cambios que se habían producido tanto en nuestro conocimiento de la mitología como de nuestras necesidades. El resultado fue bastante insatisfactorio, demasiado arduo. Si el libro original hubiera sido más accesible, ese trabajo habría resultado más práctico; pero la realidad era que se trataba de un libro demasiado personal e idiosincrásico para que se dejara someter a discretas enmiendas o añadidos. O bien bastaban unos pocos cambios o bien se trataba de reescribir el libro entero; y dado que había empezado ya con la segunda opción, decidí llevarla hasta el fin. Aunque el resultado final debe bastante al manual de Rose, más de lo que pudiera parecer a primera vista —y valoro esa continuidad—, es mucho más extenso y bastante distinto en enfoque y contenido, por lo que no puede ser entendido como un reemplazo ni un sustituto. Espero, en verdad, que el libro de Rose se siga imprimiendo durante un tiempo y que llegue a cumplir cien años.

***

Cuando aparecen narraciones griegas tomadas de fuentes romanas, los nombres de los personajes se mantienen en sus formas griegas, no en las latinas. Cabe aquí recordar que a los romanos les gustaba identificar a los dioses griegos con las divinidades equivalentes en la tradición romana e itálica y que solían dar nombres latinos a las divinidades griegas cuando narraban los mitos del acervo griego. En las obras de autores latinos como Ovidio o Higino, las divinidades griegas suelen aparecer de esta manera:

Afrodita como Venus
Ares como Marte
Ártemis como Diana
Atenea como Minerva
Deméter como Ceres
Dioniso a menudo como Líber (o como Baco)

Hefesto como Vulcano
Hermes como Mercurio
Hestia como Vesta
Crono como Saturno
Poseidón como Neptuno
Zeus como Júpiter

Perséfone, por un cambio fonético, pasó a Proserpina en latín, Heracles a Hércules y Leto a Latona. Otros nombres se tradujeron: Eros a Cupido o Amor, Pluto a Dite (cf. p. 160), Helios a Sol.

***

Cuando indico los orígenes de los textos griegos o de las leyendas, he considerado conveniente, e incluso necesario, referirme a las eras de la historia griega en lugar de a siglos o fechas concretos. El período arcaico se data entre los años 800 o 750 a.C. hasta 480 a.C., desde el fin de la edad oscura hasta las guerras médicas; el período clásico, entre 480 y la muerte de Alejandro Magno, en 323 a.C. (o más ampliamente los siglos V y IV por entero, el período más floreciente de la cultura griega); el período helenístico, desde la muerte de Alejandro hasta el final del siglo I a.C.; el período romano, desde el siglo I a.C. en adelante (o con más precisión desde el año 31 a.C., cuando Augusto vence a las tropas de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio).

Nota a la edición española

La transcripción de nombres propios y de topónimos sigue el estándar fijado en la prestigiosa colección Biblioteca Clásica Gredos, en la que se pueden encontrar excelentes traducciones de los textos clásicos citados en este libro, y se siguen los criterios de Manuel Fernández Galiano en su libro *La transcripción castellana de los nombres propios griegos* (Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, 1969). Las traducciones llevadas a cabo por filólogos clásicos en cualquiera de las editoriales de prestigio siguen generalmente este mismo estándar.

Cuando aparecen citas literales de textos de la literatura griega, se han seguido las traducciones que se han considerado mejores en cada caso, citándose la edición castellana correspondiente.

Capítulo I
Fuentes de la mitología griega

Los mitos de la Grecia antigua, como los de la mayor parte de las culturas, se mantuvieron continuamente en un estado de flujo cambiante, experimentando constantes cambios a medida que las narraciones orales y los autores de las distintas épocas de la Antigüedad los iban contando una y otra vez de manera distinta. Un manual como éste ha de tener una doble intención: en primer lugar, presentar una relación sistemática del canon del mito griego, tal y como quedó establecido en la poesía arcaica y clásica, especialmente en la épica y en la tragedia; en segundo lugar, mostrar cómo ese material fue compilado y sistematizado en prosa por los mitógrafos antiguos. Para hacernos una buena idea de la naturaleza de una *vulgata*, o una tradición canónica, del mito, del modo en que fue concebido por los mitógrafos de las épocas helenística y romana, hay que acudir al único manual general sobre mitología de la Antigüedad griega que ha llegado hasta nosotros: la *Biblioteca* de Apolodoro. Los mitos y leyendas principales fueron organizados según una pauta seudohistórica en la que se pretendía suministrar una historia, con bastante coherencia, del universo, del mundo de los dioses y del mundo griego de la edad heroica (cuyo fin, según quedó fijado por la tradición, se fechaba después de la caída de Troya). Esta historia se apoyaba en unos rigurosos sistemas genealógicos, tanto de dioses como de héroes, que resultaban esenciales para poder plantear una cronología consistente. Dentro de este marco general, se podía contar cada uno de los mitos de diferentes maneras; incluso entre los textos más antiguos, por ejemplo, los que median entre Homero y Eurípides, aparecen una multitud de variantes, y las narraciones más tardías también dejaron su marca. Aunque las versiones más contundentes se suelen quedar en la imaginación de todos a expensas de las demás, como, por citar un ejemplo, la narración sobre la muerte de Agamenón llevada a cabo por Esquilo (cf. p. 655), en la mayoría de los casos es un error afirmar que hay una versión estándar del mito que quedara fijada desde una época temprana. Aparte de la simple pretensión de narrar sólo los mitos y de situar-

los en su contexto apropiado dentro del amplio campo de la mitología sobre dioses y héroes, un manual, asimismo, ha de intentar trazar la historia de los mitos más importantes y examinar cómo evolucionaron a lo largo de los siglos y llegaron a ser contados de diferente manera por autores distintos en diversos géneros literarios. Dado que los lectores interesados en la mitología griega no tienen necesariamente que tener un conocimiento profundo de la literatura antigua, y ya que algunos autores y escritos fundamentales para el estudio de los mitos no son muy célebres más allá de los círculos especializados, hemos considerado que podría ser útil incluir como prefacio de este libro una relación de las fuentes principales para el estudio de la mitología griega. Los autores más relevantes aparecen por orden alfabético en lugar de por contexto histórico, a fin de que los lectores puedan buscar información sobre ellos o sobre las obras literarias citadas en este libro con mayor facilidad.

Las referencias cruzadas entre autores están señaladas con un asterisco antes del nombre del autor. Los autores de esta lista o eran griegos o escribieron en griego, a no ser que se señale lo contrario. La historia de Grecia, posterior a los siglos oscuros, se divide convencionalmente en cuatro períodos: arcaico, clásico, helenístico y romano; la cronología de cada uno de ellos está explicada en el prefacio.

ACUSILAO DE ARGOS (*circa* siglo VI a.C.), mitógrafo antiguo que escribió una historia legendaria de la Argólide, su tierra natal (cf. p. 306) y de otras regiones. Aporta narraciones en prosa de varias leyendas de la tradición épica. Se conservan de él muy pocos textos, menos que de sus sucesores principales: *Ferécides y *Helánico.

ALCEO DE MITILENE (nacido en la segunda mitad del siglo VII a.C), poeta lírico arcaico contemporáneo y compatriota de Safo.

ALCMÁN (siglo VII a.C.), autor arcaico de lírica coral que vivió en Esparta.

ANTONINO LIBERAL (probablemente siglo II a.C.), mitógrafo, autor de una antología sobre mitos de transformación, la *Colección de metamorfosis*, que ha llegado hasta nosotros. Escrita en prosa, nos transmite 49 historias sobre transformaciones. La mayor parte de las narraciones están basadas en versiones de dos poetas de época helenística de los que no conservamos nada:

*Nicandro, que compuso un poema en cinco libros sobre metamorfosis de la mitología, y un tal Boyo o Boyos (seguramente un pseudónimo), que compuso un poema extenso llamado *Ornithogonía*, en el que se contaban cuentos acerca de grupos de personas que habían sido transformados en pájaros.

APOLODORO es el nombre que recibe tradicionalmente el autor de la *Biblioteca*, el único manual de mitología de la Antigüedad que ha llegado hasta nosotros. Aunque antiguamente se pensó que era obra de Apolodoro de Atenas, un erudito del siglo II a.C. que escribió sobre mitología y religión, entre otras cosas, es una compilación relativamente tardía y bastante poco pretenciosa, probablemente redactada en los siglos I o II d.C. La última parte del libro (centrada en la dinastía de Pélope y en la guerra de Troya) se conserva tan sólo por dos resúmenes en prosa que fueron descubiertos a finales del siglo XIX; pero su narración es tan concisa que la mayoría de los lectores no se dan cuenta del cambio. La *Biblioteca* es, realmente, una historia mítica de Grecia ordenada de modo genealógico de acuerdo con la modalidad establecida en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo (cf. Hesíodo) que también sirvió de punto de partida a otros mitógrafos como *Ferécides —el autor más frecuentemente citado— y *Helánico; y dado que está en gran parte basado en fuentes muy tempranas, en obras de mitógrafos muy antiguos de los que apenas se conservan más que unos fragmentos, resulta de un valor inestimable para analizar la tradición de una *vulgata* arcaica. Aunque pueda resultar muy elemental en buena parte, transmite los mejores resúmenes que conservamos sobre muchas narraciones míticas (de ahí, el continuo uso que han hecho de este libro los compiladores de diccionarios y manuales de mitología) y las historias están desarrolladas en el contexto que les corresponde y acompañadas por exhaustivas genealogías.

APOLONIO DE RODAS (siglo III a.C.), erudito poeta helenístico, autor de las *Argonáuticas*, poema épico en cuatro libros en el que se narra la búsqueda del vellocino de oro llevada a cabo por Jasón junto a los Argonautas. Dado que no conservamos testimonios de la épica arcaica sobre el viaje de Jasón y los Argonautas, Apolonio es la principal fuente para esta leyenda, junto a los *escolios que acompañan la obra, que suministran toda clase de información sobre las versiones tempranas de la historia y de las leyendas locales asociadas con el viaje y sus peripecias. Desde el punto de vista literario, el poema resulta más impresionante cuando se centra en el proceso senti-

mental que sufre Medea y en los amores que surgen entre ella y Jasón que cuando se desarrolla en parámetros puramente heroicos. Conservamos también, aunque no completas, unas *Argonáuticas* en latín compuestas por un poeta del siglo I d.C., Valerio Flaco, y un interesante poema griego de época tardía, las *Argonáuticas órficas*, deudor en buena parte de Apolonio, aunque también de otras fuentes, que ofrece una versión distinta del viaje de regreso de los Argonautas. Asimismo, la *Pítica IV* de *Píndaro es la versión completa más antigua que conservamos sobre la historia de los Argonautas.

ARATO (*circa* 315-240 a.C.), poeta didáctico helenístico, autor de un poema astronómico muy célebre en la Antigüedad, los *Fenómenos*, que describe las constelaciones, sus ascensiones y sus ocasos a partir de los datos que suministró el gran astrónomo Eudoxo de Cnido (*circa* la primera mitad del siglo IV a.C.). Aunque Arato no hace especial hincapié en la mitología astral, pues cuenta o hace referencia a esos mitos en tan sólo 12 ocasiones, su poema ayudó en buena parte a acrecentar el interés popular en las constelaciones y sus mitos. La colección canónica de mitos referidos a las constelaciones fue compilada más tarde por *Eratóstenes en un tratado en prosa. Los escolios incluyen mucha información sobre este tema en los *Fenómenos*, al igual que las adaptaciones latinas del poema llevadas a cabo por Germánico, el sobrino del emperador Tiberio (año 15 a.C-19 d.C.) y Avieno (siglo IV d.C.).

ARISTÓFANES (nacido a mediados del siglo V a.C.), autor de comedias ateniense del que conservamos 11 obras. Aunque no toma directamente la tradición mítica como tema para sus obras, como sucede generalmente con la tragedia antigua, en muchas ocasiones resulta muy valioso por lo que revela sobre algunos mitos concretos y también por la actitud popular respecto a ellos y a la religión. *Ranas*, obra en la que Dioniso y su esclavo Jantias hacen una visita a la tierra de los muertos, es especialmente reveladora sobre las tradiciones mitológicas y los cuentos populares sobre el mundo subterráneo durante la época clásica.

ARISTÓTELES (384-322 a.C.), filósofo con un rango de intereses enciclopédico. Sus escritos tratan de cuestiones mitológicas en algunas ocasiones, y una obra espuria dentro del *corpus* aristotélico, *De audibilibus*, recoge algunas tradiciones singulares referidas a lugares extranjeros. Los fragmentos que conservamos del seudoaristotélico *Peplo* tienen también algún interés por

lo que nos aportan sobre el destino de algunos de los guerreros que lucharon en Troya.

ATENEO (activo en torno al año 200 a.C.), autor del *Banquete de los sofistas* (*Deipnosophistai*), una excéntrica compilación en quince libros que recoge más de lo que nadie haya querido nunca saber acerca de banquetes y convites. Ya que Ateneo extrae sus comentarios de un amplio número de fuentes y nunca parece muy reacio a dar una cita, su farragosa obra ha permitido que se conserven muchos datos de gran valor, algunos relativos a mitos, que de otro modo se hubieran perdido.

BAQUÍLIDES (muerto en los años centrales del siglo V a.C.), poeta lírico, sobrino de Simónides y contemporáneo de *Píndaro. Se recuperaron importantes fragmentos de sus epinicios (odas corales en honor de los vencedores de los juegos) y de seis de sus ditirambos a partir de unos papiros descubiertos en el siglo XIX. Los epinicios están construidos a la manera de los de *Píndaro, con una narración mítica en su parte central. Aunque Baquílides carece de la fuerza y del genio de su gran contemporáneo, es un narrador original y con toques muy personales. Su *Epinicio V* nos da una buena muestra de ello, cuando describe el encuentro y diálogo entre Heracles y la sombra de Meleagro tras el descenso a los infiernos del gran héroe en búsqueda de Cerbero; momento en el que Heracles se conmueve hasta las lágrimas al escuchar el relato de Meleagro sobre su muerte prematura. Otra oda bastante bien conservada cuenta cómo las hijas de Prito, rey de Tirinto, ofendieron una vez a Ártemis y enloquecieron hasta que la ira de la diosa se aplacó. Asimismo, los ditirambos tienen atractivas narraciones míticas, por ejemplo cuando Teseo demuestra a Minos que es hijo de Poseidón (cf. pp. 452-453) o cómo el héroe llega a Atenas, la tierra natal de sus ancestros.

BIÓN DE ESMIRNA (finales del siglo II a.C.), poeta pastoril que pasa por ser el posible autor del *Lamento por Adonis*.

CALÍMACO (*circa* 305-240 a.C.), poeta y erudito helenístico que llevó a cabo el catálogo de los libros de la Biblioteca de Alejandría. Sus seis *Himnos*, que están repletos de un interesante acervo mitológico, se conservan por entero porque un editor de la Antigüedad tardía los incluyó en una colección de himnos junto a los *Himnos homéricos* y otros poemas similares. Aunque el

modelo de Calímaco sean los **Himnos homéricos*, su carácter es diferente, como cabría esperar, ya que los del gran poeta helenístico son muy sofisticados y deliberadamente divertidos y su tono es a menudo amablemente irónico. El *Himno III*, dedicado a Ártemis, tiene un encanto peculiar. El *Himno V* cuenta cómo Tiresias se queda ciego después de ver a Atenea desnuda (cf. p. 433), mientras que el *Himno VI* narra cómo el héroe tesalio Erisictón fue castigado a padecer un hambre insaciable después de talar unos árboles de un bosque consagrado a Deméter (cf. p. 189). Aunque estos poemas pueden parecer un tanto ásperos en una primera lectura, llegan a ser muy seductores cuando el lector se da cuenta del característico humor y de la original voz poética de su autor. Del resto de su producción poética conservamos sólo fragmentos, algunos recuperados a través de papiros.

CICERÓN (106-43 a.C.), político, orador y ensayista romano, a veces hace referencia a las leyendas griegas y a cuestiones mitológicas en sus tratados sobre religión y filosofía.

CICLO ÉPICO, y la épica arcaica en general (aparte de las obras de *Homero y *Hesíodo). (i) El ciclo épico estaba formado por una colección de poemas épicos antiguos que fueron ordenados dentro de un ciclo para suministrar una relación cronológica de los episodios más importantes de la mitología griega. Aunque debió de haber diferentes colecciones con diversos contenidos, los poemas que se catalogan bajo el nombre de «ciclo» en los testimonios que conservamos son un oscuro poema llamado *Titanomaquia*, que tenía por tema los albores de la historia del mundo y de los dioses (posiblemente muy cercano a la *Teogonía* de Hesíodo), y dos series de poemas épicos, una más breve sobre la familia de Edipo y las Guerras Tebanas y otra más extensa sobre la guerra de Troya, sus orígenes y sus secuelas. (ii) Aunque apenas se sabe nada sobre la *Titanomaquia* y sobre la épica de temática tebana, tenemos muchos más datos sobre los poemas del ciclo troyano, en parte porque el número de fragmentos y testimonios conservados es mayor y en parte porque conservamos los resúmenes de su contenido que elaboró un cierto *Proclo en época romana. El primer poema del ciclo troyano, las *Ciprias*, contaba los orígenes de la guerra y sus avatares hasta el momento en el que comienza la *Ilíada*. Desconocemos por completo a qué se refería su título. La *Etiópida* continuaba la historia en donde la dejaba la *Ilíada* y narraba cómo la amazona Pentesilea y el príncipe etíope Memnón habían

terminado luchando como aliados de los troyanos (cf. pp. 577 y ss.). Allí se contaba también la muerte de Aquiles, alcanzado por la flecha de Apolo y Paris cuando avanzaba hacia la ciudad después de haber dado muerte a Memnón. Los argumentos de los dos siguientes poemas épicos, la *Pequeña Ilíada* (*Ilias Mikra*) y la *Toma de Troya* (*Iliupersis*), parece que se solapaban de cierta manera. El primero de los dos se centraba en el suicidio de Áyax y en los acontecimientos inmediatamente anteriores a la toma de Troya, que era el argumento del segundo. Los *Regresos* (*Nostoi*) funcionaban como un añadido a la *Odisea* ya que contaban los viajes de regreso de los principales héroes griegos, excepto Odiseo (cf. pp. 621 y ss.); el último poema del ciclo, una composición relativamente tardía llamada la *Telegonia*, era una narración sobre los años finales de la vida de Odiseo en Ítaca después de sus viajes. (iii) Aunque conocemos los nombres de otros poemas épicos arcaicos y de algunos poetas épicos, o no se conserva nada de ellos o muy poco. Muchos poetas compusieron obras sobre Heracles, por poner un ejemplo, entre ellos un espartano llamado Cinetón y un rodio llamado Pisandro e incluso, en un período relativamente tardío, Paniasis de Halicarnaso, tío de Heródoto. También Teseo fue el protagonista de algunos poemas similares, así como la historia de Jasón y los Argonautas que también fue bastante popular; los *escolios a Apolodoro nos informan de que esta historia fue el centro de un poema épico temprano llamado la *Naupactia*. Diversas leyendas de diferentes regiones de Grecia sirvieron también de argumento a varios poemas épicos arcaicos: un poema llamado la *Forónida* trataba sobre las primeras historias de la Argólide (cf. p. 303) y un poeta épico corintio llamado Eumelo compuso una obra sobre la historia antigua de su tierra natal (cf. pp. 560-561). Dado que la poesía épica, oral o escrita, se convirtió en el principal medio literario para las narraciones mitológicas durante la época arcaica, es importante hacer hincapié en lo poco que sabemos sobre esas composiciones épicas tempranas. Cabe señalar que el libro de G. L. Huxley, *Greek Epic Poetry: Eumelos to Panyassis* (Londres, 1966), ofrece una importante ayuda para acercarse a esta área de la literatura griega.

COLUTO (siglo V d.C.), autor del *Rapto de Helena*, un piadoso y breve poema épico de 394 versos.

CONÓN (probablemente activo en el siglo I d.C. o a comienzos del II), mitógrafo, autor de una colección de 50 leyendas de temática diversa en la que tienen

una parte preeminente aquellas que versan sobre fundaciones de ciudades. Se conserva un resumen preparado por el erudito bizantino Focio.

DIODORO DE SICILIA (siglo I a.C.), historiador griego de Sicilia, autor de una historia universal en 14 libros. Frente a aquellos historiadores que hacen gala de una mirada más crítica, Diodoro no excluye los períodos legendarios de su narración, y los primeros libros de su historia tienen un gran valor para los estudios mitológicos. Como es fácil de entender en una obra con pretensiones históricas, tiende a dar preponderancia a las visiones racionalistas del período helenístico, pero buena parte de ese material que incluye tiene por sí mismo gran interés, principalmente lo que tiene que ver con *Evémero y algunos extractos de dos obras de Dionisio Escitobraquión («El del brazo de cuero» debido a su prolífica actividad) que aportan versiones novelísticas del mito de los Argonautas y del de las Amazonas. Sin embargo el libro IV, que trata sobre la historia mítica de Grecia, parece basado en gran parte en un manual mitológico e incluye un material más convencional proveniente de la *vulgata* más antigua. La biografía de Heracles tiene gran valor dado que aporta un interesante complemento a la que aparece en el libro de *Apolodoro.

DIONISIO DE HALICARNASO (siglo I a.C.) crítico literario e historiador griego. Vivió en Roma por espacio de veinte años, allí llevó a cabo su compilación de las *Antigüedades romanas* (*Romaike Archailogike*), una larga y detallada historia de Roma desde los primeros tiempos hasta las Guerras Púnicas. El libro I, que trata sobre la prehistoria de la región y los orígenes y la fundación de la ciudad, aporta muchos datos sobre las leyendas griegas relacionadas con Roma y la península Itálica.

ELIANO (Claudio Eliano, *circa* 172-235 d. C.), prosista, autor de la *Miscelánea histórica* y de una antología de historias sobre animales que aporta interesantes datos sobre mitos.

ERATÓSTENES (*circa* 285-194 a.C.), versátil erudito alejandrino que llevó a cabo la compilación de la colección estándar de mitos de constelaciones, los *Catasterismos* (*Katasterismoi*). Este breve libro que ha llegado hasta nosotros bajo ese nombre es un resumen que realizó un autor posterior. Se puede encontrar más información sobre los contenidos de la obra original en la *Astro-*

nomía de *Higino y en los escolios a los *Fenómenos* de *Arato y a la traducción latina de ese poema que redactó Germánico. Theony Condos traduce el epítome y la parte más importante de la *Astronomía* de Higino en el libro *Star Myths of the Greeks and Romans* (Grand Rapids, 1997).

ESCOLIOS, se trata de antiguas notas explicatorias conservadas en los márgenes de las obras. Dado que muy a menudo los mitos eran fuente de temas para la poesía y el teatro griegos, muchas de estas notas están dedicadas a cuestiones mitológicas y cuentan versiones de los mitos a partir de las referencias que aparecen en el texto en cuestión. Asimismo los escolios explican cuestiones concretas o puntos específicos que surgen de la narración y en ellos también se citan pasajes paralelos y variantes que aparecen en otras fuentes —muchas veces perdidas para nosotros—. La mayor parte de nuestro conocimiento sobre algunos mitógrafos antiguos como *Ferécides y *Helánico proviene de los escolios. Los escolios de la épica homérica, *Píndaro, Eurípides, Apolonio y Licofrón son particularmente valiosos como fuentes de información mitológica. Los escolios latinos resultan también muy útiles para el estudio de la mitología griega, principalmente los de los poemas de Virgilio y de la épica tebana de Estacio.

ESQUILO (525-456 a.C.), el más antiguo de los tres grandes poetas trágicos atenienses. La obra de Esquilo no se ha perdido por completo: de las 80 o 90 tragedias que compuso, se conservan seis cuya autoría se debe indudablemente a Esquilo. Las tres obras de la trilogía de la *Orestía*, en la que se narra la sucesión de venganzas que surge en el seno de la familia de los Pelópidas, gobernantes de Micenas, son obras de una extraordinaria profundidad y equiparables a los poemas épicos homéricos, con los que rivalizan en el podio de los monumentos más impresionantes de la literatura antigua. La primera obra de la trilogía, *Agamenón*, cuenta cómo el rey de Micenas, Agamenón, es asesinado por su esposa Clitemnestra después de regresar de la guerra de Troya; la siguiente obra, *Coéforos*, trata sobre la vuelta a Micenas de Orestes, hijo de Agamenón, que es enviado fuera de la ciudad después del asesinato de su padre y que crece en el exilio; Orestes regresa para vengar a su padre dando muerte a Clitemnestra y al amante de esta, Egisto. La última obra de la trilogía, *Euménides*, se centra en la persecución de Orestes por las Erinias, las Furias, que reclaman venganza a pesar de que Apolo ha aprobado las muertes de Clitemnestra y Egisto. Finalmente Orestes queda

absuelto de matricidio en un juicio dirigido por Atenea en la propia ciudad de Atenas (cf. p. 659). Las otras obras conservadas son más duras y, en un primer momento, quizá menos cautivadoras. *Los siete contra Tebas*, la última obra de la trilogía tebana, cuenta cómo siete guerreros de Argos se enfrentan a siete adalides tebanos en las siete puertas de Tebas durante la primera de las dos Guerras Tebanas (cf. p. 420); *Suplicantes*, la última obra de una trilogía cuyo tema era el mito de las Danaides, narra cómo las 50 Danaides llegan a Argos como suplicantes huyendo de Egipto, en donde pretendían casarlas con sus primos, los 50 hijos de Egipto. Apenas hay acción en estas obras, en realidad, más de la mitad de esta última consiste en cantos corales. *Los persas*, en cambio, es una de las tragedias más curiosas ya que su punto de partida es un suceso histórico: trata sobre la derrota de Jerjes durante las Guerras Médicas. Acerca del *Prometeo encadenado*, la séptima tragedia atribuida a Esquilo, hay desacuerdos sobre si es una obra auténtica de Esquilo o si fue escrita por otro autor algunos años después (o incluso sobre si lo que conservamos es una reescritura en profundidad de una obra de Esquilo). Es digna de mención, de cualquier modo, por el singular retrato de Zeus que aparece en ella: Zeus se muestra como un tirano recién llegado al poder que ejerce su mandato mediante la violencia pura y dura. Ha clavado a Prometeo a una roca como castigo por oponerse a su voluntad y defender los intereses de los mortales. No obstante, Prometeo quedaba en libertad en la última obra de la trilogía y llegaba a alguna clase de reconciliación con Zeus (cf. pp. 143-144).

ESTACIO (Publio Papinio Estacio, *circa* 45-96 d.C.), poeta romano, autor de la *Tebaida*, un poema épico del ciclo tebano en 12 libros que cuenta la historia del conflicto entre los dos hijos de Edipo. También se embarcó en la composición de un poema épico sobre la vida de Aquiles, la *Aquileida*, del que sólo concluyó dos libros.

ESTEBAN DE BIZANCIO (siglo VI d.C.), autor de un extenso lexicón geográfico, las *Étnicas*, que contenía información sobre asuntos mitológicos e históricos. Aunque apenas conservamos nada del texto original, sus contenidos se han transmitido parcialmente a través de un resumen que ha llegado hasta nosotros.

ESTESÍCORO (*circa* mediados del siglo VI a.C.), poeta lírico de la Magna Grecia. Aunque se le incluye entre los autores de lírica coral, Estesícoro compuso

largos poemas narrativos que parecen tener más que ver con la épica que con la poesía lírica al uso. Entre la múltiple temática mitológica que sabemos que trató, se encuentra la caza del jabalí de Calidón, el robo de Heracles del ganado de Gerión (que pudo ser la base para la narración de Apolodoro de ese episodio, cf. p. 348), la traición de Erifila a su marido, el saqueo de Troya y la venganza de Orestes. Aunque aparentemente sus poemas ejercieron una influencia considerable sobre el desarrollo posterior de la tradición mítica, no conservamos casi nada de ellos. Estesícoro es, en sí mismo, un personaje con visos de leyenda, como veremos (cf. p. 746), ya que se contaba de él que Helena le había dejado ciego por los insultos que había proferido contra ella en un poema, por lo que compuso otro para retractarse de lo dicho y recuperar así la vista.

ESTRABÓN (*circa* 64 a.C.-19 d.C.), historiador y geógrafo, autor de un tratado geográfico en 17 libros que ha llegado hasta nosotros. La parte central de la obra es una geografía descriptiva y razonada del mundo entonces conocido, una compilación a partir de otras fuentes secundarias. Dado que a Estrabón le interesa básicamente el mundo como lugar de vida del ser humano y emplazamiento de las actividades humanas y de su historia, a menudo encuentra la ocasión para referirse a cuestiones mitológicas relacionadas con las tradiciones y la propia historia de las zonas que estudia. Su respeto a la autoridad de Homero le da pie a incluir material arcaico.

EURÍPIDES (*circa* 485-406 a.C.), poeta trágico ateniense, contemporáneo de Sófocles, aunque algo más joven. Dado que han sobrevivido dos colecciones de sus obras —una antología compilada en época romana y una parte de la edición alfabética de sus obras completas— conservamos 19 de sus tragedias, bastante más que de Esquilo o Sófocles. Siete de ellas se centran en la guerra de Troya y sus secuelas. *Ifigenia en Áulide* cuenta la historia de la hija de Agamenón, conducida al sacrificio para que la flota griega pudiera partir en dirección a Troya (cf. p. 579), mientras que *Ifigenia entre los tauros* cuenta cómo regresó de la lejana tierra de los tauros junto a su hermano Orestes años después de la guerra (cf. pp. 660 y ss.). *Reso* (que puede ser una falsa atribución a Eurípides) dramatiza una historia contenida en la *Ilíada*: Reso, un príncipe tracio que ha llegado a Troya como aliado de los troyanos, es asesinado por Odiseo y Diomedes mientras duerme. *Las Troyanas* (*Troades*) y *Hécuba* (*Hekabe*) son tragedias conmovedoras que tratan

sobre el destino de las mujeres más importantes de Troya después de la caída de la ciudad. *Helena* es una curiosa tragicomedia basada en una versión poco convencional de la leyenda de Helena en la que es su fantasma el que acompaña a Paris hasta Troya, mientras que la propia Helena permanece en Egipto durante los años que dura la guerra (cf. p. 576). Se contaba que la viuda de Héctor, Andrómaca, se había convertido en la concubina de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, en el Epiro después de la guerra: la *Andrómaca* de Eurípides la presenta como víctima de los celos de la esposa de Neoptólemo, Hermíone, que no puede tener hijos y planea darla muerte a ella y a su hijo aunque su plan quede finalmente frustrado (cf. p. 515). Hay tres tragedias de Eurípides dedicadas al ciclo tebano: *Bacantes*, obra muy tardía, y quizá la mejor de las obras de Eurípides que conservamos, cuenta cómo Penteo, rey de Tebas, recibe un horrible castigo cuando intenta proscribir los orgiásticos ritos dionisíacos (cf. p. 236). *Fenicias* es una tragedia extensa, cuyo final aparentemente fue redactado después de la muerte de Eurípides, que trata sobre la disputa entre los hijos de Edipo y sobre la guerra de Tebas, mientras que *Suplicantes* narra cómo las madres de los caudillos argivos muertos en la guerra piden ayuda a Teseo después de que los tebanos les hayan prohibido enterrarlos. Los argumentos de las dos tragedias dedicadas a historias de la mitología ateniense, *Hipólito* e *Ion*, están resumidos *infra* en pp. 468-469 y 530-531. Tres obras tienen como centro a Heracles y a sus hijos: *Alcestis* cuenta cómo Heracles salva de la muerte a Alcestis después de que ella se presente voluntaria para morir en lugar de su esposo Admeto; en *Heracles furioso* el héroe rescata a su familia de un usurpador en el trono de Tebas, pero termina dando muerte a sus hijos en un ataque de locura inspirado por Hera. Poco después de la muerte de Heracles, Euristeo, rey de Micenas, intenta salvarse a sí mismo de cualquier amenaza futura de los descendientes de Heracles mediante la eliminación de sus hijos; en *Los Heraclidas* los hijos de Heracles se presentan ante los atenienses como suplicantes y vencen y dan muerte a Euristeo con ayuda de éstos. En *Orestes*, el príncipe de Micenas logra escapar a duras penas de la muerte después de que los ciudadanos de Argos le lleven a juicio por dar muerte a su madre Clitemnestra y al amante de ésta, Egisto. En *Medea* la heroína de la Cólquide se venga de su esposo Jasón después de que éste le diga que planea abandonarla y casarse con una princesa corintia (cf. p. 519). Por último, *El cíclope* es el único drama satírico de la Antigüedad que conservamos completo. Es una versión cómica de la historia homérica de Odiseo y Polifemo, en la

que el monstruo ha hecho prisioneros a Sileno y sus sátiros justo antes de la llegada de Odiseo.

EUSTACIO (siglo XII d.C.), erudito bizantino y clérigo, autor de unos comentarios sobre la *Ilíada* y la *Odisea* que conservamos y cuyo valor reside en que transmiten material de la tradición exegética antigua que de otro modo se habría perdido.

EVÉMERO DE MESENE (*circa* 300 a.C.), autor de las *Sagradas escrituras*, libro en el que se explicaba el origen de los dioses en términos racionalistas y se sugería que habían sido grandes gobernantes y conquistadores del pasado que habían llegado a recibir honores divinos. Aunque no conservamos la obra original, se conoce bastante sobre ella gracias a *Diodoro de Sicilia y Lactancio.

FERÉCIDES DE ATENAS (probablemente activo en la primera mitad del siglo V a.C.), mitógrafo y prolífico escritor que compendió resúmenes de la historia de Grecia, extrayendo la mayor parte de su material de la épica arcaica y organizándola según esquemas genealógicos, de acuerdo con el procedimiento desarrollado en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo (cf. *supra*). Estas obras de Ferécides, conocidas bajo el título de *Historiai* o *Genealogiai* y publicadas por los eruditos alejandrinos en una edición en diez libros, fueron muy consultadas por los estudiosos y poetas como una fuente canónica para las narraciones de las leyendas más antiguas. Por lo que sabemos de ellas a partir de unos cuantos pasajes que han llegado a nosotros, las historias estaban contadas con una grata sencillez y en un estilo paratáctico algo *naïve*. Aunque no se han conservado manuscritos de los escritos de Ferécides, sabemos bastante sobre su contenido, principalmente porque los escoliastas se refieren a ellos con bastante frecuencia. *Apolodoro cita 13 veces a Ferécides en su manual, más que a cualquier otro autor, y se sirve de él como fuente principal en algunas partes del libro, por ejemplo en su narración sobre la vida de Perseo.

HELÁNICO DE LESBOS (activo en la segunda mitad del siglo V a.C.), mitógrafo y autor de libros sobre etnografía y cronología. Se conserva más de sus obras que de cualquier otro mitógrafo antiguo excepto *Ferécides. Recopiló valiosas historias de diversas familias legendarias como los Deucaliónidas y los

Atlántidas y dejó su impronta sobre las tradiciones siguientes al pulir y sincronizar las genealogías de los héroes. Aparentemente era un escritor burdo, cuyas narraciones eran menos atractivas que las de Ferécides. Su *Atis*, una historia de la región del Ática (mencionada en Tucídides I, 97, aunque lo haga sin ningún entusiasmo), contribuyó a inaugurar el género de la Atidografía (cf. p. 475).

HERÓDOTO (siglo V a.C.), autor de una larga obra histórica en nueve libros, las *Historias* (*Historiai*) en la que narra la guerra entre Grecia y Persia y su contexto histórico. Es un amplio estudio que explica el auge de Persia en relación con otros territorios, al margen de Grecia, y la evolución de los acontecimientos en la propia Grecia. Es muy valioso como fuente para leyendas y para asuntos relacionados con ellas, principalmente porque al autor le encanta hacer digresiones y no quiere perderse una buena historia.

HESÍODO (*circa* 700 a.C.), poeta épico y didáctico beocio. (i) Conservamos dos poemas, *Teogonía* y *Trabajos y días*, que pueden ser considerados obras auténticas de Hesíodo, a pesar de que no se acepta de manera universal que pertenezcan al mismo poeta. Nos ha llegado con su nombre un poema posterior, el *Escudo*, que no fue compuesto por Hesíodo, y las fuentes antiguas citan una lista de títulos de los que es autor. Se conoce muy poco de esos poemas, pero uno de ellos, el *Catálogo de mujeres*, cuyo origen es también posterior a Hesíodo, era un poema mitológico de importancia considerable que puede ser parcialmente reconstruido a partir de varios fragmentos conservados y de testimonios de otros autores. (ii) La *Teogonía* (*Theogonia*, «nacimiento o generación de los dioses») es una historia cronológica de los diferentes orígenes de los dioses y explica cómo surgieron el universo y los principales dioses y diosas y cómo se estableció el orden divino de Zeus, el tercer gobernante del universo. Dado que no se trata sólo de una versión muy antigua de estos temas, sino que el poema de Hesíodo se convirtió en la canónica, es un documento mitológico de primera importancia y será nuestra principal guía a lo largo del capítulo II de este libro y de buena parte del tercero. Se cuenta en él también cómo Zeus se impuso sobre la rebelión protagonizada por el monstruoso y temible Tifón. El final del poema quedó alterado cuando se le añadió como apéndice el *Catálogo de mujeres*, ya que, aunque se acepta normalmente que parte de la sección final del texto es posterior a Hesíodo, los filólogos discuten sobre dónde

termina realmente la obra original de este autor. El más distinguido editor moderno del texto, Martin L. West, afirma que el final auténtico está en el verso 900, mientras que otros lo emplazan en los versos 929 o 962. (iii) Como un poema que versa principalmente sobre labores agrícolas y los días hábiles e inhábiles del mes, *Trabajos y días* es menos importante para el estudio mitológico, a excepción de dos partes del poema: la que narra la historia de la primera mujer, Pandora (vv. 42-105) y el mito de las razas (vv. 106-201, cf. pp. 113-114). (iv) El otro poema completo atribuido a Hesíodo es el *Escudo* (*Aspis*), una obra de 480 versos que cuenta cómo Heracles derrotó al villano tesalio Cicno y al padre de éste, el dios Ares, en dos peleas sucesivas (cf. p. 372). La obra recibe el título de *Escudo* porque más de una tercera parte de la misma está dedicada a una descripción de las imágenes del escudo de Heracles, en un pasaje que está compuesto según el modelo homérico de la descripción del escudo de Aquiles en la *Ilíada*. Tiene como prefacio un *eboie* (cf. *infra*) de la parte del *Catálogo* dedicada a Alcmena y presumiblemente fue redactado después de ese poema en el siglo VI a.C. Dado que el autor del poema fue muy incompetente a la hora de organizar el material de manera apropiada o de dar vida a la narración, lo único que se puede añadir acerca de esta obra es que se trata de una curiosidad histórica. (v) Del resto de poemas que se le atribuyen a Hesíodo no podemos decir mucho más que sus nombres. Hay entre ellos un poema astronómico conocido como *Astronomia* y un libro de preceptos morales cuyo título es *Máximas de Quirón*; también un poema mitológico, la *Melampodia,* que narraba las historias de Melampo y otros adivinos (entre ellas, la disputa adivinatoria entre Mopso y Calcante, cf. p. 630); y el *Egimio*, que recibe su nombre a partir de un aliado dorio de Heracles, pero que aparentemente se componía de un compendio de leyendas entre las que se encontraba la historia de Ío. (vi) La épica genealógica conocida como *Catálogo de mujeres* —o sencillamente *Catálogo*— es el único poema seudohesiódico, aparte del *Escudo,* del que conservamos fragmentos sustanciales. Tiempo después de la época de Hesíodo, quizá a comienzos del siglo VI a.C., un autor decidió componer una continuación de la *Teogonía* y ampliarla con las genealogías de las principales familias de héroes. Como se ha señalado antes, el final de la *Teogonía* fue radicalmente alterado para permitir una transición hacia esta nueva temática, como puede verse en el estado actual del texto. Ya que el origen de todas y cada una de las principales familias heroicas surge del encuentro de un dios y una mujer mortal, el

nuevo poema (o una buena parte del resultado de la combinación de ambos) recibió el nombre de *Catálogo de mujeres*. También se le conoce por *Eboiai*, ya que la historia de cada una de las mujeres se introduce con la expresión griega *e hoie* («o como aquella que...»). Se contaba la historia de cada familia heroica desde su origen semidivino hasta la guerra de Troya aproximadamente y las principales leyendas asociadas con los miembros de la familia iban apareciendo, posiblemente con brevedad, en la medida en que se iban introduciendo los nombres de los héroes y las heroínas. Era una obra de gran importancia, comparable a su manera a la *Teogonía*, ya que estableció un sistema de genealogías heroicas que fue adoptado y pulido por los mitógrafos antiguos, como *Ferécides y *Helánico, y sus huellas son perfectamente reconocibles en el manual de mitología de *Apolodoro, a pesar de las numerosas variaciones añadidas por las tradiciones tardías. Cuando en la segunda parte de este libro se aborden las historias de las familias, los Ináquidas, los Deucaliónidas y los Atlántidas, seguiremos las líneas trazadas por el poeta del *Catálogo*. Aunque no poseemos manuscritos que transmitan este poema, se pueden encontrar en las obras de los autores antiguos un buen número de citas y testimonios, y los papiros nos aportan un considerable número de fragmentos, algunos de cierta extensión. Por ello se sabe mucho sobre la estructura del poema y es posible reconstruir en detalle alguna de sus partes. Para la cuestión del catálogo, cf. M. L. West, *The Hesiodic Catalogue of Women* (Oxford, 1985).

HIGINO (Gayo Julio Higino), un erudito liberto de Augusto que llegó a ser bibliotecario de la Biblioteca Palatina, es el supuesto autor de dos obras de interés sobre mitología: las *Fábulas* (también conocida como las *Genealogiae*), un manual de mitología, y la *Astronomía*, un tratado popular sobre astronomía. Ambos libros son un compendio de fuentes griegas. Dado que el autor de estas obras fue un erudito de competencia bastante limitada que comete errores elementales cuando traduce del griego, se piensa por lo general que éstas no son obras originales de Higino y que fueron escritas con toda probabilidad en el siglo II de nuestra era. Los 220 capítulos de las *Fábulas* consisten en breves narraciones de los mitos o de los catálogos (por ejemplo, sobre madres que mataron a sus hijos, hombres que fueron amamantados por animales, inventores y sus inventos, etc.). Aunque es raro que mencione sus fuentes originales, el libro parece estar basado principalmente en obras trágicas. El libro segundo de la *Astronomía* contiene la colección

más completa que poseemos sobre mitos de constelaciones, muchos de ellos derivados de *Eratóstenes.

HIMNOS HOMÉRICOS, colección de 33 poemas en verso épico (hexámetro), dedicados a diversos dioses. Aunque en la Antigüedad fue atribuida a Homero de manera mayoritaria, en realidad están compuestos por distintos autores y en épocas diferentes, desde los siglos VIII y VII a.C. hasta el siglo V a.C., o incluso más tarde. Mientras que algunos no son más que breves preludios (*proiimia*) que debían ser cantados por los rapsodas antes de las recitaciones épicas, otros son poemas narrativos muy atractivos acerca de episodios claves de las vidas de los dioses. En el *Himno a Deméter* (el número II), se cuenta cómo Deméter, la diosa de los cereales, busca a su hija Perséfone después de que Hades la rapte, y cómo obliga a Zeus a ponerse de su parte al dejar la tierra yerma de frutos, de modo que los dioses no puedan ya recibir los sacrificios que les ofrecen los mortales (cf. pp. 182 y ss.). El poema, que explica el origen de los Misterios de Eleusis y alude a diversos aspectos del culto eleusino, fue compuesto posiblemente en la zona de Eleusis, quizá en el siglo VII a.C. El *Himno a Apolo* (III) es quizá una mezcla de dos poemas originalmente distintos. Describe cómo Leto dio a luz a sus gemelos divinos Apolo y Ártemis en la isla de Delos y cómo Apolo logra establecer su oráculo y santuario en Delfos (cf. pp. 203 y 253). El *Himno a Hermes* (IV), de tono muy humorístico, cuenta cómo el niño Hermes robó el ganado de Apolo el mismo día de su nacimiento, consigue aplacar al dios al poco tiempo y recibe finalmente sus funciones típicas como dios. El más largo de los dos himnos dedicados a Afrodita, el V, narra cómo la diosa seduce a Anquises, miembro de la familia real troyana, en el monte Ida en la Tróade y concibe con él a Eneas (cf. pp. 269 y ss.). En el *Himno a Dioniso* (VII), considerablemente más breve, unos piratas intentan raptar al dios en su juventud, mas él los transforma en delfines después de provocar milagros como manifestación de su poder (cf. p. 241). El breve *Himno a Pan* (XIX) tiene también algún interés por su descripción de la naturaleza y nacimiento del dios con pies de cabra. Cabe recomendar la lectura de estos himnos, siempre grata.

HOMERO (probablemente siglo VIII a.C.). (i) La *Ilíada* y la *Odisea*, los poemas épicos nacionales griegos, fueron tradicionalmente atribuidos a un poeta llamado Homero (*Homeros*) del que no se sabe nada con certeza. Hay

desacuerdo en si cabe adscribir ambos poemas a un mismo autor, incluso se discute que cada uno de ellos sea realmente obra de un solo autor, aunque el conocimiento de los mecanismos del proceso de creación de la poesía oral ha abierto nuevas perspectivas en el estudio de la épica homérica. Hay razones de peso para suponer que fueron compuestos en Jonia, en la costa occidental de Asia Menor. Aunque nadie discute que ambos poemas contengan interpolaciones tardías, no se puede decir con seguridad cuáles son. (ii) En contraste con la pauta corriente en la épica, en la que se cuenta en orden cronológico una sucesión de episodios cuyo núcleo central es una historia tradicional de guerra o de aventuras, toda la narración de la *Ilíada* está ordenada alrededor de un suceso concreto en el décimo año de la guerra de Troya —la cólera y la retirada de Aquiles— y el espacio de tiempo que cubre la narración, comparado con otras obras del género, es muy restringido. La acción principal se concentra en un período de tan sólo cuatro días y cuatro noches y el tiempo que cubre toda la historia no sobrepasa los 51 días, pero el poema alcanza tal grado de perfección artística que parece resumir la guerra entera. El tema que articula la *Ilíada*, expuesto ya en el primer verso, es la cólera de Aquiles, el más poderoso de los guerreros griegos, que se retira de la lucha airado porque el comandante de la expedición griega, Agamenón, le ha arrebatado a su cautiva Briseida. Su ausencia del campo de batalla permite a los troyanos salir de la ciudad, recuperar terreno y poner en un serio aprieto a las tropas griegas. Después de la muerte en el campo de batalla de su mejor amigo, Patroclo, vuelve a la guerra para vengarse y obliga a los troyanos a replegarse dentro de las murallas, dando muerte a muchos de ellos, incluido Héctor, el principal baluarte de Troya. Se puede encontrar un resumen completo del argumento en las páginas 598 y ss. El poema alude en muchas ocasiones a los acontecimientos anteriores de la guerra y a su fin y a sus secuelas, asimismo hace referencia a la vida de los participantes antes de la guerra y a historias comprendidas en otros ciclos legendarios y de la mitología de los dioses. Al locuaz Néstor le gusta recordar sus aventuras juveniles en la parte occidental del Peloponeso y Fénix cuenta la historia del héroe etolio Meleagro mientras intenta persuadir a Aquiles para que vuelva al combate (cf. p. 542), pero no es frecuente que aparezcan historias completas que no tengan relación con la guerra. La larga lista del contingente de combatientes, el llamado «catálogo de las naves», *Ilíada* II, contiene mucha información sobre la geografía legendaria de Grecia y sobre las familias de héroes que gobernaban en esos tiempos. Un com-

pendio muy útil sobre la historia mítica de Troya es el que da Eneas en el libro XX (versos 208-240). El poema aporta mucho sobre las vidas y caracteres de los dioses. Se dan dos versiones, por ejemplo, del mito que cuenta cómo el joven Hefesto fue arrojado del Olimpo (cf. p. 226). (iii) El héroe de la *Odisea*, Odiseo, es un guerrero astuto y lleno de recursos proveniente de la isla de Ítaca, en la costa occidental de Grecia. El poema describe cómo anduvo errante por mares lejanos a lo largo de diez años, después de perder su ruta cuando regresaba a su isla desde Troya, y cómo, tras su regreso, ejecuta su venganza sobre los nobles locales que habían festejado en su palacio durante su ausencia, esquilmando su fortuna y cortejando a su esposa. Para un resumen de sus aventuras, cf. pp. 634 y ss. El poema épico se divide en tres partes principales. La primera consta de cuatro libros (la llamada *Telemaquia*) en los que se cuenta cómo Telémaco, el joven hijo de Odiseo, visita a Néstor en Pilos y a Menelao en Esparta para buscar noticias sobre su padre desaparecido. Los ocho libros siguientes (V-XII) se centran en las aventuras de Odiseo, errante por los mares lejanos, y en buena parte de ellos es el propio Odiseo quien cuenta sus vicisitudes durante un banquete en la corte de los feacios, puerto final de sus aventuras marítimas. Los últimos 12 libros tratan sobre la llegada del héroe a Ítaca, su venganza y la reunión final con su fiel esposa Penélope. En los libros III y IV, el poema es una bonita narración de los acontecimientos inmediatamente posteriores a la caída y saqueo de Troya, así como de la suerte que sufrieron otros héroes, incluido Agamenón, durante su regreso y al llegar de vuelta a su hogar (cf. pp. 621 y ss.).

JENOFONTE (*circa* 430-354 a.C.), historiador y autor de tratados en prosa, generalmente sobre cuestiones prácticas, que en escasas ocasiones se refiere a cuestiones mitológicas.

LICOFRÓN (nacido en 320 d.C.), poeta helenístico, autor de un poema mitológico, la *Alejandra*, en el que la adivina troyana Casandra profetiza con acertijos la caída de Troya y los destinos que correrán aquellos que participan en la guerra. Aunque no sea una lectura precisamente placentera, su valor como fuente de información mitológica es grande, especialmente si se lee junto a sus extensos *escolios y al comentario de época bizantina de Juan Tzetzes. En el poema se dedica una atención especial al occidente italiano. Básicamente debido a una referencia a primera vista anacrónica sobre el poder

romano (versos 1.227 y ss.), algunos filólogos han postulado que la obra pudo haber sido compuesta algo después por otro autor distinto, ya en el siglo II d.C.

LUCIANO (siglo II d.C.), orador y prosista nacido en Siria y que aporta numerosos datos sobre cuestiones mitológicas a lo largo de su abundante obra. En algunos de sus diálogos satíricos, principalmente en los *Diálogos de los dioses* y *Diálogos de los dioses marinos*, se ríe de los retratos convencionales de los dioses y de temas míticos tradicionales. Otras obras, como el *Caronte* y los *Diálogos de los muertos*, resultan muy interesantes para comprender cuáles eran las ideas tradicionales sobre la vida de ultratumba y el mundo de los infiernos.

MIMNERMO (segunda mitad del siglo VI a.C.), poeta elegíaco. Los fragmentos de uno de sus poemas, el *Nanno*, contienen abundantes alusiones mitológicas a la expedición de Jasón y al viaje nocturno de Helios hasta el lugar en el que se levanta (cf. pp. 81 y 82).

MITÓGRAFOS VATICANOS, nombre que reciben los autores de las colecciones medievales de cuentos mitológicos conservadas en un manuscrito de la Biblioteca Vaticana. Las narraciones están extraídas de los escolios latinos y de fuentes latinas tardías.

MOSCO DE SIRACUSA (segunda mitad del siglo II a.C.), poeta bucólico, autor de un atractivo epilion (épica breve), la *Europa*, que cuenta cómo Zeus tomó la forma de un toro para raptar a la heroína de ese nombre desde Fenicia a Creta.

MUSEO (quizá finales del siglo V d.C.), autor de un interesante poema épico breve sobre la historia de Hero y Leandro, dos amantes que vivían separados cada uno en una orilla del Helesponto (cf. p. 738).

NICANDRO DE COLOFÓN (siglo II d.C.), poeta helenístico. Dos de sus poemas didácticos, la *Theriaka* y los *Alexipharmaka* (que tratan sobre animales venenosos y antídotos para venenos), han sobrevivido completos. Nicandro tuvo mucha importancia desde el punto de vista mitológico por su obra, ahora perdida, *Heteroioumena* (*Metamorfosis*), una colección de mitos sobre trans-

formaciones. *Ovidio aprovechó mucho material de esta obra cuando compuso sus *Metamorfosis.* *Antonino Liberal da resúmenes de algunas de las historias que en él se contaban.

NONO DE PANÓPOLIS (quizá siglo V d.C.), el autor egipcio de las *Dionisíacas*, un extenso poema épico en 48 libros que trata sobre Dioniso y su expedición a la India.

OVIDIO (Publio Nasón Ovidio, 70-19 d.C.), poeta romano que poseía un exhaustivo conocimiento sobre mitología griega y poesía alejandrina. Su poema más ambicioso, las *Metamorfosis*, es una colección de mitos de transformación en quince libros. El poema arranca con el origen del universo y termina con la apoteosis de Rómulo, y todas las historias que narra están entrelazadas con gran maestría y mediante alteraciones regulares de tono que aseguran la unidad del poema dentro del estilo épico. A excepción de los dos últimos libros, dedicados a cuestiones romanas e itálicas, las historias están casi exclusivamente sacadas del acervo legendario griego. Algunas son muy antiguas, mientras que otras tienen como fuente obras literarias más recientes, ya que las transformaciones eran un tema muy popular en la poesía helenística como ocurre con *Nicandro. La mayoría de las cartas ficticias agrupadas en las *Heroidas* están compuestas por heroínas de las leyendas griegas que escriben a sus amantes o esposos; en la mayor parte de sus poemas, Ovidio hace referencia a los mitos griegos.

PALÉFATO (quizá siglo IV a.C.), autor de *Sobre historias increíbles* (*Perì apistôn*), obra mitológica que aporta explicaciones racionalistas, y bastante poco plausibles, sobre los orígenes de cuentos inverosímiles de la leyenda heroica, por ejemplo, sobre aquellos que tratan de monstruos. El autor, que debió escribir bajo pseudónimo, fue aparentemente un discípulo de Aristóteles que estuvo activo durante finales del siglo IV a.C; si esto fuera así, el libro sería el testimonio más antiguo para un importante número de leyendas. Una obra semejante y más antigua es la que se nos ha transmitido bajo el nombre de *Heráclito.* En contraste con *Evémero y sus seguidores, estos autores no pretendieron racionalizar los mitos de los dioses.

PARTENIO DE NICEA (siglo I a.C.), poeta helenístico tardío y mitógrafo, autor de los *Sufrimientos del amor* (*Erotika Pathemata*), una colección de resúmenes

en prosa de 36 historias de amor, la mayoría poco conocidas y de origen relativamente tardío. Resulta interesante por el modo en que se reciclan los motivos comunes de los mitos antiguos.

PAUSANIAS (siglo II d.C.), autor de una *Descripción de Grecia* en diez libros que cubre todo el Peloponeso y la mayor parte de la Grecia central. Pausanias visitó todas las ciudades principales y otros lugares de interés en esas zonas para investigar sus tradiciones y su topografía, monumentos y antigüedades, cultos y mitología local. La obra es una fuente de excepcional valor para un mitólogo. Recoge las tradiciones locales sobre la historia de las ciudades y de los territorios por los que pasa, y muchas leyendas vinculadas con monumentos y estelas locales. Aunque cabe recordar que Pausanias recopiló el material en un período de tiempo relativamente tardío, es cierto que transmite mucha información que se retrotrae de manera incuestionable a la tradición mítica más antigua, tanto por sus referencias a las fuentes literarias arcaicas (ya que había leído mucho y deseaba utilizar sus lecturas para buscar respuestas sobre cuestiones específicas) como por sus descripciones de las obras de arte antiguas, como las pinturas murales de Polignoto (siglo V a.C.) o del cofre de Cipselo (siglo VI).

PÍNDARO (*circa* 518-438 a.C.), autor de lírica coral, quizá el más importante poeta lírico de la antigua Grecia. Además de numerosos fragmentos, conservamos cuatro libros completos de las odas que compuso en honor de los vencedores de los cuatro festivales atléticos principales, los Juegos Olímpicos, Píticos, Nemeos e Ístmicos. Estas odas triunfales, llamadas epinicios, tienen más valor como fuente para el estudio del mito de lo que cabría suponer: en ellas el poeta dedica unos pocos versos a la victoria o al vencedor y enseguida, después de un breve preludio, pasa a una narración mitológica. La mayor parte del poema está dedicada a un mito y suelen terminar con el elogio del vencedor del que destaca su habilidad o su buena fortuna. En Píndaro, por tanto, lo que ennoblece aún más la victoria es este trasfondo mitológico. La introducción del mito obedece a varios motivos, aunque lo más típico es que estén en conexión con la historia familiar del vencedor o con las tradiciones de su lugar de origen o con el propio lugar en el que tuvo lugar la victoria. Aunque las narraciones mitológicas sean de cierta extensión, en pocas ocasiones obedecen a un esquema temporal como en la poesía épica, ya que el poeta tiende a concentrarse sobre

aspectos particulares de la historia que resultan relevantes para su «argumento»; es decir, a veces comienza en mitad de la historia y se mueve adelante y atrás en el tiempo narrativo. Píndaro da cuenta, o mención, de un gran número de mitos en sus poemas, y en algunos casos es la primera fuente que conservamos de un mito. Cabe destacar tres narraciones concretas, a modo de ejemplo: en la *Olímpica VII*, Píndaro explica cómo Helios, el dios del sol, logra hacerse con el dominio de la isla de Rodas (cf. p. 81); la *Pítica IX* nos cuenta cómo Apolo rapta a la ninfa Cirene y se la lleva al norte de África como amante después de haberla visto luchar contra un león en Tesalia (cf. p. 213); su *Olímpica VI* describe el nacimiento, abandono y recuperación del adivino Yamo (cf. p. 705). El más antiguo testimonio del mito de los Argonautas, un mito muy antiguo, es el que se encuentra en la *Pítica IV*.

PLATÓN (*circa* 429-347 a. C.), filósofo ateniense y autor de diálogos filosóficos. Aunque no se puede decir que sus escritos tengan mucho valor como fuente mitológica (excepto quizá en los casos en los que habla de la vida de ultratumba y de los infiernos), están llenos de alusiones a la mitología y contienen célebres mitos filosóficos que son invención del propio Platón.

PLINIO EL VIEJO (Gayo Plinio Segundo, 23 o 24-79 d.C.), escritor romano, autor de una *Historia natural* en 37 libros, una enciclopedia del mundo natural que recoge un vasto compendio de información variada.

PLUTARCO (mediados del siglo I d.C.-120 d.C.), autor de biografías, ensayos, diálogos morales, religiosos y sobre otros temas. Muy a menudo hace referencia a cuestiones mitológicas, sobre todo en sus últimas obras, que son conocidas con el nombre general de *Moralia*. Los mitos apócrifos que se cuentan en *Historias paralelas griegas y romanas* y *Sobre los ríos*, tratados falsamente atribuidos a Plutarco, no han de ser tomados muy en serio. Entre las *Vidas* de Plutarco hay una sobre Teseo que resulta muy útil, sin embargo la de Heracles se ha perdido, lo que sería aún más digno de lamento si no nos quedaran las narraciones completas sobre ese héroe de Diodoro y Apolodoro.

PROCLO, autor de varios resúmenes sobre épica troyana que han llegado hasta nosotros. No se sabe si este Proclo es el filósofo neoplatónico de ese nombre (siglo V a.C.) o un gramático del siglo II d.C.

QUINTO DE ESMIRNA (seguramente siglo IV d.C.), autor de un poema épico tardío en 14 libros, las *Posthoméricas*, que fue compuesto para llevar a cabo una versión sinóptica de los últimos episodios y de la conclusión de la guerra de Troya allí donde terminaban los poemas del *ciclo épico. Las *Posthoméricas* continúan la *Ilíada* desde el punto en el que ésta corta la narración, terminando con el saqueo de Troya y el peligroso viaje de regreso del ejército vencedor. Aunque Quinto ha extraído buena parte de su material de fuentes bastante tardías, era deliberadamente conservador en la elección de éstas y tiene cuidado de mantenerse al margen de versiones novelísticas o revisionistas. Aunque el poema tiene pasajes atractivos, como conjunto se hace largo, artificial y son muy pocos los momentos en los que cobra vida.

SAFO DE LESBOS (nacida a finales del siglo VII a.C.), autora de poesía lírica, principalmente intimista.

SÉNECA (muerto en el 65 d.C.), político, filósofo y escritor romano, autor de nueve tragedias melodramáticas basadas en historias de la leyenda griega y compuestas según el modelo de la tragedia ática —principalmente Eurípides— cuyos títulos son: *Hércules furioso*, *Hércules en el Eta*, *Medea*, *Fedra*, *Edipo*, *Tiestes*, *Agamenón*, *Troyanas* y *Fenicias*.

SERVIO (siglo IV d.C.), erudito romano que redactó un célebre comentario a los poemas de *Virgilio. La versión más extensa de su comentario (llamado *Servius auctus* o *Servius Danielis*) incorpora material de otros autores. Tanto éstas como otras notas sobre la obra de Virgilio contienen información valiosa sobre leyendas griegas y nos transmiten algunas historias que no aparecen en ninguna otra fuente.

SIMÓNIDES (*circa* 556-468 a.C.), poeta lírico. Ha sobrevivido menos de su poesía que de la de su sobrino Baquílides y la de *Píndaro, el gran sucesor de Simónides, y muy pocos de los fragmentos que conservamos tienen relación con la mitología. Es una gran pérdida, porque parece que su talento como poeta narrativo era sobresaliente y que sus poemas caminaban entre la sencillez y la emoción. Estas cualidades aparecen plenas en un pequeño y maravilloso fragmento (543 PMG) en el que Dánae canta un triste lamento a su hijo, Perseo, dormido mientras ambos atraviesan mares furiosos en un

pequeño cofre (cf. p. 317). Tenemos que confiar en los escoliastas para hacernos una idea de cómo Simónides contó otros mitos.

SÓFOCLES (*circa* 496-406 a.C.), poeta trágico ateniense, contemporáneo de Eurípides. Las más célebres de las siete obras que conservamos son las que tratan sobre el triste hado de Edipo y de su hija Antígona. En *Edipo rey* (*Oidipous Tyrannos*), Sófocles cuenta el proceso de revelación en el que se descubre que Edipo, sin saberlo, es asesino de su padre y esposo de su madre; *Edipo en Colono*, obra bastante tardía, pone en escena las últimas horas del ciego y exiliado rey de Tebas y su muerte en extrañas circunstancias en Colono, un demo del Ática, después de llegar allí con su hija Antígona como guía. Antígona, por su parte, es la heroína de *Antígona*, que narra cómo provocó su propia muerte por hacerse cargo del entierro de su hermano Polinices en contra de un decreto de Creonte, rey de Tebas. Otras dos obras de Sófocles están ambientadas en los últimos momentos de la guerra de Troya: en *Áyax* el centro de la tragedia es el suicidio de este poderoso guerrero, vencido engañosamente por Odiseo en un certamen por las armas de Aquiles (cf. p. 606); en *Filoctetes*, el gran arquero, que fue abandonado en la isla de Lemnos por sus compañeros (cf. pp. 581-582), es finalmente rescatado. Las *Traquinias* trata sobre los sucesos que desencadenaron la muerte de Heracles, mientras que *Electra* relata la difícil situación de Electra, hija de Agamenón, en Mecenas después de la muerte de su padre. La acción de esta obra arranca cuando el hermano de Electra, Orestes, regresa para vengar la muerte de su padre. Quedan importantes fragmentos de uno de los dramas satíricos de Sófocles, *Ichneutai* (*Los rastreadores*) recuperados gracias a los papiros; en esta obra se cuenta cómo Sileno y su cuadrilla de sátiros cobardes siguen la pista del niño Hermes después de que robe los ganados de Apolo.

TEÓCRITO (activo en la primera mitad del siglo III a.C.), poeta helenístico que, aunque se le recuerde principalmente como fundador del género de la poesía bucólica o pastoril, es un autor más versátil de lo que pueda parecer a simple vista. Sus poemas, dejando de lado los epigramas, son tradicionalmente conocidos con el título de *Idilios*, pero no debemos suponer que todos ellos eran «idílicos» en el sentido moderno, ya que el término se podía aplicar en origen a poemas de diverso contenido. Uno de los más hermosos idilios de Teócrito es una pintura de la vida urbana en el que dos mujeres

hablan de camino a la celebración de una festividad a Adonis, mientras que otros son narraciones mitológicas en forma de poema épico en miniatura. El *Idilio XIII*, el *Hilas*, cuenta cómo unas amorosas ninfas de río se llevaron consigo al favorito de Heracles. El *Idilio XXIV*, el *Heraliskos* (*Pequeño Heracles*) se centra en un episodio de la vida de Heracles, cuando el héroe niño estrangula dos serpientes que Hera había enviado contra él. El *Idilio XXII*, el *Himno a los Dioscuros*, cuenta cómo Pólux se enfrenta al brutal Ámico en un combate de boxeo a muerte (cf. p. 504), y continúa con una narración bastante original del conflicto entre los Dioscuros y los hijos de Leucipo (cf. p. 529). De entre los poemas espurios del corpus teocriteano, cabe señalar el *Idilio XXV*, *Heracles matador de leones*. Hay otros también, originales y espurios, que son de interés desde el punto de vista mitológico; el *Idilio VI*, por ejemplo, es un poema bucólico en el que dos pastores cantan el amor entre Polifemo y Galatea. Conservamos poemas de dos sucesores de Teócrito, *Mosco y *Bión, y también un poema anónimo semejante, la *Mégara*, en el que la esposa y la madre de Heracles se cuentan sus penas.

TEOGNIS (siglo VI a.C.), poeta elegíaco de espíritu aristocrático. Atribuidos a su nombre se conservan casi 1.400 versos, pero sólo unos pocos tienen interés mitológico.

TRIFIODORO (probablemente siglo V d.C.), autor de la *Toma de Troya*, un breve poema épico de 691 versos.

TUCÍDIDES (muerto en el 400 a.C.), autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, que es el más impresionante ejercicio de análisis histórico que haya llevado a cabo un autor antiguo. La obra comienza con una breve narración sobre la historia primera de Grecia y se adentra en el período legendario (capítulos 2-19 del libro I, conocido como la *archaiologia*).

VALERIO FLACO (autor de finales del siglo I d.C.), poeta romano, autor de una épica argonáutica incompleta, las *Argonáuticas*.

VIRGILIO (Publio Virgilio Marón, 70-19 a.C.), poeta romano, autor de las *Églogas*, un libro de poesía pastoril; las *Geórgicas*, un poema sobre agricultura y apicultura; y la *Eneida*, poema épico en 12 libros sobre el periplo errante

del príncipe troyano Eneas (*Aineias* en griego) desde la Troya tomada hasta la península Itálica, en donde se establece en la región del Lacio y se convierte en antepasado del fundador de Roma (cf. pp. 753 y ss.). A menudo Virgilio se refiere a personajes o a historias de la leyenda griega, o los toma prestados de ésta y los adapta según sus conveniencias. Los comentarios a su obra que conservamos, llevados a cabo por Servio y otros eruditos, a menudo se refieren a esa clase de cuestiones y suelen ser de gran valor para los estudiosos de la mitología.



Capítulo II
El comienzo de las cosas

Los orígenes

Aunque lógicamente hay versiones diversas sobre el origen de los dioses y del universo físico, los griegos tomaron la *Teogonía* de Hesíodo, una historia épica sobre el orden divino compuesta en torno al año 700 a.C. (cf. p. 38), como la narración mítica estándar sobre la historia más antigua del mundo. Por ello también será ahora la guía principal en la primera parte de este libro, a lo largo de la narración sobre el surgimiento del mundo, de las divinidades mayores y menores, y de cómo Zeus y los dioses olímpicos consiguieron la autoridad suprema.

Antes de entrar en consideraciones sobre la cosmogonía hesiódica, puede ser útil plantear un cuadro acerca de cómo los griegos arcaicos se imaginaban el mundo. Empezaron con la noción que suelen tener los pueblos arcaicos, es decir, la forma real se corresponde con aquella que se presenta ante aquel que observa desde un punto de vista concreto y específico. En suma, a no ser que se esté encerrado entre largas hileras de colinas como un egipcio, o confinado en una isla o archipiélago como los habitantes de las islas del sur del Pacífico, podría parecer que el mundo tiene la forma de un disco circular, más o menos nivelado, a excepción de las montañas o colinas que aparezcan en él y cubierto por ese techo, o cúpula, inmenso que es el cielo. Se puede ver cómo el sol y las estrellas se alzan sobre el horizonte por un lado, mientras que se ponen y desaparecen por el otro. Como siempre se alzan por el mismo lado, por el este, se puede suponer que siempre hacen el mismo camino, ya sea por debajo de la tierra o por una ruta oculta. Ésta es justo la más antigua representación que los griegos se hicieron del mundo, la que presuponen las leyendas más arcaicas y que sobrevive de manera un tanto inconsistente en las versiones posteriores. Para decirlo de un modo más concreto, los griegos suponían que los límites de ese disco de tierra eran los que demarcaba la corriente de Océano (*Okeanos*), que no era un

océano en el sentido moderno de la palabra, sino un río enorme que fluía en círculos alrededor de la tierra. El cielo era para ellos un techo o una cúpula, y en algunas ocasiones pensaron que era de bronce o de hierro.[1] Se levantaba sobre la tierra a una altura considerable, pero no era una distancia inconmensurable. La morada de los dioses era a veces el propio cielo, a veces el monte Olimpo, en la frontera nororiental de Grecia. Bastaba con sumar tres montañas, una encima de la otra, como hicieron los gigantes Alóadas cuando se rebelaron contra los dioses (cf. p. 139), para construir una escalera que llegara hasta el cielo.[2] La historia de la ascensión de Faetón en el carro del Sol (cf. p. 83), sólo a modo de ejemplo, implica que si uno lograba viajar hasta el confín de oriente, podría llegar al lugar en el que el cielo y la tierra se tocan y desde donde el dios del sol comienza su ascenso. El confín occidental, en cambio, donde el sol se pone, era un lugar de oscuridad, en cuyas proximidades se encontraba una entrada al Hades —como veremos en relación con la narración de Homero de la visita de Odiseo al mundo de los muertos (cf. p. 161)—. Generalmente el Hades era representado como un dominio lóbrego en algún lugar lejano debajo de la tierra, y se podía llegar hasta él a través de alguna de las profundas grietas que hay entre los estratos de las rocas de Grecia, *katabothra* como las llamaban en griego: había una muy célebre en Ténaro, en el sur del Peloponeso. Todo esto aparece con frecuencia en los mitos de Orfeo, Heracles y de otros héroes de los que se contaba que, pese a estar vivos, habían realizado incursiones a las profundidades del Hades por esas rutas.

Cabe señalar que tanto Homero como Hesíodo pueden decir que un lugar está debajo de la tierra y en los confines de ella sin que eso suponga una contradicción. Cuando afirman, por ejemplo, que algunos monstruos fueron confinados debajo de la tierra por su padre Urano, Hesíodo dice que «y los estableció bajo la tierra de anchos caminos. Allí ellos, habitando bajo la tierra, entre dolores, estuvieron en los últimos confines de la tierra, muy irritados, con gran pesar de su corazón»; asimismo en un pasaje de la *Ilíada*, Homero habla en términos similares del destierro de los Titanes.[3]

Como cabe esperar, la idea sobre la geografía del mundo fue cambiando a lo largo de diferentes épocas. En la épica homérica, Grecia propiamente dicha y una parte de la costa de Asia Menor son tierras conocidas para la gran mayoría, pero además de éstas se sabe muy poco. Las aventuras de Odiseo por lugares lejanos están localizadas en un territorio que pertenece al cuento, incluso

aunque en tradiciones posteriores se llegue a identificar los fabulosos lugares de su periplo con lugares reales de los mares que rodean Italia. Para Esquilo, más o menos dos siglos más tarde, el sur de Italia es un territorio ya muy familiar, pero el interior de Asia Menor entra ya en el terreno de lo desconocido y lo fabuloso.[4] Después de las conquistas de Alejandro, aquellos que buscaban una tierra de maravillas tenían que ir aún más lejos, hacia la India o Europa del norte. Se sabía muy poco sobre las regiones interiores de África, al sur de las costas mediterráneas.

Siendo ésta la idea del mundo en el que vivían, cabe decir que los griegos, desde sus mismos comienzos, siempre estuvieron interesados en la cuestión del origen del mundo. Resulta natural que la teogonía que presenta Hesíodo, o la sucesión de distintas generaciones de dioses, comience con una cosmogonía que explica cómo había llegado a surgir ese universo compuesto de diversas capas que era el ámbito de su dominio.

En primer lugar, según Hesíodo, fue Caos.[5] Esta palabra, que significa literalmente «el vacío que se produce en una abertura», supone mucho más que un mero vacío; ya que Caos es un elemento original del universo, una realidad lóbrega que será representada en las sucesivas genealogías como la fuente de buena parte de todo lo que es oscuro y negativo en el mundo. Hay que señalar que Hesíodo lo imagina sólido, lo suficiente como para ser afectado por el calor del rayo de Zeus.[6] Cuando la imagen del universo quede ya completamente estructurada, su emplazamiento estará entre la Tierra y la más profunda de las regiones, el Tártaro.[7] Aunque *chaos* es un sustantivo de género neutro en griego, Caos recibe tratamiento femenino en la medida en que queda personificado como divinidad. Cabe señalar también que la palabra Caos en origen no tenía connotación alguna de desorden o confusión.

Si lo primero fue Caos, a continuación entran tres seres: primero Gea (la Tierra) de amplio seno, el siempre seguro asiento de los dioses; después el tenebroso Tártaro en lo más profundo de la tierra de anchos senderos, y finalmente Eros, la personificación del amor o, quizá sea más preciso decir, la personificación del deseo.[8] Aunque muy a menudo se asume que los tres son descendientes de Caos, no es algo que afirme abiertamente Hesíodo, ya que el surgimiento de Caos y de sus tres descendientes se señala en una misma frase con un mismo verbo, *geneto* («llegó a ser»). Cabe decir de un modo más apropiado que Gea, Tártaro y Eros son realidades primordiales, como Caos, que llegaron a la existencia de manera independiente a éste. Caos formará una familia propia, como veremos, a partir de sus dos hijos.[9]

De esos cuatro seres primordiales, sólo dos tendrán importancia genealógica, Caos y, sobre todo, Gea. Eros aparece en este momento tan temprano porque es el motor que conducirá los procesos de emparejamiento y procreación que harán que todo lo demás llegue a ser. Como un agente mítico, se puede representar en variedad de formas, bien como una fuerza antigua y todopoderosa como en el contexto presente,[10] o bien como un dios joven (incluso niño) y travieso que inspira el deseo de procreación en todos los seres vivos que azuza a dioses y a mortales con sus flechas para inflamarlos de deseo. Hablando de una manera amplia, se hace más joven y más frívolo con el paso del tiempo; hablaremos más adelante de su naturaleza como dios del amor cuando nos ocupemos de Afrodita (cf. p. 264). Resulta difícil explicar por qué Hesíodo ha incluido a Tártaro entre estos primeros seres. Quizá se debe a que Tártaro está muy alejado de todo lo demás en el mundo, ya que se trataba de la última región inferior del universo entero, muy distante de la tierra (o en sus más profundas simas), incluso a un nivel más bajo que el Hades. Se afirma en un pasaje de la *Teogonía* que el Tártaro está tan alejado de la tierra como el cielo, y que un yunque de bronce arrojado desde la tierra caería durante nueve días y nueve noches y llegaría al Tártaro en el décimo.[11] De acuerdo con la *Ilíada,* en una medición comparable pero distinta, las puertas y el umbral del Tártaro «tan dentro de Hades están como el cielo dista de la tierra».[12] Según la concepción original, el Tártaro servía como una prisión remota y segura para dioses desterrados, y estaba completamente separado del Hades, que era la morada de los muertos. En el transcurso del tiempo, sin embargo, se borró la distinción entre Tártaro y Hades, y desde Platón en adelante se utiliza Tártaro para nombrar a una región del Hades en la que los muertos indignos sufren castigos póstumos (cf. p. 175).[13] A menudo se mencionaba al Tártaro personificado como padre de hijos siniestros, por ejemplo, de Tifón en la *Teogonía*, o Equidna y Tánato (la Muerte) en fuentes posteriores.[14]

El siguiente estadio del desarrollo del universo empieza cuando el Caos y Gea comienzan a tener hijos de sí mismos sin contacto con ningún ser masculino.

Caos engendra un hijo y una hija por sus propios medios: Érebo y la negra Noche (*Nyx* en griego).[15] La Noche es más importante que su hermano, ya que ella será la que engendre la rama principal de la familia de Caos al dar a luz sola una lúgubre progenie (cf. pp. 58 y ss.). En la mayoría de las fuentes, los hijos y nietos de la Noche no tenían mucha importancia, sino que se trataba sólo de personificaciones de fuerzas oscuras, destructivas y negativas. Érebo es un hermano acorde con la Noche, como personificación de la oscuridad, especialmente de

la oscuridad del mundo subterráneo, y se usó su nombre en muchas ocasiones, a partir de la época de Homero en adelante, para designar poéticamente los Infiernos en su naturaleza de reino de lo tenebroso. Engendró a dos hijos con la Noche: una hija, Día (*Hemera* en griego) y su hermano Éter (*Aither*) que personifica la luminosidad tal y como se manifiesta en las claras auras superiores.[16] Aunque pueda parecer extraño que en una familia dominada por la oscuridad nazcan estos dos hijos tan radiantes, resulta perfectamente lógico ya que la Noche y el Día, y la oscuridad y la luz, son tan opuestos que están interrelacionados y que se suceden mutuamente. La luz entra en el mundo después que la oscuridad, porque su nacimiento marca un avance positivo en el desarrollo del universo. Desde el período clásico en adelante, Hemera fue muy a menudo identificada con Eos (Aurora), la diosa que trae la luz del día.

Si Caos será el progenitor de todas las fuerzas negativas y dañinas a través de su hija Noche, Gea lo será de todo lo que es positivo y sustancial en el mundo, incluidas las características del universo físico que surgirán después, y de las divinidades que presiden todos los elementos de la naturaleza, así como de todos los dioses y diosas. La familia de Gea se constituye de un modo distinto a la de Caos, ya que Gea engendrará a dos seres masculinos y luego, a partir de ellos, dos descendencias distintas con unas características muy diferentes. El primero y más importante de sus hijos nacidos sin intervención masculina es «el estrellado Urano (Cielo) igual a ella, para que la cubra por todos sus lados»; y a continuación genera dos características prominentes de su propia topografía que, en cierto modo, podrían ser entendidas como diferentes a ella: las Montañas (*Ourea*) y el «profundo mar con sus agitadas olas», personificado en Ponto o Mar.[17] Gea tomará a Urano como consorte para fundar la principal familia divina de la que surgirán los dioses y diosas olímpicos; por otra parte fundará una familia menor y de naturaleza específicamente marítima a través de su relación con Ponto, compuesta principalmente por dioses marinos, ninfas y seres de una naturaleza grotesca y monstruosa que necesariamente quedarán al margen de las divinidades olímpicas.

En resumen, hay cuatro seres primordiales: Caos, Gea, Tártaro y Eros, que en apariencia llegaron a la existencia de modo independiente unos de otros. Los dos que tuvieron una importancia genealógica, Caos y Gea, llevaron a cabo la fundación de las tres grandes familias del sistema de Hesíodo mediante la generación de hijos por sí mismos: Caos engendrará a una hija (Noche) que originará una familia a través de partenogénesis; Gea, dos hijos con los que se emparejará para dar lugar a dos familias por el proceso habitual de generación. Dado

que la familia de Noche, la hija de Caos, ocupa un lugar propio en el esquema hesiódico, comenzaremos con ella antes de pasar a hablar de las dos líneas genealógicas que parten de Gea: la más importante, a partir de su unión con Urano; la menos importante, de sus relaciones con Ponto.

Como se señaló antes, había otras cosmogonías míticas que tenían un esquema diferente al de Hesíodo. Noche (*Nyx*) ocupaba una posición más elevada en alguna de ellas, e incluso figura por encima de todas en una cosmogonía órfica. En otros casos, era la que había formado la primera pareja junto a Tártaro o Aer en esquemas atribuidos respectivamente a Museo y a Epiménides.[18] La *Ilíada* se hace eco, por contraste, de una tradición en la que la primera pareja fue la formada por Océano y Tetys, dos divinidades de las aguas (cf. *infra* pp. 72 y 73). Algunos de los esquemas más interesantes y elaborados son los que aparecen en la literatura órfica (escritos apócrifos atribuidos al legendario cantor Orfeo compuestos a partir de la última parte del período arcaico en adelante). Un rasgo característico de estas tradiciones era la idea de que el mundo era como un huevo del que se supone que había surgido un demiurgo o dios creador, al que se le dan diversos nombres como Fanes, Protógonos o Eros. En *Aves*, una de sus comedias, Aristófanes se refiere al mundo-huevo en una graciosa parodia de una cosmogonía órfica: Caos, Noche, Érebo y Tártaro fueron los primeros en llegar a la existencia cuando no había tierra ni aire ni cielo; la Noche de negras alas extrajo del seno de Érebo un huevo del que surgió Eros de alas doradas (el demiurgo).[19] De acuerdo con un esquema de la literatura órfica, Crono, el Tiempo eterno, había sido el primero en existir y había engendrado a Éter, Caos y Érebo. Después Caos creó un huevo a partir de Éter, del que surgió Fanes o Protógonos, un ser bisexual que concibió consigo mismo para poner en marcha la creación.[20] A partir de este punto, la narración sobre las sucesivas generaciones de dioses y de sus conflictos continúa la versión tradicional de Hesíodo.

Las cosmogonías elaboradas por los filósofos racionalistas a partir del siglo VI a.C. en adelante marcan una nueva dirección, aunque no una completa ruptura, dado que no habrían tomado la forma que tomaron si no hubiera sido por la influencia del mito y de los esquemas del pensamiento mítico. Con un *arché* indiferenciado como punto de partida o principio primero, por ejemplo, el agua o el aire, esos esquemas comienzan a explicar en términos eminentemente racionalistas cómo los diversos elementos (éter, aire, fuego, agua, tierra) se separaron y a continuación cómo se formó a partir de ellos todo un universo diferenciado.[21] Ciertos datos de la cosmogonía tradicional de Hesíodo fueron en algunas ocasiones reinterpre-

tados a la luz de esas especulaciones a lo largo de la tradición posterior. Un buen ejemplo de esto es la cosmogonía que aparece al comienzo de las *Metamorfosis* de Ovidio, en la que Caos viene a ser una informe mezcla de elementos o principios de la materia: frío y caliente, blando y duro, pesado y ligero. Después de este desorden inicial, por la intervención de un dios o por un proceso de la naturaleza, los diferentes elementos se separan y cada uno predomina en distintos estratos del universo: el éter ígneo en la bóveda del cielo, el aire por debajo de esta, y la tierra en el nivel más bajo de todos, rodeada por las aguas del mar.[22] De acuerdo con otras interpretaciones, Caos estaba identificado con el agua o el fuego primordiales —una idea apoyada por las falsas etimologías que derivaban su nombre de *cheisthai*, fluir, o de *kaio*, quemar— o se decía que significaba el espacio vacío que ha de haber para que las cosas puedan existir en un lugar.[23] Mucho después, tenemos todavía restos de la cosmogonía clásica entremezclados con versiones derivadas del mito de la creación hebreo; por ejemplo, en una paráfrasis del Génesis atribuida falsamente a san Cipriano y escrita en latín en versos hexámetros, el caos tradicional sustituye las «profundidades» del original.[24]

La familia de la Noche

La Noche (*Nyx*) era una figura muy respetada pero bastante vaga en la mitología griega. De acuerdo con la *Ilíada*, incluso Zeus sentía temor ante ella, ya que cuando Hipno (Sueño) corrió una vez a buscar refugio en ella para escapar de la furia de Zeus (cf. p. 65), él le dejó escapar, pese a que estaba furioso, ya que «se contuvo por respeto, para no hacer nada que desagradara a la veloz Noche».[25] Si bien Hesíodo la llama «funesta» (*oloe*),[26] teniendo en mente su dañina progenie, también se la puede mirar de una manera más amable, ya que es quien trae descanso tras las fatigas del día,[27] al igual que su hijo Hipno. Se la podría representar como a una diosa sombría que con sus oscuras alas revolotea por el aire o quizá conduciendo un carro a través de la oscuridad. En la mitología está por encima de todas las divinidades cosmogónicas y no aparece en narraciones mitológicas excepto en la historia de la *Ilíada* que se ha mencionado antes —y también en una inusual versión del mito del cortejo de Zeus a Tetis en la que es la Noche y no Themis (cf. p. 93) la que le aconseja que no despose a Tetis—.[28] Se creía que tenía poderes proféticos, como indica esta última narración, y que estaba vinculada con los oráculos. Pausanias menciona que había un oráculo de la Noche en Mégara.[29]

Después de engendrar a dos hijos con su hermano Érebo, Éter y Día (cf. *supra*), la Noche tuvo una nutrida descendencia por sí sola, sin intervención mas-

culina.[30] La mayoría de ellos no tienen ninguna relación con el mito, el culto, ni el mundo visible, y no cabe considerarlos, en términos modernos, como abstracciones. No obstante Hesíodo y sus contemporáneos los entendieron desde una perspectiva diferente, como fuerzas —fuerzas oscuras y negativas— que ejercían un poder real en el mundo. De acuerdo con esto, podrían ser entendidos como divinidades, incluso a pesar de que la mayoría de ellas sean simplemente personificaciones.

Ya que la peor de todas las fuerzas negativas es la muerte, puesto que anula nuestra propia existencia, no sorprende que Hesíodo encabece la lista de los hijos de la Noche con la odiosa Moro (Destino, con el significado especial de muerte señalada de un ser humano), la negra Ker (Perdición) y Tánato (la personificación de la Muerte). A lo largo de la lista encontramos dos grupos de dioses y diosas, las Moiras (Hados) y Keres (Espíritus de destrucción y muerte), que se corresponden con Moro y Ker respectivamente pero que son en apariencia distintos. Hipno (Sueño), que aparece nombrado a continuación de Tánato y que tradicionalmente era considerado el hermano de la Muerte, es una fuerza privativa distinta, pero relacionada, que nos roba toda consciencia y animación durante la noche, al menos mientras no estemos agitados por los Sueños (*Oneiroi*), las visiones ilusorias nocturnas que turban nuestro sueño. Vejez (*Geras*) es quien nos conduce a la muerte y en ocasiones aparece junto a Heracles en las pinturas cerámicas como un anciano encorvado y demacrado. Heracles, que finalmente venció a la edad y la muerte para alcanzar la inmortalidad, lo mantiene a raya amenazándole con su maza. Diversas características negativas de la existencia humana están representadas en Dolor (*Oizys*), Engaño (*Apate*), Némesis (Castigo merecido) y Eris (Discordia). Eris tendrá una serie de hijos por sí sola que personifican todo lo que surge de la discordia (cf. pp. 64 y 65). Némesis, la personificación del castigo merecido y de la indignación justa, era una divinidad más importante que la mayor parte de sus compañeros, ya que recibía culto en Ramnunte (Ática) y en Esmirna y otras ciudades de Jonia, y aparece en los mitos antiguos como víctima de la pasión de Zeus y como la madre de Helena de Troya (cf. p. 568). Filotes, cuyo nombre significa amistad o amor, aparece junto a Engaño (*Apate*) y evidentemente representa el placer del amor y del sexo en este contexto. Su inclusión entre los hijos de la Noche se debe a su asociación con lo oscuro y muchas veces con la astucia y el engaño. Las Hespérides (Hijas de la Tarde) están también incluidas aquí, incluso a pesar de que sean amables e inocentes ninfas, pero viven en el lejano oeste cerca de la puesta del sol y de la oscuridad (cf. *infra*). Finalmente está Momo (Burla), que aparece en las fábulas

como una especie de bufona licenciosa que se queja de las actuaciones y obras de los dioses.

> Momo aparece una sola vez en un mito serio, en conexión con el origen de la guerra de Troya. Cuando la Tierra se quejó una vez de que estaba sobrecargada a causa de la gran cantidad de seres humanos que se apiñaban sobre su superficie, Zeus le propuso destruir a buena parte de la raza humana mediante inundaciones y rayos, pero Momo entendió que este plan era erróneo y sugirió que sería mejor hacer maquinaciones que condujeran a una guerra destructiva (cf. *infra* p. 566).[31] La otra historia principal en la que aparece es una fábula en la que Zeus, Prometeo y Atenea la invitaron a emitir un juicio sobre las obras que habían producido: un toro, un hombre y una casa, respectivamente. Criticó el toro, diciendo que sus ojos deberían haber sido puestos en el lugar de sus cuernos para permitirle ver lo que estaba atacando; criticó al hombre y señaló que su mente debería haber sido puesta fuera de su cuerpo para que sus malas cualidades se le hicieran visibles; y finalmente criticó la casa, ya que debería haber sido elevada sobre unas ruedas para permitir a la gente cambiarse de sitio si se topaban con malos vecinos. Esto acabó con la paciencia de Zeus que se enfureció tanto por sus quejas que la expulsó para siempre del Olimpo.[32] La crítica que realiza Momo sobre el toro aparece mencionada por Aristóteles, aunque en una forma algo distinta.[33] De acuerdo con otra narración, Momo se quedó tan turbada por la belleza de Afrodita que no halló nada en ella que criticar y salvó como pudo su honor haciendo un chiste sobre sus sandalias.[34]

Algunos de estos hijos de la Noche son figuras míticas de cierta importancia que merecen una consideración más amplia, especialmente las Moiras, pero también las Hespérides, Hipno y Tánato.

Las Moiras, más conocidas por su nombre latino de *Fata* (Hados), son un grupo de diosas que asignan los destinos individuales a los mortales cuando nacen, particularmente con vistas a la hora de su muerte. Están en principio clasificadas como hijas de la Noche en la *Teogonía* debido a que son ellas las encargadas de fijar las muertes, pero después el poema las incluye entre las hijas de Zeus y Themis (Ley), ya que contribuyen al ordenamiento correcto del mundo bajo la autoridad de Zeus (p. 124).[35] Podría parecer que ellas surgieron no como poderes abstractos del destino, sino como espíritus vinculados con el nacimiento, como muchos de los que en el folclore actual visitan a los niños recién nacidos y determinan cuál será la porción de vida de la que dispondrán. El mito fami-

liar en el que las Moiras aparecen después del nacimiento de Meleagro para anunciar cuál es la parte que le corresponde, e incluso para especificar qué clase de muerte tendrá (cf. p. 539), estaba seguramente enraizado en el folclore más antiguo. En su acepción de diosas que marcan el destino de los mortales, recibían culto en muchas partes del mundo griego, lo que está atestiguado por abundantes monumentos e inscripciones. De todos modos, sus apariciones en la mitología son escasas. Aunque una de ellas, o todas, aparecen representadas atendiendo a los nacimientos de dioses y mortales, apenas realizan intervenciones específicas en las narraciones míticas, a no ser que quieran revelar alguna característica concreta del destino de uno, como en el caso de Meleagro que citábamos antes, o se las requiera para entrar en acción cuando se necesite cambiar de algún modo el destino de un personaje. Píndaro presenta a una de las Moiras, Cloto, como la que supervisa la resurrección de Pélope, cuando es devuelto a la vida después de haber sido asesinado por su padre (cf. p. 647 para las circunstancias de esta historia).[36] Esquilo cuenta que Apolo había emborrachado a las tres hermanas para convencerlas de que buscaran un sustituto que muriera en lugar de Admeto (cf. pp. 211-212).[37] Según Apolodoro ayudaron a Zeus a sofocar dos revueltas importantes: una vez, engañando a Tifón y haciéndole comer unas frutas que le debilitaron (cf. p. 133), la otra, golpeando hasta la muerte a dos de los Gigantes con garrotes de bronce.[38]

Generalmente, desde los tiempos más antiguos, se representa a las Moiras como tejedoras. Aunque Homero sólo hace una referencia a las Moiras en plural —en donde afirma que han dotado al hombre de un corazón capaz de arrostrar penalidades—, habla del hilo que la Moira urdió para Héctor cuando nació; y seguramente hemos de identificar a las Moiras con las *klothes* (tejedoras), que aparecen mencionadas en la *Odisea* como tejedoras de los destinos de los hombres a la hora de su nacimiento.[39] Hesíodo y autores posteriores nos dicen que eran tres y se llamaban Cloto (La Tejedora), Láquesis (La Repartidora) y Átropo (La Inflexible).[40] Son escasas sus apariciones en el arte, pero siempre se las representa como unas mujeres hermosas, aunque la literatura se las imagine como unas ancianas. El hilo que tejen es (o lleva) el destino de cada individuo; cuando se rompe, la vida llega a su fin.

Con el paso del tiempo, la imaginación poética elaboró estas imágenes de diversas maneras, haciendo que las Moiras urdieran un hilo dorado, por ejemplo, cuando hilaban el destino de un individuo particularmente afortunado, o que retomaran un trabajo abandonado cuando alguien era llamado de vuelta a la vida.[41] Los nom-

bres que da Hesíodo pueden llegar a sugerir una división del trabajo, con Cloto hilando, Láquesis determinando la longitud que se le da al hilo y Átropo cortándolo implacablemente cuando llega la muerte del individuo. También Cloto puede aparecer sujetando la rueca mientras que Láquesis hila y Átropo corta.[42] Asimismo, Átropo puede estar representada como la que domina sobre el pasado (dado que es inalterable), Láquesis como la que ejerce su dominio sobre el futuro y Cloto la que controla el presente, hilando el destino particular de cada uno.[43] Platón hace aparecer a las Moiras en su gran mito escatológico de la *República* y divide sus funciones de un modo muy complejo como para que lo resumamos aquí.[44] Una, o todas ellas, pueden aparecer representadas en el arte escribiendo o leyendo el libro del destino, esto puede explicar la pintoresca afirmación de Higino de que ellas inventaron algunas letras del alfabeto griego.[45] Como puede esperarse, están a menudo asociadas por una parte con Ilitía, la diosa de los nacimientos, y por otra con Ananké (Necesidad), Tyche (Fortuna) y con otras personificaciones que tienen alguna relación con el hado o el destino.

La palabra *moira* significa «porción» o «asignación», y podía ser usada para referirse a una porción de tierra, a la parte de comida que se le asigna a una persona, o a la parte que se asigna de un botín cuando se lleva a cabo el reparto. Por una extensión natural, la palabra podía ser usada para describir el lote o el destino que se le determina a una persona en vida; y el imponente poder que hace los repartos del destino podría ser personificado como Moira, Hado o Necesidad, o como el trío de Moiras,o «Repartidoras». En latín, el plural *Fata* parece ser tan sólo una adaptación a partir del singular *fatum*, «lo que es dicho», «el decreto de los dioses», para equipararlo con el número plural de las diosas griegas, aunque aparece en un par de contextos sin implicación mitológica, con el sentido de «los decretos», como podemos decir «los mandamientos» o «los mandamientos de Dios». Más adelante, el neutro plural *Fata* dio origen a un sustantivo femenino singular, bastante inusual en latín clásico, que aún existe en italiano, francés y español: *fata*, *fée* y *hada*, respectivamente. Un evidente instinto llevó a los romanos a identificar sus propios espíritus relacionados con el nacimiento, las Parcas (*Paricae*, del verbo *parere* «dar a luz») con las Moiras, aunque esta identificación pudo ser alentada por una falsa etimología en la que se pensó que Parca era un derivado de *pars* (parte), palabra latina equivalente a las griegas *meros* o *moira*.

Las Hespérides eran un grupo de ninfas que vivían en el jardín de los dioses en los confines occidentales de la tierra, en donde guardaban un árbol maravilloso (o un bosque) que daba manzanas doradas. En esta tarea recibían la ayuda de una serpiente terrible, nacida de Forcis y Ceto, que a menudo recibe el nom-

bre de Ladón (cf. p. 106), que se enrollaba alrededor del árbol o de los árboles.[46] O en una versión menos amable, la serpiente estaba allí para evitar que las propias Hespérides robaran las manzanas doradas. En relación con esta versión más tardía, Ferécides afirma que Gea había entregado estos árboles a Hera como regalo de bodas, quien había quedado tan impresionada por su belleza que había dado orden de plantarlos en el jardín de los dioses.[47] Parece que las Hespérides, que eran célebres por sus hermosas voces, se entretenían cantando y bailando como el resto de las ninfas. No obstante, sus deberes no eran demasiado intensos, dado que el jardín de los dioses estaba muy lejos y no hubo ladrones que pretendieran actuar allí hasta que Heracles recibió la orden de robar algunas de las manzanas doradas como uno de sus trabajos (cf. p. 389). En conexión con esa leyenda, como veremos, las Hespérides son a veces localizadas en el lejano norte. Se pensaba que eran tres, aunque el número varíe a veces de dos a siete; y los nombres con los que más aparecen son los de Hesperaretusa (o *Heperie*), Eritia (o *Eritheis*) y Egle:[48] nombres que hacen referencia a la tarde, al rojo del cielo del atardecer y a la claridad del día.

Hipno (Sueño) y su hermano Tánato (Muerte) estaban muy asociados en la mentalidad griega, ya fuera como personificaciones o simplemente como conceptos. Reaparecen en un pasaje posterior de la *Teogonía*, que señala que tenían casas vecinas en un lugar oscuro y lóbrego en los confines de la tierra, cerca de la morada de su madre, la Noche.[49] Incluso a pesar de que sus actividades muestren evidentes semejanzas, los dos hermanos tienen un carácter opuesto, ya que Hipno «recorre la tierra y la ancha espalda del mar tranquilo y suave para los hombres», mientras que Tánato «de hierro tiene el corazón y en su pecho alma de bronce despiadada alberga y retiene al que de los hombres toma en primer lugar».[50] En la *Ilíada*, que los describe como gemelos aunque no diga nada sobre su parentesco, por orden de Zeus se llevan el cadáver de Sarpedón del campo de batalla en Troya y lo transportan hasta su hogar en Licia.[51] Este episodio inspiró algunas memorables pinturas cerámicas, que muestran a los hermanos alados y vestidos con armaduras completas. En otro pasaje de la *Ilíada*, Hera visita a Hipno en Lemnos para pedirle que infunda el sueño en su esposo después de hacer el amor con él, para que no se dé cuenta de que va a desobedecer sus órdenes. Hipno, al principio, se muestra reticente ya que Zeus se enfureció otra vez que le hizo el mismo favor y le habría arrojado del cielo al mar si no se hubiera refugiado junto a la Noche. Hera le convence, no obstante, prometiéndole entregarle a cambio a Pasitea, una de las Gracias, como esposa.[52] Hipno no vuelve a aparecer en las tradiciones posteriores, aparte de la que le vincula con Endimión,

un héroe eleo célebre por su sueño eterno (cf. p. 534). De acuerdo con esta historia, Hipno se enamoró de Endimión e hizo que éste durmiera con los ojos abiertos para así poder disfrutar de la visión de su belleza.[53] Algunos autores posteriores, en especial Ovidio y Estacio, gustaron de detenerse en escenas poéticas sobre este asunto. Ovidio le presenta durmiendo en un lecho de ébano en el interior de una cueva oscura en la tierra de los cimerios, con sus 1.000 hijos, los sueños alrededor de él; el torrente del Leteo (Olvido) se desliza suavemente sobre las piedras hasta el interior de la cueva induciendo el sueño, mientras que afuera florecen amapolas e innumerable hierbas soporíferas.[54]

Respecto a Tánato, no podía tener un papel protagonista en la mitología, ya que Hermes era el encargado de conducir a los muertos al mundo infernal y Hades era el que gobernaba sobre ellos una vez que llegaban allí. En dos mitos importantes en los que se presenta para llevar a los mortales al mundo subterráneo para encontrarse sólo con la humillación, es casi por completo una figura del folclore. Cuando llega a Corinto para buscar a Sísifo, el astuto héroe escapa a la muerte y Tánato acaba atado (cf. *infra* p. 559).[55] En la versión de Eurípides de la historia de Alcestis, Heracles espera a Tánato junto a la tumba de la heroína cuando éste debía presentarse para llevársela, cuando aparece lucha con él y logra devolvérsela a su esposo (cf. p. 212).[56]

Para terminar este examen de la familia de la Noche hay que pasar a Eris (Discordia), la única hija de la Noche que engendró por sí sola una progenie de hijos. Aparece en un solo mito, aunque muy importante, el que cuenta cómo azuzó la pugna entre Hera, Atenea y Afrodita a la que puso fin el juicio de Paris, por lo que colaboró en la marcha de sucesos que desencadenaron la guerra de Troya (cf. *infra* p. 566).[57] Como pasa con la historia de Momo contada antes, relacionada con ésta, y también con la historia de la persecución de Zeus a Némesis, que produjo el nacimiento de Helena, este mito puede ser relacionado con las *Ciprias*, el primero de los poemas épicos del ciclo troyano. Podría inferirse que al autor de este poema le gustaba asignar un papel más importante a las personificaciones de lo que suele ser lo habitual en la alta literatura. Homero se refiere a Eris en la *Ilíada* junto a otras divinidades menores y personificaciones que se agitan frenéticas en el campo de batalla. Al comienzo del libro XI, Zeus la envía para inspirar a los griegos ardor guerreo, Eris se queda de pie en medio del campo de batalla y profiere un grito absolutamente terrible y penetrante.[58]

Los hijos de Eris representan las múltiples fuerzas dañinas y destructivas que surgen de la discordia y la lucha, a saber, Trabajo (*Ponos*), Olvido (*Lete*), Hambre, Penas, Luchas, Muertes, Homicidios, Peleas, Mentiras, Disputas, Desor-

den, Ofuscación (Ate) y Juramento (Horco).[59] Estas figuras son sin duda alegorías en su mayor parte, aunque las dos últimas requieren comentario aparte.

Ate representa la ofuscación o la confusión mental que conduce a actos de locura repentina. Hay un ejemplo impactante de su modo de reacción en el libro XIX de la *Ilíada,* en el que Agamenón intenta pedir perdón por haberle arrebatado a Aquiles su botín de guerra, la esclava Briseida (cf. p. 599), y afirma que lo ofuscó Ate, la que ciega a todos los hombres, un ser odioso del que se dice que «sus pies son delicados, pues sobre el suelo no se posa, sino que sobre las cabezas de los hombres camina, dañando a las gentes y a uno tras otro apresa en sus grilletes».[60] Agamenón añade que incluso el propio Zeus fue presa de Ate, cuando Hera le engañó para que hiciera un juramento mediante el que pasarían a otro los bienes que correspondían a su hijo Heracles (cf. p. 327). Zeus se enfadó tanto cuando descubrió el engaño que agarró a Ate por la cabellera y la arrojó a la tierra, en donde ella ahora lleva a cabo sus actos maliciosos contra los mortales.[61] De acuerdo con Apolodoro, cayó en la colina de Ate en la Tróade, en el lugar en el que después Ilo fundaría la ciudad de Troya (cf. p. 673).[62]

Horco (Juramento) aparece en la lista en relación con los perjurios: personifica la maldición que se activa si una persona hace un juramento falso. Hesíodo nos lo cuenta en términos alegóricos en *Trabajos y días*, en donde señala que las Erinias asistieron al nacimiento de Horco cuando Eris le dio a luz para causar problemas a aquellos que cometen perjurio.[63]

Gea, Urano y los Titanes

En este punto cabe pasar a las dos grandes familias que fueron fundadas por Gea (Tierra), a través de sus uniones con los dos hijos que había engendrado por sí sola: primero Urano (Cielo) y luego Ponto (Mar). Como ya se ha dicho, la familia que fundó con Urano era la más noble de ambas, y de ella surgen todos los grandes dioses y diosas; mientras que la familia que fundó con Ponto está formada principalmente por seres marinos y monstruos. De sus dos parejas, sólo Urano puede ser visto como su auténtico esposo, ya que su unión con Ponto (que no aparece en los mitos y que es una simple personificación) obedece exclusivamente a intereses genealógicos. Urano y Gea son, de hecho, la primera pareja originaria en la narración que lleva a cabo Hesíodo de la primera historia del mundo, incluso a pesar de que no sean los primeros seres de todos, ni los padres de todos los que vinieron después. El primer mito propiamente dicho de esa his-

toria es el que cuenta cómo Urano provocó la disolución de su matrimonio y su propia caída a causa del maltrato al que había sometido a su esposa y a sus hijos. A pesar de que tuvo su importancia en los comienzos, Urano no vuelve a aparecer en los mitos después del final de su unión con Gea —a excepción de sus profecías sobre sus hijos—. No hay rastros de su culto ni evidencias de que desempeñara un papel importante en la religión griega ni en las prácticas culturales; como mucho, aparece invocado en juramentos junto a otras divinidades.

En algunas ocasiones Urano recibe el nombre de Acmónides, es decir, hijo de Acmón, lo que quizá sea un uso muy antiguo. El erudito bizantino Eustacio, quien declara que Alcmán, el poeta de finales del siglo VII a.C., ya se refería a Urano como hijo de Acmón, recuerda una antigua especulación etimológica sobre este asunto, diciendo que el padre de Urano recibía el nombre de Acmón porque el movimiento de los cielos es «infatigable» (*akamatos*).[64] Se ha sugerido, ya en nuestros tiempos, que el nombre pudiera estar conectado con la palabra *acman*, atestiguada en antiguo persa y en sánscrito, que en ambas lenguas significa «piedra», lo que evocaría la solidez de la bóveda celeste. Sea cual sea el significado auténtico de la palabra, debió originarse como un epíteto culto para referirse a Urano. De modo semejante, Hiperión es a veces el nombre que se le da al dios sol Helios, y a veces se llama así al propio padre de Helios. Pero el asunto sigue siendo un misterio.

En contraste con sus parejas masculinas, la diosa de la tierra Gea o Ge recibió culto en época clásica, aunque no fuera una diosa de gran importancia. Se conservan santuarios en diversos lugares de Grecia, incluso hay uno en la falda sur de la Acrópolis de Atenas, en donde se la adoraba bajo la invocación de *Ge Kourotrophos* (engendradora de hijos), y un templo anexo al de Zeus *Agoraios* en Esparta.[65] Sin embargo, no se celebraban festividades en su honor, y parece que su culto iba siempre parejo al de otras divinidades. A los griegos les gustaba invocarla en juramentos por la misma razón por la que invocaban al dios sol Helios (cf. p. 81), ya que en ninguna parte del mundo era posible romper un juramento sin que ella se diera cuenta. En un episodio de la *Ilíada*, dos corderos son llevados al sacrificio para cumplir con un juramento solemne: una cordera negra para Gea y un cordero macho blanco para Helios.[66] Al menos en lo que respecta a nuestro conocimiento, Gea siempre representa la tierra como conjunto, a pesar de que en su concepción no fuera en principio tan extensa, como Tellus en Roma, como el poder que reside en el terreno con el que sus adoradores se relacionaban por sí mismos. No hace falta repetir que en los tiempos

más antiguos no se representaba la tierra como un globo, sino como una superficie plana o un disco cuya expansión era indeterminada. No obstante, la auténtica forma de la tierra fue descubierta bastante pronto, a finales del siglo V a.C. Aunque Gea actúa como un ser independiente en sus mitos, y a menudo aparece saliendo de la tierra con forma humana en obras de arte (como cuando entrega a Erictonio, nacido de la tierra, a Atenea, cf. p. 249), no puede afirmarse que se la imaginara como una divinidad completamente antropomórfica, ya que estaba muy estrechamente relacionada con la tierra como cuerpo físico. En el *Himno homérico a Gea*, se la alaba como la madre de todos (*panmeter*), como el más antiguo ser de los que alimentan a las criaturas vivientes y como la que lleva la prosperidad a la raza humana a través de sus cosechas.[67]

Gea dio a luz tres grupos de hijos de Urano. El primero consta de dioses primordiales conocidos como los Titanes y luego dos grupos de monstruos: los Cíclopes de un ojo y los Gigantes de 100 manos a los que se conocía como los Hecatonquiros o Centímanos. Urano los odiaba a todos y se cuidó mucho de que Gea no les diera a luz, lo que provocó tal malestar en ella que finalmente les indujo a que actuaran en contra de él. El más joven de los Titanes, Crono, el único que tenía el valor suficiente para atacarlo, preparó una emboscada contra su padre armado con una hoz que su madre le había fabricado para la ocasión. Cuando Urano se acercó a su madre para hacer el amor con ella, Crono le cortó los genitales: por lo que su unión terminó de modo violento y finalmente le fue posible a Gea dar a luz a sus hijos. Crono arrojó los genitales de su padre al mar y de la espuma que se arremolinó en torno a ellos surgió la diosa Afrodita (cf. p. 261); de la sangre que cayó sobre Gea nacieron tres grupos de hijos: las Erinias, los Gigantes y las Melias (cf. p. 74).[68]

La historia de la mutilación de Urano y su separación de Gea tiene claras connotaciones cosmológicas. Dado que el cielo se alza sobre la tierra, en muchos mitos de diferentes culturas se sugiere que la Tierra y el Cielo, como la primera pareja o al menos la primera pareja primordial, han debido ser separados en algún momento muy temprano de la historia del mundo, lo que en algunas ocasiones se presenta de una manera más apacible que en la historia que cuenta Hesíodo. Por ejemplo, en la mitología egipcia se cuenta que Shu, la personificación del aire, se interpuso entre el dios de la tierra Geb y la diosa del cielo Nut para levantar el cuerpo de ésta por encima del de su pareja. En un mito maorí de Nueva Zelanda, la unión entre la primera pareja Rangi y Papa, la tierra femenina y el cielo masculino, fue la primera fuente de vida, pero todo lo que engendraron quedó aprisionado entre ellos ya que nunca se separaban

el uno del otro. Por ello los primeros dioses, los que ellos habían engendrado, celebraron un consejo y decidieron que Tane, el dios de los bosques y de los pájaros, separara a Rangi y a Papa poniendo su propio cuerpo entre medias de ellos; en el momento en que logró interponerse, surgió la luz en el mundo por primera vez.[69] Más cerca de nosotros, en el Oriente Próximo, el mito hurrita e hitita de Ullikummi cuenta también la separación de la tierra y el cielo; asimismo el vuelo hacia lo alto de Anu en el mito hurrita e hitita —resumido *infra* (cf. p. 69)— tiene las mismas implicaciones. Hesíodo no menciona, sin embargo, el levantamiento del cielo y quizá no se preocupó por este punto de la historia; ya que principalmente le interesan las implicaciones dinásticas de este conflicto en el seno de la familia.

Con la mutilación de Urano y con el fin de su unión con Gea, Crono le desplaza como dios principal y se erige como nuevo señor del universo con los Titanes como subordinados. Pero éste no es el orden que regirá por siempre las cosas, ya que Crono maltrata a sus hijos al igual que su padre, y estaba destinado a ser derrocado por ellos de la misma manera. Dado que Urano y Gea le habían advertido de que sería su propio hijo quien le arrebataría el poder, Crono intentó acabar con el peligro devorando uno a uno a sus hijos en el momento de nacer. Sin embargo, su plan quedó abortado cuando Rea, su esposa, escondió a su hijo más pequeño, Zeus, y le dio a cambio una piedra para que la engullera. Con el tiempo, cuando se hizo mayor, Zeus provocó la caída de su padre y le obligó a vomitar a sus demás hijos. A continuación, se unió a ellos y expulsaron a Crono y a los Titanes recluyéndolos en el Tártaro.[70] La historia inicial de la mutilación y derrocamiento de Urano forma parte de un «mito sucesorio» extenso que narra cómo en la tercera generación llegó a establecerse el orden divino presente bajo el mando de Zeus, después de la caída de su padre y de su abuelo. Los dioses olímpicos, que ocuparon el lugar de los Titanes como dioses principales, eran tanto hermanos y hermanas de Zeus como hijos suyos (con dos posibles excepciones, cf. p. 127). Este mito sucesorio será examinado en detalle en el próximo capítulo, cuando se lleve a cabo la exposición de la ascensión de Zeus al poder y el origen del orden olímpico. Ya que los Cíclopes y los Hecatonquiros, los hijos monstruosos de Urano y Gea, son muy importantes en el mito de sucesión, nos detendremos en ellos (como también en la mitología de Crono y Rea). Por ahora nos centraremos en los Titanes, en su naturaleza común como grupo de dioses antiguos y en su naturaleza individual como fundadores de diversas estirpes que configuran la familia de Urano y Gea en el esquema genealógico de Hesíodo.

De todos los Titanes, sólo Crono y Rea desempeñaron papeles importantes por sí mismos en el mito sucesorio, mientras que los demás actuaron exclusivamente de manera colectiva. En la *Teogonía*, Rea no contribuye en absoluto en la expulsión de Urano, que es llevada a cabo por Crono en solitario, pero los demás se benefician al convertirse en los dioses más importantes del orden preolímpico bajo el dominio de Crono. Consecuentemente, tomarán parte en la Titanomaquia, la gran guerra en la que intentarán sofocar la insurrección llevada a cabo por Zeus y sus aliados, pero son derrotados y expulsados del mundo superior para siempre. Por todo ello ¿es posible decir algo significativo sobre su naturaleza común, más allá del hecho de que son dioses de una generación anterior que tuvieron poder y fueron expulsados de él? Esta cuestión dio en otros tiempos mucho juego a la especulación. Una teoría a la que se dio bastante eco sugería que los Titanes eran los antiguos dioses pregriegos que habían sido desplazados por los Olímpicos que traían los invasores griegos. Si eso fue así, el mito de la gran guerra entre Olímpicos y Titanes podía ser explicado en términos históricos, y reflejar por ello la lucha de creencias que había acarreado la supresión de la religión antigua. También se pensó que los dioses antiguos representaban poderes de una naturaleza menos avanzada o menos moral que la representada por los dioses Olímpicos. Otra teoría apelaba a la evidencia posterior, o a la duda razonable, para sugerir que los Titanes eran divinidades fálicas. La discusión cambió absolutamente, sin embargo, cuando se supo que el mito griego de la sucesión tenía mucho en común con mitos de una naturaleza semejante cuyo origen estaba en Asia Menor. Aunque se conocían otros mitos orientales de sucesión desde antes, el factor clave en la discusión fue la publicación en 1946 de un mito hurrita-hitita que tenía muchos paralelismos con el mito de Hesíodo.[71]

Los hurritas eran un pueblo antiguo que vivió en el norte de Siria y en las áreas adyacentes y que cayeron bajo el poder hitita en el siglo XIV a.C., aunque los hititas estaban bastante influidos por la cultura de los primeros y transmitieron en sus tablillas cuneiformes algunos de sus mitos. Uno de estos mitos narra la secuencia de acontecimientos que desembocaron en la ascensión del equivalente hurrita de Zeus. Anu (Cielo), que se corresponde con el dios griego Urano, tomó el poder con el derrocamiento de su oscuro predecesor, Alalu, y reinó durante nueve años hasta que su copero, Kumarbi, le retó en batalla y lo venció. Cuando Anu intentó escapar hacia los cielos, Kumarbi le agarró por los pies, le cortó los genitales y se los tragó. Cuando celebraba su triunfo, Anu le instó a que se lo pensara de nuevo, ya que por su acción se habían introducido dentro de él tres dioses terribles. Aunque Kumarbi escupió de inmediato lo que tenía

en la boca, el dios de la Tormenta estaba ya dentro de él, y salió de su cuerpo en ese momento. El estado de conservación del texto a partir de aquí es bastante defectuoso, pero es evidente que el dios de la Tormenta, que era un dios principal en el esquema hurrita e hitita, al igual que Zeus es el dios principal dentro del griego, finalmente desplazó a Kumarbi como gobernante.[72] Cabe comparar el mito de Hesíodo con un mito babilonio muy antiguo que aparece en el poema conocido como *Enuma Elish*, e incluso con un mito fenicio (algo cuestionado, pero del que se piensa que sea al menos parcialmente auténtico) que se conserva en una obra griega de comienzos del período romano.[73] Cuando se apreciaron las implicaciones mutuas que se daban en estos paralelos mitológicos extranjeros, se aceptó que el mito griego de sucesión no era de origen griego, sino que estaba basado en un mito que provenía de Oriente Medio.

Si esto era así, en la narración de este mito importado debía aparecer también un grupo de dioses arcaicos desplazados que se correspondiera con los Titanes. Los equivalentes hurrita-hititas de los Titanes recibían el nombre de dioses antiguos (Hesíodo se refiere a los Titanes y a Cronos en términos semejantes en dos ocasiones),[74] mientras que los equivalentes babilonios recibían el nombre de dioses muertos. Si consideramos en perspectiva la cuestión sobre el origen de los Titanes, surgen dos posibilidades. Puede ser un grupo de divinidades antiguas y nativas que fue identificado con los dioses antiguos del mito importado; o quizá la palabra Titán era sencillamente el nombre que los griegos daban a los dioses que tenían un origen oriental. No hay manera de determinar cuál de las dos alternativas puede ser la verdadera, y tampoco es que eso vaya a cambiar demasiado las cosas, dado que no sabemos nada sobre la naturaleza original de los Titanes, ni si los griegos creyeron que la existencia de los Titanes fue en algún momento independiente. Lo fundamental es que los Titanes, de la manera en que se nos presentan como un grupo desde Hesíodo en adelante, desempeñan exactamente el mismo papel que en el mito de sucesión de Asia Menor: son los dioses que gobernaban antes y que fueron expulsados del mundo superior cuando quedó establecido el nuevo orden divino. Ésta es su «naturaleza», y en esta cuestión no se puede ir más lejos; no tienen otra función ni protagonizan otras historias como grupo dentro de la mitología antigua, ni tampoco tienen ninguna importancia dentro de las prácticas religiosas griegas. La etimología de su nombre es incierta, hay alguna evidencia que sugiere que esa palabra podría significar «príncipes» o algo semejante. Hesíodo ofrece una etimología doble original, y a la vez muy artificial, cuando afirma que Urano les puso ese nombre como reproche, ya que «dijo que éstos, al intentar sobrepasar sus límites (*titainontes*) y actuar

con insensatez, habían realizado una terrible acción por la que después obtendrían venganza (*tisin*)».[75]

Nos apartaremos durante un momento de los mitos convencionales sobre los Titanes, ya que aparecen en un mito esotérico que tiene mucho interés por lo inusual que resulta: en un cuento que aparece en la literatura órfica se dice que la raza humana surgió de los restos de los Titanes a los que Zeus había destruido lanzándoles su rayo. Esto sucedió de la siguiente manera. Zeus violó a su madre Rea, a la que se identifica con Deméter, y de esa violación nació Perséfone. A continuación mantuvo relaciones sexuales con Perséfone, para lo que el dios adoptó la forma de una serpiente, y de éstas nació Dioniso, al que se le da el nombre de Zagreo. Zeus intentó lograr que Dioniso se hiciera con el poder sobre el mundo, pero la celosa Hera incitó a los Titanes para que lo atacaran. Atrajeron su atención mediante distintas clases de juguetes, especialmente un espejo; lo arrojaron de su trono y le asesinaron. A continuación lo desmembraron y se lo comieron. Atenea logró poner el corazón de Dioniso a salvo y se lo dio a Zeus, lo que hizo posible que Dioniso renaciera de Sémele. Zeus castigó a los Titanes arrojándoles su rayo y la raza humana surgió de los restos calcinados de los cuerpos de los Titanes. Este mito extraordinario, que contradice la tradición normal griega en todos sus puntos, tuvo probablemente un origen temprano. Platón hace referencia a la antigua naturaleza titánica del hombre en *Leyes* y hay razones para suponer que también Píndaro conoció la historia.[76]

Hesíodo da nombres propios a todos los Titanes y una lista de seis Titanes masculinos y seis femeninos, las conocidas como Titánides.[77] A la vista del papel principal de Crono en el mito de sucesión y su estatus como segundo señor del universo, seguramente fue identificado como un Titán en la tradición anterior. Se puede encontrar una confirmación de esto en Homero, ya que Crono aparece mencionado tres veces en la *Ilíada* como uno de los dioses expulsados al Tártaro, a los que en una ocasión se les llama Titanes.[78] Los epítetos formulares «Cronio» y «Cronida» que Zeus recibe con cierta regularidad en la épica homérica son una demostración suficientemente válida de que se consideraba que Crono era el padre de Zeus desde los tiempos más antiguos. Dado que esa clase de epítetos no es utilizada para referirse a ninguna otra divinidad, Zeus pudo ser su único hijo en la tradición mitológica originaria. Es bastante probable que primero Crono entrara a formar parte del mito de sucesión y que fuera incluido después en el listado de los Titanes, ya que era el padre de Zeus en la tradición nativa. La

consorte de Crono, Rea, ocupa también un lugar preponderante en el mito de sucesión como la «madre de los dioses» —es decir, de la primera generación de dioses olímpicos— y también por ser la que salva a Zeus de ser devorado por Crono, acción determinante en el desarrollo de la narración. Aparece como Titánide en la *Teogonía* y durante mucho tiempo se la consideró así, a no ser que se pensara que los Titanes eran exclusivamente masculinos. Ya que en la *Ilíada* Jápeto, el padre de Atlas, Meneceo y Prometeo, como veremos más adelante, aparece apresado junto a Crono en el Tártaro, podría parecer que fue introducido dentro del grupo de los Titanes en tiempos de Homero y Hesíodo, quizá porque sus hijos se convirtieron en enemigos de Zeus.[79]

Es evidente que las divinidades que aparecen en la lista de Hesíodo tienen una naturaleza y un origen muy dispar, por lo que no es posible que hubieran formado parte del mismo grupo desde tiempos muy antiguos. Algunos tienen nombres griegos, otros nombres extranjeros, algunos son dioses de la naturaleza, otros abstracciones, otros quizá no son nada más que meros enlaces genealógicos. Sin embargo, unos cuantos, por razones que vamos a exponer, podrían no haber participado del destino común de los Titanes, el de dioses antiguos expulsados para siempre. Es también probable que los Titanes, con la posible excepción de Crono, fueran en origen un grupo anónimo, y cabría sospechar que la mayoría de las divinidades de la lista original estándar, las que aparecen en la *Teogonía*, recibieron por primera vez el nombre de Titanes en el poema de Hesíodo, quien fue posiblemente el primero en establecer que los Titanes eran 12. Era fundamental que pudiera darles un grupo entero de nombres si tenía la intención de introducirlos en su esquema genealógico. Además, cabe decir, a Hesíodo le gustaba asignar nombres propios a cada uno de los miembros de los grupos de dioses, lo hace incluso con las Nereidas y las Oceánides.

Debemos considerar por qué las divinidades específicas nombradas por Hesíodo fueron introducidas dentro del grupo de los Titanes. Hemos hablado sobre Crono, Rea y Jápeto, como divinidades que seguramente eran llamadas Titanes en la tradición existente. Océano era el dios del océano exterior, el gran río del que se suponía que circunscribía la tierra y era la fuente del resto de las aguas, tanto dulces como salobres.[80] Se entiende a partir de esto que el señor de estas aguas debe haber sido una divinidad muy antigua que era quien ejercía dominio sobre ellas desde los tiempos más remotos. De hecho, de acuerdo con un pasaje de la *Ilíada*, él y su consorte Tetys fueron la primera pareja de la que nacieron todos los demás dioses,[81] una idea aparentemente derivada del mito babilonio en el que se decía que Apsu y Tiamat, que representan respectivamente

las aguas dulces y saladas, eran la primera pareja. Incluso a pesar de que no puedan ser considerados los primeros dioses de todos en el contexto del mito de la sucesión, Hesíodo les da un estatus ligeramente más bajo al incluirlos entre los Titanes, como encajaría con divinidades venerables cuya unión podría suponer el origen de todas las demás corrientes acuáticas del mundo. Por otra parte, no parece que encaje bien con Océano compartir ni las acciones ni el destino de los Titanes, ya que las corrientes son una característica permanente del mundo y su presencia en la tierra es continua. La historia narrada en la última parte de la *Teogonía* en la que él pide a su hija Estigia que ayude a Zeus en contra de los Titanes[82] (cf. p. 89) conlleva que él no participó junto a los demás Titanes en la lucha contra Zeus. En la teogonía que establece Apolodoro, en la que se presenta a los Titanes atacando a Urano en grupo, se dice explícitamente que Océano no tomó parte en esa empresa.[83] Themis, la personificación de la ley y el orden, y Mnemósine, la personificación de la memoria, pertenecen al grupo de los Titanes, ya que representan fuerzas del mundo antiguas y fundamentales; pero no cabe imaginar, por el contrario, que fueran expulsadas del mundo después de la caída de los Titanes. Además, en la propia *Teogonía* —aunque en una parte del poema que seguramente fue añadida después de la época de Hesíodo— reaparecen después de la expulsión de los Titanes como primeras esposas de Zeus. Themis figura, en adelante, como veremos, en un buen número de mitos que suceden ya en la era de los dioses olímpicos.

Los otros Titanes que aparecen en la lista de Hesíodo son divinidades oscuras que sólo tienen importancia genealógica. Ninguno de ellos vuelve a aparecer en la mitología, y es posible que ni siquiera participaran en ninguna historia en la propia época de Hesíodo, y se los recuerda sólo como padres o antecesores de divinidades más importantes (si es que no se los inventó el propio Hesíodo, como puede ser posible en uno o dos casos). Hiperión aparece en la épica homérica y en otros poemas arcaicos como el padre del dios sol Helios.[84] Ya que el sol y otras luces señeras del cielo han debido existir ya desde un estado muy temprano en el desarrollo del mundo, Hiperión podía encajar bien en la lista como el titán padre de todos ellos. Ceo también tiene un lugar natural entre los Titanes como el padre de Leto, la madre de dos de las principales divinidades olímpicas, Ártemis y Apolo. Hiperión y Ceo tienen esposas titanes, Tea, (*Theia*) «Divina», y Febe, «Radiante», respectivamente; no hace falta mucha imaginación, ya por parte de Hesíodo o de cualquier otro antecesor, para inventar figuras de esa clase. Finalmente está Crío, cuya naturaleza y origen son un misterio. Como veremos, su función genealógica es valiosa, aunque menor, ya que fue el

padre de diversas diosas antiguas. No hubo nunca un acuerdo completo sobre la identidad de los Titanes en las tradiciones posteriores. Apolodoro, por ejemplo, omite a Febe y la sustituye por Dione,[85] la consorte de Zeus en Dodona y la madre de Afrodita en otra versión del mito (cf. p. 126).

Aparte de los nacidos de sus relaciones maritales con Gea, Urano engendra otros hijos más en circunstancias menos convencionales. Cuando Crono le corta los genitales y los arroja (cf. *infra* p. 110), goteó algo de sangre en la tierra, lo que produjo que Gea se quedara encinta de tres progenies: las Erinias, los Gigantes y las Melias.[86]

Se tratará sobre los Gigantes en el capítulo siguiente, cuando se estudie su rebelión contra Zeus y el orden olímpico (cf. pp. 134 y ss.). Siempre se consideró que habían nacido de la tierra, como parece indicar la etimología de su nombre griego. Además, ya que eran criaturas sobrehumanas semejantes a los dioses, aunque no completamente divinas, cabía deducir que había sido el poder fertilizador de la sangre divina de Urano el que había provocado que la tierra diera a luz a los Gigantes, detalle que podría ser una invención del propio Hesíodo. Quizá Hesíodo consideraba que su importancia era relativamente menor, dado que el mito de la rebelión de los Gigantes contra Zeus surgió posiblemente después de Hesíodo (cf. p. 134). Las Melias eran una raza de ninfas, ninfas de arbustos en sentido estricto; pero ya que Hesíodo no cuenta nada acerca del origen de otros seres semejantes, posiblemente esté usando ese nombre en sentido general y haya que englobar en él a todas las variantes de ninfas relacionadas con árboles. Ya que el grupo de ninfas de los árboles es uno de los más importantes, éstas serán estudiadas junto a las demás ninfas en el capítulo VI. Las Melias tienen en común con los Gigantes el hecho de ser más que humanas y menos que divinas. El tercer grupo, las Erinias, merece un tratamiento detallado.

Las Erinias o Furias eran espíritus de venganza que se cobraban una terrible pero justa venganza contra aquellos que había cometido asesinato u otros crímenes graves, especialmente en el seno de la propia familia. Dado que Hesíodo no habla de sus actividades, debemos recurrir a Homero para hacernos una idea de las clases de ofensas que vengaban según la tradición antigua. La *Ilíada* cuenta cómo Amíntor maldijo a su hijo Fénix ante las Erinias por haber seducido a su concubina (cf. p. 592); y cuando Altea maldijo a su hijo Meleagro por haber dado muerte a algunos de sus hermanos, «Erinis, vagabunda de la bruma, que tiene implacable el corazón, la escuchó desde el Érebo».[87] También en la *Odisea*, Telémaco sugiere que su madre Penélope debería maldecirlo ante las Erinias si él la llegara a abandonar, y Odiseo hace hincapié en que Edipo fue dolorosamente

hostigado por las Erinias de su madre después de que ella se ahorcara[88] (tras descubrir que su esposo Edipo era también su hijo, cf. p. 409). En un fragmento de otro poema épico arcaico, la *Tebaida*, se dice que Erinis hizo caso de Edipo cuando maldijo a sus hijos (cf. p. 414).[89] Estas fuentes y otras semejantes indican que se pensaba que las Erinias tenían un interés especial en actuar contra aquellas ofensas cometidas en el propio núcleo familiar, especialmente en las llevadas a cabo por los miembros más jóvenes contra los más viejos, o hijos contra padres, y que ellas entraban en acción aguijoneadas por una maldición proferida por la parte que sufría la ofensa. Encaja bien, por tanto, que Hesíodo las presente nacidas como consecuencia de una ofensa cometida por un hijo (Crono) contra su padre (Urano).[90]

Otras alusiones dentro de la épica homérica muestran que las Erinias tenían además otra clase más amplia de cometidos. Homero señala en primer lugar que cualquiera que jura en falso será castigado por las Erinias en el mundo subterráneo;[91] y Hesíodo alude a esta función en términos figurados en *Trabajos y días* cuando señala que las Erinias asistieron al nacimiento de Horco (Juramento, cf. p. 65). En la tradición posterior se convirtieron en el más importante agente de venganza en los Infiernos, castigando a los muertos por cualquier clase de faltas que hubieran cometido. Se afirma en la *Odisea*, aunque como una mera posibilidad, que incluso los mendigos tienen sus propias Erinias, ya que no hay nadie más que pueda vengarlos.[92] El pasaje más interesante es uno de la *Ilíada* en el que se sugiere que han de actuar para que las cosas no se salgan del orden apropiado, incluso a pesar de que no se haya cometido ninguna ofensa entre los mortales: después de que Janto, uno de los caballos divinos del carro de Aquiles, comience a hablar para anunciar una profecía a su señor, las Erinias le cortan la voz, simplemente porque es antinatural que los caballos hablen.[93] El filósofo Heráclito (mediados del siglo VI a.C.) señala de acuerdo con esto, aunque evidentemente de una manera más figurada, que «el Sol no sobrepasará sus límites, pues si lo hace, las Erinias, ministras de la Justicia, le perseguirían».[94]

Las historias más célebres en la mitología heroica en las que aparecen las Erinias versan sobre ofensas en el seno de la misma familia. Se trata de las historias de los héroes argivos Orestes y Alcmeón, que mataron a sus madres (cf. pp. 429 y 658). Aunque ambos jóvenes llevaron a cabo tan drástica acción en venganza por la muerte de sus padres, e incluso habían obtenido el consentimiento de Apolo antes de cometerlas, las Erinias no mostraron compasión alguna en ninguno de los dos casos, y no atendieron a las explicaciones que podrían mitigar su culpa: sólo les importó la acción. Ellas encarnaban ideas arcaicas sobre

la justicia desde antes de que se llegara a la determinación de que la intención es parte fundamental en cualquier acción criminal, y de que una acción cometida a través de un mero accidente o como resultado de una «fuerza mayor» no acarrea la misma responsabilidad moral o legal completa que un acto deliberado. Incluso así, están muy lejos de representar los estadios más primitivos de la conciencia moral, ya que no castigan a familias ni a clanes, sino sólo al individuo que cometió el crimen. Sin embargo, se puede decir que las Erinias representan las ideas morales del clan, ya que generalmente están de parte de los más mayores, no sólo de los padres y de las madres, sino también de los hermanos mayores.

En el arte y la literatura se las representa habitualmente como seres fantásticos, de aspecto adusto, con antorchas y varas en sus manos, de manera general coronadas con serpientes, o con serpientes en el pelo o en las manos. Son presentadas de un modo especialmente abominable en las *Euménides* de Esquilo, como criaturas oscuras, semejantes a vampiros que se mueven a gatas, sus ojos rezuman pus y su respiración es áspera y siniestra.[95] Se decía, de hecho, que eran tan horribles que en la primera representación de la obra hubo mujeres entre el público que padecieron abortos. Con todo se debe mencionar, como un ejemplo del rechazo de los griegos hacia cualquier clase de monstruosidad y fealdad, que ningún artista representó a las Erinias ni desagradables ni contrahechas: su apariencia es hermosa, aunque fiera, y se sabe quiénes son por su expresión, por las varas y por otros elementos que portan: de un modo muy distinto de los demonios que aparecen en el arte etrusco o en el medieval.

Las Erinias no tienen nombres propios en la tradición arcaica y su número es indeterminado. No es hasta el período romano cuando se fija que son tres y que sus nombres son Alecto, Tisífona y Megaira.[96] Esquilo y otros autores parten de Hesíodo al clasificarlas como hijas de la Noche, como parece encajar con ellas, mientras que Sófocles las describe como hijas de Tiniebla (*Skotos*) y de la Tierra.[97] Fueron identificadas con las Benévolas (*Eumenides*) y las Venerables (*Semnai*), diosas de aspecto más amable y de un nombre más propicio, que recibían culto en Atenas y en otros lugares. No tienen equivalentes en la religión romana, su nombre latino, Furias (*Furiae*), no es más que un intento de traducción (*furere*, volverse loco, es un equivalente del griego *erineuein*). En calidad de Furias, a veces fueron identificadas con una diosa romana bastante poco conocida, Furrina.

Descendientes de los Titanes

Al considerar las familias de los Titanes, dejaremos de lado por ahora a los Titanes que eran antepasados de los dioses Olímpicos, y también a aquellas que se convirtieron en esposas y amantes de Zeus. Si Crono y Rea, los fundadores de la principal rama olímpica, y Ceo y Febe, los abuelos de Apolo y Ártemis, pertenecen al mismo grupo que Themis y Mnemósine —ambas mantendrán relaciones con Zeus—, nos detendremos ahora en las familias de Titanes cuyos miembros son divinidades relacionadas con el mundo natural y su ordenamiento. Dos de estas familias fueron fundadas por parejas de Titanes, a saber, Océano y Tetys e Hiperión y Tea, mientras que las demás están fundadas por Titanes masculinos que no se casaron con sus hermanas, concretamente, Jápeto, que desposó a su sobrina, la oceánide Clímene, y Crío, que por matrimonio entró en la segunda familia de Gea al tomar por esposa a Euribia, hija de Ponto. Para una relación de los orígenes de los Olímpicos, cf. p. 127, y para los hijos de las titánides Themis y Mnemósine, cf. p. 124.

Océano y Tetys y sus hijos, las Oceánides y los ríos

El dios Océano (palabra cuyo origen no es griego) era un inmenso río que se creía que rodeaba la tierra por todos sus lados. La diosa Tetys es, a lo largo de la tradición, su esposa. De acuerdo con una tradición, como hemos visto, esta pareja había sido la primera y eran los antepasados de los demás dioses. Hesíodo, que tiene ideas distintas sobre esto, reconoce el estatus venerable del Océano, al menos en cuanto fuente de todos los ríos y arroyos de la tierra, al clasificarlo dentro del grupo de los Titanes más viejos.[98] Al igual que algunos de sus hermanos y hermanas, vivía demasiado lejos y demasiado identificado con sus corrientes como para hacer ninguna clase de aparición en las narraciones mitológicas. En la *Ilíada* Rea confía a su hija Hera a Océano y a Tetys para que la guarden a salvo en su palacio oceánico mientras Zeus se enfrenta a Crono y a los Titanes. Ferécides cuenta una historia en la que Océano intenta intimidar a Heracles con sus olas cuando el héroe trata de cruzar sus aguas para ir en busca del ganado de Gerión (cf. p. 348).[99] El dios aparece en escena en el *Prometeo encadenado*, a lomos de un grifo, o una criatura semejante, para mostrar compasión y dar consejo al encadenado Prometeo.[100] Tetys llegó a ser identificada con el mar a partir de época helenística. Un mito astral sugiere que se negó a que la Osa Mayor

se introdujera en el mar por consideración a Hera, su antigua hija adoptiva, ya que se suponía que esta constelación polar, que nunca se sitúa por debajo del horizonte, representaba a Calisto, una antigua amante de Zeus transformada en osa (cf. p. 696).[101]

Océano y Tetys tuvieron tres mil hijos —es decir, innumerables—, entre los que estaban incluidos todos los ríos del mundo (*Potamoi*, palabra masculina en griego), y tres mil hijas, las ninfas del Océano u Oceánides (*Okeanidai* o *Okeaninai*). Las funciones de estas últimas no se circunscribían exclusivamente al agua. Hesíodo hace hincapié en que están diseminadas por todas partes, y que aparecen tanto en la tierra como en las profundidades acuáticas, y observa que en particular cuidan de los más jóvenes.[102]

La *Teogonía* da una lista de 41 Oceánides. Aunque los nombres de muchas no sean nada más que invenciones poéticas, como también ocurre con las Nereidas, se pueden encontrar entre ellas algunas figuras dignas de mención. Metis, la personificación de la inteligencia artera, fue engullida por Zeus después de que concibieran, y reaparece, de acuerdo con esto, en uno de los añadidos posteriores a la *Teogonía* (cf. p. 123), como también sucede con la océanide Eurínome, que dio a luz a las Gracias después de su relación con Zeus (cf. p. 124). A menudo Peito (Persuasión), que preside sobre todas las formas de persuasión, de la política a la amatoria, aparece como ayudante de Afrodita (cf. p. 266). Tyche (Fortuna, equivalente a la diosa romana de ese nombre) se convirtió en una diosa de cierta importancia en época helenística y tardía, cuando recibió amplios honores como poder universal y en relación con las fortunas concretas de lugares e individuos. Dione, que a veces aparece como consorte de Zeus, era la madre de Afrodita según la versión homérica (cf. p. 127). Hesíodo incluye a Calipso en la lista, pero no hay que suponer que tuviera a la amante de Odiseo en mente cuando se refirió a ella: aunque la relación de Odiseo con la diosa de ese nombre aparece mencionada en ese mismo texto de la *Teogonía*, es al final del poema y en una sección que fue añadida después de la época de Hesíodo.[103] Homero la describe como hija de Atlas. Doris era la esposa de Nereo y la madre de las Nereidas (cf. p. 92); Clímene, la esposa del titán Jápeto (cf. p. 90); Calírroe, la esposa de Crisaor y la madre de Gerión (cf. p. 103); Perseida, la esposa de Helios, e Idía, la esposa de Eetes, rey de la Cólquide. Si Hesíodo pone a Estigia, la diosa del río infernal de ese mismo nombre, al final de la lista, eso indica que es la más importante de las Oceánides,[104] pero hablaremos de ella más adelante en conexión con su esposo (cf. p. 90). La mayor parte de las muchachas que aparecen nombradas como sirvientas de Perséfone en el *Himno homé-*

rico a Deméter son Oceánides según la lista de Hesíodo.[105] Apolodoro clasifica a Anfítrite, la consorte de Poseidón, como una oceánide, en lugar de cómo una nereida como aparece en la *Teogonía.*[106] El coro que aparece en el *Prometeo encadenado* está formado por un grupo de Oceánides.

En la parte masculina de la familia, Hesíodo sólo menciona algunos de los ríos más importantes, y a modo de ejemplo. Este análisis será aún más limitado y sólo se tratará a los cuatro que tienen un mayor interés desde el punto de vista mitológico: el Erídano, el Aqueloo, el Alfeo y el Escamandro. En origen un pequeño río que fluía en algún lugar del norte de Europa, el Erídano fue identificado con el Po,[107] a veces con el Ródano, o con ambos ríos en una combinación geográfica imposible (cf. p. 512). Se suponía que Faetón se hundió en él cuando cayó del carro del Sol (cf. p. 84) y que los Argonautas habían cursado sus aguas durante su viaje de regreso, para pasar del norte del Adriático al Mediterráneo occidental (cf. p. 513). Dado que el transporte de ámbar se hacía desde el Báltico al Mediterráneo a través de diferentes ríos de Europa occidental, entre otras rutas, es lógico que el Erídano se convirtiera en la fuente del ámbar para la tradición griega[108] (para la leyenda que explicaba la relación entre el ámbar y este río, vid. *infra* p. 84). Los griegos daban el nombre de este río a la constelación meridional de estrellas en forma de río conocida aún como Erídano.[109] El dios del Erídano no tiene mitos como entidad personificada. El Aqueloo, que nacía en el Epiro, en el noroeste de Grecia, y desembocaba cerca del norte del golfo de Corinto, era el mayor río de Grecia. El río y su dios tuvieron un papel muy significativo en la leyenda del héroe argivo Alcmeón (cf. p. 429) y Heracles luchó contra él por la mano de Deyanira, que llegó de Calidón, no lejos de sus corrientes (cf. p. 369).

El Aqueloo aparece también en dos mitos de transformación recogidos por Ovidio. De acuerdo con uno de ellos, algunas náyades se olvidaron de invitarle a un sacrificio local y a una fiesta junto a otras divinidades de la región, lo que causó que creciera enfurecido hasta que sus aguas inundaron las tierras y las arrastró hasta el mar, en donde se convirtieron en las Equínades, un grupo de islas frente al golfo de Corinto, no lejos de la desembocadura del Aqueloo.[110] El otro mito cuenta cómo sedujo una vez a una doncella llamada Perimele, cuyo padre Hipodamante se enfureció tanto que la arrojó desde un acantilado al mar. Aqueloo la mantuvo en el agua, sin embargo, y pidió ayuda a Poseidón, que la convirtió en la isla que recibe ese nombre.[111]

El dios del Alfeo, el río más largo del Peloponeso, era célebre por su amor por Aretusa, una ninfa de Siracusa. Aunque la idea de que el río viajaba a través del mar hasta llegar a Sicilia era ciertamente muy antigua, y está recogida por Íbico y Píndaro, el poeta bucólico Mosco (siglo II a. C.) es el primer autor que afirma que Alfeo llevó a cabo ese viaje por amor. Emergió de su desembocadura, se sumergió en las profundidades marinas y lo cruzó de tal modo que sus aguas dulces nunca se entremezclaron con las saladas del mar.[112] Ovidio y Pausanias explican el origen de la fuente siracusana a través de historias de metamorfosis. Según Ovidio, Aretusa era una ninfa del Peloponeso más interesada en la caza que en el amor, pero que sin pretenderlo despertó el amor de Alfeo al bañarse desnuda en sus aguas después de una cacería. Cuando comenzó a perseguirla, Ártemis intentó rescatarla envolviéndola en una niebla y luego transformándola en un arroyo. Cuando Alfeo recuperó su forma original para mezclar sus aguas con las del reciente arroyo, Ártemis se vio obligada a pasar de nuevo a la acción y abrió una hendidura en la tierra para que Aretusa escapara a Sicilia, en donde dio origen a la fuente que lleva su nombre.[113] Ovidio no dice que Alfeo viajara hasta Siracusa para perseguir a su amor, como en la historia tradicional, por lo que no podemos dar por sentado este hecho, ya que Ártemis amañó la huida a Sicilia para evitar que Alfeo se mezclara con ella. Según la versión de Pausanias, Alfeo adquirió su forma de río como resultado de una transformación, ya que en origen era un cazador del Peloponeso que se enamoró de una cazadora llamada Aretusa. Como suele suceder con las cazadoras que aparecen en los mitos, ella no tenía deseos de casarse con nadie, por lo que huyó cruzando el mar hasta llegar a Siracusa, donde se convirtió en una fuente en circunstancias que no llega a explicar. Por su parte, Alfeo se convirtió en un río «por amor», presumiblemente para poder mezclarse con el arroyo.[114]

El Escamandro es célebre por su aparición en la *Ilíada* como el río principal de la llanura troyana. Homero cuenta que surgió a partir de dos fuentes contiguas, una caliente y otra helada, y era célebre por el limo que acarreaba en sus aguas.[115] El Escamandro recibía muchos honores por parte de los troyanos que le sacrificaban gran cantidad de toros y que solían arrojar caballos vivos a sus aguas.[116] Cuando Aquiles se dirige hacia Troya después de la muerte de Patroclo, ofende severamente a Escamandro al manchar sus aguas con una multitud de cadáveres de guerreros troyanos. Ante el desprecio de Aquiles hacia sus protestas, el dios río inunda sus riberas, para quitar de ellas los cadáveres y ahogar a Aquiles, lo que casi consigue. A continuación llama al Simoente, el otro gran río de la llanura troyana, para pedir su ayuda y Aquiles hubiera encontrado una

muerte segura si Hera, la gran protectora de los griegos, no hubiera pedido a Hefesto que obligara al Escamandro a retornar a su curso prendiendo fuego a sus riberas.[117] Fuentes más tardías afirman que Teucro, el primer rey de Troya, era hijo del Escamandro, y que los dos reyes siguientes, Tros y Laomedonte, se casaron con hijas del dios-río (cf. pp. 660 y ss.).[118] Esto refleja un esquema común en el que los gobernantes primeros o sus esposas aparecen como hijos de dioses-río locales, lo que resulta fácilmente comprensible, ya que los ríos son una característica fundamental del paisaje.

Según una tradición recogida por Aristóteles, al Escamandro se le llamaba Janto (*Xanthos*) porque volvía al ganado amarillo en cuanto bebía de sus aguas. Esta idea inspiró un mito tardío en el que se narraba que Hera, Atenea y Afrodita (o esta última a solas) se habían bañado en este río para que su cabello se volviera dorado antes del juicio de Paris.[119]

Los hijos y descendientes de Hiperión y Tea

El titán Hiperión y su esposa y hermana Tea, que no son protagonistas de ningún mito, eran los padres de tres hijos que trajeron la luz a los cielos: Helios (Sol), Selene (Luna) y Eos (Aurora).[120] Estas divinidades no recibieron gran culto en Grecia, aunque Helios era invocado en juramentos por su naturaleza de «dios que todo lo ve» y que podía ser testigo de cualquier perjurio. Su centro de culto más importante estaba situado en Rodas, en donde recibía honores como dios de primer rango. Píndaro recoge una leyenda que explica cómo llegó a convertirse en señor de la isla. Mucho tiempo atrás, cuando los dioses se repartieron la tierra entre ellos, Helios no recibió un dominio porque se encontraba ausente, presumiblemente en su viaje diario a través del cielo. Aunque Zeus no intentó reparar la situación mediante un nuevo reparto del lote, Helios dijo que se sentiría satisfecho con una tierra nueva y maravillosa que había visto mientras se levantaba sobre las aguas del mar: la isla de Rodas. De modo que tomó a Rodas por esposa y tuvo siete hijos con ella, uno de los cuales, llamado en algunas tradiciones Cércafo, fue el destinado a ser el padre de los héroes epónimos de las tres mayores ciudades de la isla: Yáliso, Camiro y Lindo.[121] En el continente, Helios recibía culto en Corinto (cf. p. 154 para la historia de cómo compitió con Poseidón por la ciudad y la tierra). Desde el período clásico en adelante, a menudo se le identificó con Apolo, una divinidad radiante lo mismo que Helios.[122]

El hecho de que ambos dioses sean arqueros —la descripción de los rayos del Sol como flechas es una metáfora común y natural— debe haber alentado esta identificación.

En el arte y la literatura, Helios aparece representado normalmente como un auriga que conduce su carro a través del cielo cada día desde oriente a occidente, aunque también se le imagina a menudo a caballo, o volando por medio de sus alas. En las pinturas, a menudo su cabeza aparece rodeada por un nimbo y por rayos de luz. Su carro consiste en cuatro —o a veces, dos— caballos brillantes, a los que generalmente se les representa alados en las imágenes más arcaicas. A los poetas les gustaba darles nombres apropiados como Pirunte (Encendido), Éoo (Oriente), Aetón (Ardiente), Flegonte (Llameante) y de ese estilo.[123] Helios se hundía en el curso del Océano en el extremo oriente después de su viaje diario, allí se bañaba y se relajaba antes de viajar de nuevo al oriente durante la noche. De un modo ingenuo se creía que hacía su viaje flotando por el curso del Océano, dentro de una gran copa dorada que le había fabricado Hefesto y que él prestó a Heracles en una o dos ocasiones, como veremos más adelante (cf. p. 348). Su palacio se encontraba cerca del lugar de la salida del sol en el oriente, aunque en ocasiones se mencione la existencia de un palacio occidental en la tradición posterior. De acuerdo con el poeta elegíaco arcaico Mimnermo, mantenía sus rayos de sol en una cámara dorada en su palacio.[124]

De acuerdo con la *Odisea* Helios poseía siete vacadas inmortales y siete rebaños de ovejas pastoreados por dos de sus hijas en Trinacia, una isla vagamente situada en el extremo occidental, luego identificada con Sicilia. Cuando quedaron detenidos en esa isla a causa del mal tiempo, los compañeros de Odiseo mataron algunos de los rebaños para calmar su hambre, a pesar de que Odiseo había dado órdenes expresas de no hacerlo, un acto sacrílego que fue desvelado a Helios por su hija Lampetía. Helios se enfureció tanto que se dirigió a los dioses para quejarse y amenazó con abandonar el cielo e irse a iluminar a los muertos en el Hades si no se le compensaba adecuadamente. Zeus entró entonces en acción y lanzó un rayo contra el barco de Odiseo que provocó la muerte de todos los tripulantes a excepción de Odiseo (cf. p. 641).[125] Helios aparece también en un contexto completamente distinto en la *Odisea*, como el dios que todo lo ve y que informa a Hefesto de que su esposa Afrodita mantiene una relación adúltera con Ares (cf. p. 270). En virtud de su posición en el cielo, es capaz de desempeñar un papel semejante ante Deméter en el *Himno homérico a Deméter* indicando a la diosa que su hija Perséfone ha sido raptada por Hades (cf. p. 182).[126]

Se contaba que Augias, rey de Élide, tenía gran cantidad de rebaños que había recibido de su padre Helios. Según Teócrito, doce de esos animales eran blancos como cisnes destinados a ser sacrificados en honor de Helios.[127] Para las narraciones en las que se cuenta que Helios había dado la vuelta a su curso para mostrarle a Atreo una señal de los cielos o por horror ante la comida caníbal ofrecida por éste a Tiestes, cf. p. 652.

La esposa oficial de Helios, si se la puede llamar así, era Perseida (o Perseis), hija de Océano, y madre de dos hijos según la tradición más arcaica: Eetes, rey de la Cólquide, cuya leyenda aparecerá en conexión con el mito de los Argonautas, y la hechicera Circe, cuya remota isla fue visitada por Odiseo (cf. p. 637) y los Argonautas (cf. p. 514). Las fuentes posteriores les adjudican más hijos, los más célebres, Pasífae, esposa de Minos, y Aloeo, el primer rey de Sición (cf. p. 561).[128] Lampetía y Faetusa, que guardaban el ganado de Helios en Trinacia, aparecen en la *Odisea* como hijas de Helios y de una tal Neera.[129]

El más conocido de los hijos ilegítimos de Helios era Faetón (el Radiante), que nació de él y de Clímene, la esposa de Mérope, rey de los etíopes. Las fuentes señalan que Clímene era también hija de Océano, como la esposa de Helios, aunque no haya que confundirla con la oceánide de ese nombre que aparece en la *Teogonía* como esposa de Jápeto.[130] Aunque no haya testimonios antiguos que evidencien la célebre leyenda de la desgracia de Faetón con el carro de su padre, la historia posiblemente ya era conocida en tiempos cercanos a Hesíodo,[131] quizá apareciera ya en el *Catálogo* o en la *Astronomía* y seguramente en la tragedia perdida de Esquilo *Helíades*. La historia toma la forma siguiente en el relato completo que hace Ovidio. Faetón fue criado por Clímene en el palacio de su esposo, que se encontraba en el extremo oriente no muy lejos del palacio de Helios. Le dijo que él era hijo de Helios y él se jactó en público de ser un descendiente del dios hasta que uno de sus compañeros no pudo resistirlo más y le acusó de ser un mentiroso. Cuando pidió ayuda a su madre, ella juró por el propio Helios que había dicho la verdad y le aconsejó que visitara el palacio de su padre si quería más confirmación aún. Entonces él partió en dirección al espléndido palacio del dios Sol, cuyos muros y columnas eran de metal resplandeciente y el techo de marfil. Helios le dio una amable bienvenida, le reconoció como hijo y le dijo que le concedería cualquier deseo que le pidiera. Cuando le respondió que le permitiera conducir el carro del sol a través del cielo al día siguiente, Helios intentó advertirle de los peligros que eso conllevaba, pero finalmente se vio obligado a darle su consentimiento de acuerdo con su promesa. Tal y como Helios había previsto, Faetón fue incapaz de controlar los vigorosos caballos del carro

y de mantenerse en el camino, a veces se elevaba demasiado en el cielo y a veces descendía demasiado al suelo, lo que provocó que la Tierra se alarmara y comenzara a temer por su propia vida, ya que su superficie se quemó y sus aguas se secaron. Entonces se dirigió a Zeus urgentemente, quien lanzó un rayo contra Faetón que cayó del carro y encontró la muerte al sumergirse en las profundidades del río Erídano (cf. p. 79).[132] Todas las figuras más importantes de esta historia aparecen en las fuentes más antiguas. Hay una versión ligeramente distinta de esta historia en la que Faetón se sube al carro a escondidas de su padre y sin su permiso.[133]

Las hermanas de Faetón, las Heliadas, le lloraron con tanto duelo después de su muerte que Zeus o los dioses en conjunto se apiadaron de ellas y las transformaron en álamos, y así continuaron llorando a su hermano bajo su nueva forma, derramando lágrimas de resina en la corriente del Erídano, de ahí el origen del ámbar.[134] En otra versión menos célebre, fue su padre el que las convirtió en árboles por haber enganchado los caballos a su carro para que se montara Faetón si haber dado él permiso.[135] La muerte de Faetón fue también llorada por Cicno, rey de los ligurios, un excelente músico, familiar o amigo de Faetón, o seguramente su amante. Los dioses —quizá habría que decir Apolo— se apiadaron de su pena y le convirtieron en un cisne (*kyknos* en griego), un ave que comparte su condición natural para la música y que canta tristemente antes de morir.[136] Algunas versiones añaden que Cicno fue llevado al cielo transformado en la constelación del Cisne (*Cygnus*).[137]

Cuando se creó el mito que explicaba el origen del girasol, una planta que siempre tiene sus flores dirigidas al sol, Helios estaba destinado a desempeñar un papel central en la narración. Ésta es la versión que da Ovidio: cuando Helios contempló a Leucótoe, hija de Órcamo, rey de Persia, la más bella joven en la tierra de las especias, concibió una pasión desenfrenada por ella, tanto que se olvidó de todos sus amores anteriores. El dios tomó la apariencia de su madre y se introdujo en la habitación de la muchacha, hizo que sus sirvientes salieran y entonces recobró su forma original para seducirla. Una de sus sirvientas, una tal Clitia, que en otras versiones aparece como hermana de Leucótoe, estaba tan celosa de ella que comenzó a contar a todo el mundo que Leucótoe tenía un amante. Cuando escuchó el rumor, su padre, enfurecido, la enterró viva y ella murió antes de que Helios pudiera rescatarla. Sobrecogido por el dolor, derramó néctar sobre el cuerpo de su amada y sobre la tierra que estaba a su alrededor, y entonces en el lugar en el que se encontraba su cuerpo surgió un árbol de incienso. Respecto a Clitia, él la rechazaba,

pero ella se consumía de amor por él y dejó de comer y de beber hasta que finalmente se convirtió en un girasol. Incluso en esta nueva forma mantiene su amor por Helios, como se manifiesta en el movimiento de estas flores. Según otra versión, el padre de Leucótoe recibe el nombre de Orcómeno, lo que implica que su historia era conocida en Beocia, en la Grecia continental.[138]

La radiante Selene (o *Selenaia* o a menudo *Mene* en los textos poéticos), la diosa de la luna, es representada a menudo como una auriga, al igual que su hermano. Nadie que haya visto los mármoles del Partenón puede olvidar la maravillosa cabeza de uno de los caballos de su carro. Algunos autores especifican que ella conduce un carro de dos caballos en lugar de uno de cuatro, como su hermano, de acuerdo con la imagen habitual que aparece en las pinturas de los vasos y en otras obras de arte. Ella conduce dos caballos blancos como la nieve e incluso, en algunas ocasiones, son bueyes los animales uncidos a su carro. En algunas representaciones, cabalga sobre un caballo a través de los cielos (o en un novillo, una mula o un carnero) sentada de lado sobre el animal con sus dos piernas en el mismo flanco.[139] Hay una versión literaria muy interesante de su viaje a través del cielo en el *Himno homérico a Selene*, en el que también se cuenta que una vez durmió con Zeus y fruto de esa noche fue una hija llamada Pandia, una oscura figura cuyo nombre puede ser una derivación de un epíteto de Selene.[140] La única leyenda notable recogida sobre la diosa de la luna es la que cuenta su amor por Endimión, un héroe de la Élide, región situada en la parte occidental del Peloponeso (cf. *infra* p. 534). Hay también una leyenda muy interesante, pero muy poco atestiguada, en la que se narra cómo Pan la sedujo. Virgilio menciona de pasada en las *Geórgicas* que se la ganó ofreciéndole el vellón de una oveja blanco como la nieve. Los escolios a Virgilio señalan que el poeta helenístico Nicandro había compuesto una versión en la que Pan se envolvía a sí mismo en el vellocino para acercarse a ella.[141] La rusticidad del cuento sugiere que puede ser una leyenda local de Arcadia.

Hay desacuerdos respecto al linaje de Selene. Según el *Himno homérico a Hermes*, su padre era Palante, hijo de Megamedes, del que no hay más testimonios,[142] que quizá puede ser identificado con el Palante del que se dice en la *Teogonía* que es uno de los hijos del titán Crío. En el *Himno homérico a Helios*, se cuenta que Hiperión la había engendrado a ella y a sus dos hermanos de Eurifesa (la que brilla por todas partes) en lugar de engendrarla de Tea.[143] En la tragedia tenemos uno o dos pasajes que se refieren a ella como hija de Helios (no como hermana), lo que parece apropiado además por el hecho de que su luz es prestada.[144] Herse (Rocío), la diosa

de la personificación del rocío, es descrita como hija de Zeus y Selene en un fragmento de un poema lírico de Alcmán,[145] pero en realidad esto no es más que una fantasía alegórica que se refiere a la caída del rocío asociada con las noches de luna clara. A menudo Selene es identificada con Ártemis en época posclásica, al igual que Helios es identificado con Apolo; parece además que un fragmento de Esquilo sugería que Selene era hija de Leto.[146] Tenía bastante importancia en la magia como diosa que podía aparecer en los conjuros, especialmente en los amorosos: en el *Idilio II* de Teócrito es invocada por una muchacha que pronuncia un conjuro amatorio.[147]

En tercer lugar, de la unión de Hiperión y Tea nace Eos (Aurora en latín). Como diosa que da luz brillante y que sube al cielo delante de Helios, representa más que lo que generalmente entendemos por la aurora, a saber, la luz del nuevo día (y, en un significado más extenso, la luz del día sin especificar). Hemera, la personificación del día, es a menudo identificada con Eos como consecuencia de esto, a pesar de que sean seres distintos en la *Teogonía* (cf. p. 299). En las obras de arte se representa a Eos alada, a diferencia de sus dos hermanos, pero en calidad de diosa que trae luz aparece, al igual que ellos, subida en un carro, por lo general, un carro tirado por dos caballos, como el de Selene. En la poesía de Homero en adelante, se la describe con epítetos pintorescos que remiten a los colores del cielo en la aurora, como «de dedos rosados» (*rododaktylos*) o «de túnica azafranada» (*kokropelos*).[148]

Comparativamente, Eos tiene una personalidad muy marcada y aparece como una diosa amorosa a la que le gusta raptar a jóvenes hermosos. La historia más famosa y recordada es la que cuenta su relación con Titono, hijo de Laomedonte, rey de Troya, y hermano de Príamo. Esta leyenda era muy antigua, ya que tanto la *Ilíada* como la *Odisea* dicen que Eos se levanta «del lecho que ocupaba junto al admirable Titono» para llevar la luz a inmortales y mortales.[149] Homero especifica que Titono era hijo de Laomedonte, y fuentes posteriores indican que era hijo legítimo del rey y de Estrimo, hija del Escamandro en la mayor parte de las versiones.[150] El *Himno homérico a Afrodita* nos aporta la narración más antigua de la historia. Eos se lo llevó y pidió a Zeus que lo convirtiera en inmortal, pero no se le ocurrió añadir que lo volviera también eternamente joven para que no le afectaran los estragos de la vejez. Mientras que él fue joven, vivieron felizmente juntos en las orillas del Océano, en los límites de la tierra; pero cuando comenzaron a aparecer lo primeros cabellos grises en su pelo y en su barba, Eos dejó de dormir junto a él, aunque continuó cuidándole en su casa, dándole comida, ambrosía y bellos ropajes. Cuando se volvió tan débil

que no podía siquiera mover sus labios, lo metió en una habitación con las puertas clausuradas, en donde, desamparado, no cesa nunca de balbucear.[151] De acuerdo con una historia que aparece por primera vez ya en época clásica, Eos acabó por convertirle en un insecto musical, la cigarra (*tettix*).[152] Posiblemente la inspiración de esta idea se encuentre en el incesante balbuceo (*aspetos pheme*) del inválido Titono en el *Himno homérico*; por otra parte, la charla aguda de los ancianos es comparada al canto de las cigarras en un famoso pasaje de la *Ilíada*.[153] Puede ser también relevante que se pensara que las cigarras se alimentaban sólo durante la aurora, ya que podría suponerse que Titono no recibía alimento una vez que se le encerraba tras las puertas. En una fuente se menciona que Eos le transformó para poder disfrutar así de su voz.[154] En los días primeros y felices, le dio dos hijos, Memnón, rey de los etíopes, que luchó como aliado de los troyanos en los últimos momentos de la guerra de Troya (cf. p. 605), y Ematión, que murió a manos de Heracles en Etiopía (cf. p. 357).[155] Podemos imaginarnos a la pareja viviendo en algún lugar del lejano oriente, cerca de la aurora. Su hijo Memnón siempre estuvo asociado con el oriente, como veremos, en lugar de con la Etiopía africana.

La *Odisea* se refiere a dos amores de Eos, diciendo en primer lugar que raptó al cazador Orión, lo que produjo molestias entre los dioses, ya que no veían con muy buenos ojos las relaciones entre diosas y mortales; por ello convencieron a Ártemis de que lo matara en su morada de Ortigia, a menudo identificada con la isla de Delos en épocas posteriores.[156] Esta versión de la muerte de Orión fue desplazada por otras en las tradiciones posteriores (cf. pp. 722-723). La *Odisea* también menciona que Eos estaba tan prendida por la belleza de Clito, hijo de Mantio y nieto del gran adivino Melampo, que se lo llevó con ella para habitar juntos entre los inmortales.[157] Se cuenta en la *Teogonía*, en un añadido posterior a Hesíodo, que Eos amó a un tal Céfalo y que ambos tuvieron un hijo llamado Faetón —no confundir con el hijo de Helios del que hemos hablado antes—, al que tomó Afrodita para que sirviera en su templo.[158] Aunque este Céfalo, aparentemente un hijo de Hermes, es realmente una figura distinta del Céfalo, hijo de Deyón, que es el marido de Procris en la leyenda ática, los dos quedaron a menudo identificados en las tradiciones posteriores, y como consecuencia de ello Eos aparece a veces como personaje en la leyenda de Céfalo y Procris (cf. *infra* p. 485). Para explicar esta naturaleza enamoradiza de Eos, algunos afirmaban que Afrodita era la causante y que la había castigado así por haberse acostado con Ares, el amante o esposo de Afrodita.[159]

Tenemos que añadir que, junto a su larga lista de amores, Eos tenía un esposo, Astreo (Estrellado), hijo del titán Crío y de la oceánide Euribia. Los hijos de este matrimonio eran las estrellas de los cielos y los tres vientos principales, Bóreas (el viento del Norte), Céfiro (viento del Oeste) y Noto (viento del Sur).[160]

Hesíodo afirma que la Estrella de la Mañana (*Heosphoros*) es la más importante dentro de los hijos de Eos. Cabe señalar en relación con esto que no se consideraba que los planetas, o «estrellas errantes» (*planetes asteres*), fueran diferentes de las estrellas fijas. En griego el planeta que conocemos ahora como Venus recibía el nombre de Heosphoros (el que trae la aurora) o Phosphoros (el que trae la luz), en cuanto estrella de la mañana, y de Hesperos cuando se le señalaba como la estrella del atardecer (*hesperos aster*). Sin embargo desde muy pronto, antes de época clásica, se pensó que ambas estrellas eran realmente la misma. Incluso a pesar de que Eos no era la madre de todas las estrellas, era concebible que Heosphoros fuera hijo de Eos, ya que él es el que anuncia el alba. De hecho, y acaso como resultado de esta idea primigenia, Hesíodo decidió convertir a Eos en la madre de todas las estrellas y también pensar que ella había de tener un marido-estrella. Aunque Heosphoros no aparece como protagonista de ningún mito, tiene una pequeña aparición en las genealogías heroicas como padre de Ceux, esposo de Alción (cf. p. 533) y de Telauge, la madre de Autólico.[161]

Quizá se pensaba que Eos encajaba bien con la figura de madre de los vientos porque en Grecia a menudo se levanta viento al amanecer. Hesíodo afirma que los tres vientos más importantes son sus hijos, mientras que todos los vientos devastadores de naturaleza inferior son clasificados como vástagos del monstruo Tifón (cf. p. 131). Aunque Céfiro (el viento del Oeste) aparece como un viento purificador en la *Teogonía* y tiende a ser más tormentoso en Homero, acostumbramos a encontrárnoslo como un viento amable y plácido en las tradiciones posteriores. En la *Ilíada*, la mensajera divina Iris visita al «tormentoso viento Céfiro» en su morada, mientras éste se encuentra cenando allí junto a otros vientos, para pedirle que él y Bóreas soplen sobre la pira funeral de Patroclo, ya que Aquiles ha elevado una plegaria para que le ayuden porque la pira no arde.[162] Como veremos más adelante (cf. p. 100), Homero afirma que Céfiro y una Harpía eran los padres de los caballos de Aquiles. Bóreas, el violento viento del Norte, descendía hasta Grecia desde su morada septentrional en Tracia. Su historia más importante es la leyenda ateniense que cuenta que raptó a Oritía, una princesa del Ática, para desposarla (cf. *infra* p. 483). Ella le dio dos hijos: Zetes y Calais, los Boréadas (*Boreadai*), que participaban de algún modo de la naturaleza de su padre como seres alados que podían

volar veloces a través del aire, y se hicieron célebres por su persecución de las Harpías (cf. p. 506). Como consecuencia de este matrimonio que le relacionaba con Atenas, Bóreas brindó una ayuda especial a los atenienses en más de una ocasión (cf. p. 485). Noto, el dios del viento húmedo del sur, que era considerado un viento poco saludable, nunca se convirtió en una figura mitológica de relevancia. Los vientos solían ser representados con alas, barba y a menudo con un aspecto salvaje. De acuerdo con las diferentes concepciones que pueden encontrarse en Homero, los vientos podían ser vistos ya como agentes independientes o bien como seres sujetos al control de Eolo, el señor de los vientos (cf. p. 635).[163]

Los hijos de Crío y Euribia

El Titán Crío (*Kreios*), una figura bastante oscura, contrajo matrimonio con una hija de Ponto (Mar) llamada Euribia. Tuvieron tres hijos: Astreo, Palante y Perses, que gozaron de bastante significación dentro del esquema genealógico por convertirse en los maridos de Eos, Estigia y Asteria, diosas que son mucho más importantes que sus consortes.[164] Ya ha aparecido Astreo en relación con Eos. Palante se casó con Estigia, la diosa del río infernal así llamado (cf. p. 161), a la que Hesíodo considera la mayor de todas las Oceánides. Con Palante engendró cuatro hijos, que son cuatro personificaciones, Celo (Emulación o Gloria), Nike (Victoria), Cratos (Poder o Fuerza) y Bia (Violencia).[165] Cuando estaba a punto de producirse la gran guerra entre los Titanes y los dioses, mientras Zeus estaba reclutando a sus aliados, Estigia, a petición de su padre Océano, le presentó a sus cuatro hijos, que representaban fuerzas de gran valor para el conflicto que se avecinaba. Zeus se mostró agradecido a Estigia y le concedió grandes honores a ella y a sus hijos, declarando que todos los juramentos solemnes se harían tomando a sus aguas por testigo. Además, sus hijos vivirían junto a él por siempre, en la medida en que las cualidades que ellos encarnaban se convirtieran en sus propios atributos.[166] Tiempo después, cuando surgieron severas disputas entre los dioses, Zeus mandó a Iris al infierno para que cogiera agua de la Estigia en una jarra de oro. De ese modo, si algún dios juraba en falso, se le privaría de néctar y de ambrosía durante un año (lo que le pone en una especie de coma), al cabo del cual es apartado de la compañía de los dioses durante otros nueve años.[167] Perses, el hijo de Crío y Euribia del que aún no hemos hablado, contrajo matrimonio con Asteria, una hija del titán Ceo y de Febe, y engendró junto a ella a la diosa Hécate (cf. p. 259).[168] Hesíodo señala que él era célebre por su sabiduría, pero no se conservan mitos que nos cuenten cómo

la empleaba. Hay que distinguirlo de dos héroes mortales que llevan el mismo nombre: un hermano de Eetes (cf. p. 521) y un hijo de Perseo (cf. p. 320).

Los hijos de Jápeto y Clímene

El titán Jápeto desposó a la oceánide Clímene (o a la oceánide Asia) y ambos engendraron cuatro hijos: Prometeo, Epimeteo —cuyos mitos interrelacionados consideraremos en el siguiente capítulo (cf. pp. 141 y ss.)—, Atlas, el que cargaba con el peso del cielo, y Meneceo, personaje bastante oscuro si se le compara con sus hermanos.[169] Hesíodo indica que Meneceo luchó contra Zeus como su célebre hermano Prometeo, pero no da ningún detalle sobre ello, tan sólo dice que Zeus le golpeó con su rayo y le arrojó al Érebo (la oscuridad inferior, presumiblemente el Tártaro), debido a su locura y a su osadía.[170] Parece que los autores posteriores sabían poco más sobre él de lo que sabemos nosotros. Apolodoro afirma, claro está, que fue herido por Zeus durante la guerra entre los Titanes y los dioses, evidentemente porque Meneceo se puso de parte de los Titanes, pero quizá esto sea la conjetura de un mitógrafo antes que una tradición arcaica genuina.[171]

Atlas desempeñaba la ardua, pero esencial, tarea de aguantar el cielo. Como sucede en el caso de Meneceo, en época tardía se supuso que había enfurecido a Zeus al ponerse también de parte de los Titanes (o incluso de liderarlos) durante la guerra contra los dioses, y que a consecuencia de ello fue castigado a cumplir con ese cometido.[172] En realidad no hay razón alguna para considerar que en la tradición antigua su tarea fuera vista como un castigo por una ofensa concreta que hubiera cometido. Según la *Teogonía*, aguanta el cielo con su cabeza y sus manos y se encuentra en los confines de la tierra, cerca de las Hespérides (es decir, en el lejano occidente). En una versión más suave, la que aparece en la *Odisea*, sujeta las elevadas columnas que separan la tierra del cielo, de pie en algún lugar en el mar.[173] En las obras de arte, generalmente, aparece sosteniendo un globo que representa el cielo, y en algunas ocasiones vemos representadas en el globo las figuras de las constelaciones. Aunque Pausanias señala que en el cofre de Cípselo aparecía sosteniendo la tierra y el cielo, así como en las imágenes que había alrededor de la estatua de Zeus en Olimpia,[174] presumiblemente los artistas tendían a que el globo representara sólo el cielo. Heródoto es nuestra fuente más antigua para una versión racionalista e indica que el cielo se apoyaba sobre el monte Atlas, en las regiones occidentales del norte de África.[175]

Atlas vivió tan lejos, y estaba tan impedido por su tarea, que tenía pocas oportunidades de aparecer en la mitología heroica. De hecho, la historia en la que Heracles toma su carga para que Atlas vaya a coger las manzanas de las Hespérides (cf. p. 358) es el único mito completamente antiguo en el que aparece. Tuvo, sin embargo, importancia genealógica como fundador de una de las grandes familias heroicas, la de los Atlántidas (cf. capítulo XV).

La familia de Ponto y Gea

Gea fundó otra familia al emparejarse con su hijo Ponto (Mar). La mayoría de sus miembros eran ninfas acuáticas, o también seres monstruosos que podían ser considerados como descendientes de un elemento informe. Ponto apenas aparece personificado y no se le conocen ni mitos ni que se le rindiera culto, ya que el gran dios de los mares para los griegos fue Poseidón, una divinidad olímpica. Gea engendró cinco hijos de su relación con Ponto, una de ellos, Euribia, ya ha aparecido como esposa del titán Crío. Nereo era un dios marino que fue el padre de una gran progenie de ninfas marinas, las Nereidas; Taumante fue el padre de las Harpías y de Iris, la diosa del arco iris. Nereo y Taumante, por orden de Gea, tomaron como esposas a las Oceánides, mientras que Forcis, que era un dios marino como Nereo, desposó a su hermana Ceto para fundar una familia de monstruos.[176]

Nereo, Dóride y sus hijas, las Nereidas

Nereo, el hijo mayor de Ponto y Gea, era un dios marino que vivía en el interior de una brillante cueva en las profundidades del mar junto a sus muchas hijas, las Nereidas. Tiene poca importancia en los mitos y casi ninguna en el culto, al menos durante la época clásica. Hesíodo lo describe como una divinidad honesta y que jamás engaña, evidentemente debido a sus poderes proféticos, poderes que suelen ser bastante habituales en las divinidades marinas, y afirma que recibe el nombre del «anciano» (*geron*, un epíteto que sugiere su provecta sabiduría), ya que es infalible, afable y siempre consciente de lo que es correcto.[177] Este epíteto de «anciano» o de «Viejo del mar» era un título colectivo que podía ser aplicado también a otros dioses marinos subordinados a Poseidón, como Forcis (cf. p. 100) y Proteo (cf. p. 624), así llamados en la *Odisea*.[178] Como podría pare-

cer, de acuerdo con la descripción que lleva a cabo Hesíodo, la imagen de Nereo es la de una divinidad bondadosa, sabia, siempre dispuesta a prestar ayuda y que no tiene rasgos terribles. Nereo aparece en un solo mito importante, la vieja historia en la que Heracles lucha contra él para que le revele el camino que conduce a las Hespérides (cf. p. 355). Aunque intentó escapar transformándose en agua y en fuego y en todas las bestias posibles, el héroe no lo soltó en ningún momento y finalmente Nereo se vio obligado a contestar.[179] La lucha aparece en pinturas de vasos de los siglos VI y V a.C., en las que se ve a Nereo con una cola de pez en las primeras representaciones y luego con forma completamente humana. En otra versión muy antigua, entregó la copa de Helios a Heracles después de que aquél se ofreciera a prestársela (cf. p. 348).[180] En una de las *Odas* de Horacio, impone la calma sobre el mar para detener el barco de Paris, después de que el troyano haya raptado a Helena, y surge del mar para advertirle de todas las nefastas consecuencias que sucederán a causa de su acción.[181] A veces se sugiere en las fuentes tardías que había criado a Afrodita en su morada submarina.[182]

Nereo desposó a la oceánide Dóride y la pareja tuvo una gran familia de ninfas marinas, las Nereidas, que vivían con sus padres en las profundidades del mar.[183] Desempeñaban un importante papel en la creencia y el culto populares, mucho más que el propio Nereo. Heródoto señala que los persas llegaron a hacer un sacrificio en honor de las Nereidas, de acuerdo con el uso de los griegos, cuando su flota fue golpeada por una fuerte tormenta junto a las costas de Grecia. Con unas pocas excepciones, permanecieron todas juntas sin contraer matrimonio y sólo salían de su morada para competir con las bestias marinas entre las olas o para bailar en la costa.[184] Si las Nereidas eran una especie de sirenas según la concepción arcaica —aunque hay que señalar que carecían de cola de pez—, su nombre ha terminado señalando a las ninfas marinas y a las hadas en la Grecia moderna, en el lugar que ocupaban las Dríadas, Melias y otras. Mediante un cambio de significado semejante, el nombre gorgona ha terminado siendo aplicado a las sirenas.

Los poetas ejercitaron su ingenio a la hora de bautizar a las Nereidas, la mayoría con nombres referidos al mar y a la navegación, del tipo Nesea (Muchacha isla), Eulimina (Mujer de buen puerto), Cimotolega (Aquieta olas) y Pontoporea (Surcadora de mares). Hesíodo suministra un catálogo de cincuenta nombres, y otras listas, que pueden variar en diferentes aspectos, son las que nos transmiten la *Ilíada*, Apolodoro e Higino.[185] Las Nereidas apenas desempeñan un papel específico como grupo en las narraciones míticas, aunque Homero diga

que acudieron a la costa junto a su hermana Tetis para llorar las muertes de Patroclo y de Aquiles (cf. pp. 600 y 605); y en la épica tardía se afirme que ayudaron a los Argonautas a pasar las Rocas Errantes por orden de Hera (cf. p. 515).[186] Tres de ellas emergen como personalidades propias, con historias de las que son protagonistas: Anfítrite, la reina de los mares, de la que hablaremos más adelante cuando tratemos a su esposo Poseidón (cf. p. 155); Tetis, la madre de Aquiles, que fue obligada a contraer matrimonio con un mortal; y Galatea, que fue cortejada por el cíclope Polifemo en un mito relativamente tardío ambientado en Sicilia. También cabe mencionar a una nereida menor, Psamata, que fue cogida por sorpresa por Éaco, rey de Egina, que concibió un hijo con ella, Foco (cf. p. 684).

La nereida Tetis y su breve matrimonio con Peleo

Tetis era una hermosa nereida a la que cortejaron Poseidón y Zeus. No obstante, una profecía decía que ella daría a luz un hijo que sería más poderoso que su padre. Entonces la titán Themis, que participaba de los poderes proféticos de su madre Gea, alertó a los dos dioses del peligro que corrían: si alguno de ellos engendraba un hijo con Tetis, el niño blandiría un arma mucho más poderosa que el rayo o el tridente. Ya que se había hecho con el poder después de deponer a su propio padre, al igual que su padre Crono antes que él, Zeus no necesitó una segunda advertencia y tanto él como su hermano estuvieron de acuerdo en que sería mucho mejor para todos ellos casarla con un mortal. A sugerencia de Themis, el héroe tesalio Peleo (cf. pp. 687 y ss.) fue el elegido para tal honor por lo excepcional de su piedad. Ésa es la versión que nos da Píndaro,[187] que en otra parte cuenta que Zeus entregó a Tetis a Peleo como recompensa por su rectitud al rechazar las proposiciones de la esposa de Acasto (cf. p. 687).[188]

En el *Prometeo encadenado* de Esquilo se cuenta que Prometeo sabía por Gea —su madre e identificada con Temis—[189] que Zeus estaba destinado a engendrar un hijo más poderoso que sí mismo y que encontraría su final si desposaba a determinada novia. Prometeo, que se había peleado con Zeus y había recibido tormento a causa de ello, se niega a desvelar la identidad de esa novia, a pesar de que Hermes le advierte de que Zeus le someterá todavía a un castigo más severo si continúa con su negativa a revelarlo.[190] Parece, sin embargo, que en la siguiente obra de la trilogía, el *Prometeo desencadenado*, revelaba que Tetis era la novia señalada

por el hado y, de ese modo, conseguía su liberación.[191] Esta versión de la historia fue posiblemente inventada por el autor debido a sus intenciones dramáticas. Para el curso de los acontecimientos de la trilogía, cf. p. 144.

En una versión completamente distinta que aparece en las *Ciprias*, el primer poema épico del llamado *Ciclo troyano*, fue la propia Tetis la que rechazó la idea de unirse a Zeus, por respeto a los sentimientos de Hera. De acuerdo con una tradición arcaica que se puede rastrear en la *Ilíada*, Hera había sido quien había cuidado y criado a Tetis. Zeus se mostró tan enojado por la negativa de Tetis que juró que sería un mortal quien la desposara. Aparentemente ésta es la versión que aparecía también en el *Catálogo* de Hesíodo.[192]

Finalmente se decidió que Tetis se tendría de casar con un mortal, aunque éste no fuera precisamente su deseo, y se obligó a Peleo a capturarla por la fuerza, lo cual no era precisamente tarea fácil, ya que la diosa marina podía transformarse a su antojo. La tendió una emboscada en la costa tesalia y la cogió por sorpresa según salía del mar. A continuación la agarró firmemente, a pesar de que la nereida intentaba escapar metamorfoseándose continuamente. Píndaro es el autor más antiguo conservado que alude a la historia y puntualiza que la diosa se convirtió en fuego, en un león de afiladas garras y terribles fauces. No obstante la aparición de la historia del rapto de Tetis en las artes visuales se remonta al siglo VII a.C., y sus transformaciones son indicadas con regularidad a partir de la segunda mitad del siglo VI a.C. en adelante.[193] Tanto la literatura como las artes indican que se había convertido en un león y en una serpiente. Sabemos por Pausanias que el cofre de Cípselo la representaba con una serpiente que salía amenazadora de su mano, lo que es indicio de una transformación.[194] Los autores desde Heródoto y Eurípides en adelante a menudo localizan el suceso en el cabo Sepia en Tesalia, en el extremo sur de la región costera oriental de Magnesia. Debido a la gran tormenta que destruyó buena parte de la flota del rey persa Jerjes en las proximidades de la zona en el año 480 a.C., parte de la costa, según Heródoto, fue consagrada a Tetis e incluso los persas ofrecieron un sacrificio a Tetis y a las Nereidas.[195] Las fuentes posteriores afirman que el cabo Sepia recibió ese nombre porque Tetis se convirtió en una sepia durante su forcejeo con Peleo, y que éste logró dominarla finalmente cuando se encontraba bajo esa forma.[196] A veces se cuenta que Peleo actúo de acuerdo con los consejos del sabio centauro Quirón cuando emboscó a Tetis y la tomó por novia.[197] Quizá esta historia en la que se apodera de ella por sus propias fuerzas tenía un origen distinto a aquella que cuenta que Tetis fue entregada a Peleo por Zeus, incluso

a pesar de que ambas versiones no entren necesariamente en conflicto y lleguen a combinarse en tradiciones posteriores.

> Este cuento pintoresco estaba destinado a acabar en una obra de Ovidio. De acuerdo con su versión, Peleo fracasó la primera vez que intentó hacer el amor con la diosa. A ella le gustaba cabalgar desnuda sobre el mar a lomos de un delfín y tumbarse en una cueva en la costa, en donde se la encontró Peleo un día mientras Tetis dormía. Ya que no pudo convencerla con sus palabras, pasó a la acción y la apresó el cuello entre sus brazos. Entonces ella comenzó a transformarse: primero en un pájaro, luego en un árbol y finalmente en un terrible tigre. Entonces Peleo, aterrorizado, la dejó escapar. Él, a continuación, pidió ayuda a las divinidades marinas y les ofreció libaciones y sacrificios en la costa, hasta que Proteo emergió de las profundidades y le dijo cómo podría capturar a la que sería su esposa: primero tenía que atarla fuertemente mientras estuviera dormida y luego no soltarla nunca mientras se transformara hasta que recuperara su forma original. Cuando se viera vencida por medio de esas artes, ella se daría cuenta de que Peleo tenía el favor de los dioses y se rendiría a su voluntad.[198]

Después de que Peleo se ganara a Tetis a través de este rudo cortejo, su matrimonio fue formalmente celebrado en el monte Pelión en presencia de los dioses.[199] Ya Homero menciona que todos acudieron a la boda, incluido Apolo con su lira en la mano.[200] La procesión de los dioses en dirección a la morada de Peleo —unos a pie, otros en carro— aparece representada en algunos maravillosos vasos del siglo VI a.C. y posteriores, especialmente en el vaso François. Píndaro se refiere a esta boda, junto a la de Cadmo, que desposó a la diosa Harmonía, (cf. p. 391) para ilustrar la más elevada felicidad que puede ser obtenida por un mortal.[201] Pero la felicidad de Peleo sería breve, ya que Tetis siguió sintiendo que esa unión no era digna de ella, y abandonó a su esposo mortal después del nacimiento de su primer y único hijo —o único hijo que sobrevivió— Aquiles. En muchas versiones se afirma que ella estaba decidida a tener un hijo inmortal y que abandonó para siempre su casa cuando sus esperanzas quedaron frustradas. En la narración más antigua que se conserva, un fragmento de un poema perdido atribuido a Hesíodo, el *Egimio*, tuvo unos cuantos hijos con Peleo y los arrojó en un caldero de agua hirviendo para probar si eran inmortales. Después de que varios de ellos murieran, Peleo impidió que hiciera lo mismo con Aquiles, por lo que ella, furiosa, se marchó.[202] El poeta helenístico Licofrón aporta una historia parecida en la que Tetis mata a seis hijos, uno detrás de otro, al tirar-

los al fuego, quizá por la misma razón expuesta en la otra versión; finalmente Peleo interviene y rescata al séptimo, Aquiles.[203] Según otra tradición, tomó ciertas medidas para volver inmortal a Aquiles, como había hecho Deméter con el recién nacido Demofonte (cf. p. 183), introduciéndolo en un fuego por la noche para quemar su carne mortal y recubriendo su cuerpo con ambrosía al día siguiente para convertirlo en inmortal y eternamente joven. Pero cuando Peleo vio al niño envuelto en llamas una noche, gritó de horror, por lo que Tetis cesó en su empeño y lo abandonó para siempre.[204] Estaba generalmente admitido que le había abandonado, fuera cual fuera la circunstancia, y que Peleo entregó a Aquiles al centauro Quirón para que lo criara y lo educara (cf. *infra* p. 592). Para la historia tardía, en la que se cuenta que Tetis había hecho inmortal a Aquiles sólo en parte al bañarlo en el río Estigia, cf. pp. 591 y 592.

La nereida Galatea y su admirador Polifemo

Según una leyenda relativamente tardía y no demasiado seria, la nereida Galatea (Leche blanca), fue objeto del amor de su más improbable pretendiente, el cíclope Polifemo, célebre por su aparición en la *Odisea*: el ogro de un ojo que apresa a Odiseo y devora a algunos de sus compañeros (cf. p. 634). En la medida en que su carácter aparece dulcificado por los efectos del amor, se le representa como una criatura menos terrible y salvaje que en la narración homérica. Polifemo intenta ganarse el favor de la ninfa marina mediante canciones de amor y otros modos de cortejo correspondientes con sus algo escasas facultades. Era imposible que Galatea se acabara rindiendo ante su pretendiente y guardaba la distancia respecto a él permaneciendo en su elemento natural. Se pueden seguir los pasos de esta historia de amor no correspondido, situada en Sicilia, gracias a un ditirambo, el *Cíclope* de Filóxeno de Citera (*circa* 436-380 a.C.), del que sólo conservamos fragmentos. Se cuenta en el poema que Polifemo había cogido una lira para cantar las alabanzas de Galatea, y que Odiseo, a cambio de su liberación, había ofrecido poner su ingenio y sus mañas a disposición del monstruo para que éste lograra ganarse a la ninfa y cumplir sus deseos.[205] Este poema se hizo muy famoso, y no está al margen de su éxito el hecho de que la descripción del cíclope fuera en realidad un retrato en clave de sátira de Dionisio I de Siracusa. El tema, que admite tanto un tratamiento patético como uno cómico, se hizo muy atractivo para los poetas posteriores: una muestra del canto del monstruo, enfermo de amor, se puede encontrar en el *Idilio XI* de Teó-

crito. Polifemo es consciente, a su pesar, de que su único ojo y su nariz achatada no ayudan a que la ninfa se enamore de él. A pesar de todo, si ella sale del mar, él le ofrece abundante leche y queso, ciervos y oseznos como animales de compañía y una cueva para compartirla juntos en la ladera de una montaña.[206]

Polifemo, en la versión de Ovidio, tiene un rival, un bello joven llamado Acis, hijo de Fauno (una divinidad local itálica semejante a Pan) y de una ninfa acuática también local llamada Simetis. Un día, después de dirigir sus acostumbradas peticiones y demandas a Galatea desde una colina que caía al mar, Polifemo se da cuenta de repente de que ella está acostada con Acis detrás de una roca, y los celos le devuelven a sus antiguos modos monstruosos. Arranca una enorme piedra de las laderas del monte Etna y la arroja contra su rival aplastándolo. Galatea hace que la sangre de Acis, que fluye por las rocas, se convierta en agua, creando así el arroyo del Etna que lleva ese nombre, y Acis pasa a ser desde entonces el dios del arroyo. Él mantuvo sus rasgos originales, a excepción de su tamaño, ahora mayor, y de su rostro, que se volvió azul oscuro. La historia de esta transformación, que reaparece en pocas fuentes latinas sin grandes variaciones, pudo haber sido una creación del propio Ovidio.[207]

Si a veces se afirma que Polifemo llegó a cumplir sus deseos, es simplemente porque Galatea parecía una madre apropiada para Gálata, el epónimo de los gálatas, es decir, de los celtas de Galacia, provincia de Asia Menor que recibe su nombre del establecimiento en ella de inmigrantes celtas en torno al siglo III a.C. El historiador helenístico Timeo, nacido en Sicilia, describe a Gálata como hijo de Polifemo y Galatea, mientras que otra historia que se opone a ésta, también de origen helenístico, afirmaba que su padre era Heracles y su madre una princesa de la Galia a la que el héroe griego había conocido durante su periplo con los ganados de Gerión.[208] Según una historia bastante parecida, Heracles había engendrado en la Galia a Celto, el héroe epónimo de los celtas, con Celtine, hija de Bretano.[209] Esta clase de epónimos y las historias de nacimiento que los acompañan solían ser inventados según las necesidades del momento.

Según una historia tardía, Nereo tenía un único hijo, Nerites, que se convirtió en favorito de Afrodita en el tiempo en que la diosa vivió en el mar después de nacer de la espuma creada por los genitales de Urano. Cuando marchó al Olimpo para unirse a los demás dioses, quería llevarse a Nerites con ella y le ofreció un par de alas, evidentemente como equipo de viaje. Él, no obstante, prefirió quedarse entre las olas con sus padres y sus hermanas. Furiosa por el rechazo, la diosa le convirtió en un caracol marino (*nerites*) y le otorgó las alas a Eros, su compañero cons-

tante desde entonces. Hay otra historia también en la que se dice que Nerites era el favorito de Poseidón y que el que le transformó fue Helios, envidioso por la rapidez con la que conducía su carro a través de las olas.[210]

Taumante, Electra y sus hijas, Iris y las Harpías

Taumante, el otro hijo de Ponto, es una figura oscura que no tiene asociados leyendas ni cultos, quizá se trate de otro «Viejo del mar». Su nombre podría ser traducido como «el maravilloso», aunque quizá no sea un nombre griego. Se casó con Electra (la de ámbar), la hija de Océano, que le dio veloces y aladas hijas: Iris y las Harpías.[211]

Iris es la diosa o espíritu del arco iris, cuyo nombre en griego, *iris*, significa aún en los idiomas de la Europa moderna la membrana coloreada alrededor de la pupila del ojo y aparece en palabras como iridiscente. Su principal función, en aquellos casos en los que no es sencillamente una personificación del arco iris, es actuar como mensajera de los dioses. Aunque monopolice esta función en la *Ilíada*, Hermes tiende a desplazarla en la literatura posterior (cf. p. 219). A partir del período clásico, aparece cada vez más como sirviente de Hera, al igual que Hermes lo es de Zeus; incluso Calímaco la pone en cuclillas, como un perro, alrededor del trono de la gran diosa, presta a hacer los recados que ésta le encomiende.[212] En las obras de arte, que la representan generalmente alada, con una túnica corta y un bastón de heraldo, con bastante frecuencia aparece en segundo término y actúa como acompañante de las divinidades más importantes, como cuando los conduce a la boda de Tetis y Peleo, y a veces también como copera. «Iris de doradas alas», en palabras de Homero, es protagonista en muchos pasajes de la *Ilíada*: lleva mensajes de Zeus, y en algunas ocasiones de Hera, a los mortales o a otros dioses, a veces incluso actúa por propia iniciativa, como cuando convoca a los Vientos para encender la hoguera fúnebre de Patroclo (cf. p. 88).[213] No es frecuente en narraciones mitológicas posteriores, en las que sólo podemos encontrar dos episodios en los que tenga importancia: en las *Ciprias*, el primer poema épico del ciclo troyano, es la que informa a Menelao del rapto de Helena,[214] ya que Menelao en ese momento se encontraba en Creta (cf. pp. 575-576); y en el mito de los Argonautas, donde se dice de ella que intervino para evitar que Bóreas asesinara a sus hermanas, las Harpías (cf. p. 506).[215] De acuerdo con Hesíodo, Zeus la envió a coger agua de la Estigia para que los dioses siempre hicieran sus juramentos solemnes poniéndola como testigo (cf. p. 89).[216] Quizá porque se creía que el arco iris era una señal previa a la lluvia, se pen-

saba que Iris era la esposa de Céfiro, el viento húmedo del oeste. Según Alceo, Iris y Céfiro engendraron a Eros.[217] Un solo autor nos da el dato de que recibía culto, el oscuro autor helenístico Samos de Delos, que afirma que era adorada en la isla de Hécate, cerca de Delos.[218]

Los testimonios más antiguos representan a las Harpías de acuerdo con el significado original de la palabra griega, «arrebatadoras» o «raptoras», espíritus de la muerte femeninos que agarran a los seres humanos y les hacen desaparecer sin dejar rastro. Hesíodo sólo señala que acompañan a los Vientos, pero son mencionadas en tres pasajes de la *Odisea* como espíritus letales femeninos que se llevan a la gente, haciéndolos desaparecer de manera extraña. Al hablar de la prolongada e inexplicable ausencia de su padre Odiseo, Telémaco afirma que no se sentiría triste si supiera que Odiseo había encontrado una gloriosa muerte en el campo de batalla: «Pero ahora las Harpías lo han arrebatado de manera infame. Desapareció sin dejar rastro, ignorado, y a mí me ha dejado quebrantos y lamentos».[219] Como cuando el porquero Eumeo se refiere a Odiseo en un lenguaje semejante, se trata sólo de una manera de hablar, pero no revela nada sobre el modo en que se representaba a las Harpías.[220] Aparecen también de una manera semejante en un contexto más específicamente mitológico en la narración que hace Penélope acerca de la extraña historia de las hijas de Pandáreo. Tras quedar huérfanas después de que sus padres murieran a manos de los dioses, las pequeñas se beneficiaron del favor de cuatro grandes diosas, ya que Afrodita las crió con queso, miel y vino, mientras que Hera las hizo adorables y sabias por encima de cualquier otra mujer, Ártemis las hizo más esbeltas y Atenea las instruyó en varias técnicas artesanas.[221] Mientras Afrodita viajaba al Olimpo para pedir a Zeus matrimonios convenientes para ellas, las Harpías se las llevaron y se las entregaron a las Erinias como criadas.[222] Aunque no se da ninguna explicación acerca de este desgraciado destino, la historia que cuenta Penélope nos da mucha información acerca de cómo se consideraba a las Harpías en la época de Homero, ya que dice en un principio que las muchachas fueron llevadas por vientos tormentosos (*thyellai*) y después que fueron arrebatadas por las *Harpuiai*, como si fueran lo mismo. Se imaginaba a las Harpías, por tanto, como espíritus ventosos que podían llevarse a la gente con ellas, una idea que se refleja en los nombres que da Hesíodo: Aelo (Viento de tormenta) y Ocípeta (Pies rápidos). Los autores posteriores añadieron una tercera harpía, Celaino (la Oscura). En las obras de arte aparecen como mujeres aladas o como enormes aves con cabeza de mujer, semejantes a las Sirenas, como en la célebre tumba de la Harpía de Janto (Lidia), conservada en el Museo Británico.

Si las Harpías sencillamente tenían la función de «raptoras», que se llevaban a la gente del mundo de los vivos y desaparecían con ellos, resultaba difícil que tuvieran mitos propios, pero al menos en una ocasión aparecen persiguiendo a los vivos. En un mito bastante conocido, relacionado con el de los Argonautas, se cuenta que persiguieron al rey adivino tracio Fineo y se abalanzaban sobre él cada vez que intentaba comer.[223] En la tragedia aparece este rasgo[224] y posiblemente también en el *Catálogo* hesiódico. En esta historia se las representó de una manera distinta a la habitual, ya que las Harpías, aunque terribles como espíritus de la muerte, no son criaturas de aspecto desagradable, sin embargo las que atormentan a Fineo son realmente repelentes y semejantes a aves carroñeras. No sólo son horrorosas y voraces, sino tan desagradablemente repugnantes que dejan tras de sí un insoportable hedor y pudren cualquier alimento que tocan. Para las diversas historias narradas para explicar por qué Fineo llegó a ser objeto de la persecución de las Harpías y la que cuenta de qué modo los dos argonautas alados, los Boréadas, las ahuyentaron y quizá las mataron, cf. pp. 504 y 505. Ésta es la única historia de la que son protagonistas, aparte de la breve persecución de los hombres de Eneas que cuenta Virgilio en la *Eneida* (cf. p. 753), un invento del poeta latino basado en la leyenda argonáutica.[225]

Según la Ilíada, los caballos inmortales de Aquiles, Janto y Balio (Castaño y Moteado) eran hijos de la harpía Podarge (Pies rápidos) y de Céfiro, el viento del oeste, que los concibieron cuando ella pastaba en una pradera junto a las corrientes del Océano, quizá bajo la forma de una yegua.[226] Parece que en esta historia se entremezclan dos ideas: un dios-viento masculino y un espíritu del viento femenino podrían resultar dos padres ideales para unos caballos rápidos como el viento, y una creencia popular antigua sugería que las yeguas podían quedar preñadas del viento, lo que no está demasiado alejado de la versión de Homero. El poeta lírico arcaico Estesícoro cuenta que Flógeo y Hárpago (Llameante y Raptor), dos caballos que eran propiedad de los Dioscuros, eran hijos de Podarge, incluso fuentes posteriores señalan que Arión, el maravilloso caballo de Adrasto, fue engendrado por una harpía y Céfiro, o bien Poseidón, aunque otras tradiciones no coincidan con ésta (cf. pp. 150-151).[227]

Los monstruosos hijos y descendientes de Forcis y Ceto

Forcis, uno de los tres hijos de Ponto, era un Viejo del mar, al igual que su hermano Nereo. Desposó a su hermana Ceto (Monstruo marino) y fundó una

célebre familia de monstruos.[228] La versión de Hesíodo es la que aparece en la Tabla 3 (si es que están bien interpretadas dos ambigüedades que aparecen en el texto).

La primera progenie de Forcis y Ceto fueron las Grayas y las Gorgonas, dos grupos de hermanas cuyos mitos están entremezclados. Grayas significa simplemente «viejas». Después de llamarlas «de hermosas mejillas», lo que seguramente indique que eran jóvenes y atractivas, Hesíodo explica su nombre diciendo que su pelo era cano desde su nacimiento.[229] No se sugiere en ninguna parte que estas hermanas fueran viejas y decrépitas como suele suceder, aunque no siempre, en las versiones tardías y la imaginería artística. Eran dos: Penfredo, la de hermosa vestidura, y Enio, de túnica azafranada, pero se les añadió una tercera hermana, Dino o Perso, en las narraciones posteriores.[230] No sólo se creía que eran mujeres de aspecto anciano, sino que las tres compartían un solo ojo y un solo diente, que se pasaban de una a otra a fin de poder ver y comer. Es Ferécides el que da este detalle de la leyenda, que posiblemente encontró en la épica antigua.[231] Ferécides, asimismo, es el primer autor que hace referencia a la visita que les hizo Perseo, que planeaba llevarse la cabeza de su hermana, la gorgona Medusa. Según la versión más común, le habían señalado que ellas podían revelarle el camino que conducía hacia determinadas ninfas que le podrían suministrar el equipo necesario para lo que él buscaba, por lo que obligó a las Grayas a revelarle esta información quitándoles su ojo y su diente y negándose a devolvérselo hasta que se lo enseñaran (cf. *infra* pp. 318-319). Según una memorable narración de Esquilo, las Grayas actuaban como centinelas de las Gorgonas, y Perseo les arrebató su ojo y lo arrojó al lago Tritónide en Libia para evitar que éstas lo vieran acercarse y avisaran a sus hermanas.[232]

Las Gorgonas (*Gorgones* o *Gorgous* en griego), que eran tres, se llamaban Esteno, Euríale y Medusa. Según Hesíodo, vivían más allá del océano exterior, en dirección a la noche, cerca de las Hespérides (cerca de la puesta de sol en el lejano occidente).[233] En otra versión de la épica antigua, la que aparece en las *Ciprias*, vivían en medio del océano en una isla rocosa llamada Sarpedón.[234] Se aceptaba generalmente en las fuentes posteriores que vivían en medio del Océano o allende, aunque no siempre en dirección oeste.[235] Esquilo sitúa su morada cerca de las Grayas, sin embargo, como hemos visto, señala que ambos grupos de hermanas habitaban en el este, en un lugar accesible por tierra.[236] Aunque Hesíodo evita problemas a la hora de describir a las Gorgonas, la mayoría de las ocasiones son representadas como monstruos horribles, tan horribles que, con sólo verlas, los hombres se convertían en piedras. Sus sonrientes cabezas

estaban coronadas con serpientes y tenían dientes que inspiraban terror, o incluso colmillos como los jabalíes.

Como señala Hesíodo, Medusa se diferenciaba de sus hermanas por el hecho de que era la única de ellas que era mortal, por eso Perseo la eligió como víctima cuando lo enviaron a buscar una cabeza de gorgona (cf. p. 319).[237] Hesíodo aprovecha la ocasión para hacer referencia a este episodio en la *Teogonía* porque curiosamente tiene una notable implicación genealógica. Medusa estaba embarazada en el momento de su muerte, ya que se había acostado con Poseidón en un prado entre las flores de primavera y sus retoños, Crisaor y Pegaso, salieron de su cuello cuando Perseo le cortó la cabeza.[238] El poeta señala que Crisaor se llamaba así porque llevaba una espada de oro en su mano (*chryseon aor*), pero no dice nada sobre él excepto que era el padre de Gerión (cf. *infra*).[239] Las fuentes posteriores no dan muchas más explicaciones. La evidencia de las artes visuales, también bastante limitada, sugiere que Crisaor no era monstruoso en su forma, al igual que muchos otros miembros de su familia. El caballo alado Pegaso, por contraste, es célebre en la mitología como el compañero de Belerofonte (cf. p. 563).

Aunque Homero no hace ninguna referencia a la historia de Perseo y Medusa, sí menciona que «la cabeza de gorgona, horrible monstruo, espantosa y pavorosa» estaba incrustada en la égida (cf. p. 118) de Atenea;[240] y resulta al menos posible que en época de Homero se aceptara que la había recibido de Perseo, como se indica en autores posteriores desde Ferécides en adelante (cf. p. 320).[241] Homero, asimismo, señala que la cabeza de la gorgona aparecía como decoración en las armas humanas: por ejemplo, el broquel del escudo de Agamenón era una cabeza de gorgona que miraba fieramente, con representaciones de Deimo y Fobo (Terror y Miedo) a ambos lados.[242] Como imágenes que no sólo valían para infundir terror sino que también se les atribuían poderes mágicos —evitar que uno fuera herido—, aparecen también en corazas y escudos en época histórica, así como en murallas y puertas. Las imágenes del arte griego arcaico se corresponden con las descripciones de los pasajes de Homero y nos muestran terribles cabezas sonrientes de narices chatas, lenguas que cuelgan de las bocas y ojos que miran fijos. Parece que la cabeza de la gorgona, o *gorgoneion*, se originó como una imagen apotropaica que existía de manera independiente antes de que se convirtiera en un monstruo de cuerpo entero y, con el paso del tiempo, en un trío de monstruos.

De acuerdo con una extraña historia narrada en el *Ion* de Eurípides, Atenea consiguió su *gorgoneion* al dar muerte a la gorgona, aquí sin nombre propio, durante la batalla entre dioses y Gigantes, después de que Gea diera a luz al monstruo para

entregar a las filas de los Gigantes un terrible aliado, ya que éstos eran también sus hijos.[243] Seguramente ésta sea una historia tardía, quizá una invención del mismo Eurípides, ya que no hay otra fuente semejante ni en la literatura ni en las artes.

Para fundamentar la razón de que Poseidón deseara dormir con la Medusa, en algunas ocasiones se explicaba que ella había sido extraordinariamente bella hasta que fue convertida en monstruo. Según Ovidio, había sido encantadora en todos los aspectos posibles y su pelo resultaba especialmente bello hasta que Poseidón la sedujo en un templo de Atenea, lo que enojó profundamente a la diosa virgen, que transformó su cabellera en un ovillo de serpientes.[244] En otra versión de la historia, Atenea aparentemente la castigó así después de que Medusa la irritara diciendo que era tan bella como ella. Es lógico, de todos modos, señalar a Atenea como la diosa que provocó la transformación de Medusa ya que era precisamente ella la que llevaba su cabeza en la égida.[245] Al margen de estas historias, la cabeza de Medusa fue representada de una manera muy ajena a esa imagen monstruosa en las obras de arte posteriores al siglo V a.C., en las que a menudo aparece con una belleza serena y fría, incluso a partir del año 300 a.C. de un modo patético, con una expresión de horror o dolor en sus ojos.

La cabeza de Medusa, también su pelo y su sangre, seguían siendo muy poderosos después de su muerte. Hay varias narraciones en las que se cuenta cómo Perseo utiliza la cabeza de Medusa para convertir a sus enemigos en piedras (cf. p. 320). Asimismo, Heracles dio un mechón de su cabellera a Estérope, la hija de Cefeo, para que lo utilizara para proteger a la ciudad arcadia de Tegea (cf. p. 704). Atenea recogió parte de su sangre y se la dio a Asclepio, que se sirvió de ella para sanar a gente e incluso para resucitarla. En el *Ion* de Eurípides, se dice que Atenea entregó a Erictonio, rey de Atenas, una ampolla que contenía dos gotas de la sangre de la gorgona, una de ellas era un veneno mortal, la otra, un fármaco sanador.[246] El pueblo de Argos afirmaba que la cabeza de la gorgona estaba enterrada bajo un terraplén que había en su plaza del mercado; allí, sin duda, se muestra su función como alejadora de males.[247]

Crisaor, el hijo de Medusa nacido en tan extrañas condiciones, se emparejó con la oceánide Calírroe para engendrar a un hijo, Gerión (o Geriones, o Gerioneo).[248] Aunque Hesíodo se limita a decir de él que es un ser de tres cabezas, las narraciones posteriores y la iconografía lo representan como un ser de tres cuerpos: con tres troncos unidos en la cintura y, dependiendo, un par de piernas o tres pares. En algunos casos se le muestra también con alas.[249] Vivía en el Océano exterior, en el extremo occidental en la tierra mítica de Eritia (la Isla Roja, un nombre apropiado para un lugar cercano a la puesta de sol); y tenía

un gran rebaño que pastoreaba un hombre llamado Euritión y que estaba guardado por el perro Orto u Ortro (cf. *infra*). Cuando los griegos conocieron Iberia, supusieron que Eritia se encontraba en algún lugar de sus costas, y en ocasiones la identificaron con Gadeira (Cádiz, cuando aún no estaba unida al continente) o con otra isla de esa zona.[250] En otras ocasiones la morada de Gerión está localizada en algún lugar de Ambracia, en el noroeste de Grecia,[251] seguramente este detalle tenga un origen antiguo en los días en los que se consideraba que era una región remota cerca de la puesta de sol. Gerión vivía demasiado lejos como para ser molestado por extranjeros, hasta que Heracles llegó allí para robarle parte de su rebaño como uno de sus trabajos. Aunque tenía tres cuerpos, demostró que no era rival para el héroe que le dio muerte antes de marcharse con su botín (cf. *infra* p. 349).

El siguiente hijo de Forcis y Ceto fue Equidna (Mujer-serpiente), que tenía la forma de una hermosa mujer en la parte superior de su cuerpo y en la otra era una serpiente terrible con escamas en la piel. Los dioses le dieron una cueva como hogar, en lo profundo de la tierra de los árimos, en algún lugar de Asia Menor (cf. p. 133), en donde vivía alejada de los dioses y los mortales, alimentándose de carne cruda.[252] Como se puede inferir a partir del relato de Hesíodo, tenía pocas posibilidades de aparecer en los relatos míticos.

Apolodoro recoge una extraña narración de la Argólide en la que se dice que Argos *Panoptes* (cf. p. 306) la mató mientras ella dormía. La describe como una hija de Tártaro y de Gea que solía apresar a los viandantes.[253] La Equidna escitia o mujer-serpiente que obligó a Heracles a acostarse con ella (cf. p. 352) era sencillamente una criatura diferente.

Tras emparejarse con Tifón, una criatura tan terrible como ella, Equidna dio origen a una familia de bestias monstruosas, tres de las cuales eran ciertamente hijos de ella —ya que hay ambigüedades en el texto de Hesíodo—: Orto, Cerbero y la hidra de Lerna.[254] Orto, u Ortro, era el perro guardián de Gerión al que mató Heracles, en algunas versiones a causa de una flecha, en otras muerto a mazazos (cf. p. 348). Aunque Hesíodo no dice nada sobre su aspecto, no era un perro ordinario y en las imágenes artísticas suele aparecer con dos cabezas. A su hermano Cerbero, el perro del Hades, se le representa muy a menudo con más cabezas, cincuenta, según Hesíodo; y no menos de cien de acuerdo con Píndaro y los autores posteriores.[255] No obstante, en las obras de arte, y por razones prácticas, aparece con tres cabezas (o menos, comúnmente con dos) y muchos autores, a partir de los trági-

cos atenienses en adelante, lo describen con tres cabezas de acuerdo con esta iconografía.[256] En ocasiones tiene una serpiente por cola y puede aparecer representado con serpientes saliéndole de otras partes de su cuerpo. La *Ilíada* y la *Odisea* hacen referencia a él, aunque ni lo nombren ni hagan una descripción, y mencionan que Heracles una vez lo sacó del infierno, su último o penúltimo trabajo (cf. p. 353).[257] En contraste con el resto de los monstruos de este grupo, hizo una valiosa contribución al orden y concierto del mundo, al asegurar que los muertos no salieran del infierno (cf. p. 164), y Heracles fue obligado a liberarlo después de llevárselo para que Cerbero pudiera regresar a sus tareas. El tercer hijo de Equidna y Tifón era la hidra de Lerna, criada por Hera en las lagunas de Lerna, en la Argólide, para enfrentarla con Heracles.[258] Aunque Hesíodo no hace mención de su aspecto, era una enorme serpiente (*hydra* significa tan sólo serpiente acuática en griego) que resultaba especialmente peligrosa según la tradición más frecuente por su multitud de cabezas. Sin embargo, Heracles la mató en uno de sus trabajos con una pequeña ayuda de su sobrino Yolao (cf. p. 340).

El siguiente monstruo de la familia de Equidna es la Quimera. No queda claro según el testimonio de Hesíodo si era también hija de Equidna o, como parece más adecuado, una cría de la hidra. Era un ser compuesto, en una especie de dibujo imposible: un enorme león al que le salía de la espalda la cabeza de una cabra (*chimaira*) y rematado con una serpiente por cola.[259] Dado que su cola terminaba en una cabeza de serpiente, tenía tres cabezas. Vivió en Licia (Asia Menor) hasta que murió a manos de Belerofonte (cf. p. 563). El perro Orto se emparejó con la Quimera (o quizá con su madre Equidna) para engendrar a los dos últimos miembros de la familia, la tebana Phix o Esfinge, como se la conoce más habitualmente, y el león de Nemea.[260] La Esfinge era un monstruo bastante familiar en el entorno del Oriente Medio: el cuerpo de un león, la cabeza de una mujer y alas. Se convirtió en el azote del pueblo de Tebas hasta que Edipo le dio muerte o hizo que ésta se diera muerte a sí misma (cf. *infra* pp. 407 y ss.). Hera crio al león de Nemea en la Argólide para que atacara a Heracles, que lo mató en el primero de sus trabajos (cf. p. 338). Aunque, sin duda alguna, era una bestia enorme y fiera, su única característica realmente excepcional era que estaba escondida en un lugar impenetrable, que mencionan por primera vez Píndaro y Baquílides.[261] Equidna y sus descendientes engendraron un buen número de monstruos célebres a los que dieron muerte Heracles y otros héroes matadores de monstruos. En el aspecto de estos monstruos podemos reconocer la influencia del embrujo que ejerció sobre la mente griega el mundo no griego, principalmente del Oriente Próximo.

El último retoño de Forcis y Leto, después de Equidna, era la enorme serpiente que guardaba las manzanas doradas de las Hespérides (cf. p. 62). Aunque no tenga nombre en la tradición más antigua, a menudo se le llama Ladón en época helenística y posterior.[262] En algunas versiones, aunque no en la mayoría, Heracles la mató cuando robó algunas de las manzanas de las Hespérides en uno de sus trabajos.

Forcis aparece mencionado en la *Odisea* como el padre de otra hija, la ninfa Toosa, la madre del cíclope Polifemo.[263] Desde el período clásico en adelante se considera hija de Forcis al monstruo marino Escila, un peligro tan grave para los Argonautas y para Odiseo, aunque su madre sea Hécate o una cierta Crataide, la madre de Escila según la Odisea.[264] De acuerdo con una narración helenística, Forcis devolvió a Escila a la vida después de que Heracles la matara para robar parte del ganado de Gerión. La resurrección se llevó a cabo mediante la aplicación de antorchas encendidas sobre su cuerpo.[265]

Capítulo III

El ascenso de Zeus y las rebeliones contra su dominio

Nuestro tema central en el presente capítulo será la mitología de Zeus, el gran rey de los dioses. Tal como hemos visto, no siempre ocupó dicha posición pero ascendió al poder en la tercera generación al desplazar a su padre Crono, que había conseguido el poder para sí y sus compañeros los Titanes al derrocar a su propio padre Urano (Cielo). La primera parte del capítulo estará dedicada a un examen del «mito de sucesión» (cf. p. 68) que relata los conflictos familiares que provocaron la caída de los anteriores dioses gobernantes. Algunos asuntos tangenciales se considerarán también en relación a esto, entre los que se incluyen otros aspectos de la mitología de Crono y su esposa Rea. Una vez que Zeus se estableció como el nuevo soberano del universo con la ayuda de sus hermanos y hermanas así como con la de otros aliados, el orden olímpico necesitaba completarse. Todas las jóvenes deidades olímpicas fueron engendradas por el propio Zeus (con la posible excepción de Hefesto, en caso de que hubiera nacido sólo de Hera, cf. p. 125).[1] También Zeus fue padre de algunas diosas menores que representaban otros aspectos del nuevo orden. Aunque se consideraba normalmente a Hera como su única esposa, la *Teogonía* formaliza sus principales uniones con otras diosas clasificándolas como una serie de primeros matrimonios que antecedieron a su unión final con Hera. Consideraremos estas uniones y su descendencia en el orden en el que son descritas en la *Teogonía*, antes de concluir con un repaso general de los orígenes de los dioses olímpicos. Como soberano que había establecido su propio mandato tras la revuelta contra los poderes que gobernaban anteriormente, Zeus tuvo que sofocar por su parte varias insurrecciones a fin de evitar que se repitiera el ciclo. El principal asunto en la última parte del capítulo serán las tres grandes rebeliones que fueron emprendidas contra Zeus y el orden olímpico por el temible monstruo Tifón, por la raza de Gigantes nacida de la tierra y finalmente por los dos hermanos gigantes, los Alóadas. Terminaremos examinando el conflicto de carácter totalmente distinto que surgió entre Zeus y un

primo suyo, Prometeo, y que provocó la ira de aquél al erigirse como defensor de los intereses de la raza humana.

El mito griego de sucesión

En la versión común del mito de la sucesión, tal como es relatada por Hesíodo, los Titanes fueron los primeros hijos de la pareja primigenia Gea (Tierra) y Urano (Cielo), que luego generaron dos grupos de monstruos, los Cíclopes y los Hecatonquiros (Centimanos).[2] Los Titanes ya han sido considerados en el capítulo anterior, y aunque Hesíodo asigna un nombre a cada uno (cf. pp. 72-73) y los incluye dentro de su esquema genealógico, dos de ellos permanecen fuera del cuerpo colectivo de los Titanes en el mito de descendencia: Crono, el segundo gobernador del universo y su esposa Rea. Antes de seguir relatando cómo Crono entró en conflicto con su padre, se debe hacer mención de los hijos monstruosos de Urano y Gea, que desempeñarán su propio papel en el mito de descendencia.

Los tres Cíclopes (Ojos redondos), gigantes con un único ojo en el centro de la frente, ayudaron a Zeus a ganar la guerra contra los Titanes al proporcionarle su arma: el trueno (cf. p. 118). Su conexión con el trueno y el relámpago como fabricantes del rayo se refleja en los nombres que Hesíodo les asigna: Brontes (el hombre del trueno), Estéropes (el hombre del relámpago) y Arges (Intensamente brillante, epíteto aplicado al rayo de Zeus en la épica primitiva).[3] Dado que eran, evidentemente, artesanos fuertes y hábiles, era posible imaginarse dentro de la tradición helenística que fueran ayudantes del dios herrero Hefesto, trabajando duramente a su lado en una inmensa forja bajo el monte Etna o en algún otro lugar (cf. p. 227).[4] Aunque, a la vista de su ascendencia divina, podría esperarse que los Cíclopes fueran inmortales, se dice que Apolo los mató por haber fabricado el rayo que acabó con la vida de su hijo Asclepio[5] (cf. p. 211); o según un fragmento de Píndaro, Zeus los mató para asegurarse de que en el futuro nadie pudiera adquirir armas hechas por ellos.[6]

En un mito astral de origen helenístico, se decía que los Cíclopes construyeron el altar en el que Zeus y sus aliados juraron lealtad antes de declarar la guerra a los Titanes, y que este altar fue más tarde transportado a los cielos, supuestamente por el mismo Zeus, convirtiéndose así en la constelación de Altar (Ara) en el hemisferio sur.[7] Pausanias menciona sacrificios ofrecidos a los Cíclopes en un antiguo altar en el Istmo de Corinto,[8] aunque no hay ninguna otra indicación acerca de su culto.

Como ya señalaban los antiguos mitógrafos,[9] estos Cíclopes primigenios deben ser diferenciados de algunos gigantes míticos pertenecientes a otros dos grupos que se llamaban del mismo modo: los Cíclopes homéricos y los maestros constructores de la tradición popular. Los Cíclopes de la *Odisea* vivieron una vida pastoral primitiva sin gobierno ni ley en una isla mítica, allá en los más lejanos confines del mar. En caso de que todos fueran como Polifemo, el ogro que capturó a Odiseo (cf. p. 635), se trataba de hijos salvajes de Poseidón, que tenían un solo ojo.[10] Los Cíclopes de la otra raza eran gigantes del folclore que se suponía que habían erigido los muros de Micenas y Tirinto (cf. pp. 315 y 322) así como otras estructuras micénicas cuya construcción «ciclópea» parecía sobrepasar la capacidad humana.[11] Pueden ser comparados con los gigantes del folclore moderno a los que se atribuye la erección de megalitos o de los que se dice que lanzaban piedras gigantes cuando jugaban al tejo.

El segundo grupo de hijos monstruosos de Urano y Gea consistía en tres seres gigantes que tenían cincuenta manos y cien brazos cada uno; aunque Hesíodo los llama por sus nombres propios, Coto, Briareo y Giges, los mitógrafos posteriores crearon un nombre adecuado para ellos, y pasaron a denominarlos Hecatonquiros o Centimanos[12] (el adjetivo correspondiente ya había sido aplicado a Briareo en la *Ilíada*).[13] Como gigantes de irresistible fuerza dotados de cien manos, se convertirían en aliados de inestimable valor para Zeus en su lucha contra los Titanes. Dado que fueron enviados a las profundidades del Tártaro más tarde como guardas de los Titanes vencidos, no vuelven a aparecer en el mito, al menos en grupo.

Uno de los hermanos, Briareo (el Poderoso, también llamado Ombriareo), aparece, sin embargo, en historias independientes que tienen lugar durante el período del dominio olímpico. Se le destaca respecto a sus hermanos incluso en la *Teogonía*, puesto que se afirma que Poseidón lo convirtió en su yerno en cierto momento tras la caída de los Titanes al ofrecerle a su hija Cimopolea (Caminante de las olas, desconocida aparte de este hecho) como esposa.[14] La *Ilíada* recoge que fue convocado en una ocasión por Tetis al Olimpo para salvar a Zeus de una amenazante rebelión llevada a cabo por Hera, Poseidón y Atenea[15] (cf. p. 129). Dado que Tetis era una ninfa marina, podría deducirse que él vivía en el mar, como podría también inferirse de su relación con Poseidón en la *Teogonía*. Homero también señala que fue llamado Briareo por los dioses pero fue conocido para los mortales como Egeón.[16] En la *Titanomaquia*, una narración épica arcaica hoy perdida, Egeón era descrito

en principio como un hijo de Gea y Ponto (Mar) que vivía en el mar y luchó como aliado de los Titanes.[17] En caso de que este Egeón pueda ser identificado con Briareo, como parece posible, este relato sobre él difiere claramente en aspectos cruciales del que aparece en la *Teogonía*. Una tradición corintia sugería que Briareo había actuado como árbitro cuando Helios y Poseidón compitieron por la posesión de la tierra en tiempos remotos (cf. p. 153).[18] Se le rindió culto en la isla de Eubea bajo dos nombres distintos: como Briareo en Caristo y como Egeón en Calcis.[19] En definitiva, se trata de una figura enormemente fascinante, de la que se quisiera saber más de lo que se ha podido recopilar a partir de los testimonios que han llegado hasta hoy.

Pronto comenzaron los problemas dentro de la familia recién formada de Urano, puesto que odiaba a sus retoños y evitaba que vieran la luz. Aunque Hesíodo se muestra vago sobre la causa de su rechazo, parecería que empezaron a disgustarle puesto que eran terribles a la vista, especialmente los monstruos que fueron los primeros en nacer. Los escondió en lo más profundo de la tierra según fueron llegando al mundo, y parece que bloqueaba su salida al mantener un constante acto sexual con su consorte (aunque Hesíodo es vago también en este aspecto) y que estaba encantado con sus tareas perversas. Gea se quejaba de agotamiento e ideó un ingenioso plan. Tras crear el adamantio (un metal mítico de dureza extrema), lo utilizó para hacer una gran hoz dentada e intentó convencer entonces a sus hijos para que se levantaran contra su padre. Todos se mostraron temerosos excepto Crono, el más joven y terrible de los Titanes, que cogió la hoz de manos de su madre y esperó oculto a su padre, siguiendo sus instrucciones. Mientras Urano estaba por la noche ocupado en el acto sexual con su esposa, Crono cortó sus genitales con la hoz y los arrojó al mar. Afrodita, la diosa del amor, surgió de la espuma que se acumuló en torno a ellos en las aguas (cf. p. 261); y otros tres grupos de hijos, los Gigantes, las Melias y las Erinias surgieron de la tierra tras ser fertilizada por las gotas de sangre caídas (cf. p. 74). Los Titanes pudieron entonces emerger a la luz y asumir el poder como señores del universo bajo la soberanía de Crono. Podría parecer, sin embargo, que en la versión de Hesíodo (a diferencia de la de Apolodoro, cf. *infra*) los Cíclopes y los Centimanos habían permanecido en prisión bajo tierra hasta que fueron rescatados posteriormente por Zeus.[20]

Tras la subida al poder, Crono se casó con su hermana Rea, quien le dio seis hermosos hijos: Hestia, Deméter, Hera, Hades, Poseidón y Zeus. Pero dado que había sido avisado por sus padres que estaba destinado a ser destronado por su propio hijo, devoraba cada uno de ellos al nacer, con lo que causaba un dolor

constante a su esposa.[21] Cuando Zeus iba a nacer, Rea decidió por fin consultar a Urano y a Gea por su cuenta y les pidió que ingeniaran un plan para permitirle salvar al hijo que estaba en camino y a la vez dar el tributo correspondiente a Crono. Siguiendo su consejo, confió a Gea al recién nacido Zeus, al que ocultó en Creta (cf. pp. 118-119) y, en lugar de su hijo, dio a Crono una gran roca envuelta en pañales que, tal como solía hacer, engulló.[22] Hesíodo apenas ofrece detalles sobre lo que pasó a continuación y únicamente afirma que Zeus creció rápidamente en su escondrijo cretense y que luego obligó a Crono a vomitar a sus hijos según el plan que había sido propuesto por Gea a su madre. Tras escupir la piedra, que Zeus depositó en Delfos como señal y maravilla para los mortales (cf. p. 204), Crono vomitó los cinco hermanos de Zeus en el orden inverso del que los había tragado. Zeus también liberó a los Cíclopes, que en principio seguían prisioneros bajo la tierra desde que habían sido encerrados por su padre Urano; éstos mostraron su gratitud equipando a Zeus con su todopoderosa arma, el rayo.[23]

En ese momento Zeus, junto con sus hermanos, se dispuso a luchar por el control del universo ante Crono y los Titanes, enfrentándose a ellos en la mayor batalla que existió nunca, la Titanomaquia (*Titanomachia*). Los Titanes eligieron el monte Otris, al sur de Tesalia, como su fortaleza mientras que Zeus y sus aliados luchaban desde el monte Olimpo, en los límites septentrionales de la provincia. La batalla se prolongó durante diez largos años sin que ninguna de las partes obtuviera una clara ventaja, hasta que Gea reveló a Zeus y a los olímpicos que obtendrían la victoria si reclutaban a los Centimanos como aliados suyos. De este modo Zeus liberó a los monstruos de su encierro (puesto que ellos habían permanecido prisioneros bajo la tierra al igual que los Cíclopes) y recuperaron su fuerza y energía con néctar y ambrosía. Estaban muy satisfechos de responder a la llamada de ayuda de Zeus. La lucha alcanzó entonces una fase decisiva en cuanto Zeus liberó toda su furia contra los Titanes, aturdiéndolos con sus rayos, mientras que los Centimanos les arrojaban continuamente enormes piedras. La batalla retumbaba en todo el universo, desde los altos cielos hasta el lóbrego Tártaro. Crono y los Titanes fueron finalmente destronados por los monstruos de las cien manos, que los arrojaron a la profundidad del Tártaro donde quedaron confinados para siempre. Para asegurarse de que no escaparan, Zeus convirtió a los Centimanos en sus guardianes. Tras su dura victoria, Zeus y los jóvenes dioses asumieron el poder como los nuevos soberanos del universo en la tercera generación.[24]

Éste es el relato habitual del mito de descendencia tal como ha sido transmitido por Hesíodo. Apolodoro ofrece un relato de origen desconocido (quizá derivado de la

perdida *Titanomaquia*, o de la literatura órfica) que difiere de la versión de Hesíodo en algunos aspectos importantes. En esta narración, los Centimanos y los Cíclopes nacen tras los Titanes, y son arrojados a Tártaro por su padre mientras que, en principio, los Titanes quedan indemnes. Molesta por la pérdida de sus hijos arrojados a las profundidades, Gea animó a los Titanes a atacar a su padre, y le dio para ello a Crono una hoz de adamantio. Todos ellos tomaron parte en el ataque con la única excepción de Océano (cf. p. 73 para su significación). Crono dio el golpe definitivo, al igual que en la versión de Hesíodo, cuando arrancó los genitales de Urano. Tras el derrocamiento de Urano, los Titanes rescataron a sus hermanos de Tártaro y confiaron la soberanía a Crono, pero éste metió de nuevo en prisión a los dos grupos de monstruos, y después devoró a sus propios hijos con la excepción de Zeus, como en la versión más común. Cuando Zeus creció, buscó la ayuda de Metis (la personificación de la sabiduría astuta, cf. p. 123) que engañó a Crono haciéndole tragar una droga emética a fin de obligarle a vomitar a los hijos devorados. Con la ayuda de sus hermanos, Zeus luchó contra Crono y los Titanes durante diez años, pero fue incapaz de vencerlos hasta que Gea profetizó que lograría hacerlo si requería la ayuda de los monstruos que habían sido arrojados a Tártaro por Crono. De modo que mató a su guardián, llamado Campe, y los liberó. Los Cíclopes lo armaron con su rayo, como es habitual; también dieron a Poseidón su tridente y a Hades un gorro que lo hacía invisible. Con la ayuda de esos instrumentos, y posiblemente también con la cooperación de los Centimanos, Zeus y sus aliados vencieron entonces a los Titanes y los confinaron en Tártaro con los Centimanos como guardianes.[25]

Por muy apropiado que pudiera ser que Crono y los Titanes, como raza de «dioses antiguos», fueran desterrados del mundo superior definitivamente, no siempre es así en los relatos posteriores a Hesíodo. Por ejemplo, Píndaro afirma de forma explícita en una de sus odas que los Titanes fueron finalmente liberados por Zeus; y en el *Prometeo desencadenado*, una tragedia perdida de Esquilo, aparecen en el escenario como coro junto a Prometeo una vez que éste salía libre de Tártaro (cf. p. 145), lo cual implicaría que habían sido liberados por Zeus.[26] Como ya ha sido señalado, algunos seres que reciben el nombre de Titanes en la lista de Hesíodo en ningún caso han podido ser eliminados del mundo superior en este período tan temprano. Ni Océano podría haber abandonado sus torrentes (cf. p. 73) ni quizá Tetys el mar. Se decía que Themis y Mnemósina habían tenido relaciones con Zeus incluso en la *Teogonía*, y fueron fuerzas permanentes en el mundo como personificaciones de la memoria y del orden justo; del mismo modo se considera que Crono y Rea siguieron activos en el mundo en la medida en la que fueron venerados en el culto.

La mitología posterior de Crono y Rea

La leyenda griega ofrece visiones diferentes de Crono y su gobierno. Si el mito de descendencia lo presenta como un tirano brutal que devoraba a sus propios hijos, otra tradición, que también se encuentra en Hesíodo, presenta su reino como un tiempo de inocente felicidad en la que los mortales vivían largas y virtuosas vidas bajo su benévolo dominio. Según esta visión, sus súbditos mortales vivían existencias de dichosa tranquilidad, de manera parecida a las de los habitantes de las Islas de los Bienaventurados (cf. p. 170), sin esfuerzos ni discordias, ni necesidad de una ley. Poseían todas las cosas en común y disfrutaban de la abundancia de frutas y cosechas que eran dispensadas por la tierra de forma natural. Cuando finalmente morían, era como si les sobreviniera un delicado sueño. En pocas palabras, se trataba de la Edad Dorada, *ho epi Kronou bios*, *Saturnia regna*.[27] Esta ensoñación campesina de un período perdido de felicidad estaba, evidentemente, enraizada en el folclore; y de ningún modo resulta difícil de entender la razón por la que podía ser identificada con la edad de Crono. Puesto que todo en esa época era completamente opuesto a las duras condiciones presentes bajo el dominio de Zeus, podía concluirse que ésa debía ser la narración de la situación que había prevalecido bajo el dominio de Crono, y no porque fuera presentado como mito de forma benévola, sino sencillamente porque había presidido el orden divino previo antes de que las cosas llegaran a ser tal como son ahora.

En el famoso mito de la decadencia en *Trabajos y días* de Hesíodo,[28] este pueblo afortunado que vivió bajo el dominio de Crono se presenta como el primero de cinco razas sucesivas, cuatro de las cuales se nombran según metales de decreciente valor: oro, plata, bronce y hierro. Los humanos pertenecemos a la quinta y más devaluada raza, la de hierro. Primero, los dioses crearon una raza dorada de mortales, que vivieron una vida ideal bajo Crono, según la leyenda conocida, y cuando este primer pueblo llegó a desaparecer se convirtieron en espíritus benefactores (*daimones*) que vagan por la tierra librando a los mortales del daño y atendiendo sus acciones. Los dioses los reemplazaron por una raza de plata, inferior tanto en cuerpo como en espíritu. El pueblo perteneciente a esta raza necesitó cien años para alcanzar la madurez; todo este tiempo permanecían al lado de su madre pero vivían una vida breve y llena de tribulaciones una vez que se hacían adultos, ya que eran seres estúpidos incapaces de evitar las equivocaciones y la violencia, y así dejaron de venerar a los dioses inmortales. Su impiedad hizo crecer la cólera de Zeus que finalmente los expulsó de la tierra y

los convirtió en espíritus bienaventurados en el mundo subterráneo.[29] Zeus hizo surgir entonces la raza de bronce, gentes que surgieron de los fresnos (*melias*, que podría ser también interpretado como «ninfas de los fresnos»). Sus armaduras, sus armas e incluso sus casas estaban hechas de bronce. Poderosos, agresivos y con corazón de pedernal, se dedicaban a la guerra y a la matanza hasta que todos ellos fueron destruidos como resultado de su propia violencia y terminaron en la oscura casa de Hades sin dejar un nombre tras de sí.[30]

Antes de pasar a la última de las razas «metálicas» a la que él mismo pertenece, Hesíodo interpone la «raza de héroes, semejantes a dioses» que lucharon con honor en las guerras de Tebas y Troya y demostraron ser más nobles y justos que sus predecesores de la raza de bronce. Dado que se consideraba que los grandes héroes épicos habían vivido justo antes de los comienzos de la historia humana ordinaria, el poeta se sintió claramente obligado a incluirlos en este punto y de este modo interrumpe su esquema de la decadencia. El texto de Hesíodo es ambiguo sobre la cuestión de su destino final, y no termina de dejar claro si todos fueron enviados a las Islas de los Bienaventurados o a algún otro lado, mientras que otros fueron consignados al Hades.[31] En cuanto a la época presente, Hesíodo lamenta haber nacido en ella, puesto que la gente de la raza de hierro no tiene respiro del duro trabajo y de las penas durante el día o del deterioro o la muerte durante la noche. Aunque no son del todo malos, cada vez serán peores hasta el momento en el que Zeus los termine destruyendo.[32] Debe señalarse que Hesíodo no hace mención de *edades*, ya sea dorada u otras, aunque autores modernos consideran adecuado a menudo el uso de esos términos al referirse a su mito; la «edad de oro» es una expresión de origen latino (proviene de *saeculum aureum*, término ambiguo que puede significar tanto la raza como la edad dorada).

Aunque Crono no ha sido especialmente venerado en el culto, tiene una de las fiestas más interesantes, las Cronias, que tenían lugar en Atenas y otras ciudades jonias, así como en Tebas donde también se convocaba un certamen musical. El día de la fiesta, las habituales distinciones sociales se invertían, los esclavos podían ser servidos por sus señores y se les permitía alborotar por toda la ciudad creando tanto ruido como quisieran. Esto podía ser considerado como una vuelta temporal a la vida sin duro trabajo o sin la subordinación que habría prevalecido durante el reino de Crono. Aunque las Cronias han sido vistas a menudo como una fiesta de la cosecha, esto es discutible. Se celebraba por todo lo alto tras el período de cosecha en Atenas (aunque no en todos los lugares), en el mes de Hecatombeon, del que se dice que fue conocido como Cro-

nión en tiempos remotos; y la hoz de Cronos, su habitual atributo, no tiene necesariamente connotaciones agrícolas puesto que se la asocia con él por su ataque al padre en el mito de sucesión. Además las hoces son utilizadas para fines similares por otras figuras míticas que no tienen nada que ver con la agricultura (como es el caso de Perseo contra las Gorgonas cf. p. 319, o por Heracles contra la hidra, cf. p. 340). Las escasas representaciones de Crono en el arte lo muestran como un hombre viejo, majestuoso pero afligido, que sostiene una hoz. Los griegos lo identifican con frecuencia con deidades extranjeras poco amistosas como Moloc, dios semita al que se le ofrecían sacrificios humanos. Los romanos lo identificaban con Saturno, una antigua deidad italiana cuyas funciones no estaban claras. Las Saturnales, fiesta anual de Saturno, en la que se les daba a los esclavos libertades excepcionales, se asemejaban a las Cronias en algunos aspectos relevantes, tal como fue reconocido en la Antigüedad.

Autores posteriores tienen mucho que contar acerca de Cronos tras su derrota. Obviamente, y dado que las condiciones en las Islas de los Bienaventurados (cf. pp. 168 y ss.) se asemejaban a aquellas que se suponen que habían prevalecido bajo el dominio de Crono, algunos autores lo convirtieron en el señor de esas islas. Píndaro ya lo presenta en este papel, con Radamantis como su ayudante.[33] Algunos versos que se atribuyen a *Trabajos y días* de Hesíodo, pero son con casi toda seguridad una interpolación posterior, cuentan que Zeus lo liberó de su destierro para permitirle asumir esta función.[34] Plutarco recopila un pintoresco relato en el que duerme para siempre en una isla más allá de Gran Bretaña (esto es, en los confines del mundo conocido) con muchos seguidores junto a él y con Briareo como su guardián.[35] En las versiones racionalistas de naturaleza evemerística que representan a Crono y a Zeus como reyes primigenios, se dice a menudo que Crono buscó refugio en Italia tras ser depuesto, y se escondió de Zeus en el Lacio (*Latium*), y de ahí su nombre (como si se hubiera derivado del verbo latino *latere*, esconderse). Virgilio alude a esta tradición en la *Eneida* y dice que Saturno (Crono) había gobernado durante su exilio en el lugar de la futura ubicación de Roma, donde había reunido a las gentes del lugar y les había llevado a una edad dorada.[36]

Rea, o Reia, la esposa consorte de Crono, es una figura grandiosa aunque de algún modo desdibujada que ocupa un pequeño lugar en el culto griego (sin contar su identificación con Cibeles, cf. *infra*). Sin embargo, fue objeto de cierto culto junto a su esposo, tal como ocurrió en Atenas, donde compartió un templo con él en el recinto del Zeus Olímpico y en Olimpia, donde uno de los seis

altares de los Doce Dioses (cf. p. 129) estaba dedicado a los dos.[37] También poseía una cueva sagrada en el monte Taumasión en Arcadia, cerrada a todo el mundo excepto a sus sacerdotisas.[38] Dado que normalmente se creía que Zeus había nacido en Creta, es comprensible que haya sido a veces considerado como el hogar de Rea en la tradición posterior;[39] pero no hay evidencias tempranas que sugieran que en realidad fuera una diosa de origen cretense. Como madre de los dioses (es decir, los dioses olímpicos de la primera generación), Rea pudo ser fácilmente identificada con ese poder muy antiguo y ampliamente adorado, la Madre, que fue venerada bajo todo tipo de nombres en Grecia, las islas del Egeo y en Asia continental, algunas veces junto a un compañero masculino, y a veces sola. Aunque profundamente enraizado en la tradición nativa, el culto griego de la Gran Madre (Meter) llegó a estar fuertemente influido por el culto de la madre-diosa frigia Cibeles, que entró en el mundo griego desde Asia Menor. La Gran Madre se identificó tanto con Rea como con Deméter, y Rea se equiparó a menudo con Deméter, cuyo culto se extendió finalmente por gran parte del Imperio Romano. Esto tuvo consecuencias para el mito, sobre todo porque las Curetes cretenses, asociadas con Rea en conexión con la crianza de Zeus (cf. *infra*), llegaron a confundirse o equipararse a las Coribantes, asistentes de Cibeles en Asia Menor (cf. p. 292)

Gran parte de la mitología de Rea, tanto ortodoxa como no ortodoxa, tiene que ver con su relación con Crono y el rescate del recién nacido Zeus. Puesto que algunas leyendas afirman que Zeus nació y se crió en otras partes distintas de Creta, algunas versiones locales de la historia posterior llevan a Rea a muchos lugares distantes dentro del mundo griego (especialmente en el Peloponeso, cf. p. 121) y de Asia Menor. Para una leyenda arcadia comparable en la que se dice que escondió al recién nacido Poseidón en Arcadia, y dio a Crono un potro para que lo devorara en su lugar, cf. p. 152. En el *Himno homérico a Deméter*, Zeus envía a Rea como su mensajera cuando quiere informar a Deméter de su decisión sobre el destino de Perséfone;[40] y en una versión bastante temprana de la historia del asesinato y vuelta a la vida de Pélope (cf. p. 648) es Rea quien le devuelve la vida tras haber servido de comida para los dioses.[41]

Rea no fue la única pareja de Crono, aunque sólo a ella se la considera su esposa, ya que una antigua tradición afirmaba que él engendró al centauro Quirón con la ninfa oceánica llamada Fílira. Para dar cuenta de la naturaleza semiequina de su retoño, en una versión de la historia se cuenta que Crono se transformó en un semental para aparearse con ella después de que tratara de escaparse de él convirtiéndose en yegua.[42] En la versión recopilada por Apolonio, fue pillado

in fraganti por Rea durante su relación sexual con Fílira en una isla del mismo nombre en el mar Negro, y dio un salto elevándose en forma de caballo (seguramente como manera de ocultarse), mientras que Fílira huyó avergonzada del lugar y se estableció en Tesalia, la patria tradicional de Quirón.[43] Según Higino, Crono consumó su relación sexual con Fílira en forma de semental mientras que ella vagaba por el mundo en busca del niño Zeus, y Fílira se quedó tan asustada por la apariencia híbrida de su hijo que rogó a Zeus que la transformara y así fue convertida en un tilo (*philyra* en griego).[44] Esta transformación adicional fue claramente una fantasía posterior inspirada por la etimología. Aunque al final de la *Teogonía* ya se le llama Filírida, Quirón es descrito desde el primer momento como hijo de Crono y Fílira en las odas de Píndaro.[45] Según su origen divino, era un ser sabio y noble, en marcado contraste con la mayoría de los Centauros (que tuvieron un nacimiento muy diferente, cf. p. 711).

La juventud de Zeus

El intento de hacer algo más que un brevísimo acercamiento a Zeus es obviamente imposible. Muchos pueblos indoeuropeos tienen una figura divina que más o menos corresponde con él, como Dyaus en India, Júpiter (esto es, *Dyaus pita*, el añadido significa «padre») en Italia, o Tiwaz entre los pueblos germánicos. El significado originario de este nombre parece ser «brillante» y se trata del dios del cielo, o más bien de los fenómenos celestes o, más específicamente, los atmosféricos. Sus funciones primarias parecen estar conectadas con la lluvia y la vuelta del buen tiempo así como, de forma muy característica, con el trueno y el relámpago. Está, por tanto, asociado también con lo que depende en tan gran medida del clima, la fertilidad de la tierra, aunque esto no es un aspecto muy prominente de su culto o naturaleza. De todo esto, dan constancia una gran serie de títulos, como *Ombrios* y *Hyettios* (dador de lluvia), *Ourios* (el que envía vientos favorables), *Astrapeos* (el que envía el relámpago), *Bronton* (el que provoca el trueno), *Epikarpios* (el productor de frutas) *Georgos* (Agricultor) y muchos otros. Con tan amplia veneración, apenas hay un ámbito de la naturaleza o de la actividad humana con la que de un modo u otro no esté relacionado. Él es protector del núcleo familiar y del orden social, y toda soberanía y ley procede de él. Se le representa con preocupaciones morales ya desde una época temprana, especialmente como guardián de suplicantes y extraños y como supervisor de juramentos y justicia. Desde Homero en adelante, estaba tan firmemente esta-

blecido como dios supremo, por lo que no nos sorprende encontrar su nombre utilizado por pensadores de tendencia monoteísta como prácticamente equivalente a «Dios». Aunque sus mitos incluyen muchos que son primitivos y grotescos, o tardíos y frívolos, difícilmente pierde su majestuosidad y es sólidamente representado en arte como una figura imponente, un hombre vigoroso en la flor de la vida, ya sea de pie o sentado en una actitud de dignidad, normalmente cubierto con un manto de la cintura para abajo, sosteniendo un cetro, un rayo, o ambos y acompañado por su inseparable águila.

A Zeus se le representa a menudo, tanto en arte como en literatura, asociado con el roble, árbol señalado como apropiado no sólo por su belleza, majestuosidad y longevidad sino también por dos hechos llamativos, por un lado era muy abundante en la antigua Grecia y por otro que muy frecuentemente era alcanzado por los rayos (tal y como los antiguos relataban y como la moderna silvicultura ha demostrado estadísticamente).

El rayo y la égida son dos importantes atributos de Zeus. Del primero sólo es necesario decir que antes de que llegara a ser entendido su auténtico carácter como fenómeno eléctrico, el poder destructivo del relámpago alentó la idea de que algún proyectil pesado y dirigido caía del cielo junto a la luz del rayo; ¿qué podría ser más natural que asumir que se trataba del arma especial del dios de los cielos? En el arte griego, el rayo de Zeus era mostrado como un objeto bicónico al que a menudo se unían fogonazos de relámpagos ya establecidos y en algunos casos también alas. Como ya hemos visto, lo crearon los Cíclopes.

Se describe la égida (o *aegis* en su forma latina), desde Homero en adelante, como una prenda adicional o pieza de armadura exterior que puede ser utilizada como corselete o como una especie de escudo. Cuando un dios la vestía o la sostenía, no sólo era una potente defensa sino también una poderosa arma mágica que podía inspirar terror al enemigo si se mantenía en la mano y se agitaba. *Aigiochos*, el portador de la égida, es un título común de Zeus. Según la *Ilíada*, Hefesto se la dio como objeto temible que podría causar terror en los hombres y era brillante a la vista, con flecos enmarañados y cien borlas doradas.[46] Aunque Zeus la agita en un momento a fin de infundir pánico en los griegos, y se sugiere que lo vuelve a hacer en Troya el día que cae la ciudad,[47] es su hija favorita Atenea quien la utiliza con más frecuencia (y también Apolo en dos ocasiones).[48] En la tradición posterior es en principio un atributo de Atenea, a la que se puede ver con ella puesta en las pinturas de los vasos de cerámica. En tales imágenes suele aparecer con cabezas de serpiente. Según un fragmento de Hesíodo, Metis la fabricó para Atenea.[49]

Como elemento que era llevado o blandido por el dios del trueno, se afirmó en una ocasión que podría ser interpretada como una nube del trueno, aunque el significado más sencillo de la palabra descarta esto: égida simplemente significa piel de cabra, así como *nebris* significa piel de cervatillo. En su origen, este objeto misterioso no es más que la piel de una cabra con su pelo. Precisamente ese atuendo ha sido conservado hasta tiempos modernos por los campesinos griegos, y, sin duda, cubrió muchos objetos antiguos de culto hechos de madera o piedra que representaban a Zeus, puesto que era bastante habitual en Grecia vestir las estatuas. Dado que era una piel tosca, podía servir a su portador como defensa, no sólo contra las inclemencias del tiempo sino también contra un golpe del enemigo. La égida divina, utilizada como vestimenta o blandida por una deidad inmensamente poderosa, podría ser imaginada como una protección excelente y objeto que inspiraba admiración.

Ya se ha dicho algo sobre las circunstancias del nacimiento de Zeus en relación al mito de sucesión (cf. p. 111), según el que Rea lo ocultó en Creta para librarlo de ser devorado por Crono y engañó a su marido al darle a comer una roca en vez de su hijo. Según Hesíodo, ella marchó a la ciudad cretense de Licto (al oeste de Cnosos) y allí le llegó el momento de dar a luz a Zeus. Después lo confió a su madre Gea para que lo alimentara y lo criara; de este modo Gea lo ocultó dentro de sí misma, en una cueva remota en el monte Egeo (por otro lado desconocido, pero que posiblemente puede ser identificado como una de las numerosas montañas cerca de Licto en las que se encuentran grutas sagradas minoicas).[50] Esta versión es específica de la *Teogonía* puesto que en la tradición posterior la cueva se localiza en el monte Ida, en el centro de Creta o, más raramente, en el monte Dicte, en el este.[51]

Zeus fue criado durante su infancia por una ninfa o ninfas locales. En lo que quizá fue la tradición más aceptada, le atendió la ninfa Amaltea, que lo alimentó con la leche de la cabra que poseía.[52] En otra versión, que aparece por primera vez en Calímaco, Amaltea era el nombre de la misma cabra y la ninfa Adrastea alimentó a Zeus con su leche junto con la miel de un panal. Otra fuente señala que sus cuidadoras fueron Adrastea e Ida y las ninfas Hélice y Cinosura, u otras figuras semejantes.[53] Había también relatos pintorescos en los que se decía que había sido alimentado por abejas o amamantado por una hembra de cerdo o algo parecido.[54] Para evitar que Crono pudiera oír los gritos de la criatura, unas divinidades cretenses menores, los Curetes (cf. p. 292) danzaban un ruidoso baile de guerra cerca de la entrada de la cueva, golpeando sus lanzas contra sus escudos.[55] En una versión ligeramente diferente, Amaltea colgó al niño

en una cuna instalada en un árbol de manera que no pudiera ser encontrado ni en la tierra, ni en el cielo ni en el mar, y los Curetes bailaban alrededor del árbol.[56] Gran parte de este hecho está asociado con prácticas rituales, y en concreto con el ritual cretense: las excavaciones han mostrado que un gran número de santuarios en cuevas de Creta eran lugares sagrados muy antiguos, del período minoico. Las danzas de los Curetes pueden relacionarse con bailes similares representados por jóvenes cretenses en rituales de iniciación o similares (cf. p. 292). Además, parece que un niño divino que nacía (y probablemente moría) cada año era un importante objeto de adoración entre los cretenses.

Antonino Liberal recoge un curioso relato sobre la cueva de Zeus en su antología de los mitos de transformación. La cueva (en una localización indeterminada) estaba habitada por abejas sagradas que habían cuidado al niño Zeus, pero que por otro lado era una tierra prohibida tanto para dioses como para mortales. En una ocasión cuatro ladrones entraron en la cueva para robar algo de miel, llevando puestas armaduras de cuerpo entero (a fin de protegerse contra las abejas, y posiblemente contando también con su valor como protector contra los malos espíritus). Sin embargo, cuando vieron los pañales de Zeus y la sangre que había sido derramada al nacer, su armadura se quebró y cayó de sus cuerpos. Zeus pudo haberlos matado con un rayo como castigo por su sacrilegio si las Moiras (Hados) y Themis (como guardiana de la ley divina) no le hubieran frenado al recordarle que nadie tenía permitido morir en lugar tan sagrado. De modo que los transformó en varios pájaros con sus mismos nombres (Layo, Céleo, Cerbero y Egolio). El autor señala que la sangre dentro de la cueva solía hervir en un determinado momento cada año, supuestamente en el aniversario del nacimiento de Zeus, dando lugar a una gran llamarada que salía de la cueva.[57]

La literatura astronómica también ofrece algunos relatos curiosos sobre la infancia de Zeus. En una de esas historias, se dice que la cabra nodriza que tuvo a su cargo al niño Zeus fue una maravillosa hija del dios solar Helios, cuyo brillo cegador asustaba tanto a los Titanes que pidieron a la Tierra que la ocultara de su vista en una de las cuevas de Creta. Cuando Zeus creció y se preparaba para su guerra contra los Titanes, supo que obtendría la victoria si utilizada la piel de la cabra como escudo (esto es, como su égida). Una vez que obtuvo la victoria, cubrió los huesos de la cabra con otra piel, la revivió y la hizo inmortal, colocándola en los cielos como Capella (la Cabra), una estrella brillante en la constelación de Auriga.[58] En otro relato de este tipo, Crono se puso en camino a la búsqueda de Zeus y llegó a Creta, pero su hijo lo engañó y se ocultó transformándose en una serpiente y a sus dos cui-

dadoras en osos. Más tarde Zeus conmemoró el incidente colocando imágenes de los tres animales en el cielo como las constelaciones de Dragón y las Osas Mayor y Menor.[59] Algunos dicen que se lo llevaron a la isla de Naxos cuando su padre salió en su busca y fue criado allí a partir de ese momento.[60]

Había gran número de tradiciones locales en las que se afirmaba que Zeus había sido criado en la Grecia continental (especialmente en el Peloponeso) o en Asia Menor. Según la tradición arcadia, por ejemplo, Rea lo dio a luz en el monte Liceo (importante centro de culto, cf. p. 693) y tres ninfas locales, Neda, Tísoa y Hagno, lo criaron en una zona de la montaña conocida como Cretea. Neda era la ninfa del río Neda que brotaba en el Liceo y corría hacia el oeste en dirección a Mesenia. Se decía que la Tierra lo había hecho surgir a petición de Rea a fin de poder lavar al recién nacido Zeus. Las otras dos ninfas eran epónimas de manantiales de montaña.[61] Los mesenios afirman, por su parte, que los Curetes habían llevado al niño Zeus a su propio territorio donde había sido criado por Neda e Itome (el epónimo de la montaña mesenia del mismo nombre). Al dar cuenta del relato mesenio, Pausanias señala que sería imposible, incluso si se hubiese querido, enumerar todos los pueblos que insisten en afirmar que Zeus había nacido y sido criado en su tierra.[62]

Cuando Zeus se hizo adulto, volvió para enfrentarse a Crono y a los Titanes tal y como se ha contado. Tras la derrota de los Titanes, tuvo dos importantes asuntos que resolver, la división del universo conquistado entre él y sus hermanos y la búsqueda de consorte; además de sofocar varias rebeliones contra el nuevo orden divino.

Según una conocida narración relatada por Homero, pero no por Hesíodo, el primero de estos tres asuntos fue solucionado breve y amistosamente: Zeus, Poseidón y Hades, los tres hijos varones de Crono, echaron a suertes las tres principales divisiones del dominio ancestral: el cielo, el mar y el mundo subterráneo. Acordaron mantener la tierra y el alto Olimpo en común. Como resultado del reparto, Zeus ganó el amplio cielo, Poseidón el mar que sería su casa para siempre y Hades las oscuras regiones inferiores.[63] Tras descender a su dominio infernal, Hades vivió una vida apartada y tuvo poco contacto con los dioses del Olimpo.

Las amantes de Zeus y los orígenes de los dioses olímpicos

Al menos en la versión de Hesíodo, los escarceos matrimoniales de Zeus fueron un asunto enormemente complicado; puesto que, aunque Hera es la única

diosa con la que se dice que Zeus tuvo una relación marital en sentido estricto, Hesíodo presenta sus uniones con otras diosas como una serie de matrimonios previos. Como todo el mundo sabe, Zeus era un dios prodigioso en el amor que se relacionó con muchas otras grandes mujeres, mortales y divinas, y se le atribuyen numerosos hijos. En un pasaje enormemente humorístico de la *Ilíada,*[64] recita una lista de sus conquistas a su esposa cuando está a punto de hacer el amor con ella, y le dice que nunca sintió tal deseo por ninguna de las otras como siente por ella en ese momento, ni siquiera por la esposa de Ixión, o por Dánae, Europa, Sémele o Alcmena o, entre las diosas, por Deméter o Leto (y podría haber citado muchas más). Por supuesto, había buenas razones, religiosas y mitológicas para que se le haya llegado a atribuir tantas amantes e hijos. En el caso de sus hijos divinos, se pensaba que era el único padre apropiado para las grandes deidades olímpicas que no fueran sus hermanos y hermanas; y deidades menores que también contribuyeron de algún modo al establecimiento del orden divino podrían encajar como hijos suyos. En cuanto a sus aventuras amorosas con diosas, llegó a estar vinculado, evidentemente, con alguna de ellas por razones culturales y religiosas. Dado que era el dios varón del cielo es comprensible, por ejemplo, que se hubiera unido a las diosas de la tierra como Deméter y Sémele, originariamente una diosa tracia, aunque más tarde fuera clasificada como una heroína mortal (cf. p. 233). Sin embargo, una vez que se había unido con varias de dichas diosas en las leyendas de diferentes zonas, o se vinculaba con algunas de las diosas como el padre de varios hijos, los problemas surgieron tan pronto como se hicieron intentos de poner en correlación todas las diferentes leyendas (y tales intentos tuvieron lugar muy pronto). Por todo ello, se le tiene que representar o bien como polígamo, o bien como un marido infiel a su legítima reina. La primera solución era imposible puesto que los mismos griegos eran monógamos y concebían a sus dioses según sus mismas prácticas; lo segundo está más de acuerdo con sus propias ideas, ya que toleraban tales situaciones y, si surgían de ellas hijos, éstos tenían un lugar subordinado, aunque reconocido, dentro de la familia. Así se aceptó que Zeus tuviera una única esposa, Hera, pero que engendrara a muchos hijos ilegítimos, que, con algunas excepciones, adquirían un estatus divino, si sus madres eran diosas, o uno mortal, si habían nacido de madres humanas. Sin embargo, en la *Teogonía*, sus principales amantes divinas son seis esposas que él había desposado antes de su último y definitivo matrimonio con Hera; y aunque este esquema parece haber dejado poca huella en la tradición posterior, sería conveniente considerar las diferentes uniones en el orden en el que son presentadas en dicho poema.

Zeus tomó a la oceánide Metis, personificación de la sabiduría y la astucia, como primera esposa, pero ésta fue una unión peligrosa porque ella estaba destinada a tener dos hijos excepcionales: primero una hija, Atenea, que sería tan sabia y fuerte como su padre, y después un hijo que lo derrocaría como soberano de dioses y mortales. Al ser alertado de este peligro por Gea y Urano, engulló a Metis cuando quedó embarazada de su primer hijo. De este modo Atenea nació del cuerpo de su padre, ya que salió de su cabeza (cf. *infra* p. 244), y el amenazante hijo profetizado nunca fue concebido.[65] En una versión bastante diferente recogida en otro poema del corpus hesiódico (posiblemente de la *Melampodia*), Zeus estaba tan furioso porque Hera había dado a luz a Hefesto sin necesidad de la intervención de un padre (cf. p. 125) que partió para llevar a cabo una acción equivalente. Lo logró, en cierto sentido, al tener relaciones con Metis y luego tragársela, de modo que el retoño concebido por ambos nació finalmente de él.[66]

Los diferentes elementos en este mito se pueden desentrañar sin gran dificultad. La acción salvaje de engullir a Metis está evidentemente tomada del mito de la descendencia. Una vez que supo del peligro de que uno de sus hijos lo destronara (del mismo modo que él había derrocado a su propio padre), Crono se tragó a sus hijos al nacer, pero fracasó porque Zeus quedó a salvo. Dado que el ciclo de derrocamiento llega a su fin con Zeus, ¿es raro imaginar una historia en la que Zeus se entera de que un hijo suyo podría destronarlo, pero en la que se elimina el peligro con una treta similar que la que había intentado su padre? Aquí, además, Zeus devora a la futura madre del niño en vez de al propio niño. En segundo lugar, el hecho de que engullera a Metis puede entenderse como una especie de alegoría: al ingerirla, Zeus toma posesión de la sabia astucia que ella representa, que corresponde al dios supremo. Con toda probabilidad, la historia del nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus surgió en tiempos muy remotos como mito independiente, pero terminó vinculado a esta historia. Como Atenea mantiene una clara afinidad con Metis, como diosa que destaca por su sabiduría práctica (*metis*) y que preside todas las tareas manuales, y si se asume que Metis estaba embarazada de esta hija cuando fue tragada, se puede explicar cómo el mismo Zeus pudo quedarse «embarazado» de Atenea.

Después de devorar a su primera esposa, Zeus desposó a la titán Themis, que representa otro aspecto de su soberanía como personificación de la ley y el orden. Ella le dio dos grupos de hijos que contribuyeron en sus diferentes modos

al ordenamiento del mundo, las Horas (las Estaciones, cf. *infra* p. 279) y las Moiras, que ya han aparecido como hijas de la Noche junto con otros poderes siniestros (cf. p. 60) pero que son reclasificadas ahora en la medida en la que asignan el bien y el mal a los mortales según la autoridad de Zeus.[67]

Un fragmento de Píndaro describe a Themis como la primera mujer de Zeus. Cuenta que las Moiras la condujeron hasta el Olimpo para convertirla en esposa de Zeus y que éste engendró con ella a las Horas. En esta versión, queda claro que las Moiras no son sus hijas.[68] Normalmente se la presenta como acompañante de Zeus y no como consorte, una consejera que le advierte de no cortejar a Tetis (cf. p. 93) y lo ayuda en la planificación del comienzo de la guerra de Troya en una antigua versión de la narración. En uno de los últimos *Himnos homéricos*, ella se sienta junto a él como confidente y se inclina hacia él para escuchar sus revelaciones.[69] Está dotada de poderes proféticos como su madre Gea, a quien en ocasiones se dice que sucedió como deidad presidente en Delfos antes de la llegada de Apolo.[70] Los relatos épicos homéricos le atribuyen un papel especial como divinidad que preside las reuniones de dioses y mortales.[71]

La tercera esposa de Zeus, Eurínome, era una oceánide igual que la primera. Le dio un único grupo de hijas, las Cárites o Gracias (cf. *infra* p. 278).[72] Bastante más importante fue su unión con la diosa del cereal Deméter, que dio lugar al nacimiento de Core (la Doncella), conocida también como Perséfone (cf. pp. 181 y ss.).[73] Su siguiente consorte, tras Deméter, fue la titán Mnemósine, personificación de la Memoria, que le dio un grupo de nueve hijas, las Musas, de las que se hablará en el capítulo VI (cf. p. 273).[74] Dado que las Musas fueron originariamente diosas de la música y de la poesía, Mnemósine era la madre lógica para ellas, no sólo porque la poesía preserva la memoria del pasado sino también porque el mismo poeta tenía que confiar especialmente en la memoria antes de la invención de la escritura. La sexta y última de estas esposas preliminares de Zeus, fue su prima Leto, hija de los titanes Ceo y Febe. Con ella engendró a dos de los grandes dioses del Olimpo, Ártemis y Apolo.[75] Dado que las versiones posteriores del nacimiento de éstos presentan a su madre como víctima de los celos de Hera (cf. p. 253), se asumía comúnmente que Zeus ya estaba casado con Hera cuando fueron concebidos. Los gemelos divinos nacieron en la isla sagrada de Delos.

Como séptima y última esposa en la versión de Hesíodo, o como su única esposa en la tradición habitual, Zeus se casó con su hermana Hera.[76] De manera

bastante directa, en la *Ilíada* se indica que ella fue su primera elección y no la última, e incluso en un pasaje se deja ver que la pareja había tenido relaciones por primera vez antes del destierro de Crono.[77] Como gran diosa de Argos desde tiempo inmemorial, Hera era la más augusta de todas las diosas griegas, y es por tanto comprensible que acabara unida a Zeus como su legítima esposa, aunque en origen estuviera vinculada a él. En cuestiones de culto, de hecho, ella se mantuvo durante largo tiempo independiente de Zeus. Fue en un principio la diosa del matrimonio y de las mujeres casadas. Su naturaleza, funciones y mitos serán examinados en el capítulo IV.

Hera tuvo tres hijos con Zeus, fruto de su matrimonio, llamados Hebe, Ares e Ilitía. En paralelo al nacimiento de Atenea, salida de la cabeza de Zeus, dio a luz a Hefesto, hijo únicamente de ella, no fruto de una relación sexual.[78] Tal es la versión al menos en la *Teogonía*, aunque en otras fuentes, incluida la épica homérica, Hefesto normalmente es un hijo más de Zeus y Hera.[79] El carácter y mitos de este dios del fuego y la forja se considerarán en el capítulo V, al igual que los de su sanguinario hermano o hermanastro, Ares, el dios de la guerra. Hebe e Ilitía, dos deidades relativamente menores, son hijas adecuadas para una diosa que estaba íntimamente asociada con la vida de las mujeres. Representan respectivamente la diosa que personifica el florecimiento de la juventud, y la diosa del nacimiento de los hijos. Ambas diosas aparecen en el culto, aunque de manera muy limitada en el caso de Hebe, pero ninguna de ellas tiene un papel principal en el mito. Sólo se ha recopilado una única historia destacable de Hebe, en concreto la que cuenta su boda con Heracles, después de que él fuera elevado al Olimpo como dios, compartiendo así la juventud eterna de los inmortales (cf. p. 376). Por otro lado, estuvo dispuesta a realizar trabajos menores para sus compañeros del Olimpo, como el de copera,[80] y según un relato de Eurípides, una vez ella rejuveneció a Yolao, sobrino de Heracles, a fin de permitirle matar a un odiado enemigo de su familia (cf. p. 378). Aunque se presenta muchas veces a Ilitía como diosa propiciadora del parto, sus apariciones más significativas en el mito son dos historias en las que Hera pretende dificultar el nacimiento de hijos ilegítimos de Zeus, ya que se ha dicho que Hera detuvo a Ilitía en el Olimpo cuando Leto iba a dar a luz a Apolo y Ártemis (cf. pp. 253-254) y que dio órdenes a ella o a las Ilitías de retrasar el nacimiento de Heracles (cf. p. 327).

En Olimpia, en la región de Élide, Ilitía era honrada junto con un niño divino llamado Sosípolis. El origen de este culto se explicaba por la siguiente leyenda. En cierta ocasión, hace mucho tiempo, cuando los habitantes de la Élide esperaban

un ataque del ejército invasor arcadio, una mujer del pueblo se aproximó a los comandantes acompañada por un niño. Les dijo que era su propio hijo y que un sueño le había ordenado entregarlo a la lucha en defensa de la Élide. Tomándola la palabra, las autoridades lo dejaron desnudo en la vanguardia del ejército y cuando los arcadios avanzaron, se convirtió en una serpiente que causó entre ellos tal alarma que dieron la vuelta y huyeron. Tras su victoria, los habitantes de la Élide construyeron un templo para el niño en el lugar donde pensaban que la serpiente había desaparecido bajo la tierra. Llamaron al nuevo dios niño Sosípolis (Salvador de la ciudad) y decidieron venerar a Ilitía junto con él, porque «lo había traído al mundo» (razón poco convincente a todas luces).[81] Apenas hay duda de que Ilitía, con su nombre no griego y de origen cretense, aparezca aquí como madre divina de un niño divino, a la manera del modelo cretense.

Homero y autores posteriores se refieren en algunas ocasiones a Ilitía en plural.[82] El nombre Ilitía se le da también como título a Hera y Ártemis, dos diosas principales vinculadas con el nacimiento de los niños. Los romanos equiparaban a Ilitía con Lucina o Juno Lucina, su diosa del nacimiento.

Hay una consorte de Zeus, posiblemente la más anciana de todas, que no se encuentra en la lista de Hesíodo, llamada Dione. Aunque aparece dos veces en la *Teogonía*, primero entre las deidades de advocación en los cantos procesionales de las Musas (lo cual podría implicar que ella era una diosa de cierta eminencia), y luego entre las hijas de Océano,[83] no se sugiere en ningún lugar que tenga una vinculación especial con Zeus. Sin embargo, Homero se refiere a ella como la madre de Afrodita, que en sus poemas, sin ninguna duda, es hija de Zeus, y por tanto, tuvo que haber sabido de la unión entre Zeus y Dione. Ella anima y consuela a Afrodita en la *Ilíada* cuando llega al Olimpo después de que Diomedes la hiera en la batalla (cf. p. 596).[84] Hay varias indicaciones que sugieren que alguna vez tuvo más importancia de la que cabe pensar a partir de las escasas menciones que se hace de ella en las obras de los principales poetas. El *Himno homérico a Apolo* la incluye, por ejemplo, entre las primeras diosas que atendieron el parto de Leto,[85] y es ya significativo que su nombre parezca ser el equivalente femenino del de Zeus (cuyo genitivo es *Dios*). En época clásica, era una diosa principal sólo en Dodona (Epiro), lugar del antiguo oráculo de Zeus, donde se la veneraba como esposa de Zeus *Naios* (del agua que fluye).[86] Ferécides describe a Dione como una ninfa originaria de Dodona, por razones comprensibles, mientras que Apolodoro la convierte en una figura mucho más importante al incluirla junto a los Titanes.[87] La versión de Hesíodo sobre el origen de Afrodita (cf. p. 110) suplantó en gran medida el relato de la *Ilíada* que la

hacía hija de Dione. Esta relación nunca se ha reflejado en el culto, aunque poetas de tradiciones posteriores algunas veces se refieran a Afrodita como *Dionaie* (hija de Dione) o incluso la llamen Dione.

En este punto, puede ser útil hacer una relación de los orígenes de los principales dioses del Olimpo. Tal como se señaló anteriormente, éstos eran tanto hermanos de Zeus como sus hijos, con la posible excepción de Afrodita, en caso de que hubiera nacido de la espuma del mar que rodeaba los genitales seccionados de Urano (como figura en la versión de Hesíodo cf. p. 110) y Hefesto, si se considera que era hijo sólo de Hera. Dejando aparte a Afrodita, por ahora, los principales dioses olímpicos pueden dividirse en tres grupos. Aquellos que pertenecían a la primera generación como hijos de Crono y Rea eran Zeus, Hera, Poseidón y Hestia. Aunque Hades también pertenecía a esta generación, vivía muy lejos del Olimpo en su reino subterráneo. Cuatro dioses principales nacieron como hijos de Zeus en la siguiente generación, éstos son Atenea, que nació de su cabeza, Apolo y Ártemis, sus dos hijos con Leto, y Ares, hijo de Zeus y Hera. Hefesto también pertenece a esta generación, tanto si era hijo de Zeus y Hera, como si lo era sólo de Hera. Finalmente, durante la edad heroica, Zeus engendró a Dioniso y Hermes de dos mujeres mortales, Sémele, hija de Cadmo, y Maya, hija de Atlas, respectivamente. En cuanto a Afrodita, ella fue la primogénita de los dioses olímpicos en caso de haber nacido en la forma anteriormente descrita, tal como normalmente se asume. También puede pertenecer a la segunda generación en caso de ser la hija de Zeus y Dione como en la versión homérica. Las genealogías de los dioses olímpicos están resumidas en la Tabla 1.

Desde el período clásico en adelante, comúnmente se creía que había doce dioses principales, una idea que se derivó de consideraciones de culto, más que puramente mitológicas. El culto a los Doce Dioses surgió en Asia Menor durante el período arcaico y se estableció de forma permanente en la Grecia continental durante el siglo V a.C. Píndaro hace mención del culto de los Doce Dioses en Olimpia, donde se los veneraba en seis altares. Tanto Heródoto como Tucídides dan testimonio de la existencia de un altar erigido por el joven Pisístrato en su honor en el ágora ateniense.[88] La lista canónica de los Doce, tal como se estableció en Atenas y fue posteriormente transmitida a Roma es la siguiente: Zeus, Hera, Poseidón, Deméter, Apolo, Ártemis, Ares, Afrodita, Hermes, Atenea, Hefesto y Hestia.[89] Debe mencionarse que Hestia, que disfrutó de cierta preferencia en el culto, pero que no es importante para el mito (cf. p. 197), está incluida en la lista mientras que Dioniso está ausente. Sin embargo todos los que aparecen nombrados son, de todos modos, las deidades a las que cabe conside-

rar las principales del Olimpo desde un punto de vista mitológico. Otros dioses terminaron incluidos en el grupo de los Doce en otros lugares de culto. Éstos son los dioses venerados, por ejemplo, en los seis altares de Olimpia: Zeus Olímpico, Poseidón, Hera, Atenea, Hermes, Apolo, las Gracias, Dioniso, Alfeo (el dios-río de la región, cf. p. 80), Crono y Rea.[90]

Los grandes dioses de los griegos eran completamente antropomórficos, por más que algunas divinidades menores y espíritus de la naturaleza tuvieran características animales (así como algunos monstruos de pies a cabeza que se incluyen en las genealogías divinas, en su mayoría descendientes de Ponto). Al igual que sus contrapartidas en el Oriente Próximo, con la excepción de Egipto, se los imaginaban como seres humanos magníficos en su apariencia exterior y comparables a los humanos en emociones y deseos, así como en su configuración familiar y su vida social. Sin embargo, diferían de los mortales principalmente en dos aspectos: sus cuerpos eran inmortales y sin edad (aunque no inmunes al daño temporal), y disfrutaban de una forma de existencia corpórea que imponía muchísimas menos limitaciones que la nuestra. Nacían como resultado de la relación sexual y tenían que crecer (incluso aunque a veces fueran maravillosamente precoces, cf. pp. 203-223), pero su desarrollo y crecimiento se frenaba en cuanto alcanzaban la madurez. Algunos eran como jóvenes en apariencia, otros más maduros y majestuosos. La imagen de un dios no era siempre fija. Dioniso se hizo más joven según evolucionó la tradición, y un dios menor, Eros, incluso volvió a la infancia. Aunque necesitaban comida para dar sustento a sus cuerpos, se alimentaban con un manjar divino especial, néctar y ambrosía, que podría representarse como miel e hidromiel, respectivamente. Un fluido divino, el icor, corría por sus venas en vez de la vulgar sangre humana y eran inmunes a la decadencia propia de la edad. Homero relata este aspecto de su psicología en relación con una herida recibida por Afrodita, que hizo que saliera al exterior «la inmortal sangre de la diosa, el icor, que es lo que fluye por dentro de los felices dioses; pues no comen pan ni beben rutilante vino, y por eso no tienen sangre y se llaman inmortales».[91] Ya que eran inmortales, no podía concebirse que murieran si se les privaba de su alimento. Según Hesíodo, un dios podría caer en coma si se le privaba de ello durante un año tras romper su solemne juramento (cf. p. 89) y así perdía su vitalidad y fuerza para hablar. Tampoco podían morir por heridas recibidas en luchas o batallas, pero podían sentir dolor y beneficiarse de la atención de un sanador (como hace Ares en una ocasión en la *Ilíada*) o podían presentarse insensibles al dolor. De modo más general, sus poderes, aunque finitos y corpóreos, estaban mucho menos limitados que los de los mortales: podían

trasladarse a una inmensa distancia en muy poco tiempo, se transformaban a voluntad y alteraban la apariencia de personas u objetos, veían cosas desde muy lejos, escuchaban en el cielo plegarias dichas en la tierra e incluso ayudaban o perjudicaban sin estar realmente presentes.

La rebelión de Tifón

Tras obtener el poder en su revuelta contra Crono, Zeus tuvo que reprimir algunos levantamientos contra su propia soberanía. Dado que era mucho más fuerte que otros dioses del Olimpo, las amenazas eran suficientes para evitar que se opusieran a su voluntad y, por supuesto, a su ley. En un pasaje confuso de la *Ilíada*, se jacta de que si todos los otros dioses y diosas agarraran un cabo de una cuerda dorada y él el otro, todos ellos serían incapaces de expulsarle del Olimpo, mientras que él, si se pusiera a ello, podría izarlos a todos junto con la tierra y el mar; luego ataría la cuerda alrededor de la cima del Olimpo, dejando todo suspendido por los aires.[92] Sin embargo, Homero relata que Hera, Atenea y Poseidón una vez planearon destronar a Zeus y atarlo, pero sus planes quedaron desbaratados gracias a la rápida acción de Tetis, que convocó al centimano Briareo (cf. p. 109) y lo hizo salir del mar para que los intimidara.[93] No es posible afirmar si el poeta extrajo esta historia de la tradición anterior o sencillamente la inventó. Puesto que las divinidades en cuestión fueron ardientes defensoras de la causa de los griegos en la guerra de Troya, y a menudo, en la *Ilíada*, chocan con Zeus a causa de ello, es ciertamente posible que haya existido un relato antiguo en el que intentaran hacer prevalecer su voluntad sobre Zeus en algún momento del conflicto. Sin embargo, generalmente se acepta que todas las rebeliones graves contra Zeus vinieron desde el exterior del mundo olímpico, y se dirigieron contra el dominio del Olimpo en conjunto. En primer lugar, Gea trajo al mundo seres de tamaño y fuerza enorme en dos ocasiones sucesivas, el monstruoso Tifón y la raza de los Gigantes para que hicieran la guerra contra Zeus y los nuevos dioses gobernantes. Posteriormente, los Alóadas, unos hijos gigantes de Poseidón organizaron una rebelión para asaltar el Olimpo.

El mito de Tifón tuvo con casi toda certeza un origen anterior al de la guerra entre los dioses y los Gigantes, no mencionada en la *Teogonía* de Hesíodo. Tifón (o Tifeo) fue el más terrible de estos adversarios de Zeus, ya que era tan inmensamente fuerte que pudo amenazar el poder divino por sí solo. Según Hesíodo (que utiliza las dos formas de su nombre), Gea lo engendró de Tártaro como

el último de sus hijos primigenios, y fue un monstruo tan formidable que bien podía haber vencido si Zeus no hubiera respondido rápidamente a la amenaza.

> Sus manos realizaban obras de fuerza e incansables eran los pies del valeroso dios. De sus hombros nacían cien cabezas de serpiente, dragón terrible, aguijoneando con sus oscuras lenguas. De los ojos existentes en sus inefables cabezas, bajo las cejas, resplandecía el fuego. De todas sus cabezas brotaba el fuego cuando miraban. En todas ellas había voces que lanzaban un variado rumor indecible; unas veces, en efecto, emitían articulaciones, como para entenderse con los dioses; otras, sonidos como potentes mugidos de un toro fuerte y arrogante; otras, de un león de despiadado ánimo; otras semejantes a perritos, admirables de oír, y otras silbaba y las enormes montañas le hacían eco.[94]

Aunque sea elocuente en sus formas, esta primera descripción de Tifón no es completa ni precisa. En el siguiente retrato literario, en un resumen en prosa de un poema de Nicandro (siglo II a.C.), tiene armas mucho más importantes, además de sus muchas cabezas, y está dotado también de alas y enormes colas de dragón que salen de sus muslos.[95] Las alas pueden encontrarse desde épocas anteriores en dibujos de vasos, que por lo general representan a Tifón como un ser compuesto por una cabeza y torso humanos junto con una parte inferior formada por dos o más colas de serpiente. Puesto que las serpientes son seres ctónicos que emergen de las grietas en el suelo, se concebía a menudo a los hombres o monstruos nacidos de la tierra con cola de serpiente (como en el caso de Cécrope, cf. p. 476, o los Gigantes en los retratos posteriores). En la descripción de Tifón que hace Apolodoro, completa y memorable aunque farragosa en algunos pasajes, parece que hay cierta confusión entre estas colas de serpiente, tal como se encuentra en imágenes artísticas, y las cabezas de serpiente que surgen de los hombros de Tifón en la *Teogonía*; ya que se señala que salían cien cabezas de dragón de sus hombros, que las colas de serpiente que surgían bajo sus muslos llegaban hasta su cabeza cuando estaban totalmente extendidas y que emitía silbidos violentos. Era de unas dimensiones tan monstruosas (tal como afirma el mitógrafo) que se elevaba por encima de cualquier montaña y podría alcanzar tanto el este como el oeste con sus brazos extendidos. Tenía alas por todo su cuerpo; el pelo, horrible, salía de su cabeza y mejillas y el fuego salía despedido de sus ojos.[96]

En la antigua versión de Hesíodo, el asunto se dirime en un combate singular entre Zeus y Tifón. Zeus, en todo su poder, lo ataca disparándole podero-

samente con su rayo, mientras Tifón lanza sus llamas, hasta que la tierra, el mar y el cielo empiezan a bullir y el mundo a convulsionarse, haciendo que incluso Hades tiemble en las tierras subterráneas de los muertos, y también los Titanes, más abajo, en el Tártaro. Zeus sale del Olimpo, tras estos intercambios iniciales de disparos, golpea a Tifón y quema sus muchas cabezas, forzándolo a caer en tierra como un deshecho mutilado e indefenso. Completa su victoria arrojándolo al Tártaro.[97] Nada queda de él en el mundo superior aparte de su progenie, concretamente los hijos tenidos con Equidna (cf. p. 104) y los violentos y dañinos vientos que traían peligro a los marineros y daños a las cosechas.[98] Estos vientos nocivos nacidos de Tifón se distinguen de los vientos divinos y beneficiosos creados por Eos (cf. p. 88). Hesíodo no explica por qué Gea, que en otros casos tenía una buena disposición hacia Zeus, pudo desear dar a luz a este monstruo tan amenazador, ni afirma que hiciera eso con intención hostil. Según Apolodoro, Gea engendra a los Gigantes en primer lugar encolerizada por el destino de los Titanes y da a luz a Tifón como amenaza posterior para los dioses una vez que éstos vencen a los Gigantes (cf. *infra* p. 138).[99]

El *Himno homérico a Apolo* ofrece una versión diferente del origen de Tifón en la que se dice que Hera lo concibió como hijo sin padre, porque estaba furiosa de que su marido pudiera haber dado a luz a Atenea sin su participación. En su furia, golpeó el suelo con su mano y rogó a la tierra, al cielo y a los Titanes tener un hijo por ella misma que pudiera ser mucho más fuerte que Zeus, del mismo modo que Zeus era más fuerte que Crono. En su momento, dio a luz a Tifón, un ser que no se parecía ni a los dioses ni a los hombres mortales y lo confió a la serpiente de Delfos para que lo criara. El poeta narra muy poco acerca de la vida posterior del monstruo y únicamente en un par de ocasiones observa que era un peligro para los mortales.[100] Según un relato extraño rescatado de los escolios homéricos, Gea se quejó ante Hera por la matanza de los Gigantes, y ésta le sugirió que se acercara a Crono, que le dio dos huevos untados con su propio semen y le dijo que los enterrara en la tierra; que generarían un ser que privaría a Zeus de su poder. Hera los enterró tal como le indicó, en Cilicia, en Asia Menor, y el monstruoso Tifón nació de ellos; pero después lo pensó mejor e informó a Zeus, que atacó a Tifón con un rayo.[101]

En relatos posteriores a Hesíodo sobre la carrera de Tifón, principalmente en los procedentes del Este, se introducen nuevos elementos en la historia. Ya que Apolodoro proporciona una versión compuesta que incluye la mayor parte

de estos nuevos elementos, será conveniente resumir su historia antes de considerar ciertos detalles de modo más pormenorizado. Cuando Tifón emprendió un ataque contra el mismo cielo arrojando rocas en llamas y emitiendo temibles silbidos y chillidos, los dioses se aterrorizaron tanto que huyeron a Egipto, donde se escondieron transformándose en diversos animales, por lo que Zeus se vio forzado a enfrentarse a Tifón solo, acribillándolo primero con sus rayos desde cierta distancia y después golpeándolo con una hoz adamantina (*harpe*). Tras perseguir al monstruo herido hasta el monte Casio en Siria, luchó cuerpo a cuerpo contra él pero Tifón envolvió a Zeus en sus colas, agarró su hoz y la usó para cortar los tendones de sus manos y pies. Luego lo llevó a través de los mares hasta Cilicia y allí lo depositó en una cueva (la cueva Coricia), y escondió los tendones cortados dentro de una piel de oso; y escogió a otro monstruo como su guardián: al dragón hembra Delfine, que tenía medio cuerpo con forma de serpiente y la otra mitad era una hermosa doncella. Sin embargo, Hermes y Egipán (Pan cabra) consiguieron robar los tendones, y se los colocaron y ajustaron de nuevo a Zeus, que pronto recuperó su vigor y volvió a la batalla. Según descendía del cielo en un carro, arrojaba rayos a Tifón y lo persiguió hasta el monte Nisa (de ubicación incierta cf. p. 234) donde las Moiras (Hades) lo engañaron haciendo que comiera las «frutas efímeras» (por otro lado desconocidas), que le sustrajeron parte de su fuerza. Siguió la persecución hasta Hemo, una cadena montañosa en Tracia (la actual Bulgaria), y Tifón aún era lo suficientemente fuerte como para arrojar montañas enteras a Zeus, pero éste se las devolvió por medio de un rayo, haciéndole derramar tanta sangre (*haima*) que la cordillera bajo él fue conocida como Hemo desde ese momento. Después huyó al extranjero, a Sicilia, donde Zeus completó su victoria enterrándolo bajo el Etna.[102]

El relato ignominioso de la huida y transformación de los dioses tenía un origen más primitivo de lo que se podría suponer dado que Píndaro ya lo había recogido en una de sus odas procesionales.[103] Se basa en un mito egipcio en el que se decía que el dios Seth y sus seguidores se habían transformado en animales cuando los persiguió Horus. Puesto que los griegos identificaban a Tifón con Seth y no con el perseguidor Horus y no tenían ningún interés en la significación original de las transformaciones, el mito se vio enormemente alterado cuando lo adaptaron a sus propios fines, ya que proporcionaba una explicación mítica a la naturaleza teriomórfica de los dioses egipcios. En la versión más antigua que ha llegado a nosotros, atribuida a Nicandro, todos los dioses huyeron presa del pánico excepto Zeus, y se convirtieron en animales a su lle-

gada a Egipto: Apolo en un halcón, Hermes en un ibis, Ártemis en un gato, Hefesto en un buey y así el resto.[104] El esquema básico es bastante claro: los dioses griegos se identifican con dioses egipcios concretos según la tradición aceptada, y se dice que adoptaron la forma animal asociada con ese dios egipcio. Si el animal en cuestión tiene alguna relación con el correspondiente dios griego en el mito o culto nativo, mucho mejor, aunque eso no sea lo esencial. De este modo Apolo, por ejemplo, al que se le compara con un halcón en la *Ilíada* y en otros lugares,[105] se convierte en halcón en este mito, puesto que fue identificado con el dios egipcio Horus,[106] representado por un halcón o por su cabeza. Ovidio niega este aspecto en su versión posterior y afirma que Apolo se convirtió en un cuervo, el pájaro que más se aproxima a él en el mito griego.[107]

Se añadió un detalle posterior a la historia en la mitología astral a fin de dar una explicación mítica al origen de Capricornio, una constelación que representa un «pez-cabra», un monstruo mesopotámico que no tiene equivalencia en el mito griego. Tras la huida a Egipto junto con los otros dioses, Pan, el de los pies de cabra, se arrojó al Nilo; sus cuartos traseros se convirtieron en la cola de un pez y los delanteros en los de cabra. Zeus estaba tan admirado con su ingenioso disfraz que colocó una imagen del pez cabra resultante entre las estrellas.[108]

Aunque el relato de Apolodoro lleva a Tifón además a otras zonas, este autor estaba más vinculado con Asia Menor, especialmente con la provincia sudoriental de Cilicia, que posiblemente habría sido su patria original. En una breve referencia en la *Ilíada*, Homero menciona que permanecía en la tierra de los árimos (*ein Arímois*, expresión que también fue interpretada en relación con unas montañas llamadas las Arima),[109] y Hesíodo afirma que Equidna, monstruo que dio hijos a Tifón (cf. p. 104) vivió en una cueva bajo la tierra *ein Arímoisin*.[110] La mayor parte de los estudiosos de las épocas helenísticas y posteriores creían que los árimos eran un pueblo que vivía en algún lugar de Asia Menor,[111] pero incluso en el caso de que hubiera sido cierto, como así parece, sus ideas en principio se habían basado más en conjeturas que en la evidencia directa de la tradición anterior. En cualquier caso, parece que quedó firmemente establecido en tiempo de Píndaro que Cilicia era la patria de Tifón, puesto que el poeta se refiere a él como «Tifón cilicio» y señala que se crio en la «célebre cueva cilicia» que desempeña un importante papel en el relato de Apolodoro.[112] La historia de Apolodoro acerca de los tendones robados seguramente fue tomada de la mitología de Oriente Próximo. Se ha observado que hay un paralelo entre

el cuento hitita de la lucha entre el dios de la tormenta y el dragón Illuyanka. En ese mito, el dios de la tormenta, fue en un principio vencido por Illuyanka, que le robó su corazón y sus ojos. Pero engendró un hijo que se casó con la hija del dragón y recuperó el corazón y los ojos robados con la ayuda de su esposa. Cuando el dios de la tormenta recuperó su condición original, salió contra el dragón por segunda vez y lo mató.[113]

La relación entre Tifón y el Etna fue bastante temprana aunque no formó parte de su leyenda desde el principio. Píndaro y el *Prometeo encadenado* ya mencionan que está enterrado bajo el volcán y es él quien origina sus erupciones al exhalar llamaradas.[114] Apolodoro es el único que relaciona las erupciones con los rayos que arrojó contra él Zeus. Según una tradición alternativa recogida por primera vez por Ferécides, Zeus enterró a Tifón bajo la isla de Pitecusas (Isquia, frente a Nápoles, en la que hay fuentes de agua caliente y un volcán que en la Antigüedad estaba todavía activo).[115] También se ofrecieron otras explicaciones míticas para justificar las llamas y el humo del Etna, puesto que algunos afirmaban que el gigante Encélado había sido enterrado allí (cf. p. 134) o que la forja de Hefesto estaba situada allí dentro (cf. p. 228).

La rebelión de los Gigantes

La otra revuelta más importante contra Zeus y el orden olímpico fue emprendida por los Gigantes, que fueron vencidos por los dioses con la ayuda de Heracles en el poderoso conflicto conocido como la Gigantomaquia. Los Gigantes habían nacido de la tierra, tal como implica su nombre griego. Según la *Teogonía*, Gea los concibió en los tiempos más remotos a partir de las gotas de sangre que manaron de los genitales cortados de Urano y cayeron en la tierra.[116] Hesíodo los describe como guerreros poderosos que vestían armaduras brillantes y portaban largas lanzas en la mano, una versión que se corresponde con su imagen más conocida en las obras de arte arcaicas. No está claro si el poeta quiso sugerir que surgieron de la tierra totalmente armados (como los espartanos en Tebas, cf. p. 389). Claudiano, un poeta romano del siglo IV d.C., es el primer autor que afirma esto de forma explícita.[117] Incluso aunque los Gigantes aparecen como seres hechos para la guerra, no hay indicación en la *Teogonía* de que se hubieran rebelado en algún momento contra los dioses (excepto quizá en una sección del poema posiblemente añadida en época posterior a Hesíodo, y que parece referirse a la contribución que, al parecer, hizo Heracles para ayudar a

derrotar a los Gigantes).[118] De hecho, no hay una referencia concreta a la rebelión hasta que aparecen las primeras representaciones artísticas en la segunda mitad del siglo VI a.C.

Homero menciona a los Gigantes en tres ocasiones dentro de la *Odisea*. Los Lestrígones, adversarios de Odiseo en los mares remotos que parecen haber sido muy grandes y con seguridad muy violentos (cf. p. 637), son «no como hombres sino como Gigantes». En otro pasaje, «las tribus salvajes de los Gigantes» son agrupadas junto con los feacios y los Cíclopes como seres semejantes a los dioses. En tercer lugar, se nos dice que cierto Eurimedonte una vez gobernó a los imponentes Gigantes, pero dio lugar a la destrucción de sí mismo y su pueblo (en circunstancias no aclaradas).[119] No hay razón para suponer que esta última historia tenga algo que ver con una rebelión contra los dioses. Tampoco podemos concluir que estos Gigantes, que parece que vivieron en un lugar remoto sobre el mar, no fueran necesariamente los mismos que los de Hesíodo (como así ocurría en el caso de los Cíclopes cf. p. 108). Según un relato atribuido al poeta helenístico Euforión, Hera fue violada por el gigante Eurimedonte mientras ésta todavía vivía junto a sus padres y, fruto de ello, nació Prometeo. Cuando Zeus se enteró de esto, tras la boda, arrojó a Eurimedonte a la profundidad del Tártaro y ordenó que Prometeo fuera encadenado, utilizando como pretexto el robo del fuego.[120] La confusa referencia a Erimedonte de la *Odisea* tiene que haber inspirado la invención de este mito revisionista.

Parece probable que los principales aspectos de la historia de la rebelión de los Gigantes se hayan establecido en un relato épico primitivo ampliamente conocido durante el siglo VI a.C. y que llegaran a ser aceptados como canónicos. De otro modo sería difícil de explicar la riqueza y coherencia de los restos artísticos de los siglos VI y V. La popularidad de la historia en este período está también indicada en una anotación reprobatoria de Jenófanes (nacido aproximadamente en 570 a.C.), quien afirma que la Gigantomaquia y la Titanomaquia son temas violentos que es mejor evitar en los recitales de banquetes.[121] Las primeras alusiones literarias no revelan más que el contenido de la leyenda, aparte de la ubicación de la batalla, y su aspecto más sorprendente: el hecho de que los dioses tuvieran que pedir la ayuda de Heracles (durante su juventud, cuando no era más que un héroe mortal). Píndaro recoge que hizo caer a los Gigantes con sus flechas, incluido su rey, Porfirión, cuando se enfrentaron a los dioses en la llanura de Flegras. Asimismo, el *Catálogo* atribuido a Hesíodo da cuenta de que llevó a la destrucción a los Gigantes en Flegras a su vuelta de la cam-

paña contra Troya.[122] En los mapas del Egeo, la característica más llamativa de la costa norte es la Calcídica con sus tres «dientes», las penínsulas de Palene, Sitonia y Atos. Flegra o Flegras, tradicionalmente considerado como país de los Gigantes, se identificaba normalmente con la península más occidental, Palene (aunque también se pensaba que la península adyacente de Sitonia y otras zonas del interior de la Calcídica formaban parte de él). Aunque se cree que en el relato original los Gigantes se enfrentaron a los dioses en su tierra natal de Flegras, se desarrollaron versiones en las que la batalla pasó a territorio enemigo cuando intentaron asaltar el Olimpo. Se dice que algunos duelos específicos se extendieron hasta tierras extranjeras, como veremos, hasta el sur del Egeo y Sicilia. Algunas versiones helenísticas y otras posteriores trasladan todo el conflicto a otras regiones, como Arcadia o en la llanura de Flegras (Llameante), cerca del monte Vesubio en Italia.[123]

Apolodoro es el primer autor conservado que da cuenta de la progresión del conflicto. Si los motivos individuales de su narración contrastan con las primeras muestras artísticas y literarias, pronto se hace evidente que se trata de una versión compuesta, elaborada principalmente a partir de material arcaico pero también de historias (o variantes) de la tradición posterior. La implicación de Heracles es, sin duda, un elemento antiguo. Los dioses sabían por un oráculo que no podían matar a ninguno de los Gigantes a menos que un mortal estuviera en sus filas. De ese modo, Atenea pidió ayuda al más grande de los héroes mortales, Heracles, que en ese momento se encontraba en la isla de Cos, tras haber sido arrastrado por una tormenta cuando volvía de Troya (cf. p. 364). Gea supo también de ese oráculo e intentó burlarlo a través de una hierba que evitaría que sus hijos murieran con el concurso de este ayudante mortal. Pero Zeus desbarató su plan al ordenar a Aurora, el Sol y la Luna que no brillaran hasta que él mismo hubiera cogido la hierba. En ese momento, la suerte de los Gigantes quedó echada.[124] Este tema del ayudante necesario y de que los dioses (o reyes) dependan de un inferior para lograr sus victorias se puede encontrar en los mitos y el folclore de muchos países. Ya hemos visto que Zeus tuvo que confiar en los Centimanos para vencer a los Titanes. En una versión alternativa de origen helenístico, los dioses tuvieron que buscar la ayuda de dos «semidioses» y convocaron a Heracles y a Dioniso,[125] ambos engendrados por Zeus con madres mortales (y pudo entonces afirmarse que ganaron su estatus divino gracias a sus servicios a los dioses).

El Gigante más peligroso era Porfirión (ya mencionado en Píndaro y Aristófanes),[126] y también Alcioneo, que era inmortal mientras luchara en su tierra

de origen. En el relato de Apolodoro, Alcioneo es la primera víctima de Heracles, que lo mata sin ayuda divina al comienzo de la batalla. Ya que el gigante recuperaba su fuerza cada vez que caía al suelo de su Palene natal atravesado por las flechas del héroe, Heracles lo arrastró más allá de las fronteras de su territorio por consejo de Atenea, y allí le dio muerte.[127]

Había una tradición que afirmaba que Alcioneo provocó todo el conflicto al haber robado el ganado del dios del sol, Helios.[128] El encuentro de Heracles con él se presenta en ocasiones como un incidente separado que no tiene nada que ver con la Gigantomaquia. Según Píndaro, Alcioneo se enfrentó con Heracles en Flegras cuando el héroe volvía de su campaña troyana con Telamón y otros aliados. Heracles lo hizo caer con sus disparos, aunque no antes de que él hubiera arrojado una enorme roca que aplastó doce carros. Puesto que el episodio se sitúa en la tierra natal de los Gigantes y se asocia, como es normal, con la expedición de Heracles a Troya, ésta es posiblemente una versión secundaria en la que el incidente se separó del conflicto general. Píndaro describe a Alcioneo como un pastor enorme como una montaña, sin especificar que era un *Gigas*.[129] Los escolios del pasaje recogen otra versión en la que Alcioneo ataca a Heracles y sus compañeros en el Istmo de Corinto, cuando el héroe llevaba el ganado de Gerión a Argos.[130] En una tradición que se conoce por la pintura en vasos, Heracles sorprende a Alcioneo mientras éste duerme en el suelo, y se arrastra por su cuerpo con su maza o su espada en la mano.

Debemos ahora llevar la historia a su final tal y como se cuenta en la versión de Apolodoro. Tras la muerte de Alcioneo, Porfirión lanzó un ataque contra Heracles y Hera, pero Zeus lo distrajo inspirándole un deseo concupiscente por Hera y luego lo golpeó con un rayo mientras rasgaba las vestiduras de la diosa. Aunque esto podría haber bastado para matar al gigante en circunstancias normales, Heracles, en su papel como asistente especial de los dioses, acabó con él mediante una de sus flechas. De este mismo modo, en los enfrentamientos siguientes los dioses hacen caer de distintas formas a los Gigantes y dejan para las flechas de Heracles el golpe de gracia. Puesto que Apolo era tan buen arquero como Heracles, ambos atacan al gigante Efialtes: Apolo le dispara al ojo izquierdo y Heracles al derecho. Dioniso y Hécate utilizan sus atributos de culto, el tirso y las antorchas encendidas respectivamente, contra otros dos gigantes, Éurito y Clitios. Hefesto, el herrero divino, acribilla con proyectiles de hierro al rojo vivo a Mimante. Atena mata a Encélado mientras huía, arrojando sobre él la isla de Sicilia, y desuella a otro gigante, Palante, cuya piel utiliza como arma-

dura. Mientras persigue al gigante Polipotes por el Egeo, Poseidón arranca una parte de la isla de Cos y la arroja sobre él, creando así la pequeña isla de Nísiros, no muy lejos de allí hacia el sur. Hades, que llevaba la gorra que lo hacía invisible (cf. p. 318) para ocultarse de la vista de otros, derriba a otro gigante, al igual que Ártemis. Las Moiras (Hados) hacen caer a dos oponentes con unas mazas de bronce y Zeus ataca a otros con sus rayos, mientras que Heracles remata a los que caen quedan moribundos en el suelo.[131] Aunque Ares no aparece en este relato, sí lo hace como adversario de los Gigantes, especialmente de Mimante, en la decoración de vasos de cerámica y en otras fuentes literarias.[132] De las dos historias en las que los Gigantes acaban enterrados bajo islas, la de Polipotes, sepultado bajo Nísiros, probablemente se generó en la épica puesto que se encontraba en la decoración de vasos de cerámica, mientras que la de Encélado, con su localización más distante al occidente, tiene aparentemente un origen helenístico.[133]

La representación de los Gigantes fue cambiando a lo largo de las épocas. En las imágenes más primitivas, del siglo VI a.C., normalmente son hermosos guerreros hoplitas con armadura y casco y luchan con una lanza o espada (en algunas ocasiones con rocas cuando la necesidad apremia, tal como hacen los guerreros homéricos). Aunque, obviamente debían de ser muy grandes y poderosos, para poder mantener una lucha contra los dioses, no se les imaginaba originalmente como gigantes en el sentido moderno de la palabra. En este sentido, es significativo que cuando un vulgar mortal se denomina *gigas* en la literatura griega primitiva, como es el caso del brutal Capaneo (cf. p. 419), en los *Siete contra Tebas* de Esquilo, la palabra sugiere violencia temeraria o impía más que una estatura excepcional.[134] En el siglo V a.C. surge una representación alternativa en la que los Gigantes son descritos como seres salvajes y primitivos que visten pieles de animal o simples túnicas (o incluso van desnudos) y utilizan rocas y cantos rodados como sus armas habituales. Finalmente, a partir del período helenístico, los Gigantes tienen colas de serpientes en vez de piernas, tal como sería lo apropiado para seres nacidos de la tierra, y son enormes de estatura.[135]

En la narración de Apolodoro sobre el origen del mundo, se dice que Tierra dio a luz a los Gigantes porque estaba enfurecida por el destino de los Titanes (que eran hijos suyos). Cuando Zeus y los dioses olímpicos vencieron a los Gigantes, al igual que a los Titanes antes que ellos, la cólera de Tierra fue tan grande que alumbró a Tifón para generar otra amenaza contra el dominio del Olimpo.[136] Aunque este relato ordena los diferentes conflictos en un esquema

claro, presenta ciertas dificultades porque, en primer lugar, Tierra había ayudado previamente a Zeus contra Crono y los Titanes (a través de sus consejos en más de una ocasión, hecho que aparece tanto en la versión de Apolodoro como en la de Hesíodo) y, en segundo lugar, porque la presencia de Heracles en la Gigantomaquia implica que tuvo lugar en la era heroica, poco antes de la guerra de Troya y no en los tiempos primitivos poco después de la Titanomaquia.

La *Teogonía* que, por supuesto, no hace referencia a la rebelión de los Gigantes, data la revuelta de Tifón en el período inmediatamente posterior a la Titanomaquia, después del destierro de los Titanes del mundo superior, pero antes de que los dioses hubieran invitado formalmente a Zeus a convertirse en el nuevo soberano. Aunque se podría inferir de la narración de Hesíodo que Gea dio a luz a Tifón encolerizada ante el destino de los Titanes (lo mismo que Apolodoro dice de los Gigantes), no se puede asegurar nada al respecto.[137]

Los Alóadas y su rebelión

Dos hijos gigantes de Poseidón llamados los Alóadas fueron los últimos seres que organizaron una gran rebelión contra el orden olímpico, o al menos, lo amenazaron. Aunque recibieron este nombre a partir de su padre putativo Aloeo, héroe tesalio de ascendencia eolia (cf. p. 533), eran realmente el fruto de una relación extramarital entre su esposa Ifimedea y el gran dios de los mares.[138] Según Apolodoro, cuyo relato pudo perfectamente haber sido extraído de la tradición primitiva, Ifimedea se enamoró de Poseidón y acudía frecuentemente a la costa, donde recogía agua del mar con sus manos y la derramaba en su regazo, hasta que un día el dios del mar emergió de su reino y mantuvo una relación sexual con ella.[139] Probablemente en la historia original ella quedó embarazada al simple contacto con el agua del mar. Existe también una tradición alternativa de origen helenístico en la que los Alóadas nacen de la tierra, al igual que los Gigantes y Tifón antes que ellos.[140] Sus nombres eran Oto y Efialtes.

Se puede conocer mejor su leyenda a través del relato más antiguo en la *Odisea*, que cuenta cómo Odiseo encontró la sombra de Ifimedea en los Infiernos y cuenta: «Aseguraba haber tenido amores con Poseidón, y que parió dos hijos, que tuvieron breves vidas: Oto, rival de los dioses, y el ampliamente famoso Efialtes. A éstos los crio muy enormes la tierra productora de vida y los hizo los más hermosos después del famoso Orión. A los nueve años éstos medían nueve codos de ancho y nueve brazas de alto. Incluso a los inmortales les amenazaron con lle-

var al Olimpo el tumulto de una guerra estrepitosa. Estaban ansiosos por colocar el Osa sobre el Olimpo y luego sobre el Osa el Pelión de frondoso boscaje, para poder escalar el cielo. Pero el hijo de Zeus, el que diera a luz Leto de hermosos cabellos [Apolo], los mató a los dos, antes de que les floreciera la primera barba en sus mejillas y su mentón se cubriera del vello juvenil».[141]

Pelión y Osa eran las montañas más altas de Magnesia, la región costera del norte de Tesalia, y Olimpo era la siguiente gran montaña al norte. En narraciones posteriores se sugería que los Alóadas realmente habían apilado las montañas antes de ser detenidos.[142]

El relato de Homero nos cuenta menos de lo que querríamos saber. Por ejemplo, ¿cómo mató Apolo a los Alóadas? ¿Hizo eso para evitar que asaltaran el cielo? Autores posteriores vinculan su muerte con ciertas acciones descarriadas en la esfera erótica. Según la historia más habitual, Efialtes pretendió sin éxito a Hera y Oto a Ártemis, lo que hizo que ésta provocara su muerte en Naxos por medio de un engaño. La diosa se transformó en un ciervo, corrió entre ellos mientras cazaban e hizo que se mataran el uno al otro con sus jabalinas al intentar darle caza.[143] Al menos en su forma esta historia podría ser muy antigua, ya que el mismo Píndaro menciona que encontraron su muerte en Naxos.[144] Higino da una versión bastante diferente, aunque con el mismo final y relata que Apolo puso un ciervo entre ellos dos para distraerlos cuando pretendían violar a Ártemis. Se añade aquí un detalle interesante, puesto que se les castigó en el Hades por su mala acción y los ataron con serpientes, espalda contra espalda, a una columna sobre la que se sentaba una lechuza.[145] En este relato tardío resulta interesante el hecho de que Oto comparta su nombre con una especie de búho típica de Grecia; quizá el castigo de los hermanos consistía en escuchar continuamente el chillido de una lechuza.

Otro fragmento de la leyenda de los Alóadas se remonta a la *Ilíada* y cuenta cómo en una ocasión ataron a Ares, el dios de la guerra, y lo recluyeron durante trece meses en una vasija de bronce: «Y acaso entonces habría perecido Ares, insaciable de combate, si no hubiera sido porque su madrastra, la muy bella Eribea, se lo comunicó a Hermes, que libró furtivamente a Ares, ya abrumado, porque la severa ligadura lo iba doblegando».[146] Sería interesante saber si los Alóadas emprendieron esta acción para quitarse de en medio al dios de la guerra antes de lanzar su ataque contra el cielo, o si, por el contrario, se trata de un incidente totalmente independiente. Lo que sí es de interés son las explicaciones de los antiguos comentaristas de Homero que cuentan que Ares había enfurecido a los Alóadas al matar al joven Adonis (cf. p. 268) después de que Afrodita

les hubiera pedido que lo cuidaran,[147] aunque parece poco probable que esto tuviera algo que ver con la historia original de la reclusión de Ares.

Se conoce también a los Alóadas por acciones más constructivas. Se dice que fundaron Ascra, la ciudad natal de Hesíodo en Beocia e inauguraron el culto de las musas en el monte Helicón.[148] Después de que su madre y su hermana Páncratis hubieran sido secuestradas y llevadas a Naxos, navegaron en su busca por orden de su padre y tomaron control de la isla. Sin embargo, terminaron peleando entre sí y se mataron uno al otro en una batalla que tuvo lugar en su reino insular.[149] Se afirmaba en esta narración que su tumba estaba en Naxos, donde se los veneraba como héroes en tiempos históricos. Sin embargo, sus tumbas podían verse en Antedón en la costa beocia y Oto tenía incluso otra tumba en Creta.[150] Ifimedea, por su parte, fue venerada en Milasa, en la región de Caria.[151]

Zeus y Prometeo

Prometeo, hijo del titán Jápeto (cf. p. 90), se rebeló contra la autoridad de su primo Zeus, no con la esperanza de conseguir el poder para sí mismo, a la manera de Tifón y los Gigantes, sino para conceder beneficios y justicia a la raza humana. Al utilizar la estrategia en vez de la fuerza, tuvo un éxito considerable en su empresa, aunque después pagó un alto precio por ello. El mito de Prometeo se alteró y desarrolló significativamente con el paso del tiempo. En los poemas de Hesíodo, antepuso los intereses de los mortales en dos puntos específicos y sufrió por ello para siempre, mientras que en la tradición posterior, a partir de Esquilo, fue un benefactor general (y a veces el creador y salvador) de la raza humana. Finalmente fue liberado de su castigo y se reconcilió con Zeus. Comenzaremos con el relato de esta historia tal como aparece en la *Teogonía* de Hesíodo.

Cuando los dioses y los mortales dejaron de tener un contacto directo y de comer juntos, se estableció una nueva relación en la que los mortales sacrificaban animales a los dioses y compartían a la víctima con ellos sin encontrarse cara a cara. Según la costumbre griega, la carne y los despojos de las víctimas servían de comida después del sacrificio, mientras que los huesos se envolvían en grasa y se quemaban en el altar para los dioses. Para explicar este acuerdo, que parece ir en desventaja para los dioses, Hesíodo presenta la siguiente historia. Cuando los dioses y los mortales discutieron en Mecone (posteriormente Sición)

sobre este asunto en los tiempos más remotos, Prometeo, por alguna inexplicable razón, hizo que los mortales ganaran la disputa por medio de un engaño preparado para Zeus. Mató un buey, lo despiezó y separó la carne y las entrañas de los huesos. Después cubrió la carne y las entrañas con el estómago del buey para hacer que esa porción fuera poco apetitosa, y luego ocultó los huesos bajo una capa de grasa brillante. Aunque el poeta intenta salvaguardar la sabiduría de Zeus y señala que no lo engañó por completo, se nos dice que Zeus, en todo caso, eligió la parte más vistosa, condenando a los dioses a recibir la peor parte en los sacrificios de animales a partir de entonces.[152]

Zeus estaba tan enfadado por el engaño que retiró el don del fuego a la raza de los mortales, pero Prometeo volvió de nuevo en su ayuda al robar fuego del cielo que llevó en el seco y correoso tallo de un hinojo (*nartex*, esto es, *ferula communis*, de la familia del perejil cuyos tallos contienen una savia blanca de combustión lenta). Zeus respondió a esta segunda provocación imponiendo un segundo castigo a los hombres mortales (puesto que no había mujeres como tales) y condenando a Prometeo a un tormento eterno. Como castigo a los hombres por el fuego robado, Zeus dispuso la creación de un «hermoso mal» (*kalon kakon*): la primera mujer. Hefesto la formó de tierra húmeda por mandato de Zeus y Atenea la cubrió con vestimentas plateadas y un velo bordado. La adornó con guirnaldas y una corona dorada del taller de Hefesto. Fue entonces llevada a un lugar en el que se encontraban reunidos hombres y dioses que, maravillados ante ella, se dieron cuenta de que sería una trampa irresistible para los hombres. En esta versión de la *Teogonía*, en la que se deja a la primera mujer sin nombre, Hesíodo no dice nada sobre su vida posterior, sólo se extiende con cierto celo sobre las desgracias que las mujeres y el matrimonio han traído al hombre desde entonces. Evitar el matrimonio tampoco trae ningún beneficio, puesto que Zeus también se aseguró de que en ese caso los humanos se enfrentaran a una desgraciada vejez.[153] En cuanto a Prometeo, lo ató a un pilar con cadenas imposibles de romper y envió un águila para que cada día picoteara su hígado, que volvía a regenerarse por la noche. Aunque finalmente quedó libre de este particular tormento cuando Heracles disparó al águila (cf. p. 357), una hazaña autorizada por Zeus para la gloria de su hijo, no se sugiere que Prometeo fuera liberado de sus cadenas como en la mayoría de las versiones posteriores.[154]

Hesíodo ofrece un relato más detallado del mito de la primera mujer en *Trabajos y días*. El foco de interés en esta versión es bastante diferente, puesto que el poeta se centra en la explicación acerca de la razón por la que los hombres llevan una vida de duro trabajo tras una existencia de asueto, que se supone

que habían disfrutado en los tiempos más remotos (cf. p. 113), cuando un día de trabajo bastaba para disponer de recursos suficientes durante todo el año. Prometeo y sus acciones benefactoras fueron las culpables, como en la *Teogonía*, puesto que enfureció a Zeus al engañarlo (supuestamente por los sacrificios, aunque esto no se afirma), y el dios hizo esconder el fuego. Cuando más tarde Prometeo robó el fuego para beneficiar a los mortales, Zeus envió a la primera mujer para que generara problemas a los hombres.[155] Por mandato de Zeus, Hefesto mezcló tierra con agua para modelar a una mujer joven tan hermosa como las diosas inmortales. Atenea la vistió y la adornó y le enseñó a coser y a tejer. Afrodita le concedió gracia y seducción. Las Gracias y Peito (la personificación de la persuasión amorosa) la engalanaron con joyas. Las Horas (Estaciones) la coronaron con flores de primavera y por último Hermes le enseñó todas las formas de astucia y engaño y le concedió el don de la palabra. La llamó Pandora (*pan*, todo, *dora*, dones) porque todos los dioses del Olimpo la presentaron a los hombres como regalo y sufrimiento.[156] Zeus ordenó entonces a Hermes llevarla a Epimeteo (Ocurrencia a destiempo), el hermano tonto de Prometeo que la aceptó como esposa a pesar de que Prometeo le había avisado de que no debía aceptar ningún regalo de Zeus, puesto que daría lugar a sufrimiento para los hombres. Sólo después, cuando ya era demasiado tarde, entendió qué había hecho.[157] De forma muy extraña, dado que Epimeteo tiene estatus divino, este matrimonio era el medio por el que Pandora se introdujo en la raza humana. La *Teogonía* afirma de forma similar que Epimeteo trajo el sufrimiento a los hombres al aceptar a la mujer concedida por Zeus.[158] Se afirma en la tradición posterior que Pandora le dio una hija, Pirra, la primera mujer que nació en un proceso natural y que se casó con su primo Deucalión (cf. p. 524).

Tras su llegada al mundo mortal, Pandora abrió la tapa de una gran jarra que traía con ella, dando lugar a una gran cantidad de males y enfermedades que se extendieron por primera vez entre los mortales, ya que hasta ese momento los hombres habían vivido en la tierra libres del duro trabajo, enfermedades y otros males. Hesíodo no dice nada sobre el origen de la vasija, supuestamente se la habían dado los dioses. Por voluntad de Zeus, puso en su sitio la tapa de la vasija antes de que Elpis (Esperanza) pudiera salir. Aunque el relato no sea totalmente lógico en este momento (puesto que particularmente la Esperanza debería haber salido junto con todos los males si iba a acabar viviendo entre los mortales), sin duda significa que la Esperanza tiene que reservarse a los mortales como paliativo.[159] El motivo de la jarra de los males fue seguramente un préstamo tomado de fábulas o el folclore. Se puede encontrar una idea parecida en

la *Ilíada*, en donde se afirma que Zeus posee dos urnas de las que puede dispensar males o bendiciones a los mortales.[160]

Para desarrollos significativos en la mitología de Prometeo, tenemos que esperar hasta el *Prometeo encadenado*, tragedia del siglo V a.C. atribuida a Esquilo (aunque puede ser de diferente autoría, parcial o total). El drama comienza cuando Crato y Bía (Poder y Fuerza) dos brutales agentes de Zeus, llevan a Prometeo a una roca en un lugar no determinado en el lejano norte (aparentemente no el Cáucaso) y lo encadenan allí. Hefesto los ha acompañado para proporcionar sus servicios como herrero, aunque no se muestra nada entusiasta sobre la tarea o el modo de gobernar de Zeus.[161] La causa inmediata del castigo de Prometeo es su robo del fuego, como en la versión de Hesíodo,[162] pero nos enteramos a lo largo de la obra (que apenas tiene acción) que también ha concedido muchos otros beneficios a los mortales, y que en una ocasión incluso los había salvado de la destrucción por un Zeus tirano que veía con malos ojos su misma existencia. Dado que, aunque Prometeo (aquí descrito como hijo de Gea) había ayudado a Zeus a llegar al poder al avisarlo sobre cómo vencer a los Titanes, más tarde discutió con él cuando Zeus no sólo ignoró los intereses de los seres humanos tras su subida al poder, sino que quiso eliminarlos y reemplazarlos por una nueva raza.[163] Al atreverse a oponerse a su intento y defender los intereses de los mortales, Prometeo se ganó la hostilidad constante de Zeus y posteriormente agravó la ofensa al conceder todo tipo de beneficios a los humanos. Les enseñó a hacer casas de ladrillos y madera, a someter a los animales a la yunta y a la brida, a cruzar los mares en barcos y a leer los cielos, de modo que pudieran ser capaces de recolectar y sembrar en las estaciones adecuadas. Inventó el arte de la numeración para ellos, además de la escritura y la medicina, la interpretación de los sueños y los presagios, así como las técnicas de minería para extraer los tesoros de la tierra. En definitiva, introdujo o inventó todas las artes que hacen que el hombre se eleve por encima del estado natural.[164] La historia del engaño en los sacrificios que cuenta Hesíodo está notablemente ausente en esta versión del mito. Aunque Zeus podía imponer por la fuerza una cruel venganza, Prometeo tuvo ventaja sobre Zeus en un aspecto crucial, puesto que su madre le había revelado que si Zeus tenía un hijo con cierta madre (Tetis cf. p. 93), éste sería más poderoso que su padre.[165] Como sabía que Prometeo estaba en posesión de tal secreto, Zeus le envió a Hermes una vez encadenado para obligarle a revelarlo; pero Prometeo permaneció desafiante frente a todas las amenazas, y el *Prometeo encadenado* termina cuando es arrojado a las profundidades del Tártaro.[166]

Esta tragedia fue, posiblemente, la primera de una trilogía en la que la segunda y la tercera parte se titulaban *Prometeo liberado* y *Prometeo el dador del fuego* (aunque pudiera ser que la última fuera la primera de la serie). La acción del *Prometeo liberado* tiene lugar en las montañas del Cáucaso donde Prometeo aparecía entonces encadenado y sufría las dolorosas visitas de la ya mencionada águila. Puesto que el coro estaba formado por sus compañeros titanes (a los que se menciona en el *Prometeo encadenado* como habitantes del Tártaro) podría parecer que habían sido liberados del Tártaro junto con el mismo Prometeo. Heracles llega en algún momento y dispara al águila, como en el relato antiguo de Hesíodo, y entonces procede a liberar a Prometeo de sus cadenas, como se indica en el título de la obra. Prometeo debía apaciguar a Zeus en algún momento de la obra al revelarle que Tetis era la diosa de la que se había profetizado que tendría un hijo que superaría a su padre, pero dado que se había mostrado tan obstinado al rechazar revelar tal secreto en la obra anterior, su cambio de actitud posiblemente estaba motivado por algo más que un interés personal. Bien pudo haber sido que Zeus, un tirano brutal en el *Prometeo encadenado*, hubiera estado de acuerdo en cambiar sus maneras.[167] Por lo general la tradición posterior acepta que Prometeo fue liberado por Heracles y también que el Cáucaso fue el lugar donde tuvo lugar su castigo.[168]

A menudo se afirmaba que Prometeo no era simplemente el benefactor de la raza humana, sino el ancestro de parte o de toda ella, incluso su creador. Según una genealogía que aparece por primera vez en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, él y su hermano Epimeteo engendraron a Deucalión y a Pirra respectivamente, la primera pareja en la tradición de la Grecia central (cf. p. 524).[169] Dado que las dos fuentes relevantes están mal conservadas, no podemos decir quién fue nombrada como la madre de Deucalión en el *Catálogo*. El *Prometeo encadenado* y el logógrafo Acusilao de Argos coinciden en el hecho de que Prometeo se casó con una oceánide llamada Hesíone (aunque Heródoto identifica a su mujer como Asia, su madre en la *Teogonía*; otros nombres se sugieren en fuentes posteriores).[170] La idea de que Prometeo creó a los primeros seres humanos moldeándolos con barro aparece por primera vez en época helenística.[171] Esto podría explicar al menos la razón por la que pudo haber deseado actuar como su adalid. Según una tradición local de Panopeo en Fócide, dos rocas de barro coloreadas que había en el lugar estaban formadas con el barro que le había sobrado a Prometeo después de crear la raza humana, de ahí su olor particular, parecido al de la carne humana.[172]

Se ha sugerido la idea de que Prometeo surgió como una figura tramposa con un carácter un tanto inmoral al que le gustaba oponer sus saberes a los de

Zeus, y puesto que en algunos momentos se le representó engañando a Zeus para conseguir ventajas para los seres humanos, llegó a adquirir un nuevo y distintivo rol moral como su benefactor y defensor.

Prometeo recibió culto en Atenas, como patrón de las artes del fuego, tan importantes para esa ciudad. Presidía la elaboración de la cerámica, mientras que Hefesto (otro dios especialmente venerado en Atenas, cf. p. 226) presidía la forja. Se celebraron carreras de antorchas en su honor dentro de su festividad ateniense de las Prometeas, y había un altar dedicado a él como dador de fuego (Piróforo) en la Academia.[173]

Capítulo IV

Los hermanos y hermanas de Zeus

Zeus tuvo dos hermanos, Poseidón y Hades, que ejercieron el poder supremo dentro de sus propios territorios, y tres hermanas, su esposa y reina Hera, Deméter y Hestia. Estos hijos de Crono y Rea serán el objeto del presente capítulo, junto con la mitología de los Infiernos y la vida después de la muerte. Cuando el mundo se dividió entre Zeus y sus hermanos tras la derrota de los Titanes (cf. p. 121), a Poseidón y Hades se les adjudicó territorios propios, los mares y el mundo subterráneo respectivamente y así adquirieron un estatus de soberanía dentro de sus dominios específicos, por más que, en último término, Zeus mantuviese su poder como rey de los dioses. Obviamente, Zeus también tuvo su dominio específico como señor de los cielos. A través de la posesión de estos reinos diferenciados, los dioses de esta generación más antigua se sitúan aparte de los jóvenes dioses del Olimpo, que no tienen dominios comparables. Desde que Hades se retirara al reino que recibió en el reparto y que rara vez abandonaría, llevó una existencia aislada, sin apenas nada en común con los demás dioses o con el mundo de los vivos. Las actividades de Poseidón, por el contrario, en ningún caso estaban restringidas al mar, ni sus funciones como dios de ese reino lo apartaron del mundo común de dioses y mortales. En sus imágenes, Poseidón y Hades mantienen un considerable parecido con el mismo Zeus, como hombres maduros con barba y de aspecto severo y majestuoso. En lo que concierne a las hermanas de Zeus, ya hemos conocido a Hera como su consorte, y a Deméter como esposa anterior o amante con la cual tuvo a Perséfone. La mayor parte de los principales mitos de Hera, la diosa del matrimonio, están, de un modo u otro, relacionados con su matrimonio con Zeus, mientras que el principal mito de la diosa del cereal, Deméter, trata del conflicto con su hermano Hades cuando rapta a su amada hija para conseguir una esposa. El miembro de la familia menos conspicuo, Hestia, era la diosa virgen del hogar, que, aunque muy venerada en el culto, estaba demasiado ligada a la vida de la casa como para tener aventuras memorables.

Poseidón, el señor de los mares y los terremotos

Según la ya mencionada división de autoridad, Poseidón comparte el poder con Zeus en el mundo superior como dios de los mares. También era el dios de los terremotos y los caballos. Aunque es una divinidad inmensa que domina sobre las fuerzas violentas de la naturaleza, tiene un carácter más simple que su hermano, y mucho menos abierto que él a cambios y desarrollos procedentes de la evolución de esquemas morales y teológicos. Quizá la etimología más probable de su nombre (*Poseidaon*, *Poseidan*, *Poseideon*, *Poseidon*, según dialectos) es la que la presenta con el significado «Esposo de la tierra», con la asunción de que su segundo elemento (*-da-*) es un nombre antiguo de la diosa tierra. Sin embargo, esto dista de la realidad y se han propuesto otras etimologías que podrían vincular su nombre con los mares o las aguas. Sea cual sea el origen, se trataba de una divinidad helénica muy antigua, cuyo nombre aparece en las tablillas micénicas de Pilos y Cnosos. De hecho, en Pilos, situado en la costa mesenia, era en principio el dios principal, incluso con mayor importancia que Zeus. Aunque se le representa principalmente como el gran dios de los mares en la épica homérica y en la tradición posterior, esto apenas refleja su naturaleza original, siempre y cuando lo llevaran a Grecia los helenos, puesto que éstos llegaron desde las lejanas tierras del interior y no estaban familiarizados con el mar antes de su llegada a lo que sería su hogar. Parecería que sus atributos experimentaron un cambio considerable en tiempos antiguos, cuando pasó a ser un dios del mar y se especializó en esa función, pero es imposible ahora trazar el curso de este proceso, a no ser por vía especulativa. Sus relatos en la tradición literaria siguen el modelo establecido por Homero, que lo retrata como el monarca majestuoso e intimidatorio del mar; del dominio asignado del que constantemente surge, en el que se sumerge o por el que viaja y en el que agita sus aguas para hacer naufragar a su enemigo Odiseo. En el arte es una figura alta, madura e imponente, no muy diferente a Zeus en aspecto, pero distinguido por su emblema, el tridente, y por su apariencia más desmarañada y tosca, característica que queda enfatizada especialmente en el período helenístico. Los romanos, que carecían de un mejor equivalente (puesto que originalmente no tenían ningún tipo de dios marítimo), lo equipararon a la compleja y oscura deidad del agua, Neptuno.

Si Hades en algunos casos era descrito como «otro Zeus», lo mismo podría decirse de Poseidón, que era el Zeus del mar. Vivía en un palacio dorado bajo el mar en Egas,[1] no lejos de la isla de Samotracia. Su principal atributo era el tridente de mango y dientes largos, que le servía a la vez de cetro y de arma. Lo

que en origen se trataba de un simple arpón de pescador, en sus manos se convirtió en un implemento temible. Lo usaba para remover las aguas y calmarlas de nuevo; para partir rocas, como cuando provocó que Áyax el menor fuera lanzado al mar (cf. p. 625); para reorganizar la topografía de la tierra, como cuando creó el valle del Tempe en Tesalia.[2] Píndaro y Esquilo lo equiparan al rayo de Zeus.[3] Cuando marchaba por el mar, le atendían las ninfas marítimas, así como las bestias y monstruos de las profundidades. En los períodos romano y helenístico, su paso por el mar y su procesión nupcial se convirtieron en tema favorito para los artistas, a los que les gustaba representarlo en compañía de tritones (cf. p. 157), delfines e hipocampos (monstruos con la parte superior de un caballo y la inferior de un pez). Estos últimos tiran algunas veces del carro de Poseidón o incluso lo llevan sobre sus lomos. El esplendor de su cabalgata es vivamente evocado en la *Ilíada*, en un famoso pasaje que describe cómo se alejó por el mar después de descender de la cumbre más alta de Samotracia:

> Tres veces tendió el paso y a la cuarta llegó a su meta, Egas, en cuyos encharcados abismos sus ilustres moradas están construidas, chispeantes de oro y siempre inconsumibles. Una vez allí, unció al carro dos caballos, de pezuñas broncíneas, vuelo ligero y crines áureas que les ondeaban. Se vistió de oro su cuerpo, asió la tralla áurea, bien fabricada, montó en el carro y partió sobre las olas. A su paso los monstruos marinos hacían fiestas con cabriolas desde sus cubiles por doquier, y nadie ignoró a su soberano. El mar se hendía de alegría abriendo paso; los caballos volaban muy ágilmente, y debajo el broncíneo eje ni siquiera se mojaba.[4]

Las principales características de la actividad de Poseidón se resumen de manera sucinta en el pequeño *Himno homérico a Poseidón*. Tras referirse a él como el rey dios de las profundidades, «agitador de la tierra y del mar estéril», el poema continúa diciendo que los dioses han asignado un encargo ambivalente al Agitador de la tierra, como domador de caballos y salvador de barcos.[5] Tal como esto indicaría, el poder de Poseidón, tanto para proteger como para destruir, se manifestaba sobre todo en el dominio que ejercía sobre las fuerzas elementales de la naturaleza. En su esfera principal como dios del mar, se revelaba más como un dios de las aguas en la tormenta que del mar en calma. En tierra, era el dios del terremoto, como la épica homérica ya reconoce al referirse a él como «El que agita la tierra»[6] (*Enosichthon*; sus títulos *Seisichthon* y *Ennosigaios* tienen el mismo significado). Cualquier tormenta violenta en el mar podría ser atribuida a su obra. Éste es otro aspecto de Poseidón que Homero describe de

forma pintoresca, en su relato de la persecución del dios a Odiseo en la *Odisea.* En un pasaje digno de mención, Poseidón, al ver al héroe navegando por el mar en una balsa construida por él mismo (tras haber dejado atrás la isla de Calipso cf. p. 640), «reunió nubarrones y, blandiendo su tridente, alborotó el mar. Excitó todas las furias de los vientos de varios rumbos, y con nubes recubrió a la vez la tierra y el mar. Desde el cielo caía de golpe la noche. Y juntos se lanzaron el Noto y el Euro y el borrascoso Céfiro y Bóreas nacido en el alto éter, revolviendo un enorme oleaje. Entonces desfallecieron las rodillas y el corazón de Odiseo».[7] Si podía enviar tormentas, también podía proteger a los marineros y pescadores de los peligros del mar si se le honraba adecuadamente. Era aconsejable invocar su ayuda antes de emprender un viaje por mar. También podía agitar sus aguas a beneficio de sus acólitos, como cuando una tormenta en el mar destruyó buena parte de la flota persa frente a Tesalia en 480 a.C. Al oír este acontecimiento, los griegos le rindieron honores, hicieron libaciones al dios y fundaron el nuevo culto de Poseidón *Soter* (el Salvador) en su honor.[8] Así como podía remover las aguas hasta sus profundidades, si ésa era su voluntad, también podía agitar la tierra hasta lo más hondo como señor del terremoto. En tales circunstancias, los griegos sabían a quién echar las culpas o apaciguar. Cuando Esparta, que era especialmente propensa a terremotos, fue sacudida por un grave terremoto en 464 a.C., los espartanos interpretaron esto como la retribución de Poseidón por un sacrilegio que habían cometido no mucho antes, al expulsar y matar a algunos ilotas (siervos) que habían buscado refugio en un templo de Poseidón.[9] Podía ser apaciguado en época de terremotos si se le ofrecían sacrificios bajo la invocación de Poseidón *Asphaleios* con la esperanza de que mantuviera firme la tierra (*asphalos*) o se le dirigían himnos.[10] Como divinidad ctónica, también llevaba a cabo una función más amable y útil al hacer que surgieran manantiales de la tierra. A veces se le presenta creando fuentes y arroyos a golpe de tridente, como en el caso de la fuente de la Acrópolis ateniense (cf. *infra*) o el manantial de Amimone en Argos (cf. p. 312).

Poseidón como dios de los caballos

Otra característica de Poseidón por la que se le menciona en el himno homérico citado anteriormente es su función como dios de los caballos.[11] Aunque también estaba asociado en cierta medida con los toros, que recibía en sacrificio y que en ocasiones hacía salir del agua en el mito (como en el caso de Minos,

cf. p. 443), esta conexión con los caballos era especialmente estrecha tanto en el mito como en el culto. Esto parece muy apropiado por varias razones, ya sea porque el caballo representaba una de las más poderosas fuerzas de la naturaleza que los humanos podían dominar y estaban asociados con lo ctónico, o porque se les atribuía la creación de los manantiales en el folclore griego. Merece la pena destacar, sin embargo, que los griegos no utilizaron metáforas de caballos para describir las olas y el rugido del mar (como el inglés *white horses* —caballos blancos—). La conexión de Poseidón con los caballos era probablemente muy antigua, quizá incluso más que su asociación con el mar. Fue ampliamente venerado como Poseidón *Hippios* (Señor de los caballos) y los caballos desempeñaban un papel principal en su culto e incluso la leyenda lo presentaba como el padre del primer caballo. En sus santuarios se criaban caballos y se sacrificaban en su honor; en algunas de sus festividades había carreras de caballos, y los aurigas invocaban su ayuda antes de una carrera, igual que los marineros en el mar. El *Himno homérico a Apolo* hace referencia a un curioso rito de Onquesto en el que los aurigas abandonaban sus carros tras azuzar los caballos con el látigo y, si el carro quedaba destrozado al llegar a un bosquecillo cercano consagrado al dios, pedían la protección de Poseidón para el futuro.[12] Cabe detenerse ahora en aquellos mitos que conectan a Poseidón con los caballos y el origen de la raza equina.

En el mito heroico, se dice que sus hijos Pelias y Neleo (cf. p. 496), junto con Hipotoonte (cf. p. 451), fueron amamantados por yeguas, y se asegura que entregó caballos alados o maravillosos a Idas y a su favorito Pélope para ayudarles a conseguir a sus prometidas (cf. pp. 214 y 683). Sin embargo, sus mitos equinos más interesantes son leyendas de naturaleza más primitiva que cuentan el modo en el que se supone que se convirtió en padre de destacados caballos maravillosos o incluso del primer caballo. Según Hesíodo (cf. *supra* p. 102), se acostó una vez con la monstruosa Medusa, después de lo cual ésta concibió a Pegaso, el caballo alado, que salió de su cuerpo (junto con Crisaor) después de que Perseo cortara la cabeza de la gorgona. Una leyenda que no es menos extraordinaria cuenta cómo se convirtió en el padre de Arión, el caballo divino de Adrasto, al unirse a Deméter mientras los dos estaban transformados en caballos. Tal como se relata en Telpusa, Arcadia, donde se veneraba a la diosa bajo la advocación de Deméter *Erinys*, el mito se cuenta de la siguiente manera. Mientras que Deméter iba por el mundo en busca de su hija perdida (cf. pp. 182 y ss.), Poseidón la persiguió para hacer el amor con ella. Cuando la diosa intentó escapar de él, convirtiéndose en una yegua y escondiéndose entre algunos caballos a las afueras de Telpusa, él tomó la forma de un semental y tuvo un encuentro sexual con ella. Los frutos de esta unión fueron el caballo divino Arión

(cuyo nombre probablemente significaba «muy rápido») y una hija cuyo nombre sólo se revelaría a los iniciados. Se decía que Deméter había recibido su título local de *Erinys* (Furia) porque «se había enfurecido» por el tratamiento que le había dispensado Poseidón (ya que el verbo *erineuein* portaba dicho significado, irritarse como una furia). Para explicar la razón por la que también fue honrada allí como Deméter *Lousia* (Deméter lustral), se añadió que se había lavado en el río Ladón después del encuentro.[13]

Arión fue célebre en la leyenda desde la épica antigua en adelante como el caballo que llevó a Adrasto, rey de Argos, a un lugar seguro tras su desastroso ataque contra Tebas (cf. p. 420). Algunos afirmaban que Arión había pertenecido antes a Heracles, que lo había adquirido de Onco, rey de Telpusa (o de Copreo, rey de Haliarto, cerca de Telpusa), y luego se lo entregó a Adrasto.[14] Había versiones alternativas en las que se narraba que Poseidón había engendrado a Arión con una Erinia cerca del manantial del Tilfusa (cf. p. 203) en Beocia, o con una Harpía.[15] El mito de la unión de Poseidón con Deméter bajo la forma de caballos también aparece en Figalia, Arcadia, donde se representaba a Deméter con cabeza de caballo de color negro, pero el único retoño de la unión en la tradición de Figalia era la hija sin nombre antes mencionada, cuyo título público entre los arcadios era *Despoina* («la Señora», también un título de Core/Perséfone).[16] El culto de Poseidón *Hippios* (Señor de los caballos) era especialmente prominente en Arcadia. Según una tradición arcadia, Rea salvó a Poseidón de Crono, el devorador de sus hijos: escondió al recién nacido en un aprisco cerca de Mantinea (de ahí el nombre de un manantial local llamado Arne o «Manantial del cordero») y entregó a su marido en su lugar un potro con el pretexto de que su hijo había nacido como caballo.[17]

Una leyenda de Tesalia, al nordeste, uno de los centros de cría de caballos, representaba a Poseidón como el progenitor de toda la raza equina. Ya que una vez que se había quedado dormido en esa tierra (donde era venerado bajo el título de *Petraios* «El de la roca»), había esparcido su semen sobre la tierra rocosa, fertilizándola y provocando la creación del primer caballo, Escifio. En algunos relatos posteriores, hizo surgir a Escifio (y también a Arión en una versión) al golpear el suelo con su tridente.[18] En versiones secundarias desarrolladas en Atenas, Poseidón fertiliza la tierra de Colono, población en las afueras de la ciudad, para dar lugar al primer caballo, aquí llamado Escironite; en otra versión hace que éste salga de la tierra con un golpe de tridente cuando competía con Atenea por la soberanía sobre el Ática.[19]

Mitos en los que Poseidón compite con otras deidades por la soberanía de las tierras griegas

Algunas de las historias más interesantes y distintivas de Poseidón son aquellas leyendas locales que cuentan sus competiciones con otras deidades para obtener la soberanía sobre varios territorios (y ser así adoptado como el dios patrono de dichas tierras). En la que sin duda es la más famosa, se enfrenta a Atenea por la soberanía del Ática en una competición arbitrada por los Doce dioses, por el rey de Atenas, o por sus ciudadanos. Nada más llegar a esa tierra, Poseidón intenta establecer su prioridad: golpea en la Acrópolis con su tridente y crea así un pozo de agua salada, el llamado «mar» del Erecteion (que se hallaba dentro del templo y se decía que producía un sonido semejante al de las olas siempre que el viento soplaba del sur). A continuación llega Atenea, planta el primero de los (posteriormente muchos) olivos de Ática y llama a Cécrope, el primer rey de Atenas, para que haga de testigo. Cuando Zeus da cuenta de la disputa para que los Doce dioses arbitren en ella, todos se inclinan a favor de Atenea tras escuchar el testimonio de Cécrope. Parece que llegaron a tal decisión porque estimaron que el regalo de Atenea era más importante (que sería una de las bases de la economía) que el hecho de que Poseidón llegara en primer lugar. El dios de los mares se enfureció tanto que inundó la llanura de Tría, al noroeste de Atenas, al menos durante un tiempo. También planeó anegar todo el país, pero Hermes le transmitió un mensaje de Zeus que le ordenaba desistir de su intento.[20] Los detalles de la historia difieren considerablemente según las narraciones. En una versión, Poseidón reclama su preeminencia haciendo nacer el primer caballo.[21] En otra se relata que Atenea provoca que surja el primer olivo al golpear la tierra con su lanza[22] al igual que Poseidón crea el «mar» al golpear la Acrópolis con su tridente. En cuanto al arbitraje, el mismo Zeus actuó como juez, o el propio Cécrope, o su hijo Erisictón.[23] En una curiosa versión racionalista recopilada por Varrón, el oráculo de Delfos advierte al pueblo de Atenas que decida entre las dos divinidades después de que surjan la aceituna y una fuente de agua como sus símbolos. Los ciudadanos, que habían votado en masa al dios, fueron superados por las ciudadanas, que votaron a la diosa, ya que las mujeres súperaban en un voto a los hombres.[24]

Aunque Atenea se convirtió en la principal diosa de Atenas, se podía decir que se alcanzó la reconciliación, puesto que Poseidón fue ampliamente venerado bajo diversas advocaciones y disfrutaba de un culto en la misma Acrópolis como Poseidón *Erechtheus* (título que lo vincula con el rey mítico Erecteo cf. p. 482).

Como sabemos por Pausanias, el «mar» que había creado todavía era visible en tiempos de Adriano, al igual que el olivo de Atenea, que había renacido milagrosamente, elevando su tronco en un solo día, después de que los persas lo hubieran destruido durante la quema de santuarios en la Acrópolis en 480 a.C.[25]

Se decía que Hera había consolidado su posición como la gran diosa de Argos a través de otra competición similar, en la que juzgó Foroneo, el primer rey de la región (cf. p. 303), con la ayuda de tres dioses de los ríos locales, Ínaco, Céfiso y Asterión. Foroneo concedió el territorio a Hera, para disgusto de Poseidón, que en venganza secó los ríos de la Argólide durante la mayor parte del año.[26] Sin embargo, más tarde solventó parcialmente la situación al crear un manantial de corrientes perpetuas en Lerna para una de las hijas de Dánao (cf. p. 312). Según una leyenda argiva, Poseidón anegó la mayor parte de la tierra en su furia hasta que Hera intercedió y lo obligó a retirar las aguas, de ahí el origen del santuario de Poseidón *Proklystios* (el que destroza con olas, el Inundador) en Argos, supuestamente erigido en el lugar desde donde había empezado a ceder la inundación.[27] En competiciones similares que tuvieron lugar en las islas griegas, Poseidón perdió Naxos frente a Dioniso y Egina frente a Zeus.[28] Sin embargo, en otras dos ocasiones se propusieron acuerdos. Cuando Poseidón competía con Atenea por el patronazgo sobre Trecén, Zeus ordenó que los dos compartieran la región, y ambos la presidieron conjuntamente desde entonces: Poseidón bajo el título de *Basileus* (Rey) y Atenea como *Polias* (Protectora de la ciudad) y *Sthenias* (Poderosa).[29] En Trecén se contaba una historia de inundaciones que mantenía alguna similitud con la de Argos (aunque no hay indicación de que estuviera asociada con una competición por la tierra), puesto que se decía que Poseidón había inundado una vez el territorio y había vuelto estéril la tierra con sus aguas saladas, hasta que cedió a los ruegos y sacrificios de los trecenios, que lo veneraron desde entonces fuera de los muros de la ciudad bajo la advocación de *Phytalmios* (Patrono del crecimiento).[30] En otra competición que tuvo lugar en Corinto, Briareo (uno de los Centímanos cf. p. 109), el árbitro, propuso un acuerdo por el que decidió conceder el Istmo de Corinto a Poseidón y la acrópolis de la ciudad a Helios.[31] En cuanto a la significación de estas historias tan variadas, sin duda es un error intentar interpretarlas en un sentido simplemente histórico, como si reflejaran conflictos de culto en tiempos remotos. Antes bien, parece que expresan algo sobre el mismo Poseidón y su lugar en la ciudad, como divinidad amenazadora y terrible que es muy venerada, aunque nunca como dios patrono.

Poseidón desempeña un papel principal en la *Ilíada*, que lo describe como un violento partidario de los griegos y enemigo de los troyanos. Tiene suficientes razones para ser hostil respecto a Troya, puesto que Laomedonte, el padre de Príamo, lo «contrató», junto con Apolo, para construir los muros de la ciudad, pero luego los insultó y se negó a pagarlos una vez finalizada la tarea (cf. p. 674).[32] En un primer momento, cuando los griegos construyen un muro para proteger sus barcos, se queja en la asamblea de dioses, aduciendo que la fama de este nuevo muro puede ensombrecer la del que construyeron él y Apolo;[33] pero luego interviene para reorganizar a los griegos cuando los troyanos se abren paso y atacan sus barcos, ayudando a cambiar el sentido de la batalla hasta que Zeus le ordena que desista.[34] Aunque su papel es más restringido en la *Odisea*, su hostilidad hacia el héroe principal es uno de los motivos centrales del poema. Encolerizado con Odiseo por haber dejado ciego al cíclope Polifemo, su hijo, retrasa el retorno del héroe muchos años y finalmente hace que navegue a la deriva en medio de una gran tormenta[35] (aunque el héroe sobrevive y alcanza la costa en la isla de los Feacios cf. p. 641). No obstante, Poseidón castiga a los feacios por ayudar a Odiseo a regresar a casa en uno de sus barcos mágicos.[36] En un relato épico posterior dentro del ciclo troyano, provoca que parte de la flota griega quede destrozada durante su viaje de retorno (para ayudar a Atenea a vengar un grave acto de sacrilegio cf. p. 626). Sus apariciones en las fuentes posteriores de mitología heroica son menores de lo que cabría esperar, y principalmente están vinculadas con sus hijos mortales y las historias de su concepción. Otros relatos característicos cuentan cómo envió toros o monstruos desde el mar como plaga o don beneficioso para los mortales. Envió un toro como favor hacia Minos, aunque con consecuencias desastrosas a largo plazo (cf. pp. 444 y ss.), y otro a petición de Teseo para causar la muerte de Hipólito (cf. p. 468). Para castigar la presunción de Laomedonte y de la madre de Andrómeda, envió monstruos marinos contra sus tierras (cf. pp. 319 y 674).

Anfitrite, consorte de Poseidón; sus hijos con ella y con otras mujeres

A Anfitrite, la consorte de Poseidón, generalmente se la consideraba hija de Nereo (aunque una tradición diferente hace de ella una hija de Océano, y una fuente afirma que era la madre de las Nereidas).[37] Era una novia recelosa, como solía ser el caso entre las Nereidas, que preferían vivir una vida despreocupada como vírgenes en compañía de sus padres y sus muchas hermanas. Según una

versión, Poseidón la raptó en la isla de Naxos después de que hubiera emergido del mar para bailar en la costa con sus hermanas.[38] Pudo ser también que huyera de él cuando trató de cortejarla, y se escondió en las profundidades del océano, cerca de Atlas (en el confín occidental). En este último caso, Poseidón envió muchos mensajeros en su busca, entre ellos su animal particular, el delfín, que la descubrió en el océano exterior y la llevó en su lomo hasta Poseidón (o por lo menos le hizo saber dónde estaba escondida). El dios estaba tan agradecido que declaró sagrado el delfín y elevó su imagen a las estrellas (la constelación Delfín del hemisferio norte).[39] Finalmente, una vez convertida en la esposa de Poseidón, Anfitrite vivió con él en su palacio dorado bajo el mar, disfrutando de altos honores como reina de los mares. Aunque frecuentemente en las obras de arte es una diosa de noble aspecto, a menudo en el trono junto a su marido, raramente aparece en los relatos míticos. Según una leyenda bastante antigua, ofreció una grata recepción a Teseo (aquí hijo de Poseidón), cuando se lanzó por la borda de un barco para demostrar a Minos que era hijo del dios del mar (cf. pp. 452-453). Una historia posterior afirmaba que ella había provocado que Escila fuera convertida en un monstruo después de descubrir que su marido tenía una relación amorosa con ella (cf. p. 640). A Poseidón y Anfitrite se les atribuye un único hijo en la *Teogonía*, el dios del mar Tritón, «que, en el fondo del mar, ocupa palacios de oro junto a su madre y su soberano padre, terrible dios».[40]

Apolodoro añade otras dos hijas, Bentesicime y Rodo, la ninfa o personificación de la isla de Rodas.[41] Rodo se convirtió en la consorte del dios del sol Helios, cuyo culto fue especialmente importante en Rodas (cf. p. 81); las versiones sobre su nacimiento son contradictorias. Se recuerda a Bentesicime únicamente como madre adoptiva de Eumolpo (cf. p. 483).[42]

Nada se sabe a ciencia cierta sobre el significado y origen de los nombres de Anfitrite y Tritón, aunque es posible que el elemento común *trito* (que también se encuentra en el antiguo título *Tritogeneia* que recibe Atenea, cf. p. 245) puede haber tenido algo que ver con agua o con el mar. Tritón es un ser con cabeza y parte superior humanos y con cola de pez. Los seres del mar de este tipo en Grecia se originaron probablemente en la tradición nativa como productos de la imaginación popular, por más que las representaciones de éstos pudieran en algún caso haber estado influidas por imágenes de deidades biformes orientales. Aunque Tritón es un dios del mar de cierta dignidad en el pasaje citado de la *Teogonía*, no tiene apariciones significativas en la mitología convencional excepto

en su papel específico como el dios del lago Tritónide en Libia (cf. p. 245). Según un relato arcaico, conocido por Píndaro y Heródoto,[43] se presentó frente a los Argonautas cuando quedaron atrapados en el lago durante su viaje de retorno, y no sólo les mostró el camino hacia el mar abierto sino que le dio a uno de ellos un puñado de tierra del que surgiría la isla de Tera (cf. p. 517). Para explicar el título de Atenea como *Tritogeneia*, se afirmaba que Tritón había criado a la diosa en Libia (cf. p. 245). Este dios del lago era presumiblemente una divinidad local que acabó siendo identificada con el dios griego. En decoración de vasos cerámicos del siglo VI a.C., se puede ver a Heracles luchando contra Tritón (y no con Nereo, como en todas las fuentes literarias conservadas) para obligarlo a enseñarle el camino a las Hespérides (cf. p. 355, o quizá a la isla de Gerión). Por otro lado, hay varias fuentes latinas que hacen referencia al pasatiempo favorito de Tritón, que consiste en hacer sonar una caracola de mar, instrumento que es su atributo en las obras de arte. Virgilio cuenta cómo Tritón ahogó a Miseno, un habilidoso trompetista que acompañaba a Eneas a Italia, por su presunción al retar a los dioses a competir con él haciendo sonar una caracola de mar.[44] En otros relatos, se cuenta que sembró el pánico entre los Gigantes durante su batalla con los dioses al soplar su caracola, y que lo hizo por orden de Zeus, tras la gran inundación, para reconducir las aguas a sus curso.[45]

Aunque aparentemente sólo había un único Tritón en la tradición más antigua, su nombre llegó a aplicarse en sentido general a toda una raza de seres marinos con cola de pez que acompañaban a Poseidón por el mar y que jugaban con las Nereidas. Todos ellos resultaron atractivos para los artistas de la Grecia helenística y finalmente también para los de Italia, especialmente en los detalles decorativos de piezas con referencias al mar. Se llegó a representar a las hembras y a las familias de tritones, idea ajena a la tradición griega arcaica. Como espíritus de la naturaleza de un estatus no muy elevado, los tritones entraron en el folclore prácticamente en la misma medida que las Sirenas en tiempos más recientes, y muchas historias sobre ellos fueron seguramente transmitidas por los marineros y los habitantes de las costas. Como es habitual, podemos referirnos a Pausanias en uno o dos relatos locales. Como había visto dos tritones que se guardaban en Roma y en Tanagra, en la costa Beocia, Pausanias pudo ofrecer una descripción precisa de su apariencia: tenían cabello verde en su cabeza, agallas tras las orejas, ojos de color verde grisáceo, un cuerpo con hermosas escamas y la cola de un delfín en vez de piernas y pies.[46] Había dos leyendas contradictorias sobre el Tritón de *Tanagra*, que era el mayor de los dos. Según una versión, atacó a unas mujeres del lugar mientras se bañaban en el mar como purificación para los ritos secretos de Dioniso, quien

inmediatamente acudió en su ayuda y venció a su posible raptor tras una dura lucha. En otra versión, el Tritón molestaba a los de Tanagra al capturar el ganado cuando lo conducían hacia el mar, o al atacar sus embarcaciones. Le tendieron una trampa: dejaron un gran cuenco de vino en la costa y, cuando salió del mar, bebió el vino y se durmió una siesta etílica, uno de los de Tanagra se deslizó hasta él y le cortó la cabeza con un hacha. Como prueba de este último detalle, enseñaban una estatua sin cabeza de Tritón en el templo de Dioniso.[47]

Después de Zeus, padre de un número incontable de hijos tenidos con madres mortales, Poseidón es el dios al que se le atribuye un mayor número de hijos no divinos. Cabe dividirlos en dos grupos principales. Como dios salvaje e impredecible, Poseidón fue considerado un padre adecuado para héroes o gigantes de naturaleza violenta o tosca, pero como gran dios que es únicamente superado por Zeus en la jerarquía divina, fue incluido en genealogías heroicas por casi las mismas razones que su hermano: bien como fundador divino de linajes reales locales, o bien como padre divino de héroes destacados pero cuya actitud dejaba bastante que desear. Su hijo más importante en este último grupo es Teseo (por lo menos en la tradición de su localidad natal, cf. p. 448). Se puede mencionar también a Pelias y a Neleo (cf. p. 496 para la historia de su concepción) y Belo y Agénor, los fundadores de las dos ramas principales de la familia de los Ináquidas (cf. p. 309). Iremos mencionándolos según surjan sus mitos. Entre los hijos indómitos del segundo grupo, encontramos figuras pintorescas e infames como el cíclope Polifemo (cf. p. 635), el gigante cazador Orión (por lo menos en una versión, cf. p. 720), los Alóadas que intentaron asaltar los cielos (cf. p. 139), Ámico, que mataba en competiciones de boxeo a los extranjeros que se acercaban a su morada (cf. p. 504), el violador ateniense Halirrotio (cf. p. 478) y muchos de los rufianes que se enfrentaron a Heracles (como por ejemplo Anteo, cf. p. 356) y a Teseo (como Escirón y Sinis, cf. p. 448) a lo largo de sus viajes.

Hades y la mitología del mundo subterráneo

El terrible señor del mundo subterráneo

Tras obtener el mundo subterráneo como dominio específico, una vez hecho el reparto entre él y sus dos hermanos, Hades vivió apartado de los demás dioses y tuvo poco que ver con los asuntos de los vivos. Como soberano de los muer-

tos, era grave y lúgubre tanto en su carácter como en sus funciones, severamente justo e inexorable en la realización de sus deberes. Actuaba a la manera de un carcelero y se aseguraba de que los muertos que entraban en su oscuro reino nunca escaparan y volvieran a ver la luz del sol. En su reino había un lugar de castigo donde los que habían ofendido gravemente a los dioses, y los malvados en general según esquemas posteriores, eran sometidos a tormento en la vida póstuma. Sin embargo, Hades no es un enemigo de la raza humana, ni radicalmente diferente en naturaleza de sus más afortunados hermanos. Se trata de un dios terrible, pero no malvado.

El nombre del rey de los muertos aparece en varias formas distintas; como Hades (*Haides*) en su forma conocida en dialecto ático, o como *Aïdes* o *Aïdoneus* (o como *Aido* y *Aidi* sólo en genitivo y dativo, probablemente de **Ais*) en la épica. Los griegos asumieron que *Aïdes* sencillamente significaba «el que no es visible» o «invisible»[48] (*a-ides*: la a- tiene significado privativo, como in- en español), y perfectamente pudo ser correcto, aunque la especulación siga abierta, puesto que se argumentó, por ejemplo, que el nombre estaba, por otro lado, relacionado con *aia*, tierra. En su uso clásico, el nombre de Hades no se aplicaba directamente a su dominio, que era propiamente la residencia o «casa» *de* Hades. En griego, como lenguaje flexivo, la distinción podía indicarse por el uso del genitivo de su nombre sin necesidad de un sustantivo que lo acompañara. Puesto que la riqueza viene de las profundidades del suelo en forma de cosechas y minerales, los griegos a menudo se referían a Hades bajo el título de *Plouton* (Plutón: «el Rico» o «el que concede riqueza»), al menos desde el siglo V a.C. en adelante. Adquirió gran variedad de títulos eufemísticos, tales como *Polydegmon*, *Polydektes* o *Polyxeinos* (todos ellos con el significado de receptor o anfitrión de muchos, y de ahí «el Hospitalario»), o *Eubouleus* («Sabio en el consejo») o *Klymenos* («el Renombrado»), puesto que los griegos por lo general preferían no hablar directamente de la muerte en relación con ellos mismos o sus amigos, tanto si era para evitar comentarios de mal augurio o pasar por alto realidades no gratas. Se referían a Hades con tales títulos por prácticamente las mismas razones por las que decían que alguien «se había ido» (*bebeken*) o se referían a la persona muerta como «el bienaventurado» (*ho makaristes*), o incluso comenzaban documentos prácticos, tales como las últimas voluntades, con la fórmula «Todo irá bien, pero si algo pasara, dejo las siguientes disposiciones».[49] Como soberano absoluto de un reino que fue dejado aparte del resto del mundo, Hades también pudo ser llamado Zeus *Katacthonios* («Zeus de los Infiernos») o simplemente «el otro Zeus».

Puesto que los romanos no tuvieron un dios de la muerte propio, o lo olvidaron en caso de haber tenido uno, tomaron el nombre griego *Plouton* (latinizado como *Pluto*) como título para esta divinidad; también lo tradujeron como *Dis*, la forma contraída de la palabra latina *dives* (riqueza). El nombre de su consorte sufrió cambios y acabó como Proserpina, y nada se añadió a la mitología existente de ambos. Hades no recibió culto prácticamente en ningún lugar de Grecia. En relación con su recinto y templo en Élide, que se abría un solo día al año e incluso dicho día permanecía cerrado para todos excepto para el sacerdote, Pausanias comenta que no conoce otro lugar en el que se le venere.[50] Sin embargo, hay menciones de un recinto de Hades en Pilo Trifilia (y se ha argumentado que *Klymenos*, que tuvo un templo en Hermíone, puede identificarse con Hades).[51] Dis y Proserpina fueron venerados en el culto de Roma desde la época en la que los romanos se familiarizaron con las divinidades griegas. Hades aparece comparativamente menos en el arte griego que otros dioses y cuando lo hace, a menudo lleva un cetro o llave como signo de su autoridad (o una cornucopia por su naturaleza como Plutón) y su forma y características difieren muy poco de las de Zeus, salvo en su expresión. Séneca describe la diferencia cuando señala de él *vultus est illi Iouis, sed fulminantis*, «tiene la apariencia del mismo Júpiter, pero del atronador».[52]

La tenebrosa tierra de los muertos

Por supuesto, se asumía con toda normalidad que el reino de Hades estaba situado en algún lugar lejano bajo tierra. Sin embargo, en tales asuntos, no debe buscarse coherencia en las tradiciones de los pueblos, puesto que los mismos griegos también tendían a situar la residencia de los muertos en los confines occidentales (como ya se ha comentado, cf. p. 53), donde el sol y otros cuerpos celestiales descienden. Aunque ambas ideas se encuentran en la épica homérica, aparecen ya plenamente conciliadas, puesto que el viaje de Odiseo hacia el occidente, rumbo a la tierra de los muertos,[53] no es más que un modo de aproximación a un dominio subterráneo. Salvo en un pasaje del libro final de la *Odisea* que es con casi toda seguridad una interpolación posterior,[54] Homero no sugiere que las sombras de los muertos tengan que viajar a los Infiernos por dicha ruta (o que de hecho tengan que buscar una abertura en la tierra). Cuando en la *Ilíada* la sombra de Patroclo muerto parte tras hablar con Aquiles, se desvanece bajo tierra como humo. De modo similar, cuando Patroclo y Héctor mue-

ren, su alma sencillamente se escabulle en silencio del cuerpo y se dirige al Hades sin más.[55]

La idea de que las sombras de los muertos eran capaces de pasar directamente hacia abajo, o la creencia común de un período de algún modo posterior en el que eran conducidos por Hermes hacia un nivel inferior, no excluye el desarrollo de tradiciones locales en las que la gente afirmaba tener una cueva, grieta o lago en su región que se comunicaba con los Infiernos (de modo muy parecido a las bocas del infierno del folclore moderno). Dado que los vivos que querían descender como seres totalmente corpóreos tenían necesariamente que buscar una abertura de este tipo, estas bocas del infierno aparecen en el mito como las rutas tomadas por los grandes héroes del pasado que descendieron con vida al Hades, como es el caso de Heracles, Teseo y Orfeo. Por ejemplo, se supone que Heracles encontró la vía hacia las profundidades por una cueva sin fondo en Ténaro, al sur del Peloponeso (cf. p. 352). Asimismo, se decía que Dioniso había descendido allí por un lago sin fondo situado en Lerna, en la Argólide, cuando fue a buscar a su madre muerta (cf. p. 233). El viaje de Odiseo en la *Odisea* es más exótico. Tras poner rumbo al oeste, hacia la puesta de sol, cruzando el océano exterior, llega a la tierra envuelta en neblina de los cimerios, un pueblo que nunca veía la luz del sol. Vara allí su barco y se dirige al límite de los Infiernos, el lugar donde se cruzan dos ríos infernales.[56] En vez de aventurarse a entrar en el mundo de los muertos, como hicieron los héroes ya mencionados, Odiseo los invoca derramando libaciones en su honor y, para ello, cava una fosa y degüella sobre ella un cordero y una oveja a fin de proporcionarles sangre para beber. Cuando las agitadas sombras ascienden y beben la sangre, recuperan parte de su consistencia corporal y el suficiente juicio como para conversar con su visitante.[57] Aunque Homero no describe la topografía del mundo subterráneo, alude a su característica más distintiva, las famosas praderas de asfódelo, ya que Odiseo ve el espíritu de Aquiles caminando a grandes pasos por una pradera de asfódelos y ve al cazador muerto Orión cuidando animales fantasmales en ella.[58] Aunque su nombre tenga ecos románticos, el asfódelo es una planta deslucida y poco atractiva que crece en tierra estéril. Podríamos imaginar según esto un pálido paisaje monocromo que proporciona un entorno adecuado para la descolorida media vida de las sombras.

La residencia de los muertos se representa normalmente como una tierra tenebrosa que contiene estas praderas de asfódelos y también, en muchos relatos posteriores, arboledas y colinas, así como otros elementos del paisaje convencional. Está separado del mundo de los vivos por las aguas de la Estigia en

la *Ilíada*, aunque normalmente el Aqueronte en fuentes posteriores.[59] Aparecen mencionados cuatro ríos infernales en la *Odisea*, el Estigia, Aqueronte, Cocito (aquí descrito como un afluente del Estigia) y Piriflegetonte (también conocido como Flegetonte);[60] otro río, el Leteo, fue añadido en la tradición posterior.[61] Sus nombres tienen en todos los casos significados que respectivamente serían el Detestable, el Afligido (siempre que el nombre de Aqueronte pueda ser derivado correctamente de *achos*, aflicción, angustia), el río de la Lamentación, el Ardiente y el río del Olvido. El nombre de Piriflegetonte no tenía originariamente nada que ver con fuegos de castigo (aunque es mencionado como un lugar de tormento en algunos pasajes tardíos), sino que sencillamente se refería a las llamas de la pira funeraria. En algunos momentos se dijo de Aqueronte que desembocaba en un lago o pantano encenagado (el lago de Aquerusia).[62] Su nombre también se utilizó, por extensión, como término poético para designar los Infiernos. Hesíodo menciona sólo a Estigia, y afirma que corre hacia las profundidades desde el océano tomando una décima parte de su agua, y que los dioses juran solemnemente tomando sus aguas por testigo (cf. p. 89).[63]

Estigia, Cocito y Aqueronte tienen sus equivalentes en el mundo superior: Estigia en Arcadia, Cocito en Tesprotia al noroeste de Grecia y Aqueronte también en Tesprotia y en algún otro lugar. Había una Estigia en el norte de Arcadia que tenía una caída de muchos metros por una escarpada pendiente cerca de Nonacris (en las cataratas hoy conocidas como Mavronero), de modo similar a como Hesíodo relata la manera en la que el río infernal fluye cayendo desde un enorme precipicio. En la referencia más antigua que se conserva sobre la Estigia de Arcadia, Heródoto menciona que los arcadios hacían juramentos en su nombre y creían que las aguas del río infernal desembocaban en él.[64] No se puede decir si la concepción tradicional del río infernal estuvo influenciada por el conocimiento del Estigia arcadio y sus cataratas o si, por el contrario, el río fue llamado así puesto que sus gélidas fuentes se asemejaban a las de la descripción de Hesíodo. No resulta sorprendente que se atribuyeran cualidades siniestras a las aguas del río arcadio. Pausanias da cuenta, por ejemplo, de la creencia de que podían dar muerte a los animales y humanos que bebían de ellas, y que tenían el poder de disolver o corromper casi todo, incluido el cristal, el ágata e incluso la cerámica. Una tradición afirmaba que Alejandro Magno fue envenenado con agua de la Estigia, enviada a Asia en una pezuña de caballo, la única sustancia a la que no afectaban sus poderes.[65] El Aqueronte de Tesprotia también tenía una impresionante localización, ya que pasaba por profundos desfiladeros en un paisaje agreste. Por momentos desaparecía bajo tierra y

pasaba por un pantanoso lago antes de emerger y desembocar en el mar Jónico. Había un oráculo de los muertos junto a él, al igual que había en otro Aqueronte cerca de Heraclea Póntica en Asia Menor. También había un Aqueronte en el sur de la Élide.[66]

Una alusión en la *República* de Platón proporciona la primera evidencia del Olvido (*ton tes Lethes potamon*) como río de los Infiernos. Resulta apropiado que las aguas del Olvido fluyan por los Infiernos puesto que es un reino de inconsciencia, donde las sombras de los muertos esperan el olvido de todas o casi todas sus experiencias terrenales. Un pasaje de Teognis observa a partir de este hecho que Perséfone confiere *lethe*, olvido, a los mortales perturbando su juicio, y Platón y Aristófanes hacen referencia a un campo del Olvido (*to tes Lethes pedion*, que probablemente figuraba en la escatología de Eleusis).[67] Una vez que surgió la idea de que las aguas del Leteo corrían por los Infiernos, podía imaginarse fácilmente que los recién llegados fueran privados de su memoria al beber de ellas; y para aquellos que creían en la reencarnación, un trago de sus aguas podía explicar la razón por la que las almas que habían renacido en cuerpos terrenales no recordaban nada del otro mundo o de sus previas reencarnaciones. A partir de esta última asociación Platón se refiere al «río de la Despreocupación» (*ton Ameleta potamon*).[68] Como consideración a añadir, podría imaginarse que las personas que habían fallecido recientemente que poseyeran el conocimiento necesario podrían abstenerse de beber de las aguas de Leteo y así retener toda su memoria y conocimiento. Instrucciones sobre este mismo punto aparecen en láminas de oro encontradas en las excavaciones de las tumbas de los iniciados báquicos en el sur de Italia y en otros lugares. En una de esas hojas de Hiponion, en el sureste de Italia, aproximadamente del 400 a.C., se le indica al iniciado que evite un manantial que hay en el lado derecho, bajo un ciprés blanco, a la entrada del Hades, pero que por el contrario beba de las frescas aguas que fluyen desde el lago de Mnemósine (la Memoria).[69] Aunque no se nombra explícitamente el manantial que tiene que evitar, se trata evidentemente de un manantial de *lethe*, olvido. En la vida ordinaria, quien quería consultar el oráculo de Trofonio en Lebadea (cf. p. 718) bebía de dos manantiales cercanos, primero del de Leteo, para aclarar su mente de cualquier pensamiento previo, y luego del de Mnemósine para así ser capaz de recordar lo que el oráculo revelaba.[70]

A partir de Homero, las puertas del Hades son un elemento habitual en la imaginería de los Infiernos. En una escena de batalla en la *Ilíada*, por ejemplo, Tlepólemo alardea de que va a matar a Sarpedón y lo hará «pasar por las puertas de Hades». El señor del Mundo Subterráneo es descrito en dicho relato épico como «el guardián de las puertas» (*pylartes*).[71] Estas puertas podrían represen-

tarse formando la entrada a la «casa de Hades», tal como se llamó habitualmente al hogar de los muertos.[72] Este cuerpo de imaginería resultaba perfectamente adecuado para señalar cómo estaba controlada la entrada en el mundo de los muertos e impedida la salida. En este último punto, será suficiente citar unos versos de Hesíodo:

> Allí lejos están las sonoras moradas del dios subterráneo [del robusto Hades y de la terrible Perséfone], y delante vigila un terrible perro despiadado, y que tiene artes horribles: a los que entran los saluda a la vez con la cola y con ambas orejas, pero no les deja salir de nuevo, sino que, espiando, se come al que sorprende saliendo de las puertas.[73]

Cerbero, el perro del infierno (cf. p. 104) hace guardia en las puertas con estos modos tan salvajes, pero también se decía que, en ocasiones, el siempre justo Éaco (cf. p. 94) actuaba como guardián de las puertas o de amo de llaves.

El paso de los muertos al mundo subterráneo. Hermes y el barquero Caronte

Ahora cabe considerar el modo en que se suponía que los muertos hacían su camino de este mundo al otro. No hay mención de ningún barquero de los muertos en la épica homérica y Hermes aparece como escolta de las sombras en un único pasaje en el libro final de la *Odisea*, donde se le describe guiando al otro mundo a las sombras de los pretendientes muertos por prácticamente la misma ruta que antes siguió Odiseo:

> Pasaron más allá de las corrientes del Océano y de la Roca Blanca, pasaron más allá de las Puertas del Sol y del País de los Sueños, y no tardaron en llegar al prado de los asfódelos, donde habitan las almas, imágenes de los difuntos.[74]

Hermes no aparece de nuevo con esta función hasta el período clásico, cuando Esquilo habla de él al ir a buscar a una heroína muerta, Escila, en el momento de su muerte.[75] El testimonio más antiguo en las artes visuales nos lleva poco tiempo atrás, hasta el final del siglo VI a.C. De hecho no es descabellado suponer que el pasaje relevante de la *Odisea* forme parte de un añadido posterior al relato épico (como ya afirmaron algunos estudiosos de la Antigüedad), y si esto es así, puede reconocerse un patrón coherente en la épica homérica en el que los

muertos pasan a Hades por sí mismos sin necesidad de un guía o barquero. Puesto que las sombras (*psychai*) son retratadas como seres ligeros que revolotean de un lado a otro como espíritus, es fácil imaginarse que serían capaces de desvanecerse bajo tierra «como el humo» (como hace la sombra de Patroclo tras su visita a Aquiles),[76] y de cruzar volando el río limítrofe y cualquier otra barrera sin dificultad. El alma sale volando como un sueño y se va o sale sigilosa del cuerpo del hombre muerto y parte hacia Hades sin más demora, lamentando su destino.[77]

Sin embargo, en el relato homérico, los muertos que acaban de partir se encuentran con una destacable restricción, puesto que no pueden unirse a la sociedad de los muertos hasta que sus restos terrenales hayan sido enterrados. Cuando la sombra de Patroclo aparece frente a Aquiles, le pide:

> Entiérrame cuanto antes, que quiero cruzar las puertas de Hades. Lejos de sí me retienen las almas, las sombras de los difuntos, que no me permiten unirme a ellas al otro lado del río, y en vano vago por la mansión, de vastas puertas, de Hades.[78]

Cuando Odiseo visita los límites de los Infiernos en la *Odisea*, la primera sombra que se le aproxima es la de su camarada muerto Elpenor, que se queja de que lo han dejado insepulto y pide a su amigo que enmiende la situación, sin duda por la misma razón que Patroclo.[79] La tragedia y otras fuentes sugieren que el enterramiento ya no era una condición previa para entrar en el Hades en época clásica. Este cambio puede haber tenido lugar porque Hermes y Caronte pasaron a ser considerados como los que dirigían el tránsito del mundo de los vivos al de los muertos.

Caronte, el barquero de los muertos, aparece mencionado por primera vez en un fragmento de *Miníada,*[80] una epopeya de datación incierta (probablemente del siglo VI a.C. o algo anterior), y representado en pinturas cerámicas a partir del siglo VI. Hay visiones diferentes sobre su origen, algunas de ellas argumentan que se trataba de una figura muy antigua procedente de la creencia popular, mientras que otras afirman que fue una invención literaria del período arcaico, lo cual parece más probable. También es difícil señalar con exactitud el momento en el que Hermes asumió por primera vez su papel como guía de los muertos (*psychopompos*). Hacia el siglo V en cualquier caso, la versión homérica sobre el tránsito de los muertos había sido desplazada por otra en la que Hermes guiaba a las sombras de los muertos hasta las regiones inferiores, donde Caronte los llevaba cruzando el río que servía de límite (normalmente Aqueronte, en algu-

nos casos Estigia) hasta el mundo de los muertos. Como ya hemos visto, Hermes aparece como guía de los muertos en el texto citado de la *Odisea*, pero si cabe aceptar que el pasaje es un añadido posterior al relato épico (quizá de comienzos del siglo VI), es razonable asumir que al dios se le asignó esta función en algún momento del período arcaico. Aunque los inmortales normalmente evitaban todo contacto con la muerte y los muertos, cabía la posibilidad de imaginar a Hermes, un dios especialmente asociado con los límites y su trasgresión (cf. p. 219), como un dios que no se amilanaría ante el hecho de cruzar la más prohibida de las fronteras, tanto como *psychopompos* o en su más antigua función de mensajero. En el *Himno homérico a Deméter*, por ejemplo, Zeus lo envía a las profundidades para pedir a Hades el retorno de Perséfone al mundo superior.[81] En las ocasiones excepcionales en las que se permitió a algunos muertos visitar el mundo de la superficie, Hermes debía ser su acompañante (como, por ejemplo, en el caso de Protesilao).[82] Cuando actúa como guía de las sombras, Hermes no las conduce a su morada definitiva (excepto en el relato del libro final de la *Odisea*), sino que las lleva al límite con la tierra de los muertos y deja que Caronte las conduzca a través de la frontera final.

En las imágenes más antiguas Caronte aparece casi siempre representado como un hombre increíblemente viejo y de apariencia vulgar, aunque con el paso del tiempo se le retrata más feo y escuálido, como en *Las ranas* de Aristófanes, la *Eneida* de Virgilio y *Diálogos de los muertos* de Luciano.[83] Virgilio lo describe como loco y repulsivo, con una maraña de pelo blanco en su barbilla, ojos fieros y un jubón sucio como vestimenta. Excepto en una dudosa referencia que lo hace hijo de Acmón (un ser que fue en algunos casos considerado el padre de Urano, cf. p. 66), no existe genealogía sobre él, por lo que podría posiblemente ser considerado como un *daimon* o divinidad menor. Su deber es asegurarse de que sólo se permita pasar al mundo de los muertos a los que estén debidamente cualificados. Su único mito propio cuenta que en una ocasión fue encadenado durante un año por llevar en su barca a Heracles vivo (cuando el héroe viajaba a las profundidades a buscar a Cerbero, cf. p. 353).[84] Nunca desplazaba a Cerbero, que se encontraba al otro lado del río, donde los mortales que cruzaban cuando todavía estaban vivos podían calmarlo lanzándole un pastel de miel (una parte de la comida de los muertos, puesto que dichos pasteles eran una forma común de ofrenda). Como el barquero de los muertos esperaba ser recompensado por sus servicios, los muertos eran enterrados con una pequeña moneda en su boca, el óbolo de Caronte. En la tradición etrusca, *Charun*, como se denomina en la lengua local, es un *daimon* de carácter bastante terri-

ble que lleva un pesado martillo para matar a sus víctimas. Caronte sobrevivió en el folclore griego moderno como figura llamada Caro, al que generalmente se le representa montado a caballo y llevando consigo tanto a jóvenes como a viejos.

Los espíritus que se agolpan en los Infiernos son las meras sombras de hombres y mujeres, carentes de lo más esencial que se necesita para una auténtica vida plena. Todo lo que sobrevive de la persona es la tenue *psyche* o «alma-aliento», que parte del cuerpo en el momento de la muerte y va al encuentro de los muertos. La *psyche*, el nombre que está relacionado con la palabra griega para respiración (*psychein*), no se consideraba originariamente como centro de la consciencia, y mucho menos el alma, tal como se entiende en el contexto socrático-platónico y de la religiosidad moderna. Homero nunca utiliza el término en relación con las funciones mentales de los vivos, sino que se refiere al conjunto de «facultades» que dependen del cuerpo en vida para llevar a cabo su actividad (tales como el *thymos*, una especie de alma vital o centro afectivo, el *noos* o entendimiento, y el *phren*, literalmente el diafragma). Por el contrario, la *psyche* es el aliento de partida y el espectro que toma posesión como continuación del ser de la persona muerta. Es tan insustancial como el aliento o el humo, pero se asemeja a la persona muerta en su apariencia exterior, y puede así ser llamado un *eidolon* o doble. Sobre el tema del nivel de consciencia de las *psychai* que han partido hacia el Hades, la épica homérica no es coherente puesto que en algunos casos se sugiere que carecen por completo de inteligencia, mientras que en otros momentos parecen poseer alguna forma de vida consciente, y de este modo son capaces de actuar de forma espontánea (como debía suceder si evitaban que el insepulto Patroclo entrara junto a ellos, o si tenían que acercarse a Odiseo para beber la sangre que había vertido para ellos),[85] pero en ningún caso es éste un territorio en el que se pueda esperar una lógica y coherencia perfectas. Las discrepancias podrían ser interpretadas en términos de perspectivas divergentes, puesto que se puede considerar que las sombras pueden carecer de inteligencia en comparación con los mortales corpóreos, mientras que aún se les tiene que suponer en posesión de alguna forma de consciencia atenuada si son capaces de formar una sociedad y de comunicarse entre ellas. También se ha considerado que éstas son ideas contrapuestas de diferente origen, y que la inconsistencia surge así porque en la épica homérica se preservan juntos distintos estratos de creencia.

Héroes y heroínas con destinos excepcionales.
Los privilegiados que van al Elisio o las Islas de los Bienaventurados

Puesto que los muertos no están sujetos a ninguna forma de juicio póstumo en el relato homérico, la gran masa de ellos comparte un destino común en los Infiernos. Viven juntos como sombras que emiten sonidos ininteligibles, a la manera de los murciélagos en una cueva. Aunque esto ciertamente pareciera una perspectiva poco alentadora, los muertos no tenían que temer nada terrible, fuera cual fuese su comportamiento en la vida previa. Píndaro y Esquilo son los primeros autores que se refieren a un juicio de los muertos que asignaba a los individuos un destino mejor o peor según sus méritos. Esquilo afirma que la sentencia sería ratificada por «otro Zeus», es decir, por el mismo Hades (tal como también se infiere de la vaga referencia de Píndaro a un anónimo «alguien»).[86] Sin embargo, en la tradición posterior a Píndaro, la tarea normalmente recae en Minos y en otros héroes que habían destacado por su justicia durante sus vidas (cf. p. 177). Aunque a Minos ya se le describe en la *Odisea* como el que dispensa justicia entre las sombras con su cetro de oro en la mano,[87] Homero no afirma en ningún caso que las juzgue por aquellos actos cometidos durante sus vidas terrenas. Como rey entre los muertos, simplemente continúa ejerciendo su actividad en la vida póstuma, igual que el cazador Orión lidera una cacería fantasmal en el Hades (cf. p. 720). Sólo en una única conexión, la de los juramentos perjuros, llega Homero a sugerir que la muerte pueda ser castigada en el mundo subterráneo por acciones cometidas en vida. Cuando en una ocasión Agamenón hace un juramento, invoca a Zeus, a la Tierra y al Sol como sus testigos junto con «las Erinias que ejecutan la venganza bajo tierra sobre los hombres cuando alguien jura en falso». Hay un pasaje similar en algún otro lugar de la *Ilíada* que hace referencia al castigo de los perjuros muertos en donde no se nombra a los que ejecutan el castigo.[88]

Si a algunos de los muertos en la versión de Homero se les asigna un destino más o menos favorable del que está reservado a la mayoría de sus camaradas, en ningún caso son mortales comunes sino grandes figuras del pasado mítico que o bien estuvieron especialmente favorecidos por los dioses o, por el contrario, provocaron su odio eterno. Unos pocos, los favorecidos, son llevados al Elisio en cuerpo y alma, un lejano paraíso en el confín de la tierra, mientras que los que ofendieron a los dioses están sujetos a tormentos eternos en el mundo subterráneo. Consideraremos en particular los destinos excepcionales de estos héroes y heroínas, tal y como los presentan Homero y otros autores posteriores, antes

de pasar a analizar los esquemas escatológicos posteriores a Homero en los que a cada mortal se le asigna un destino mejor o peor dependiendo de un juicio *post mortem*.

El Elisio (*Elysium* en latín) aparece mencionado por primera vez en un pasaje de la *Odisea* en el que Proteo, el viejo del mar, profetiza a Menelao que no está destinado a morir, sino a ser trasladado junto a los inmortales a la llanura elisia en el confín de la tierra «donde habita el rubio Radamantis. En ese lugar es dulcísima la existencia de los hombres. No existe allí la nieve ni el denso invierno ni jamás hay lluvia, sino que permanentemente envía el Océano las brisas del Céfiro de soplo sonoro para refrescar a los humanos».[89]

La presencia de Radamantis, cuyo nombre es de origen prehelénico y estaba asociado con Creta (cf. p. 459) ha impulsado a algunos a afirmar que el Elisio era un resto de la religión minoica, pero esto no es cierto. Cualquiera que sea su origen, es una tierra en la que todo es perfecta felicidad, concebida de un modo material aunque no vulgar, y en donde nadie muere. Dado que se corresponde con el estado de las cosas en la edad de oro, el reino de Crono (cf. p. 113), los testimonios posteriores a Homero señalan en ocasiones que Crono era el señor del Elisio, quizá con Radamantis a su servicio.[90] En la narración homérica y, en general, en la tradición arcaica, este lugar de dicha se encuentra en algún territorio lejano en la superficie de la tierra, pero no en el mundo subterráneo, tal y como es lógico suponer, ya que el Hades es el ámbito de las sombras incorpóreas y no el de aquellos que han recibido la inmortalidad. La entrada al Elisio, o las Islas de los Bienaventurados (*makaron nesoi*), como a menudo se llama a este paraíso, se obtiene mediante gracia divina otorgada en especial a los héroes y heroínas cercanos a los dioses. Como se ha mencionado en el pasaje antes citado de la *Odisea*, Menelao recibe este privilegio por ser el esposo de Helena y, por ello, yerno de Zeus. Los que aparecen en las tradiciones posteriores como habitantes del Elisio o de las Islas de los Bienaventurados son principalmente célebres héroes y heroínas de la épica más antigua, como Aquiles, con Medea como consorte en algunos relatos, Diomedes, Peleo, Alcmena y Cadmo.[91]

Se pueden encontrar descripciones líricas sobre las Islas de los Bienaventurados en dos poemas de Píndaro, su *Olímpica II* y un fragmento de uno de sus cantos fúnebres. Cabe citar este pasaje de la *Olímpica II*: «Y allí las brisas oceánicas abrazan las Islas de los Bienaventurados. Las flores de oro relucen, unas y otras brotan de la tierra, de los brillantes árboles y a las demás las nutre el agua, entrelazándose en manos con guirnaldas y coronas, bajo los justos designios de Radamantis, al cual tiene el gran padre y esposo de Rea, de elevado trono

como consejero». También éste de un fragmento de Píndaro: «En prados de rojas rosas, la tierra en las afueras de la ciudad la sombrean árboles de incienso y está cargada de árboles de dorados frutos. Unos se deleitan con los caballos y los ejercicios gimnásticos, otros con los juegos de damas, otros con las forminges, mientras que entre ellos brota dicha floreciente y sobre esa tierra siempre se esparce una grata fragancia, cuando mezclan toda clase de ofrendas con el fuego que de lejos brilla en los altares de los dioses».[92]

En otras palabras, los afortunados que eran enviados a este reino disfrutaban, para siempre y en un entorno ideal, del tipo de vida que los griegos de las clases ociosas mantenían cuando podían, activo y lúdico, incluso extenuante pero sin obligación de trabajar, «pero con iguales días e iguales noches, contemplando siempre el sol, los justos llevan una vida menos fatigosa, sin violentar la tierra con el vigor de sus manos, ni el agua del océano» (tal como afirma Píndaro en algún otro lugar cuando describe un tipo de casa a medio camino de este paraíso).[93]

Otro hogar para los muertos privilegiados era Leuce (la isla Blanca) que servía como lugar de retiro para los grandes héroes de la guerra de Troya. Originariamente un emplazamiento puramente mítico como las Islas de los Bienaventurados, fue posteriormente identificada con una pequeña isla del mar Negro cerca de la desembocadura del Istro (Danubio). En la *Etiópida*, un poema épico perdido del ciclo troyano, se decía que Aquiles, tras su muerte, había sido enviado allí por su madre, la diosa Tetis (cf. p. 605). En la tradición posterior, Patroclo y Antíloco, así como los dos Áyax (Telamonio y Oileo) se cuentan entre sus habitantes, al igual que Helena (o Medea), como esposa de Aquiles.[94] Para conocer la historia de un griego del sur de Italia del que se supone que visitó la isla y conoció algunos de sus fantasmales habitantes en tiempos históricos, cf. p. 746.

En su narración de las cinco razas, Hesíodo afirma que algunos de los miembros de esta quinta raza (a la que pertenecían los grandes héroes de la leyenda) fueron enviados por Zeus a las Islas de los Bienaventurados (cf. p. 114).

En la tradición original, Elisio estaba situado en el mundo superior ya que se consideraba que la continuidad de la vida física era esencial para una existencia vigorosa y agradable; pero cuando se desarrolló la idea de que la gente corriente podía obtener un mejor destino para sí en la vida postrera a través de una vida virtuosa o siendo iniciado en ciertos cultos, se tomó prestada la imaginería que se asociaba tradicionalmente a este paraíso terrenal para describir la parte del Mundo Inferior en la que los muertos virtuosos esperaban vivir. En la tradición posterior, Elisio se utilizó como nombre para esa región específica del Mundo Inferior, como en la

Eneida de Virgilio.[95] No hace falta decir que toda esta concepción quedó transformada como consecuencia de ello.

Héroes y heroínas muertos que sufrieron crueles castigos en los Infiernos

Si algunos de los especialmente queridos por los dioses fueron enviados a un paraíso terrenal como alternativa a la muerte, otros que los habían ofendido especialmente fueron sometidos a torturas crueles e ingeniosas en los Infiernos tras ella. Aquí, de nuevo, las primeras concepciones no tienen un carácter ético en su sentido más estricto, puesto que aquellos seleccionados para dichos castigos no son en general los peores entre los malvados, sino simplemente ciertas personas que suscitaron el odio de los dioses. Odiseo ve durante su visita a los Infiernos a tres infractores que sufren tal trato. Primero encuentra al gigante Ticio que yace tumbado en el suelo con sus miembros estirados y atado de tal modo que es incapaz de espantar a los dos buitres que picotean su hígado, uno a cada lado —su ofensa consistía en haber intentado violar a Leto, la madre de Apolo y Ártemis (cf. p. 207)—;[96] luego a Tántalo, un rico rey lidio (cf. p. 646) sometido a hambre y sed eternas en circunstancias cruelmente frustrantes, ya que permanece en un estanque lleno de agua que le llega hasta la barbilla pero que desaparece sin dejar rastro cada vez que intenta beber de ella; asimismo, árboles cargados de fruta de todo tipo extienden sus ramas sobre su cabeza pero un golpe de viento siempre los pone fuera de su alcance cuando intenta agarrar sus frutos.[97] Odiseo no ofrece un relato de su crimen y puesto que los autores posteriores discrepan sobre este asunto, e incluso sobre la naturaleza de su castigo, volveremos a este tema tras tomar en consideración al último de los pecadores homéricos: Sísifo, antiguo rey de Corinto, es condenado a llevar rodando una enorme piedra hasta lo alto de una colina sin posibilidad de descanso o liberación puesto que, cuando está a punto de alcanzar la cumbre, el peso de la roca lo hace retroceder y ésta vuelve rodando al pie del monte. Una vez más, la *Odisea* no explica su crimen. Según Ferécides, su tarea fue impuesta por Hades ya que cuando murió la primera vez había conseguido escapar al mundo superior por medio de un engaño (cf. p. 559); en ese caso su castigo tiene también una función práctica puesto que apenas puede intentar otra evasión si siempre está llevando a cuestas su piedra. Según otra versión, esta tarea le fue impuesta por Zeus porque había dicho al dios-río Asopo que Zeus había raptado a su hija Egina (cf. p. 633).[98]

En los *Nostoi*, un poema épico del ciclo troyano perdido, Tántalo sufría un castigo sensiblemente diferente del descrito en la *Odisea*, puesto que Zeus había dejado una piedra suspendida sobre su cabeza que amenazaba con caer si intentaba acercarse a las cosas buenas que se le ponían delante.[99] En relatos posteriores, así como en las artes visuales, esta versión se combina con bastante frecuencia con la encontrada en Homero.[100] En *Nostoi* se explicaba que Tántalo había sido invitado a vivir con los dioses y se le había permitido pedir aquello que más deseara, pero cuando, de manera presuntuosa, pidió disfrutar de la misma vida que los dioses, Zeus se enfadó tanto que cumplió su promesa de un modo puramente formal al asegurarle cosas buenas de todo tipo pero en tales circunstancias que nunca podría disfrutarlas. En un relato más siniestro, que tiene que haber sido mucho más antiguo puesto que era conocido por Píndaro, él intentó probar la omnisciencia de los dioses sirviéndoles en una fiesta la carne de su hijo Pélope. Sin embargo, ellos reconocieron la naturaleza de la carne y devolvieron a Pélope a la vida (ver más en p. 647), y al autor del crimen se le hizo penar por ello en los Infiernos.[101] Píndaro hace mención del relato sólo para rechazarlo puesto que no es posible creer que los dioses pudieran haber estados involucrados en tales artimañas de mal gusto. Propone en cambio que Tántalo sufrió su castigo porque robó algo de néctar y ambrosía (alimento divino de los dioses, cf. p. 128) para compartirlo con sus camaradas mortales.[102] En otra versión, que menciona por primera vez Eurípides, traicionó la camaradería de los dioses al revelar sus secretos a los mortales.[103] Finalmente, en versiones que son claramente de origen tardío, sufrió el castigo por haber raptado a Ganímedes (acción normalmente atribuida a Zeus, cf. p. 672), o por negar que el Sol era un dios, alegando por otro lado que era una masa de materia incandescente (una herejía que se atribuyó en un principio a Anaxágoras, filósofo del siglo V a.C.).[104]

Debe cuestionarse ahora si el castigo asignado a cada uno de esos infractores pretendía reflejar la naturaleza particular de su ofensa. Esto ciertamente parece haber sido el caso con Ticio, puesto que el hígado era a menudo considerado como el asentamiento de los deseos en tiempos antiguos; y si este concepto estaba todavía vigente en la época de Homero, se valoraba que a Ticio se le hiciera sufrir en la parte propia con la que había manifestado su lujuria hacia Leto. A Tántalo, por su parte, lo habían admitido a la mesa de los dioses, pero él había abusado del privilegio, por lo que encaja perfectamente que no fuera únicamente castigado a sufrir hambre y sed sino a sufrir en tal medida que fuera consciente de forma permanente y dolorosa de su cambio de fortuna. Ésta es claramente la

moraleja que se extraería de su castigo en *Nostoi*, y es razonable asumir que el público de Homero lo habría interpretado de un modo similar. La significación del castigo de Sísifo es en principio menos obvia. De las varias explicaciones que se han sugerido, la más plausible la vincula con la naturaleza particular de su crimen, al igual que en los casos precedentes; puesto que sufrió su castigo (al menos en una versión) al haber burlado la muerte al escapar e ir de vuelta al mundo superior, podría vislumbrarse un significado simbólico en el proceso por el que es constantemente detenido y obligado a volver cada vez que intenta iniciar su ascenso.

Castigos equiparables fueron impuestos a otros malvados en la tradición poshomérica, aunque ninguno ha sido tan célebre por sus sufrimientos como este trío homérico, aparte quizá de Ixión. Aunque la leyenda de su crimen puede haber sido bastante antigua, no queda ninguna prueba evidente anterior al siglo V a.C. Sabemos que intentó seducir a Hera y fue por ello atado a una rueda y se le hizo girar por el aire sobre ella (cf. p. 712). Aunque pudo haber sido llevado por el aire en el relato original, su castigo se trasladó a los Infiernos en cierto momento del período helenístico y debe admitirse que su estancia en compañía de Tántalo y Ticio es perfectamente posible.[105] Según una tradición anterior que aparece en un poema épico primitivo, la *Miníada*, Anfión fue castigado en el Hades de forma no determinada por haberse burlado de Leto y de sus hijos[106] (una ofensa atribuida sólo a su esposa Níobe en la mayoría de versiones, cf. p. 218). Salmoneo aparece por primera vez con este grupo en la *Eneida*.[107] Como gobernante mítico que intentó usurpar las funciones y privilegios de Zeus (cf. p. 548), encaja aquí tan bien como Ixión. Otros héroes mencionados en fuentes romanas entre los muertos que sufrieron tormentos, aunque no aparecen en ninguna de las fuentes griegas que han llegado hasta nuestros días, son Flegias, que osó atacar el templo de Apolo en Delfos[108] y los Alóadas, que emprendieron el asalto contra el cielo (cf. p. 139).[109]

En la tradición posterior, las Danaides, grupo de antiguas princesas de la Argólide, se añaden con frecuencia a aquellos que son obligados a llevar a cabo tareas inútiles en los Infiernos. Como castigo por haber asesinado a sus maridos, deben ir a buscar agua en cántaros agujereados, o llenar un gran cuenco de agua mientras que el líquido sale continuamente por un agujero que hay en el fondo. El pseudoplatónico *Axíoco* (probablemente del s. I a.C.), proporciona la primera prueba definitiva de este castigo, que menciona junto con los impuestos a Tántalo, Ticio y Sísifo.[110] La traída inútil de agua se recoge como tarea para los muertos en un

período mucho anterior a éste, puesto que la cerámica a partir del fin del siglo VI a.C. en adelante muestra en ocasiones pequeñas figuras aladas que se esfuerzan por llenar una urna que gotea. Sin embargo, está comúnmente aceptado que esas imágenes no tienen nada que ver con las Danaides, puesto que aparecen figuras masculinas junto a las femeninas. Cuando Pausanias describe la pintura de Polignoto sobre el infierno, fechada en el siglo V a. C., menciona que aparecen dos mujeres llevando agua en cántaros rotos a las que se había identificado en una inscripción como mujeres que habían fracasado en la iniciación a los misterios.[111] Éste es posiblemente el significado original del motivo: tal iniciación debería haber asegurado a esas mujeres o a otras como ellas un destino mejor en la vida postrera, pero ahora es demasiado tarde para recibir algo distinto por más que su deseo sea enorme. La imaginería no es difícil de interpretar si se recuerda que iniciados posteriores tenían que tomar un baño purificador antes de su iniciación. Cuando esto se trasladó a las Danaides en la tradición posterior, su tarea inútil viene a simbolizar su esfuerzo fútil para conseguir agua que las purifique de su culpa de sangre.

Ocno realiza otra tarea inútil en los Infiernos, trenzando constantemente una cuerda que siempre es devorada por un burro que está detrás de él (o a su lado). Dado que su nombre significa «duda» o «vacilación», su actividad póstuma sin duda se debe interpretar con el mismo sentido que los porteadores de agua anónimos, ilustrando la situación apurada de aquellos que han abandonado la iniciación hasta que es demasiado tarde. Aparece con su burro en la pintura de Polignoto. En el tiempo de Pausanias, algunos explicaron la imagen en términos de fábula y decían que se refería al destino de Ocno durante su vida como un hombre trabajador con una esposa muy estrafalaria que gastaba todas sus ganancias tan pronto como él las llevaba a casa.[112]

El significado de estos castigos míticos cambia con la evolución de la tradición. En el relato homérico, el destino de los que sufrían el suplicio (así como de las personas que son enviadas a Elisio) es absolutamente excepcional y no puede ser interpretado como un aviso a la gente corriente, que podrían llegar a compartir un destino común en la vida postrera. Sin embargo, con la evolución del concepto en el que habría un orden de justicia dominante por el que se esperaba que los muertos comunes fueran juzgados en otro mundo por crímenes cometidos en éste, el sufrimiento de los infractores muertos del mito adquiriría naturalmente una significación ejemplarizante. En la descripción de Virgilio del lugar infernal de castigo, se retrata a Flegias gritando palabras de aviso en la penumbra, llamando a los otros para que, aprendiendo de su ejemplo, se comporten rectamente y no menosprecien a ningún dios.[113] Además, debe seña-

larse que originalmente no había un lugar determinado de castigo que pudiera ser descrito como infierno; en la *Odisea*, Odiseo ve a Tántalo, Ticio y Sísifo padeciendo sus sufrimientos entre las sombras, en el lugar común de los muertos. Por otro lado, en esquemas escatológicos posteriores que implican el juicio de los muertos, se llegó a considerar que los muertos dignos e indignos se consignaban en diferentes regiones de los Infiernos, una sería luminosa y dichosa y sombría y dolorosa la otra. Desde el tiempo de Platón el lugar de castigo o corrección (o la peor parte de él) se denomina frecuentemente Tártaro. Este uso supone un cambio en el significado, al igual que cuando se denomina Elisio a la residencia de los muertos virtuosos, puesto que Tártaro fue en origen un lugar totalmente separado que servía como prisión de deidades desterradas (cf. p. 55).

Desarrollo en la creencia escatológica y la idea de un juicio de los muertos

La evolución de la mitología de los Infiernos a lo largo de los siglos se vio enormemente afectada, de modo inevitable, por los avances en las creencias escatológicas, tanto en la sociedad griega en general como en círculos más estrechos dentro de ella. Aunque intentar llegar a trazar estas líneas de desarrollo con cierto detalle nos llevaría muy lejos de nuestro camino, debe decirse algo sobre las tendencias más generales. En relación al destino de los muertos en la vida postrera, subsistieron durante el período clásico dos concepciones paralelas: la más antigua sugería que los muertos seguían diferentes destinos, según sus méritos. En la antigua creencia encontrada en Homero, tal como se ha resumido anteriormente, los muertos vivían juntos en un nivel inferior dentro de un mismo entorno de penumbra como sombras en un estado de mayor o menor consciencia. Incluso si una persona era destinada a esta desmedida vida no tenía nada que temer, pues la perspectiva era absolutamente deprimente. Aquiles declara en la *Odisea* que preferiría ser el siervo vivo más humilde que el rey de todos los muertos.[114] En la época clásica, por otro lado, se desarrolló una visión por la que se suponía que los muertos podrían ser recompensados o castigados según su comportamiento durante sus vidas terrenas, o que la gente se aseguraba un destino mejor en la vida postrera si se introducía en ciertos ritos iniciáticos. En ese caso, se genera un panorama de luz y sombra, puesto que unos serán destinados a un final más brillante, seguramente en una región más luminosa de los Infiernos y otros a un fin más oscuro. Respecto a esto, los misterios, especialmente los de Eleusis, ejercían una influencia considerable. La mayor parte de los

atenienses y muchos griegos de cualquier lugar eran iniciados en Eleusis y parece que los ritos eran efectivos, puesto que dotaban a los iniciados con la seguridad subjetiva de que todo les iba a ir bien en la vida postrera. Sin embargo, en la fe escatológica de Eleusis, las consideraciones estrictamente éticas permanecían en gran medida en un segundo plano. Al considerar cómo se llegó a imaginar que en la otra vida los buenos serían recompensados y los malos castigados, se deben tener en cuenta ciertos aspectos en la simple evolución del sentimiento moral. Puesto que a menudo el mal es recompensado en este mundo y los buenos suelen sufrir, se llegó a suponer que las cuentas deben saldarse en la otra vida si es que hay algún orden justo. Como veremos, tales ideas fueron realmente comunes dentro del período clásico, y marcaron un avance respecto a la cruel idea de que los crímenes de los individuos se castigarían en sus hijos o descendientes. También merecen señalarse varias creencias escatológicas de naturaleza no ortodoxa que se desarrollaron en círculos relativamente pequeños de pitagóricos, órficos y báquicos a partir del período arcaico. Aunque los factores rituales también fueron aquí importantes, los miembros de tales círculos normalmente creían que era necesario llevar una vida de bondad y pureza si se quería obtener buena fortuna en la otra vida.

Entre los pitagóricos y otros que aceptaban la idea de la trasmigración de las almas, se crearon esquemas escatológicos en los que se consideraba que el alma llevaba a cabo renacimientos sucesivos, y vivía alternativamente en un cuerpo terrenal y en el otro mundo; también se consideraba que pasaba por los equivalentes al infierno, purgatorio y paraíso tras la encarnación terrenal. Estas ideas encontraron camino en la literatura más elevada y en la cultura en general a través de los escritos de autores como Píndaro, y sobre todo por Platón. Así, en la *Olímpica II* de Píndaro, que ha sido citada parcialmente con anterioridad, aquellos que han vivido una vida justa y piadosa en este mundo disfrutarán una vida tranquila allá abajo, en una región donde el sol brilla para siempre, mientras que los malhechores serán sometidos a castigo. El alma retorna entonces al mundo superior y aquel que mantenga su alma libre de todo mal a ambos lados de la tumba durante tres ciclos sucesivos pasará al lugar paradisíaco descrito anteriormente.[115] Este relato refleja un esquema de creencia en el que se considera que el hombre, caído de su origen divino, ha entrado en un ciclo de reencarnación del que finalmente podrá escapar a través de una conducta virtuosa combinada con ciertas obligaciones rituales, con la esperanza de conseguir una condición de felicidad absoluta y eterna. Platón debe mucho a las enseñanzas órfico-pitagóricas en la configuración de la imaginería y esquema de sus grandes

mitos escatológicos, mientras que posteriormente otras creencias religiosas y cuasi-religiosas fueron añadiendo contribuciones. Cuando las ideas originales homéricas se fundieron con ideas posteriores de origen diverso, autores del tiempo de Platón en adelante llegaron a ofrecer curiosas descripciones mixtas de la otra vida, acompañadas por relatos cada vez más elaborados y precisos de la topografía del Hades.

Como ya se ha mencionado, Píndaro y Esquilo son los primeros autores que hacen una referencia concreta a un juicio de los muertos (cf. p. 168) y autores posteriores generalmente han aceptado que el juicio lo llevaban a cabo mortales que habían sido excepcionalmente justos durante sus vidas terrenas, mas no el mismo Hades. Los tres héroes míticos a los que habitualmente se les atribuye este honor, Minos, Radamantis y Éaco, son identificados por primera vez como jueces infernales en los escritos de Platón (que murió en 347 a.C.).[116] Puede deducirse del lenguaje que utiliza en este contexto que éstos eran nombres tradicionales para los jueces, probablemente derivados de la mitología asociada con los Misterios de Eleusis. En la mitología convencional, Minos y Radamantis eran dos antiguos miembros de la familia real cretense, famosos por su justicia y su sabiduría como legisladores (cf. p. 169), mientras que Éaco había sido rey de Egina, parangón de rectitud que a menudo actuaba como árbitro en disputas (cf. p. 684). Platón añade el héroe eleusino Triptólemo (cf. p. 187) a la lista en su *Apología*, junto con «otros semidioses que vivieron vidas justas»,[117] pero Triptólemo rara vez figura posteriormente en este papel. Algunos autores asignan funciones distintas a los jueces siguiendo un criterio propio. Por ejemplo, Platón sugiere en *Gorgias* que Radamantis juzga a los muertos asiáticos y Éaco a los europeos, mientras que Minos tiene la última palabra si el juicio necesita ser revisado. En la *Eneida* de Virgilio, Minos preside una corte infernal que examina los casos de aquellos que han sido condenados a muerte por falsos cargos, mientras que Radamantis juzga las faltas de los malvados en otra región de los Infiernos.[118] A veces se dice que a Éaco le encomendaron tareas de otro tipo, como la de portero del Hades (o amo de llaves, que viene a ser casi lo mismo).[119] Algunos autores siguen a Homero en la creencia de que Radamantis pasó su vida póstuma en Elisio o en las Islas de los Bienaventurados (cf. p. 169).[120]

Los muertos son consignados por estos jueces a una región mejor o peor de los Infiernos según sus méritos y así a un destino mejor o peor en la otra vida. En términos generales, la residencia y modo de vida de los muertos favorecidos son descritos según la imaginería tradicionalmente asociada con Elisio o las Islas de los Bienaventurados. Los muertos indignos son condenados a la

penumbra, al destino común de los muertos en el relato homérico, y quizá a trabajos forzados así como a alguna forma de correctivo o castigo. Si se hace debida excepción de los destinos crueles que tradicionalmente se asignaban a unas pocas figuras notables del mito, los relatos griegos sobre el castigo de los muertos son muy limitados en comparación con los que en algún momento fueron habituales en la tradición cristiana. Apenas hay referencia directa a la aplicación de tormento físico hasta por lo menos el período romano. Esos castigos, tal como fueron recogidos en relación a Eleusis, son de naturaleza simbólica; el impuro se arrastrará en el lodo,[121] los no iniciados lucharán en vano por llevar agua purificada en vasijas agujereadas (cf. *supra*). Sin embargo, la imagen se oscurece en cuanto avanza el período helenístico. En pintura cerámica del sur de Italia, a las Erinias (Furias) o las Poines (Vengadoras) que son prácticamente lo mismo, se las podía ver aplicando castigos a los muertos con látigos o antorchas encendidas. El seudoplatónico *Axíoco* (probablemente de siglo I a.C.) señala que los malvados pagarán eternamente por sus pecados en el Tártaro, donde son «lamidos por las bestias, constantemente quemados por las antorchas de las Poinas, y sometidos a todo tipo de tormento».[122] En la literatura del período romano, los monstruos míticos se presentan algunas veces como agentes de retribución. Por ejemplo, en *Diálogos de los muertos* de Luciano, el muerto Minos ve cómo un ladrón de templos es despedazado por la Quimera.[123]

Eso no quiere decir que los miedos populares sobre castigos crueles en los Infiernos no hayan sido atestiguados en la literatura anterior. Por el contrario, hay buenas razones para suponer que tales aprensiones estaban bastante extendidas en tiempos clásicos. En la *República* de Platón, por ejemplo, el anciano mercader Céfalo señala a Sócrates que muchos viejos como él se sienten intranquilos frente a la muerte puesto que empiezan a preocuparse por si las historias que se cuentan sobre el mundo inferior y los castigos que se aplican allí por los errores cometidos aquí, podrían ser ciertas.[124] Una de las frases de Demócrito apunta en la misma dirección: «Algunas personas que no saben nada sobre la disolución de la naturaleza mortal pero que están bien familiarizados con las malas acciones en la vida, padecen en el período de su vida preocupaciones y miedos al inventar cuentos falsos sobre qué seguirá al final de su vida».[125] La descripción de Pausanias sobre la pintura de los Infiernos de Polignoto da una idea sobre cómo los griegos llegaron a imaginar castigos por ofensas muy graves. En una escena se muestra a un hombre que ha sido malvado con su padre y que es estrangulado por éste cuando llega al mundo de los muertos; en otra, un ladrón de templos recibe un castigo de una mujer, quizá una Eri-

nia, que (tal como Pausanias nos cuenta) sabía todo sobre drogas y especialmente sobre aquellas que podían causar sufrimiento a los hombres.[126] Temores populares a las bestias, espectros y *daimones* de los Infiernos encuentran poco reflejo en la literatura de más alto nivel. Por ejemplo, no sabríamos nada del repulsivo Eurínomo, si Pausanias no se hubiera referido a él en relación con la pintura de Polignoto. Este *daimon* de los Infiernos, que devoraba la carne de los muertos dejando sólo sus huesos tenía un color entre azul y negro, como una mosca carroñera, con dientes a la vista bajo una mueca y utilizaba una piel de buitre como asiento.[127] En *Las ranas* de Aristófanes, rica fuente de sabiduría antigua sobre los Infiernos, Dioniso y su esclavo Jantias temen encontrarse con monstruos horribles tras pasar el río en barca y llegar al Hades, y se alarman al encontrar a Empusa, un espectro femenino de rostro luminoso y una pierna de cobre.[128]

Relato de Virgilio sobre el descenso de Eneas a los Infiernos

Como hemos comenzado con el relato de Homero sobre los Infiernos, podemos concluir con una narración épica del período romano, en concreto la ofrecida por Virgilio en el libro sexto de la *Eneida*, que testimonia el desarrollo ocurrido. Al describir el modo en el que Eneas pasa por las distintas regiones de los Infiernos en compañía de la Sibila de Cumas, Virgilio proporciona el relato más claro, elaborado y coherente que se puede encontrar de todos los escritos después de Platón. Para conseguir entrar en los Infiernos, Eneas toma una rama dorada de un árbol especial cerca de Cumas siguiendo el consejo de la Sibila, y lo lleva consigo como ofrenda a Proserpina (Perséfone). Se sugiere en fuentes posteriores que cortó la rama de la arboleda de Diana en Aricia, arrancándola del famoso árbol custodiado por el «rey» de la arboleda.[129] Tras bajar por una cueva cerca del lago Averno, Eneas y la Sibila encuentran dos grupos horribles en el umbral del Hades: el primero consiste en personificaciones de lo más terrible de la vida (tal como el Miedo, el Hambre, la Muerte, la Guerra y otros que son descritos como miembros de la familia de la Noche en la *Teogonía* de Hesíodo) y el segundo está formado por los monstruos tradicionales de forma híbrida, como la hidra, la Quimera y los Centauros, las Harpías y Gorgonas, o al menos la sombra de ellos. Los habitantes temporales de esa región eran las sombras de los muertos insepultos que tenían que permanecer en el lado más cercano del río infernal durante cien años hasta que les cruzaran al mundo de los muertos.[130]

Tras hacer su viaje cruzando el río-frontera (aquí la Estigia) a bordo de la barca de Caronte, Eneas y su acompañante llegan frente al Cerbero de tres cabe-

zas, pero la Sibila lo duerme rápidamente al arrojarle un pastel de miel en el que ha introducido adormideras. Luego continúan por un camino que pasa por varias regiones o zonas en las que se refugian aquellos muertos que no están ni en el Elisio ni en el Tártaro. Todas son gentes que han muerto antes de tiempo por diferentes razones. Primero, en la misma entrada, pueden oírse las almas de niños muertos lamentando su suerte. En la zona siguiente vienen aquellos que han sido condenados a muerte sobre acusaciones falsas, pero están recibiendo un juicio justo en un tribunal convocado por Minos; luego vienen aquellos que han muerto por su propia mano (aunque ahora estuvieran deseando soportar cualquier sufrimiento bajo la luz del sol si les fuera posible encontrar el camino de vuelta a través de los anillos concéntricos de la Estigia); la cuarta zona está formada por los Campos de la Aflicción (*Campi Lugentes*), el doloroso hogar de los que han desaparecido por amor o han perecido a consecuencia de ello. Finalmente, en la zona más interior, están los guerreros que han tenido una muerte gloriosa en la batalla. Eneas y su acompañante llegan entonces a un lugar donde el camino se divide, hacia el Tártaro por un lado y hacia el Elisio por el otro.[131]

Ambos bordean la entrada del Tártaro; entre medias, el Piriflegetonte, el río en llamas del infierno. Se oyen los aullidos y gritos de los condenados a través de la entrada al Tártaro, y se puede ver a Tisífona, la guardiana, sentada en una torre de hierro junto a la puerta, vestida con un traje ensangrentado. La Sibila cuenta que Tisífona, con la ayuda de sus hermanas las Furias, castiga con el látigo a los muertos más malvados una vez que han sido sentenciados por Radamantis. Luego informa a Eneas sobre los sufrimientos que se imponen a algunos héroes míticos, como Tántalo, Ixión y Flegias (cf. *supra*) y también a los Titanes (que ahora se encuentran en el mismo lugar puesto que el Tártaro ha llegado a ser considerado como parte de los Infiernos). Virgilio resume el carácter de los habitantes del Tártaro, de forma más sucinta, con la expresión *ausi omnes immane nefas ausoque potiti*, «todos ellos emprendieron algún monstruoso empeño y acabaron realizándolo».[132] Se refiere en concreto a la violación de los lazos más cercanos de relación sanguínea y obligación social, traición contra la patria, abuso grave de poder y ofensas directas contra los dioses.[133] En la Antigüedad pocos deben de haber estado en desacuerdo con este relato. Al final de su viaje, Eneas y la Sibila llegan al Elisio, el hogar luminoso y feliz de los muertos justos. Aquí Virgilio sitúa, entre otros, a importantes patriotas y guerreros renombrados, sacerdotes y poetas de inspiración por encima de lo común.[134] En este punto dejamos a Eneas, antes de que dé su visión anticipada de la historia futura de Roma.

Hades, Perséfone y Deméter

Volviendo al dios Hades, éste tiene un único mito de primer orden, en el que se cuenta cómo se aventuró en el mundo superior para raptar a Perséfone como su prometida. En otros casos rara vez abandonaba su reino, si no es nunca. Posiblemente como resultado de una falsa interpretación de un pasaje de la *Ilíada*, se llegó a creer que había sido herido por Heracles en Pilos mientras estaba apoyando al rey de esa ciudad contra el héroe[135] (vid. *infra* p. 368); y según un mito menor de una fuente muy tardía, una vez raptó, en el mundo superior, a una ninfa del océano llamada Leuce para convertirla en su amante, y quedó tan desconsolado cuando ella murió después de un tiempo que creó el álamo blanco (*leuke*) que crecería en su memoria en los campos Elíseos (aquí considerados como parte de los Infiernos).[136] Si Hades no era muy partidario de aventurarse en el mundo superior, sus camaradas dioses, que evitaban todo contacto con la muerte y los muertos, no tenían ningún deseo de visitarlo en sus dominios, con la excepción de Hermes, que se aventuraba allí cuando sus obligaciones como mensajero lo exigían (también llevaba a los muertos al río-frontera, vid. *supra*). Hades apenas tenía nada que ver con los asuntos de los mortales vivos; como mucho, se sugiere en dos pasajes de la *Ilíada* que él y Perséfone pueden acudir, a través de la intermediación de las Erinias (Furias), si los mortales les invocan para que cumplan maldiciones (cf. p. 74).[137] Los pocos héroes que se atrevieron a descender vivos a su reino quedaban sometidos a su dominio: en algunas ocasiones se muestra benévolo, como en el caso de Heracles y Orfeo (cf. pp. 353 y 708), y a veces no tanto, como en el de Teseo y Pirítoo (cf. p. 470). Hades también aparece en el mito heroico dentro de historias en las que concede permiso para ausentarse a héroes como Protesilao (cf. p. 582) y Sísifo (que abusó del privilegio, cf. p. 559).

Hades rapta a Perséfone y la convierte en su prometida, aunque finalmente le obligan a compartirla con su madre

Hades decidió casarse con Perséfone, la única hija de su hermana Deméter, diosa del cereal y en general de la agricultura, así como la patrona de los Misterios de Eleusis. Dado que él raptó en secreto a Perséfone en el mundo superior, su madre quedó totalmente desconsolada por su desaparición y estaba dispuesta a recuperarla de cualquier modo. Esta antigua leyenda que habla del rapto y

sus consecuencias es el mito principal de Deméter así como el de Hades y de la misma doncella. Al final, se impuso un acuerdo por el que Perséfone pasaría parte del año en el reino subterráneo con Hades y parte en el mundo superior con su madre. Perséfone es, por tanto, una diosa ambivalente, puesto que es a la vez la impresionante reina de los muertos y la diosa de la fertilidad de la tierra en unión con Deméter. A menudo aparecía estrechamente asociada con su madre en el culto, hasta el punto en que se podía hacer referencia a ambas como las Dos Diosas (*to Theo*) o las dos Deméter o las dos Tesmoforias. Se conocía también a Perséfone en el culto como *Kore* (la Muchacha). Aunque la última parte del nombre de Deméter significa sin duda «madre», el significado de la primera sílaba es objeto de conjeturas. La idea, en algún momento popular y ya común en la Antigüedad, de que el nombre significaba «Madre Tierra» ha llegado a considerarse erróneamente fundada.

La historia del rapto de Perséfone se relata tal como sigue en el *Himno Homérico a Deméter*, que proporciona la primera versión más completa. Mientras la muchacha recoge flores con sus acompañantes, Tierra hace que crezca una flor maravillosa en su camino a petición de Hades, un capullo de tamaño y belleza incomparables. Cuando Perséfone se acerca para agarrarla, la tierra se abre y Hades emerge en su carro dorado para atraparla y llevarla en dirección a los Infiernos. Aunque el Himno nombra un lugar puramente mítico, la llanura Nisia, como sitio del rapto, en la tradición posterior el incidente normalmente tiene lugar en Sicilia. Sólo Hécate y Helios oyeron los gritos de Perséfone. Su madre pronto se inquieta y sale corriendo en su busca pero no logra saber nada sobre su paradero ni a través de dioses ni de mortales, pájaros o augurios. A continuación, enciende dos antorchas (de las llamas del Etna según la tradición posterior) y sale a recorrer el mundo durante nueve días, ayunando todo el camino hasta que encuentra a Hécate que le dice que había escuchado el llanto de su hija. Las dos diosas consultan al dios-sol Helios, que puede ver todo desde su posición privilegiada en el cielo. Cuando Helios revela que es Hades quien ha raptado a Perséfone con la complicidad de Zeus, Deméter se enfada y se disgusta tanto que abandona la compañía de los dioses y se esconde entre los mortales disfrazada de anciana.[138]

Tras un largo tiempo errante, llega a Eleusis (en el noroeste de Atenas) y se sienta junto a un pozo llamado Partenion (el Pozo de la Doncella). Cuando las hijas de Céleo, el rey de la ciudad, la ven sacando agua, se dirigen a ella cortésmente y le señalan que las mujeres de la ciudad estarán encantadas de darle la bienvenida. Ella les hace creer que ha sido raptada en Creta por unos piratas y

les pide que la ayuden a encontrar algún trabajo. Las muchachas consultan a su madre, Metanira, que les indica que comuniquen a la anciana que puede ser el ama de cría de su bebé Demofonte. Después de entrar en el palacio, Deméter se queda sentada en un silencio desconsolado hasta que su ánimo mejora gracias a las bromas de un poema que la hace reír por vez primera desde la pérdida de su hija. Cuando después Metanira le ofrece vino, ella, por el contrario, pide *kykeon*, bebida que contiene harina de cebada y menta poleo. El humor obsceno y la burla tenían su lugar en los Misterios de Eleusis, como también lo tuvo el uso del *kykeon* como bebida ritual. En versiones de la tradición posterior, una mujer llamada Baubo es quien provoca la risa de la diosa al levantarse las faldas y enseñar sus genitales.[139]

Para agradecer a Metanira su amabilidad, la diosa se propone conferir inmortalidad a su lactante, frotándolo con ambrosía cada día y sumergiéndolo en el fuego cada noche para hacer que se consuma todo lo que es mortal en su cuerpo. Su plan funcionó satisfactoriamente hasta que un día Metanira la descubre metiendo al niño en el fuego por la noche y grita espantada. Enfurecida por esta interferencia inesperada, la diosa arroja al niño al suelo y regaña a la reina, diciéndole que ella es Deméter y que podía haber hecho inmortal a su hijo si no se hubiera entrometido. Entonces, la diosa recupera su forma y exige que se instituyan ritos en su honor en Eleusis. Predice, además, que los hombres jóvenes de la ciudad organizarán en el futuro en honor de aquel al que había amamantado una batalla simulada en Eleusis. Finalmente promete que, una vez que sus peticiones sean cumplidas y se haya erigido un templo en su honor, instruirá a las gentes de Eleusis en sus ritos secretos, que serán ampliamente conocidos allí, en días futuros, como los famosos Misterios de Eleusis.[140]

Mientras Deméter se ausenta del Olimpo y en su tiempo de luto, la tierra se vuelve infértil y es asolada por el hambre, puesto que sin el concurso de la diosa nada puede crecer o alcanzar la madurez. Tras la construcción de su templo en Eleusis, Deméter permanece allí afligida durante un año más, hasta que los dioses sienten miedo de que la raza humana muera de hambre y ellos se vean entonces privados de sus sacrificios. Por ello, Zeus envía a Iris, la mensajera divina, a pedir a Deméter que vuelva al Olimpo, pero la diosa se niega a obedecer. Cuando envía a los otros dioses a visitarla y uno tras otro le ofrecen hermosos regalos, ella no cambia de parecer y declara que no volverá a poner nunca el pie en el Olimpo, ni hará que las cosechas crezcan hasta que no vea a su hija con sus propios ojos. Al enfrentarse con este ultimátum, Zeus se ve obligado a enviar a Hermes al señor de los Infiernos para pedirle que libere a Per-

séfone. Hades accede a la petición de su hermano pero en secreto invita a Perséfone a comer una semilla de granada (o semillas en otras versiones) antes de partir, como modo de asegurarse de que ella seguirá ligada a su reino para siempre. Cuando, una vez reunidas madre e hija, Deméter se entera de esto entiende que tiene que llegar a un acuerdo y accede a la propuesta de Zeus: Perséfone pasará un tercio del año en el mundo inferior como esposa de Hades y los otros dos tercios con su madre y los dioses del Olimpo. En algunas versiones posteriores, se afirma que Perséfone pasa la mitad del año abajo y la otra mitad en el mundo superior.[141] Una vez solucionado el asunto, Deméter restaura la fertilidad en la tierra y cumple con su promesa a los eleusinos al iniciar a Céleo y a otros líderes de la ciudad en sus ritos y misterios.[142]

En la versión original de la historia, la mera acción de comer de la granada en el mundo inferior era suficiente para unir a Perséfone a ese mundo para siempre, pero se sugiere en algunos relatos posteriores que se le impuso este destino porque un habitante de los Infiernos testificó que había comido granada. El secreto fatídico fue descubierto por un tal Ascálafo, hijo de Aqueronte y la ninfa de los Infiernos Gorgira u Orfne. Perséfone se enfureció tanto que lo salpicó con agua del río infernal, el Flegetonte, convirtiéndolo en una lechuza, un pájaro nocturno de mal agüero.[143] En otra versión, Deméter lo castigó confinándolo bajo una pesada piedra y lo transformó en un búho más tarde, cuando Heracles apartó la piedra durante su visita a los Infiernos (cf. p. 353).[144]

Se ha recogido otra historia menor de transformación en relación con el rapto. Cuando Hades llevó a Perséfone al mundo inferior, Minte, ninfa de los Infiernos que había sido anteriormente su amante, se jactaba de que era más hermosa que la diosa y volvería a recuperar a su amante en breve. Deméter estaba tan furiosa por su presuntuosidad que la pisoteó hasta meterla bajo tierra y entonces surgió una planta de menta (*minthe*); o también pudo ser que fuera transformada en la planta por la misma Perséfone.[145]

En contradicción con el *Himno homérico a Deméter*, que asume que ya se conocía el uso del grano en el tiempo del rapto de Perséfone, pero algo lógico en una leyenda que surgió del culto a la diosa del grano, se afirmaba con frecuencia en época tardía que Deméter otorgó por primera vez el don del grano una vez que se hubo reunido con su hija. A los atenienses les gustaba jactarse de haber sido los primeros receptores del regalo (en Eleusis) y de ser lo suficientemente generosos como para compartirlo con otros.[146]

Todo tipo de leyendas locales llegaron a vincularse con el gran mito de Demé-

ter y Perséfone. Merece la pena mencionar dos historias que están en relación con la visita de Deméter a Ática. Cuando una vez, debido al calor, estaba sedienta, una mujer llamada Misme la invitó a su cabaña y le ofreció *kykeon* (la bebida mencionada anteriormente que contenía hierbas y cebada). La diosa la bebió con tanta avidez que el impertinente hijo de la mujer, Ascálabo, se rió de su ansiedad. Ella, furiosa, arrojó los restos de la bebida en su cara y lo transformó en una salamandra (*askalabos*). Las señales del incidente todavía pueden verse en el cuerpo de la pequeña lagartija común, manchada con las pequeñas marcas que quedaron de la cebada del *kykeon*.[147] Este relato helenístico está claramente inspirado en el episodio del *Himno homérico* en el que Deméter rompe su ayuno al beber el *kykeon* que le había llevado Metanira.[148] En otra leyenda ática, en una ocasión Deméter recibió hospitalidad de un hombre llamado Fítalo, que vivía en la ruta sagrada entre Atenas y Eleusis, y lo recompensó al concederle la primera higuera.[149]

En Feneo, Arcadia, uno de los muchos lugares por los que se supone que Hades descendió con Perséfone, los lugareños señalaron a Deméter el lugar de su desaparición, una sima en el monte Cileno, sobre su ciudad, y ella los recompensó prometiéndoles que no perderían más de cien hombres en ninguna guerra.[150]

A los argivos les gustaba creer que Perséfone había sido llevada a las profundidades desde un lugar que estaba en su propio territorio, cerca de Lerna.[151] Cuando Deméter llegó a Argos en su busca, Crisántide, esposa de Pelasgo (cf. p. 692), uno de los principales gobernantes de la ciudad, le informó del hecho. La tradición local afirma que en esa ocasión la diosa reveló sus ritos y misterios y que sus misterios fueron introducidos en Eleusis de forma secundaria y en un período posterior, cuando el hierofante argivo (sacerdote en la iniciación) discutió con el gobernador y huyó a Ática.[152] Se atribuye a Deméter un milagro especial a los argivos ya en el siglo III a.C. Cuando Pirro, el belicoso rey de Epiro, atacó Argos, frustradas sus ambiciones en Italia y Sicilia, la diosa lo derribó en las calles de la ciudad con una teja que cayó desde lo alto de un tejado. Ésa era, al menos, la creencia popular. Los más escépticos consideraban que la teja la había arrojado una mujer argiva cuando vio a su hijo enfrentándose al rey.[153]

A partir de la época helenística, el rapto de Perséfone se emplazó en Sicilia, notable por sus ricos campos de cereal. Según una versión, Hades abrió una sima en la región de Siracusa para llevársela abajo y originó que la fuente de Cíane (la fuente Azul) brotara en ese lugar.[154] En la versión de Ovidio sobre esta historia, la fuente ya existía y su ninfa Cíane intentó obstaculizar el camino a Hades cuando éste se escapaba con Perséfone, pero el dios dirigió su carro directamente hacia el estanque, hundiendo su cetro en el fondo para abrir una brecha en la tierra. Cíane se enojó tanto por el destino de Perséfone y por su propia humillación que se con-

sumió en lágrimas, y finalmente se mezcló con las aguas que estaban a su cargo.[155] Otros dicen que Core había sido secuestrada en las praderas alrededor del Enna, en la parte central de la isla, y que Hades había emergido de una gruta cercana que se comunicaba con los Infiernos. Las gentes de Enna afirmaban que Deméter y su hija habían nacido allí y que Deméter había entregado por primera vez el cereal en ese lugar.[156] Parece bastante probable que en esta región enormemente fértil se venerara en el culto local a una diosa del grano antes de que cualquier otro culto griego se hubiera establecido allí.

El acuerdo ya mencionado que obligaba a Perséfone a pasar un tercio del año bajo tierra y dos tercios arriba, se relaciona claramente con la rotación de las estaciones, el crecimiento de las cosechas y la vegetación. El *Himno homérico* indica esto de forma suficientemente directa al afirmar que Perséfone surge del reino de la oscuridad cada año «cuando con toda clase de fragantes flores primaverales florece la tierra».[157] Aunque el mito ha sido interpretado con bastante frecuencia como una alegoría de la siembra del cereal y su posterior crecimiento en primavera, se ha destacado que esto apenas se corresponde con las condiciones en Grecia, donde la semilla no permanece en la tierra durante el invierno tras la siembra de otoño, sino que crece a lo largo del invierno. Según esto se ha sugerido que la estancia de Perséfone en los Infiernos se corresponde con el período del verano en el que el grano se guarda en almacenes bajo tierra; pero aunque esto proporcionara una solución clara al problema, no existen evidencias de que los mismos griegos hubieran interpretado el mito de esa manera.

Perséfone aparece con bastante frecuencia en el mito como la impresionante reina de los Infiernos. Se asume ya desde el tiempo de Homero en adelante que ella ostenta una considerable autoridad en ese reino y se une a su marido en la toma de decisiones en lo que concierne a los muertos o a los héroes vivos que se aventuran en las profundidades, e incluso actúa por propia iniciativa en algunas ocasiones. La *Ilíada* sugiere que puede ser invocada en maldiciones y actúa en ellas junto con Hades (cf. p. 181), y en la *Odisea*, Odiseo invoca a ambos cuando se aproxima a los Infiernos, y ella envía sombras de mujeres muertas sobre él que luego hace desaparecer. Es más, al final de la visita, Odiseo sigue preocupado con la idea de que ella le pueda enviar algún espectro terrible.[158] Lo más curioso es que se considera probado que fue ella, ejerciendo su autoridad, quien otorgó a Tiresias el privilegio especial de mantener sus capacidades incluso después de muerto (cf. p. 432).[159] En ocasiones aparece en fuentes posteriores tomando decisiones independientes en relación con los mortales en los Infier-

nos, tanto permitiendo que el muerto Sísifo vuelva al mundo superior como dejando partir a Heracles con Cerbero o a Orfeo con Eurídice.[160] Como veremos (cf. p. 470), Teseo y Pirítoo se internaron en los Infiernos con el propósito específico de raptarla. Apenas se la menciona en conexión con sucesos del mundo superior, el único relato que merece la pena mencionarse es aquel en el que compite con Afrodita por la custodia del joven Adonis (cf. p. 268).

Triptólemo extiende el don de Deméter. Mitos de Deméter y Yaco

Según la tradición ática, fue un joven eleusino llamado Triptólemo quien extendió por todo el mundo el don del grano de Deméter. Triptólemo es una interesante figura que surgió como deidad local y que aparece mencionado por primera vez en el *Himno homérico a Deméter* como uno de los príncipes eleusinos que fueron iniciados por Deméter en sus ritos y misterios.[161] Aunque se han ofrecido muchas versiones diferentes de su nacimiento, quizá se le describe con más frecuencia como hijo del rey que gobernaba en Eleusis en el tiempo de la visita de Deméter (tanto si el rey es llamado Céleo, Eleusis o Eleusino) y en algunos casos se le identifica con el lactante al que atendió Deméter. También puede ser el hijo de Océano, o de Raro, cuya pradera fuera de Eleusis fue el primer lugar en el que se sembró o cosechó; o de Disaules, otro héroe local con conexiones agrícolas.[162] A los pintores de cerámica les gustaba mostrarlo disponiéndose a llevar a cabo su misión, sentado en un carro de dos ruedas (parece que autopropulsado y posiblemente alado) con espigas de grano en sus manos. En fuentes literarias, viaja por el aire en un carro tirado por dragones alados mientras siembra con grano la tierra inhabitada y extiende el conocimiento de su cultivo. Le encomendó esta misión la propia Deméter, que le proporcionó el transporte necesario.[163]

Se han recogido tres relatos específicos de las aventuras ocurridas a lo largo de sus viajes. Cuando llegó a Escitia, un gobernante local llamado Linco intentó asesinarlo mientras dormía para usurpar el honor de extender el don del grano; pero cuando el rey se disponía a dar el golpe con la espada, Deméter desbarató su plan al transformarlo en un lince.[164]

En la misma región, Carnabón, rey de los getas, tramó la destrucción de Triptólemo, y planeó la muerte de uno de los dragones de su carro para evitar que pudiera escapar. Sin embargo, también en esta ocasión Deméter vino al rescate de su favorito al enganchar un nuevo dragón a su carro y llevárselo de vuelta.

Como lección para otros, colocó a Carnabón en el cielo con un dragón enroscado a su alrededor, como la constelación de Ofiuco (el que porta la serpiente).[165] Y finalmente en Patras, Aquea, el hijo del gobernante local, Antias, intentó ponerse a sembrar grano él mismo. Aprovechando que Triptólemo dormía, enganchó los dragones al carro, pero fue incapaz de controlarlo (al igual que en la leyenda de Faetón) y murió al salir despedido. Junto con Eumelo, el padre del joven muerto, Triptólemo fundó en su honor la ciudad aquea de Antea.[166]

Del resto de leyendas destacables de Deméter, ya se ha relatado una en conexión con Poseidón (cf. p. 151), pero restan otras dos: una muy antigua y sencilla acerca de su historia amorosa con un mortal y otra que cuenta cómo castigó un acto de impiedad que se cometió contra ella en Tesalia. La primera era ya conocida por Homero, que afirma en la *Odisea* que Deméter se rindió a su pasión por Jasión y se acostó con él en un campo arado tres veces.[167] La historia también aparece en la *Teogonía*, que añade que el campo estaba situado en Creta y que como resultado de su unión nació un niño llamado Pluto, Riqueza, que representa sobre todo la riqueza que surge de la tierra en la cosecha.[168] Homero cita la historia de Jasión junto con otras para mostrar cómo los dioses se ofenden por las relaciones amorosas entre diosas y mortales, y, según eso, afirma que Zeus mató a Jasión con un rayo cuando supo de su relación con Deméter. Sin embargo, en algunas narraciones posteriores, se cuenta que había cometido una grave ofensa al intentar violar a la diosa (o en una versión parcialmente racionalizada al profanar su imagen cultual) y fue muerto por su grave impiedad. En contraposición a esto, Ovidio destaca que Deméter llegó a lamentar su pelo gris, lo cual podría implicar que él vivió hasta bien entrada la vejez.[169] No hay acuerdo sobre el lugar de su nacimiento. Si la *Teogonía* presupone que era cretense (y según esto es un nieto de Minos en algunas fuentes tardías),[170] algunas fuentes desde Helánico en adelante afirman que era de Samotracia, hijo de Zeus y de la atlántida Electra (cf. p. 671) y hermano de Dárdano. En esta conexión, se dice a veces que su muerte provocó la marcha de Dárdano a la Tróade (cf. p. 671).[171] Se acepta por lo común que la historia del encuentro en el campo arado es un reflejo mítico de un rito de fertilidad en el que las parejas mantenían relaciones sexuales en los campos para alentar el crecimiento de las cosechas.

En Helánico y, en principio también en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, aunque la parte relevante del texto no está bien conservada, el hijo de Electra relacionado con Deméter se llamaba Eetión en vez de Jasión.[172] El nombre de Jasión también

aparece como Yasio. Según un relato tardío que se conserva en la literatura astronómica, Deméter tuvo dos hijos con Jasión, Pluto y Filomelo, concebidos en Creta. Ambos discutieron porque Pluto, el más rico, tal como su nombre sugiere, se negó a compartir sus riquezas con su hermano. Debido a ello, Filomelo cogió dos bueyes e inventó el arado para conseguir vivir del campo. Su madre divina quedó tan impresionada por su autenticidad que lo colocó en los cielos como la constelación del Boyero (el pastor del buey).[173]

El segundo de esos mitos cuenta cómo Deméter castigó al héroe tesalio Erisictón con un hambre perpetua por talar un bosque consagrado a ella. Erisictón, hijo de Triopas o Mirmidón, quería madera para construir una nueva sala o palacio y de manera infausta, decidió conseguir la madera necesaria talando árboles en un bosque de Deméter. En la primera versión completa de la historia relatada por Calímaco, decidió llevar a cabo la acción con veinte de sus criados y cuando la misma diosa, con la apariencia de su sacerdotisa Nicipe, intentó evitarlo, él la amenazó con su hacha. Enfurecida hasta lo indecible por su comportamiento, le dijo que continuara con el trabajo puesto que en breve necesitaría realmente una sala de banquetes. Desde ese momento en adelante, comenzó a sufrir un hambre voraz e insaciable. Cuanto más comía, más hambre tenía y más delgado se quedaba. Comía continuamente a lo largo del día, y consumió todo su ganado, sus mulas y caballos e incluso se comió el gato, hasta que acabó con todo y no le quedó más remedio que mendigar en los cruces de los caminos.[174] Se afirma en versiones posteriores que consiguió dinero para alimentos al vender a su hija Mestra como esclava en repetidas ocasiones, puesto que su amante Poseidón le había otorgado el poder de transformación a su deseo, y de ese modo era capaz de escaparse al transformarse en un animal distinto cada vez.[175]

Este mito es probablemente bastante antiguo, ya que un pasaje conservado en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo menciona que Ericsitón era llamado Aitón por razón de su hambre ardiente (*aithon*). Helánico parece afirmar lo mismo. El hecho de que Paléfato considerara necesario proporcionar una explicación racional a los poderes de Mestra podría sugerir que ya eran conocidos en los primeros tiempos del período helenístico. Mestra aparece como la hija de Erisictón en el *Catálogo*. Licofrón es el primer autor que afirma que utilizó sus facultades para proporcionarle comida a su padre.[176]

En el relato de Ovidio, Erisictón tala el roble más grande y antiguo del bosque de Deméter, ignorando los avisos de la ninfa del árbol que vive en él. Tras su

tala y la posterior muerte de la ninfa, sus hermanas, las Dríades, se acercan afligidas a Deméter para pedirle que ejerza el castigo debido sobre Erisictón. El poeta se había inspirado sin duda aquí en un pasaje del relato de Calímaco en el que Erisictón comenzó cortando un álamo excepcionalmente alto, cuyas quejas alertaron a Deméter del sacrilegio. Se afirma en ambas versiones que las ninfas del bosque solían bailar bajo el árbol en cuestión. Volviendo a la narración de Ovidio, Deméter castiga a Erisictón del modo habitual, y finalmente acaba vendiendo a su hija para conseguir dinero para comer. La muchacha pide ayuda a Poseidón, que la transforma en un pescador, lo cual le permite fugarse y regresar. Cuando su padre la vende en posteriores ocasiones, se escabulle cada vez bajo la forma de un animal (supuestamente como resultado de distintas intervenciones de Poseidón, puesto que no se afirma que le concediera el poder de transformarse ella misma).[177]

Según una tradición alternativa, el sacrilegio fatal fue obra de Triopas, el padre de Erisictón (o su hermano) y no de éste. En una versión de la literatura astronómica, Triopas ofende a Deméter al destruir un templo suyo (*sic*, posiblemente un error) a fin de conseguir material para el techo de su palacio. Ella lo castiga inicialmente a hacerle pasar por un hambre insaciable y añade a sus sufrimientos, al final de su vida, el envío de una enorme serpiente contra él. Tras su muerte, lo lleva a las estrellas como la constelación de Ofiuco, en donde se ve que la serpiente lo atormenta eternamente.[178] No hay que confundir al Erisictón tesalio con el ateniense del mismo nombre (cf. p. 477).

Cierta importancia para el culto, aunque prácticamente ninguna para la mitología, tiene Yaco, un dios menor asociado a Deméter y Perséfone en Eleusis. Parece haberse originado como la personificación de un estribillo, prácticamente del mismo modo que Himeneo (cf. p. 298); en este caso se trata del grito ritual *Iakch´o Iakche* que cantaban los iniciados cuando iban en procesión de Atenas a Eleusis. Aunque a menudo se le equiparaba a Dioniso, aparentemente sin otra razón que la similitud en el sonido entre su nombre y el de Baco, se le mencionaba también como hijo de Dioniso, de Deméter o de Perséfone (o incluso como esposo de Deméter).[179] Presidía la gran procesión de los iniciados cuando iban por la vía sacra a Eleusis y su imagen iba en primer lugar en una carreta conducida por su sacerdote, el *Iakchagogos*. El coro de iniciados en *Las ranas* de Aristófanes invoca a Yaco para que brille sobre ellos como su líder.[180] Se le relaciona con un milagro relevante relatado por Heródoto. Justo antes de la batalla de Salamina, unos griegos aliados de los persas invasores vieron una nube sobrenatural de polvo (puesto que no quedaba nadie en Ática que pudiera formarla) que se movía desde Eleusis, y oyeron el himno yáquico de los misterios que surgía de

la nube. Según se fue moviendo hacia el campo griego en Salamina, los testigos se dieron cuenta que el desastre de la tropa persa era inminente.[181]

Hera, la esposa de Zeus y diosa del matrimonio

Hera se convirtió en consorte de su hermano Zeus y le dio tres hijos de distinta relevancia: Ares, Hebe e Ilitía; el dios herrero Hefesto era considerado como un hijo posterior de la unión o también como hijo que Hera engendró por sí sola, sin relación anterior con su marido (cf. p. 125). Aunque el culto a Hera tiene poco que ver con el de Zeus, sus leyendas están fundamentalmente relacionadas con su matrimonio con él y todo lo que aconteció después; por encima de todo se la consideraba como la diosa del matrimonio y las mujeres casadas. Era inevitable que una diosa, en oposición a un dios, se erigiera como la guardiana divina de esa institución sumamente importante, y nadie podía ser más adecuado para ese papel que la esposa del mismo Zeus. Los mayores centros de su culto eran el antiguo Heraion, situado entre Argos y Micenas y su espléndido templo en la isla de Samos. Su relación con la Argólide era particularmente cercana, tal como se reconoce en la literatura griega desde los primeros tiempos; Homero y Hesíodo se refieren a ella como la Hera Argiva (*Hera Argeie*) y Píndaro alaba a Argos como hogar de Hera.[182] Parece que se estableció como la gran diosa de Argos y que su conexión con Zeus es secundaria. Su culto se extiende por todas partes aunque florece en particular en el Peloponeso y en las islas del Egeo, y posteriormente en las colonias griegas de la Magna Grecia. A pesar de que su nombre puede significar sencillamente Dama o Señora (como forma femenina de la palabra *heros*), también se han propuesto otras etimologías.

Hera aparece como una mujer madura, e incluso matrona, cuya belleza noble y severa era muy diferente de la de Afrodita. En arte, se la muestra como una figura alta y majestuosa. Suele estar completamente vestida, coronada con una especie de diadema (*polos*, algunas veces con un velo añadido) o con una guirnalda y portando un cetro. Homero se refiere a ella como la de «ojos de vaca» (*boopis*) un epíteto que sin duda refleja su relación especial con el ganado en su Argos natal: los rebaños de vacas se guardaban en el Heraion argivo, se han descubierto muchas imágenes votivas de vacas allí, y se sabe que a la Hera argiva le agradaban especialmente los sacrificios de vacas blancas. Su estatus como diosa del matrimonio se indica en muchos de sus títulos de culto. Como la diosa que pre-

side el acto solemne del matrimonio (*telos*), fue ampliamente venerada como Hera *Teleia*. También podía ser invocada como *Zygia* (la que une en matrimonio), *Gamostoles* (la que prepara la boda) y *Gamelia* (la que preside el matrimonio). Puesto que la novia se acerca al matrimonio legítimo siendo virgen, también puede ser invocada y adorada como tal, tanto como *Pais* (la muchacha), *Parthenos* (la doncella, como en su culto en Hermíone, cf. *infra*) o *Nimphe* (la novia). Según la tradición local en la Argólide, se bañaba en la fuente de Cánato cerca de Nauplia cada año para renovar su virginidad[183] (idea probablemente sugerida por un rito en el que su imagen de culto se bañaba en una fuente). En Estínfalo (Arcadia) era venerada en tres templos diferenciados como muchacha, esposa y viuda (*Pais*, *Teleia*, *Chere*). La leyenda local explicaba el origen de los santuarios afirmando que Témeno, hijo de Pelasgo, antiguo héroe de la ciudad, había criado a la diosa y le había levantado tres templos sucesivos bajo esos títulos: el primero cuando era todavía una joven virgen, el segundo en el tiempo de su matrimonio con Zeus y el tercero cuando volvió a Estínfalo durante un tiempo tras haber discutido con su marido.[184] La explicación real de estos epítetos es que, sin duda, era venerada por todas las mujeres cualquiera que fuera su condición y las representaba en cualquier etapa del curso normal de sus vidas.

Como diosa de las mujeres casadas, las ayudaba en el nacimiento de los hijos; fue venerada como Hera *Eileithuia* en Argos y Atenas y aparece en el mito actuando directamente para hacer más fácil el nacimiento de Euristeo (cf. p. 327). Es pues comprensible que Ilitía, la diosa del nacimiento de los niños, una deidad muy antigua que puede remontarse hasta el período micénico, fuera considerada su hija. Se puso tal énfasis en la función de Hera como esposa y patrona de las mujeres casadas que apenas se la concibe más que como madre. Nunca fue invocada o representada como tal, y no tuvo relación antigua o muy cercana con los hijos que le fueron asignados. Éstos son de origen diverso y debe destacarse que no fueron deidades de la más alta dignidad. Hera no tenía mucho aprecio por Hefesto, su hijo tullido. En relación con su desaprensivo trato hacia él y su ingenioso acto de venganza, cf. pp. 216-218.

Mitos locales y tradiciones de culto relacionados con el matrimonio de Hera o la primera unión con Zeus

Los mitos más distintivos de Hera se dividen en dos grupos: aquellos que cuentan cómo supuestamente se casó con Zeus o fue seducida por él en varios

lugares del mundo griego y otros de naturaleza más negativa que relatan su persecución de amantes e hijos ilegítimos de Zeus. Dado que las narraciones de la última categoría están en su mayor parte en relación con la mitología heroica, nos ocuparemos ahora de las del primer grupo.

Según una leyenda cretense, Zeus tomó por esposa a Hera en una ceremonia solemne en la isla cercana al río Teren, dentro del territorio de Cnosos. Diodoro informa que se erigió un templo en el mismo lugar ese mismo día y que los lugareños ofrecían sacrificios anuales allí «e imitaban la ceremonia del casamiento, a la manera en la que la tradición afirma que se llevó a cabo originalmente».[185] Es imposible confirmar si esos ritos iban más allá del ceremonial externo de la boda y finalizaban en la representación ritual de la unión sagrada (*hieros gamos*, *hierogamia*); aunque se sabe que sí se realizaban en el antiguo Oriente Próximo, la evidencia griega es menos definitiva. El mito de Deméter en el que hacía el amor con Jasión en un campo arado (normalmente en Creta, cf. p. 188) señala sin duda un rito en el que el acto sexual tenía lugar allí con el fin de alentar la fertilidad de las cosechas. Toda la naturaleza se pone en funcionamiento en la famosa escena de la *Ilíada* en la que Zeus envuelve a Hera en una nube para hacer el amor con ella en el monte Ida: «Y el hijo de Crono estrechó a su esposa en los brazos. Bajo ellos la divina tierra hacía crecer blanda hierba, loto lleno de rocío, azafrán y jacinto espeso y mullido, que ascendía y los protegía del suelo. En este tapiz se tendieron, tapados con una nube bella, áurea, que destilaba nítidas gotas de rocío».[186]

Uno de los ritos principales en la festividad de las Tonaias de Hera, en Samos, también parece referirse a su casamiento con Zeus (aunque eso no abarque la totalidad del ritual). Cada año, durante esa festividad, se sacaba su estatua del templo y la trasladaban a la orilla del mar, donde era purificada; se la ocultaba cubriéndola con ramas de sauce y se colocaban pasteles ante ella. Los celebrantes se retiraban entonces y representaban la búsqueda de la estatua y su descubrimiento. La estatua puede verse en las monedas de Samos con los mimbres colgando de ella. La vegetación en cuestión (la de *lygos*, o *agnus castus* «cordero casto» en latín) era símbolo de castidad, en este caso supuestamente la de Hera como novia. El historiador de la Antigüedad Varrón afirma explícitamente que la estatua se cubría con ropajes nupciales y que la festividad se celebraba con ritos que imitaban el matrimonio.[187]

Una leyenda sobre su culto intentaba explicar las distintas partes del proceso y afirmaba que en una ocasión unos piratas habían intentado robar la estatua, pero al darse cuenta de que su barco no podía navegar con ella a bordo la abandonaron en la costa, donde los habitantes de Samos la encontraron y ataron con ramas de

sauce para poner fin a sus salidas. Pero tal como ocurre normalmente con estas historias, esto no revela nada sobre el propio significado de los ritos.[188] Otra leyenda afirmaba que el santuario de Hera en Samos había sido fundado por los Argonautas que habían llevado su primitiva imagen de culto desde Argos.[189]

La mayor parte de las leyendas locales y los ritos que se recogen en relación con la unión divina se refieren más al primer encuentro prenupcial entre Zeus y Hera que a su casamiento. De hecho se afirma en Samos que la pareja había dormido junta por primera vez en esa isla y lo siguieron haciendo en absoluto secreto durante trescientos años.[190] La *Ilíada* ya menciona que se habían acostado juntos sin que sus padres lo supieran, pero no dice nada sobre las circunstancias o lugar del encuentro.[191] Parece que Naxos también afirmaba ser el lugar de su unión prenupcial, puesto que el comportamiento de Zeus y Hera era citado como explicación de una costumbre local de casamiento en la que la novia compartía su cama con un joven muchacho la noche antes de su boda.[192] Puesto que Eubea fue consagrada a Hera y la tradición local aseguraba que había sido criada allí por una ninfa llamada Macris,[193] no es sorprendente que se hayan propuesto también reivindicaciones similares en esa isla. Se han señalado no menos de tres lugares como sitio real donde la unión se había consumado, dos cuevas en la misma isla y una en un islote próximo.[194]

Otra tradición local situaba la primera unión en la punta sureste de la Argólide, cerca de la ciudad costera de Hermíone. Antes de su boda, al ver a Hera sola, Zeus se propuso seducirla. Tomó la forma de un cuco y se instaló en la montaña que luego fue conocida como la montaña del Cuco (*Kokkyx* o *Kokkigion*). Después de desencadenar una violenta tormenta de relámpagos, voló sobre Hera cuando estaba sentada en la montaña de Pron (el Promontorio), que estaba enfrente, y se posó en su regazo. Como sintió pena por el pájaro embarrado y húmedo, le dio cobijo bajo sus ropas, momento en el que Zeus volvió a su forma original y comenzó a hacer el amor con ella. Aunque ella se opuso en un principio porque eran hijos de la misma madre, se rindió a él en cuanto le prometió que la haría su esposa. Se podía ver un templo de Hera *Teleia* (la Realizada, o sea, como esposa) en el supuesto lugar del incidente, y había un templo de Zeus en la cumbre de la cercana montaña del Cuco.[195] La gran efigie de Hera en el Heraion argivo la mostraba sosteniendo un cetro coronado por un cuco, evidentemente en referencia a la leyenda precedente, tal como señala Pausanias.[196] Se consideraba que esta enorme estatua de oro y ébano hecha por Policleto, destacado escultor argivo del siglo V a.C., competía con la estatua de Atenea realizada por Fidias y que estaba en el Partenón de Atenas.

Una leyenda beocia sitúa la unión prenupcial en el monte Citerón, situado en la frontera sur de la provincia. Tras su crianza en la isla de Eubea, Hera fue raptada por Zeus que la llevó a Beocia, en la costa continental frente a la isla, y se refugiaron en Citerón, que, en palabras de Plutarco «les proporcionó una cueva oscura que formaba una cámara nupcial natural». Cuando Macris, la ninfa eubea que había criado a Hera, fue a ver a su pupila perdida, Citerón la despistó (la deidad titular de la montaña) al asegurarle que Zeus estaba allí divirtiéndose con Leto.[197]

Citerón era el lugar de una señalada festividad del fuego, las Daídalas, que los habitantes de Platea celebraban en la cumbre de la montaña. En la ceremonia habitual, tal como era organizada por ellos cada siete años, un ídolo de madera (*daidalon*) era vestido con atuendos nupciales y llevado en un carro tirado por un buey desde Platea hasta la cima de la montaña, donde se quemaba tras los rituales apropiados. En las Grandes Daidalas, que se celebraban cada 59 años, catorce *daidala* de distintas ciudades beocias se quemaban en una gran pira de madera con leña amontonada junto a un toro y una vaca que eran sacrificadas en honor de Zeus y a Hera. Esta gran pira en la cumbre de la montaña debió de haber constituido un impresionante espectáculo. Pausanias señala que no conoció ninguna otra llama que se elevara tan alto o que pudiera ver vista desde tan lejos.[198] La leyenda del culto que se ofreció para dar cuenta de la festividad cuenta lo siguiente. Cuando en una ocasión Hera discutió con Zeus, lo cual ocurría con frecuencia, se retiró al hogar de su infancia en Eubea y rechazó cualquier intento de reconciliación. De modo que Zeus buscó consejo del hombre más sabio sobre la tierra, Citerón, a su vez es el epónimo de la montaña (y no el dios de ella como en la historia anterior), que gobernaba en los tiempos más remotos en Platea, situada al pie. Citerón le aconsejó hacer una imagen en madera de una mujer cubierta con velos, como si fuera una novia, y luego llevarla en un carro tirado por bueyes, extendiendo el rumor de que estaba planeando casarse con Platea, hija del dios del río Asopo. Hera fue corriendo al lugar y arrancó los velos, y su alivio al encontrar una efigie de madera en vez de la novia esperada fue tal que al final consintió la reconciliación con Zeus.[199] En otra versión de la historia, Zeus pide consejo sobre su problema marital a Alalcomeneo, el primer hombre nacido de la tierra en Alalcómenas, al oeste de Beocia; él le ayudó a cortar y a adornar la efigie de madera, que fue conocida como *Daidale* (la elaborada astutamente). Hera bajó corriendo desde el Citerón, donde se había escondido, con todas las mujeres de Platea detrás, pero tan pronto como descubrió el engaño, todo el asunto concluyó con risas y buen humor. En esta versión, se introdujo a Alalcomeneo en la historia porque los habitantes de Platea recogían la madera para las *daidalas* de un bosque de robles cercano a Alalcómenas. Para

seleccionar el árbol apropiado tenían que poner en marcha un proceso de adivinación que dependía del comportamiento de los cuervos de la zona; para ello dejaban carne para los pájaros, esperaban hasta que uno de ellos cogía un pedazo y luego observaban qué árbol elegía para posarse.[200]

Mitos de venganza de Hera

Aunque Hera era enormemente reverenciada como divinidad de culto, era quizá inevitable, a la vista de las innumerables infidelidades de Zeus, que quedara condenada a un rol indigno en muchos de sus mitos que la presentan como una esposa injusta y vengativa y en disputa constante con su esposo, persiguiendo a sus amantes e hijos extramaritales. Las principales características de su retrato ya se han escrito en la *Ilíada*, en donde ella llega en algunos momentos a convertirse en una figura cómica. Sin embargo, su carácter y voluntad son fuertes y están a la altura de los de su marido, incluso aunque a la larga acabe fracasando en sus enfrentamientos con él. Ella se expone a su ira cuando interviene en nombre de los griegos en la guerra de Troya, después de que él advierta a los dioses de que no intervengan, y consigue en cierto sentido su objetivo al conseguir seducirlo en el monte Ida para distraerlo mientras Poseidón espolea a los griegos en su camino al éxito.[201] Aunque Homero apenas tiene ocasión de mencionar relatos en los que ella discute con su marido acerca de sus aventuras amorosas, hace mención en más de una ocasión del odio que profesaba al hijo de éste, Heracles, y cuenta que una vez provocó tal furia en Zeus por haber enviado vientos de tormenta contra el héroe (cf. p. 364) que la mantuvo atada con un gran peso a sus pies (una forma de tortura que se aplicaba a los esclavos en tiempos clásicos).[202] Los diversos relatos de las fuentes posteriores en los que se dice que acosaba a las amantes y a los hijos de Zeus (puesto que apenas podía actuar contra el propio Zeus) se considerarán en los capítulos en los que se estudie a sus víctimas. Sin embargo no son tan numerosos como se podría suponer, pues no se recoge que haya actuado contra la mayoría de las aventuras amorosas de Zeus. De hecho, hay sólo cuatro *corpora* mitológicos de origen antiguo en los que se afirma que ella actuó en tales circunstancias: la persecución de Leto, cuando estaba embarazada de los gemelos divinos de Zeus (cf. p. 254); la de Sémele, su hijo Dioniso y las nodrizas de éste (cf. p. 234); la de Ío, la amante argiva de Zeus (cf. pp. 304 y ss.); y la de Heracles durante su vida en la tierra. También provocó la muerte de Calisto en algunas versiones de la leyenda de la heroína (cf. p. 696).

Como guardiana del matrimonio y esposa del dios supremo, Hera no podía tener amantes; ningún dios u hombre se atrevería a poner sus manos sobre ella. Hay un único mito de cierta relevancia en el que se ponga a prueba su virtud: una narración bastante antigua en la que Ixión, mortal bajo la protección de su esposo, fue lo suficientemente estúpido como para intentar seducirla. Ella simplemente informó a su marido que puso una trampa a Ixión al dar forma a una nube con la imagen de la diosa (cf. p. 712). A veces se dice que Endimión fue condenado al sueño eterno (o arrojado a los Infiernos) por una ofensa similar (cf. p. 535). Como treta de guerra, el mismo Zeus hizo nacer en uno de los gigantes el deseo por ella durante el conflicto bélico entre los Gigantes y los dioses (cf. p. 137).

Como todas las grandes diosas, Hera podía comportarse de forma implacable con los mortales que la ofendían. Para vengar las impiedades de Pelias, que cometió un asesinato en su santuario y después menospreció sus ritos, puso en funcionamiento una serie de sucesos que finalmente condujeron a su muerte (cf. p. 496). Al haber perdido en el juicio de Paris, se convirtió en su enemiga (envió tormentas contra él cuando huía en barco con Helena, cf. p. 576) y fue un sostén incondicional de los griegos durante la guerra de Troya. En lo que probablemente fue la versión original del mito de las Prétides, las hijas de Preto, las volvió locas al burlarse de la pobreza de uno de sus santuarios (cf. p. 555). Para conocer cómo provocó la ceguera de Tiresias, cf. pp. 432-433. En historias menores, envió a la esposa de Orión a los Infiernos por pretender rivalizar con ella en belleza (cf. p. 721), y convirtió el pelo de Antígona en serpientes para castigarla por jactarse de ser más bella, pero los dioses se apiadaron de su situación y la convirtieron en una cigüeña, pájaro que se alimenta de culebras.[203]

Hestia, la diosa virgen del hogar

Hestia fue el primer retoño de Crono y Rea y también la última, puesto que fue la primera en ser devorada tras su nacimiento por su padre y la última en ser expulsada.[204] Como diosa del hogar (*hestia*) y del lar, preside el centro de la casa y también el hogar comunal de la ciudad. En otras palabras, ella era el Hogar Sagrado, venerada por muchos pueblos por ser el centro natural del culto familiar, puesto que existe una conexión íntima entre el fuego y la vida y porque el hogar de un rey o jefe tribal tiene gran importancia en una comunidad primitiva en la que con mucha frecuencia se mantiene un fuego perpetuo, ya sea por razones prácticas, para proporcionar luz cuando se necesite, o por cuestiones rituales, mágicas o religiosas. Aunque Hestia fue muy venerada en el culto

griego e incluso disfrutó de cierta preeminencia, nunca fue considerada un ser completamente antropomórfico, y aparece muy poco en forma de mito. En los sacrificios, por lo general, recibía la primera ofrenda o la libación preliminar; en los rezos se la invocaba antes que a ningún otro dios y en las fiestas la primera y la última libación se dedicaban normalmente a ella.[205] Estas prácticas inspiraron el proverbio «comenzando con Hestia» (*aph' Hestias archesthai*), que viene a significar empezar adecuadamente o comienzo válido.[206] Cuando el fuego crepitaba, se decía «Hestia se ríe».[207] Los romanos la identificaron con su propia diosa del hogar, Vesta, cuyo nombre tenía la misma derivación y cuyas funciones eran virtualmente idénticas. Sin embargo, Vesta fue mucho más importante que su contrapartida griega en su culto público como guardiana del estado.

Como diosa estrechamente identificada con el fuego del hogar, se la imaginaba confinada en el centro de la casa, Hestia tuvo pocas oportunidades de aparecer en relatos míticos. Platón alude a su predicamento (que era, en un sentido, su privilegio) en su gran mito del *Fedro*, al afirmar que cuando los otros dioses pasaban en procesión por el cielo bajo el liderazgo de Zeus, «Hestia permanece en la casa de los dioses, ella sola». Se la excluye de las actividades ordinarias de los dioses, pero aun así sigue siempre en su centro.[208] Puesto que se consideraba naturalmente que el fuego era un elemento puro (y purificador), Hestia fue considerada como una diosa virgen, y su hogar era atendido por las muchachas solteras de la casa. Ideas de esta naturaleza se reflejan en antiguos tabúes relacionados con el fuego del hogar. Hesíodo advierte a la gente contra la exposición de sus genitales desnudos frente a él tras hacer el amor.[209] Se crearon mitos de carácter muy elemental para explicar cómo la elección de Hestia de mantenerse virgen llegó a establecerse de forma irrevocable. Según el *Himno homérico a Afrodita*, tanto Apolo como Poseidón habían intentado casarse con ella en una ocasión, sin embargo, ella los rechazó de forma obstinada y juró permanecer virgen, poniendo su mano sobre la cabeza de Zeus para hacer un juramento solemne a tal efecto. Zeus entonces le otorgó grandes honores en sustitución del matrimonio y declaró que residiría en el centro de la casa y recibiría la mejor porción en los sacrificios.[210] También se contaba que tras la derrota de los Titanes, ella pidió a Zeus que le otorgara virginidad eterna y la primera porción en todos los sacrificios.[211] La pintura cerámica la muestra a veces fuera de los confines de la casa acompañando a los otros dioses en ocasiones festivas, tales como el matrimonio de Peleo y Tetis. Ovidio recoge un relato de etiología puramente romana en el que su compañera Vesta es salvada de la violación por el oportuno rebuzno de un burro (cf. p. 297).

Capítulo V

Jóvenes dioses y diosas olímpicos

Las grandes divinidades olímpicas que quedan por abordar nacieron después de Zeus y los otros hijos de Crono, con la excepción posible de Afrodita. Zeus fue padre de tres hijos divinos poco después de su ascensión al poder: Ares y Hefesto con su esposa Hera (a menos que se considere que ella tuvo a Hefesto sin su participación cf. p. 125) y Apolo, hermano gemelo de Ártemis, con su prima Leto. Durante la edad heroica completó la familia del Olimpo al engendrar a Hermes y Dioniso a través de uniones con mujeres mortales. Como rutilante dios de la profecía, la música y la curación, Apolo fue el más reverenciado de todos los dioses del Olimpo, y, por tanto, comenzaremos con él antes de pasar a los hijos nacidos del matrimonio de Zeus. Las divinidades que forman el grupo de hijos de Zeus y Hera tuvieron diverso origen y no necesariamente el estatus más elevado. Por ejemplo, hijas como Hebe e Ilitía ni siquiera pueden ser incluidas en el presente grupo como deidades olímpicas de primera magnitud. Entre sus hijos, Hefesto era un marginal entre los dioses del Olimpo, no sólo porque ejerciera un trabajo manual en su función como herrero divino sino porque era parcialmente deforme; aunque la guerra, especial función de su hermano Ares, no fuera en sí misma innoble, Ares era un dios vicioso y sanguinario que disfrutaba con la mutilación y el asesinato por puro placer, y por lo tanto no era considerado con mucho respeto por parte de dioses ni mortales. Los dos dioses olímpicos posteriores, Hermes y Dioniso, tenían un carácter idiosincrásico: Hermes, embustero divino y mensajero vinculado con los límites y su trasgresión, y Dioniso, dios del vino y del éxtasis.

Zeus dio a luz a su retoño más querido, Atenea, de su propia cabeza tras haber devorado a su madre Metis. También engendró a Ártemis, hermana gemela de Apolo, con la diosa Leto. Ambas eran diosas vírgenes que desempeñaban ocupaciones activas, Atenea como diosa de la guerra y de la ciudad, patrona de las artes y las actividades manuales, y Ártemis, como divina cazadora a la que no le gustaban los ejércitos ni las ciudades; prefería sin embargo rondar por el entorno

agreste del campo junto con sus ninfas asistentes. Si se considera que Afrodita nació de la espuma del mar que rodeaba los genitales seccionados de Urano, tal como se menciona en la versión más común procedente de Hesíodo (cf. p. 261), ella era la primogénita de los dioses del Olimpo. En caso de que su nacimiento hubiera sido más convencional, como hija de Zeus y Dione, tal y como sugiere Homero, pertenecería a la misma generación de Atenea y Ártemis. Sin embargo, no supone ninguna diferencia sustancial el hecho de que tuviera un origen más remoto o más reciente, puesto que se la imaginaba como joven e insuperablemente hermosa, como diosa del amor y de la atracción sexual.

Apolo

Sea cual sea su origen, Apolo es el dios más propiamente griego de todos en su forma desarrollada, y a causa de la pintoresca belleza con la que el arte y la literatura helenística le dotaron, todavía hoy es ampliamente conocido, quizá más que cualquier otra deidad del Olimpo, como encarnación del espíritu helénico. Representa los valores helénicos de la razón, la armonía, la lucidez y la moderación. Es el profeta infalible que conoce la verdad, el derecho y la voluntad de su padre Zeus y la revela a los mortales, aunque a menudo de manera enigmática, a través de sus muchos oráculos. Es un dios de purificación y curación, aunque también el dios arquero que dispara desde lejos e inflige plagas y muerte con sus flechas. Es el corifeo de las Musas (*Mousagetes*) y patrono de la poesía y la música, especialmente de la interpretada con la lira. Aunque la agricultura no es una de sus principales ocupaciones, actúa como protector del ganado ovino y bovino y protege el cereal y las cosechas del mal tiempo, plagas y animales dañinos. Su forma desarrollada en el arte es muy conocida. Encarna la figura ideal masculina que ha llegado a la plenitud física pero que todavía conserva toda la flexibilidad y vigor de la juventud. Cuando se le veneraba en toda Grecia y las referencias a él eran tan numerosas como las del mismo Zeus, sus más famosos centros de culto en Grecia eran el santuario de Delfos en el continente y la isla sagrada de Delos. Muchos santuarios en Asia Menor fueron dedicados a su culto, siendo los de Claros, Bránquidas y Pátara los más conocidos. Su culto entró en Roma en época remota a través de Etruria y las colonias griegas de la Magna Grecia; y el primer templo en su honor fue erigido en 432 a.C. Allí se le veneró con su nombre griego, sin que se desarrollara ningún equivalente o paralelo específicamente italiano.

No hay acuerdo general sobre el origen del nombre de Apolo. La etimología más interesante de las varias que han sido propuestas es la que vincula su nombre, su forma doria arcaica *Apellon* con la palabra *apella*, expresión doria que se refiere a la majada o redil y, siguiendo esto, a las asambleas anuales que eran convocadas por los pueblos dorios. Se ha sugerido que Apolo pudo haber sido venerado por los dorios desde tiempos remotos como dios que cuidaba del ganado bovino y ovino. Pudo asimismo haber sido el dios que presidía el *apellai*, y especialmente los rituales de iniciación de los hombres jóvenes que tendrían lugar en ellos (puesto que Apolo representa el ideal del *ephebos*, el adolescente que llega a la edad viril). Ninguna otra etimología griega resulta muy convincente. La sugerencia apropiada, por ejemplo, de que Apolo pudiera significar «el que aleja» (la plaga, la enfermedad) se basa en la dudosa asunción de que había una palabra en griego que correspondía a *pellere* en latín. Es también posible que su nombre no fuera de origen griego.

Desde el tiempo de Homero en adelante, Apolo recibe a menudo el nombre de Febo Apolo o Febo (*Phoibos*). Este título se interpreta con frecuencia con el significado «brillante» o «radiante», pero en ningún caso se conoce con certeza su etimología. Como dios que sin duda estaba asociado con la idea de la luminosidad y el brillo, se identificó a Apolo a menudo con el dios del sol Helios desde el siglo V a.C. en adelante (cf. p. 81). Otro título destacable de Apolo de origen muy antiguo es el de Licio o Liceo (*Lykos*, *Lykeios*), que recibió tres interpretaciones distintas en el pasado y significaba tanto «de Licia» como «dios lobo» (*lykos* significa lobo en griego) o, menos probable, dios de la luz (cf. *lux* en latín). Si es correcto el segundo significado, se referiría a las actividades del dios protegiendo el ganado de los lobos. Esta propuesta ha tenido sus defensores, especialmente entre los que abogan por la asociación de Apolo con el mundo dorio. Sin embargo, la primera interpretación parece la más atractiva a la vista de los primeros contactos de Apolo con Asia Menor y especialmente con Licia, en el suroeste. La evidencia homérica tiene una importancia particular. En la *Ilíada*, que presenta a Apolo apoyando a los troyanos de Asia Menor contra los griegos, Atenea insta a Pándaro, un licio aliado de los troyanos, a que ofrezca un sacrificio a Apolo *Lykegenes* (que probablemente significa «nacido en Licia») para volver sano y salvo a casa.[1] Todos los santuarios de Apolo mencionados por Homero están erigidos en Asia Menor, y muchos de sus oráculos más destacados se localizaban en varios lugares de su costa (incluida Pátara en Licia). Licia está también relacionada de diversos modos con el centro de culto a Apolo en Delos. Se contaba que el misterioso

poeta Olén, por ejemplo, del que se supone que escribió algunos himnos antiguos que fueron cantados en Delos, era licio.

A partir de las muchas vinculaciones de Apolo con Asia Menor, en algún momento fue ampliamente admitido que su culto se había importado a Grecia desde esa zona. Posteriormente, para apoyar esta teoría, se sugirió (por ejemplo) que su madre Leto podría ser identificada con la diosa licia Lada, y por eso es relevante que los griegos se refirieran a menudo a él como *Letoides*, «hijo de Leto», puesto que con ello se sigue la costumbre licia, que atestigua Heródoto,[2] de utilizar el matronímico (en vez del patronímico, como era normal en Grecia). La principal teoría contrapuesta a esto y que tuvo una larga pervivencia pero que fue bastante eclipsada por la teoría asiática, proponía por su parte que Apolo había sido importado de Grecia desde el norte. Sus asociaciones dorias podrían favorecer dicha interpretación y sus defensores también apuntan ciertas características de su culto, en especial las ofrendas, que se solían enviar a su santuario de Delos cada año por una ruta sinuosa que partía del norte, supuestamente desde el territorio de los hiperbóreos (cf. p. 208), así como la gran procesión de las Estepterias que iba hacia el norte desde Delfos (cf. p. 204), quizá siguiendo la dirección contraria en la ruta por la que el dios había llegado por primera vez a su santuario de Delfos. Si en los últimos tiempos estas teorías sobre el origen del dios han caído en el descrédito, es sólo en parte porque los argumentos específicos avanzados en uno o en otro sentido se consideran insatisfactorios. Por ejemplo, es dudoso que las características de su culto citadas a favor de la «teoría del norte» puedan tener el peso que se les ha conferido o, por otro lado, que el epíteto de Apolo como *Letoides* tenga en realidad tal significación, puesto que otros hijos de Zeus son también llamados por el matronímico (por ejemplo, Hermes como hijo de Maya). Sin embargo, incluso en el caso de que pudiera aceptarse que Apolo tenía una relación antigua y concreta con Asia Menor, como así era, o con los dorios y el norte, no tiene ningún sentido buscar un único «origen» a un dios tan complejo como el Apolo clásico, como si simplemente hubiera sido importado del extranjero con su nombre, culto y principales aspectos de su mitología. Más bien parece que se tratara de una figura polifacética que absorbió aspectos de una gran cantidad de divinidades, de cultos y mitos de áreas diferentes. Si algunas características lo asocian con la costa oeste de Asia Menor o con los dorios y el norte, también hay aspectos que lo vinculan con otras zonas. En la medida en la que se trata de un dios de las plagas, que genera pestes y destrucción con sus flechas, parece que hubiera tomado el modelo del dios de las plagas semítico Reshep, que producía las enfermedades cuando disparaba teas ardiendo. Reshep era

venerado por los fenicios en Chipre, donde se le equiparó a Apolo. Características esenciales de la religión apolínea tales como la profecía extática y la purificación también lo relacionan con Oriente Próximo, mientras que parece que su himno de culto, el peán, se originó en Creta.

Apolo establece su oráculo en Delfos. El ónfalo y el trípode

Apolo era hijo de Zeus y Leto, y hermano gemelo de Ártemis.[3] Tras ser rechazada de muchos lugares debido a los celos de Hera, Leto dio a luz a su hijo en la isla sagrada de Delos, en las circunstancias que se contarán más adelante en relación con Ártemis (cf. p. 253). Como el niño extraordinario que era, Apolo comenzó inmediatamente sus aventuras, y su primera acción, si puede llamarse así, fue el establecimiento de su santuario oracular en Delfos. Según el *Himno homérico a Apolo*, que por primera vez da cuenta de sus precoces aventuras, nunca fue amamantado por su madre, sino que recibió néctar y ambrosía de Themis y se quitó los pañales tan pronto como se los puso. Tras afirmar que siempre apreciaría la lira y que anunciaría la voluntad infalible de Zeus a los mortales, emprendió viaje en busca de un lugar para su oráculo.[4] Tras haber recorrido gran parte de la Grecia septentrional y central, se detuvo en un atractivo lugar junto a la fuente de Telfusa cerca de Haliarto, en el oeste de Beocia; pero Telfusa, la ninfa de la fuente, se resistía a compartir el lugar con una divinidad que la eclipsaría y le urgió a seguir hasta el monte Parnaso con la excusa de que, de otro modo, el ruido de los caballos y mulas que bebían en las fuentes lo molestarían constantemente.[5] Aunque descubrió que el enclave para su santuario en Delfos bajo el monte Parnaso era ideal, se dio cuenta de que Telfusa tenía otros motivos para recomendárselo, al encontrar que su guardián era un temible dragón. Aunque este monstruo ya había acabado con todos los que se le habían aproximado, Apolo lo mató con una de sus flechas, y luego volvió para ajustar cuentas con Telfusa. La castigó escondiendo sus arroyos bajo un acantilado (puesto que anteriormente estaban en campo abierto) y subordinó el culto de la ninfa al suyo propio al erigirse un altar en una arboleda cercana, donde fue venerado desde ese momento como Apolo *Telphousios*.[6] La fuente de Telfusa aparece también en el mito a partir de su asociación con el vidente tebano Tiresias, del que se contaba que había muerto mientras bebía de sus aguas (cf. p. 434) y había sido enterrado en los alrededores.

Apolo tenía en ese momento que pensar en encontrar sacerdotes adecuados para su santuario oracular. Mientras consideraba el asunto, vio pasar por el

mar un hermoso barco proveniente de Creta en dirección a Pilos, en la costa oeste del Peloponeso, donde iba a establecer contactos comerciales. Lo interceptó en mar abierto y se subió a cubierta en forma de un enorme y temible delfín. Mientras la tripulación temblaba, hizo que el barco fuera empujado rápidamente por el viento a lo largo de la costa occidental del Peloponeso hasta el golfo de Corinto. Tras llevarlo hasta Crisa, en la costa meridional de la Grecia continental cerca de Delfos, se manifestó en su auténtica forma divina y reveló su nombre. Ordenó a los cretenses establecer un culto dedicado a él como Apolo *Delphinios* y acompañarlo a Delfos, donde ellos y sus descendientes le servirían como guardianes de su templo, recibiendo una parte de los sacrificios. Con su llegada a Delfos, el himno homérico llega a su fin.[7]

Se afirma en el *Himno a Apolo* que la región de Delfos adquirió su antiguo nombre de Pito, y Apolo su correspondiente título de Apolo *Pythios*, por el cadáver del dragón que se había «descompuesto» allí (como si el nombre de Pitón derivara del *pythein*, descomponer).[8] El dragón es hembra en esta versión (cf. p. 132 para la historia de su origen). Sin embargo, en relatos posteriores y helenísticos, el dragón de Delfos normalmente es una criatura masculina llamada Pitón, y es en sí misma el epónimo de la región (aunque hay también versiones en las que la bestia se llama *Delphyne* o *Delphynes* a partir de Delfos).[9] Hay quien dice que el joven Apolo fue llevado a Delfos por su madre y disparó al dragón desde los brazos de ésta, ya fuera por sí mismo o con la ayuda de su hermana.[10] Tal como se va a ver más adelante (cf. p. 254), un relato de Higino afirma que Pitón había intentado matar a Leto durante su embarazo para así evitar que diera a luz a los dos gemelos divinos: en ese caso, Apolo viajó al enclave de Delfos cuatro días después de su nacimiento para matar al dragón como venganza.[11] Se consideraba que la diosa de la tierra Gea era la dueña originaria del oráculo. Esquilo habla de un pacífico traspaso de poder en el que Gea lo transfiere a su hija Themis, ésta a la abuela de Apolo, Febe (una titán cf. p. 73), y ésta, a su vez, a Apolo.[12]

Puesto que el oráculo se presentó en la tradición délfica como anterior propiedad de la Tierra, y puesto que las serpientes son criaturas ctónicas, podemos asociar la muerte del dragón, cualesquiera sean los detalles exactos de la historia, con la toma de poder sobre el santuario. Cierto es que Pitón estaba estrechamente relacionado con las tradiciones y rituales del lugar en tiempos históricos. En la gran fiesta de las Estepterias, (Festividad de las guirnaldas) la figura central, un joven de alta cuna era conducido a una casa construida con materiales ligeros y conocida como el «Palacio de Pitón» que terminaba consumida en llamas. El joven que parecía encarnar a Apolo, representaba la marcha al

exilio, y realmente emprendía un largo viaje con asistentes y gran ceremonia. Pasaba por el camino sagrado Pitio hacia el norte, a través de Tesalia, hasta el valle del Tempe donde era purificado. Volvía de nuevo coronado con laurel, la planta específica de Apolo. Cualquiera que sea el auténtico significado de este curioso ritual, no hay duda de que los antiguos lo asociaron con la muerte de Pitón, asumiendo en la versión habitual que Apolo había viajado al Tempe para purificarse antes de tomar posesión del oráculo. También podría ser que el dragón hubiera huido malherido hacia el norte, con el joven dios pisándole los talones, hasta que al final expiró.[13] En los juegos Pitios, los segundos en importancia tras los de Olimpia, uno de los principales eventos era un concurso de flauta en el que el tema era una pieza descriptiva que representaba el combate entre el dios y el monstruo.[14]

Las otras grandes características de Delfos, aparte de muchas de menor importancia, eran el ónfalo y el trípode. Se suponía que el ónfalo, o piedra-ombligo, marcaba el punto medio de la superficie de la tierra. Era de forma cónica, formada como una antigua colmena y estaba cubierto con cintas de lana. En una sorprendente copia antigua que aún puede ser contemplada en Delfos, la malla de lana está esculpida sobre la superficie de la piedra. Se dice que Zeus descubrió la posición central de Delfos cuando envió dos águilas desde lugares opuestos de la tierra al mismo tiempo y luego esperó a ver el lugar en el que se encontraban.[15] Se erigieron junto al ónfalo imágenes doradas de los pájaros, que permanecieron allí hasta que fueron trasladadas por Filomelo, general focio que saqueó Delfos en 356 a.C. Algunos afirman, sin embargo, que los pájaros de la leyenda no eran en ningún caso águilas (las aves de Zeus) sino cisnes o cuervos (las aves de Apolo).[16] En las artes visuales se conservan numerosas representaciones del ónfalo, en las que a menudo también aparecen las águilas, y frecuentemente se hace referencia a él como el asiento de Apolo. En algunas ocasiones encontramos a Pitón enroscado alrededor de él.

En la práctica, el trípode era el asiento de la profecía. Estaba en un área excavada bajo el templo de Apolo. Su sacerdotisa, la Pitia, se sentaba en él mientras pronunciaba los oráculos en un estado similar al trance. La idea parece haber sido que la influencia sagrada del dios podría venir desde las profundidades y entraba dentro de ella cuando se elevaba sobre el nivel del suelo. Autores helenísticos sugieren que su éxtasis era inducido por vapores que surgían de una grieta en el suelo, pero esta noción semirracionalista no encuentra apoyo en las evidencias arqueológicas o geológicas.[17] La Pitia era una virgen nacida en Delfos que entraba al servicio del dios de por vida, y siempre vestía como una mucha-

cha. Los sacerdotes de Apolo transformaban las respuestas en versos (hexámetros) antes de que fueran llevadas al interrogador.

Se decía que la Sibila, supuesta fuente de muchos oráculos que circulaban en forma escrita, daba sus profecías en un estado de arrebato inspirado igual que en el caso de la Pitia,[18] y en algunos casos se asociaba con Delfos. En la forma más antigua de su leyenda, había en principio una única mujer profetisa llamada Sibila que daba sus profecías en algún lugar de Asia Menor. El pueblo de Marpeso, en el monte Ida, situado en la Tróade, un incierto lugar del que no se recuerda nada más, consideraba a la Sibila como propia, al igual que la ciudad más importante de Eritrea en la costa lidia; había una gran controversia en la Antigüedad sobre este asunto. La Sibila asiática ganó el favor de Apolo, a cuyo servicio se dedicó totalmente y él la inspiró profecías maravillosas e infalibles aunque enigmáticas. Algunos decían que había vagado hasta llegar a Delfos (entre otros lugares) en algún momento y manifestaba allí sus profecías.[19] El significado de su nombre, que puede ser de origen oriental, es confuso. Estos oráculos, de los que se hacía público un número cada vez mayor, eran muy populares. Existían en muchos lugares y por consiguiente muchas ciudades afirmaban ser su lugar de origen. Al final, en la medida en la que Sibila llegó a ser considerada como un término genérico, surgieron toda una serie de sibilas, algunas con nombres propios como Herófila o Fito, de modo que la tradición se hizo desconcertantemente compleja. Aunque varían las estimaciones sobre su número, y hay una gran confusión puesto que las mismas figuras reaparecen a menudo bajo nombres diferentes, podríamos hablar de una oportuna lista compilada por el anticuario romano Varrón, que distingue entre diez Sibilas:[20] la persa, la libia, la délfica (que en algunos casos es descrita como hermana o hija de Apolo, o incluso su esposa), la cimeria (que al estar localizada en Italia, parece ser la misma que la de Cumas), la eritrea (Herófila), la de Samos (Femónoe), la de Cumas (Amaltea, autora de los famosos oráculos sibilinos de Roma), la del Helesponto (de nuevo la de Eritrea o de Marpesia), la frigia (de nuevo la de Marpesia) y finalmente la tiburtina (resultado del intento de encontrar un equivalente griego a la diosa local Albunea; de aquí el nombre de «Templo de la Sibila» que se ha dado de forma bastante injustificada a una de las más famosas ruinas en el Tívoli). Sobre la Sibila de Cumas, cf. p. 179. Debe hacerse también mención de la Sibila judía y babilonia, normalmente identificada con la de Marpesia-Eritrea, que en cierta medida es la más famosa, puesto que son suyos los oráculos sibilinos de la colección que ha llegado hasta hoy (obviamente con una gran parte falsificada, puesto que aparece propaganda judía y cristiana disfrazada como revelaciones de la Antigüedad).

Tras esas figuras ensombrecidas ronda, con toda probabilidad, cierto número de mujeres reales. Los siglos que transcurrieron entre la invasión doria y el apogeo de la civilización clásica fueron tiempos de grandes levantamientos religiosos. Desde esa época sobrevive un gran número de nombres, no sólo de profetisas como Sibila, sino también de profetas como Bacis, cuyos oráculos fueron muy populares durante la guerra del Peloponeso, y Epiménides de Creta.

No hay razón por la que podamos suponer que tanto la Sibila como las profetisas de Delfos hubieran sido un fraude. La práctica moderna de la espiritualidad ha acercado a todos al hecho de que ciertas personas puedan de manera voluntaria o por otros medios trasladarse a una condición fuera de lo normal en la que pueden hablar o incluso escribir de forma más o menos inteligible, sin ser conscientes de ello en el momento o posteriormente cuando lo recuerdan. Apolo, al igual que muchas divinidades africanas que hablan a través de profetas o «médiums», encontró sin duda a muchos seres excepcionales para que le sirvieran sinceramente, a pesar de que los sacerdotes de Delfos pudieron en más de una ocasión alterar o desarrollar las respuestas de la Pitia en mayor o menor medida mientras preparaban el documento oficial editado, que era, por lo general, trasladado en hexámetros regulares y redactado en su mayor parte en un lenguaje muy enigmático y confuso, de modo que en caso de que se demostrara que el sentido de la profecía era falso, el dios quedaba siempre libre de culpa tras otra interpretación.

El asesinato de Ticio: la asociación de Apolo con los hiperbóreos

En otra de las primeras aventuras de Apolo, aparece su enfrentamiento con Ticio, un gigante que intentó violar a Leto poco después del nacimiento de sus hijos. Ticio es descrito como hijo de Gea (Tierra) en la *Odisea*, o como hijo de Elara (heroína beocia, hija de Minias u Orcómeno en un fragmento de Hesíodo).[21] En la versión de Ferécides, que se escribió como forma de reconciliar las tradiciones anteriores, Ticio era hijo de Zeus con Elara, pero también había nacido de la Tierra, por así decirlo, puesto que su madre le dio a luz bajo tierra después de que Zeus la hubiera arrojado allí por miedo a los celos de Hera.[22] Homero hace una breve referencia al crimen de Ticio para explicar la razón del eterno tormento al que estaba sometido en el Hades (cf. p. 171), al afirmar que había atacado a Leto cuando pasaba a través de Panopeo de camino a Pito (Delfos). Panopeo se encuentra al este de Delfos, en la misma provincia de Focia. Un gran túmulo en las cercanías se identificó como el lugar de enterramiento de Ticio.[23] Autores posteriores añadieron que los dos hijos de Leto (o sólo uno de ellos)

llegó rápidamente al lugar para salvar a su madre de él y lo mató de un disparo.[24] En versiones menos ortodoxas, Ticio fue castigado en el Hades porque había intentado poner sus manos sobre Ártemis, o fue atravesado por un rayo de Zeus cuando intentó atacar a Leto por orden de Hera.[25]

Apolo estaba íntimamente asociado tanto en el mito como en el culto con los hiperbóreos, pueblo mítico que vivía en los confines de la tierra, en las tierras más remotas del norte. Su nombre fue interpretado, correcta o incorrectamente, como los que vivían «más allá del viento del norte» (dado que Bóreas era el nombre de ese viento en Grecia, cf. p. 88). Como veremos en este capítulo, su conexión con Apolo se estableció incluso antes de su nacimiento puesto que enviaron mensajeros a Delos con ofrendas que habían prometido para asegurar a Leto un parto fácil. Como es habitual en el caso de los habitantes de los reinos míticos en los confines de la tierra, eran un pueblo equitativo y compasivo que vivía una vida libre de todo esfuerzo y conflictos, que pasaban el tiempo con cantos, danzas y fiestas. Su presencia era, por tanto, muy apreciada por Apolo, que se decía que abandonaba Delfos durante el invierno para pasar más tiempo en su tierra. Según el poeta lírico primitivo Alceo, visitó por primera vez su país poco después de su nacimiento, y viajó en un carro tirado por los cisnes que Zeus le había dado para su viaje a Delfos. Sin embargo, tras ordenar a los cisnes que volaran hacia el norte, permaneció todo un año con los hiperbóreos, para los que creó leyes, hasta que finalmente partió hacia Delfos en el verano del año siguiente.[26] Según una historia posterior, se refugió más tarde con los hiperbóreos durante un tiempo para escapar de la furia de Zeus tras haber matado a los Cíclopes (como se verá más adelante), y una sustancia preciosa venida del norte, el ámbar, se formó de las lágrimas que derramó durante su exilio.[27] Para ver una versión diferente sobre el origen del ámbar, cf. p. 84. Aunque la tierra de los hiperbóreos era apenas accesible a los viajeros humanos ordinarios, Píndaro relata que en días remotos Perseo encontró el camino para llegar y vio a los hiperbóreos sacrificando hecatombes de asnos a Apolo, que apreciaba especialmente sus fiestas y alabanzas.[28]

En tiempos históricos, las ofrendas sagradas que se suponían que procedían de los hiperbóreos, solían llegar al santuario de Apolo en Delos. Envueltas en paja de trigo y de naturaleza no específica, se enviaban a través de relevos desde un lugar desconocido en el norte. Heródoto proporciona una relación de su ruta, hasta donde podía ser conocida, y relataba que se enviaban primero a Escitia y luego iban por una ruta sinuosa a tierras griegas por Dodona (en Epiro, al noroeste). Desde allí se

relevaban y tomaban rumbo al sureste hacia el golfo de Malia, cruzando Eubea, y de allí bajaban hasta el extremo sur de la isla donde iban por mar hasta Tenos y Delos. Sin embargo, no se puede seguir la ruta más allá de Escintia y su verdadero origen sigue siendo un misterio. Según una leyenda, los hiperbóreos habían adoptado un procedimiento más convencional la primera vez, enviando dos mensajeros a Delos con las ofrendas, pero cuando los enviados (Hipéroque y Laódice, cf. p. 255) no encontraron el camino de vuelta, decidieron que en el futuro sería más seguro enviar las ofrendas por medio de relevos.[29]

Apolo, Corónide y su hijo, el gran sanador Asclepio

Apolo, que es él mismo un sanador, fue el padre del principal dios de la curación y la medicina, Asclepio (cuyo nombre se corrompió en latín y dio lugar a Esculapio). Aunque Asclepio fue venerado como dios y como héroe en el culto, parece probable que surgiera como héroe y ascendiera a un estatus divino en un estadio posterior. Según la tradición más común, Apolo lo engendró de Corónide, hija de Flegias, una heroína tesalia de origen lapita (cf. p. 719). Se dice que Apolo se enamoró de ella tras verla mientras lavaba sus pies en el lago Boibias, en el noreste de Tesalia.[30] Ella se convirtió en su amante y concibió a un hijo, aunque accedió a casarse con un mortal, Isquis, hijo de Elato, durante el período de su embarazo. También es posible que se hubiera comprometido secretamente con Isquis, que era un lapita como ella. Se cuenta en una narración que consintió en casarse porque temía que Apolo no quisiera seguir con ella puesto que era una simple mortal[31] (muy parecido a la leyenda de Marpesa). Aunque en el *Himno homérico a Apolo* ya se hace referencia al antagonismo entre Apolo e Isquis, Píndaro proporciona el primer relato de los hechos que siguieron después. Cuando Corónide se acostó con Isquis a espaldas de su padre, Apolo se enteró por su poder de profecía, y envió a Ártemis al pueblo de Corónide para ejecutar la venganza en su nombre. A su tiempo, Ártemis la mató junto con muchos otros desafortunados vecinos, pero cuando la llama se extendía alrededor de su cadáver en la pira funeraria, Apolo no pudo soportar que ardiera en la pira el hijo suyo que ella llevaba dentro y se adelantó para extraerlo de su vientre. En otras versiones, él pidió a Hermes recuperar el niño o disparar a la misma Corónide.[32] Se dice que Apolo había sido informado de su infidelidad por el cuervo, su fiel mensajero.[33] Podría entonces explicarse el plumaje negro de los cuervos dado que Apolo volvió negro a su mensajero (a partir de su blanco original) en su ataque de ira tras las malas noticias. Aunque este detalle no apa-

rece en la literatura hasta el período helenístico, es un comentario popular y puede que sea bastante antiguo puesto que se remonta hasta mediados del siglo V a.C. en las artes visuales.[34]

Se ha recogido en fuentes posteriores que el amante mortal de Corónide murió por un disparo de Apolo o atravesado por un rayo de Zeus.[35] Una tradición alternativa del Peloponeso sugería que la madre de Asclepio era una princesa mesenia, Arsínoe, hija de Leucipo (cf. p. 550).[36] Según la tradición local de Epidauro, en la costa este de la Argólide, centro más importante del culto de Asclepio, Corónide lo trajo al mundo en esa región del Peloponeso en las siguientes circunstancias. Cuando su padre Flegias, famoso bandolero (cf. p. 718), visitó una vez el Peloponeso para inspeccionar el terreno, la llevó con él sin darse cuenta de que ella estaba embarazada, y abandonó al recién nacido Asclepio en una montaña cerca de Epidauro tras haber dado a luz durante el viaje.[37]

Apolo confió a su hijo recién nacido al sabio centauro Quirón, que lo crió en su cueva del monte Pelión en Tesalia. Bajo la eficaz tutela de Quirón, Asclepio aprendió gran cantidad de conocimientos valiosos, incluido el arte de la medicina que desarrolló hasta el más alto estadio de perfección.[38] No aparece en la saga heroica (excepto en una o dos referencias tardías que sugieren que viajó con los Argonautas o se unió a la caza del jabalí de Calidón).[39] Junto con su mujer, llamada de diversos modos aunque siempre denominada Epíone en relación con su culto, tuvo una familia de naturaleza dual al igual que él mismo como antiguo héroe y dios sanador. Como ya establece Homero, fue padre de dos enérgicos héroes épicos, Podalirio y Macaón, que viajaron a Troya como líderes aliados de un contingente del noroeste de Tesalia. Puesto que habían heredado las habilidades médicas de su padre, fueron capaces de ayudar a sus camaradas como curadores y cirujanos al tiempo que tomaban parte en la batalla.[40] La curación de Filoctetes, en concreto (cf. p. 607), corresponde a uno de ellos.[41] A Asclepio se le atribuyen algunos hijos de otro tipo asociados a su culto como sanador, una serie de figuras pálidas y sombrías sin mito que personifican varios conceptos asociados con el arte de la curación. Entre ellos encontramos a Higia (Salud personificada) que a menudo aparece en obras de arte ya sea sola o de pie junto a su padre sentado; Yaso (Curación), Panacea (Cura todo, *panacea* en latín y en español), y Telesforo, el pequeño niño dios con caperuza (el que ejecuta).[42]

El celo de Asclepio como curador lo llevó demasiado lejos cuando se propuso hacer revivir a los muertos. Según varios relatos, resucitó a Hipólito a

petición de Ártemis (cf. p. 470); a Licurgo, hijo de Prónax, y a Capaneo, dos argivos que murieron durante la primera guerra de Tebas; a Tindáreo y Glauco, hijo de Minos. En algunas versiones posteriores, llegó a resucitar a tantos mortales que Hades se vio obligado a protestar. En cualquier caso, esta interferencia con el orden establecido de la naturaleza era demasiado para Zeus, que rápidamente envió a Asclepio a los Infiernos tras alcanzarlo con un rayo.[43]

Servidumbre de Apolo a Admeto y la historia de Alcestis

Apolo estaba furioso por la muerte de su hijo, pero apenas podía vengarse de su poderoso padre incluso aunque se hubiera atrevido a hacerlo, y por tanto se consoló matando a los Cíclopes, creadores del rayo. Al ser culpable de derramamiento de sangre dentro de su propio clan divino, Zeus ordenó que expiara su crimen poniéndose al servicio de un maestro mortal como siervo durante un año.[44] Se afirma en un relato que Zeus incluso lo habría llegado a arrojar al Tártaro si su madre Leto no hubiera intervenido para salvarlo.[45] En una versión alternativa, puesto que lo esperable es que los Cíclopes fueran inmortales como hermanos de los Titanes, se dice que Apolo mató a los hijos de los Cíclopes y no a los propios Cíclopes.[46]

Al haber sido enviado a servir a un amo eminentemente justo y considerado, Admeto, hijo de Fere, rey de Feras en Tesalia (cf. p. 552), se comprobó que su sentencia era menos humillante de lo que podría haber sido, y Apolo recompensó a Admeto por su amabilidad a través de varios servicios que realizó para él. Mientras cuidaba su ganado, hizo que creciera enormemente su número al provocar el nacimiento de gemelos en cada parto.[47] También lo ayudó a conseguir a la mujer que había elegido, Alcestis, hija de Pelias. El padre de ella había anunciado que la entregaría al pretendiente que pudiera poner bajo el yugo a un león y a un jabalí para tirar de un carro. Apolo presentó a Admeto el carro con el yugo en los animales, y montado en él se dirigió a Yolcos para entregárselo a Pelias.[48] Aunque el rey dio a su hija de acuerdo con su promesa, al poco tiempo Admeto tuvo que llamar de nuevo a Apolo en su auxilio, puesto que había olvidado honrar a Ártemis mientras ofrecía los sacrificios de boda, y había enfurecido tanto a la diosa que ésta le había llenado su cámara nupcial con colas de serpiente como presagio de una muerte temprana. Apolo no sólo explicó la causa del problema y avisó a Admeto acerca del modo de aplacar a la diosa, sino que también visitó a las Moiras (Hados), y las persuadió para indultar a Admeto si

otra persona consentía morir en su lugar. Según Esquilo, obtuvo el favor de estas deidades inexorables suavizando sus corazones con vino.[49]

Pasados unos años, cuando le llegó a Admeto el tiempo de morir, buscó a alguien que lo hiciera en su lugar, pero nadie, ni siquiera sus ancianos padres dieron su consentimiento, hasta que finalmente se ofreció su mujer. De modo que cuando llegó el día fatal, fue Alcestis la convocada a las tinieblas. Aunque la aceptación de Admeto del sacrificio personal de Alcestis podría parecernos algo innoble y cobarde, pocos sintieron malestar sobre el asunto cuando la leyenda se desarrolló, puesto que la vida de la mujer no era considerada de un valor igual a la del hombre. Según esto, Alcestis se convirtió en ejemplo de devoción marital. Sin embargo, cuesta realmente aceptar el hecho de que tuviera que llevar a cabo su ofrecimiento y la tradición aseguró su rescate de un modo u otro. En la versión más antigua que se conserva, fue Heracles su salvador, tal como veremos; pero hubo también otra versión, mencionada por primera vez por Platón aunque muy posiblemente de origen antiguo, en la que los dioses infernales (en concreto Perséfone) la enviaron a casa por lo mucho que admiraban su inmolación.[50]

En la *Alcestis* de Eurípides, Heracles fue a visitar a Admeto en su viaje al norte para buscar a las yeguas de Diomedes de Tracia (cf. p. 345) y llegó a su casa en mal momento, ya que Admeto y su familia estaban comenzando su duelo. Sin embargo, incluso en este caso extremo, no se pueden ignorar los deberes de hospitalidad, de modo que discretamente finge que no hay ningún miembro de su familia muerto, sólo un extranjero que había estado bajo su techo, y da la bienvenida al héroe como invitado, ordenando a sus siervos que hagan que se sienta cómodo.[51] Sin embargo, Heracles pronto descubre el auténtico estado de las cosas por un siervo y toma medidas para solucionarlo todo. Según una creencia popular, se pensaba que Tánato, la Muerte personificada (cf. pp. 63-64), se llevaba a los muertos, al igual que se representa a Caro en el folclore griego moderno. De modo que Heracles fue a la tumba de Alcestis a la espera del mensajero del mundo subterráneo, luchó con él cuerpo a cuerpo a su llegada y le pidió que dejara libre a su presa.[52] Alcestis recobró la vida y fue devuelta a casa sin daño. Esta obra es muy interesante por la forma en la que Admeto reacciona cuando Heracles llega, en la que se pueden apreciar todas las implicaciones de su comportamiento tras la marcha de la esposa. Llega a sentir que su vida apenas merece ser vivida en el momento en el que compra su supervivencia a costa de ella; pero en ningún lugar se sugiere que él estuviera equivocado al aceptar la inmolación de ella. Eurípides no fue el primer autor que introduce a Tánato en la historia, puesto que es conocido que Tánato llegó a buscar a Alcestis en una obra teatral de un

trágico anterior, Frínico.[53] Esta historia, con una forma primitiva de relato moral, en el que las Moiras se emborrachan y la Muerte es tan física y material que un hombre valiente puede superarla con la fuerza de sus músculos, está llena de elementos folclóricos.

Apolo, Cirene y su hijo, el dios campestre Aristeo

Apolo engendró al dios campestre Aristeo con Cirene, hija del rey lapita Hipseo, a su vez hijo del dios río tesalio Peneo. Cirene no tenía ningún gusto por los trabajos manuales o la compañía de doncellas de su edad, sino que prefería rondar por las tierras altas de Tesalia a la caza de bestias, una especie de Ártemis local. Píndaro cuenta cómo Apolo la vio mientras estaba peleando con un poderoso león, ella sola, sin armas. La admiración por su valentía se convirtió en amor apasionado y fue a consultar al sabio Quirón, que le advirtió que la llevara por el mar hasta Libia, y establecerla como reina de una ciudad floreciente (dado que ella era el epónimo de Cirene, la colonia griega más importante en el norte de África). De modo que la raptó en los valles del monte Pelión azotados por los vientos, la llevó en su carro dorado y la sedujo en su nuevo hogar, donde concibió un hijo excepcional, Aristeo. Hermes llevó al recién nacido a Grecia y lo confió al cuidado de las Horas (Estaciones) y la Tierra, que lo criaron con néctar y ambrosía, la comida de los dioses.[54] También es posible que Apolo lo confiara a Quirón para que lo criara en su cueva del monte Pelión; cuando creció, las musas le enseñaron las artes de la curación y la profecía e hicieron que cuidara sus rebaños en Tesalia.[55] Otra versión dice que fue criado por las ninfas, que le enseñaron las artes rurales que posteriormente transmitió a los mortales.[56]

Aristeo fue un modesto dios rústico del que se dice que inventó muchas de las artes manuales, actividades y pasatiempos del campo, tales como la apicultura, el cuidado de los olivos, la preparación de la lana y la caza en general o algunas de sus variantes.[57] Se casó con Autónoe, hija de Cadmo, rey de Tebas, y fue padre con ella de un único hijo, el gran cazador Acteón, que encontró la muerte prematuramente en circunstancias trágicas (cf. p. 393). Según la breve y concisa biografía de Diodoro, abandonó la Grecia continental para siempre tras esta desgracia, y primero viajó a la isla de Ceos por orden de su padre, donde fundó ritos para aliviar a Grecia del calor excesivo en verano (cf. p. 240) y después siguió vagando a otros lugares hasta Cerdeña y Sicilia, donde introdujo sus artes agrícolas en esas nuevas zonas.[58]

Virgilio y otros autores de la tradición posterior culpan a Aristeo de la muerte de Eurídice, la esposa de Orfeo (cf. p. 708). Afirman que en él nació una fuerte pasión por ella y que fue mientras ella huía de él cuando una serpiente venenosa le produjo una mordedura fatal. Puesto que Eurídice era una ninfa dríade, sus compañeras se vengaron de Aristeo haciendo que murieran todas sus abejas. Tal y como narra Virgilio en su *Geórgica IV*, fue a buscar el consejo de su madre Cirene, que a su vez lo remitió a Proteo, el Viejo del mar. Después de capturar a Proteo mientras dormía y manteniéndolo agarrado mientras cambiaba de forma una y otra vez, Aristeo le obligó a descubrir al causante de la situación, y transmitió la respuesta a su madre. Cirene le aconsejó que sacrificara cuatro toros y cuatro novillas para apaciguar a las ninfas, que dejara las reses muertas en una arboleda y que volviera al lugar nueve días después para ofrecer amapolas y una oveja negra a Orfeo y una ternera a Eurídice. Cuando volvió a la arboleda tras ese lapso, las abejas salían de los cadáveres descompuestos de las reses y se reunieron en un árbol cercano, proporcionándole un nuevo enjambre para sus colmenas.[59] La creencia de que las abejas surgían de la carne putrefacta parece que estaba bastante extendida, y no sólo en el ámbito griego; el hecho que subyace tras ello es la existencia de una mosca *Eristalis tenax*, que se asemeja enormemente a una abeja y deposita sus huevos en la carroña.

Amores frustrados de Apolo con Marpesa, Casandra y Dafne. Muerte accidental de Jacinto

Por lo general, Apolo fue bastante infeliz con sus amores. Ya hemos visto un ejemplo de esto en la historia de Corónide. En otro relato antiguo, Marpesa, bella princesa etolia hija de Eveno (cf. p. 537), prefirió casarse con Idas, un mortal hijo de Linceo, príncipe etolio (cf. p. 549) en vez de hacerlo con él. Homero hace referencia brevemente al conflicto entre los dos pretendientes y dice que Idas se atrevió a levantar su arco contra Apolo por amor a ella. A pesar de que no se ofrecen más detalles, resulta evidente que Idas venció, puesto que se nos dice que Marpesa vivió con él y le dio una hija, Cleopatra (que se convertiría en la esposa de Meleagro).[60] Según la versión posterior más conocida, que puede remontarse a Simónides, Idas secuestró a Marpesa de su casa en Etolia, haciendo uso de veloces caballos que le había entregado Poseidón. Aunque su padre Eveno emprendió la persecución, sus caballos mortales pronto quedaron exhaustos y abandonó la caza junto al río Licormas al este de Etolia. Por desesperación, mató

después a sus caballos y se hundió en el río, conocido a partir de entonces como Eveno. Idas continuó su camino a Arene, en su Mesenia natal, donde se enfrentó a Apolo, que también se había encaprichado con Marpesa. Cuando el dios intentó llevársela, Idas levantó su arco y amenazó con atacarlo (incluso comenzó a luchar contra él), pero Zeus intervino para separar a los rivales y permitió a Marpesa elegir a su gusto. Temiendo que Apolo la abandonara cuando envejeciera, eligió a su pretendiente mortal.[61] En otra versión, probablemente basada en el famoso mito de Enómao e Hipodamía (cf. p. 647), Eveno obliga a los pretendientes de Marpesa a competir con él en una carrera de carros con la condición de que daría a su hija a quien no alcanzara, pero que mataría a quien alcanzara. Después de haber matado a muchos pretendientes y clavar sus cabezas en el muro de su casa, Idas escapó con Marpesa utilizando sus caballos de tiro. La historia continúa como se ha contado antes.[62]

Otra de las pasiones fatales de Apolo fue Casandra (o Alexandra), una de las hijas de Príamo, rey de Troya. Según una historia que aparece por primera vez en el *Agamenón* de Esquilo, el dios, herido de amor, prometió garantizarle el don de la profecía en pago por sus favores, pero después de adquirir el don, ella rompió su promesa y rechazó entregarse a él. En ese momento un dios ya no puede reclamar sus regalos, pero sin embargo Apolo tomó medidas para que sus poderes fueran antes una maldición que una bendición, al asegurarse de que no la creerían nunca por más que sus profecías siempre fueran ciertas.[63] De ese modo, cuando intentó avisar a Paris de todos los males que seguirían tras el secuestro de Helena, o cuando advirtió a los troyanos contra la entrada del Caballo de Madera en su ciudad, sus palabras cayeron en saco roto. Permaneció virgen hasta que fue capturada en la caída de Troya, para sus sufrimientos en ese momento y su destino posterior cf. pp. 615-616.

Aunque Píndaro es el primer autor literario que conservamos que menciona de forma explícita que Casandra era una vidente (y una vidente, además, cuyo «corazón inspirado por lo divino» la llevó a predecir las consecuencias del comportamiento de Paris), es probable que esto fuera una antigua característica de su leyenda, puesto que se relata que había formulado profecías a Paris en las *Ciprias*, una obra épica arcaica perteneciente al ciclo troyano.[64] Por supuesto, esto no tiene por qué implicar, que en la tradición más antigua se afirmara que había adquirido sus poderes al engañar a Apolo.

Según una versión alternativa, obtuvo sus poderes cuando ella y su hermano Héleno fueron abandonados una noche en el santuario de Apolo *Thymbraios* durante

su infancia; las serpientes reptaron sobre ellos y lamieron sus oídos.[65] Se contaba que las serpientes habían conferido poderes adivinatorios de la misma manera al vidente Melampo (cf. p. 553). A diferencia de Casandra, que formulaba sus profecías en un estado de abandono inspirado, Héleno era un vidente «técnico» que trabajaba interpretando los vuelos de las aves y otros signos.

La historia relativamente tardía de Apolo y la Sibila de Cumas, tal como se relata en las *Metamorfosis* de Ovidio, parece haber sido elaborada en parte tomando la leyenda de Casandra y también la de Titono (cf. p. 86). Cuando Apolo conoció a la Sibila siendo ésta una hermosa joven, se enamoró de ella y le ofreció lo que quisiera con la esperanza de ganar sus favores. De modo que ella señaló una pila de polvo del suelo y le pidió que le asegurase cumplir tantos años como motas de polvo hubiera en la pila. Era demasiado tarde cuando se dio cuenta de que había olvidado pedir la juventud eterna, y puesto que ella había rechazado permitir a Apolo tomarse las libertades que esperaba, retiró este favor adicional y siguió envejeciendo y consumiéndose cada vez más. Estaba destinada a encoger y convertirse en una criatura diminuta hasta su muerte, por lo menos tras mil años (según el número de motas de polvo).[66] Petronio cuenta que finalmente la colgaron en el interior de una botella en Cumas, y cuando los niños le preguntaban: «Sibila, ¿qué quieres?», ella respondía: «Quiero morir».[67]

Según un cuento famoso, y posiblemente muy antiguo, la planta sagrada de Apolo, *daphne* o laurel, surgió por la transformación de una muchacha de ese nombre que suscitó la pasión del dios. En la versión más antigua que ha llegado hasta hoy de la transformación, Dafne era una hija de Amiclas (un antiguo rey de Esparta, cf. p. 643) que solía recorrer el Peloponeso como cazadora junto con un grupo de compañeras femeninas. Como fiel seguidora de Ártemis, no quería saber nada del amor, pero Leucipo, hijo de Enómao, rey de Pisa, se enamoró apasionadamente de ella y consiguió ganar su amistad disfrazándose como una joven y entrando a formar parte de su grupo de caza. Por desgracia, Apolo también estaba enamorado de ella e hizo que la treta de Leucipo quedara al descubierto, al inducir a Ártemis y a sus acompañantes a bañarse en el río Ladón. Descubrieron el engaño en el momento en el que obligaron a Leucipo a desvestirse y despedazaron al infortunado joven, pero cuando Apolo intentó agarrar a Dafne, ella huyó y pidió a Zeus ser apartada de compañía humana, por lo que la transformó en la planta que lleva su nombre.[68] En las versiones posteriores, Apolo no tiene un rival mortal. Según Ovidio, para el que Dafne es hija del río Peneo en Tesalia, ella pidió a su padre que la transformara cuando

huía del molesto acoso de Apolo.[69] Posiblemente se la asoció con el Peneo porque se decía que Apolo había traído un laurel del valle del Tempe, lugar del que surgía el río. También era posible que fuera hija del río Ladón en Arcadia, y al pedir a la Madre Tierra que la salvara de la situación en que se encontraba, aquélla la tragó en una sima y envió a la superficie un laurel en su lugar como consuelo para Apolo.[70]

Apolo demostró no tener mayor fortuna cuando dirigió sus sentimientos hacia los hombres. El más celebrado de ellos fue Jacinto de Amiclas, cerca de Esparta. Aparece por primera vez como figura literaria en un fragmento mal conservado del *Catálogo* atribuido a Hesíodo como hijo de Amiclas, un antiguo rey de Esparta, epónimo de la ciudad del mismo nombre (cf. p. 675). Dado que se menciona un disco al final del fragmento, puede inferirse que Apolo lo mató de forma accidental, como ocurre en la tradición posterior más común. Eurípides alude a dicha historia en su *Helena*, y dice que los espartanos llevaban a cabo ritos nocturnos en honor a Jacinto, al que mató Apolo con un disco cuando competían. Según Ovidio, cuando Jacinto iba a coger el disco para lanzarlo, éste rebotó y lo mató.[71] En una versión más elaborada, Céfiro (el viento del este; o también Bóreas, el viento del norte) competía con Apolo por el amor de Jacinto, y estaba tan celoso de que el joven prefiriera a Apolo que hizo que el disco del dios se desviara mientras ambos entrenaban. Sin embargo esto pertenece a una versión secundaria, sugerida por un relato en el que el disco de Apolo fue apartado de su trayectoria por un golpe de viento (al igual que se dice a veces de Perseo, cuando mató a su abuelo de una manera semejante cf. p. 321).[72] Para explicar el origen del jacinto, se creó un mito de transformación en el que una flor roja marcada con las letras AI AI (que significa ¡Ay, ay!) surgió de la sangre de Jacinto (o de sus cenizas), y desde entonces lleva su nombre.[73] Evidentemente, se trataba de una planta diferente del moderno jacinto, que, por lo que parece, tenía forma de iris. El nombre de Jacinto (*Hyakinthos*) tiene un componente —*nth*— no indoeuropeo. Fue una divinidad prehelénica especialmente venerada en Amiclas y dio su nombre a la antigua fiesta doria de las Jacintias. Se discute si su mito principal pretendía dar cuenta de su subordinación al culto de Apolo. Pausanias visitó su tumba en Amiclas y relata que el trono de Amiclas lo representaba como un hombre de barba, no como un joven hermoso.[74] Para la historia de Cipariso, otro elegido de Apolo que encontró la muerte de forma prematura, cf. p. 732.

La matanza de los hijos de Níobe. La competición entre Apolo y Marsias

Si Apolo fue un ardiente amante, no fue menos enérgico en sus venganzas, aunque de ningún modo ejercía sus terribles poderes siempre por sí mismo. Como se ha descrito, mató al gigantesco Ticio, quizá con alguna ayuda de su hermana, para salvar a su madre de la violación (cf. p. 207); y junto con su hermana acabó con los numerosos hijos de Níobe, para castigarla por burlarse de Leto. Níobe, hija de Tántalo, se había casado con un gobernante tebano, Anfíón (cf. p. 402) y dio a luz a muchos hijos, siete hijos y siete hijas (o seis de cada sexo, o diez, los números varían). En un momento de malicia alardeó de ser superior a Leto, quien sólo tenía dos hijos en total. Apolo y Ártemis sacaron sus arcos para vengar el insulto: él mató a todos los hijos y ella a todas las hijas. En su dolor por la pérdida, Níobe se retiró a su tierra natal en Asia Menor, donde continuó llorando por sus hijos hasta que Zeus alivió su sufrimiento convirtiéndola en piedra.[75] Podía verse en el monte Sípilo (Lidia) la roca en la que se supone que fue transformada. Según Pausanias, oriundo de aquella zona, desde la distancia parecía una mujer llorando.[76] Apolo también mató a Flegias mientras intentaba saquear su santuario en Delfos (cf. pp. 718-719), luchó contra Heracles, cuando el héroe trató de robar el trípode sagrado del oráculo de Delfos (cf. p. 360), y envió una plaga a Troya cuando su rey, Laomedonte, se negó a pagar la recompensa que les había prometido a Poseidón y a él tras construir las murallas de Troya (cf. p. 674).

Otra historia, fuera del dominio de la mitología heroica, cuenta cómo Apolo impuso un espantoso castigo al sátiro frigio Marsias por atreverse a retarle en una competición musical: Marsias encontró la flauta doble (*aulos*) que había sido desechada por Atenea, su inventora (cf. p. 247), y había aprendido a tocarla, llegando finalmente a ser tan virtuoso que pensó que podría rivalizar con el mismo Apolo. El dios aceptó competir con él con la condición de que el vencedor hiciera lo que quisiera con el perdedor y las Musas fueron invitadas a participar como jueces. Cuando comenzó la competición, Apolo colocó la lira en posición invertida y la tocó con consumada maestría. Luego retó a Marsias a que hiciera lo mismo; cuando el sátiro se mostró incapaz de ello (puesto que un instrumento de viento tiene que ser soplado por el extremo dispuesto para ello), Apolo fue declarado vencedor. Como castigo, colgó a Marsias de un pino y lo desolló vivo. Su enmarañada piel podía ser vista en tiempos históricos en Celenas, ciudad al sur de Frigia cerca del nacimiento del río Marsias.[77] Se decía que el río había surgido a partir de la sangre del sátiro, o de las lágrimas que habían derramado por él las ninfas locales, los sátiros y los pastores.[78]

En otro relato de este tipo, también situado en Asia Menor, Apolo participa en una competición musical con la deidad campestre Pan. Tmolo, dios de la montaña lidia del mismo nombre, actuaba como juez y los competidores tocaban por turnos, primero Pan con sus rústicas flautas de caña y luego Apolo con su lira. Cuando Tmolo dio la victoria a Apolo, su decisión fue ratificada por todos los presentes con la única excepción de Midas, rey de Frigia, que, curiosamente, se había conmovido con la salvaje música de Pan. Apolo mostró lo que pensaba acerca del gusto musical de Midas al transformar sus orejas en las de un asno. El rey se sentía terriblemente avergonzado y se ponía un turbante sobre sus orejas para ocultar la deformidad. Sin embargo, su barbero conocía su secreto y, puesto que era un parlanchín incurable (ya que incluso entonces era el vicio profesional de los barberos), aunque no se atrevía a comentarlo, estaba a punto de estallar. De modo que finalmente encontró alivió cavando un hoyo y susurrando el secreto en la tierra. Como colmo del infortunio, crecieron algunas cañas en el mismo lugar y cuando el viento susurraba en ellas, traicionaban el secreto y lo difundían a todo el mundo con un susurro. «Midas tiene orejas de asno».[79] En otra versión de la historia, Midas sufre este castigo por dar su veredicto contra Apolo cuando el dios competía contra Marsias.[80]

Hermes

Hermes, el heraldo divino, era un dios antiguo que aparece mencionado en las tablillas Lineal B. Su nombre se derivó, casi con toda seguridad de la palabra griega *herma*, que significa montón de piedras o mojón. Dichas marcas aparecían comúnmente en los márgenes de los caminos de Grecia donde servían como marcas territoriales y delimitaciones. Al igual que en el acervo popular de otras regiones y otras épocas, se convirtieron en objeto de todo tipo de supersticiones. Parecería, entonces, que Hermes surgió de un modo relativamente humilde, como «el del montón de piedras», el poder que se suponía que residía en los mojones. Se concibió un mito etiológico para dar cuenta de esta asociación, sin duda en un momento bastante tardío: cuando los dioses lo llevaron a juicio tras haber matado a Argos Panoptes (cf. p. 305), como en el momento de la sentencia tenían que lanzar un guijarro en dirección a él para absolverlo, se formó a su alrededor un montículo formado con dichas piedras.[81] Desde el período arcaico tardío en adelante, los mojones se erigían en forma de una columna de piedra rectangular con una cabeza con barba en su extremo y un falo, nor-

malmente erecto. Tal objeto fue conocido por los griegos como un hermes. Atenas destacaba especialmente por la cantidad de mojones que podían verse en las calles y plazas.

Al imaginarlo en una forma totalmente antropomórfica, Hermes es descrito sobre todo como un heraldo y correcaminos. Con estas condiciones, es representado de manera característica con el sombrero de ala ancha de fieltro (*petasos*) que los viajeros griegos usaban para protegerse del sol en los ojos y el bastón del heraldo (*kerydeion*, o *caduceus* en latín). Por supuesto, es mucho más rápido y está menos ligado a la tierra que cualquier viajero humano, tal como se indica en muchas imágenes en las que aparece con alas en sus sandalias y sombrero. Sin lugar a dudas, su función más importante es la de mensajero de los dioses, y de Zeus en especial. A veces simplemente se le envía para comunicar la voluntad de Zeus, como cuando viaja veloz sobre las olas como un pájaro hasta la isla remota de Calipso para ordenar la liberación de Odiseo (cf. p. 640). También puede actuar directamente para poner en marcha la voluntad de los dioses, como cuando guía a Príamo al campo griego por la noche para intentar recuperar el cuerpo de Héctor, haciendo dormir a los guardias mientras ambos se aproximan a la tienda de Aquiles.[82] Todo el episodio es muy característico de Hermes, que tiende a ser discreto, incluso furtivo, en sus acercamientos y acciones pero que casi siempre es benévolo con los mortales. Lleva a cabo muchas otras misiones, como veremos, tanto para Zeus como para los otros dioses, y actúa especialmente como protector de Perseo (cf. p. 318) y de Heracles durante la incursión de este último en los Infiernos. Tal y como podía esperarse de un heraldo, apenas toma la iniciativa en el curso de la acción y no ocupa un lugar muy elevado entre los olímpicos, sino que más bien encarna la situación típica del miembro más joven de la familia que le hace recados al resto. Los heraldos mortales podían invocar su protección, y también preside las artes que se necesitan para la comunicación efectiva, tales como la oratoria y el discurso persuasivo, o la traducción e interpretación en los asuntos relacionados con el extranjero. Como intérprete que era, fue por tanto conocido como un *hermeneus* (de ahí el término moderno de hermenéutica).

Según su naturaleza original como espíritu de la columna de piedra, la mayor parte de las funciones de Hermes se relacionan de una forma u otra con los arcenes y el paso por los caminos, así como con los límites y la trasgresión de los mismos. Bajo las denominaciones de *Hodios* (Dios de los caminos) y *Hegemenos* o *Agetor* (líder, guía), es el dios del camino y protector de todos los que pasan por él, ya sea de forma abierta para asuntos legítimos o de manera más escon-

dida para propósitos inicuos. Así como es el dios patrón de los mercaderes y comerciantes, también lo es de los timadores y los ladrones, pues otorga fortuna, sea o no ganada de forma honesta. Bandolerismo y robo de ganado, especialmente el furtivo, eran formas bastante respetables de hacer fortuna en tiempos remotos, y se suponía que Hermes había comenzado su carrera robando el ganado de Apolo. Además, era el dios de la suerte, en el sentido más amplio y la fortuna venida del cielo o los golpes de suerte de cualquier tipo se hallan entre sus dones. Un encuentro afortunado, o el descubrimiento de un tesoro, se conocían por tanto como *hermaion* o *hermaia dosis*, esto es, don de Hermes. Al igual que Apolo *Nomios*, también era un dios cuya influencia se extendía sobre las tradicionales formas antiguas de riqueza, en concreto ganado vacuno y ovino, y su incremento. En este punto, tuvo una especial asociación con Arcadia. Asimismo, estaba involucrado en la fertilidad humana, y otro de sus más antiguos emblemas era el falo, que siempre permaneció como un prominente elemento en su culto.

Como dios asociado con los límites y su trasgresión, era capaz de atravesarlos y así ayudaba a otros a cruzar el límite más formidable de todos, el que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. Su labor era en este aspecto excepcional entre las deidades del Olimpo, que generalmente evitaban todo contacto con la muerte y los muertos. Ningún otro dios cruzó esta frontera, aparte de, por supuesto, Perséfone (y quizá uno o dos más en circunstancias excepcionales). Por lo menos en la época clásica y tardía, se suponía que una de sus más importantes labores consistía en servir como el *psychopompos* o «guía de almas» que llevaba las sombras de los recién muertos a su futuro hogar en el reino sin sol. Tal como se ha señalado anteriormente en relación con la mitología de los Infiernos, parece probable que ésta no fuera una concepción muy antigua y que se le hubiera asignado esta tarea por primera vez bastante después de Homero y Hesíodo (aunque en una ocasión se le hubiera presentado realizando esta labor en el texto que conocemos de la *Odisea*, cf. pp. 164-166). Aunque pueda llegar a estar asociado con la muerte y el viaje hacia las profundidades, nunca ha sido descrito como un dios terrible o formidable, como es el caso de Hades y Tánato, sino cortés y amable, como corresponde a un heraldo.

En sus imágenes más tempranas provenientes del arte arcaico, Hermes aparece habitualmente con barba, también después, cuando su cabeza se representaba en los mojones. Aparece con mucha frecuencia en la cerámica ática, tanto como figura dominante en hazañas propias o como figura acompañante, normalmente vestido con las ropas de viajero descritas anteriormente. A partir de

finales del siglo V a.C. en adelante, su tipo artístico cambia de acuerdo con el desarrollo de la escultura y llega a ser representado como un joven sin barba y desnudo (*ephebos*), no diferente de su hermanastro Apolo, aunque más joven y menos musculoso. Así se presenta en la maravillosa estatua de Praxíteles (nacido *circa* 390 a.C.), la principal gloria del museo de Olimpia. Tales imágenes se erigían muy a menudo en las escuelas de gimnasia y boxeo (*palaistrai*), por lo que fue ganando consideración como patrón especial de los jóvenes adolescentes y sus ejercicios. También se le mostraba con vestimentas rústicas como *Kriophoros* (el portador del carnero), con un carnero en sus brazos o sobre sus hombros.

La leyenda sobre su nacimiento se relata en el *Himno homérico a Hermes*, que trata el tema con el mismo humor bien intencionado que le caracteriza; dado que a pocos dioses griegos les molesta una o dos bromas inocentes y menos a Hermes. Zeus lo engendró con Maya, una ninfa o una hija de Atlas (cf. pp. 668-669), que vivía en una remota cueva en el monte Cilene al noreste de Arcadia.[83] Nació al amanecer, así cuenta el himno, al mediodía ya tocaba la lira y esa misma noche robó el ganado de Apolo.[84] Los detalles de la historia pueden resultar un tanto confusos de vez en cuando, pero el esquema se mantiene claro. Hermes saltó de la cuna al poco de nacer y salió de la cueva de su madre. Al encontrar una tortuga justo a la salida, tocado por una inspiración, la cogió y la llevó a la cueva para convertirla en un instrumento musical. Tras matarla y extraer la carne de su concha, insertó dos cuernos curvos en los agujeros para las patas en uno de los extremos de la concha, ajustó un travesaño entre ellos y colocó siete cuerdas de tripa de oveja que estiró y pasó por detrás de la concha para crear la primera lira. Tras improvisar una música y acompañarla con su voz, volvió a su principal objetivo: robar el ganado de Apolo.[85]

De camino a Pieria, al norte del monte Olimpo, un paseo muy normal para un bebé, robó cincuenta vacas de un rebaño que pertenecía a Apolo, y las llevó lejos haciéndolas caminar marcha atrás, sobre sus propios pasos, para confundir al que siguiera su rastro. Él caminaba de frente y ocultaba su rastro con unas sandalias que había improvisado con ramillas de mirto y tamarisco.[86] Autores posteriores sugieren que ocultaba las huellas del ganado atando ramas a sus colas que funcionaban como cepillos y las borraban, o que ajustó pequeñas botas a sus patas.[87] Fue rápidamente hacia el sur con el ganado a través de Tesalia y de la Grecia Central y luego cruzó el Istmo hasta el Peloponeso. En Onquesto (Beocia) un viejo que atendía su viñedo lo vio pasar y el dios le aconsejó que lo mejor que podía hacer por su propio interés era mantener silencio sobre el tema.[88] Al llegar al río Alfeo, al oeste del Peloponeso, esa misma noche, Hermes se detuvo y encendió un fuego

con unas varillas de su invención. Luego mató a dos de las vacas y dividió su carne en doce porciones que ofreció en sacrificio a los Doce dioses. Al alba, volvió por fin a la cueva de su madre en Cilene, se deslizó por el agujero de la cueva y se arropó en la cuna, la pura encarnación de un inocente bebé.[89]

Maya no cayó en el engaño e hizo lo que pudo para regañarlo, pero el dios replicó que únicamente quería lo que le correspondía como hijo divino de Zeus, y que si no se lo daban, lo robaría lo mejor que pudiera.[90] Apolo se presentó en la cueva muy furioso al día siguiente, después de que lo hubiera puesto en la pista el viejo de Onquesto, y tras haber reconocido la identidad del ladrón por el presagio de un pájaro.[91] Tras desbaratar las inconsistentes palabras de Hermes, que afirmaba que era demasiado joven incluso para saber qué ganado estaba solo y podía robar, Apolo lo sacó a rastras y lo llevó ante Zeus para que respondiera por su delito. Tras escuchar al niño dios, que habló con consumada desvergüenza y juró que nunca había hecho nada malo y que era incapaz de mentir, Zeus se rió de su descaro y le ordenó que llevara a Apolo al lugar donde se encontraba el ganado robado.[92] De modo que llevó a Apolo al lugar donde estaba escondido, en la región de Pilos Trifilia, y allí lo apaciguó con una canción, acompañándose con la maravillosa música de su lira. Apolo estaba tan fascinado con el sonido del instrumento recién inventado que acordó cambiarle su ganado por la lira. Una vez que el ganado volvió a sus pastos habituales, los dos dioses fueron juntos al Olimpo.[93] Para consolarse por la pérdida de su lira, Hermes inventó un sencillo instrumento nuevo, la flauta de pastor. Tras pedir a Hermes que jurase que nunca volvería a robarle, Apolo juró convertirse en su mejor amigo y le ofreció un bastón dorado con tres ramas (que posiblemente, aunque no necesariamente, podría identificarse con el caduceo de Hermes). Aunque Hermes también quería aprender el arte de la profecía, Apolo le explicó que las formas más elevadas de arte estaban reservadas sólo para él y le recomendó consultar a tres vírgenes llamadas las Trías que podrían ser capaces de instruirle en una forma secundaria de adivinación, evidentemente el uso de trías o guijarros divinos. Zeus ordenó por su parte que Hermes tutelara el comercio, bestias y rebaños, y lo nombró su mensajero en el Hades.[94]

Puesto que las Trías aparecen en el himno como hermanas aladas que vuelan de un lado a otro, se alimentaban de panales y hablaban con palabras veraces cuando tomaban miel, parece que cabía imaginarlas como seres que eran en parte semejantes a las abejas. Vivían bajo una ladera del monte Parnaso.[95] Fuentes posteriores no añaden nada sustancial. Según Ferécides eran hijas de Zeus.[96]

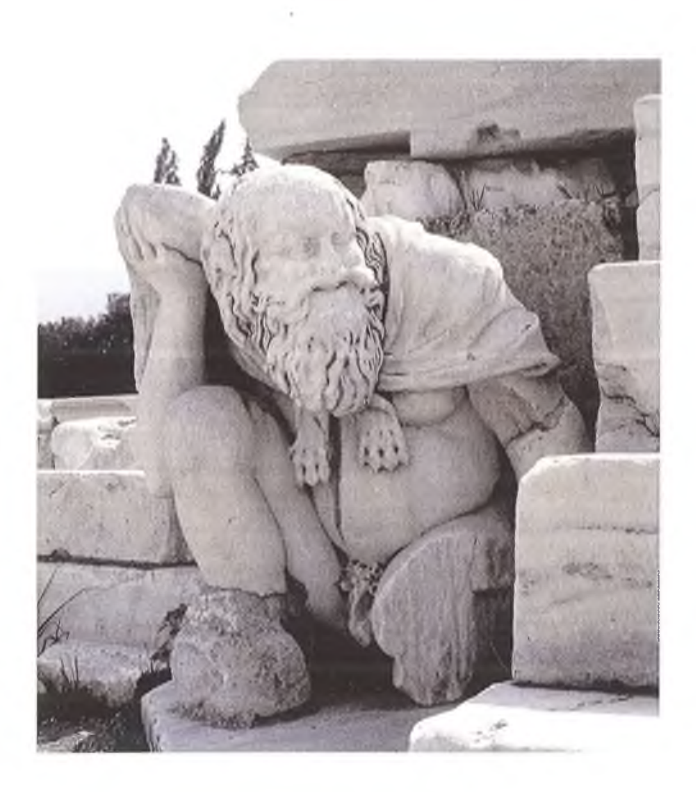
El poeta lírico primitivo Alceo ofrecía una relación de las hazañas juveniles de Hermes, pero poco se ha recogido más allá del hecho de que Hermes ideó el robo del carcaj de Apolo mientras este dios intentaba atemorizarle para hacer que devolviera el ganado robado.[97] Una parte importante de los *Rastreadores* (*Ichneutai*), drama satírico basado en el mismo cuerpo de leyendas, ha sido recuperada a partir de papiros. Se trata de una obra burlesca en la que Sileno dirige un coro de sátiros que persiguen al niño ladrón del ganado en nombre de Apolo. El relato de Apolodoro de las aventuras del joven dios contradice el himno homérico en ciertos detalles. La invención de la lira por parte de Hermes se pospone hasta después del robo del ganado, cuando es capaz de utilizar las tripas de las piezas muertas para fabricar las cuerdas. Además, en esta versión, Apolo codicia el segundo invento musical, la flauta del pastor, y le ofrece la vara dorada a cambio; pero Hermes pide además recibir el arte de la adivinación y Apolo le enseña por ello el uso de los guijarros adivinatorios.[98]

El viejo que vio a Hermes pasar con el rebaño recibe a veces el nombre de Bato (Parlanchín) y se dice que fue convertido en piedra como castigo por su falta de discreción. La historia vuelve a ser contada del siguiente modo por Antonino Liberal, cuya fuente principal probablemente era el poeta helenístico Nicandro (aunque también cita a otros autores, incluido Hesíodo). Apolo estaba distraído en el momento del robo del ganado porque se había enamorado de Himeneo (cf. p. 298, aquí descrito como hijo de Magnes), que nunca estaba mucho tiempo fuera de su casa. Hermes aprovechó su ausencia para llevar lejos cien de sus vacas junto con doce novillas y un toro, después de haber hecho dormir a los perros guardianes (probablemente con su vara mágica). Bato, que vivía en un risco en Arcadia, se dio cuenta del paso del ganado y pidió un pago por su silencio. Aunque juró mantener su palabra, Hermes no confiaba en él y volvió disfrazado para ponerlo a prueba tan pronto como hubo ocultado el ganado. Bato traicionó el secreto en cuanto recibió un manto de lana. Para vengar su traición, el dios lo convirtió en piedra al tocarlo con su vara. La historia proporciona una explicación para el nombre de algunos riscos en Arcadia conocidos como los *Battou Skopiai* (las cumbres o miradores de Bato).[99] Ovidio ofrece una historia similar, y afirma que Bato era un viejo que atendía las yeguas de Neleo (el rey de Pilos, en Mesenia cf. p. 550). Tras recibir una vaca de Hermes como precio por su silencio, Bato traicionó el secreto cuando el dios volvió disfrazado y lo sobornó para que hablara al prometerle un toro y una vaca. En este caso, Hermes lo convirtió en un pedernal.[100]

Aunque Hermes se involucró en relaciones amorosas con algunas mujeres mortales, entre las que destacan Filónide (cf. p. 564) y Herse (cf. p. 478), y se



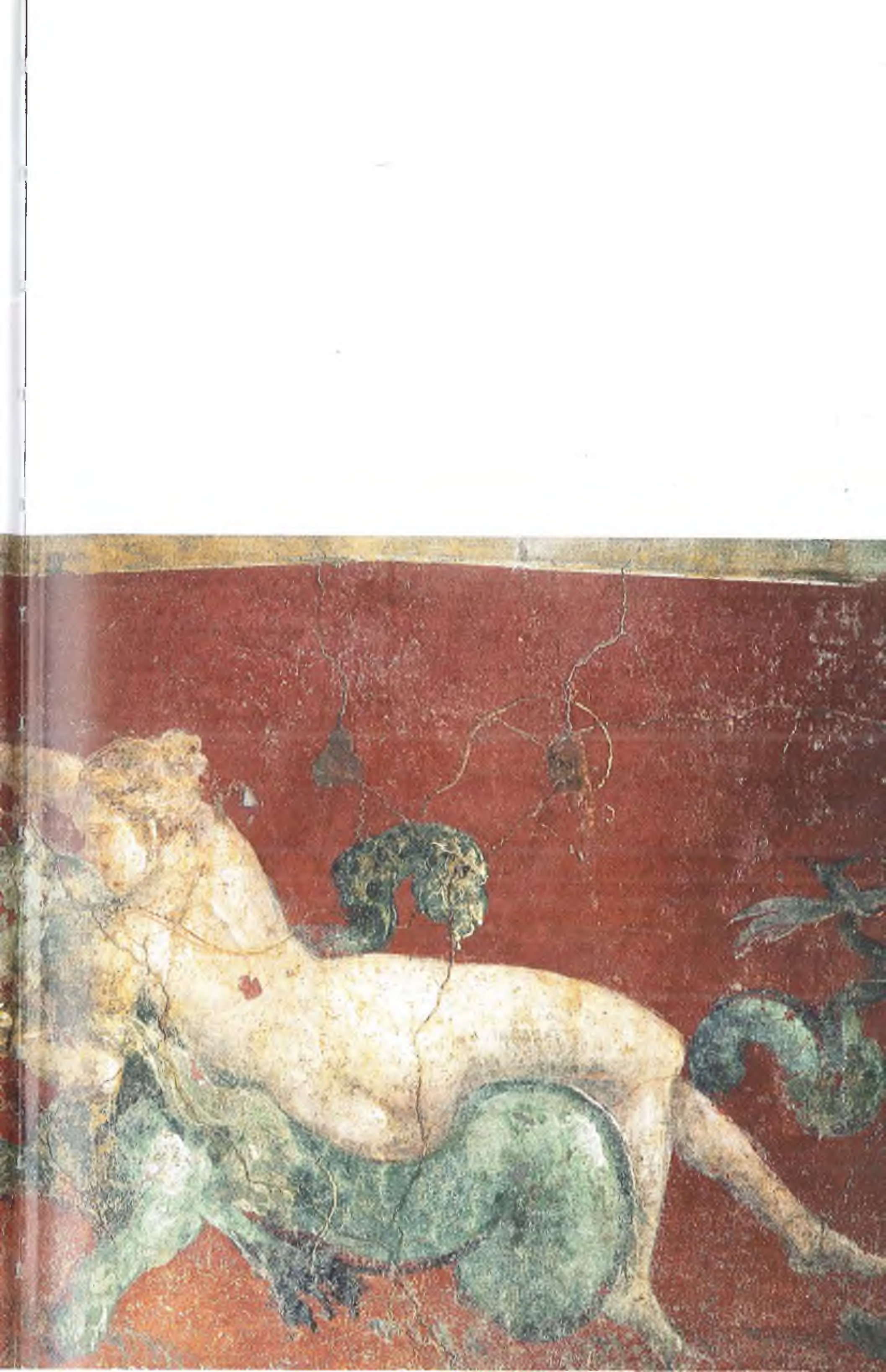
El jardín de las Hespérides recreado por el pintor prerrafaelista Edward Burne-Jones, 1869-1873. The Bridgeman Art Library, Londres. (Getty Images)



Sátiro del teatro de Dioniso, Atenas, siglo IV a.C.
(Oronoz)



Nereida, pintura al fresco de una villa romana de Estabia.
(Corbis/Cover)





Perseo mata a la gorgona Medusa, relieve en mármol de una metopa del templo de Selinunte, siglo IV a.C. Museo de Palermo. (Aisa)

Apolo Sauróctono de Praxíteles, siglo IV a.C., copia romana del siglo I d.C. Museo del Louvre, París. (Aisa)





Belerofonte dando muerte a la Quimera, mosaico romano.
Museo de Arqueología de Cataluña, Barcelona. (Oronoz)



La diosa Cibeles representada en una famosa fuente de Madrid. (Aisa)



Gigantomaquia, siglo VI a.C. Museo Arqueológico de Delfos. (Corbis/Cover)

Pandora, Dante Gabriel Rossetti, 1871. Colección particular. (Oronoz)





Teseo junto a Poseidón y Anfitrite, crátera del pintor de Cadmos, siglo V a.C.
Museo Arqueológico de Bolonia. (Aisa)



Rapto de Proserpina, sarcófago romano del siglo II d.C.
Museo de Arqueología de Cataluña, Barcelona. (Aisa)





Deméter y su hija Perséfone entregan la espiga de trigo
a Triptolemo, mediados del siglo V a.C.
Museo Arqueológico Nacional de Atenas. (Aisa)

Zeus castiga a Ixión, relieve de mármol del siglo II a.C.
Museo Arqueológico de Selimiye, Antalya. (The Art Archive)



Heracles roba el trípode de Delfos, hidria del último tercio del siglo VI a.C.
Museo Arqueológico Nacional de Madrid. (Oronoz)

Níobe abatida por las flechas de Apolo y Ártemis,
copia romana de un original griego de mediados del siglo V a.C.
Museo de las Termas, Roma. (Oronoz)



Hermes de Praxíteles, siglo IV a.C.
Museo Arqueológico de Olimpia. (Aisa)



dice que fue padre de varios hijos nacidos de dichas relaciones, nunca se casó, ni está ligado con ninguna diosa en el mito más antiguo.

Sin duda era inevitable que Hermafrodito, el dios menor bisexual, llegara a ser descrito como hijo de Hermes y Afrodita. El culto a este ser extraño derivó probablemente del culto chipriota de Afrodito, la Afrodita masculina con barba. La primera evidencia concreta de su culto en Grecia continental la proporciona una dedicatoria ática de principios del siglo IV a.C. Diodoro, el primer autor que se refiere a él como hijo de Hermes, parece considerar que fue un hermafrodita desde el momento de su nacimiento.[101] Sin embargo, Ovidio relata una leyenda que explica su forma distintiva al contar que había sido un hermoso joven que se había fundido con una amorosa ninfa de las aguas. Hermafrodito, tal como era llamado a partir de sus padres, fue criado por ninfas náyades en las cuevas del monte Ida en la Tróade, pero abandonó su casa a los quince años para recorrer Asia Menor. Cuando llegó a Caria, al suroeste, Salmacis, la ninfa de un manantial en esa zona, se enamoró apasionadamente de él cuando lo vio aproximarse a su estanque. Aunque el ignorante joven sencillamente se sintió avergonzado cuando comenzó a seducirlo, ella aprovechó la ocasión cuando él se lanzó a sus aguas para darse un baño. Lo agarró fuertemente, pidió que los dos estuvieran unidos para siempre y se fundieron en un único ser con las características de ambos sexos. Al observar el cambio que había tenido lugar, Hermafrodito rogó a sus padres divinos que el hombre que se bañara en aquel lugar quedara privado de su virilidad.[102] El manantial de Salmacis, situado en Halicarnaso, era conocido en tiempos históricos por sus poderes debilitadores. Aunque es el único mito propio de Hermafrodito, éste aparece bastante a menudo en obras de arte. Durante la época helenística, cuando los artistas griegos llegaron a estar cada vez más atraídos por temas anómalos y dramáticos, esta figura ambigua era muy apreciada, y han sobrevivido numerosas representaciones, muchas de ellas poseedoras de una belleza morbosa, en las que aparece con los genitales de un hombre pero el pecho y constitución de una mujer.

Pan ha sido normalmente clasificado como hijo de Hermes (cf. p. 287), y resulta comprensible puesto que éste se parece a Pan en determinados aspectos, como dios pastoral con conexiones particulares con Arcadia. Según un relato etiológico menor, Hermes en una ocasión agarró a Hécate mientras estaba cazando e intentó raptarla, pero fue disuadido cuando ella empezó a gritar de furia (*enebrimesato*), de ahí el título de Brimo que tiene la diosa.[103]

Los latinos identificaron a Hermes con Mercurio, cuyo nombre indica en latín que era un dios de comerciantes y de sus mercancías; Mercurio se repre-

sentaba a menudo con atributos similares a los de Hermes y parece que se originó como un vástago romano del dios griego.

Hefesto

Se ha demostrado de manera bastante convincente que Hefesto, cuyo nombre no es griego, era un dios de origen extranjero, probablemente asiático. Aunque poco venerado en Grecia continental, a excepción de Atenas, su culto tuvo cierta importancia en Asia Menor y en las islas adyacentes, así como en las colonias griegas de las regiones volcánicas de Italia y Sicilia. En Asia Menor estaba especialmente relacionado con Licia en el suroeste y, sobre todo, con la región del Olimpo licio, que se destacaba por la presencia de grandes cantidades de gas natural. Parece haber sido el dios principal de Faselis, la más importante ciudad costera de esa región. Se ha sugerido que podría haberse originado como un dios de fuego entre los pueblos nativos de Licia y que su culto pudo extenderse a partir de su centro original, no sólo hacia otras áreas de la península anatolia, sino también a otras islas cercanas, principalmente a Lemnos, cuya montaña, Mosquilos, es de origen volcánico aunque está extinguida desde hace tiempo. La ciudad de Hefestia, en la costa norte de la isla, fue así denominada a partir de Hefesto, y un antiguo mito que era ya conocido por Homero, contaba que había caído a la tierra sobre la isla (tal como se verá después). Como divinidad asociada con el fuego, es representado como un herrero desde los primeros tiempos, y varios lugares han llegado a identificarse como la ubicación de su fragua subterránea, siempre que su presencia pudiera ser inferida a partir de una extensa emisión de fuego y humo. Cuando su culto se transfirió a las regiones volcánicas del oeste, se asociaron con él las islas Eolias (Lipari) cerca de Sicilia, y también, hasta cierto punto, la misma Sicilia y el sur de Campania. En la Grecia continental, Hefesto fue venerado con considerable celo en Ática, lugar de origen de muchos artesanos que dependían del uso del fuego en sus actividades, pero apenas en ningún otro lado, incluso a pesar de que fuera conocido universalmente como un dios mitológico.

En Homero, como hijo de Hera, está sobradamente acreditado dentro del Olimpo. Aunque ella lo engendró como hijo de su matrimonio en la narración homérica,[104] Hesíodo y autores posteriores coinciden al afirmar que lo alumbró sin contacto sexual anterior con Zeus, por obra de un milagro en respuesta airada al nacimiento de Atenea de la cabeza del gran dios.[105] Según los dos rela-

tos contradictorios que aparecen en distintas partes de la *Ilíada*, fue arrojado del cielo durante su juventud, ya fuera por su madre o por Zeus. En una versión, era tullido de nacimiento y Hera lo arrojó porque se sentía avergonzada de su deformidad, y cuando aterrizó en el mar, lo rescataron Tetis y la oceánide Eurínome, que lo cobijaron en su cueva bajo el océano durante nueve años. Él las recompensó por sus cuidados y protección creando todo tipo de joyas delicadas mientras el océano rugía fuera, alrededor de él.[106] En otro relato homérico, Zeus lo expulsó cuando intentó intervenir en nombre de su madre durante una de las numerosas disputas de sus padres. En esta ocasión llegó a Lemnos tras una caída de todo un día y fue amablemente recibido por los sinties, tal como son llamados sus habitantes en la *Ilíada*. Aunque Homero no menciona nada concreto sobre el asunto, en esta narración muy posiblemente se lesionó por el golpe en el suelo tras la caída (así se afirma explícitamente en algunas versiones posteriores de la historia).[107] Según un relato que se remonta hasta el período arcaico, Hefesto se vengó de la acción de su madre enviándole un trono dorado en el que se quedó aprisionada sin poder soltarse una vez que ella se sentó en él. Aunque Ares y otros dioses intentaron persuadirlo de que volviera a casa para liberarla, él se negó a hacerlo hasta que Dioniso consiguió hacerlo volver en estado de embriaguez tras haberle emborrachado con vino.[108] Puede encontrarse en pintura de vasos de vuelta al Olimpo a lomos de un asno itifálico en compañía de ninfas y silenos.

Como dios tullido que trabajaba duramente en una labor fatigosa, el Hefesto del mito no era una figura de la más elevada dignidad. Incluso en Homero, es más bien una figura de mofa, de cuyas actividades los dioses se desternillan sin fin (de ahí la expresión proverbial «la risa homérica») cuando los sirve a la mesa.[109] Su taller habitual en la tradición más antigua no se hallaba ni en Lemnos ni en ningún otro lugar bajo la tierra, sino en su casa de bronce en el Olimpo donde creaba objetos maravillosos de todo tipo,[110] algunos mágicos y otros que eran intrincados y hermosos, desde los autómatas dorados que funcionaban como sus ayudantes hasta armaduras de un esplendor único para los dioses o para mortales a los que él quería favorecer especialmente. A partir del período clásico, su forja se emplazaba en varios lugares del mundo cotidiano. En algunas ocasiones se encontraba en Lemnos, donde se supone que fue el ciego Orión para recibir ayuda del dios (cf. p. 722).[111] Dado que Lemnos no tiene volcanes activos, la mayor parte de los autores preferían imaginar que la forja divina se hallaba al oeste, ya sea bajo el monte Etna en Sicilia[112] o bajo un volcán en las islas Eolias del norte,[113] de ahí las llamas y el humo que salían de ellas. A diferencia de

Homero, que presenta a Hefesto como un trabajador solitario (con ayuda de sus autómatas y su fuelle semiautomático), los autores a partir de Calímaco le proporcionan asistentes como los Cíclopes, los seres primigenios que habían armado a Zeus con su rayo (cf. p. 108).[114] Esto alimentó un tema grato para poetas y artistas a los que les gustaba representar a Hefesto en su forja subterránea con sus trabajadores ennegrecidos por el hollín que flotaba a su alrededor, eternamente ocupado con tareas divinas (preparando rayos para Zeus, flechas para Ártemis o armas para algún héroe privilegiado).

Las creaciones de Hefesto entran dentro de tres clases principales. En primer lugar, él era un arquitecto, maestro de obra que creaba hogares espléndidos para él y otros dioses del Olimpo.[115] Debe recordarse que se pensaba que las construcciones divinas imperecederas eran de bronce, en parte o por completo. La *Ilíada* indica, asimismo, que sus habilidades abarcaban la albañilería cuando labró los pórticos de piedra pulida que erigió en el palacio de Zeus.[116] También poseía una gran capacidad para el trabajo en detalle, puesto que fabricó unas sólidas puertas para la habitación de Hera, con un cerrojo secreto, que no podían ser abiertas por ningún otro dios.[117] En la tierra, erigió un templo en bronce para Apolo en Delfos, que se supone que permaneció allí hasta que los legendarios constructores Trofonio y Agamedes (cf. p. 716) erigieron el primer templo de piedra. No hay acuerdo respecto al final del templo de bronce: si se quemó o se lo tragó una sima (lo que sería más plausible).[118]

En segundo lugar, Hefesto fue un artesano con una capacidad sobrehumana que podía crear autómatas que actuaban de forma independiente. En la *Ilíada* se comenta que lo atendían en su casa doncellas de oro que tenían entendimiento, habla y fuerza. Igualmente fabricaba trípodes con orejas y ruedas que iban a las reuniones de los dioses y volvían de ellas a su llamada.[119] La *Odisea* añade que fabricó perros de oro y plata para proteger el palacio de Alcínoo.[120] Fuentes posteriores se refieren a otros autómatas como Talo, un gigante de bronce que vigilaba la costa de Creta (cf. p. 516) y un perro dorado que custodiaba el santuario de Zeus en la isla (cf. p. 647), así como figuras canoras que podían verse en el frontón del templo de Delfos ya mencionado.

En tercer lugar, Hefesto fabricaba espléndidas armas y armaduras, joyas y otros artefactos refinados, que algunas veces siguieron en posesión de los dioses pero que por lo general ganaban en importancia al convertirse en posesión de mortales. Se mencionan en la *Ilíada* la armadura de Aquiles (cf. p. 600), el peto de Diomedes y el cetro de Agamenón (cf. p. 516);[121] y la gargantilla de Harmonía (cf. p. 391), la corona de Ariadna (cf. p. 517) y la espada de Peleo (cf. p. 688) en fuentes posteriores. En

un sentido amplio, cualquier objeto extraño o maravilloso que hace aparición en la leyenda heroica, desde la casa subterránea de Enopión (cf. p. 563) hasta el ganado de bronce de Eetes, se describían como «hechos por Hefesto» (*Hephaistoteuktos*).

Una creación particularmente útil de Hefesto fue la copa dorada que hizo para el dios sol Helios, que lo transportaba por las corrientes del Océano desde el lugar de su ocaso hasta el de su salida (cf. p. 82). En un relato antiguo del poeta lírico Mimnermo, esta copa de oro estaba dotada de alas y probablemente tenía algún poder de automoción.[122]

Varios mitos, todos relatados en diversos lugares, presentan a Hefesto utilizando sus poderes de artesano para diversos fines. Zeus le encargó la creación de la primera mujer, Pandora, a quien moldeó a partir de arcilla húmeda (cf. p. 143), asimismo abrió la cabeza de Zeus con un hacha para facilitar el nacimiento de Atenea (cf. p. 244). En una famosa historia de la *Odisea* en la que se considera que Afrodita es su mujer, la descubre en adulterio con Ares tras haber colocado una red finamente tejida cruzando su cama (cf. p. 270). En ningún otro lugar hay indicios, tanto en literatura o en arte antiguos, en donde se considere que estaba casado con Afrodita. La *Teogonía* señala otra estrambótica unión y afirma que estaba casado con Áglae, la más joven de las Gracias, y la *Ilíada* sugiere de modo similar que estaba casado con Caris (la Gracia personificada).[123] Sobre la historia de su intento de violación de Atenea, que dio lugar al nacimiento de Erictonio, cf. pp. 248-249. Sus otros hijos mortales son figuras menores identificados tanto por sus malformaciones, como en el caso de Perifetes (cf. p. 449) y el argonauta Palemón,[124] o por sus habilidades manuales, como en el caso de Árdalos, constructor y músico legendario de Trecén.[125]

En Roma, Hefesto fue identificado con Vulcano, aunque de forma no muy apropiada, puesto que Hefesto se convirtió en un dios herrero al que apenas se le recuerda ninguna otra capacidad, mientras que Vulcano era el dios del fuego destructor, que permanecía en su culto original, sin tener nada que ver con sus aplicaciones productivas.

Ares

Ares, dios de la guerra, tenía menos importancia de la que se podría esperar, fundamentalmente porque representaba los aspectos más brutales de lo bélico: la locura de la batalla, matanzas y contiendas que se entablan por el mero placer de la violencia. Parece que su nombre se originó como una antigua palabra que hacía

referencia a guerra o batalla, y podía virtualmente ser considerado como la belicosidad personificada. La valentía disciplinada y la caballerosidad no eran asunto suyo. Se le representa bajo una luz poco halagüeña desde el tiempo de Homero en adelante, en tanto que lo desdeñan los otros miembros del entorno olímpico. Cuando se lamenta ante su padre en la *Ilíada* después de que Diomedes lo haya herido en la batalla, Zeus le dice que no se siente a sus pies ni gima, puesto que lo considera el más odioso de todos los dioses que habitan el Olimpo, ya que no le agrada otra cosa más que las disputas, la guerra y el asesinato.[126] Ares nunca evolucionó como dios de importancia social, moral o teológica, y contrasta fuertemente en este aspecto no sólo con Apolo, sino también con el Marte latino, con quien fue identificado en el culto grecorromano y la leyenda. Esto se debe al hecho de que Marte ejerce funciones en la agricultura además de la batalla, sin que se tenga claro cómo llegó a asumirlas, y, al menos en el culto a Marte *Ultor* en época de Augusto, era capaz de encarnar la idea de la venganza justa, mientras que su contrapartida griega no era más que un matón divino. Este dios salvaje vivía en un territorio virgen, tal como le corresponde, al norte de Tracia, que se destacaba por sus gentes belicosas y guerreras. En la *Ilíada*, sale de Tracia cuando se une a la batalla, y vuelve rápidamente allí en la *Odisea* después de ser descubierto en adulterio por Hefesto.[127] Sin embargo, no está claro que fuera realmente un dios de origen tracio, tal como se ha supuesto generalmente.

Ares es retratado como un carnicero y un demente, no como un guerrero valiente con autocontrol y por ello, sin duda, se lleva la peor parte en los encuentros bélicos. Diomedes lo hiere en la *Ilíada*, como se ha dicho, con alguna ayuda de Atenea, haciéndole gritar tan alto como nueve o diez mil hombres juntos en batalla y huir hacia el cielo.[128] La misma Atenea lo trata con cierto desprecio en la batalla de los dioses que tiene lugar más adelante en el poema, derribándolo de un golpe con una gran roca. Se burla de él por haber pretendido comparar su fuerza a la de ella.[129] Se ocupa de la batalla con los mortales más de lo habitual para los dioses, e incluso se le representa en una ocasión quitando la armadura de un guerrero griego caído.[130] Según el *Escudo,* atribuido a Hesíodo, Heracles lo venció dos veces, la primera al hacerlo caer por una herida en el muslo durante un enfrentamiento en Pilos (cf. p. 366) y después de nuevo en un combate singular, cuando Ares lo atacó tras haber matado a su hijo Cicno (cf. p. 373).[131] Los Alóadas le impusieron una humillación distinta, al hacerlo prisionero en una vasija de bronce durante trece meses, y podrían haberlo destruido si Hermes no hubiera acudido a rescatarlo (cf. p. 140). También es ésta una leyenda antigua que se menciona en la *Ilíada*.[132]

En la *Ilíada* Ares cuenta con varios camaradas que lo acompañan en la batalla, incluida Enio (saqueadora de ciudades), la deidad femenina de la guerra que en algunos casos se presenta como su madre o hija.[133] Aunque Enialio no es más que un epíteto de Ares que aparece en Homero, a veces se encuentra como un dios distinto en fuentes posteriores. Seguramente fue una figura muy antigua puesto que su nombre ya aparece en las tablillas micénicas. Fue venerado en el culto de varios lugares, de manera especial en Esparta, donde su estatua se mantenía encadenada para asegurar que nunca abandonaría a los espartanos y los niños solían sacrificar cachorros ante él antes de la lucha ritual en la festividad de las Platanistas.[134] En Roma, se le identificaba por lo general con Quirino, un antiguo dios que ejercía funciones marciales, mientras que a Enio se la identificaba con Belona. También acompañan a Ares en la *Ilíada* varias personificaciones: su «camarada y hermana» Eris[135] (Disputa, hija de Noche y madre de muchos hijos poco interesantes en la *Teogonía*, cf. pp. 64-65), Deimo y Fobo (Pánico y Miedo), Cidemo, personificación del alboroto y la confusión en la batalla,[136] y Ker (espíritu mortífero), cuyo manto está manchado de sangre humana.[137]

Según la *Teogonía*, Ares fue padre de tres hijos con Afrodita, los antes mencionados Deimo y Fobo, «que agitan las apretadas líneas de combate de hombres en la guerra que hiela de pavor», y una diosa de carácter muy diferente, la agraciada Harmonía, que se convirtió en la esposa de Cadmo, rey de Tebas (cf. p. 361).[138] Ares estaba asociado con Afrodita desde tiempos remotos tanto como amante como en el culto (cf. p. 270). Para la historia de Homero sobre cómo Hefesto, aquí presentado excepcionalmente como su esposo, humilló a la pareja al atraparlos juntos durante uno de sus encuentros, cf. p. 270. Simónides y otros autores posteriores sugieren que Afrodita también engendró a Eros con Ares[139] (que podría ser apropiado dado que Ares amaba a la diosa y Eros la servía; sin embargo existen muchas otras versiones sobre el origen de Eros). Tan a menudo como a Poseidón, se consideraba que Ares era un padre adecuado para héroes de naturaleza sanguinaria o belicosa, tales como Diomedes de Tracia y Cicno, dos notables adversarios de Heracles (cf. pp. 345 y 372) o Tereo de Tracia, que violó y mutiló a su cuñada (cf. p. 481), además de otros que serán mencionados posteriormente. En términos generales, cualquier héroe guerrero podría ser descrito como descendiente de Ares.

Aunque Homero tiene mucho que decir sobre Ares, especialmente en el libro V de la *Ilíada*, a partir de entonces rara vez aparece en los relatos míticos, ni siquiera en situación de guerra y masacres. La única historia en la que tiene un papel importante es en el mito fundacional de Tebas, puesto que su funda-

dor, Cadmo, mata al dragón sagrado de Ares (al que incluso se describe como su hijo en algunas versiones) y tiene que apaciguarlo antes de poder fundar la ciudad (cf. pp. 388 y ss.). Una vez reconciliados, el dios ofrece a su hija Harmonía en matrimonio a Cadmo, aunque en algunas fuentes su furia es duradera (por ejemplo cf. p. 433). Por otro lado estaba estrechamente asociado con las Amazonas como su dios principal y como padre de algunas de las más destacadas (o incluso de toda la raza). Se dice que dio su nombre al alto tribunal del Areópago de Atenas después de presentarse ante él para ser juzgado por asesinato en el primer juicio que allí se celebró (cf. pp. 477-478).

Dioniso

Aunque en algún momento se asumió casi sin ningún género de duda que Dioniso, el dios del vino y el éxtasis, era una divinidad extranjera que llegó a Grecia en un período relativamente tardío, ya no se puede afirmar esto con tanta seguridad. Según la teoría tradicional, entró en Grecia desde Tracia, después quizá de que se hubiera originado en Asia Menor, y su posterior irrupción en la escena griega se refleja en algunos de sus mitos más característicos que cuentan cómo tiene que superar cierta resistencia en varios lugares de Grecia. Se consideraba además que era significativo que apenas lo mencionara Homero (aunque el poeta conociera algunos de sus ritos salvajes y sus conflictos con Licurgo de Tracia). Sin embargo, evidencias arqueológicas bastante recientes parecen apuntar en otra dirección y sugieren que el nombre y el culto de Dioniso podrían tener un origen micénico. Su nombre ha sido encontrado en las tablillas de Lineal B de Pilos (Peloponeso) y parece que fue venerado sin interrupción en el santuario de Ayia Irini en Ceos (isla egea al sureste de Ática) desde comienzos del período micénico hasta la época griega. También se ha señalado que la fiesta dionisiaca de las Antesterias debe ser anterior a la migración jonia (*circa* 1000 a.C.) y hay motivos para suponer que las fiestas dionisiacas de las Leneas eran también de origen muy antiguo.[140] En cuanto al nombre de Dioniso, su primera sílaba se refiere claramente al dios del cielo (Zeus, cuyo genitivo es *Dios*), pero el significado del resto no está claro. Se ha sugerido que podría haber habido una palabra *nysos* (semejante al *nurus* latino o al griego *nyos*) que significaba «niño» o «hijo», o que este componente del nombre estaba relacionado con la legendaria Nisa, en la que se decía que el dios se había criado.

Zeus y Sémele. El nacimiento e infancia de su hijo Dioniso

No hay duda acerca del nombre de Sémele, la madre de Dioniso, puesto que no es más que la modificación griega del de la diosa tracio-frigia de la tierra Zemelo. En el mito griego, sin embargo, ella es mortal y una de las cuatro hijas de Cadmo, rey de Tebas (cf. pp. 392-393). Zeus se enamoró de ella y solía visitarla secretamente por la noche, lo cual levantó los celos de Hera, que planeó la destrucción de su rival. Tomando ante ella la forma de su anciana nodriza Béroe, Hera la felicitó por la grandeza de su amante, pero le advirtió de que lo pusiera a prueba, a fin de cerciorarse de que él era realmente Zeus y que la amaba sinceramente. Le propuso que lo hiciera aparecer en todo el esplendor de su divinidad, tal como lo haría con su legítima esposa divina.[141] En otra versión Hera sugería que ésta era la única manera en la que podría experimentar todo el placer de la relación con un dios.[142] De modo que Sémele persuadió a Zeus para que le concediera el deseo que ella quisiera (o tomó la palabra de una promesa que él ya había hecho en este sentido) y pidió que apareciera ante ella igual que lo hacía ante Hera. Accedió reticente, y se deslizó en su dormitorio montado en un carro con acompañamiento de truenos y relámpagos, pero la fragilidad humana de Sémele no pudo soportar esta gloria olímpica por lo que murió aterrorizada y ardió hasta quedar reducida a cenizas. Sin embargo, antes de consumirse por completo, Zeus extrajo al hijo que ella llevaba en su vientre, ya de seis o siete meses, y lo cosió en su propio muslo, por donde fue dado a luz una vez que se cumplió el tiempo normal de gestación. Algunos afirman que el niño ya se deificó por el contacto con el fuego divino. En cuanto a la desafortunada Sémele, fue más tarde rescatada de los Infiernos por su hijo y llevada al Olimpo para convertirse en la diosa Tione.[143]

Tras este extraordinario nacimiento, que podría ser comparado con el de Atenea nacida de la cabeza de Zeus, a Dioniso había que proporcionarle una o varias nodrizas. El *Himno homérico a Dioniso* (v. 1) apunta que había tradiciones contradictorias sobre el lugar de su nacimiento, ya que estaba localizado en la ciudad natal de su madre, Tebas, o en Naxos (isla especialmente asociada con el dios), o junto al río Alfeo en el Peloponeso, o también en otros lugares. Sin embargo, no hay certeza sobre ninguno de ellos, por lo que el poeta afirma, puesto que Zeus lo alumbró lejos de hombres y sin que lo supiera Hera, que tuvo lugar en una elevada montaña de Fenicia. El *Himno homérico a Dioniso* (v. 26) cuenta de forma similar que Zeus confió su hijo a las ninfas de Nisa, que lo criaron en una cueva de dulce olor en la montaña.[144] En algunas versiones,

Zeus pide a Hermes que lleve al niño a las ninfas de Nisa.[145] Este lugar misterioso ya aparece mencionado en conexión con Dioniso en la *Ilíada*, que afirma que Licurgo «a las nodrizas del delirante Dioniso fue acosando por la muy divina región de Nisa».[146] Los estudiosos de tiempos antiguos ofrecieron todo tipo de conjeturas sobre la ubicación de esta montaña legendaria. El lexicógrafo Hesiquio afirma que «no está en un único lugar; la encontramos en Arabia, Etiopía, Egipto, Babilonia, Eritrea (¿el mar Rojo?), Tracia, Tesalia, Cilicia, India, Libia, Lidia, Macedonia, Naxos, las proximidades del monte Pangeón y en un lugar en Siria».[147] Sea cual sea el lugar en el que vivieran las ninfas de Nisa o quienesquiera que fueran, cuidaron de Dioniso fielmente y se convirtieron en sus acompañantes y seguidoras. Según Ovidio, les recompensó su amabilidad renovándoles su juventud cuando envejecieron. También pudo haberlas recompensado colocándolas en los cielos como la constelación de las Híadas.[148]

Se dice que una de las hermanas de Sémele, Ino, esposa del gobernante beocio Atamante (cf. p. 546), fue también niñera del niño Dioniso. Los mitógrafos reconciliaron las dos versiones al sugerir que las ninfas lo criaron inicialmente pero que más tarde lo llevaron a Ino por miedo a la ira de Hera, o, por el contrario, Ino lo crio en un principio hasta que Hera los volvió locos a ella y a su marido.[149] Según Apolodoro, que ofrece la última versión, Hermes llevó el recién nacido Dioniso a Ino y Atamante y los convenció para que lo criaran como una niña. Cuando la pareja enloqueció posteriormente por culpa de Hera, Zeus lo rescató de la furia de la diosa trasformándolo en un niño, y el mensajero divino lo llevó entonces a las ninfas de Nisa. En cualquier caso, la pareja pagó un alto precio por sus servicios a Dioniso, puesto que la enloquecida Ino arrojó a su hijo más pequeño en un caldero de agua hirviendo y se hundió en el mar con él, mientras que Atamante abatió a su hijo mayor al que confundió con un venado (cf. p. 547).

El pueblo de Brasias o Prasias, en la costa este de Laconia, daba su propia versión sobre el nacimiento e infancia de Dioniso. Al contrario de lo que sostenían el resto de los griegos, afirmaban que Sémele había sobrevivido para dar a luz al niño de forma natural y que el padre de ella la había encerrado con su recién nacido en un cofre que arrojó al mar. Cuando el cofre tocó tierra en Brasias, Sémele estaba muerta, pero Dioniso estaba sano y salvo. Por una afortunada casualidad, resultó que Ino pasaba por allí y pidió cuidar a su sobrino; lo crio en una gruta que se mostraba a los visitantes como el escenario de su infancia. Una parcela a nivel de tierra conocida como el jardín de Dioniso se extendía frente a ella. El abandono a la deriva

de una hija descarriada y su hijo es un motivo común en el ámbito de los mitos griegos, como puede verse en la historia de Dánae y Perseo (cf. p. 317) o Reo y Anio (cf. p. 730). Un niño que sobrevive a tal ordalía está señalado para un destino especial. Este relato se aparta de otros parecidos en un aspecto significativo, y es que la madre no sobrevive. Dado que se consideraba de forma tan firme que Sémele había muerto y dejado a Dioniso huérfano, los que establecieron el mito local lo aceptaron en su historia.[150]

Mitos en los que Dioniso se venga de los mortales que rechazan su divinidad y sus ritos

Algunos de los mitos más característicos de la madurez de Dioniso son aquellos en los que sufre persecución por parte de mortales que se niegan a reconocer su divinidad e intentan suprimir sus ritos cuando se introducen en sus territorios. Apenas hace falta decir que aquellos que se aventuraron a oponerse a él acabaron mal. Uno de estos mitos lo cuenta Homero: Licurgo, hijo de Driante, persigue en una ocasión montaña abajo a las nodrizas de Dioniso en el monte sagrado de Nisa, y las golpea con una aguijada de conducir bueyes, haciendo que el mismo dios se sumerja, aterrorizado, en el mar. La diosa Tetis consuela a Dioniso y Licurgo paga un alto precio por su cruel comportamiento, ya que Zeus lo ciega «y ya no vivió mucho tiempo, porque se hizo odioso a ojos de todos los inmortales».[151] En posteriores versiones de esta historia y en otros mitos semejantes, Dioniso es bastante capaz de cuidar de sí mismo. Según Apolodoro, Dioniso se refugia bajo el mar cuando Licurgo trata de expulsarlo, y las bacantes y sátiros de su comitiva son capturados por su perseguidor, pero súbitamente sus seguidores quedan libres poco tiempo después (evidentemente debido a su intervención milagrosa) y el dios hace enloquecer a Licurgo. En pleno arrebato de locura, Licurgo, mientras piensa que está podando una viña, en realidad da muerte a su hijo Driante, y cuando su tierra es posteriormente azotada por la hambruna, su propio pueblo lo mata por orden de un oráculo: lo atan y lo abandonan en el monte Pangeo donde unos caballos lo destrozan. Se dice que ésta fue la primera vez que Dioniso fue insultado y expulsado por un mortal.[152]

Fuentes poshoméricas informan que Licurgo era rey de los edonios, en el territorio septentrional de Tracia.[153] Su historia varía considerablemente según las versiones. En la de Higino, por ejemplo, viola a su madre en plena borrachera tras haber negado la divinidad de Dioniso, y durante su locura, mata no sólo a su hijo sino tam-

bién a su mujer; además se corta uno de sus pies creyendo que era una cepa. Luego encuentra la muerte de mano del propio Dioniso, que lo arroja a sus panteras en el monte Ródope, en Tracia.[154] Higino también hace mención de una versión en la que Licurgo se quita la vida en un ataque de locura.[155] En un coro de *Antígona* de Sófocles, por el contrario, se sugiere que simplemente fue recluido en una cueva hasta que su locura se apaciguó.[156] El poeta épico antiguo Eumelo ofrece una versión aparentemente similar a la de Homero, salvo en el hecho de que Licurgo actúa por influjo de Hera.[157] Según Estesícoro, Dioniso recibió en una ocasión una urna dorada de Hefesto tras haberlo acogido en Naxos, y cuando Tetis le dio gentil asilo bajo el mar, tras la persecución de Licurgo, él la recompensó con esta urna, que más tarde guardaría las cenizas de su hijo Aquiles.[158]

El más famoso de estos mitos de enfrentamiento al dios, y uno de los más violentos, es el relato tebano de Penteo, que conforma el tema de una de las mejores obras teatrales de Eurípides, *Bacantes*. Dioniso llega furioso a Tebas porque las tres hermanas de su madre Sémele han negado que él sea un auténtico hijo de Zeus, ya que afirman que Sémele se había inventado la historia para ocultar una relación amorosa con un mortal, y que Zeus la había fulminado para castigarla por su mentira.[159] A su llegada, Dioniso manifiesta sus poderes volviendo locas a las tres hermanas junto con otras mujeres de la ciudad, y hace que anden errantes por el monte Citerón como bacantes. Tebas está entonces bajo el gobierno de Penteo, hijo de Ágave, una de las princesas que da lugar al conflicto, y nieto del fundador Cadmo. Creyendo que el nuevo dios es un impostor, Penteo se opone firmemente a sus ritos, sin hacer caso a los avisos del vidente Tiresias y de Cadmo (que a su avanzada edad todavía vivía en la corte tebana). Cuando sus guardas llevan ante él a Dioniso, que por el momento finge no ser más que un devoto del dios, lo interroga y ordena su encarcelamiento en las mazmorras de palacio.[160] Sin embargo, Dioniso escapa fácilmente y provoca un terremoto como demostración de sus poderes. Después aparece de nuevo frente a su supuesto captor. Impresionado aunque todavía hostil, Penteo deja que su extraordinario visitante lo convenza para que se disfrace de mujer y parta hacia la montaña para ver con sus propios ojos lo que están haciendo las seguidoras de Dioniso.[161] Cuando está espiando a las mujeres desde lo alto de un pino, Dioniso las incita a atacarlo, ellas rodean el árbol, hacen caer a Penteo y lo descuartizan. Su madre Ágave, una de las que lideran el asalto, vuelve corriendo a palacio con su cabeza cortada afirmando que es la de un león de la montaña.[162] Más tarde, cuando se calma su locura, se da cuenta de lo que ha hecho. La tragedia finaliza con la marcha al exilio de las tres hermanas por orden de Dioniso, cuya venganza queda así cumplida.[163]

En otro relato beocio de este estilo, las Miníades, las tres hijas de Minias, rey de Orcómeno (cf. p. 716), también sufren un cruel castigo por oponerse al nuevo culto. Cuando las otras mujeres de la ciudad salen a vagar por las montañas como bacantes, las tres laboriosas princesas, llamadas Leucipe, Alcítoe (o Alcátoe) y Arsipe (o Arsinoe), no ven con buenos ojos su comportamiento disipado y prefieren quedarse en casa junto a sus telares. Aunque el mismo Dioniso se les aparece en forma de muchacha y les urge a no rechazar sus ritos y misterios, ellas desdeñan su consejo. Irritado por su obstinación, el dios demuestra sus poderes al trasformarse de forma sucesiva en un toro, un león, un leopardo y haciendo rezumar miel y néctar de los marcos de sus telares. Sobrecogidas por el terror a la vista de esos prodigios, las tres muchachas echan a suerte quién ofrecerá un sacrificio al dios; cuando la suerte cae en Leucipe, las tres se unen para descuartizar al pequeño hijo de ésta, Hípaso. Luego se apresuran a unirse con las bacantes en la montaña, donde Hermes las toca con su vara y las transforma en un murciélago y dos especies diferentes de búho.[164] En otra narración en la que Dioniso no les da un consejo de manera directa, el dios hace que sus telares queden envueltos con hiedra y enredadera, que salgan serpientes de sus cestos de lana y que gotee vino y leche del techo. Cuando el dios las enloquece, descuartizan al hijo de Leucipe como si fuera un cervatillo, y se apresuran a unirse a las otras mujeres que habían estado desde el principio bajo el influjo del dios. Sin embargo, las otras mujeres las expulsan porque están contaminadas por un crimen y son entonces transformadas en un cuervo, un murciélago y un búho.[165] Ovidio altera la historia de forma significativa, y envía a las hermanas a Tebas omitiendo el descuartizamiento de Hípaso y trasformándolas en murciélagos dentro de la casa.[166]

Se contaban también relevantes mitos en la Argólide en los que Dioniso hace pasar a un estado de locura a todas las mujeres de la zona o únicamente a las Prétides, las tres hijas de Preto, rey de Tirinto. La tradición resulta bastante complicada en este caso, puesto que se dice que las Prétides sufrieron este destino por haber ofendido a Hera. Podría parecer que se confundieron dos relatos de origen diverso referidos a las princesas y a las mujeres argivas respectivamente. Es probable que el arrebato más general se asociara con Dioniso en primer lugar. Dado que en muchas versiones se dice que tanto la locura de las mujeres argivas como la de las Prétides fue curada por el gran vidente Melampo, este mito se examinará asociado con la historia de su familia en el capítulo XII (cf. pp. 555-557).

Algunos relatos menores de resistencia son asimismo dignos de mención. Uno de ellos es una leyenda que explicaba el origen del culto de Dioniso *Melanaigis* (de la piel negra de cabra) en Eleuteras, en la frontera de Ática y Beocia. Cuando a las hijas de Eleuter, el fundador epónimo de la ciudad, se les concedió una visión de Dioniso con una piel negra de cabra, la recibieron con sorna, lo cual causó tal furia al dios que las enloqueció. Siguiendo las instrucciones de un oráculo, su padre fundó el culto ya mencionado para apaciguar al dios y terminar con su locura.[167] Ovidio afirma de forma somera que Acrisio, el abuelo de Perseo, no dejó entrar al dios a su ciudad de Argos y sufrió las consecuencias.[168] Se decía que Dioniso provocó que Télefo tropezara con un sarmiento cuando lo perseguía Aquiles y quedó gravemente herido (cf. p. 578), puesto que había rechazado dar al dios los honores que le eran debidos.[169]

Según una leyenda argiva muy extraña, Dioniso atacó Argos en la época de Perseo desde las islas egeas con un ejército de mujeres conocidas como las Mujeres del Mar. Perseo, sin embargo, las venció en la batalla y mató a la mayor parte de ellas, cuya tumba común se podía ver en tiempos históricos en Argos.[170] En algunas versiones, Perseo llegó a matar al mismo Dioniso durante la batalla o lo arrojó al lago sin fondo de Lerna;[171] en otro relato los argivos establecieron buenas relaciones con Dioniso tras la guerra y se le rindieron allí grandes honores.[172]

En los mitos precedentes que narran la llegada de Dioniso, normalmente el dios enloquece a los humanos, y algunos son incluso descuartizados por mujeres bajo su influencia. Era habitual imaginarse al mismo dios vagando sin rumbo al frente de una pandilla de juerguistas seguidores, algunos semidivinos y otros humanos; sátiros, silenos y ninfas, y como sus devotas humanas, las mujeres conocidas como ménades (literalmente «mujeres locas»), bacantes (*Bakchai* en griego, *Bacchae* en latín) o *Thyiades* (mujeres poseídas, inspiradas). Las mujeres también fueron conocidas como *Bassarides*, probablemente «vestidas con pieles de zorro», tomado a partir de una vestimenta ritual, siendo otra la piel de un cervatillo. Realizan con regularidad milagros curiosos y hacen que surjan fuentes de leche o vino del suelo. Son increíblemente fuertes, capaces de despedazar cabras, toros y humanos con sus manos; el fuego no las quema ni las armas las hieren. A pesar de su violencia frente a ciertos animales, mantienen una honda simpatía hacia ellos y a menudo amamantan niños y cervatillos entre otros. Todo esto, por más que resulte enloquecido, no es sino la idealización del ritual entusiasta del dios. Sus adoradores buscaban, a través de la danza extática y también quizá del vino, llegar a estar poseídos por su dios;

se les llamaba entonces por uno de sus numerosos nombres[173]: *Bakchai*, a partir de Baco (*Bakchos*). Se han encontrado también relatos en los que abren y devoran una víctima animal (o incluso humana). Esos sacrificios salvajes eran fruto del deseo de asimilar al mismo dios, que en algunos casos era concebido como humano en forma, a veces como bestia y cuyas manifestaciones más comunes eran el toro y la cabra, aunque a menudo aparece como una serpiente. De hecho era un dios de la fertilidad de la naturaleza, e incluso si tendía a convertirse principalmente en un dios del vino y del éxtasis, nunca estuvo constreñido a esa esfera. En el capítulo siguiente nos detendremos en los espíritus de la naturaleza y las ninfas que pertenecían a su séquito (cf. pp. 283-284). Aunque es muy posible que los ritos de Dioniso encontraran una oposición real allá donde fueron, no sería acertado interpretar estos enfrentamientos con el dios en un sentido simplemente histórico: expresan algo esencial sobre su naturaleza permanente como dios cuya epifanía subvierte las normas de la moralidad cotidiana y la sociedad cívica.[174]

El mito de Icario y Erígone

De las historias en las que Dioniso aparece como un ser pacífico que otorga dones, la más famosa es la leyenda ática de Icario, que tiene lugar en los días de Pandión I, un rey mítico de la Atenas primitiva (cf. p. 481). Incluso aquí la llegada del dios tiene consecuencias funestas para aquellos a los que visita. Icario es un humilde granjero que vive en el campo a las afueras de Atenas con su hija soltera Erígone. Un día recibe la visita de Dioniso, que le da un esqueje de vid y le instruye en el arte de la vendimia. Tras hacer crecer algunas viñas del esqueje y preparar la primera vendimia de vino, Icario llena varios pellejos de vino en un carro y sale a difundir el don de Dioniso a la gente de Ática; en una versión más simple de la historia, el dios simplemente le da vino a Icario e inmediatamente salieron juntos.[175] Al llegar a Maratón, al noreste de la provincia (o a Himeto al sur de Atenas), Icario distribuye vino entre los campesinos locales que en un principio se muestran entusiasmados y lo beben en grandes cantidades sin pensar que tienen que diluirlo. Sin embargo, como terminan intoxicados piensan que Icario les ha envenenado o embrujado y lo golpean hasta matarlo. En otra versión, cuando algunos de ellos caen al suelo en un sopor etílico, sus compañeros sospechan lo peor y matan a Icario. Arrojan su cuerpo en una zanja, o lo entierran bajo un árbol. Mera, el perro de la familia que lo acompañaba, corre a casa atemorizado y consigue guiar a Erígone al lugar tirando de su vestido. Al

descubrir que su padre está muerto, Erígone siente tanto dolor que se ahorca, y el perro encuentra su propia muerte poco más tarde, ya fuera porque se tira desesperado a un pozo, o porque muere de hambre mientras guarda el cuerpo de Erígone.[176]

Naturalmente, Dioniso, furioso con estos acontecimientos, responde de forma ya conocida al hacer que las jóvenes del Ática se vuelvan locas y empiecen a ahorcarse como Erígone. Algunas fuentes señalan que Erígone había pedido antes de su muerte que las hijas de los atenienses perecieran igual que ella hasta que los asesinos de su padre recibieran castigo. También se afirma en algunas versiones que Atenas fue sacudida por una plaga, ya sea como único desastre o además de la epidemia de suicidios. Cuando los atenienses consultaron el oráculo de Delfos, se les dijo que encontrarían alivio a su problema si capturaban y mataban a los asesinos de Icario, y fundaban una nueva festividad, las Aioras (Fiesta de los balancines, la romana *Oscilla*) en honor a Erígone.[177] Durante esta fiesta de mujeres, se cantaba una canción en recuerdo de Erígone con el título de *Aletis* (la nómada, fundamentalmente porque había vagado en busca de su padre) y las muchachas eran empujadas desde las ramas de los árboles en balancines (columpios) con tableros de madera. No es necesario decir que los ritos pudieron haber precedido el relato etiológico. Los rituales del balancín en ningún caso fueron privativos de las Aioras.

En un relato posterior que se añade a este mito, se decía que los asesinos de Icario habían huido a Ceos, una isla al sureste de Ática. Para castigar a sus habitantes por haberles dado cobijo, la perra Mera, que se había convertido en la estrella-perro (Sirio, o Canícula en latín) tras su muerte, quemó la tierra con su calor causando hambre y enfermedades. En ese momento gobernaba la isla Aristeo, hijo de Apolo (cf. p. 213), que se había establecido allí tras la muerte trágica de Acteón, y que buscó el consejo del oráculo de su padre, quien le enseñó a hacer sacrificios que expiaran la muerte de Icario, y a rogar a Zeus que enviara vientos fríos que moderaran el calor de la estrella-perro. De modo que fundó el culto de Zeus *Ikmaios* («de la humedad») en Ceos junto con los ritos anuales que supuestamente provocaban los vientos etesios, vientos fríos del norte que soplaban en el Egeo durante unos cuarenta días tras la aparición de la estrella-perro.[178]

Se decía que Zeus (o Dioniso) se lamentó tanto de la suerte de Icario, Erígone y la perra Mera, que los envió a los cielos como las constelaciones Boyero, Virgo y Can Mayor respectivamente[179] (eso si el perro no se convirtió en la estrella-perro).

Dioniso y los piratas. El viaje a India. Su esposa y sus amores

Uno de los mitos más atractivos de Dioniso es la historia de su encuentro con una banda de piratas. Tal como se recoge por primera vez en el *Himno homérico a Dioniso* (v. 7), se desarrolla de esta forma. Unos piratas tirrenos avistan al dios con la apariencia de un joven en la flor de la juventud, con hermosos bucles de pelo oscuro y con un manto púrpura sobre sus firmes hombros.[180] Ignorando las advertencias de su timonel, que reconoce que no se trata de un vulgar mortal, los piratas lo capturan y lo arrastran hasta su barco, pues imaginan que es un joven de estirpe real con el que pueden conseguir un cuantioso rescate. Ni siquiera les disuade ver cómo las ataduras caen por sí mismas cuando intentan amarrarlo. Cuando se hacen a la mar con él, empiezan a ocurrir extraños milagros. Primero del barco comienza a manar vino y de él sale una fragancia divina; luego se extiende una parra a lo largo de la parte superior de la vela y una hiedra trepa por el mástil. Aparecen guirnaldas en los toletes y finalmente, lo más temible, el dios se convierte en un león y hace que aparezca un enorme oso. Sobrecogidos por el terror cuando el león alcanza al capitán, los piratas saltan por la borda al mar, donde son trasformados en delfines. Sólo el timonel es rescatado por el dios, que le revela entonces su identidad.[181] Ovidio, que retoma la misma historia con muchas variaciones en los detalles, nombra al timonel como un tal Acetes (posiblemente *Acoites* en el griego original) de Meonia (Lidia) y cuenta que se convirtió en un entusiasta miembro del séquito del dios a partir de entonces.[182]

El *Himno homérico* no menciona el lugar en el que los piratas encontraron a Dioniso o dónde planeaban llevarlo. Se afirma en versiones posteriores que pidió a los marineros que lo llevaran a la isla de Naxos, aunque ellos, por el contrario, tenían previsto venderlo en Asia.[183] Fue capturado en Icaria, según la versión de Apolodoro o en Quíos en la de Ovidio. Normalmente los milagros se crean en estos relatos posteriores. Apolodoro sugiere, por ejemplo, que Dioniso convirtió el mástil y los remos del barco en serpientes.[184] Toda la historia es bastante diferente en una narración que proviene de la literatura astronómica. Cuando se llevan a Dioniso en el barco junto con alguno de sus compañeros, ordena a todos ellos que canten; los piratas, encantados con la música, comienzan a bailar alrededor de ellos y acaban saltando involuntariamente al mar, donde son trasformados, como en los otros casos, en delfines. El dios conmemora el incidente colocando una imagen de uno de los delfines en el cielo, de ahí el origen de la constelación del Delfín. Esta ver-

sión explicaría la razón por la que a los delfines les gusta la música (una creencia que también se refleja en la leyenda de Arión y el delfín cf. pp. 745-746).[185]

Los triunfos del dios no se limitan a un puñado de piratas. Según un conjunto de narraciones del mito bastante primitivas (Eurípides las conoció), entró como conquistador hasta el interior de Asia. Tras las conquistas reales de Alejandro, las hazañas fabulosas de Dioniso se extendieron y se le representó llegando hasta la India. Sin embargo, aquí, el mitólogo no tiene por qué seguirlo, ya que abandonamos el reino del mito genuino y la saga para entrar en un mundo extraño en el que la seudohistoria y la política se funden. Por otro lado, era obviamente deseable desde el punto de vista de Alejandro y sus sucesores, seguir los pasos de un dios, en especial uno que se identificaba inmediatamente con todas las formas de las deidades orientales. Además, Dioniso se equiparó a Osiris, y Osiris hecho dios (según las teorías de Evémero) a partir de un rey egipcio de la Antigüedad que se ocupó de expandir la cultura, por la fuerza si era necesario. De este modo, el Dioniso indio, tal como lo encontramos en el largo relato épico dionisiaco de Nono (siglo V d.C.) no es un dios griego, sino una mezcla de la mitología de varios pueblos unidos por príncipes y teorías helenísticas. El resultado no carece de interés, pero sobrepasa nuestro alcance presente.[186]

La conducta de Dioniso en la esfera amorosa es bastante excepcional para un dios olímpico. Tomó a una mortal, Ariadna, como su consorte (cf. p. 454) y apenas tuvo interés en aventuras pasajeras. A ella se le concedió la inmortalidad en algunos relatos, como en la *Teogonía*, que cuenta que Zeus la hizo inmortal en nombre de Dioniso.[187] A la pareja se le atribuyen varios hijos, entre los que destacan Enopión (Cara de vino) que gobernó en Quíos y fue recordado por su encuentro con Orión (cf. p. 721) y Estáfilo (Racimo), padre de Reo y abuelo de Anio, el rey vidente de Delos (cf. p. 730).[188]

Existen algunos relatos menores que hablan de otras relaciones, y ninguna implicó violencia sexual. Ampelo, mencionado por Ovidio y Nono como aquel que fue amado por Dioniso, no es más que la personificación de la vid (*ampelos*). Como muestra de su predilección, Dioniso se le presentó con una vid, que se extendía por un olmo. Cuando el joven murió tras una caída un día que estaba cortando algunos racimos de uva, el dios lo envió al cielo como la estrella Vendimiador (en la constelación de Virgo), cuya temprana ascensión marcaba la estrella de la cosecha de la uva. En otro caso, Dioniso lo transformó en una vid después de que se cayera de un toro.[189]

Algunos afirman que Dioniso sedujo a Altea con el consentimiento tácito de su esposo Eneo (cf. p. 538), y así se convirtió en el padre de Deyanira, la segunda

esposa de Heracles (cf. p. 368).[190] Según Ovidio, sedujo a Erígone cuando introdujo la vid en Ática (cf. *supra*), y ganó sus favores al ofrecerle un racimo de uvas.[191] En la tradición del Helesponto, Príapo era hijo suyo en unión con Afrodita (cf. p. 296), y Nono, habla de su amor no correspondido con la amazona Nicea.[192] Las mujeres juegan un papel importante en sus mitos, aunque normalmente también aparecen en otros papeles, como nodrizas, acompañantes o como participantes en sus ritos o enemigas de su culto.

En representaciones artísticas tempranas, hasta la segunda mitad del siglo V a.C., Dioniso es un hombre maduro con barba que lleva largas vestimentas. Las pinturas sobre vasos a menudo lo muestran cubierto de hiedra o parra, sosteniendo una copa (*kantharos*) o un cuerno en su mano. Puede vestir una piel de pantera o de ciervo. Desde la última parte del siglo V en adelante, normalmente se le retrata como una figura joven, sin barba, si acaso ligeramente vestido. Su emblema especial, que lleva él mismo, sus ayudantes o adoradores es el tirso (*tirsos*), un cayado moteado con un ornamento que parece una piña, y al que se enrosca una parra o hiedra. Su himno de culto es el ditirambo (*dithyrambos*, probablemente una palabra de origen extranjero).

Atenea

La sabia diosa virgen Atenea era una diosa de la guerra, protectora de ciudades y una de las patronas divinas de las artes y manualidades. La forma completa de su nombre, *Athenaia* o *Athenaie* fue reducida a *Athene* en la épica y a *Athena* en el dialéctico ático. Es casi tan importante como la misma Hera y de mayor relevancia en Atenas donde fue adorada como la diosa patrona de la ciudad. Aunque durante mucho tiempo los estudiosos no se pusieron de acuerdo sobre si era ella la que había dado su nombre a su ciudad favorita o si su nombre deriva del de la ciudad, parece más probable esta última alternativa. Aparece en la tablilla Lineal B de Cnosos como *Atana Potinija* (la Señora de Atana o Athana) y se ha afirmado que pudo haberse originado como una diosa micénica palatina que protegía la casa y las ciudadelas de los primeros reyes. Esto podría apoyar de forma plausible dos aspectos de su naturaleza que parecerían poco coherentes a primera vista: su carácter marcial y su conexión con pacíficas formas de trabajo manual, especialmente la tejeduría y la hilandería, normalmente realizadas por mujeres dentro de la casa. En caso de que en un

momento hubiera sido protectora divina de palacios fortaleza de los príncipes micénicos, posiblemente habría asumido un aspecto marcial, con lo que encajaría como diosa de la ciudad en tiempos posteriores, Atenea *Polias* o *Poliouchos* (de la ciudad, protectora de la ciudad), la doncella armada que actuaba como guardiana de la polis, a menudo desde su templo situado en su fortaleza de la colina. Su templo del Partenón en la Acrópolis ateniense, que en otro tiempo había sido enclave de un palacio micénico, sigue siendo el monumento que corona Atenas. En su otro aspecto más importante, como diosa de los trabajos manuales (Atenea *Ergane*), su patrocinio abarca un amplio espectro, aunque su dedicación original habían sido las artes domésticas que se llevaban a cabo dentro de los palacios. Sus intereses en ningún caso se reducían a las labores femeninas, puesto que también fue patrona de carpinteros, ceramistas y joyeros; según esto, su culto en Atenas estaba estrechamente ligado con el de Hefesto (cf. p. 226). Desde el primer momento, fue evolucionando hasta convertirse en la diosa de la sabiduría en general, hasta que mitógrafos tardíos la llegaron a considerar la misma personificación del concepto de sabiduría. Era representada como una deidad moral y justa de quien apenas se contaba un relato indigno, si no ninguno. En Roma se identificó con la importante diosa italiana Minerva, que era, igual que ella, patrona de artes y manualidades.

El nacimiento de Atenea

Atenea vino al mundo en las circunstancias más extraordinarias, tal como se ha explicado en el capítulo III, dado que su padre Zeus engulló a su madre Metis mientras la diosa estaba embarazada de ella y así la alumbró por su propia cabeza (cf. p. 123). Según el *Himno homérico a Atenea* (v. 28), surgió de su cabeza cubierta por una armadura, y ante tal imagen los dioses cayeron presos del temor, el Olimpo se tambaleó, la tierra gritó y el mar se agitó y empezó a escupir espuma; el dios del sol Helios detuvo sus caballos hasta que ella se hubo quitado la armadura celestial de sus hombros y Zeus estuvo desde entonces complacido con ella.[193] Píndaro se refiere del mismo modo a la naturaleza asombrosa de su advenimiento, y afirma que saltó adelante con un poderoso grito, haciendo temblar a Urano y a la madre Gea. Añade otro detalle que aparecía más de un siglo antes en las artes visuales, al mencionar a Hefesto como el que facilita su liberación abriendo la cabeza de Zeus con un hacha. Aunque a veces se dice que otros llevaron a cabo

este servicio, tanto Prometeo como Hermes, o un oscuro *daimón* llamado Palemón, el herrero divino siempre permanece como la opción más común.[194]

Una evolución posterior de la historia del nacimiento de Atenea se sugirió por su antiguo título de *Tritogeneia* (de origen y significado incierto). A menudo se ha interpretado con la implicación de que nació (*egeneto*) de uno de los numerosos ríos u otras aguas que llevaban el nombre de Tritón. Según la historia mejor conocida al respecto, habría emergido de la cabeza de su padre cerca del río Tritón o del lago Tritónide en Libia (y luego sería criada por Tritón, el dios del río o del lago, cf. p. 156, en algunas versiones). Esquilo señala en las *Euménides* que el río libio vio su nacimiento, y Eurípides indica lo mismo del lago Tritónide en su *Ion*.[195] Según algunas leyendas locales situadas en la misma Grecia, fue criada por el dios del río Tritón en Beocia, o pudo nacer y ser criada en Alifera, en Arcadia, una vez que Zeus la hubo alumbrado, junto a un manantial de ese lugar llamado Tritónide.[196] Es bastante probable que su título de *Tritogeneia* implique alguna relación con el agua, puesto que la raíz *trito-* también aparece en los nombres de las deidades del mar Anfítrite y Tritón.

Según una leyenda rodia, los primeros hombres que honraron a la diosa tras su nacimiento fueron los Helíadas, los hijos del dios del sol Helios en Rodas, que fueron advertidos por su padre de que los primeros que le ofrecieran un sacrificio disfrutarían de su presencia para siempre. Sin embargo, actuaron de forma tan apresurada que olvidaron encender un fuego bajo las víctimas para el sacrificio, de ahí (se dice) la práctica distintiva rodia de ofrecer sacrificios que no eran puestos sobre el fuego para la diosa. Parece que ella estuvo complacida por sus buenas intenciones, por lo que les otorgó habilidades en todas las labores manuales, y les permitió hacer estatuas que eran tan perfectas que parecían tener vida. Éste ha debido ser un mito bastante antiguo puesto que ya aparecía en Píndaro.[197]

Atenea como diosa marcial y patrona de las artes manuales. El epíteto de Palas

Tal como podría esperarse en el caso de una diosa tan importante y popular, ya en época temprana se formó una imagen clara sobre la apariencia personal de Atenea. Se la representa en arte y en literatura como una virgen majestuosa, con un rostro hermoso aunque severo, ojos grises, y una constitución física poderosa y agradable. Normalmente aparece con una armadura completa coronada con un casco crestado de gran elaboración; lleva la égida que le sirve como coraza

y manto (cf. pp. 118-119) y sostiene una larga lanza. La cabeza de la gorgona (cf. p. 118) estaba sobre su égida o escudo, y su pájaro especial, la lechuza, aparecía posada sobre sus hombros. En representaciones de la batalla entre los dioses y los Gigantes, ella siempre tiene un lugar prominente, y se la muestra abatiendo alguno de los más formidables de sus enemigos. Sus títulos son testimonio constante de su carácter belicoso. En varios lugares se la denomina *Promachos* (Campeona) *Sthenias* (Poderosa), *Areia* (Belicosa, o compañera de Ares) entre otros. El otro lado de su carácter, como protectora pacífica de sus acólitos y líder en todas las formas de ocupaciones manuales, se la denomina del mismo modo por una serie de títulos. Atenea es *Polias* (Diosa de la Ciudad), *Bouleia* (la del Consejo), *Ergane* (Trabajadora), *Kourotrophos* (Criadora de niños, título compartido con otras diosas). Desde Macedonia a Esparta, su importancia estaba únicamente subordinada a la del mismo Zeus, de quien era la hija favorita. En Homero, Zeus tiene un apodo especial para ella «Querida ojizarca»[198] y le presta especial atención hasta el punto de generar los celos de los otros dioses.

Palas (*Pallas*) era uno de los títulos más comunes de Atenea. Rara vez se utilizó como título de culto, sino que se trata más bien de un epíteto poético de la diosa. Aunque siempre se utiliza en unión con su nombre propio en la épica homérica, que se refiere a menudo a ella como Palas Atenea, también se utiliza por sí mismo en la tradición posterior, hasta convertirse en una alternativa virtual para la diosa. Su significado y origen es incierto. Según la explicación más aceptada, significa «muchacha» o «doncella» (cf. *pallake*, concubina), aunque se sugirió en la Antigüedad que pudo derivarse de *pallein*, blandir, ya que muchas veces Atenea aparecía representada blandiendo una lanza.[199] Un fragmento de Filodemo (siglo I a.C.) hace referencia al relato que explicaba el título afirmando que una vez tuvo una compañera con ese nombre, una hija de Palamón, a quien había matado accidentalmente.[200] Apolodoro relata una historia similar en la que Atenea fue criada por Tritón en compañía de su hija Palas. Las dos muchachas solían practicar ejercicios de guerra, pero un día discutieron y, cuando Palas estaba a punto de golpear a Atenea con el arma que blandía, Zeus intervino en nombre de su hija levantando su propia égida. Cuando Palas levantó la vista sorprendida, Atenea la hirió fatalmente, pero después se lamentó por la muerte de su compañera de juegos, y por tanto fabricó una imagen de ella que colocó en su égida.[201] Éste era el famoso Paladio (propiamente una imagen de culto de la misma Atenea) que cayó a tierra en suelo troyano y sirvió como talismán protector para la ciudad (cf. p. 573). Otra historia afirmaba que uno de los Gigantes llamado Palas había muerto a manos de

Atenea durante la guerra entre los dioses y los Gigantes y lo había desollado para usar su piel como coraza.[202]

Es natural que una diosa de la guerra esté interesada en los instrumentos propios de esta actividad y según esto vemos que a Atenea se le atribuye la invención del carro de guerra y el arte de la doma de caballos. En conexión con esto hay un mito muy interesante que cuenta cómo llegó a ayudar al héroe Belerofonte. Sus esfuerzos para alcanzar y domar al alado caballo inmortal Pegaso habían sido infructuosos, puesto que ninguna brida terrenal podía controlar a la bestia. Sin embargo, una noche, mientras dormía en el santuario de Atenea por consejo de una vidente, la diosa apareció ante él, colocó una brida en su mano y le dijo que la usara para domar su montura divina. Se despertó y encontró que la maravillosa brida estaba realmente a su lado, y le dio un buen uso (cf. p. 563).[203] Los buques de guerra también interesaban a Atenea (que bien podría ser la razón por la que los deportes de su gran fiesta de las Panateneas incluían una regata, inusual en los juegos antiguos) y sabemos que supervisó la construcción de *Argo*, el precursor mítico de los barcos de cincuenta remos (*pentekontoros*) que fueron utilizados como galeones de guerra en tiempos históricos. En la línea que separa sus ocupaciones pacíficas y las bélicas, podemos situar su asociación con la música. Era venerada bajo el título de *Salpinx* (Trompeta) en Argos,[204] y la flauta (*aulos*, *tibia* en latín; más parecida al oboe que a la flauta actual) fue invento suyo. Según Píndaro, tuvo la inspiración para inventar la flauta y su música distintiva al escuchar las desesperadas lamentaciones que proferían las dos gorgonas supervivientes tras la muerte de su hermana Medusa.[205] Fuentes posteriores cuentan que llegó a tener aversión a su invención porque distorsionaba su cara desagradablemente cuando la tocaba y por tanto se deshizo de sus flautas (normalmente se tocaban a pares).[206] Marsias el sátiro las cogió, para gran enfado de ella y finalmente en perjuicio de él (cf. p. 218).

Como patrona de trabajos manuales pacíficos, Atenea presidía las artes y manualidades ejercidas tanto por hombres como por mujeres, aunque especialmente sobre las tareas específicamente femeninas de la hilandería y la tejeduría, practicadas por el ama de casa en el hogar con la ayuda de sus hijas y sirvientas. Homero habla de la dedicación de la diosa a estos «trabajos de Atenea»,[207] de la que dice que había creado vestimentas ricamente bordadas para Hera y ella.[208] Fue enormemente venerada en este ámbito y en algunas ocasiones aparece con un huso en imágenes artísticas, aunque tales representaciones son mucho menos comunes que aquellas que la muestran con su atuendo marcial. En la fiesta de

la *Panatenaia* en Atenas, se presentaba con un atuendo (*peplos*) tejido por las mujeres de la ciudad, que vestía su gran estatua en el Partenón.

Un mito memorable aunque no particularmente antiguo de Atenea se recoge en relación con sus intereses como tejedora, puesto que se decía que en una ocasión se enfrentó a una artesana mortal, Aracne, y la castigó a conciencia, en caso de creer a Ovidio. Esta Aracne era la tejedora más hábil en Lidia y se jactaba de poder superar a la misma Atenea. La diosa se le apareció en forma de una vieja y la previno contra la presunción, pero cuando Aracne rechazó hacer caso a tales razones, se quitó su disfraz y aceptó el reto que la muchacha le había lanzado. Atenea tejió en su tela la historia de su competición con Poseidón por Atenas y, como aviso a Aracne, las historias de varios mortales que habían levantado la ira de los dioses y habían sido castigados de forma ejemplar. Aracne eligió como tema una colección de cuentos escandalosos sobre los amores de los dioses. Aunque el tapiz de Aracne fue ejecutado sin fallos, su elección del tema sobrepasó la templanza de Atenea, que no era mucha, y comenzó a hacer pedazos su labor y luego golpeó a Aracne con su lanza. Llevada por la desesperación ante el trato sufrido, Aracne trató de ahorcarse, pero Atenea la salvó y la convirtió en una araña. En su nueva forma sigue siendo la tejedora más hábil y, además, ha dado a la zoología moderna un término que designa toda una familia de insectos.[209]

Atenea y su hijo adoptivo ateniense Erictonio

Como cabe esperar, se originaron leyendas especiales que dieron cuenta de la estrecha relación de Atenea con Atenas. Según una narración conocida que ya ha sido relatada (cf. p. 153), en un principio se estableció como diosa patrona de Ática al vencer a Poseidón en la pugna por el territorio. Tal como hemos visto, esta leyenda en particular sigue un esquema bastante común, puesto que Poseidón había fracasado (o había tenido un éxito limitado) en las competiciones por numerosas tierras, incluida Argos, donde perdió ante Hera. Los atenienses, sin embargo, tenían una leyenda de naturaleza totalmente distinta, que contaba cómo Atenea estableció una conexión aún mayor con Atenas al convertirse en la «madre» (en la medida en la que esto podía ser posible para una diosa virgen) de Erictonio, el ancestro autóctono del pueblo ateniense. Aunque el mito de su concepción tiene distintas formas, la historia básica es siempre la misma. Hefesto intentó hacer el amor con Atenea, pero ella lo rechazó y provocó

que su semen se derramara en la tierra, fertilizándola. Aunque no fuera la madre del niño, estuvo implicada en su concepción, y ella lo consideró como suyo al adoptarlo y criarlo una vez que nació.

En una versión, Hefesto se enamoró de Atenea e intentó cortejarla, pero ella intentó escapar de él escondiéndose en Ática en un lugar llamado Hefestión, que supuestamente debía su nombre a este incidente. Cuando él la capturó y la abrazó en un estado de gran excitación, ella lo rechazó con su lanza, haciéndole eyacular sobre la tierra.[210] En otra versión, cuando Hefesto volvió al Olimpo tras ser arrojado a la tierra por su madre, Zeus le concedió un deseo y él pidió casarse con Atenea, pero ésta no tenía intención de permitir tal cosa, y defendió su virginidad por la fuerza cuando llegó a reclamarla, con las mismas consecuencias que ya se han visto.[211] Otra narración cuenta que para mitigar su frustración tras haber sido abandonado por Afrodita, Hefesto la persiguió con fines amorosos cuando ella lo visitaba con el propósito de adquirir armamento. Sin embargo, ella se resistió con tanta energía que él eyaculó sobre su pierna, y ella, asqueada, limpió el semen con un paño de lana y lo arrojó al suelo.[212]

Este último detalle fue insertado para dar una explicación al nombre de Erictonio, que podría considerarse por tanto que había nacido de la tierra *chthon*, que había fertilizado por contacto con la pieza de lana *erion*. Incluso sin la aportación de este matiz, se podría explicar que el niño fuera llamado Erictonio ya que había nacido de la tierra como resultado de la lucha, *eris*, entre Hefesto y Atenea.[213]

Cuando le llegó el tiempo a Gea de dar a luz al niño, surgió de la tierra y se lo dio a Atenea, que se convirtió de este modo en su madre adoptiva. Aunque inicialmente lo colocó en un cofre y lo confió a las hijas de Cécrope, rey de Atenas, se demostró que esta situación estaba destinada a ser breve por razones que se considerarán posteriormente (cf. p. 477) y al poco tiempo lo volvió a tener consigo. Desde ese momento lo crio ella misma en la Acrópolis, y cuando creció consiguió el trono de Atenas y estableció el linaje real de donde descenderían los reyes posteriores. Confirió honores a su madre adoptiva al fundar en su honor la festividad más importante de Atenas, las Panateneas (cf. p. 481) y, tras su muerte, fue enterrado en el recinto restringido de la diosa.[214]

Ésta es una historia enormemente ingeniosa y llena de intriga. Los atenienses se enorgullecían de su carácter autóctono y Erictonio es representado como ser nacido de la tierra, a la manera de su predecesor Cécrope (y otros dos gobernantes primigenios en la lista helenística de reyes cf. p. 480). Por otro lado, no

es un vulgar «primer hombre» nacido de la tierra como Cécrope, Pelasgo (cf. p. 691) y otros de su tipo, surgidos de la tierra sin necesidad de un padre, ya que él fue concebido por Hefesto, un dios que era venerado en Atenas junto con Atenea como patrón de la artesanía, al que se ha llegado a situar en una relación casi filial con la misma diosa virgen.

Atenea era normalmente benevolente en su trato con los mortales. Ofrecía asistencia técnica en empresas tales como la construcción del *Argo* o el Caballo de Madera, y estuvo siempre lista para apoyar y aconsejar a héroes como Perseo y Heracles. Estuvo de parte de los griegos en la guerra de Troya, tal como era esperable tras su derrota en el juicio de Paris, y desempeña un papel predominante en la *Odisea*, donde su ayuda a Odiseo y a su hijo Telémaco es inestimable. En su destacable historia de venganza que proviene de la tradición más arcaica, envió una violenta tormenta contra la flota griega tras la guerra de Troya como venganza por un acto de sacrilegio cometido durante el saqueo de la ciudad (cf. p. 621). En una narración que aborda la ceguera de Tiresias, Atenea lo cegó tras haberla visto desnuda, pero lo compensó, a petición de su madre, otorgándole el don de la profecía (cf. p. 433).

Ártemis y su prima Hécate

Pasaremos ahora a otra diosa virgen, Ártemis, cuyas características esenciales son inmediatamente evidentes en la representación convencional que se hace de ella en obras de arte, en las que aparece como una doncella joven, alta y vigorosa que viste una túnica corta hasta las rodillas, lleva un arco y un carcaj y a menudo va acompañada de un ciervo o una liebre. En todas las versiones, es una virgen dedicada a la caza que ama los territorios agrestes así como su vida salvaje (de ahí su título de *Agrotera* «Salvaje», epíteto que ya aparece en Homero).[215] Su tierra favorita de caza es Arcadia, en el montañoso corazón del Peloponeso y nada le gusta más que vagar por las tierras vírgenes en compañía de sus ninfas sirvientes, que han hecho votos de virginidad igual que ella. El *Himno homérico a Afrodita* señala que nunca cae bajo el embrujo de la diosa del amor, «puesto que el arco es su deleite y la matanza de bestias salvajes en las montañas, también las liras y la danza, los gritos a toda voz y los bosques umbríos y —añade el poeta— las ciudades de hombres justos».[216] La *Odisea* habla de ella en términos similares y relata cómo Ártemis, la arquera, vaga ale-

gre por las montañas de Arcadia persiguiendo jabalíes y veloces venados en compañía de sus ninfas.[217] Un aspecto más agradable de su naturaleza se muestra en su preocupación por los cachorros de todos los seres vivientes, tanto de bestias salvajes, aspecto de su naturaleza como protectora de animales salvajes, como de seres humanos.

Según un coro de Esquilo, es amable con los cachorros abandonados de los leones depredadores y se entusiasma con las suaves crías de todas las bestias que habitan la selva.[218] De aquí su rol como diosa de los recién nacidos a la que apelan las mujeres durante el parto y sus títulos de *Locheia* (la del parto) y *Kourotrophos* (nodriza de los pequeños). También es una diosa que preside la iniciación de las niñas y, aunque benévola en ocasiones, es una gran diosa que actúa como agente de muerte, especialmente en relación con mujeres, y no tiene piedad a la hora de vengar cualquier desprecio. Este aspecto de su naturaleza se pone especialmente de relieve en sus relatos míticos en los que con frecuencia inflige la muerte y el desastre a los mortales.

Tal como cabe asumir en una diosa asociada con la vida de las mujeres, Ártemis llegó a estar relacionada (o de hecho equiparada) con la luna en mayor medida que Hera y a los alegoristas estoicos en particular les gustaba identificarla con ella. Cuando se la presenta luchando contra Hera en la batalla de los dioses en la *Ilíada*, por ejemplo, esto se debe a que la luna atraviesa el aire (*aer*, simbolizado por Hera) en su recorrido, una idea que se confirma en el nombre de Ártemis (si se interpreta su significado como *aero-temis* o «la que corta el aire»).[219] Plutarco sugiere en cierto punto la asociación de Ártemis con el nacimiento de niños por virtud de su naturaleza como diosa de la luna.[220] Ésta es, sin embargo, una evolución comparativamente tardía, pues ni las primeras referencias a Ártemis en la literatura ni las formas primitivas de su culto ofrecen indicios acerca de su naturaleza como diosa lunar.

Ártemis también llegó a ser identificada con la diosa infernal Hécate (cf. p. 259). El *Catálogo* atribuido a Hesíodo ya parece conectar las dos diosas al afirmar que Ifigenia fue transformada en Ártemis *Einodia* (un título habitual de Hécate) tras ser rescatada del sacrificio por Ártemis (cf. p. 661).[221] La identificación es seguramente bastante temprana si Esquilo la tuvo en mente cuando se refiere a *Artemis Hekate*[222] (pero es posible que no sea más que un epíteto que signifique «que apunta lejos» y que correspondería al epíteto *Hekatos* de Apolo).

La asociación de Ártemis con animales salvajes la vincula no con las diosas griegas sino con la antigua deidad que a menudo se denomina la Señora de los

animales salvajes (título sugerido por la frase homérica *potnia theron*, tal como se aplica a Ártemis en la *Ilíada*),[223] una gran diosa de origen muy remoto que fue venerada bajo varias advocaciones por las gentes de la Creta minoica, la Grecia prehelénica y Asia Menor. Como veremos, Ártemis fue equiparada con dos diosas cretenses de ese tipo, Britomartis y Dictina. La etimología de su nombre es lo suficientemente incierta como para proporcionar evidencia alguna sobre su origen. Parece que se menciona en Lineal B, aunque esto no es totalmente seguro. Sin embargo, existe la certeza de que fue originalmente independiente de Apolo y Leto. En caso de que fuera originariamente la Señora de los animales, debe reconocerse que ha experimentado un cambio considerable, puesto que esta clase de diosas, tanto las egeas como las más orientales, suelen ser diosas madres maduras, mientras que Ártemis es joven y virginal (excepto en su culto en Éfeso, donde era representada como la diosa de la fertilidad con varios pechos).

Las principales características de la Ártemis clásica se ponen en evidencia ya en la épica homérica. A pesar de que su imagen es valiente y hábil en el ámbito de la caza y con frecuencia su carácter es fiero, nunca fue considerada una diosa marcial. Aunque en la *Ilíada* apoya a los troyanos, no aparece en las escenas de batalla. En una ocasión en la que se involucra en ciertas hostilidades, en la llamada «Batalla de los dioses» en el canto XXI, su contribución no es en absoluto destacable, puesto que, cuando se aventura a oponerse a Hera, la diosa veterana la golpea en las orejas con su propio arco y carcaj haciendo que vaya corriendo junto a su padre Zeus bañada en lágrimas.[224] Naturalmente sería equivocado sacar demasiadas conclusiones sobre su situación en ese pasaje a partir de una burla de este tipo. Aunque no tiene lugar en el mundo militar de la *Ilíada*, Homero la retrata en su entorno preferido dentro de un pasaje en la *Odisea*, en el que ilustra la situación de Nausícaa con sus criadas comparándola con la de Ártemis entre sus ninfas asistentes: «Cual avanza la flechera Ártemis a través de los montes, o por el muy alto Taigeto o por el Erimanto, deleitándose con sus cabras y las ciervas veloces, y a su lado las Ninfas agrestes, hijas de Zeus portador de la égida, juegan, mientras se alegra en su ánimo Leto, y sobre todas ella destaca en la cabeza y la frente, y resulta fácil de distinguir, aun siendo todas hermosas, así entre sus sirvientas resaltaba la joven doncella [la princesa Nausícaa]».[225]

Evidentemente tenía cierta relevancia en el tiempo de Homero puesto que aparece con bastante frecuencia en la épica como diosa de la naturaleza salvaje y asesina de mujeres y en leyendas como la de la caza del jabalí de Calidón.

Homero subraya su función como agente de muerte. Algunas veces actúa en nombre de otro dios o de dioses en general, como cuando se relata que mató a Ariadna a partir del testimonio en su contra dado por Dioniso (cf. p. 454), o a Orión porque los dioses rechazaban su relación amorosa con la diosa Eos (cf. p. 720).[226] En un sentido más general, cualquier muerte repentina o inexplicable de una mujer podía ser atribuida a las flechas de Ártemis. Cuando Odiseo encuentra a su madre en los Infiernos, le pregunta si había muerto por una larga enfermedad o si Ártemis la había matado con su amable flecha (puesto que la muerte podía ser una liberación compasiva). De una mujer que muere al caer en la bodega de un barco se dice que ha caído víctima de la arquera Ártemis.[227] Homero se preocupa menos de las muertes en las que actúa la diosa para vengar agravios personales, aunque no menciona que mató a Laodamía, hija de Belerofonte, en un acceso de ira.[228]

Leto da a luz a Ártemis y a Apolo en Delos

Al considerar las leyendas de Ártemis, debemos volver al comienzo para examinar las circunstancias en las que nacieron ella y su hermano Apolo. Según la primera versión más completa del *Himno homérico a Apolo*, Leto (hija de los titanes Ceo y Febe cf. p. 73) concibió a los gemelos divinos con Zeus pero tuvo dificultades para encontrar un lugar donde dar a luz cuando la gestación llegaba a su fin, ya que aunque había visitado gran número de países, desde Creta y Atenas hasta Lemnos y Naxos, todos la rechazaban por temor a convertirse en el lugar de nacimiento de su hijo Apolo, que se esperaba que sería un dios excepcional, soberano tanto de dioses como de mortales. Sin embargo, al final convenció a la isla de Delos para que la aceptara prometiéndole que Apolo establecería su santuario principal allí y que honraría Delos por encima de cualquier otro lugar.[229] Todas las diosas principales fueron a atender el parto con excepción de Hera, que permanecía en el Olimpo reteniendo junto a ella a Ilitía, la diosa del nacimiento. Como consecuencia de ello, Leto sufrió los dolores de parto durante nueve días y sus correspondientes noches sin alivio alguno hasta que las otras diosas enviaron a la mensajera divina Iris para que convocara a Ilitía. Animada por la promesa de un espléndido collar ensartado con hilos de oro, Ilitía llegó rápidamente al lugar y Leto fue por fin capaz de dar a luz a sus hijos. Alumbró a Apolo en Delos, agarrada a una palmera durante el parto y a Ártemis en Ortigia, probablemente en segundo lugar.[230] Ortigia parece haber sido un

lugar diferente en este relato, aunque en la tradición posterior normalmente se ha identificado con el mismo Delos.

En relatos posteriores, las dificultades de Leto para encontrar un lugar para el parto se explican por la hostilidad de Hera, lo cual parece más natural y genera una historia más coherente. Según Calímaco, Hera envió a su hijo Ares y a la diosa Iris (que actúa a menudo como mensajera especial de Hera en la literatura posterior) a advertir a todos los lugares del mundo griego que no recibieran a la amante de su marido. Pero la pobre y rocosa Delos, llamada entonces Asteria, se resistió a las amenazas de la diosa e invitó a Leto a ir y alumbrar allí a sus hijos.[231] En la versión de Apolodoro, Hera persiguió a Leto por toda la tierra hasta llegar a Delos, donde dio a luz a sus hijos gemelos, primero a Ártemis, que inmediatamente ayudó al nacimiento de Apolo.[232] Este último detalle se sugirió, obviamente, a partir de la función de Ártemis como diosa que ayudaba a las mujeres en el parto. Este relato sobre el orden de los dos nacimientos es coherente con la tradición en Delos, donde el cumpleaños de Ártemis se celebraba un día antes del de su hermano. Higino ofrece aun otra versión en la que Hera decreta que Leto no debía dar a luz en ningún lugar que fuera iluminado por la luz del sol. Persigue a la encinta Leto, además, el dragón délfico Pitón, que sabe por sus poderes proféticos que ella daría a luz a un hijo que lo mataría, pero Zeus acude en ayuda de su amante al ordenar a Bóreas (el viento del norte) que la lleve hasta Poseidón. Para permitir a Leto dar a luz sin contravenir el decreto de Hera, Poseidón la lleva a Delos y la cubre con olas durante un tiempo para aislarla de la luz del sol. Cuatro días después del nacimiento, tal como cuenta la historia, Apolo venga el trato de Pitón hacia su madre viajando hasta el centro de Grecia para matarlo con una de sus flechas (cf. p. 204).[233]

Asteria, hermana de Leto, se introdujo en la leyenda del nacimiento de Apolo y Ártemis en algunas ocasiones. Las primeras huellas de su historia aparecen en un poema de Píndaro conservado de forma incompleta, que afirma que Zeus persiguió a Asteria pero al intentar escapar de él, cayó en el mar convirtiéndose en la isla de Ortigia. Fuentes posteriores confirman que esos restos podrían sugerir concretamente que Zeus se dispuso a seducir a Asteria tras dejar a su hermana embarazada, pero ella intentó escapar de él y finalmente se transformó en la isla de Asteria u Ortigia, conocida posteriormente como Delos, en la que su hermana poco después dio a luz a los gemelos divinos. Algunas fuentes añaden que ella misma se transformó (o de forma menos convincente fue Zeus) en una codorniz (*ortyx*) durante su huida, de ahí el nombre de Ortigia (la isla de la codorniz).[234]

Según un relato pintoresco de origen helenístico, Leto llevó a sus hijos a Licia, en la punta sudoeste de Asia Menor, tras su nacimiento en Delos e intentó bañarlos en un manantial local llamado Melita, pero algunos pastores que querían hacer que su ganado abrevara allí la ahuyentaron. Sin embargo, una manada de lobos (*lykoi*) llegó en su ayuda al mostrarle el camino al río Janto. Tras saciar su sed y bañar a sus hijos en el río, lo consagró a Apolo y llamó Licia al territorio (tierra de lobos) en honor a sus guías. Luego volvió sobre sus pasos para castigar a los pastores. Al ver que todavía estaban en el manantial, los transformó en ranas y los arrojó a sus aguas, de aquí la vida semiacuática que las ranas han tenido desde entonces.[235] En la versión de Ovidio, algunos campesinos malvados no dejaron pasar a Leto y enfangaron las aguas cuando intentaba saciar su sed en un estanque en Licia y ella los castigó inmediatamente convirtiéndolos en ranas.[236] Apolo mantiene vínculos con Licia, tal como ya hemos visto (cf. p. 201) y la misma Leto parece que surgió en Asia Menor.

Según una leyenda de Delos, dos doncellas llamadas Hipéroque y Laódice llegaron de la tierra de los hiperbóreos (pueblo mítico del remoto norte, cf. p. 208) poco después del nacimiento de Ártemis y Apolo con ofrendas de acción de gracias que su pueblo había prometido a la diosa del nacimiento a fin de asegurar a Leto un parto fácil. Ellas murieron en Delos y fueron enterradas cerca del templo de Ártemis, donde su supuesta tumba podía verse en tiempos históricos. Los jóvenes de la isla cortaban un rizo de su pelo y lo dejaban sobre la tumba antes de su matrimonio. Según se cuenta, no fueron éstas las únicas hiperbóreas que fueron enterradas en la isla, puesto que se decía que otras dos doncellas, Arges y Opis, habían llegado del norte tiempo antes, en el momento del nacimiento de los gemelos y habían sido enterradas detrás del templo de Ártemis. Las cenizas de las patas de animales quemados en el altar de Ártemis se esparcían sobre su tumba conjunta.[237]

El carácter absolutamente sagrado de Delos lo convirtió en un lugar donde no podía realizarse un entierro en circunstancias ordinarias. Las excavaciones han revelado que los cultos de los dos pares de doncellas se centraban en tumbas de la Edad de Bronce, cuya significación original pudo haber sido durante mucho tiempo olvidada en el tiempo en el que se desarrollaron los cultos. El nombre de Opis se derivaba de un título de culto de la misma Ártemis. En un relato de la muerte de Orión, Ártemis le dispara por intentar violar a Opis (cf. p. 563). Calímaco diverge de Heródoto cuando afirma que las primeras ofrendas hiperbóreas fueron llevadas por Opis junto con otros dos acompañantes, Loxo y Hecaergo[238] (cf. *Loxias* como título de Apolo y *Hekaergos* y *Hekaerge* como títulos de Apolo y Ártemis respectivamente).

Hekaerge pudo haber sido una denominación alternativa de Arges. Cuando Delfos fue atacada por los galos en 279 a.C, se suponía que dos hiperbóreos fantasmales, Hipéroco y Laódoco (cuyos nombres se basaban evidentemente en los de la primera pareja de doncellas hiperbóreas ya mencionadas) habían luchado en su defensa.[239]

Existe un relato curioso en el que se decía que la encinta Leto se había convertido en un lobo para escapar de las persecuciones de Hera, y había viajado en esa forma desde la tierra de los hiperbóreos hasta Delos. Desde ese momento, así pretende la historia, los lobos han dado a luz a sus cachorros sólo en los doce días del año que se corresponden con aquellos en los que la diosa emprendió su largo viaje.[240]

Primeras hazañas de Ártemis. La diosa y sus asistentes

Si Ártemis ayudó a su hermano en alguna de sus acciones más tempranas, tal y como se afirma frecuentemente, sus aventuras comenzaron poco después de su nacimiento. Se dijo en algún momento que había ayudado a Apolo a matar a Pitón,[241] el dragón de Delfos (cf. p. 204), y a menudo se decía que había colaborado en la muerte de Ticio, o incluso que lo había matado ella misma (cf. pp. 207-208). Posteriormente se unió a su hermano para matar a todos los hijos de Níobe (cf. p. 218) y a Corónide, la amante infiel de Apolo, en nombre de su hermano (cf. p. 209). Aunque normalmente no tiene nada que ver con la guerra, desempeñó un papel en la batalla entre los dioses y los Gigantes, e hizo buen uso de su arco (cf. p. 138).

Algunos de los mitos más distintivos de la diosa virgen hablan de sus acciones en relación con las ninfas o doncellas que la acompañaban en la caza. Cuando se convertían en sus compañeras y sirvientas, quedaban ligadas al mismo modo de vida de su señora divina, que no mostraba compasión hacia aquellas que perdían su virginidad o dejaban de acompañarla al campo de caza. La transgresora más famosa (si puede ser considerada así la víctima de una violación) entre sus asociadas fue la heroína arcadia Calisto, igualmente una figura antigua que posiblemente pudo haberse originado como forma secundaria de la misma diosa (y que fue objeto de culto en Arcadia, así como en Atenas bajo la denominación de Ártemis *Kalliste* «la más hermosa»). Calisto fue violada por Zeus y quedó embarazada de un hijo, Arcas, que estaba destinado a dar su nombre a Arcadia (cf. pp. 697-698). Algunos meses después, cuando un día de calor Ártemis ordenó a sus acompañantes en pleno mediodía que se desvistieran para bañarse con ella,

se dio cuenta de que Calisto estaba embarazada y, furiosa, la expulsó; incluso la transformó en un oso para castigarla, tal como relatan algunas versiones.[242] El mito se preserva con muchas variantes (cf. pp. 695-698 para un relato más detallado). Según otro relato del mismo estilo, una tal Mera, hija de Preto, fue alcanzada por la flecha de Ártemis por dejar de acudir a la caza después de que Zeus la sedujera. Evidentemente, no murió de inmediato puesto que sobrevivió para dar a luz a su hijo, Locro, que ayudó a Zeto y Anfión en la construcción de Tebas. Ésta es la historia tal como la trasmite, de forma imperfecta, un breve resumen dentro de un relato de Ferécides. Es posible que fuera muy antigua puesto que Homero incluye a Mera entre las mujeres famosas que fueron vistas por Odiseo en los Infiernos.[243]

En un relato del mito de Hipe, hija de Quirón, ésta fue transformada en un caballo por Ártemis porque había dejado de venerar a la diosa y de acompañarla en la caza;[244] pero hubo muchas versiones de su historia y habitualmente se decía que pidió a los dioses que la transformaran para evitar que su padre descubriera que estaba a punto de tener un hijo (cf. p. 533). Eurípides se refiere de pasada a una historia en la que Ártemis expulsaba de su compañía a una hija de Mérope, de la que no se conoce su nombre, «por causa de su belleza» y la convertía en una cierva con cuernos de oro (quizá la cierva Cerinia cf. p. 342); probablemente se trataba de otra de sus compañeras que fue raptada o seducida debido a su belleza.[245]

Britomartis era una fiel compañera cretense de Ártemis que atrajo los más bajos instintos de Minos. Siguiendo las palabras del latino Cayo Julio Solino, su nombre es de origen cretense y significaba «dulce doncella». Se trataba propiamente de una deidad cretense que llegó a identificarse con la propia Ártemis. En la versión más antigua que ha llegado hasta hoy, la de Calímaco, su mito cuenta lo siguiente. Minos, rey de Creta, estaba desesperadamente apasionado por ella y la persiguió por las colinas de la isla durante nueve meses mientras que ella intentaba esconderse de él lo mejor que podía, a veces bajo altos robles, a veces en las llanuras de agua, pero finalmente, cuando estaba a punto de ser capturada, se vio obligada a saltar desde un acantilado al mar. Sin embargo, sobrevivió y salió sin daño al caer en las redes (*diktya*) de unos pescadores. Desde aquel momento fue conocida como Dictina (la dama de las redes).[246] Éste era el nombre de una diosa cretense muy similar a Britomartis, y se identificaba totalmente con ella fuera de Creta. Por medio de una etimología falsa, este mito explica el nombre de Dictina (que probablemente se derivó del nombre del monte Dicte en Creta) como uno de los títulos de Britomar-

tis. Para explicar la razón por la que el mirto nunca fue utilizado en asociación con el culto de Britomartis/Dictina, se aducía que una rama de mirto se había enredado en el vestido de Britomartis durante su huida, por lo que aborrece la planta desde entonces.[247]

En una antología de mitos de transformación helenística aparece un añadido al relato más común. Para escapar de Minos, buscó refugio con unos pescadores que la escondieron en sus redes, y ahí ella viajó rumbo a Egina con un pescador llamado Andrómedes. Al final del viaje, este pescador incrementó sus penalidades puesto que intentó violarla, pero consiguió escaparse saltando por la borda y escondiéndose en un bosque de la isla. Luego desapareció sin dejar rastro, y puesto que apareció una estatua en lugar de ella en el santuario de Ártemis, los eginetas fundaron su culto en el lugar en el que se hizo invisible (*aphanes*), bajo el nombre de Afeya.[248] Es difícil señalar el momento en el que esta diosa antigua y misteriosa comenzó a ser identificada con Britomartis/Dictina. Es bastante probable que la asociación fuera relativamente tardía, quizá originada en la poesía culta de la era helenística.

Relatos de venganza

Si Ártemis fue dura con sus compañeras descarriadas, naturalmente no mostró ninguna compasión con aquellos que la ofendían. Al menos en un relato, mató a su único compañero de caza masculino, Orión, porque intentó cortejarla o violarla (cf. p. 723). A menudo se decía que había ideado la muerte de los Alóadas por una razón similar (cf. p. 140) y mató de un disparo a Búfago (Come asnos), un misterioso héroe de su querida tierra de Arcadia, cuando intentó violarla.[249] Cuando Acteón la vio por casualidad mientras se bañaba en un manantial, ella concibió una terrible muerte para él al transformarlo en un venado e hizo que fuera cazado por sus propios perros (cf. p. 393), pero en una historia menos conocida fue comparativamente más considerada respecto a un tal Sipretes, que la vio desnuda en Creta y al que transformó en mujer.[250] Según un relato de naturaleza totalmente distinta, una leyenda del culto asociado con el santuario de la Ártemis *Alpheia* de Létrinos (Élide), Alfeo, el dios río del Peloponeso (que tenía una especial predisposición amorosa cf. p. 80), en una ocasión planeó violarla en Létrinos mientras ella celebraba una fiesta nocturna con sus ninfas, pero ella se enteró de sus intenciones y cubrió su rostro y los de sus compañeras con lodo, de modo que le resultó imposible encontrarla.[251]

Ártemis también actuaba en consecuencia cuando se le negaban los honores apropiados en su culto o se la desdeñaba en cualquier asunto. Envió un enorme jabalí a asolar las tierras de Eneo, rey de Calidón, para castigarlo por olvidarla cuando ofrecía sacrificios a todos los dioses (cf. p. 540), y llenó de colas de serpiente el lecho nupcial de Admeto como señal de una muerte prematura para vengar una ofensa similar (cf. p. 211). En una leyenda menos conocida, disparó a una heroína focia, Cione, hija de Dedalión, por criticarla durante una caza o por afirmar que era más hermosa que ella.[252] El mito de venganza más interesante es aquel en el que Ártemis pide el sacrificio de Ifigenia para castigar una ofensa cometida por su padre Agamenón. En muchas versiones, incluida la más antigua, Ifigenia nunca llega a convertirse en víctima, puesto que a menudo la rescata la diosa en el último momento y la vincula a ella de manera muy estrecha (cf. pp. 579-580 y 660-661).

Los romanos identificaban a Ártemis con Diana, la diosa latina de los bosques, que no era en muchos aspectos muy diferente a ella. Está claro que la diosa romana no tenía estatuas nativas, de modo que en arte la figura ya conocida de la cazadora Ártemis (Diana cazadora) se utilizaba indistintamente para las dos. Como se ha mencionado, la diosa se representa normalmente como una mujer joven y hermosa, con su *chyton* ceñido hasta la rodilla, normalmente armada con un arco y un carcaj y acompañada regularmente por un venado u otras bestias, aunque también aparece con largas vestiduras. En tanto que se la identificó con la luna, su cabeza podía estar coronada por un cuarto creciente. Sus emblemas, además de las bestias que la asisten y las armas, incluyen la antorcha, atributo común de las diosas de la fertilidad puesto que la luz está normalmente muy asociada con la vida y el nacimiento. En este punto se asemeja a la diosa Hécate, que también ayudaba a las mujeres en el nacimiento de los hijos y llevaba normalmente antorchas como atributo.

Hécate como gran diosa y reina de los fantasmas

Hécate es prima de Ártemis en la genealogía estándar de Hesíodo, puesto que era hija de Asteria, hermana de Leto.[253] Las dos diosas, aunque sin duda de origen diverso, fueron identificadas frecuentemente, probablemente desde el período clásico o incluso antes. Sin embargo, tal como era representada desde la época clásica, Hécate difería de Ártemis en muchos aspectos, como diosa sombría y extraña, reina de los fantasmas y por tanto de toda la magia; por encima de todo, de la magia negra.

A juzgar por la extensión de topónimos y otras evidencias, Hécate se originó en Caria, en el borde suroeste de Asia Menor, donde habría sido venerada como diosa principal. Sin embargo se introdujo en Grecia bastante pronto: en el siglo VII a.C. ya aparece en el culto privado. Aunque Homero no la menciona (como es comprensible a la vista de la naturaleza privada de su culto), Hesíodo la alaba con evidente entusiasmo personal como diosa universal. Afirma que otorga todo tipo de dones a los acólitos que gozan de su favor tales como riqueza, éxito en el juego, habilidad en la equitación, victoria en la guerra y buen consejo; y afirma que Zeus le concedió esos privilegios excepcionales, a pesar de su nacimiento como titán, tanto en la tierra como en el cielo y en el mar. El único territorio que estaría fuera de su dominio serían los Infiernos, el reino más estrechamente asociado con ella en la tradición posterior. Precisamente porque el poeta la convierte en el centro de su ardor religioso, su *Himno a Hécate*, como se ha denominado, arroja poca luz sobre el carácter individual de la diosa.[254] Aunque no tenemos evidencias definitivas sobre el tema, posiblemente fue adorada en su patria originaria como una gran diosa que no estaba fundamentalmente involucrada con lo extraño y lo mágico. Si no tiene nada que ver con esos temas, es difícil, sin embargo, entender cómo pudo haber evolucionado hasta convertirse en la diosa que hemos conocido en los relatos griegos a partir de la época clásica. El *Himno homérico a Deméter* (probablemente del siglo VII a.C.) la vincula con Perséfone de un modo que sugiere que, en el tiempo de su composición, ella mantenía contactos con los Infiernos, ya que el poema relata que había oído a Perséfone gritar mientras Hades la raptaba y se lo contó a Deméter. Cuando después de un tiempo Perséfone volvió a visitar a su madre, Hécate la abrazó y se convirtió en su asistente y acompañante desde ese momento.[255] Por las referencias en la tragedia, queda claro que en el período clásico Hécate estaba asociada a los espectros y los caminos nocturnos.[256]

En su encarnación como reina de los fantasmas, Hécate también era la diosa de los caminos (*Enodios*) y de los cruces (he ahí su título de *Trioditios*, «la de los tres caminos»), ya que los cruces eran considerados, al igual que en el folclore moderno, grandes centros de actividad espectral y mágica. Parece que es esa razón por la que las estatuas de Hécate la representan a menudo en una forma triple, de modo que puede mirar simultáneamente todas las rutas que se encuentran en el punto en el que se erigen. Por la noche enviaba espectros al mundo o aparecía ella misma, especialmente en cruces de caminos bajo la pálida luz de la luna, y vagaba por los caminos a la cabeza de una legión de espíritus. Su séquito, la corte de Hécate, estaba formado por sombras de los muertos inquietos que

encontraron la muerte de manera prematura o violenta, o que no habían sido enterrados adecuadamente. Puesto que también estaba acompañada por perros demoníacos que emitían un ensordecedor ladrido, su paso presenta similitudes con los «Cazadores salvajes» del folclore del occidente europeo. La diosa y sus acompañantes nocturnos podían infligir locura o epilepsia en mortales que encontraban a su paso, y eran sin duda fuente de terrores nocturnos y pesadillas. Para obtener el favor de Hécate y su hueste, y así mantenerlos a distancia, los griegos les dejaban ofrendas en los cruces de caminos al comienzo de cada mes. Conocidos como «la comida de Hécate» (*deipna Hekates* o simplemente *Hekateia*), consistían en pasteles, huevos y quesos entre otras cosas.[257] También se sacrificaban perros a Hécate, y los restos de sacrificios purificatorios se ofrecían a la diosa y a su séquito con cierta aversión. Por el contrario, magos y brujos convocaban su ayuda para sus propósitos malignos, o incluso la convocaban a ella en persona. La bruja Medea la invoca como su señora y ayudante en la *Medea* de Eurípides y en el *Idilio* II de Teócrito, se muestra a una joven pidiendo ayuda para un embrujo amoroso: «Brilla en tu esplendor para mí, luna, porque a ti levanto mi canto, diosa silenciosa, y a Hécate infernal, que hace que los mismos perros tiemblen ante ella cuando pasa junto a las tumbas de los muertos y la oscura sangre. Te saludo, terrible Hécate, y acompáñame hasta el final, para que estas drogas que he elaborado no sean inferiores ni a las de Circe, ni Medea, ni a las de Perímede, la de cabellos rubios».[258] Igualmente en las tablillas de maldición (*tabellae defixionis*) el redactor invoca a menudo a Hécate para que haga efectiva la maldición.

Afrodita

La diosa del amor

La única gran diosa que queda por abordar es Afrodita, que preside la atracción sexual y los placeres del amor (*ta Aphrodisia*) así como todo lo que está asociado con ellos. En la versión estándar de su nacimiento, tal como la relata Hesíodo, surgió de la espuma (*aphros*) que se formó alrededor de los genitales cortados de Urano (Cielo) después de que fueran arrojados al mar por su hijo Crono (cf. p. 110). Esto significa que nació en un estadio anterior a cualquier otro dios olímpico. Sin embargo, Homero ofrece una versión diferente que bien podría ser de origen anterior, que la describe como la hija de Zeus y Dione

(cf. p. 126), y así como diosa olímpica de la segunda generación igual que Apolo y Ártemis.[259] En cuanto a su origen histórico, puede afirmarse sin ningún género de dudas que debe gran parte, si no su totalidad, a influencias orientales. A partir de la *Ilíada*, a menudo se la llama *Kypris*, «Señora de Chipre», donde su culto era sin duda muy antiguo y de origen no griego.[260] También mantiene una antigua asociación con Citera, más allá del borde suroriental del Peloponeso, tal como reconoce Hesíodo, cuando afirma que, tras su nacimiento, pasó por la isla, de ahí su título de Citerea, anterior a llegada a la costa de Chipre, lugar destinado a ser su principal hogar. Su santuario en Citera, que contenía un ídolo armado de la diosa en madera, se consideraba el más antiguo de Grecia y Heródoto lo cita como fundación fenicia.[261] De hecho, es más que probable que fuera una diosa de origen semítico, adaptación de la gran diosa del amor semita conocida por los fenicios como Astarté e Ishtar por los babilonios. El título de Urania, «la Celestial», propio de Afrodita corresponde al de Astarté como «Reina del cielo». Varios aspectos de su culto, tales como el uso de altares de incienso y sacrificio de palomas, así como la práctica ocasional de prostitución en el templo como en el caso del de Corinto puede relacionarse con prácticas del culto asociadas con Astarté/Ishtar.

Afrodita era la diosa del amor, la belleza y la fertilidad, también en cierto sentido del amor conyugal, aunque Hera solía dominar en esa área. Tenía asociaciones marinas como diosa que estaba conectada naturalmente con el agua y la humedad, y se decía que había surgido del agua en el conocido mito de su nacimiento (de ahí su título de *Anadyomene*, «la que surge del mar»). A menudo se la representa con una concha como atributo, o con un delfín; ha sido ampliamente venerada como protectora de marineros al llevar calma a la mar o conducir a la victoria en las batallas navales. Ostentaba varios títulos en relación a esto, como *Pontia*, *Thalassia* y *Einalia* (todos con el significado «del mar») o *Euploia* (como diosa que puede asegurar «un buen viaje»). Su aspecto marcial, que puede parecer más sorprendente, puede explicarse por una cuestión similar en su equivalente semita: era venerada como una diosa armada de la guerra, especialmente en Citera y Esparta, y como *Nikephoros*, la portadora de victoria, en Argos. No hay duda de que ésta es la razón real por la que estaba normalmente unida a Ares, su compañero de culto en todos los lugares, y su amante o marido en la mitología (cf. pp. 270-271). Dada su evidente conexión con la fertilidad se la asocia a menudo en el culto con Hermes. Aunque los griegos siguieron a Hesíodo al vincular su nombre a *aphros*, espuma marina, de donde supuestamente había surgido, su origen real y significado son totalmente

inciertos. No ha sido propuesta ninguna etimología indoeuropea absolutamente convincente.

Platón y Jenofonte trazan una tajante distinción entre Afrodita *Ourania* por un lado, como la diosa «celestial» que preside la más alta forma del amor que se dirige en primer término hacia el alma del amado, y Afrodita *Pandemos* (de todas las personas) por otro, como la diosa que se ocupa del amor vulgar o mercenario, puramente carnal en su naturaleza.[262] Se trata de un concepto de carácter moralista que reinterpreta deliberadamente el significado de estos títulos de culto. Afrodita no era menos diosa del deseo sexual bajo su título de *Ourania*, que se derivaba, como hemos visto, de su contrapartida semítica, la cual no se destacaba por su elevada disposición; y lejos de asumir connotaciones inmorales, el título de *Pandemos* en Afrodita la representa como una diosa cívica cuyo culto une a todo el pueblo. En Atenas, Afrodita *Pandemos* era una tranquila y formal diosa del matrimonio, en cuyo culto parece que sólo lo propicio tenía lugar. Según una leyenda local, Teseo fundó el culto después de haber unido a la población de Ática en un único estado.[263] La reinterpretación de Platón de esos títulos (si de hecho fue suya), dejó no obstante su marca en la tradición posterior. Teócrito, por ejemplo, opone Afrodita *Ourania* a Afrodita *Pandemos* en uno de sus epigramas; y Pausanias hace mención de una tradición tebana que afirmaba que Harmonía (la esposa divina del primer rey de la ciudad cf. p. 391), había dado a Afrodita su título de *Ourania* en conexión con el amor que estaba libre de concupiscencia, y el de *Pandemos* en relación al amor carnal.[264] Con la excepción de algunos exotismos locales, tales como las prostitutas del templo en Corinto, el culto público de Afrodita en Grecia era en su mayor parte eminentemente respetable.

En 464 a.C. un atleta corintio llamado Jenofonte, juró dedicar cien prostitutas al servicio de Afrodita en su ciudad natal si obtenía una victoria olímpica. Cuando el juramento tuvo que ser cumplido una vez conseguida una doble victoria en la carrera a pie y en el pancracio (lucha cuerpo a cuerpo), se encargó a Píndaro la escritura de una oda para ser cantada en el templo de Afrodita y respondió con su acostumbrado estilo escribiendo un poema que comenzaba: «Muchachas amantes de los invitados, sirvientas de Persuasión [Peito, cf. *infra*] en la rica Corinto, que quemáis las lágrimas doradas de fresco incienso, que a menudo hacéis volar vuestro juicio hacia Afrodita, celestial madre de amores, que sin reproche os permite recoger, muchachas, sobre amables lechos un fruto de suave sazón...».[265]

Eros y otros colaboradores de Afrodita

Como diosa del amor, Afrodita normalmente es asistida por Eros, la personificación del deseo amoroso, que cumple sus propósitos al inspirar amor tanto en dioses como en mortales. Después de presentarlo como un poder primordial cosmogónico (cf. p. 54), la *Teogonía* cuenta más tarde que asistió a Afrodita desde el momento de su nacimiento y que la acompañó al Olimpo, donde ascendió para unirse con los otros dioses.[266] En la literatura posterior, a menudo se le vincula de manera más estrecha al convertirlo no sólo en su asistente sino en su hijo. La idea aparece por primera vez en un fragmento de Simónides, que lo describe como el niño implacable que ella tuvo con Ares.[267] Sin embargo, en el tema de su nacimiento los poetas e inventores de cosmogonías ofrecieron todo tipo de sugerencias contradictorias. Los primeros poetas líricos tienen mucho que decir sobre Eros y el poder irresistible que ejerce sobre sus víctimas. Agridulce, desentumecedor de miembros, agita el corazón del poeta como un viento que desciende por los robledales de la montaña. Es también un tejedor de historias, un encantador que utiliza las artes mágicas para arrojar a su víctima en las redes de Afrodita.[268] Eurípides es el primer autor que sugiere que inocula esta obsesión compulsiva con sus flechas.[269] Además de ser un dios de poetas y autores de cosmogonías, se le rindió culto de forma bastante extensa. Algunos de sus cultos eran sin duda muy antiguos, especialmente el de Tespis, donde es representado en una estela en piedra sin figura humana, sin duda de una antigüedad venerable.[270] Su culto e imágenes en los gimnasios reflejan su relación con el amor homosexual, como el que se despierta con los atractivos físicos de hombres jóvenes y muchachos. En el período helenístico, cuando la idea de amor romántico llegó progresivamente a un primer plano en la literatura, Eros llegó a concebirse principalmente como un dios niño caprichoso y juguetón. En vez de mostrarse como un hermoso joven atleta o como un muchacho, tal como era en la Antigüedad, ahora se presenta como un niño guapo, un pequeño arquero alado siempre listo para jugar una mala pasada a dioses o mortales con sus flechas. Ésta es la forma en la que normalmente se le imagina desde el Renacimiento, como un inocuo Cupido, en vez del antiguo Eros griego.

Aunque se puede ver a Eros bastante a menudo dando vueltas alrededor de escenas de seducción o de rapto en piezas de cerámica ática, apenas se introduce en la narrativa mítica y aparece en gran medida en escritos tardíos en los que desempeña un papel subordinado, como parte de la maquinaria divina para hacer que una persona se enamore de otra. En la épica helenística de Apo-

lonio de Rodas, por ejemplo, Afrodita se acerca a su travieso y desobediente hijo para hacer que Medea se enamore de Jasón. Consigue su conformidad al prometerle una bonita pelota, toda dorada excepto la parte que cubría una espiral azul oscuro, una maravilla fabricada para Zeus niño por su aya Adrastea.[271] En las *Metamorfosis* de Ovidio, Apolo regaña al dios niño por atreverse a utilizar su arma favorita, el arco, y el pequeño se enfada hasta el punto de disparar a Apolo una afilada flecha de oro que le hace enamorarse de la ninfa Dafne (cf. pp. 216-217) y a ella una flecha roma de plomo que le genera rechazo por su admirador.[272]

Como cuento fantástico con un considerable contenido alegórico, la historia de Cupido (o sea, Eros), y Psique (el alma personificada) en el *Asno de oro* de Apuleyo, se aparta de la mitología ordinaria de Eros. Está basado probablemente en un original helenístico. Según este relato, Psique es una joven princesa que llega a ser tan considerada por su belleza que Afrodita se pone celosa y envía a Cupido a vengarse, diciéndole que la haga enamorarse de algún hombre sin valía; pero el plan no sale bien porque el mismo Cupido se enamora de la joven. En ese momento Psique es hermosa hasta tal punto que nadie se atreve a cortejarla, y cuando sus padres consultan un oráculo de Apolo sobre este asunto, se les indica que la abandonen vestida de novia en una montaña, donde un novio aparentemente terrible llegará a pedir su mano. Cuando la exponen, un viento la lleva a un profundo valle. Comienza a caminar hasta que encuentra un palacio increíblemente hermoso que estaba cerca. Resulta ser un palacio mágico donde la atienden sirvientes invisibles. Cupido la visita allí en su habitación cada noche y hace el amor con ella en la oscuridad sin revelarle su identidad. Mientras tanto, sus dos hermanas mayores salen en su busca, y Cupido les permite verla aunque, sabiendo lo que podía pasar, le advierte que las ignore si intentan convencerla para que él revele su apariencia. Es tal la envidia de su buena fortuna que le hacen sentir pánico al sugerirle que su misterioso marido es una enorme serpiente que terminará comiéndola viva. Tanto insisten que ella esconde un cuchillo y una lámpara en su habitación para matarlo mientras duerma; pero cuando Psique enciende la lámpara para verlo, se encuentra a un joven alado de extrema belleza y se enamora aún más de él de lo que ya estaba. Todo debería haber seguido bien, mas cae sobre el hombro del joven un poco de aceite hirviendo de la lámpara. Éste se despierta y, furibundo por su desobediencia, la abandona. Sobrepasada por su arrepentimiento y el anhelo, la desafortunada Psique, que en ese momento estaba embarazada, vaga por el mundo buscándolo hasta que finalmente cae en las redes de Afrodita, que la obliga a llevar a cabo cuatro

tareas aparentemente imposibles. En primer lugar, tiene que separar un gran montón de semillas y cereales en sus diferentes componentes en un solo día. Las hormigas del lugar se apiadan de ella y finaliza la tarea con su ayuda. En segundo lugar, conseguir la lana de un rebaño de ovejas asesinas, mas un viento divino mueve una caña para avisarla que espere hasta que estén dormidas, para recoger la lana que había quedado enganchada en las espinas de las plantas de los alrededores. Tercero, la envía a coger un cántaro de agua de los manantiales sagrados de Estigia, pero el águila de Zeus recuerda una deuda que tenía con Cupido (que lo había ayudado a llevar lejos a Ganímedes) y recoge el agua por ella. Finalmente, ir por el cofre de belleza de Perséfone hasta los Infiernos. De nuevo lo consiguió con ayuda sobrenatural, pero la desgracia cae sobre ella cuando deja que su curiosidad haga de las suyas y abre el cofre e inmediatamente la posee un sueño semejante a la muerte. Mientras tanto, Cupido, recuperado de su herida, extraña tanto a Psique que acude volando a su encuentro. Al llegar vuelve a guardar la nube de sueño en su cofre y despierta a Psique al pellizcarla con una de sus flechas. Entonces pide autorización a Zeus para llevarla al cielo, donde vive con él como su esposa inmortal, y da a luz a un niño llamado Placer (*Voluptas*).[273]

Dos figuras menores que se mencionan como acompañantes de Afrodita (y en algunos casos de otras agradables divinidades femeninas como las Cárites y las Horas) son Hímero y Poto, dos personificaciones del anhelo amoroso. Hesíodo afirma que Hímero, cuyo nombre significa más o menos lo mismo que Eros, asistía a Afrodita desde su nacimiento junto con Eros y su casa estaba en el Olimpo, cerca de la de las Musas y las Cárites.[274] Poto (Deseo, Anhelo) aparece en la literatura algo más tarde, pero con mucha frecuencia. Esquilo es el primer autor que se refiere a él inequívocamente como un ser personificado, y hace mención de él junto con Peito (la personificación de la persuasión amatoria), como niño y asistente de Afrodita.[275] Como ser puramente decorativo y alegórico, no tiene ningún mito.

Eros tiene una contrapartida o doble en Antero (Amor contrario, Amor recíproco). El altar de Antero, cerca de la Acrópolis en Atenas tenía el siguiente relato vinculado con él. Un joven ateniense llamado Meles despreció el amor de un meteco (residente extranjero) llamado Timágoras y le dijo que se tirara de la Acrópolis si realmente quería demostrarle su amor, pero cuando el desesperado Timágoras le tomó la palabra y se despeñó, Meles sintió tal remordimiento que se tiró desde el mismo lugar. En conmemoración, los metecos erigieron el altar de Antero.[276] Pausanias menciona que había un relieve en un campo de ejercicios gimnásticos de jóvenes en la Élide que mostraba a Antero tratando de arrebatar una rama de palmera a Eros.[277]

Afrodita y Adonis

Al considerar los mitos de Afrodita, haremos bien empezando por las historias más orientales, de las cuales la más conocida es la de su amor por Adonis, puesto que aquí se presenta sin lugar a dudas la conocida historia oriental de la Gran Madre y su amante divino. El nombre de Adonis se deriva probablemente del semita *h'adon*, señor, y se identifica bastante a menudo con Tammuz, como por ejemplo en la *vulgata* de Ezequiel.[278] Para comenzar con la historia de su nacimiento, Mirra (o Esmirna), hija de Tías, rey de Asiria (o de Cíniras, cf. *infra*), rechazó venerar a Afrodita, lo que provocó que la diosa le inspirara una pasión incestuosa por su propio padre. Con la connivencia de su nodriza, se desliza en su cama, oculta por la oscuridad y duermen juntos durante doce noches sin que él se dé cuenta de quién es ella. Cuando finalmente la descubre, aterrorizado, empieza a perseguirla espada en mano. Cuando está a punto de alcanzarla, ella pide a los dioses que la aparten de la vista de los humanos y ellos responden convirtiéndola en el árbol que lleva su nombre, el árbol de la mirra (*myrrha* o *smyrna* en griego). Pasado el tiempo normal de gestación para un humano, la corteza del árbol se abre y nace Adonis.[279]

En la versión de Antonino Liberal, que pudo derivarse de Nicandro, Tías tenía curiosidad por saber la identidad de su amante después de que ella se hubiera quedado embarazada, y una noche encendió una luz sobre ella. En la angustia del momento, ella dio a luz a su hijo de forma prematura y pidió ser apartada de la compañía tanto de los vivos como de los muertos. Zeus respondió convirtiéndola en un árbol de mirra que derrama lágrimas resinosas cada año. Su padre, por su parte, se suicidó.[280] Normalmente se decía que Adonis había nacido de un árbol, como en la versión anterior. Su madre a menudo es mencionada como hija de Cíniras (en concreto un rey de Chipre, cf. p. 735, aunque Higino se refiere a él como rey de Asiria al confundirlo con Tías)[281] y a menudo se afirma que fue Afrodita la que llevó a cabo la transformación.[282] En la versión de Ovidio, Mirra emprende la huida una vez que su padre Cíniras descubre su identidad al encender una lámpara sobre ella. Vaga sin rumbo durante nueve meses hasta que llega a la tierra de los sabeanos, en el suroeste de Arabia (principal fuente de mirra e incienso en tiempos antiguos, y por tanto lugar adecuado para su transformación). Se convierte en un árbol cuando pide que la alejen de vivos y muertos, y da a luz a su hijo bajo esa forma.[283]

La primera evidencia de Adonis aparece en alusiones sobre el *corpus* de Hesíodo (en este caso probablemente el *Catálogo*). En principio se le describió ahí como

hijo de Fénix, hijo a su vez de Agénor, y posiblemente no había una historia excepcional asociada a su nacimiento.[284]

Cuando Afrodita ve al niño Adonis, fascinada con su belleza, lo encierra en una caja para ocultarlo de la vista de los otros dioses, y lo confía a Perséfone, pero ésta, igualmente impresionada por su belleza, decide mantenerlo con ella. La disputa llega hasta Zeus, que decreta que Adonis pase un tercio del año con cada diosa y el resto del año él solo. Puesto que Adonis prefiere pasar su tiempo con Afrodita, está la mayor parte de su tiempo con ella hasta que él es arrebatado de su compañía debido a una muerte prematura. Tan pronto como puede, empieza a salir a cazar y un jabalí lo mata.[285] Se considera su muerte en algunos casos algo más que un accidente, puesto que algunas versiones afirman que Ares, el dios de la guerra y amante o esposo de Afrodita, cegado por los celos, envía el jabalí contra Adonis, o él mismo se transforma en el jabalí para atacarlo.[286] También puede ser Ártemis la que envía el jabalí contra él[287] (posiblemente para vengarse de Afrodita por haber provocado la muerte de su propio favorito, Hipólito, cf. p. 468).

En una versión menos ortodoxa sobre el arbitraje entre Afrodita y Perséfone, Zeus delega la decisión en la musa Calíope, que ordena que Adonis pase la mitad del año con cada diosa. Afrodita, enfurecida con su sentencia, incita a las mujeres de Tracia a desmembrar a Orfeo (aquí descrito como hijo de Calíope).[288]

Ovidio ofrece una versión divergente de la historia de Adonis, que cuenta que las ninfas locales lo crían tras nacer del árbol de la mirra en Arabia, y atrae la atención y el amor de Afrodita cuando al crecer se convierte en un hombre excepcionalmente hermoso. Puesto que la caza es su principal diversión, ella abandona sus hábitos y lugares habituales para seguirlo por las selvas en sus expediciones y se ajusta sus ropas hasta las rodillas como si fuera Ártemis. Sin embargo se mantiene bien alejada de las bestias más feroces, tales como leones, lobos y jabalíes e insta a su joven favorito a hacer lo mismo; le advierte que su belleza juvenil no es una defensa contra sus dientes y garras. Sus más terribles temores se hacen realidad cuando, llevado por su exceso de entusiasmo, un día intenta matar un jabalí que lo embiste y lo hiere mortalmente en la ingle.[289]

Según Ovidio, Afrodita, abrumada por el dolor, rocía la sangre de Adonis con néctar haciendo surgir una flor frágil de color rojo sangre, la anémona.[290] En otra versión, la primera rosa sale de la sangre de Adonis, mientras que la anémona surge de las lágrimas de Afrodita. En otro caso la anémona, que previamente había sido blanca, se mancha de rojo por la sangre de Adonis, y la rosa se vuelve roja del

mismo modo cuando Afrodita se pincha con una espina mientras, desesperada, vaga descalza por los alrededores. En otro relato, Adonis se transforma en la rosa.[291]

Tras la belleza de esta leyenda, podemos ver los rasgos principales de un mito oriental de la Gran Madre y de su amante que muere igual que la vegetación, pero que siempre vuelve a la vida. Esto es más evidente en la historia en la que se cuenta que pasa parte del año (evidentemente la estación improductiva) con Perséfone, reina de los Infiernos, pero vuelve después a los brazos de Afrodita. Se trata sencillamente de una repetición, obviamente en un contexto bastante diferente, del mito en el que la misma Perséfone pasa parte del año bajo tierra con Hades y parte en la superficie con su madre, la diosa del cereal Deméter (cf. pp. 183-184). La muerte del joven favorito en el momento del declive de la naturaleza también se representa a través de la historia de su muerte prematura en el campo de caza. Su culto como dios que muere ya queda en evidencia en la poesía de Safo (finales del siglo VII a.C.) y era popular en Grecia desde el siglo V. De Safo tenemos los siguientes versos: «Ha muerto, Citerea, el tierno Adonis. ¿Qué haremos? / —Golpeaos el pecho, muchachas, y rasgad vuestras túnicas». En la poesía bucólica del período helenístico se conserva un lamento por Adonis más completo, aunque más artificioso.[292] Además de los cantos y los lamentos ceremoniales fúnebres, que en algunos casos se dirigían a una efigie del muchacho muerto, el culto de Adonis, en su mayor parte un culto de mujeres, incluía la preparación de los «jardines de Adonis» en los que las plantas germinaban en maceteros bajo una capa muy fina de tierra, de modo que crecían tan rápido como se marchitaban.[293]

Afrodita concibe a Eneas con Anquises. Afrodita, Ares y Hefesto

La historia de Afrodita y Anquises sigue un esquema similar en tanto que la diosa, que aquí asume las formas de la Gran Madre de Ida, se involucra en una relación con un joven en uno de los países que se asocian con la diosa madre asiática. Sin embargo, en su establecimiento dentro del mito griego, el relato se entremezcla con la mitología heroica para dar cuenta del origen de un héroe destacado. En la *Ilíada* y en la tradición posterior Anquises es nieto de Tros, epónimo de la tierra de Troya, y es un miembro del linaje más joven de la familia real que vivía fuera de la ciudad, en el monte Ida (cf. p. 673).[294] Ya fuera por las maquinaciones de Zeus, que quería vengarse de Afrodita por los problemas que le había causado a él y a otros dioses al inspirarles amor por los mortales,[295] o por un deseo

desenfrenado, ella sucumbe a la pasión por Anquises, un joven hermoso, y lo visita un día mientras él cuida su ganado en el monte Ida. Tal como se cuenta en el *Himno homérico a Afrodita*, antes de nada ella fue a su reducto en Pafos, población de Chipre, a darse un baño y a que las Cárites la engalanen. Luego aparece ante Anquises vestida de princesa frigia. Ella le dice que Hermes la ha llevado hasta el monte Ida para convertirse en su esposa y le propone consumar su unión sin demora. Bajo la influencia del deseo que ha inspirado en él, la toma de la mano y la lleva a su cama, cubierta de suaves pieles de osos y leones que había matado en las altas montañas. Después de hacer el amor, lo duerme y finalmente, cuando despierta, ella le revela su auténtica identidad.[296] Él se alarma mucho, aterrado ante la idea de convertirse en un «manso» (impotente) tras haber dormido con la diosa, pero ella le asegura que no será así y que tendrá un hijo con él, Eneas, que será criado por las ninfas de la montaña hasta que cumpla cinco años, momento en el que se lo entregará a él. Antes de irse, le ordena que no diga nada de su encuentro y que haga pasar a Eneas como hijo suyo con una ninfa local, advirtiéndole que Zeus lo matará con un rayo si es tan estúpido como para jactarse de haber dormido con ella.[297] Según algunas fuentes posteriores, de hecho fue alcanzado por un rayo tras revelar el secreto (según una versión, estando borracho), y como consecuencia de ello queda ciego o tullido. En el período clásico probablemente se conocía este elemento de la historia puesto que un fragmento de *Laooconte* de Sófocles se refiere a «la espalda alcanzada por el rayo» de Anquises.[298]

Hasta aquí, hemos abordado leyendas que representan a la diosa, no como esposa, sino formando uniones más o menos temporales con alguien muy inferior a ella, procedimiento bastante característico de las diosas orientales, que son esencialmente madres, no esposas, mas, al compararlas con sus amantes o maridos, éstos resultan insignificantes, aunque algunos de ellos sean dioses de cierta relevancia. Dentro del entorno olímpico, se vincula con dos dioses, el dios del fuego Hefesto, de origen oriental, y el dios de la guerra Ares. En un famoso relato de la *Odisea*, Hefesto se presenta como su esposo, y la sorprende mientras ella mantiene una relación adúltera secreta con Ares. Se entera por el dios sol Helios, que puede ver todo en su viaje por el cielo y le confirma que Ares ha estado durmiendo con su esposa en su propia casa. Sin atreverse a confrontarse a Ares en términos de igualdad, fabrica una sutil red, inmensamente fuerte pero tan finamente hilada que se hace invisible; la extiende alrededor de su cama y captura a la pareja culpable cuando se tumban para hacer el amor. Luego reúne a todos los dioses para que sean testigos de lo ocurrido. Las diosas permanecen en

sus casas avergonzadas, pero todos los dioses se apresuran al lugar del hecho y una risa incontenible surge entre ellos cuando ven los efectos de la ingenuidad de Hefesto. Hefesto, muy enfadado al principio, habla de divorcio, amenazando con reclamar el precio de la dote que había tenido que pagar a Zeus por su hija desleal; pero Poseidón lo calma al prometerle ser garante de la compensación que se debe al marido agraviado. Y así libera a los cautivos de la red, dejando que Ares se vaya a su casa en Tracia y Afrodita a su templo de Pafos en Chipre, donde las Cárites la bañan y acicalan.[299] Obviamente, este relato no debe tomarse muy en serio, de hecho y como ya hemos visto, en la mitología Hefesto no representa una figura muy seria.

Aunque de acuerdo con esta historia se afirma a menudo que Afrodita es la esposa de Hefesto, y a pesar de que sea la tradición más común en la Antigüedad, este pasaje homérico es, de hecho, bastante excepcional. Hefesto tiene otra esposa en la *Teogonía* así como en la *Ilíada* (cf. p. 229), y queda claro en representaciones visuales a partir del período arcaico (así como en referencias literarias a partir del período clásico) que, por lo general, se consideraba a Ares el esposo de Afrodita, o por lo menos su amante oficial. Por ejemplo, en el vaso François del siglo VI a.C., ella aparece llegando a la boda de Peleo en el mismo carro que Ares (del mismo modo que Zeus va con Hera y Poseidón con Anfítrite), mientras que Píndaro y Esquilo se refieren directamente a él como su marido.[300] En relación con los hijos atribuidos a la pareja en la *Teogonía* y en otros lugares cf. p. 231. Las dos deidades estaban asociadas en cierto modo en el culto y compartían un templo en el camino que iba de Argos a Mantinea.[301] Afrodita pudo ser en algún momento una diosa marcial, como en el culto espartano de Afrodita *Areia,*[302] pero es difícil afirmar si tiene algo que ver con su unión mítica con Ares. En cualquier caso, su vínculo podría considerarse una provocativa unión de opuestos, que resultó lo más apropiada con el nacimiento de una hija llamada Harmonía.[303]

Aunque en algún momento se atribuyeron a Afrodita otros hijos, incluido Hermafrodito (cf. p. 225), Príapo (cf. p. 296) y Érix (cf. p. 515), no se recogen otras historias de amor aparte de las ya mencionadas. En sus mitos, la diosa del amor no es en ningún caso promiscua. En ciertas ocasiones intervenía para ayudar a amantes mortales, entre los que destaca Paris cuando la juzga más hermosa que Hera y Atenea (cf. p. 573), y el pretendiente de Atalanta (cf. p. 703). Por el contrario, en algún momento actúa contra mortales que rechazan venerarla o se burlan del don del amor, como ya hemos visto con Esmirna, o en la historia de Hipólito (cf. p. 468).

En dos sorprendentes relatos de las islas, Afrodita dio vida a una estatua de una hermosa mujer para Pigmalión, rey de Chipre (cf. p. 737) y rejuveneció a Faón, un virtuoso barquero de Mitilene en Lesbos. Cuando se apareció a Faón disfrazada de anciana, él la trató con enorme consideración y la condujo en su barca hasta el continente sin pedir nada a cambio. Como recompensa por ello, ella le dio un tarro de alabastro que contenía un maravilloso ungüento que lo haría joven y hermoso cuando se lo aplicara en la piel. A partir de entonces, las mujeres de Mitilene se sintieron atraídas hacia él, y en último caso para desgracia de Faón, puesto que terminó sorprendido en adulterio y ejecutado.[304] Originariamente pudo haber sido una figura como Adonis (o posiblemente el mismo Adonis bajo otro nombre), ya que se recoge que Afrodita también se enamoró de él y lo escondió en un lecho de lechugas.[305] Una extraña historia sugería que la poeta lesbia Safo se enamoró locamente de él sin ser correspondida y se suicidó por ello tirándose desde la roca Léucade (un famoso «salto del amante» en la isla de Leucas en el mar Jonio).[306] La idea probablemente haya podido inspirarse en un pasaje de uno de sus poemas en el que aparecía Faón como figura legendaria. Safo dirige una carta ficticia a Faón en las *Heroidas* de Ovidio.[307]

Al igual que en mitología, en el arte Afrodita vacila entre diferentes tipos. Sus figuras orientales, como en los ídolos arcaicos encontrados en Chipre, la muestran desnuda, normalmente con una o las dos manos junto a sus pechos y con sus genitales abiertamente enfatizados. Sin embargo, en las estatuas griegas más antiguas, desde los períodos arcaico y clásico, aparece en su mayor parte decorosamente cubierta con largas vestiduras, y posee cierta dignidad rígida que no sería inapropiada a Afrodita *Pandemos*. Desde la mitad del siglo IV en adelante, las esculturas normalmente la retratan desnuda o semidesnuda, en imágenes que varían según la habilidad del artista desde estudios notables del cuerpo de una mujer joven y bien proporcionada a monumentos que transmiten la idea de una belleza ideal. La *Afrodita de Cnido* de Praxíteles (*circa* 350 a.C., hoy perdida pero conocida por copias), que la mostraba dejando sus ropas a un lado cuando estaba a punto de entrar en su baño, se convirtió en la imagen más famosa de la Antigüedad grecorromana. La más popular de las estatuas que han llegado a nuestros días, la Venus de Milo (la Afrodita de Melos) en el Louvre, es una obra original del siglo II a.C.

Capítulo VI

Divinidades menores y espíritus de la naturaleza

Antes de pasar de la mitología divina a la heroica nos queda hablar de algunas divinidades menores. De entre los hijos engendrados por Zeus con otras diosas que no son Hera (cf. pp. 121 y ss.), aún no hemos hablado de tres encantadores grupos de diosas hermanas: las Musas, las Cárites (Gracias) y las Horas (Estaciones). En algún punto intermedio entre estas divinidades y los mortales había un número infinito de espíritus de la naturaleza que aparecían en las aguas y en los campos. Eran muy importantes, por otro lado, en el culto y el credo cotidiano los espíritus femeninos, las Ninfas, presencias familiares que eran muy populares en el culto rural; sus equivalentes masculinos, los Sátiros y Silenos, pertenecían más al mundo del arte y la literatura, como siervos míticos de Dioniso. Estos espíritus de la naturaleza masculinos tenían rasgos animales y apetitos bastante descontrolados, como sucedía con el dios rústico Pan, al que se creía originario de Arcadia como dios de pastores y vaqueros y que aparece comúnmente en los mitos como un amante frustrado. El mito frigio de Atis y Cibeles tiene un acento más exótico en la medida en que se hace su lugar propio dentro del corpus de la mitología griega. Terminaremos por examinar a diversos dioses menores y *daimones* que no están incluidos en las genealogías que da Hesíodo, y que van desde los Curetes y los Coribantes al lujurioso Príapo y al dios de las bodas, Himeneo.

Las Musas

De acuerdo con la narración de Hesíodo, como hemos visto, las Musas (*Mousai*) eran hijas de Zeus y Mnemósine, la personificación de la Memoria,[1] sin embargo, otra genealogía, que debe haber sido originada por un poema cosmológico de Alcmán (siglo VII a.C.), afirmaba que habían nacido en el principio de los tiempos como hijas de Urano y Gea.[2] Algunos autores funden las

dos versiones sugiriendo que había dos generaciones distintas de Musas: las antiguas Musas, hijas del Cielo y la Tierra y sus compañeras posteriores que eran hijas de Zeus.[3]

Las Musas aparecen por vez primera en Homero y en Hesíodo como las diosas en las que el poeta épico confía su inspiración, su memoria y otros aspectos de su conocimiento. En la sección introductoria de la *Teogonía*, Hesíodo cuenta cómo las Musas del monte Helicón se le acercaron una vez mientras pastoreaba sus rebaños bajo la montaña y le obsequiaron con el don del canto, inspirándole una voz divina que le permitía celebrar las cosas que vendrían en el futuro y las que habían sido en tiempos pasados.[4] Los estudiosos no han sido capaces de ponerse de acuerdo en si el poeta estaba realmente describiendo una visión genuina o un sueño o si seguía un tópico o convención literaria. Hesíodo continúa diciendo que las Musas deleitaban el corazón de su padre Zeus en el Olimpo cantándole el pasado, el presente y el futuro, así como celebrando en su canto a la raza de los dioses, los mortales y los Gigantes.[5] En contraste con los poetas de épocas más recientes, que han tenido la costumbre de apelar a las Musas como una suerte de aliento poético, los antiguos ponían su énfasis en la sabiduría y en el conocimiento que éstas otorgaban, como diosas que sabían todo lo que era valioso contar y que podían otorgar al poeta la habilidad de contarlo, así como también recordárselo, un punto que era especialmente importante para los poetas orales arcaicos. Homero no sólo invoca a la Musa como una diosa sin nombre al comienzo de la *Ilíada*, sino que lleva a cabo una larga llamada a las Musas en el segundo libro del poema épico antes de emprender su largo catálogo de comandantes griegos y de los contingentes sobre los que mandaban.[6] Aunque esto pueda parecer que no es precisamente la parte más poética del poema, está lleno de detalles y de información muy precisa e irremplazable sobre el pasado heroico que necesitaba sin duda alguna de un recordatorio tal para que pudiera pasar a generaciones futuras. Su valor para el estudioso contemporáneo de mitología es aún incalculable. Homero invoca a las Musas y les dice que necesita su ayuda en este punto ya que son diosas que conocen todo, mientras que los humanos no escuchan más que rumores y no poseen conocimiento firme.[7] Con el paso del tiempo, estas diosas sabias y solícitas se convirtieron en patronas de otras formas de literatura y, por extensión natural, de otras artes y actividades intelectuales, como la filosofía y la astronomía.

De acuerdo con la tradición más común, la establecida por Hesíodo, eran nueve y sus nombres eran Clío, Euterpe, Talía, Melpómene, Terpsícore, Erato,

Polimnia, Urania y Calíope.[8] En los cultos y las tradiciones locales, sin embargo, tenían un número menor y diferentes nombres (cf. *infra*). En un pasaje de la *Odisea* se dice que son nueve, pero esa parte del poema puede ser un añadido de época posterior a Homero.[9] Sus bellos nombres parlantes, que probablemente fueran un invento del propio Hesíodo, determinan aspectos de su naturaleza común y de sus actividades compartidas; dado que, por ejemplo, les gusta bailar y cantar «deleitándose en su bella voz (*opi kalei*)»,[10] cuatro de ellas tienen por nombre Calíope (Bella voz), Polimnia (Muchas canciones), Melpómene (Cantora) y Terpsícore (la que se deleita en la danza). No fue hasta un período muy posterior que los autores intentaron asignarles funciones individuales a cada una de ellas, de acuerdo con el sentido específico de su nombre. Calíope, la de la bella voz, podía ser considerada entonces la musa específica de la poesía épica; Polimnia, como la musa de los himnos a los dioses, y después como la musa de las pantomimas; Terpsícore, como la musa de la lírica coral y de la danza; Clío resulta aún célebre en nuestros tiempos como la musa de la historia, una función que recibe de su nombre, entendido como la que celebra (*kleiei*) los hechos gloriosos (*kleia*) de los héroes y heroínas del pasado; Talía (Alegría) podía ser pertinentemente clasificada como musa de la comedia; Urania (Divina) como la musa de la astronomía; Erato (Amorosa), como la musa de la poesía lírica, que a menudo es de contenido erótico; Euterpe (Buen deleite) como la musa de la música interpretada con flauta; Melpómene, finalmente, es la que preside la tragedia. Éstos son ejemplos sencillos, dado que las Musas individualmente tienen diferentes funciones según las fuentes.[11] No hay que tomarse demasiado en serio esta división de tareas, ya que en el mejor de los casos se trata de un juego y, en el peor, de una pedantería.

A pesar de que, en apariencia, el nombre de «Musas» es de origen indoeuropeo, su etimología continúa siendo un asunto abierto a conjeturas. Los centros culturales principales en época arcaica eran las áreas que rodeaban el monte Olimpo en el noreste, incluido Pieria, y el monte Helicón en Beocia, pero tenían otros centros de culto, aunque menos importantes, a lo largo de toda Grecia. Homero se refiere a ellas como las Musas olímpicas y señala que tenían su residencia en el monte Olimpo, mientras que Hesíodo, un beocio, recibió su llamada en territorios más sureños y cuenta cómo cantaban y bailaban en el Helicón después de tomar un baño en un arroyo de ese monte.[12] Al comienzo de *Trabajos y días*, sin embargo, Hesíodo las llama «Musas de Pieria» y, en correspondencia, en la *Teogonía* dice que ése es su lugar de nacimiento.[13] En relación a la diversidad de sus lugares, podían ser llamadas Musas heliconias u olímpicas (ambas

expresiones aparecen en Hesíodo) y también pierias, expresión que encontramos documentada por vez primera en Solón y en el poema *Escudo,* atribuido a Hesíodo).[14] No obstante, el empleo de esos epítetos no implica que hubiera más grupos de Musas y desde los más antiguos testimonios aparecen como diosas del canto y la danza. Aunque a menudo se ha sugerido que en origen fueran espíritus acuáticos o ninfas de río, la idea es indemostrable y no hay ningún apoyo en la tradición que la fundamente. Los romanos las identificaron con algunas divinidades locales propias, las Camenas, que tenían una cueva sagrada y un arroyo fuera de la puerta Capena en Roma.

> El nombre y número de las Musas muestra variaciones en los cultos locales y en las diversas tradiciones. En Sición, por ejemplo, se honraba a tres Musas y hay incluso narraciones en las que eran cinco, siete y hasta ocho en número. Pausanias afirma que las Musas del Helicón eran tres, pero los nombres que les confiere, Melete, Mneme y Aoide —es decir, Estudio, Memoria y Canción— tienen una forma que hace inviable que se trate de una tradición genuinamente antigua.[15]

Al igual que otras divinidades las Musas eran bastante celosas de su honor. Los únicos mitos importantes relacionados con ellas cuentan cómo castigaron a mortales que se atrevieron a retarlas como cantantes. El bardo tracio Támiris (o Támiras), que era hijo del músico mítico Filamón (cf. p. 565), se volvió tan hábil en el canto con la lira (*kithara*) que proclamó que podía cantar mejor que las propias Musas. La historia, en la versión de Homero, cuenta que se encontraron en Dóride, un pueblo en el reino de Néstor, al oeste del Peloponeso, y se enojaron tanto con su presunción que «lo dejaron lisiado, y el canto portentoso le quitaron e hicieron que olvidase tañer la cítara».[16] Fuentes posteriores especifican que le dejaron ciego, al igual que hace realmente Homero, aunque sea más vago en el lenguaje. El siguiente relato completo lo da el mitógrafo helenístico Asclepíades, que seguramente lo tomó de la tragedia. Ahí se dice que Támiris compitió en un certamen con las musas en Tracia, su lugar de origen: el pacto era que se acostaría con todas ellas si resultaba vencedor, de acuerdo con las costumbres polígamas propias de esa tierra, por el contrario, ellas harían lo que quisieran con él si perdía la competición. Resultó derrotado, no podía ser de otro modo, y le arrancaron los ojos.[17] Apolodoro da una versión bastante parecida y dice que le quitaron los ojos y también le arrebataron su habilidad como trovador.[18] Su máscara trágica tenía el ojo derecho negro y el izquierdo blanco,[19] presumiblemente para ilustrar su estado

antes y después de su derrota. Sófocles compuso una tragedia sobre él, como quizá también hizo Esquilo.

En una historia tardía semejante a ésta, seguramente creada en época helenística, las Musas se encontraron con que las Piérides, o Emátides, las hijas de Píero, rey de Ematia o de Pela en Macedonia, las habían retado. En la versión atribuida a Nicandro, Píero, un rey nacido de la tierra en Ematia, había engendrado una familia de nueve hijas en más o menos la misma época en la que Zeus había engendrado a las Musas. Éstas, las Emátides, había formado un coro que rivalizaba con el de las Musas, y los dos grupos enfrentaron su arte en un certamen que tuvo lugar en el monte Helicón. Cuando las Emátides alzaron sus voces, la naturaleza entera se oscureció y nada en ella les prestó atención; sin embargo, cuando lo hicieron las Musas, el cielo, las estrellas, el mar y los ríos detuvieron sus cursos y el monte Helicón quedó henchido de placer, alzándose hasta el cielo hasta que Pegaso, por orden de Poseidón, lo detuvo al darle una coz en la cima. Para castigar a las Emátides por haberse atrevido a retarlas, las Musas las convirtieron en diferentes clases de pájaros.[20] Según Ovidio, el certamen tuvo como jurado a las Ninfas, que votaron unánimemente a las Musas, y cuando las Piérides reaccionaron ante su derrota insultando a las Musas, éstas las convirtieron en cotorras, pájaros de voz áspera que pueden imitar la voz humana.[21] Dado que Piérides era un epíteto que podía ser aplicado a las Musas a causa del culto que recibían en Pieria, no es difícil pensar que podría haber surgido una disputa entre ellas y las hijas del héroe epónimo de Pieria. Hay otra leyenda parecida y algo extraña que cuenta cómo Hera persuadió a las Sirenas a competir en voz con las Musas, pero estas últimas resultaron vencedoras y arrancaron las plumas de las alas de las Sirenas, que tenían cuerpo de pájaro (cf. p. 638), para hacerse coronas con ellas.[22]

Hay poco que añadir a la presencia de las Musas en la mitología. Se supone que cantarían y bailarían en las reuniones de los dioses, quizá en compañía de Apolo, el otro gran patrón de la música, como compañero y director —de donde le viene el epíteto de *Mousagetes*, conductor de las Musas—; y en ocasiones especiales, cantarían en presencia de mortales en la tierra, como cuando realizaron su intervención musical en las bodas de Cadmo y Harmonía y Peleo y Tetis (cf. pp. 95 y 391), o cuando llegaron con Tetis y las Nereidas para levantar el canto fúnebre por Aquiles muerto (cf. p. 605). Aunque cabe imaginarlas como un grupo de diosas vírgenes, se les atribuyen hijos a algunas de ellas, sobre todo porque resultaban madres perfectas para músicos míticos. Cantantes o bailarines como Orfeo, Lino, las Sirenas y los Coribantes son a menudo nombrados como hijos de una musa.[23]

De acuerdo con una curiosa narración que tan sólo da Ovidio, Pireneo, rey de Dáulide, en la Grecia central, dio una vez refugio a las Musas cuando quedaron atrapadas por una tormenta durante un viaje a su templo en el monte Parnaso. Aunque se dio cuenta de quiénes eran y asumió un tono humilde y reverente al invitarlas a su palacio, atrancó las puertas para que no se escaparan e intentó violarlas. Ellas, con toda facilidad, se marcharon volando y cuando Pireneo intentó salir en su persecución arrojándose desde las almenas de la muralla, se precipitó al suelo y murió. Este Pireneo no vuelve a aparecer en ninguna otra fuente, quizá hay que suponer que la historia sufrió alteraciones en su transmisión.[24]

Las Cárites (Gracias) y las Horas (Estaciones)

Las Cárites eran las encantadoras hijas de Zeus. Se solía pensar que eran tres y que fueron engendradas por el dios y la oceánide Eurínome (cf. p. 124).[25] El nombre de «Gracias» es la derivación castellana de la traducción latina (*Gratiae*) de la palabra griega (*Charites*). Como diosas de la gracia que encarnan todo lo que es bello y encantador y pueden conceder donaire y gracia (*charis*) a las obras de arte, de la naturaleza y de cualquier aspecto de la vida, aparecen muy a menudo en compañía de las Musas y de Afrodita. En la *Ilíada*, la diosa del amor lleva un manto eterno que ha sido tejido por las Cárites y en el poema que canta Demódoco en la *Odisea*, después de un baño, la diosa es ungida y vestida por ellas en su santuario de Chipre después de haber sido sorprendida en adulterio por Ares (cf. p. 270).[26] En el *Himno homérico a Afrodita*, son más afortunadas las circunstancias en que la bañan y la visten, justo antes de salir a seducir a Anquises.[27] Hesíodo señala que su morada en el Olimpo se encuentra debajo de la de las Musas,[28] que eran a menudo representadas cantando y bailando junto a ella. Safo las invoca en tres de los poemas que conservamos de ella, dos veces junto a las Musas; Píndaro se refiere a ellas muy frecuentemente como divinidades que derraman gracia sobre la poesía y sobre diversas situaciones de festejo de la vida.[29]

Aunque su número varía, se las representa en la mayoría de las ocasiones como un trío, de acuerdo con la autoridad de Hesíodo, que les da los nombres de Áglaya (Esplendor), Eufrósina (Alegría) y Talía (la de hermosas mejillas).[30] Como parecen sugerir estos nombres, estaban particularmente relacionadas con la gracia y el disfrute que surge de las reuniones y festividades que se celebran en sociedad. Píndaro señala que «ni siquiera los dioses pueden celebrar danzas y festejos sin la ayuda de las divinas Cárites».[31] En las manifestaciones artísticas y literarias se las suele representar como diosas que danzan en las reuniones de los

dioses.[32] Sin embargo, es casi indiscutible que en origen eran diosas de la naturaleza encargadas de que las cosechas y las plantas florecieran con encanto. Este aspecto esencial de su naturaleza se recoge en los nombres que se les asigna en el culto que se les rendía en Atenas, en el que había dos Cárites y se las conocía como Auxo (Generadora de crecimiento) y Hegemona (la que conduce, es decir, la que hace que las plantas crezcan sobre la tierra).[33] Es muy común verlas en el arte, donde su apariencia atractiva y juvenil —en un primer momento cubiertas con vestiduras drapeadas, en imágenes posteriores, desnudas— era un tema muy celebrado. La manera de representarlas desde el Renacimiento, en donde se las muestra desnudas y con los brazos entrelazados, una de espaldas y dos de frente, es una derivación de un modelo de época helenística. Se menciona a dos Cárites en las narraciones más antiguas como parejas matrimoniales; en la *Teogonía*, Hefesto está casado con Áglaya, la más joven de las hermanas, y en la *Ilíada*, Hera promete a Pasítea, «una de las más jóvenes Cárites» —por lo que parece que son más de tres— a Hipno por haberla ayudado al inducir a Zeus al sueño (cf. p. 63).[34] El lugar de culto más antiguo de las Cárites era Orcómeno, en Beocia, en donde se las adoraba bajo la forma de unas piedras de las que se decía que habían caído del cielo en la época heroica.[35]

Las Horas o Estaciones son otro encantador grupo de diosas hermanas. Tienen algún parecido con las Cárites, pero mantienen una conexión más estrecha con los frutos de la tierra. Aunque se las llame en ocasiones Horas, la palabra no tiene nada que ver con su significado en ninguna lengua moderna, sino que su sentido es «tiempo» o «estación», y representan las estaciones del año. Esto está relacionado con el hecho de que su número sea variable, ya que los antiguos reconocían desde dos estaciones (verano e invierno) hasta las cuatro que acostumbramos a identificar en las regiones templadas hoy en día. En las representaciones aparecen muy frecuentemente como tres (primavera, verano, invierno) y suelen estar relacionadas con el crecimiento y la fertilidad vinculados con el ciclo del año; asimismo se ocupan de tareas morales y sociales como diosas que protegen el orden divino, que es fundamental para el florecimiento de la agricultura y la prosperidad en términos generales. Esto queda reflejado en los nombres con los que aparecen en la *Teogonía*: Eunomía, Dike y Eirene, es decir, Buena ley, Justicia y Paz.[36] Su relación con la agricultura, sin embargo, es básica en todas sus manifestaciones culturales, como puede inferirse de las invocaciones con las que se las adoraba en Atenas, en donde se las conocía por Talo y Carpo (la que produce el brote y la que produce el fruto, respectivamente).[37] Al igual que las Gracias, no son protagonistas de narraciones, pero aparecen como acompa-

ñantes de las grandes divinidades en calidad de encantadoras diosas menores, especialmente de Afrodita, y como bailarinas en las reuniones de los dioses. En el *Himno homérico a Afrodita*, se cuenta que fueron ellas las que vistieron a la diosa recién nacida cuando emergió del mar en Chipre, y que la adornaron con oro y joyas antes de llevarla al Olimpo para reunirse con el resto de los dioses.[38] Se les encarga una tarea concreta en la *Ilíada* como las guardianas de las puertas del Olimpo, responsables de abrir y cerrar las barreras de nubes, idea que puede haber surgido por estar asociadas con el cambio del clima.[39] Hesíodo las clasifica como hijas de Zeus y Themis (cf. pp. 123-124).

Las Ninfas

Algunas de las figuras más atractivas de la mitología y el folclore antiguos son la multitud de ninfas (*Nymphai*), de las que se creía que habitaban en la naturaleza como espíritus de praderas y montes, de árboles y grutas, de arroyos, torrentes y del mar. Su nombre significa literalmente «jóvenes casaderas», o algo parecido. Algunas de ellas entraron dentro del catálogo de ninfas, aunque en realidad se trataba de diosas bastante relevantes, como sucede con algunas Oceánides y Nereidas (por ejemplo, Anfítrite o Tetis), pero, por lo común, el grueso de las ninfas eran semidiosas con un estatus comparativamente menor. Tenían cierta importancia en el culto popular, precisamente porque resultaban más accesibles que las grandes divinidades del panteón de las ciudades griegas, y porque se les suponía una vinculación mayor con los problemas cotidianos de los mortales, especialmente los de las mujeres. Aparecen muy a menudo en los mitos, aunque su papel no sea protagonista, sino de acompañamiento o incluso decorativo. Para la versión que da Hesíodo del origen de las Melias (en puridad ninfas de los fresnos, pero en general ninfas de los árboles), cf. p. 67. Homero se refiere a las Ninfas como hijas de Zeus;[40] Odiseo las invoca en dos ocasiones en las que ofrece un sacrificio y solicita su ayuda; ellas le ayudan a conseguir comida en una ocasión haciendo que unas cabras salvajes se dirijan al lugar en el que están él y sus hombres.[41] Viven en los márgenes de la sociedad divina; cuando Zeus ordena a Themis que convoque una asamblea general de dioses en la *Ilíada*, ellas están presentes, al igual que los dioses-río, «y no faltó ninguno de los ríos, excepto Océano, y ninguna de las ninfas, que moran las hermosas forestas, los manantiales de los ríos y los herbosos prados».[42] Las Ninfas ayudan a Ártemis en sus monterías (como indica Homero, cf. p. 252) y a Dioniso en sus

deleites; eran capaces de ejercer de nodrizas de dioses niños, como Zeus y Dioniso (cf. pp. 121 y 234), al igual que de mortales, como en el caso de Eneas (cf. p. 270). A menudo se las puede encontrar en las ascendencias primeras de las genealogías heroicas como las esposas de los primeros hombres nacidos de la tierra y de los primeros gobernantes. Como figuras de gran individualidad, aparecen muy a menudo en mitos de transformación, especialmente en aquellos que se desarrollaron para explicar el origen de plantas y corrientes de agua, generalmente tardíos dentro de la tradición mitológica. Todas ellas son descritas como bellas y jóvenes, con gusto por la música y el baile, y muy a menudo como personajes amorosos, dado que una y otra vez aparecen como amantes no sólo de sátiros, sino también de dioses y mortales. Tienen poderes proféticos y poseen un extraño poder mágico sobre los mortales, haciendo que se vuelvan *nympholeptai*, llenos de locura divina. Como las hadas del folclore posterior, a las que se asemejan en muchas de sus características, se vuelven terribles cuando se enfurecen, como veremos.

Las Ninfas se dividían en muchas categorías según las regiones naturales en las que habitaban. Había ninfas de las colinas, valles, praderas y montañas; ninfas de arroyos, ríos, lagos y mares; ninfas de bosques y de árboles. Aparte de las Oceánides y las Nereidas, de las que ya hemos hablado, las únicas ninfas que pueden aparecer en la literatura con nombres griegos son las Dríadas y las Hamadríadas (*Dryades*, *Hamadryades*), que eran ninfas de los árboles, y las Náyades (*Naiades*), que eran ninfas del agua, ya fuera de arroyos, ríos o lagos, y quizá también las Oréadas (*Oreiades*), que eran ninfas de las montañas.

Es interminable el número de nombres diferentes que se podrían aplicar a las Ninfas; las Náyades, por ejemplo, podían dividirse en Potamiadas (ninfas de los ríos), Creneidas (de las fuentes), Limniadas (de estanques y lagos) y más. La verdad es que no se trataba realmente de nombres, sino de adjetivos en género femenino que podían ser aplicados a la palabra *nymphe* según se quisiera. Más allá de un determinado punto, esto se reconvirtió en un ejercicio de pedantería erudita. Nunca se llevó a cabo una clasificación ortodoxa ni exhaustiva de estos seres y los autores de la Antigüedad generalmente no se preocuparon, o fueron arbitrarios, en la aplicación de estos epítetos.

El nombre de Dríadas (ninfas de los árboles) deriva de la palabra *drys*, que significa roble, pero podía referirse, en un sentido más amplio, a cualquier clase de árboles grandes. Con las Hamadríadas pasa lo mismo; aunque los mitógrafos antiguos trazan a veces distinciones entre Hamadríadas —como ninfas que viven en

árboles concretos y perecen con ellos— y Dríadas —como ninfas que viven entre árboles— no está muy claro que ésta fuera una distinción que funcionara en el común de las narraciones mitológicas.

Aunque las Ninfas eran bastante longevas, en comparación con los seres humanos, no se consideraba que fueran inmortales. En un curioso fragmento de Hesíodo, una náyade afirma que los seres de su clase tienen una vida que se corresponde con casi diez mil generaciones humanas (9.720, para ser más precisos), ya que viven diez veces más que un fénix, que vive nueve veces más que un cuervo, que ve envejecer nueve generaciones de hombres.[43] Se suponía que las ninfas de los árboles morían cuando sus árboles lo hacían o eran talados. Cabe citar un pasaje del *Himno homérico a Afrodita* que señala esto mismo acerca de las ninfas de las montañas: «Las ninfas de hermoso pecho (...) que no se encuentran entre los mortales ni entre los inmortales; viven una larga vida, seguro, alimentándose de manjares divinos y uniéndose en encantadoras danzas con los inmortales, y con ellas los Silenos y el Argifonte de astuta mirada se unen en amores en las profundidades de amables cuevas; pero en el momento de su nacimiento, pinos o robles de alta copa brotan de la tierra a la vez sobre la tierra nutricia (...) y cuando su mortal hado se les aproxima, estos bellos árboles se marchitan en la tierra, la corteza se seca y sus ramas se caen; entonces, junto con los árboles, su alma abandona la luz del sol».[44]

Como hemos visto en el caso de Erisictón (cf. p. 190) un hombre podía granjearse el odio o la gratitud de una ninfa si dañaba o salvaba un árbol. De acuerdo con una tradición, Árcade, el héroe epónimo de Arcadia (cf. p. 698), engendró a su progenie de una ninfa hamadríada cuyo árbol había salvado una vez. Un día se encontraba de cacería y se le apareció la ninfa Crisopeleya instándole a salvar su árbol, que corría el peligro de ser destruido por una torrentera de agua. Él cambió el curso del agua y dio firmeza a la tierra que cubría sus raíces. A continuación, ella se mostró encantada de unirse a él y darle herederos.[45] Otra historia semejante cuenta cómo Reco, un joven de Cnido, en la costa oeste de Asia Menor, llegó junto a un roble que estaba a punto de caer y ordenó a sus sirvientes que lo apuntalaran. La ninfa del árbol, agradecida, que había sido salvada de morir junto a éste, le ofreció concederle aquello que más deseara, a lo que él respondió que quería convertirse en su amante. Nombraron a una abeja como mensajera entre ellos y ella le aseguró que su deseo se cumpliría siempre y cuando no mantuviera relaciones con otra mujer. Sin embargo, un día la abeja fue a convocarle mientras él se encontraba en medio de una partida de damas. Bruscamente apartó a la abeja, por lo que la ninfa se encolerizó tanto con él

que le dejó ciego. Al menos ésa es la historia que nos ha llegado, aunque cabe la sospecha de que la abeja informara a la ninfa de alguna infidelidad en la versión original.[46] Finalmente, Apolonio cuenta cómo un tal Parebio, un amigo del adivino tracio Fineo, hizo que cayera sobre él y sus hijos una maldición por ignorar las lágrimas y plegarias de una ninfa hamadríada que le suplicó que no cortara su roble.[47]

Otro ejemplo de cómo se comporta una ninfa cuando se enfada con un amante lo podemos encontrar en la leyenda del pastor Dafnis, que en las versiones que le hacen hijo de Hermes era también hijo de una ninfa. Mientras cuidaba sus rebaños en Sicilia, una ninfa de la zona se enamoró de él y le tuvo por amante, diciéndole que perdería la vista si le era infiel alguna vez. Cuando la hija de un gobernante de la región se quedó prendada de él y le enredó emborrachándole para llevárselo al lecho, la encolerizada ninfa le cegó, tal y como le había dicho. Él halló consuelo para sus desventuras entonando canciones tristes, de ahí el origen de la poesía pastoril.[48] Hay muchas versiones distintas de esta historia; de acuerdo con la de Ovidio, la ninfa le convirtió en piedra; en otra fue cegado pero pidió ayuda a su padre Hermes, que se lo llevó a los cielos e hizo que un arroyo brotara en su honor en el lugar en el que había emprendido su ascensión.[49] En su *Idilio IV*, Teócrito aporta una versión completamente diferente, en la que se cuenta que Dafnis se había jactado de ser más que un rival para Eros, lo que provocó que Afrodita le castigara con una pasión abrasadora que fue aparentemente la causa de su muerte.[50] Para otras leyendas notorias en las que aparecen ninfas que se enamoran de mortales, cf. pp. 503 y 574-575.

Los Sátiros y los Silenos

Es una peculiaridad del folclore antiguo griego que los espíritus de la naturaleza femeninos, tanto de la tierra como del mar, fueran imaginados con una forma plenamente humana mientras que los espíritus de la naturaleza masculinos lo fueran con rasgos animales. Los principales espíritus de la naturaleza masculinos eran los Sátiros (*Satyroi*) y los Silenos (*Seilenoi*), lujuriosas criaturas de parajes salvajes que formaban parte del cortejo de Dioniso y se entregaban encantados al vino, a la música y la persecución de ninfas. Como espíritus de la vida agreste de los bosques y montes, y en particular de una fecundidad sin frenos y sin guía, fueron creaciones de la imaginación popular, al igual que las ninfas; pero

se especializaron en su papel de sirvientes de Dioniso y quedaron fuera de los cultos. Los Sátiros y sus compañeros, los Silenos, que, al menos en las representaciones más antiguas, no se distinguen en nada de ellos, son en la mayoría de los casos retratados como figuras medio humanas, pero más o menos grotescas tanto en su complexión como en sus rasgos fisionómicos, siempre masculinos, siempre lujuriosos, muy a menudo visiblemente excitados, y, alguna parte de su cuerpo, siempre es absolutamente animal. En las tradiciones más antiguas, como en la cerámica ática de los siglos VI y V a.C., los Sátiros a menudo aparecen con colas y orejas de caballo y con las piernas igual que las patas traseras de los caballos. Son también distintivas sus narices chatas: tradicionalmente los retratos de Sócrates le asemejaban mucho a un sátiro. A partir de la época helenística, tienen algunos rasgos de macho cabrío, con pequeños cuernos, orejas puntiagudas y a menudo patas de macho cabrío. Éste es el modelo que aparece en el célebre *Sátiro* de Praxíteles y en otras obras de arte también famosas, lo que es claramente una semejanza con la imagen del dios Pan. En este período tardío, los Silenos se distinguen de los Sátiros en que son más viejos, asimismo tienen orejas de caballo. Con frecuencia se habla de Papposilenos (es decir, padres silenos), y mientras que los Sátiros se alegran con el vino, es fácil encontrarse con los Silenos completamente borrachos; no es inusual ver en el arte un sátiro que sujeta a un sileno que ha bebido en exceso. En Italia, los Sátiros estaban identificados con unos espíritus de los bosques locales, los Faunos.

No se encuentra mención de los Sátiros ni de los Silenos en Homero ni en las obras auténticas de Hesíodo. La referencia más temprana que conservamos en la literatura restante se encuentra en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, que clasifica a «los inútiles Sátiros, buenos para nada» con las ninfas de las montañas y los Curetes como progenie de las hijas de Doro (cf. p. 292).[51] Los Silenos aparecen por primera vez en la literatura en el pasaje del *Himno homérico a Afrodita* citado antes, en calidad de amantes de las ninfas de las montañas. En la literatura posterior, así como en la iconografía artística, los Sátiros y Silenos forman una muchedumbre de mala reputación y a veces cómica, amantes del sexo, del vino, de la danza y la jarana; por lo general son cobardes a no ser que el frenesí dionisiaco les infunda coraje. En los festivales dramáticos de Atenas durante la época clásica, a cada grupo de tragedias le seguía una comedia de sátiros compuesta por el mismo autor (drama satírico). El coro estaba compuesto por un grupo de sátiros, a cuya cabeza se encontraba Sileno, y el argumento de la obra era una historia mítica en clave burlesca (que generalmente estaba relacionada con el tema central de la trilogía que la precedía). Nos podemos hacer una idea

de la naturaleza de este curioso género literario a partir de los extensos fragmentos que han llegado de los *Ichneutai* de Sófocles (*Los recogedores de redes*) y del *Cíclope* de Eurípides, que han llegado íntegro, obra en la que Sileno y los sátiros aparecen en la historia de Odiseo y Polifemo (cf. p. 635).

El único sátiro que sobresale entre ese grupo como un individuo con una historia propia es Marsias, que acabó muy mal por retar a Apolo a un certamen musical (cf. p. 218). Sileno, el arquetipo de cabecilla de los Silenos, aparece representado con una fanfarrona figura *falstaffiana* cuando representa el papel de líder del coro en los dramas satíricos, pero también adopta una presencia en los mitos como el poseedor de la sabiduría que portan los seres de su especie. En algunas ocasiones se menciona que fue el tutor del joven Dioniso e incluso toma la apariencia de un filósofo en un fragmento de Píndaro, que le muestra sermoneando al flautista mítico Olimpo (hijo de Marsias y epónimo del monte Olimpo de Misia) sobre la vanidad que se contiene en las riquezas mundanas.[52] Su historia más conocida, que seguramente se originó como un cuento, narra cómo Midas, rey de Frigia, buscó sacar provecho de su sabiduría. Aprovechándose del gusto de Sileno por el vino, Midas ordenó a sus siervos que echaran vino en su fuente favorita en Macedonia (o Frigia) y que lo capturaran y ataran cuando estuviera incapacitado por la bebida. Cuando Midas preguntó al espíritu de la naturaleza cautivo cuál de las cosas humanas era la mejor y más deseable, al comienzo se negó a responder. Cuando se le obligó a responder, reprochó a Midas su insistencia en saber aquello que era mejor que no supiera: en primer lugar que lo mejor para los mortales era no nacer y, en segundo lugar, si habían nacido, morir lo antes posible.[53] Sileno tuvo un culto menor, dado que Pausanias habla de un templo de Élide dedicado a él (y a él solo, sin Dioniso). Menos impresionante era su monumento en Atenas, una pequeña piedra en la Acrópolis, lo suficientemente grande como para que se sentara en ella un hombre pequeño, que antaño había servido de asiento a Sileno cuando visitó el Ática como miembro del cortejo de Dioniso.[54]

En otra leyenda Sileno aparece en compañía de Midas: se trata del célebre cuento de Midas en el que todo lo que toca se convierte en oro. Una vez que Sileno se encontraba en un profundo estado de embriaguez mientras viajaba a través de Frigia en el cortejo de Dioniso, unos campesinos del lugar le ataron con cadenas de flores y le llevaron en presencia del rey. Midas, que había sido iniciado en los misterios de Dioniso por Orfeo y Eumolpo, tenía cierto conocimiento del dios y reconoció al instante que este extraño cautivo se contaba entre sus acompañantes. Por ello le agasajó con largueza durante diez días y diez noches,

seguramente emborrachándole más de lo que había estado con anterioridad y después se lo devolvió a su señor. Encantado por tener a su tutor de nuevo junto a él, Dioniso recompensó a Midas concediéndole un deseo y el rey pidió que todo lo que tocara se convirtiera en oro. Aunque en un primer momento estaba encantado por su nueva fortuna, Midas se dio cuenta pronto de que sus nuevos poderes le acarreaban dificultades con las que no contaba, dado que su bebida y su comida se volvían oro antes de que pudiera ingerirlas. Cuando su sed se hizo insoportable y estaba condenado a morir de hambre, suplicó a Dioniso que le librara de los padecimientos en los que había caído por su codicia sin límite. El dios le ordenó viajar a las tierras de Lidia y bañarse en el manantial del río Pactolo. Tan pronto como lo hizo, su extraño poder pasó de su cuerpo a las aguas de río, cuyas tierras y riberas brillan con oro desde entonces.[55]

Otros espíritus masculinos de la naturaleza cuya forma era semianimal o completamente animal eran los dioses-río y los Centauros. Si los manantiales estaban presididos por ninfas, cada río tenía su dios, cuya representación generalmente era la de un toro, o un toro con cabeza humana. Los dioses-río recibían honores en el culto y los de los ríos más importantes ocupan lugares relevantes en la mitología, tanto por sus propias leyendas como por ser progenitores de héroes o heroínas; algunos de los dioses-río más notables aparecen como hijos de Océano (pp. 79-81). Aunque los Centauros, semiequinos, son seguramente en origen figuras del folclore, como los espíritus salvajes de las montañas y los bosques, aparecen como seres del pasado mítico y en conexión con la mitología heroica. Estaban asociados con dos áreas en particular: la región del monte Pelión en Tesalia, en donde se vieron envueltos en un conflicto con sus vecinos lapitas (cf. p. 713) y la Arcadia noroccidental, en donde provocaron una lucha contra Heracles (cf. p. 341). El mar, asimismo, hospedó seres semejantes de forma mixta, como los tritones con cola de pez (cf. p. 157).

Pan y sus amoríos

Muy semejante a los Sátiros en muchos aspectos era la divinidad campestre Pan, un dios de los pastores y rebaños de ovejas y cabras. Generalmente se le representaba con una parte humana y otra de cabra, con los cuernos, las orejas y las patas de cabra. Asimismo, era caprino de carácter, ya que era lascivo y juguetón, un espíritu de la naturaleza vigoroso y fértil cuyo carácter podía agriarse, especialmente si se le molestaba durante su reposo de mediodía.[56] Uno de sus

poderes más característicos, que ha dejado huella en el habla antigua y moderna, es el de infundir «pánico», un miedo salvaje, sin fundamento, que ataca a grupos de personas y les hace comportarse de modo semejante a animales aterrorizados y desbocados.[57] Como dios de las tierras salvajes, de los pastores de ovejas y cabras, le agrada sobremanera frecuentar las praderas veraniegas de las montañas. Como ellos, encuentra solaz en tocar música con su flauta de caña, que recibe de él su nombre (flauta de Pan), así como cantando y bailando con las ninfas.[58] No es, por tanto, extraño que tenga tan especial importancia en la poesía pastoril y, a pesar de que su culto se extiende allende su Arcadia natal, continuó siendo mayormente arcadio. No sabía una palabra acerca de sofisticaciones sociales o morales, dejando de lado la fantasía de algunos eruditos de que su nombre significaba «todo» (lo que significa *pan* en griego) y de que, por tanto, se le podía considerar un dios universal.[59] La propia etimología es bastante antigua, dado que Platón ya juguetea con ese significado y el *Himno homérico a Pan* explica que los dioses le dieron ese nombre porque deleitaba los corazones de «todos» ellos.[60] Una etimología más plausible sugeriría que ese nombre viene de la misma raíz que el latín *pa-sco* y que significaría «el que da alimento» (es decir, el que da de comer a los rebaños). Desde el siglo V a.C. en adelante, aunque la propia noción pueda ser más antigua, hay asimismo menciones de Panes (*Panes*, *Paniskoi*) como grupo genérico.

Aunque generalmente se consideraba a Pan hijo de Hermes, los testimonios sobre este parentesco varían mucho, como es normal en un dios de estas características que apenas tiene una relación estrecha con ninguno de los grandes dioses olímpicos. De acuerdo con el *Himno homérico a Pan*, Hermes le engendró de una hija (de nombre desconocido) de un héroe arcadio, Dríope; y cuando su madre le dio a luz, con patas de cabra, dos cuernos y con la cara cubierta de vello, su nodriza quedó tan asustada que echó a correr y lo abandonó. Hermes, en cambio, estaba encantado con su hijo y se lo llevó al Olimpo envuelto en pieles de liebres montaraces para mostrárselo a los dioses.[61] En fuentes más tardías, se dice a menudo que Hermes lo engendró de una madre muy poco probable, nada más y menos que Penélope, la fiel esposa de Odiseo. De hecho es Heródoto el que cuenta que es ésta la idea común de los griegos.[62] No obstante, es tan rara que es tentador suponer que esta Penélope no era originalmente la misma que la esposa de Odiseo, sino un personaje completamente diferente, quizá una ninfa arcadia o la hija de Dríope mencionada antes. Si no engendró a Pan de Hermes, Penélope lo engendró de Apolo, o de su esposo, o de uno de sus pretendientes o de todos ellos (una idea arriesgada aparentemente inspi-

rada en el hecho de que el nombre del dios puede significar «todo»).[63] Entre otras fantasías, encontramos la que sugiere que fue Zeus el que lo engendró de Hybris (Soberbia), o que un pastor llamado Gratis lo engendró de una de sus cabras.[64]

Pan perseguía sin interrupción a las ninfas de la campiña, como los Sátiros, aunque no comparta con ellos su afición a las borracheras, que desarrollaron por su trato y asociación con Dioniso. Aparece en diversas historias de amor, en las que siempre acaba frustrado: el cuento aludido anteriormente (cf. p. 85) sobre la seducción de la diosa de la luna Selene es, de algún modo, una excepción. La pintoresca historia de Siringe (la flauta de Pan) explica el origen de su instrumento musical favorito. Siringe era una bella ninfa hamadríada que rechazaba a los sátiros que se le acercaban y a los demás espíritus naturales, pues prefería vivir como una cazadora virgen. El día que la vio, Pan concibió un apasionado deseo por ella y cuando se dio cuenta de que no ella no quería saber nada de él, la persiguió por los campos hasta que ella llegó al río Ladón, en donde elevó una plegaria a la diosa de su manantial (o a la Tierra) para que la salvara, por lo que al instante quedó convertida en un manojo de cañas. Cuando Pan escuchó el viento soplar a través de las cañas, quedó extrañamente emocionado por ese sonido desolado y entonces creó la primera flauta de Pan (siringe), cortando unas cañas de desigual longitud y uniéndolas con cera. En una versión más racionalista, Siringe era sólo una doncella del campo que desapareció entre las cañas cuando llegó al manantial.[65]

Pan estaba asociado también con los pinos como divinidad de las colinas elevadas, y se decía que le gustaba coronarse con guirnaldas de pino. No resulta, por ello, sorprendente escuchar que se había enamorado de una ninfa llamada Pitis (Pino), un personaje que aparece por primera vez en el poema *Siringe* de Teócrito. Al igual que sucedía con Siringe, su amor no encontró correspondencia, y Pitis se convirtió en pino cuando huía. Según una versión distinta, Bóreas (el viento del norte) compitió con Pan por su amor y se enfadó tanto cuando ella prefirió a Pan que la mató, despeñándola por un barranco al soplar sobre ella; pero la Tierra se apiadó y la convirtió en pino. Desde entonces los pinos producen un sonido lastimero cada vez que sopla entre ellos el viento del norte.[66] Esta última versión tiene su inspiración, evidentemente, en el cuento en el que Apolo y Bóreas compiten por el amor de Jacinto (cf. p. 217), al igual que la versión anterior está inspirada en el mito de Apolo y Dafne (cf. pp. 216-217).

Pan no se comportó con más elegancia cuando se enamoró de otra ninfa, Eco, dado que ella le despreció a cambio de un sátiro. El resultado fue aún más

trágico en esta ocasión, ya que cuando se dio cuenta de que no podía ganarla ni acorralarla, envió a unos pastores enloquecidos que la desmembraron en tantos pedazos que sólo sobrevivió su voz.[67]

Ovidio ofrece una versión diferente de la historia de Eco. Para evitar que sus compañeras ninfas fueran capturadas por Hera mientras coqueteaban con Zeus en las montañas, Eco solía distraerla con un constante ruido de conversaciones hasta que lograban escapar. Cuando Hera se dio cuenta de que la habían engañado, redujo la capacidad de habla de Eco, de modo que la ninfa ya no fuera capaz de expresar ningún pensamiento propio, sino que tan sólo podía repetir las últimas palabras que otros dijeran. Mientras estaba sujeta a esta limitación, se enamoró de un joven llamado Narciso, un hijo del dios-río Cefiso y de la ninfa Leiríope. Le siguió en secreto y finalmente se las ideó para encontrarse con él, pero él la rechazó cuando ella intentó abrazarlo, ya que era frío por naturaleza y ella había estado viviendo sola en los bosques desde antaño. Debido a su intenso amor, fue poco a poco mermando hasta que no quedó de ella más que sus huesos y su voz. Cuando sus huesos se volvieron de piedra, se convirtió sólo en una voz que respondía.

Dado que Narciso había rechazado a infinidad de admiradores, tanto masculinos como femeninos, uno de ellos rogó que él mismo sufriera una pasión no correspondida. Un día se reclinó en una laguna boscosa para beber agua, entonces se enamoró de su propio reflejo y se quedó para siempre en ese lugar, incapaz de separarse de allí, hasta que murió de agotamiento y de deseo insatisfecho. Eco fue testigo de esa pasión desesperada y era ella la que le devolvía el eco de sus suspiros y lamentos. Incluso en el infierno, al menos según Ovidio, continúa contemplando su reflejo en la laguna Estigia. Le lloraron las ninfas de los bosques en el mundo de arriba y cuando su cuerpo iba a ser incinerado, desapareció y en su lugar surgió un narciso.[68] Otras fuentes afirman que la flor brotó de su sangre o que se transformó en ella.[69] Pausanias recuerda una versión más racionalista que cuenta que tenía una hermana gemela que era casi idéntica a él y que, cuando ella murió, para paliar su dolor contemplaba su propio reflejo e imaginaba que era ella.[70]

Quizá la historia más célebre en torno a Pan es la que cuenta que ayudó a los atenienses en la batalla de Maratón (490 a.C.) provocando miedo en los invasores persas. En la noche antes de la batalla, los atenienses mandaron al corredor Filípides (a veces llamado erróneamente Fidípides) para pedir ayuda a los espartanos, que no podían dar apoyo a tiempo, dado que sus leyes les prohi-

bían marchar antes de la luna llena. Sin embargo, Filípides pudo traer de vuelta otro mensaje: Pan le había abordado cuando cruzaba Arcadia y le había indicado que reprochara a los atenienses que no le tuvieran en ninguna estima, dado que era amigo de ellos y en muchas ocasiones anteriores los había ya ayudado y lo volvería a hacer de nuevo. Pan cumplió su promesa y se puso de su parte en la batalla, por ello los atenienses instituyeron un culto a Pan, con un altar bajo la cima de la Acrópolis.[71]

Más curiosa es aún la historia que cuenta la muerte de Pan. En los días del emperador Tiberio, un barco que navegaba desde Italia a Grecia se detuvo por falta de viento cerca de las islas de Paxos y Propaxos, en el noroeste de Grecia. De repente se escuchó que una voz gritaba desde la orilla: «¡Thamuz!». Este era el nombre del piloto del barco, un egipcio, que no respondió en un primer momento pero que finalmente, después de que le llamaran por tercera vez, contestó. La voz le dijo: «Cuando dobles delante de Palodes, cuéntales que el gran Pan ha muerto». Después de una discusión, Thamuz decidió que pasaría navegando sin decir nada si había brisa, pero que, si la calma persistía, obedecería a la voz. Cuando llegó cerca de Palodes, como la calma continuaba, gritó: «El gran Pan ha muerto» y entonces un número incontable de voces rompió a gritar en una mezcla de lamentos y sorpresa. Se dice que los gritos que llegaban desde la playa podían ser lamentos rituales por Thamuz-Adonis; en este caso, el grito «Thamuz el todo grande (*panmegas*) ha muerto» se puede entender como un malentendido respecto al gran Pan (Pan megas). También es posible que la historia no sea más que una ficción.[72]

Atis y Cibeles; los Curetes y los Coribantes

En la frontera de las creencias y el culto clásicos se encuentra la gran diosa asiática Cibeles (o Cíbele) con su compañero cultual Atis. De acuerdo con la leyenda cultual de Pesinunte, la ciudad en la que está el centro de su culto en Galacia (una provincia central de Asia Menor), obtuvo a su compañero en las siguientes circunstancias. Agdistis, un doble de Cibeles, brotó de la tierra en esa región después de que Zeus derramara su semen en ella mientras dormía (o mientras intentaba en vano acostarse con Cibeles). A pesar de que el recién nacido tenía órganos genitales masculinos y femeninos, los dioses (o en concreto Dioniso) le cortaron sus genitales masculinos para convertirlo en una mujer. Un almendro de belleza sin igual y con sus frutos en sazón surgió en el lugar en

donde quedaron sus genitales. Cuando Nana, hija del río local Sangario, puso algunas de estas almendras (o una flor del árbol) en su vestido, éstas (o la flor) desaparecieron y se dio entonces cuenta de que estaba embarazada de un muchacho. Cuando lo dio a luz, lo abandonó, pero un macho cabrío se las arregló de algún modo para cuidarlo. El niño sobrevivió y creció convirtiéndose en un bellísimo joven cuyo nombre era Atis (*Attis* o *Attes*). Agdistis se enamoró de él y se puso realmente celosa cuando se concertó el matrimonio con la hija del rey de Pesinunte. Apareció en su boda y, provocándole la locura, él se cortó, en su frenesí, los genitales. La diosa comenzó a sentir grandes remordimientos y convenció a Zeus para que el cuerpo de Atis no degenerara, que su dedo pequeño siguiera moviéndose y su pelo no dejara de crecer. Este extraordinario cuento pretendía explicar, entre otras cosas, por qué los sacerdotes de Cibeles eran eunucos.[73]

En otra versión de la historia, Cibeles se enamora de Atis después de verlo junto al río Galo en Frigia y lo convierte en guardián de su templo, advirtiéndole que ha de mantenerse casto y fiel a ella en todo momento, pero él la abandona después de enamorarse de una ninfa de los bosques llamada Sagaritis. La diosa, airada, le vuelve loco y en ese estado él se corta los genitales.[74] En una versión racionalizada, Cibeles era una princesa frigia que fue abandonada por su padre al nacer, pero que sobrevivió y con el tiempo se convirtió en la amante secreta con un joven de la zona que se llamaba Atis, quedando embarazada como consecuencia de su relación. Sus padres la llamaron de regreso a casa, con la idea de que era virgen. Cuando su padre se enteró de la relación que tenía, mató a Atis y a sus criadas y dejó los cadáveres sin enterrar. Cibeles se volvió loca de pena y andaba de un lado a otro de la región en un estado de frenesí, dando golpes a un tambor (*tympanon*, como en los ritos de la diosa). Después, con el paso de los años, cuando los frigios estaban siendo destruidos por una plaga y por la hambruna, recibieron un oráculo que les ordenaba enterrar a Atis y rendir culto a Cibeles como diosa. Dado que el cuerpo del joven había ya desaparecido por la época, construyeron una imagen suya y le instituyeron ritos propiciatorios, de ahí el origen del culto.[75]

Tanto en el culto como en la leyenda, Cibeles está en muchos casos identificada con Rea (cf. p. 115). Por ello, sus siervos, los Coribantes, son muchas veces confundidos con los Curetes, que, como ya se ha explicado, son los criadores de Zeus recién nacido. A pesar de que estos dos grupos de figuras masculinas son muy semejantes en muchos aspectos, es importante distinguir sus tradicio-

nes. La primera vez que aparecen los Curetes (*kouretai*), y en un pasaje un tanto sorprendente, es en un fragmento del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, en el que están relacionados con los Sátiros, las Ninfas de las montañas y los «divinos Curetes, gozosos bailarines» y en el que se les da a todos ellos un origen común, aparentemente el de hijos de las hijas de Doro.[76] Para este autor, como para gran parte de la creencia posterior, son seres sobrehumanos de un orden inferior al de los dioses. Eran célebres en el mito por ser los demonios cretenses que amortiguaban los gritos del niño Zeus mediante ruidosas danzas de guerra enfrente de la cueva en la que estaba escondido (cf. p. 119). Aunque es Calímaco el primero que hace mención explícita de esta historia en época helenística, parece que Eurípides alude a ella en las *Bacantes* y que posiblemente la historia era muy antigua.[77] Como seres con una capacidad profética proverbial, aparecen también en un episodio de la mitología heroica advirtiendo a Minos, rey de Creta, de cómo encontrar a su hijo Glauco, que estaba perdido (cf. pp. 461-462). Apolodoro recuerda una curiosa historia en la que se cuenta que Zeus los mató por raptar a su hijo Épafo de Egipto (cf. p. 308); pero, dado que presumiblemente forman parte de un grupo de divinidades extranjeras, esto no puede ser entendido como una narración dentro de su mitología tradicional. El nombre de Curetes significa simplemente «jóvenes» o «jóvenes guerreros», y durante mucho tiempo se ha albergado la sospecha de que su historia principal no es sino un reflejo mitológico de los ritos anuales de los coros de Zeus para conseguir fertilidad. En el *Himno a Zeus* de Palecastro en Creta, que posiblemente pueda ser datado en el siglo IV a.C., un coro de esa clase invita al hijo de Crono con música y cantos (y, por ende, con danzas) a que regrese a su lugar de nacimiento en Dicte para el año siguiente y a «saltar» para traer fertilidad para los animales de la isla y sus cosechas, y para que traiga prosperidad a sus ciudades y barcos, etc. Es significativo que Zeus sea invocado en este poema como el gran *Kouros* que antaño estaba a la cabeza de sus *daimones* (es decir, los Curetes, cuya danza mítica es ahora imitada por los jóvenes del coro).[78]

Los Coribantes (¿los que giran?), en la medida en que las evidencias (la mayoría de ellas de fuentes tardías) nos permiten distinguirlos de los Curetes, eran asiáticos, y no cretenses, y *daimones* al servicio de Cibeles, la diosa anatolia. Hubo tantas especulaciones enfrentadas sobre su parentesco que resulta difícil encontrar dos autoridades que coincidan sobre ello. La mayoría de las veces aparecen como hijos de Rea o de Apolo, de uno u otro, o como hijos de un cierto Coribante, que era un hijo de Cibeles o de Core sin mediación de padre.[79] Están siempre asociados con danzas rituales, así como con misterios y sanaciones mági-

cas, aunque parece que estas últimas sólo se les enseñaban a las mujeres. En Platón se encuentran algunas alusiones muy interesantes a los ritos coribánticos, principalmente en un pasaje de las *Leyes* en el que explica cómo proporcionaban cura a las enfermedades mentales:[80] la cura era homeopática, ya que se suponía que los pacientes podían recuperar su equilibrio mental si su locura humana era desplazada por una locura divina inducida por la música y la danza extáticas. Los Coribantes no tienen mitos propios, excepto en aquellos casos en que se les identificó con los Curetes (como era prácticamente inevitable después de que Cibeles quedara identificada con Rea). Eurípides los menciona junto a los Curetes (seguramente identificados aquí) en relación con la infancia de Zeus y afirma que fueron ellos los inventores del tambor de Rea, evidentemente con la intención de golpearlo para las danzas que llevaban a cabo para proteger a Zeus.[81]

Grupos de divinidades menores asociados con las islas griegas

Los Cabiros eran bastante importantes, a pesar de que el mundo griego no tenía muchas noticias de ellos durante la época del esplendor ateniense. Se les adoró en primer lugar en el área egea septentrional, especialmente en Lemnos, pero también había importantes cultos en Beocia, en Tebas y en Antepón, en la costa oriental. Su nombre no tiene ni un origen ni un significado claros, aunque durante mucho tiempo se ha venido afirmando que puede ser una derivación de una palabra semítica, *qabir*, que significa «poderoso», lo que encaja a la perfección con sus epítetos en griego: *theoi megaloi* o *dynatai*: «los grandes» o «poderosos dioses». No obstante no hay restos semíticos en sus rituales ni en la historia de su culto. Sea como sea, presiden un culto mistérico antiguo de cuyas prácticas sabemos muy poco. A menudo se les identificó con otro grupo de dioses que presiden un culto mistérico en el norte del mar Egeo, los dioses de Samotracia, que, en conexión con su culto, carecen de nombre propio. Se suponía que estos dioses protegían a sus iniciados de toda clase de peligros, especialmente de aquellos que provienen del mar. Eran bastante efectivos en este cometido, a juzgar por las numerosas ofrendas votivas que dejaban en Samotracia los navegantes que habían escapado de naufragios, aunque Diógenes puntualizaba que serían muchas más las ofrendas si las hubieran dejado también los que *no* se salvaron.[82] En el mito, los Argonautas recibieron iniciación en Samotracia antes de partir en dirección a mares ignotos (cf. p. 502); en tiempos his-

tóricos los misterios de Samotracia se volvieron muy populares durante la época helenística y romana, llegando a convertirse en secundarios únicamente en relación con los de Eleusis. No hay noticia de que los misterios de Samotracia y los de los Cabiros proporcionaran a sus iniciados expectativas favorables en el más allá, como hacían los de Eleusis.

No resulta sorprendente que la mitología de seres como los Cabiros sea inconsistente. Hay tres Cabiros en los testimonios más antiguos. Según Ferécides eran hijos de Hefesto y Cabiro, una hija de Proteo (el Viejo del mar) y tenían tres hermanas, mientras que Acusilao prefiere creer que eran los hijos de un cierto Camilo, que era hijo de Hefesto y Cabiro.[83] Es comprensible que estuvieran vinculados con Hefesto, dada su relación especial con la isla de Lemnos (cf. p. 226), que era el epicentro de su culto. En sus leyendas cultuales de Tebas aparentemente eran sólo dos, una más joven y otro más viejo.[84] En otros casos son cuatro, tres hombres y una mujer, llamados respectivamente Axíero, Axiocerso, Cadmilo y Axiocersa.[85]

Otros extraños grupos de *daimones* asociados con las islas griegas eran los Dáctilos (Dedos) y los Telquines, que eran representados como herreros y hechiceros. Aunque resulta compleja la mención de su conexión con los Dáctilos del Ida, inconsistente y fragmentaria, parece que generalmente se estaba de acuerdo en que eran herreros-magos relacionados de algún modo con Rea. Cuando la diosa estaba dando a luz a Zeus en el monte Ida en Creta, se agarró a la tierra con las manos y de la montaña surgieron al momento los Dáctilos, uno por cada uno de sus dedos;[86] o, cuando dio a luz a Zeus en la cueva dictea de Creta, una ninfa que la ayudaba, Anquíale, esparció un poco de tierra detrás de ella y los Dáctilos surgieron de allí.[87] Dado que Rea acabó siendo identificada con Cibeles, se emplazó el nacimiento de los Dáctilos en la tierra natal de Cibeles, en Asia Menor, en el monte Ida de la Tróade. Aunque lo lógico sería que fueran diez, como se cuenta en la historia anterior, su número varía hasta lo excéntrico. En algunos casos son cinco o seis dáctilos varones que ejercen de herreros, solos o con la ayuda de cinco hermanas;[88] en otros casos son 100, o 26, incluso en la versión que aporta Ferécides eran 32 dáctilos zurdos y 22 diestros dedicados a tareas mágicas.[89] Según un fragmento de un poema épico muy antiguo llamado *Foronida*, eran tres: Acmón (Yunque), Damnameneo (Martillo) y Quelmis (¿Fundidor?), y fueron los primeros en descubrir el arte de la herrería.[90] También se decía que este arte se lo había enseñado Rea.[91] Ovidio menciona de pasada que Quelmis fue antaño amigo del niño Zeus, pero que luego fue convertido en adamantio (un metal mítico); otra fuente indica que sufrió este destino porque se comportó

con insolencia con la madre Rea.[92] Algunos señalan que el Heracles que fundó los juegos de Olimpia no era el célebre héroe, sino un enano dáctilo que tenía el mismo nombre.[93] Estos restos son suficientes para hacer sufrir un calvario a cualquier investigador, así como para dar una idea de lo que había de folclore en la literatura griega que se ha perdido.

Generalmente se pensaba que los Telquines eran los habitantes originarios de Rodas, aunque también estaban asociados con otros lugares como Chipre, Ceos y Sición. De acuerdo con Diodoro, vivieron en Rodas hasta que el gran diluvio de la época de Deucalión hizo que se dispersaran. En la época bizantina, el léxico de Sudas no aclara a dónde tenían su ojo malévolo estos pérfidos *daimones* u hombres malvados.[94] La interpretación anterior es, claro está, la correcta. Algunos los han comparado con los gnomos y *kobolds* del folclore del norte de Europa. Eran hábiles en diversas artes, especialmente en las relacionadas con el trabajo del metal, que, de acuerdo con varias noticias, fue invención suya; incluso se decía de ellos que fueron los que dieron forma a las primeras estatuas de los dioses.[95] Algunos rastrean su actividad hasta las épocas más arcaicas, diciendo que fueron ellos quienes forjaron el tridente de Poseidón (una tarea que también se atribuye a los Cíclopes, cf. p. 112) o incluso la hoz de Crono.[96] Eran magos tan hábiles que podían cambiar su forma y alterar el clima a su antojo.[97] Eran, asimismo, proverbiales por su maldad y se decía de ellos que habían rociado agua de la Estigia (cf. pp. 161-162) sobre Rodas para volverla baldía.[98] A menudo se contaba que Zeus, o algún otro dios, les había dado muerte por su maldad y arrogancia.[99] De acuerdo con una tradición rodia, Rea confió al niño Poseidón a los Telquines y a la oceánide Cafira para que lo criaran en Rodas.[100]

Glauco, Príapo e Himeneo

Glauco (verde marino: algunas veces se le diferencia de Glauco *Pontios*, «del mar») era una divinidad marítima menor que nació como mortal. Antes de comer la hierba mágica que le convirtió en inmortal, era un pescador humilde que vivía en Antepón, en la costa de Beocia. Un día, mientras preparaba sus aparejos de pesca, se dio cuenta de que los peces de su cesta revivían si los tumbaba en un trozo determinado de hierba. Entonces arrancó un poco de hierba y la masticó para probar sus propiedades, al momento quedó transformado en un dios de cola de pez con barba y cuerpo verdes.[101] De la obra que escribió Esquilo sobre

Glauco sólo nos quedan unos pocos fragmentos, uno de ellos cuenta cómo se transformó después de comer la «inmortal hierba eterna». Esquilo localiza este episodio en el norte de Eubea.[102] Recibió poderes proféticos, como sucedía habitualmente con las divinidades marítimas, y surgió de las aguas (como cuenta Apolonio, cf. p. 501) para avisar a los Argonautas después de que les abandonaran accidentalmente dos de sus compañeros de navegación.[103] En el *Orestes* de Eurípides se dice que se le apareció a Menelao en el cabo Malea para informarle de la muerte de Agamenón[104] (por lo tanto, con la misma función que tiene Proteo en la *Odisea*, cf. p. 624). Para la historia que cuenta Ovidio sobre su amor frustrado con Escila, cf. p. 640.

Aunque el culto a Príapo llegó tarde a Grecia, después de que se desarrollara lentamente por el Helesponto desde su área de origen en torno a fines del siglo IV a.C., por épocas se volvió muy popular y se extendió asimismo por Italia. Príapo, un dios extravagante y pequeño al que se le representaba como un hombre, más o menos informe, con un falo erecto absolutamente desproporcionado, no parece que haya sido una divinidad tomada muy en serio más allá de su lugar nativo. Guardaba los rebaños, las abejas y ayudaba a los pastores y a los pescadores. En época tardía se le consideraba un guardián de viñedos, huertos y jardines, en parte como espantapájaros, en parte como protector frente a ladrones, en parte como dador de buena suerte (por esta razón se le ponía en la puerta de las casas). Elegantemente obscenos, se compusieron en su honor versos priápicos tanto en griego como en latín. El tardío es el Príapo que nos resulta más familiar. En su región de origen, sin embargo, en Lámpsaco y en las zonas aledañas de la costa asiática del Helesponto, era un dios de la fertilidad de primera importancia que recibía honores en plano de igualdad con los dioses olímpicos. Se le sacrificaban burros en Lámpsaco, sin duda porque se pensaba que tenían una naturaleza lujuriosa y excepcionales capacidades reproductivas.

Los mitos de Príapo son tardíos y artificiales: algunos son leyendas de nacimiento de su Helesponto natal, mientras que otros son cuentos que le vinculan con un animal en concreto, el burro. Se llegó a decir de él que era hijo de Dioniso y Afrodita, y es comprensible, dado que estaba asociado con el abandono de sí y el sexo. Quizá Afrodita le concibió de su favorito Adonis, mientras que Dioniso estaba fuera en su periplo por India. De acuerdo con una leyenda local nació en Aparnis (después Abarnis), cerca de Lámpsaco, la celosa Hera tocó el cuerpo de su madre cuando estaba preñada de él, lo que hizo que naciera deforme. Afrodita quedó tan horrorizada cuando dio a luz a un hijo tan poco agraciado con los genitales tan destaca-

dos que renunció a él (en griego, *aparneito*: de aquí el nombre de Aparnis) y lo abandonó e hizo que lo criaran unos pastores.[105] Esta historia está posiblemente inspirada en otra semejante acerca del nacimiento de Pan (cf. p. 287).

Ovidio cuenta, nada más y nada menos, tres historias en las que el rebuzno de un burro frustra a Príapo cuando intenta acometer una violación. De acuerdo con una historia contada en los *Fastos*, se arrastró para llegar a donde se encontraba la ninfa Lotis mientras ella estaba dormida al aire libre después de una fiesta de los dioses. En el momento decisivo, el asno de Sileno bramó con fuerza, entonces la ninfa se despertó de un salto y Príapo quedó en ridícula evidencia. Se enfadó tanto que mató al animal y desde entonces agradecía cualquier sacrificio de un burro.[106] A continuación, en el mismo poema, Ovidio cuenta la misma historia acerca de Vesta (el equivalente romano de Hestia, cf. p. 197) para explicar por qué se adornaba a los burros con guirnaldas y se les dejaba reposar en Roma durante su festividad.[107] Aunque no hay mención de esa historia en fuentes griegas, es razonable pensar que su origen era griego, como una etiología del culto y que Ovidio la adoptó para suministrar una explicación mítica para esta práctica meramente romana asociada con las Vestalias. Seguramente habría prescindido de una de las versiones si hubiera vivido lo suficiente como para terminar los *Fastos*. Pero no termina aquí, dado que Ovidio aporta otra versión diferente del intento de violación de la ninfa Lotis por Príapo en las *Metamorfosis*, en donde señala que ella se convirtió en un árbol de loto (presumiblemente por petición de ella misma) cuando intentaba escapar de él.[108] La historia, evidentemente, está inspirada en el célebre mito de transformación en el que Dafne se convierte en laurel (*daphne*) mientras huye de Apolo (cf. p. 216). Posiblemente Ovidio se la inventó para unificarla con el tema general del poema, aunque no es imposible que fuera la versión griega original de la historia.

De acuerdo con otra historia de un burro, Dioniso se tropezó con un pantano infranqueable mientras se dirigía al oráculo de su padre en Dodona para curarse de un arrebato de locura que le había provocado Hera. No obstante, encontró un camino a través de él montado en un burro que se encontró en las inmediaciones. Después de conseguir su cura en Dodona, agradeció al burro su colaboración concediéndole la capacidad de habla humana. El animal se sirvió de su recién conseguida habilidad para desafiar a Príapo a una competición acerca del tamaño de sus genitales, pero el dios demostró estar mejor provisto y mató al animal como castigo a su impertinencia.[109] Esta historia se conserva en el mito astral que servía para explicar el origen de dos estrellas de la constelación de Cáncer que eran conocidas (aún ahora) como Los Burros (*Aselli* en latín). El hecho de que las estrellas sean dos introdujo complicaciones en la narración cuando se pasó a mito estelar, pero eso no nos interesa aquí.

Pasando a una divinidad más respetable, Himeneo era la deidad que presidía los matrimonios. Su nombre deriva del tradicional grito nupcial de *Hymen Hymenaie* (más o menos), que pudo ser interpretado como una invocación a una divinidad llamada Himeneo (o Himen). Se le representaba comúnmente como un joven hermoso, alto y un tanto hermafrodita, que llevaba una antorcha nupcial y una guirnalda como atributos. Se entiende, por tanto, que se le clasifique como hijo de una u otra de las Musas,[110] dado que eran las diosas que entonaban el canto nupcial (*hymenaios*) en las bodas de los dioses; o también en algunas fuentes latinas se le nombra como hijo de Dioniso y Afrodita, o de una madre desconocida.[111] También se le consideraba un excelente cantante que había nacido mortal y fallecido el día de su boda, o antes de tiempo, o cuando se encontraba cantando en la boda de Dioniso.[112] En una versión racionalista, era un ateniense común que había muerto hacía mucho tiempo y se le había acabado conmemorando en el canto nupcial debido a los acontecimientos que siguen.

Aunque era excepcionalmente hermoso (o eso cuenta la historia), Himeneo era de cuna humilde y cuando se enamoró de una joven ateniense de familia noble, todo lo que pudo hacer fue seguirla a distancia para admirarla. Un día que ella y sus amigas estaban participando en los ritos de Deméter en Eleusis, fueron capturadas por una banda de piratas, que también se llevaron consigo a Himeneo porque estaba siguiendo los pasos de su amada. Después del viaje consiguió dar muerte a los piratas mientras estaban dormidos y emprendió el regreso a Atenas. Cuando llegó, contó a los ciudadanos qué había sucedido con sus hijas desaparecidas y se ofreció a traerlas de vuelta si le dejaban casarse con aquella que amaba. Cumplió su promesa y se casó con ella y, debido a que el matrimonio fue excepcionalmente feliz, se convirtió en costumbre invocar su nombre en las bodas.[113] Hay mención de una tradición en la que un Himeneo evidentemente mortal es devuelto a la vida por Asclepio, aunque no se indica nada sobre las circunstancias.[114] Algunos cuentan que fue el amado de Apolo, o de Hespero (la estrella de la tarde), o de Támiris, o de un héroe oscuro llamado Argino.[115] Argos es el único lugar en donde hay mención de un culto de Himeneo.[116]

Tenemos que pasar por alto, ya que no se ciñen a un libro de estas características, algunas leyendas acerca de divinidades extranjeras que no tuvieron una repercusión muy grande entre los griegos, como sucede con Isis, que en su forma tardía, tal y como la conoce Plutarco,[117] estaba evidentemente influida por la historia de Deméter. Merecen mención, aunque rápida, dos curiosidades que aparecen en fuentes latinas. Los autores romanos de Ovidio en adelante se refieren en ocasiones a la doncella del cielo —la constelación de Virgo— como Astrea

(la mujer estrellada) y cuentan que abandonó la tierra por el horror que le producía la maldad humana.[118] A pesar de que no hay mención de un nombre semejante en la literatura griega, el cuento de su marcha se originó en una leyenda alegórica que narra el poeta helenístico Arato, que redactó un célebre poema didáctico sobre los fenómenos estelares. Arato cuenta cómo la doncella-estrella (llamada simplemente aquí *Parthenos*, la Doncella, el equivalente griego al Virgo latino) había vivido entre los seres humanos con el nombre de Dike (Justicia) en los años de la raza de oro (cf. p. 299), pero se había retirado a las montañas cuando la moral había declinado en los años de la edad de plata, satisfecha de reprochar a los mortales desde la distancia. Finalmente, aterrorizada por la violencia y la injusticia de la raza de bronce, había huido a los cielos, donde su figura continúa apareciendo como un reproche silencioso.[119] La idea de que su nombre fuera Astrea tiene su origen en una mención que hace Arato en el poema de que pudiera ser hija de Astreo (el padre de todas las estrellas en la *Teogonía* de Hesíodo, cf. p. 89).[120] Finalmente, se pueden decir unas breves palabras acerca de Demogorgón, cuyo terrorífico nombre atrajo la imaginación de Spenser, Milton y, por encima de todos, Shelley. Es un tanto ridículo que una divinidad con un nombre de tan rotundo sonido no sea más que una invención originada por el error de un copista. En su poema épico tardío sobre la guerra de Tebas, el latino Estacio hace que Tiresias mencione sobrecogido al «más grande de todo el triple universo, a quien no es lícito conocer».[121] Un comentarista antiguo señala en una nota conservada a este pasaje que el poeta se refería a Demogorgón.[122] Pero dado que no hay otra mención de un nombre tan improbable en ninguna otra fuente antigua, se piensa por lo común que la nota se refería realmente al *Demiourgos*, el Demiurgo o Dios-creador.

Capítulo VII

La estirpe de Ínaco

Los cuatro primeros capítulos de nuestro recuento de la mitología heroica se centrarán en la familia de los Ináquidas, que reinó en Argos, Tebas y Creta y de la que surgió el mayor de todos los héroes griegos: Heracles. Dado que se supone que la mayoría de los héroes y heroínas de la leyenda debieron pertenecer a la familia real de su área nativa, la historia mítica de cada ciudad y territorio era en esencia la historia de la familia gobernante, organizada según un modelo genealógico. Una vez que se hubo llevado a cabo un desarrollo consistente de la sucesión en el seno de cada reino, todas las figuras míticas y los acontecimientos legendarios vinculados con un área determinada se pudieron situar en un punto preciso del tiempo con relación a los reinados de los diversos reyes; además, dado que los héroes y heroínas de cada reino a menudo interactúan unos con otros, mediante guerras y matrimonios, por ejemplo, o participando juntos en aventuras, era necesario sincronizar las genealogías de cada familia real unas con otras (a pesar de que esto no sea siempre posible, cf. p. 442). De acuerdo con esto, se desarrolló una seudohistoria de notable coherencia de buena parte de la Grecia legendaria. Este proceso comenzó en la épica, de manera clara en el *Catálogo de las mujeres* (un poema genealógico de comienzos del siglo VI a.C. tradicionalmente atribuido a Hesíodo, cf. pp. 38-40) y se llegó a un elevado grado de desarrollo en el caso de los mitógrafos antiguos en prosa, como Ferécides y Helánico (cf. p. 37). De acuerdo con el esquema más sencillo, una familia gobernante suministraría la línea de sucesión en un único centro, como sucede con las familias reales de Atenas y Arcadia, que descendían ambas de ancestros indígenas y nacidos de la propia tierra. En general, sin embargo, las genealogías heroicas tendían a ser más sofisticadas y a economizar, dado que a los mitógrafos les gustaba unir diferentes líneas sucesorias en el seno de una misma familia trazando ancestros comunes. La presente familia de los Ináquidas suministra un ejemplo claro de esto, como sucede con los Atlántidas, ya que la familia de Helena en Esparta entra en el mismo sistema genealógico que la de su raptor, Paris, en Troya.

Como se puede apreciar por esto, nada podía ser menos cierto acerca de la leyenda heroica griega que suponer que contaba hechos que se situaban en una antigüedad mítica vaga e indeterminada. Los héroes y heroínas más importantes, así como sus aventuras, podían ser fechados en un punto concreto del tiempo en la era heroica, y la misma era heroica podía ser fechada en una relación computable con la era de la historia convencional, que se suponía que había comenzado unas generaciones después de la guerra de Troya. Esta guerra, la más importante, en la que se dice que los héroes principales de todas partes de Grecia se juntaron en una empresa común sin precedentes, fue el acontecimiento culminante de la edad heroica, y se pensaba que había sido un relativamente corto intervalo temporal —en la mayoría de los casos no más de seis o siete generaciones— el que separaba el origen de los diversos linajes reales griegos y el comienzo de la guerra. Se suponía que las otras tres grandes empresas panhelénicas, el viaje de los Argonautas, la caza del jabalí de Calidón y las Guerras Tebanas habían sucedido en la generación anterior de la guerra de Troya. Comenzaremos aquí con dos grandes familias heroicas que sólo marginalmente estaban relacionadas con la guerra de Troya, los Ináquidas y los Deucaliónidas, y luego entraremos de pleno en la guerra de Troya, antes de pasar a hablar de las familias que estaban más íntimamente relacionadas con ella. Trataremos las tres aventuras panhelénicas anteriores a ella en relación con las dos familias primeras, como también las vidas de Heracles y Teseo.

La familia de los Ináquidas descendía de Ínaco, el dios del mayor río de la Argólide, y por tanto era de origen argivo; pero, aunque Argos era un centro fundamental del poder de esta familia, dinastías Ináquidas de importancia semejante se establecieron en Tebas y Creta como resultado del siguiente curso de acontecimientos. Una princesa argiva, Ío, anduvo errante hasta llegar a Egipto por razones que se explicarán a continuación y allí se casó con el rey de esa tierra, que legó su trono a un hijo que ella había tenido con Zeus. A este hijo de Ío, Épafo, le sucedió uno de sus dos nietos, Belo, mientras que el otro nieto Agénor, el hermano gemelo de Belo, se marchó y fundó su propio reino en Fenicia. Dado que los descendientes de Belo acabaron reinando en su tierra ancestral de Argos, mientras que los dos hijos de Agénor fundaron nuevos linajes Ináquidas en Tebas y Creta, Belo y Agénor estaban destinados a convertirse en los ancestros de ramas separadas de la familia dentro del mundo griego. Comencemos con este último: Agénor tenía una hija bellísima, Europa, a la que Zeus raptó y llevó a Creta. Allí dio a luz a tres hijos, entre los que se encontraba Minos, el excelso gobernante mítico de la isla. Cuando Agénor mandó a sus hijos a la

búsqueda de Europa, todos fracasaron en la empresa, por lo que se quedaron a vivir en tierras extranjeras: entre ellos se encontraba Cadmo, que fundó la gran ciudad de Tebas en la Grecia central por indicación del oráculo de Delfos. Belo, por su parte, engendró a dos hijos, Egipto y Dánao, que reinaron en reinos limítrofes y tuvieron una gran descendencia: Egipto cincuenta hijos y Dánao cincuenta hijas. Egipto deseaba casar a sus hijos con sus sobrinas y presionó a su hermano hasta convencerlo, pero Dánao no quería que su familia acabara absorbida en la de su hermano y, para escapar de esa situación, huyó a Argos con sus hijas, las Danaides.

Cuando los hijos de Egipto llegaron allí en su búsqueda, Dánao adoptó una estratagema: dio muestras de que tenía intención de casar a sus hijas, pero las ordenó dar muerte a sus maridos en la noche de bodas. Una de sus hijas, sin embargo, le desobedeció, Hipermnestra, que salvó la vida a su marido, Linceo, y le ayudó a huir. Dánao, que se había proclamado rey de Argos, consintió su matrimonio y su sucesor en el trono fue Abas, el hijo de Linceo e Hipermnestra, al que sucedieron a su vez en el trono sus hijos Preto y Acrisio. Los gemelos se habían peleado incluso en el vientre materno y se embarcaron en una guerra que supuso la partición del reino. La Argólide no volvería a unirse en un solo reino hasta después de la guerra de Troya. Los dos héroes más destacados de la familia, Perseo y Heracles, eran ambos descendientes de Acrisio, que reinó sobre su mitad con la ciudad de Argos como capital. Después de que un oráculo le advirtiera de que recibiría la muerte a manos de un hijo de su hija, Acrisio intentó evitar el peligro encerrando a su hija Dánae en una cámara subterránea, pero Zeus se coló por el tejado en forma de lluvia de oro y la dejó encinta del poderoso Perseo. Cuando se enteró de su nacimiento, Acrisio lo encerró en una cesta junto con su madre y los dejó a merced del mar. Sin embargo, el niño y la madre fueron llevados sanos y salvos hasta la rocosa isla de Sérifos, en el mar Egeo, donde les recibió y protegió un hermano del rey. Después de crecer en esa isla y de dotarse de credenciales heroicas con la decapitación de la gorgona Medusa, y de rescatar de un monstruo marino a su futura prometida Andrómeda, Perseo navegó de vuelta a Argos para intentar reconciliarse con su abuelo, pero un trágico accidente lo convirtió en su matador, tal y como había predicho el oráculo. Después de cambiar el reino de su abuelo por el de Megapentes, el hijo de su tío abuelo Preto, Perseo reinó en la Argólide, convirtiendo la fortaleza de Micenas en la sede de su reino. Los sucesos de sus descendientes inmediatos son de gran interés en relación con el origen del más distinguido de ellos, Heracles, uno de sus bisnietos que nació en el exilio de Tebas.

La historia de los primeros Ináquidas en Argos y Egipto, según el resumen llevado a cabo en los párrafos anteriores, será el núcleo temático de este capítulo. Dado que Heracles pasó la mayor parte de su vida fuera de la tierra de sus ancestros y su mitología es tan excepcionalmente rica, su historia será tratada de forma separada en el capítulo siguiente, al igual que la de sus descendientes, los Heraclidas. Las demás ramas de la familia que descendían de Agénor, rey de Fenicia, es decir, el linaje de Cadmo que reinó en Tebas, serán tratadas en el capítulo IX y los descendientes de Europa en el X.

Foroneo, el primer gobernante de Argos, y sus descendientes directos

El primer hombre de Argos, y quizá el primer hombre en términos generales, fue Foroneo, hijo de Ínaco y de una océanide llamada Melia o Argia.[1] Se le menciona como el primer mortal en la *Forónida*,[2] un poema épico arcaico que recogía las tradiciones locales sobre Foroneo y la historia antigua de la Argólide. Era más un héroe del culto, sin embargo, que un héroe épico en sentido convencional, como gobernante primordial de Argos que supuestamente había introducido los primeros elementos de civilización y que había fijado los cultos principales de la isla. Se le puede comparar, por tanto, con Pelasgo en Arcadia (cf. p. 692) o con Cécrope en Atenas (cf. p. 476). Al igual que Atenas estaba asociada con Atenea, Argos se destacaba de otras tierras por su relación con Hera, que había sido la gran diosa de Argos desde tiempo inmemorial o, en términos míticos, desde el reinado de su primer rey. Como en el caso de Atenea en Atenas, se decía que Hera había conseguido su estatus como diosa patrona después de derrotar a Poseidón en una competición por la tutela del territorio. Foroneo fue nombrado árbitro y eligió a Hera, después de consultar con su padre Ínaco y con dos dioses-río de la región, Cefiso y Asterión. La cólera de Poseidón fue tal que redujo a la aridez la mayor parte del territorio, haciendo que los ríos se quedaran secos la mayor parte del año, de modo que la «sedienta Argos» se convirtió en una frase hecha.[3] Después de invitar a Hera a Argos, Foroneo instituyó su culto honorándola con los primeros sacrificios que se le ofrecieron a la diosa en Grecia.[4] En su papel de gobernante, reunió a su pueblo (no cabe preguntar con mucho ahínco de dónde salió este pueblo) en la primera comunidad asentada, la «ciudad de Foroneo» (*asty Phoronikon*), que luego se convirtió en la gran ciudad de Argos.[5] Los argivos afirmaban incluso que Foroneo (en lugar de Prometeo) había sido el primero que había introducido el fuego, por lo que

en el templo de Apolo *Lykaios* en Argos había una llama que no se apagaba nunca en su honor.[6]

Foroneo contrajo nupcias con una ninfa que recibe varios nombres, Telédice, Cerdo o Peito,[7] y tuvo una hija, Níobe, que fue la primera mortal que tuvo un hijo de Zeus. Esto dio comienzo a una era en la mitología que llegaría a su fin cuando Alcmena, una descendiente de Níobe en decimosexta generación, dio a luz a Heracles, el último hijo que tuvo Zeus con una mortal. El hijo que surgió de la relación de Níobe con Zeus fue Argos, el epónimo de la ciudad y del territorio (Argólide). Se podía ver su tumba y su cueva sagrada cerca de la ciudad de Argos.[8] A Argos, que no tiene mitos propios, le sucedió uno de sus hijos, Pirén (o Piras, o Piraso o Piranto), a quien se consideraba el padre de Ío en las tradiciones más antiguas.[9] En las versiones tardías, sin embargo, se alargó la lista de los reyes argivos, de modo que Ío pasó a ser descendiente de Argos en tercera o cuarta generación, como hija de Yaso.[10] Los trágicos y también Ovidio, sin tomar demasiado en cuenta los detalles de las tradiciones locales o las cuestiones relativas a la cronología mítica, ignoraron a todos los reyes intermedios y consideraron sencillamente a Ío como hija del dios río Ínaco.[11] Esta genealogía última se volvió muy célebre, en cambio, y los autores de época helenística y romana se refieren a ella como «la hija de Ínaco» sin necesidad de llamarla por su nombre.

Ío es seducida por Zeus, es transformada en vaca y puesta bajo la custodia de Argos *Panoptes*

El padre de Ío (sea quien sea) la nombró virgen sacerdotisa del templo de Hera Argiva, pero era tan bella que Zeus la sedujo, a consecuencia de lo cual fue convertida en vaca, al menos de forma temporal. Según la versión de Apolodoro, que puede estar basada en su mayor parte en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, Zeus la metamorfoseó en una vaca blanca, con un toque de su mano, cuando Hera se enteró de su relación con ella y luego juró a su esposa que nunca había mantenido relaciones con esa muchacha. Como resultado de este divino precedente, según el autor del *corpus* hesiódico, sobre los perjurios que se cometen en asuntos amatorios, nunca recae la ira ni el castigo de los dioses. Hera no quedó convencida, sin embargo, con la acción de Zeus de transformar a Ío y pidió que le fuera entregada esa vaca. A continuación la puso bajo custodia de Argos *Panoptes* (el que todo lo ve), que estaba bien preparado para ejercer de guardián debido

a que nunca dormía y tenía su cuerpo cubierto de ojos, o al menos tenía uno o dos ojos adicionales en la parte posterior de su cuello.[12] Según otra versión de la transformación de Ío, fue Hera su causante para terminar con la relación que Zeus tenía con ella, pero Zeus siguió viéndose con Ío en su nueva forma, asumiendo él la de un toro, por lo que Hera se vio obligada a poner a la vaca bajo la custodia de Argos.[13]

Zeus decidió hacerse con la vaca y ordenó a Hermes, el patrón de todos los ladrones, que se la robara a su guardián custodio. Estaba atada a un olivo en una arboleda sagrada entre Argos y Micenas (o en las inmediaciones del Heraíon, cerca de Micenas). Aunque en un primer momento Hermes había pensado en robarla, sus intenciones fueron puestas al descubierto por un tal Hiérax (Halcón, quien quizá fue transformado en ese pájaro como castigo por su indiscreción). El dios tuvo que recurrir a la fuerza y mató a Argos *Panoptes* de una pedrada antes de desatar al animal.[14] Según Ovidio, Hermes hizo que Argos se quedara dormido haciendo sonar una de sus flautas y pasando su varita mágica por delante de sus ojos, y a continuación le decapitó con una hoz.[15] Esta historia de la muerte de Argos servía, evidentemente, para explicar el antiguo título de Hermes: *Argeiphontes* (de incierto origen y sentido, pero que aquí se entendía como «matador de Argos»).[16]

Aunque no parece muy plausible que un monstruo local como Argos *Panoptes* tuviera alguna clase de parentesco en las tradiciones más antiguas, se le incluye a menudo en la familia real argiva en algunas fuentes conservadas, como hijo o descendiente de Argos, hijo de Níobe. Algunos siguen a Acusilao, en cambio, y afirman que había nacido de la tierra. De acuerdo a Ferécides, quien le señala como hijo de Arestor y, por tanto, como nieto del primer Argos, había sido Hera quien le había preparado para ser guardián poniéndole un ojo adicional en la parte posterior de su cuello y quitándole el sueño. En el *Egimio* hesiódico, en el que también se indica que Hera le había quitado el sueño, tenía cuatro ojos en total, dos en el lugar normal y dos en la parte posterior de su cuello.[17] En la tradición habitual posterior, sin embargo, tenía numerosos ojos esparcidos por todo su cuerpo, lo que le daba un aspecto aún más sorprendente, como se puede ver en sus representaciones en la cerámica del siglo V a.C. Era muy grande y solía llevar una piel de toro como capa.[18] Apolodoro explica el origen de la capa de la siguiente manera: Argos la había cogido de un toro que estaba haciendo estragos en la vecina Arcadia. Además cuenta que una vez Argos mató a un sátiro que había estado robando ganado a los arcadios, y que también había dado muerte a la monstruosa Equidna (cf. pp. 104-105).[19]

De acuerdo con Mosco, un poeta bucólico de época helenística, el pavo real, con su cola con innumerables ojos, había nacido de la sangre de Argos cuando murió. Según versiones posteriores, Hera había pasado sus ojos a la cola del pavo real, o había transformado al propio Argos en un pavo real.[20] El pavo real era el pájaro dedicado a Hera, al igual que la lechuza era el pájaro de Atenea. El nombre de este Argos sigue siendo utilizado en las cabeceras de los periódicos actualmente (ya que se supone que no se les puede escapar nada). Apolonio atribuye la construcción de la nave *Argo* a un Argos que llevaba una capa de piel de toro. Aunque este Argos, del que se dice que era hijo de Arestor, está evidentemente inspirado en el Argos del que estamos hablando, no se le puede identificar con él, porque los Argonautas aparecieron muchas generaciones después, y el poeta quizá pretendiera que se le debía considerar su descendiente.[21]

Se debe consultar a Apolodoro para una narración de la historia temprana de la Argólide, probablemente derivada en su mayor parte del mitógrafo argivo Acusilao (finales del siglo VI a.C.). Pelasgo, el primer hombre de Arcadia, que nació de la tierra (cf. p. 692) pasa a formar parte de la familia real argiva como hijo de Níobe y hermano de Argos.[22] Acusilao también suministró a Esparta otro epónimo de origen argivo: un hermano de Níobe llamado Esparto (aunque a los espartanos les hubiera extrañado mucho oír esto, como señala Pausanias).[23] Pirén, el padre tradicional de Ío, era una antigua figura vinculada con el culto. Se decía de él que había erigido la primera imagen cultual de Hera, una estatua de madera de peral que había puesto él mismo en Tirinto y que posteriormente había sido llevada al gran Heraion cerca de Micenas.[24]

El *Prometeo encadenado* da una versión curiosa de los problemas de Ío. Mientras que estaba dormida en el palacio de su padre, tuvo un sueño seductor en el que se le ordenaba ir a los prados de Lerna (al sur de Argos) y que dejara que Zeus tuviera una relación sexual con ella. No hizo nada, sin embargo, y por fin hizo acopio de fuerzas y le contó sus inquietudes a su padre Ínaco, que mandó enviados a Dodona y a Delfos para preguntar lo que tenía que hacer. Cuando recibió una respuesta clara, ésta fue que tenía que dejar que Ío se fuera de su casa o, en caso contrario, sufrir la destrucción de su linaje. Obligado por las circunstancias, la echó. Entonces Ío se convirtió en una vaca y un tábano la aguijoneó en dirección a Lerna y después a errar de lugar en lugar. La versión que da Esquilo de los acontecimientos que siguieron a la expulsión de Ío del palacio es deliberadamente oscura. No se nos dice quién la transformó, ni cuándo Zeus la dejó embarazada. Es razonable pensar que fuera Hera la causante de ello y quien la obligaba a andar errante para frustrar los deseos de su esposo, de modo

que Zeus no lograra tener relaciones con ella hasta que finalmente la dejó embarazada en Egipto (su último lugar de residencia, como veremos) tocándola con su mano.[25]

La versión de Ovidio es pintoresca y no genera problemas. Hera se entera de que su marido está pensando hacer una de las suyas cuando observa que hay una zona en Argos en la que Zeus ha provocado una penumbra para ocultar sus intenciones. Hera se apresura hacia ese lugar y Zeus entonces metamorfosea a Ío en una vaca para esconderla. Hera pide que le entregue el animal y que lo ponga bajo su custodia, como se ha contado antes. Ovidio añade a esta historia un detalle atractivo: para tranquilizar a su padre Ínaco, que no sabía dónde estaba y temía que estuviera muerta, la transformada Ío le revela su identidad y su destino escribiendo letras en el suelo con su pezuña.[26]

Ío se dirige a Egipto, recupera su forma humana y da a luz a Épafo

Cuando se da cuenta de que Hermes ha hecho fracasar su plan de confinar a la vaca, Hera manda un tábano contra ella para asegurarse de que estará continuamente moviéndose y no se podrá quedar quieta en ninguna parte. En la forma final del mito, Ío anda errante todo el camino en dirección a Egipto antes de encontrar descanso. Aunque es imposible rastrear la evolución primigenia del mito en sus detalles o con un mínimo de seguridad, en las primeras versiones seguramente sus movimientos sucedieron en el interior de la Argólide. Incluso se ha sugerido de forma muy plausible que su vagar arrancara de la ciudad de Argos en dirección al gran Heraion, en las cercanías de Micenas, que estaba localizado en una colina llamada Eubea. Otra versión, quizá originada en la propia Eubea, sugiere que ella viajó hasta más lejos, a la isla de Eubea propiamente. Un fragmento del *Egimio* atribuido a Hesíodo indica que ella ya estaba allí y que Zeus dio ese nombre a la isla en honor de Ío, interpretando el nombre de Eubea como «Tierra de buena vaca». En las tradiciones posteriores se dice que Ío se asentó en Eubea y que había dado a luz al hijo de Zeus en una cueva de la isla.[27] En época clásica surgió una versión más extravagante en la que Ío transformada marcha hasta Egipto, donde Zeus le devuelve su forma original y da allí a luz a su hijo. Tenemos que imaginarnos que su viaje comienza en dirección al norte de Grecia, recalando en Eubea de camino, luego a través de Tracia y cruzando el Bósforo (Estrecho de la vaca) hasta llegar a Asia Menor y pasando por Siria y Fenicia para llegar a su destino final. En el *Prometeo encadenado* su iti-

nerario es aún más extravagante, le conduce hasta el Cáucaso, donde se encuentra con Prometeo atado a una roca, quien le predice que su viaje le llevara a través del Bósforo cimerio pasando por las tierras de las Grayas y Gorgonas, los Arimaspos y los Grifos (cf. p. 742).[28] Algunos señalan que el mar de Jonia (entre Grecia y el sur de Italia) se llama así por ella, porque había visitado sus costas durante su viaje.[29]

Cuando Ío llega a Egipto, Zeus le devuelve su forma original y ella da a luz a un hijo, Épafo, junto a las riberas del río. Se puede explicar su nombre por el hecho de que Zeus devolvió a su madre su forma original mediante un toque (*epaphé*) de su mano, o porque la había dejado encinta con un toque de su mano.[30] Ío acabó identificada con la diosa egipcia Isis, aunque no hay evidencia de ello hasta época helenística, y su hijo Épafo fue identificado con Apis, el dios toro que recibía adoración en Menfis, como señala Heródoto.[31] En un mito relativamente tardío, inspirado en el mito egipcio de Isis y su búsqueda de Osiris perdido, se cuenta que los Curetes habían robado al niño Épafo a instancias de Hera, lo que había causado que la desdichada Ío volviera a ponerse en marcha: fue en su búsqueda en dirección norte, hacia Siria, hasta que lo descubrió por fin en Biblos, una ciudad costera al norte de Sidón, en donde lo cuidaba la mujer del rey. Los Curetes, que no parecen encajar bien con este papel, ya que fueron anteriormente los protectores del niño Zeus (cf. p. 119), aparecen seguramente en lugar de algunas divinidades egipcias. Se cuenta en este mito que Zeus los mató como castigo. Después de recuperar a su hijo, Ío regresó a Egipto, donde contrajo matrimonio con Telégono, el rey de los egipcios, que adoptó a Épafo como su sucesor.[32]

Los descendientes directos de Ío y la escisión del linaje de Ínaco

En la tradición griega, Épafo fue el gran fundador de ciudades de los primeros tiempos de Egipto. Es Píndaro quien hace referencia a este dato y habla de «las numerosas ciudades fundadas en Egipto por Épafo», e Higino nos informa, a su vez, de que Zeus le ordenó fortificar las ciudades de Egipto y reinar allí, y de que fundó Menfis, así como muchas otras ciudades.[33] Aunque Higino llama a su mujer Casiopea, se suele considerar por lo común que se casó con Menfis, una hija del Nilo, y de que fundó la gran ciudad del Bajo Egipto poniéndole su nombre.[34] Menfis le dio una hija que tiene mucha importancia como epónimo, Libia, quien dio su nombre a los territorios egipcios del oeste (un área mucho

mayor que la actual Libia).[35] Poseidón raptó a Libia y tuvo dos hijos con ella, Belo, que permaneció en Egipto y que sucedió a Épafo como rey, y Agénor, que marchó a Fenicia para fundar allí su propio reino.[36]

Es en este punto donde la historia de la familia de Ínaco se divide en sus dos ramas principales, ya que la familia real argiva se formará a partir de descendientes de Belo, mientras que los dos hijos de Agénor fundarán linajes reales nuevos en Creta y Tebas, cf. Tabla 4. Nos concentraremos en la rama familiar de Belo en este capítulo. Examinaremos en primer lugar cómo uno de sus hijos y todos sus nietos regresaron a su tierra ancestral en Argos. La historia de los descendientes de Agénor ocupará los capítulos VIII y IX. Como se ha dicho arriba, la familia directa de Agénor quedó dispersada después de que Zeus raptara a su hija Europa y la llevara a Creta. Él mandó a sus hijos a buscar a Europa, indicándoles que no volvieran antes de haberla encontrado, de modo que, al fracasar en su empresa, ninguno regresó (cf. p. 387). Su hijo más importante, Cadmo, dio origen a un linaje real en la Grecia central, después de fundar la ciudad de Tebas a instancia del oráculo de Delfos (cf. pp. 388 y ss.), mientras que Europa dio a luz a Minos y a otros hijos de Zeus en Creta, de modo que a partir de ella surgió la familia gobernante de la isla (cf. pp. 442 y ss.).[37]

Las Danaides huyen a Argos para escapar de sus perseguidores, los hijos de Egipto

Belo tiene tan sólo importancia genealógica. Su nombre es fruto de una helenización de la palabra semítica Baal (que quiere decir «señor»), un título que sólo se otorgaba a los dioses que presidían los cultos locales en Oriente medio. Accedió al trono de Egipto y contrajo matrimonio con Anquínoe, hija del Nilo, que le dio dos hijos, Dánao y Egipto.[38] A Cefeo y Fineo, el padre y el tío de Andrómeda (cf. pp. 319-320), se los considera también hijos de Belo en algunas versiones.[39] De acuerdo con el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, tuvo una hija llamada Tronía con la que Hermes tuvo un hijo: Árabo, el epónimo de los árabes.[40]

Egipto era, es evidente, el epónimo de los egipcios (*Aigyptoi* en griego). De acuerdo con Apolodoro, vivía en Arabia junto a su padre mientras que Dánao vivía en Libia, pero con el tiempo conquistó la tierra de los Melampodes (Piesnegros, quizá egipcios que no eran súbditos de su padre) y la llamó Egipto por su nombre. Tanto él como Dánao engendraron familias numerosas con diferentes mujeres, de un modo que parece más oriental que griego, Egipto tuvo cin-

cuenta hijos y Dánao cincuenta hijas, a las que se conocía como las Danaides. Los dos hermanos discutieron, al parecer porque Egipto quería que sus cincuenta hijos se casaran con ellas, una idea que no agradaba en absoluto a Dánao, dado que significaría que su familia pasaría a estar absorbida por la de su hermano, y su posición, en consecuencia, quedaría muy debilitada. De acuerdo con un fragmento conservado del *Danaís*, un poema épico arcaico consagrado a la leyenda de Dánao, las Danaides llegaron incluso a armarse y hacerse fuertes en las riberas del Nilo, con la intención de resistir a sus primos por la fuerza.[41] De acuerdo con una sugerencia de Atenea, Dánao intentó resolver la situación construyendo un barco con cincuenta remos y marchándose con él a Argos junto a sus hijas. Algunos indican que éste fue el primer barco con el que se pudo cruzar el mar y, aunque este honor se le atribuye más comúnmente a la nave *Argo* (cf. pp. 499-500), la leyenda de Dánao se sitúa en un período muy anterior dentro de la cronología mítica.[42] En otras narraciones de este viaje, a veces se afirma que había recibido un oráculo que le ponía en guardia y le avisaba de que moriría a manos de uno de los hijos de Egipto si se casaban con sus hijas.[43]

Después de detenerse en Lindos, en Rodas, donde las Danaides erigieron el templo de Atenea y su padre dedicó una estatua a la diosa,[44] llegaron a Argos, que estaba ahora bajo el mando de Gelanor, hijo de Estenelao. Como miembro principal de otra rama de la familia de los Ináquidas, Gelanor tenía pretensiones legítimas al trono, pero estuvo de acuerdo con abdicar a favor de Dánao, bien por voluntad propia, bien por obediencia a los dioses. Se recoge una versión local de la historia en la leyenda cultual que explicaba el origen del altar de Apolo *Lykaios* en Argos. Cuando Dánao llegó para reclamar el reino, los habitantes escucharon pacientemente sus argumentos y los de Gelanor, pero consideraron que el asunto estaba tan igualado que dejaron la toma de la decisión para el día siguiente. El asunto se resolvió gracias a una señal de los dioses: al alba del día siguiente un lobo atacó de repente un rebaño de ganado que se encontraba pastando fuera de los muros de la ciudad y mató al toro principal. Los argivos interpretaron esto como un portento que indicaba que el que acababa de llegar (representado por el lobo) desplazaría al gobernante (el toro). En la creencia de que Apolo había mandado el lobo (*lykos*), Dánao demostró su gratitud fundando un culto a Apolo *Lykaios* (Apolo de los lobos). Además fundó Larisa, la ciudadela de Argos, y dio su nombre a sus súbditos, que pasaron a llamarse «dánaos», en lugar de «pelasgos».[45]

Dánao incita a sus hijas a matar a los hijos de Egipto en la noche de bodas

Inasequibles al desaliento y no conformes con la marcha de sus primas, los hijos de Egipto llegaron enseguida a Argos para insistir en su petición. Su tono fue conciliatorio e invitaron a Dánao a deponer su enemistad y consentir una unión entre las dos familias. Él desconfió de sus intenciones y estaba resentido con ellos porque se había visto obligado a dejar atrás su reino. Los aplacó haciéndoles creer que estaba de acuerdo con las bodas y echó a suertes el reparto de sus hijas entre los novios. Cuando se acercó el momento de las bodas, repartió en secreto cuchillos a sus hijas y les dio instrucciones de asesinar a sus esposos mientras durmieran la noche de la boda. Todas le obedecieron con la única excepción de Hipermnestra (o Hipermestra), que salvó la vida a su esposo Linceo (cf. *infra*).[46]

Según Apolodoro, Atenea y Hermes purificaron a las Danaides de su crimen por orden de Zeus. Dánao, a continuación, las casó dándoselas como premio a los vencedores de una competición atlética.[47] La historia de la competición debe ser muy antigua, ya que Píndaro la conoce, y posiblemente el detalle de la purificación divina era también muy antiguo, ya que estaban obligadas a hacerlo si pretendían contraer matrimonio después de cometer tamaño crimen. Tal y como aparece en Píndaro, Dánao encontró nuevos esposos para 48 de sus hijas (a excepción de Hipermnestra y Amimone, cf. *infra*) antes del anochecer de ese mismo día, poniéndolas en fila detrás de la meta y haciendo que sus pretendientes corrieran por ellas. Los pretendientes, evidentemente, eligieron (quizá tocando a la novia preferida) según el orden en que llegaron a la meta.[48] En una versión posterior recogida por Pausanias, en la que la historia pierde su candor y adquiere un tono cómico, los jóvenes de la época no podían contraer matrimonio con las Danaides debido a su culpa hasta que Dánao se ofreció a entregarlas en matrimonio sin recibir dote a cambio. Cuando empezaron a acudir los pretendientes, aunque no eran muchos, organizó una carrera para determinar el orden en que elegirían a sus futuras novias y las que quedaron sin novio tuvieron que esperar a que llegaran más pretendientes y se organizara otra carrera.[49] De acuerdo con una célebre historia de la tradición posterior, las Danaides recibieron un castigo eterno en el mundo infernal: estaban obligadas a cumplir la imposible tarea de llenar de agua unos toneles agujereados, o de llenar una cisterna que perdía agua. Como ha sido apuntado, este castigo de llevar infructuosamente agua estaba en principio reservado para ilustrar la situación póstuma de aquellos que no se habían iniciado en los mis-

terios, y la tarea se vinculó a las Danaides en algún momento durante época helenística (cf. p. 173).[50]

Parece que, según la tradición local, la masacre tuvo lugar en Lerna, al sur de Argos, en donde los hijos de Egipto habían puesto su campamento. De acuerdo con Pausanias, que basa sus datos en el conocimiento directo de las tradiciones locales, los cuerpos de los hijos de Egipto fueron enterrados sin sus cabezas, dado que las Danaides los decapitaron para mostrar las cabezas a su padre como prueba de su acción.[51] El proverbio «una Lerna de males» se refería a que los hijos de Egipto habían recibido sepultura en ese lugar.[52] Cabe señalar que, excepto en una tradición de época bizantina,[53] se apunta que los cuerpos recibieron sepultura, en lugar de ser arrojados a los lagos de la zona (una acción que hubiera manchado las aguas). Apolodoro sugiere de modo excepcional que las Danaides enterraron las cabezas en Lerna y los cuerpos, con pompas fúnebres, ante su padre: cabe sospechar que aquí la inversión de la situación se debe a un error.[54]

Egipto, según se cuenta, permaneció en su tierra cuando sus hijos marcharon a Argos en persecución de las Danaides, pero el autor trágico ático Frínico lo representó como acompañante de sus hijos en el viaje a Grecia y Pausanias se hace eco de una historia semejante que se contaba en Patras. De acuerdo con una tradición local de esa ciudad, que está situada en la costa norte del Peloponeso, había viajado hasta Patras (entonces llamada Aroe) por el horror que le había causado la muerte de sus hijos y había sido enterrado allí en una tumba que se enseñaba en época histórica.[55]

Poseidón seduce a la danaide Amimone y tiene un hijo con ella, Nauplio

Sólo dos Danaides quedaron al margen del delito de asesinato, Hipermnestra, que salvó la vida de su marido, y Amimone, que no podía casarse, ya que se había quedado encinta antes de los hechos en las siguientes circunstancias. Cuando llegó a Argos, Dánao se encontró con que faltaba agua y mandó por tanto a sus hijas a buscar otras fuentes. Amimone había recorrido los territorios de Lerna, en la costa del golfo Argólico, unas cuantos kilómetros al sur de la ciudad de Argos. En contraste con la mayor parte de la Argólide, que era notablemente seca, ésta era una región bien regada que todo el año tenía arroyos, riachuelos y lagunas. Se decía que tal profusión de agua se debía a Amimone (o al menos, en parte), ya que se había encontrado con Poseidón allí y él le había recompen-

sado por sus favores creando un manantial de manantiales con un golpe de su tridente. En todas las versiones más completas aparece un sátiro, pues siguen la de Esquilo, que compuso una comedia satírica sobre Amimone para cerrar su trilogía de las Danaides. En el transcurso de su viaje, Amimone arrojó su lanza a un ciervo, pero el tiro falló y la lanza golpeó a un sátiro que estaba allí dormido. Él se despertó e intentó violarla, pero Poseidón intervino salvándola: aterrorizó al sátiro y comenzó a seducirla. A continuación, la recompensó revelándole el lugar en el que estaban las fuentes de Lerna o creándolas para ella.[56] Una versión un poco diferente narra cómo el sátiro se dispone a violarla cuando yace exhausta por la sed, Poseidón aparece, le arroja su tridente y lo asusta, pero el tridente se queda clavado en una roca. Después de ganar sus favores, le dijo que sería recompensada si extraía el tridente de la roca: entonces tres fuentes de agua manaron cuando lo sacó (una por cada diente).[57] Esta leyenda explicaba el origen de la fuente de Amimone en Lerna, de la que surgía un arroyo notable con el mismo nombre.

Con la creación de esta nueva fuente de agua, Poseidón reparó parcialmente la privación de agua en la que había dejado sumida a Argos tiempo ha, cuando Hera le ganó en el certamen por esa tierra (cf. p. 154). Lerna estaba ricamente provista de agua, porque abastecían sus fuentes canales subterráneos que venían de Arcadia. Había lagunas que eran importantes en la mitología por ser el hogar de la hidra de Lerna (cf. p. 340) y un lago sin fondo que comunicaba con los infiernos (cf. p. 161).[58] Se creía que Amimone había descubierto también un pozo en la ciudad de Argos, como también hicieron otras tres de sus hermanas. A este respecto, los servicios que prestaron las Danaides aparecen extensamente mencionados en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo.[59]

Como resultado de su relación con Poseidón, Amimone dio a luz a un hijo, Nauplio (Marinero), que fundó la ciudad de Nauplia (después Nauplion) en la punta nororiental del golfo Argólico.[60] Empleó esta ciudad, que era el puerto marítimo de Tirinto, como base durante su larga andadura como navegante. Sus leyendas entran en dos clases de grupos, aquellas en las que los reyes le pedían que dispusiera de sus hijas por diferentes razones (pp. 464 y 700) y aquellas en las que se enfrentaba a los griegos que habían luchado en Troya (cf. pp. 626 y 628) para vengar la muerte de su hijo Palamedes (cf. p. 594). Los autores antiguos relacionan todas estas historias con la misma persona, incluso a pesar de que esto signifique que hubo de vivir durante muchas generaciones. Apolodoro se hace eco de ello señalando que su vida fue longeva (*makrobios*, quizá un privilegio que le concedió su divino padre, como en el caso de Sarpedón, cf. p. 457). Apolonio y

otros autores siguientes hacen mención de un Nauplio posterior, que era descendiente del anterior cinco generaciones después, pero sólo como un avezado navegante que viajó junto a los Argonautas.[61] No hay indicación en las fuentes de las que disponemos de que el Nauplio que se enfrentó a los griegos después de la guerra de Troya estuviera identificado con este otro Nauplio, hijo de Clitoneo, en lugar de con el antiguo hijo de Poseidón y Amimone.

En los *Nostoi*, un poema épico antiguo acerca del ciclo troyano, la esposa de Nauplio era una mujer llamada Filira, pero en la tragedia y en las fuentes posteriores es siempre Clímene, hija de Catreo, rey de Creta.[62] Para la historia que narra las circunstancias de su matrimonio, cf. p. 464. La pareja tuvo un hijo muy importante, Palamedes, un ingenioso inventor que encontró una muerte ignominiosa en Troya a causa de las maquinaciones de Odiseo (cf. pp. 593-595) y otros dos hijos más desconocidos, Éax (cf. p. 595) y Nausimedonte.[63]

La danaide Hipermnestra salva la vida a su esposo Linceo y le da un hijo

La única danaide cuyo matrimonio duró más que el día de la boda fue Hipermnestra, que salvó la vida a su esposo, porque estaba agradecida a él por no haberla forzado durante la noche de bodas, o porque inmediatamente se enamoró de su marido.[64] Cuando se enteró del plan de Dánao, Linceo se marchó a Lircea, un lugar en lo alto de una colina unos cuantos kilómetros al noroeste de Argos, y encendió una luz para que Hipermnestra supiera que había logrado escapar sano y salvo. Ella encendió otra en Larisa, la acrópolis de la ciudad de Argos, para responderle que también ella se encontraba a salvo. Esta leyenda explica el origen de una festividad anual de linternas que se celebraba en Argos.[65] Dánao se enfureció tanto con la desobediencia de Hipermnestra que la encerró, o incluso llegó tan lejos que la sometió a juicio, pues consideraba que había puesto su propia vida en peligro dejando escapar a Linceo y que había cometido el peor yerro contra sus hermanas y su padre al no tomar parte en el crimen. No obstante, los ciudadanos de Argos la absolvieron y conmemoraron su victoria levantando una estatua de Afrodita *Nikephoros* (la que otorga la victoria) en la ciudad y un santuario a Ártemis *Peitho* (Persuasiva).[66] La ira de Dánao se fue aplacando con el tiempo y al final aceptó tener a Linceo como yerno y heredero.[67] En otra versión no tan suave, Linceo se tomó la justicia por su mano y dio muerte a Dánao.[68] Sucedió a Dánao como rey y, a su vez, fue su hijo Abante el que le sucedió en el cargo, quien tenía partes iguales de la sangre de Dánao y Egipto.[69]

Se contaba que Linceo se encontraba en el templo de Hera en Argos cuando Abante llegó con la noticia de la muerte de Dánao. Cuando buscó a su alrededor para dar un regalo a su hijo en conmemoración del momento, sus ojos se posaron en un escudo que Dánao había llevado durante su juventud y que había dedicado en el templo con el paso del tiempo. Lo cogió y se lo entregó a Abante, asimismo fundó los juegos quinquenales conocidos como el Escudo de Argos, en los que los vencedores recibían un escudo como trofeo.[70] Los escudos eran característicos de Argos, pero los mitógrafos no se ponen de acuerdo en si los típicos escudos redondos eran invención del propio Dánao o de su nieto Abante, o de sus bisnietos Preto y Acrisio.[71] Se podía ver la tumba de Dánao en la plaza de Argos, cerca de las tumbas de Linceo e Hipermnestra.[72] Abante contrajo nupcias con Aglaya, hija de Mantineo, que le dio dos hijos, Preto y Acrisio.[73] Algunos autores identifican a este Abante con el gobernante eubeo del mismo nombre (cf. p. 670) y explican que este hijo de Linceo dejó atrás Argos para conquistar Eubea.[74]

Preto y Acrisio, los hijos gemelos de Abante, dividen el reino

En el mito y el folclore los hermanos gemelos suelen presentarse como los mejores amigos o como los enemigos más acérrimos. Preto y Acrisio lucharon entre sí incluso dentro del vientre de su madre y después de la muerte de su padre se enfrentaron por el reino, no dudando en echar mano a las armas para dirimir el conflicto.[75] De acuerdo con la tradición local de la Argólide, trabaron combate unos cuantos kilómetros al este de Argos, en el camino a Epidauro, pero sus ejércitos estaban tan igualados que se vieron obligados a negociar la paz. Acrisio entonces, como primogénito, se quedó con Argos, capital antigua, mientras que Preto fundó un nuevo centro de gobierno en Tirinto, una colina pedregosa en la llanura argiva unos pocos kilómetros al sur de Argos. En tiempos históricos se señaló el lugar de la batalla con un monumento en forma de pirámide con relieves esculpidos con escudos argivos en sus lados. A menudo se decía que fueron los hermanos quienes inventaron estos escudos redondos durante su enfrentamiento, y que estaban hechos de madera o de bronce. Se conmemoraba esta batalla en un festival anual en Argos conocido como las Daulias.[76]

En una versión más elaborada, la de Apolodoro, Preto habría resultado vencido y expulsado por Acrisio, que dio su conformidad al compromiso de paz mencionado antes sólo cuando su hermano descompensó la igualdad de ambos

ejércitos mediante refuerzos extranjeros. Tras marchar al exilio, encontró refugio con Yóbates, rey de Licia, en el extremo suroeste de Asia Menor. Yóbates le entregó a su hija Estenebea en matrimonio y además le ayudó en su intento de recuperar su tierra con una tropa de guerreros licios. Con la colaboración de sus nuevos aliados, Preto se hizo fuerte en la Argólide ocupando la colina de Tirinto y obligó a su hermano a compartir el reino con él. Preto gobernó en Tirinto (para cómo los Cíclopes le fortificaron la ciudad, cf. p. 109), mientras que Acrisio se mantuvo en Argos.[77] Preto tenía contactos con Licia desde mucho tiempo atrás, dado que en la *Ilíada* se menciona que su esposa (allí llamada Antea) era la hija de un rey licio.[78] Una oda de Baquílides nos suministra la versión más antigua de esta guerra entre Preto y Acrisio, en ella se cuenta cómo el denodado enfrentamiento entre los dos gemelos fue causa de tal desgracia para el pueblo de Argos que, finalmente, éste perdió la paciencia y los obligó a dividir la tierra en dos.[79]

Preto fue el padre de un hijo varón, Megapentes, fruto de su matrimonio con Estenebea, y de tres hijas, Lisipe, Ifínoe e Ifianasa.[80] Durante su reinado en Tirinto, se vio envuelto en dos desgraciados episodios. En primer lugar, ofreció refugio a Belerofonte, un exiliado de Corinto, pero protagonizó una acción deshonrosa cuando su esposa acusó en falso al joven de intentar violarla, después de que él rechazara las proposiciones de ella. Aunque Preto lo mandó a la tierra de su suegro en Licia, con un mensaje en el que se pedía que debían matarlo, se salvó después de superar diversos peligros (cf. *supra* pp. 561-563).[81] Se cuenta que regresó entonces a Tirinto para vengarse de Estenebea (cf. p. 563). En otra ocasión sus tres hijas se volvieron locas (junto a otras mujeres de su misma tierra según otra versión) y el rey tuvo que llamar en su ayuda al gran adivino Melampo, que pidió a cambio una parte del reino para él y para su hermano Bias (cf. pp. 555-556). Este episodio tuvo sus consecuencias ya que Melampo y Bias fundaron asimismo linajes reales, lo que introdujo nuevos problemas en el reino de la Argólide. Preto puso a su hijo el nombre de Megapentes (Gran dolor) en conmemoración de la angustia que había sufrido con la locura de sus hijas.[82] Megapentes sucedió a su padre en el reino, pero con el paso del tiempo se lo cambió a Perseo, el nieto de Acrisio (cf. p. 321). Continuaremos con la historia de descendientes de Preto, así como de los nuevos linajes surgidos de Melampo y Bias, en conexión con las Guerras Tebanas en el capítulo IX (cf. pp. 416 y ss. y 435 y ss.).

Dánae y Zeus engendran a Perseo y Acrisio la expulsa con su hijo

El otro gemelo, Acrisio, contrajo matrimonio con Eurídice, hija de Lacedemón, rey de Esparta, que le dio una hija, Dánae, pero ningún varón. Cuando consultó al oráculo de Delfos sobre la posibilidad de un heredero, se le comunicó que jamás engendraría un varón, pero su hija daría a luz un hijo que lo mataría a él. Esperando evitar que tuviera contacto alguno con hombres, construyó para ella una cámara subterránea de bronce en el patio del palacio y la dejó allí encerrada en compañía de su nodriza.[83] En una versión diferente, que aparece por primera vez en Horacio y Ovidio, el lugar de su presidio fue una torre de bronce.[84] Todas sus precauciones se frustraron, dado que Zeus se enamoró de ella y se coló por el tejado asumiendo la forma de una lluvia de oro y dejándola embarazada de un poderoso vástago: Perseo.[85]

Al escuchar el sonido de la voz de Perseo mientras jugaba en la cámara subterránea a la edad de tres o cuatro años, Dánao envió a sus criados para que investigaran y sacaron a la superficie a Dánae junto a su hijo y su nodriza. El rey sentenció a muerte a la nodriza y arrastró a Dánae al altar de Zeus *Herkeios* (del Patio) para preguntar sobre el origen del muchacho. Cuando ella dijo que había sido Zeus, él se negó a creerla, la encerró en una cesta junto a su hijo y los arrojó al mar.[86] En una versión diferente, que debe ser muy antigua si la atribución a Píndaro es correcta, Dánae engendró a Perseo después de haber sido seducida por su tío Preto (una narración que está evidentemente forjada para explicar por qué los dos hermanos terminaron enfrentados).[87]

La cesta anduvo errante sobre las aguas en dirección al este, a través del mar Egeo hasta Sérifos, una isla de las Cícladas. En los emocionantes versos de Simónides, Dánae entona un triste lamento para su hijo mientras, en la oscuridad, son llevados por el viento a través del mar en su pequeño arcón de clavos de bronce.[88] Cuando llegaron a tierra recibieron un trato cordial, dado que Dictis, el hermano del rey de Sérifos, se los llevó a casa después de que la cesta quedara enganchada en sus redes de pescar o varada en la costa. Generalmente, se dice que Dictis y su hermano (o hermano a medias) Polidectes son hijos de Magnes, hijo de Eolo (cf. p. 565), aunque Ferécides los cuenta entre los hijos de un tal Perístenes, descendiente de Nauplio. Perseo recibió crianza y educación de Dictis, que los trató a él y a su madre como si pertenecieran a su propia familia, y todo trascurrió tranquilamente hasta que el rey vio un día a Dánae y se enamoró de ella.[89]

El rey de Sérifos manda a Perseo cortar la cabeza de la gorgona

Puesto que Polidectes era un hombre de un carácter muy distinto al de su noble hermano, estaba determinado a ganarse los favores de Dánae por los medios que fueran, pero se dio cuenta de que sería difícil mientras que su formidable hijo, que ya había crecido, la protegiera. Entonces envió a Perseo una misión muy peligrosa. Hizo público que iba a contraer matrimonio con Hipodamía, hija de Enómao, y que quería recibir las aportaciones a la dote que debía pagar a su futuro suegro, invitó a los hombres principales de la isla, incluido a Perseo, a un *éranos* (una clase de fiesta en la que los invitados debían hacer una aportación). Cuando Perseo le preguntó qué tipo de aportación esperaba de él, le dijo «un caballo» (un animal muy valioso en aquellos tiempos) y el joven exclamó entonces que no le negaría nada, ni siquiera la cabeza de la gorgona. Al día siguiente, cuando todos los contribuyentes llegaron con sus caballos, Polidectes rechazó el que traía Perseo como regalo y le tomó la palabra pidiéndole como presente la cabeza cortada de la gorgona. El rey sabía que la gorgona era tan horrible que todo aquel que la miraba acababa convertido en piedra, de modo que esperaba librarse así de Perseo para siempre.[90] Es característico de estos cuentos que sea el héroe el que proponga su prueba, como pasará con Jasón (cf. p. 498). Aunque muy a menudo se dice en las versiones más tardías que Perseo (de quien se esperaría una notable pobreza) no podía aportar un caballo, no hay mención de este dato en las fuentes antiguas. Quizá la idea surgiera de una interpretación errónea de la narración que hace Apolodoro.[91]

Desesperado por lo apurado de su situación, Perseo se retiró a la parte más remota de la isla para dar vueltas al asunto. Hermes cayó en la cuenta de su desesperación y le conminó a tener coraje después de escuchar su historia. Hermes y Atenea se unieron a él para conducirlo hasta la presencia de las hermanas de las Gorgonas, las Grayas (las Viejas), que podían darle información muy valiosa para su misión. Perseo se apoderó del diente y del ojo que las tres hermanas compartían (cf. pp. 101-102) y las obligó a revelar el camino para llegar hasta unas ninfas que podían suministrarle las herramientas necesarias para cumplir su tarea: unas sandalias aladas que le llevaran por los aires hasta la guarida de las Gorgonas en el confín de la tierra, el gorro de Hades que le haría invisible mientras se apoderaba de la cabeza de la gorgona y un morral metálico (*kibisis*, una palabra que no aparece en ningún otro contexto) para guardar la cabeza tras haberla cortado. Después de que la ninfas le suministraran estos objetos y de que Hermes le diera una hoz de adamantio (*harpê*), Perseo voló más

allá del Océano en compañía de Atenea y Hermes y llegó a hurtadillas hasta el lugar en el que las Gorgonas dormían (sobre las Gorgonas, cf. pp. 101-103).

Los dos dioses le advirtieron de que apartara la mirada mientras le cortaba la cabeza a la gorgona y le dijeron que era a Medusa a quien debía atacar, dado que sus otras dos hermanas eran inmortales. Se acercó a Medusa, le cortó la cabeza, la puso en la *kibisis* y se fue a toda velocidad, escapando con éxito de las otras dos hermanas, que se lanzaron en su persecución pero fueron incapaces de dar con él, dado que llevaba puesto el gorro de la invisibilidad. Ésta es la versión de Ferécides, que tiene su origen en la épica antigua. En las narraciones posteriores, se cuenta que Atenea dirigió su mano mientras cortaba la cabeza y que él, para cumplir su tarea, se ayudó de la superficie pulida de su escudo de bronce como si fuera un espejo. Dado que Medusa estaba encinta de Pegaso y Crisaor, dos hijos que había concebido de Poseidón (cf. pp. 103-104), éstos salieron de su cuello cuando la cabeza fue seccionada.[92] En una versión completamente distinta que se da en las *Fórcides* de Esquilo, las Grayas actuaban como guardianas de sus hermanas, pero Perseo evitó que pudieran cumplir con su cometido de vigilar robándoles el único ojo que tenían y arrojándolo al lago Tritónide.[93]

Perseo rescata a Andrómeda de un monstruo marino y se venga del rey de Sérifos

Mientras Perseo volaba de vuelta con su trofeo, pasó por el reino de Cefeo, hijo de Belo o Fénix, en Etiopía (o Fenicia), y se dio cuenta de que una muchacha de una belleza maravillosa estaba encadenada a una roca en la costa marina. Era Andrómeda, una princesa de esa tierra, que había sido así expuesta como presa para el monstruo marino debido a una indiscreción que había cometido su madre, Casiopea. La insensata reina había proclamado que era más hermosa que las Nereidas, lo que había enfurecido no sólo a las ninfas marinas, sino también al propio Poseidón, que respondió mandando una inundación y un monstruo marino contra esa tierra. Cuando el oráculo de Ammón (en el oasis de Siwa, en el desierto de Libia) declaró que la calamidad no terminaría hasta que la hija de Casiopea fuera entregada al monstruo, el rey la ató a una roca en la costa por la presión que ejerció el pueblo. Perseo se enamoró de ella a primera vista, y prometió matar al monstruo si ella aceptaba casarse con él. En una versión un tanto distinta, él se dirigió a su padre, Cefeo, y consiguió una promesa

equivalente. Entonces mató al monstruo con su espada o con su hoz (o le volvió de piedra mostrándole la cabeza de la gorgona).[94]

Cuando reclamó a su novia, se encontró con algunas dificultades, ya fuera porque sus padres no querían entregársela a un extranjero con incierto provenir,[95] o porque ya estaba prometida a Fineo (o a Agénor), hermano de Cefeo. Logró vencer los escrúpulos de sus padres; o en último caso, convirtió en piedras a Fineo (o a Agénor) y a sus amigos con la cabeza de la gorgona, después de saber que tramaban matarlo;[96] o los venció con sus armas cuando trataron de arrebatarle a Andrómeda durante la fiesta nupcial.[97] Después de pasar un año, o un tiempo semejante, en el palacio de su suegro, Perseo marchó a Sérifos con su esposa. Dado que Cefeo no tenía heredero, la pareja, antes de marchar, le permitió adoptar a su primer hijo, Perses, que estaba destinado a dar su nombre a los persas.[98]

En la tradición helenística y en la posterior, se decía que Perseo había provocado la aparición del monte Atlas mientras pasaba por el norte de África con la cabeza de la gorgona. De acuerdo con la versión atribuida a Poliido, un poeta lírico del siglo IV a. C., un pastor libio llamado Atlas intentó cortarle el paso, a lo que el héroe respondió petrificándolo con la cabeza de la gorgona. Según la versión de Ovidio, en la que Atlas es un rey local de medidas gigantescas que tiene un gran rebaño de ovejas, Perseo le preguntó si podía descansar una noche en su tierra, identificándose como hijo de Zeus. Pero Atlas se lo impidió por eso mismo, ya que una profecía le había advertido de que un hijo de Zeus le robaría las frutas de oro de un árbol maravilloso que poseía.[99] Esta profecía se refiere a las manzanas de las Hespérides, que robaría otro hijo de Zeus, Heracles (cf. p. 354). De acuerdo con otra narración, las venenosas serpientes de Libia nacieron de las gotas de sangre que caían de la cabeza de la gorgona mientras que Perseo volaba sobre esa tierra.[100]

Cuando llegó a Sérifos, Perseo se encontró con que su madre y su benefactor Dictis habían buscado refugio en los altares para escapar a la violencia del rey. De modo que entró en palacio e invitó a Polidectes a reunirse con sus amigos (o con los pobladores de la isla en general). Cuando estaban todos juntos, les enseñó la cabeza de la gorgona, de modo que todos se convirtieron en piedra, cada uno en la postura en la que se encontraba en ese momento.[101] Cabe señalar que la isla era célebre por sus rocas. En otra versión, Perseo enseñó la cabeza a Polidectes cuando el rey lo acusó de mentir y negando que hubiera sido capaz de dar muerte a la Medusa.[102] Ahora que su madre se encontraba a salvo, Per-

seo puso a Dictis en el trono en lugar del tirano muerto y entregó el morral, las sandalias aladas y el gorro de Hades a Hermes (o a Atenea) para que se los devolvieran a las ninfas. La cabeza de la gorgona se la dio a su divina ayudante, Atenea, que la prendió en el centro de su égida (cf. p. 118).[103]

Píndaro alude a una versión en la que Polidectes fuerza a Dánae a casarse con él antes de que su hijo regrese para salvarla.[104] Higino se hace eco de una narración bastante rara de la leyenda de Perseo y Dánae en la que Polidectes se convierte en benefactor de la madre y del hijo en lugar de en su enemigo y no aparece mención alguna a la búsqueda de la cabeza de la gorgona. Cuando se encuentra con Dánae y con Perseo en la cesta, Dictis los lleva al momento ante de su hermano, que contrae matrimonio con Dánae y determina que el niño sea criado en el templo de Ártemis. Cuando Acrisio se entera de su fortuna y marcha en su búsqueda, aparentemente años después, Polidectes intercede por ellos y Perseo, por su parte, jura solemnemente que jamás hará daño a su abuelo. Sin embargo, mientras Acrisio se encuentra varado en Sérifos a causa de una tormenta, Polidectes muere y Perseo mata por accidente a su abuelo con un disco (como en la historia más habitual, vid. *infra*) durante los juegos fúnebres por el rey muerto. A continuación viaja a Argos para reclamar su herencia.[105]

Perseo mata accidentalmente a su abuelo Acrisio y funda Micenas

Después de sus aventuras en Sérifos y en los confines del mundo, Perseo no quiere sino asentarse en su ancestral tierra natal. Emprende rumbo a Argos con su esposa y su madre, esperando reunirse con su abuelo al llegar allí. Acrisio escucha que están de camino y viaja a Larisa, en Tesalia, temeroso de que Perseo le mate como predijo el oráculo. Cuando Perseo se entera de ello, confía a su madre y a su esposa a su abuela Eurídice y se dirige a Tesalia para convencer a su abuelo de que no alberga intención de hacerle daño. Mientras que ambos se encuentran en Larisa, el rey de la ciudad, Teutámides, convoca unos juegos fúnebres en honor de su padre. Perseo pretende demostrar su habilidad con el disco (que supuestamente era invención suya) y en uno de sus lanzamientos hiere accidentalmente en el pie a su abuelo, herida que le provoca la muerte.[106] En otra versión, se encuentra por casualidad en Larisa con su abuelo cuando se dirigía allí a competir en los juegos.[107] El oráculo se cumple como consecuencia de este accidente deportivo y Acrisio recibe sepultura fuera de Larisa, donde se podía ver su mausoleo heroico en época histórica.[108]

Avergonzado de heredar el reino de su abuelo después de haberle causado la muerte, Perseo se dirige al encuentro de Megapentes, hijo de Preto, que gobernaba entonces en Tirinto y le propone cambiar su reino por el anterior reino de Acrisio, cuya capital es Argos. En lugar de establecer su palacio en Tirinto o en Midea, que también se encontraba en el territorio que había conseguido con el intercambio, Perseo funda un nuevo centro en el norte, en Micenas.[109] De acuerdo con una narración, la borla en la vaina (*mykos*) de su espada se había caído en cuanto había llegado al lugar y ésa había sido la señal que le había movido a fundar la ciudad allí. Otra cuenta que eligió ese nombre porque estaba sediento cuando llegó al lugar y manó un manantial de agua refrescante cuando tiró de una seta (*mykos* de nuevo)que había en la tierra.[110] En relación a esta última, cabe señalar que en las ruinas de la ciudad en época histórica se enseñaba una fuente conocida como Persea.[111] Perseo invitó a los Cíclopes a que construyeran los enormes muros «ciclópeos» que aún se pueden ver en Micenas y, además fortificaron Midea para él.[112] La única aventura que se recuerda de Perseo en los años siguientes es una extraña historia en la que rivaliza con Dioniso y las mujeres del mar (cf. p. 238).

Los hijos de Perseo y Andrómeda: el exilio de Anfitrión y Alcmena

Andrómeda tuvo cinco hijos con Perseo durante sus años en Micenas: Electrión, Esténelo, Alceo, Méstor y Heleo y también una hija que recibió el nombre de Gorgófone (Matadora de la gorgona) en memoria de la gran hazaña de su padre.[113] Gorgófone se casó por primera vez con Perieres, rey de Mesenia (cf. p. 549) y luego con Ébalo, rey de Esparta. Se decía que era la primera mujer que había vuelto a contraer nupcias después de la muerte de su esposo.[114]

Los hijos y descendientes inmediatos de Perseo resultan de gran interés en relación con los orígenes y la vida del más importante de sus descendientes, Heracles. Electrión, que era en un origen el más fuerte de sus hijos, le sucedió como rey de Micenas y reinó allí hasta que resultó muerto en un extraño accidente a manos de su sobrino, Anfitrión, el hijo de su hermano Alceo. Considerando que esto le daría una oportunidad para progresar, otro hijo de Perseo, Esténelo, se hizo con el poder y expulsó a Anfitrión del reino bajo la acusación de asesinato. Así que Anfitrión se marchó a Tebas, donde se asentó en compañía de Alcmena, la hija Electrión. Después de yacer con Zeus y con Anfitrión en la misma noche, Alcmena dio a luz a dos gemelos, a Heracles de Zeus y a otro inferior de su esposo. Por tanto, Heracles nació y creció en el exilio, mientras que otros hombres inferiores a él,

en primer lugar Esténelo y después su hijo Euristeo, gobernaban en el reino de Perseo (o al menos en la parte más próspera de éste). La intención de Zeus, sin embargo, era que su hijo se convirtiera en el gran rey de Argos, pero Hera le engañó para asegurarse de que Euristeo (que había nacido, más o menos, a la vez que Heracles) se hacía con el poder en lugar de Heracles.

Esta cadena de acontecimientos arrancó en primer lugar cuando Electrión se vio envuelto en problemas con los descendientes de su hermano Méstor y pidió ayuda a su sobrino Anfitrión. Méstor y su esposa, Lisídice, hija de Pélope, tenían una sola hija, Hipótoe, que fue raptada por Poseidón y llevada a las islas Equínades, al norte del golfo de Corinto. Ella le dio un hijo, Tafo (o Tafio), el epónimo de la isla de Tafos, que fundó el linaje real que gobernó en esas islas. Los habitantes recibieron el nombre de tafios o telebeos: los mitógrafos explicaban este último gentilicio mediante una etimología falsa, en la que afirmaban que había sido el propio Tafo el que se lo había dado a los habitantes de esas islas ya que había «ido lejos» (*telou ebe*) desde su tierra natal de Argos. Pterelao, el hijo y heredero de Tafo, tuvo seis hijos que navegaron hasta la Argólide en época de Electrión para reclamar el trono de Micenas, en la idea de que les pertenecía legítimamente como descendientes del perseida Méstor.[115]

No hace falta decir que esta historia es casi una aberración cronológica, por lo que supone el hecho de que los tataranietos de Perseo llegaran a verse envueltos en una disputa con un hijo de Perseo. El linaje de los telebeos era en origen independiente del de los perseidas y esta inconsistencia cronológica se introdujo cuando se les terminó por considerar una rama de la familia de Perseo. En otra versión, que reduce el linaje telebeo en, al menos, una generación, Pterelao era el hijo que había tenido Hipótoe después de haber sido raptada, y, por su parte, había sido el padre de dos hijos, Tafio y Teléboas, que presentaron sus pretensiones al reino de Electrión.[116]

Cuando Electrión se negó a reconocer que los hijos de Pterelao tuvieran legítimas pretensiones sobre su reino, comenzaron a robarle su ganado. Surgió entonces una pelea encarnizada entre los hijos de Electrión, que resultaron todos muertos, excepto Licimnio, que era demasiado joven para tomar parte en la lucha, y los hijos de Pterelao, que resultaron también todos muertos, excepto el que estaba como guardián de los barcos. Los supervivientes escaparon con el ganado y se lo confiaron a Políxeno, el rey de los eleos en el oeste del Peloponeso.[117] Cuando se enteró del destino de sus hijos, Electrión comenzó a preparar una expedición de castigo contra los telebeos e invitó a su sobrino Anfitrión a hacerse cargo de la adminis-

tración del reino durante el tiempo en que estuviera ausente. Puso a su hija Alcmena a cargo de su sobrino y le hizo jurar que no la tocaría hasta que él volviera. Sucedió, sin embargo, que Electrión no llegó a partir para la guerra, según era su deseo y Anfitrión recuperó el ganado robado pagando un rescate a Políxeno. Cuando estaban descargándolo, tiró su maza para detener a una vaca que se había desbocado. La maza rebotó en sus cuernos y golpeó a Electrión, que murió al instante. En la versión que da el *Escudo* atribuido a Hesíodo, se peleó con su tío a causa del ganado por alguna razón y lo mató en un arrebato de ira. Sean cual sean las circunstancias de la muerte, Esténelo se sirvió de ella para expulsar a Anfitrión y hacerse con el trono de Micenas, Tirinto y Midea, los principales centros del antiguo reino de Perseo.[118] Gobernó en Micenas desde entonces en adelante y dejó el trono a su hijo Euristeo, que vivió libre de cuitas hasta que el oráculo de Delfos señaló a Heracles que viajara a la Argólide para llevar a cabo doce trabajos a sus órdenes.

Incluso si había cierta división de poder en un primer momento entre los hijos de Perseo, parece que Esténelo se hizo con el control de todo el territorio y las ciudades, o de su mayor parte, que habían sido gobernadas por Perseo, incluidas Tirinto y Midea. La importancia de su hijo y heredero, Euristeo, para el mito reside sólo en su relación con Heracles, cuya vida e historia serán el centro del próximo capítulo. Aunque Heracles nació en el extranjero y pasó la mayor parte de su vida en el exilio, se vio obligado a cumplir los doce trabajos por orden de Euristeo, lo que le llevó a residir en la Argólide durante un tiempo (cf. pp. 334 y ss.). Se consideraba, por lo común, que Euristeo era malvado y cobarde (cf. p. 338), al igual que Heracles era noble y valiente. Después de la muerte de Heracles, Euristeo intentó librarse de cualquier amenaza futura por parte de los hijos del héroe y sus descendientes, los Heraclidas, intentando matarlos (cf. p. 377), pero fue él quien resultó derrotado y muerto. A continuación, los Heraclidas invadieron el Peloponeso para apoderarse de su reino y de otros territorios. Sucedió por voluntad de los dioses que los Heraclidas no lograron su misión hasta bastante tiempo después de la guerra de Troya, ya que se vieron obligados a retirarse después de un primer intento de invasión o los frenaron en el Istmo de Corinto (cf. p. 378). Los habitantes de Micenas, por su parte, recibieron un oráculo que les puso en guardia y les animaba a elegir a un miembro de una familia diferente, los Pelópidas, como nuevo gobernante. Por ello el reino pasó a Atreo, hijo de Pélope, y continuó bajo el poder pelópida hasta que su bisnieto Tisámeno, fue derrocado por los Heraclidas cuando consiguieron su objetivo de invadir el Peloponeso (cf. pp. 650 y ss.). Nos ocuparemos del interludio de poder de los Pelópidas en Micenas, junto a otras cuestiones, en el capítulo XIV.

Capítulo VIII
La vida de Heracles y el retorno de los Heraclidas

El nacimiento de Heracles y sus primeros años en Tebas

Anfitrión llega con Alcmena a Tebas y organiza una campaña contra los telebeos

Aunque Heracles era un argivo descendiente del linaje de Perseo, nació en el extranjero, en Tebas, después de que su padre putativo Anfitrión partiese al exilio con su madre Alcmena. Como se describió al final del capítulo anterior, Anfitrión fue enviado al exilio por su tío Esténelo por haber matado a su otro tío (accidentalmente según el relato habitual) Electrión, rey de Micenas, y Alcmena, la hija de Electrión, que ya se había prometido a él en matrimonio, le acompañó a su nuevo hogar, al igual que Licimnio, el único superviviente de los hermanos de ésta. El resto de sus hermanos habían sido asesinados por invasores telebeos poco antes de la muerte de su padre (cf. p. 322 para conocer las circunstancias). Creonte, por entonces regente de Tebas, purificó a Anfitrión del homicidio y le dio la bienvenida a su ciudad. Aunque Anfitrión presionaba entonces a Alcmena para que se casase con él (o para consumar su matrimonio si ya estaban casados), ella proclamó que no le aceptaría en su lecho hasta que hubiese clamado venganza ante los telebeos por la muerte de sus hermanos.[1] De manera que Anfitrión ultimó de inmediato una campaña contra los telebeos, que vivían en un grupo de islas junto a la entrada del golfo de Corinto; su próxima ausencia proporcionaría a Zeus una oportunidad idónea para abordar a Alcmena y engendrar a su hijo Heracles.

Cuando Anfitrión pidió a Creonte que le prestase ayuda en su expedición, el rey prometió luchar como su aliado a condición de que primero librase a los tebanos de los ataques del zorro de Teumeso, un enorme y feroz zorro que había establecido su guarida en el monte Teumeso, a unas cinco millas al nordeste de Tebas. El zorro había sido enviado por los dioses para devastar el país y supo-

nía un problema de enorme dificultad, pues estaba destinado a no ser cazado jamás. Sabiendo que Céfalo, hijo de Deyoneo, tenía un perro cuyo destino era dar siempre caza a su presa (cf. p. 485 para conocer su origen), Anfitrión le visitó en su casa del Ática y le pidió que le permitiese utilizarlo contra el zorro a cambio de una parte del botín de la guerra que se avecinaba. Según otra versión, Céfalo estaba ya en Tebas, a donde había ido para purificarse tras haber matado accidentalmente a su esposa Procris, y había traído el perro con él. En cualquier caso, Céfalo aceptó la petición de Anfitrión y tuvo lugar una situación paradójica cuando una bestia destinada a cazar siempre su presa fue enviada a perseguir a otra cuyo destino era no ser cazada jamás.[2] Zeus se vio obligado a intervenir y resolvió el problema admirablemente convirtiendo a los dos animales en piedra, para que, de este modo, el perro nunca fracasase en la caza y el zorro nunca fuese cazado. En una versión posterior de la literatura astronómica, que más bien estropea la historia, convirtió al zorro en piedra pero envió al perro al cielo para transformarlo en la constelación del Can Mayor (*Canis Maior*).[3]

Tras ganarse el apoyo de Creonte por estos medios, Anfitrión reunió más aliados, entre los que se encontraban Céfalo, Panopeo (de la Fócide, cf. p. 725) y Heleo, el hijo menor de Perseo,[4] y zarpó con ellos para atacar a los telebeos. Si bien devastó la mayor parte de sus islas con poca dificultad, inicialmente fue incapaz de hacerse con Tafos, la isla de Pterelao, rey de los telebeos, porque Poseidón le había implantado un cabello dorado en la cabeza que le hacía inmortal en tanto permaneciese en su lugar. Como vimos en el capítulo anterior (cf. p. 323), Pterelao descendía de Poseidón, y era nieto suyo según la versión habitual. Finalmente los asaltantes recibieron una ayuda inesperada cuando Cometo, la hija del rey, se enamoró de Anfitrión (o de Céfalo, según la versión) al verlo a lo lejos, y trató de ganarse su favor arrancando el pelo mágico de la cabeza de su padre. Al morir Pterelao como consecuencia de este hecho, Anfitrión pudo completar su conquista, pero, en lugar de pagar a Cometo como ella hubiera deseado, la mató, horrorizado por tamaño acto de traición filial.[5] Para conocer una historia muy similar situada en Mégara, cf. p. 445.

Concepción y nacimiento de Heracles

En cuanto hubo reunido el botín, Anfitrión puso rumbo a Beocia, ansioso por demostrarle su éxito a su amada y ganarse la entrada a su lecho. Poco antes de que él llegase, sin embargo, Zeus se le adelantó asumiendo su apariencia

para seducir a Alcmena. Al asegurarle que la venganza contra los telebeos había sido ejecutada y habiendo recibido una magnífica copa procedente del expolio a modo de prueba, Alcmena recibió en sus brazos al dios disfrazado y él prolongó el tiempo de su encuentro amoroso alargando la noche tres veces más de su duración normal. Más tarde, la misma noche o a la noche siguiente, su auténtico marido llegó a casa para dar cuenta de su triunfo y reclamar así la recompensa prometida. Sorprendido y decepcionado por lo desapasionado de la bienvenida de su esposa, la interrogó sobre la cuestión y, cuando ella repuso que ya lo había recibido de forma suficientemente cálida muy poco tiempo antes, él consultó con el vidente Tiresias, que le informó del engaño de Zeus. Anfitrión hizo el amor con ella aquella noche de todos modos y Alcmena se quedó embarazada de gemelos de naturaleza opuesta: Heracles, un poderoso héroe y futuro dios, hijo de Zeus, e Ificles, un héroe de talla no excepcional, hijo de Anfitrión.[6]

No fue únicamente a causa de su belleza por lo que Zeus se propuso seducir a Alcmena, sino también porque quería engendrar con ella un gran héroe que beneficiase a la raza humana y a los mismos dioses, ayudándoles en su guerra contra los Gigantes. En un principio, pretendía además que este hijo fuese un poderoso regente en Argos, pero Hera frustró esta parte de su plan. Tal como se recoge la historia en la *Ilíada*, Zeus alardeó de sus intenciones con los demás dioses, contándoles que Ilitía, la diosa del parto, traería ese día a la vida un niño que reinaría sobre todos aquellos que viviesen a su alrededor (es decir, en Argos), y nacería de la raza de todos aquellos que procedían de la sangre de Zeus (es decir, de los Perseidas, que descendían de Perseo, hijo de Zeus). Al hacer esta imprudente declaración, alertó a Hera, que sentía rencor hacia todos los hijos ilegítimos de su esposo e inmediatamente planeó robar a éste su herencia prevista. Sabía además que Alcmena no era la única mujer que esperaba un hijo de ascendencia perseida, puesto que la esposa de Esténelo, rey de Micenas, también estaba en avanzado estado de gestación. De manera que persuadió a Zeus para que jurase solemnemente que el primer hijo de este linaje que naciese aquel día gozaría del destino que él había anunciado, luego instruyó a la Ilitía (diosa del parto) para que retrasase el alumbramiento de Alcmena, mientras que ella misma bajó apresuradamente del Olimpo para asegurarse de que la esposa de Esténelo diese a luz de inmediato en su séptimo mes de embarazo. Como consecuencia, Euristeo, el hijo de Esténelo, nació aquel día en lugar de Heracles y Zeus se vio, por tanto, obligado por su juramento a concederle la herencia que había planeado darle a Heracles.[7] Esto supuso que Euristeo se convirtió en el gran rey de Micenas (sucediendo a su padre, cf. p. 324), mientras que Heracles nunca

tuvo reino propio. Heracles fue así destinado a pasar la mayor parte de su vida fuera de su patria ancestral y a subordinarse a Euristeo incluso cuando estaba en ella.

De acuerdo con una historia registrada por primera vez en época helenística, el ingenio de una sirvienta o amiga de Alcmena aceleró el nacimiento de Heracles. En la versión más conocida de Ovidio, la diosa del parto, que aparece aquí bajo su nombre latino de Lucina, retrasó el nacimiento del héroe siete días y siete noches sentándose a la puerta del dormitorio de Alcmena con las piernas cruzadas y los dedos entrelazados (gestos de cerrazón que lograrían su efecto gracias a una especie de magia empática). No obstante, Alcmena tenía una criada muy lista, que notó la actitud de la diosa y se percató de por qué la había adoptado. De modo que esta criada, Galantis, corrió de pronto hacia ella y exclamó: «¡Debes felicitar a mi señora, pues ha dado a luz un hijo!», provocando así que la diosa diese un brinco de asombro y desentrelazase los dedos y separase las piernas. En consecuencia, el encantamiento se deshizo y Heracles pudo al fin nacer. Enojada por el engaño de la muchacha y por su consiguiente risa, la diosa la convirtió en comadreja, animal que recorre la casa de forma muy similar a como Galantis había hecho como atareada sirvienta (ya que en la Antigüedad las comadrejas, o más estrictamente hablando, los hurones, es decir, los turones domesticados, se mantenían en el interior de las casas para controlar las plagas, de forma similar a los gatos en los tiempos modernos).[8]

En una versión griega atribuida al poeta helenístico Nicandro, Galintias, como es llamada aquí, era de alta cuna, hija de Preto (destacado tebano que dio nombre a la puerta de Preto de la ciudad) y, por tanto, amiga y antigua compañera de juegos de Alcmena en lugar de criada suya. La historia es prácticamente igual que en Ovidio, excepto por el hecho de que las Moiras (Parcas) ayudaron a la diosa del parto en su tarea y fueron ellas quienes convirtieron a Galintias en comadreja. Este relato griego se refiere a una cuestión importante, no obstante, que Ovidio pasa por alto, las implicaciones relativas al culto del mito, ya que se nos cuenta que Hécate hizo de la comadreja su dama de compañía por compasión hacia Galintias y que más tarde Heracles honró los servicios que ésta le había prestado erigiendo un altar en su honor en su casa de Tebas y ofreciendo sacrificio en él, de ahí los sacrificios que los tebanos acostumbraban ofrecer a Galintias antes de sus festividades de Heracles. Parecería así que Galintias era una heroína honrada en Tebas desde una época temprana y que alguien concibió esta transformación como etiología del culto porque su nombre recordaba al de la comadreja (*gale* en griego).[9] Pausanias recoge otra versión de la historia del engaño en la que las Farmacides (Brujas), los seres envia-

dos por Hera para retrasar el nacimiento, fueron engañadas por Historis, una hija de Tiresias; no hay mención en este caso de transformación alguna.[10]

Infancia y educación de Heracles. Muerte de Lino

Cuando Heracles tenía ocho o diez meses, o incluso recién nacido, Hera envió dos enormes serpientes para atacarlo a él y a su hermanastro en su cuna, pero el héroe niño las agarró por el cuello, una en cada mano, y las asfixió hasta la muerte. En los dos relatos más completos del episodio por parte de Píndaro y Teócrito, llaman al adivino Tiresias para que comente el prodigio y aprovecha la oportunidad para predecir el extraordinario destino que aguardaba a Heracles, pronosticando que finalmente sería recibido entre los dioses tras superar muchos peligros de esta naturaleza.[11] En una versión alternativa, las serpientes no fueron enviadas por la diosa sino por Anfitrión, que las introdujo en la cuna de los niños para descubrir cuál de los dos era su hijo; cuando Heracles se enfrentó a las serpientes, mientras Ificles trataba de huir, se dio cuenta de inmediato de que era Heracles el niño que tenía sangre divina.[12]

Un relato adicional de la infancia del héroe cuenta cómo Hera fue engañada para amamantarlo. En la versión más popular de la historia, Hermes llevó al bebé Heracles al Olimpo y lo colocó sobre el pecho de Hera mientras ella dormía (o sin revelarle su verdadera identidad) y cuando ella despertó (o supo quién era), lo apartó de sí con tal violenta precipitación que un poco de leche cayó de su pecho para formar la Vía Láctea. Mediante esta acción involuntaria, Hera le otorgó la inmortalidad o, cuando menos, el episodio anunció su futura apoteosis.[13]

Como cabría esperar, la tradición decía que la educación del héroe había sido confiada a los más célebres expertos. Aprendió el manejo del arco de Éurito de Ecalia, que era nieto de Apolo (cf. p. 537) y un diestro arquero como su divino ancestro, al igual que todos los miembros varones de su familia. En una versión de su leyenda, de hecho, Éurito muere por las flechas de Apolo por haberse atrevido a retar al dios a un concurso de tiro con arco; pero más frecuentemente se afirmaba que había muerto a manos de su mejor pupilo, el propio Heracles (cf. p. 373). Autólico instruyó a Heracles en el arte de la lucha; es de suponer que un personaje tan artero (cf. p. 559) debía de haber sido un antiguo maestro de todas las artimañas propias del cuadrilátero. Heracles aprendió el arte de la conducción de carros de su padre, y el arte de la guerra de Cástor.[14] La música era menos de su gusto, sin embargo, y menos adecuada a sus aptitudes naturales. A su

profesor de música, Lino, le exasperaba tanto su lentitud que finalmente perdió la paciencia y le golpeó, para gran indignación de su joven pupilo, que, lleno de ira, le devolvió el golpe con su lira o su plectro, con un resultado fatal. Si bien Heracles evitó ser juzgado citando una ley promulgada por el gran legislador cretense Radamantis (cf. p. 459) que justificaba la toma de represalias en defensa propia, su padre decidió que sería prudente poner fin a su educación en ese punto y le envió al campo para atender los rebaños de la familia.[15]

Hay tres cuerpos mitológicos asociados a músicos llamados Lino, los otros dos relativos a figuras con ese nombre que habrían vivido en un período anterior de la historia mítica. La idea en que todas estas historias están basadas en que una vez hubo un joven músico llamado Lino que encontró una prematura y penosa muerte, estaba inspirada en la existencia de una canción de cosecha conocida como la «canción de Lino», que tenía un estribillo de *ailinon* cuyo significado podía interpretarse como «¡ay de Lino!» (aunque se tratase en realidad de una palabra de origen extranjero).

De acuerdo con la tradición argiva, Apolo engendró un hijo de nombre Lino con una princesa de aquella tierra, Psámate, hija de un primitivo regente argivo llamado Crótopo. Ella mandó abandonar al niño, pero, en lugar de ello, el pastor que debía cumplir tal tarea lo crio como hijo suyo hasta que el niño fue destrozado por sus perros. Al enterarse de esto, Psámate se afligió tanto que contó toda la historia a su padre, quien se negó a creer que en verdad ella hubiese dado a luz al hijo de un dios y ordenó que le diesen muerte. Cuando Argos fue asolada por una plaga a consecuencia de la ira de Apolo, un oráculo aconsejó a los ciudadanos que apaciguaran a la madre y al hijo muertos, cosa que lograron por medio de oraciones y lamentaciones (de ahí el origen de la canción de Linos/Lino). En una versión bastante diferente, el niño Lino fue destrozado por los perros ovejeros del rey tras ser abandonado y Apolo reaccionó enviando a Poine (la Venganza personificada) contra Argos. Poine arrebató sus hijos a las madres de la ciudad hasta que un héroe llamado Corebo la mató. Cuando, tras ello, estalló una plaga, Corebo visitó el oráculo de Apolo en Delfos para descubrir cómo podía compensar esta muerte y recibió instrucciones para que tomase un trípode del santuario y erigiese un templo a Apolo en el lugar en que primero se le cayese. El trípode resbaló de sus manos en el monte Gerania, en la Megáride; la tumba de Corebo podía verse cerca, en el mercado de Mégara.[16]

Una tradición beocia sugería que Lino había nacido de un tal Anfímaro, hijo de Poseidón, y de la musa Urania. Como correspondía al hijo de una Musa, creció

para convertirse en el más excelente de los músicos, pero pronto provocó su propia muerte a manos de Apolo al afirmar que podía rivalizar con el dios como cantante. Cuando la pena por su muerte se extendió por el mundo, fue concebida la canción de Lino como lamentación por él. De este Lino, que es también descrito como hijo del propio Apolo, se decía que estaba enterrado en Tebas.[17] Como en el caso de otros músicos legendarios como Orfeo o Museo, en tiempos históricos el nombre de Lino llegó a atribuirse a poemas apócrifos.

El león del Citerón, las hijas de Tespio y la primera campaña

Al alcanzar le edad de 18 años, Heracles se embarcó en su primera aventura partiendo a enfrentarse con el león del Citerón, una feroz bestia que merodeaba por la cadena montañosa del mismo nombre, en la frontera meridional de Beocia. Puesto que el león atacaba no sólo el ganado de Anfitrión, sino también el de Tespio, el regente epónimo de Tespias, en la zona suroeste de Beocia, Heracles permaneció en su corte durante cincuenta noches mientras trataba de seguir el rastro de la bestia. Ahora bien, el rey tenía cincuenta hijas y estaba tan impresionado por la fuerza del joven héroe que quería asegurarse de que cada una de ellas concibiese un hijo suyo. Según una versión, lo consiguió introduciendo en su cama una hija distinta cada noche, de manera que Heracles se acostó con cada una de ellas con el ingenuo convencimiento de que lo hacía con la misma muchacha en todas las ocasiones.[18] En versiones de gusto más folclórico, Heracles gozó de los favores de las cincuenta en siete noches, o de 49 de ellas en una sola noche.[19] En este último relato, una de ellas rechazó tener trato alguno con él y él se vengó forzándola a servirle como sacerdotisa virgen (historia que explicaba por qué en el templo de Heracles en Tespias servía una sacerdotisa virgen que permanecía en ese puesto hasta su muerte). Este episodio de las hijas de Tespio, con su parte cómica, como resulta frecuente con Heracles, no tiene una relación inherente con la de la caza del león. De hecho, Diodoro lo relata como historia independiente, afirmando que Tespio invitó al joven Heracles a un sacrificio y a un banquete con el propósito específico de asegurarse de que todas sus hijas diesen a luz hijos suyos.[20] En cualquier caso, cada una de sus hijas tuvo un hijo de Heracles, salvo la mayor (y también la más joven, según otra versión), que tuvo gemelos. A los niños se los conocía como Tepiadas, nombre derivado del de su abuelo. Cuando crecieron, Heracles envió a la mayoría de ellos a Cerdeña para fundar una colonia bajo el liderazgo de su sobrino Yolao, a excepción de unos pocos que se quedaron, siete en Tespias y uno o dos en

Tebas, para convertirse en fundadores de familias nobles en su provincia de nacimiento.[21] En cuanto al mito de la caza del león, se vio por completo ensombrecido por la historia más entretenida de las hijas de Tespio, y no hay nada registrado más allá del hecho de que Heracles mató finalmente a la bestia.[22]

Apolodoro constituye una excepción al indicar que Heracles hizo su capa con la piel de este león; en otros relatos, la tomó del león de Nemea (cf. p. 338), que era invulnerable y, por tanto, debía de tener una piel impenetrable. De acuerdo con una leyenda que entra en conflicto con ésta, fue Alcátoo, hijo de Pélope, quien mató al león del Citerón, en lugar de Heracles (cf. p. 727).[23]

En su viaje de vuelta, Heracles se cruzó casualmente con unos heraldos enviados por Ergino, rey de Orcómeno, para recaudar un tributo anual que los tebanos estaban obligados a pagarle. Este tributo se les había impuesto en las siguientes circunstancias: algunos años antes, Clímeno, el padre de Ergino, había visitado Onquesto, una ciudad situada entre Orcómeno (influyente ciudad del nordeste de Beocia, cf. p. 715) y Tebas, para asistir al festival de Poseidón y, en el curso de las celebraciones, había sido asesinado por algunos tebanos a consecuencia de una disputa banal, o bien había sido fatalmente herido por una piedra lanzada por el auriga del padre de Creonte, Meneceo. Tras enterarse de la muerte de su padre (o tras recibir una orden directa de su padre moribundo), Ergino había dirigido una exitosa campaña contra los tebanos y les había forzado a enviarle un tributo anual de cien cabezas de ganado durante veinte años. A Heracles le enfurecía tanto esta imposición y el arrogante comportamiento de los heraldos que les cortó las narices, orejas y manos y se las colgó con cuerdas alrededor del cuello, ordenándoles que se las llevasen a su rey como tributo. Ergino respondió enviando una segunda expedición contra Tebas, pero en esta ocasión Heracles estaba disponible para dirigir a los tebanos y pronto mató a Ergino e hizo huir a sus adeptos. Luego obligó a los habitantes de Orcómeno a pagar un tributo a los tebanos, exigiéndoles aportar dos veces lo que habían estado recibiendo.[24]

En un relato helenístico recogido por Diodoro, Ergino había tomado precauciones contra una revuelta eventual privando a los tebanos de sus armas. De manera que cuando exigió que Heracles fuese vencido por haber asaltado a sus heraldos, Creonte estaba dispuesto a rendirse ante su superioridad. No obstante, Heracles consiguió armas para los tebanos y persuadió a los jóvenes de la ciudad para luchar

por su libertad. Al enterarse de que Ergino avanzaba contra la ciudad, Heracles lo atacó a él y a sus tropas en una zona angosta para privarle de la ventaja de su superioridad numérica y lo mató, así como a gran parte de su ejército. Entonces pudo atacar Orcómeno por sorpresa y quemarla hasta sus cimientos.[25] Algunos decían que destruyó el poder de Orcómeno para siempre (cf. p. 716).

Heracles funda una familia en Tebas con Mégara, pero mata a sus hijos en un ataque de locura

Creonte recompensó a Heracles por sus servicios en la guerra entregándole a su hija Mégara por esposa. Vivió felizmente con ella en Tebas durante algunos años, engendrando varios hijos con ella (de dos a ocho según los diversos relatos), hasta que finalmente Hera intervino para infundirle un ataque de locura homicida. Mientras se encontraba en este estado asesinó a sus hijos, bien arrojándolos a una hoguera, bien disparándoles con sus flechas; en algunas versiones, mató también a todos los hijos de su hermanastro Ifícles. Apolodoro sigue a Ferécides al afirmar que arrojó a sus hijos a una hoguera, y añade que infligió el mismo destinó a los hijos de Ifícles.[26] En la versión de Diodoro, intentó matar primero a su sobrino Yolao, pero disparó a sus propios hijos cuando Yolao logró escapar.[27] En otra versión de Nicolás de Damasco (escritor relacionado con la corte de Herodes el Grande), Heracles mató a dos de los hijos de Ifícles y luego a los suyos, arrancando al último del pecho de su madre, y habría matado también a Mégara de no haber sido rescatada por Ifícles, quien también salvó a su hijo mayor Yolao.[28] De acuerdo con una tradición local de Tebas, Heracles habría matado también a su anciano padre, crimen aún más grave a ojos de los griegos, de no haber sino por la pronta intervención de Atenea, que le aturdió lanzándole una piedra; esta piedra, conocida por el nombre de *sophronister* (es decir, piedra de la sabiduría o de la ponderación), podía verse en la ciudad en tiempos históricos.[29]

Mégara es mencionada en la *Odisea* entre las mujeres famosas de épocas pasadas que Odiseo ve en los Infiernos; el poeta no nos cuenta nada sobre ella, salvo que era hija de Creonte y esposa de Heracles.[30] Esta historia del asesinato de sus hijos fue relatada por Estesícoro en la primera mitad del siglo VI a.C.[31] Al referirse al culto a los ocho hijos muertos de Heracles en la puerta Electra de Tebas, Píndaro los llama los de armadura de bronce (o los de armas de bronce, *chalkoarai*),[32] lo que implicaría que eran adultos en el momento de su muerte. El poeta o su fuente pueden

haber alterado la historia para hacerla menos deshonrosa para Heracles, representando a sus víctimas como algo más que niños indefensos.

De acuerdo con Apolodoro, Creonte ofreció su hija más joven a Ificles al mismo tiempo que ofreció a Mégara a Heracles, pero Ificles ya había tenido a su único hijo importante, Yolao, con una esposa anterior, Automedusa, hija de Alcátoo.[33]

En una obra que conservamos de Eurípides sobre el episodio, *La locura de Heracles*, el autor proporciona una peculiar versión, aparentemente de invención propia. Mientras Heracles se encontraba fuera para traer a Cerbero del Hades en su trabajo final, un tal Lico (que descendía del famoso Lico cuya carrera tebana se describirá en el capítulo IX) mató a Creonte para hacerse con el poder en Tebas, y Mégara, viéndose amenazada, buscó refugio con sus hijos en el altar de Zeus. Al volver y descubrir que Lico había planeado quemarlos, Heracles fue a su rescate y mató al usurpador, pero Hera lo volvió loco enviando a Ira (*Lyssa*, la ira frenética personificada) contra él, provocando que matase a su esposa e hijos. Al oír rumores de que Heracles estaba bajo amenaza por parte de Lico, Teseo llegó a Tebas después de que el héroe recobrase la cordura y le invitó a volver a Atenas para su purificación.

Heracles recibe instrucciones de Euristeo para llevar a cabo doce trabajos

Cuando Heracles recobró la cordura y fue consciente de lo que había hecho, se exilió voluntariamente, visitando primero a su antiguo anfitrión Tespio, que accedió a purificarlo de acuerdo con las exigencias formales de la religión griega, y luego fue a Delfos para preguntar dónde debería establecerse en el futuro. La Pitia le indicó que fuese a Tirinto, en la Argólide, donde debía vivir durante diez años mientras llevaba a cabo una serie de trabajos que le serían impuestos por Euristeo, rey de Micenas; al mismo tiempo, pudo darle otro mensaje, mejor recibido, de que ganaría la inmortalidad como fruto de sus penurias y humillaciones.[34] En la versión ofrecida por Nicolás de Damasco, Euristeo lo invita a ir a Tirinto cuando parte al exilio y él acepta la oferta, recordando que Anfitrión había recibido una vez una predicción del oráculo que decía que Heracles tendría que servir a Euristeo y ganaría la gloria en consecuencia.[35] O, según el relato de Diodoro, Euristeo había reclamado su presencia para realizar los trabajos antes de su locura, pero él no había prestado atención al requerimiento hasta que Zeus le había hecho saber por algún medio que tendría que hacerlo. Entonces consultó al oráculo de Delfos y éste le dio el mismo mensaje que en la versión

relatada más arriba. Mientras consideraba aún la cuestión (pues estaba comprensiblemente deprimido ante la idea de verse sometido a un hombre muy inferior a él), Hera le había vuelto loco, haciéndole matar a sus propios hijos, y finalmente se embarcó en sus trabajos tras un largo período de duelo.[36]

En ocasiones se afirmaba que la sacerdotisa de Delfos dio por primera vez el nombre de Heracles al héroe cuando le habló de sus trabajos venideros, y que originariamente se llamaba Alceo (o Alcides), como su abuelo putativo; en ese caso, se supone que Apolo le dio el nombre de Heracles porque adquiriría una gloria imperecedera, *kleos*, haciendo favores, *era*, a la humanidad, es decir, a través de sus trabajos (*êra gar anthropoisi pheron kleos aphthiton héxeis*).[37] Sin duda es cierto que su nombre, que en realidad significa «Gloria de Hera», parece inapropiado para un héroe que nada recibió de Hera sino hostilidad (al menos hasta su apoteosis). Otros mitógrafos concibieron variadas explicaciones, indicando, por ejemplo, que los argivos le otorgaron su nombre tras su primera hazaña al estrangular a la pareja de serpientes cuando era un bebé, para indicar que había ganado gloria, *kleos*, a través de *Hera* (¡que había enviado a las serpientes con la intención de matarlo!).[38]

Los trabajos de Heracles

El ciclo de los trabajos

En algún punto del desarrollo de la mitología de Heracles, tal vez tan tardío como el siglo V a.C., llegó a establecerse una lista canónica de las tareas que se suponía que Heracles había realizado para Euristeo. Éstas eran conocidas por los griegos como las *athloi*, término generalmente traducido al latín como *labores*, de ahí nuestra expresión moderna, «los trabajos», aunque ninguna de estas traducciones recoge del todo los matices del original; un *athlos* era literalmente una competición, en especial por un premio y, por extensión, una lucha o experiencia desafiante que implica grandes esfuerzos y conflictos. El término podría, por tanto, aplicarse de forma más apropiada para describir las arduas tareas que Heracles llevó a cabo para Euristeo, tanto más cuanto que se suponía que había ganado la inmortalidad como recompensa última por sus trabajos. Homero ya utiliza esta palabra (aunque no todavía en este último sentido) al referirse a los duros trabajos, *chalepous aethlous,* que le fueron impuestos al héroe por Euristeo.[39] No hay razón para suponer, sin embargo, que Homero tuviese conocí-

miento de ningún ciclo de trabajos ordenado. Aunque algunas de las hazañas que más tarde se incluyeron en el ciclo canónico fueron recogidas tan pronto como en el siglo VIII a.C. en obras de arte, y hay constancia de todas salvo una —la limpieza de los establos de Augías— en el siglo VI, no se sabe cuándo vinieron a ser clasificadas como el ciclo de los trabajos que él realizó para Euristeo. La secuencia canónica completa aparece por primera vez en una serie de relieves de las metopas del templo de Zeus en Olimpia, que pueden datarse alrededor del 460 a.C. Algunos autores han afirmado que dichas esculturas desempeñaron un papel decisivo a la hora de establecer la lista canónica y que el número habitual de los trabajos fue así determinado por razones arquitectónicas; o bien la secuencia pudo haberse impuesto a través de un relato épico anterior, tal vez en la *Heraclea* del tío de Heródoto, Paniasis, pero este punto sigue siendo tema de especulación.

De acuerdo con una clasificación concebida por los primeros mitógrafos griegos, las proezas de Heracles podían dividirse en tres clases principales. Estos *athloi* o trabajos, se distinguían, por una parte, de los *parerga*, o incidentes, las aventuras casuales que le sucedían al héroe mientras estaba realizando sus trabajos, y, por otra, de los *praxeis* o hazañas, las proezas mayores que él llevó acabo por voluntad propia, sin órdenes de otro. Por artificial que pueda parecer, este esquema resultó muy conveniente para que los mitógrafos pudiesen dar cierto orden a la multitud de mitos sobre Heracles. Las leyendas situadas en zonas asociadas con los trabajos podían agruparse con el trabajo correspondiente como *parerga*, aun cuando en origen no tuviesen conexión alguna con éstos, y las demás hazañas principales del héroe (aparte de una o dos protagonizadas durante su juventud en Beocia) podían relegarse al período posterior a los trabajos como sus varios *praxeis*. A continuación, seguiremos los trabajos con sus *parerga* asociados para proseguir con el resto de las aventuras que fueron relegadas a la última parte de la vida de Heracles.

Mientras realizaba sus trabajos, Heracles recibía órdenes de Euristeo desde Micenas, pero vivía en otra parte, habiéndose establecido en la antigua ciudadela de Tirinto, al sur. Fue acompañado a la Argólide por su sobrino Yolao, que le ayudaba como auriga en sus trabajos, y también por su hermanastro Ificles, pero Mégara permaneció en Tebas hasta que Heracles la visitó tras sus trabajos para zanjar sus asuntos maritales (cf. p. 359).

Diodoro y Apolodoro aportan prácticos resúmenes de los trabajos.[40] En el relato a continuación, los consideraremos en el orden en que son relatados por Diodoro, aunque otras listas o narraciones presentan ligeras varia-

ciones a este respecto; en particular, el viaje de Heracles al reino de Hades en busca de Cerbero, que ciertamente podría considerarse su empresa más desalentadora, se consideraba a veces su último, trabajo en lugar del penúltimo, como aparece más abajo. Los trabajos entran claramente en dos grupos de seis, puesto que los seis primeros tienen lugar en el norte del Peloponeso, no lejos de Micenas, mientras que los seis finales llevan al héroe más lejos, inicialmente a Creta, Tracia y Asia Menor, y, finalmente, a los confines de la tierra y al más allá.[41]

De acuerdo con una tradición mencionada únicamente por Apolodoro, las sacerdotisas de Delfos dijeron originalmente al héroe que tendría que realizar diez trabajos a lo largo de doce años, pero fue finalmente obligado a realizar doce porque Euristeo se negó a reconocer dos de ellos, alegando que Yolao le había ayudado a matar a la hidra (ver más abajo) y que había exigido una retribución a Augías por limpiar sus establos.[42]

Normalmente se creía que Anfitrión había muerto con anterioridad a la época de los trabajos de Heracles, pero Apolodoro afirma que cayó muerto mientras luchaba valientemente junto a Heracles en la guerra contra Orcómeno. No obstante, a veces se le incluía en la historia de la locura de Heracles, como sucede en la tradición local mencionada más arriba en la que era salvado por Atenea, o en la obra superviviente de Eurípides sobre la cuestión (en la que se vio amenazado por Lico junto con la esposa e hijos de Heracles)[43]. Hay constancia únicamente de una aventura de sus últimos años en Tebas, su victoria sobre Calcodonte de Eubea (cf. p. 670), a quien mató en una batalla cerca de Tebas cuando trataba de exigir un tributo a los tebanos.[44]

En ocasiones se decía que Alcmena se había casado con el héroe cretense Radamantis tras la muerte de Anfitrión (cf. p. 460); vivió hasta una edad avanzada para compartir las dificultades de los Heraclidas tras la muerte de su hijo (cf. p. 378). En cuanto a su hermano Licimnio, al haberla acompañado a Tebas, se casó con la hermana de Anfitrión, Perimede, que le dio tres hijos, primero Eono, cuya posterior muerte haría que Heracles dirigiese una campaña contra Esparta (cf. p. 367), y luego Argeo y Melas, que morirían durante la campaña final de Heracles (cf. p. 372). La única historia significativa que se conserva sobre el propio Licimnio es la de su muerte (cf. pp. 385-386).

Primer trabajo: el león de Nemea

Como primer trabajo, Heracles recibió la orden de matar al monstruoso león de Nemea, que vivía en las montañas cercanas a Nemea, en un rincón del noroeste de la Argólide. Según Hesíodo, era vástago de Orto y Quimera (o posiblemente Equidna, cf. p. 105), y había sido criado por Hera, que le hizo vagar por las colinas de Nemea, con evidente intención de someter a Heracles a una ordalía.[45] Según otra tradición, era hijo de la diosa-luna Selene (o, cuando menos, había nacido en la luna) y vivió allí hasta que Selene lo expulsó a la tierra con una pavorosa sacudida a petición de Hera.[46] Se trataba de un ser verdaderamente extraordinario porque era invulnerable (excepto quizá en la versión más primitiva, ya que algunas imágenes de las artes plásticas sugieren que podría haber habido una versión en la que se le había matado con una espada). Aunque Heracles pronto descubrió que sus flechas y espada no podían penetrar la piel del león, pudo utilizar su garrote y sus propias manos desnudas de forma mucho más ventajosa. En la versión habitual más tardía, le infundió miedo amenazándole con su garrote, haciéndole huir hacia su guarida, una cueva con dos bocas situada en el monte Treto (Montaña Perforada), cerca de Nemea, y luego bloqueó una de las bocas de la cueva antes de entrar por la otra para atraparlo por el cuello y estrangularlo.[47] En otra versión, aturdió al león apaleándolo con su garrote en su primer encuentro y luego lo estranguló a cielo abierto.[48]

Tras matar al león, Heracles le quitó la piel para proveerse de su vestimenta habitual, que le proporcionaba una excelente protección dado que resultaba impenetrable para cualquier arma. De acuerdo con Teócrito, no sabía cómo podía cortarla hasta que algún dios le inspiró con la idea de que debía, al menos, ser vulnerable a las propias garras del león.[49] Aunque Apolodoro afirma que únicamente se le había ordenado conseguir la piel del animal, habitualmente se dice que llevó al mismo león ante Euristeo como prueba de su muerte (tal y como describe Apolodoro).[50] Euristeo se alarmó de tal forma ante la visión del animal que negó a Heracles la entrada a Micenas a partir de aquel momento, diciéndole que exhibiese sus trofeos a las puertas de la ciudad. Para mayor seguridad, el cobarde rey mandó enterrar una tinaja de bronce para esconderse en ella cada vez que Heracles llegase con sus trofeos más pavorosos, como Cerbero o el jabalí de Erimanto, y desde entonces emitió sus órdenes a través de un intermediario, el heraldo Copreo (hombre-estiércol), quien ya es mencionado a este respecto en la *Ilíada*.[51]

En la tradición más primitiva, Heracles vestía una armadura metálica como cualquier otro guerrero. Se le muestra vistiendo una piel de león por primera vez en obras de arte que datan desde finales del siglo VII a.C. y no es hasta la segunda mitad del siglo VI que la piel de león se convierte en su vestimenta habitual en la pintura de vasijas ática.[52] En el siglo siguiente, Píndaro y Baquílides son los primeros autores en indicar que la piel era impenetrable.[53] Sacando la cara por el hueco de la mandíbula, el héroe podía utilizar el cuero cabelludo de la bestia como una especie de casco. Apolodoro es el único que afirma que hizo su capa con la piel del león del Citerón (cf. p. 331).[54]

Se decía que Heracles había cortado su garrote de un olivo silvestre en Nemea o en la costa este de la Argólide, antes de partir en busca del león;[55] o, según Teócrito, lo obtuvo en el monte Helicón en Beocia, arrancando un olivo entero.[56] En otra parte se habla de un garrote de bronce o con regatón de bronce; este último podría ser el garrote que se decía que había recibido de Hefesto.[57] Sus armas más convencionales y la armadura se las regalaron varios dioses como recompensa por su valentía, bien tras demostrarla por primera vez al derrotar a los habitantes de Orcómeno, bien tras completar los primeros cinco trabajos; según Apolodoro, Hermes le dio una espada, Apolo un arco y una flecha, Hefesto una coraza de oro y Atenea un manto.[58]

Antes de enfrentarse al león de Nemea, Heracles pasó por Cleonas, una ciudad no lejos de Nemea, y se alojó en casa de un pobre peón llamado Molorco a cuyo hijo había matado el león. Molorco quería sacrificar un carnero en honor de su invitado, pero Heracles le dijo que esperase treinta días e hiciese luego el sacrificio, ofreciéndoselo a Zeus *Soter* (Salvador) si regresaba sin contratiempos de la caza o a él mismo si resultaba muerto en ella. Tanto los dioses como los héroes muertos eran honrados en el culto griego, los últimos mediante ritos ctónicos distintivos. Tras perseguir al león durante veintiocho días, Heracles lo mató al vigésimo noveno e inmediatamente después cayó dormido de agotamiento; al despertar, cargó el león sobre sus hombros y se apresuró a volver con él junto a Molorco, arrancando rápidamente un poco de perejil silvestre (*selinon*) para hacer una corona para el sacrificio. Llegó justo a tiempo de impedir a Molorco que hiciese el sacrificio en su honor como héroe muerto. Antes de seguir su camino, Heracles reorganizó los Juegos Nemeos (que habían sido instituidos por Adrasto y los Siete, cf. p. 419) como festival en honor a Zeus; se exigió entonces que los vencedores fuesen premiados con una corona de perejil silvestre porque el héroe había lucido una en el mencionado sacrificio a Zeus. Una versión de esta historia fue relatada por Calímaco, el primer autor que la menciona del que se tiene constancia.[59] En la mitología astral, se decía que Hera había recompensado al león enviándolo a los cielos para convertirse en la constelación del León (Leo).[60]

Segundo trabajo: la hidra de Lerna

Ésta era una enorme serpiente policéfala que vivía en los pantanos de Lerna, a algunos kilómetros al sur de Argos. De acuerdo con la *Teogonía*, era hija de Tifón y Equidna y la había criado la propia Hera para que se enfrentara a Heracles;[61] aunque Hesíodo no ofrece descripción alguna, regularmente se la representa policéfala en relatos posteriores y así se muestra en imágenes a partir del siglo VIII a.C. En cuanto al número de cabezas, las cifras varían desde solo unas pocas hasta tantas como cincuenta o cien.[62] Por obvias razones de índole práctica, los artistas suelen retratarla con relativamente pocas cabezas. A menudo se decía que había sido excepcionalmente difícil de matar porque en cuanto se le cortaba una cabeza, una nueva, o más habitualmente dos, le crecía en su lugar.[63] Hidra, que significa simplemente serpiente de agua, no es nombre propio en griego y no necesariamente tiene connotaciones monstruosas.

Tras viajar hasta Lerna en su carro en compañía de Yolao, Heracles entabló lucha con este formidable adversario, pero pronto se vio en dificultades, pues sus cabezas retoñaban con tanta rapidez como él las cortaba (o las arrancaba con su garrote). Por si esto fuera poco, Hera proporcionó un aliado a la hidra, enviando un enorme cangrejo para que mordiese a Heracles en el pie. No obstante, consiguió matar al cangrejo, aplastándolo bajo sus pies y se sintió entonces justificado para pedir la ayuda de Yolao como aliado. De modo que Yolao preparó unas teas y cada vez que Heracles cortaba una de las cabezas de la hidra, él le ayudaba cauterizando el tocón para evitar que creciese una nueva cabeza (o cabezas). Tras eliminar sus cabezas de esta manera y matarla, Heracles sumergió sus flechas en su sangre o su hiel, haciéndolas así tan venenosas a partir de aquel momento que el menor rasguño resultaría fatal. De acuerdo al menos con Apolodoro, una de sus cabezas (que aquí son nueve) era inmortal y el héroe tuvo por tanto que enterrarla bajo una pesada roca.[64] Algunos decían que Heracles pidió la ayuda de Yolao cuando le atacaban a la vez la hidra y el cangrejo, de ahí el origen del proverbio «Ni el mismo Heracles puede luchar contra dos enemigos a la vez».[65] En la mitología astral se dice que Hera honró al cangrejo enviándolo a los cielos para convertirse en la constelación del Cangrejo (Cáncer).[66]

Tercer trabajo: el jabalí de Erimanto

Ésta es tal vez la menos interesante de todas las aventuras, a pesar de haber inspirado algunas imágenes memorables a los pintores de vasijas áticas, a quienes les gustaba mostrar a Euristeo escondiéndose en su tinaja de bronce mientras Heracles presentaba el jabalí ante él. Esta bestia, que no era de origen divino ni contaba con poder especial alguno, vivía en el monte Erimanto, en el noroeste de Arcadia, y acostumbraba a hacer incursiones en las laderas del monte para devastar las tierras. Habiendo recibido órdenes de capturarlo vivo, Heracles lo hizo salir de su cubil asustándolo con fuertes gritos (o con certeras pedradas) y lo acorraló en una zona de nieve profunda donde pudo atraparlo con una red. Luego lo llevó hasta Micenas sobre sus hombros, lo que de por sí era una hazaña.[67]

Cuando andaba en busca del jabalí, Heracles visitó al centauro Folo, que vivía en una cueva en el monte Fóloe, al sur del monte Erimanto. Folo le ofreció carne asada en tanto que él comía carne cruda (indicio de su condición semianimal), pero dudó si ofrecer vino a su invitado, porque el cántaro de vino que había en su cueva pertenecía a todos los Centauros. Heracles insistió a pesar de todo y lo abrió, para enojo de los otros centauros, que pronto detectaron el olor del vino y se presentaron en la cueva armados con piedras y abetos arrancados. En otra versión, Dioniso le había dado el cántaro a un centauro cuatro generaciones antes para que lo guardara, ordenándole que no debía ser abierto hasta que Heracles llegase allí como visitante, y cuando Folo lo abrió para Heracles, el aroma del vino añejo provocó tal frenesí en los centauros de la zona que atacaron la cueva. En cualquier caso, tuvo lugar una pelea entre los Centauros y el héroe, que disparó a algunos de ellos allí mismo e hizo huir a los demás. Éstos buscaron refugio junto a Quirón, que por entonces vivía en el cabo Malea, en el extremo sudeste del Peloponeso, tras haber sido expulsado del monte Pelión por los lapitas. Cuando trataban de esconderse junto al noble centauro, Heracles, que les había perseguido hasta allí, les disparó una flecha e hirió accidentalmente a Quirón en la rodilla. Puesto que el virulento veneno de la flecha de Heracles (que procedía de la ponzoña de la Hidra) hacía incurable la herida, Quirón renunció de buena gana a su inmortalidad como pago por la liberación de Prometeo (cf. p. 357). Heracles regresó al monte Fóloe para enterarse de que su anfitrión Folo había encontrado la muerte entretanto, ya que, mientras examinaba una de las flechas envenenadas de Heracles, la dejó caer accidentalmente sobre su propio pie, o bien se había cortado con una flecha al extraerla del cuerpo de uno de los centauros caídos para prepararlo para el entierro.[68]

Los Centauros estaban asociados principalmente con el norte de Tesalia; se decía que se habían refugiado en Arcadia tras haber sido expulsados de su tierra natal por Pirítoo y los lapitas (cf. p. 711). De los que sobrevivieron a este enfrentamiento con Heracles, Neso se estableció en el río Eveno, en Etolia (cf. p. 370), mientras que otros fueron acogidos en Eleusis por Poseidón, que los escondió bajo una montaña. Heracles mató a otro centauro, Euritión, mientras visitaba a Dexámeno (el Hospitalario), rey de Óleno, en Acaya, tras limpiar los establos de Augías. Euritión había forzado al rey a consentir que se casase con su hija y Heracles le disparó cuando llegó para reclamarla. En otra versión, Heracles le mató cuando trataba de violar a la hija del rey en su banquete nupcial (cf. p. 706).[69] Quirón y Folo eran de carácter más noble que otros centauros, de más alta cuna (cf. p. 712).

Cuarto trabajo: la cierva de Cerinia

La cierva de cuernos de oro de Cerinia, que estaba consagrada a Ártemis, vivía junto al río Cerinites (o en el monte Cerinia), en el nordeste de Arcadia. A Heracles se le ordenó que la capturara viva y, puesto que se trataba de un animal sagrado, sería impropio por su parte causarle el menor daño. De acuerdo con Apolodoro, la persiguió por Arcadia durante un año entero hasta que la echó al suelo de un diestro flechazo (sin herirla, evidentemente) cuando se disponía a cruzar el río Ladón. Cuando la llevaba a Micenas sobre sus hombros, se encontró con Ártemis y su hermano Apolo. Ésta le recriminó que hubiese intentado matar a su animal sagrado y quiso arrebatárselo, pero Heracles aplacó su ira con sus explicaciones y ésta le permitió seguir su camino.[70] Tras mostrar la cierva a Euristeo, la puso en libertad sana y salva. Diodoro recoge otras formas diversas en que se decía que la había capturado, bien mediante el uso de redes, siguiendo su rastro hasta que pudo sorprenderla mientras dormía o corriendo tras ella hasta que cayó exhausta.[71] Aunque en el relato habitual la persecución estaba restringida al Peloponeso central, Píndaro ofrece una versión más extravagante en la que Heracles perseguía al animal desde Arcadia hasta el Istro (Danubio) y desde allí hasta la mítica tierra septentrional de los hiperbóreos.[72]

Píndaro observa que Táigete (epónima del monte Taigeto, en los límites occidentales de Laconia, nombrada en otra parte como hija de Atlas) había consagrado la cierva a Ártemis y le había dado el nombre de la diosa. De acuerdo con los comentaristas antiguos del poeta, Ártemis había convertido una vez a Taígete en cierva para salvarla de ser violada por Zeus y Taígete le había mostrado su gratitud pos-

teriormente consagrando esta cierva a su salvadora.[73] No hay forma de determinar, sin embargo, si se trata de una historia antigua auténtica o simplemente inventada por algún mitógrafo para justificar la alusión de Píndaro. Cualquiera que sea su origen, no es fácilmente conciliable con la tradición comúnmente aceptada de que Taígete tuvo de Zeus al fundador de la línea dinástica espartana (cf. p. 675). Calímaco ofrece un relato diferente del origen de la cierva, afirmando que cinco de estos animales, grandes como toros, habían vivido una vez en Parrasia, en el sur de Arcadia, donde Ártemis las había visto, capturando a cuatro de ellas para que tirasen de su carro, pero Hera se aseguró de que la quinta pudiese escapar al monte Cerinia para proporcionar un trabajo para Heracles en el futuro.[74] Aunque Eurípides afirma que se trataba de una bestia peligrosa que causaba problemas a los habitantes de la zona, esto no formaba parte de la tradición original; como apunta Diodoro, éste era un trabajo que debía lograrse mediante el ingenio, que no implicaba ningún peligro ni el uso de la fuerza.[75]

Quinto trabajo: las aves de Estínfalo

Las boscosas orillas del lago Estínfalo, en el nordeste de Arcadia, proporcionaban un hábitat perfecto a enormes bandadas de aves. Como siguiente trabajo, a Heracles se le ordenó que las espantase a todas. En la historia original, las aves no eran peligrosas; en las pinturas de las vasijas parecían más bien gansos, con cuerpos cortos y largos cuellos. Era de suponer que podían presentar problemas a Heracles simplemente por su gran número. En relatos literarios, el héroe ahuyentó a las aves fuera de sus escondrijos, haciendo un gran estrépito con una matraca o unas castañuelas de bronce, y luego las abatió con sus flechas cuando alzaban el vuelo. En una versión primitiva del poeta épico Pisandro de Rodas, se limitó a ahuyentarlas sin matarlas. No había acuerdo con respecto a si hizo él mismo el artefacto para ahuyentar a las aves o si fue un regalo de Atenea, que lo había obtenido de Hefesto. No aparece en las pinturas de vasijas ni otras imágenes, que simplemente muestran al héroe disparando a las aves con sus flechas, atacándolas con su garrote o con una honda, o incluso con sus propias manos.[76] Al mencionar a las aves de Estínfalo en relación con las aves de la isla de Ares, en el mar Negro, que podían disparar sus plumas como si fuesen flechas (cf. p. 509), Apolonio es indirectamente responsable de algunos relatos tardíos que atribuían esta capacidad a las aves arcadias.[77] Pausanias sigue, sin duda, una tradición tardía cuando las describe como devoradoras de hombres

y las compara con ciertas amenazadoras aves árabes cuyos picotazos podían atravesar una armadura de bronce o hierro.[78]

Sexto trabajo: los establos de Augías

Augías, hijo de Helios (el Sol), que reinaba en la Élide, era el orgulloso propietario de unos vastos rebaños de ganado (que le habían sido regalados por su padre según algunas versiones). Como sus establos, o mejor dicho, sus rediles, se habían dejado sin limpiar, se había acumulado gran cantidad de estiércol y Heracles recibió la orden de limpiarlo en un solo día. Antes de comenzar el trabajo, negoció una compensación de una décima parte de sus tierras con Augías, que se la prometió de buena gana porque creía que Heracles no sería capaz de realizar la tarea al completo. Sin embargo, en lugar de tratar de hacerlo a mano, cosa que sin duda hubiera resultado tan poco práctica como humillante, Heracles recurrió a su ingenio y limpió el estiércol desviando un río (o ríos) para que el agua cruzase por los rediles. En versiones divergentes, desvió el cauce del Peneo y del Alfeo, los dos principales ríos de la zona, con este propósito, o bien únicamente el Alfeo o el Menio, un afluente del Alfeo que cruzaba la ciudad de Elis. Heracles volvió triunfante ante Augías para reclamar sus honorarios, únicamente para descubrir que el rey había averiguado que actuaba bajo las órdenes de Euristeo y no tenía intención de pagarle un trabajo que hubiera tenido que hacer de todos modos. De acuerdo con Apolodoro, Augías negó incluso haberle prometido recompensa alguna y afirmó que estaba dispuesto a someterse a arbitraje sobre la cuestión, pero cuando la causa fue llevada ante un tribunal, el hijo de Augías, Fileo, testificó a favor de Heracles, dando fe de que efectivamente se había ofrecido una recompensa. Augías se enfureció tanto que expulsó a Heracles de su reino junto con Fileo antes de que se pudiesen contar los votos. Puede que Homero tuviese conocimiento de esta historia, al menos en cierta manera, puesto que menciona que Fileo partió al exilio tras una disputa con su padre. Cuando más tarde Heracles regresó a Elis para vengar el ultraje, mató a Augías e invitó a Fileo a ocupar el trono del reino (cf. pp. 365-366).[79]

Una historia cómica sobre una competición de comida llegó a asociarse con este trabajo. Cuando Heracles intentó reclamar su recompensa por haber limpiado los establos, un tal Lepreo (epónimo de la ciudad de Lepreon, en la Élide) aconsejó a Augías que lo encadenase. Heracles se sintió herido por tal insulto y visitó más tarde la casa

de Lepreo para enfrentarse a él, pero consintió en hacer las paces con él a instancias de su madre, y luego compitió con él en una serie de concursos lanzando el disco, achicando agua y viendo quién podía comer un buey entero en menos tiempo. Lepreo resultaba inevitablemente vencido en cada ocasión y cuando fue derrotado una vez más en un concurso de beber, perdió los estribos y provocó su propia muerte retando a Heracles a un combate cuerpo a cuerpo.[80] Según otra versión, Lepreo fue capaz de igualar a Heracles en glotonería en un concurso de comer buey y, en consecuencia, se volvió demasiado seguro de sí mismo, retándole a un duelo.[81]

Séptimo trabajo: el toro de Creta

De acuerdo con la tradición común, éste era el toro enviado del mar por Poseidón en respuesta a las plegarias de Minos, pero había sido convertido en salvaje por el dios cuando Minos se negó a sacrificarlo por él (cf. p. 444); en ese caso, tendría que ser verdaderamente difícil de capturar. En un relato divergente del primitivo mitógrafo argivo Acusilao,[82] se trataba del toro que había llevado a Europa hasta Creta (cf. p. 442, normalmente considerado como el propio Zeus en forma animal). Heracles recibió órdenes de traerlo vivo. Aunque Diodoro afirma que Minos le ayudó en su empresa, Apolodoro dice más bien lo contrario, afirmando que buscó la ayuda de Minos pero éste le dijo que atrapase a la bestia él solo. Para obtener información acerca de cómo se supone que lo logró, dependemos de las pinturas de las vasijas, que indican que forzó al toro a ponerse de rodillas y luego le trabó las patas. Diodoro señala que cruzó el mar hasta el Peloponeso montado en su lomo. Se lo mostró a Euristeo y luego lo dejó ir; el toro vagó durante algún tiempo y finalmente se estableció en Maratón, en el norte del Ática, donde fue posteriormente muerto a manos de Teseo (cf. p. 452).[83] En algunas versiones latinas, Heracles lo mató, o Euristeo tuvo el poco tacto de consagrarlo a Hera, que lo expulsó al Ática porque atestiguaba la gloria de Heracles.[84]

Octavo trabajo: los caballos de Diomedes

Como siguiente trabajo, Heracles fue enviado al norte para capturar los caballos salvajes de Diomedes, hijo de Ares, rey de los bistones de Tracia. Los cuatro caballos en cuestión, que constituirían el tiro del carro de Diomedes, eran alimentados con carne humana; normalmente se los describe como yeguas (si bien Higino, el único autor que les da nombre, utiliza nombres masculinos: Podargo, Lampón,

Janto y Deino).[85] En la que es probablemente la forma más antigua de la historia, según afirman Píndaro y Eurípides, el héroe realizó la tarea por sí solo. Aunque el fragmento de Píndaro relativo a este punto está mal conservado, parece que Heracles arrojó a algún desgraciado a los caballos para distraerles mientras les ponía los arreos; y al parecer Diomedes murió al tratar de oponerse a él. Eurípides alude a los establos ensangrentados de los caballos y menciona que Heracles los domó y los llevó de vuelta a Micenas en un carro tirado por ellos.[86] También en la versión de Diodoro parece que Heracles no tenía compañía. Tras referir que los pesebres de los caballos estaban hechos de bronce y que los animales estaban atados a ellos con cadenas de hierro, Diodoro explica que Heracles los domó arrojándoles a su propio amo, haciéndoles dóciles al alimentarles con la carne del hombre que les había enseñado sus hábitos antinaturales.[87]

En la otra versión principal de la historia, tal como la relata Apolodoro, Heracles navegó hasta Tracia con una compañía de voluntarios, llevando también a su joven favorito Abdero, quien era hijo de Hermes, y había nacido en Opunte (Lócride). Tras dominar a los hombres que estaban a cargo de los establos, Heracles secuestró a las yeguas y las guió hasta el mar, pero Diomedes y sus seguidores llegaron para recobrarlas antes de que pudiese zarpar y las dejó a cargo de Abdero mientras se enfrentaba a las fuerzas enemigas. Pronto mató a Diomedes e hizo huir a los bistones, pero regresó para descubrir que entretanto los caballos habían matado a Abdero. De manera que lo enterró allí mismo y fundó la ciudad de Abdera en su memoria (en la costa norte del Egeo, a medio camino entre la península de Calcídica y el Helesponto). Luego llevó los animales ante Euristeo, quien los liberó.[88] Vagaron hacia el norte, hacia su tierra natal hasta que llegaron al monte Olimpo, donde fueron despedazadas por bestias salvajes; o bien, según Diodoro, Euristeo los consagró a Hera y su casta pervivió hasta la época de Alejandro Magno.[89] Ovidio e Higino afirman que Heracles les dio muerte,[90] pero evidentemente se trata de una variante tardía. Fue durante su viaje a Tracia cuando Heracles salvó a Alcestis de la muerte, según la versión de la historia de Eurípides (cf. p. 212).

Noveno trabajo: el cinturón de Hipólita

Como siguiente trabajo, Heracles fue al país de las Amazonas a buscar el cinturón o «faja» de su reina, Hipólita. Se trataba de un pesado cinturón de guerrero (*zoster*) más que de la ligera faja que hubiera formado parte de la vestimenta

femenina habitual. Apolodoro lo llama el cinturón de Ares e indica que era símbolo de la soberanía de Hipólita.[91] Si bien el mismo autor continúa explicando que Euristeo lo mandó buscar porque su hija Admete quería poseerlo, un objeto de esta naturaleza no hubiera sido deseable en sí mismo ni adecuado para servir como señal de éxito, y no se debe suponer que ninguna explicación de este tipo se hubiera ofrecido o sido necesaria en la tradición primitiva. Según Eurípides, el cinturón estaba depositado en Micenas, posiblemente en el Heraion, junto con una túnica con bordados de oro que había pertenecido a la reina.[92]

Habitualmente se creía que el país de las Amazonas estaba situado en las orillas meridionales del mar Negro, en el extremo nororiental de Asia Menor. Tras haber superado trabajos en el sur y en el norte, Heracles se dirigió al este. En la versión más sencilla de la historia, como se encuentra en Apolonio, ganó él solo el cinturón sin derramamiento de sangre, capturando a la hermana de la reina, Melanipe, en una emboscada y exigiendo el cinturón como rescate. Sin embargo, parece que era más comúnmente aceptada la versión de que navegó hasta la zona con un cuerpo de aliados y entabló una batalla con las Amazonas, en la que, bien se hizo con el cinturón, bien capturó a la comandante enemiga, Melanipe, para exigir el cinturón como rescate.[93] La batalla es un tema muy popular en las pinturas de vasijas a partir de la primera mitad del siglo VI a.C. (si bien no hay indicación alguna de que un cinturón tenga un papel significativo en la historia, y la oponente de Heracles es generalmente una tal Andrómaca, cuando se especifica algún nombre). En ocasiones se decía que Teseo había acompañado a Heracles como aliado (cf. p. 467).[94]

Apolodoro ofrece una versión peculiar de este trabajo, en la que dice que Hipólita visitó el barco de Heracles para averiguar la razón de su visita después de que hiciese escala en Temiscira, la principal ciudad de las Amazonas en la ribera del río Termodonte. Ella prometió darle el cinturón, y el asunto podría haberse resuelto amigablemente de no haber sido por las maquinaciones de Hera, que se mezcló con las seguidoras de Hipólita disfrazada de amazona y les dijo que su reina había sido raptada. En consecuencia, ellas cabalgaron completamente armadas hasta el barco, haciendo pensar a Heracles que había sido traicionado. De manera que mató a Hipólita, la despojó de su cinturón y batalló contra las Amazonas antes de zarpar con su trofeo.[95]

Mientras navegaba hacia este trabajo (o a su regreso de él), Heracles salvó a Hesíone, la hija del rey de Troya, de ser devorada por un monstruo marino, pero su padre Laomedonte se negó a pagarle la recompensa prometida y él volvió a Troya tras completar sus trabajos para ejecutar una devastadora venganza

(cf. p. 362). Se puede consultar a Apolodoro para obtener información sobre varios episodios menores asociados con el viaje de Heracles.

Décimo trabajo: el ganado de Gerión

El monstruoso Gerión (o Gerioneo, o Geriones), que eran tres hombres unidos en uno solo, ya ha aparecido antes como hijo de Crisaor (cf. pp. 104-105). Heracles recibió la orden de ir a buscar su ganado a su isla de Eritía (Isla Roja), en el Océano exterior, hacia poniente, en el lejano oeste. El héroe viajó por el norte de África, matando a muchas bestias salvajes en su camino para preparar la zona para asentamientos humanos. Conforme se acercaba a los límites occidentales de África, se exasperó a causa del calor del sol y apuntó con su arco de forma amenazante al rey-sol Helios, quien quedó tan impresionado por su audacia que le ofreció su copa de oro para cruzar el Océano hasta Eritía.[96] Ésta era la extraordinaria embarcación en que Helios surcaba el Océano cada noche desde poniente hasta naciente (cf. p. 82). De manera que Heracles recibió la copa de Océano o del dios-mar Nereo,[97] evidentemente durante el día, cuando Helios no la utilizaba, y alcanzó Eritía con mucha mayor facilidad de lo que hubiera esperado. De acuerdo con Ferécides, Océano trató de poner a prueba su coraje provocando una fuerte marejada, pero abandonó su propósito alarmado cuando el héroe lo amenazó con su arco.[98]

A su llegada a Eritía (que originariamente pertenecía a una esfera puramente mítica, pero que más tarde se creyó que estaba situada en algún punto cercano a la costa meridional de España), Heracles acampó en una montaña y aguardó una oportunidad para robar el ganado, que era de color púrpura y estaba bajo el cuidado del boyero Euritión y el monstruoso perro Orto (cf. p. 104), que tenía dos o más cabezas. El perro detectó enseguida la presencia del extraño y corrió al ataque, pero Heracles lo mató a mazazos, así como a Euritión cuando salió en ayuda de la bestia. Al enterarse del alboroto por Menetes, que andaba pastoreando el ganado de Hades en la isla, Gerión salió en búsqueda de Heracles y lo encontró conduciendo el ganado por la ribera de un río. Entonces tuvo lugar una encarnizada lucha en la que Gerión resultó muerto de un flechazo. Haciendo uso de nuevo de la copa de Helios, Heracles transportó el ganado robado hasta la costa Ibérica y luego lo condujo a través de los Pirineos y por todo el sur de Europa y Grecia, visitando Italia y Sicilia en su camino.[99]

En este punto debemos considerar las múltiples aventuras acaecidas a Heracles en su viaje de ida y vuelta al extremo occidente. Su viaje exterior fue relati-

vamente tranquilo (a no ser que, como Diodoro sugiere, fuese en este momento, y no durante su viaje a las Hespérides, cuando se enfrentó a Anteo y Busiris (cf. p. 356). Al alcanzar el extremo occidental de la costa libia (es decir, norteafricana), alzó las Columnas de Heracles para marcar los confines occidentales del mundo habitado. Normalmente éstas se identificaban con el peñón de Gibraltar (monte Calpe) y la montaña que corona Ceuta (monte Abyla), a ambos lados del estrecho de Gibraltar;[100] algunos afirmaban que Heracles abrió entonces el estrecho para proporcionar una salida al Océano, o bien que hizo más angosto el estrecho existente para que los monstruos del Océano no pudiesen pasarlo.[101] En otra versión, las columnas fueron alzadas al principio de los tiempos por Briáreo (uno de los Hecatonquires, cf. p. 108) y fueron posteriormente consagradas a Heracles en reconocimiento a sus servicios;[102] o bien las columnas de Heracles eran columnas corrientes del templo de Melkart, dios fenicio que se identificaba con Heracles, en Gadira (Cádiz), en el sur de Iberia.[103]

Heracles se encontró con frecuentes problemas durante su viaje de regreso, puesto que la gente se sentía tentada a robar las cabezas del ganado que él conducía por sus tierras. Los ligures del sur de Francia, por ejemplo, lo atacaron por este motivo no lejos de la ciudad de Arlés (que se decía que había sido fundada por él, dándole el nombre de Alesia en conmemoración de su periplo, *alē*). Aunque intentó repelerlos usando su arco, se quedó sin flechas y pidió ayuda a su padre Zeus, que hizo caer del cielo enormes cantidades de guijarros, permitiéndole así arrojárselos a sus atacantes hasta que se retiraron. La zona hoy conocida como la Plaine de la Crau, cubierta de gran cantidad de guijarros que hacen de ella una tierra completamente baldía, fue señalada como el lugar exacto en que tuvo lugar este asombroso acontecimiento.[104]

Las más interesantes son las historias relacionadas con el periplo de Heracles por Italia y Sicilia. Si bien Apolodoro no les presta atención, Diodoro, que, como griego siciliano, sentía un natural interés por esta parte de la mitología de Heracles, ofrece una práctica y accesible antología.[105] Dejando aparte otras relaciones y vestigios de su paso por la zona (sus mismas pisadas podían verse en Apulia, conservadas como las de un dinosaurio),[106] nos centraremos en dos historias interrelacionadas sucedidas en el escenario más meridional de su viaje. En Rhegion (Rhegium), en la orilla italiana del estrecho de Mesina, un toro escapó de la manada y cruzó a nado hasta Sicilia; puesto que Heracles vagaba por la zona preguntando a la población local si había visto un becerro perdido (*italos* o *vitulus* según la correspondiente denominación latina), esta tierra pasó a ser conocida como Italia a partir de entonces. Se explicaba también que Rhegion fue así

llamada porque el becerro «se escapó» (como si el nombre derivase del verbo griego *rhegnymi* o *aporrhegnymi*).[107] Al no encontrar rastro del toro en Italia, el héroe cruzó el estrecho hasta Sicilia, donde descubrió que Érix, regente local del oeste de la isla, había tomado posesión del animal y lo había mezclado con su propio ganado. Este Érix era epónimo de la montaña siciliana del mismo nombre (hoy monte San Giuliano), sede de un importante santuario de Afrodita; era hijo de Afrodita y Butes (un argonauta a quien ella había rescatado, cf. p. 515) o Poseidón. Cuando éste se negó a devolver el toro a menos que Heracles le derrotase en un concurso de lucha, el héroe lo hizo caer al suelo tres veces (requisito habitual para la victoria) antes de proceder a darle muerte.[108] Según otra versión, Heracles fue retado por Érix a un concurso de lucha cuando recorría la isla con el ganado, y luchó con él a condición de quedarse con el reino si ganaba, y entregar el ganado si perdía. Tras derrotar a Érix, confió el reino a la población local a condición de que lo entregasen si alguno de sus descendientes llegaba a la zona para reclamarlo en el futuro. Dorio, miembro de la familia real espartana (que supuestamente descendía de Heracles, cf. p. 383), llegó a Sicilia a finales del siglo VI a.C. y reclamó el territorio con estos argumentos (pero enseguida murió a manos de enemigos procedentes de la propia isla).[109] Para conocer dos aventuras menores de Heracles en la «punta de la bota» italiana, cf. p. 743.

El culto a Heracles (o Hércules, como se le conocía en latín) se introdujo en Roma en un período relativamente temprano, donde varios autores romanos desarrollaron una serie de leyendas etiológicas en las que se le atribuía la introducción de innovaciones en el culto cuando visitó el emplazamiento de la ciudad con el ganado de Gerión. La más interesante y conocida es, con mucho, la creada para explicar el origen de su culto romano más antiguo, en el *Ara Maxima* (Altar Mayor) del Foro Boario. En origen, se trataba de un culto privado administrado por dos vetustas familias patricias, los Potitio y los Pinario, y se consideraba de venerable antigüedad (aun cuando no podía ser verdaderamente tan antiguo puesto que en él se practicaban ritos griegos). Entonces, ¿qué podía ser más natural que imaginar que podría haber sido fundado por el propio Heracles/Hércules en el principio de los tiempos cuando se encontraba en Italia, antes de ser dios y de que la ciudad existiese siquiera? Según dice la historia, cuando se encontraba descansando a orillas del Tíber con el ganado, un monstruo o bandido de la zona llamado Caco, avistó los animales desde su guarida de la colina Palatina (o la Aventina, según otra versión) y robó algunos de ellos mientras el héroe yacía dormido. Arrastrándolos por el rabo hasta su cueva, bloqueó la entrada con una enorme roca y esperó a que su dueño partiese. Aunque el héroe

notó su ausencia y trató de encontrarlos, fracasó en sus esfuerzos porque todos los rastros parecían salir de la cueva, por lo que finalmente se vio obligado a marchar sin ellos. Sin embargo, cuando se alejaba con el resto de los animales, algunos de ellos comenzaron a mugir y sus compañeros que estaban dentro de la cueva (o sólo uno de ellos) mugieron en respuesta. Cogiendo apresuradamente su garrote, Hércules corrió colina arriba hasta el origen del sonido, se abrió camino hasta la cueva y mató a Caco a mazazos o por estrangulamiento para recuperar el ganado. En la versión tradicional, Caco era un monstruo escupidor de fuego de apariencia semihumana que trató de defenderse lanzando llamaradas; en versiones más racionalistas, se trataba simplemente de un rufián de talla excepcional. Al tener noticia de la muerte de Caco, Evandro (*Euandros* en griego), un arcadio de quien se decía que gobernaba la zona en la época, se dirigió al héroe para expresarle su gratitud y le contó que su madre (una ninfa profética) había predicho que estaba destinado a alcanzar el cielo como dios. Evandro, que deseaba ser el primero en rendirle honores divinos, levantó el *Ara Maxima* como primer altar en su honor y le sacrificó un ternero; según otra versión, Hércules, que nunca se caracterizó por su modestia, levantó el altar en su propio honor en respuesta a la profecía.[110] Para explicar por qué el culto había sido originariamente controlado por los Potitio y los Pinario (hasta que el estado se hizo con él a finales del siglo IV a.C.), algunos autores añadían que Hércules había instruido a miembros de estas dos familias en los ritos griegos que debían practicarse en él.[111]

Si bien en una época se afirmaba generalmente que este relato del robo de ganado era un mito antiguo que se había desarrollado de forma independiente en Roma siguiendo un patrón indoeuropeo común, es mucho más probable que se trate de una leyenda de invención bastante tardía creada a imitación de los diversos relatos griegos (algunos bastante antiguos) en que se decía que gentes de una serie de regiones habían intentado robar al héroe su ganado durante su largo viaje. El propio Caco era, como cabría esperar, de origen italiano. Se le asociaba en particular con la colina Palatina (aun cuando Virgilio traslada su cueva a la Aventina); en la vertiente sur de la colina, se talló una escalinata, conocida como la *Scala Calci* o «Escalera de Caco», que subía hasta el Circo Máximo. Como deidad asociada al fuego, Caco podía fácilmente pasar a ser un monstruo de aliento ígneo, digno rival de Hércules, y el hecho de que su nombre pudiese identificarse con *kakos,* el adjetivo griego para malvado o maligno, puede haber propiciado esta reinterpretación de su naturaleza. El detalle más imaginativo del relato resultante, el ardid del monstruo de

hacer caminar al ganado hacia atrás hasta su cueva, seguramente fue tomado del famoso episodio del temprano mito griego en que Hermes trataba de ocultar su robo del ganado de Apolo mediante este recurso (cf. p. 222).

Tras su desvío por Italia, Heracles conduce el ganado bordeando el Adriático y descendiendo luego hasta Grecia. Pero durante este recorrido, Hera trató de frustrar sus planes enviando un tábano contra el ganado, que hizo que éste se dispersase por las faldas de las montañas de Tracia. Con gran dificultad, Heracles reunió de nuevo la mayor parte de las reses, si bien unas pocas quedaron atrás para convertirse en las antecesoras del ganado salvaje de Tracia. Cuando finalmente llegó a Micenas, entregó el ganado a Euristeo, que lo sacrificó a Hera.[112]

De acuerdo con un pintoresco relato de Heródoto, los viajes de Heracles lo llevaron a Escitia, donde una mujer-serpiente robó sus caballos de tiro y le exigió que durmiese con ella como condición para devolvérselos. De cintura para arriba tenía forma de mujer, pero por lo demás era como una serpiente. Logró retenerlo por un tiempo, dándole tres hijos: Agatirso, Gelono y Escites. Llegado el momento de su marcha, dejó uno de sus arcos y un cinturón, diciendo a la mujer que debería heredar el reino aquel de sus hijos que lograse tensar el arco y ponerse el cinturón correctamente. Cuando más adelante resultó que únicamente el más joven, Escites, podía hacerlo, su madre expulsó a los otros dos, obedeciendo las órdenes de su padre. Los tres hermanos eran epónimos ancestros míticos de los escitas y de otros dos pueblos vecinos, los agatirsos y los gelonos, y esta historia explicaba el origen del arco distintivo de los escitas, similar al que se suponía que había utilizado Heracles.[113]

Undécimo trabajo: la captura de Cerbero

El más arduo de los trabajos de Heracles es también del que pueden encontrarse vestigios más tempranos, puesto que la *Ilíada* menciona ya cómo «Euristeo lo envió a la casa de Hades, guardián de las puertas, para traer del Érebo el perro de caza del odioso Hades». La épica homérica también informa de que recibió una ayuda inestimable de Atenea y Hermes.[114] Descendió a los Infiernos por la ruta comúnmente preferida por los aventureros míticos, la cueva sin fondo del cabo Ténaro en el sur del Peloponeso.[115] De acuerdo con fuentes romanas tardías, el barquero Caronte se alarmó tanto al verlo que accedió a cruzarlo hasta la tierra de los muertos aun estando vivo y fue castigado por esta infracción de su deber siendo encadenado durante un año.[116] Apolodoro indica que todos

los espectros huyen cuando ven al héroe, a excepción de Meleagro y la gorgona Medusa. La historia de su encuentro con Meleagro se relata al completo en una oda de Baquílides, quien describe cómo Meleagro le cuenta la triste historia de su muerte prematura, haciéndolo sollozar por primera y única vez en su vida y le recomienda a su hermana Deyanira por esposa (consejo que el héroe seguiría finalmente, cf. p. 368).[117] En cuanto a la gorgona, Heracles saca su espada con intención de repelerla hasta que Hermes le hace ver que no es más que un fantasma inofensivo. Al adentrarse en la tierra de los muertos, se encuentra con Teseo y Pirítoo, que permanecen allí como prisioneros desde su entrada en el Hades, aun estando vivos, con la alocada intención de secuestrar a Perséfone (cf. p. 472) y Heracles saca a Teseo de su silla para liberarlo (así como a Pirítoo, según algunas versiones). Trata también de ayudar a Ascálafo, habitante del Hades que había sido enterrado bajo una piedra por Deméter (cf. p. 184 para más información). Deseoso de procurarse sangre que ofrecer a los espectros (para devolverles el buen juicio, cf. p. 161), sacrifica parte del ganado de Hades, para enojo de su pastor, Menetes, que lo reta a un combate; Heracles lo agarra firmemente y le rompe las costillas, pero es obligado a dejarle ir por intervención de Perséfone.[118]

Cerbero no se dejaría capturar fácilmente, y era un oponente formidable aun para el mayor de los héroes, pues no sólo era corpulento y poderoso, sino que tenía además tres cabezas (al menos en la tradición habitual) y una serpiente por cola. Las versiones literarias del episodio son todas relativamente tardías. Según Apolodoro, Heracles pide permiso a Hades para llevárselo y éste le dice que puede hacerlo si es capaz de dominarlo sin utilizar arma alguna; confiando en la protección de su coraza y su piel de león (que era invulnerable), agarra la cabeza de Cerbero con los brazos y aprieta con fuerza, ignorando las mordeduras que recibe de la serpiente de su cola, hasta que el animal se rinde.[119] En una versión ligeramente distinta, en la que Heracles recibe la orden de dominar a Cerbero sin utilizar su escudo o cualquier otra arma metálica, utiliza su piel de león a modo de escudo e intimida al animal arrojándole afiladas piedras (o quizá lanzando flechas con punta de piedra). Cuando Hades trata de cerrarle el paso después de haber capturado al animal, Heracles, comprensiblemente, se enoja y amenaza al dios con su arco.[120] Diodoro constituye una excepción al sugerir que Perséfone le entregó a Cerbero encadenado.[121] Los documentos visuales nos llevan hasta el siglo VI a.C., pues las pinturas de vasijas de este período muestran a Heracles enfrentándose o apaciguando al perro, a menudo con Hermes o Atenea (o ambos) al lado o ayudándole. Otras imágenes muestran al héroe diri-

giéndose previamente a Perséfone o Hades; dado que uno u otro aparecen a veces observando cómo el héroe apacigua a Cerbero, parecería que obtuvo su permiso previamente, como se dice en las versiones literarias precedentes.

Tras lograr intimidar o amansar a Cerbero, Heracles lo lleva al mundo superior para mostrárselo a Euristeo, ascendiendo en el cabo Ténaro (o a través del templo de Ártemis en Trezén, a través de una grieta en la tierra, en las cercanías de Hermíone o a través de una cueva sin fondo en Heraclea, a orillas del mar Negro).[122] En cuanto demuestra el éxito de su misión, provocándole a Euristeo un susto considerable al hacerlo, devuelve a Cerbero a las puertas del Hades para que retome sus quehaceres habituales.

- Varios cuentos menores con origen bien en tradiciones locales, bien en la imaginación de poetas posteriores, acabaron asociándose a este mito. Se afirmaba, por ejemplo, que el acónito, una conocida planta muy venenosa, brotó por primera vez de la hiel escupida por Cerbero a su llegada al mundo superior (en Heraclea Póntica según esta versión).[123] O, según una leyenda argiva, Cerbero escapó de Heracles junto al manantial de Cinadra, en el camino entre Micenas y el cercano gran santuario de Hera, por lo que el agua de este manantial pasó a ser conocida desde entonces como el Agua de la Libertad (*eleutherion hydor*); los esclavos que pasaban a libertos bebían de ella tras su liberación.[124] Otra historia afirmaba que el terrible aspecto del perro infernal hizo que un hombre se convirtiese en piedra al verlo.[125] Se decía que Heracles se había preparado para su viaje al Hades iniciándose en los Misterios de Eleusis (lo que parece buena idea, puesto que se suponía que los iniciados gozaban de un mejor destino en el Hades, si bien después de muertos, por supuesto). Como los extranjeros de fuera del Ática no podían ser iniciados, hubo de ser adoptado primero por un autóctono, un tal Filio y, como estaba mancillado por la matanza de los Centauros, Deméter fundó los misterios menores (ritos preliminares celebrados en Agra, a las afueras de Atenas) para purificarlo de su derramamiento de sangre. Luego fue iniciado por Eumolpo (cf. p. 484) o Museo. En el futuro, cualquiera que hablase griego podía iniciarse, a menos que estuviese mancillado por un asesinato.[126]

Duodécimo trabajo: las manzanas de las Hespérides

Como último trabajo (o penúltimo según algunas versiones, anterior al descenso al Hades), Heracles recibió órdenes de recoger algunas de las manzanas

de oro de las Hespérides. Éstas crecían en un prodigioso árbol (o árboles) del jardín de los dioses, en los confines de la tierra, donde eran guardadas por un grupo de bellas ninfas, las Hespérides (cf. p. 63) y protegidas por una enorme serpiente, a veces llamada Ladón[127] en la tradición posterior. Para descubrir el camino a este remoto y misterioso lugar, Heracles consultó a las ninfas del Erídano (un río mítico más tarde identificado con el Po, cf. p. 78), quienes le aconsejaron que preguntase a Nereo, el Viejo del mar; de modo que atrapó a Nereo mientras dormía y lo mantuvo amarrado mientras éste se transformaba una y otra vez, negándose a soltarlo hasta que le reveló la ruta verdadera.[128]

Tradicionalmente, se consideraba que las Hespérides vivían en el lejano occidente, como indica su nombre (hijas de la noche), su proximidad al Atlas (cf. *infra*) y otros factores de diversa índole. En tal caso, Heracles habría tenido que abrirse camino hasta el extremo noroccidental de África. En las versiones ofrecidas por Ferécides y Apolodoro,[129] sin embargo, viaja hasta los márgenes septentrionales del mundo por una ruta extrañamente sinuosa: partiendo junto al Océano, al oeste, viaja a través de toda África hasta alcanzar de nuevo el Océano en el extremo opuesto del mundo y navega por él hasta el Cáucaso, donde conoce a Prometeo, para continuar a pie hasta el Atlas y las Hespérides, que aquí se sitúan en el remoto norte, cerca de los hiperbóreos. Esta reubicación era evidentemente necesaria debido al papel que se le atribuía a Prometeo, prisionero en el Cáucaso, en esta versión de la historia (cf. *infra*).

Nosotros comenzaremos siguiendo en detalle el viaje exterior tal y como se describe en esta última versión. Este curioso itinerario tiene cierto sentido si se recuerda que el punto de partida habría sido en origen la meta del viaje, y que Heracles habría viajado hacia el oeste, cruzando África, para alcanzarla. En este caso, también debió llegar al oeste por alguna ruta producto del interrogatorio a Nereo. Partiendo desde Tarteso, en el sur de Iberia, Heracles viajó primero por África hasta Egipto, tropezándose con el gigante Anteo en su camino. Anteo tenía por costumbre retar a los extranjeros que por allí pasaban a luchar con él, y los mató a todos hasta que llegó Heracles. Píndaro añade que tomaba sus calaveras para techar el templo de Poseidón[130] (que era comúnmente considerado su padre). De acuerdo con una historia popular que aparece por primera vez en fuentes romanas, era invencible para cualquier luchador normal debido a que su fuerza aumentaba cada vez que entraba en contacto con el suelo.[131] Invirtiendo el procedimiento normal del combate, en que se lograba la victoria al obligar al perdedor a tocar tierra, Heracles lo levantó en el aire y lo estrujó hasta la muerte.[132] Si bien esta particularidad de la leyenda de Anteo se originó

posiblemente en Grecia, tal vez en el período helenístico, nada se sabe con seguridad de la época de origen; no existe ninguna evidencia clara de ella en las artes anterior a su aparición en los relatos literarios de Ovidio y Lucano. Se explicaba que Anteo era hijo de la Tierra y obtenía fuerza adicional al tocarla, como ya se afirmaba en Ovidio.[133]

Píndaro y Ferécides sitúan a Anteo en Irasa, cerca de Cirene, en la región de África del Norte colindante con Egipto; según esta última versión, Heracles durmió con la esposa de Anteo, Ifínoe, tras su muerte, engendrando un hijo, Palemón (el Luchador, sobrenombre también del propio héroe).[134] De acuerdo con una tradición tardía, la esposa de Anteo era Tinge (epónimo de Tingis, la actual Tánger, en el extremo noroccidental de África), y el hijo que Heracles tuvo con ella era Sófax, ancestro mítico de los reyes de Mauritania, la provincia más occidental de África del Norte.[135] El relato se ha trasladado al oeste en esta versión para permitir que la familia real mauritana se proclame descendiente del gran héroe. Sófax posiblemente recibió su nombre de Syphax, gran potentado númida del siglo III a.C. La supuesta tumba de Tinge podía verse cerca de Tánger. Según un cuento no muy fiable, Heracles fue atado por los pigmeos mientras dormía después de su encuentro con Anteo (cf. p. 742).

Tras su llegada a Egipto, Heracles tuvo otro peligroso encuentro, en esta ocasión con el faraón ficticio Busiris (cuyo nombre deriva del de una ciudad del delta del Nilo, Per-Usire o Casa de Osiris). Éste atrapó a Heracles y le hizo prisionero con la intención de sacrificarlo, como era su práctica habitual para con los extranjeros, pues cuando una vez su reino permaneció estéril durante nueve años, un vidente de Chipre, un tal Frasio, le había revelado que la fertilidad le sería devuelta si sacrificaba a Zeus un visitante extranjero masculino cada año. Tras iniciar el proceso asesinando al propio vidente, Busiris había continuado con el sacrificio de extranjeros desde entonces. Pero Heracles rompió sus grilletes cuando era llevado hacia el altar y mató a Busiris y a su hijo.[136] Se consideraba que Busiris era hijo de Poseidón y Lisiánasa, hija de Épafo, aun cuando Épafo, como hijo de Ío (cf. pp. 307-308), debía haber vivido muchas generaciones antes.[137] En su paradójica defensa de Busiris, el orador ateniense Isócrates utiliza esta inconsecuencia cronológica como pretexto para desacreditar toda la historia.[138]

En este punto, la geografía del viaje de Heracles se hace un tanto confusa. Según Ferécides (si podemos fiarnos del sumario que ha sobrevivido) a conti-

nuación siguió camino hasta Tebas (es decir, remontando el Nilo hasta el Egipto superior) y cruzó las montañas hasta la Libia «exterior», que limpió de animales salvajes utilizando su arco.[139] Diodoro afirma, de modo similar, que remontó el Nilo hasta Etiopía, donde mató al regente local Ematión, hijo de Eos, al sufrir un ataque injustificado por parte de éste.[140] En el relato más bien embrollado de Apolodoro (quien también menciona un viaje a Rodas), mata a Ematión después de pasar por Arabia y luego cruza Libia hasta el mar exterior.[141] Tomando estos documentos en conjunto, tiene cierto sentido imaginarlo viajando hacia el sur por Egipto, hasta el borde de lo desconocido y, luego, por una poco definida África oriental imaginaria (o Libia exterior), colindante con el Océano exterior. En cualquier caso, llegó a algún punto de la costa oriental africana y tomó prestada la copa de Helios una vez más para navegar hacia el norte, por el Océano exterior hasta llegar al Cáucaso. Prometeo, encadenado a una roca en el Cáucaso desde que provocara la ira de Zeus robándole el fuego para los mortales (cf. p. 145), estaba sometido a un tormento constantemente renovado, pues un águila picoteaba cada día su hígado, que volvía a crecer cada noche. Heracles se apiadó de él y mató al águila, pidiendo luego permiso a Zeus para liberarlo por completo.[142]

De acuerdo con Apolodoro, lo logró presentándole a Quirón como ser inmortal dispuesto a morir en lugar de Prometeo. Ahora bien, Quirón, como hemos visto anteriormente (cf. p. 341), padecía un dolor insoportable desde que Heracles le hiriera accidentalmente con una de sus flechas envenenadas; Apolodoro escribe a este respecto que «deseaba morir, pero no podía porque era inmortal. Sólo cuando Prometeo se ofreció a Zeus para hacerse inmortal en su lugar pudo morir».[143] Puesto que Prometeo era de origen divino, esto no puede interpretarse literalmente como que Quirón intercambió su inmortalidad por la mortalidad de Prometeo, ni puede explicarse fácilmente, en ese caso, por qué Zeus accedería a liberar a Prometeo en consecuencia. Seguramente debamos suponer que, al aceptar la muerte como ser inmortal, Quirón asume el castigo de Prometeo, que, por tanto, puede retomar su existencia normal como dios. Podemos encontrar una confirmación de esta idea en el *Prometeo encadenado*, en el que Hermes le dice a Prometeo que no puede esperar ser liberado «hasta que algún dios se muestre dispuesto a asumir tu sufrimiento y descienda por voluntad propia y libre al sombrío Hades».[144] Aunque pudiera parecer prácticamente imposible que un ser inmortal accediese a sacrificarse de este modo, Quirón estaba dispuesto a aceptar la muerte como precio a pagar para liberarse del insoportable dolor de su herida.

Prometeo pagó los servicios de Heracles aconsejándole sobre la mejor manera de llevar a cabo su búsqueda. Le indicó que no tratara de coger las manzanas él mismo, sino que debía pedirle a Atlas que lo hiciese por él, ofreciéndose a soportar entre tanto su carga celestial. Feliz de liberarse de sus esfuerzos por un rato, Atlas se puso en camino, procuró las manzanas de las Hespérides y se las llevó a Heracles; pero era comprensiblemente reacio a retomar su arduo deber y le pidió a Heracles que siguiese sosteniendo el firmamento un poco más, prometiéndole que él mismo le llevaría las manzanas a Euristeo. Prometeo había previsto que esto podría suceder y había sugerido un ardid en ese caso y engañó a Atlas para que cogiese de nuevo el firmamento, pidiéndole que se lo sostuviese por un instante mientras le preparaba una almohadilla para ponerse en la cabeza. Las evidencias artísticas indican que esta versión de la historia, relatada por primera vez por Ferécides, era popular a mediados del siglo VI a.C.[145]

En la otra versión principal, que aparece por primera vez en la tragedia, pero de la que igualmente pueden encontrarse vestigios más antiguos en las artes visuales, Heracles coge las manzanas él mismo tras matar al dragón que las guarda.[146] Con casi total seguridad, puede decirse que ésta debía de ser la versión original de la leyenda. Si bien las fuentes literarias no ofrecen los detalles de la matanza, podemos imaginarla con bastante claridad a partir de su representación en las pinturas de vasijas, que muestran al héroe alzando su garrote contra la serpiente enroscada alrededor del árbol. En la mitología astral, se dice que Zeus puso una imagen de este enfrentamiento entre las estrellas, representando a Heracles como la constelación Engonasin (el Arrodillado, ahora conocida como Hércules), en la que se puede ver al héroe arrodillado sobre una pierna apuntando con su garrote a la serpiente representada en la vecina constelación de Draco.[147] Teniendo en cuenta que la serpiente no era un monstruo dañino, sino una sirviente de los dioses que protegía una propiedad divina, podría pensarse que sería inadecuado por parte de Heracles matarla y, de hecho, en una versión recogida en las pinturas de vasijas y otras imágenes a partir del siglo V, se suprime esta muerte, y Heracles consigue las manzanas de las ninfas Hespérides de forma pacífica. Casualmente, éste es el modo en que se decía que Atlas las había conseguido.

Tras obtener las manzanas, bien por medios directos o indirectos, Heracles las llevó a Micenas y se las ofreció a Euristeo. Tan pronto como Euristeo se hubo asegurado de que la tarea había sido completada, le devolvió las manzanas a Heracles. El héroe se las entregó a Atenea para que fuesen devueltas al jardín de los dioses, pues eran demasiado sagradas para permanecer en cualquier

otro lugar.[148] Al completar este último trabajo (tanto si se trataba de la recogida de las manzanas, como de la captura de Cerbero, según la otra tradición), Heracles se liberó de su servidumbre al innoble Euristeo.

Servidumbre de Heracles a Ónfale y campañas principales del héroe

Heracles trata de obtener la mano de Yole, asesina a su hermano Ífito y se convierte en siervo de Ónfale

Ahora que Heracles podía dedicar sus pensamientos a cuestiones personales, decidió que había llegado el momento de buscar una nueva esposa y fundar una nueva familia. Dado que no podía plantearse volver con su primera esposa después de haber matado a los hijos producto de su unión, viajó primero hasta Tebas para cerrar sus asuntos con Mégara, acordando su casamiento con su sobrino Yolao.[149] Después de oír que Éurito, rey de Ecalia, ofrecía la mano de su hija Yole a quien pudiese vencerlo a él y a sus hijos tirando con arco, viajó hasta Ecalia (al parecer, en Eubea, cf. p. 373) para asumir el reto. Ya nos habíamos encontrado con Éurito antes, como el personaje que había instruido al joven Heracles en el tiro con arco (cf. p. 329), y su padre Ménalo era hijo del dios arquero Apolo. Aunque Heracles derrotó a Éurito y a sus hijos en el concurso, el rey se negó a entregarle a su hija, alegando que temía que el héroe matase a los hijos que ésta pudiera tener con él, como había hecho con los de su anterior matrimonio. A Éurito lo apoyaban en su decisión todos sus hijos menos el mayor, Ífito, que argüía que Yole debía ser entregada de acuerdo con los términos de la competición. Aun furioso, Heracles tuvo que partir sin ella, pero prometió volver en busca de venganza cuando las circunstancias lo permitiesen.[150] Pero los acontecimientos hicieron que su regreso se retrasase muchos años, hasta mucho después de haber tomado a otra mujer, Deyanira, como esposa. El saqueo de Ecalia y el secuestro de Yole le traerían la desgracia tanto a él como a Éurito (cf. pp. 373-374).

Poco después de la desgraciada visita de Heracles a Ecalia, fueron robadas algunas yeguas de los rebaños de Éurito (o de su hijo Ífito). No hay acuerdo entre las fuentes sobre la identidad del ladrón. Es posible que Heracles las robara como primer acto de venganza, o que fuese simplemente un robo más de Autólico, el príncipe de los ladrones. En este último caso, es posible que Heracles se hiciese con las yeguas comprándoselas a Autólico.[151] En cualquier caso, las sospechas

recayeron sobre Heracles e Ífito fue a Tirinto para hacer averiguaciones, dando lugar al episodio más deshonroso de la trayectoria del héroe, en el que éste mata a Ífito tras recibirlo como invitado en su casa. De acuerdo con Diodoro, lo llevó a una elevada torre de la ciudadela y le preguntó si podía ver a las yeguas pastando abajo. Cuando Ífito respondió negativamente (puesto que las habían escondido previamente), Heracles lo precipitó a la muerte diciendo que había sido falsamente acusado.[152] Aunque se acepta comúnmente que se trató de un asesinato premeditado, también se desarrolló una versión exculpatoria en la que se decía que el héroe había matado a Ífito durante un arrebato de locura transitorio, como cuando mató a sus hijos.[153]

A consecuencia de su crimen, a Heracles le sobrevino una terrible enfermedad y partió en busca de purificación. Tras toparse con la negativa de Néstor, rey de Pilos, que no estaba dispuesto a purificarlo debido a la amistad que le unía a Éurito, viajó a Amiclas, en Laconia, donde un tal Deífobo, hijo de Hipólito, por lo demás desconocido, efectuaba esos ritos.[154] Ya que, a pesar de todo, la enfermedad persistía, Heracles partió a Delfos para consultar el oráculo. Pero la sacerdotisa Pitia se negó a darle una respuesta, porque estaba mancillado por un asesinato, y él se enfureció tanto que comenzó a saquear el templo y se llevó el trípode de Pitia (cf. pp. 205-206) con la intención de fundar un oráculo propio. Apolo no tenía intención de permitir tal cosa y trató de arrebatarle el trípode, pero Zeus evitó que hubiese violencia separando a sus dos hijos mediante un rayo. Se acordó entonces que Heracles debía recibir una respuesta, y se le dijo que quedaría liberado de su aflicción si se le vendía como esclavo y se entregaba el precio de su venta a Éurito a modo de compensación.[155] De modo que Hermes dirigió una subasta en la que Ónfale, reina de Lidia, lo compró por tres talentos (tal vez cien veces más del precio habitual de un esclavo en la Atenas clásica). El dinero fue debidamente ofrecido a Éurito, pero él consideró que era impuro y se negó a aceptarlo.[156]

El enfrentamiento entre Heracles y Apolo por el trípode era un tema muy popular en la pintura de vasijas de mediados del siglo VI al siglo V a.C., y puede rastrearse hasta el siglo VIII a.C. en las artes visuales. Una observación pasajera de Pausanias sugiere que también era tema popular para los primeros poetas, aun cuando no hay demasiados indicios de ello en la literatura que ha sobrevivido.[157] La tradición local de Giteo, en Laconia, afirma que Heracles y Apolo se unieron para fundar la ciudad tras resolver su disputa por el trípode.[158]

Ónfale, hija de Yárdano, era una viuda que había asumido el poder en Lidia, en la costa occidental de Asia Menor, tras la muerte de su marido Tmolo. Autores y artistas de los períodos helenístico y romano se divertían imaginando cómo se comportaba con su inaudito siervo. Una idea popular sugería que lo obligaba a vestir con delicadas túnicas color azafrán y ayudar a tejer a las mujeres de la corte mientras ella lucía su piel de león y tomó posesión de su maza.[159] Se podía suponer, además, que él consentía voluntariamente este tratamiento porque se había enamorado de ella, y a veces se decía que había concebido uno o varios hijos con ella, bien durante el período de su servidumbre o después de que ella le concediese una pronta liberación.

También hay algunas historias serias en las que él realizaba tareas propias de un héroe en favor de la población local. Un notable villano de la zona era Litierses, hijo ilegítimo de Midas, que acostumbraba a retar a los viajeros a competir con él en la recolección de la cosecha (o simplemente les obligaba a ayudarle en sus campos) y luego les cortaba la cabeza con su guadaña al final de la jornada e introducía sus cuerpos en las gavillas de mijo. Cuando tuvo la imprudencia de intentar hacérselo a Heracles, el héroe lo decapitó con la guadaña que le había dado para el trabajo.[160] En otra versión, Heracles lo mató para salvar a Dafnis (cf. p. 283), que había llegado a la región desde su Sicilia natal y había sido forzado a trabajar por Litierses.[161] El nombre de Litierses derivaba de una antigua canción de cosecha frigia, la canción de Litierses. Otro villano local era Sileo, que acostumbraba a obligar a los extranjeros que por allí pasaban a cavar sus viñas; Heracles lo mató con su propia azada, así como a su hija Jenodice, y quemó sus viñas hasta la raíz.[162] En una versión cómica de una obra satírica de Eurípides, Heracles fue vendido a Sileo (que probablemente sustituía a Ónfale en la obra), y pronto dio razones a su comprador para arrepentirse de la temeridad de haberlo comprado, pues el tosco héroe provocó el caos en su viña, mató a uno sus bueyes y arrasó sus bodegas para satisfacer su enorme apetito.[163] Había también una versión de la historia en la que Heracles se casaba con Jenodice tras matar a su padre, pero permanecía lejos de ella durante tanto tiempo que moría con el corazón roto.[164] Durante este período, Heracles también se tropezó con los Cércopes, un par de hombrecillos de aspecto simiesco célebres por sus latrocinios. Éstos intentaron robarle las armas mientras dormía, pero él se despertó y los atrapó en el acto, y luego los colgó cabeza abajo de ambos extremos de un poste para llevárselos (del mismo modo en que se transportaban las piezas después de la caza). Ahora bien, su madre les había prevenido contra el «hombre de trasero negro» y cuando, desde su posición invertida, observaron que las nal-

gas de Heracles eran oscuras y peludas por donde no las cubría la piel de león, se dieron cuenta de que la advertencia materna se había cumplido y rieron y bromearon sobre la cuestión, divirtiendo tanto a Heracles que decidió dejarlos libres. Acabaron mal, sin embargo, pues fueron finalmente convertidos en piedra por intentar engañar al propio Zeus.[165] En cuentos menos conocidos, Heracles derrotó también a los itones, predadores vecinos de Ónfale, y mató a una enorme serpiente a orillas del Ságaris, un río de la zona.[166]

Heracles inicia una serie de campañas: el ataque a Troya

Tras haber expiado el asesinato de Ífito, Heracles regresó a Tirinto para reunir un ejército para una expedición contra Laomedonte, rey de Troya, que le había ofendido durante la etapa de sus trabajos. Esta campaña marca el inicio del período de sus mayores hazañas (*praxeis,* por oposición a sus *athloi* o trabajos, cf. pp. 335-336), pues tras concluir con éxito la campaña troyana, se implicó en un conflicto con el pueblo de Cos durante su regreso, y a continuación dirigió tres grandes campañas dentro del propio Peloponeso. Dado que la guerra contra Troya y la subsiguiente campaña contra Augías en el Peloponeso vengaban diferentes afrentas sufridas durante sus trabajos, y dado que las tres campañas del Peloponeso constituyen un grupo natural, estas «hazañas» de Heracles pueden asignarse de forma plausible a un período común mientras todavía vivía en el Peloponeso después de sus trabajos. Podría decirse que el cuarto y último período de su vida comenzó cuando abandonó el Peloponeso para casarse con la princesa etolia Deyanira. De acuerdo con las biografías de Diodoro y Apolodoro, vivió en Grecia central a partir de entonces, primero en la ciudad de Deyanira, Calidón y más tarde en Traquis, y las aventuras que de él se han documentado en Grecia central y septentrional (aparte de los primeros episodios de cuando estaba establecido en Tebas) fueron atribuidas a este último período de su vida.

Durante el tercer y penúltimo período de su vida que ahora nos ocupa, Heracles, bien siguió viviendo en Tirinto como lo había hecho durante sus trabajos, bien fue expulsado de la ciudad por Euristeo después de un tiempo y se trasladó a Feneo, en el norte de Arcadia, ciudad natal de su abuela Laónome. Según una tradición posterior, Euristeo lo mandó marchar tras su primer y fracasado ataque a Augías (cf. p. 365) alegando que Heracles planeaba hacerse con el poder en Argos. Heracles ayudó a las gentes de Feneo excavando unas cuevas (que todavía pueden verse) para drenar el exceso de agua de la llanura situada a las afueras de la ciudad.[167]

A continuación seguiremos la historia de las principales campañas de Heracles en el orden en que se decía que habían tenido lugar. Cuando se dirigía al país de las Amazonas para hacerse con el cinturón de Hipólita (cf. pp. 346-348), había bordeado la costa de Troya y se había quedado impactado por la terrible situación de una doncella que estaba atada a una roca de la orilla. Se trataba de Hesíone, la hija del rey, que había sido allí expuesta por orden de un oráculo para servir de presa a un monstruo marino enviado contra el país por Poseidón (cf. p. 674). Apiadándose de la princesa y viendo la oportunidad de obtener algún beneficio, Heracles se había dirigido a su padre Laomedonte para ofrecerse a matar al monstruo a cambio de una recompensa determinada: los caballos divinos que Tros había recibido en compensación por el rapto de Ganímedes (cf. p. 672); pero después de haber realizado la tarea, Laomedonte se había negado a entregar la recompensa prometida (o había intentado sustituir los caballos divinos por caballos corrientes). El héroe se había visto obligado a seguir su camino, pero había jurado regresar en el futuro para tomar venganza.[168]

De acuerdo con una tradición alternativa del período helenístico, Heracles se enfrentó al monstruo cuando navegaba hacia Cólquide con los Argonautas.[169] Heracles no tomó parte en ninguna de las grandes aventuras panhelénicas de la tradición anterior y aunque se le introducía de este modo en la historia de los Argonautas, habitualmente se decía que lo habían dejado atrás en una fase temprana del viaje (cf. p. 501), pues no había constancia de ninguna historia concreta suya a este respecto y podría haber hecho sombra a Jasón, un héroe más «soso». Algunos autores más interesados en inventarse una buena historia que en observar la tradición dieron fe de este último punto convirtiendo a Heracles en el líder de la expedición. Si en efecto se unió a los Argonautas, debió navegar con ellos durante el período de sus trabajos o poco después de haberlos completado.

Heracles reunió un ejército considerable para el asalto a Troya, reclutando a algunos héroes formidables, entre los que se encontraban Telamón, el padre de Áyax (cf. p. 686), y Oícles, el padre de Anfiarao, y los condujo a través del Egeo en dieciocho naves (o solamente ocho, según la *Ilíada*).[170] Tras la llegada a la Tróade, dejó atrás a Oícles para que custodiase las naves mientras él avanzaba contra la ciudad con el batallón principal. Cogido por sorpresa y viéndose, en consecuencia, superado en número, Laomedonte trató de debilitar la posición de los invasores avanzando contra sus naves con la intención de prenderles fuego, pero aunque Oícles resulto muerto en el enfrentamiento subsi-

guiente, sus seguidores huyeron hasta las naves y remaron alejándose de la costa. Laomedonte retrocedió entonces hacia la ciudad y resultó muerto junto con la mayoría de sus seguidores al enfrentarse a Heracles y el batallón principal en el exterior de las murallas de la ciudad.[171] O bien resultó muerto durante el asalto a la ciudad. Telamón fue el primero en penetrar las murallas de la ciudad, entrando en Troya por delante de Heracles, que se enfureció tanto al ser superado que amenazó a Telamón con su espada. Pensando rápidamente, Telamón apiló varias piedras y apaciguó al héroe diciéndole que estaba construyendo un altar en honor a Heracles el Noble Vencedor (*Kallinikos*, uno de los títulos de culto de Heracles).[172] Todos los hijos de Laomedonte, salvo Príamo, murieron en la batalla. Tras la victoria, Heracles hizo las paces con Telamón ofreciéndole a la hija del rey, Hesíone, como premio de guerra y permitió a Hesíone elegir a una sola persona de entre los prisioneros para ser liberada. Cuando ella eligió al único de sus hermanos que había sobrevivido, le dijo que debía ofrecer un rescate por él, y ella pagó con su velo. Por este motivo, se decía, el hijo y sucesor de Laomedonte, que en origen se llamaba Podarces, pasó a ser conocido como Príamo (como si el nombre derivase de *priamai*, comprar).[173] Puesto que Telamón ya estaba casado, tomó a Hesíone como concubina en lugar de como esposa y engendró con ella un hijo, Teucro, que más tarde lucharía en Troya al lado de su hijo legítimo Áyax.[174]

Viendo la oportunidad de hacer daño a Heracles, Hera envió vientos tormentosos contra sus naves cuando navegaban de regreso a casa desde Troya, obligándole a dirigirse a la isla de Cos, al sureste del Egeo. Creyendo que los extranjeros debían de ser piratas, los habitantes de Cos trataron de repelerlos lanzándoles piedras, pero ellos desembarcaron por la fuerza después del anochecer y tomaron la capital. Heracles mató al rey de Cos, un tal Eurípilo, hijo de Poseidón y Astipalea.[175] A partir de entonces la isla sería gobernada por descendientes del héroe, pues engendró un hijo, Tésalo, con Astíoque, la hija del rey muerto. Los habitantes de Cos lucharían en Troya bajo el mando de dos hijos de este Tésalo.[176] Fue después de este episodio cuando Atenea partió en busca de Heracles para ayudar a los dioses en su batalla contra los Gigantes (cf. p. 136).

En otra versión, Heracles perdió cinco de las seis naves en la tormenta y naufragó en Cos con la última de ellas. Al llegar a la orilla, se encontró con Antágoras, un hijo del rey que estaba guardando los rebaños reales, y le pidió una oveja para calmar su hambre, pero Antágoras lo retó a una pelea y tuvo lugar una batalla general cuando

los habitantes de Cos acudieron en ayuda de Antágoras y Heracles recibió también el apoyo de sus seguidores. Al darse cuenta de que el desarrollo de la batalla se volvía en su contra, Heracles buscó refugio en una casa habitada por una vieja tracia que le disfrazó vistiéndolo con ropas de mujer. A continuación volvió a la batalla, derrotó a los habitantes de Cos y durmió con la hija del rey como en la versión mencionada, engendrando a Tésalo. Ésta era una versión local de la leyenda diseñada para explicar por qué el sacerdote de Heracles en Antimaquia acostumbraba a vestirse con ropas de mujer cuando le ofrecía sacrificio.[177]

Tres campañas en el Peloponeso: contra Augías en la Élide, contra Neleo en Pilos y contra Hipocoonte en Esparta

De vuelta en Tirinto, Heracles hizo preparativos para su primera campaña en el Peloponeso, dirigida contra Augías, rey de la Élide, en el noroeste de la península. Augías lo había enfurecido de un modo muy similar a Laomedonte, negándose a pagarle la recompensa prometida por un valioso servicio que le había prestado, en este caso, la limpieza de sus establos (cf. p. 344). Al enterarse de las intenciones de Heracles, Augías reunió un ejército propio y lo puso bajo el mando de Éurito y Ctéato, los Moliónidas (o Molíones), que demostraron ser rivales aun para el propio Heracles, pues eran dos hombres unidos en uno solo. En la versión habitual, estaban unidos por la cintura (o compartían un único torso) pero tenían muslos y cabezas independientes, formando así un único ser con cuatro piernas, cuatro brazos y dos cabezas.[178] Poseidón los habían engendrado con una tal Molíone, que estaba casada con el hermano de Augías, Actor.[179] Homero los menciona en la *Ilíada* (llamándoles Molíones en una ocasión y Actoriones en otra) sin hacer mención explícita de que eran siameses.[180] Un fragmento de Íbico, poeta lírico del siglo VI a.C., afirma que habían nacido como un único ser de un huevo de plata.[181]

Los Molíones demostraron las ventajas militares de su forma compuesta infligiendo una rara derrota a Heracles cuando avanzó por primera vez contra la Élide. Provocaron el caos en su ejército, matando a su hermanastro Ificles, y le obligaron a retirarse a la Argólide.[182] O, en otra versión, obviamente creada para dispensar a Heracles de la vergüenza de la derrota, negoció una tregua con los Moliónidas tras caer enfermo, pero éstos le atacaron igualmente cuando supieron de su condición y se vio obligado a retirarse tras sufrir fuertes pérdidas.[183] Heracles recurrió a una argucia para librarse de estos problemáticos oponentes, tendiéndoles una emboscada en Cleonas, en el extremo noroeste de la

Argólide, cuando se dirigían a los Juegos Ístmicos como enviados de los eleos y se suponía, por tanto, que estaban bajo la protección de una tregua religiosa.[184] Los eleos exigieron una compensación a los argivos y se abstuvieron de participar en los Juegos Ístmicos a perpetuidad cuando se les fue negada.[185] Sin el obstáculo de los Moliónidas, Heracles tomó la ciudad de Élide sin apenas dificultad, matando a Augías y a todos sus hijos salvo Fileo, que había estado viviendo en Duliquio desde que su padre lo desterrara por haber testificado a favor de Heracles (cf. p. 344). En agradecimiento por su apoyo previo, éste mandó llamar a Fileo para que gobernase el reino y fundó además el festival y los Juegos Olímpicos, que tenían lugar en la región de la Élide cada cuatro años.[186]

Heracles condujo su siguiente campaña contra Neleo, el rey de Pilos, en Mesenia (cf. p. 550), por haberse negado a purificarlo tras el asesinato de Ífito (cf. p. 360), o por haber intentado robarle el ganado de Gerión.[187] Néstor, un hijo de Neleo, narra este episodio en la *Ilíada,* indicando que su padre había sido asesinado junto con sus once hermanos.[188] El más formidable de los hijos de Neleo era el mayor, Periclímeno, pues su abuelo Poseidón le había otorgado el poder de cambiar de aspecto a su antojo.[189] Pero esto no le supuso ventaja alguna, en la ocasión que nos ocupa, puesto que en el transcurso de la lucha fue traicionado por Atenea, quien indicó a Heracles que se había posado en el yugo de su carro en forma de abeja, permitiendo así al héroe matarlo con una certera flecha. Tal es la versión primitiva ofrecida en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo. Apolodoro añade que antes Periclímeno había tomado la forma de un león y de una serpiente.[190] En otras versiones, era muerto a mazazos en forma de mosca o de un flechazo como águila; o a la inversa, huía de la muerte volando como mosca o como águila.[191] Tras enzarzarse en una encarnizada batalla con las tropas supervivientes (y tal vez incluso con algunos dioses, como se verá más adelante), Heracles venció finalmente y conquistó la ciudad, matando a Neleo y a todos sus hijos salvo a Néstor, que era demasiado joven para luchar y se encontraba ausente en el momento porque estaba siendo criado en Gerenia, una ciudad vecina. Como en Troya, Heracles permitió a Néstor asumir el trono como único heredero superviviente, y siguió gobernando Pilos hasta mucho después de la guerra de Troya (cf. p. 550).[192]

Diversos documentos sugieren que Heracles se enfrentó a varios dioses en el transcurso de la lucha. Según un pasaje de la *Ilíada,* disparó a Hades en *Pylo* entre los muertos, pero es bastante improbable que se refiera a la arenosa Pilos. Como sugiere un escolio, puede que tuviese las puertas (*pylos* o *pyl,* normalmente *pylai* en plu-

ral) del Hades en mente, en cuyo caso el incidente podría haber ocurrido cuando Heracles andaba a la busca de Cerbero. En cualquier caso, Hades subió al Olimpo para pedirle una cura al dios-sanador Peán. En su *Olímpica IX*, Píndaro afirma que Heracles se enfrentó a Poseidón con su garrote cuando el dios ayudaba a defender Pilos (cosa comprensible, pues Neleo era hijo suyo), y luego continúa diciendo que el héroe también se enfrentó al arquero Apolo y a Hades cuando éste reunía a los muertos con su vara. Tampoco está del todo claro si debemos entender que estos últimos enfrentamientos también tuvieron lugar en Pilos; el escoliasta declara que se trataba en realidad de incidentes distintos, relativos al robo por parte de Heracles del trípode de Delfos y a la captura de Cerbero, respectivamente. Algunos autores posteriores dan por sentado, sin embargo, que Heracles hirió a Hades en Pilos, adonde bien podía haber acudido para reunir a los muchos muertos en la batalla, si no para luchar como aliado de los de Pilos.[193] En el *Escudo*, dentro del *corpus* de Hesíodo, se afirma, además, que Ares fue herido por el héroe en Pilos, así como Hera en un relato del poeta épico Paniasis.[194]

Después de su campaña contra Neleo, Heracles atacó a Hipocoonte, rey de Esparta (cf. p. 676) y a sus doce o veinte hijos para castigarlos por haber luchado como aliados de Neleo (o por haberse negado a purificarlo tras el asesinato de Ífito).[195] También le había enfurecido la muerte de su primo Eono, hijo de Licimnio, a quien habían matado en Esparta en las siguientes circunstancias: cuando, durante una visita a Esparta, contemplaba el palacio de Hipocoonte, Eono se alarmó ante la presencia de un perro guardián que se echó a correr hacia él y lo derribó de una certera pedrada, a lo que los hijos de Hipocoonte reaccionaron atacándole con sus clavas y apaleándole hasta la muerte.[196] Por lo demás, Eono era recordado como vencedor de la prueba de marcha de los primeros Juegos Olímpicos.[197]

Puesto que Hipocoonte podía contar con la ayuda de sus numerosos hijos, Heracles visitó a Cefeo, rey de Tegea, cuando cruzaba Arcadia y lo invitó, junto con sus veinte hijos, a aliarse con él en la lucha. Como Cefeo era reacio a dejar su ciudad desprotegida, el héroe lo convenció entregándole a su hija un mechón de pelo de la gorgona que, si se mantenía en lo alto de los muros de la ciudad (cf. p. 737), haría huir a cualquier atacante.[198] Con la ayuda de estos y otros aliados, Heracles mató a Hipocoonte y a sus hijos en una batalla en las cercanías de Esparta y conquistó la ciudad. Pero la victoria le salió cara, ya que Cefeo fue muerto junto con todos sus hijos (o todos menos tres), así como Ificles, el hermanastro de Heracles (al menos en una de las tradiciones, pues también se dice que lo mataron los Moliónidas).[199] En una de las versiones de la historia,

Heracles se enfureció tanto al enterarse de la fortuna de Eono que inició un ataque inmediato sin la ayuda adecuada y fue gravemente herido, viéndose obligado a retirarse a Terapne (en el valle del Eurotas, al suroeste de Esparta), donde Asclepio curó su herida.[200] Este relato justificaba el culto local a Asclepio *Kotyleus*, que se decía que había sido fundado por Heracles; se explicaba que Heracles le había dado este título de *Kotyleus* porque allí le había curado la articulación de la cadera (*kotylē*). Tras recuperarse de la herida, Heracles reunió un ejército y dirigió un exitoso ataque como se relata arriba. Como Tindáreo, legítimo rey de Esparta, había sido expulsado por Hipocoonte y sus hijos (cf. p. 676), Heracles lo mandó llamar para que asumiera el trono.[201]

Últimos años de Heracles en Grecia central y en el norte

Heracles se casa con Deyanira y vive con ella en Calidón hasta que mata accidentalmente a un paje

Tras su campaña contra Hipocoonte, que sería la última de sus guerras en el Peloponeso, Heracles decidió abandonar definitivamente la península para afincarse en Etolia, en el extremo suroeste del continente, ya que deseaba casarse con Deyanira, hija de Eneo, rey de Calidón, y fundar una nueva familia en la tierra natal de ésta. Como explicación adicional de su partida del Peloponeso, algunos autores añaden que también quería comenzar de nuevo debido al dolor que le habían provocado las muertes de su primo Eono y su hermanastro Ificles.[202]

No fue fácil para Heracles ganarse a Deyanira como esposa, pues también era cortejada por Aqueloo, el dios del gran río del mismo nombre que recorría los límites occidentales de Etolia. Sófocles relata cómo éste visitaba el palacio de su padre para pedir su mano, para horror de Deyanira, pues era un ser pavoroso que se manifestaba ya en forma de toro, de hombre o de hombre con cabeza de toro. Heracles visitó a Aqueloo junto a su propio río para luchar con él por Deyanira, que observaba el combate ansiosamente desde la orilla. Aunque el dios-río tomó la forma de un toro, y tal vez otras, Heracles lo agarró fuertemente y finalmente logró someterlo rompiéndole uno de sus cuernos.[203]

Aqueloo recuperó su cuerno ofreciendo a cambio el de Amaltea, un cuerno mágico que tenía el poder de proporcionar tanta comida y agua como cualquiera pudiera

desear.[204] Este cuerno había sido un regalo de Zeus a la ninfa (o ninfas) que lo había criado de niño. Al menos en una versión (cf. p. 119), Zeus había sido criado por una ninfa llamada Amaltea, que lo había alimentado con la leche de una cabra; cuando creció, le arrancó un cuerno a la cabra para convertirlo en uno de la abundancia que regaló a su niñera. O bien Amaltea era la propia cabra.[205] Apolodoro afirma que la cornucopia de Amaltea era un cuerno de toro, en una evidente mala interpretación debida al hecho de que fue intercambiada por el cuerno de toro de Aqueloo. En el mundo romano, el cuerno mágico era conocido como el *cornu copias* (es decir, cuerno de la abundancia), o en latín tardío *cornucopia;* y podía interpretarse como atributo de Copia, la personificación de la Abundancia (y también de Ceres, la diosa de la cosecha, como diosa de la abundancia). Ovidio combina los motivos griegos y romanos al sugerir que las Náyades llenaron el cuerno roto de Aqueloo de frutos y flores y que Copia tomó posesión de él como cuerno de la abundancia. Higino documenta una historia similar en la que se dice que Heracles dio el cuerno roto a las Hespérides, que crearon la cornucopia llenándolo de fruta.[206] Ovidio dice prácticamente lo mismo sobre el cuerno de Amaltea en otra parte, afirmando que su cabra se rompió el cuerno contra un árbol, y ella lo llenó de fruta y se lo llevó al infante Zeus.[207]

Heracles vivió unos años en Calidón con su nueva esposa, quien le dio varios hijos, entre ellos: Hilo, a quien volveremos a encontrar más adelante como primer líder de los Heraclidas, Ctesipo, el abuelo de Deifontes (cf. p. 384), y una de sus escasas hijas, Macaria (cf. p. 378).[208] El héroe tuvo oportunidad de honrar a sus anfitriones en un momento dado, ayudándoles en su guerra contra los tesprotos, que vivían al norte, en el sur de Epiro. Tras conquistar su capital, Éfira, engendró un hijo célebre, Tlepólemo (cf. p. 385), con Astíoque, hija de su monarca Filante.[209]

A consecuencia de un desafortunado incidente, Heracles se vio finalmente obligado a buscar un nuevo hogar, pues, un día, durante una celebración en su palacio, un paje lo enfureció de alguna forma cuando le echaba agua para que se lavase las manos, y lo golpeó con más fuerza de la pretendida, provocándole la muerte (de forma muy similar a como había hecho con Lino mucho tiempo atrás, cf. p. 330). Se decía que el muchacho había provocado su reacción al utilizar agua de lavar los pies, o sencillamente por su torpeza. El desgraciado paje, a quien se dieron diversos nombres como Éunomo (Buena Conducta) o Cíato (Escudilla de vino), era de origen noble, o incluso pariente del rey y, aunque su padre estaba dispuesto a perdonar a Heracles porque había reconocido que la

muerte había sido accidental, el héroe insistió en partir al exilio y comenzar de nuevo.[210] Decidió viajar al sur de Tesalia para buscar refugio al lado de su viejo amigo Ceix, rey de Traquis (posteriormente Heraclea), en la entrada del golfo de Malis. En su viaje lo acompañaron su esposa y su joven hijo Hilo, y tal vez también sus otros hijos.

Heracles se enfrenta al centauro Neso y a los dríopes de camino a su último hogar

El viaje no careció de riesgos y aventuras. En primer lugar, Heracles y su esposa tuvieron un desagradable encuentro con un centauro al llegar al río Eveno, en el este de Etolia. Este centauro, Neso, solía ayudar a la gente a cruzar el río a cambio de remuneración y en esta ocasión se ofreció a hacerlo, alegando que los dioses le habían asignado su puesto de barquero debido a su excelente carácter. Aunque Heracles era bastante capaz de cruzar por sí mismo, pagó a Neso de buena gana para que llevase a Deyanira, pero el centauro no tenía en realidad mejor carácter que el de la mayoría de su casta y trató de violar a Deyanira al llegar a la otra orilla (o bien en medio del río). Pero ella alertó a su esposo con sus gritos y Heracles lo abatió con una de sus flechas envenenadas. Conforme la vida abandonaba su cuerpo, Neso le dijo a Deyanira que si quería obtener una poderosa poción de amor para utilizar con su esposo, debía recoger parte del semen que había derramado en el suelo y mezclarlo con la sangre que manaba de su herida. Ella creyó su palabra y lo hizo, sin darse cuenta de que la mezcla era un terrible veneno, ya que la sangre estaba contaminada por el veneno de la flecha de Heracles (es decir, la ponzoña de la hidra, cf. p. 374).[211] Como veremos (cf. p. 374) Deyanira aplicó su desagradable poción a unas ropas de su esposo con un terrible resultado, exactamente lo que Neso pretendía.

Más adelante, durante el viaje, Heracles y su familia cruzaron el país de los dríopes, que vivían en una zona situada entre el monte Parnaso y el sur de Tesalia. Al cruzarse con Tiodamante, que guiaba un par de bueyes, Heracles le pidió un poco de comida para su joven hijo Hilo y, cuando éste se la negó, se hizo con unas buenas reservas de comida matando a uno de los bueyes. Tiodamante volvió corriendo a su ciudad para movilizar a sus conciudadanos contra el agresor y Heracles se vio en graves dificultades en la lucha, encontrándose en tal peligro que tuvo que armar a su esposa, quien sufrió una herida en el pecho.[212] En una versión bastante diferente, Heracles no se encontró con problemas inme-

diatos tras matar al buey, sino que regresó para una campaña contra los dríopes después de establecerse en Traquis.[213]

En la otra versión principal de la historia del conflicto de Heracles con los dríopes, éste los expulsó de su país de origen para castigarlos por el grave sacrilegio de saquear el templo de Apolo en Delfos bajo el mando de su monarca, Filante. Con ayuda de un ejército de malios (es decir, hombres de Traquis y sus cercanías), Heracles los derrotó en la batalla, matando a su rey, y los llevó a Delfos como ofrenda a Apolo. El oráculo ordenó que fuesen llevados al Peloponeso, y se establecieron en la Argólide, en Ásine, una ciudad costera al este de Nauplion, pero fueron expulsados posteriormente por los argivos y se afincaron en una ciudad mesenia de igual nombre.[214] Los habitantes de la Ásine de Mesenia, que se enorgullecían de sus antecedentes dríopes, tenían sus propias ideas acerca de su historia y preferían suponer que sus ancestros habían abandonado la ciudad del monte Parnaso antes de que Heracles tuviera ocasión de capturarlos, navegando luego hasta la Argólide por voluntad propia, donde, debido a su odio por Heracles, Euristeo se había complacido en proporcionarles un nuevo hogar en Ásine.[215] En tiempos históricos, también se podían encontrar pueblos considerados de origen dríope en partes de Tesalia, Epiro, Eubea y Chipre.[216]

Dado que la tradición local consideraba a los dríopes los habitantes originales de la Dóride, mientras que los dorios del Peloponeso (que, acertadamente, creían proceder del norte) consideraban Dóride su tierra ancestral, esta historia de la expulsión de los dríopes resolvía una contradicción de la mitología de Grecia central. El hecho de que los dríopes hubieran sido expulsados por Heracles explicaba por qué los dorios habían tomado su lugar, trasladándose desde la zona más septentrional de Tesalia para ocupar la tierra vacante y viviendo allí hasta que invadieron el Peloponeso bajo el liderazgo de los Heraclidas (cf. más adelante). Este patrón de los acontecimientos es atestiguado por primera vez en Heródoto, quien alega que los dorios se habían trasladado de Tesalia a la Dóride (que anteriormente recibía el nombre de Dríope) y de allí al Peloponeso.[217]

Apolodoro menciona de pasada que Heracles mató a Laógoras, rey de los dríopes, un hombre violento y aliado de los lapitas, durante una celebración en el santuario de Apolo. Este último detalle sugiere que Laógoras era otro de los nombres del rey dríope que supuestamente había saqueado Delfos.[218]

Tras superar los peligros del viaje, Heracles llevó a su familia sana y salva a Traquis, que sería su hogar durante el resto de su vida.[219] Poco hay documen-

tado sobre su anfitrión Ceix, aparte del hecho de que era buen amigo de Heracles (si bien no lo suficientemente poderoso para proteger a su familia tras su muerte, cf. p. 378). Este Ceix, de ascendencia desconocida, debe distinguirse del Ceix que fue convertido en pájaro (cf. pp. 533-534). Tenía un papel de gran relevancia en un poema hesiódico perdido, *La boda de Ceix,* en el que también aparecía Heracles. Se le atribuyen dos hijos: un hijo, Hípaso, que resultó muerto durante la última campaña de Heracles (cf. p. 373), y una hija, Temistonoa, que se convirtió en esposa de Cicno, un violento rival de Heracles con quien nos encontraremos en breve.[220]

Últimas campañas y enfrentamientos

Cuando Heracles vivía en Traquis, Egimio, hijo de Doro, el rey de los dorios, lo invitó a ayudar a los dorios en una guerra territorial contra el pueblo vecino, los lapitas (cf. p. 711), prometiéndole una parte del reino en recompensa. Como indica su proximidad a los lapitas, los dorios vivían en el norte de Tesalia en este momento anterior a su llegada a la Dóride (cf. *supra*). Tras marchar hacia el norte junto con algunos seguidores arcadios, Heracles contribuyó a derrotar a los lapitas, matando a su líder, Corono, hijo de Ceneo, con sus propias manos. Sin embargo, rechazó tomar la recompensa prometida, pidiendo en su lugar que la guardasen para entregarla a sus descendientes. En consecuencia, se forjó un vínculo duradero entre los dorios y los hijos y descendientes del héroe, los Heraclidas, que finalmente conducirían a los dorios a su hogar final del Peloponeso.[221]

Durante su viaje de regreso, Heracles se vio envuelto en dos enfrentamientos individuales. Su primer oponente, Cicno, era un cruel hijo de Ares que tenía por costumbre retar a los extranjeros que por allí pasaban a un combate cuerpo a cuerpo y, al menos según algunas versiones, les cortaba la cabeza para utilizar sus calaveras para construir un tempo en honor a Ares (o Apolo).[222] En el relato más antiguo de los conservados, incluido en el hesiódico *Escudo*, Cicno se enfrentó a Heracles y su auriga Yolao en la arboleda de Apolo en Págasas (el puerto de Yolco, en el extremo septentrional del golfo de Págasas) con la intención de robarles sus espléndidas armaduras.[223] Pero Heracles, cuyo ardor estaba alimentado por Apolo, lo derribó en el consiguiente duelo alcanzándole con su lanza en el cuello.[224] Cuando posteriormente Ares trató de vengar la muerte de su hijo, Atenea desvió su lanza en pleno vuelo y Heracles lo abatió en el combate cuerpo a cuerpo que se produjo a continuación, hiriéndolo en el muslo con su lanza.[225]

Ceix se hizo cargo del enterramiento de Cicno (descrito aquí como su yerno), pero Apolo provocó que su tumba y su mausoleo fuesen barridos por el río Anauro por haber saqueado las ofrendas al dios en vida.[226] Algunos relatos posteriores ubican el episodio en Itono, en el sudeste de Tesalia;[227] y en ocasiones se dice que Zeus puso fin a la lucha entre Ares y Heracles separándolos mediante un rayo.[228] En una versión atribuida a Estesícoro, Heracles huye del enfrentamiento inicial porque Cicno contaba con la ayuda de su padre, pero más tarde sorprendió a Cicno a solas y lo mató.[229]

La segunda de estas historias, que relata el enfrentamiento de Heracles con el rey de Ormenio (cerca del monte Pelión), es de menor interés y de origen probablemente posterior. Según Diodoro, quien llama Órmeno al rey y es el primero en dar cuenta de la historia, Heracles pidió la mano de su hija Astidamía, pero fue rechazado con el argumento, sumamente razonable, de que Deyanira ya era su legítima esposa; de manera que el héroe se tomó la justicia por su mano, mató al rey, conquistó la ciudad y se hizo con su hija. En la versión de Apolodoro, en la que el rey recibe el nombre de Amíntor, Heracles lo mató cuando cometió la imprudencia de tratar de impedirle atravesar su territorio.[230]

Heracles decidió entonces que había llegado el momento de llevar a cabo su largamente pospuesta venganza contra Éurito, quien se había negado a entregarle a su hija Yole tras haber ganado su mano en una competición de tiro con arco (cf. p. 359). Como ya se ha dicho, no había una tradición definida acerca de la ubicación de la ciudad de Éurito, Ecalia, pues se identificaba indiferentemente con lugares de Arcadia, Mesenia, noroeste de Tesalia y Eubea. Puesto que, al parecer, no estaba a gran distancia de Traquis por vía marítima, y Heracles hizo una parada en el cabo noroccidental de Eubea durante su viaje de regreso, la ubicación en Eubea parece la más plausible en relación con esta historia. En ese caso, la ciudad debía estar situada cerca de Eretria, en la región del centroeste de la isla, frente al sur de Beocia. El poeta épico arcaico Creófilo situaba la ciudad de Éurito en Eubea, en su poema perdido *La toma de Ecalia,* al igual que Sófocles en *Las traquinias*.[231] Heracles reunió un gran ejército para la empresa, compuesto por sus seguidores arcadios y hombres de las cercanías (es decir, malios de la región de Traquis y locrios orientales). A su llegada a Eubea, conquistó rápidamente Ecalia, matando a Éurito y a todos los hijos que le quedaban. Las pérdidas más relevantes de su bando fueron las de Argio y Melas, dos de los hijos de su tío Licimnio, e Hípaso, hijo de Ceix. Tras encargarse de sus entierros y saquear la ciudad, partió hacia Traquis, llevándose a Yole, la hija del rey muerto, en su barco.[232]

Higino documenta un desagradable relato en que Heracles trata de forzar a Yole a casarse con él amenazándola con matar a sus parientes, pero ella siguió rechazándole aun cuando él comenzó a matarlos uno tras otro en su presencia.[233] Según otro relato, Licimnio era inicialmente reacio a permitir que su joven hijo Argio se uniese a la expedición, pero cedió cuando Heracles le juró traerlo de vuelta a su hogar y cumplió lo prometido incinerando el cuerpo del joven tras su muerte y llevando sus cenizas en una urna.[234]

Muerte y apoteosis de Heracles

En el transcurso de su viaje de regreso, Heracles visitó el cabo Ceneo, en el extremo sudoeste de Eubea, para ofrecer un sacrificio a su padre Zeus. No obstante, no pudo realizarlo inmediatamente, pues carecía de las ropas adecuadas, por lo que envió a su heraldo Licas a Traquis en busca de su túnica ceremonial. Cuando estaba cumpliendo con su tarea, Licas le comentó casualmente a Deyanira que su esposo traía a Yole como prisionera, o incluso que Heracles estaba enamorado de la princesa. Alarmada por la desagradable noticia, Deyanira recordó la supuesta poción amorosa que había obtenido al recoger la sangre y el semen del agonizante Neso (cf. p. 370). Como vimos anteriormente, Neso le había dicho que la mezcla le garantizaría la fidelidad de su esposo, pero se trataba en realidad de una poción venenosa dado que la sangre del centauro se había contaminado de la ponzoña de la hidra que impregnaba la flecha de Heracles. Creyendo la palabra de Neso, Deyanira frotó las ropas de su esposo con parte de la poción antes de entregárselas a Licas. Cuando Heracles se puso las ropas y se acercó al fuego para llevar a cabo el sacrificio, el veneno se activó con el calor de las llamas y comenzó a arder sobre su piel, provocándole un dolor insoportable.[235]

En la versión, bastante diferente, de *Las traquinias* de Sófocles, Licas viaja a Traquis adelantándose a su señor y llevando a Yole consigo, junto con otras prisioneras de Ecalia, y Deyanira envía las ropas a Heracles por iniciativa propia, y no en respuesta al mensaje de su esposo.[236] En esta obra se afirma que Heracles y su familia se habían exiliado de Tirinto a Traquis a consecuencia del asesinato de Ífito.[237] Baquílides relata en una de sus odas que Heracles se detuvo en el cabo Ceneo para sacrificar parte de su botín tras haber incendiado Ecalia, con la intención de ofrecer nueve toros a Zeus *Kenaios* (Ceneo), dos a Poseidón, y una vaquilla a Atenea. Al enterarse de que Heracles enviaba a Yole a su casa para tomarla

por esposa, Deyanira envió la túnica envenenada como en el resto de las versiones.[238]

Suponiendo que Licas era el culpable de su sufrimiento, Heracles lo alzó por los pies y lo arrojó al mar por el acantilado.[239] Mientras caía, Licas se quedó petrificado por el miedo y se convirtió en una roca que podía verse en la costa desde lejos a partir de entonces. Los marineros procuraban no pisarla, como si hollar esa tierra pudiese causar dolor.[240] Esta historia puede haber sido inspirada por la presencia de unas pequeñas islas cercanas a la costa, llamadas las Lícades.[241] Heracles trató de liberarse de la terrible quemazón desgarrando la túnica envenenada (o «camisa de Neso», como a veces se la llama), pero esto no hizo más que aumentar su agonía, puesto que el tejido se había adherido a su piel y, al tirar, arrancaba trozos de su propia carne. Con el veneno quemándole hasta los huesos, fue llevado a su nave y transportado de vuelta a Traquis. Cuando Deyanira vio las consecuencias de su acto, se ahorcó (o se apuñaló) llena de arrepentimiento.[242]

Entonces, convencido de que la muerte era el único remedio que le quedaba, Heracles viajó —o hizo que le llevaran— hacia el este, hasta la cumbre del monte Eta, donde construyó una pira y se subió a ella.[243] O bien fue Hilo quien construyó la pira por orden de su padre, ya solo o con ayuda de sus hermanos.[244] O, según la versión de Diodoro, Licimnio y Yolao viajaron a Delfos por orden de Heracles para pedir una cura, pero, en su lugar, se les dijo que debían construir una pira en la montaña para Heracles y hacer que lo llevasen allí con sus armas y armadura.[245] Cuando Heracles subió a la pira y pidió a los allí presentes que la encendiesen, nadie se atrevió a hacerlo hasta que Peante, padre del gran arquero Filoctetes, que pasaba por allí en busca de sus rebaños, accedió a poner una antorcha sobre la madera. Heracles le recompensó regalándole su arco y sus flechas, que más tarde serían usados por Filoctetes en Troya; o, según otras versiones, Filoctetes encendió la pira y, por tanto, recibió el arco y las flechas del héroe en persona.[246]

En la versión más temprana, Heracles muere y parte al Hades como cualquier otro mortal. De acuerdo con esto, Aquiles afirma en la *Ilíada* que está dispuesto a aceptar la muerte cuando los dioses decidan dársela, «ni la pujanza de Heracles logró escapar de la parca, aunque fue el mortal más amado del soberano Zeus Cronión, sino que el destino lo doblegó y además la dura saña de Hera».[247] Asimismo, Odiseo lo ve entre las sombras de los muertos en la *Odisea,* haciendo que todos los demás espectros se dispersen como pájaros al avanzar con una flecha en su arco, clavando su fiera mirada a su alrededor como si fuese

a disparar. De hecho, en el texto de la *Odisea* se introducen tres líneas para explicar que se trataba simplemente de un fantasma, puesto que el verdadero Heracles estaba arriba con los dioses, pero es claramente una interpolación añadida para conciliar el relato homérico con la creencia posterior.[248] Las líneas de la *Teogonía* que refieren la presencia de Heracles en el Olimpo pueden considerarse igualmente de origen posterior, puesto que pertenecen a una sección del poema que casi con seguridad fue añadida en una época posterior a la hesiódica.[249] Si bien es difícil determinar exactamente cuándo se comenzó a creer que Heracles se había convertido en dios, la evidencia de las artes visuales sugiere que la idea de su ascensión al cielo ya se había consolidado a principios del siglo VI a.C. En las pinturas de vasijas áticas de ese siglo y el siguiente, se le puede ver habitualmente subiendo a un carro conducido por Atenea, Hermes o alguna otra deidad, para su ascenso al hogar de los dioses, o bien elevándose en el aire subido a un carro mientras la pira se consume debajo, o caminando en presencia de los dioses al final de su viaje. En los relatos literarios, se dice que fue subido al cielo en una nube, con el acompañamiento de un trueno, cuando yacía sobre su pira, o que había sido conducido por Zeus en un carro tirado por cuatro caballos.[250] Según una idea documentada inicialmente durante el período helenístico, todo lo que tenía de mortal se quemó en las llamas, quedando únicamente la parte divina que había heredado de su padre Zeus.[251] Diodoro no recoge prodigio alguno, limitándose a afirmar que la pira se consumió por completo a consecuencia de un rayo, y que se suponía que Heracles había entrado en el plano divino porque no se pudieron encontrar sus huesos.[252]

Después de que Heracles fuese admitido entre los dioses del Olimpo, Hera accedió finalmente a reconciliarse con él, y le permitió casarse con su hija Hebe, la diosa de la juventud, en una unión que simbolizaba su victoria sobre la edad y la muerte.[253] En una fuente se registra que Hebe tuvo dos hijos de él, Alexíares y Aniceto,[254] pero ambos son figuras insustanciales, cuyos nombres se basan en títulos de culto de Heracles. Algunos autores afirmaban que Hera lo adoptó formalmente como hijo mediante una ceremonia de renacimiento en la que, acostada en una cama lo acercó a su cuerpo y lo dejó caer al suelo por entre sus ropas. En otra historia de este tipo, lo adoptó ofreciéndole su pecho.[255] Tras su memorable vida como héroe, pasó entonces a disfrutar de la existencia atemporal de un dios, que sin duda le resultaba muy placentera, pero que deja poco de lo que informar al biógrafo.

El retorno de los Heraclidas

Euristeo encuentra la muerte cuando trata de exterminar a los Heraclidas

Las posteriores aventuras de los hijos y descendientes de Heracles y Deyanira conforman una importante saga, la del regreso de los Heraclidas (*Herakleidai*), que proporcionó un relato mítico de la invasión doria del Peloponeso. Aunque Euristeo trató de destruir la familia de Heracles tras la muerte del héroe, él y sus hijos resultaron muertos en el consiguiente conflicto, y los Heraclidas tomaron entonces la ofensiva tratando de invadir el Peloponeso. Con Euristeo y sus hijos fuera de juego, podían reclamar los territorios micénicos y perseidas de la Argólide en virtud de la ascendencia perseida de Heracles; y dado que Heracles había establecido la sucesión en el otro centro principal del Peloponeso, en Esparta (cf. p. 368) y en Pilos (cf. p. 366), que era por entonces capital de Mesenia, podían tratar de erigirse en señores supremos de gran parte de la península. Sin embargo, sus ambiciones iniciales se vieron frustradas y su conquista final del Peloponeso se pospuso hasta bastante después de la guerra de Troya (cincuenta años más tarde, según la mayoría de las versiones). A consecuencia de la alianza que Heracles había forjado con los dorios (cf. p. 372), los Heraclidas fueron ayudados en su empresa por una fuerza invasora compuesta principalmente por dorios; y, dado que los dorios (que, como era sabido, habían vivido en el norte en el principio de los tiempos) no tenían derecho a reclamar ningún otro territorio del Peloponeso, esta leyenda en la que se los presenta conducidos por los Heraclidas (fundadores de las dinastías reales de las tierras conquistadas), proporcionaba una justificación mítica de su ocupación de este nuevo territorio.

No debemos esperar descubrir información valiosa sobre los movimientos demográficos históricos a partir de estas leyendas (no más que a partir del relato legendario de la colonización jónica de Asia Menor, cf. p. 532). La saga de los Heraclidas no parece haber sido más que una construcción mítica y hay buenos motivos para suponer, además, que la historia de la invasión doria se relacionó con el mito del regreso de los Heraclidas en una fase secundaria del mismo. Debería recordarse, por otra parte, que la migración de los dorios a las zonas dorias del Peloponeso no hubiera sido una invasión en sentido estricto, sino un proceso gradual.

Aunque todos los vástagos y descendientes de Heracles podían denominarse Heraclidas (de igual forma que los descendientes de Ínaco eran Ináquidas), el nombre

se utilizaba generalmente para aludir a los descendientes de Heracles y Deyanira que se introdujeron en el Peloponeso. El nombre griego de su «retorno», *kathodos,* era doblemente adecuado, ya que podía significar en griego tanto retorno como descenso; al descender desde Grecia central hacia el Peloponeso, los Heraclidas regresaban a la tierra de sus antepasados.

Puesto que Heracles no podía proteger ya a sus hijos, Euristeo intentó exterminarlos para asegurarse de que su rama de la familia mantenía el dominio en las tierras perseidas de la Argólide. Los Heraclidas buscaron refugio inicialmente junto a Ceix, en Traquis, pero éste no tenía el poder suficiente para protegerlos de las amenazas de Euristeo,[256] y se vieron obligados a huir hacia el sur, a Atenas, donde pidieron asilo ocupando el altar de la Piedad (*Eleos*, la Compasión personificada). Los atenienses, por entonces gobernados por Teseo (o por su hijo Demofonte), no sólo se negaron a entregarlos a Euristeo cuando éste llegó en su busca, sino que se ofrecieron para luchar junto a ellos en el subsiguiente conflicto.[257] Cuando un oráculo afirmó que Atenas tendría la victoria asegurada si una hija de Heracles (o simplemente una doncella de alta cuna) fuese sacrificada, Macaria, la única hija de Heracles y Deyanira, se ofreció en sacrificio o se quitó la vida.[258] Euristeo fue debidamente vencido en la dura batalla que se produjo a continuación, perdiendo a todos sus hijos, pero él escapó en su carro y trató de regresar a su hogar por el Istmo de Corinto. Sin embargo, Hilo o Yolao se le adelantó en la Megáride y fue capturado o muerto de inmediato. En una versión de la historia, Hilo, el hijo mayor de Heracles y Deyanira, lo decapitó y devolvió su cabeza a Alcmena, quien le arrancó los ojos con agujas de tejer;[259] o, según la obra sobre este tema que ha sobrevivido de Eurípides, *Los Heraclidas,* Euristeo fue capturado por Yolao, el anciano sobrino de Heracles, que lo devolvió encadenado al Ática, donde Alcmena ordenó su muerte. Eurípides indica que Yolao había pedido a Zeus y Hebe que le devolviesen la juventud por un día para vengarse de Euristeo.[260] Una tradición de Tebas sugería que, en realidad, Yolao estaba muerto en esta época y se le permitió levantarse de su tumba con este fin.[261]

El retorno de los Heraclidas se pospone hasta mucho después de la guerra de Troya

Aunque los Heraclidas podrían entonces creer que estaban en situación de volver a su patria ancestral en el Peloponeso, era voluntad de los dioses que retra-

sasen su vuelta por muchas décadas. No podía ser de otra manera, pues se sabía que Heracles había muerto antes de la guerra de Troya e igualmente era sabido que Micenas y Esparta estuvieron bajo poder pelópida durante la guerra y tiempo después. Había dos historias para explicar por qué el regreso de los Heraclidas llegó a retrasarse tanto tiempo. En el relato más simple, que ya menciona Heródoto, Hilo, hijo de Heracles, se enfrentó cuerpo a cuerpo con un campeón peloponesio cuando los Heraclidas intentaron invadir por primera vez el Peloponeso, y permanecieron alejados durante cincuenta o cien años (esto es, el tiempo completo de su retraso) tras su derrota de acuerdo con lo pactado para el duelo. En un relato más elaborado, que aparece bien documentado en Apolodoro, un oráculo ordenó que se retiraran después de su primera entrada en el Peloponeso, y durante sucesivas generaciones fueron derrotados cuando, al interpretar mal posteriores oráculos, insistían en invadir el Peloponeso. La segunda versión indica más claramente que el retraso no era un mero accidente, sino que estaba providencialmente ordenado.

Para empezar con la versión más simple de la historia, los Heraclidas intentaron entrar por la fuerza en el Peloponeso justo después de la muerte de Euristeo, pero se les opuso un ejército peloponesio en el Istmo de Corinto. Con la intención de evitar un innecesario derramamiento de sangre, el jefe de la expedición, Hilo, propuso que la cuestión se resolviese en combate singular entre él mismo y un campeón del ejército contrario. Como condiciones definidas para el duelo, se acordó que se permitiría que los Heraclidas reclamasen sus derechos ancestrales en el Peloponeso si Hilo vencía, pero no emprenderían más invasiones del Peloponeso durante cien años (o cincuenta) si era derrotado. Équemo, el rey de Tegea en Arcadia, se prestó voluntario para luchar en nombre de los peloponesios y acabó con Hilo en el combate que siguió. Así que los Heraclidas fueron obligados a retirarse, y estuvieron fuera de allí hasta que el período acordado se cumplió. Muchos de los Heraclidas de la generación involucrada vivieron como huéspedes de los dorios en la Dóride, en Grecia central.[262]

En la otra versión fundamental de la leyenda, los Heraclidas tuvieron éxito en su primera invasión del Peloponeso y se hicieron con muchas de sus ciudades. Pero una plaga se desencadenó apenas un año después, y un oráculo manifestó que esto había sucedido porque los Heraclidas habían regresado antes del momento indicado. Así que se retiraron al Ática y se establecieron, por el momento, en Maratón. Bien a causa del mismo oráculo o por otro diferente, se ordenó a los antiguos súbditos de Euristeo en Micenas que eligieran a un pelópida como nuevo gobernante. Resultó que Atreo y Tiestes, dos hijos de Pélope, estaban viviendo en la zona

tras haber sido exiliados por su padre, y Atreo subió al trono tras una amarga disputa con su hermano (cf. pp. 650 y ss.). Su entronización marcó el inicio de un período de mandato pelópida en las dos grandes ciudades del Peloponeso, primero en Micenas y más tarde en Esparta, cf. capítulo XIV. Después de guiar a los Heraclidas de vuelta fuera del Peloponeso, Hilo consultó el oráculo de Delfos, que reveló que deberían esperar «hasta la tercera cosecha» antes de volver. Dando por sentado que aquello significaba tres años, Hilo esperó durante este período y después invadió el Peloponeso otra vez, aparentemente por el Istmo de Corinto, y resultó muerto, supuestamente a manos de Équemo. Sin embargo, en esta versión los Heraclidas no habrían jurado que permanecerían fuera durante cien años en caso de que él muriese, ya que los descendientes de Hilo dirigieron invasiones en cada generación posterior hasta que al final tuvieron éxito.

Tras un breve vacío debido a la naturaleza incompleta de nuestras fuentes, retomamos de nuevo la historia en el momento en que el nieto de Hilo, Aristómaco, hijo de Cleodeo, consultó el oráculo de Delfos acerca de una invasión reciente. Como le dijeron que la invasión sería un éxito si los Heraclidas se aproximaban al Peloponeso «por el camino estrecho», Aristómaco los guió a través del estrecho Istmo de Corinto, pero fue derrotado y muerto igualmente. Cuando el hijo mayor de Aristómaco, Témeno, alcanzó la mayoría de edad, consultó el oráculo de Delfos una vez más (en compañía de sus dos hermanos en una versión) y se sorprendió al recibir el mismo consejo de nuevo. Tras más preguntas, el dios explicó que los Heraclidas debían su mala fortuna anterior a que habían malinterpretado sus oráculos, puesto que cuando había mencionado la tercera cosecha, se refería a la tercera generación de hombres más que a la tercera cosecha de la tierra; y cuando había mencionado el camino estrecho, hablaba del corto camino marítimo a través del estrecho golfo de Corinto y no de la ruta por tierra a través del istmo. Como Témeno y sus hermanos pertenecían a la tercera generación después de Hilo y ya estaban enterados de la ruta correcta, podrían hacer preparativos con la confianza de que el triunfo estaba ya a su alcance.[263]

Los Heraclidas invaden el Peloponeso con sus aliados dorios. El sorteo de los tres reinos principales

Témeno reunió un ejército en Naupacto, en las orillas septentrionales del golfo de Corinto, y construyó una flota de barcos para transportarlos hasta la costa peloponesia.[264] La fuerza estaba constituida en su mayor parte por dorios.

Mientras estaban a la espera en Naupacto, un sacerdote de Apolo, de nombre Carno, llegó allí y deambuló entre las tropas pronunciando oráculos en trance frenético. Aunque no representaba amenaza alguna, ellos lo tomaron por un hechicero enviado por el enemigo para provocar su destrucción. Así que Hipotes, hijo de Filas, uno de los Heraclidas, lo mató con su lanza, haciendo que Apolo afligiese a la tropa con una hambruna y causara la destrucción de la flota. Cuando Témeno buscó el consejo del oráculo délfico, se le dijo que el asesino tendría que ser desterrado por diez años y que los Heraclidas deberían tomar como guía «al de los tres ojos».[265] El significado de las últimas palabras fue un misterio para ellos hasta que dieron con un hombre que montaba un caballo con un solo ojo (o que llevaba una mula con un solo ojo). Éste era Óxilo, hijo de Andremón, miembro de la familia real etolia que había sido exiliado por matar a su hermano, o a alguna otra persona, y volvía ahora a casa después de pasar un año en la Élide. Su caballo tenía un único ojo porque una flecha le había alcanzado en el otro. Aceptó ejercer de guía para los Heraclidas y sus aliados dorios, y les aconsejó cruzar más hacia el oeste, partiendo de Molicrio.[266] Después de que llegaran al Peloponeso, los llevó a través de Arcadia para atacar a Tisámeno, un hijo de Orestes, el último gobernante pelópida de Argos y Esparta. Los peloponesios fueron derrotados como había augurado el oráculo, y el propio Tisámeno cayó en la batalla o bien huyó a Egialo (Aquea) en la costa norte, donde igualmente fue asesinado poco después (cf. p. 528). Entonces los Heraclidas pudieron tomar posesión de los principales centros en el Peloponeso.[267]

En recompensa por sus servicios, Óxilo solicitó que se le otorgase el trono de Elis en el Peloponeso noroccidental. Como en su origen la familia real etolia había llegado de la Élide (cf. pp. 535-536), su mandato tenía cierta legitimidad.[268] Otra región del Peloponeso que nunca estuvo bajo el poder heraclida fue Arcadia, porque su gobernante, Cípselo, contó con la protección de los Heraclidas mediante una alianza matrimonial (cf. p. 706).

La importante ciudad de Corinto, aún regida por descendientes del deucaliónida Sísifo (cf. p. 558), pasó en una generación a ser gobernada por un soberano heraclida y poblada por dorios a la vuelta de los Heraclidas. Hipotes, hijo de Filas, el heraclida que fue desterrado por matar al vidente en Naupacto (cf. *supra*), tuvo un hijo, Aletes (Vagabundo) durante sus subsiguientes vagabundeos; y cuando Aletes fue mayor de edad, atacó Corinto con un ejército de dorios y ahuyentó a los corintios después de derrotarlos en combate. Los gobernantes sisífidas, dóridas y ayántidas se sometieron a él, y se les permitió permanecer en la ciudad. Aletes y

sus descendientes mandaron en Corinto durante cinco generaciones hasta que la monarquía fue sustituida por la oligarquía de los Baquíadas (en 747 a.C. según la creencia tradicional).[269] Tras hacerse con el control de Corinto, Aletes también intentó conquistar Ática, pero su intentó quedó frustrado por la autoinmolación de Codro, el último rey de Atenas (cf. p. 491). De Sición, vecina a Corinto por el oeste, se decía que también había sido conquistada por un heraclida, en este caso Falces, hijo de Témeno. Al descender el rey de Sición (un tal Lacéstade) de un hijo de Heracles, Falces le permitió compartir el trono.[270]

Después de completar su conquista del Peloponeso, el líder heraclida echó a suertes quién debería quedarse con los tres reinos principales: Esparta, Argos y Mesenia. Los Heraclidas mayores de esta generación eran Témeno, Cresfontes y Aristodemo, los tres bisnietos de Hilo, hijo de Heracles (cf. Tabla 6). Pero, por lo general, se decía que Aristodemo había muerto alcanzado por un rayo mientras el ejército estaba en Naupacto, o bien que había sido asesinado en Delfos por Medón y Estrofio, hijos de Pilades y Electra, dos primos de Tisámeno cuya familia tenía buena razón para temer las ambiciones de los Heraclidas.[271] Fueran cuales fueran las circunstancias exactas de su muerte, estaba representado en el sorteo por sus hijos gemelos, Procles y Eurístenes. Éste era, al menos, el relato habitual. Pero los espartanos tenían sus propias ideas sobre el asunto, como veremos. Cresfontes estaba tan ansioso por conseguir la posesión de Mesenia, la fértil región del sudoeste del Peloponeso, que manipuló el sorteo a su favor. Como después se había acordado que los tres participantes depositarían su ficha dentro de una jarra de agua, Cresfontes propuso que las primeras fichas que se sacaran deberían adjudicar los reinos de Esparta y Argos, dejando Mesenia para aquel cuya ficha permaneciera en la jarra. Él echó a la jarra una bola de tierra compacta en vez de un guijarro, asegurándose así que sacarían las otras dos, puesto que la suya se disolvería en el agua.[272] Este relato se concibió para justificar (o al menos para narrar) la división de poder en el Peloponeso desde el siglo VII a.C. hasta más adelante, cuando Mesenia cayó bajo el control de Esparta, de forma que podría decirse, en términos míticos, que los gobernantes Heraclidas de Mesenia al final perdieron sus ganancias hechas con malas artes en favor de quienes las reclamaban con legitimidad.

En otra narración del truco de Cresfontes, los dorios premiaron a Témeno con Argos (en apariencia porque el mejor reino debía ir al hermano mayor), y Cresfontes dijo que a él debería permitírsele elegir Mesenia, ya que también había nacido antes que Aristodemo. Pero se opuso a su deseo Teras (cf. p. 431), que representaba a los jóve-

nes hijos de Aristodemo, ya fallecido, así que aquél recurrió a un truco para cumplir su deseo. Tras persuadir primero a Témeno para conspirar con él, propuso que el asunto se resolviese por sorteo. Entonces, Témeno puso dos fichas en una jarra de agua, una por los hijos de Aristodemo y otra por Cresfontes, con la intención de que el participante cuya ficha fuese sacada eligiera entre los reinos restantes. Ahora bien, Témeno había hecho ambas fichas con arcilla, pero había cocido en el fuego la de Cresfontes mientras que sólo había secado al sol la otra. Así que cuando las pusieron en el agua, esta última se disolvió, y la de Cresfontes era la única que se podía sacar. Esta versión ofrece también una explicación mítica para la prolongada hostilidad entre Esparta y Argos, de la que se puede decir que tuvo su origen en la trampa de Témeno.[273]

Los gobernantes Heraclidas de Esparta, Mesenia y Argos. Exilio de Tlepólemo

Como resultado del sorteo, con todo lo insatisfactorio que fuera, Témeno se convirtió en el primer rey heraclida de Argos y Cresfontes de Mesenia, mientras Esparta cayó en suerte a Procles y Eurístenes, los niños hijos de Aristodemo. Como hermano de la mujer de Aristodemo, Teras, hijo de Autesión, que descendía de los reyes de Tebas, gobernaría Esparta como regente hasta que los hijos de Aristodemo alcanzaran la mayoría de edad (cf. p. 733). Los espartanos diferían de la mayoría de los griegos en que creían que Aristodemo había sobrevivido para convertirse en el primer rey heraclida de su tierra. En este caso, Procles y Eurístenes habían nacido en Esparta poco antes de su muerte; y cuando él murió, se decidió que los gemelos fuesen cogobernantes del país, porque eran indistinguibles y no había forma de decir cuál era el mayor.[274] Tanto si heredaron el trono en estas circunstancias, como si se les asignó en sorteo tras la muerte de su padre como en la tradición más extendida, su acceso conjunto al trono dio una explicación mítica a la peculiar institución de la monarquía dual en Esparta. Como parece apropiado, se casaron con dos hermanas gemelas, Latria y Anaxandra, hijas del heraclida Tesandro, hijo de Agamedides.[275] La casa real Agiada, a la que se otorgaba al menos cierta prioridad en asuntos ceremoniales, hacía descender su linaje de Eurístenes a través de su hijo Agis, mientras la familia real Euripóntida descendía del otro gemelo, Procles, a través de su nieto Euripon, hijo de Soas. De acuerdo con el esquema común en el que los gemelos míticos son bien los mejores amigos, bien los peores enemigos, se decía que Procles y Eurístenes habían reñido toda su vida, de donde venía la discordia que casi siempre prevaleció entre las dos casas reales en tiempos históricos.[276]

Los primeros soberanos Heraclidas de Mesenia y Argos tuvieron ambos finales violentos. Cresfontes se casó con Mérope, la hija de Cípselo, rey de Arcadia, quien le dio tres hijos; pero fue asesinado junto a dos de sus hijos cuando otro heraclida, Polifontes, organizó una revuelta contra él y se hizo con el trono mesenio. Sin embargo, su hijo menor Épito (o Cresfontes) sobrevivió, porque estaba al cuidado de Cípselo en Arcadia o porque su madre se lo envió a Cípselo en secreto en tiempos de la revuelta. En la versión del *Cresfontes* de Eurípides, por lo que se puede reconstruir mediante fragmentos y otras fuentes, Polifontes estaba al corriente de que el niño, aquí llamado Cresfontes, había sobrevivido, y prometió una recompensa en oro a cualquiera que lo matara. Pero creció indemne y más tarde volvió a Mesenia para vengar la muerte de su padre. Se dirigió a Polifontes bajo un nombre falso y le dijo que había llegado para reclamar la recompensa por haber matado al príncipe. Mientras dormía como huésped en el palacio, su madre Mérope, que entremedias había sido obligada a casarse con Polifontes, entró en la habitación con un hacha para matarlo en la creencia de que él había asesinado a su hijo. Pero un viejo sirviente que estaba enterado de su verdadera identidad, la avisó a tiempo. Entonces, ella sugirió a Polifontes que debería invitar a su huésped a ayudar en un sacrificio. Cuando al joven se le entregó una espada para ese propósito, se la clavó a Polifontes y así recobró el reino de su padre.[277] En otra versión, el hijo del rey asesinado, aquí llamado Épito, su nombre en la tradición tardía, regresa sin secreto a Mesenia y recupera el trono a la fuerza con la ayuda de algunos aliados arcadios y otros reyes peloponesios.[278] Épito ganó tal reputación entre los ricos y los pobres por su mandato, que los reyes mesenios fueron más conocidos desde entonces como Epítidas que como Heraclidas.[279] No obstante, el linaje estaba condenado a extinguirse en un período relativamente temprano, cuando los espartanos establecieron su dominio sobre el país.

Durante su reinado en Argos, Témeno provocó conflictos dentro de su propia familia al favorecer a Deifontes, el marido heraclida de su hija Hirneto, sobre sus tres hijos. Temiendo por su herencia, los hijos de Témeno tramaron el asesinato de su padre. Esto se volvió en su contra de acuerdo con una versión de la historia, pues los argivos quedaron tan afectados por su crimen que los desterraron y asignaron el reino a Hirneto y su marido.[280] En otra versión, Ceso, el hijo mayor de Témeno, asumió el control del trono, y Deifontes se retiró a Epidauro con muchos seguidores argivos.[281] El hecho histórico es que la monarquía en Argos no fue una institución duradera como lo fue la diarquía en Esparta. Según el relato de Pausanias sobre la tradición legendaria, los argivos rebajaron

la autoridad de la monarquía en un período tan temprano, que incluso Medón, el hijo y sucesor del antes mencionado Ceso, fue monarca sólo de nombre, y la propia institución fue abolida nueve generaciones después.[282]

Los reyes de Macedonia afirmaban ser Heraclidas de la estirpe teménida. Según cuenta Higino, basándose probablemente en el perdido *Arquelao* de Eurípides, Arquelao, un hijo de Témeno, fue expulsado de Argos por su hermano y viajó hasta la corte de Ciseo, un rey macedonio. Como en ese momento estaba siendo atacado por enemigos vecinos, Ciseo le prometió a su hija y su reino si él lo libraba de sus enemigos. Pero cuando volvía a por su recompensa, después de haberlo logrado, Ciseo ordenó a sus criados que preparasen un foso con fuego y lo cubriesen con ramitas finas para que Arquelao cayera dentro y muriera. En un mito más antiguo, se cuenta que Ixión había provocado la muerte de su suegro por este sistema (cf. pp. 711-712); pero en la historia que nos ocupa, la posible víctima recibió el aviso de un esclavo. Al descubrir la conjura, Arquelao atrajo al rey a un encuentro en privado y lo arrojó a su propio foso de fuego. Después, aconsejado por un oráculo, se marchó sirviéndose de una cabra (*aiga*) como guía y la siguió al sitio de Egas, donde fundó la capital real de Macedonia.[283] Esta historia podría haber sido inventada por el propio Eurípides, que pasó los últimos años de su vida en Macedonia, en la corte de un Arquelao histórico (que reinó hacia 413-399 a.C.). Otros relatos que registran la fundación de la monarquía por descendientes más lejanos de Témeno se pueden encontrar en Heródoto y Diodoro.[284]

Una historia más, relacionada con los Heraclidas, merece mención: la antigua leyenda del exilio del heraclida Tlepólemo, que era hijo de Heracles y de la princesa epirota Astíoque (cf. p. 369), o de Astidamea, hija de Amintor.[285] Homero ya menciona que mató a Licimnio, tío materno de Heracles, y que por eso fue obligado a partir al exilio; construyó una flota de naves, reunió a muchos seguidores y navegó hasta la isla de Rodas.[286] Autores posteriores añaden más detalles del asesinato. De acuerdo con Píndaro, que sitúa el incidente en Tirinto, Tlepólemo golpeó a Licimnio con un bastón de olivo cuando éste salía de la habitación de su madre Midea. En apariencia el acto fue cometido por ira, aunque las circunstancias exactas no se explican.[287] En versiones posteriores se cuenta que Tlepólemo golpeó a su tío abuelo por accidente, bien porque falló al pretender golpear a un esclavo que guiaba al anciano Licimnio, o porque éste se interpuso sin querer mientras él golpeaba a un esclavo.[288] Apolodoro (que aporta la última versión) mantiene que el incidente ocurrió cuando los Heraclidas inva-

dieron por primera vez el Peloponeso poco después de la muerte de Euristeo. En otra narración, los ciudadanos de Argos invitaron a Tlepólemo y a Licimnio a su ciudad, mientras los otros Heraclidas quedaron excluidos tras el fallecimiento de Hilo, y la muerte accidental ocurrió en Argos, después de que hubieran llegado allí.[289] Tlepólemo navegó hasta Rodas después de aquello por orden del oráculo de Delfos,[290] acompañado por muchos partidarios dorios, y fundó las tres grandes ciudades dorias de la isla: Lindos, Yaliso y Camiro.[291] En su nueva patria amasó riqueza y poder, y más tarde condujo a la guerra de Troya al ejército rodio en nueve barcos. La *Ilíada* describe cómo murió en batalla a manos del héroe licio Sarpedón.[292]

Capítulo IX
La historia mítica de Tebas

Fundación y comienzo de la historia de Tebas

La gran ciudad de Tebas, situada en el sur de Beocia, que competía con Argos como centro más importante de la Grecia mítica, fue gobernada por la segunda rama más importante de la dinastía de los Ináquidas. Tal como se explicó anteriormente (cf. p. 307), una antigua princesa argiva, Ío, descendiente (o incluso hija) del río dios argivo Ínaco, se exilió de su nativa Argos y se asentó en Egipto. En ese país, su nieta Libia tuvo posteriormente dos hijos gemelos con Poseidón llamados Belo y Agénor, fundadores de las dos ramas principales de la familia. Dánao, hijo de Belo, volvió a su patria ancestral de Argos para fundar el linaje gobernante de los Bélidas (cf. p. 309), mientras que Cadmo y Europa, hijos de Agénor nacidos en Fenicia, lugar donde se había asentado su padre, estaban destinados a fundar los linajes gobernantes de los Agenóridas en Tebas y Creta respectivamente. En el presente capítulo seguiremos la historia de la línea tebana fundada por Cadmo, antes de pasar a Europa y a sus descendientes en Creta, que abordaremos en el siguiente.

Agénor envía a Cadmo y a sus otros hijos en busca de Europa

Para retomar la historia de Agénor donde la dejamos en el capítulo VII, diremos que emigró de Egipto a Fenicia desde la costa más oriental del Mediterráneo, donde fundó un reino propio y se casó con Telefasa (de parentesco no registrado) o Argíope, hija de Nilo. Ella le dio una hija, Europa y varios hijos entre los que se incluyen Cadmo, Fénix, Cílix y Taso.[1] Europa creció y se hizo tan hermosa que atrajo el amor de Zeus, el cual asumió la forma de un toro que la llevó por el mar hasta Creta, donde tuvo con ella a Minos y otros hijos (cf. pp. 442 y ss.). Desesperado por su repentina desaparición, Agénor ordenó a sus hijos

que partieran en su busca, y les dijo que no volvieran bajo ninguna circunstancia hasta que la hubieran encontrado. A pesar de todo, fracasaron en su objetivo y se vieron obligados por tanto a establecerse en el extranjero.[2] Cílix, que es poco más que un epónimo, construyó su hogar en la provincia del sureste de Asia Menor que fue después conocida como Cilicia, mientras que Fénix se asentó en Fenicia, no lejos del lugar del que había partido; o también es posible que se asentara en el norte de África, centro importante de la colonización fenicia.[3] En primer lugar nos centraremos en los viajes de Cadmo, que partió con su madre Telefasa y su hermano Taso. Recorrieron la mayor parte del Egeo hasta llegar a Tracia por sus costas septentrionales, donde murió Telefasa. Taso decidió abandonar en este punto y se instaló en la isla frente a las costas de Tracia, que desde entonces lleva su nombre. Según Heródoto, las famosas minas de oro de la isla fueron descubiertas por los seguidores fenicios de Taso.[4] Durante la búsqueda precedente, Cadmo ya había establecido una colonia fenicia en el sur de la isla de Tera (cf. p. 733). Tras ocuparse del funeral de su madre y despedirse de su hermano, Cadmo decidió viajar a Grecia y consultar el oráculo de Delfos sobre el paradero de su hermana.[5]

Se han recogido genealogías contradictorias de la mayor parte de los miembros de esta familia. Europa es descrita bastante a menudo como hija de Fénix y no de Agénor, del mismo modo que Cadmo en alguna ocasión. La *Ilíada* se refiere a Europa como tal, y lo mismo se recoge del *Catálogo* de Hesíodo que especificaba que Fénix era hijo de Agénor y padre de Fineo.[6] No podemos estar seguros, por las pruebas que han llegado hasta hoy, de si Cadmo aparece también en el *Catálogo* como hijo de Fénix o de Agénor y, por tanto, como tío de Europa (que quizá sea más probable). En relación con el mito de búsqueda, Cadmo y Europa siempre son considerados hermanos y habitualmente hijos de Agénor.[7] A Taso se le señala como hijo de Agénor, Fénix, Cílix o Poseidón. Cefeo, rey de Etiopía y padre de Andrómeda (cf. p. 319) se integró dentro de esta familia en algún lugar (como es comprensible a la vista de la situación de su reino), y aparece indistintamente tanto como hijo de Agénor, Fénix o Belo. Lo mismo ocurre con Fineo, tío de Andrómeda (cf. p. 320, que no debe confundirse con el Fineo tracio).[8]

Cadmo sigue a una vaca hasta el sitio de Tebas, donde mata un dragón y planta sus dientes

El oráculo le dijo a Cadmo que no se molestara más por Europa, sino que tomara una vaca como guía, la siguiera hasta que cayera exhausta sobre su flanco derecho

(en el lado del buen augurio), y que fundara una nueva ciudad en ese lugar. Encontró una vaca especial entre los rebaños de un tal Pelagonte, que habitaba en Fócide, al este de Delfos. En una versión de la historia, él la descubrió por sus propios medios mientras se alejaba de Delfos. En este caso eligió una vaca que iba caminando entre los rebaños de Pelagonte;[9] en otras narraciones el oráculo era más preciso y le decía que buscara en los rebaños de Pelagonte y eligiera una vaca en particular, con una marca blanca en cada uno de sus flancos que se asemejara a una luna llena.[10] Fuera como fuese, tras encontrarla la siguió de camino hacia el este a través de Fócide y el sur de Beocia hasta que cayó al suelo en el emplazamiento de Tebas.

Tras descubrir de este modo la situación de su ciudad, Cadmo decidió ofrecer la vaca en sacrificio a Atenea (y así inauguró el culto tebano a Palas *Onca*); en otros casos el oráculo fue el que le dio instrucciones para que sacrificara la vaca a la Tierra tras conseguir su objetivo.[11] Antes de comenzar el ritual necesitó agua para las purificaciones y envió a alguno de sus compañeros a buscarla a una fuente cercana. Pero el manantial estaba consagrado al dios de la guerra Ares y lo custodiaba un temible dragón que mató a todos o a casi todos los hombres. Como era común con los dragones griegos, que no tenían las patas y alas de nuestros dragones modernos (originados en el medievo), este dragón tebano era descrito como una gran serpiente. Según una versión, se trataba de un hijo de Ares y no de su sirviente, un niño nacido de su unión con la erinia Tilfusa.[12] Al conocer la suerte de sus compañeros, Cadmo salió a enfrentarse con el dragón y lo mató al momento, ya fuera clavándole una espada, golpeándole en la cabeza con una enorme piedra o de ambos modos.[13]

Siguiendo el consejo de Atenea, recogió los dientes del dragón y los sembró en la tierra. Un grupo de hombres armados, conocidos como los Espartos (*Spartoi*) u «Hombres Sembrados» surgieron de los dientes y empezaron a luchar entre ellos hasta que quedaron sólo cinco.[14] Parece que en la historia original se atacaron unos a otros por propia iniciativa, como resultado de su agresividad innata; pero también había una versión bastante antigua en la que Cadmo, atemorizado, comenzó a arrojarles piedras, y ellos, creyendo que alguno estaba apedreando a los otros, empezaron a luchar entre sí.[15] Fuera lo que fuese, al final quedaron cinco Espartos llamados Equión, Udeo, Ctonio, Hiperénor y Peloro[16] (cuyos nombres significan Hombre-Serpiente, Hombre-Suelo, Hombre-Tierra, Vanidoso y Monstruoso, respectivamente) que fundaron las familias nobles que formarían la clase militar de la nueva ciudad. Cadmo tuvo que servir a Ares durante un año (o un gran año, equivalente a ocho años ordinarios) como expiación por haber matado al dragón.[17]

En otras versiones de la historia de los dientes del dragón, Atenea los sembró con sus propias manos, o Ares ordenó que se sembraran, o él mismo llegó a hacerlo.[18] Helánico ofrece una versión en la que, desde el primer momento, sólo surgieron cinco Espartos de los dientes, por lo que se eliminaba así la batalla inicial,[19] y parece que afirmaba que Ares habría matado a Cadmo tras la muerte del dragón si no hubiera sido porque Zeus se lo impidió.[20]

La historia de la siembra de los dientes del dragón fue retomada en el mito de los Argonautas para proporcionar una ordalía a Jasón (cf. p. 509). Para dar cuenta del origen de los dientes que había sembrado Jasón (un suceso que tuvo que haber ocurrido varias generaciones después de la época de Cadmo), se cuenta que Cadmo enterró algunos de los dientes del dragón tebano, mientras que el resto se guardaron, los recibió Eetes y luego éste se los pasó a Jasón para que los sembrara. Ferécides afirma, por ejemplo, que Ares y Atenea entregaron la mitad de los dientes a Cadmo y reservaron el resto para Eetes; o que Eetes recibió de Atenea una parte de los dientes.[21] Es fácil que surjan malentendidos si no se tiene en cuenta que a Jasón y a Cadmo se les ordenó sembrar los dientes por razones totalmente distintas, puesto que Eetes hizo que Jasón los sembrara para enfrentarlo con la peligrosa prueba que consistía en matar a los guerreros que surgieran de ellos, mientras que Atenea (o Ares) ordenó a Cadmo hacerlo para proporcionarle ciudadanos útiles para Tebas. No estaba en el ánimo de Cadmo matarlos, e incluso en la variante mencionada anteriormente en la que él provocó que se atacaran entre sí arrojándoles piedras, las lanzó presa del pánico y no con la intención de provocar un enfrentamiento. Jasón, por el contrario, lo utilizó como estratagema deliberada a partir del consejo de Medea, para asegurarse de que los hombres armados quedaran reducidos en número antes de atacarlos directamente. Este motivo del lanzamiento de piedras pudo haberse originado en el mito argonáutico.

Aunque la relación de Apolodoro sobre la leyenda fundacional está en su mayor parte extraída de fuentes muy antiguas, resulta equívoca en tanto que sugiere que Cadmo estuvo obligado a servir a Ares tras haber matado a los Espartos (y no al dragón tebano),[22] esta desafortunada idea debe desecharse. Incluso aunque la ira de Ares por la muerte del dragón se hubiera aplacado totalmente tras la servidumbre de Cadmo en la leyenda original, el tema era demasiado aprovechable como para no ser reutilizado, tanto para dar cuenta de la transformación posterior de Cadmo en una serpiente (cf. p. 395), como de la llegada de la Esfinge, o de la necesidad de un acto de autoinmolación cuando Tebas tuvo que defenderse de los Siete (cf. pp. 433-434).

Cadmo desposa a Harmonía y funda Tebas

Ares se reconcilió con Cadmo una vez completado el período a su servicio y Zeus le otorgó una diosa como esposa llamada Harmonía, hija de Ares y Afrodita. Todos los dioses del Olimpo descendieron del cielo para asistir al casamiento, que fue celebrado en la Cadmea, la acrópolis de la nueva ciudad. Las mismas Musas cantaron los himnos de boda, acompañadas por Apolo o por las Gracias en algunas versiones.[23] La novia recibió muchos regalos magníficos, entre los que destacaba una gargantilla y un traje (peplo) de carácter divino, que en tiempos futuros serían muy codiciados y se convertirían en fuente de desgracias para sus dueños. Normalmente se dice que el traje fue un regalo de Atenea, mientras que la gargantilla, que por supuesto había sido labrada por Hefesto, fue regalo de ella o de Afrodita. También se afirma que la gargantilla fue un regalo que el novio había adquirido de su creador o de Europa (que a su vez la había recibido originariamente como regalo de Zeus [cf. p. 442]). Esta última versión, de Ferécides, parte de la tradición más común que sugiere que Cadmo encontró a su hermana en algún momento después de su rapto y traslado a Creta).[24] Píndaro cita este matrimonio junto con el de Peleo —que también se casó con otra diosa, Tetis (cf. p. 93)— como ejemplo de la mayor bendición que podía llegar a tener un mortal. Pero el poeta habla de la cumbre de su buena fortuna para tocar un tema más profundo en donde afirma que ningún mortal podía vivir una vida libre de adversidades, ya que tanto Cadmo como Peleo estaban destinados a encontrarse con toda la desgracia que les correspondía.[25] Los sufrimientos de Cadmo surgieron principalmente por las tribulaciones de sus hijos, como veremos en breve, mientras que Peleo se vio pronto abandonado por su esposa, que consideró vergonzoso estar sujeta a un mortal, y perdió a su único hijo de forma prematura. Sin embargo, Cadmo, al menos en su matrimonio, fue totalmente afortunado, puesto que la actitud de Harmonía fue muy diferente de la de Tetis y la unión resultó ser feliz y duradera.

Cadmo fundó Tebas con la ayuda de los Espartos construyendo sobre la acrópolis tebana la parte alta de la ciudad, que fue conocida como la Cadmea. En Tebas había dos leyendas fundacionales diferentes puesto que en algunas ocasiones se afirmaba que había sido fundada por Zeto y Anfión, que pertenecían a otro linaje; pero las dos leyendas se reconciliaron en la tradición a través de una división de tareas, y se dice así que Cadmo había construido la parte alta de la ciudad mientras que Zeto y Anfión levantaron o fortificaron la parte inferior en un momento posterior (cf. p. 402). La casa de Cadmo y la cámara nupcial de

Harmonía podían verse en la acrópolis en tiempos históricos, al igual que el lugar donde se supone que las Musas cantaron durante los festejos de su boda.[26]

Según algunos relatos helenísticos, Harmonía era mortal y no divina, como hija que era de Zeus con una madre mortal, Electra, hija de Atlas. En ese caso, se trataba de la hermana de Jasión y Dárdano (cf. p. 671) con los que creció en la isla de Samotracia, en el norte del Egeo, donde Cadmo la encontró durante su búsqueda de Europa. Según relata Éforo, historiador del siglo II a. C., la raptó cuando pasó navegando frente a ella. De ahí el origen de una ceremonia local en la que los habitantes de la isla llevaban a cabo una búsqueda ritual de Electra. En el relato de Diodoro, se casaron en presencia de los dioses en una ceremonia formal en Samotracia, del mismo modo que en la historia tradicional de su celebración de boda con la diosa en Tebas.[27] En caso de aceptar que Harmonía era hija de Electra, se podría explicar que las puertas de Electra en Tebas fueran llamadas así por su madre (aunque otra historia sugería que adoptaron ese nombre por la hermana de Cadmo).[28]

Normalmente los griegos explicaban el origen de su alfabeto diciendo que Cadmo lo había introducido desde Fenicia. Sin embargo, hay leyendas que rivalizan entre sí, al igual que en el caso de las invenciones, y, naturalmente, algunos autores preferían asignar un origen puramente griego a la escritura. En la tradición arcaica, que ya aparece en Estesícoro y que quizá se originó en la primitiva épica troyana, se afirmaba esto como uno de los muchos inventos del ingenioso Palamedes (cf. p. 593). En el *Prometeo encadenado*, la escritura se enumera entre las artes que fueron inventadas por Prometeo en beneficio de la raza humana. En otra versión, sin duda de origen helenístico, el alfabeto había sido inventado por Acteo, uno de los primeros reyes de Atenas, que dio nombre a las letras en honor a su hija Fénice. Este Acteo era el suegro de Cécrope (cf. p. 477) al que también se considera inventor del alfabeto.[29]

Los hijos de Cadmo y Harmonía. Muerte de Acteón

El fundador de Tebas y su divina esposa tuvieron un hijo, Polidoro y cuatro hijas de mucha más importancia: Ino, Sémele, Ágave y Autónoe.[30] Polidoro tiene únicamente importancia genealógica como heredero varón que serviría para unir al fundador de la ciudad con la dinastía de los Labdácidas (la familia de Edipo y Polinices), que en principio no tenían relación con Cadmo. En algunas ocasiones se le conocía como Pínaco (el que escribe las tablillas), evidente-

mente en referencia la labor de su padre como introductor de la escritura en Grecia.[31] Tal como veremos (cf. p. 395), Cadmo y Harmonía tuvieron un hijo más, Ilirio, durante sus últimos años de exilio.

Los desastres que sufrieron las hijas de Cadmo se abordan en su mayor parte en otros lugares. Sémele provocó su propia destrucción al hacer que su amante Zeus la visitara en su auténtica forma divina (cf. p. 233). En ese momento ella estaba embarazada de su hijo Dioniso, que fue extraído de sus entrañas e introducido en el muslo de Zeus hasta que llegó el momento de su nacimiento. Ino y su esposo Atamante criaron durante un tiempo a Dioniso mientras era un niño, lo cual causó la ira de Hera que los castigó volviéndolos locos y terminó provocando la muerte de Ino y de sus dos hijos (cf. pp. 234 y 547). Ágave se casó con Equión, uno de los cinco Espartos y le dio un hijo, Penteo, que gobernó Tebas por un corto período como sucesor de Cadmo. Ella y su hijo estaban destinados a la desgracia de la mano de Dioniso, que la incitó, junto a otras mujeres tebanas, a descuartizar a Penteo como castigo por haberse negado a reconocer su divinidad (cf. p. 236). Por su parte, Autónoe se casó con un dios menor del campo, Aristeo (cf. p. 213) con el que tuvo un hijo, Acteón, que murió pronto en terribles circunstancias, tal como se relatará a continuación.

Acteón era un apasionado de la caza y nada le gustaba más que rondar por las tierras altas de Beocia con un grupo de cincuenta perros. Sin embargo, un día, todavía en la flor de la juventud, ofendió gravemente a Ártemis, que lo convirtió en un ciervo e hizo que fuera cazado por sus propios perros. La versión más común de la historia, tanto en tiempos modernos como en la última tradición clásica, es la que aparece por primera vez en el *Himno V* de Calímaco, en el que se relata que la diosa le infligió ese castigo por haberla visto desnuda. Un día él estaba cazando en el monte Citerón, al sur de Beocia, y se adentró en las espesas arboledas del valle de Gargafia buscando alivio al calor del mediodía, al igual que Ártemis, que había penetrado en este valle consagrado a ella, con similares intenciones. Acteón la encontró mientras se bañaba con sus ninfas asistentes en una fuente que estaba a la sombra. La diosa, encolerizada, le arrojó agua a la cara y le dijo que seguro que iría diciendo a todos que la había visto desnuda si pudiera hacerlo. El significado de sus palabras quedó patente cuando los cuernos comenzaron a brotar de su cabeza en el lugar donde el agua le había tocado y gradualmente se fue convirtiendo en un venado. Sin embargo, mantuvo su juicio y fue totalmente consciente del sufrimiento por el que estaba a punto de pasar cuando sus propios perros lo atacaron. Ésta es la historia tal como se recoge en la narración más antigua compuesta por Ovidio;

Calímaco no ofrece detalles.[32] En las lomas septentrionales de Citerón, los viajeros podían ver una roca conocida como el Lecho de Acteón (*koite Aktaionos*) en la que el héroe solía dormir agotado tras la caza, y desde donde fue alcanzado por la mirada fatal de la diosa mientras se estaba lavando en un manantial cercano.[33] Algunos autores posteriores sugieren que la diosa tenía razones sobradas para castigar a Acteón puesto que él estaba espiándola deliberadamente e incluso había intentado violarla.[34] Diodoro ya recoge una historia de este tipo y relata que intentó hacer el amor con la diosa en su templo después de haberle dedicado las primeras piezas de la caza.[35]

En las versiones más antiguas, Acteón recibió la retribución divina por una razón totalmente diferente, puesto que intentó casarse con su tía Sémele a pesar de que Zeus la amaba. El mitógrafo antiguo Acusilao citaba esto como causa de su transformación, y se puede suponer que el *Catálogo* de Hesíodo afirmaba lo mismo (a pesar del hueco en un papiro con información relevante, en el que no se conserva más que las dos últimas letras del nombre de Sémele).[36] Pausanías atribuye una versión similar a Estesícoro, y da cuenta en el poema en cuestión de forma ambigua que Ártemis «arrojó una piel de venado» a Acteón para provocar que sus perros lo cazaran, y así evitar que tomara a Sémele como esposa.[37] No queda claro si la controvertida frase se podría interpretar literalmente o se refiere a una transformación convencional (lo cual es más probable). En la literatura que se conserva, Eurípides es el primer autor que afirma que Ártemis actuó contra Acteón por una ofensa cometida contra ella, en este caso por haberse jactado de ser mejor cazador.[38] Esquilo y otros autores dramatizaron en la tragedia primitiva la leyenda de Acteón, aunque virtualmente no se conoce nada sobre el modo en el que se presentaba la historia.

Los perros de Acteón atrajeron por sí mismos una atención considerable; se compilaron catálogos y a algunos autores les gustaba imaginarse cómo habrían reaccionado al darse cuenta de que su amo se había perdido (o que de hecho lo habían matado). Apolodoro cuenta cómo lo buscaron por todas partes, aullando todo el tiempo, hasta que su búsqueda los llevó a la cueva del centauro Quirón, que alivió su desconsuelo dando forma a una imagen de su amo muerto. Según el fragmento en verso que podría proceder del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, lo mataron en un arrebato de locura inspirada por la diosa; después aullaron desconsolados cuando se dieron cuenta de que estaba muerto, y derramaron lágrimas por él. Algunos autores afirman que Ártemis los volvió locos para hacer que mataran a su amo (aunque esto apenas era necesario si ya había sido convertido en venado).[39] En cuanto a su

madre Autónoe, abandonó Tebas para siempre, desconsolada tras su muerte y se instaló en el pueblo de Erenea (Megara) donde se mostraba su tumba en tiempos históricos.[40] Se decía que su marido Aristeo había partido hacia Ceos.

Exilio y final de Cadmo y Harmonía

Hacia el final de su vida, Cadmo y Harmonía abandonaron Tebas y se dirigieron al exilio en Iliria, una región inhóspita en el noroeste junto al Adriático.[41] Sea cual sea el sentido original de este elemento de su leyenda, puede explicarse fácilmente que su partida se acelerara debido a los numerosos problemas de su familia.[42] Comúnmente se decía que Cadmo abdicó siendo viejo a favor de su nieto Penteo, hijo de Ágave, pero permaneció en Tebas hasta que su sucesor llevó a la familia al desastre al oponerse a Dioniso y sus ritos orgiásticos (cf. p. 236).[43] Después de que, a consecuencia de ello, Penteo encontrara una muerte terrible, Cadmo y Harmonía partieron desolados (o por orden de Dioniso), y dejaron el reino en manos de Polidoro, su único hijo. Viajaron hasta Iliria en un carro tirado por dos bueyes (de ahí el nombre de la ciudad de Bouthoe, en Iliria, que fue supuestamente fundada por Cadmo y llamada así porque él y su esposa habían sido llevados allí suavemente *thoos*, por bueyes *bous*).[44] Se han propuesto dos historias para explicar cómo Cadmo llegó a ganar un reino para él en su nueva patria. Según Apolodoro, se había declarado una guerra en ese tiempo entre los ilirios y sus vecinos los enqueleos o «Pueblo-anguila», a los que un oráculo advirtió que vencerían si tomaban a Cadmo y Harmonía como sus líderes; una vez que los ilirios fueron derrocados del poder, Cadmo se estableció como su gobernador.[45] En un relato menos verosímil del que Higino hace una breve mención, Ágave acompañó a su padre Cadmo a Iliria, donde se casó con Licoterses, rey de los ilirios, al que asesinó poco después para asegurar el trono a su padre.[46] Cadmo y Harmonía tuvieron un hijo tardío, Ilirio, que dio su nombre al país y se convirtió en el ancestro de la dinastía gobernante.[47]

A pesar de su condición divina, se consideraba que Harmonía había compartido un fin común con su esposo. Existían dos tradiciones diferenciadas que a menudo se combinaban: una sugería que habían sido enviados al Elisio o Islas de los Bienaventurados (hogar para los muertos privilegiados en el mundo superior, cf. p. 170) y la otra que se habían transformado en serpientes. Píndaro menciona a Cadmo junto con Peleo y Aquiles entre aquellos a los que se les otorgó el privilegio de vivir en las Islas de los Bienaventurados, como final propio para un héroe destacado que ha estado casado con una diosa. Del mismo

modo, en la *Odisea* se le dice a Menelao que los dioses lo enviarían al Elisio puesto que es yerno de Zeus.[48] En un relato, un escolio de Píndaro atribuido sin certeza a «los poetas y mitógrafos», se afirma que Cadmo y Harmonía fueron llevados a los Campos Elíseos en un carro tirado por dragones alados.[49] La historia de su metamorfosis aparece por primera vez en las *Bacantes* de Eurípides y vuelve a surgir en las fuentes helenísticas. Nicandro afirma que vivieron bajo forma de reptil desde entonces y para siempre en la provincia iliria de Drileo, como dos serpientes temibles, mientras que Eurípides ofrece una versión combinada en la que relata que Ares los envió a las Islas de los Bienaventurados en su forma de serpientes. Apolodoro cuenta, de forma similar, que fueron convertidos en serpientes y enviados por Zeus a los Campos Elíseos.[50] Desde hace tiempo se admite que los dos motivos tienen en gran medida el mismo significado puesto que se consideraba que los muertos heroicos se manifestaban en forma de serpientes. Sería interesante averiguar si en la Cadmea de Tebas Cadmo y Harmonía pervivieron en su forma de serpientes como deidades benéficas. Sin embargo, en la tradición que ha llegado hasta hoy la metamorfosis siempre se asocia con su exilio. Otra teoría sugiere que Cadmo se identificaba con algún héroe-serpiente ilirio. Sea cual sea el sentido original de la transformación, ésta se explicaba tanto en un sentido de castigo como de liberación del dolor. Higino relata que la pareja fue transformada por deseo de Ares, ya que todavía estaba enojado por la muerte del dragón de Tebas.[51] En la más completa narración que ha llegado hasta hoy, Ovidio presenta la situación para la transformación contando cómo la pareja, en un momento, llegó a reflexionar sobre sus muchas desgracias durante su vejez en Iliria. Ambos se describen doblegados por la edad, a pesar de que Harmonía fuera una diosa. Cadmo sugiere que Ares los pudo haber castigado con sus sufrimientos como venganza por haber matado a la serpiente sagrada de Tebas, y pide convertirse él mismo en serpiente si es ésa la razón. Mientras está hablando su cuerpo comienza a alargarse, su piel a endurecerse y oscurecerse y a crecer una cubierta de escamas. Cuando su forma común y sus rasgos desaparecen, Harmonía pide compartir su suerte. Ellos son ahora un par de inofensivos reptiles que no atemorizan ni hieren a los seres humanos porque recuerdan lo que fueron una vez.[52]

Dioniso informa a Cadmo sobre su destino futuro en las *Bacantes* de Eurípides y le augura que él y su esposa serán transformados en serpientes (aparentemente como parte del castigo que el dios inflige a la familia para vengar la negativa de Penteo sobre sus ritos). Aunque no haya una referencia directa al exilio de la pareja en Ili-

ria —quizá por la laguna que hay en el desenlace de la obra de teatro— Dioniso continúa diciéndole que volverán a Grecia en un carro de bueyes a la cabeza de un ejército de extranjeros y saquearán muchas ciudades hasta que los invasores sufran un desastre al atacar el oráculo de Loxias (de Apolo en Delfos). Pero Ares salvará a Cadmo y Harmonía y los llevará a la vida eterna entre los bienaventurados. Tal como sabemos por Heródoto, había una tradición en la que se afirmaba que algunos enquéleos e ilirios habían muerto en el ataque al templo de Apolo en Delfos, pero parece que la historia original no tenía nada que ver con Cadmo y esta versión fue probablemente inventada por el mismo Eurípides. El rasgo más extraño de este relato es la suposición de que la pareja marchaba a la cabeza del ejército bárbaro bajo apariencia de serpientes, algo difícil de creer si no estuviera claramente implícito en la respuesta que da Cadmo a Dioniso.[53]

Los primeros Labdácidas y las trayectorias tebanas de Lico y Nicteo

Polidoro, hijo de Cadmo y sucesor al trono tras el breve y desafortunado reino de Penteo, apenas es más que un nombre, puesto que tal como se señaló anteriormente, sólo tuvo relevancia genealógica como conexión que sirvió para ligar la dinastía tebana de los Labdácidas con Cadmo, el fundador. Según el esquema genealógico unificado que se desarrolló a través de este vínculo, Polidoro fue padre de Lábdaco, el fundador epónimo de la dinastía, que incluye a Edipo y sus belicosos hijos Polinices y Eteocles entre sus miembros. Polidoro aparece como hijo de Cadmo en la *Teogonía* (aunque no en una parte del poema que pueda ser adscrita al mismo Hesíodo), y más tarde en Heródoto y en la tragedia.[54]

A partir de lo que relatan Apolodoro y Pausanias, la historia familiar de Polidoro y sus descendientes inmediatos puede ser reconstruida como sigue. Polidoro se casó con Nicteis, hija de Nicteo, y fue padre de un único hijo, Lábdaco, que era todavía un niño cuando su padre cayó gravemente enfermo. Antes de morir Polidoro confió su hijo y trono a su cuñado Nicteo al que invitó a gobernar como regente. Cuando Lábdaco asumió el poder por derecho propio se vio envuelto en una guerra fronteriza con su vecino del sur, Pandión, rey de Atenas, que lo venció con la ayuda de un aliado tracio, Tereo (cf. p. 481). Al igual que su padre, murió prematuramente y no se han recogido posteriores aventuras. Apolodoro comenta de manera no muy clara que su muerte vino provocada por ser de ideas similares a Penteo, lo cual podría sugerir que pudo haber intentado oponerse a Dioniso. Su hijo Layo tenía sólo un año en el momento

de su muerte y el poder en Tebas pasó a Lico, hermano de Nicteo, que gobernó en nombre de Layo como regente o que pudo aprovecharse de la situación para hacerse con el poder para sí. Lico gobernó la ciudad durante muchos años hasta que sus sobrinos nietos Zeto y Anfión lo mataron o expulsaron, se establecieron como reyes y obligaron a Layo a partir hacia el exilio. Layo se refugió en la corte de Pélope, al oeste del Peloponeso, donde permaneció hasta que finalmente pudo hacerse con el trono que le correspondía legítimamente tras la muerte de los usurpadores; y con la historia del nacimiento y abandono de su hijo Edipo, entramos en territorio conocido.[55]

Tal como se puede inferir de esta relación, los principales actores durante este período de la historia mítica de Tebas no fueron los mismos Labdácidas sino los regentes y usurpadores que gobernaron en su lugar durante la mayor parte del tiempo. Y así todo, ¿cuál era el origen de Lico y Nicteo y cómo consiguieron tal autoridad en la ciudad? ¿Por qué Zeto y Anfión llegaron a organizar una revuelta contra su tío abuelo?

Según la tradición más común, Lico y Nicteo habían nacido fuera de Tebas como hijos de un gobernador menor de Beocia, Hirieo, epónimo fundador de la ciudad de Hiria, cerca de la costa este de la provincia. El mismo Hirieo tenía un origen atalante como hijo de Poseidón con Alcíone, hija de Atlas (cf. p. 670). Sus hijos crecieron en Hiria, pero decidieron buscar fortuna en Tebas. Aunque Apolodoro presentaba una relación de sus movimientos, el texto está mal conservado en este punto; parece que buscaron refugio en Tebas tras matar a Flegias, el rey de los depredadores flegieos, en el noroeste de Beocia (cf. p. 718). En cualquier caso llegaron a Tebas durante el reino de Penteo y establecieron estrechas relaciones con la familia real. Como resultado de su amistad con el rey, fueron rápidamente aceptados como ciudadanos con todos los honores y Lico fue finalmente nombrado polemarco (comandante militar), posición de considerable poder en la ciudad. Nicteo tuvo dos hijas, Nicteis, que se casó con Polidoro, como hemos visto, y Antíope, madre de Zeto y Anfión de su unión con Zeus. Lico se casó con una mujer llamada Dirce, a quien encontraremos más adelante como la cruel madrastra de Antíope, pero no se recoge que él hubiera tenido hijos con ella.[56]

Apolodoro hace referencia a una genealogía alternativa que representaba a Lico y Nicteo como hijos de Ctonio, uno de los Espartos (Hombres sembrados); posiblemente se trata de una genealogía relativamente tardía que fue creada en la misma Tebas para proporcionar a los intrusos un linaje propiamente tebano. La altera-

ción no es tanta, puesto que Antíope y sus hijos serían considerados, al igual que antes, descendientes de Nicteo. Sin embargo, en la tradición más antigua, Antíope era hija del dios-río Asopo y no tenía conexión con Nicteo o Lico, ni por nacimiento ni de ningún otro modo.[57]

El Asopo en cuestión era propiamente el pequeño río de Beocia del mismo nombre y no el río del Peloponeso; cf. p. 691. De aceptar esta genealogía, la familia de Antíope no podría seguir la línea que se describirá a continuación. Así en la *Odisea*, que la clasifica como una Asópida, sus hijos aparecen como los originarios fundadores de Tebas (cf. p. 403) y no como los intrusos que se hicieron con el poder como resultado de conflictos dentro de su propia familia. No podemos decir con seguridad cuándo llegó a describirse a Antíope como hija de Nicteo, de origen atlante; aunque ningún autor anterior a Eurípides ha probado explícitamente dicho origen, parece más bien probable que el *Catálogo* atribuido a Hesíodo la clasificase como hija de Atlas y no de Asopo.[58] En la literatura arcaica no siempre fue considerada una asópida puesto que se sabe que *Cipria*, una narración épica primitiva del ciclo troyano, se refería a ella como hija de Licurgo.[59]

Antíope, hija de Nicteo, y sus hijos gemelos Zeto y Anfión

Mientras Nicteo gobernaba en Tebas, presumiblemente durante la infancia de Lábdaco, Zeus sedujo a su hija Antíope, e hizo que se quedara embarazada de gemelos. Para escapar de la ira de su padre y sus amenazas de castigo, Antíope huyó a Sición, el rincón más apartado del Istmo de Corinto, donde recibió una cordial bienvenida por parte de su gobernante, Epopeo, que le pidió que se convirtiera en su esposa. En una versión ligeramente diferente, él la encontró en su escondite y la llevó a Sición para convertirla en su esposa. Nicteo estaba tan enojado por este curso de los acontecimientos que poco después murió o se suicidó; pero antes de que su vida tocara a su fin, encargó a su hermano Lico que jurara actuar contra Epopeo y Antíope. Así, Lico se puso en marcha contra Sición, venció y mató a Epopeo y llevó a Antíope de vuelta a Tebas como cautiva. Durante el viaje, cuando llegaron a Eleuteras, al sur de Beocia, Antíope dio a luz a Zeto y Anfión, sus dos gemelos engendrados de la unión con Zeus, y los abandonó en el monte Citerón. Esta versión de la historia se derivaba en último término de la obra *Antíope* de Eurípides; en ella, se decía que Zeus se había acercado a la desafortunada Antíope bajo la forma de un sátiro.[60]

Pausanias recoge una versión diferente de estos acontecimientos derivada de la tradición de Sición. Mientras Nicteo asumía el papel de regente en nom-

bre de Lábdaco, Epopeo raptó a Antíope en Tebas (quizá tras haber sido rechazado cuando había pedido casarse con ella), lo que provocó que su padre fuera contra Sición. Epopeo ganó la baza a pesar de haber sido alcanzado cuando hirió de muerte a Nicteo y obligó a los tebanos a retirarse. Cuando Nicteo estaba en su lecho de muerte, ya de vuelta a Tebas, pasó la regencia a su hermano y le pidió que emprendiera una expedición incluso mayor contra Sición para dar cumplida venganza sobre Epopeo; y, por razones menos obvias, también le pidió que castigara a Antíope si llegaba a capturarla (quizá porque ella había consentido su propio rapto). Tal como fueron las cosas, Lico no tuvo ocasión de recurrir a la fuerza puesto que Epopeo había muerto en ese lapso de tiempo y su sucesor deseaba entregar a Antíope. Ella dio a luz a sus hijos en Eleuteras durante el viaje de vuelta al igual que en el caso anterior; al parecer, había sido seducida y se había quedado embarazada de Zeus antes del momento de su rapto.[61]

Cualesquiera que fueran las circunstancias, tras regresar de Sición Lico y su esposa Dirce confinaron y maltrataron cruelmente a Antíope durante muchos años. En cuanto a sus dos hijos, Zeto y Anfión, un pastor los había rescatado y criado en su cabaña en la falda del monte Citerón. Cuando crecieron, Antíope finalmente pudo escapar de su prisión, ya fuera porque se le presentó la oportunidad o porque sus cadenas se rompieron milagrosamente por sí solas. Pero aunque ella consiguió encontrar el camino a la cabaña donde vivían sus hijos, Zeto la confundió con una esclava fugitiva y la expulsó. Por azares del destino Dirce pasaba por allí mientras vagaba por las colinas como bacante y vio a Antíope; y aunque la llevó a rastras de allí con intención de matarla, Zeto y Anfión ya habían partido en su busca tras enterarse por su padre adoptivo que ella era su madre, y consiguieron localizarla antes de que Dirce le causara algún daño grave. Para vengar el maltrato de Dirce hacia su madre, ataron su larga cabellera a un toro que la pisoteó hasta matarla. Luego viajaron a Tebas para vengarse de Lico y lo mataron o, al menos, lo expulsaron de la ciudad. En otra versión de la leyenda, lo convencieron para que saliera de la ciudad prometiéndole que le darían a Antíope, y luego intentaron matarlo a su llegada. Pero Hermes lo evitó y ordenó a Lico que partiera hacia el exilio. Tras tomar el poder de esta manera, matando o expulsando al gobernador vigente en Tebas, Zeto y Anfión consolidaron su posición tras desterrar a Layo, el legítimo heredero en la línea cadmea.[62]

Como añadido a una narración más ortodoxa, Higino recoge una extraña versión de la historia de Antíope en la que inicialmente estaba casada con su tío Lico. Sin embargo, la repudia después de ser violada por Epopeo (en circunstancias no espe-

cificadas) y se casa entonces con Dirce. Durante su nueva vida independiente, Zeus sedujo a Antíope. Posiblemente cuando se dio cuenta del embarazo, Dirce llegó a sospechar que había estado durmiendo con su marido en secreto y ordenó a sus criados que la mantuvieran encadenada en un lugar oscuro. Zeus, por su parte, hizo que ella se pudiera soltar de sus cadenas cuando su embarazo llegara a término y huyó entonces al monte Citerón, donde dio a luz a sus dos gemelos en un cruce de caminos. Ellos sobrevivieron y se vengaron de Dirce, al igual que en la tradición habitual.[63] En sus dos versiones de la historia, Higino habla como si el gobernante de Sición fuera llamado Épafo y no Epopeo, pero sin duda se trata de un error.

Un fragmento de Asio, poeta épico espartano del período arcaico, afirma que Antíope dio a luz a Zeto y Anfión tras haberlos concebido con Zeus y Epopeo. Podría parecer que el poeta consideraba a un hijo de padre divino mientras que el otro era puramente humano, como a menudo se creía de los Dioscuros (o también es posible que el poeta estuviera meramente indicando que Epopeo era su padre putativo).[64]

El nombre de Dirce está vinculado a la conocida fuente de Tebas y también a un arroyo que surge de ella; un coro de las *Bacantes* se dirige a Dirce, la ninfa de esas aguas, en los términos más elogiosos como una reverenciada hija de Aqueloo.[65] Seguro que no era un tebano el que dio el paso de aplicar este nombre venerado a la malvada madrastra de la leyenda de Antíope. Una vez aceptado que los hijos de Antíope habían matado a una mujer mortal de este nombre, se la consideró el epónimo del arroyo; y se sugirió, según esto, que, tras su muerte, su cuerpo había sido arrojado a dicho arroyo, o que sus cenizas se habían esparcido en él, o incluso que su sangre o cuerpo se habían transformado en sus aguas.[66]

Pausanias ofrece un breve relato de la vida posterior de Antíope. Puesto que Dirce veneraba a Dioniso sobre todos los dioses, él se enfureció enormemente por su muerte y volvió loca a Antíope, haciendo que vagara por toda Grecia en un estado de enajenación. Sin embargo Foco, hijo de Órnito, la rescató de su destino, la curó de su locura (probablemente por medio de ritos purificadores), se casó con ella y se establecieron juntos en Titorea, al norte de Fócide (unas diez millas al noreste de Delfos). Junto con Foco, hijo de Éaco, este Foco, nieto de Sísifo de Corinto, fue uno de los dos epónimos de la provincia de Fócide (cf. p. 725). La tumba conjunta de Foco y Antíope podía verse en Titorea en tiempos históricos. Cada año, cuando el sol estaba en la constelación del Toro (Tauro), los habitantes de Titorea intentaban robar tierra del túmulo funerario de Zeto y Anfión en Tebas para colocarlo sobre el de Antíope, ya que una profecía había revelado que, con eso, sus cosechas crecerían mientras que las de los tebanos se echarían a perder.[67]

El reino de Zeto y Anfión. La masacre de los hijos de Níobe

Tras establecerse como gobernantes conjuntos de Tebas, Zeto y Anfión fortificaron la ciudad erigiendo magníficas murallas con siete entradas. En algunos relatos también construyeron la parte baja de la ciudad en el terreno bajo, la ciudadela o Cadmea, creada por Cadmo.[68] Esas famosas murallas, que figuran de forma tan prominente en la leyenda de los *Siete contra Tebas*, pueden ser consideradas como producto de la imaginación mítica puesto que es más que improbable que cualquier fortificación micénica llegara a tener siete entradas. Disposición tan extravagante no haría sino debilitar las defensas y no hay nada en la topografía del lugar que indique una razón para ello. Cada uno de los hermanos contribuyó lo mejor que pudo al trabajo de construcción: Zeto confiando en sus habilidades prácticas y su fuerza bruta, mientras que Anfión aprovechaba sus habilidades como músico cantando de forma tan embaucadora con su lira que las piedras lo seguían y se colocaban en su lugar ellas mismas. Los poderes musicales de Anfión se equiparan a los de Orfeo (cf. p. 708). Se trata, probablemente, de una característica bastante antigua de su leyenda (incluso aunque Homero no lo mencione cuando se refiere a Zeto y Anfión) puesto que *Europía*, un poema épico de época arcaica atribuido al poeta corintio Eumelo, afirmaba que Hermes enseñó a Anfión a tocar la lira antes que a ningún otro mortal, y los animales y las piedras lo seguían cuando cantaba acompañado por ella. En el *Catálogo* atribuido a Hesíodo parece que sí se mencionaba que había hecho uso de su poder durante la construcción de las murallas, al igual que se afirma de forma inequívoca en un fragmento de Eurípides. La mayor parte de los autores posteriores están de acuerdo en el hecho de que consiguió su lira de Hermes (aunque Ferécides afirmaba que fue un regalo de las Musas, y algunas fuentes posteriores sugieren que se la dio Apolo o Zeus). Algunos explican que obtuvo este privilegio al erigir el primer altar a los dioses.[69] Zeto se presenta tradicionalmente con un carácter opuesto al de su hermano, como un hombre fanfarrón y práctico que se dedicaba a la cría de ganado y fines viriles. Eurípides desarrolló el contraste en una obra de teatro, el *Antíope*, y retrata a los hermanos como representantes de dos modos opuestos de vida, el práctico y el contemplativo, y los hace debatir sobre el valor de cada uno de un modo más o menos filosófico.[70]

Según la tradición establecida en tiempos clásicos y posteriores a partir de la narrativa anterior, Cadmo fue el primero que fundó Tebas al construir la parte superior de la ciudad sobre la Acrópolis, mientras que Zeto y Anfión se convirtieron en sus

segundos fundadores al fortificar (y quizá construir) la parte baja de la ciudad cuando el legítimo heredero cadmeo quedó temporalmente excluido. Un esquema de este tipo podría sugerir que había dos mitos fundacionales distintos que tuvieron que converger; y de hecho se da el caso de narraciones en la tradición más arcaica en las que Zeto y Anfión se presentan como los fundadores originales. Odiseo afirma en la *Odisea* que Antíope le había dicho en los Infiernos que «se ufanaba de haber dormido entre los brazos de Zeus que dio a luz dos hijos, Anfión y Zeto, los primeros en fijar los cimientos de Tebas la de las siete puertas, y amurallarla, pues no podían habitar sin murallas la ciudad de amplios espacios, aun siendo tan fuertes». El antiguo mitógrafo Ferécides se extiende en el último punto afirmando que los hermanos construyeron los muros para protegerse contra ciertos enemigos específicos, los flegieos (un pueblo mítico de la Grecia central destacado por su violencia y espíritu depredador, cf. p. 718). A pesar de sus esfuerzos, tras su muerte Eurímaco, rey de los flegieos, conquistó la ciudad dejándola arrasada y desierta hasta que llegó Cadmo en una época posterior y la refundó. Hay que destacar que esta versión reconcilia los dos mitos fundacionales adoptando, sin embargo, la estrategia opuesta a la que normalmente se toma en la tradición posterior, al convertir a Cadmo en segundo fundador.[71] La *Odisea* menciona a Antíope como hija de Asopo y no de Lico (como posiblemente habría sido el caso también con Ferécides). Sobre esta genealogía y sus implicaciones (cf. pp. 398-399).

Anfión se casó con Níobe, la hija de Tántalo, originaria de Asia Menor, que le dio numerosos hijos e hijas, entre siete y diez de cada sexo en la mayoría de las versiones. Como ya se ha mencionado (cf. p. 404), Níobe estaba tan orgullosa de su gran familia que se jactaba de tener más hijos que la diosa Leto, que sólo tenía dos, Ártemis y Apolo. Leto se ofendió tanto que llamó a sus hijos para que se vengaran y mataron a todos los hijos de Níobe: Ártemis disparaba contra las niñas y Apolo contra los niños. Desesperada por su muerte, Níobe abandonó a su esposo y volvió a su patria originaria en Lidia, donde se convirtió en roca (cf. pp. 404 y 646).[72] Se dice también que Anfión encontró la muerte como consecuencia de estos acontecimientos, bien porque él también cayó muerto en el transcurso de la masacre; porque, desesperado, se apuñaló a sí mismo o porque lo alcanzó el disparo de Apolo mientras intentaba atacar el templo del dios (evidentemente enfurecido por el destino de sus hijos).[73]

Según una tradición, Zeto se casó con Tebe, hija del dios-río Asopo (cf. p. 690) y epónimo de Tebas.[74] En otra versión de origen anterior, se casó con Aedón (Ruiseñor), hija de Pandáreo. Ferécides relata cómo surgieron en Aedón los celos hacia Anfión por tener tantos hijos mientras que ella sólo tenía dos, Ítilo y Neis.

Una noche mató accidentalmente a su hijo Ítilo cuando en realidad intentaba acabar con la vida de Alalcomeneo, hijo de Anfión. Cuando Zeus envió a Poine (la Venganza personificada) contra ella, rogó ser transformada en un pájaro y Zeus la convirtió en un ruiseñor. Esta historia se cita como explicación en un pasaje de la *Odisea* que señala que la hija de Pandáreo, el ruiseñor del bosque verde (*chloreis aedon*) canta suavemente durante la primavera lamentándose por su hijo Ítilo, hijo de Zeto, al que había matado accidentalmente con una espada. El origen del ruiseñor y de su canto lastimero se explicaba habitualmente en la tradición posterior por la leyenda ática de Tereo y Procne (cf. p. 481). Pausanias relata que Zeto murió de dolor tras enterarse de que su hijo había sido asesinado por su esposa.[75]

Se dice que dos de los hijos de Níobe y Anfión, un varón, Amicas, y una mujer, Melibea, habían sobrevivido a la masacre. Telesila, poeta argiva del siglo V a.C., es la primera que recoge esta tradición. Según Pausanias, se salvaron porque rogaron clemencia a Leto y se instalaron después en Argos, donde fundaron el santuario de Leto en la ciudad en señal de gratitud. Melibea, aterrorizada, palideció (*chloris*) por el miedo, y así se quedó desde entonces, por lo que llegó a ser conocida como Cloris; podía verse una estatua suya junto a la de Leto en el santuario de la diosa en Argos.[76] Bajo su nuevo nombre de Cloris, ganó la primera carrera a pie en los primeros Juegos de Hera (los juegos de las mujeres en Olimpia) después de que Hipodamía los fundara como prueba de agradecimiento por su matrimonio con Pélope.[77] Esta Cloris no debe ser confundida (tal como ocurría en la Antigüedad) con la Cloris, hija de Anfión, que se casó con Neleo en Pilos; tal como dejan claro la *Odisea* y un fragmento del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, la esposa de Neleo era hija de un Anfión diferente, hijo de Yaso, que gobernó en Orcómeno y no en Tebas.[78]

Layo recupera su trono legítimo y abandona a su hijo Edipo

Tras la muerte de Zeto y Anfión, Layo, hijo de Lábdaco, el gobernante legítimo, pudo regresar a Tebas y reclamar su herencia. Durante ese tiempo vivió en Élide, al noroeste del Peloponeso, como huésped de Pélope, rey de Pisa. Se ha recogido una única historia en conexión con su exilio. Mientras enseñaba el arte de la conducción del carro a Crisipo, el joven hijo ilegítimo de Pélope, nació en él una pasión que le llevó a secuestrarlo, pero Crisipo lo rechazó y, avergon-

zado, se mató con su espada.[79] Algunos explicaban las desgracias de los Labdácidas que vinieron posteriormente al afirmar que Pélope maldijo a toda la familia cuando supo del destino fatal de Crisipo. Al menos en una versión, se dice que Hera, la diosa del matrimonio, envió la Esfinge contra Tebas para castigar a sus habitantes por no haber actuado contra Layo.[80] Este relato del secuestro de Crisipo fue de algún modo recuperado en el *Crisipo* de Eurípides. Había, sin embargo, una historia contradictoria que era al menos tan antigua si no anterior, en la que se decía que Crisipo había sido asesinado por dos de sus hermanastros (cf. p. 650). Algunos autores intentaron conciliar las dos tradiciones sugiriendo que Pélope recuperó a su hijo por la fuerza y lo llevó de vuelta a Pisa, donde posteriormente lo asesinaron miembros de su propia familia.[81]

Layo se casó con Yocasta, que pertenecía a una rama lejana de la familia real como hija de Meneceo y hermana de Creonte. Ella estaba destinada a ser madre y esposa de Edipo. Sin embargo, la *Odisea* diverge de la tradición habitual al llamar Epicasta a la madre de Edipo.[82] Dado que en un principio Yocasta no podía tener hijos, Layo consultó al oráculo délfico que le advirtió que abandonara la idea de ser padre puesto que, en caso de nacer, su hijo lo mataría. Aunque se mantuvo alejado de la alcoba de su esposa durante un tiempo, tuvo relaciones con ella una noche que se emborrachó con vino, haciendo que ella concibiera tan fatídico hijo. Poco después de que naciera el niño, Layo se lo dio a un pastor para que lo abandonara a su suerte, no sin antes atravesarle los pies con un clavo para asegurarse de que no se recuperara ni nadie quisiera criarlo, y de aquí su nombre de Edipo (*Oidipous*: «Pie hinchado»). En la versión más conocida, le dijo al pastor (a veces llamado Euforbo o Forbo) que lo dejara morir en el monte Citerón, en los confines meridionales de Beocia. Los corintios utilizaban Citerón como zona de pasto de verano, y el pastor sintió tal pena por el niño que se lo dio a uno de sus compañeros corintios, el cual lo recogió y se lo llevó a su señor Pólibo, rey de Corinto. Como Pólibo y su esposa Mérope (o Peribea o Medusa) no tenían hijos propios decidieron criar a Edipo. En una versión ligeramente diferente, Edipo fue abandonado en la montaña tal como Layo había ordenado pero unos corintios lo rescataron y lo llevaron a su rey.[83] Según una tradición de menor valor, Layo arrojó al niño al mar dentro de una caja, pero volvió a la orilla sin daño alguno en Corinto; también pudo ocurrir en Sición, la siguiente ciudad más importante al oeste. Edipo se crio como miembro de la casa real, como es habitual. Según Higino, que no especifica el lugar, la reina Peribea descubrió al niño mientras lavaba ropa junto a la costa.[84]

También hay versiones en las un pastor enviaba a Edipo a Sición tras ser abandonado en Citerón.[85] El rey que lo crio se llamaba Pólibo, tanto si gobernaba en Corinto como en Sición. El Pólibo de Sición se describe como hijo de Hermes con Ctonofile, hija de Sición,[86] y también es conocido en relación a otra historia como el rey de Sición que ofreció hogar a Adrasto, rey de Argos, durante el período de su exilio (cf. p. 436). Parece probable que el padre adoptivo de Edipo en la tradición original fuera el sicionio y el de la versión corintia fuera secundario, ya que no se ofrece genealogía del Pólibo corintio, ni se encuentra un lugar adecuado para él en el primer linaje real de Corinto (que descendía de Sísifo cf. pp. 558 y ss.). El nombre de la madre adoptiva de Edipo es más variable. Sófocles la llama Mérope, Apolodoro e Higino la llaman Peribea y otras fuentes Medusa o Antíoque.[87] Aunque en la versión de Sófocles Pólibo es totalmente consciente de que el niño es un expósito, en algunos casos la reina lo hace pasar como hijo de un matrimonio anterior sin que su marido sepa su auténtico origen.[88]

Edipo mata a su padre y consigue el trono tebano al resolver el enigma de la Esfinge

Cuando Edipo alcanzó la mayoría de edad partió hacia Delfos para indagar sobre sus orígenes. Según Sófocles en *Edipo rey*, había comenzado a preocuparse por este asunto una vez que un invitado borracho lo había increpado en un banquete y acusado de no ser el auténtico hijo de Pólibo. Aunque el rey y la reina intentaron asegurarle que no era así, los rumores persistían y el asunto siguió incomodándole hasta que decidió ir a consultar el oráculo délfico sin el conocimiento de sus padres adoptivos. El dios de Delfos no le dio ninguna respuesta sobre el tema en cuestión, pero sin embargo le reveló que estaba destinado a matar a su padre y luego a casarse con su propia madre y tener hijos con ella. Al asumir que el oráculo se refería a Pólibo y Mérope, decidió permanecer para siempre lejos de su anterior hogar y partió rumbo a Tebas. Cuando llegó cerca de un punto en el que se cruzaban tres caminos, se encontró con un viejo que viajaba en un carro en dirección opuesta acompañado por cinco sirvientes. Cuando el heraldo que iba a la cabeza de la comitiva intentó echarlo a la fuerza de la calzada, Edipo lo golpeó y siguió su camino, pero al pasar junto al carro del viejo, éste lo golpeó en la cabeza con su aguijada de bueyes. Sin saber que el extraño era su propio padre, Edipo reaccionó dándole un golpe con su cayado que resultó ser fatal, y luego acabó matando a los otros miembros del grupo (aunque uno de ellos escapó sin que se diera cuenta). Sin descubrir nada más sobre sus víctimas, reanudó su viaje y siguió rumbo a Tebas.[89]

En las *Fenicias* de Eurípides, versión que diverge bastante de ésta, Edipo se encuentra con Layo en el lugar en el que tomaban el mismo camino puesto que ambos se dirigían hacia Delfos: Edipo para preguntar sobre su parentesco y Layo para saber si su hijo abandonado estaba realmente muerto. El auriga de Layo ordenó a Edipo que se mantuviera fuera del camino del rey, pero el orgulloso joven lo ignoró y, cuando los caballos del carro de Layo lo pisaron, lo mató. Luego se hizo con el control del carruaje y lo condujo de vuelta a Corinto para regalárselo a Pólibo, parece que sin haber siquiera llegado a Delfos.[90] Esta versión en la que ambas comitivas iban viajando en la misma dirección pudo perfectamente haber sido la forma más antigua de la historia, puesto que explicaría la razón por la que tuvo lugar el enfrentamiento en un lugar en el que los caminos van juntos. Se supone que el incidente tuvo lugar en un lugar en Fócide llamado «Camino dividido» (*schiste hodos*), donde la ruta de Lebadea (y por tanto desde Tebas) se unía con una calzada que venía del norte desde Dáulide antes de ascender a través de un valle montañoso hasta Delfos.[91]

Dado que Layo no tenía más descendencia que el hijo que había abandonado, el trono pasó a manos del miembro de más edad de otra rama de la familia real, Creonte, hijo de Meneceo. Poco después, los tebanos comenzaron a sufrir el azote de un monstruo terrorífico, la Esfinge (Estranguladora), una criatura alada con cuerpo de león y cabeza de mujer, de morfología bastante conocida en el arte de Oriente Próximo. Hesíodo la clasifica como hija de Orto y de Quimera (cf. p. 105), y se refiere a ella como «la letal Fix que llevaba la destrucción a los cadmeos»; a la vista del origen beocio de Hesíodo y testimonios posteriores que señalan que el monstruo se sentaba sobre el monte Fición a las afueras de Tebas, podría parecer que Fix era una forma local beocia de su nombre. Según su leyenda más conocida, planteaba un enigma a los que pasaban por allí y los mataba si eran incapaces de resolverlo, pero estaba condenada a encontrar su propia muerte si alguien daba la solución correcta. Sin embargo, hay razones para suponer que en la tradición más temprana ella pudo sencillamente haberse llevado jóvenes tebanos sin plantear ninguna pregunta. Sófocles es el primer autor que afirma de manera inequívoca que ella planteaba un enigma (aunque parece que esto también se indicaba en un breve fragmento de Píndaro).[92] Como es característico de los monstruos locales de este tipo aparecer en escena sin necesidad de explicación, apenas resulta sorprendente que no hubiera una tradición asentada sobre la razón por la que la Esfinge llegó a establecer la plaga de Tebas. Algunos mitógrafos, como hemos visto, relacionaron su llegada con el secuestro de Crisipo por parte de Layo (cf. pp. 404-405). En ese caso Hera la envió, pero

había también una versión en la que se dice que Dioniso la mandó por alguna razón sin especificar (quizá porque Penteo se había opuesto a sus ritos).[93]

Mientras la Esfinge seguía matando un tebano tras otro, incluyendo a Hemón, el hijo del rey en algunas versiones,[94] Creonte finalmente llegó a tal grado de desesperación que ofreció el reino y la mano de la anterior reina, Yocasta, al que pudiera librar la ciudad del terror. Tanto si fue con la esperanza de conseguir esa recompensa o fruto de la casualidad mientras buscaba un nuevo hogar en el exilio, Edipo llegó entonces a Tebas y dio la respuesta correcta a la Esfinge. La pregunta del enigma, que ha sido recogida en formas equivalentes en muchas partes del mundo, era qué ser tiene cuatro, dos y tres pies. En su forma tradicional, tal como se recogió en algunos versos hexámetros que probablemente se originaron en la tragedia ática (o posiblemente en épica arcaica), dice lo siguiente: «Existe un ser en la tierra que tiene cuatro pies, dos pies y tres pies, aunque una sola voz; y de todos los seres que se desplazan sobre el suelo o a través del aire o el mar, sólo él cambia su forma; y cuantos más pies utiliza para moverse, entonces más débil es la velocidad de sus miembros».[95]

Edipo dedujo que el enigma se refería al hombre, que se arrastra a cuatro patas cuando es un niño, camina erguido sobre dos piernas cuando crece y emplea un bastón como tercer pie en la vejez. Cuando el secreto fue revelado a todos sin excepción por el recién llegado, la Esfinge se mató arrojándose desde la acrópolis tebana o desde un acantilado fuera de la ciudad, o se puso en manos de Edipo para que la matara.[96]

El matrimonio impío de Edipo y su caída

En la versión conocida de la tragedia y en la tradición posterior, Edipo reclamó a Yocasta, la esposa del último rey, junto con el reino como recompensa por liberar a Tebas de la Esfinge y vivió con ella durante un largo período en el que tuvo dos hijas, Antígona e Ismene y dos belicosos hijos, Polinices y Etéocles; pero cuando la verdad sobre su nacimiento y la muerte de su padre finalmente salió a la luz, Yocasta se ahorcó y Edipo se cegó, abdicando antes de partir hacia el exilio.[97] Sin embargo, las primeras narraciones de la poesía épica parecen haber seguido un esquema diferente, puesto que en ellas Edipo continuó gobernando Tebas tras las revelaciones (aquí desveladas poco después de su subida al trono), y posteriormente se casó con una segunda esposa que se convirtió en la madre de sus hijos. Odiseo hace referencia a la continuación de su

mandato en la *Odisea* cuando describe cómo vio en el Hades a la madre muerta de Edipo:

> Vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta, quien, en su ignorancia, cometió una acción terrible, al casarse con su hijo. Éste la desposó tras haber dado muerte a su padre. Pronto los dioses revelaron el secreto a los hombres. Edipo, por su parte, entre terribles pesares siguió reinando en la muy amada Tebas según los crueles designios de los dioses, pero ella marchó al reino de Hades, el severo guardián de las puertas, colgándose de un apretado lazo de horca en su alto dormitorio, vencida por la angustia. Y a él le dejó muchas penas futuras, las que llevan adelante las Erinias de una madre.[98]

La *Ilíada* recoge, además, que se celebraron juegos funerarios por Edipo en Tebas después de su caída (parece que en la batalla),[99] lo cual podría indicar que era un gobernante venerado en el momento de su muerte. Dado que Edipo continuó reinando en Tebas, las penalidades que se le asignan en la *Odisea* difícilmente se relacionan con una ceguera o exilio como en la tradición posterior, quizá se podría suponer que el poeta se refería fundamentalmente a la hostilidad que surgió entre Edipo y sus hijos, la cual se sabe que era un elemento central de su historia en la épica más arcaica (cf. *infra*). Sin duda estuvo atormentado por los remordimientos y su conciencia. Al decir que los dioses dieron pronto (*aphar*) a conocer su trasgresión,[100] Homero sin duda parece indicar que esto tuvo que ocurrir antes de que Edipo hubiera tenido tiempo de ser padre de varios de los hijos nacidos del matrimonio incestuoso. En la *Edipodia*, el notable poema épico del ciclo tebano, Edipo tomó una segunda esposa tras las revelaciones, y se casó con Eurigania, hija de Hiperfante, que le dio los cuatro hijos que en las fuentes dramáticas y posteriores son suyos de la unión con Yocasta. Ésta posiblemente fue la tradición aceptada en la épica más antigua.[101]

Los siete contra Tebas de Esquilo es la fuente más antigua de la historia que ha llegado hasta hoy, en la que se relata que Edipo tuvo a sus cuatro hijos con su propia madre y que se cegó a sí mismo tras descubrir que había matado a su padre y se había casado con su madre.[102] Ésta es la tercera obra de una trilogía que salió a la luz en 467 a.C., cuyas piezas anteriores, *Layo* y *Edipo* (que daba cuenta detallada de la trayectoria del héroe) se han perdido. No se sabe si Edipo se exilió en la versión de Esquilo (probablemente no). La versión dominante de la caída de Edipo se estableció, de una vez para siempre, en una tragedia que fue

compuesta por lo menos medio siglo después, el *Edipo rey* de Sófocles, que relata la historia de la siguiente manera.

Después de que Edipo hubiera reinado en Tebas como soberano enormemente respetado durante muchos años, una plaga terrible asola la ciudad y el rey envía a Creonte a Delfos para pedir una solución. Cuando el oráculo declara que la epidemia llegaría a su fin cuando se diera muerte, o al menos se expulsara, al asesino de Layo, el rey se pone a trabajar para descubrir quién puede ser. Maldice públicamente al culpable y proclama que cualquiera que pudiera ayudar a identificarlo debe manifestarlo; ordena, además, que nadie le dé cobijo, quienquiera que sea, ni tenga tratos con él.[103] Cuando interroga después a Tiresias, el vidente intenta en un principio mantenerse en silencio, pero, al verse presionado, reconoce que el mismo Edipo es el hombre que está contaminando el país y que por tanto es a sí mismo a quien busca. Sin embargo, en este punto, sus palabras no impresionan a Edipo, que sencillamente lo acusa de haber aceptado sobornos de Creonte para poner en peligro su posición.[104] Al oír esto, Creonte llega al palacio para protestar y se enzarza en una agria discusión con el rey. Yocasta, por su parte, tras escuchar por casualidad las voces, los convence para que se separen y, una vez que Creonte se ha ido, pregunta a Edipo sobre la causa del enfrentamiento. Cuando ella se entera de que Tiresias ha acusado a su esposo de haber cometido el asesinato, intenta tranquilizarlo argumentando que no había que confiar en las profecías, al menos a juzgar por el oráculo que Layo había recibido sobre su hijo (el cual, por supuesto, suponía que estaba muerto) y afirma además que Edipo difícilmente puede haber sido responsable de la muerte de Layo, puesto que éste había muerto en el extranjero a manos de salteadores en un lugar donde se cruzan tres caminos. Sin embargo, lejos de tranquilizarse Edipo se alarma por lo que ella había dicho sobre el cruce, puesto que él había matado una vez a un hombre de edad en un cruce de caminos. Al comenzar a sospechar que puede haber algo de cierto en las palabras del vidente, sigue preguntando a Yocasta, y acaba encontrando la confirmación de sus temores. Al enterarse de que ella había sido informada sobre los detalles del incidente por un sirviente de Layo que había logrado escapar y que en ese momento vivía en el campo fuera de la ciudad, Edipo ordena que vayan a buscarlo.[105]

Mientras esto se lleva a cabo, llega un mensajero de Corinto para informar de que sus ciudadanos habían invitado a Edipo a gobernarlos como sucesor de su padre adoptivo, Pólibo, muerto durante su ausencia a edad avanzada debido a una enfermedad. Si Pólibo fue realmente su padre, esto significa que no es culpable de la muerte de su padre real, e inicialmente encuentra algún alivio en

ese pensamiento. Pero resulta que el mensajero era el mismo pastor que lo llevó de bebé ante Pólibo, tras haberlo recibido del pastor tebano que debía abandonarlo. Cuando el corintio revela esto, Yocasta se da cuenta de quién es en realidad su esposo y se va sola al interior del palacio para acabar con su vida.[106] El sirviente de Layo que ha sido convocado por el rey es la misma persona que lo había abandonado y cuando a su llegada confirma la veracidad de las palabras del corintio, Edipo se ve finalmente obligado a reconocer la verdad sobre sus orígenes y sobre su vida futura. Se dirige rápidamente hacia el palacio y descubre que Yocasta se ha ahorcado, y arrancando con ambas manos los broches de sus vestidos, se ciega con ellos.[107]

Inevitablemente había versiones, tanto en la tragedia como en otras fuentes posteriores, que diferían de la de Sófocles. En las *Fenicias* de Eurípides, por ejemplo, Yocasta vive todavía en el tiempo de la primera guerra de Tebas y finalmente se da muerte después de que sus dos hijos se maten entre sí durante ese conflicto.[108] Aunque ha quedado poco del *Edipo* del mismo autor, en esa obra se recoge que los sirvientes de Layo cegaron a Edipo, aparentemente tras conocer que éste había sido su asesino, pero antes de que se sepa que es el hijo del rey (puesto que se habla de él como hijo de Pólibo en un fragmento conservado).[109] Higino recoge una versión en la que la madre adoptiva de Edipo, Peribea, llega a Tebas después de la muerte de su esposo y revela que Edipo no es sino un hijo adoptivo. Cuando el hombre que lo había abandonado, reconoce entonces por las cicatrices de sus pies y tobillos que es el hijo de Layo, Edipo se ciega con los broches del vestido de su madre, como en el relato de Sófocles, y parte hacia el exilio con su hija Antígona.[110]

Una versión bastante diferente de la caída de Edipo, que quizá podría ser de origen anterior, está recogida en los escolios de las *Fenicias* de Eurípides, atribuidos a Pisandro, en este caso parece que se trata del mitógrafo helenístico del mismo nombre y no del poeta épico. Tras haber matado a Layo y a sus sirvientes en el camino dividido, como en la historia común, Edipo los entierra a todos con sus vestimentas y le quita a Layo su espada y cinturón (*zoster*, cinturón guerrero) para utilizarlo él mismo. Después de que Yocasta se convierta en su esposa pasan juntos por esa misma zona después de unos sacrificios en el monte Citerón y él le cuenta todo lo que ocurrió allí, señala el lugar y le muestra el cinturón. Aunque, a partir de sus palabras, Yocasta se da cuenta de que él debe ser el hombre que mató a su anterior marido, mantiene silencio a pesar de su angustia, puesto que todavía no es consciente de lo peor del asunto, que su esposo es también su hijo. Esto le es revelado más tarde cuando un anciano cuidador de caballos llega a Tebas en busca de una

recompensa por haber rescatado al joven Edipo muchos años antes. Él le explica que descubrió al niño abandonado y lo llevó a Mérope, reina de Sición, y presenta sus pañales como prueba junto con las puntas que habían atravesado sus tobillos. Yocasta se mata tras oír esto y Edipo se ciega, pero posteriormente toma nueva esposa, Eurigania, que le da sus cuatro hijos.[111] Como la revelación ocurre antes de que Yocasta tenga tiempo de tener hijos con Edipo, que los tuvo en su segundo matrimonio, y dado que parece además que la narración no es adecuada para una tragedia, se ha argumentado que este relato pudo haberse originado en la épica arcaica.

La muerte de Edipo y su última morada

Había tres tradiciones sobre el lugar en el que Edipo fue finalmente enterrado. En los relatos de la épica arcaica en los que permanecía en Tebas una vez que se revelaba su origen, parece que tuvo un magnífico funeral en dicha ciudad, tal como se indica en la *Ilíada* y sin duda en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo;[112] sin embargo en el *Edipo en Colono* de Sófocles y en la tradición habitual posterior, muere en el exilio y es enterrado en Colono, justo a las afueras de Atenas, donde en tiempos históricos se erigió un altar heroico en su honor. Hay también otra tradición que afirma que fue enterrado en la ciudad beocia de Eteono. La conocida historia en la que encontró su muerte en Colono tras mucho tiempo errante con su hija Antígona aparece por primera vez en la última década del siglo V en el *Edipo en Colono* de Sófocles (o quizá un poco antes en las *Fenicias* de Eurípides, en el caso de que el pasaje clave no sea una adición posterior). Pero parece posible que Sófocles estuviera apelando a una tradición existente (aunque no fuera especialmente antigua) cuando situó la muerte de Edipo en Colono, principalmente porque la historia presentaba cierta base en el culto. Y así, en el año 411 a.C., cuando los atenienses vencieron a unos tebanos en una batalla cerca de Colono, creyeron que se habían beneficiado de la protección de Edipo deificado.[113]

La trama de *Edipo en Colono* de Sófocles gira en torno a tres oráculos. Edipo ha recibido un oráculo que le dice que finalmente podrá descansar cuando encuentre cobijo en un santuario de las Semnai (Diosas terribles, Erinias o Furias). Creonte, que en ese momento gobierna Tebas tras haber expulsado a Edipo, ha sabido por el oráculo de Delfos que Edipo debe ser enterrado en Tebas si quiere que la ciudad se mantenga segura, mientras que Atenas prevalecerá sobre Tebas en el caso de ser enterrado en

Ática; y en tercer lugar, a Polinices, el hijo de Edipo, se le dice que ganará la batalla frente a su hermano Eteocles si obtiene el apoyo de su padre. El drama comienza cuando Edipo llega a Colono con su hija Antígona y se sienta en una roca en el santuario de las Euménides (las bondadosas, las Erinias). Aunque un lugareño le advierte que es un territorio prohibido, se da cuenta que ha encontrado el lugar predicho y está determinado a no moverse.[114] Su otra hija, Ismene, llega poco después para decirle que Eteocles ha conducido a Polinices al exilio y que Creonte va a buscarlo para llevar a Edipo de vuelta a Tebas por las razones indicadas en el oráculo antes mencionado.[115] En respuesta a la convocatoria del consejo de ancianos de Colono, Teseo, rey de Atenas, aparece en escena y atiende comprensivo la súplica de Edipo, ofreciéndole refugio tal como pide.[116] Creonte aparece después con un grupo de seguidores, e inicialmente asume un tono conciliatorio con la esperanza de convencer a Edipo para que vuelva con él de forma voluntaria; pero pronto hace uso de la fuerza cuando éste lo saluda con sorna; primero detiene a las hijas de Edipo con la ayuda de sus guardias para después dirigirse al mismo Edipo. Sin embargo, las protestas de los ancianos de Colono (que forman el coro) alertan a Teseo que llega al rescate de sus invitados.[117] El último visitante de Edipo es su hijo Polinices, que llega a pedir su bendición antes de atacar a Eteocles en Tebas, pero en vez de eso Edipo, que culpa a sus hijos de no haberlo librado del exilio, maldice a Polinices y pide que fracase su ataque y que él y su hermano se maten entre sí (como ocurrirá en su momento).[118] Cuando oye retumbar tres veces el trueno, Edipo se da cuenta de que su momento para morir ha llegado. Pide a Teseo que no descubra el lugar de su muerte y que sólo transmita el secreto dentro del linaje real, diciendo que su tumba protegerá Atenas contra los tebanos si se siguen sus instrucciones. En ese momento, caminando a grandes pasos, seguro y sin necesidad de un guía, Edipo parte hacia el lugar acordado acompañado de sus hijas y Teseo.[119] Un mensajero revela algunos de los misteriosos acontecimientos que siguieron e informa que una voz divina llamó a Edipo mientras se despedía de sus hijas, y que luego se retiró a un lugar apartado donde se desvaneció de la vista humana de un modo maravilloso que sólo conoció Teseo.[120]

En una versión bastante diferente, quizá también originada en la tragedia, Edipo llega a la colina de Hipio en Colono tras haber sido expulsado de Tebas por Creonte, y se sienta como suplicante en el templo de Deméter y Atenea *Poliouchos*. Creonte intenta sacarlo de allí por la fuerza pero Teseo llega en su ayuda. Cuando está muriendo, debido a su avanzada edad, pide a Teseo que se asegure de que no se muestre a ningún tebano el lugar de su tumba.[121] Aunque no sea muy relevante, Pausanias se enteró en Colono de que los huesos de Teseo se habían traído de Tebas; es sencillamente posible que esto represente un estadio anterior en el desarrollo de su leyenda ateniense.[122]

En relación con la tradición que consideraba que había sido enterrado en Eteono, se decía que sus amigos querían enterrarlo en Tebas pero cuando se les prohibió llevarlo a cabo lo trasladaron a un lugar misterioso llamado Ceo, en alguna otra parte de Beocia. Dado que los lugareños consideraron que su presencia era la culpable de las desgracias sufridas a partir de ese momento, sus amigos retiraron después sus restos a Eteono, en las laderas del monte Citerón. Lo enterraron de nuevo a última hora de la noche sin darse cuenta de que estaban en el recinto sagrado de Deméter; y cuando la gente de Eteono se enteró de esto, buscaron el consejo del oráculo de Apolo, que les indicó que no movieran a este suplicante de la diosa. Se podía reconocer la tumba en cuestión por una inscripción.[123]

Las Guerras Tebanas y sus consecuencias

Polinices, hijo de Edipo, se enfrenta con su hermano Eteocles y parte hacia Argos

Polinices y Eteocles, los dos hijos de Edipo, discutieron sobre la sucesión tras el exilio o muerte de su padre (o cuando ya era demasiado viejo como para seguir reinando o tuvieron que tomar el relevo de Creonte, que había gobernado como regente hasta que llegaron a la mayoría de edad). El conflicto que tuvo lugar resultó ser desastroso para ambos, puesto que, desde el momento en que Polinices intentó solucionar el asunto atacando Tebas desde Argos contando con aliados extranjeros, los dos hermanos estaban abocados a matarse entre sí. La disputa también llevó el desastre a la misma Tebas, ya que, a pesar de permanecer inexpugnable durante la primera guerra tebana, los hijos de los líderes argivos vencidos emprendieron una segunda expedición diez años más tarde y tomaron la ciudad, que nunca recuperó ya su anterior poder y gloria. La primera expedición se conoció como la de los Siete puesto que su líder convocó a siete de los más valientes participantes para servir como adalides de la causa. La segunda se denominó la de los Epígonos (los nacidos después o sucesores).

Aunque las disputas pudieron surgir fácilmente entre herederos rivales en ausencia de leyes estrictas de primogenitura, se suele decir que la causa fundamental del enfrentamiento entre Eteocles y Polinices fue una maldición impuesta por su padre. De hecho, en la *Tebaida*, poema del ciclo épico, Edipo maldice a sus hijos en dos ocasiones: la primera, al provocar su ira por haberle servido en una mesa de plata que había pertenecido a Cadmo y darle vino en una copa dorada del mismo origen, a pesar de que les había ordenado expresamente no hacerlo (posiblemente porque estas reliquias familiares le recordaban el crimen

que había cometido contra su padre). Por ello ruega que sus hijos no dividan su patrimonio amistosamente, sino que la guerra y el odio sean siempre su legado. Lo enojan de nuevo al entregarle un trozo de carne de cadera como su porción en el sacrificio en vez de la, más honorable, pieza del hombro (ya fuera por negligencia o por designio) y él los maldice de modo aún más cruel pidiendo que mueran cada uno de ellos a manos del otro.[124] En la tragedia y en fuentes posteriores se ofrecen otras explicaciones para la maldición de sus hijos. Así, en *Edipo en Colono* de Sófocles, tal como hemos visto, los condena a la destrucción mutua por no haber hecho nada para ayudarlo cuando Creonte lo expulsó de Tebas. En otras narraciones, él los maldice por haberlo encerrado en una mazmorra, una vez que se desvelaron sus involuntarias transgresiones.[125]

Las historias que aparecieron para explicar cómo se desarrolló inicialmente el conflicto entre los hermanos se enmarcan dentro de tres modelos. En una versión atribuida a Helánico, Eteocles permite a Polinices elegir si prefiere convertirse en el nuevo rey de Tebas o tomar lo que quiera de los tesoros familiares y establecerse en cualquier otro lugar. Elige tomar las dos joyas familiares de carácter divino: el collar y el traje de Harmonía, aunque más tarde rompe el acuerdo al intentar además hacerse con el trono tebano.[126] En una versión similar del poeta lírico arcaico Estesícoro, la madre de los dos príncipes intenta llegar a un justo acuerdo a través de la división de la herencia y les propone que uno de ellos se vaya con los rebaños y el oro de su padre mientras que el otro quede para gobernar Tebas. De modo que lo echan a suertes y al ganar Polinices, él se va con las posesiones según los términos del acuerdo.[127] Aquí de nuevo se puede suponer que Polinices fue el culpable de la guerra que vino después, y puesto que su nombre significa «mucha discordia» mientras que el de su hermano «gloria verdadera», es razonable asumir que se pensara originariamente que era la parte culpable. En la segunda versión principal de la historia, tal como aparece atribuida a Ferécides, Eteocles expulsa a su hermano de Tebas y Polinices, por tanto, tiene justificación para recurrir a la fuerza.[128] En una tercera versión, que aparece por primera vez en las *Fenicias* de Eurípides, los dos hermanos acuerdan gobernar en años alternos, pero Eteocles rechaza dejar el trono a Polinices tras ocuparlo el primer año, con lo que le da suficiente razón para sentirse ofendido. Ésta es la versión que se favoreció en la tradición posterior.[129]

Sean cuales fueren las circunstancias exactas de este exilio, Polinices viaja cruzando el Istmo de Corinto hasta la ciudad de Argos, donde se casa con la hija del rey y consigue su apoyo para una expedición contra su ciudad natal. Eurípides proporciona la primera versión que se conserva de los acontecimientos que

dieron lugar a su matrimonio. Tras alcanzar Argos por la noche, busca cobijo en el porche del palacio pero pronto empieza a discutir y termina peleando con otro hombre, que había llegado allí con la misma intención; su nombre era Tideo, hijo de Eneo, un violento príncipe etolio que había sido expulsado de su tierra natal por asesinato (cf. p. 544). El ruido es lo suficientemente fuerte como para despertar al rey, Adrastro, hijo de Tálao, que baja para saber qué pasa. Al contemplar la feroz lucha, recuerda un misterioso oráculo que había recibido de Apolo que le ordenaba hacer casar a sus hijas con un león y un jabalí; puesto que los dos hombres parecían dos animales salvajes luchando por su guarida, les da la bienvenida y ofrece a su hija Argía a Polinices y a su otra hija Deípile a Tideo.[130] Promete además restituirlos a sus tierras nativas, comenzando con Polinices.[131] Algunos autores posteriores explicaban su interpretación del oráculo en otros sentidos, y decían que reconoció a los dos hombres como el león y el jabalí porque Polinices llevaba una piel de león sobre sus hombros y Tideo una de jabalí, o porque tenían en sus escudos imágenes de la cabeza de dichos animales (en referencia a la Esfinge y al jabalí de Calidón respectivamente).[132]

Pausanias registra una versión del exilio de Polinices y la boda posterior dentro de un esquema totalmente distinto. En principio Polinices emprendió el exilio mientras Edipo aún estaba en el trono, con la esperanza de que esto le permitiera escapar de las maldiciones de su padre. En ese tiempo se casó con Argía. Tras la muerte de Edipo, Eteocles ordenó ir a buscarlo y volvió a Tebas (posiblemente con su esposa). Sin embargo, los dos hermanos discutieron y Polinices volvió al exilio por segunda vez, y fue en este momento cuando pidió ayuda a su suegro para hacerse con el poder en Tebas.[133] Esta versión posiblemente ha derivado de la épica arcaica. En cualquier caso, es probable que Argía estuviera casada con Polinices antes de la muerte de Edipo en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, puesto que aquí se cuenta que ella asistió al funeral de Edipo,[134] y es difícil de imaginar la razón por la que pudo haber hecho eso si no estuviera dentro de la familia por matrimonio.

Adrastro convoca a siete caudillos para una expedición contra Tebas. Anfiarao y Erifila

Adrastro no perdió tiempo, convocando un ejército de gran tamaño para atacar Tebas. Al menos en la tragedia y en la tradición posterior, convocó a siete aliados para dirigir el asalto, uno por cada una de las siete puertas situadas



Dioniso en un barco, cerámica pintada por Exequias, mediados del siglo VI a.C. Staatliche Antikensammlungen, Múnich. (Aisa)



La diosa Hera representada por Tintoretto
como el origen de la Vía Láctea.
National Gallery, Londres. (Aisa)



Zeus en un camafeo helenístico de ónice del siglo IV a.C.
Museo Arqueológico de Venecia. (Aisa)

Diana, escultura en mármol procedente de Itálica, copia de época imperial romana de un original griego de época helenística. Museo Arqueológico de Sevilla. (Aisa)

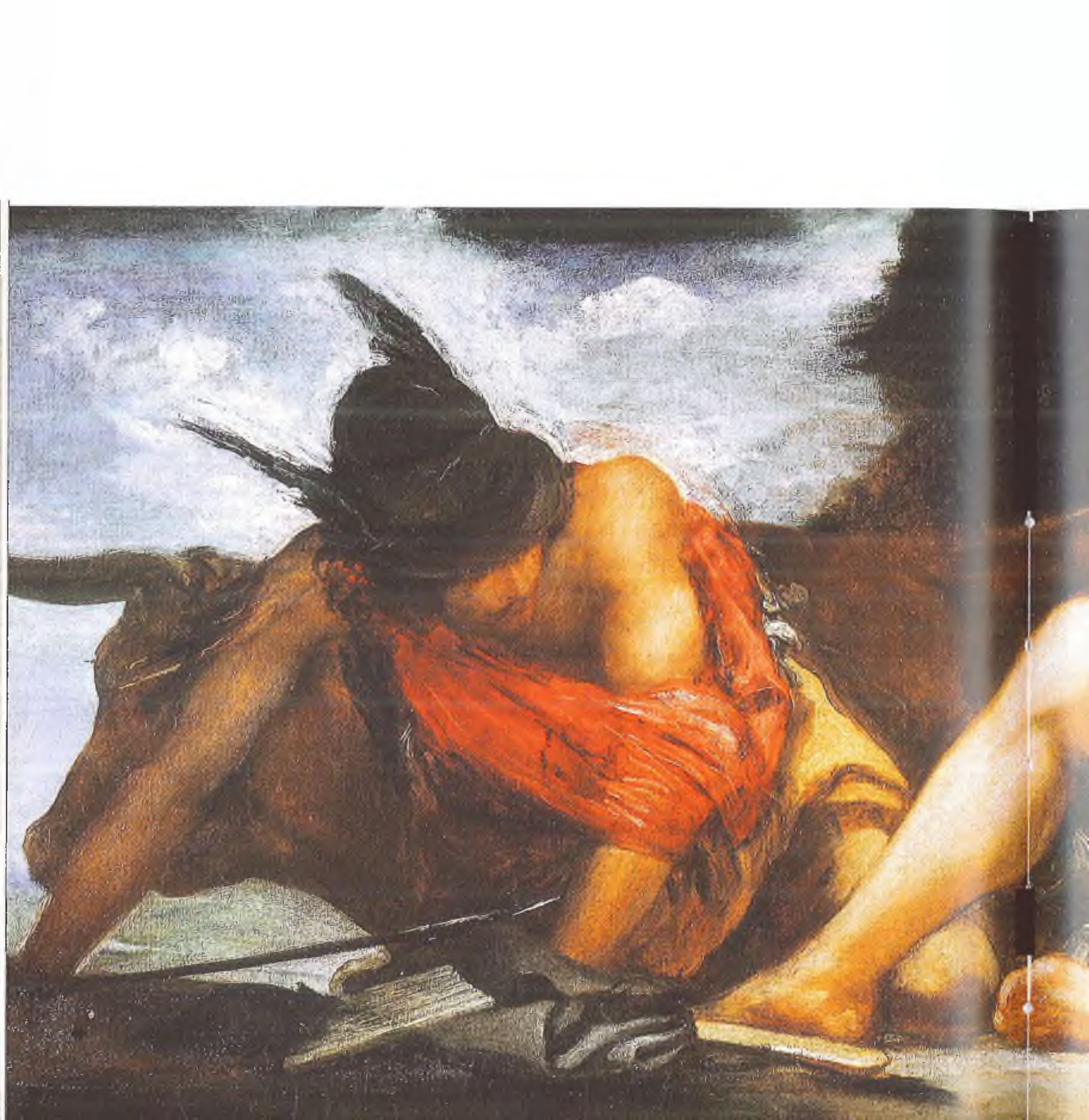




Sátiro, kylix ático del siglo V a.C.
Museo de Arqueología de Cataluña, Barcelona. (Aisa)



Pan junto al flautista Olimpo, copia romana en mármol de un original griego de época helenística. Museo Arqueológico Nacional de Nápoles. (Aisa)



Mercurio y Argos, óleo de Diego Velázquez, 1599.
Museo del Prado, Madrid. (The Art Archive)





Perseo y Andrómeda, óleo de Pieter Paul Rubens, 1620-1621. Museo del Hermitage, San Petersburgo. (Aisa)



Heracles da muerte al gigante Gerión, relieve del templo de Hera en Paestum, mediados del siglo VI a.C. Museo Arqueológico Nacional de Paestum. (Aisa)



Heracles domina a la hidra de Lerna, ánfora ática del siglo VI a.C.
Museo de Villa Giulia, Roma. (Oronoz)



Heracles saca a Cerbero del Hades, ánfora ática de Andocides, siglo V a.C. Museo del Louvre, París. (Oronoz)



Heracles en combate, ánfora de época arcaica. Biblioteca Nacional de París. (Oronoz)

Edipo y la Esfinge,
vaso ático de época clásica.
Museo Arqueológico Nacional
de Taranto. (Aisa)





Teseo mata al Minotauro,
ánfora ática del siglo VI a.C.
Museo Capitolino, Roma. (Aisa)



Teseo y Ariadna, crátera del siglo VII a.C.
Museo Arqueológico de Heraklion, Creta. (The Art Archive)

en los muros de la ciudad. No se sabe si estos aliados, que fueron conocidos como los Siete contra Tebas, ya figuraban en la épica más arcaica. Píndaro pudo seguir la tradición épica cuando afirmaba que los argivos muertos habían sido incinerados en siete piras funerarias,[135] pero esto no implica necesariamente que fueran siete aliados (especialmente si se recuerda que dos de los aliados habituales, Anfiarao y Capaneo, pudieron no haber pasado por una cremación, por razones que se aducirán en breve).

La mayor parte de las fuentes concuerdan en los nombres de por lo menos seis de los Siete.[136] Tres de los más importantes pertenecían a los linajes reales argivos, el mismo Adrasto, que descendía de Bía, Anfiarao, hijo de Oícles, que descendía de Melampo y Capaneo, hijo de Hipónoo, miembro del antiguo linaje de los Ináquidas como descendiente de Preto. A éstos podemos añadir los dos marginales Polinices y Tideo así como Partenopeo, normalmente considerado hijo de Atalanta de Arcadia (aunque algunas veces como hijo de Tálao y hermano de Adrasto). En cuanto al aliado que falta, se llamó de diversas formas, como Mecisteo, hijo de Tálao, Etéoclo, hijo de Ifis, o Hipomedonte, hijo de Aristómaco. Sin embargo estas figuras, todas ellas miembros menores de los linajes reales argivos, tenían tan poca relevancia que eran prácticamente intercambiables. Si se omitía alguno de los aliados habituales por alguna razón, más de una de estas figuras inferiores podían incluirse en la lista. Así, en *Siete contra Tebas* de Esquilo, en donde Adrasto no se incluye entre los aliados (cf. p. 421), tanto Etéoclo como Hipomedonte se cuentan entre los Siete. También podían incluirse otros argivos entre los hombres menos importantes, si Polinices y Tideo eran excluidos por ser extranjeros.

Anfiarao, el más formidable de los aliados de Adrasto, era, al igual que su antepasado Melampo, un vidente muy dotado y se dio cuenta de que la expedición estaba destinada al desastre. Sabiendo de antemano que ninguno de los líderes volvería vivo aparte de Adrasto, en un principio rehusó tomar parte en la expedición e intentó desalentar a los otros. Ansioso por encontrar una solución ante este contratiempo, Polinices buscó el consejo de un prominente argivo, Ifis, hijo de Alector (cf. p. 438) que le dijo que el vidente podría ser forzado a tomar parte si su esposa Erifila lo deseaba, puesto que Anfiarao había luchado contra Adrasto por el reino, e incluso éste lo había enviado al exilio durante un tiempo (cf. p. 436). Cuando los dos resolvieron por fin sus diferencias, Adrasto entregó a su hermana Erifila como esposa a Anfiarao bajo el juramento de que ambos aceptarían la decisión de ella si volvían a discutir en el futuro. De modo que Polinices se acercó a ella en secreto y le prometió un espléndido tesoro, el collar

divino de Harmonía, si ella ordenaba a su marido partir contra Tebas, tal como deseaba Adrasto. Al menos en una versión, Anfiarao, que había previsto problemas en este sentido, le había prohibido expresamente aceptar regalos de Polinices, pero la tentación, sin embargo, resultó irresistible. Erifila pagó el soborno enviando a su marido a la muerte, convirtiéndose así en centro de comentarios por su traición. Al tener que partir por obligación y sabiendo que Erifila había sucumbido a la corrupción, Anfiarao ordenó a su hijo Alcmeón (y también a su otro hijo Anfíloco en otra versión), que la mate cuando crezca y organice una segunda expedición contra Tebas en el futuro.[137]

La *Ilíada* relata que Tideo y Polinices visitaron Micenas antes de la guerra con la esperanza de alistar más aliados. Aunque los micenos en un principio accedieron a proporcionarles una tropa, Zeus les disuadió enviándoles malos presagios.[138]

La muerte de Ofeltes y la embajada de Tideo

Cuando Adrasto y su ejército se dirigían hacia el istmo, pasaron por Nemea, en el norte de la Argólide, en donde se vieron involucrados en un extraño incidente que dio lugar a la fundación de los Juegos Nemeos. La ciudad estaba gobernada en ese momento por Licurgo, hijo de Feres, inmigrante de Tesalia (cf. p. 552), el cual había llamado a Hipsípila, anteriormente reina de Lemnos, para que fuera la nodriza de su pequeño hijo Ofeltes. Tal como veremos, las mujeres lemnias habían conspirado entre sí para matar a todos los hombres, pero Hipsípila había roto el compromiso al salvar a su anciano padre Toante (cf. p. 501). Cuando las otras mujeres descubrieron su traición, la vendieron como esclava. En otra versión, ella escapó al extranjero una vez que su acción fue descubierta pero fue capturada por piratas que la vendieron a Licurgo.[139] Adrasto y sus compañeros la encontraron en ese momento en Nemea y le pidieron que le mostrase el camino a una fuente, ya que estaban sedientos tras su largo viaje (o también porque necesitaban agua para un sacrificio). De modo que colocó al pequeño Ofeltes sobre una cama hecha de perejil salvaje y los condujo hacia el agua. Aunque un oráculo había advertido que Ofeltes nunca debía ser colocado en el suelo hasta que pudiera caminar, ella pensaba que estaría a salvo puesto que realmente no estaba en contacto con el suelo. Sin embargo, al volver de la fuente se encontró con el niño muerto por la mordedura de una serpiente. Adrasto y sus seguidores mataron la serpiente e intercedieron ante Licurgo en nombre de Hipsípila.

Entonces ofrecieron a Ofeltes un magnífico funeral, y le dieron el nombre de Arquémoro (Comienzo del Destino) porque Anfiarao había declarado que su muerte era un signo funesto que indicaba que muchos miembros del ejército perderían sus vidas en el próximo conflicto. También celebraron juegos funerarios en honor del niño muerto y fundaron así los Juegos Nemeos, en los cuales los jueces vestían trajes negros como signo de luto y los vencedores eran premiados con una corona de perejil salvaje. En cuanto a Hipsípila, fue finalmente rescatada de su cautividad por Euneo y Toante, los dos hijos gemelos que había tenido con Jasón.[140]

Antes de emprender el asalto contra Tebas, Adrasto envió a Tideo por delante a la ciudad para ver si la disputa podía ser resuelta por vía diplomática a favor de Polinices. Según la *Ilíada*, Tideo partió después de que el ejército emprendiera camino y hubiera alcanzado el denso cañaveral de Asopo (posiblemente el río de ese nombre en el sur de Beocia). Apolodoro afirma que partió del Citerón, prácticamente en la misma zona, mientras que Diodoro ofrece una versión diferente en la que Adrasto lo envía desde Argos antes del comienzo de la expedición. Tal como la historia se relata en la *Ilíada*, Tideo encontró a los cadmeos (esto es, los tebanos) celebrando una fiesta en el palacio tras la llegada de Eteocles y los retó en las competiciones, sin duda de lucha o similar, en las cuales venció con un poco de ayuda de Atenea. Enfurecidos por la humillación, los tebanos planearon una emboscada con cincuenta jóvenes durante su viaje de retorno, pero los mató a todos con la única excepción de Meón, hijo de Hemón y nieto de Creonte, al cual salvó en respuesta a los signos de los dioses. Como en el caso de la embajada similar previa a la guerra de Troya (cf. p. 587), la misión fracasó en su objetivo principal.[141]

La lucha en Tebas y el destino de los Siete

Aunque apenas disponemos de información directa acerca de cómo se describió la lucha en Tebas en la tradición épica arcaica, parece haber un común acuerdo desde una época temprana sobre la suerte de los principales caudillos argivos.[142] Tras una confrontación inicial en la que los tebanos fueron conducidos de vuelta a su ciudad, los atacantes intentaron asaltar los muros pero fueron a su vez rechazados. La principal baja durante el asalto fue el malvado y arrogante Canapeo, que se jactaba de que podía entrar e incendiar la ciudad lo quisiera o no Zeus, lo cual hizo que el dios lo traspasara con un rayo mientras

escalaba las murallas. Según Apolodoro,[143] este incidente marcó un punto de inflexión puesto que provocó que el resto de argivos huyeran de los muros de la ciudad. Ya fuera durante el ataque a las murallas o durante una pausa en la lucha después de que los atacantes cayeran, Polinices y Eteocles se enfrentaron en combate singular y se mataron el uno al otro.[144] Mientras la batalla seguía frente a la ciudad, Melanipo, hijo de Ástaco y descendiente de uno de los Espartos (Hombres sembrados, los supuestos fundadores de la casta militar de Tebas, cf. p. 389) hirió mortalmente a Tideo. Éste era un favorito de Atenea al que planeaba conferirle la inmortalidad, pero Anfiarao lo odiaba por sus modos violentos y por haber ayudado a generar la guerra, por lo que estaba determinado a frustrar las intenciones de la diosa. De modo que cortó la cabeza de Melanipo y se la arrojó a Tideo a la espera de una reacción salvaje. Cuando Tideo la partió y la abrió para sorber los sesos de su verdugo, Atenea se escandalizó de tal modo que ocultó la poción mágica que pretendía aplicarle. Normalmente se afirmaba que Anfiarao había matado a Melanipo (aunque una interpolación en el texto de Apolodoro sugiere que Tideo había conseguido matarlo después de haber sido herido por él).[145] Partenopeo murió a manos de Periclímeno, hijo de Poseidón y Cloris, hija de Tiresias,[146] el cual continuó persiguiendo a Anfiarao en el campo de batalla y lo habría herido en la espalda con su lanza si Zeus no hubiera intervenido abriendo una grieta en el suelo con un rayo, de modo que permitió al vidente desaparecer bajo tierra junto con su carro y auriga. Píndaro narra este último episodio, y en algún otro lugar se recoge que el auriga de Anfiarao era un tal Batón, perteneciente a su misma estirpe.[147] Anfiarao pudo desaparecer de la vista humana en Cnopia, lugar cercano a Tebas de camino a Potnias, o más adelante en Harma (Carro) entre Tebas y la costa este o en Oropo, en la frontera entre Beocia y Ática. Sus oráculos fueron célebres, principalmente en Oropo pero también en Cnopia (de ahí las tradiciones que localizaban su desaparición en esos lugares).[148] De todos los caudillos argivos, sólo Adrasto escapó gracias a la velocidad de su maravilloso caballo Arión, hijo de Poseidón con Deméter *Erinia* (cf. pp. 151-152).[149] No se asocian historias pintorescas con las muertes de los caudillos menores. Según Apolodoro, Leades e Ismario, hermanos de Melanipo, mencionado anteriormente como el autor de la muerte de Tideo, mataron a Etéoclo e Hipomedonte respectivamente.[150]

Esquilo presenta un relato propio del conflicto en su *Siete contra Tebas*. En esta tragedia, se dice que cada uno de los siete caudillos de la fuerza argiva se enfrentó a un defensor tebano en cada una de las siete puertas, según el siguiente esquema:

Puerta	*Asaltante*	*Defensor*
Preto	Tideo	Melanipo, hijo de Ástaco
Electra	Capaneo	Polifonte
Neite	Etéoclo	Megareo, hijo de Creonte
Atena Onca	Hipomedonte	Hiperbio, hijo de Enopo
Bóreas	Partenopeo	Áctor, hijo de Enopo
Homoloide	Anfiarao	Lástenes
Hipsistas	Polinices	Eteocles

Con la excepción de Eteocles, Melanipo y Megareo, los defensores son en cualquier caso desconocidos y pudieron haber sido inventados por el mismo Esquilo. Hacia el final de la obra, un mensajero cuenta que todo fue bien para los tebanos en seis de las puertas pero que el rey de Tebas y su hermano se habían matado el uno al otro en la séptima puerta.[151] Esto significaba, por tanto, que el resultado se había obtenido a partir de una serie de combates singulares en cada una de las puertas antes de que tuviera lugar cualquier lucha posterior frente a la ciudad. Para mantener un modelo coherente, Esquilo parte de la tradición común excluyendo a Adrasto, como superviviente conocido, de su lista de caudillos. Debe mencionarse además que excepto en el caso de los oponentes de Polinices y Tideo, los defensores que matan a los caudillos no son los hombres de los que normalmente se dice que acabaron con ellos.

Para un relato de Eurípides en el que se cuenta que Meneceo, hijo de Creonte, se sacrificó para asegurar la victoria para Tebas, cf. p. 434.

Creonte intenta prohibir el entierro de los argivos muertos

Tras la muerte de los dos hijos de Edipo, Creonte toma el poder una vez más como rey en Tebas ya sea por derecho propio o como regente de Laodamante, el hijo de Eteocles. Ordena que los muertos tebanos sean enterrados con todos los honores, especialmente Eteocles, pero que los cuerpos de los atacantes queden abandonados a la intemperie hasta su descomposición, decreto que no sólo ofendía el sentimiento humanitario común, sino que iba contra los dioses de los cielos y de los infiernos, puesto que a estos últimos se les defraudaba en lo que les era debido y a los otros se los contaminaba con los cadáveres que quedaban abandonados en su territorio.[152] No existe indicación de que la historia de la prohibición fuera conocida antes del siglo V a.C. (aunque debe recordarse que hay muy pocas evidencias antiguas sobre cualquier asunto en conexión

con la guerra). Cuando el funesto decreto aparece por primera vez tuvo dos consecuencias notables en la tragedia Ática: Antígona, la sobrina de Creonte, intenta enterrar a su hermano Polinices, poniendo en marcha una cadena de sucesos que lleva el desastre a la familia real tebana, y Adrasto consigue la ayuda de Teseo y los atenienses para lograr que permitan el funeral de los argivos muertos. Polinices fue finalmente enterrado en Tebas, en algunas versiones junto con su hermano,[153] mientras que los cuerpos de los otros caudillos (aparte, por supuesto, de Anfiarao) se llevaron a Ática y se los enterró en Eleusis.[154] Píndaro toma, sin duda, la primitiva tradición épica cuando habla de siete piras funerarias que ardían cerca de la misma Tebas.[155]

El decreto que prohibía el enterramiento de los argivos muertos se recoge por primera vez en *Eleusinos* de Esquilo, una tragedia perdida fechada al final del primer cuarto del siglo V a.C. En esta obra, Teseo ayudaba a Adrasto a recuperar los cuerpos de sus camaradas negociando un acuerdo, evidentemente amenazando con utilizar la fuerza, aunque no venciendo a los tebanos en la batalla tal como se narra en el relato más común.[156] Pausanias comenta que los mismos tebanos preferían esta versión de la historia,[157] lo cual es totalmente comprensible; algunos afirman que ésta fue la primera tregua acordada para el enterramiento de los muertos.[158] El título de la obra dramática de Esquilo sugiere que el coro estaría compuesto por ciudadanos de Eleusis, la ciudad donde los argivos muertos habrían encontrado reposo. Cuando el tema se retoma de nuevo en las *Suplicantes* de Eurípides, obra teatral compuesta medio siglo más tarde, el coro está compuesto por las madres de los argivos muertos que acompañan a Adrasto a Atenas y se acercan como suplicantes a Etra, la madre de Teseo, en el santuario de Deméter en Eleusis. Al enterarse de lo que ocurre, Teseo responde comprensivo a los ruegos de Adrasto y de las mujeres del coro, en ese momento apoyadas por Etra, y accede a intervenir en su causa. Ignorando a un heraldo tebano que le pide que expulse a Adrasto y que le advierte que no ponga el pie en suelo tebano, Teseo reúne a un ejército para atacar Tebas, vence a Creonte y a los tebanos y se lleva a los muertos para darles un entierro honorable. Como Capaneo había muerto fulminado por un rayo de Zeus, su cadáver pasa a ser sagrado, separado de los otros e incinerado en una pira funeraria aparte;[159] cuando estaba ardiendo, su esposa Evadne se lanza sobre ella para unirse a él en la muerte,[160] un acto que recuerda mucho el *sati* hindú, pero sin parangón en la mitología griega. Es una idea acertada de varios autores tardíos hacer que los suplicantes se refugien en el altar de la Piedad (Eleos) en Atenas y no en el de Eleusis.[161]

La mitología de Antígona

La versión usual de la historia de Antígona corresponde con la establecida por Sófocles en su drama del mismo nombre. Aunque el rey ha prohibido el entierro de Polinices bajo pena de muerte, su hermana Antígona, como su pariente vivo más cercano, está decidida sin embargo a enterrarlo. El drama comienza cuando ella intenta en vano convencer a su hermana Ismene, más cauta, de que se una a ella en la empresa.[162] De modo que Antígona se ve obligada a actuar por sí misma para asegurar a su hermano un entierro formal, aunque sea únicamente esparciendo algo de polvo sobre su cadáver. Los guardas de Creonte se dan cuenta al poco tiempo del polvo, lo quitan y quedan a la espera cerca de allí. Cuando Antígona vuelve para repetir la acción y verter libaciones funerarias, ellos la capturan y la arrastran hasta llevarla frente a Creonte.[163] Ella defiende sus acciones con obstinada valentía, arguyendo que el rey había abusado de su autoridad y que las leyes no escritas e inderogables de los dioses eran prioritarias frente a su decreto arbitrario; sin embargo, su desafío apenas sirve para enfrentarse a él, que decide emparedarla viva.[164] Cuando llevan a Ismene ante él, ésta se siente tan conmovida por el ruego de su hermana que pide compartir la culpa y el castigo con ella, pero Antígona protesta puesto que considera que ella no tiene derecho para hacer tal petición cuando no había entrado en acción cuando lo pedía el momento.[165] Una vez que se llevan a las dos muchachas a otro lado, Hemón, el hijo de Creonte y prometido de Antígona, intenta convencer a su padre para que muestre piedad con su prometida, advirtiéndole de que los tebanos simpatizan con ella y afirman que merecería ser honrada en vez de ejecutada. Pero Creonte se niega a escuchar y ordena que se cumpla la sentencia.[166] Finalmente, se ve obligado a ceder cuando el vidente Tiresias le revela que los dioses se habían ofendido por su prohibición del entierro y rechazaban, por ello, todos los sacrificios y plegarias.[167] Sin embargo, este cambio de decisión llegó demasiado tarde puesto que Antígona ya se había ahorcado en su prisión. El público se entera, a través de un mensajero, de que, al entrar en el panteón, Creonte la ha encontrado ahorcada con una cuerda, mientras que Hemón, que había entrado justo antes, estaba abrazado a su cadáver, lamentando su destino. Cuando Creonte se dirige a él, Hemón saca su espada y arremete contra su padre, pero falla y entonces se suicida clavándosela. Al oír estas noticias del mensajero, Eurídice, la esposa de Creonte, se retira al interior del palacio para, a su vez, terminar con su vida. Queda sólo Creonte, que contempla su culpa mientras la tragedia llega a su fin.[168]

Poco se sabe de la mitología previa de Antígona. De hecho, ni siquiera hay registro de su nombre hasta el siglo V a.C. Aparece por primera vez en un pasaje de Ferécides, que la menciona junto a sus hermanos como uno de los hijos nacidos de Edipo con su segunda esposa, Eurigania.[169] En la tradición trágica y, por supuesto, en la posterior, son considerados hijos de Yocasta. En *Los Siete contra Tebas* de Esquilo, Antígona e Ismene aparecen en la sección final de la obra lamentándose por la muerte de sus hermanos hasta que son interrumpidas por un heraldo, que llega para anunciar que el consejo de gobierno de la ciudad ha prohibido el entierro de Polinices; Antígona declara abiertamente entonces que ella lo acompañará a su entierro, con la aprobación del coro de mujeres tebanas, que se ofrecen para formar el cortejo funebre de los hermanos.[170] En caso de que esta escena formara parte de la obra original pudo haber sido compuesta unos veinticinco años antes de que Sófocles tratara el mismo tema en la *Antígona*. Sin embargo, existen fundadas razones para suponer que el final de la obra de Esquilo fue alterado en fecha posterior, quizá en la última década del siglo V a.C. o tras la producción de *Antígona*. Los lamentos expresados por las dos hermanas antes de la llegada del heraldo pudieron repartirse originalmente entre los dos medios coros. El relato del interdicto y del desafío de Antígona en la escena final frente al heraldo difieren en aspectos importantes del ofrecido por Sófocles. El edicto que prohibía el entierro había sido promulgado por los diputados del pueblo (*proboulol*) y no por Creonte.[171] No se anunciaba una pena por desobediencia y se indicaba que Antígona daría a su hermano un entierro adecuado con la ayuda de otras mujeres tebanas, en vez de un entierro simbólico en secreto ella sola.[172] Es muy posible que esto se acerque más a la historia original que la versión más potente de Sófocles, que eleva la tensión dramática al presentar a Antígona como heroína solitaria que se enzarza en una batalla de voluntades con el rey.

Existe constancia de que Ion de Quíos, poeta del siglo V a.C., compuso un ditirambo en el que Laodamante, hijo de Eteocles, hizo que Antígona e Ismene murieran quemadas en el templo de Hera.[173] Aunque no hay pruebas sobre el modo en el que pudieron haberle ofendido, ellas posiblemente habían buscado asilo en el templo, de manera que lo obligaban a recurrir a este acto de sacrilegio para poder acabar con ellas. Es posible que lo hubieran ofendido por enterrar a Polinices contra sus órdenes.

Volviendo a la historia habitual en la que Antígona comparece frente a Creonte, hay versiones en las que su prometido Hemón la salva de la muerte. Higino recoge una de este tipo en la que Antígona retira el cuerpo de Polinices bajo el cobijo de la noche con la ayuda de Argía, la esposa de éste, y lo coloca en la pira funeraria de Eteocles. Los guardas la capturan, aunque su cómplice consigue esca-

par, la llevan frente a Creonte, que la entrega a Hemón para que la conduzca a la muerte; pero Hemón, que al igual que en la versión de Sófocles estaba comprometido con ella, la amaba demasiado como para únicamente fingir obediencia y la escondió con unos pastores. Mientras ella estaba en el escondrijo, le dio a Hemón un hijo, aquí sin nombre, que visitó Tebas cuando creció para tomar parte en algunos juegos. Puesto que los descendientes de los Espartoi podían identificarse por una marca distintiva de nacimiento (en forma de lanza), Creonte se dio cuenta de quién era y ordenó su ejecución. El rey permaneció inflexible incluso cuando Heracles (que pasó sus primeros años en Tebas como súbdito de Creonte) le rogó que mostrara compasión; Hemón estaba tan angustiado que acabó con su propia vida tras matar a Antígona, su esposa secreta.[174] Aunque algunos han argumentado que en su mayor parte este relato estaba basado en la *Antígona* de Eurípides, hoy perdida (en la que Antígona se casaba con Hemón tras su captura y tenía un hijo con él llamado Meón), parece más probable que sea una versión compuesta tomada de varias fuentes. Lo poco que queda del argumento de Eurípides sugiere que de algún modo se llegaba a un final feliz, quizá permitiendo que Hemón se casara con Antígona a través de la intervención de Dioniso, a quien alguien apela en términos de adoración entusiasta en un fragmento que se conserva.[175]

Tal como hemos visto antes, Hemón y su hijo Meón aparecían en la épica arcaica como víctima de la Esfinge y oponente de Tideo respectivamente (cf. pp. 407 y 419), sin embargo estas tradiciones son contradictorias con las que presentan a Hemón como el prometido o amante secreto de Antígona, puesto que él habría muerto antes del nacimiento de ella o al menos pertenecería a una generación anterior. Sófocles es el primer autor que lo presenta como el prometido de Antígona[176] y es bastante probable que él inventara la idea, preparando de este modo el camino para que Eurípides llevara a cabo una alteración posterior en la tradición presentando a Meón como su hijo con Antígona. Sin embargo, muy probablemente, Meón no era el producto de una unión secreta en la tradición épica arcaica; no existe evidencia sobre el nombre de su madre original.

Pausanias menciona que había un lugar cerca de Tebas llamado «El arrastre de Antígona» (*Syrma Antigones*). Según la tradición local se llamaba así porque Antígona había intentado cargar con el cuerpo de Polinices pero, al darse cuenta de que era demasiado pesado como para poder levantarlo, había tirado de él y lo había arrastrado todo el trayecto hasta colocarlo en la pira de Eteocles.[177] Según otra tradición local, Meón enterró a Tideo junto al camino de Tebas a Calcis tras la derrota de los Siete[178] (para darle un entierro apropiado puesto que, previamente, Tideo había salvado su vida, tal y como aparece en la *Ilíada*, cf. p. 419).

Concluiremos con un misterioso relato de la época arcaica acerca de la muerte de Ismene. Se dice que el poeta Minermo (de la segunda mitad del siglo VII a.C.) afirmaba que Tideo la había asesinado a instancias de Atenea durante un encuentro amoroso con un tal Teoclímeno. Aparte de esto, no existe constancia de un héroe con este nombre en Tebas. Sin embargo, cuando se recoge este incidente en un ánfora corintia con figura negra de aproximadamente 560 a.C., la figura desnuda que se muestra huyendo mientras Tideo amenaza a Ismene con una espada se conoce como Periclímeno; y puesto que Periclímeno se mencionaba en las *Tebanas* como el asesino de Partenopeo (uno de los Siete cf. p. 421), es razonable aceptar que el Teoclímeno del relato anterior podría identificarse con este héroe tebano.[179] Tideo podría haber tenido la posibilidad de matar a Ismene mientras visitaba Tebas como embajador, pero no hay modo de justificar por qué Atenea podría haber querido que él hiciera eso, o por qué pudo haberlo elegido a él para esa tarea. Ferécides afirma, asimismo, que Ismene había muerto a manos de Tideo en una fuente que llevaba su nombre.[180]

Los Epígonos toman Tebas bajo el liderazgo de Alcmeón

Diez años después de la expedición de los Siete, los hijos de los caudillos caídos emprendieron una segunda expedición contra Tebas para vengar el destino de sus padres. La fuerza estaba comandada por Alcmeón, hijo de Anfiarao, al que su padre había ordenado atacar Tebas cuando fuera mayor de edad. En esta ocasión, los atacantes estaban destinados a vencer del mismo modo que sus padres lo habían estado a fracasar.[181] Los guerreros al mando fueron conocidos como los Epígonos (los nacidos después o la Generación más joven; el término griego carece de las asociaciones peyorativas del derivativo «epígono»). Como en el caso de los Siete, los diversos catálogos de los Epígonos no son totalmente coherentes.[182] Puesto que la mayoría admiten las identidades de seis de los Siete, comenzaremos con los hijos de éstos. Alcmeón toma el lugar de su padre Anfiarao en la segunda expedición, a menudo en compañía de su hermano menor Anfíloco. Adrasto forma parte de la expedición pero en ese momento es demasiado anciano para luchar como uno de los guerreros a la cabeza; lo reemplaza su hijo Egialeo, que será el único de los líderes que morirá en esta expedición triunfal, del mismo modo que su padre fue el único caudillo que en la primera ocasión volvió tras la derrota. Polinices es reemplazado por su hijo Tersandro (y algunas veces también por un hijo de menor importancia, un tal Timeas o Adrasto). Tersandro se convertirá en el nuevo rey de Tebas tras la toma de la ciu-

dad. Diomedes reemplaza a Tireo, su padre, Esténelo a Capaneo y Prómaco (o también un hijo llamado Estratolao, Tlesímenes o Bias) a Partenopeo. El último de los miembros de los Siete se llama Mecisteo, Etéoclo o Hipomedonte, y los hijos de éstos —Euríalo, Polidoro y Meón respectivamente— pueden por tanto encontrarse a veces entre los Epígonos. El número de los Epígonos no esta limitado a siete, como en el caso de los caudillos de la primera expedición; la mayoría de los catálogos registran ocho o más, en gran medida porque a menudo se decía que los dos hijos de Anfiarao o Polinices se habían sumado a los Epígonos.

Resulta inevitable que algunos autores reciclaran la historia de la traición de Erifila (cf. pp. 417-418) sugiriendo que Tersandro, hijo de Polinices, la sobornó ofreciéndole el traje de Harmonía para conseguir que sus hijos se unieran a los Epígonos, del mismo modo que lo había hecho Polinices con el collar de Harmonía para que obligara a su marido a unirse a los Siete. Sin embargo, no fue una idea afortunada puesto que sus hijos no tenían razón para temer el desastre como era el caso de su padre, y ella no estaba en una posición en la que pudiera obligarles, tal como había hecho con él. Apolodoro ofrece otro tipo de explicación y dice que fue necesario convencer a Alcmeón, puesto que era reticente a partir antes de castigarla por la traición a Anfiarao. Hay que recordar que Anfiarao había ordenado a Alcmeón que lo vengara. En la versión de Diodoro, se dice que Alcmeón consultó el oráculo de Delfos acerca de la campaña y el castigo de su madre, y éste le respondió que debería unirse a la expedición y también actuar contra su madre, con más razón cuando ella había vuelto a aceptar un segundo soborno que ponía en peligro su vida.[183]

Existen muy pocas evidencias sobre la campaña de los Epígonos, que fue narrada en un poema del ciclo épico. Píndaro recoge que Anfiarao hizo una profecía desde su tumba cuando llegaron a Tebas y vaticinó que Alcmeón entraría el primero en la ciudad llevando un escudo que mostraba la imagen de un dragón, y que los augurios eran más favorables para Adrasto de lo que habían sido en la expedición anterior, excepto para su propia familia (puesto que su hijo estaba destinado a ser la única víctima entre los líderes argivos).[184] En la versión de Apolodoro, probablemente basada en la tradición épica primitiva, los Epígonos arrasaron los pueblos de los alrededores de Tebas para provocar que los tebanos se aventuraran a salir de la ciudad y así vencerlos en la batalla, posiblemente en algún lugar cercano. Aunque Laodamante, hijo de Eteocles, rey y comandante de los tebanos, mata a Egialeo, el hijo de Adrasto, al poco tiempo él encuentra la muerte a manos de Alcmeón. Los tebanos quedaron tan desola-

dos por este hecho que perdieron el valor y se refugiaron tras las murallas de la ciudad. Al darse cuenta de que estaba perdida, el vidente Tiresias les aconsejó que enviaran un heraldo al enemigo para que los distrajera hablando de los acuerdos entre las partes mientras los ciudadanos partían secretamente por la noche. Tan pronto como los argivos se dieron cuenta de que los tebanos habían huido, entraron en la ciudad, la saquearon y derrumbaron sus murallas. Para cumplir una promesa anterior, enviaron el mejor objeto del botín a Delfos para que fuera dedicado a Apolo (cf. p. 434).[185] Según Heródoto, los exiliados tebanos se establecieron lejos, en Hestiótide, una región noroccidental de Tesalia, y desplazaron a los dorios que habían estado viviendo allí previamente. El historiador pudo haber obtenido esta información a partir del relato de la épica arcaica que aparece en los *Epígonos* (y que sin duda conocía, tal como sabemos por una alusión de pasada en otro contexto).[186]

Pausanias ofrece una versión diferente del conflicto y dice que los tebanos establecieron una base en Glisante, a unas ocho millas al noreste de su ciudad, y fueron derrotados en una batalla en los alrededores. Laodamante mata a Egialeo, al igual que en el caso anterior, pero en esta versión sobrevive y lleva las tropas de vuelta a Tebas. La supuesta tumba del argivo muerto podía verse en Glisante; se dice que Prómaco, hijo de Partenopeo, se encontraba entre los caídos. Laodamante huye de Tebas, al abrigo de la noche, con los ciudadanos que deciden acompañarlo y se queda en Iliria (en el noroeste, junto al Adriático).[187] Con el fin de reconciliar esta versión con la anterior, en la que se decía que los emigrantes tebanos se habían establecido en Tesalia, se sugería que algunos de los tebanos no deseaban seguir a Laodamante todo el camino hasta Iliria, por lo que se separaron y se asentaron en Tesalia. Este relato también proporcionaba una explicación para el nombre de una de las puertas de Tebas, puesto que se decía que tiempo después, cuando el último grupo recibió la invitación para regresar a casa, la puerta por la que entraron se llamó Puerta Homolodia a partir de Homolo, el lugar de su exilio en Tesalia.[188] Probablemente, este segundo relato de la guerra y sus consecuencias era de origen posterior al de la versión anterior. Aunque no es imposible que en la épica arcaica la batalla hubiera tenido lugar en Glisante, esto parece poco probable a la vista de la ubicación de la ciudad, puesto que está situada bastante a trasmano para cualquier ejército que se aproximara a Tebas desde el sur. Helánico, en el siglo V a.C., es el primer autor que la nombra como lugar de la batalla.[189]

Los Epígonos entraron en Tebas sin oposición tras la deserción de la mayor parte de sus ciudadanos, y nombraron gobernante a Tersandro, hijo de Polini-

ces.[190] Se dice que los conquistadores derribaron sus murallas y desde ese momento, la ciudad dejó de tener importancia dentro de la historia mítica. El nuevo rey y sus descendientes serán considerados más adelante (cf. pp. 430 y ss.). En Mégara, durante el viaje de regreso del ejército argivo hacia su hogar en Argos, Adrasto murió debido a su avanzada edad y al dolor por la muerte de su hijo. Su tumba podía verse en la ciudad (aunque también hubo santuarios dedicados al héroe en otros lugares). Su hijo Egialeo fue enterrado cerca de allí, en Págasas, en la Mégaride.[191]

La historia posterior de Alcmeón

Al llegar a Argos, Alcmeón se venga de su madre Erifila por haber causado la muerte de su padre una década antes (cf. p. 418) y la mata sola o junto a su hermano Anfíloco. Aunque tenía el permiso que Apolo le dio en Delfos (antes o después de la guerra), las Erinias (Furias) de su madre lo persiguieron y lo hicieron enloquecer, del mismo modo que a Orestes tras el asesinato de su madre Clitemnestra (cf. pp. 658 y ss.).[192] Sobrepasado por la locura, Alcmeón huyó a casa de su abuelo Oícles, en Arcadia, y luego siguió hasta Psófide, en la misma provincia, donde el gobernante local, Fegeo, lo purificó. El rey le ofreció a su hija Arsínoe como esposa y él comenzó una nueva vida en la tierra natal de ella. Como regalos de boda él le entregó el collar y el vestido de Harmonía. A pesar de la purificación que había recibido seguía contaminado por lo que la tierra se quedó baldía debido a su presencia. Un oráculo le advirtió que buscara una tierra en la que el sol no hubiera brillado en el momento en el que él había matado a su madre.[193] Su búsqueda lo llevó por el istmo hasta la Grecia continental. Tras pasar algún tiempo con Eneo en Calidón, siguió viajando hacia el norte hasta Épiro; visitó las fuentes del gran río Aqueloo, donde recibió purificación del dios del río. Finalmente, descubrió la tierra de la que hablaba el oráculo cuando llegó a la desembocadura del Aqueloo, en la entrada del golfo de Corinto. En ese lugar, el limo del río había formado una tierra nueva tras la muerte de su madre. Hizo de ella su nuevo hogar y se casó con Calírroe, hija del dios-río. Cuando tiempo más tarde ella le pidió que le diera el collar y el vestido de Harmonía, bajo la amenaza de abandonarlo si no los conseguía, él volvió a Psófide y engañó a Fegeo para que se los devolviera, alegando que el oráculo de Delfos le había advertido de que debía ofrecerlos en Delfos para curarse de su locura. Sin embargo, tras su partida, un sirviente le dijo a Fegeo que en rea-

lidad llevaba los tesoros a su nueva esposa. El rey ordenó a sus dos hijos, Prónoo y Agénor, que tendieran a Alcmeón una emboscada y le dieran muerte. Cuando su hermana Arsínoe les reprochó posteriormente que hubieran matado a su esposo, ellos la llevaron a Tegea, en el sudeste de Arcadia, y se la entregaron como esclava a su gobernante, Agapenor, diciéndole que ella misma había cometido el asesinato.

Al conocer el destino de Alcmeón, su nueva esposa Calírroe apeló a Zeus (que se había convertido en su amante) para que sus dos hijos pequeños, Acarnán y Anfótero, crecieran inmediatamente y fueran capaces de vengar el asesinato de su padre. Su petición fue atendida al momento y los dos jóvenes (que es en lo que se convirtieron) partieron inmediatamente hacia Arcadia. Llegaron al palacio de Agapenor cuando los hijos de Fegeo todavía estaban allí, tras llevar a su hermana, y aprovecharon esta oportunidad para matarlos. Luego siguieron viajando hasta Psófide para matar a Fegeo, el instigador del asesinato, junto a su esposa. Aunque después fueron perseguidos hasta Tegea, se salvaron gracias a la intervención de los tegeatas y de algunos argivos. Desde ahí fueron rápidamente a ver a su madre para informarle de sus logros. Por orden de Aqueloo, dedicaron el traje y el collar de Harmonía a Apolo en Delfos. Acarnán fue el epónimo de Acarnania, la provincia más occidental de la Grecia central. Se dice que él y su hermano colonizaron el área con gentes del Epiro. Su nuevo hogar se situaba cerca de su lugar de nacimiento, puesto que el Aqueloo llegaba al mar en la frontera entre Acarnania y Etolia, la provincia colindante por el este.[194]

Tersandro, rey de Tebas, y sus descendientes

Entretanto, Tersandro, hijo de Polinices, se había convertido en el nuevo gobernante de Tebas diez años después de que su padre hubiera muerto mientras intentaba hacerse con el trono de Eteocles. Como Tersandro era de ascendencia cadmea, al igual que el rey expulsado, Laodamante, hijo de Eteocles, la antigua familia real siguió gobernando la ciudad, a pesar de que ésta ya no fuera el centro de poder de otros tiempos. Demonasa, hija de Tiresias y esposa de Tersandro, le dio un hijo y heredero que se llamó Tisámeno (Vengador) en conmemoración del logro de su padre vengando la derrota y la muerte de Polinices.[195] Tras un gobierno de varios años sin sobresaltos, Tersandro partió hacia Troya como líder del contingente beocio, pero nunca llegó allí porque Télefo,

rey de Misia, lo mató antes, cuando los griegos atacaron su país creyendo que era Troya (cf. p. 578). Como Tisámeno no estaba aún en edad de luchar, los tebanos eligieron a Peneleo, hijo de Hipálcimo (descendiente de Beocio, hijo de Poseidón, epónimo de Beocia) como su nuevo líder.[196]

Aunque nunca se menciona a Tersandro en la épica homérica tuvo que haber sido una figura antigua puesto que la historia de su muerte se cuenta en las *Ciprias*, un relato épico arcaico del ciclo troyano.[197] El catálogo de barcos de la *Ilíada* nombra a Peneleo y Leito, hijo de Electrión, otro descendiente de Beocio, como los líderes del contingente beocio (junto con tres héroes de carácter misterioso, Arcesilao, Protoenor y Clonio, que mueren en la batalla y que probablemente fueron invención del mismo Homero). La característica más llamativa de este pasaje en la *Ilíada* es el hecho de que Tebas no se distingue de las otras ciudades beocias como lugar relevante; en realidad no se hace mención de Tebas como tal sino de Hipotebas (Bajo Tebas), que al parecer era un poblado que había crecido en torno a la ciudad abandonada y en ruinas.[198] Dejando a un lado los aspectos grandilocuentes de la historia de las Guerras Tebanas, la leyenda pudo tener cierta base histórica, en la medida en la que reflejaba un gran declive en los destinos de la ciudad al final del período micénico.

Cuando hacía el final de la guerra de Troya Peneleo muere a manos de Eurípilo, el último de los grandes aliados de los troyanos (cf. p. 609), Tisámeno es ya lo suficientemente adulto como para asumir el poder. Vuelve sano y salvo a Tebas para gobernar como sucesor de su padre, pero su hijo Autesión, atormentado por las antiguas maldiciones de la familia, finalmente se va al extranjero por consejo del oráculo délfico. Acompaña a los heraclidas y dorios al Peloponeso. Tras su partida, los tebanos ofrecen el trono al nieto de Peneleo, Damasictón. Él y sus herederos reinaron allí hasta que, en tiempos de su nieto, se abolió la monarquía.[199]

El exiliado Autesión tuvo dos hijos, Argía y Teras, que llegaron a ser importantes en su nueva patria en el Peloponeso. Argía se casó con uno de los líderes heraclidas, Aristodemo, con el que tiene como hijo al primer rey heraclida de Esparta, o incluso llegó a reinar ella misma (cf. p. 383). Como Aristodemo murió cuando sus hijos gemelos eran todavía muy jóvenes, su tío Teras gobernó como regente mientras estos crecían; tras traspasarles el trono, viajó por mar al extranjero y estableció un linaje real en la isla de Tera (cf. p. 733).

Tiresias, el gran vidente de Tebas, y su hija Manto

Antes de dejar Tebas, debemos considerar la carrera del gran vidente tebano Tiresias, que vivió en la ciudad desde el reino de Penteo hasta la llegada de los Epígonos. Su popularidad es tan antigua que ya Homero recoge que Perséfone le obsequió con el privilegio especial de conservar sus poderes en el Hades, mientras otros mortales fallecidos vagaban de un lado a otro como sombras vacías.[200] Había nacido en Tebas de familia noble pues era descendiente de Udeo, uno de los hombres que habían surgido de los dientes del dragón; su padre era un tal Everes y su madre una ninfa llamada Cariclo. La duración de su vida fue prodigiosa: siete generaciones, según la *Melampodia* hesiódica,[201] y fue famoso por dos cuestiones: por sus hazañas como vidente y por haberse convertido en mujer y luego de nuevo en hombre.[202] Sus cambios de sexo tuvieron lugar como resultado de encuentros con serpientes. Según una versión atribuida a Hesíodo (posiblemente de la *Melampodia*, poema acerca de los videntes), vio una vez un par de serpientes apareándose en el monte Cileno, en Arcadia, y tras golpearlas y herirlas fue transformado en mujer; pero cuando vio las mismas serpientes apareándose una segunda vez, volvió a convertirse en hombre. Ovidio afirma que permaneció como mujer durante siete años, hasta que vio a las mismas serpientes apareándose y las volvió a golpear (en un relato que coincide con otras fuentes, y posiblemente también con el relato completo de Hesíodo). Golpeó las serpientes o las aplastó con su bastón.[203] En otra versión, fue convertido en mujer cuando al ver a las dos serpientes acopladas, mató a la hembra, y se transformó de nuevo en hombre cuando, posteriormente, mató al macho en las mismas circunstancias.[204] No hay acuerdo sobre si el incidente ocurrió en el monte Citerón, en su patria beocia, o en Cilene, en Arcadia.[205]

En la versión hesiódica, llegó a adquirir sus poderes proféticos como resultado de sus experiencias como mujer, ya que cuando en una ocasión Zeus y Hera discutían sobre quién, hombre o mujer, recibe más placer durante el acto sexual, decidieron llevar el asunto al arbitrio de Tiresias, que era el único que estaba en situación de juzgar desde la experiencia personal. Él respondió que si el placer puede juzgarse en una escala de uno a diez, el hombre disfruta sólo una parte mientras que la mujer disfruta diez. En una versión secundaria, se dice que el hombre disfruta una parte y la mujer nueve, como si fueran diez las unidades de placer a compartir entre los dos.[206] Hera se enojó con su respuesta, posiblemente porque lo consideró vergonzoso para las mujeres, y reaccionó volviéndole ciego; pero Zeus, que evidentemente estaba complacido al ver

confirmados sus argumentos, lo compensó otorgándole poderes proféticos y una larga vida.[207]

Apolodoro señala que se ofrecieron explicaciones contradictorias para la ceguera de Tiresias, puesto que algunos decían que eran los dioses los que lo habían cegado por traicionar sus secretos al transmitirlos a los mortales (lo que implicaría que él ya poseía sus poderes proféticos en ese momento), mientras que Ferécides afirmaba que Atenea lo había cegado por haberla visto desnuda (en circunstancias no especificadas). La diosa cubrió sus ojos con sus manos para dejarlo sin vista, y cuando su madre Cariclo, que posiblemente se encontraba presente puesto que estaba bañándose con Atenea, le pidió que le devolviera la vista, se negó a hacerlo pero le compensó dotándolo con la capacidad de comprender el lenguaje de los pájaros (esto es, concediéndole poderes adivinatorios, cf. p. 553). Además, le dio un bastón de madera de cornejo que le permitiría caminar como aquellos que podían ver.[208] Calímaco retoma la historia en cierta medida en su *Himno V*, el *Baño de Palas*, y cuenta que el incidente ocurrió mientras Atenea se estaba bañando en el calor del mediodía en Hipocrena (La fuente del caballo), en el monte Helicón, en Beocia. Únicamente la acompañaba la ninfa Cariclo, con quien tenía una particular amistad. Cuando el joven Tiresias, que estaba cazando en la montaña con sus perros, llegó a la fuente para calmar su sed, vio a Atenea desnuda y ésta le dijo que se quedaría sin vista para siempre. Cariclo comenzó a gritar angustiada y le reprochó si eso era lo que significaba la amistad para una diosa. Sin embargo, Atenea le aseguró que ella no era culpable de la ceguera de su hijo puesto las leyes de Crono (la ley divina) ordenaban que el castigo debía seguir a la ofensa. Aunque después no tuvo poder para alterar el destino de Tiresias, le dijo a Cariclo que dejara sus lamentos porque le otorgaría beneficios que sobrepasarían enormemente su pérdida, al concederle poderes proféticos y una larga vida, así como poderes incomparables tras su muerte.[209] Mientras relata esta historia, Calímaco hace referencia a otra muy similar, la de Acteón, que sufrió un castigo incluso peor tras ver desnuda a Ártemis (cf. p. 393).[210] Es posible que una de estas historias inspirara el desarrollo de la otra, pero no podemos asegurar cuál de ellas tiene un origen anterior.

En la tragedia ática y en la tradición posterior (y sin duda en la épica antigua también aunque no exista evidencia concreta sobre ello), se dice que Tiresias había realizado valiosos servicios para Tebas y los reyes tebanos en varios momentos durante la conflictiva historia de la ciudad. Cuando Tebas estaba a punto de ser atacada por los Siete, por ejemplo, reveló que había una única vía de salvación para la ciudad, puesto que la culpa de sangre por matar al

dragón sagrado (cf. p. 390) todavía pesaba sobre ella. Para reparar su muerte y paliar la ira de Ares, era necesario que un descendiente de los Espartos, que todavía fuera virgen, sacrificara su propia vida en el lugar donde el dragón había muerto. Meneceo, hijo de Creonte, el único que respondía a esas características, decidió realizar la acción por el bien de la ciudad a pesar de la oposición de su padre y, según lo dicho, se asestó una puñalada sobre las murallas de la ciudad, asegurándose de que su cuerpo caería en la antigua guarida del dragón. Esta leyenda, así como el mismo Meneceo, aparecieron por primera vez en las *Fenicias* de Eurípides.[211] Tiresias desempeña un papel central en las otras tres obras de teatro que se conservan del mismo período. En las *Bacantes* de Eurípides, intenta convencer inútilmente a Penteo de que deje de oponerse a Dioniso y su culto.[212] En *Edipo rey* de Sófocles, tal como hemos visto, le resulta difícil revelar que el mismo Edipo es el culpable de la plaga que ha caído sobre Tebas, y en *Antígona*, advierte a Creonte que los dioses están enojados por su decreto que prohíbe el entierro de Polinices y por su trato hacia Antígona. En el contexto dramático, el vidente suele ser tratado con incredulidad o mofa cuando ofrece por primera vez su consejo o revelaciones. En algún lugar se recogía, entre otras cosas, que había advertido a Layo que apaciguara a Hera tras haber secuestrado al joven Crisipo. También revela a Anfitrión que Zeus había asumido su forma para dormir con su esposa (cf. pp. 326-327), y anuncia el destino que espera a Heracles después de que el niño héroe demuestre su valor estrangulando dos serpientes (cf. p. 329).

Tiresias murió mucho tiempo después, cuando la gloria de Tebas estaba tocando a su fin tras la victoria de los Epígonos. Mientras huía de la zona junto con la mayoría de los otros ciudadanos, paró para beber en la fuente de Telfusa (cf. p. 203), en Beocia occidental, y murió mientras lo hacía, aparentemente debido a la fría temperatura del agua. Su tumba podía verse junto a la fuente.[213] Tuvo una hija, Manto (Adivina), que fue capturada en Tebas por los Epígonos y enviada a Delfos, junto con lo más preciado del botín, como ofrenda a Apolo, puesto que habían jurado dedicar las capturas más valiosas al dios si conquistaban la ciudad.[214] Algunos decían que Tiresias también había sido capturado y enviado a Delfos junto con su hija pero murió en Telfusa cuando iba de camino.[215]

Apolo sacó provecho de Manto al enviarla a Claros, cerca de Colofón, en la costa oeste de Asia Menor, para fundar el famoso oráculo de Apolo *Klarios*. En la versión más antigua de la historia, le da instrucciones para que se case con el primer hom-

bre que encuentre en cuanto salga del oráculo en Delfos. Resulta ser un miceno llamado Racio, que la lleva por el Egeo hasta el lugar de Claros (un viaje que habría sido difícil para una mujer sola). Tras su llegada, ella llora por el triste destino de su ciudad arrasada, y de aquí el nombre de Claros (interpretado en este caso como derivación de *klaein*, sollozar). Con sus lágrimas se forma una fuente, posiblemente la fuente sagrada de la que el vidente del oráculo solía beber antes de pronunciar sus profecías.[216] En otra versión de la historia, Racio es un cretense que se había establecido en la región de Colofón con un grupo de colonos de su isla natal. El oráculo de Delfos ordenó a Manto cruzar el Egeo junto con otros cautivos de Tebas. Cuando llegaron a Asia fueron capturados por algunos de los colonos cretenses y llevados ante Racio, que pidió a Manto que se convirtiera en su esposa e invitó a los otros tebanos a ser ciudadanos de su colonia.[217] Manto le dio un hijo, Mopso, que llegó a ser un famoso vidente, igual que su madre y abuelo, y sirvió como profeta de Apolo *Klarios*. Para sus principales historias cf. p. 630.

En la obra perdida de Eurípides, *Alcmeón en Corinto*, se contaba que Alcmeón había tenido dos hijos con Manto, un hijo, Anfíloco y una hija, Tisífone. Se los confió a Creonte, rey de Corinto, para que los criara, pero Tisífone se convirtió en una mujer tan hermosa cuando creció que la esposa del rey, temiendo que su marido se enamorara de ella, la vendió como esclava por miedo a sentirse desplazada. Por casualidad fue adquirida por Alcmeón, que la mantuvo como sirvienta sin darse cuenta de que era su hija. Finalmente la verdad salió a la luz cuando volvió a Corinto a recuperar a sus dos hijos. Puesto que esta historia se contradice con la leyenda habitual de Manto, y no existe evidencia previa de Tisífone o de este Anfíloco (que evidentemente se trata de una duplicación de Anfíloco, hijo de Anfiarao, cf. p. 426), existen buenas razones para suponer que la inventó el propio Eurípides.[218]

Las implicaciones de las Guerras Tebanas en la historia dinástica de la Argólide

En la época de las Guerras Tebanas que tuvieron lugar aproximadamente una generación antes de la guerra de Troya, la Argólide no tenía un gobierno común sino que estaba dividida en dos secciones separadas, por razones ya consideradas en el capítulo VII (cf. pp. 315 y ss.). El área noroccidental, gobernada por Micenas, había caído bajo el control de la rama de Atreo, de la familia de los Pelópidas, mientras que la otra zona de la provincia, cuya ciudad principal era Argos, todavía estaba bajo control de la antigua familia gobernante argiva y los linajes reales establecidos por Bias y Melampo (cf. p. 557 para el

origen de este último). Aunque Adrasto intentó alistar a los micenos para la expedición de los Siete (cf. pp. 417-418), las ciudades argivas bajo gobierno pelópida no tomaron parte en las Guerras Tebanas y no se vieron muy afectadas por sus consecuencias. Sin embargo, la historia dinástica de la otra zona de la Argólide sufrió enormemente las consecuencias de las dos guerras, puesto que muchos de los dirigentes de las familias gobernantes murieron en ellas o a consecuencia de ellas.

Debe recordarse que las tres dinastías gobernantes en esta zona de la Argólide eran una rama del antiguo linaje de Ínaco, puesto que descendían de Preto, y de dos nuevas líneas fundadas por Bias y Melampo, los dos hermanos extranjeros que ganaron una parte del reino de Preto. Las dos familias resultantes destacaron dentro de la mitología de las Guerras Tebanas. Adrasto, nieto de Bias, y Anfiarao, bisnieto de Melampo, fueron los líderes argivos más importantes en la expedición de los Siete (cf. Tablas 14 y 13); sin embargo la línea ináquida de Preto también estaba representada en la persona de Capaneo y Etéoclo (cf. Tabla 5). Aunque Adrasto, hijo de Tálao, que gobernaba desde su palacio en la ciudad de Argos, no era el único rey en el país, parece que era reconocido como el señor supremo entre los territorios no pelópidas de la Argólide al comienzo de las Guerras Tebanas. Su posición en ese sentido podría compararse con la de su nieto Diomedes en el tiempo de la guerra de Troya. Sin embargo, sufrió antes de obtener su autoridad puesto que él y su familia, los Biantes, habían sido previamente derrotados en una lucha de poder frente a Anfiarao, apoyado aquí por su propia familia y por los Prétidas. Por ello, Adrasto se vio forzado al exilio y buscó refugio en la ciudad de Sición, al oeste de Corinto. Sus contactos sicionios eran realmente muy antiguos puesto que la *Ilíada* lo menciona como antiguo rey de la ciudad.[219] Según una tradición, él la eligió como refugio porque su madre era hija de Pólibo, rey de Sición, y él había heredado el trono como descendiente masculino más próximo tras la muerte del rey. También se dice que se casó con una hija de Pólibo tras su llegada y consiguió heredar el trono porque el rey no tenía hijos propios.[220] Entretanto, Anfiarao tomó el poder en Argos pero finalmente decidió negociar un arreglo con Adrasto por razones no especificadas. De modo que Adrasto pudo volver a casa y estableció una posición dominante en el país (no se sabe si de modo inmediato o gradualmente). Para sellar esta reconciliación con Anfiarao, le ofreció a su hermana Erífila como esposa y, con la esperanza de asegurar su nueva amistad, los dos cuñados juraron aceptar la decisión de Erífila en caso de tener alguna desavenencia grave en el futuro (puesto que se esperaba que fuera ecuánime como hermana de uno y esposa del otro).[221] Aunque esto pudo haber parecido en ese momento una excelente

idea, no trajo más que desastres, tal como hemos visto, puesto que Erifila se dejó sobornar e impuso una decisión que iba en detrimento tanto de su esposo como también de Adrasto.

Anfiarao era el bisnieto de Melampo y el único hijo de su padre Oíclo[222] (que no tiene mitos propios). Tomó parte en la expedición de los Siete como el único miembro de su linaje que estaba en disposición de hacerlo. Aunque por sus propios dones proféticos pudo prever que no volvería, Erifila lo obligó a partir junto con Adrasto. Sus dos hijos, Alcmeón y Anfíloco, sobrevivieron a la segunda guerra tebana pero no estaban destinados a jugar un papel relevante en los asuntos tebanos. Alcmeón, que por otro lado hubiera heredado la posición de su padre, fue obligado a partir al exilio tras matar a su madre para vengar el destino de su padre (cf. pp. 429-430). Murió antes de la guerra de Troya en las circunstancias ya descritas. Sus dos hijos, Acarnán y Anfótero, nacieron en el extranjero y permanecieron en Acarnania (cf. p. 430). Parece que su hermano Anfíloco vivió en Argos tras volver de la guerra aunque no fue una figura prominente, y tomó parte en la guerra de Troya en la que no destacó. Como había heredado los poderes proféticos de su padre, se unió a otro vidente para fundar un oráculo en Asia Menor tras la guerra; volvió a Argos sólo para una breve visita (cf. p. 631). Puesto que no dejó hijos, en Argos se extinguió este linaje melámpoda, cf. Tabla 13.

Adrasto, hijo de Tálao y nieto de Bias,[223] dirigió la expedición de los Siete acompañado por su hermano Mecisteo, que murió en Tebas. Partenopeo, otro de los Siete, fue en alguna ocasión clasificado como otro hermano suyo (cf. p. 417). También tenía un hermano, Pronas, que encontró la muerte antes de la guerra.[224] Tras sobrevivir a la primera guerra con la ayuda de su caballo divino Arión, Adrasto fue contra Tebas una segunda vez con los Epígonos, aunque en esa ocasión era demasiado viejo para luchar en la batalla. Su único hijo Egialeo y su sobrino Euríalo, hijo del ya mencionado Mecisteo, representaban a la familia biántida, en esta ocasión como líderes de los guerreros. Dado que Egialeo falleció en la batalla (cf. p. 427) y su padre, abatido por el dolor, murió poco después rumbo a su hogar, el trono de Adrasto pasó tras la guerra, por línea femenina, hasta Diomedes. Éste, que también había partido con los Epígonos, era el único hijo de Tideo, miembro de la familia real etolia que se casó con una hija de Adrasto durante su exilio (cf. p. 416). En ese momento Tideo ya había muerto en la toma de Tebas como uno de los Siete. Como gran guerrero sucesor de Adrasto en su puesto de señor supremo de las tierras no pelópidas de la Argólide, Diomedes dirigió a los hombres

de Argos, Tirinto y el este de la Argólide hacia la guerra de Troya. Estuvo asistido por dos líderes bajo su mando, Euríalo, hijo de Mecisteo, procedente de la rama más joven de su linaje biántida, y Esténelo, hijo de Capaneo, descendiente de la antigua línea gobernante argiva.[225]

En la narración de Pausanias sobre la historia legendaria de Argos, se dice que Adrasto había tenido también un heredero en la rama masculina, un nieto llamado Cianipo, hijo de Egialeo, nacido antes de su muerte prematura. Es plausible la explicación de que era demasiado joven para suceder en el trono a Adrasto o para luchar en Troya, por lo que su familia estaba representada en Troya, al igual que en la tradición épica, por Diomedes y Euríalo.[226] Sólo en versiones muy tardías se afirma que luchó en Troya y fue uno de los guerreros que entró en la ciudad en el Caballo de Madera.[227] Su carrera posterior será considerada más adelante.

El antiguo linaje real argivo estaba representado en los Siete por Capaneo, hijo de Hipónoo, descendiente de Preto en la quinta generación;[228] cf. Tabla 5. Debe señalarse que estas genealogías no están totalmente sincronizadas con las de los biántidas y los melámpodas. Dado que Hipónoo, padre de Capaneo, vivió en el extranjero como rey de Oleno en Aquea, Ifis, el padre de Etéoclo y suegro de Capaneo, era el cabeza del linaje prótida en la Argólide durante el período que precedió a las Guerras Tebanas. Estaba destinado a sufrir un triple duelo tras la primera guerra puesto que no sólo perdió a su hijo Etéoclo (que murió en la lucha) y a su yerno Capaneo (que fue abatido por un rayo [cf. pp. 419-420]), sino que también se quedó sin su hija Evadne cuando saltó a la pira funeraria de su esposo Tideo (cf. p. 422).[229] Esta última historia aparece por primera vez en *Suplicantes* de Eurípides, y en ella Ifis intenta en vano disuadirla. Lamenta después su desolada vejez, puesto que no queda nadie que lo reciba ni en su casa ni en la de su yerno.[230] Capaneo dejó un hijo, Esténelo, que partió contra Tebas como uno de los Epígonos y heredó el trono de Ifis cuando el rey murió en algún momento previo a la guerra de Troya.

Diomedes era un héroe de primer orden, famoso por el papel que desempeñó en la guerra de Troya (cf. pp. 597 y ss.). Al contrario que Diomedes, ya importante en los primeros cantos de la *Ilíada* en donde dirigía la lucha mientras Aquiles está ausente del campo de batalla, Euríalo aparece en dos ocasiones tan sólo mencionado como un comandante de Diomedes, primero en una escena de batalla en la que mata a dos troyanos de poca importancia,

y luego cuando es vencido ignominiosamente por Epeo en un combate de boxeo durante los juegos funerarios celebrados en memoria de Aquiles.[231] En el mural de Polígnoto sobre el saqueo de Troya, que pudo haberse basado en su mayor parte en la tradición épica, Euríalo aparecía entre los heridos, con señales en la cabeza y la muñeca.[232] Esto sugeriría que se consideraba que había vuelto a casa vivo, por lo que su supuesta tumba estaría por tanto en Argos.[233]

Esténelo, el otro comandante de Diomedes, aparece con mucha más frecuencia que Euríalo en la *Ilíada,* pero sólo en un papel secundario, como auriga e íntimo camarada de Diomedes. Los dos habían luchado ya, codo con codo, como Epígonos. En la *Ilíada* hay un pasaje memorable en el que Agamenón intenta atacar a Diomedes acusándolo de ser peor luchador que su padre, lo cual hace saltar a Esténelo y replicar en su nombre que eso difícilmente podía ser cierto puesto que los Epígonos tomaron Tebas con un ejército más pequeño, después de que sus padres hubieran perecido en el intento.[234] Normalmente se acepta que Esténelo regresó a su casa en Argos tras la guerra (incluso aunque Licofrón afirma que estaba enterrado en Colofón, en Asia Menor).[235] Según una tradición local de Argos, volvió con un importante trofeo a la ciudad, ya que recibió la efigie de Zeus *Herkeios* que estaba en el patio del palacio de Príamo en Troya, y la depositó en el templo de Zeus de la acrópolis de Argos, donde los visitantes podían verla en tiempos históricos.[236]

Aunque Diomedes también volvió sano y salvo a Argos, y aparentemente continuó gobernando allí según la tradición primitiva, se acepta comúnmente desde el período helenístico en adelante que tuvo que exiliarse tras su llegada y se estableció en Italia. Esto ocurrió porque su esposa Egialea había sido seducida por Cometes, hijo de Esténelo, que había conspirado para matar a su esposo (cf. p. 628). Dado que Diomedes, en principio, no tenía hijos con Egialea, su familia no volvió a tomar parte en los asuntos de la Argólide. En cuanto a Cometes y Egialea, no se recoge nada de su vida posterior (algo que no resulta sorprendente puesto que la historia de su relación pudo haberse inventado para ofrecer una explicación al exilio de Diomedes). Según la versión de Pausanias sobre la historia local, Esténelo gobernó tras su vuelta como rey en el linaje prétida, mientras que Cianipo (hijo de Egialeo y nieto de Adraste, surgido de una invención posterior, cf. p. 438) heredó la posición que había sido ocupada por el rey biántida Adrasto y su sucesor Diomedes. A Esténelo lo sucedió su hijo Cilarabo (o Cilarabes o Cilasabo), que también heredó la parte biántida del reino.

Cianipo murió sin heredero y, cuando el mismo Cilarabo murió sin descendencia, el reino pasó a Orestes, hijo de Agamenón, el rey pelópida de Micenas, por lo que toda la Argólide se unió así bajo mando pelópida.[237] La tumba de Cilarabo se podía ver, junto a la de su padre, Esténelo, en Cilarabes, una palestra en Argos que llevaba su nombre.[238]

Capítulo X
Leyendas de Creta y Atenas

Minos, Teseo y el Minotauro

De las tres ramas principales de la dinastía de Ínaco sólo nos queda por tratar la menos extensa, la que se estableció en Creta con la llegada de Europa a la isla, tras ser raptada por Zeus. Como se ha explicado en el capítulo VII, todas las genealogías reales de Argos, Tebas y Creta descienden de Ío, la princesa argiva que vivió en Egipto, a través de uno u otro de los bisnietos de ésta: Belo, rey de Egipto, o Agénor, rey de Fenicia (cf. pp. 307 y ss.). Precisamente Europa y su hermano Cadmo, el fundador de la dinastía real tebana, son hijos del segundo. Ya hemos visto, en el comienzo del capítulo anterior, cómo el rapto de Europa provocó la dispersión de los miembros de la familia de Agénor, dado que éste ordenó a sus hijos que partieran en busca de Europa y ellos, tras fracasar en sus intentos de búsqueda, no regresaron ya a Tebas. Zeus, de manera oculta, se la había llevado consigo, cruzando el mar, hasta Creta, en donde tuvo varios hijos con ella. La descendencia que Europa engendra en Creta es bastante menor en número que la de Cadmo en Tebas o la de Dánao en Argos (a pesar de que algunos mitógrafos han intentado aclarar los problemas que plantea la cronología, como se verá más adelante) y bastante menos importante, aunque haya ciertas figuras de relieve; entre ellas, la más destacada, el gran Minos.

Incluso aquellos que no tienen un conocimiento profundo del mito del Minotauro saben que la historia mítica de Creta en tiempos de Minos está estrechamente vinculada con la de Atenas. Dédalo, exilado de Atenas, había ayudado a Pasífae a dar a luz al Minotauro y había construido el laberinto como morada para el monstruo; por mediación de una flota mandada contra Atenas durante el reinado de Egeo, Minos había impuesto a los atenienses un tributo regular: un grupo de jóvenes que servirían de alimento para el Minotauro; Teseo, hijo y heredero de Egeo, mata finalmente al Minotauro gracias a los consejos de Dédalo, y esto desencadenará una serie de acontecimientos que serán la causa de la muerte

del propio Minos. Debido al estrecho vínculo que se crea entre Atenas y Creta durante el único período de la historia mítica en la que ambas compartieron una posición hegemónica, conviene que en este capítulo estudiemos los mitos atenienses y cretenses en paralelo. Por ello analizaremos en la primera parte del capítulo las conexiones entre la historia de Teseo y la de Minos y su familia; en la segunda parte, nos centraremos en la familia real ateniense, para trazar el resto de la historia desde su inicio hasta su final después de la guerra de Troya.

Las genealogías de la rama cretense de la familia de Ínaco no están correctamente sincronizadas con las de las ramas argiva y tebana, dado que Minos vivió sólo dos generaciones antes de la guerra de Troya, mientras que Cadmo y Dánao vivieron, al menos, siete generaciones antes de la guerra. El comandante del contingente cretense en Troya es Idomeneo, nieto de Minos; por tanto, Teseo y su padre Egeo, los rivales atenienses de Minos, pertenecían a las generaciones inmediatamente anteriores a la guerra de Troya. Para poner fin a las incoherencias cronológicas, algunos mitógrafos intentaron alargar la genealogía cretense afirmando que el hijo de Europa llamado Minos, era en realidad el abuelo del célebre Minos, cuyo padre había sido Licasto, héroe epónimo de la ciudad cretense del mismo nombre.[1]

Zeus rapta a Europa, la lleva a Creta y engendra tres hijos con ella

En las más antiguas fuentes que conservamos sobre el rapto de Europa, atribuidas a Hesíodo (es decir, al autor del *Catálogo*) y a Baquílides, Zeus, al verla recogiendo flores en un prado de Fenicia en compañía de sus sirvientas, se enamoró de ella y se metamorfoseó en toro para llevársela. La sedujo exhalando una flor de azafrán, la montó sobre su lomo y cruzó el mar con ella hasta llegar a Creta, en donde retomó su forma original y la convirtió en su amante.[2] Los autores posteriores no añaden nada importante a esta historia, incluso aunque suministren un repertorio de detalles pintorescos. Según el poeta helenístico Mosco, que aporta la narración más elaborada del episodio, el toro era amarillo y tenía un círculo blanco en la frente, además emanaba de él una fragancia divina que se impuso sobre el perfume de las flores del prado. Después de ganarse la confianza de Europa mediante su mansedumbre, su coquetería y sus melodiosos mugidos, se dobló de rodillas para invitarla a montar sobre su lomo. En la versión de Ovidio, bastante semejante, era tan blanco como la nieve virgen. Algunos mitógrafos siguen al antiguo mitógrafo argivo Acusilao y lo describen como

un toro normal que había sido enviado por Zeus o por algún otro dios; en ese caso podría ser identificado con el toro de Creta capturado después por Heracles (cf. p. 345).[3]

En su nueva patria, Zeus y Europa tuvieron tres hijos de renombre: Minos, Radamantis y Sarpedón. Zeus le entregó magníficos presentes: un collar labrado en el taller de Hefesto (en ocasiones identificado con el collar de Harmonía, cf. p. 391), un gigante de bronce llamado Talo, que protegió las costas de la isla hasta que Medea le dio muerte (cf. pp. 516-517), y un perro de caza y una jabalina que jamás fallaban (que luego se llevaría Procris al Ática, cf. p. 486).[4] Cuando le llegó el momento de marcharse, la desposó con Asterio (o Asterión), rey de Creta, que se convirtió en padre adoptivo de los hijos de Europa y Zeus y no tuvo descendencia con ella. Según Diodoro, este Asterio era hijo de Téctamo y nieto de Doro, había llegado a Creta en un viaje por mar desde la Grecia central, junto a una tripulación de eolios y pelasgos, y una vez allí se había proclamado rey de la isla.[5]

Minos, Pasífae y el origen del Minotauro

Una vez muerto su padre adoptivo, Minos y Sarpedón se enfrentaron por el trono, Minos se impuso sobre su hermano y ordenó que Sarpedón y sus seguidores fueran desterrados.[6] En algunas versiones, la razón de la disputa entre los dos hermanos reside en que ambos se habían enamorado del mismo muchacho, Mileto, hijo de Apolo. Cuando Mileto mostró su preferencia por Sarpedón, Minos, airado, expulsó a ambos de la isla.[7] Más adelante (cf. pp. 456 y ss.) trataremos en detalle las narraciones sobre Sarpedón y Mileto, como también las de Radamantis, el otro hermano de Minos (cf. p. 459). Ahora nos centraremos en el reinado de Minos y en la historia del Minotauro.

Minos desposó a Pasífae, hija del dios del sol, Helios, y la pareja concibió cuatro hijos, Catreo, Deucalión, Androgeo y Glauco, y varias hijas, entre las que se encuentran Ariadna y Fedra.[8] Tuvo además varios hijos ilegítimos con ninfas locales, por lo que Pasífae, irritada por las repetidas infidelidades de su marido, lo hechizó. Como consecuencia del sortilegio, Minos comenzó a eyacular serpientes, escorpiones y ciempiés cada vez que se acostaba con otra mujer; pero, finalmente, fue curado de este embarazoso mal por una amante, la heroína ateniense Procris (cf. p. 486).[9] Para los detalles de su infructuosa persecución de la ninfa Britomartis, cf. p. 257. En lo relativo a su actividad política, Minos era célebre por dos virtudes: su sabiduría como legislador y su poder como funda-

dor de un vasto imperio marítimo. Minos fue el primer gobernante que se dio cuenta de las posibilidades de la talasocracia y se sirvió de su flota para extender su hegemonía sobre la mayor parte de las islas del mar Egeo; a los autores griegos de las épocas clásica y helenística les gustaba imaginar que su imperio era comparable al que poseyó Atenas en la época de Pericles.[10] Minos pasó también a la historia como el que sentó las bases de la constitución cretense, tan admirada durante la Antigüedad; en estas tareas se sirvió de los consejos de Zeus, al que visitaba cada nueve años en una cueva secreta del monte Ida, en donde le hacía consultas acerca de su actividad legisladora.[11] Como ya ha quedado indicado (cf. p. 177), Minos fue tan célebre en vida por su sentido de la justicia que fue elegido juez de los muertos durante su existencia póstuma en el Hades. Sin embargo hay una tradición, alentada especialmente en Atenas —tierra que aparece sometida a la presión de Minos en las narraciones míticas—, que se aparta de esta imagen y lo presenta como un tirano. Su nombre ha servido para denominar a la distinguida civilización minoica de Creta desde que así la bautizara sir Arthur Evans, a comienzos del siglo XX, pero es mejor quitarse estas ideas de la cabeza cuando se estudian los mitos antiguos.

La mayor parte de las leyendas principales que se centran sobre Minos están conectadas de un modo u otro con la historia del Minotauro. Este monstruo fue engendrado por su esposa, Pasífae, tal como vamos a explicar ahora. Para demostrar a los cretenses que su pretensión al trono gozaba del beneplácito de los dioses, Minos pidió a Poseidón que le enviara un toro desde el mar con la promesa de que lo sacrificaría una vez en tierra. Cuando lo vio aparecer, quedó tan impresionado por la belleza del animal que ordenó que lo escondieran entre sus rebaños y que sacrificaran otro toro. De acuerdo con otra fuente, Minos solía sacrificar todos los años el toro más hermoso de sus rebaños como ofrenda a Poseidón, pero un año nació un animal de una incomparable belleza: se lo guardó para sí y sacrificó otro a cambio. En ambas versiones, Poseidón se enfureció por no recibir el toro que le correspondía, hizo que el animal se volviera agresivo y que Pasífae concibiera una pasión *contra natura* por él.[12] Por entonces Dédalo, el mejor de todos los artesanos, se encontraba en Creta, huido de Atenas por asesinato (véase *infra*). Pasífae le confió su secreto y él hizo posible satisfacer su deseo construyendo para ella un toro de madera cubierto con una piel de vaca, la conminó a introducirse en el artilugio y presentarse así ante el toro. A consecuencia de su relación con el toro, dio a luz un monstruo que tenía cabeza y cola de toro y cuerpo de hombre.[13] Se le conoce generalmente como el Minotauro (*Minotauros*, «toro de Minos»), aunque algunos mitógrafos

cuentan que su nombre real era Asterio o Asterión, como el padre adoptivo de Minos.[14] A petición de Minos, Dédalo construyó un enorme laberinto cubierto, el Laberinto, para que sirviera de morada y prisión del monstruo.[15]

Dédalo había abandonado Atenas porque había dado muerte a su sobrino Talo (o Calo o Pérdix). Le había tomado como aprendiz, pero sus celos aumentaban a medida que el ingenio del joven crecía y amenazaba con ensombrecer a su maestro. Talo había inventado toda clase de objetos maravillosos, incluso el torno de alfarero y un instrumento para trazar círculos; un día, la visión de una mandíbula de serpiente, con su hilera de dientes mellados (o quizá las espinas de un pez), le inspiró para la construcción de la primera sierra. Ésta fue la gota que colmó el vaso de la envidia de Dédalo, que asesinó a su sobrino despeñándolo desde la Acrópolis. Cuando se descubrió el cadáver, Dédalo fue culpado de asesinato en el tribunal del Areópago (cf. p. 478); pero escapó del seguro castigo huyendo a Creta.[16] Los mitógrafos le concedían a Dédalo un linaje regio, como nieto o bisnieto de Erecteo, rey de Atenas, por su padre Eupálamo o Metión.[17]

Minos ataca Atenas y Mégara y obliga a los atenienses a entregar jóvenes como tributo para alimentar al Minotauro

El alimento del Minotauro consistía en jóvenes muchachos y muchachas que eran regularmente enviados desde Atenas, desde que los atenienses se vieron obligados a compensar a Minos por la muerte de su hijo Androgeo. Éste, que era uno de los mejores atletas de su época, había viajado a Atenas para competir en los juegos de las Panateneas y había resultado muerto después de una discusión. La versión más común afirma que sus continuas victorias en todas las competiciones le habían granjeado el odio de todos, y en una en particular se cuenta que sus envidiosos rivales le habían tendido una emboscada mientras viajaba en dirección a Tebas para competir en los juegos funerales en honor de Layo.[18] Según otra, Egeo, rey de Atenas, le había mandado enfrentarse con el feroz toro de Maratón (cf. p. 452) por razones de estado, porque temía que el joven cretense estuviera conspirando con algunos de sus enemigos, los hijos de Palas (cf. p. 466).[19] Cuando Minos se enteró del destino que había corrido su hijo, comenzó inmediatamente los preparativos de una guerra contra Atenas. Le llegó la noticia mientras ofrecía un sacrificio a las Gracias en la isla de Paros; Minos hizo que pararan las flautas y se quitó la guirnalda de la cabeza, pero continuó

con el sacrificio. Desde entonces en Paros se celebraban los sacrificios sin flautas ni guirnaldas.[20]

Antes de lanzar su ataque contra Atenas, Minos había sitiado la vecina ciudad de Mégara. Esa ciudad tenía por entonces estrechas relaciones con Atenas dado que la gobernaba Niso, hijo de Pandión, un hermano del rey de Atenas. Algunas fuentes señalan además que Minos tenía razones para atacarla ya que algunos atletas de Mégara se habían unido a los atenienses para asesinar a su hijo.[21] Niso demostró entonces que era un rival difícil, debido a que tenía un cabello púrpura —o un mechón de cabello púrpura— que le hacía invulnerable o garantizaba la salvaguarda de su ciudad mientras permaneciera en ella. El problema se resolvió cuando la hija de Niso, Escila, se enamoró de Minos al verle desde las murallas y arrancó el mágico cabello de la cabeza de su padre mientras éste dormía.[22] Según Esquilo, Minos la sobornó ofreciéndole collares de oro cretense.[23] Si ella había albergado la esperanza de ganarse el amor de Minos ayudándole a tomar la ciudad, pronto fue víctima del desengaño: él se horrorizó tanto por el acto de traición que había cometido contra su padre que la ató a la popa de su nave y la arrastró por el mar hasta ahogarla. De acuerdo con otros autores, Minos ordenó que la arrojaran del barco en el cabo Escila, en la Argólide.[24]

La leyenda de Escila fue muy popular en época helenística y romana, por lo que se conservan diferentes versiones de la historia de su muerte. La mayor parte de los autores coinciden en que se transformó en un pájaro mítico, el *kiris* (o *ciris* en latín); y parece que la etimología se explica porque cortó (en griego *keiro*, «cortar») el cabello mágico de su padre. En la narración del poeta helenístico Partenio, se convierte en ese pájaro misterioso mientras es arrastrada por el mar en la popa del barco de Minos.[25] Versiones posteriores añaden que fue perseguida en la nueva vida por su padre, transformado en una feroz águila marina.[26] De acuerdo con Ovidio, Minos simplemente la abandona en lugar de tirarla de su nave; ella se arroja al mar y se aferra al barco que parte, pero el terror al ver a su padre revoloteando sobre ella con la forma de un águila hace que se metamorfosee en un *ciris* y caiga al mar.[27] Una narración más larga y elaborada, en la que se combinan varias fuentes, es la que se encuentra en *Ciris*, el poema atribuido a Virgilio. Higino se hace eco de la versión más usual y afirma que Escila se transformó en un pez llamado *ciris* que fue atacado salvajemente por el águila marina.[28] Dado que en la literatura griega aparece mencionado un pez llamado *kiris*, podría parecer que esta variante es la correcta,[29] y que Higino, en contra de lo habitual, no cometió aquí un error. Para otro mito en el

que una doncella encuentra un final trágico tras arrancar un cabello mágico de la cabeza de su padre, cf. p. 326.

Atenas era capaz de oponer una resistencia más firme y la guerra persistió hasta que Minos perdió la paciencia y elevó una plegaria a su padre Zeus para pedirle ayuda, quien respondió con una hambruna y una peste que diezmaron a los atenienses. Tras intentar liberarse de estas infaustas circunstancias mediante sacrificios humanos (cf. *supra* p. 484), los atenienses realizaron una consulta al oráculo de Delfos, que les aconsejó que entregaran a Minos la indemnización que les reclamara. Para llegar a un acuerdo, Minos ordenó que enviaran a Creta siete muchachos y siete muchachas cada año —o cada nueve años en otras versiones— como alimento para el Minotauro mientras éste estuviera vivo.[30]

El tributo llegó a Creta año tras año hasta que Teseo, hijo y heredero de Egeo, fue enviado como uno de los jóvenes y dio muerte al Minotauro en su guarida. Antes de contar la historia y explicar de qué modo el triunfo de Teseo fue la causa indirecta de la muerte de Minos, tenemos que examinar los orígenes y los primeros años de la vida del más importante de los héroes atenienses.

Nacimiento de Teseo y aventuras de camino a Atenas

A pesar de que Egeo, rey de Atenas, había contraído matrimonio en dos ocasiones antes de subir al trono, con Meta, hija de Hoples, su primera esposa, y Calcíope, hija de Rexénor, su segunda esposa, no consiguió tener hijos de ninguno de sus matrimonios y comenzó a sentirse cada vez más vulnerable sin un heredero que le apoyara y le sucediera en el trono. Cuando consultó al oráculo de Delfos sobre este asunto, recibió una enigmática respuesta que le aconsejaba que «no desatara el cuello del odre hasta que llegara a las alturas de Atenas». Entendido dentro de unos parámetros simbólicos bastante evidentes, esto significaba que no debía mantener relaciones sexuales con ninguna mujer hasta que se reencontrara con su esposa de vuelta en Atenas, evidentemente porque de ellas resultaría la concepción de un hijo. Sin embargo, Egeo se sintió confuso y se desvió del camino de vuelta para preguntar a Piteo, hijo de Pélope, el rey de Trecén, que era célebre por su sabiduría. Aunque Piteo dio al momento con el significado del oráculo, no se lo reveló a Egeo para asegurarse de que su hija Etra sería la madre del hijo de Egeo, ya que ser el primer y quizá el único hijo del rey de Atenas aseguraba ciertamente un glorioso futuro. Agasajó a Egeo

con vino y con un banquete en la misma noche de su llegada y luego hizo que Etra se colara en la cama de su huésped. Cuando Egeo se despertó a la mañana siguiente y se dio cuenta de lo que había sucedido, dijo a Etra que sería ella la que criaría a su hijo, si llegaba a concebirlo, pero que debía mantener en secreto el nombre del padre. A continuación escondió una espada y unas sandalias debajo de una enorme roca que estaba en los alrededores y ordenó a Etra que llevara a su hijo allí cuando fuera mayor y le dijera que, si era capaz de mover la roca, podría recuperar los objetos escondidos y llevárselos consigo a Atenas como prueba de su identidad.[31]

Ésta es la versión más común, aunque hay también otra tradición que afirma que Teseo era hijo de Poseidón. De acuerdo con una leyenda local de Trecén, Etra había tenido una noche un sueño que le había inducido Atenea, en el que le ordenaba pasar a la pequeña isla de Esferia, justo a la costa, y hacer allí una libación en honor de Esfero, un antiguo auriga de Pélope que estaba enterrado en esa isla; mientras estaba allí, Poseidón la cogió por sorpresa y mantuvo una relación sexual con ella de la que nació Teseo. Como consecuencia de esto, levantó un altar en la isla dedicado a Atenea *Apatouria* (Atenea engañadora) y cambió el nombre de la isla por el de Hiera (la Sagrada).[32] Para conciliar ambas versiones sobre el nacimiento de Teseo, algunos mitógrafos llegaron a sugerir que Etra se había acostado con Egeo y Poseidón la misma noche.[33]

A su debido tiempo Etra dio a luz a un hijo que fue presentado a la corte de Trecén con el nombre de Teseo. Sólo se recuerda una historia sobre su infancia en Trecén. Heracles llegó un día allí y dejó su piel de león en el suelo mientras cenaba con Piteo. Teseo, que a la sazón tenía siete años, y sus jóvenes amigos, vieron la piel, y todos corrieron aterrorizados a excepción de él que agarró un hacha y la atacó al creer que se trataba de un león vivo.[34] Cuando llegó a la edad convenida, movió la roca con facilidad, recuperó los objetos de su padre y comenzó los preparativos para su viaje a Atenas. Dado que Trecén se encuentra en la costa oriental de la Argólide, frente a Atenas en la otra orilla del golfo Sarónico, tenía la posibilidad de viajar por mar, en línea recta, o por tierra, bordeando la costa en dirección norte, hasta el Istmo de Corinto. Optó por el segundo camino, el más largo, a pesar de las advertencias, dado que le ofrecía más oportunidades de aventura.[35] Sus expectativas se cumplieron con creces, porque fue atacado por toda una serie de pintorescos villanos y en un ciclo de cinco o seis hazañas recibió sus credenciales como héroe.[36]

La referencia literaria más antigua acerca de este ciclo heroico se encuentra en una oda de Baquílides escrita en la primera mitad del siglo V a.C., que enumera todas las hazañas que vamos a narrar excepto la primera de ellas, la muerte del macero Peripetes en Epidauro.[37] Este ciclo aparece frecuentemente representado en la cerámica ática; los testimonios artísticos indican que estuvo en boga (incluso sin incluir al Macero) durante la última década del siglo VI a.C., posiblemente después de la composición de un poema épico en los últimos años de ese siglo. Aunque Diodoro es el primer autor que se refiere de modo explícito al enfrentamiento de Teseo con el Macero, ya Eurípides menciona que Teseo tenía una maza labrada en Epidauro, lo que podría significar que el poeta trágico conocía el episodio.[38] Los datos iconográficos confirman que la historia era conocida con seguridad en el siglo V a.C.

Al llegar a Epidauro, tras avanzar por la costa oriental de la Argólide, Teseo se enfrentó a Peripetes, también conocido como Corinetes (el Macero), que tenía las piernas débiles y llevaba una maza de bronce o de hierro que usaba para matar a golpes a los extranjeros que pasaban por allí. A menudo se le menciona como hijo de Hefesto, evidentemente por su cojera. Cuando Peripetes se abalanzó sobre él, Teseo le arrebató la maza y lo mató con ella. Los mitógrafos antiguos aseguran que Teseo adoptó la maza como arma, aunque realmente esta arma no sea un atributo tan característico de Teseo como lo es de Heracles.[39]

En el Istmo de Corinto luchó contra Sinis, también conocido como Pitiocamptes (el Doblapinos), un salvaje hijo de Poseidón, o de Polipemón, que utilizaba los pinos para matar a los viajeros. De acuerdo con una versión, doblaba dos pinos hasta que tocaban el suelo, luego ataba a su víctima a ellos y los soltaba, con lo que ésta quedaba partida por la mitad cuando los árboles se levantaban.[40] Según otra, obligaba a su víctima a que le ayudara a doblar un pino hasta el suelo y a continuación lo soltaba de repente, de modo que el infortunado viajero salía despedido por los aires y encontraba así la muerte.[41] Teseo le aplicó su propia medicina y lo mató del mismo modo en que él había dado muerte a otros. Su hija Perigyne se escondió en una mata de espárragos salvajes, pero Teseo la encontró y la sedujo, como resultado de esta relación tuvieron un hijo, Melanipo, un héroe menor del Ática que tenía un altar en Atenas.[42]

Teseo continuó avanzando por el istmo en dirección norte y allí mató a la cerda de Cromión, una bestia feroz que había supuesto durante mucho tiempo una amenaza para los viajeros. Su nombre era Fea (la Anciana), ya que había sido criada por una anciana. En la cerámica, Teseo aparece generalmente enfrentándose a la bestia con una espada mientras la anciana, a la que se le da en una única

ocasión el nombre de Cromión, apremia a la bestia a atacarle extendiendo uno u ambos brazos.

En las rocas Escironias, ya en Mégara, la región que limita con el Ática por el oeste, Teseo se enfrentó con Escirón, un bandido que obligaba a los que pasaban por allí a lavarle los pies. Cuando estaban haciéndolo les propinaba una patada, entonces sus víctimas se despeñaban y caían al mar, donde servían de alimento de una tortuga gigante. Teseo fingió que obedecía sus órdenes y, cuando se agachó, lo agarró de un pie y lo arrojó al mar, en donde fue devorado por la tortuga.

Los megarenses se negaban a aceptar que Escirón fuera un villano. Según una tradición local recogida por Pausanias, era bisnieto del antiguo rey Lélex, y había contraído matrimonio con la hija de Pandión (el rey exilado de Atenas que había acabado por gobernar en Mégara, cf. p. 488). Tras la muerte de Pandión, Escirón se vio envuelto en una lucha sucesoria con Níso, un hijo del rey fallecido, y el asunto se puso en manos de Éaco (el rey de Egina célebre por su justicia, cf. p. 683) para que hiciera de árbitro de la disputa. Éaco resolvió que Niso se hiciera con el trono de Mégara y que Escirón se convirtiera en su polemarco (general en jefe).[43] En el servicio de este cargo, Escirón no sólo había acabado con los bandidos sino que había construido la vía principal a través del istmo, el camino Escironio, que atravesaba el abrupto paisaje hasta llegar al sudoeste de la ciudad de Mégara. Heródoto señala que, cuando los griegos comenzaron a fortificar el istmo en las Guerras Médicas, lo primero que hicieron fue cerrar este paso.[44] Los megarenses afirmaban que la esposa de Éaco, Endeide, era hija de Escirón (en lugar de ser la hija de Quirón, según la versión tradicional) y sostenían que el piadoso Éaco no hubiera tomado una decisión de esa clase si Escirón hubiera sido un villano, como pretendía el resto de los griegos. Aunque estaban de acuerdo en aceptar que había muerto a manos de Teseo, reivindicaban que había sido en circunstancias honorables, cuando Teseo, como rey de Atenas, tomó Eleusis arrebatándosela a los megarenses que por entonces la controlaban.[45]

En el camino a través del Ática, Teseo luchó contra Cerción, rey de Eleusis, hijo de Poseidón (o de Hefesto o de Branco), que solía obligar a los viajeros a pelear con él y los mataba en la lucha. El joven héroe le dio muerte levantándolo por los aires y estrellándolo contra el suelo. En época histórica era aún visible la arena del combate de Cerción, junto al camino que iba de Mégara a Eleusis. Como se puede deducir de esta historia, Teseo tenía fama de haber

sido un luchador excelente, o incluso de ser el primero que había sentado las bases de la lucha como práctica en lugar de como mero ejercicio de fuerza bruta.[46]

Este Cerción de Eleusis ha sido a veces identificado con Cerción, el hijo de Agamedes, un arcadio de Estínfalo; para las circunstancias de esta identificación, cf. p. 717.

Cerción tenía una hija llamada Álope, que quedó embarazada de Poseidón y dio a luz a Hipotón, héroe epónimo de una de las tribus instituidas por Clístenes en Atenas.[47] Entregó al recién nacido a la comadrona para que lo dejara abandonado, pero fue amamantado por una yegua hasta que un pastor lo rescató. Cuando otro pastor manifestó su deseo de criarlo, el hombre que lo había encontrado se lo dio, pero se guardó la preciosa tela en la que el niño estaba envuelto. Como consecuencia de esto, surgió una discusión, ya que el segundo pastor quería esa tela como prueba de que el niño era libre por nacimiento, por lo que ambos acudieron ante el rey para que hiciera de árbitro de la disputa. Al ver las prendas reales, Cerción obligó a la comadrona de Álope a revelarle la verdad y ordenó asesinar a su hija y que abandonaran de nuevo al niño. Sin embargo el niño, al igual que en la primera ocasión, fue amamantado por una yegua y descubierto de nuevo por los pastores, que sospecharon que debía estar bajo protección divina; Poseidón, por otro lado, transformó a Álope en la fuente que lleva ese nombre cerca de Eleusis. Después de que Cerción muriera tras la lucha con Teseo, Hipotón, que por entonces ya había crecido, pidió heredar el reino de su abuelo y Teseo le concedió gustoso su deseo cuando supo que era hijo de Poseidón.[48]

En Erineo, muy cerca ya de Atenas, Teseo se encontró con el villano al que se recuerda en el dicho «lecho de Procrusto». Los griegos lo conocieron bajo diferentes nombres: Procrusto (el Martilleador), Damastes o Polipemón. Tenía una casa junto al camino y en ella había dos lechos especiales: uno corto y otro largo. Invitaba a los viandantes a gozar de su hospitalidad y luego les conducía a la muerte. Si eran bajos de estatura, les demostraba su hospitalidad tumbándoles en el lecho largo y les estiraba las piernas a golpes de martillo hasta que llegaban hasta el borde; si eran altos, hacía que se tumbaran en el lecho corto y les cortaba las partes del cuerpo que lo rebasaran. Según otra versión de la historia, tenía un único lecho y hacía que los visitantes encajaran en él bien serrándoles, bien estirándoles a martillazos según demandara la ocasión.[49] Teseo hizo lo mismo con él y llegó finalmente a Atenas sin más complicaciones.

Teseo es reconocido como heredero al trono de Atenas y parte a Creta con el tributo

A su llegada a Atenas, Teseo hubo de enfrentarse con peligros de una naturaleza más insidiosa, ya que Medea se había casado con Egeo después de dejar a Jasón y había concebido de él un hijo, Medo (cf. p. 520), y estaba resuelta a urdir la muerte de Teseo para proteger su posición y la de su hijo. Medea, consciente de quién era el joven antes de que éste revelara su identidad a su padre, convenció a Egeo de que el extranjero que acababa de llegar conspiraba contra él para arrebatarle el trono. Entonces el rey dio una misión a Teseo: enfrentarse al salvaje toro de Maratón, al que generalmente se identifica con el toro de Creta al que Poseidón había vuelto salvaje (cf. p. 444) y al que Heracles había traído de vuelta a Maratón (cf. p. 345). Teseo viajó hasta su guarida, al noreste del Ática, logró dominarlo sin sufrir daño alguno y viajó de vuelta a Atenas, en donde él, o el rey, lo ofreció en sacrificio a Apolo. Se contaba que Teseo, mientras llevaba a cabo esta hazaña, había permanecido junto a una anciana llamada Hécale. Después de este primer fracaso, Medea tramó un nuevo plan: preparó una pócima envenenada y ordenó a Egeo que se la sirviera a Teseo durante un banquete. Egeo, en el último momento, se dio cuenta de que el joven llevaba la espada que él había escondido en Trecén bajo una roca y dio un manotazo a la copa, que cayó de las manos de Teseo antes de que el veneno tocara sus labios. Los planes de Medea se hicieron evidentes y Egeo (o Teseo) la expulsó del reino junto a su hijo (cf. p. 521). Por su parte, Teseo recibió reconocimiento público de su padre y fue proclamado, a partir de entonces, heredero legítimo del trono. Hay una versión de esta leyenda en la que el único plan de Medea consiste en el intento de envenenamiento y Teseo parte por propia voluntad contra el toro de Maratón para granjearse el favor de los atenienses.[50]

Mientras Teseo cruzaba el Ática para enfrentarse al toro, se produjo de repente una tormenta y una anciana llamada Hécale, que vivía en el demo (o aldea) de ese mismo nombre entre Atenas y Maratón, le dio cobijo y hospitalidad. Cuando partió a la mañana siguiente, hizo un voto de ofrecer un sacrificio a Zeus si Teseo volvía sano y salvo tras enfrentarse con el toro. Pero Teseo, a su vuelta, se la encontró muerta y agradeció su gentileza dando la orden de que recibiera honores durante las fiestas de Zeus Hecaleio, que se celebraban anualmente en el demo. También recibe el nombre de Hecalina, quizá porque era ése el apelativo cariñoso con el que la llamaba Teseo cuando fue acogido por ella. Este mito etiológico sirvió de fuente para un poema extenso de Calímaco, el epilion *Hecale*, conservado sólo en fragmentos.[51]

Cuando estaba ya listo el tercer grupo de muchachos y muchachas para ser enviado a Creta como alimento del Minotauro, Teseo se presentó voluntario con la esperanza de que sería capaz de matar al monstruo y de liberar así a Atenas del tributo; o quizá fue simplemente elegido por sorteo junto al resto de los jóvenes.[52] Según otra versión, era el propio Minos el que solía viajar hasta Atenas para elegir a las víctimas y en esa ocasión escogió a Teseo en primer lugar.[53] De acuerdo con la narración más corriente, en la que era un barco ateniense el que llevaba el tributo, se cuenta que la nave llevaba izadas velas negras como señal de su infausta misión, y que Egeo había dado la orden a Teseo de izar velas blancas como prueba de que estaba sano y salvo, en caso de que lograra regresar indemne.[54]

Se cuenta también una historia curiosa y bastante antigua en relación con el viaje de Teseo a Creta. En ella se da por sentado que Minos navegó hasta Atenas para recoger el tributo y que Teseo era hijo de Poseidón, al igual que aparece en la tradición de Trecén (cf. p. 448). Cuando Minos, que era conocido por sus impulsos amorosos, se fijó en una de las muchachas y comenzó a acariciar sus mejillas, Teseo le ordenó que la dejara; y para justificar su intervención contra un hijo de Zeus, proclamó que su origen era también divino, ya que era hijo de Poseidón, el gran dios de los mares. Minos, entonces, pidió a Zeus que hiciera caer un rayo como prueba de su nacimiento y luego se quitó un anillo de oro de un dedo y lo arrojó al mar, retando a Teseo a que lo recuperara si realmente era hijo de Poseidón. Teseo saltó de la popa de la nave y se encomendó a su padre. Unos delfines se acercaron nadando hasta él y le condujeron hasta el palacio de Poseidón en las profundidades del mar, donde Anfitrite, la esposa del dios de los mares, le hizo obsequio de un manto púrpura y de una corona de oro que había recibido de Afrodita el día de su boda (y posiblemente le garantizó asimismo que se haría dueño del anillo de Minos, aunque el detalle no aparece en esta fuente).[55] En otra versión, Tetis le hace entrega de una corona mientras que son las Nereidas las que le traen el anillo.[56] En las pinturas de algunos vasos áticos se puede ver a Poseidón recibiéndole en persona. Cuando Teseo salió del mar con los dones divinos y el anillo, Minos quedó abochornado y los jóvenes atenienses dieron muestras de júbilo.

Teseo mata al Minotauro con la ayuda de Ariadna, pero la abandona durante el viaje de regreso

Después de su llegada a Creta, Teseo recibió la impagable ayuda de una de las hijas del rey, Ariadna, que se enamoró de él y preguntó al constructor del labe-

rinto para ayudar a su amado. Dédalo le dijo que Teseo sería capaz de encontrar el camino de vuelta si ataba el cabo de una madeja de hilo en la puerta en cuanto entrara, la fuera soltando según avanzaba por los pasillos y la rebobinara de camino de vuelta después de enfrentarse con el Minotauro. Ella comunicó a Teseo este consejo y le entregó una madeja de hilo. Éste prometió, a cambio, que la llevaría de vuelta a Atenas como esposa.[57] En una versión menos conocida, ella tenía un objeto que podía asegurar la salvación de Teseo, ya que Dioniso la había seducido antes entregándola una maravillosa corona con piedras preciosas hecha por Hefesto que brillaba en la oscuridad. Ella le entregó la corona de su futuro esposo, y Teseo la utilizó de lámpara para alumbrar el oscuro laberinto.[58]

Cuando se encontró con el Minotauro en el corazón del laberinto, Teseo se enfrentó a él y lo mató, en la mayoría de las versiones con su espada. Los pintores de los vasos cerámicos dan rienda suelta a su imaginación, sin embargo, y lo muestran con una lanza, una maza, una piedra, o incluso con sus puños. Después de escapar del laberinto con el ardid del hilo (o la corona), marchó a toda prisa al puerto en compañía de Ariadna y los jóvenes que iban a servir de tributo al Minotauro. Antes de partir, hicieron agujeros en los barcos cretenses para evitar que pudieran salir en su persecución.[59]

De camino al norte, Teseo paró en la isla de Naxos (o Día), en donde abandonó a Ariadna. Una tradición temprana sugiere que lo hizo adrede ya que estaba enamorado de otra mujer, llamada Egla, hija del héroe focio Panopeo.[60] En la tradición posterior se está generalmente de acuerdo en que se vio obligado a abandonar a Ariadna porque Dioniso la quería como esposa. Atenea se le apareció mientras dormía en la playa y le ordenó hacerse a la mar sin Ariadna, o fue Hermes el que se lo ordenó;[61] o bien Dioniso se la llevó mientras él dormía.[62] Se encontró, en todo caso, con un destino feliz, dado que Dioniso no sólo la convirtió en su esposa, sino que incluso fue un esposo devoto y, más o menos, fiel (cf. p. 242). La *Odisea* da una versión extraña de la historia de Ariadna en la que Ártemis la mata en Día a instancia de Dioniso.[63] La historia que subyace a este breve y sorprendente apunte de Homero parece que quedó en el olvido en un momento temprano.

Después de hacer una parada en Delos, en donde los jóvenes que formaban parte del tributo realizaron por primera vez la danza de la grulla, un baile que imitaba los recovecos serpenteantes del laberinto,[64] Teseo y sus compañeros finalmente llegaron a la vista del Ática. En la celebración del momento, o porque estaba aún triste por la pérdida de Ariadna, Teseo se olvidó de izar las

velas blancas en el barco para mostrar a su padre que estaba a salvo. Cuando Egeo vio las velas negras desde la Acrópolis, o cabo Sunion, en el extremo meridional del Ática, se tiró al mar y se mató. Algunos afirman que el mar Egeo recibió ese nombre porque fue donde él se arrojó. Después de tomar tierra en Falero, el puerto antiguo de Atenas, Teseo se dio cuenta de la trágica circunstancia y su ascenso a la ciudad, como nuevo rey de Atenas, no fue una celebración triunfal, sino un funeral.[65] Después de abordar los sucesos en Creta, consideraremos los avatares de su reinado.

El vuelo de Dédalo e Ícaro y la muerte de Minos

Al darse cuenta de que Dédalo había suministrado a Teseo una ayuda muy valiosa, Minos dio la orden de que fuera arrestado y apresado en el laberinto junto con su hijo Ícaro, nacido de su relación con una esclava del palacio. Según una versión diferente, Minos tomó esta medida (posterior al parecer) después de saber que Dédalo había sido el que había construido la vaca de madera utilizada por Pasífae para concebir al Minotauro. Dédalo era demasiado inteligente como para asumir el encarcelamiento sin pensar el modo de escapar y construyó, con cera y plumas, un par de alas para él y otras para su hijo. Antes de salir volando, precavió a su hijo de no remontar mucho el vuelo, ya que el sol terminaría por derretir la cera, ni tampoco volar muy bajo, ya que las arruinaría la humedad del mar. Pero Ícaro estaba tan fascinado con la posibilidad de volar que comenzó a ascender y ascender hasta que sus alas se derritieron, cayó al mar (en la parte sudeste del mar Egeo conocida como mar Icario posteriormente) y encontró allí la muerte. Heracles, que estaba a servicio de Ónfale en Asia Menor en esa época, encontró su cuerpo en una isla y lo enterró allí, dando el nombre de Icaria a la isla en su memoria. Dédalo voló con más prudencia y llegó sano y salvo a Sicilia, donde fue acogido por Cócalo, el rey de Cámico, en el oeste de la isla.[66]

Después de enterarse de la fuga de Dédalo, Minos marchó en su búsqueda y viajó a lo largo y ancho para encontrarlo. Dondequiera que fuera, presentaba una concha marina en forma de espiral y prometía una atractiva recompensa para aquel que fuera capaz de hacer pasar un hilo por ella, ya que estaba convencido de que sólo Dédalo podría cumplir tan delicada tarea. Cuando llegó a Cámico y lanzó su reto, Cócalo tomó la concha y se la dio en secreto a Dédalo, que estaba oculto. Dédalo fue capaz de conseguirlo, tal y como Minos había supuesto, rea-

lizando un pequeño taladro en la parte superior de la concha, atando el hilo a una hormiga y haciendo que la hormiga diera vueltas por el interior de la concha hasta salir por su abertura natural. Después de que se le hiciera entrega de la concha con el hilo, Minos se dio cuenta de que Dédalo estaba cerca y exigió que se lo entregaran. Cócalo le aseguró que así harían y le invitó a gozar de su hospitalidad hasta entonces. Mientras Minos estaba tomando un baño, las hijas del rey le dieron muerte echándole por encima agua hirviendo (o brea fundida). Se cuenta también que Dédalo preparó una tubería especial en el techo del baño para ello.[67]

Los hermanos y descendientes de Minos

Sarpedón y Mileto en Asia Menor

Antes de centrarnos en los hijos y descendientes de Minos, debemos abordar los mitos en torno a sus dos hermanos, Sarpedón y Radamante. Como se ha apuntado, Sarpedón se enfrentó con su hermano por la sucesión (o por un asunto amoroso) después de la muerte de Asterión, su padre adoptivo, y fue obligado a marchar al exilio a Asia. Una vez allí, se proclamó rey de Licia, la provincia más occidental de la costa meridional de Asia Menor.

Licia era una región muy importante para los mitos griegos, en parte porque los licios que comandaron Sarpedón y Glauco son, en la *Ilíada*, el contingente extranjero más importante en apoyo de los troyanos; en parte también porque un rey de esa tierra, Yobates, tiene un papel central en las leyendas en torno a Preto, rey de Argos (cf. p. 315) y el héroe corintio Belerofonte (cf. p. 561). En la *Ilíada*, contrariamente a la tradición posterior, el Sarpedón que luchó en Troya no es ni hermano de Minos ni desciende de familia cretense, sino un hijo de Zeus y Laodamía, hija de Belerofonte.[68] En correspondencia, cuando Homero hace referencia a la relación amorosa entre Zeus y Europa, cita sólo a Minos y a Radamantis como los retoños de ésta.[69] En el canto VI de la *Ilíada*, Diomedes se encuentra con Glauco, primo de Sarpedón, en la batalla y queda tan impresionado por su valor que le pregunta por sus ancestros, incitándole a hacer un listado detallado de sus orígenes familiares, a partir del cual podemos reconstruir el árbol genealógico de los descendientes de Belerofonte tal y como se muestra en la Tabla 4.

Glauco afirma[70] que su tío Isandro había recibido la muerte a manos de Ares mientras luchaba contra los sólimos (un pueblo muy fiero al que Belerofonte había producido menoscabo, cf. p. 562) y que su tía Laodamía había muerto por la cólera de Ártemis por razones que no quedan explicadas. Después de escuchar a Glauco, Diomedes le dice que sus dos familias están unidas por lazos de hospitalidad, ya que su padre Eneo había alojado a Belerofonte en su palacio de Etolia y le propone, por ello, que ellos dos no sólo tienen que dejar de pelear mutuamente, sino además intercambiarse las armaduras en signo de hospitalidad.[71] Dado que Diomedes llevaba una armadura normal de bronce y Glauco una espléndida armadura de oro que había costado cien bueyes, Homero menciona que Zeus le había arrebatado a Glauco el juicio. A partir de este pasaje, la expresión «bronce por oro» se convirtió en proverbial para referirse a un intercambio desigual.[72]

Lo que Homero cuenta sobre los orígenes de Sarpedón queda desplazado en la tradición posterior por la versión que le hace hijo de Zeus y Europa, y de origen cretense. La primera aparición de esta genealogía se da en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo y en la *Historia* de Heródoto.[73] Es evidente que este cambio debió de ser visto como deseable, aunque se ha sugerido que la genealogía nueva pudo haber sido introducida para dotar a Sarpedón de un linaje mejor, dado que Sísifo era mal visto y sus descendientes terminaron todos mal. Los mitos fundacionales de Asia Menor están vinculados, en muchos casos, con los cretenses, debido a que se consideraba que el cretense era un pueblo muy antiguo y el emplazamiento de su isla estaba bien situado en relación con Asia Menor. Las dificultades cronológicas, no obstante, aparecen si consideramos al Sarpedón homérico como hijo de Minos, dado que esto significaría que nació dos generaciones antes de la guerra de Troya (cf. p. 443). El *Catálogo* atribuido a Hesíodo resuelve el problema y sugiere que Zeus le garantizo el privilegio de vivir más que un mortal normal (quizá tres generaciones, como dice Apolodoro, aunque en el fragmento de la obra atribuida a Hesíodo hay una laguna considerable en ese punto de la narración).[74] Autores posteriores prefieren reconciliar esta genealogía con la de Homero y postulan que hubo dos Sarpedones, uno hijo de Europa que había nacido en Creta y su nieto, también llamado así, que comandó a los licios en Troya. Si esto es así, el Sarpedón cretense tuvo un hijo en Licia llamando Evandro, que contrajo matrimonio con Didamía, hija de Belerofonte, y engendraron juntos al Sarpedón del que habla Homero.[75]

Aunque los fragmentos que conservamos del *Catálogo* atribuido a Hesíodo no llegan a explicar por qué Sarpedón abandono su Creta natal, Heródoto

sí explica su marcha a causa de una lucha de poder en la que Minos salió vencedor. De acuerdo con Heródoto, a los seguidores de Sarpedón, que fueron quienes le ayudaron a establecerse en Asia Menor, se les conocía como los térmilos (aparentemente un nombre que los licios se aplicaban a sí mismos), pero la gente del reino acabó llamándose licios cuando Licos, hijo de Pandión II, rey de Atenas, se estableció allí después de que su hermano Egeo le expulsara del Ática (cf. p. 489).[76] En una versión posterior de la expulsión de Sarpedón, como se ha dicho antes, se cuenta que éste se había peleado con Minos por el amor de un muchacho llamado Mileto. Según Apolodoro, este muchacho era hijo de Apolo y de una joven llamada Aría, hija de Cléoco, y Minos los había expulsado a ambos porque Mileto había preferido a Sarpedón. Después Mileto fundó la ciudad homónima en Caria a su llegada a Asia, mientras que Sarpedón ganó un reino al sur, en Licia, al unirse con Cilix, el epónimo de Cilicia (cf. p. 388), en una guerra contra los licios.[77] El origen de esta historia debe ser tardío, dado que Mileto no fue fundada por el Mileto cretense en la narración más antigua que conservamos sobre la fundación de la ciudad, la que da Éforo (un historiador del siglo IV a. C.), sino que es el propio Sarpedón quien le dio ese nombre en recuerdo de la Mileto que hay en Creta.[78]

En un cuento atribuido a Aristicrito, un autor milesio que probablemente vivió en el siglo III a.C., se cita a un Mileto como fundador epónimo de la ciudad. Aría, hija de Cléoco, tuvo a Mileto en Creta después de una relación con Apolo, como en la versión de Apolodoro, y lo escondió en un tejo (*milax*) después de darlo a luz. El niño fue encontrado por su abuelo Cléoco, que lo llamó Mileto por el lugar en el que estaba escondido. La versión conservada es confusa acerca de las circunstancias de su exilio y simplemente señala que se vio obligado a marchar al extranjero porque Minos se enemistó con él. La historia ha podido seguir el mismo curso que el de la narración de Apolodoro (o quizá Minos sospechó que Sarpedón estaba tramando algo contra él, como cuenta Ovidio, quien dice que Mileto era hijo de Apolo y una mujer llamada Deyone). En primer lugar viajó a la isla de Samos, donde fundó la Mileto samia, a continuación al continente asiático, donde fundó la Mileto de Caria, mucho más célebre.[79] En una versión posterior atribuida a Nicandro, Mileto es un miembro de la familia real cretense. Nace de Apolo y de Acacalis, hija de Minos, que le abandonó en un bosque por miedo a la cólera de su padre. Fue amamantado por las lobas, por deseo de Apolo, hasta que lo rescató y crio un pastor (cf. p. 765). Cuando creció se convirtió en un bello joven. Minos se ena-

moró de él y resolvió violarlo, pero Sarpedón le avisó y huyó a Caria esa noche, donde fundó la ciudad de Mileto.[80]

Mileto contrajo nupcias con una mujer del lugar que le dio dos hijos, un varón, Cauno, epónimo de la ciudad de ese nombre al sur de Caria, y una hija, Biblis, que estaba vinculada con un arroyo de Mileto llamado Lágrimas de Biblis. La pareja se hizo célebre en la tradición posterior por la historia acerca del amor incestuoso de Biblis por su hermano. De acuerdo con una de las versiones, finalmente ella le confiesa su amor e intenta seducirlo, lo que le provoca a él tal conmoción que se marcha de Mileto para siempre y funda la ciudad de Cauno. Al darse cuenta de que no es capaz de superar su pasión por su hermano ausente, Biblis se ahorca y una fuente surge de sus lágrimas.[81] En otra narración, ella intenta mitigar su pasión, pero se ve incapaz e intenta suicidarse arrojándose desde una montaña vecina. Las ninfas locales se apiadan de ella y la transforman en una ninfa hamadríada (cf. p. 281) y acaba viviendo entre ellas como amiga y compañera. Se menciona aquí también el nombre de la fuente, pero no se afirma que naciera de sus lágrimas.[82] Ovidio, en su relato excepcional, sugiere que se convirtió en fuente. Se volvió loca de tristeza cuando su hermano rechazó sus proposiciones. Comenzó a vagar por los alrededores enloquecida hasta que cayó rendida de cansancio y se deshizo en un incesante llanto que la convirtió en manantial.[83]

Radamantis, hermano de Minos

Radamantis, el otro hermano de Minos (o su único hermano según otra tradición) se quedó con él en Creta, no como Sarpedón, al menos por unos cuantos años. No era menos célebre que su hermano Minos por su justicia y sabiduría como legislador y se decía de él que había fijado el principio según el cual si un individuo inflige un mal debe repararlo en la misma proporción (*ius talionis*).[84] Como ya hemos visto (cf. p. 330), el joven Heracles se salvó a sí mismo de una acusación de asesinato al apelar a otra ley que justificaba la venganza contra una violencia iniciada por otro. Dado que se le acreditaban actividades semejantes a su hermano en cuanto a legislador y juez, los mitógrafos intentaron distinguir sus esferas de acción de diversas maneras. De acuerdo a determinadas versiones, Minos gobernó como rey y fijó las leyes y la constitución de Creta, mientras que Radamantis sirvió a su hermano como juez y guardián de los principios que Minos fijaba.[85] En otra, Minos gobernaba y legislaba en Creta mientras que Radamantis llevaba a cabo una función semejante en las pequeñas islas del norte y en algunos distritos costeros de Asia Menor. Se decía, en este caso,

que los isleños habían quedado tan impresionados con su reputación como hombre justo que se habían puesto a su mando libremente.[86] En otra narración, Minos estaba tan celoso de su fama que había intentado apartarle de la primera fila mandándole a las zonas más remotas de su imperio.[87]

Radamantis, por otra parte, tenía vínculos con Beocia, dado que se decía que había abandonado Creta en algún momento para contraer matrimonio con Alcmena, la madre de Heracles, después de la muerte de Anfitrión, su primer esposo. Se suponía que la pareja había vivido en Ocalea, en la parte occidental de Beocia. Algunos señalaban que Radamantis había sido quien había instruido al joven Heracles en el manejo del arco e incluso que lo había criado, aunque en la mayoría de los relatos se considera que Anfitrión vivió hasta que Heracles era ya un joven crecido. Apolodoro señala que salió exiliado de Creta, por lo que debía haber alguna historia que explicara las razones de su marcha, pero la literatura que conservamos no sirve de mucha ayuda en este punto (aunque una fuente sugiere que se marchó después de dar muerte a un hermano suyo, lo que parece un lugar común).[88]

Una versión alternativa señala que Radamantis se casó con Alcmena póstumamente, en las Islas de los Bienaventurados (cf. p. 169). Cuando ella murió en Tebas, ya muy anciana, Zeus ordenó a Hermes que robara su cuerpo y lo llevara allende los mares hasta la isla para convertirse en la novia de Radamantis (que evidentemente ya se encontraba allí). Hermes puso una piedra en su ataúd, pero ésta resultó ser tan pesada que los hijos no podían cargar con él y decidieron abrirlo. Al descubrir esa misteriosa piedra, la dejaron en una gruta sagrada cerca de Tebas, al lado del altar heroico de Alcmena. Aunque esto se cuenta como parte de una narración atribuida a Ferécides, se puede sospechar que aquí subyace un mito etiológico de origen helenístico.[89] La tradición del matrimonio póstumo debe ser, sin embargo, bastante antigua. Cabría citar la historia de la petrificación del cadáver de Alcmena para explicar por qué no tenía tumba en Tebas.[90]

En la *Odisea* se alude a que los feacios transportaron a Radamantis por el mar hasta Eubea, en donde se encontró con Ticio por razones que no se explican.[91]

Radamantis recibió en la otra vida los honores que merecían sus elevadas virtudes. Homero menciona en la *Odisea* que vivía en la llanura Elisia, aunque no explique la razón. Píndaro lo emplaza en las Islas de los Bienaventurados (lo que viene a ser casi lo mismo), en donde asiste con sus consejos a Crono, por lo que continúa ejercitando su sabiduría y justicia en tan excelso lugar.[92]

En la tradición más usual, que data de los tiempos de Platón en adelante, se decía que era uno de los jueces de los Infiernos, junto a su hermano Minos (cf. p. 177).[93]

Los hijos de Minos y Pasífae y la leyenda de Glauco

Minos y Pasífae tuvieron, según la versión más usual, cuatro hijas: Ariadna, Fedra, Acacalis y Jenodice; así como cuatro hijos varones: Catreo, Deucalión, Androgeo y Glauco.[94] Como hemos visto (p. 454), Ariadna se fugó con Teseo, pero éste la abandonó en Naxos para que se convirtiera en consorte de Dioniso, quien en algunas versiones le otorga la inmortalidad. A pesar de las humillaciones que Teseo había impuesto a Creta y a su familia real, Deucalión, hijo de Minos, le ofreció a Fedra como esposa, evidentemente un movimiento diplomático. El matrimonio terminó de forma trágica cuando ella se enamoró de su hijastro Hipólito (cf. p. 468). Acacalis (o Acale) es una figura curiosa que surgió como diosa menor. Se la recordaba en la leyenda cretense como una heroína que había dado a luz a varios epónimos y fundadores de ciudades fruto de sus relaciones con Apolo y Hermes.

Acacalis dio a luz a Naxos, hijo de Apolo, y con Hermes engendró a Cidón, epónimo de la ciudad cretense de ese nombre.[95] Como se ha señalado antes, fue también la madre de Mileto en una versión de la historia, aunque seguramente no sea la más antigua. De acuerdo con Apolonio, Minos se encolerizó tanto con ella una vez que se quedó encinta de Apolo que la expulsó. Entonces se marchó a Libia, donde dio a luz a Garamas, epónimo del pueblo libio llamado garamantes. Uno de los hijos de éste mató a uno de los argonautas durante su paso por África (cf. p. 395).[96] No se sabe nada de la vida de Jenodice, otra de las heroínas hijas de Minos.[97]

Dos hijos de Minos nunca alcanzaron el poder en Creta: Androgeo, que murió joven mientras estaba en el Ática como atleta (cf. p. 446) y Glauco, que fue el último en nacer. Como primogénito que era, el sucesor de Minos fue Catreo, al que, a su vez, sucedió su hermano Deucalión después de que aquél y su hijo murieran en trágicas circunstancias. Deucalión fue el padre de Idomeneo, quien reinó en Creta durante los años de la guerra de Troya y condujo el contingente cretense. Antes de trazar la historia de esta línea familiar, abordaremos por separado un mito que se transmite sobre el joven Glauco.

En su más temprana infancia, Glauco cayó en un tonel de miel mientras intentaba dar caza a un ratón (o mientras jugaba con una pelota) y se hundió.

Perplejo por su desaparición, Minos lo buscó por todas partes y acabó llamando a los mejores adivinos de la época para que le dijeran qué era lo mejor que podía hacer. Bien los Curetes, o bien Apolo, le dijeron que encontraría a Glauco aquel hombre que hallara la mejor forma para describir una maravillosa vaca que pertenecía al rey. La vaca cambiaba de color cada cuatro horas (o dos veces por día), del blanco al rojo y luego al negro. Minos planteó esto a los adivinos y Poliido, un adivino corintio que descendía de Melampo (cf. p. 558), respondió apropiadamente que la vaca parecía una mora negra, que cambia así de color según es cogida del arbusto. Poliido utilizó al momento todas sus habilidades para descubrir el lugar en que se encontraba el niño. Cuando vio cómo una lechuza hacía volar a los pájaros sobre el tejado de la bodega en la que había sucedido el accidente de Glauco, entendió que eso era una señal y buscó por allí hasta que encontró al niño. Minos, sin embargo, no quedó satisfecho con el hallazgo del cadáver y ordenó que Poliido fuera encerrado junto al muchacho muerto hasta que descubriera el modo de devolverle la vida. Cuando una serpiente se acercó al cadáver del niño, Poliido le tiró una piedra y la mató, pensando que la situación empeoraría si el cuerpo resultaba además dañado. Esta acción acabó siendo su salvación, dado que otra serpiente se dirigió hacia su compañera muerta y le devolvió la vida aplicándole una hierba especial. Cuando Poliido imitó a la serpiente y aplicó la hierba al cuerpo de Glauco, el joven retornó a la vida. Antes de permitir que el adivino regresara a su casa con su recompensa, Minos le exigió que enseñara a Glauco a convertirse en adivino. Poliido le enseñó obligado, pero en el momento en que partía, le dijo a Glauco que le escupiera dentro de la boca. Una vez que lo hizo, el muchacho olvidó todo lo que había aprendido.[98]

Catreo y sus hijos: Idomeneo y Meriones

Catreo, el hijo mayor y sucesor de Minos, tuvo cuatro hijos: un varón, Altámenes, y tres hijas, Apemósine, Érope y Clímene.[99] Una vez que consultó un oráculo para que le indicara cómo terminaría su vida, se le dijo que moriría a manos de uno de sus hijos. Aunque intentó mantener la profecía en secreto, su hijo Altámenes se enteró de ella y se marchó a Rodas para evitar ser su cumplidor. Según otra versión, Altámenes llevó a cabo esta acción porque él mismo había recibido en un oráculo que su destino era matar a su padre.[100] Una de sus hermanas, Apemósine, le acompañó en su exilio. Después de llegar a Rodas,

ascendió al monte Atabirion, el pico más alto de la isla, y miró en derredor fijándose en las islas de los alrededores. Cuando sus ojos se detuvieron en Creta, empezó a pensar en sus dioses ancestrales y decidió levantar un templo dedicado a Zeus en esa montaña de Rodas.[101] Tal era la leyenda que explicaba el culto de Zeus *Atabiros*, que era muy antiguo, quizá de origen fenicio.

Su huida no fue suficiente para evitar derramar la sangre de su padre y antes de ello, además, provocaría la muerte de su hermana Apemósine. Hermes se enamoró de Apemósine, pero era incapaz de consumar su relación con ella debido a que, por mucho que lo intentara, siempre se le escapaba porque era capaz de correr más rápido que él. En tal situación, él recurrió a una artimaña: esparció unas pieles frescas por su camino para que resbalara y cayera al suelo cuando volviera corriendo de un manantial. Después de esto, la violó (una acción que no es típica de Hermes que generalmente es un dios amable). Cuando ella comunicó a su hermano lo que había pasado, él se negó a creerla, pensando que intentaba ocultarle una relación con un hombre mortal, y le dio una patada tan fuerte que la mató.[102] Tiempo después, Catreo, considerando que era demasiado viejo ya para seguir reinando en Creta, navegó a Rodas para recuperar a su hijo después de tantos años. Cuando el rey y sus compañeros desembarcaron en una parte remota de la isla, los habitantes de esa zona les tomaron por piratas y les arrojaron piedras. Aunque Catreo intentó explicar cuáles eran sus intenciones, sus palabras quedaron enmudecidas por los ladridos de los perros. Cuando Altámenes se presentó en el lugar para ver qué pasaba, mató a su padre arrojándole la lanza sin saber quién era. Cuando se dio cuenta de su acción y del cumplimiento del oráculo, pidió a los dioses que no lo dejaran seguir en la tierra. En ese momento, se abrió una grieta que se lo tragó, o en una versión más sencilla, murió de pena.[103]

Encontramos la primera aparición de Altámenes en fuentes helenísticas. Parece que fue un héroe de origen rodio que estaba vinculado con la familia real cretense. De acuerdo con una versión diferente, era un heraclida descendiente en tercera generación de Témenos (el primer rey heraclida de Argos, cf. p. 383). En ese caso, abandonó el Peloponeso con un ejército de dorios y pelasgos después de pelearse con su hermano mayor y un oráculo le indicó dirigirse a Zeus y a Helios (el Sol) para preguntarles qué tierra debía colonizar. Recaló en primer lugar en Creta, cuna de Zeus, y dejó allí a algunos de sus seguidores, partiendo él a Rodas, la isla de Helios (cf. p. 81), donde derrotó a los carios que la habitaban y fundó las tres ciudades rodias de Lindos, Yálisos y Camiros.[104] Se decía que esta colonización había sucedido a la vez que el asentamiento de los jonios en Asia Menor (cf. p. 532), bastante después de la guerra de

Troya, pero de acuerdo con la tradición más corriente, la fundación de estas tres ciudades tuvo lugar antes que la guerra contra el heraclida Tlepólemo (cf. pp. 385-386).

Después de enterarse por el oráculo antes mencionado de que moriría a manos de uno de sus hijos, Catreo comenzó a sentir tanto miedo que sus hijas Clímene y Érope representaban un peligro para él y se las entregó al marino Nauplio para venderlas en tierras extranjeras. Nauplio las trató cortésmente, al igual que en la historia que se cuenta sobre Auge (cf. pp. 699-700) y ofreció a Érope a Plístenes, rey de Micenas, como esposa, mientras que él contrajo matrimonio con Clímene.[105] De acuerdo con una tragedia perdida de Eurípides, Catreo pidió a Nauplio que arrojara a Érope al mar después de descubrir que había sido seducida por un esclavo, pero Nauplio, en cambio, se la entregó a Plístenes.[106] Aunque no hay acuerdo en si la boda fue con Atreo o con Plístenes (una figura oscura que a veces se interpone en la lista de reyes de Micenas entre Atreo y Agamenón, cf. p. 654), en cualquier caso, fue la madre de Agamenón y Menelao. Se la recuerda sobre todo por la leyenda que cuenta su adulterio con Tiestes, el hermano de Atreo, su esposo (cf. p. 651). En cuanto a Clímene, tuvo dos o más hijos con Nauplio, entre los que se cuenta el príncipe de los inventores: Palamedes (cf. p. 314).

Deucalión, hijo de Minos, el sucesor de Catreo, no tiene mitos propios. Se cuenta de él que había conseguido llegar a establecer buenas relaciones con Teseo y Atenas a través de la entrega como esposa de su hermana Fedra (cf. p. 468). Su hijo y sucesor, Idomeneo, del que se consideraba que era el último de los descendientes de Europa que había reinado en Creta, comandó un gran contingente de guerreros cretenses, transportados en ochenta barcos, a la guerra de Troya.[107] Fue el primer rey griego que se dio cuenta de que había una guerra en ciernes, ya que Menelao se encontraba en Creta cuando supo del rapto de su esposa Helena (cf. pp. 576-577).[108] Idomeneo aparece en la *Ilíada* como uno de los guerreros más valerosos, aunque era mayor en edad que la mayoría de sus compañeros de armas y tenía canas en su pelo.[109] Se le cuenta entre los guerreros que se enfrentaron a Héctor en combate singular y que incluso dominó el combate por un tiempo en el momento en que los griegos soportaban un fuerte ataque junto a sus barcos.[110] En la *Odisea* se cuenta que regresó a casa sano y salvo y no parece que encontrara problemas a su llegada.[111] Sin embargo, la tradición posterior cuenta que se vio obligado a partir al exilio. Hay dos versiones principales acerca de este suceso. En una, Idomeneo había confiado su reino a un tal Leuco, hijo de Talo, al que había recogido cuando había sido abandonado. Leuco aprovechó la ausencia de su benefactor para matar a su esposa y a sus hijos y hacerse con el poder proclamándose tirano, y se hizo tan fuerte que logró obli-

gar a Idomeneo a partir al exilio después de su regreso.[112] Fuentes latinas dan otra versión: una fuerte tormenta cayó sobre las naves de Idomeneo durante su viaje de regreso. Éste prometió sacrificar al primero que se encontrara en cuanto llegara a Creta a salvo. Sucedió que fue su hijo (o su hija) el primer humano que se encontró. Cuando intentó cumplir con su voto, los cretenses lo expulsaron. En otra narración, lleva a cabo el sacrificio, lo que provoca una peste y el pueblo lo expulsa.[113] Después de su marcha, vivió en Salencio, en el tacón de la bota itálica. Virgilio se hace eco de su presencia allí sin explicar las razones de su exilio.[114]

Meriones, el cretense que sirvió de segundo comandante de Idomeneo en Troya, era hijo de un tal Molos, que era hijo ilegítimo de Deucalión u otro hijo de Minos.[115] Aparece frecuentemente en la *Ilíada* como un guerrero bravo y se postula junto a su comandante para un combate singular contra Héctor, pelea valientemente en el ataque contra los barcos griegos, en el que hiere a Deífobo y da muerte a muchos, y ayuda a Menelao a recuperar el cadáver de Patroclo.[116] Se le conoce más, sin embargo, por su casco de cuero rematado con colmillos de jabalí, un tipo de casco micénico que debía parecer ya muy obsoleto incluso antes de la época de Homero. Este dato se utiliza a menudo para enseñar hasta qué punto la épica oral puede transmitir material antiguo. Meriones entrega su casco a Odiseo cuando sale por la noche en misión de reconocimiento en el canto X del poema.[117] Meriones se cuenta entre los guerreros que se introducen en el caballo de madera[118] y, aparentemente, regresa a Creta sano y salvo según las tradiciones locales antiguas (a pesar de que algunas fuentes afirman que terminó sus días en Sicilia o en Paflagonia).[119] Diodoro menciona que compartía tumba con Idomeneo en Cnosos y que los cretenses honraban a ambos en el culto heroico, invocando además sus nombres en tiempos de guerra.[120] A Plutarco, una vez que asistió a una curiosa festividad en Creta, en la que se mostraba la imagen de un hombre sin cabeza, se le dijo que dicha imagen representaba al padre de Meriones, a Molos, que había sido encontrado decapitado después de que intentara violar a una ninfa.[121]

Teseo, rey de Atenas

Teseo se convierte en rey. Guerra contra las Amazonas

Volvamos ahora a Teseo para abordar los acontecimientos de su vida después de su regreso de Creta. Tras su llegada, asumió al punto el trono a conse-

cuencia del suicidio de su padre (cf. p. 455) y comenzó a llevar a cabo una serie de reformas en las instituciones de Atenas. Por encima de todas, se menciona la unificación (sinecismo) del Ática, mediante la unión de las diversas comunidades independientes de su territorio (doce según la tradición) en un estado único dirigido desde Atenas.[122] Tucídides describe cómo se suponía que había derogado los consejos y magistraturas de cada pueblo para crear una asamblea única y establecer la sede del poder en la capital.[123] En realidad, esto tuvo que ser un proceso gradual. Atenas era célebre en época clásica por su gran población de metecos (*metoikoi*), que hicieron una muy valiosa aportación a la vida económica y cultural de la ciudad, y este rasgo propio de la ciudad se le atribuía a Teseo y a su visión, ya que se contaba de él que había promovido el asentamiento de extranjeros. Para conmemorar estos dos logros, fundó el festival anual de la *Synoikia* y la *Metoikia*. Otra de las innovaciones que se le atribuyen fue la introducción de la primera moneda ateniense. Se decía que en tiempos antiguos las monedas estaban acuñadas con la imagen de un buey, en lugar de la de una lechuza. Un catálogo de sus innovaciones, si no completo, sí bastante ilustrativo (que incluso se extiende hasta atribuirle la introducción de una forma de democracia) se encuentra en la *Vida de Teseo* de Plutarco. La mayor parte de este material pseudohistórico es de época helenística.[124]

Teseo se enfrentó en un momento con Palas, hijo de Pandión, hermano pequeño de Egeo, y a sus 50 hijos, los Palántidas. Palas reclamaba el trono alegando que el padre verdadero de Egeo no había sido Pandión, rey de Atenas, sino un tal Escirio, presumiblemente el epónimo de la isla de Esciros, donde se pensaba que Teseo había tenido ciertas posesiones (cf. p. 474). El choque surgió bien cuando Palas encabezó la revuelta inmediatamente después del ascenso de Teseo al trono, bien más tarde cuando Teseo contrajo matrimonio con Fedra, o bien en cuanto Teseo llegó por primera vez a Atenas.[125] En la narración más completa sobre este punto, la que suministra Plutarco, Palas dividió su fuerza, marchando abiertamente contra Atenas desde Esfeto con una parte, mientras que la otra parte se escondía en el Gargetos, en la otra zona de la ciudad, para llevar a cabo un ataque sorpresa desde la retaguardia enemiga. Un heraldo llamado Leos abortó esta estratagema contándosela a Teseo, que mediante un ataque sorpresa masacró a las tropas ocultas. Cuando se enteró, el otro contingente se dispersó y la revuelta quedó frustrada. El primer testimonio que conservamos sobre este episodio en una alusión de Eurípides, quien menciona que Teseo marchó una vez a Trecén en compañía de Fedra para purificarse después de la matanza de los Palántidas.[126] Una tradición ateniense afirmaba que Teseo

fue juzgado por asesinato en la corte de los delfinios, pero quedó libre porque el crimen tenía justificación.[127]

En su primera aventura extranjera, nada más asumir el poder, Teseo navegó hacia la tierra de las Amazonas, en la punta nororiental de Asia Menor y raptó a una amazona para convertirla en su esposa o en su concubina. Se le suele dar el nombre de Antíope, en ocasiones de Hipólita o Melanita.[128] En una versión de la leyenda, Teseo navegó hasta esa región como aliado de Heracles cuando el héroe marchó allí para apoderarse del cinturón de la reina de las Amazonas, Hipólita (cf. p. 346) y Antíope fue la recompensa que le otorgó Heracles por su valiosa ayuda.[129] En otra versión Heracles intenta tomar la ciudad amazona de Temiscira por asedio, pero fracasa. Entonces Antíope se enamora de Teseo y traiciona a su ciudad para estar con él.[130] Según argumentos cronológicos, sin embargo, la mayoría de los mitógrafos se muestran partidarios de la tradición alternativa en la que Teseo condujo por sí mismo una expedición a esa región años después de la que dirigió Heracles.[131] Se recuerda muy poco sobre ella en las fuentes antiguas. Píndaro apunta que Teseo estuvo acompañado por su amigo Pirítoo (cf. *infra*), que en la pintura cerámica ática aparece como uno de sus aliados, y se cuenta que Ferécides escribió que Teseo se apoderó de la amazona con la ayuda de su auriga Forbas.[132] Se le puede ver subiéndola en su carro o llevándosela sencillamente en la pintura de vasos a partir de finales del siglo VI en adelante. Plutarco cita una versión en la que las Amazonas resultan más amigables de lo que suele ser la costumbre y envían al barco de Teseo a una amazona con presentes. Entonces el héroe se aprovecha de la situación y la rapta: primero la invita a subir al barco y luego parten a toda prisa.[133] En cualquier caso, Teseo se llevó de regreso a Atenas a una amazona, y parece que ambos vivieron felizmente y que ella le dio un hijo: Hipólito.

Las amazonas estaban muy airadas por el rapto de su hermana, como es natural, y determinaron llevar a cabo una incursión en Grecia por primera vez en su historia para vengarse de Teseo. De acuerdo con Helánico, viajaron hacia las costas septentrionales del mar Negro, y cruzaron por el Bósforo cimerio (los estrechos del mar de Azov, entre Asia y Crimea) en invierno, mientras estaba congelado.[134] Cuando llegaron a Atenas, acamparon en un lugar conocido como el *Amazeion*, que aparentemente estaba situado en las laderas del Areópago. Según Esquilo, el Areópago (la colina de Ares, cf. p. 478) recibió ese nombre porque ellas hicieron allí sacrificios en honor de Ares mientras estuvieron acampadas.[135] Antíope, según la tradición, no deseaba que la llevaran de vuelta a su patria, y se unió a Teseo en la batalla hasta que recibió la muerte a manos de

una amazona llamada Molpadia. Cuando la derrota de las mujeres guerreras se hizo evidente, las supervivientes huyeron a toda prisa en dirección a la vecina Mégara y más allá, de ahí que (según se cuenta) hubiera tumbas de Amazonas en diversas partes de Grecia. En la *Vida de Teseo* de Plutarco se encuentra una descripción exhaustiva de la batalla y se citan, además, versiones en las que la esposa de Teseo arregló un tratado de paz después de la guerra, que se extendió durante tres meses, o acordó que las Amazonas heridas permanecieran en Calcis hasta que se curaran. En época histórica se mostraba la tumba de Antíope en Atenas, al igual que la de la amazona que la mató.[136]

La tragedia de Fedra e Hipólito

Era necesario que Antíope desapareciera de la escena, dado que Teseo iba a contraer nupcias con la princesa cretense Fedra,[137] ya como segunda esposa o como su única esposa legítima si la amazona no había sido más que su concubina. Sin embargo hay un testimonio, cuyo origen aparentemente está en la épica arcaica, en el que Antíope estaba aún viva en el momento de la boda. Plutarco menciona que el autor de la *Teseida* contaba que ella y otras compañeras amazonas atacaron a Teseo después de las nupcias, pero fueron abatidas por Heracles.[138] Apolodoro cita una historia semejante en la que la esposa anterior de Teseo y otras amazonas intentan irrumpir en el banquete de bodas, armadas hasta los dientes, con la intención de matar a los invitados, pero los hombres de Teseo logran cerrar las puertas y Antíope se queda fuera y cae allí muerta.[139] Deucalión, rey de Creta, había ofrecido a su hermana Fedra a Teseo como medida diplomática para hacer más fluidas las relaciones entre Creta y Atenas, que desde la muerte de Androgeo habían sido conflictivas. Teseo tuvo dos hijos con ella: Acamante y Demofonte, y los adoptó como herederos, después de mandar a su primer hijo, Hipólito, a Trecén junto a su abuelo Piteo.[140]

Dado que Piteo no tenía hijos, Hipólito podía esperar convertirse en su heredero como rey de Trecén, pero en lugar de eso iba a encontrar una muerte temprana a consecuencia de las maquinaciones de su madrastra Fedra. Fedra concibió una desesperada pasión por él y quedó tan abatida cuando la rechazó que comenzó a calumniarlo con acusaciones falsas y dijo a Teseo que Hipólito había intentado violarla o seducirla. Creyendo en su palabra, Teseo le maldijo ante Poseidón. Entonces un toro salió desde el mar, mientras Hipólito conducía su carro por la costa de Trecén, y aterrorizó a sus caballos. Perdió el control, salió despe-

dido y se mató. Cuando escuchó cuál había sido su destino, Fedra no pudo aguantar sus remordimientos y se ahorcó.[141] Ésta es la versión original de la historia, al menos en la medida en que podemos hablar sobre ello, pero el retrato que de Fedra hace Eurípides en su *Hipólito*, su segunda tragedia sobre el tema, resulta más conmovedora.

En esta tragedia, Hipólito es un joven cazador, casto y austero, devoto de la diosa Ártemis. Ha despreciado el culto y las obras de Afrodita, por el contrario, por lo que la diosa del amor le ocasionará problemas haciendo que Fedra caiga irremediablemente enamorada de él. Fedra está avergonzada de su pasión semi-incestuosa y lucha en vano por someterla, e incluso intenta quitarse la vida absteniéndose de comer. Su nodriza le sonsaca su secreto e intenta hacer que Hipólito se acerque a ella sin su conocimiento. El joven Hipólito, retratado como rígido y orgulloso, queda profundamente aturdido y contesta con una larga diatriba sobre la vileza femenina. Cuando Fedra escucha esto, teme que Hipólito la denuncie y se quita la vida, dejando una carta en la que le acusa de violación (en parte por cólera, en parte para salvaguardar su reputación y que sus hijos sigan a buen recaudo). Cuando Teseo lee la carta, maldice a Hipólito ante su padre Poseidón (que tiempo ha le había prometido el cumplimiento de tres peticiones) y rechaza con desprecio los intentos que hace su hijo para demostrar su inocencia. Poseidón hace que Hipólito quede herido de muerte en Trecén tal y como se ha contado antes. Sus compañeros de caza lo llevan a casa, junto a su padre, en la última escena de la tragedia. Teseo, que ha sabido la verdad de Ártemis, cuando la situación ya no tenía vuelta atrás, pide a su hijo que lo perdone y se reconcilian antes de que exhale su último aliento.[142]

Hipólito recibe honores divinos en Trecén en un altar que supuestamente había sido erigido por Diomedes. Las doncellas de la ciudad solían acudir a ese altar antes de casarse y le dedicaban un mechón de sus cabellos (una práctica que menciona Ártemis al final del *Hipólito* de Eurípides).[143] Cuando Pausanias visitó la región, se encontró con que los trecenios se negaban a enseñar su tumba ni tampoco reconocían la historia usual sobre las circunstancias de su muerte (al menos oficialmente) y decían, en cambio, que había sido elevado a los cielos para convertirse en la constelación del Auriga.[144] La historia usual sobre su muerte quedó anclada en el folclore local, dado que su tumba sí se encontraba en esa zona, al igual que el retorcido olivo en el que habían quedado enganchadas sus riendas cuando salió despedido del carro.[145] Los visitantes podían ver también un mirto que había crecido con las hojas perfo-

radas porque Fedra, en su desesperación, las había mutilado un día mientras espiaba a Hipólito cuando éste se ejercitaba en las inmediaciones.[146]

Una tradición muy antigua, que puede retrotraerse a la *Naupactia*, un poema épico perdido compuesto en torno al siglo VI a. C., aproximadamente, sugería que Hipólito fue devuelto a la vida por Asclepio después de su muerte, quizá porque consideraba que no merecía un destino tal.[147] Esta historia inspiró el desarrollo de un curioso apéndice itálico a la leyenda de Hipólito, en el que se contaba que había sido llevado al Lacio para convertirse en un asociado al culto de Diana, una antigua diosa itálica identificada con Ártemis. El centro cultual más importante de la diosa era el bosquecillo sagrado de Aricia, cerca del monte Albano, a unos 15 kilómetros al sudeste de Roma, cerca de un plácido lago, *Lacus Nemorensis*, que recibía el nombre poético de «Espejo de Diana». Diana compartía el bosque con otras dos divinidades menores, la diosa de las fuentes, Egeria, que recibía culto en Roma y se suponía que había sido consejera del sucesor de Rómulo, Numa Pompilio, y una oscura divinidad menor, representada con edad avanzada, llamada Virbio. Una norma del santuario era que no podían entrar caballos en él y para vincular esta regla con el origen de Virbio, se hizo el siguiente añadido a la historia de Hipólito. Después de que lo devolviera a la vida Asclepio, con la ayuda del dios sanador Peán (según Ovidio), Diana-Ártemis lo recubrió de una niebla espesa porque sabía que el dios de los Infiernos estaba en contra de que se reviviera a mortales. Para asegurarse de que permanecería sano y salvo en el futuro, le cambió su aspecto y le hizo parecer más viejo, le dio un nombre nuevo (deseable en cualquier caso ya que su antiguo nombre le haría acordarse de los caballos, *hippoi*) y se lo llevó a su bosquecillo de Aricia para que viviera allí bajo su protección como deidad menor. Puesto que habían sido los caballos los que le habían provocado la muerte, no tendría intención de volver a relacionarse con ellos, por lo que fueron prohibidos en ese lugar sagrado desde entonces. La etimología de su nombre, Virbio, podía referirse a que había sido hombre dos veces (*vir bis*).[148]

Teseo y Pirítoo raptan a Helena e intentan raptar a Perséfone de los Infiernos

En sus últimas aventuras (incluyendo el viaje a la tierra de las Amazonas, según algunas fuentes) Teseo tuvo como compañero a Pirítoo, que era un jefe lapita del norte de Tesalia. Plutarco narra, de una manera un tanto simple, cómo se hicieron compañeros. Para probar hasta qué punto la fuerza y valentía de Teseo eran como indicaba su reputación, Pirítoo se llevó parte del ganado de Teseo que pastaba en la llanura de Maratón, al norte del Ática y cuando Teseo marchó en

su busca le salió al encuentro. Ambos se quedaron tan impresionados por el coraje y aspecto del otro que evitaban entrar en pelea. Pirítoo finalmente le alargó la mano y le hizo saber que estaba dispuesto a asumir cualquier castigo que quisiera imponerle. Teseo, en cambio, le pidió que se hiciera su amigo y desde entonces pasaron la mayor parte del tiempo juntos.[149] Cuando Pirítoo se casó con la princesa lapita Hipodamía, Teseo marchó a la tierra natal de su amigo, al norte, para asistir a las nupcias y luchó a su lado cuando surgió el enfrentamiento entre centauros y lapitas (cf. *infra* p. 713). Los dos amigos acudieron juntos a la cacería del jabalí de Calidón y (en algunas versiones) al viaje de los Argonautas.[150] Su empresa más célebre, no obstante, fue la última, en la que acometieron el rapto de las hijas de Zeus, incluida la reina de los Infiernos, para tenerlas como novias después del fallecimiento de sus esposas.

Comenzaron con la captura de Helena en Esparta. Ésta es una leyenda muy antigua que Homero debió conocer de alguna forma, dado que en la *Ilíada* se hace mención de que la madre de Teseo, Etra (que fue capturada cuando Helena fue rescatada del Ática, cf. *infra*) se contaba entre las sirvientas que Helena tenía en Troya.[151] Hay testimonios que apuntan que Alcmán y Estesícoro hicieron mención de este episodio.[152] Aunque en la versión original Helena estaba ya en edad casadera, esto no sería un dato plausible cuando se desarrollaron cronologías racionalistas de estos momentos de la historia mítica. Los mitógrafos, desde Helánico en adelante, sugieren, por tanto, que Helena rondaría entre los siete, diez o doce años.[153] Diodoro transmite que Pirítoo visitó a Teseo después de la muerte de Hipodamía y le propuso el rapto tras saber que su amigo también había perdido a su esposa. Después de raptar a Helena, con tan sólo diez años de edad, aunque ya aventajaba en belleza al resto de mujeres, se la echaron a suertes con la condición de que el que ganara tendría que ayudar a su amigo a conseguir a la novia que se le antojase, sin tener en cuenta el riesgo que conllevara la elección. Pirítoo perdió y dijo que quería como novia a Perséfone, Teseo tenía la obligación de ayudarlo. Plutarco da una versión semejante y apunta que los dos amigos raptaron a Helena mientras bailaba en el templo de Ártemis *Orthia* en Esparta y que los persiguieron hasta Tegea, al sur de Arcadia.[154] En otra versión cada héroe elige a una novia y Teseo prefiere a Helena por encima de las demás.[155] De acuerdo con Helánico, ambos se consideraban merecedores de casarse con hijas de Zeus, ya que Pirítoo era hijo de Zeus y Teseo de Poseidón.[156] Higino recuerda una extraña versión en la que Zeus asiste como espectador al rapto de Helena y se les aparece en sueños para recomendarles que acudan a Hades para que les entregue a Perséfone como novia de Pirítoo.[157]

Antes de partir para los Infiernos, Teseo toma a Helena y la lleva a Afidnas, al noreste del Ática, y se la confía a Afidnos, el gobernante epónimo de la ciudad, pidiéndole que la mantenga allí en el más absoluto secreto. A continuación emplaza a su madre Etra, en Trecén, que la haga compañía. Sin embargo el secreto fue traicionado, o se filtró de alguna manera, y los dos hermanos de Helena, los Dioscuros, invadieron el Ática durante la ausencia de Teseo y atacaron Afidnas. Se hicieron fácilmente con la ciudad y recuperaron a su hermana. Además se llevaron a Etra con ellos a Esparta, donde se la obligó a convertirse en sirvienta de Helena. Mientras se encontraban en el Ática, se vengaron de Teseo pasándole el trono a Menesteo, hijo de Peteo, miembro de otra rama de la familia real ateniense. Acamante y Demofonte, los dos hijos de Teseo, se marcharon a Eubea para refugiarse en casa de Eléfenor, rey de Abantes, cf. pp. 490-491 para el desarrollo de su historia.[158]

Son dos las narraciones sobre el modo en que los Dioscuros se enteraron del lugar en el que estaba escondida Helena. Según Heródoto, aterrorizaron a la población de Atenas quemando los pueblos hasta que los hombres de Decelia, o quizá el propio Décelo, acordaron llevarles hasta su escondite. Por esta razón, los decelios de entonces en adelante siempre recibieron un trato privilegiado de parte de los espartanos y siempre que invadieron el Ática, dejaron esta población intacta.[159] Decelia, en el norte del Ática, sirvió a los espartanos de base durante la guerra del Peloponeso. De acuerdo con otra versión, el que reveló el secreto fue Academo, el epónimo de la Academia (*Akadameia*), un bosquecillo sagrado en las afueras de Atenas, célebre porque fue el lugar en donde Platón estableció su escuela (de donde procede el término actual «academia»).[160] Según una tradición curiosa transmitida por Estesícoro, Teseo tuvo una hija con Helena, Ifigenia, que nació en la Argólide mientras regresaban a casa, que terminó por entregar a Clitemnestra (normalmente su madre en la tradición).[161]

Después de descender a la cueva sin fin de Ténaro, al sur del Peloponeso, Teseo y Pirítoo convencen de algún modo a Caronte, el barquero infernal, para que les lleve hasta el reino de Hades. Conservamos dos versos del poema épico *Minias* en los que se dice que tuvieron que esperar en la orilla durante un tiempo hasta que la barca de Caronte regresó a su embarcadero.[162] Parece que se dirigieron a Hades abiertamente para pedirle que dejara ir a Perséfone en lugar de para intentar raptarla, pero en las fuentes de las que disponemos apenas se recuerda nada de este aspecto de la aventura. Otro fragmento épico nos mues-

tra una aproximación a sus intenciones: Pirítoo consideraba que sus pretensiones sobre Perséfone eran más lógicas que las de Hades, ya que él era hijo de Zeus, como ella, ¡mientras que Hades no era más que su tío![163] Es muy absurdo suponer que Hades iba a entregar a su esposa a un mortal, cualquiera que fueran sus razones, de modo que los hizo prisioneros en su reino subterráneo. Según Apolodoro, les ofreció su hospitalidad y les invitó a ambos a sentarse. Cuando se sentaron, su carne comenzó a pegarse a la silla (la «Silla del Olvido»: *thronos Lethes*), y comenzaron a aparecer serpientes que, enroscándose en torno a ellos, los dejaron atados.[164] El poeta épico Paniasis señala incluso que su carne quedó adherida a la piedra sobre la que estaban sentados y en otros lugares se lee que les ataron con cadenas o serpientes.[165]

Aunque probablemente quedaron prisioneros eternamente en la historia original, posteriormente se creyó que Heracles había salvado a uno de ellos o a los dos cuando descendió a los Infiernos para capturar al perro Cerbero (como trabajo último o penúltimo, cf. pp. 352-353). Según la versión más común, el gran héroe logró arrancar a Teseo de su silla, pero no a Pirítoo, dado que su culpa era mayor por haber sido quien había tenido pretensiones sobre Perséfone. Según Apolodoro, hubo un terremoto en señal de aviso cuando Heracles tendió sus manos a Pirítoo.[166] Las versiones discrepan sobre si Pirítoo fue o no liberado.[167]

Exilio y muerte de Teseo

De regreso a casa desde el Hades, Teseo descubre que Menesteo se ha hecho con el poder con la ayuda de los Dioscuros. Se ve obligado a buscar una nueva casa y navega a Esciros, una isla del mar de Egeo, al este de Eubea, porque tenía allí tierras desde tiempo antes, o quizá arribó allí de manera accidental mientras intentaba llegar a la corte de su suegro Deucalión, en Creta.[168] Aunque Licomedes, el rey de la isla, parecía feliz de acogerlo, comenzó a tramar su muerte, ya que tenía miedo de perder su posición si un héroe tal comenzaba a vivir en la isla, o porque quisiera hacerle un favor a Menesteo. Logró darle muerte con un engaño: le hizo subir con él a la cima más elevada de la isla con el pretexto de mostrarle sus posesiones y lo arrojó por un acantilado. En una versión más banal, que intenta liberar de culpa a Licomedes, Teseo resbala y cae mientras daba un paseo después de cenar. En todo caso, su momento de gloria había pasado. Plutarco señala incluso que su muerte pasó desapercibida en ese momento.[169]

Menesteo se mantuvo como rey de Atenas hasta que marchó a la guerra de Troya como comandante del contingente ateniense.[170] Bien porque Menesteo murió allí o porque decidiera quedarse lejos de Atenas después de la guerra, los hijos de Teseo recuperaron el reino de su padre después de la guerra de Troya (cf. p. 489).

Teseo ayudó póstumamente a los atenienses en la batalla de Maratón, marchando al frente de ellos completamente armado, liderando el avance contra las tropas persas.[171] Después de las Guerras Médicas, el oráculo de Delfos señaló que sus huesos debían ser llevados de vuelta a Atenas. Cuando Cimón, un eminente político y general ateniense, tomó Esciros en el 475 a.C., albergaba un vehemente deseo de encontrar la tumba del héroe. Un día se dio cuenta de que un águila se había posado en algo que parecía un túmulo y había comenzado a picotearlo y a rasgarlo con sus garras. Lo interpretó como una señal y ordenó a sus hombres que cavaran en ese lugar. Cuando lo hicieron, descubrieron la sepultura de un hombre de un tamaño sobrehumano (como se pensaba que habían sido los héroes) con una lanza de bronce y una espada a su lado. Con la idea de que ésos debían ser los restos de las armas de Teseo, Cimón las llevó de regreso a Atenas, entre el entusiasmo del pueblo, y el héroe exiliado regresó de nuevo a su ciudad.[172]

En algunas tragedias, Teseo aparece representado como un gobernante noble que ayuda siempre a los héroes y heroínas de otros ciclos cuando caen víctimas de la suerte o de la injusticia. Acoge al ciego Edipo en Colono, en las afueras de Atenas, salvando a éste y a su hija de ser devueltos a Tebas a instancias de Creonte (cf. pp. 421-413). Por petición de Adrasto fuerza a Creonte, rey de Tebas, a permitir que se entierre a los argivos muertos en la expedición de los Siete (cf. p. 422). Además, da refugio a los Heraclidas en Atenas después de la muerte de su padre y les ayuda a vencer a su perseguidor Euristeo (cf. p. 378).

La familia real ateniense

Leyendas atenienses y lista de reyes atenienses

Ahora debemos completar nuestro examen de los mitos atenienses mediante un trazado de la historia mítica de Atenas desde las épocas anteriores al nacimiento de Teseo hasta las posteriores a su muerte. Aunque el Ática tenía un héroe de primer rango como Teseo, así como una serie de figuras menores, como Dédalo,

Céfalo o Menesteo, de bastante importancia en los episodios principales de la saga, la importancia de la provincia desde el punto de vista de la mitología heroica es limitada. Exceptuando las historias narradas en este capítulo, la mayor parte de las leyendas del Ática y de la familia real ateniense entran en la categoría de mitos locales, ya sea como cuentos del folclore o como leyendas antiguas originadas para explicar el origen de cultos locales, instituciones u otra clase de peculiaridades. Incluso si estas clases de leyendas áticas no resultaban ni más interesantes ni más numerosas que las de cualquier otra provincia, la hegemonía cultural y política durante los años posteriores a las Guerras Médicas y la elocuencia de sus autores sirvieron para que fueran mejor conocidas que sus equivalentes en otras tierras. Además, las leyendas de esa provincia despertaron el interés de los mitógrafos. Helánico (siglo V a.C.) se centró especialmente en ellas y los autores de época helenística continuaron en esta línea, lo que generó una rama especializada de la literatura, la Atidografía, dedicada a cuestiones concretas de ese territorio. Por esta clase de razones, este corpus legendario sobre el Ática sirvió como viga maestra en el canon mitológico panhelénico (como queda demostrado por el tratamiento completo que hace Apolodoro en su manual).

El listado de reyes áticos era una creación muy artificial que no adquirió su forma definitiva, la que mostramos en la Tabla 19, hasta finales del siglo III a.C. En época de Heródoto, parece que sólo hubo cuatro reyes antes de Teseo: Cécrope, Erecteo-Erictonio (los primeros gobernantes nacidos de la propia tierra) y luego Pandión y Egeo, los dos anteriores de Teseo. Dado que se suponía que Cécrope y Erictonio habían vivido en los albores de la historia (como Pelasgo en Arcadia o Deucalión en la Grecia central), mientras que Teseo y sus predecesores debían haber vivido justo antes de la guerra de Troya, los mitógrafos se vieron obligados a añadir varios nombres nuevos a la lista, si querían sincronizarla con otros linajes de otros territorios (como Argos o Tebas). Esto se llevó a cabo de dos maneras. En una de ellas se introdujo a reyes nacidos de la tierra, Cránao y Anfictión (a los que se conocía como atenienses, mas no como reyes) entre Cécrope y Erictonio a la cabeza de la lista; en la otra, se repitió a algunos reyes que ya estaban incluidos en la lista: un segundo Cécrope, un segundo Pandión, mientras que Erecteo-Erictonio (que en origen eran dos nombres distintos para el mismo rey) quedó dividido en dos individuos: Erictonio, el nacido de la tierra, y su nieto Erecteo, hijo de Pandión. De acuerdo con esto, la lista de reyes sería así: Cécrope I, Cránao, Anfictión, Erictonio, Pandión I, Erecteo, Cécrope II, Pandión II, Egeo y Teseo. Dado que los primeros reyes de Atenas no sólo se originaron en el culto, sino también en la mitología heroica, e incluso

en algunos casos estaban repetidos, no es extraño que la mayoría de ellos no sean figuras muy importantes y tengan pocos mitos propios. En un paso más allá para la sistematización de la mitología ática, los mitógrafos les introdujeron en historias de otros héroes y heroínas en un momento concreto, por lo general mediante el recurso de unir a un héroe o heroína de renombre al linaje real como hijo o descendiente de un rey determinado.

Cécrope, el primer rey de Atenas nacido de la tierra, y sus hijos

Los atenienses consideraban que su primer rey había sido Cécrope, que había surgido de la tierra y llevaba las marcas de su origen ctónico en su doble forma, ya que tenía cola de serpiente en lugar de piernas humanas.[173] La autoctonía de Cécrope y de Erictonio (así como la de Cránao y Anfictión en la lista completa), reflejaba la orgullosa proclama de los atenienses como un pueblo «autóctono» e indígena que llevaba habitando esa tierra desde tiempos inmemoriales y que daba una prueba mitológica de sus pretensiones. Como suele suceder, esa bienamada creencia no carecía de fundamento, ya que los atenienses habitaron ese territorio desde mucho antes que la mayoría de sus vecinos y, por supuesto, mucho más que los dorios que poblaban el Peloponeso. Dado que los atenienses se distinguían además por la relación especial que mantenían con Atenea, la diosa protectora de su ciudad y su territorio, se asumía que la propia diosa debía haberse proclamado patrona de esa tierra en tiempos del primero de sus reyes, para asegurarse de que la ciudad adquiría una identidad propia en los comienzos de su historia (al igual que los argivos asumían que Hera se había proclamado gran diosa de su tierra en tiempos de su primer rey, Foroneo, cf. p. 303). Como se ha dicho en relación con la mitología de Poseidón, Atenea ganó su posición en la ciudad al derrotar a Poseidón en una competición por la tierra (cf. p. 153). A Cécrope le tocó un papel crucial en la decisión, bien como árbitro (solo o en compañía de Cránao) o bien por acudir ante los Doce dioses y dar testimonio de que Atenea reclamaba esa tierra al haber plantado allí el primer olivo.[174] Éste es el único mito en la tradición antigua en el que Cécrope representa un papel activo: era un ancestro venerable, una especie de Adán, más que un personaje de leyenda.

Cuando los atidógrafos de época helenística comenzaron a elaborar una relación coherente sobre el surgimiento de la civilización en Atenas, describieron a Cécrope

como un héroe primigenio que había introducido los primeros elementos de cultura y civilización en el Ática, al igual que Foroneo en Argos, o Pelasgo en Arcadia. Entre otras innovaciones, se decía que había sido el introductor de las primeras leyes, de la construcción de ciudades, la práctica de enterrar a los muertos, el uso de pieles de animales como vestimenta e incluso de la escritura[175] (aunque Cadmo, cf. p. 392, es el candidato favorito para tal honor). La historia mejor conocida, la que le presenta como el inventor del matrimonio monógamo, fue generada, al aparecer, para explicar racionalmente el origen de su doble forma. Clearco de Solos (siglo III a.C.) afirmaba que su forma se debía a que había intentado abolir la promiscuidad en favor de una unión permanente entre los hombres y las mujeres en la que las naturalezas opuestas de cada uno quedaran unidas en una única presencia.[176] En el ámbito religioso, se decía que Cécrope había fundado el culto de Zeus *Hypatos* (el Mayor) en la Acrópolis, del que se pensaba que era muy antiguo ya que al dios se le ofrecían tortas de miel en lugar de sacrificios cruentos, y que además había fijado el culto y el festival de la divinidad pre-olímpica Cronos.[177] En la poesía, los atenienses recibían el nombre de cécropes (*Kekropiai* o *Kekropidai*) en honor a su primer rey y Atenas es llamada «ciudad de Cécrope».

En lugar de contraer matrimonio con una ninfa local, como otros gobernantes primordiales, Cécrope se casó con Aglauro, la hija de Acteo. Algunos mitógrafos señalan que este Acteo (Costero) había sido en realidad el primer rey de Atenas, que entonces se llamaba Acte, en honor a él. Aglauro (o Agraulo) dio tres hijas, Herse, Pandroso y Aglauro (o Agraulo), a su marido semi-serpiente y también un hijo, del que se sabe poco, Erisictón.[178]

Las tres hermanas, las Cecrópidas o Aglauridas, son célebres por su intervención en la historia de Erictonio. Concebido en extrañas circunstancias, cuando Gea lo dio a luz (cf. pp. 248-249), se lo entregó a Atenea, que lo encerró en un cofre y se lo entregó a las hijas de Cécrope, dándoles la orden estricta de no abrirlo. No hace falta decir que la tentación fue irresistible y que una o varias de ellas miraron en el interior del cofre con consecuencias desastrosas. Aunque la historia es siempre la misma, las versiones aportan distintos datos. En la más antigua de ellas, la que aparece en el *Ion* de Eurípides, las tres hermanas abren el cofre para descubrir que Atenea, junto con el bebé, ha dejado en su interior dos serpientes guardianes. Las hermanas mueren entonces al caer por un precipicio, quizá despeñadas Acrópolis abajo por el miedo o la locura. Se suele indicar en fuentes posteriores que sólo una, o dos, de las hermanas miró dentro del cofre y encontraron como consecuencia una muerte sangrienta. Según Apolodoro, el cofre le fue confiado a Pandroso, pero sus hermanas lo abrieron y las

serpientes que protegían al recién nacido las mataron. Pausanias da una versión en la que las hermanas también yerran y se dice que el cofre les fue confiado a las tres. El mitógrafo helenístico Ameleságoras señala que fueron Aglauro o Pandroso quienes cometieron la ofensa; según Ovidio, fue Aglauro sola. Si la intención de Atenea era que el niño se hiciera inmortal, como señala sólo Apolodoro, las tres hermanas frustraron su plan.[179]

Sea cual sea el papel que desempeñaron en este mito, se dice que las tres hermanas mantuvieron relaciones amorosas con dioses y que como resultado de ellas surgieron varios hijos, aunque no muy importantes. De acuerdo con una tradición muy antigua, Aglauro y Ares tuvieron una hija, Alcipe. Esta Alcipe aparece junto a su padre en una leyenda que servía para explicar el origen del Areópago, el antiguo tribunal ateniense que se ocupaba de delitos en los que se hubiera derramado sangre. Cuando un hijo brutal de Poseidón llamado Halirrotio (Espuma marina) intentó violar a Alcipe, Ares lo capturó al momento y le dio muerte. Poseidón entró en cólera y acusó al dios de asesinato ante un tribunal formado por los Doce dioses (los Olímpicos). Durante el juicio, que tuvo lugar en una colina al oeste de la Acrópolis, conocida desde entonces como el Areópago (Colina de Ares), Ares intentó convencer a los jueces de que esa muerte tenía justificación, ya que estaba intentando violar a una descendiente suya (como hubiera sucedido en la Atenas clásica, si el violador hubiera recibido la muerte después de ser capturado in fraganti).[180] En tres juicios consecutivos que tuvieron lugar en el Areópago en época mítica, Céfalo fue condenado al exilio por matar accidentalmente a su esposa (cf. p. 486), Dédalo recibió condena a muerte *in absentia* por matar a su sobrino (cf. p. 445) y, el más célebre de todos, Orestes, fue juzgado allí por el asesinato de su madre en el primer caso que fue juzgado por ciudadanos atenienses (cf. pp. 657-658).

Otras narraciones hablan de relaciones entre las hijas de Cécrope y el dios Hermes. Pandroso (o cualquier otra de las hermanas) le dio un hijo: Cérix (Heraldo), que tiene cierta importancia local como el antecesor mítico de la familia eleusina de los Cérices, quienes suministraban los heraldos que presidían los misterios eleusinos.[181] Al menos eso creían los propios Cérices, dado que algunos afirmaban que Cérix había sido hijo de Eumolpo, una figura estrechamente relacionada con Eleusis y los misterios (cf. p. 483).[182] Hermes sedujo a Herse, que le dio un hijo llamado Céfalo, que creció tan hermoso que Eos, la diosa de la Aurora, lo raptó (cf. p. 86).[183] No hay que confundir, como sucede a menudo, a este Céfalo con el que se casó con Procris, una princesa de Atenas (cf. p. 486). La tradicional historia de la relación entre Hermes y Herse inspiró una narra-

ción de celos entre hermanas que aparece en las *Metamorfosis* de Ovidio. Cuando vio a la encantadora Herse entre las doncellas que llevaban objetos sagrados al templo de Atenea durante el gran festival de las Panateneas, Hermes se enamoró perdidamente de ella. Cuando intentó encontrarla después, se topó con su hermana Aglauro, quien le ofreció su ayuda si la recompensaba con una fortuna en oro. Sin embargo, Atenea estaba enfadada con Aglauro, porque había sido ella la que había abierto el cofre en el que estaba Erictonio y estaba decidida a impedir que se ganara el favor de Hermes y recibiera además una fortuna en oro. Incitó a la Envidia (*Invidia* en Ovidio) para frustrar su plan haciendo que le provocara celos contra su hermana por convertirse en la amada de un dios. Dominada por los celos, Aglauro ya no estaba dispuesta a ayudar a Hermes cuando éste se presentó para seducir a su hermana. Se sentó enfrente de la puerta del dormitorio de Herse para disuadirle de que entrara en él. Cuando ella persistió en su actitud, replicándole que se quedaría en ese lugar, él dijo: «¡De acuerdo!», y la convirtió en una piedra y abrió la puerta con un gesto de su vara. La piedra era tan oscura como los pensamientos de Aglauro. Este cuento era aparentemente de origen helenístico, al menos en su forma original, ya que en un papiro de Herculano aparece una versión antigua, quizá de Calímaco, en la que es Pandroso la que termina convertida en piedra.[184]

Erisictión, el único hijo que tuvo Cécrope, era un héroe cultual menor, asociado con las Prasias en la costa oriental del Ática. Se decía que había muerto muy joven, cuando regresaba de la isla sagrada de Delos con una estatua de Ilitía, la diosa de los partos. De las tres imágenes de madera (*xoana*) de la diosa que se podían ver en su templo de Atenas, una era la que Erisictión había traído de Delos, mientras que se pensaba que las otras dos las había traído de Creta Fedra, la princesa cretense que se casó con Teseo, unas cuantas generaciones después. La tumba de Erisictón se encontraba en Prasias, donde se había enterrado su cadáver después de que su barco llegara a ese puerto.[185]

Tres reyes de la tierra posteriores: Cránao, Anfictión y Erictonio

Como se ha indicado antes, dos héroes menores, Cránao y Anfictión, entraron en la lista de reyes como sucesores de Cécrope. Cránao, nacido de la tierra, fue rey en la época de la gran inundación y, por tanto, era contemporáneo de Deucalión, quien incluso se refugió bajo su protección en una versión. Dio a esa tierra el nombre de Ática debido a su hija Atis, nacida junto a otras dos

hijas de su matrimonio con su esposa espartana Pedias.[186] Perdió eventualmente el poder a manos de Anfictión, asimismo nacido de la tierra (al que a veces se identifica con el Anfictión hijo de Deucalión, cuyo nombre auténtico era Termópilas, cf. p. 526). Esto se debió a una traición, ya que Anfictión estaba casado con Atis, la hija del rey (aunque otra tradición mítica se opone a ésta y cuenta que Cránao dio el nombre de Atis a la tierra en recuerdo de su hija, que había muerto joven y sin desposar). Hay poco interesante que añadir sobre Anfictión, excepto que se contaba que Dioniso le había visitado en Atenas y le había enseñado a mezclar vino y agua en la proporción adecuada, ya que los griegos acostumbraban a echar agua en el vino antes de servirlo.[187]

Después de 12 años, fue otro héroe nacido de la tierra el que derrocó a Anfictión: Erictonio.[188] En contraste con el resto de seres autóctonos, como Cécrope y Pelasgo, que surgieron de la tierra sin intervención de un padre, fueron Gea (Tierra) y Hefesto quienes lo concibieron. Pues Gea quedó embarazada con el semen que él eyaculó mientras intentaba mantener relaciones sexuales con Atenea, como se cuenta en el capítulo V (cf. pp. 248-249). Dado que Atenea no tomó parte en el suceso que desembocó en el nacimiento de Erictonio, y además Gea se lo entregó inmediatamente después de darlo a luz y fue ella quien lo crio en la Acrópolis (después de una breve entrega a las hijas de Cécrope), su relación fue tan estrecha que Atenea se convirtió en una madre para él, en la medida de lo posible para una diosa virgen. La relación, tan especial, que tenía la diosa con Atenas desde tiempos de Cécrope se hizo aún más estrecha. El extraño nacimiento explica además cómo la ciudad quedó bajo el patronazgo de Atenea y Hefesto, como las dos divinidades que presiden sobre las actividades artesanas que eran tan esenciales para la prosperidad de la ciudad.

En la tradición helenística y posterior, se traza una distinción clara entre Erictonio, el maravilloso muchacho que nació de la tierra y fue criado por Atenea, y Erecteo, al que se le recuerda como líder bélico, *paterfamilias,* y que recibió culto en la Acrópolis en estrecha vinculación con Poseidón. Habitualmente se considera, sin embargo, que esta distinción se debió en un primer momento a razones cronológicas, y que realmente eran la misma persona con distintos nombres. En este sentido, la mayor evidencia la suministran Homero y Heródoto, que llaman Erecteo al héroe nacido de la tierra. En la *Ilíada,* Homero se refiere al «magnánimo Erecteo, a quien en otro tiempo Atenea, hija de Zeus, había criado tras darle a luz la feraz tierra» y Heródoto también lo considera nacido de la tierra.[189] No hay testimonios seguros acerca del nombre de Erictonio hasta que comienza a aparecer en las artes visuales y en la tragedia en la segunda mitad

del siglo v a.C., aunque se menciona, sin cita directa, que Píndaro y el autor de la *Danais*, un poema épico antiguo de fecha incierta, aplican ese nombre a un niño nacido de la tierra.[190] Parece probable, en cualquier caso, que el nombre más largo tuvo un origen posterior, especialmente si consideramos que a Erecteo / Erictonio se le conocía como Erecteo en relación con su culto en la Acrópolis. Después de dividir su herencia, sólo se conoce un dato notable de la vida adulta de Erictonio: la institución de las Panateneas, la festividad principal de Atenea en Atenas. Dado que se pensaba que él era el lactante al que había criado la diosa, se entiende que fuera quien instituyera la fiesta en lugar de Erecteo. Como además había juegos durante la celebración, se sugirió también que él había sido el inventor del carro de cuatro caballos y que lo había usado para competir en ellos. Un mito astral añade que Zeus quedó tan impresionado con su intento de imitar al dios sol Helios, que viajaba por el cielo en un carro de esas características, cf. p. 573, que se lo llevó a los cielos para convertirlo en la constelación del Auriga. No resulta sorprendente que su esposa tenga el mismo nombre que la esposa de Erecteo: Praxítea, a la que se clasifica entre las ninfas náyades. Juntos tuvieron un solo hijo, Pandión, que le sucedió en el trono de Atenas.[191]

Pandión y sus hijas, Procne y Filomela

Pandión I se unió a su tía materna Zeuxipa, que le dio dos hijos, Erecteo y Butes, y dos hijas, Procne y Filomela.[192] Durante su reinado tuvieron lugar dos historias célebres: la leyenda de Icario, que cuenta cómo entró el vino en el Ática (cf. p. 239), y otra más espantosa: la de Tereo, rey de Tracia, que contrajo matrimonio con una hija de Pandión y luego violó y mutiló a la otra hermana. Pandión recurrió a la ayuda de Tereo cuando se generó una disputa territorial con Lábdaco, rey de Tebas. Después de ganar la guerra con la colaboración de su aliado tracio, le expresó su gratitud ofreciéndole a su hija mayor, Progne, como esposa. Tereo se la llevó a su tierra natal en el norte y allí concibieron un hijo, Itis. Todo fue bien hasta que Progne comenzó a sentirse sola y pidió a su esposo que marchara a Atenas y se trajera consigo a su hermana Filomela. De camino a Tracia, Tereo concibió una pasión violenta por ella y la violó. Para ocultar su crimen, le cortó la lengua y la escondió en un lugar remoto, diciéndole a su hermana que Filomela había muerto en el viaje. Pero Filomela tejió un tapiz en el que contaba sus sufrimientos y se lo hizo llegar a su hermana, que se la llevó a casa y comenzó a maquinar una dura venganza contra Tereo. Mató a Itis, su único

hijo, coció su carne y se la sirvió como comida a su marido sin que él lo supiera. A continuación escapó con Filomela de camino al sur. Tan pronto como Tereo se dio cuenta de qué era lo que estaba comiendo, agarró un hacha y marchó en persecución de las hermanas. Las alcanzó en Daulis, una antigua ciudad de la Grecia central, al este de Delfos. Pidieron ayuda a los dioses, que se apiadaron de ellas y transformaron al perseguidor y las fugitivas en pájaros: Procne quedó convertida en un ruiseñor, Filomela en una golondrina y Tereo en una abubilla (o un halcón).[193]

Aunque las transformaciones siguen esta pauta en todas las fuentes griegas, algunas de las latinas la cambian y presentan a Procne como la golondrina y a Filomela como el ruiseñor.[194] Así sucede también con la versión que se transmitió al Renacimiento, de ahí el uso de Filomela (*Philomel, Philomèle*, etc.) como nombre poético para el ruiseñor. Sin embargo es preferible la versión original, dado que explica el canto quejumbroso del ruiseñor (porque llora por su hijo) y por qué la golondrina pía de manera inarticulada (no tiene lengua, pero continúa intentando contar su historia). En algunas fuentes tardías, el asesinado Itis también acaba transformado en un pájaro, un faisán.[195] De acuerdo con Ovidio, Pandión murió de pena después de enterarse del destino de sus hijas.[196] Aunque siempre se menciona que Tereo es tracio, a veces se dice que era el gobernante de Daulis. Según una tradición Mégara, gobernó en Pagas en la Megáride y se suicidó en Mégara después de que las dos hermanas escaparan a la vecina Ática.[197] Se cuenta también de él que era hijo de Ares,[198] como encaja bien con la naturaleza violenta y las conexiones tracias del dios de la guerra.

Erecteo y su guerra contra Eumolpo y los eleusinos

Después de la muerte de Pandión, sus hijos gemelos dividieron la herencia: Erecteo se hizo con el trono y Butes con el sacerdocio de Atenea y Poseidón (las dos divinidades que tenían culto conjunto en el Erecteion).[199] Butes era el ancestro epónimo de los Bútadas y Eteobútadas, las familias que suministraban los sacerdotes para el culto de Atenea *Polias*, y él mismo tenía un altar propio en el Erecteion.[200] Erecteo se casó con Praxítea, la hija de Frásimo, nieta de Céfiro, el dios-río del Ática. Le dio cuatro hijas, Procris, Oritía, Preusa y Ctonia, y varios hijos entre los que se encontraban un segundo Cécrope, el siguiente rey de Atenas, y Metión, cuyos hijos tomaron el poder al derrocar al nieto de

Erecteo. El ingenioso Dédalo, del que ya se ha hablado, entraba a menudo en la lista de nietos de Erecteo, bien por la vía de Metión, o por vía de otro de sus hijos llamado Eupálamo.[201]

El acontecimiento más notable en el reino de Erecteo fue la guerra entre Atenas y la ciudad de Eleusis, al noroeste de Atenas. Con esta leyenda se explica de qué modo Eleusis, con sus famosos ritos mistéricos (supuestamente originados por la propia Deméter) quedó absorbida dentro de Atenas. La primera aparición de la leyenda es en un fragmento de Eurípides, la tragedia *Erecteo*. Cuando la guerra estalló, los eleusinos solicitaron la ayuda de Eumolpo, hijo de Poseidón, que marchó a Eleusis junto a un gran contingente de guerreros tracios. Ante esta amenaza, Erecteo consultó al oráculo de Delfos y éste señaló que los atenienses vencerían si el rey sacrificaba a una de sus hijas. Cuando dio muerte a la más joven de ellas, a la que a veces se le da el nombre de Ctonia, sus otras hijas se suicidaron, porque todas habían jurado compartir el destino de aquella que fuera la víctima escogida.[202] Hay versiones en las que Erecteo mata a más de una de sus hijas.[203] Aunque venció a los enemigos, como había señalado el oráculo, y mató a Eumolpo en la batalla, la cólera de Poseidón cayó sobre él por la muerte de su hijo. El dios se vengó matando a Erecteo o pidiendo a Zeus que lo fulminara con un rayo. Según Eurípides, Poseidón golpeó la tierra con su tridente después de la batalla, lo que provocó que al rey cayera en un abismo.[204] Tras la derrota, los eleusinos llegaron a un acuerdo de paz con los atenienses: la ciudad quedaría en lo sucesivo bajo dominio de Atenas, pero serían ellos los que administraran los misterios con independencia de Atenas.[205] En época histórica, se le ofrecían sacrificios a Erecteo en el altar que tenía Poseidón en el Erecteion.[206]

Dado que Eumolpo era el ancestro epónimo de los Eumólpidas, la familia que suministró a los sacerdotes que oficiaban los Misterios de Eleusis, resulta difícil de creer que fuera un extranjero proveniente de Tracia. El *Himno homérico a Deméter*, que es la fuente más antigua que tenemos sobre ello, le incluye entre los príncipes de Eleusis a los que instruyó Deméter en sus misterios.[207] En el *Erecteo* de Eurípides también era un tracio, aparentemente un hijo de Poseidón y Quíone, hija de Bóreas, el viento del norte, cuya morada estaba en Tracia (cf. p. 88).[208] Dado que Oritía, la madre de Quíone, era una hija de Erecteo a la que Bóreas había raptado de Atenas (cf. *infra*), el origen de Eumolpo era en parte ateniense a pesar de sus raíces tracias. Para el resto de su historia, tenemos que confiar en Apolodoro, que, directa o indirectamente, debió basarse en la información que suministraba la obra de Eurípides. Después de dar a luz a Eumolpo de Poseidón, Quíone lo tiró

al mar por miedo a la cólera de su padre, pero Poseidón lo rescató y se lo confió a su hija Bentesicime, quien lo crio en Etiopía. Cuando creció, el marido de Bentesicime (cuyo nombre se ha perdido por problemas de transmisión textual) le ofreció como esposa a una de sus hijas, pero después lo mandó al exilio cuando intentó violar a otra de sus hijas. Aunque encontró refugio en su tierra natal junto a Tegirio, rey de Tracia, de nuevo le hicieron partir al exilio cuando se supo que estaba conspirando contra él. Marchó a Eleusis y se quedó allí, manteniendo relaciones amigables con los lugareños, pero Tegirio le reclamó de vuelta cuando Ismaro falleció y terminó por sucederlo en el trono. Una vez que se convirtió en un gran gobernante, los eleusinos reclamaron su ayuda cuando se vieron envueltos en una guerra con su vecino más poderoso.[209] Algunos autores, entre los que se encuentra Isócrates, sugieren que Eumolpo tenía la esperanza de tomar Atenas y que reclamaba esa tierra, ya que realmente pertenecía a su padre Poseidón, no a Atenea (cf. p. 153).[210]

Hay una versión de la leyenda en la que Eumolpo no muere a manos de Erecteo, sino que sobrevive a la batalla y regresa a Eleusis, donde preside sobre los misterios. En ella, su hijo Imarado (quizá Ismaro) es la víctima de Erecteo.[211] Eumolpo aparece a menudo en las fuentes más tardías como el fundador de los Misterios de Eleusis,[212] aunque algunos mitógrafos afirman que hubo dos personajes que llevaron ese mismo nombre: el que fundó los misterios y el que comandó la guerra contra Atenas después.[213] A veces se cuenta que los atenienses ofrecieron a Ion la comandancia de su ejército en la guerra contra Eumolpo.

La historia mencionada antes sobre la muerte de las hijas de Erecteo suministraba la explicación mítica al origen de las Jacintidas, un grupo de heroínas o de diosas menores a las que se rendía culto en el Ática. Había una historia alternativa en la que se contaba que las Jacintidas eran las cuatro hijas de un espartano llamado Jacinto (al que no hay que confundir con el favorito de Apolo) que había vivido en el Ática. Cuando esta región se vio azotada por una plaga y una hambruna durante la guerra contra Minos (cf. p. 447), los atenienses habían dado muerte a las hijas de Jacinto sobre la tumba del cíclope Geresto (desconocido en otras fuentes) en obediencia a un antiguo oráculo. En esa ocasión, como hemos visto, el sacrificio no logró conseguir su propósito.[214] Quizá esta historia explicaba por qué se las conocía como las Jacintidas debido a que eran las hijas de Jacinto. En la otra historia, la que cuenta que eran hijas de Erecteo, se explica que recibieron ese nombre porque habían muerto en una colina llamada Jacinto.[215] Si todas las hijas de Erecteo encontraron la muerte en las circunstancias mencionadas antes, esta historia se concilia mal con las siguientes tradiciones que narran que las hijas de Erecteo concertaron magníficos matrimonios.

Las hijas de Erecteo y la leyenda de Céfalo y Procris

Las vidas de dos de las hijas de Erecteo no tienen nada de excepcional: Ctonia se casó con su tío Butes,[216] y Preusa con Juto, hijo de Helena, y se convirtió en la madre de Ion y Aqueo (cf. p. 528). Eurípides otorga a Preusa una historia más novelesca en el *Ion*, al sugerir que tuvo a Ion con Apolo antes de casarse, pero lo abandonó en una gruta de la Acrópolis y casi lo mata cuando Juto lo adoptó a instancias del oráculo de Delfos (cf. *infra* pp. 529-530).

Bóreas, el viento del norte, se llevó consigo a Oritía mientras esta jugaba en las riberas del Iliso, a las afueras de Atenas. En el *Fedro* de Platón se encuentra una descripción del lugar. En otras narraciones se la llevó de la Acrópolis o del Areópago. Como señala Platón, se podía explicar el mito fácilmente en términos racionales si se pensaba que había sido empujada desde una altura por una ráfaga de viento. Bóreas se la llevó consigo a su helada morada en Tracia, en donde tuvieron dos hijos, Cetes y Calais, conocidos como los Boreadas, y también dos hijas, Quíone (Mujer nieve), la madre de Eumolpo, y Cleopatra, que fue la primera esposa del adivino tracio Fineo (cf. p. 504).[217] Los Boreadas tenían alas y podían volar por el aire como su padre, para el célebre mito de su persecución de las Harpías, cf. p. 505. Los atenienses se sentían orgullosos de su relación especial con Bóreas, quien se suponía que más de una vez había acudido en su ayuda cuando se encontraban en una situación de peligro. Cuando estaban bajo la amenaza de la flota persa en el 480 a.C., un oráculo les avisó de «pedir la ayuda de su yerno»: como Bóreas se había llevado a la princesa ateniense como esposa, les ofrecieron sacrificios al dios viento y a su consorte. Su respuesta fue provocar una fuerte tormenta que destruyó una gran parte de la armada persa al sur de Tesalia. Un golpe de fortuna similar, doce años antes, hizo que la flota de Darío recibiera el ataque de una tormenta en las inmediaciones de Atos, lo que se atribuyó también a la ayuda del dios del viento.[218] Sin duda esta clase de historias contribuyó a la popularidad de la leyenda local del rapto de Oritía, que a menudo aparece en la pintura de vasos ateniense.

Procris, la otra hija de Erecteo, se casó con Céfalo, hijo de Deyón (o Deyoneo), hijo de Eolo (cf. p. 564), que provenía de la Grecia central, y vivieron juntos en el campo, en las afueras de Atenas. Hay varias versiones acerca de su problemático matrimonio. En la que conservamos de Ferécides, Céfalo la sometió a una extraña prueba al poco de casarse abandonándola durante ocho años y luego volviendo disfrazado para ver si podía seducirla ofreciéndole unos vestidos lujosos. Aunque ella se rindió ante la tentación, ambos dejaron de lado

sus diferencias y continuaron su vida marital. Con el tiempo, ella comenzó a sospechar que él se veía con otra mujer, ya que frecuentemente se marchaba de cacería. Cuando preguntó a un sirviente, confirmó sus sospechas y le dijo que había visto a su señor en lo alto de una colina exclamando repetidamente: «Ven, Nefele». Pensando que estaba llamando a una mujer de nombre Nefele (Nube), aunque en realidad él estaba pidiendo una sombra que le protegiera del sol, Procris se escondió en esa misma colina para espiar sus actos. Cuando él repitió la llamada que le había descrito el sirviente, ella se dirigió a la carrera contra él, dándole tal susto que, de manera instintiva, la golpeó con su lanza y la mató.[219]

En otras narraciones, se cuenta que Procris se marchó de casa por un tiempo después de que su esposo la sorprendiera cometiendo adulterio o la tendiera una trampa con ese mismo fin. De acuerdo con Apolodoro, un tal Pteleón logró seducirla por medio de una corona de oro y ella se marchó bajo la protección de Minos una vez que su marido la descubrió. Minos se enamoró de ella y pretendió seducirla, pero su esposa Pasífae estaba tan harta de sus continuas infidelidades que le había conjurado con un hechizo para que eyaculara bestias salvajes (o serpientes, escorpiones y ciempiés según otra fuente) si se volvía a acostar con otra mujer, lo que tuvo un efecto fatal sobre ella. Después de que Minos le diera dos maravillosos presentes, un veloz perro y una lanza que siempre alcanzaba su objetivo, y de que Procris hallara una cura para su mal mediante una poción mágica que contenía la «raíz circea», se acostaron juntos. Temerosa de los celos de Pasífae, regresó a continuación a Atenas, llevándose los regalos de Minos y volviendo con su marido. A ambos les gustaba salir de caza juntos. Un día, mientras buscaban presas en una zona de matas, Céfalo arrojó su jabalina (presumiblemente la que ella había traído de Creta) sin darse cuenta de que era Procris y la mató. Se le juzgó por asesinato en el tribunal del Areópago y se le condenó a exilio perpetuo, en lugar de a muerte, como habría sido si se hubiera tratado de un asesinato. Él escogió asentarse en Tebas.[220] En un poema del ciclo épico, se marcha a Tebas para purificarse del crimen accidental y puede servirse del maravilloso perro que había traído Procris de Creta para cazar a la zorra de Teumesia (cf. p. 325).[221] Esto podría sugerir que el cuento sobre el viaje de Procris a Creta era muy antiguo. Asimismo, es significativo que Homero mencione a una Procris en compañía de Fedra y Ariadna (las hijas de Minos) entre las mujeres que se encontró Odiseo en el mundo subterráneo.[222] La historia de la muerte de Procris aparece por vez primera en las artes visuales en la segunda mitad del siglo v a.C.

Una nueva complicación aparece si se identifica a este Céfalo con el Céfalo que fue raptado por Eos (seguramente son distintos y este último era hijo de Hermes y Herse, cf. p. 478, en lugar de hijo de Deyón), aunque parece que esta innovación es obra de Nicandro. Podemos empezar con la famosa versión de Ovidio en las *Metamorfosis* antes de pasar a la de Antonino, que seguramente sigue más de cerca la de Nicandro, aunque no indique su fuente. La diosa de la aurora rapta a Céfalo dos meses después de la boda de éste, según Ovidio, pero él se lamenta con tanta pasión por la pérdida de su esposa que la diosa pierde la paciencia y lo devuelve junto a ella. Encolerizada por el desprecio de Céfalo, Eos hace que comience a dudar de la fidelidad de su esposa y transforma su aspecto en el de un extraño para ponerla a prueba. Él le promete una fortuna a cambio de sus favores, ella cede a la tentación y entonces Céfalo descubre su identidad. Avergonzada y resentida contra el sexo masculino por el comportamiento de su esposo, se marcha y comienza a vagar por las montañas como cazadora. Atormentado por su ausencia, Céfalo intenta reconciliarse con ella y reconoce que también habría caído ante la tentación. Ella vuelve con él y trae de regreso dos presentes maravillosos: un veloz perro y una lanza mágica que le había regalado Ártemis. De manera similar a la historia que cuenta Ferécides, llega a oídos de ella que Céfalo solía llamar a Aura cuando estaba de cacería y comienza a pensar que tiene tratos con una ninfa de ese nombre, aunque lo que realmente pide él es una brisa fresca (*aura*). Ella se esconde en el campo para espiarlo y, cuando él escucha un ruido que proviene de donde está ella, arroja la lanza en esa dirección, pensando que allí se esconde un animal salvaje.[223]

El comienzo de la versión de Antonino Liberal es más o menos semejante, con la excepción de que Céfalo pide a uno de sus amigos que ponga a prueba la virtud de su esposa después de que él fuera raptado por un tiempo. En un primer momento, ella rechaza el oro que se le ofrece; mas cuando el pretendiente dobla la cantidad, ella accede a yacer con él y su esposo la descubre cuando ella llega a la cita. Avergonzada, lo abandona y busca la protección de Minos en Creta. Como en la versión de Apolodoro citada antes, se gana sus favores al ayudarle a superar su extraño problema sexual; pero aquí el origen de la angustia de Pasífae no radica en impedir que se acueste con otras mujeres, sino en posibilitar que genere hijos de su esposa. Procris le ayuda haciendo una vagina de mujer con una vejiga de cabra para que eyacule en ella las serpientes, escorpiones y ciempiés, y luego pueda acostarse normalmente con su mujer. Capaz ya de engendrar hijos con su esposa, en agradecimiento, Minos le regala un perro y una lanza infalibles. Ella regresa al Ática y pone a Céfalo a prueba: se corta el pelo y se viste

de hombre. Se acerca a él bajo este aspecto y le enseña su maravilloso perro y su lanza. Es tal el ansia de poseerlos que surge en Céfalo que accede a tener una relación homosexual con el extranjero a cambio de que se los entregue. Procris entonces le muestra su identidad y le acusa de cometer una falta aún mayor. Como fin de la historia Antonino cuenta que se sirvieron del perro para cazar a la zorra de Teumesia sin hacer referencia alguna a la muerte de Procris.[224]

Terminaremos esta sección con la versión de Higino. Eos aborda a Céfalo mientras él está de caza una mañana, pero él la rechaza y le dice que ha jurado fidelidad a su esposa. La diosa transforma entonces su aspecto y le da unos hermosos regalos que sirven para probar la fidelidad de su esposa. Procris sucumbe a la tentación, como en las versiones anteriores, y se marcha a Creta, donde intenta unirse a la montería de Ártemis. Mas la diosa sólo acepta vírgenes como acompañantes. No obstante, cuando Procris le cuenta su historia a la diosa, ella se apiada de la mortal y le regala un perro y una lanza infalibles y la envía de vuelta al Ática para poner a prueba a Céfalo, lo que sucede en los términos de la versión anterior. La pareja reanuda su vida conyugal en el momento en que las faltas quedan niveladas, y todo habría ido por buen camino si Procris no hubiera empezado a sospechar que su marido se estaba viendo con Eos en secreto. Un día que ella le espía escondida entre unos arbustos al alba, él, al ver que algo se mueve, arroja la lanza infalible y la mata sin saber que era su esposa.[225]

Los últimos reyes de Atenas

Continuando con la artificial historia de la sucesión en Atenas que desarrollaron los atidógrafos, el sucesor de Erecteo fue su hijo Cécrope II, quien o bien heredó el trono por ser el hijo mayor o bien lo consiguió por intercesión de Juto, hijo de Helena (cf. p. 538).[226] A este segundo Cécrope, inventado por motivos cronológicos, le sucedió asimismo su hijo Pandión II, al que sus primos, los hijos de Metión, obligaron a marchar al exilio. Se refugió con Pilas, rey de la vecina Mégara, que le ofreció a su hija, Pilia, como esposa. Cuando el propio Pilas se vio obligado a marchar al exilio después de dar muerte a su tío, puso el reino en las manos de su yerno ateniense. En Mégara, Pandión tuvo cuatro hijos: Egeo, Palas, Niso y Lico, quienes reconquistaron Atenas después de la muerte de su padre y expulsaron a los usurpadores. Egeo se quedó con todo el poder, ante el creciente descontento de Palas, que posteriormente con la ayuda de sus 50 hijos intentó un golpe de mano, pero Teseo lo derrotó (cf. pp. 466-467).[227] De Lico se decía que tenía poderes

proféticos y era el ancestro de los Licomides, un importante clan sacerdotal de Atenas. Egeo terminó por expulsarlo de Atenas y acabó viviendo en Mesenia con Afareo (cf. p. 549), al que instruyó en los misterios de Deméter y Perséfone, o quizá en Licia, en Asia Menor, de donde proviene el nombre de esa tierra (cf. p. 457).[228] Niso, según las fuentes, gobernó en Mégara como sucesor de su padre.[229] Su hija Escila lo traicionó cuando Minos atacó Mégara y Atenas (cf. p. 445).

Ya se ha hecho mención de las aventuras de Egeo y Teseo. Por razones que han sido expuestas, Menesteo, hijo de Peteo, expulsó del poder a Teseo. Menesteo tenía pretensiones legítimas al poder ya que era descendiente de Erecteo por una rama de la familia real ateniense. Dado que Teseo se encontraba en el mundo subterráneo cuando Menesteo tomó el poder, sus dos hijos, Demofonte y Acamante, tuvieron que buscarse refugio y protección en Eubea junto a Eléfenor, rey de los Abantes. Menesteo es una figura antigua que aparece en la *Ilíada* como el comandante del contingente ateniense en Troya y entre quienes buscan Helena en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo.[230] Aunque Homero señala que nadie le podía igualar en la conducción de carros y en la lucha, y que sólo Néstor podía hacerle sombra, no es un héroe principal en la *Ilíada* y únicamente aparece en pocas y breves escenas de batalla.[231] Ya fuera porque murió en la guerra de Troya o porque se quedara en Melos, Sicilia, o incluso en la península Ibérica, no llegó a volver a Atenas después de terminada la guerra, lo que permitió que los hijos de Teseo recuperaran el trono.[232]

Teseo murió en el exilio antes de la guerra de Troya, al poco de escapar del mundo subterráneo (cf. p. 473). Aunque sus hijos Demofonte y Acamante no aparecen en la épica homérica, se sabe que tenían su papel en dos poemas épicos posteriores sobre el ciclo troyano, la *Pequeña Ilíada* y el *Saqueo de Troya*, en los que se contaba cómo rescataron a su abuela Etra al fin de la guerra. De acuerdo con la tradición posterior más corriente, navegaron a Troya antes del final de la guerra con esa intención. Como se ha contado antes, Etra fue raptada por los Dioscuros cuando llegaron al Ática para rescatar a Helena, a la que a su vez había raptado Teseo (cf. p. 472), y estaba obligada a servir a Helena, primero en Esparta y luego en Troya. Cuando los griegos tomaron Troya, sus nietos la buscaron por toda la ciudad y la encontraron entre los prisioneros. Le pidieron entonces a Agamenón que les permitiera llevarla de vuelta a Atenas.[233] No hay acuerdo en si los dos hermanos gobernaron en Atenas o, según la mayoría de las versiones, sólo lo hizo uno de ellos. Las posclásicas señalan que uno de ellos perdió la vida después de entablar una relación con una princesa tracia en el camino de regreso.

Esta princesa era Filis, la hija del rey de los bisalcios (o edonios), pueblo del suroeste de Tracia. Según Apolodoro, se enamoró de Demofonte cuando recaló en su tierra, y su padre se la entregó como esposa y le dio el reino en dote. Él pretendía navegar de vuelta a casa después de un tiempo y, a pesar de sus ruegos, se hizo a la mar prometiéndola que regresaría. Ella lo acompañó hasta la costa de los Nueve Caminos y le entregó un cofre. Según le dijo, el cofre contenía un objeto consagrado a la madre Rea y no debía ser abierto a menos que él perdiera toda esperanza de regresar con ella. Cuando el tiempo señalado para su regreso pasó, Filis lo maldijo y se suicidó. Su desleal esposo, que por alguna razón se encontraba en Chipre, abrió el cofre y le sobrevino tal terror que se subió a su caballo y se puso a galopar a tal velocidad que se cayó y se clavó su propia espada.[234] En otras versiones esto le sucede a Acamante, no a Demofonte, lo que resulta más plausible dado que se le menciona antes que a su hermano en este papel y además tenía ciertas conexiones con Tracia. Esquines, el orador ateniense del siglo IV a.C., señala que se le entregó la ciudad de Nueve Caminos (*Ennea Hodoi*) como dote.[235] Éste era el nombre original de Anfípolis, una ciudad de la costa de Tracia colonizada por los atenienses en el 437 a.C. Algunos señalaban que el nombre de Nueve Caminos provenía del hecho de que Filis había corrido nueve veces a ese lugar de la playa el día en que su esposo debía regresar.[236] Parece que una obra perdida de Calímaco contribuyó a la popularidad de este cuento.[237]

El nombre de Filis que, de hecho, es el de una región de Tracia, recuerda a la palabra griega para «hojas» (*phylla*) y su leyenda explicaba por qué las hojas recibían ese nombre. Los árboles que surgieron en la tumba de Filis lloraban año tras año para conmemorar el día de su muerte despojándose de sus hojas, por lo que recibieron ese nombre.[238] En otra versión, después de su suicidio, Filis fue transformada en un almendro que en un principio no tenía hojas, pero éstas brotaron por primera vez cuando su desleal esposo (Demofonte en este caso) abrazó el tronco del árbol tras su tardío regreso.[239]

Según una narración de origen helenístico, Acamante engendró un hijo de Laódice, una de las hijas no desposadas de Príamo, cuando viajó a Troya con Diomedes antes de la guerra para intentar negociar el regreso de Helena. Después de enamorarse perdidamente de él, Laódice se las arregló para que lo invitaran a un banquete en Dárdano, una ciudad de la Tróade, y se metió en su lecho haciéndose pasar por una de las concubinas de Príamo. Ella engendró un hijo, Múnito, al que crio su bisabuela Etra. Múnito se reunió con su padre después de la caída de Troya

y marcharon juntos a Atenas, pero murió a causa de una mordedura de serpiente durante una montería en Tracia. Para Laódice, cf. pp. 618-619.[240] Una tradición mítica sugería que Demofonte y Acamante pelearon en Troya junto a Elefénor y los eubeos y que acudieron a la guerra en cuanto ésta comenzó.[241]

Si Demofonte terminó reinando en Atenas, sus sucesores fueron su hijo Oxintes y después su nieto Timetes, el último descendiente de Erictonio y Teseo que gobernó en Atenas.[242] Durante el reinado de este último, se produjo una guerra entre el Ática y Beocia y los beocios propusieron que los reyes deberían enfrentarse en un combate singular para dirimir su final. Timetes no era muy valiente y no quería enfrentarse al riesgo, por lo que anunció que entregaría el trono a cualquiera que quisiera combatir en su lugar. Fue Melanto quien asumió la tarea, un descendiente de Neleo al que los Heraclidas habían expulsado de Pilos junto al resto de su familia (cf. p. 381 para las circunstancias) y al que los oráculos habían señalado que se marchara a vivir a Atenas. Melanto ganó el combate sirviéndose de una artimaña. Cuando se acercaba a Jantio (o Janto), el rey de Beocia, le acusó de hacer trampas y de traerse a otro guerrero consigo. Cuando el rey, sorprendido, miró atrás para ver si realmente había alguien, Melanto arrojó su lanza y lo mató. Se dice que los atenienses celebraron la victoria instituyendo el festival anual de las Apaturias, nombre que se podía explicar en relación con el engaño (*apate*).[243] Otra versión no hace referencia al engaño y dice que Melanto increpó a su oponente porque vio un fantasma detrás de él. De acuerdo con una tradición diferente, consiguió el poder en Atenas después de matar a Timetes.[244]

A Melanto le sucedió su hijo Codro, del que se decía que había sido el último rey de Atenas. Durante su reinado, Aletes, el primer heraclida que gobernó en Corinto (cf. p. 381), marchó en armas contra la ciudad cuando recibió un oráculo que le prometía la victoria si el rey de Atenas resultaba ileso. Cuando Codro se enteró del oráculo, sacrificó su vida por la salvación de la ciudad entrando en el campamento enemigo disfrazado de leñador, y haciendo que uno de los guerreros lo matara. Tan pronto como los dorios se dieron cuenta de quién era el muerto, abandonaron toda esperanza de victoria y se retiraron. Los atenienses decidieron no tener más reyes después de Codro como homenaje a su incomparable patriotismo. Su hijo Medonte se convirtió, por tanto, en el primer arconte de Atenas, o al menos en un gobernante con competencias restringidas.[245] Para el enfrentamiento de Medonte con su hermano Neleo y la emigración jonia a Asia Menor, cf. p. 532.

Capítulo XI
Jasón y los Argonautas

Aparte de las Guerras Tebanas, que se han tenido en cuenta por su relación con la historia de los descendientes de Ínaco, hubo otras dos grandes aventuras en el período anterior a la guerra de Troya en las que participaron destacados héroes de diferentes partes de Grecia, como fueron el viaje de los Argonautas y la caza del jabalí de Calidón. Los padres de muchos guerreros homéricos se encontrarían entre los héroes que tomaron parte en estas dos empresas, que se pueden rastrear hasta un período un poco anterior a las Guerras Tebanas y que involucraron a un mayor número de participantes. Si las Guerras Tebanas estallaron como resultado de un conflicto dentro de la familia de Ínaco, estas otras aventuras estuvieron relacionadas con los Deucaliónidas, la próxima gran familia que habremos de tener en cuenta, puesto que los que participaron fueron conducidos bajo mando deucaliónida a causa de las dificultades que habían surgido en diferentes ramas de aquella familia. Aunque los primeros relatos épicos de la expedición argonáutica se han perdido, igual que en el caso de las guerras tebanas (y como en la caza del jabalí), sabemos más sobre ésta que sobre los otros episodios, ante todo porque una narración épica de la época helenística, las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, ha sobrevivido íntegra y con escolios (antiguas notas aclaratorias) que ofrecen una información inestimable sobre la tradición antigua y el saber popular sobre los Argonautas en general. Como la historia de los Deucaliónidas es excepcionalmente complicada y la mitología de los Argonautas tan rica y de tan profundo interés, será mejor tratar por separado esta última en este capítulo antes de que pasemos a examinar la historia completa de los descendientes de Deucalión en el siguiente.

El origen del vellocino de oro

El mito de los Argonautas cuenta cómo Jasón, hijo de Esón, partió con una tripulación de cincuenta héroes para hacerse con el vellocino de oro de la

Cólquide, en el extremo oriental del mar Negro, por orden de su tío Pelias, rey de Yolcos. Antes de pasar a la expedición en sí, debemos tratar el origen y la naturaleza del objeto de la búsqueda de Jasón, y las razones de Pelias para enviarlo a esta peligrosa aventura.

El vellocino de oro provenía de un carnero maravilloso que había puesto a salvo a un joven príncipe beocio, Frixo, en la Cólquide, después de que su madrastra hubiese conspirado para causar su muerte. Su padre Atamante, a quien ya habíamos encontrado como padre adoptivo de Dioniso niño (cf. p. 234), era famoso por sus enrevesados asuntos maritales, que se discutirán más a fondo en el próximo capítulo (cf. pp. 456 y ss.). De acuerdo con la tradición más extendida, se casó primero con Néfele (Nube, parece ser que una diosa menor), que le dio dos hijos: Frixo y Hele; pero más tarde la abandonó (o fue abandonado por ella) y volvió a casarse, esta vez con Ino, una hija de Cadmo, rey de Tebas. Como suele ocurrir con las madrastras en el folclore, a Ino no le gustaban los hijos que él había tenido con su esposa anterior, y los odiaba con tanta intensidad que se propuso conseguir su muerte. Con la indudable pretensión de que sirviera como hechizo de ayuda, persuadió a mujeres del lugar para que tostasen sobre el fuego el grano de siembra para el año siguiente sin que lo vieran los hombres; y cuando el grano no germinó a causa de este tratamiento, Atamante reaccionó como ella había previsto: mandando un enviado (o varios) a Delfos en busca del consejo del oráculo. Ino interceptó al enviado (o a los enviados) por el camino y le (o les) sobornó para que dijese al rey que el oráculo había revelado que la hambruna llegaría a su fin si Frixo (y también su hermana Hele según algunos relatos) era sacrificado a Zeus. A pesar de la oposición natural de Atamante a ordenar la muerte de su hijo, al final accedió a hacerlo por la insistencia de su pueblo. Según otra versión, Frixo resolvió el asunto por su cuenta al presentarse voluntario para ser sacrificado en aras del bien común. Sin embargo, cuando lo estaban llevando al altar, su madre Néfele intervino llevando o enviando un carnero de vellón dorado que lo puso a salvo sobre su lomo. Se trataba de una bestia portentosa que le había dado Hermes y que podía surcar los cielos.[1] Tomó a Hele además de a su hermano, tanto si ella tenía que ser sacrificada como si no, se elevó con ellos por los aires y se dirigió hacia el este. Pero cuando se estaba acercando a Asia, Hele perdió su asidero y cayó en el angosto estrecho que separa Europa de Asia, que así se conoció como Helesponto (mar de Hele) de entonces en adelante.[2] Por su parte Frixo llegó todavía más lejos y el carnero aterrizó en la Cólquide, en la punta este del mar Negro. En agradecimiento por su liberación, sacrificó el carnero a Zeus *Phyxios* (dios de la Huida), y después obsequió su vellocino de oro al gobernante local, Eetes.[3]

Eetes era hijo de Helios (el Sol) y de la oceánida Perse o Perseis, y hermano de la hechicera Circe.[4] Aunque era un déspota con el corazón de piedra y por lo común poco amistoso con los extranjeros, quedó impresionado con el prodigioso regalo del vellón y dio la bienvenida a su corte a Frixo, además de ofrecerle a su hija Calcíope (o Iofossa) como esposa. Frixo tuvo cuatro hijos con ella: Argos, Melas, Frontis y Citísoro,[5] y vivió en la Cólquide sin mayores sobresaltos hasta que murió de viejo.[6] En la épica argonáutica de Apolonio, como veremos, sus hijos partieron hacia Grecia cuando fueron bastante mayores con la esperanza de recobrar la herencia de su abuelo, pero naufragaron en una isla del mar Negro, donde permanecieron hasta que los recogió Jasón y los llevó de vuelta a la Cólquide.[7] En vista de que su divino padre le había advertido que se cuidara de la traición dentro de su propia familia, Eetes se puso muy receloso cuando los vio llegar acompañados de extranjeros, y ésta fue una de las razones por las que mostraba tanta animadversión contra los Argonautas.[8] En cualquier caso era célebre su naturaleza severa y desconfiada; de hecho, según Apolonio, nunca habría aceptado a Frixo en su corte de buenas a primeras si Hermes no hubiera acudido a advertirle que era la voluntad de Zeus.[9]

El rey dedicó el vellocino de oro a Ares, y lo suspendió de un roble en la arboleda de Ares cerca de su ciudad de Ea, donde lo vigilaba un dragón que no dormía.[10] En otros relatos Frixo lo colgó en el templo de Ares en la ciudad,[11] o lo custodiaban en el palacio de Eetes,[12] o incluso estaba depositado en la isla de Ea en el río Fasis.[13] El mismo carnero voló hacia los cielos o fue llevado allí por Néfele para convertirse en la constelación del Carnero (Aries), y como el animal había sido privado de su pelo reluciente, esta constelación, la primera del zodiaco, es en extremo tenue.[14]

La historia del origen del vellocino varía en mayor o menor medida en las diferentes versiones. En un relato de los hechos en Beocia, por ejemplo, el enviado que llevaba el falso mensaje a Atamante sentía tal compasión por Frixo cuando vio que lo conducían al sacrificio que en el último momento delató la conjura de Ino ante el rey. Al enterarse de la traición de su mujer, Atamante ordenó que ella y su hijo Melicertes fuesen ejecutados; pero Dioniso, que estaba en deuda con Ino porque le había amamantado durante su infancia, la salvó al condensar niebla alrededor de ella.[15] En lo que en apariencia era una continuación de la misma historia, Dioniso volvió locos a Frixo y a Hele, pero como siempre fueron rescatados por su madre Néfele, que les llevó el carnero de vellón dorado mientras ellos vagaban por un bosque en estado de frenesí.[16] En otra versión del mito, Frixo y Hele fue-

ron arrojados al mar en vez de ser llevados a un altar, y los salvó el carnero de manera muy similar a las anteriores.[17] Además hay versiones en las que Zeus enviaba el animal para impedir que el sacrilegio se llevara a cabo,[18] o bien el carnero se dirigía a Frixo y Hele con voz humana para advertirles de que iban a ser sacrificados, y les pedía que subieran a su lomo.[19] Las versiones racionalizadas explican que el animal era en realidad un barco que tenía un carnero como mascarón de proa,[20] o un hombre llamado Crío (Carnero) que era criado de Atamante o el educador (*paidagogos*) de Frixo.[21] Otras veces se decía que Hele había sido rescatada por Poseidón tras caer al Helesponto; en este caso ella poco después le daba un hijo al que se le han puesto distintos nombres: Edono (epónimo de los edones de Tracia), Peón (epónimo de Peonia, región al norte de Macedonia; cf. además pp. 535-536) o el gigante Almopes (epónimo de un distrito en Macedonia).[22]

Higino refiere un relato bastante insensato, sin duda de origen helenístico, concebido para explicar el origen del carnero de vellocino de oro. Una tal Teófane, hija de Bisalte (o quizá tan sólo una bisaltia de Tracia en la narración original), provocó el amor de Poseidón, que se la llevó a la isla de Crumissa (*sic,* de localización incierta). Cuando sus pretendientes partieron en su busca, el mismo Poseidón se transformó en un carnero y convirtió a la hermosa doncella en una oveja y a la gente de la isla en ganado. Al encontrar la isla desierta, los pretendientes empezaron a matar a los recién transformados isleños para comer, lo que provocó que Poseidón los convirtiera en lobos. Después Poseidón y Teófane se aparearon en su forma animal, de manera que ella concibió el carnero maravilloso.[23] Parece ser que Ovidio estaba familiarizado de alguna manera con esta versión, pues menciona de pasada que Poseidón una vez «engañó a Bisaltis con un carnero».[24] De acuerdo con Apolonio, el animal tenía el vellón dorado porque Hermes (del que solía decirse que había entregado la bestia a Néfele) lo había transformado en oro.[25]

A pesar de que Apolonio mantiene que Frixo murió de viejo, otro relato sugiere que al final Eetes lo asesinó después de recibir la advertencia profética de que temiera la mano de un extranjero descendiente de Eolo.[26] Después de naufragar y de ser rescatados por los Argonautas cuando intentaban llegar a Grecia por primera vez, los hijos de Frixo alcanzaron su patria ancestral acompañando a los Argonautas en su viaje de regreso.[27] En una tradición se sostiene que Argos, hijo de Frixo, desposó a Perimele, hija de Admeto, para convertirse en padre de Magnes,[28] epónimo de Magnesia (pero cf. también p. 565). Si este Argos es identificado con el Argos que construyó la *Argos,* como en la versión de Ferécides[29] aunque no así en muchas otras (cf. pp. 499-500), es obvio que debía de haber estado en Grecia antes de que los Argonautas partieran. Puede consultarse a Heródoto para una leyenda en la que Citisoro, otro hijo de Frixo, rescataba a su abuelo Atamante cuando los

ciudadanos de Alos, en la Tesalia aquea, estaban a punto de sacrificarlo como chivo expiatorio.[30]

De cómo Jasón llegó a ser enviado a esta búsqueda

La aventura de Frixo con el carnero proporcionaría a los Argonautas un objetivo apropiado para su búsqueda. Para entender por qué Pelias, el rey de Yolcos, habría pedido a su sobrino Jasón que emprendiese la peligrosa misión de ir a por el vellocino de oro a la Cólquide, hay que tener en cuenta la historia anterior de Yolcos y de la familia gobernante. Esta ciudad tesalia, situada cerca de la costa en la cabeza del golfo Pagasítico, fue fundada por Creteo, hijo de Eolo y bisnieto de Deucalión (cf. p. 552). Creteo se casó con su sobrina Tiro y tuvieron tres hijos, entre ellos Esón, del que en circunstancias normales se habría esperado que lo sucediera en el trono al ser el mayor; pero como Tiro había tenido gemelos con Poseidón antes de su matrimonio, uno de ellos, Pelias, accedió al trono de Yolcos en su lugar, y Esón y su hijo Jasón fueron excluidos de la herencia.[31]

Pelias vino a nacer y llegó al poder en las siguientes circunstancias. Cuando Zeus destruyó a Salmoneo junto con toda su ciudad (cf. p. 548), éste prescindió de su hija Tiro y la confió al cuidado de Creteo en Tesalia. Después de llegar a su nuevo hogar, Tiro se apasionó con el dios de un río local, Enipeo, y solía demorarse junto a sus aguas, hablándole de su amor. Su comportamiento llamó la atención de un dios mucho mayor, Poseidón, que la sedujo con la apariencia de Enipeo y tuvo relaciones sexuales con ella en la orilla del río, haciendo que una ola formara un arco sobre ellos para que los ocultara de la vista. Como resultado de esta unión, ella dio a luz hermanos gemelos: Pelias y Neleo.[32] De acuerdo con el relato más temprano en la *Odisea*, del que se ha tomado la descripción anterior del episodio, Poseidón le ordenó que criara a los niños ella misma; pero en la tradición posterior más aceptada se decía que los abandonó después de que nacieran. Fueron rescatados por unos campesinos, como siempre les sucede a los niños heroicos en estas circunstancias, en este caso criadores de caballos, que le pusieron su nombre a Pelias porque un caballo le había golpeado en la cara un poco antes y le había dejado un cardenal (*pelion*).[33] Hay quien dice que fueron amamantados por animales hasta que los descubrieron, Pelias por una yegua y Neleo por una perra.[34] Sófocles parece haber ofrecido una versión bastante distinta en su obra perdida *Tiro*, en la que decía que dejaron a los gemelos flotando en el río dentro de un recipiente de algún tipo (*ska-*

phe), igual que a Rómulo y Remo en Roma (cf. p. 764).[35] Cuando los gemelos crecieron, redescubrieron a su madre y la rescataron de su madrastra Sidero (mujer de hierro), que había estado maltratándola durante todo ese tiempo. Aunque a veces se describe a Sidero como segunda esposa del padre de Tiro, Salmoneo,[36] tendría más sentido asumir que fue la primera esposa de Creteo durante el período en que él aún actuaba como guardián de Tiro, antes de que la hiciera su esposa. De cualquier forma, Pelias terminó con Sidero en circunstancias que tendrían relación con la historia de los Argonautas, pues la mató salvajemente en un altar de Hera después de que ella se hubiese refugiado allí, y agravó su falta cuando, desde entonces, dejó de honrar a la diosa.[37] Hera lo odiaba por ello e hizo todo lo que pudo para ayudar a Jasón y los Argonautas. En una versión más temprana de esta historia, como veremos, incluso se las ingenió para que Pelias enviara a Jasón a la misión, porque sabía que al final esto provocaría la propia destrucción de Pelias.

Los dos hermanos discutieron tiempo después, y Pelias hizo que Neleo se fuera de Tesalia y buscara refugio en Mesenia (cf. p. 550).[38] Él permaneció en Yolcos, donde disfrutaría de una posición honorable como hijastro del fundador después del matrimonio de su madre con Creteo, y subió al trono tras la muerte de Creteo incluso a pesar de que el rey hubiese engendrado sus propios hijos con Tiro. El hecho de que Pelias llegase a gobernar la ciudad en lugar de Esón, el hijo mayor de Creteo, no implica por necesidad que tomara el trono de manera ilegítima, porque los hijos nacidos de los dioses y de las viudas de los reyes en la leyenda pueden considerarse herederos legítimos de aquellos reyes; y al menos en una versión anterior de la leyenda de Pelias, ni Esón ni Jasón planteaban reclamación alguna sobre su trono, y Hera conseguía, por sus propias razones, que Pelias enviara a Jasón a buscar el vellocino. Comenzaremos por esta primera versión, que se conoce por un pasaje superviviente de Ferécides y la narración correspondiente de Apolodoro (que se basa en apariencia en la de Ferécides). Pelias reinaba como sucesor de Creteo en Yolcos, ciudad de origen de Jasón, que prefería vivir fuera de allí, en el campo, porque sentía pasión por la agricultura. No hay razón para suponer que temía por su seguridad igual que en la otra versión conocida de la historia, en la que (como veremos) sus padres lo enviaban al campo nada más nacer como medida de protección. Cuando tuvo su fatídico encuentro con Pelias en Yolcos, Jasón había vuelto para asistir a un sacrificio en respuesta a un llamamiento general del rey más que con la intención de emprender nada contra él. Pues una vez que Pelias tuvo la intención de ofrecer un sacrificio a Poseidón a la orilla del mar, convocó a todos los ciudadanos

para que asistieran, incluido Jasón, que recibió el mensaje mientras araba sus campos junto al río Anauro. Se quitó las sandalias para cruzar el río, pero olvidó volver a calzarse la izquierda al llegar a la orilla opuesta (o bien la perdió en la corriente). Pelias había recibido en una ocasión un oráculo que le advertía de que tuviera cuidado con el hombre con una sola sandalia, así que cuando vio llegar a Jasón a la ceremonia con un pie descalzo, rememoró la profecía y quedó del todo alarmado. Al día siguiente invitó a Jasón a palacio y le preguntó qué haría si un oráculo le hubiera dicho que sería asesinado por uno de sus conciudadanos. Por inspiración de Hera, que odiaba a Pelias desde hacía tiempo por las razones ya explicadas, Jasón respondió enseguida que lo enviaría a por el vellocino de oro, pues la diosa puso esta idea en su mente porque sabía que si lo enviaban a él volvería con Medea, la hechicera de la Cólquide, que provocaría la muerte de Pelias (cf. pp. 517-518). Por su parte Pelias asumió que semejante búsqueda acarrearía la muerte a cualquiera que la emprendiese, y sin dudar ni un segundo puso a Jasón en camino.[39]

En la versión más familiar de la leyenda, Pelias era un tirano brutal que primero robó a Esón su legítimo derecho al trono y después intentó causar la muerte de Jasón cuando éste llegaba a reclamarlo. Seguiremos la narración más antigua que se conserva en la *Pítica IV* de Píndaro. Para asegurarse de que el recién nacido Jasón estuviera a salvo de Pelias, sus padres fingieron que había muerto al nacer y una noche, mientras simulaban llantos y lamentos, en secreto enviaron fuera al niño, envuelto en ropas púrpura como correspondía a un príncipe real. Confiaron su cuidado al centauro Quirón, que vivía en una cueva en el monte Pelion, hacia el este. Debemos asumir, sin lugar a dudas, que en la versión precedente Jasón también recibía los cuidados de Quirón. El crío permaneció escondido en el campo, ignorado por Pelias o cualquier otro fuera del círculo de su familia, hasta que cumplió los 20 años de edad y regresó a Yolcos para exigir el trono a Pelias. Ahora bien, Pelias había recibido dos oráculos: uno le avisaba de que la muerte le llegaría de un descendiente de Eolo, y el otro le decía que se guardara del hombre que llegase de las montañas calzando una sola sandalia. Así que cuando Jasón, que era bisnieto de Eolo, apareció en la ciudad calzando sólo una sandalia y reclamó el trono, Pelias se dio cuenta de que debía conseguir que se marchara y que muriera. Fingiendo que deseaba entregar el trono, pidió a Jasón que le hiciera un favor especial antes de hacerse con el reino, pues afirmaba que Frixo se le había aparecido en un sueño para decirle que el vellocino de oro debía ser devuelto a Grecia. Ésta era una tarea más apropiada para un hombre joven como Jasón que para

un anciano como él. Jasón aceptó de buena gana emprender la misión en su lugar, y le dio razones para suponer que se había salvado del peligro que le amenazaba.[40]

En la versión de Píndaro el hecho de que Jasón cruce el río no explica la pérdida de su sandalia; más bien parecería que calzaba sólo una sandalia a propósito, de acuerdo con una práctica que a veces adoptaban los guerreros griegos (pues esto haría más fácil para ellos afianzarse en terreno resbaladizo).

Existe en la *Teogonía* una referencia a «las muchas labores penosas» que Pelias impuso al hijo de Esón (aunque es en la sección que concluye el poema, que se añadió después de la época de Hesíodo); aunque se describe a Pelias como violento y autoritario, no se dice nada sobre su motivación para imponer estas tareas.[41] Como Mimnermo (a finales del siglo VII a.C.) se refiere en términos similares a la penosa tarea que el brutal (*hybristês*) Pelias asignó a Jasón,[42] parece de común acuerdo desde época temprana que Pelias era un hombre de carácter violento.

En algunas narraciones se sugiere que Esón sucedió a su padre Creteo como rey de Yolcos, pero murió prematuramente y legó el reino a Pelias entendiendo que gobernaría como regente hasta que Jasón alcanzara la mayoría de edad; pero cuando Jasón volvió del campo ya convertido en un joven, Pelias, como es sabido, lo envió fuera a por el vellocino para salvarse a sí mismo de tener que entregar el trono (o porque un oráculo le había advertido de que se guardara del hombre de una sola sandalia).[43]

Apolonio es muy rápido en su relato sobre el origen de la búsqueda de Jasón: tan sólo menciona que acudió para asistir al sacrificio de Pelias y que de camino perdió una de sus sandalias en el río Anauro; lo enviaron de viaje porque un oráculo había avisado al rey de que evitara al hombre que llevaba una sandalia.[44] En otra parte del poema se cuenta que Hera tenía especial debilidad por Jasón por un encuentro que habían tenido junto al Anauro: una vez ella se había sentado a la orilla del río disfrazada de anciana para poner a prueba la rectitud humana, y Jasón, que volvía de una cacería, había sentido compasión por ella y había cruzado el río cargándola sobre sus hombros.[45]

Jasón se preparó para su misión organizando la construcción del mayor barco que se había construido nunca, el *Argo*, y convocando a los principales héroes de toda Grecia para que le acompañaran en el viaje. Del «*Argo,* que es famoso para todos (*pasimelousa*)», como ya lo llamaba Homero,[46] se decía que había sido la primera gran embarcación de altura (aunque la nave que llevó a las cincuenta

Danaides a Argos, cf. p. 310, se habría construido de hecho en un momento anterior de la historia mítica). Solía ser descrita como una nave de cincuenta remos (*pentekontoros*), de ahí el número habitual de su tripulación, que fue conocida como los Argonautas (*Argonautai*, es decir, marineros del *Argo*). Con madera del cercano monte Pelion,[47] Argos, hijo de Arestor (o de Polibo o Frixo), lo construyó en Págasas, el puerto de Yolcos, bajo la guía de Atenea. Como toque final la diosa encajó un madero oracular en su proa. Tomado del roble sagrado de Zeus en Dodona, tenía el poder del habla (cf. p. 513).[48] Algunos autores antiguos explican que el barco se llamó *Argo* porque era muy veloz (*argos*, sin duda verdadero origen del nombre) o bien en honor de Argos, su constructor.[49]

El mito de los Argonautas era especialmente antiguo y sufrió muchos cambios con el paso del tiempo. Parece probable que Jasón hubiese sido acompañado por una tripulación de minios (habitantes legendarios de su propia región) en la tradición más antigua, y que el viaje de los Argonautas los habría llevado a un espacio mítico en los límites orientales de la tierra. Sin embargo, según pasaba el tiempo y los griegos conocían mejor las tierras y los mares que estaban al este de ellos, la geografía se hizo menos extravagante y la Cólquide, una tierra real en el extremo oriental del mar Negro, reemplazó la región mítica de Ea como destino de la búsqueda de Jasón. A su debido tiempo, la aventura se convirtió en una empresa panhelénica que involucraba a héroes de más allá del hogar de Jasón en el noreste de Grecia.

Para reclutar a compañeros adecuados para que lo acompañaran en el *Argo*, Jasón envió mensajeros a cada rincón de Grecia para convocar a cincuenta de los héroes más destacados de la época. Se trataría de hombres que alcanzaron su madurez más o menos una generación antes de la guerra de Troya, y muchos fueron padres de grandes guerreros que lucharon en Troya. Como suele suceder con las empresas de colaboración en la leyenda, no hay dos listas con los nombres de los participantes que sean del todo iguales. Puesto que los Argonautas actuaban como un cuerpo colectivo (al menos en los relatos conservados) y pocos fueron recordados por alguna hazaña individual, poetas y mitógrafos sugerirían nombres creíbles de la época apropiada casi a voluntad. La información útil más antigua la ofrece Píndaro, que identifica a diez Argonautas además del propio Jasón y el adivino Mopso, por supuesto eligiendo entre aquellos que habían sido engendrados por dioses, como Heracles, los dos Dioscuros, Zetes y Calais (los Boréadas, hijos gemelos de Bóreas, dios del viento del norte), Eufemo y Periclímeno (dos hijos de Poseidón del Peloponeso), Orfeo y dos héroes menores, Equión y Éurito, que eran gemelos nacidos de Hermes y Álope en Tesalia.[50] Aun-

que es muy probable que en la épica anterior se ofrecieran listas más completas y se decía que aparecían también en obras perdidas de Esquilo y Sófocles, la referencia más antigua que ha sobrevivido es la que aparece al principio de la épica argonáutica de Apolonio, que recoge una lista de cincuenta y cinco Argonautas.[51] Los listados ofrecidos por autores posteriores parecen derivados en gran parte de aquél, con diferentes grados de alteración, con la excepción de la de Apolodoro, evidentemente de otro origen.[52] De entre los héroes que se pueden encontrar en todos los catálogos y que Píndaro no mencionaba antes, los siguientes pueden considerarse como los más prestigiosos: Admeto, Acasto, hijo de Pelias, Anceo el arcadio (cf. p. 700), Anceo el samio (cf. p. 735), Hilas (un favorito de Heracles, cf. *infra*), Idas y Linceo, el adivino Idmón, Íficlo, hijo de Fílaco, Cefeo, hijo de Aleo, Meleagro, Menecio, Polifemo, hijo de Elato, el timonel Tifis y Telamón.

Los Argonautas parten

Los Argonautas navegaron hacia la Cólquide por el Helesponto y las costas del sur del mar Negro; los relatos sobre su viaje de vuelta fueron más variados. Tomaremos la épica helenística de Apolonio como guía para el trayecto de ida, y nos fijaremos en cada recalada sucesiva.[53]

(*i*) Tras dejar Págasas y bordear el cabo Sepia, hicieron una parada de dos días en Afetas antes de continuar su camino (idea que surgió porque el nombre del lugar podría sugerir en griego que se trata de un punto de partida). A veces se decía que habían dejado a Heracles allí (cf. *infra*).[54] (*ii*) Entonces bordearon la norteña Tesalia y la Calcídica antes de enfilar hacia el este atravesando el mar abierto hacia Lemnos, donde hicieron su parada más larga. Por aquel entonces no había hombres en la isla porque todos habían muerto a manos de las mujeres. No mucho antes, Afrodita había afligido a las mujeres con un olor pestilente como castigo por haber desatendido su culto, haciéndolas tan repulsivas para sus maridos que éstos las habían expulsado de sus lechos y las habían sustituido con mujeres cautivas de Tracia. Las mujeres lemnias se habían enfurecido tanto por esta manera de ser tratadas que habían conspirado juntas para matar a todo hombre de la isla en una sola noche. Sólo una mujer había roto el acuerdo, Hipsípila, la hija del rey y a la sazón reina de la isla, que había salvado a su anciano padre Toante al enviarlo a mar abierto dentro de un arca (o bien en un barco, o lo escondió en el palacio). Al ver que el *Argo* se acercaba a su orilla, las mujeres

se armaron y bajaron corriendo a la playa, por el temor de estar siendo atacadas por los tracios; pero los Argonautas enviaron a Hipsípila a su mensajero Etálides para asegurarle que no tenían intenciones hostiles. La reina convocó una asamblea y las mujeres acordaron invitar a los Argonautas a sus hogares, pues se habían dado cuenta de que podían necesitar protectores masculinos o por lo menos hijos varones para que las protegieran de ataques y cuidaran de ellas en la vejez. Creyendo que las mujeres estaban en dificultades porque sus hombres se habían establecido en Tracia, los Argonautas se alegraron de poder hacerles un favor y vivir con ellas durante un año, y engendrar así muchos hijos. Jasón permaneció en el palacio con Hipsípila, que le dio dos hijos: Toante (o Nebrófono) y Euneo. Pero como el tiempo pasaba y los Argonautas posponían su salida de un día para otro, Heracles, que se había quedado en el barco, perdió al final la paciencia y urgió a sus compañeros para continuar el viaje.[55]

(*iii*) Aconsejados por Orfeo, primero remaron hacia el norte, hacia la isla de Samotracia, para ser iniciados en los misterios de los dioses de Samotracia (cf. p. 293), que protegían a los marineros de los peligros del mar.[56] Éste es, por supuesto, un episodio relativamente tardío. (*iv*) Después de su desvío, entraron en el estrecho del Helesponto (los Dardanelos) para seguir su camino hacia el mar Negro. Hicieron una primera parada en la orilla asiática de la Propóntide (mar de Mármara), donde disfrutaron de la hospitalidad de Cízico, rey de los doliones. A la mañana siguiente, mientras subían a una montaña vecina para investigar sobre su ruta, el *Argo* fue atacado por los Gegeneis (nacidos de la Tierra), una raza de gigantes con seis brazos que vivían en la montaña, pero Heracles, que se había quedado a bordo del barco con algunos de los héroes más jóvenes, los mantuvo en la bahía con sus flechas e hizo que muchos de ellos cayeran, hasta que el resto de la tripulación regresó para completar la matanza. Por un golpe de mala suerte, la noche posterior a su partida los Argonautas fueron empujados por vientos adversos que los llevaron de vuelta al punto de partida; y cuando echaron pie a tierra en la oscuridad sin saber dónde estaban, su anfitrión anterior los tomó equivocado por enemigos de Eubea y se enzarzó en una batalla con ellos. Muchos de los doliones murieron en la lucha, incluido Cízico, a quien Jasón mató sin saberlo. Sin embargo, con la luz del alba ambos bandos descubrieron su trágico e irremediable error, y se unieron para llorar la muerte del rey.[57]

(*v*) Más allá de la orilla sur de la Propóntide, los Argonautas recalaron en la tierra de los misios. Mientras se hacían preparaciones para el banquete de aquella misma tarde, Heracles vagaba por un bosque para recoger algo de madera con la que hacer un nuevo remo, pues había roto el remo original al remar con

excesiva fuerza. Cuando vio un pino que se adaptaría a su propósito, lo golpeó con su maza para desenraizarlo del suelo y después lo arrancó con raíces y todo. Le había acompañado en la expedición uno de sus jóvenes favoritos, Hilas, hijo de Tiodamante o Ceo, quien también vagaba por su cuenta en busca de agua de algún manantial. Pero él estaba destinado a no volver nunca, pues la ninfa del manantial quedó tan prendada de su belleza llena de juventud que tiró de él hacia el agua para retenerlo. Según la versión de Teócrito, fue atrapado por tres ninfas de la misma manera, cuando se inclinaba sobre el estanque para llenar su jarra. Sus gritos fueron oídos sólo por un argonauta, Polifemo, hijo de Elato, un lapita tesalio, que avisó a Heracles de que algo le había pasado a su favorito. Aunque los dos lo buscaron durante toda la noche, fueron incapaces de hallar ningún rastro de él. Sus camaradas zarparon al amanecer sin darse cuenta de que alguien faltaba, y viajaron cierta distancia antes de descubrir que la tripulación estaba incompleta. En consecuencia estalló una fiera disputa, pero las recriminaciones cesaron con la aparición del dios del mar Glauco (cf. p. 295), que surgió desde las olas junto al barco y anunció que Heracles estaba destinado a continuar con sus tareas y el destino de Polifemo era fundar la ciudad misia de Cíos, mientras que Hilas se había convertido en marido de la ninfa acuática que lo había capturado.[58]

Según Apolonio, Telamón intentó persuadir a los Argonautas de que navegaran de vuelta para recoger a Heracles, pero se le opusieron con éxito Zetes y Calais, los hijos de Bóreas. Aunque pagaron un alto precio por sus palabras, pues cuando más tarde Heracles los encontró en Tenos a su vuelta de los juegos funerales por Pelias, los mató y los enterró en la isla, marcando su túmulo con un par de columnas. Se decía que una de aquellas columnas se movería en respuesta al soplo del viento del norte (Bóreas).[59] Sin embargo, en otras versiones se cuenta que los hijos de Bóreas habían encontrado su muerte durante la persecución de las Harpías (cf. p. 506).

La leyenda de Hilas se enraíza en la tradición local misia. Como destaca Apolonio, la gente de la región solía celebrar una búsqueda ritual de él, se suponía que para cumplir un juramento que sus antepasados habían hecho a Heracles.[60] La gente recorrería las montañas llamándolo con frenesí durante el festival anual, y solían dirigirle sacrificios en el manantial que se suponía que había visitado, y allí el sacerdote lo llamaría por su nombre tres veces. Se le supone un origen como dios menor que desaparecía y renacía cada año con la vegetación. «Llamar a gritos a Hilas» era una frase proverbial para referirse a una empresa inútil.[61] De acuerdo con Nican-

dro, las ninfas transformaron a Hilas en eco por miedo a que Heracles lo encontrara entre ellas, de ahí los ecos que contestarían los gritos rituales del sacerdote.[62]

Heracles fue un añadido tardío a la tripulación del *Argo*. Incluso cuando ya estaba incluido entre los Argonautas, era extraño que se dijera que había viajado todo el recorrido, pues no se registran hazañas suyas relacionadas con la recuperación del vellocino, y él habría tendido a hacer sombra al líder tradicional. Hay quien dice que lo dejaron en tierra muy al principio, porque era torpe remando y rompía los remos,[63] o porque la madera oracular del *Argo* anunció que era demasiado pesado para el barco o demasiado superior al resto de la tripulación;[64] o bien quedó atrás por accidente mientras estaba recogiendo agua en Áfetas, en la costa tesalia.[65] Por otra parte, podría explicarse con facilidad que nunca se hubiese unido a la expedición desde el principio porque estaba ocupado con sus labores o cumpliendo su sentencia como esclavo de Ónfale (cf. p. 361).[66] Sólo en algunas versiones novelísticas del período helenístico se decía que Heracles había navegado todo el viaje hasta la Cólquide e incluso había sido el cabecilla de la expedición.[67]

(*vi*) Antes de dejar la Propóntide, los Argonautas pusieron pie en la tierra de los bébrices (*Bebrykes*), que vivían en la región de Calcedón, cerca de la entrada sur al Bósforo. Su dirigente, Amico, un hijo de Poseidón y la ninfa bitinia Melia, era un rufián violento que obligaba a los extranjeros de paso a boxear contra él y los mataba en el cuadrilátero. Pero en esta ocasión el mejor de los púgiles, Polideuces (uno de los Dioscuros, *Pólux* en latín, cf. p. 678), se presentó para hacer frente al reto y dio un paso adelante con entusiasmo. Así que los dos pugilistas se envolvieron las manos con tiras de cuero conforme al uso antiguo. Después intercambiaron puñetazos hasta que Polideuces hizo añicos el cráneo del rey con un golpe sobre el oído. Los bébrices, que evidentemente no tenían instintos deportivos, irrumpieron en el cuadrilátero con garrotes y lanzas, pero fueron aniquilados por los Argonautas tras una enérgica refriega.[68]

(*vii*) Cuando los Argonautas retomaban su camino en el Bósforo, una ola enorme se elevó sobre el barco y amenazó con aplastarlos, pero Tifis, su timonel, los guió a puerto seguro y amarraron en la orilla europea del estrecho. El área circundante estaba bajo el gobierno del adivino tracio Fineo, que no sólo era ciego, sino que estaba sumido en una gran miseria, porque estaba siendo perseguido por las Harpías. Apolonio explica su destino al decir que Apolo le había otorgado poderes proféticos, pero había hecho un mal uso de su don prediciendo los planes de Zeus a los mortales con detalles exactos, lo que provocó que el dios lo privara de la vista y enviara a las Harpías contra él. Estas criaturas repugnantes, imaginadas aquí como aves carroñeras con cabeza de mujer, lo mantenían

al borde de la inanición, pues siempre que intentaba comer, bajaban en picado y le robaban la mayoría de la comida, e impregnaban un hedor repugnante a lo poco que dejaban atrás.[69]

En las muchas versiones en conflicto de la leyenda de Fineo se ofrecen todo tipo de explicaciones para su ceguera y (cuando es relevante) su persecución por las Harpías. En dos versiones distintas del *corpus* de Hesíodo, él estaba ciego «porque reveló la ruta hacia Frixo» (se presupone que era la ruta a la Cólquide), o porque eligió una larga vida a expensas de su visión en circunstancias no explicadas.[70] En una versión que aparece por primera vez en época helenística, fue cegado por Poseidón al decir a los hijos de Frixo cómo encontrar su camino de vuelta a Grecia;[71] o bien eligió rendir su vista cuando los dioses le ofrecieron elegir entre dos opciones, pues le dijeron que podía bien convertirse en un adivino ciego, bien tener una vida corta, pero saludable, sin poderes proféticos.[72] Es posible que la última historia sea una versión más completa que la segunda de los dos relatos hesiódicos mencionados antes.

De acuerdo con otras versiones, los problemas de Fineo surgieron porque él o su segunda esposa maltrataron a los hijos que él tenía de su primer matrimonio. Sófocles compuso al menos dos obras sobre este asunto, pero nuestra información sobre ellas es muy incompleta. En un relato completo recogido por el mitógrafo helenístico Asclepiades, Fineo se casa primero con Cleopatra, una hija de Bóreas, y después con una tal Euricie, que hizo falsas acusaciones (sin duda de seducción) contra los hijos de la primera esposa. Así que él se los entregó a ella para que los matara, lo que fue demasiado para la ira de Zeus, que le ofreció que eligiera entre la ceguera y la muerte. Al optar por la ceguera, afirmó con ingenuidad que no quería volver a ver el sol, y así ofendió al dios sol Helios, que respondió enviando a las Harpías contra él. Al final, tras la llegada de los Argonautas, los Boréadas le libraron de ellas, igual que en la versión de Apolonio (cf. *infra*).[73] Hay otras versiones distintas en las que la segunda esposa de Fineo, que también es llamada Idea o Idotea, acusa a sus hijastros de intentar violarla o seducirla, y así impulsa a Fineo a cegarlos o a matarlos, o a que se los entregue a ella para que sean cegados y encarcelados o ejecutados. Apolodoro alude a una versión en la que Bóreas (de manera más apropiada los Boréadas) y los Argonautas castigaban a Fineo de forma no especificada por haber cegado a sus hijos en estas circunstancias.[74] En otro relato recogido por Diodoro, los Argonautas descubrieron que Fineo había encerrado a sus dos hijos en una cripta, donde eran sometidos a constantes azotes. A pesar de que Fineo intentaba justificar el castigo con la gravedad del cargo contra ellos, los jóve-

nes fueron puestos en libertad por los Boréadas (que eran hermanos de su madre, Cleopatra). Después, cuando Fineo presentó batalla a los Argonautas, murió a manos de Heracles junto a muchos otros.[75] Para la naturaleza y origen de las Harpías (*Harpuiai*, es decir, ladronas), cf. p. 99.

De vuelta al relato de Apolonio, Fineo contó a los Argonautas que un oráculo había señalado que lo librarían de las Harpías dos de su grupo, Zetes y Calais, los hijos gemelos de Bóreas, que eran hermanos de su esposa; y tan pronto como les hubo asegurado que no provocarían la ira de los dioses al hacerlo, los Boréadas accedieron de buena gana a ir en su ayuda. En otra versión, Fineo establecía un acuerdo con los Argonautas al prometerles que usaría sus poderes proféticos para aconsejarles sobre su viaje si ellos lo libraban de las Harpías.[76] Los Boréadas esperaron mientras se colocaba comida para atraer a las Harpías, y en cuanto llegaron sacaron sus espadas y las cazaron en el aire, pues los hermanos tenían alas y podían volar veloces por el cielo, como se espera de los hijos de un dios del viento. Persiguieron a las Harpías hasta un punto tan lejano como las Estrófades, unas pequeñas islas al oeste del Peloponeso, donde las habrían matado si Iris (la diosa del arco iris y mensajera divina, cf. p. 98) no hubiera aparecido y les hubiera ordenado que desistieran. Tras explicarles que no les era lícito atacar a las Harpías con sus espadas porque eran agentes de Zeus, les prometió que nunca más molestarían a Fineo en el futuro, y las Harpías regresaron obedientes a su cubil en Creta.[77] Apolonio declara que las islas habían sido conocidas antes como las islas Flotantes (*Plotai*), pero que entonces fueron renombradas como Estrófades o islas Giratorias porque los Boréadas las habían hecho girar (*hypestrephon*) allí.[78] Según una versión bastante diferente registrada por Apolodoro, las Harpías estaban destinadas a morir a manos de los Boréadas, mientras que ellos estaban destinados a morir si no conseguían capturar a sus presas. Las Harpías murieron de cansancio durante la persecución, cayendo una en un río peloponesio y la otra en las Estrófades (aquí identificadas de manera errónea con las islas Equinadias).[79] Hay otras versiones en las que al final los Boréadas dan caza a las Harpías y las matan.[80]

Una vez que las Harpías murieron o desaparecieron, Fineo proveyó a los Argonautas con información valiosísima sobre el desarrollo futuro de su viaje, aconsejándoles por encima de todo sobre cómo sobrevivir al peligro más inmediato que les acechaba: las Simplégades (Rocas que chocan). Se trataba de dos inmensas rocas que se elevaban en el extremo norte del Bósforo y solían chocar una con la otra con gran violencia, aplastando cualquier cosa que quedase atrapada entre ellas. Cuando estuvieran llegando cerca de las rocas —les aconse-

jaba Fineo— debían dejar suelta una paloma y hacer que volara entre las rocas. Si éstas la aplastaban, debían volver atrás y tomar esto como señal nefasta de los dioses, pero si la paloma pasaba sana y salva, deberían seguir remando tan fuerte como pudiesen.[81] Después de que el argonauta Eufemo echase a volar la paloma, ésta hizo un vuelo seguro y sólo perdió la punta de las plumas de su cola cuando las rocas chocaron. Los Argonautas remaron hacia el hueco a toda velocidad cuando las rocas empezaron a separarse. Con una pequeña ayuda de Atenea, salieron tan bien librados como la paloma, y sólo sufrieron un pequeño daño en los ornamentos de popa de su barco.[82]

Las Simplégades o «Rocas que chocan» y las Planctas o «Rocas errantes» eran peligros míticos de naturaleza comparable que se presumía estaban emparejadas. En la *Odisea* se dice que Circe había advertido a Odiseo de que la única nave que había pasado navegando con éxito las Planctas había sido la *Argo* en su viaje de regreso.[83] Aunque el relato de Circe no queda nada claro, al parecer los barcos eran guiados por olas y explosiones de fuego, pues no se menciona la suposición de que chocaran entre sí. Píndaro es el primer autor que informa en concreto de que los Argonautas tuvieron que pasar entre rocas «vivientes» que chocaban una con otra; relata que tuvieron que enfrentarse a este peligro durante su viaje de ida, como también lo hace Eurípides en su *Medea*.[84] Eurípides las llama Simplégades, mientras que Simónides parece llamarlas Sinórmades (que significa más o menos lo mismo) en un relato en cierto sentido anterior;[85] también podían llamarse Plégades, Sindrómades y de forma similar. Otro nombre, que se les aplica en la *Argonáutica*, es el de las Ciáneas (rocas azul oscuro).[86] Heródoto menciona que el rey persa Darío visitó las Ciáneas en algún lugar cercano a la entrada norte al Bósforo, e identifica aquellas rocas con las rocas errantes (*planktai*) de la leyenda griega.[87] Sin embargo, se distinguen de las Planctas homéricas por dos buenas razones. Los Argonautas atravesaron estas rocas que chocaban en su viaje de ida, no en el de regreso, como se afirma en Homero en referencia a las Planctas. Por otra parte, al igual que los riesgos en la ruta de Odiseo, las Planctas se situaban en los mares alrededor de Italia (a pesar de que en un principio habrían permanecido en un ámbito puramente mítico). En consecuencia, Apolonio clasifica las Rocas que chocan y las Rocas errantes como accidentes separados, y presenta el encuentro de los Argonautas con estas últimas más tarde, durante su viaje de vuelta (cf. p. 515).[88]

Puesto que no había rocas que se moviesen en la ruta comercial al mar Negro en la época clásica, debieron fijarse en algún punto si es que existieron. Píndaro afirma que el paso de los Argonautas causó la «muerte» de estas rocas «vivientes»,

y Apolonio explica que estaban destinadas a permanecer quietas si alguien pasaba con seguridad entre ellas en un barco.[89]

En alguna ocasión se ha dicho que Fineo había vivido en la costa tracia del mar Negro, en Salmideso u otro lugar; pero si se supone que las Rocas que chocaban se localizaban a la entrada del mar Negro, es evidente que sería preferible que hubiera vivido en la costa tracia del Bósforo, como en el relato de Apolonio.[90]

Entonces los Argonautas navegaron a lo largo de la costa norte de Asia Menor hasta llegar a la Cólquide, en el lejano final del mar Negro. (*viii*) Desembarcaron después en la isla desierta de Tinias, donde Apolo se les apareció mientras viajaba hacia el norte desde Licia, en dirección a la tierra de los hiperbóreos. Por consejo de Orfeo, erigieron un altar en su honor, ofrecieron sacrificios en él y le dedicaron la isla.[91] (*ix*) A su llegada a la tierra de los mariandinios siguiendo la costa a lo largo (en el área en la que más tarde los griegos fundarían la ciudad de Heraclea Póntica), recibieron una amistosa bienvenida del rey Lico, hijo de Dáscilo, que les estaba agradecido por el sometimiento de Ámico y los bébrices, antiguos enemigos suyos. Sin embargo, en el curso de su visita perdieron a dos importantes miembros de su tripulación: el timonel Tifis, que murió de una enfermedad, y el adivino Idmón, que fue muerto por un jabalí salvaje durante una cacería. Anceo, un hijo samio de Poseidón (cf. p. 735, no debe confundirse con su tocayo arcadio), se ofreció voluntario para asumir el puesto de timonel, mientras que el vidente lapita Mopso (un hijo de Ámpix que no hay que confundir con el más famoso hijo de Manto) tomó el lugar de Idmón.[92]

(*x*) Cuando estaban continuando su camino, pasaron junto a la tumba de Esténelo, hijo de Áctor, un héroe que había acompañado a Heracles en su expedición a la tierra de las Amazonas y había muerto allí por una herida de flecha durante el viaje de regreso. Como él deseaba observar a héroes semejantes a sí mismo, aunque fuera sólo por un momento, Perséfone concedió a su espíritu poder levantarse para ser testigo del paso de aquéllos, que recalaron en la orilla y, siguiendo el consejo de su nuevo adivino, consiguieron que Esténelo les fuera propicio con libaciones y sacrificios.[93] (*xi*) Desembarcaron junto al sitio de la futura ciudad de Sínope (al este de la parte más septentrional de la costa), en el punto en el que Zeus había sido burlado por Sínope, hija de Asopo, después de que la raptara y se la llevara a aquella región tan alejada (cf. p. 691).[94] (*xii*) Al encontrarse con mares turbulentos junto a la desembocadura del río Termodón, anclaron allí el *Argo* por un tiempo, pero fueron lo suficientemente sagaces como para continuar antes de enfrentarse con las belicosas amazonas que habitaban por la zona.[95] (*xiii*) En las últimas etapas del viaje los Argonautas llegaron a la

isla de Ares, que estaba habitada por los terroríficos pájaros de Ares, capaces de disparar sus plumas como flechas. Por consejo de un arcadio llamado Anfidamante, que había visto a Heracles usar un sonajero de bronce para hacer volar a las aves estinfalias (cf. p. 343), los Argonautas espantaron a los pájaros gritando y entrechocando sus escudos. Fineo les había ordenado que visitasen la isla porque sabía que encontrarían gente que les daría útiles consejos, en especial los hijos de Frixo, que habían naufragado por la zona cuando intentaban navegar de la Cólquide a Grecia (cf. p. 494). Jasón estaba feliz de poder subirlos a bordo, pues sabía que le podrían ofrecer consejos de grandísimo valor sobre la situación de la Cólquide.[96] Tras bordear el resto de la costa de Asia Menor, los Argonautas llegaron a la boca del Fasis, el gran río que fluía a través del reino de Eetes en la Cólquide.

Jasón consigue el vellocino de oro

Mientras bogaban río arriba pudieron ver Ea, la ciudad de Eetes, y las escarpadas montañas del Cáucaso a su izquierda, y la meseta y arboleda sagrada de Ares a su derecha. El vellocino de oro pendía de un roble de la arboleda.[97] Tras guiar el barco a un fondeadero escondido para anclarlo, Jasón pasó la noche a bordo con sus camaradas, y a la mañana siguiente partió hacia el palacio acompañado de Telamón, Augias y los hijos de Frixo. Aunque Eetes abrigaba grandes sospechas, pues imaginaba que aquéllos estaban conspirando para hacerse con su trono, los entretuvo con la debida ceremonia y decidió poner a prueba el vigor de Jasón al ofrecerle el vellocino si conseguía llevar a cabo dos encargos formidables en un solo día. En primer lugar debería uncir a dos toros con hálito de fuego y pezuñas de bronce a un arado y después arar con ellos la indomeñable pradera de Ares. Una vez que lo hubiera conseguido, tendría que sembrar el campo con dientes de un dragón y después matar a todos los guerreros armados que brotaran de ellos. Los toros habían sido un regalo de Hefesto al rey, mientras que los dientes provenían del dragón tebano que Cadmo había matado algunas generaciones antes (pues Atenea había conservado algunos de esos dientes y se los había dado a Eetes).[98]

Los Argonautas cayeron abatidos cuando Jasón les informó sobre sus tareas, pues los encargos parecían quedar más allá de la capacidad de cualquier mortal. Aunque Peleo, Telamón, Idas, los Dioscuros e incluso el juvenil Meleagro se ofrecieron voluntarios para intentarlo, Argos, hijo de Frixo, recomendaba

un acercamiento más cauto, y sugirió que podría pedir a su madre (hija de Eetes, cf. p. 494) que se granjease la ayuda de su hermana Medea, sacerdotisa de Hécate y adepta de las artes mágicas y los encantamientos. Cuando tal sugerencia fue confirmada por un augurio, ganó la aprobación de todos excepto de Idas.[99] Ahora Hera estaba ansiosa porque Jasón tuviera éxito en su misión por las razones arriba mencionadas, y por ello había tomado medidas para asegurarse de que Medea cayera enamorada de él, pues se había acercado a Afrodita para pedirle que su hijo Eros mediase en aquello.[100] Bajo la influencia de la pasión, Medea accedió de buena gana a ayudar a Jasón cuando Calcíope, la madre de Argos, se lo pidió, y organizó un encuentro en secreto al amanecer en el templo de Hécate, a las afueras de la ciudad.[101] Ella le entregó un ungüento mágico que le haría invulnerable a las heridas y al fuego, y le dijo que lo protegería durante una jornada si lo untaba por su cuerpo, escudo y armas. También le aconsejó sobre cómo derrotar a los hombres que brotarían de los dientes de dragón, diciéndole que arrojara una piedra en medio de ellos desde un lugar escondido para hacer que luchasen entre sí antes de lanzar su propio ataque. Jasón respondió prometiendo llevarla a casa con él como su esposa.[102]

Después de hacer un sacrificio a Hécate durante la noche siguiente, Jasón se aplicó el ungüento tal y como Medea le había aconsejado y salió al alba para acometer las tareas. Cuando los toros de aliento de fuego se abalanzaron fuera de su escondido cubil, los frenó con su escudo mientras las llamaradas se extendían sin dañarle a su alrededor, y los obligó a arrodillarse para uncirlos al yugo; y aguijoneándolos desde atrás con la punta de su espada, hizo que arasen el campo de Ares, sembrando los dientes de dragón a su paso. El encargo quedó completado a media tarde, y los guerreros armados empezaron a brotar de los surcos poco después. Con su confianza puesta en el consejo de Medea, levantó una piedra del suelo y la arrojó entre ellos sin que lo vieran. Ellos se atacaron unos a otros y lucharon hasta que sólo quedaron un par vivos. En ese momento él apareció por detrás y acabó con ellos con escasa dificultad. Eetes estaba tan rabioso por su triunfo que regresó a grandes pasos a la ciudad sin decir una palabra. Nunca había tenido intención de ceder el vellocino, y reunió a sus consejeros principales para planificar la destrucción de sus inoportunos visitantes.[103] Pero sus planes fueron frustrados por Medea, que escapó de palacio durante la noche y avisó a los Argonautas para que emprendieran una salida rápida.

Antes de que el sol se elevara en el cielo, ella guió el barco hacia la arboleda de Ares y condujo a Jasón hasta el vellocino. Adormiló al dragón guardián recitando encantamientos y asperjando una poción mágica en sus ojos, posibili-

tando así que Jasón agarrara el vellón sin sufrir daño alguno.[104] En esta versión de Apolonio (que puede haberse basado en una narración similar de Antímaco de Colofón, un poeta del siglo V a.C.),[105] el robo del vellocino por parte de Jasón a duras penas se considera una hazaña heroica, pero en la tradición más temprana, como la atestiguaban Píndaro y Ferécides, Jasón se enfrentaba al dragón y lo mataba (sin duda con su espada) a la auténtica manera de un héroe matador de monstruos.[106] En una llamativa variante que se conoce tan sólo por imágenes (la más temprana datada en el primer cuarto del siglo V a.C.), Jasón parece matar al dragón desde sus entrañas después de que el monstruo se lo trague. La *Medea* de Eurípides parece ser excepcional al sugerir que ella tomó el lugar del héroe matando al dragón.[107]

En un relato de la *Naupactia*, Eetes invitaba a los Argonautas a un banquete en palacio (evidentemente después de que Jasón cumpliera sus tareas) con la intención de matarlos cuando hubieran caído dormidos. Pero Afrodita lo distrajo en el momento crítico al inspirarle una repentina lascivia por su esposa Eurílite, y los Argonautas escaparon a toda prisa durante su ausencia por consejo del adivino Idmón. Al oír el ruido de sus pies cuando huían, Medea se apresuró a ir tras ellos con el vellocino de oro y embarcarse en el *Argo*. Era de suponer que Jasón había llevado el vellón a palacio después de haber matado al dragón (o quizá había sido guardado allí).[108]

El viaje de vuelta de los Argonautas

Cumplida ya la finalidad del viaje, los Argonautas podían emprender el regreso. Aunque por lo común se aceptaba que los Argonautas navegaron a la Cólquide por el camino del Helesponto, el Bósforo y el mar Negro, los relatos de su viaje de retorno eran mucho más variados. Los itinerarios propuestos pueden dividirse en cuatro categorías principales.

(*i*) Podría simplemente imaginarse que volvieron a recorrer la ruta del viaje de ida, navegando hacia el oeste a través del mar Negro y entonces de vuelta al Egeo por el Bósforo y el Helesponto; pero, aunque a veces se mantiene que siguieron este camino en la tragedia y en fuentes más tardías,[109] la mayoría de los autores se decantaban por un itinerario más venturoso.

(*ii*) En algunas narraciones de la tradición más antigua, los Argonautas remaron en dirección este Fasis arriba, hacia el océano circundante, y entonces pasa-

ron hacia el sur bordeándolo hasta llegar a la costa oriental de África. Allí, arrastrando el *Argo* por la playa, lo llevaron a hombros o tiraron de él tierra adentro en dirección oeste o noroeste, bien hasta el lago Tritónide en Libia (del que se suponía que desaguaba en el Mediterráneo, cf. p. 516) o hasta el Nilo. Después de alcanzar el Mediterráneo, fueron capaces de volver a casa por una ruta conocida. Esta versión puede rastrearse hasta el *Catálogo* hesiódico. Píndaro destaca que los Argonautas cargaron con su barco a través del salvaje territorio de África durante doce días.[110]

(*iii*) Timageto, un geógrafo del siglo IV a.C., propuso una ruta occidental en la que los Argonautas navegaban de vuelta a través del mar Negro, remando arriba el Istro (Danubio) y haciendo después su camino de vuelta al Mediterráneo occidental al descender por un afluente del río que se suponía iba a dar al mar Tirreno. Entonces pudieron regresar a casa navegando a lo largo de las costas del sur de Italia y Grecia.[111] Apolonio, cuyo relato resumiremos más abajo, ofrece una versión relacionada con ésta, pero bastante más compleja, en la que un afluente lateral del Istro llevaba a los Argonautas a la cabeza del Adriático. Desde allí remaban Erídano (Po) arriba y cruzaban hasta el Mediterráneo occidental descendiendo por el Ródano, que se describe aquí como afluente del mismo río (junto con un tercer afluente que llevaba a los mares del norte). Hubo autores que intentaron eliminar las imposibilidades geográficas de la versión de Timageto diciendo que los Argonautas remaron hasta el nacimiento del Istro y después cargaron con el *Argo* por tierra (¡a través de los Alpes!) hasta que llegaron a una corriente apropiada que fluía hacia el sur.[112]

(*iv*) Inspirado por las exploraciones norteñas del marino griego Píteas de Masalia (Marsella), el historiador de los primeros tiempos helenísticos Timeo de Tauromenio (muerto hacia 260 a.C.) propuso una ruta por el norte. Al considerar que no pudieron escapar por el Bósforo, porque estaba bloqueado por los habitantes de la Cólquide, los Argonautas navegaron hacia la esquina noreste del mar Negro para dejarlo a través del Tanais (Don). Tras remar hacia arriba hasta su nacimiento, arrastraron el *Argo* por tierra hasta que encontraron otro río que desaguaba en el océano exterior, en el norte. Navegando en sentido contrario a las agujas del reloj a lo largo del océano mientras mantenían tierra firme siempre a su izquierda, encontraron un camino a la región de Gadeira (Cádiz) y entraron en el Mediterráneo a través del estrecho de Gibraltar.[113]

Al descubrir que los Argonautas habían huido con su hija y con el vellocino de oro, Eetes reunió con rapidez una fuerza de habitantes de la Cólquide para atraparlos. Él mismo guió la persecución, o bien puso la flota bajo las

órdenes de su hijo Apsirto (o Absirto). Como en la tradición más primitiva se consideraba que Apsirto no sería más que un niño por aquellos tiempos, en origen aparecía con un papel bastante diferente. En la versión más temprana que se conserva de esta historia, compuesta por Ferécides, Medea lo sacaba de su camastro y lo llevaba al *Argo* por mandato de Jasón. Cuando comenzó la persecución de los Argonautas, éstos mataron al chico, lo descuartizaron y arrojaron sus restos al río (se presume que el Fasis).[114] Pese a que el resumen conservado no aporta una explicación, es evidente que adoptaron esta medida brutal para hacer que Eetes quedara atrás al retrasarse para recuperar los restos de su hijo. Así lo establece explícitamente Apolodoro, cuyo relato deriva en apariencia de una fuente distinta, pues varía en algunos de sus detalles. De acuerdo con esta narración, Medea mataba y desmembraba al muchacho, y el incidente debía de haber ocurrido bastante más tarde, en el final opuesto del mar Negro, ya que se decía que Eetes había enterrado al chico en Tomos, una ciudad en la costa tracia cuyo nombre podía ser interpretado como «Trozos» o «Rodajas».[115] En algunas versiones de la tragedia, por otra parte, Apsirto era asesinado en el palacio en la Cólquide antes de que los Argonautas partieran.[116] Apolonio ofrece un relato del todo diferente sobre su destino, y lo presenta como un hombre adulto que dirigía la persecución hasta que cae asesinado a traición por las maquinaciones de su hermana.

Para una narración completa y detallada del viaje de vuelta de los Argonautas debemos volver de nuevo a Apolonio.[117] Después de dejar el río Fasis, navegaron hacia el oeste a través del mar Negro, con una parada en la desembocadura del río Halis, más o menos en la mitad de la costa norte de Asia Menor, para ofrecer un sacrificio a Hécate. Cuando recordaron que el adivino Fineo les había aconsejado que eligieran una ruta diferente al volver, discutieron este asunto durante la parada y estuvieron de acuerdo con una sugerencia de Argos, hijo de Frixo, que propuso que remontasen el Istro (Danubio) y después descendieran al Adriático por un afluente lateral del río. Mientras tanto una gran flota colca, a las órdenes de Apsirto, se había puesto en marcha, y después de cruzar el mar Negro sin encontrar señales de los Argonautas, la flota se dividió en dos secciones: una pasó a través del Bósforo mientras la otra se dirigió hacia el Istro. Aunque Hera había dejado un rastro de luz celestial para guiar a los Argonautas hacia el río, la segunda sección de la flota colca (la que dirigía Apsirto) entró en él antes que ellos, al atravesar la parte más al sur de su desembocadura. En consecuencia, los colcos fueron capaces de alcanzar la (imaginaria) desembocadura del río en el Adriático delante del *Argo,* y así bloquear la huida del barco.[118]

Ofrecieron a los Argonautas unas condiciones generosas, prometiendo que les dejarían partir con el vellocino si Medea era desembarcada para permitir que su destino fuese decidido en juicio; pero Medea no tenía intención de someterse a semejante proceso y orquestó la muerte de Apsirto para asegurarse de que no la detuvieran. Haciendo que su hermano creyera que le ayudaría a recuperar el vellocino, lo atrajo a un encuentro secreto en la isla de la desembocadura del río donde se suponía que iba a ser desembarcada, y cuando él llegó al lugar de encuentro prefijado en el templo de Ártemis, Jasón, que había estado esperando emboscado cerca de allí, lo cogió por sorpresa y lo mató. Como señal convenida, Medea levantó una antorcha hacia los Argonautas, quienes masacraron a la tripulación del barco de Apsirto en un ataque sorpresa y después remaron a mar abierto con Jasón y Medea. Para salvarlos de la persecución, Hera detuvo a los colcos supervivientes enviándoles terribles relámpagos.[119]

Después de que los Argonautas se hubieran abierto camino hacia el Adriático, Hera les envió vientos tormentosos para llevarlos de nuevo hacia atrás, pues Zeus se había enfurecido a causa del asesinato traicionero de Apsirto y por tanto tenía otros planes para ellos. La madera parlante del *Argo* (cf p. 500) les avisó de la mala disposición de Zeus, y anunció que no escaparían del mar y sus peligros a menos que los asesinos fueran purgados de su culpa por la hechicera Circe (que era tía de Medea).[120] Como la isla de Circe estaba frente a la costa oeste de Italia, los Argonautas viajaron al Mediterráneo occidental por la ruta antes mencionada —bastante poco plausible, por cierto—, es decir, remontando el Erídano (Po) y descendiendo después por el Ródano, visto aquí como afluente del mismo río. Mientras lo hacían, pasaron junto al lugar en el que Faetón encontró la muerte al caer (cf. pp. 83-84). Tras seguir su camino de vuelta al Mediterráneo, recalaron en las Estoicades (islas de Hyères, al oeste de Toulon) y después en Aitalia (Elba), donde se quitaron el sudor de la piel con guijarros de la playa. Por ello la playa siempre ha estado cubierta desde entonces con piedrecillas que recuerdan a pedazos de piel humana. Cuando por fin llegaron a la isla de Circe, Jasón y Medea se sentaron como suplicantes en sus salones, y ella llevó a cabo los ritos que eran necesarios para purificarlos del asesinato.[121]

La siguiente etapa del viaje llevó a los Argonautas alrededor de la punta del sur de Italia a la isla de Alcínoo, rey de los feacios, cuyo dominio se identifica aquí con la isla de Corcira (Corfú) frente al noroeste de Grecia. De camino se enfrentaron con algunos de los peligros que más tarde amenazarían a Odiseo cuando cruzó los mismos mares después de la guerra de Troya. Así, mientras

pasaban la isla de las Sirenas —que embrujaban a los marinos con su canto y su belleza llevándolos a la muerte (cf. p. 638)—, Orfeo ahogó sus voces al tocar con su lira una melodía estridente y rápida. Sin embargo, uno de los miembros de la tripulación, un tal Butes, hijo de Teleón de Atenas, oyó su canto, saltó por la borda y nadó hacia ellas. No obstante, Afrodita lo sacó del mar y se lo llevó al cabo Lilibeo, en la punta occidental de Sicilia (donde se decía que lo había tomado como amante y que le había dado un hijo, Érix, cf. p. 350).[122] Durante la parte más peligrosa del viaje, en el estrecho de Mesina, los Argonautas se beneficiaron de la invisible ayuda de Tetis y sus compañeras las Nereidas, que los guiaron entre Escila y Caribdis (cf. p. 639), y después a través de las Planctas (las Rocas errantes, cf. p. 507), pasándose el barco de una hermana a otra como si fuese una pelota. Tras escapar de aquellos peligros y bordear los prados de Trinacia, donde las hijas de Helio apacentaban las vacas y ovejas del Sol, navegaron aprisa a través del mar Jonio hasta la isla de Alcínoo.[123]

El mismo día los colcos, que habían navegado cruzando el Bósforo, llegaron también a la isla y exigieron que Alcínoo entregase a Medea, amenazándole con la guerra si se negaba. Medea se acercó a Arete, la reina de los feacios, y apeló a ella con súplicas, produciéndole tal compasión que ésta rogó a su marido que se resistiese a las demandas de los colcos. Cuando Alcínoo replicó que no separaría a Medea de Jasón si ya se había unido a él, pero que se la devolvería a su padre si todavía era virgen, Arete envió un mensaje secreto a Jasón para informarle de la decisión. Así que él se casó con Medea sin demora, y la pareja pasó su noche de bodas en la cueva sagrada de Macris, yaciendo juntos sobre el vellocino de oro. Macris, la última dueña de la cueva, era una hija de Aristeo que había sido expulsada de su Eubea nativa por Hera porque había atendido al niño Dioniso. Al oír el juicio de Alcínoo al día siguiente, los colcos lo aceptaron sin intentar cumplir sus amenazas, y pidieron que se les permitiera permanecer entre los feacios, pues temían regresar junto a Eetes sin Medea.[124]

Después de dejar la isla al séptimo día, los griegos se pusieron en marcha para navegar alrededor de la punta sur del Peloponeso, pero fueron apartados de su camino por una violenta tempestad que los arrastró hacia el sur durante nueve días con sus noches hasta que el *Argo* acabó por embarrancar en la costa desierta de Libia. Por consejo de las ninfas guardianas de la tierra, levantaron el barco a hombros y lo cargaron por tierra durante doce días y sus noches hasta que llegaron al lago Tritónide. Perdieron a dos de sus compañeros antes de proseguir su camino, pues Canto, hijo de Abas, fue asesinado por Cafauro (un ganadero local descendiente de Minos, cf. p. 461), mientras intentaba robarle

una oveja, y el adivino Mopso murió por una mordedura de serpiente. Las serpientes venenosas abundaban en Libia. Habían surgido de la sangre que goteaba de la cabeza de la gorgona mientras Perseo sobrevolaba esa tierra (cf. p. 319). Tras botar la nave en las aguas del lago, los Argonautas buscaron en vano una salida al mar. Orfeo propuso que erigieran un trípode en la playa como ofrenda a los dioses locales por su retorno seguro, y cuando lo hicieron, Tritón, el dios del lago, se les apareció con aspecto de hombre joven y los orientó hacia su camino. Además le dio a Eufemo la pella de tierra de la que después crecería la isla de Tera (vid. pp. 517 y 731). Al llegar a mar abierto, siguieron hacia el este la costa africana, y después viraron al norte hacia Creta.[125]

Mientras buscaban agua fresca en las inmediaciones del lago Tritónide (del que se presuponía que era salado), los Argonautas se encontraron con las ninfas de las Hespérides y les preguntaron dónde podían encontrar agua. Justo el día anterior Heracles había llegado allí para robar algunas de las manzanas de las Hespérides (cf. p. 358), por lo que las ninfas pudieron señalarles un manantial que había surgido allí después de que Heracles hincara un pie en la tierra. Como resultado de esta secuencia de hechos, Heracles logró salvar la vida de sus compañeros a pesar de haber estado separado de ellos desde mucho tiempo antes. El argonauta Linceo, que tenía poderes excepcionales de visión, creyó que podía ver al héroe desapareciendo en la distancia, tal como una persona en los primeros días del mes puede ver la luna a través de un banco de neblinas.[126]

Al llegar a Creta, los Argonautas se encontraron con que la isla estaba bajo la custodia de Talo, un enorme hombre de bronce que Hefesto había construido y regalado a Minos (o que Zeus había regalado a Europa) para que cumpliese esta función. También se describía a Talo, con bastante menos propiedad, como el último superviviente de la raza de bronce (a pesar de que los miembros de aquella raza no estaban hechos literalmente de bronce en el mito de las razas de Hesíodo, cf. pp. 113-114).[127] Solía vigilar la isla corriendo por sus orillas tres veces al día, y repelía a los visitantes inesperados arrojando rocas a sus barcos.[128] Se contaba también que solía destruir a sus adversarios abrasándolos, bien calentándose a sí mismo en un fuego y envolviéndolos después en un abrazo mortal, bien arrojándolos a ellos a un fuego.[129] No obstante, era vulnerable en el tobillo, pues la única vena que recorría su cuerpo estaba cubierta por una fina membrana en ese punto y su fluido vital (*ichor*) se derramaría si era punzada.[130] O bien la vena tenía un tapón con forma de clavo de bronce en el tobillo, y podía

sacarse para producir un efecto similar.[131] Aunque intentó de la forma habitual repeler al *Argo* cuando se acercaba a las costas de Creta, Medea fue capaz de sacar ventaja de su flaqueza para provocar su muerte. Tras invocar primero a las Keres (espíritus de la muerte) contra él, lo confundió tanto al hacerle mal de ojo y enviarle espectros, que él se cortó el tobillo con una roca mientras estaba intentando levantar un peñasco, y expiró mientras su fluido vital se derramaba como plomo fundido.[132] O bien, según una forma más antigua de la historia, ella le prometió hacerle inmortal y después le causó la muerte al tirar del clavo de su tobillo. Existía también una versión más antigua en la que el argonauta Peante, el padre del gran arquero Filoctetes, lo mataba disparándole una flecha al tobillo.[133] Tras su muerte, los Argonautas desembarcaron para aprovisionarse de agua y pasar la noche en la isla.[134]

Mientras los Argonautas navegaban rumbo al norte hacia la aglomeración de islas del sur del Egeo, se vieron envueltos por una noche de tan impenetrable oscuridad que parecía haber surgido del Hades. Al darse cuenta de que era incapaz de seguir un rumbo, Jasón rogó ayuda a Apolo, que les reveló (*anephene*) la pequeña isla de Anafe con un rayo de su arco dorado. Así los Argonautas se refugiaron en la isla para pasar la noche, y erigieron allí un santuario a Apolo.[135] En respuesta a un sueño profético, a la mañana siguiente Eufemo tiró al mar cerca de allí la pella de tierra que había recibido de Tritón, y entonces surgió la isla de Tera (cf. p. 731). Los Argonautas continuaron hacia el norte entre las islas del Egeo, hicieron una breve parada en Egina y después cruzaron los estrechos entre Eubea y la Grecia central para alcanzar su propio puerto en Tesalia.[136]

Jasón y Medea en Grecia

Después de llegar a Yolcos, Jasón envió el vellocino de oro a Pelias para demostrar que había cumplido su encargo, y después se hizo a la mar con sus compañeros en el *Argo* una última vez, llevando el barco al Istmo de Corinto para dedicárselo a Poseidón, el gran dios del mar.[137] A su vuelta conspiró con Medea para organizar la muerte del rey.

Aunque por lo general las tradiciones clásica y posterior estaban de acuerdo en que Medea empleó sus habilidades especiales para provocar la muerte del rey, no hay evidencia definitiva de esto anterior a la mitad del siglo VI a.C. Como se ha mencionado, Ferécides recogió una versión del mito, a la que se presume un origen bas-

tante antiguo, en la que Hera hacía que se enviara a Jasón en busca del vellocino porque ella sabía que Medea volvería con él y causaría la muerte de Pelias (cf. p. 497); pero puede que ésta no haya sido la única versión antigua, pues una tradición del período arcaico sugiere que Jasón y los Argonautas participaron en los juegos funerales en honor de Pelias,[138] lo que habría estado fuera de lugar si Jasón hubiese colaborado en su muerte. No hay rastro de tal cosa en el pasaje de la *Teogonía*, pese a que se describe a Pelias como violento y excesivo; tan sólo se nos cuenta que Jasón llevó a la hija de Eetes en su barco al volver, y que ella le dio un hijo, Medeo, que fue criado en las montañas por Quirón (es decir, en el monte Pelión, no lejos de Yolcos). Se podría sospechar que en la versión más antigua de la historia Jasón se establecía con Medea en Yolcos bajo el poder de Pelias. Su hijo Medeo es conocido además por la mención que hace de él Cinetón, un poeta épico arcaico de Esparta (que nombra además a una hermana llamada Eriopis), pero desde entonces desaparece sin dejar rastro. Es probable que fuera el epónimo de los medos, cumpliendo la función que le fue asignada a Medo, el hijo de Medea y Egeo (cf. *infra*), en la tradición posterior.[139]

En la narración más conocida, Medea fingía congraciarse con las hijas de Pelias para preparar su destrucción. Les contaba que sería capaz de rejuvenecer a su anciano padre por medio de sus pociones y encantamientos. Como prueba de sus poderes, mataba y descuartizaba un carnero viejo, y luego lo devolvía a la vida como un joven cordero al hervir sus restos junto con hierbas mágicas en un caldero. Muy impresionadas por esta demostración, las princesas desmembraban a su padre y ponían sus restos en el caldero, pero en esta ocasión Medea no añadía las hierbas necesarias y Pelias no recuperaba ni su juventud ni su vida.[140] En la tradición original, Medea habría sido capaz de rejuvenecer a Pelias si hubiera querido. Algunos versos supervivientes de los *Nostoi*, un poema épico arcaico del ciclo troyano, cuentan cómo convirtió a Esón, el padre de Jasón, en un joven en la flor de la vida al destilar unas hierbas en sus calderos dorados; incluso se llegó a sugerir en alguna ocasión que rejuveneció al mismo Jasón.[141] Sin embargo, en las narraciones racionalizadas de la época de Eurípides en adelante sobre su engaño a las princesas, se explicaba que recurrió a trucos para conseguir su objetivo, por lo común sustituyendo el carnero muerto por uno nuevo.[142]

Ya sin ganas de permanecer en Yolcos después de que se hubiera llevado a cabo esta venganza horripilante, Jasón encomendó el reino a Acasto, hijo y heredero de Pelias, y se hizo a la mar con Medea para empezar una nueva vida lejos de allí.[143] O bien, según otra versión, Acasto expulsó de la tierra a Jasón y a Medea tras conocer el destino de su padre.[144]

En la mayoría de los relatos, Esón ya había muerto en la época del retorno de su hijo. Según Apolodoro, Pelias decidió matar a Esón cuando se convenció de que Jasón nunca regresaría; pero Esón pidió quitarse él mismo la vida, y se suicidó bebiendo sangre de toro (de la que se pensaba que era peligrosa porque se coagularía en la garganta de quien la bebiera). La esposa de Esón, Perimede, maldijo a Pelias por causar la muerte de su marido y se ahorcó, dejando a un hijo pequeño, Prómaco, que fue asesinado a su vez por el rey. O según la versión ligeramente distinta de Diodoro, Pelias ordenó a Esón que se suicidase, y su esposa (aquí llamada Anfínome) se apuñaló después.[145] Tales hechos podrían ser presentados para añadir motivos a la venganza de Jasón y Medea.

En las artes visuales y las relaciones literarias, el número de las hijas de Pelias (las Pelíadas) varía desde dos a cinco. Apolodoro registra cuatro: Alcestis, Pelopia, Psídice e Hipótoe; e Higino añade una quinta: Medusa.[146] Alcestis fue famosa por derecho propio como la noble esposa de Admeto (cf. p. 211) y algunos afirmaban que era la única de las hermanas que rechazó poner las manos sobre su padre.[147] Tan pronto como los verdaderos efectos de su acción se hicieron evidentes, las Pelíadas huyeron al exilio (o fueron exiliadas por su hermano Acasto). De acuerdo con una tradición arcadia, se establecieron en Mantinea, donde se podían ver sus supuestas tumbas en tiempos históricos; o bien según otra narración, Jasón les encontró buenos maridos en el extranjero.[148] Se recuerda a Acasto en diferentes circunstancias por el papel que desempeñó en la leyenda de Peleo (vid. pp. 687-688).

Tras su partida de Yolcos, Jasón y Medea se establecieron en Corinto (excepto en un relato épico arcaico que los situaba en Corcira).[149] En la versión posterior estándar de su leyenda corintia, inspirada por la *Medea* de Eurípides, vivieron allí con satisfacción durante unos años, hasta que Creón, el rey de Corinto (que no debe confundirse con su tocayo tebano), ofreció a Jasón la mano de su hija Glauca. Colocando la ventaja social y política por encima de los lazos de lealtad y gratitud, Jasón accedió a aceptar con gran furia y desesperación de Medea, que le suplicaba que lo reconsiderase. Pero como sus súplicas caían en oídos sordos, proyectó una terrible venganza. Tras untar una poción nociva en un elegante ropaje y una tiara, encargó a sus dos hijos pequeños que los llevasen a palacio como regalos para la novia. Cuando la princesa se los puso, se inflamaron en llamas, abrasándola hasta la muerte igual que a su padre cuando acudió en su ayuda. Como acto final de venganza contra su marido, Medea asesinó a sus dos hijos antes de salir volando

hacia Atenas, a donde escapó en un carro tirado por dragones alados que le facilitó con este propósito su abuelo Helios.[150]

Una tradición local de Corinto mantenía que Mérmero y Feres, los dos hijos de Jasón y Medea, fueron lapidados hasta la muerte por los propios corintios por haber llevado los mortales regalos a la princesa. Los espíritus de los niños muertos vengaron su inmerecido destino imponiendo la muerte a los hijos de los corintios hasta que los ciudadanos, por consejo de un oráculo, los apaciguaron al ofrecerles sacrificios anuales y al erigir un altar a Fobos (Miedo). Los sacrificios continuaron hasta que la ciudad fue destruida por los romanos en 146 a.C.[151] Según otra narración, Medea mató a Creón con algunas de sus pociones y después huyó a Atenas, dejando a sus hijos en el altar de Hera *Akraia* porque eran demasiado jóvenes para acompañarla. Asumía que Jasón iría en su rescate, pero unos aliados de Creón los mataron y extendieron el rumor de que ella no sólo había matado al rey, sino también a sus propios hijos.[152]

De acuerdo con una narración del todo diferente ofrecida por el poeta épico Eumelo, los corintios invitaron a Medea a su ciudad para que se convirtiera en su reina, pues Helios había entregado esa tierra a su padre mucho tiempo antes, y el trono había quedado vacío entretanto (cf. más en p. 560). Medea gobernó allí junto con Jasón hasta que él descubrió que ella había causado la muerte de todos sus hijos al nacer, y los había enterrado en el santuario de Hera con la esperanza de volverlos inmortales. Cuando, en consecuencia, la abandonó y navegó de regreso a Yolcos, Medea también decidió marcharse y le transfirió el trono a Sísifo (al que, por lo común, se veía más como fundador de la ciudad, cf. p. 558).[153]

En una historia de fuente helenística, los corintios llegaron a rechazar el gobierno de Medea porque era extranjera y bruja, y mataron a sus catorce hijos, siete niños y siete niñas, incluso aunque habían encontrado refugio en el altar de Hera. Los dioses enviaron una plaga para castigar a los corintios por este grave acto de sacrilegio, y en adelante los ciudadanos de ilustre cuna fueron obligados a expiar su crimen dedicando cada año a siete niños y siete niñas a la realización de ciertos ritos en el templo de Hera.[154] Igual que la otra historia local mencionada arriba, ésta es una leyenda etiológica que fue inventada para dar una explicación a una práctica de culto.

Al llegar a Atenas, Medea se ganó el favor del gobernante, Egeo, al curarle de su infertilidad. Él le pidió que fuera su esposa y tuvieron un hijo, Medo, que estaba destinado a dar su nombre a Media y los medos. Sin embargo, cuando más tarde

llegó Teseo para reclamar su derecho de nacimiento por ser el primogénito de Egeo, Medea fue expulsada de allí con su hijo porque conspiró para matarlo (cf. más en p. 452).[155] En una versión ella regresaba a su hogar en la Cólquide para descubrir que Eetes había sido depuesto por su hermano Perses, y mataba al usurpador para restaurar a su padre en el trono.[156] En otra versión lo hace su hijo Medo, que avanza hacia el sureste con un ejército de colcos para establecer un reino propio, conquistando las tierras del sur del mar Caspio que serían conocidas como Media de entonces en adelante.[157] Según otra versión Egeo entregaba a Medea una escolta que la llevaba donde ella quisiera, y ella, viajando primero a Fenicia y después hacia el interior de Asia, se casaba con un ilustre gobernante local. Tuvo a Medo con este rey en vez de con Egeo, como cuenta la tradición más usual, y Medo dio su nombre a ese pueblo cuando accedió al trono.[158]

A diferencia de su esposa, Jasón no tuvo aventuras significativas después del final de su matrimonio, y tan sólo la forma en que murió merece ser tenida en cuenta. En la *Medea* de Eurípides, Medea le anuncia que encontrará una muerte indigna, al ser golpeado por un madero que caería del *Argo*; y hubo quienes defendían que ella misma había contribuido a tal muerte al animarlo a dormir bajo la popa podrida del barco.[159] Quizá se suicidó desesperado por la pérdida de sus hijos,[160] o bien murió junto a su nueva novia y su futuro suegro en el incendio del palacio en Corinto.[161]

Hay que decir que la estrella de Jasón declina en la tradición clásica y posterior mientras que la de Medea se eleva, puesto que ella se convierte en una figura de inteligencia excepcional y de gran dignidad (sin ser por ello admirable), mientras que Jasón pasa a ser un héroe indeciso e incluso innoble. El retrato que hace Eurípides de la pareja en su *Medea* parece que carga con buena parte de la responsabilidad de este cambio. No obstante, en la tradición épica temprana Jasón habría sido sin duda un héroe de valor sin tacha que habría competido con otros grandes héroes matadores de monstruos, como Perseo, Teseo o Belerofonte.

Capítulo XII

La saga de los Deucaliónidas

Las dos familias más importantes en la mitología heroica griega son los Ináquidas, oriundos de Argos, y los Deucaliónidas, que provenían de la Grecia central y que se extendieron por otras áreas de la Grecia continental así como por el oeste del Peloponeso. Después de haber dedicado el capítulo precedente a la mayor aventura asociada con este linaje —la búsqueda del vellocino de oro a cargo de Jasón—, debemos ahora trazar su historia desde sus orígenes. Deucalión, hijo de Prometeo, el fundador de esta saga familiar, y su esposa Pirra, hija de Pandora, la primera mujer, son las figuras centrales en el mito que se desarrolló para explicar el origen de los pobladores de la Lócride oriental, en el este de Grecia. Después de sobrevivir a una inundación que afectó a la mayor parte de Grecia (o toda entera o al mundo entero según las versiones posteriores), Deucalión y Pirra crearon una nueva raza de humanos en Lócride tirando piedras por encima de sus hombros, además de varios hijos con el procedimiento natural, entre los que se encuentra Helén, el epónimo de los griegos, los helenos. Helén, a su vez, fue el abuelo de Eolo, Doro, Aqueo e Ion, los epónimos de las cuatros grandes divisiones del pueblo griego: los eolios, los dorios, los aqueos y los jonios. Ninguno de ellos tiene leyendas muy importantes (quizá sólo Ion). Todos los héroes y heroínas principales de la familia fueron descendientes de Eolo, que tuvo numerosos hijos e hijas. La historia de los Deucaliónidas es principalmente la historia de los Eólidas.

Eolo, que vivió en Grecia central, cerca de las tierras de Deucalión, tuvo siete hijos y cinco hijas que se diseminaron por distintas partes de Grecia. Como se puede imaginar a partir de esto, esta rama de la familia tiene una estructura y una historia más complejas que la de los Ináquidas, en la que sólo hay tres líneas principales situadas en lugares de primera importancia. Los Deucaliónidas no sólo llegaron a establecer linajes reales en una gran cantidad de lugares importantes, sino que el tiempo en que cada uno de estos linajes gozó de una situación de preeminencia en la historia mítica es sólo de una generación o dos, en

contraste con los linajes Ináquidas de Tebas o Argos. Incluso si parte del material que suministran carece en ocasiones de gran interés, en todo caso se ha de llevar a cabo un tratamiento completo y sistemático de la familia y no detenerse únicamente en sus héroes y mitos más célebres. De este modo, se seguirá aquí el método de la mitología antigua y se considerará a cada uno de los hijos de Eolo y a sus descendientes respectivos, empezando por sus hijas (cf. pp. 532 y ss.) para continuar con los hijos (cf. pp. 546 y ss.).

Los linajes gobernantes que fundaron los hijos e hijas de Eolo se establecieron en tres áreas principales: en el sur de Tesalia, en las tierras que baña el golfo de Pagasa; en Etolia, al sudoeste del continente; y en el Peloponeso occidental. Los principales reinos de los Deucaliónidas se pueden, por tanto, representar como un semicírculo cuyo centro es el área de origen de la familia, y que se extiende desde Tesalia hacia Etolia y luego, atravesando el golfo de Corinto, hasta la Élide y Mesenia. No obstante, otras ramas de la familia habitaron en otras partes, en la Grecia central, en Corinto e incluso en la isla de Sérifos, en el Egeo.

La familia real *etolia* descendía de Cálice, una de las hijas de Eolo, y éste era el linaje real *eleo* menos importante. Calidón, la ciudad principal de Etolia, fue célebre en la mitología como el lugar de nacimiento de Eneo y de su hijo Meleagro, quien dirigió la expedición formada por varios de los más sobresalientes héroes griegos para dar caza al jabalí de Calidón (cf. pp. 539 y ss.), la segunda de las aventuras panhelénicas más destacables vinculadas con esta familia. Todas las demás ramas de esta familia descendían de los hijos de Eolo. Como vimos en el capítulo anterior, Creteo fue el fundador de un linaje *tesalio* que tuvo su importancia en relación con la saga de los Argonautas. Se abordarán en este capítulo otros aspectos de la mitología tesalia de la familia de Creteo (cf. pp. 552 y ss.), así como una rama tesalia interesante que surge en Fílacas de otro de los hijos de Eolo (cf. p. 564). Uno de los hijos de Creteo, Amitaón, cruzó a Mesenia, en la punta occidental al sur del Peloponeso y allí fundó una familia de adivinos y de gobernantes peloponesios entre los que se incluye el gran adivino Melampo (cf. p. 553). Amitaón gozó de la hospitalidad de su hermanastro Neleo en la arenosa Pilos, célebre en el mito como la ciudad natal de Néstor, el longevo hijo pequeño de Neleo (cf. pp. 550-551). Neleo estableció su reino en las tierras costeras de Mesenia que le entregó Perieres, hijo de Eolo, que fundó un linaje real en Mesenia destinado a terminar prematuramente, lo que provocó que los hijos de Neleo se hicieran también con el dominio de esas tierras (cf. pp. 549 y ss.). Cabe mencionar asimismo la rama *corintia* de la familia, de la que es fun-

dador Sísifo, hijo de Eolo, el hábil tramposo que fue abuelo de un gran héroe: el matador de monstruos Belerofonte. Nos detendremos también en Atamante, un miembro *beocio* de la familia que se casó muchas veces (cf. *infra* pp. 546 y ss.), así como en otros notables héroes y heroínas descendientes de Deucalión y Eolo.

Deucalión y su descendencia directa

Deucalión y Pirra sobreviven al gran diluvio

Deucalión, el primer hombre de Grecia central y el superviviente de la gran inundación, era hijo de Prometeo. De acuerdo a las narraciones más antiguas, su madre fue una oceánide llamada Hesíone,[1] (se podría pensar que Deucalión, como hijo de dioses, hubiera debido ser inmortal). Se casó con su prima Pirra, hija de Epimeteo, el hermano de Prometeo, y de la primera mujer, Pandora.[2] Dado que Pandora fue una creación de los dioses (cf. p. 142), Pirra fue la primera mujer que nació mediante un proceso natural. Deucalión y Pirra, en un primer momento, estaban vinculados con la región de la Lócride, en la Grecia central. Parece que el mito del gran diluvio proviene de Oriente Próximo y el papel de Noé aquí lo asume Deucalión. La fuente griega más completa sobre esta historia es la que da Apolodoro. A consecuencia de un aviso de su padre Prometeo, que sabía que Zeus estaba planeando provocar un diluvio que destruyera a la raza de bronce, Deucalión construyó un gran arcón, lo cargó de provisiones y se subió a él en compañía de su esposa. Zeus provocó una intensa lluvia y la mayor parte de Grecia quedó sumergida. La mayoría de los humanos perecieron, excepto unos pocos que se refugiaron en las montañas. Mas Deucalión y Pirra lograron mantener a flote el arcón durante nueve días y nueve noches, navegando a la deriva hasta llegar al monte Parnaso. Cuando las lluvias cesaron, Deucalión saltó a tierra y ofreció un sacrificio a Zeus *Phyxios* (de la Huida). Zeus entonces mandó a Hermes que fuera a su encuentro y le ofreciera aquello que más deseara, y él pidió que se le concediera una nueva raza de humanos. Hermes les dijo que bastaba con tomar unas piedras y tirarlas por encima de sus hombros. De este modo, las piedras que tiró Deucalión se convirtieron en hombres y las que tiró Pirra, en mujeres.[3]

Píndaro es el primer autor que se refiere directamente a la inundación y cuenta cómo las aguas cubrieron por completo la negra tierra hasta que de repente

refluyeron por obra de Zeus. Deucalión y Pirra descendieron del monte Parnaso y se asentaron en Opunte, en la Lócride oriental, donde dieron vida a un nuevo pueblo del modo en que se ha descrito.[4] Un fragmento atribuido a Hesíodo menciona las piedras y al nuevo pueblo se le da el nombre de léleges (los habitantes aborígenes de la Lócride oriental).[5] Como Píndaro señala, esta parte de la historia tiene una inspiración etimológica, dado que la palabra griega *laas*, que significa «piedra» es muy parecida a la palabra *laos* (pueblo). Aunque se pensaba que Deucalión había gobernado en Lócride, los autores de época helenística en adelante afirman que era tesalio y cuentan que era el rey de Ftía o de toda Tesalia.[6] Helánico afirma que no fue en el Parnaso donde le detuvo el flujo de las aguas, sino en el monte Otris, al sur de Tesalia.[7] Una tradición ateniense menciona que se refugió en Atenas durante la inundación, e incluso que estaba enterrado en un túmulo cerca del santuario de Zeus olímpico, cuyo culto había fundado.[8] Como también sucede con la causa de la inundación, Apolodoro, como hemos visto, menciona que la provocó Zeus para destruir a los pobladores de esa época, que se identifican con la viciosa raza de bronce de la que habla Hesíodo (aunque según Hesíodo éstos murieron a causa de su propia violencia, cf. p. 114). Otras fuentes sugieren que Zeus mandó el diluvio para castigar la injusticia humana, lo que es similar, o para vengar el crimen de Licaón o de sus hijos (cf. p. 693).[9]

Tal y como se concibió dentro de la mitología griega, el diluvio sólo afectó a la Grecia continental, por lo que el lanzamiento de piedras no explicaba cómo se repobló el mundo, sino sólo cuál era el origen de un pueblo específico de Grecia, los léleges de la Lócride oriental. En las versiones romanas, sin embargo, la inundación es un diluvio universal que cubrió el mundo entero y del que sólo se salvaron unas pocas cimas de montañas (o sólo el monte Parnaso). Según Ovidio, Zeus quedó tan apesadumbrado por el crimen de Licaón y en general por la injusticia humana que decidió eliminar a la raza que habitaba entonces y emplazar una nueva. Aunque en un primer momento intentó llevarlo a cabo arrojando rayos a todas las partes de la tierra, sintió miedo de que el fuego llegara a los cielos y echó mano del agua para sus fines. Las Nereidas quedaron impresionadas de ver bosquecillos y ciudades debajo del mar, los delfines se hicieron con los bosques, los pájaros caían al mar exhaustos ante la imposibilidad de posarse. Todo se hundió o murió de hambre, sólo sobrevivieron Deucalión y Pirra, que navegaron a través de las aguas en una pequeña barca hasta que alcanzaron la cima del monte Parnaso. Zeus se alegraba de que hubieran sobrevivido, pues sabía de su virtud y piedad. Hizo que el viento del norte barriera las nubes que

descargaban la lluvia, mientras que Poseidón apaciguó las olas con su tridente y dio la orden a Tritón de que soplara su cuerno de concha para que las aguas se retiraran a sus cauces. Al ver que estaban solos en el mundo, Deucalión y Pirra pidieron un oráculo a Themis, que les indicó que arrojaran los huesos de su gran madre por encima de sus hombros. Quedaron atónitos ante la respuesta, pero Deucalión se dio cuenta de que se refería a las piedras que había en el cuerpo de la Madre Tierra y la pareja se puso a la tarea de traer a la vida a una raza de mortales.[10]

Helén y los epónimos de las cuatro divisiones principales del pueblo heleno

Deucalión y Pirra tuvieron un hijo muy importante, Helén, y otros cuantos, según las diferentes versiones;[11] de dos de los últimos, Protogenia y Anfictión, cabe hacer mención por separado. Protogenia fue la primera mujer engendrada por un mortal. Zeus la sedujo y tuvieron un hijo juntos, Etlio, que aparecerá más adelante como primer rey de la Élide y padre de Endimión (cf. p. 534).[12] Anfictión fue el fundador epónimo de una importante sociedad religiosa, la Liga anfictiónica. Los santuarios comunes de la Liga eran el templo de Apolo en Delfos y el templo de Deméter *Anfictionis* en Antela, cerca de las Termópilas. Heródoto señala que Anfictión tenía un altar en este último. En realidad, el nombre de ésta y de cualquier otra de estas sociedades (*amphiktyioneiai*) hace referencia a que estaban constituidas por los «pobladores de los alrededores» y vecinos. Se decía que Locro, el epónimo de la provincia natal de Deucalión, la Lócride, era nieto del nieto de Anfictión. A pesar de la confusión que se produce con el presente Anfictión, que fue el gobernante de las Termópilas, también se señala a veces que el rey originario de Atenas con el mismo nombre (cf. p. 480) fue hijo de Deucalión.[13]

Helén fue el epónimo del pueblo griego, los helenos, y el antecesor de las ramas principales de la familia a partir de los hijos que tuvo con su esposa, la ninfa Orsis.

Los helenos, nombre que se aplicaba al conjunto del pueblo griego, fueron en origen una tribu de griegos que habitaban al sur de Tesalia. Aparecen con ese nombre en la *Ilíada*, que los incluye en el contingente que comanda Aquiles (que provenía de esa misma región, de Ftía).[14] Aunque Homero utiliza la palabra *panhellenes* como término general en una ocasión,[15] generalmente se refiere a los griegos como aqueos,

argivos o dánaos. Los helenos en sentido amplio pasaron a llamarse *Graeci* en latín, debido a los *Graikoi*, un pueblo helénico que vivía al oeste de los helenos de los que habla Homero. Graico, el epónimo de los *Graikoi*, aparece en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo como hijo de Zeus y de una hija tardía de Deucalión también llamada Pandora.[16]

Los helenos consideraban que eran divisibles en cuatro grupos principales: los eolios, los dorios, los aqueos y los jonios, distinguibles por sus variaciones dialectales, por su historia, distribución, instituciones, etc. Se podía expresar esta idea en términos genealógicos convirtiendo a Helén, el epónimo del pueblo heleno, en el padre o el abuelo de los epónimos mencionados antes. Se estaba mayoritariamente de acuerdo en que había engendrado a tres hijos, Eolo, Doro y Juto y que Juto había sido el padre de Aqueo y de Ion.[17] Estos dos últimos fueron separados de Eolo y de Doro como miembros de generaciones siguientes porque se pensaba que los aqueos y los jonios tenían más relación entre sí que con los eolios y los dorios.

Se consideraba que los diferentes grupos tribales no habían vivido siempre en las mismas regiones y que el modo en que se distribuyeron en época clásica había sido fruto de un largo y complejo proceso migratorio. Hemos de imaginar que Helén vivió en la Ftiótida, en el sur de Tesalia, la tierra de los helenos que se menciona en la *Ilíada*, y que allí le sucedió Eolo, cuyos hijos y descendientes se diseminaron por diversos puntos del continente y el Peloponeso. Doros se estableció en la pequeña región de la Dóride, en la Grecia central, considerada la tierra ancestral de los dorios (a no ser que creamos que vivió en el norte de Tesalia, de la que se pensaba a menudo que había sido la tierra original de este pueblo). De Juto se contaba que había marchado a Atenas, la más importante de las ciudades jonias, en donde se había casado con una princesa ateniense y había engendrado a Ion y a Aqueo.

En las más antiguas fuentes Doro, Ion y Aqueo habían sido sólo epónimos, y poco más, de la familia de los Deucaliónidas. No sólo no tenían leyendas propias, sino que su genealogía era poco importante, dado que Eolo, con su larga progenie, aparecía como el ancestro de todas las ramas principales de la familia. Doro tuvo un único hijo, Egimio, del que ya se ha tratado en relación con Heracles (cf. p. 372). Como se ha explicado en el capítulo VIII, se establecieron relaciones cercanas y duraderas entre su familia y la de Heracles cuando el gran héroe le ayudó en su victoria contra los lapitas, cuando los dorios vivían en el norte. Cuando los Heraclidas invadieron el Peloponeso para reclamar sus derechos sobre esa región, los dorios se aliaron con ellos y se establecieron allí

bajo su gobierno. La leyenda del retorno de los Heraclidas, por tanto, suministró una explicación mítica para la migración doria al Peloponeso (así como una justificación, ya que los dorios, un pueblo del norte, no tenían ninguna pretensión legítima sobre ese territorio). Egimio tuvo dos hijos, Dimas y Pánfilo, epónimos de dos tribus dorias: los dímames y los pánfilos. Hilo, un hijo de Heracles, al que adoptó Egimio, era el epónimo de la tercera tribu, los hileos. Se dice que Dimas y Pánfilo, los dos hijos de Egimio, se unieron a los Heraclidas en la invasión final del Peloponeso (aunque sea poco plausible mitológicamente), pero cayeron en la batalla en la que los Heraclidas consiguieron la victoria.[18]

Aqueo, Ion y sus descendientes

El *Catálogo* atribuido a Hesíodo parece disminuir el número de descendientes de Juto en cinco ramas. Señala que se casó con Creúsa, hija de Erecteo, que le dio a Ion y a Aqueo como hijos y también una hija, Diomede,[19] que se casó con su primo Deyón (cf. p. 564). Con el paso del tiempo, sin embargo, surgieron diversas historias sobre Juto y sus descendientes, así como una versión legendaria acerca de cómo los jonios se establecieron en Asia Menor. Aunque la mayoría de estas narraciones son relativamente tardías y artificiales, tienen suficiente interés como para dedicarles una breve digresión.

Juto nació en Tesalia, como todos los hijos de Helén, pero cayó en desgracia ante sus hermanos, que le acusaron de robar la herencia común y le expulsaron al exilio; como consecuencia de ello se fue a Atenas, aunque quizá se le obligó a marcharse fuera porque Helén entregó el trono a su hijo mayor, Eolo, y ordenó a sus otros hijos que probaran suerte en otra parte. Después de alcanzar una situación honorable en su nueva ciudad y ayudar a los atenienses en su guerra contra los eubeos, contrajo matrimonio con una princesa ateniense, Creúsa, hija de Erecteo, que le dio dos hijos, Ion y Aqueo, epónimos de los jonios y los aqueos.[20] Cuando Erecteo murió, se le pidió a Juto que hiciera de árbitro en la sucesión y él entregó el trono al hijo mayor de Erecteo, Cécrope (el segundo rey ateniense de ese nombre, cf. p. 488), lo que enfureció tanto al resto de los príncipes que lo expulsaron de Atenas. Entonces él, en compañía de sus dos hijos, marchó a Egíalo, provincia costera al norte del Peloponeso que luego recibiría el nombre de Acaya.[21]

En época clásica eran dos las regiones griegas conocidas como Acaya: la región costera del Peloponeso entre Sición y Élide y una región al sudeste de

Tesalia (Acaya Ftiótide). Según la narración de Pausanias sobre la historia de la familia de Juto, Aqueo dio su nombre a la Acaya de Tesalia y sólo indirectamente a la Acaya del Peloponeso, dado que él decidió marcharse de Egíalo después de la muerte de su padre, a fin de volver a Tesalia para recuperar la herencia que éste había perdido y fundó una línea de gobierno en su reino recientemente conquistado, dándole el nombre de Acaya.[22] Después de su marcha del Peloponeso, Egíalo cayó bajo el poder de su hermano Ion, y continuó siendo gobernada por descendientes de Ion como un reino jonio hasta que fue conquistada por algunos «aqueos» en circunstancias que se pasará ahora a explicar.

Arcandro y Arquiteles, dos de los hijos de Aqueo, decidieron abandonar la Acaya de Tesalia para instalar su casa en el Peloponeso, donde se casaron con las dos hijas de Dánao, rey de Argos, y dado que lograron gobernar sobre Argos y Esparta, el pueblo que allí habitaba pasó a llamarse aqueos. No hay que decir que esta parte de la historia es una invención arbitraria que no tiene nada que ver con las tradiciones antiguas de ningún otro lugar. Cuando, generaciones después, los Heraclidas y sus aliados dorios expulsaron a Tisámeno, el último rey pelópida de Argos y Esparta (cf. p. 381), él se marchó junto a sus aliados «aqueos» al norte, a Egíalo, e intentó encontrar un lugar tranquilo para establecerse junto a los descendientes de Ion que gobernaban esa tierra. Los príncipes jonios recurrieron, sin embargo, a la guerra, temerosos de que Tisámeno fuera elegido rey en virtud de su excelente linaje y buen carácter si los dos pueblos llegaban a mezclarse. Aunque el propio Tisámeno murió en la batalla, sus guerreros aqueos vencieron a los jonios y los expulsaron del territorio. De este modo Egíalo cayó bajo el poder aqueo y se convirtió en Acaya, mientras que los jonios se marcharon a Atenas, donde estaban seguros de recibir una acogida amistosa porque Ion había colaborado provechosamente con los atenienses en el pasado.[23] Hay una versión en la que es el propio Aqueo el que se queda a vivir en Egíalo después de exilarse de Atenas, su lugar de nacimiento, a causa de un asesinato involuntario, por eso la Acaya del Peloponeso recibió ese nombre.[24]

Cuando Aqueo salió en dirección a Tesalia, Ion se quedó en Egíalo, como hemos visto, y formó un ejército para atacar a Selino, que gobernaba entonces ese territorio. Ante la amenaza, el rey decidió encontrar un aliado y, con este fin, ofreció a Ion a su hija Hélice (ya que no tenía hijos). Al conseguir el trono, Ion dio a su pueblo el nombre de jonios y fundó la ciudad de Hélice en honor de su esposa.[25]

En virtud de su nacimiento como hijo de una princesa ateniense, Ion estaba vinculado desde sus orígenes con Atenas, a la que le gustaba verse como la ciu-

dad de origen de los jonios. Se estableció incluso una relación más estrecha a través de las diversas historias que le presentaban como un general de los atenienses en una guerra o incluso como rey de Atenas. Continuando con la narración de Pausanias citada antes, se decía que los atenienses invitaron a Ion a su ciudad para que fuera su comandante en la guerra contra los eleusinos, donde murió, y que había sido enterrado en Pótamos, al sur del Ática, donde su tumba se mostraba en época histórica.[26] La guerra en cuestión era aquella en la que Eumolpo condujo a los eleusinos contra Atenas (durante el reinado de Erecteo en la versión más común, cf. p. 483). Según otra versión diferente, en la que el padre de Ion, Juto, no fue expulsado de Atenas, Ion condujo a los atenienses a la victoria en la guerra antes de abandonar el territorio, y ganó tal fama entre los ciudadanos que le nombraron rey y se dieron a sí mismos el nombre de jonios en su honor. Atenas prosperó bajo su reinado y mandó colonias a Egíalo. O simplemente lo eligieron rey en virtud de sus cualidades personales después de la muerte de su abuelo Erecteo.[27] Cabe señalar, sin embargo, que no tiene un lugar propio en la sucesión y que su nombre no se encuentra en las listas de reyes usuales (cf. p. 476). Heródoto indica que las cuatro tribus de la Atenas antigua (antes de las reformas de Clístenes) recibieron sus nombres a partir de los cuatro hijos de Ion: Geleon, Egícores, Árgades y Hoples.[28]

En una tragedia conservada, *Ion*, Eurípides ofrece una versión diferente de la historia de Ion. Le presenta como un hijo de Apolo que había reinado en Atenas como sucesor de su padre adoptivo Juto. Según esta versión, Apolo violó a Creúsa en una gruta junto a la Acrópolis antes de que contrajera matrimonio con Juto y ella abandonó al niño en esa gruta en cuanto nació, ocultando el nacimiento a su padre de acuerdo con las instrucciones que le había dado el dios. Aunque ella supuso que el niño moriría, Hermes lo recogió a petición de Apolo y se lo llevó a Delfos, donde fue criado como un sirviente del culto consagrado a Apolo.[29] Entre tanto, Creúsa se casó con Juto, que había luchado como aliado de Erecteo, el padre de Creúsa, y le sucedió como rey de Atenas. Según fueron pasando los años, parecía que Creúsa no podía tener hijos, de modo que la pareja fue a Delfos para pedir consulta al oráculo de Apolo.[30] Se le señaló a Juto que debía tomar como hijo a la primera persona que se encontrara cuando fuera (*iôn*) al templo. Resultó que fue el joven sirviente del templo y Juto le aceptó como hijo, dándole el nombre de Ion en referencia a las circunstancias de su encuentro. Juto consideró que debía ser un hijo que él había engendrado durante unas celebraciones báquicas que tuvieron lugar en Delfos antes de desposar a Creúsa.[31] Ignorante de que su hijo había sobrevivido, Creúsa no lo asumió lo mismo

que su marido y, celosa, intentó dar muerte a Ion mediante una copa de vino envenenado. Mas antes de beber, Ion recibió un presagio funesto que le puso en alerta, de modo que vertió el vino en el suelo: entonces una paloma murió en cuanto dio un sorbo al líquido y él se dio cuenta de que alguien estaba intentando matarlo.[32] Después de forzar a un siervo a decirle la verdad, Ion se propuso matar a Creúsa, pero los sacerdotes de Apolo en Delfos le previnieron de no hacerlo. Cuando ella descubrió el origen del niño tras ponerle delante la cuna en la que lo había abandonado, madre e hijo se reconciliaron. Atenea apareció entonces y ordenó a Creúsa que se llevara a Ion consigo a Atenas y que dejara que Juto siguiera pensando que Ion era su hijo.[33] La diosa declaró que el propio Juto tendría otros dos hijos de Creúsa, Aqueo y Doro, y que Ion accedería al trono con el tiempo y engendraría cuatro hijos que darían nombre a las cuatro tribus de Atenas (cf. *supra*). A su vez, ellos engendrarían hijos que tomarían parte en la colonización de las Cícladas y de la costa de Asia Menor.[34] La historia precedente, que debe ser en buena parte invención de Eurípides (a no ser que la *Creúsa* de Sófocles contuviera un material semejante), entra en claro conflicto con las tradiciones habituales sobre Ion y la sucesión ateniense, de modo que hay que tomarla como una mera ficción.

La versión legendaria del establecimiento de los jonios en la costa occidental de Asia Menor surgió en un estado muy avanzado de la historia mítica griega, dos generaciones después del retorno final de los Heraclidas al Peloponeso. En ese período, se decía que muchos de los descendientes de los jonios que habían sido expulsados de Acaya habían salido de Atenas junto a sus aliados atenienses y pilios para fundar un nuevo reino jonio en la otra costa del mar Egeo. Para entender las circunstancias de esta migración, es necesario considerar cómo el retorno de los Heraclidas (cf. pp. 377 y ss.) afectó al transcurso de los acontecimientos tanto en Atenas como en Pilos. Cuando los Heraclidas entraron en el Peloponeso, reclamaron Pilos, la ciudad mesenia que había sido el centro de poder bajo los reinados de Neleo y Néstor (cf. p. 382), en la convicción de que Heracles había establecido allí su sucesión y había confiado la ciudad a sus descendientes (cf. p. 377). Los Nelidas se vieron obligados a huir y la mayoría de ellos recaló en Atenas. El más célebre de estos emigrantes nelidas fue Melanto, que consiguió el trono de Atenas (cf. p. 491) y Alcmeón, el mítico fundador de la noble familia de los Alcmeónidas (cf. pp. 550-551).[35] El gobernante que dio la bienvenida a los jonios en Atenas, por tanto, no era un nativo ateniense, sino un nelida, Melanto. Los colonos abandonaron Atenas en dirección a Asia Menor, dos generaciones después como resultado de una disputa en el seno de la fami-

lia de Melanto. Después de la muerte de su hijo y sucesor al trono, Codro, sus dos nietos, Medonte y Neleo, se enzarzaron en una disputa por el trono, ya que Neleo se negaba a aceptar la autoridad de su hermano mayor debido a que era cojo. Cuando consultaron al oráculo de Delfos, éste indicó que Medonte se quedara con el reino y dio órdenes a Neleo y al resto de los hijos de Codro de que colonizaran Asia Menor con aquellos atenienses que quisieran acompañarlos.[36]

Junto a otros contingentes provenientes de otras partes de Grecia, los hijos más jóvenes de Codro partieron en una fuerza mixta en la que predominaban los jonios. En cuanto llegaron a la región central de la costa occidental de Asia Menor, los emigrantes se dividieron en dos grupos para fundar las doce ciudades principales de esa área, que desde entonces recibió el nombre de Jonia. Algunas de esas ciudades tenían mitos fundacionales propios que fueron adaptados para encajar con esta historia. Se decía, por ejemplo, que un joven cretense llamado Mileto (cf. p. 458) había sido el fundador de la ciudad llamada Mileto, pero había sido refundada por Neleo y un grupo de sus seguidores que dieron muerte a todos los hombres de la ciudad (excepto a los que huyeron) y se casaron con sus viudas e hijas.[37] Es interesante comparar esta versión legendaria de la migración jonia con la de la migración doria en el Peloponeso (cf. pp. 377 y ss., un mito mucho más significativo). Un rasgo notable de ambas leyendas es el hecho de que los líderes son de estirpes diferentes de las de la mayoría de sus seguidores. Como señala Pausanias,[38] se encuentra una pauta similar en otras leyendas semejantes, puesto que se decía que Yolao, un descendiente ináquida o argivo, había guiado a colonos de Tespia o de Atenas a Cerdeña (cf. p. 331), mientras que Teras, de origen tebano, había conducido a los espartanos y minios a Tera (cf. p. 732).

Las hijas de Eolo y sus descendientes

Eolo y sus cuatro hijas menores

Eolo, el epónimo de los eolios, se casó con Enarete, hija de Dímalo, que le dio una familia numerosa de siete hijos y cinco hijas.[39] Entre sus descendientes se encuentran figuras de gran importancia en la mitología heroica temprana, asociadas en su mayor parte con Tesalia, la Grecia central y el Peloponeso occidental. Se considerará aquí a cada uno de sus hijos y sus respectivas líneas

individualmente, comenzando por sus hijas. El propio Eolo es poco más que un nombre.

No se debe confundir a Eolo, hijo de Deucalión, con el Eolo guardián de los vientos de la *Odisea* (cf. p. 636), a pesar de que ambos acaben confundidos en algunas fuentes antiguas. Aunque es en esencia un epónimo y un vínculo genealógico más que un héroe mítico, este Eolo aparece en un interesante mito, aquel en que seduce a Hipe, la hija del centauro Quirón. Cabe recordar aquí que las esposas e hijas de centauros tenían plena forma humana. En la versión de la historia mejor conservada, la que da la literatura astronómica, Hipe huyó a las montañas por la vergüenza que sentía de haber quedado embarazada de Eolo. Cuando su padre llegó allí en busca de su hija, ella estaba a punto de dar a luz al bebé y pidió a los dioses que la cambiaran de forma y la volvieran irreconocible. Quedó transformada en un caballo (lo que encaja bien con la hija de un centauro) y Ártemis se apiadó de ella y se la llevó al cielo, en donde se convirtió en la constelación del Caballo (Pegaso).[40] Hipe engendró a una hija, Melanipa, de su relación con Eolo, que aparece en dos tragedias de Eurípides. En un fragmento de una de ellas, Melanipa declara que Zeus convirtió a su madre en un caballo para aliviar a los mortales de sus penas por medio de encantos.[41] De acuerdo con otra versión fue transformada por servirse de sus poderes adivinatorios para revelar a los mortales los secretos de los dioses.[42] En otra versión, de Calímaco en este caso, Ártemis la transformó porque había dejado de honrar a la diosa y dedicarse a la caza (presumiblemente por su preñez).[43] Sin duda Eolo se encontró con ella mientras cazaba en el monte Pelión.

De las cinco hijas de Eolo, una, Alcíone, es recordada como la heroína de un mito de transformación, mientras que las otras cuatro tienen sólo importancia genealógica. Desde este punto de vista, Cálice es, sin duda, la más importante, puesto que no era sólo ancestro de la familia real etolia, que produjo héroes tan celebres como Eneo y Meleagro, sino también de la familia real de Elea.

(*i*) Alcíone se casó con Ceix, hijo de Heosforo (la Estrella de la mañana). Se debe distinguir a este Ceix del que recibió a Heracles en Traquis (cf. pp. 371-372), incluso a pesar de que a veces se les confunda en la propia Antigüedad. Él y su esposa encontraron una temprana muerte porque solían darse el uno a la otra los nombres de Zeus y Hera, de modo que el Zeus real, encolerizado, los transformó en dos clases distintas de pájaros: a Alcíone en un alción y a Ceix en un pájaro marítimo incierto, el *ceix*.[44] Según otra versión diferente, Ceix se hundió en un barco y Alcíone lloró por él sin cesar, o saltó al mar de deses-

peración, lo que provocó la compasión de los dioses que transformaron a la pareja en alciones.[45] El alción era un pájaro marítimo mítico que anidaba junto al mar, o en el mismo mar, durante los «días alciónicos» del invierno. Se contaba que Zeus era quien había creado esta calma, que dura una semana o un par de semanas, porque se había apenado al ver cómo las olas se llevaba al retoño de la metamorfoseada Alcíone. Según la versión de Ovidio, en la que el padre de Alcíone es el mismo Eolo guardián de los vientos, Eolo para los vientos durante una semana cada año para que sus nietos tengan el mar en calma.[46]

(*ii*) Pisídice se casó con Mirmidón, el epónimo de los mirmidones, un pueblo guerrero del sur de Tesalia al que gobernaría con el tiempo Peleo y al que el hijo de éste, Aquiles, comandaría en la guerra de Troya. La pareja tuvo dos hijos, Áctor y un tal Antifonte, del que no se sabe nada.[47] Áctor sucedió a su padre en el trono de los mirmidones en Ftía y, a su vez, le sucedió su hijo Euritión, que acogió a Peleo en su reino en circunstancias que serán explicadas en el siguiente capítulo (cf. p. 687).[48]

(*iii*) Cánace le dio muchos hijos a Poseidón, entre los que se incluye a Aloeo, el padre putativo de los gigantescos Alóadas que asaltaron los cielos (cf. p. 139) y a Triopas (o Tríopes), el padre de Erisictón (cf. p. 189).[49]

(*iv*) Perimele le dio dos hijos al dios río etolio Aqueloo, un tal Orestes (no el famoso) e Hipodamante, cuya hija Éurite se convirtió en la madre de Eneo (cf. p. 538).[50]

Endimión y su familia en Élide

(*v*) Para continuar con la línea principal eólida, por el lado femenino, Cálice se casó con Etlio, el primer rey de la Élide, y fundaron la familia real elea y además, a través de otra rama, la familia real etolia (muy importante en la mitología). Etlio era hijo de Zeus y Protogenia, hija de Deucalión. Le dio un solo hijo, Endimión, que le sucedió como rey de la Élide, la provincia noroccidental del Peloponeso.[51] Según otra fuente, Endimión, hijo de Etlio y Cálice, nació en Tesalia y marchó al Peloponeso al frente de un grupo de seguidores eolios para quedarse allí como primer rey de la Élide.[52]

El interés de Endimión radica en dos aspectos: tanto por las historias románticas que cuentan su relación con la diosa lunar Selene y su sueño eterno, como por el papel que desempeña en los asuntos dinásticos de la Élide. Aunque por lo general se está de acuerdo en que era un joven atractivo del que se enamoró

Selene y que quedó sumido, por una u otra razón, en un sueño eterno, hay pocas y pobres fuentes al respecto. Según una versión, Zeus, a instancias de Selene, enamorada, le ofreció concederle aquello que deseara, y él pidió dormir para siempre para quedar ajeno a los destrozos del tiempo y la muerte.[53] En otra versión, Zeus le permitió escoger el momento y modo de morir, y él, en el instante en que escogió morir, cayó en un sueño eterno.[54] Otra leyenda cuenta que Selene solía visitarlo mientras dormía, por lo que se terminó sugiriendo que ella le había inducido el sueño para poder visitarlo a su antojo y robarle besos cuando quisiera.[55] Una historia completamente distinta cuenta que se le admitió en la compañía de los dioses y se enamoró de Hera, ante el comprensible enfado de Zeus, que puso fin al asunto condenándolo al sueño eterno. En una variante que sin duda estaba inspirada en la leyenda de Ixión (cf. pp. 711-712), Zeus hizo que se volviera loco y que intentara acostarse con una nube que tenía la forma de Hera y luego le arrojó al Hades para sufrir castigo.[56]

Selene quedó tan anonadada por la belleza de Endimión que solía visitarlo varias veces por la noche, o acostarse con él (antes de quedar sumido en su sueño eterno), o simplemente para contemplarlo mientras dormía.[57] Una tradición afirmaba que el lugar en donde yacía dormido eternamente y donde su admiradora le hacía visitas era una cueva en Asia Menor, o en el monte Latmos, al sudeste de Mileto. De acuerdo con esto, algunos afirman que dejó la Élide en un momento determinado para marcharse a vivir a Latmos, en donde se enseñaba su tumba en época histórica. Pero los eleos afirmaban que su tumba estaba en Olimpia, cerca de la línea de salida de las carreras de los Juegos Olímpicos.[58] No obstante, si hubiera quedado sumido en un sueño eterno, no podía tener tumba. Había una tradición en Élide que decía que Selene le dio cincuenta hijos.[59]

Etolo y sus descendientes en Etolia

De su esposa terrestre, que era bien una ninfa náyade o una mortal ordinaria de nombre diverso, Endimión tuvo tres hijos: Peón, Epeo y Etolo, y también una hija, Euricide, con la que Poseidón engendró a Eleo, el epónimo de esa tierra. Para determinar la sucesión, Endimión ordenó a sus hijos que compitieran por el trono en una carrera celebrada en Olimpia, y fue Epeo el que obtuvo la victoria. Aunque Etolo estaba feliz de continuar en la Élide bajo el reinado de su hermano, Peón se enfureció con la derrota y se marchó tan lejos como pudo, estableciéndose en la región de Macedonia del norte, que pasaría a lla-

marse Paonia desde entonces (cf. asimismo p. 495). Etolo gobernó en la Élide durante un tiempo después de la muerte de Epeo, pero tuvo que exiliarse tras provocar accidentalmente una muerte, ya que, mientras se encontraba en los funerales de Azán, un antiguo monarca arcadio (cf. p. 706), atropelló con su carro a un tal Apis, hijo de Foroneo o de Yasón de Palantio, causándole la muerte.[60]

El trono de Élide pasó a Eleo, el epónimo de esa tierra, hijo de Poseidón y Euricide, hija de Endimión. Pausanias es una fuente para la historia de la familia.[61] Dejando a un lado el interesante *corpus* legendario relacionado con los Juegos Olímpicos, sólo hay dos narraciones que tengan interés verdadero en la historia legendaria de la Élide: la del enfrentamiento entre Heracles y Augías, rey de la Élide (cf. pp. 344 y 365) y la del ascenso de Óxilo (un descendiente de Etolo que se hizo con el trono al hacer de guía de los Heraclidas, cf. p. 381). Aunque generalmente se considera a Egeo hijo de Helio, se le incluye en el linaje real eleo mediante la esmerada realización que lleva a cabo Pausanias, que explica que realmente era hijo del Eleo antes mencionado y la idea de su nacimiento divino surgió debido a que el nombre de Eleo suena muy semejante al del dios Helios.[62]

Etolo dejó atrás el Peloponeso para asentarse en la punta sudoeste del continente, en el territorio que estaba enfrente de su antigua morada de la Élide, al otro lado del golfo de Corinto. Aunque los reyes que gobernaban entonces en esas tierras, tres hijos de Apolo llamados Doro, Laódoco y Polipetes, le ofrecieron una bienvenida amigable, él los mató para hacerse con el poder y asimismo dio muerte o subyugó a los habitantes aborígenes, los curetes, a los que no hay que confundir con los démones del mismo nombre que cuidaron del niño Zeus. A continuación dio a su reino el nombre de Etolia en honor de sí mismo.[63]

Etolo y su esposa, Prónoe, tuvieron dos hijos, Pleurón y Calidón, que dieron sus nombres a esas mismas ciudades, las principales del territorio. El hijo de Pleurón contrajo matrimonio con la hija de Calidón, Epicasta, que le dio dos hijos, Portaón y Demodice (o Demonice). Portaón se casó con Eurite, hija de Hipodamante (cf. p. 537) y engendraron un gran número de hijos, entre los que se cuenta Eneo, destinado a convertirse en el más importante de los reyes míticos de Calidón.[64] Para la estructura de la familia, cf. Tabla 10. Todos los mitos importantes de Etolia, incluso la aventura panhelénica de la caza del jabalí de Calidón, suceden en el reino de Eneo y están vinculados con él y su familia directa.

De los hijos menores de Portaón, sólo tiene interés individual Agrio (el Salvaje). Se hizo con el trono por un tiempo cuando sus hijos depusieron al anciano Eneo (cf. pp. 544-545) y fue el padre del brutal Tersites.[65]

De acuerdo con el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, Portaón además engendró a tres hijas de otra esposa, Laótoe, hija de Hiperide, a saber: Euritemisto, que se convirtió en la esposa de Testio, Estérope, que junto al dios río Aqueloo engendró a las Sirenas, y Estratonice, a la que raptó Apolo para casarla con Melaneo.[66] Este Melaneo nació de Apolo y de una ninfa llamada Prónoe. Era un arquero soberbio, como corresponde a un hijo de Apolo, y fue el fundador de un notable linaje de arqueros a través de su hijo Eurito, cuya pelea con Heracles ya ha sido mencionada (cf. pp. 359 y 373).

Demodice, la hermana de Portaón, es importante desde un punto de vista genealógico. Aunque muchos mortales la cortejaron a causa de su excepcional belleza y le prometieron regalos majestuosos, no se rindió ante ninguno de ellos y le dio cuatro hijos al dios Ares, dos de los cuales; Testio y Eveno, son importantes por las hijas que engendraron.[67] Testio, rey de Pleurón, a veces mencionado también como hijo de Agénor,[68] es, después de Eneo, el más importante de los reyes de Etolia. De una esposa a la que se dan diversos nombres, engendró a tres hijas notables: Leda, Altea e Hipermnestra, y también hijos, los Testíadas, que se unieron a la caza del jabalí de Calidón y generaron un conflicto con Meleagro después al disputarse la asignación de los despojos (cf. p. 541).[69] Leda se casó con Tindáreo, rey de Esparta, que le dio muchos hijos de primera importancia, ya con él, ya con Zeus: Helena, Clitemnestra y los Dioscuros (cf. p. 677). Altea, como se verá en breve, se casó con Eneo y desempeña un papel central en la historia de su hijo Meleagro. A Hipermnestra la desposó un rey argivo, Oícles, y se convirtió en la madre del adivino Anfiarao. Testio no hace ninguna aparición personal en el mito, excepto en la narración que sugiere que brindó protección a Tindáreo y a Icario después de que Hipocoonte los expulsara de Esparta (cf. p. 677).

El hermano de Testio, Eveno, el epónimo del río de ese nombre en el este de Anatolia, era un gobernante etolio de importancia menor al que se le recuerda sólo como padre de Marpesa, una doncella de excepcional belleza a la que cortejaron a la vez Apolo y el príncipe mesenio Idas.[70] Para la historia de cómo Idas la raptó, con consecuencias fatales para su padre, y después rechazó a Apolo a favor de su pretendiente mortal, cf. p. 214.

Eneo y su familia en Calidón

Eneo, rey de Calidón, se casó con Altea, hija de Testio, que le dio numerosos hijos entre los que se cuenta a Meleagro y Toxeo y dos hijas notables, Deyanira, la segunda esposa de Heracles (cf. p. 368) y Gorge, que se casó con Andremón, el sucesor de Eneo.[71] Como se verá (p. 542), se decía que todas las demás hijas de Eneo habían sido transformadas en pájaros mientras lloraban por Meleagro después de su muerte prematura. Meleagro tenía un hermano mayor, Toxeo (Arquero), al que mató su padre, tal y como nos cuenta Apolodoro, «porque saltó por encima de la zanja (*taphros*)».[72] Causa intriga esta historia, porque se ha interpretado como un paralelo para el mito romano de la muerte de Remo, quien recibió la muerte por saltar por encima de los muros de Roma en el tiempo de su construcción (cf. p. 767). Es imposible sacar ninguna conclusión de la breve nota de Apolodoro. En cualquier caso, Meleagro se convirtió en el gran héroe de la familia, incluso a pesar de que estaba destinado a morir joven. Muchas veces se ha dicho que podía ser un hijo de Ares, ello a causa de su valor marcial.[73] Los otros hijos de Eneo no son más que nombres, aparte de Agelao, al que menciona Baquílides como una víctima del jabalí de Calidón.[74] Ninguno, en todo caso, se encontraba junto a Eneo para protegerle de los problemas que surgieron en su vejez ni para heredar su trono.

A la vista del significado del nombre de Eneo (Vinoso), parece lógico que haya narraciones que le vinculen con Dioniso y la introducción del vino. Apolodoro hace hincapié en que fue el primer mortal que recibió el vino de Dioniso,[75] e Higino da la explicación de esto. Mientras se encontraba como huésped de Eneo, Dioniso se enamoró de la mujer de éste. Cuando Eneo se dio cuenta, prefirió quitarse de en medio con la excusa de que tenía que hacer unos ritos sagrados fuera de la ciudad. Dioniso se acostó entonces con Altea y juntos concibieron a Deyanira. Recompensó a Eneo (*Oineus*) por su generosa hospitalidad dándole una vid, instruyéndole en su cultivo y decretando que el vino (*oinos*) recibiera ese nombre en su honor.[76] De acuerdo con otra narración, un tal Estáfilo, que trabajaba junto a Eneo como pastor, se dio cuenta de que a una de sus cabras le gustaba comer los frutos de una planta que no le resultaba familiar (vid) y después saltaba y retozaba. Cuando recibió esta fruta de su pastor, Eneo preparó un brebaje y ofreció parte a Dioniso, que comenzó a instruirle entonces en el cultivo de la vid e instituyó que la bebida recibiera ese nombre en honor suyo y que su fuente (es decir, *staphyloi*, racimo de uvas) se llamará así por Estáfilo.[77]

El historiador y geógrafo Hecateo da una versión completamente distinta del origen del cultivo de la vid, dando a la vez a Eneo una genealogía diferente. En época muy temprana, un hijo de Deucalión llamado Oresteo viajó a Etolia para establecer allí su reino. Sucedió entonces que un perro engendró el tallo de una planta y él dio la orden de que lo enterraran. Surgió entonces una vid que dio multitud de uvas. En conmemoración de este hecho accidental, llamó a su hijo Fitio (el que hace crecer) y Fitio llamó a su hijo Eneo después de las vides (*oinai*, una palabra arcaica). Etolo, el epónimo de esa tierra, es aquí hijo de Eneo en lugar de hijo de Endimión.[78]

En los mitos en los que aparece, Eneo no es una figura guerrera, sino un gobernante ecuánime que siempre ofrece su hospitalidad y refugio a los extranjeros. La *Ilíada* cuenta que una vez tuvo a Belerofonte en su hogar durante veinte días y ambos se intercambiaron preciosos regalos.[79] Dio refugio a Alcmeón durante el tiempo en que las Furias perseguían al héroe (cf. 429) y a los jóvenes Agamenón y Menelao después del asesinato de su padre (cf. p. 653). Heracles se quedó junto a él varios años después de contraer matrimonio con su hija Deyanira, hasta que un infortunado accidente hizo que el héroe tuviera que buscarse una nueva morada (cf. p. 369).

Meleagro y la caza del jabalí de Calidón

Ocurrió un acontecimiento de gran importancia al poco de nacer Meleagro, ya que bien el día de su nacimiento, bien siete días después (el momento en que un niño griego recibía su nombre), las Moiras se le aparecieron a su madre Altea y le revelaron que la vida de su hijo llegaría a su fin cuando un leño que estaba ardiendo en el hogar se consumiera. En la versión de Higino, bastante elaborada, una de las hermanas afirmaba que Meleagro sería noble de corazón y otra que sería valiente, pero la tercera hermana, Atropo (que era la que cortaba el hilo de la vida para poner fin a la existencia de las personas), miró en dirección a un madero que estaba quemándose en el hogar y dijo: «Vivirá mientras ese madero permanezca sin consumir». Aunque el aviso ya estaba dado, Altea saltó de su lecho y quitó el leño del fuego, escondiéndolo; en la mayoría de las versiones lo encierra en un arca. Parece que guardó el asunto en secreto ante todo el mundo, también para su hijo. Según Apolodoro, Meleagro era invulnerable mientras el tiempo que el leño estuviera a buen recaudo.[80]

Antes de asumir el liderazgo en la mayor aventura que se dio en esa tierra, Meleagro navegó junto a los Argonautas,[81] y ganó una competición de jabalina

celebrada en los juegos fúnebres por Pelias.[82] Su nombre aparece en todos los catálogos que conservamos de los Argonautas. Dado que era poco más que un adolescente en esa época, su padre Eneo tomó la decisión de que lo acompañara su tío materno Ificlo y también Laocoonte, otro tío suyo y pariente cercano del rey. Los tíos maternos muchas veces desempeñan un papel importante en la iniciación de los jóvenes en las narraciones mitológicas. Meleagro sale bien parado en las *Argonáuticas* de Apolonio: mata a dos enemigos durante la batalla contra los doliones (cf. p. 502) e incluso se ofrece, pese a su juventud, a realizar tareas fundamentales para obtener el vellocino (aunque al final sería Jasón quien las lleve a cabo). El poeta señala que ninguno de los Argonautas era superior a él salvo Heracles.[83]

Se recuerda principalmente a Meleagro como el joven que guió a buen número de los más importantes héroes griegos durante la caza del jabalí de Calidón y que murió al poco de matar a la bestia a causa de una disputa sobre el reparto de los trofeos. La gran caza se produjo en las siguientes circunstancias. Cuando Eneo estaba ofreciendo las primicias de la cosecha (o un sacrificio habitual, según otras fuentes) a los dioses, se olvidó de Ártemis, que se encolerizó y mandó un jabalí de dimensiones y ferocidad sin igual contra su tierra. Destrozó los cultivos, mató el ganado y a todos los desdichados que se pusieron en su camino.[84] Aunque Eneo intentó aplacar a la diosa mediante sacrificios de cabras y vacas rojas, su cólera persistió,[85] por lo que decidió reunir a los héroes principales de allende sus tierras y prometió entregar la piel de la bestia como premio de honor para aquel que la cazara.[86] Dado que el rey era demasiado anciano para participar en la cacería, Meleagro se puso al mando del grupo. Entre los héroes que respondieron a la llamada se encontraban Jasón y un grupo de sus Argonautas, Teseo y su amigo Pirítoo, Peleo y su hermano Telamón, Anceo y Cefeo de Arcadia, Idias y Linceo de Mesenia, los Dioscuros de Esparta y Admeto y Euritión de Tesalia. La cacería se produjo después del viaje de los Argonautas, pero antes de la guerra de Tebas. Si Anfiarao se unió a la montería, como aparece en una fuente, fue el único de los cazadores del jabalí que participó en la marcha contra Tebas. Junto a estos héroes, participó una heroína notable, Atalanta, venida de Arcadia, que desempeña un importante papel en la mayoría de las fuentes. Apolodoro e Higino, así como Ovidio en las *Metamorfosis*, suministran un catálogo útil y detallado de los cazadores.[87]

Aunque la narración de la cacería del jabalí y el conflicto que surgió tras ella fueron tan célebres como la historia de los Argonautas, no nos ha llegado ninguna fuente de primera magnitud. Para la cacería, debemos consultar a Apolo-

doro y a Ovidio, junto al testimonio más antiguo, pero incompleto, que aporta Baquílides en su *Oda V*.[88] Cuando, después de nueve días de festejo, los cazadores se pusieron manos a la obra, Cefeo, Anceo y otros hombres se mostraron reacios a salir al campo en compañía de una mujer, pero Meleagro insistió en que Atalanta debía acompañarlos. Ella demostró ser más valiente y efectiva en la caza que cualquiera de los hombres, excepto Meleagro. Según Baquílides, la caza duró seis días y el jabalí causó varias bajas, entre ellas Anceo, un temible arcadio que llevaba una piel de oso y un hacha doble, y Agelao, el hermano favorito de Meleagro. Otros que aparecen mencionados como víctimas en fuentes posteriores son Ainésimo, hijo de Hipocoonte de Esparta, y un cierto Hileo[89] (e incluso, aunque parece bastante absurdo, Ixión y Telamón).[90] Muchos resultaron heridos y algunos murieron accidentalmente a manos de sus compañeros, por ejemplo, Euritión, rey de Ftía, al que mató por accidente Peleo (cf. p. 687). Ovidio hace mención de que se emplearon perros y redes, como cabría esperar. Los perros aparecen en la mayoría de las pinturas de vasos, en los que a veces incluso están escritos sus nombres.

Por lo general, se estaba de acuerdo en que fue Meleagro quien dio muerte al jabalí después de que Atalanta lo hiriera antes. Según Apolodoro, Atalanta le asestó el primer golpe al disparar una flecha que le alcanzó el lomo; a continuación Anfiarao le dio en un ojo y Meleagro le asestó el golpe final en el costado. Ovidio cuenta que Atalanta le disparó detrás de la oreja y Meleagro acabó con su vida clavándole una lanza en la espalda y atravesándole con otra por encima de sus patas delanteras.[91] El poeta helenístico Licofrón se aparta de la narración más común y señala que fue Anceo quien dio muerte al jabalí después de que éste le hiriera de muerte.[92]

La muerte de Meleagro

La historia debiera haber terminado con un final feliz en este punto, pero Meleagro, como el matador de la bestia, no quiso quedarse él solo con el premio de honor, sino que decidió entregar la piel y los colmillos a Atalanta, bien admirado por su valor y habilidad[93] o porque se había enamorado de ella.[94] Con este gesto, provocó sin pretenderlo una disputa con sus tíos maternos, los hijos de Testio, que protestaron porque, en caso de que su sobrino no quisiera quedarse con él, era a ellos a quienes les correspondía el premio por derecho de nacimiento y no a una mujer extranjera. Cuando pasaron a las manos y le quitaron

la piel a Atalanta, Meleagro, encolerizado, los mató, causando así su propia destrucción. Su madre Altea se enfureció tanto cuando se enteró de que había matado a sus hermanos que volvió a encender el leño del que dependía su vida, de modo que Meleagro falleció en cuanto éste se consumió.[95] Sus hermanas lloraron tan desconsoladamente que Ártemis se apiadó de ellas y las convirtió en gallinas pintadas (*meleagrides*). Deyanira y Gorge continuaron igual, sin embargo, por petición de Dioniso, de modo que pudieron casarse con Heracles y Andremón, respectivamente, según las más antiguas tradiciones.[96]

En algunas fuentes, entre ellas la *Ilíada*, la más antigua de ellas, la disputa entre Meleagro y sus tíos se convirtió en una guerra total. Homero no hace mención de Atalanta, ni tampoco del motivo del leño, típico de folclore. Se nos cuenta allí, sin mucho detalle, que Ártemis provocó una disputa entre los etolios (es decir, los calidonios) y los curetes por la cabeza y la piel del jabalí muerto, y que los curetes llevaban las de perder mientras Meleagro permaneció en combate; mas cuando su madre le maldijo por haber dado muerte a uno de sus hermanos (o a algunos de sus hermanos, pues el texto es ambiguo), se retiró de la batalla, «rumiando la ira», y entonces los curetes ganaron ventaja e intentaron un asalto contra Calidón. Ante la dura presión de los curetes en las puertas de la ciudad, los sacerdotes más venerables le rogaron que volviera a la batalla y le ofrecieron magníficos regalos a cambio. Acudieron a visitarlo su padre, sus hermanos e incluso la propia Altea, sus camaradas más cercanos, pero siguió en su negativa hasta que su esposa Cleopatra le recordó las miserias de muerte y esclavitud que sufren las ciudades conquistadas. Entonces él se reincorporó a la batalla y su pueblo resultó vencedor.[97] Cabe identificar a sus derrotados oponentes, los curetes, con el pueblo de Pleurón, la ciudad gobernada por Testio y su familia.

Aunque Homero no afirma directamente que Meleagro cayera en la batalla, debemos quizá inferirlo de la maldición de Altea, porque señala que batió la tierra con sus manos, llamando a Hades y a Perséfone para que lo mataran y, funestamente, que «Erinia, vagabunda de la bruma, que tiene implacable el corazón, la escuchó desde el Erebo».[98] Si se entiende la historia en el contexto de la épica, es evidente que Homero sea oscuro, ya que Fénix cuenta esta historia mientras intenta persuadir a Aquiles para que tome las armas de nuevo contra Troya (cf. p. 599). De acuerdo con un fragmento del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, Apolo disparó una flecha a Meleagro mientras peleaba contra los curetes en las afueras de Pleurón. En un poema épico antiguo llamado *Miníadas*, se cuenta que Meleagro sufrió un destino semejante.[99] Apolo actúa, presumiblemente, en defensa

de su hermana Ártemis. Parece que el resto de la historia en ambos poemas seguía un curso semejante al de la *Ilíada*, pero no podemos afirmarlo con seguridad. Apolodoro da la versión homérica como una alternativa después de contar la versión usual, más tardía. Según Apolodoro, se produjo una guerra entre los curetes y los calidonios cuando los hijos de Testio exigieron la piel con el argumento de que uno de ellos, Ificlo, había sido el primero que había herido al jabalí (un dato que no da la *Ilíada*). Después de una expedición contra los curetes, Meleagro dio muerte a varios hijos de Testio, y su madre le maldijo por ello, lo que le provocó tal enfado que se encerró en su casa. Salió de su retiro cuando su esposa se lo suplicó y mató al resto de los hijos de Testio antes de encontrar su propia muerte durante la batalla.[100]

Meleagro se casó con Cleopatra, la hija de Idas y Marpesa. Apolodoro cuenta que ella se ahorcó después de su muerte.[101] En las *Ciprias*, un antiguo poema épico sobre el ciclo troyano, se decía que Protesilao se había casado con Polidora, posiblemente una hija legítima de Meleagro,[102] en lugar de con Laodamía como en la tradición siguiente (cf. p. 583). No hay, por otra parte, mención explícita de ningún hijo fruto de este matrimonio. Se dice a veces que Partenopeo, uno de los Siete contra Tebas, era hijo de Meleagro y Atalanta.[103]

No debería considerarse que Homero desconocía el detalle del leño, sólo porque lo omite en su versión de la historia de Meleagro. Los tópicos narrativos del cuento, algunos muy antiguos, aparecen con frecuencia en la mitología de los Deucaliónidas y es muy posible que el detalle del leño fuera ya célebre en época de Homero, pero que se prefiriera ignorarlo en el contexto de la gran épica. Se sabe que el trágico Frínico, muy antiguo, fue el primer autor que escribió sobre ello.[104]

El final de la vida de Eneo y sus sucesores en Calidón

Después de la muerte de Altea, que se ahorcó o se clavó una espada por remordimientos tras la muerte de su hijo,[105] Eneo se casó con Peribea, hija de Hiponoo, una descendiente de la antigua familia de los Ináquidas de Argos. Ella le dio un único hijo según la tradición habitual, pero muy notable: Tideo, uno de los Siete contra Tebas (cf. p. 416).[106] Una tradición alternativa que aparece por primera vez en época helenística sugiere que Eneo engendró a Tideo de una de sus hijas, Gorge, después de que Zeus le inspirara una pasión incestuosa hacia ella por razones desconocidas.[107] Tideo creció y se convirtió en un

joven de prometedor futuro, pero al poco se vio obligado a partir al exilio después de dar muerte a uno o a varios parientes. Según el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, mató a sus tíos paternos porque conspiraban contra su padre; en otra tradición da muerte a unos primos, los hijos de Melas o de Agrios, por razones semejantes. En otra versión de los hechos, mató accidentalmente a uno de sus hermanos, los nombres más repetidos son Olenia o Melanipo.[108] Buscó refugio en Argos, donde el rey, Adrasto, no sólo le ofreció su hospitalidad, sino que además le entregó a su hija Deípile como esposa (cf. p. 416). Adrasto prometió devolverlo a su tierra original, pero Tideo murió en Tebas (cf. p. 420) antes de que la promesa se pudiera hacer efectiva. Dejó tras de sí a un hijo, Diomedes, destinado a convertirse en un héroe mayor que su padre. Cuando Adrasto murió después de haber perdido a su hijo en la segunda guerra de Tebas, Diomedes heredó el reino como nieto (cf. p. 437) y después se convirtió en el comandante de los hombres de Argos, Tirinto y la Argólide oriental en Troya.

Todas las narraciones explicaban por qué Eneo contrajo segundas nupcias con Peribea. Su padre Hiponoo, asimismo padre de Capaneo, reinó en Oleno, Acaya. Según el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, descubrió que Peribea había sido seducida por Hipóstrato, hijo de Amarinceo, un miembro de la familia real elea y se la mandó a Eneo para que le diera muerte (evidentemente porque vivía muy lejos); pero, en lugar de ejecutarla, Eneo decidió casarse con ella. En la *Tebaida*, un poema del ciclo épico, Eneo la ganó como botín de guerra después de atacar la ciudad de su padre.[109] En otra versión, cuando se quedó embarazada y le dijo a su padre que el hijo que esperaba era de Ares, él se la mandó a Eneo para que la matara, seguramente porque pensaba que su hija encubría una relación con un mortal, y el desconsolado rey la tomó por esposa. En otra fuente se dice que Hiponoo descubrió que Eneo la había seducido y la mandó con él al saber que estaba embarazada.[110]

Eneo, ya muy anciano, no podía mantener el control sobre su reino. Entonces algunos de sus sobrinos, los hijos de Agrio, protagonizaron una revuelta contra él para poner a su padre en el trono. No sólo le privaron de su derecho de nacimiento, sino que incluso lo encerraron en una prisión y le trataron cruelmente. Encontró a su salvador, no obstante, en su nieto Diomedes, que acudió a rescatarlo en compañía de Alcmeón, un gran héroe argivo que se convirtió en líder de los Epígonos (cf. p. 426). Ambos penetraron en Etolia y dieron muerte a todos los hijos de Agrio excepto a dos de ellos, Tersites y Onquesto, que había logrado escapar antes al Peloponeso. Al darse cuenta de que Eneo no podía ya

gobernar de un modo seguro, Diomedes transfirió el reino a su yerno Andremón y se lo llevó consigo al Peloponeso.[111] En una versión de la historia, Eneo llegó sano y salvo a Argos, donde Diomedes cuidó de él hasta su muerte; en otra, lo mataron en el camino los dos hijos supervivientes de Agrio, que se emboscaron en Arcadia en un lugar conocido como el Hogar de Télefo. Para la carrera posterior de Tersites, en absoluto honrosa, cf. pp. 603-604; no vuelve a haber mención de su hermano Onquesto. Eneo fue enterrado en la Argólide occidental, en cualquiera de las versiones de su muerte, en la ciudad de Enoe, que le debe su nombre.[112] En otra versión de estos hechos, Diomedes expulsó a Agrio (o lo mató junto a sus hijos) después de la guerra de Troya con la ayuda de Esténelo, hijo de Capaneo, y devolvió el trono a Eneo,[113] pero esto es poco plausible según la cronología racional. Eneo se convirtió en un paradigma sobre las desgracias de la vejez.[114]

Nada se menciona sobre el nacimiento y origen de Andremón, que le sucedió en el trono de Calidón por su matrimonio con Gorge, hija de Eneo. Él estaba relacionado con la ciudad de Anfisa, la principal de la Lócride occidental; de hecho, se suponía que estaba enterrado allí en compañía de su esposa.[115] Su hijo Toante aparece en la *Ilíada* como el líder del contingente etolio en Troya.[116] Aunque se le menciona en ocasiones en la épica como un comandante respetable, no destaca especialmente como héroe. En la *Pequeña Ilíada*, un poema épico tardío del ciclo troyano, es el que hiere a Odiseo para dejarlo irreconocible y así poder llevar a cabo una incursión secreta en Troya al final de la guerra (cf. p. 609) y aparece en la lista de guerreros que se introdujeron en el caballo de madera.[117] En las tradiciones más antiguas, posiblemente consiguió el poder en Calidón después de la guerra, aunque en ocasiones se dice de él que se quedó a vivir en Italia.[118] De acuerdo con la tradición local de Anfisa, había sido Toante quien se había traído de Troya la estatua de bronce de Atenea que se encontraba en su templo en la Acrópolis, como botín de guerra.[119] Apolodoro menciona una historia curiosa en la que se dice que Odiseo había pedido refugio a Toante cuando tuvo que exiliarse de Ítaca por la muerte de los pretendientes de Penélope y que se había casado con una hija del rey, de la que no se menciona el nombre, que le dio un hijo llamado Leontófono.[120] Haimón, hijo y sucesor de Toante, fue el padre de Óxilo,[121] que ejerció de guía de los Heraclidas durante su invasión final del Peloponeso (cf. p. 381). Como recompensa por sus servicios, Óxilo pidió que se le entregara el trono de la Élide, en el que se habían sentado sus ancestros muchas generaciones antes de la marcha de Etolo.

Los hijos de Eolo y sus descendientes

Se seguirá, respecto a los hijos de Eolo y sus familias, el siguiente orden: (1) Atamante, (2) Salmoneo, (3) Perieres, (4) Creteo, (5), Sísifo, (6) Deyón, (7) Magnes. Ya se ha hablado del rey beocio Atamante, en conexión con la crianza de Dioniso (cf. p. 234) y el origen del vellocino de oro (cf. p. 492). Tiene su importancia por las historias de las que él mismo y su familia directa son protagonistas, más que por ser el fundador de una dinastía. Salmoneo se erigió como rey de la parte noroccidental del Peloponeso, mas pronto provocó la destrucción de su casa y de su ciudad a causa de sus impiedades. Su hija Tiro, único miembro de la familia que logró sobrevivir, se convirtió en la esposa de su hermano Creteo, que se había quedado en Tesalia. Perieres emigró al Peloponeso, como Salmoneo, pero se estableció más al sur, en Mesenia, donde sentó su linaje. Creteo fundó Yolco en Tesalia, dado que se ha hablado ya de las vidas de su hijo Esón y de su nieto Jasón en relación con la expedición de los Argonautas, nos centraremos aquí en las demás ramas de la familia que descendían de su hijo Feres, que fundó Feras, al oeste de Yolco, y su hijo Amitaón, que emigró a Mesenia y dio comienzo a una importante familia de adivinos y reyes argivos. Sísifo fue el fundador del antiguo linaje real corintio. Finalmente, hay dos hermanos de menor importancia, Deyón, vinculado con la Fócide en la Grecia central, y Magnes, el epónimo de Magnesia en la costa de Tesalia, padre de Dictis y Polidectes, mencionados ya al hilo de la leyenda de Perseo.

Atamante y sus esposas

Atamante fue un rey beocio al que se recuerda por sus desdichas familiares y por el papel que desempeña en la crianza de Dioniso. En ocasiones se menciona que gobernó en Orcómeno, al noroeste de Beocia, o en Tebas, aunque no se le pueda asignar un puesto en la sucesión real.[122] Hay muchas tradiciones diferentes acerca de sus matrimonios y de los conflictos que surgieron de ellos. Según la traición habitual, como se ha dicho en relación con el vellocino de oro, primero se casó con una diosa menor, Néfele (Nube), que le dio dos hijos, Frixo y Hele, pero luego la dejó para contraer matrimonio con una princesa tebana, Ino, hija de Cadmo, que le dio dos hijos más, Learco y Melicertes. Ino estaba celosa de sus hijastros, como hemos visto, y hubiera matado a ambos (o al menos a Frixo), si Néfele no se los hubiera llevado fuera de Grecia en un carnero dorado

(cf. pp. 492-493).[123] En una versión distinta, Atamante celebró nupcias primero con Ino, pero después la dejó a instancias de Hera para contraer matrimonio con Néfele. Siguió viendo a Ino en secreto y cuando Néfele se enteró, lo abandonó. Ino recuperó entonces su puesto y tramó la muerte de los hijos de Néfele tal y como cuenta la versión más usual.[124]

Atamante, con el tiempo, perdió a sus otros hijos en trágicas circunstancias. Según una versión, descubrió que Ino había tramado la muerte de sus hijos anteriores y se encolerizó hasta tal punto que dio muerte a Learco, el mayor de los dos hijos que ella le había dado, y persiguió a la propia Ino, que se vio obligada a saltar al mar por miedo con el bebé Melicertes en sus brazos.[125] En la versión más favorable, Hera fue la causante de la muerte de los niños al volver locos a Ino y a Atamante, como castigo por haber criado a Dioniso, un hijo ilegítimo de Zeus (cf. p. 234). En su frenesí, Atamante salió de cacería y mató a Learco con una flecha, pensando que era un ciervo, mientras que Ino echó a Melicertes en un caldero de agua hirviendo y luego saltó con él al mar.[126] Según Ovidio, Atamante persiguió a Ino y a sus hijos por creer que eran una leona con dos crías: le arrebató a Learco de sus brazos y lo tiró por los aires, haciendo que se golpeara mortalmente la cabeza con una roca. Completamente fuera de sí, Ino echó a correr con Melicertes en brazos, aullando como una bestia, y se arrojó al mar.[127] Dioniso (o Afrodita en Ovidio) se apiadó de ella y la convirtió en una diosa marina menor, Leucotea (la Diosa blanca), a la que nos volveremos a encontrar como salvadora de Odiseo (cf. p. 641). Melicertes fue también deificado bajo el nombre de Palemón.[128]

Después de estos sucesos, Atamante fue expulsado de su reino y comenzó a buscar morada. Consultó el oráculo de Delfos, que le indicó que se asentara donde los animales salvajes le brindaran hospitalidad. Mientras atravesaba Tesalia, después de un largo deambular, pasó junto a unos lobos que estaban comiéndose una oveja muerta. Cuando los lobos lo vieron, echaron a correr, dejando allí su alimento, lo que le confirmó el cumplimiento del oráculo. Se quedó en esa región, llamada desde entonces la llanura de Atamante. Se casó de nuevo, ahora con Temisto, hija del héroe tesalio Hipseo, y tuvieron cuatro hijos, de los que sólo Esteneo es digno de mención, dado que la tradición beocia le menciona como padre de Atalanta (cf. p. 702).[129]

Algunas fuentes sugieren que Atamante contrajo matrimonio con Temisto cuando aún se encontraba en Beocia. Según Ferécides, aparentemente ocupó el lugar de Ino como la malvada madrastra que planeó la muerte de los hijos de Néfele.[130]

Higino menciona que Atamante se casó primero con Ino, matrimonio del que nacieron Learco y Melicertes, pero se unió a Temisto cuando Ino desapareció en misteriosas circunstancias. Descubrió después que Ino no estaba muerta, como había supuesto, sino que simplemente se había ido de casa para participar en misterios báquicos en el monte Parnaso. De modo que la trajo de vuelta a casa bajo una identidad supuesta, pretendiendo hacer creer a Temisto que se trataba de una sirvienta. Temisto asume aquí el papel de la malvada madrastra, quería matar a los hijos de su antecesora y confió sus planes a la supuesta sirvienta, diciéndola que vistiera de negro a las futuras víctimas y de blanco a sus hijos para evitar confusiones. Ino, sin embargo, vistió de negro a los hijos de Temisto para asegurarse de que fueran ellos los asesinados. Cuando Temisto se dio cuenta de lo que había sucedido, se quitó la vida.[131]

Hay una versión mixta en la que Atamante contrae primero matrimonio con Néfele, luego con Temisto y finalmente con Ino. Los hijos de Néfele e Ino son los de las versiones anteriores, mientras que Temisto dio a luz a dos hijos llamados Esfincio y Orcómeno. Después de que Ino ocupara su lugar, Temisto se escondió en el palacio para dar muerte a los hijos de Ino, pero mató a los suyos propios debido a que la nodriza les puso las ropas cambiadas. Por ello, se dio a sí misma muerte.[132]

El impío Salmoneo y su destrucción

Salmoneo fundó una ciudad en la Élide, al noroeste del Peloponeso, junto al río Alfeo, y la llamó Salmone en su honor. Se condenó a sí mismo a una muerte temprana, sin embargo, por usurpar prerrogativas de Zeus. No sólo se dio a sí mismo el nombre de Zeus y exigió los sacrificios que se ofrecían al rey de los dioses, sino que imitó sus truenos colgando ollas de bronce en la parte trasera de su carro y los rayos arrojando antorchas ardientes por los aires. Zeus castigó su impertinencia disparándole un rayo auténtico y después destruyó la ciudad entera junto a sus habitantes, presumiblemente por acceder a las pretensiones de Salmoneo y honrarle como si fuera Zeus.[133] Durante mucho tiempo se ha considerado que esta leyenda contiene elementos de magia sobre la climatología y que estas acciones, atribuidas a una loca pretensión, en realidad obedecían a la necesidad de provocar lluvias a través de magia simpática.

Durante su corta vida, Salmoneo se casó con Alcídice, hija de Aleo, que le dio una hija de considerable importancia, Tiro.[134] Como se ha señalado en el capítulo anterior (cf. p. 496), ella quedó bajo la tutela de su tío Creteo después

de la muerte de su padre y dio hijos importantes tanto a éste como a Poseidón. De acuerdo con el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, Zeus salvó a Tiro cuando destruyó la ciudad de Salmoneo, porque ella siempre había regañado a su padre por pretender ponerse a la altura de los dioses.[135]

Las familias de Perieres y Neleo en Mesenia

Perieres emigró al Peloponeso como su hermano Salmoneo, fijando su residencia en el suroeste de Mesenia. Se proclamó rey de esa tierra y se casó con Gorgofone, una hija de Perseo, cuyo nombre (Matador de la gorgona) se refería a la gran hazaña de su padre. Ella le dio dos hijos, Afareo y Leucipo, que heredaron el reino a su muerte.[136] Aunque el gobierno era compartido, Afareo se quedó con la mayor parte del poder. Contrajo matrimonio con Arene, hija de Ébalo, rey de Esparta, y tuvieron hijos gemelos, Idas y Linceo, los primeros miembros del linaje con mitos propios.[137] Arene era epónima de una antigua ciudad mesenia mencionada en la *Ilíada* por pertenecer a los territorios de Néstor.[138]

Aunque Idas y Linceo, conocidos como los Afarétidas (hijos de Afareo) actúan juntos en la mayoría de las ocasiones, Idas llevó a cabo su propia hazaña cuando raptó a Marpesa de su Etolia natal y la convirtió en su esposa en competición con Apolo (cf. p. 214). Esta leyenda está recogida en la *Ilíada*, donde se describe a Idas como el hombre más poderoso de su tiempo.[139] Marpesa le dio una única hija, Cleopatra, que se convertiría en la esposa de Meleagro (cf. p. 542).[140] Su hermano Linceo era proverbial por su excelente y aguda vista,[141] de la que sacó buen partido en la mayor aventura protagonizada por los dos hermanos (cf. pp. 680-681). No se le recuerdan aventuras en solitario ni tampoco esposa. Ambos hermanos participaron en las más importantes hazañas de su época, como el viaje de los Argonautas y la caza del jabalí de Calidón.[142] Pero, por encima de todo, se les recuerda por su enfrentamiento con sus vecinos espartanos, los Dioscuros, que resultó fatal para todos ellos (cf. pp. 678 y ss.).

Higino menciona una historia bastante extraña que sugiere que Idas atravesó Asia Menor e intentó arrebatar el trono a Teutras, rey de Misia. Teutras pidió ayuda a Télefo, que recorría Asia Menor en busca de su madre Auge (cf. p. 698). Télefo derrotó a Idas con la ayuda de Partenopeo (del que no se sabe por qué se encontraba allí).[143]

Leucipo, que reinó junto a Afareo en Mesenia, tuvo dos hijas, Hilera y Febe (las Leucípidas),[144] a las que los Dioscuros se llevaron a Esparta. En algunas fuentes este incidente fue la causa del enfrentamiento entre los Afarétidas y los Dioscuros, dado que las muchachas estaban prometidas a sus primos mesenios (cf. p. 678).

De acuerdo con una tradición del Peloponeso, Apolo fue el padre de Asclepio, el gran sanador, que nació fruto de su relación con Arsínoe, una hija de Leucipo, en lugar de con la tesalia Coronis, como se pensaba generalmente (cf. p. 209).[145] Pausanias cuenta que un arcadio una vez preguntó acerca de esto en Delfos y se le dijo que la versión tesalia era la verdadera.[146] A los mesenios les gustaba creer que Asclepio había gobernado sobre parte de su territorio, y luego sus hijos, Macaón y Podalirio, cuyas tumbas se encontraban al parecer, respectivamente, en Gerenia y Faras.[147]

Cuando Pelias expulsó de Tesalia a Neleo (cf. p. 497), éste buscó refugio en Mesenia y recibió una hospitalaria bienvenida de Afareo, que le dio una banda de tierra cerca de la costa. Por línea de su madre Tiro (que había dado dos hijos gemelos a Poseidón, cf. pp. 496-497), tenía ascendencia eolia, como su anfitrión. Entre las ciudades que había obtenido como resultado de la generosidad de Afareo, se encontraba Pilos, la «arenosa Pilos» que menciona Homero, donde se asentó y construyó su palacio. Se casó con Cloris, una hija de Anfión, rey de Orcómeno, que le dio doce poderosos hijos, entre los que se encuentran, entre los más jóvenes, Periclímeno y Néstor. Más adelante, Neleo hizo que la desgracia cayera sobre él y sobre su familia debido a una ofensa a Heracles, que organizó una expedición contra Pilos y los mató a todos excepto a Néstor, que aún no estaba en edad de tomar las armas (cf. p. 366). Durante su reinado, Neleo alojó a su sobrino Amitaón, hijo de Creteo, en su ciudad de Pilos (cf. p. 552). Para la historia acerca de cómo el hijo de Amitaón, Melampo, consiguió que la única hija de Neleo, Pero, se convirtiera en la esposa de su hermano, cf. pp. 553-554.[148]

Néstor demostró ser más afortunado que su padre, ya que no sólo llegó a la vejez, sino que agrandó considerablemente su herencia. Como se verá por la narración anterior, Idas y Linceo eran los únicos descendientes varones de Perieres en la segunda generación. Cuando ambos encontraron la muerte en su juventud antes de la guerra de Troya a consecuencia de su disputa con los Dioscuros, las tierras que habían pertenecido a Perieres y a sus descendientes pasaron a Néstor.[149] En compañía de dos de sus hijos, Antíloco y Trasímedes, Néstor con-

dujo a los hombres de Pilos y de otras ciudades de Mesenia a Troya,[150] y regresó a casa sano y salvo a su fin. Antíloco murió cerca del final de la guerra, mientras rescataba a su padre de Memnón, un extranjero aliado de los troyanos (cf. p. 604). El libro tercero de la *Odisea* cuenta cómo Néstor recibió a Telémaco, el joven hijo de Odiseo, en su palacio de Pilos al poco de terminar la guerra. Para su caracterización en la *Ilíada*, cf. p. 595. Ya en tiempos de sus tataranietos, su familia entera fue expulsada de Mesenia por los Heraclidas (cf. p. 383). Pero su desgraciado sino no significó el final de la familia, dado que uno de los exiliados, Melanto, se hizo con el trono de Atenas (cf. p. 491), y se decía que los Nelidas habían guiado a los jonios en su colonización de la costa de Asia Menor (al menos en la leyenda, cf. p. 532). Se suponía que la gran familia ateniense de los Alcmeónidas, a la que pertenecían los célebres Clístenes y Pericles, había sido fundada por un Nelida exiliado, Alcmeón, hijo de Silo, bisnieto de Neleo.[151]

En resumen, Perieres fundó un linaje eolio en Mesenia que gobernó la provincia entera hasta que su hijo Afareo entregó una parte de la costa a Neleo, hijo de Poseidón y Tiro, que asimismo era descendiente de Eolo. Dado que Leucipo, el otro hijo de Perieres, no tenía descendencia masculina y que los hijos de Afareo tuvieron una muerte prematura, la provincia entera pasó a manos de la familia Nelida durante el reinado de Néstor, hijo de Neleo.

Cabe mencionar que había versiones contradictorias sobre el nacimiento y origen de Perieres, dado que a veces se le incluye en la familia real espartana.[152] Pero las cuestiones genealógicas relativas a ello son demasiado complejas para examinarlas aquí.

Asimismo hay mención a una familia real completamente diferente que también gobernó en Mesenia en tiempos muy antiguos, antes de la llegada de Perieres. Este linaje debe su origen a la ambición de Mesene, hija de Tríopas, una princesa argiva que contrajo matrimonio con el hijo más joven de Lélege, el rey espartano nacido de la tierra. Cuando el trono pasó a Miles, el hijo mayor de Lélege, ella indujo a su esposo, Policaón, a fundar un reino propio en las fértiles tierras occidentales. Por tanto, se estableció allí con algunos espartanos y argivos que les habían seguido y llamó a la tierra Mesenia en honor de su esposa.[153] Había un templo de Mesene en esa ciudad,[154] que pasó a ser la capital de esa tierra después de que quedara libre del yugo espartano en el siglo IV a.C., y se pueden ver imágenes de ella en las monedas mesenias. Es evidentemente una figura tardía. Pausanias, que no encuentra ningún dato sobre ella en la épica, concluye que su descendencia debió terminar generaciones antes de la llegada de Perieres.[155]

Creteo y sus hijos

Creteo fue el fundador de la ciudad tesalia de Yolcos, muy conocida por su relación con el ciclo de los Argonautas. Contrajo matrimonio con Tiro, la hija de su hermano Salmoneo, de la que era tutor, y tuvo tres hijos con ella: Esón, Feres y Amitaón.[156]

Aunque Esón hubiera debido ser el que heredara el trono, su madre había tenido anteriormente dos hijos con Poseidón, y uno de ellos, Pelias, se convirtió en rey de Yolcos, bien legítimamente o por usurpar el trono. Esón se quedó en Yolcos o en sus inmediaciones, pero mandó a su hijo Jasón al interior, para que lo criara el centauro Quirón. El resto ya se ha visto en relación con el ciclo de los Argonautas. Cuando Jasón regresó a Yolcos después de hacerse con el vellocino de oro, se trajo consigo a la hechicera Medea, que provocó la muerte de Pelias. Pero Jasón y Medea prefirieron marcharse (o fueron expulsados) y el trono pasó a Acasto, hijo de Pelias (cf. p. 518). Como sucede con Esón, se dice normalmente que Pelias lo mató mientras Jasón se encontraba en su viaje argonáutico (cf. p. 519).

El hermano de Esón, Feres, fue el fundador de la ciudad tesalia de Feras, al oeste de Yolcos. Se casó con Periclímene, hija de Minias, que le dio dos hijos, Admeto y Licurgo. Admeto sucedió a su padre en el reino, célebre por sus ricos ganados, y se casó con Alcestis, la hija mayor de Pelias.[157] Ya se han contado los mitos acerca de esta célebre pareja en relación con Apolo (cf. pp. 211-213). Su hijo Eumelo (Rico en ganados) dirigió a los hombres de Feras, Yolco y las ciudades vecinas durante la guerra de Troya; sus maravillosos caballos, a los que había alimentado Apolo, eran los más veloces en Troya después de los de Aquiles.[158] Licurgo, el hijo menor de Feres, partió a la punta noroccidental de la Argólide y allí se convirtió en el rey de Nemea. Su fama proviene asimismo de ser el padre de Ofeltes, al que mató una serpiente cuando Adrasto y sus seguidores atravesaban Nemea en dirección a Tebas (cf. p. 418). Tal y como se ha indicado, esta leyenda explicaba el origen de los Juegos Nemeos, uno de los cuatro grandes festivales atléticos que se celebraban en la antigua Grecia. En época histórica se enseñaba en Nemea la presunta tumba de Licurgo.[159]

A diferencia de sus hermanos, Amitaón, el último de los hijos de Creteo, prefirió marcharse de su Tesalia nativa y se asentó con su hermanastro Neleo en la mesenia Pilos. Allí se casó con Idómene, una hija de Feres, y fue el cabeza de una familia de famosos adivinos y sabios héroes.[160] El *Catálogo* atribuido a Hesíodo señala que los Amitaóntidas se distinguían por su inteligencia (*nous*),

al igual que los Eácidas (la familia de Aquiles y Áyax) se destacaba por su fuerza y los Atridas (la familia de Agamenón y Menelao) por su riqueza.[161] Como suele pasar con los fundadores de las grandes familias mitológicas, Amitaón no tiene mitos propios. Como mucho, Píndaro menciona que acudió a Yolco para estar presente en el momento en que Jasón le exigió a Pelias el trono.[162]

De cómo Melampo consiguió sus poderes proféticos y una novia para su hermano Bias

Amitaón tuvo dos hijos, Melampo y Bias, que vivieron en la Argólide y allí dieron comienzo a linajes reales. Melampo llegó a ser el mejor adivino de su época, además de convertirse en la cabeza de una familia en la que hubo muchos adivinos de fama. La manera en que llegó a conseguir sus poderes proféticos es la siguiente. Cuando de joven vivía en el campo, en las inmediaciones de Pilos, sus sirvientes mataron unas serpientes que habían hecho su nido en un roble que había junto a su casa. Cuando se enteró de esto, hizo un montoncito de leña para incinerar a los reptiles muertos y se hizo cargo de sus crías. Una noche, mientras Melampo dormía, se acercaron a él y lamieron sus oídos, concediéndole el poder de entender lo que decían los pájaros y otros animales. Se despertó sobresaltado, y al momento se dio cuenta de que entendía lo que decían los gritos de los pájaros que volaban por el cielo, de modo que, a partir de ese momento, era capaz de predecir el futuro a los mortales.[163] Según otra versión, una serpiente mató a un sirviente mientras Melampo realizaba un sacrificio en la corte de un tal Polifates. El rey mató a su vez a la serpiente y Melampo la enterró y se hizo cargo de sus crías, con las mismas consecuencias que arriba.[164] Melampo, asimismo, adquirió habilidades adivinatorias aprendiendo a interpretar las entrañas de los animales sacrificados y sacó también provecho de un encuentro con Apolo, el dios profético, junto al río Alfeo.[165]

La interpretación de los vuelos, los gritos y de otras acciones de los pájaros era muy importante en la adivinación técnica (la opuesta a la que provenía de la inspiración). En la historia referida, que presenta al adivino aprendiendo el lenguaje de los pájaros en un sentido literal y adquiriendo un conocimiento oculto de ellos, cabe reconocer una expresión mítica de esto. Al ser bestias misteriosas que se arrastran por las grietas de la tierra, es comprensible que las serpientes estuvieran relacionadas con la adivinación y la profecía. Aparecen en una variedad de contextos en cuen-

tos de adivinos míticos. Al menos en una versión, Casandra y su hermano Héleno adquirieron sus poderes proféticos del mismo modo que lo hizo Melampo, cuando unas serpientes lamieron sus oídos mientras que pasaban la noche en el altar de Apolo *Thymbraios* en Troya (cf. pp. 215-216).[166] El adivino Poliido logró devolver a la vida al difunto Glauco al observar lo que hacía una serpiente (cf. pp. 461-462); el adivino Tiresias experimentó sus cambios de sexo a partir de encuentros con serpientes (cf. p. 432); y a Yamo, el fundador del clan de adivinos de Olimpia, lo alimentaron las serpientes cuando fue abandonado de niño (cf. p. 705).

Melampo se sirvió de sus excepcionales poderes para conseguirle una esposa a su hermano Bias, y después para apoderarse de reinos en Argos. Bias se enamoró de Pero, la única hija de Neleo, que tenía tantos pretendientes que su padre quiso aprovecharse de la situación y prometerla a aquel que le entregara los rebaños de Fílaco, un hijo del eólida Deyón que vivió en Fílacas, en Tesalia, cf. p. 564. Puesto que sabía que la tarea era compleja porque el rebaño estaba custodiado por un fiero perro al que no se podían acercar ni las bestias ni los hombres, Bias pidió ayuda a Melampo, que se ofreció a realizar él mismo la tarea. Antes de partir, el adivino predijo que le cogerían en el momento de intentar robar el ganado, pero que lograría apoderarse de él, mas estaría preso durante un año. Como predijo, lo arrestaron. Cuando pasó un año, escuchó que unos gusanos de la madera hablaban en el tejado de su celda. Cuando uno le preguntó al otro cuántas vigas del techo se habían comido ya, éste respondió que apenas quedaba ya ninguna. Sin demora llamó a sus guardianes y les pidió que lo llevaran a otra celda; y tan pronto como lo hicieron el techo se derrumbó. Cuando se enteró de estos acontecimientos, Fílaco se dio cuenta que su prisionero tenía dones excepcionales y le ofreció la libertad y el ganado si encontraba una cura para su hijo Íficlo, que sufría de impotencia. Un día, mientras estaba castrando unos carneros, Fílaco había visto a su hijo comportándose mal, aunque no quede especificado cómo, y le persiguió con un cuchillo ensangrentado en la mano, lo que le generó tanto miedo que quedó impotente. Melampo enseguida dio con el remedio gracias a un buitre que le dijo que conseguiría la cura si rascaba el óxido del cuchillo, lo echaba en agua y se lo daba a beber al joven durante diez días. El buitre, además, le informó de que Fílaco había dejado el cuchillo clavado en la corteza de un roble sagrado (o de un peral salvaje) y de que la corteza había crecido desde entonces. Melampo extrajo el cuchillo y siguió los pasos indicados. Finalmente, Fílaco le entregó el ganado, como le había prometido. Después de partir en dirección sur, a Pilos, el adivino se lo entregó a Neleo, que entonces permitió que su hija se casara con Bias.[167] Para la familia de Fílaco, cf. pp. 564-565.

De cómo Melampo consiguió reinos para su hermano Bías y para sí mismo en la Argólide. Los adivinos Melámpidas

Después de permanecer en Pilos durante un tiempo, Melampo consiguió reinos en la Argólide para su hermano y para él gracias a que libró a las hijas de Preto, rey de Tirinto, de un ataque de locura, o gracias a haber librado a las mujeres de Argos de un brote general de locura (o, en una versión combinada de ambas, por haber curado a las princesas y a las demás mujeres también). Hay pocos episodios en la mitología griega en los que la tradición sea tan compleja e inconsistente. En la versión de Ferécides, seguramente muy antigua, Hera provocó que las hijas de Preto tuvieran un ataque de locura porque se habían burlado de la sobriedad de su templo argivo y decían que el palacio de su padre era mucho más espléndido. Diez años después, su locura no había remitido, por lo que Preto pidió ayuda a Melampo, prometiéndole compartir con él su reino y entregarle como esposa a una de las muchachas si lograba sanarlas, lo que el adivino consiguió apaciguando a Hera con súplicas y sacrificios.[168] Aunque aquí no se hace mención de Bías, cabe considerar que compartió su recompensa con él, al igual que en el resto de tradiciones. El poeta lírico Baquílides (siglo V a.C.) da una versión semejante acerca de la locura de las muchachas, pero indica que Preto dio con su cura mediante un sacrificio de cincuenta vacas rojas a Ártemis, que intercedió entonces con Hera para librarlas de su locura.[169] En otra versión, la del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, Dioniso provocó la locura de las princesas como castigo porque despreciaban sus ritos, y Melampo llevó a cabo la cura, con lo que ganó una parte de la tierra para su hermano. Aunque se han perdido los detalles, las muchachas se comportaron lujuriosamente durante su locura (quizá andaban errantes, desnudas total o parcialmente, tal y como aparecen en la cerámica); sus cuerpos estaban cubiertos de costras y llevaban el pelo suelto.[170]

La versión de Heródoto es completamente diferente. En ella los argivos hicieron venir a Melampo desde Pilos cuando las mujeres de su tierra sufrieron un ataque común de locura. Cuando él pidió la mitad de la tierra como pago por la cura, ellos consideraron que sus peticiones eran un ultraje y prescindieron de sus servicios. Sin embargo, más tarde aumentó el número de mujeres enfermas y se vieron obligados a recurrir a él de nuevo y aceptar sus condiciones. Entonces él pidió más y se negó a hacer nada si no concedían a Bías parte de su reino. Heródoto no menciona quién estaba en el trono de Argos en esa época, ni tampoco explica la causa de la locura.[171] De acuerdo con Diodoro, durante el rei-

nado del nieto de Preto, Anaxágoras, hijo de Megapentes, se produjo un brote similar de locura, que infligió Dioniso y cuyo sanador fue Melampo, quien recibió dos terceras partes del reino como recompensa y las compartió con Bias. Asimismo, Pausanias sitúa el incidente en el reino de Anaxágoras.[172] Parece ser que hubo, por tanto, dos leyendas diferentes sobre la locura: en una fue Hera la que volvió locas a las hijas de Preto y en otra fue Dioniso el causante de la locura de las mujeres de Argos, quizá en un período posterior. Si fue así, Melampo estaría en un primer momento vinculado presumiblemente con una sola de ellas, quizá con la segunda.

La versión de Apolodoro será la última que tratemos. Cuando las hijas de Preto se volvieron locas, ya por obra de Hera o de Dioniso (pues se señalan ambas posibilidades), anduvieron errantes por Arcadia y el Peloponeso en un estado de absoluta enajenación. Aunque Melampo se ofreció a curarlas a cambio de un tercio del reino, Preto consideró que el precio era desorbitante y se negó a pagar tanto. Cuando el resto de las mujeres argivas cayeron también en la locura, abandonaron sus hogares y llegaron incluso a dar muerte a sus hijos, Preto cambió de parecer y se mostró de acuerdo con el precio estipulado. Pero Melampo aumentó sus emolumentos y pidió otro tercio del reino para su hermano Bias. Cuando cerraron el trato, Melampo partió junto a los más vigorosos jóvenes de Argos para sacar a las mujeres de los parajes salvajes a través de gritos y bailes extáticos. Una de las tres hijas de Preto murió en el curso de la curación, mientras que las demás y el resto de las mujeres de Argos quedaron purificadas y recuperaron el juicio.[173] Cabe recordar aquí otras dos menciones. El mitógrafo argivo Acusilao menciona que fue Hera quien enloqueció a las hijas de Preto porque ellas despreciaron la imagen de madera (*xoanon*) de la diosa; por otra parte, Virgilio menciona que en su locura se creían vacas, un detalle cuyo origen posiblemente sea antiguo.[174]

Aunque en la versión de Ferécides, Preto tenía sólo dos hijas llamadas Lisipa e Ifianasa, Apolodoro añade un tercer nombre: Ifínoe (quizá también en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo) y la mayoría de las demás fuentes afirman que eran tres, aunque no haya tanto acuerdo sobre cuáles eran sus nombres. Apolodoro —y también Ferécides— cuenta que Melampo se casó con Ifianasa mientras que Ifínoe murió en el proceso de curación y Lisipa se convirtió en la mujer de Bias. Este último matrimonio tiene una importancia menor, sin embargo, ya que se dice que los hijos de Bias nacieron de su matrimonio con Pero. En la versión que da Diodoro, en la que se dice que Melampo consiguió a su novia por curar a las mujeres de Argos durante el reinado de Anaxágoras, se casó con Ifianira, una hija de Megapentes y hermana de Anaxágoras.[175]

Los linajes reales fundados por Melampo y Bias estaban destinados a desempeñar un papel fundamental en la historia futura de esa tierra, ya que de él surgen la mayoría de los héroes argivos principales que participaron en las Guerras Tebanas. Adrasto, por ejemplo, era descendiente de Bias y Anfiarao, de Melampo. Ya se ha tratado este punto de la mitología de los Amitaóntidas en relación con la historia mítica de Tebas (cf. pp. 415 y ss. y 435 y ss.).

La rama de la familia por parte de Melampo era también célebre por sus adivinos. La *Odisea* nos suministra una buena parte del árbol genealógico (vid. Tabla 13, en la que los añadidos posteriores aparecen en cursiva).[176] Ya ha aparecido Anfiarao, el hijo mayor de Oícles, y su hijo Alcmeón como comandantes durante las Guerras Tebanas. Hubo asimismo en la familia dos importantes adivinos (descendientes de Antífates, hijo de Melampo, el propio Anfiarao, que daba oráculos en su santuario de Oropo después de su muerte (cf. p. 420) y su hijo Anfíloco, cofundador de un oráculo en Malo, Asia Menor (cf. p. 631).

Según la *Odisea,*[177] Mantio, el hijo menor de Melampo, tuvo dos hijos: Polifides, al que Apolo concedió dones proféticos, y Clito, al que raptó Eos (Aurora) a causa de su belleza excepcional. Polifides se asentó en Hiperesia (Acaya), donde daba profecías a todos los que allí llegaban y engendró a un hijo, Teoclímeno, que en modo alguno carecía de dotes como adivino. Después de provocar una muerte, Teoclímeno huyó de su tierra por miedo a la venganza y se refugió en Pilos, en la costa de Mesenia, donde se encontró con Telémaco, el hijo de Odiseo, que estaba a punto de partir de vuelta a casa después de visitar a Néstor y a Menelao. Temeroso de que aún le estuvieran persiguiendo, Teoclímeno le pidió a Telémaco que le dejara acompañarlo a Ítaca. En cuanto llegaron, consiguió devolverle el favor mediante una profecía sorprendente: un halcón volaba por la derecha (el lado de los buenos augurios) con una paloma en sus garras y comenzó a arrancarle las plumas, que caían a la tierra que mediaba entre Telémaco y su barco. Teoclímeno interpretó esto como un augurio de que la familia de Telémaco mantendría la supremacía en Ítaca.[178] A continuación, comunicó a Penélope que esto era una señal de que Odiseo estaba ya en su tierra, tramando cómo acabar con sus pretendientes.[179] Mientras estaba en el palacio poco antes de la matanza de los pretendientes, previó su muerte mediante una visión siniestra: la carne que éstos comían parecía cubierta de sangre, al igual que los muros y el techo de la sala, y las cabezas y miembros de los pretendientes parecían estar envueltos de oscuridad, mientras que la entrada y el patio del palacio se poblaban de fantasmas.[180] Éste es un pasaje particularmente interesante, ya que en la poesía homérica la adivinación siempre se practica a tra-

vés de medios técnicos, mediante observación de pájaros, etc. La inspiración adivinatoria aparece sólo una vez en la *Ilíada*, cuando el adivino Héleno se da cuenta de un plan decidido por los dioses.[181]

El adivino más célebre de la familia, después del propio Melampo y de Anfiarao, es Poliido, hijo de Cérano, que aparece en la *Ilíada* como un adivino corintio rico y noble.[182] Aparece tanto como descendiente de Mantio, hijo de Melampo, o de un hijo posterior de Melampo llamado Abante.[183] Su mito más famoso, que cuenta cómo encontró a un príncipe cretense perdido, Glauco, y lo devolvió a la vida, se ha contado en relación con la familia de Minos (cf. pp. 461-462): el resto de sus historias suceden en Corinto o en las regiones aledañas. Píndaro cuenta que aconsejó al héroe corintio Belerofonte cómo conseguir ayuda divina para domar al caballo alado Pegaso (cf. p. 563). Según una tradición local de Mégara, viajó allí para purificar a Alcátoo después de matara por accidente a su hijo Calípolis (cf. pp. 727-728).[184] Cuando Ifito, hijo de Eurito, viajaba de ciudad en ciudad buscando los caballos que le habían robado (cf. pp. 359-360), se encontró con Poliido, que le apremió en vano a no continuar su búsqueda en Tirinto, en donde encontraría su final a manos de Heracles.[185] La *Ilíada* menciona al adivino en relación con su hijo Euquenor, al que mató Paris con una flecha durante la guerra de Troya. Cuando Poliido le anunció que o bien una enfermedad grave lo mataría en su morada, o bien moriría frente a los troyanos junto a las naves griegas, Euquenor prefirió esta muerte a una enfermedad terrible, además de que así evitaría tener que pagar una compensación a Agamenón por no unirse a la expedición.[186]

Los Clítidas, un clan de adivinos de Olimpia, aseguraban que eran descendientes de Melampo a través un tal Clitio, un hijo de Alcmeón y de su primera esposa, Arsínoe, hija de Fegeo. Dado que Alcmeón murió a manos de los hijos de Fegeo (cf. p. 430), cabría explicar que Clitio abandonó Arcadia para asentarse en Olimpia, porque no quería vivir en el palacio de su abuelo junto a los asesinos de su padre.[187]

Sísifo, rey de Corinto, y su hijo Glauco

Sísifo fue el fundador de la rama de la familia deucaliónida que reinó en Corinto. Homero se refiere a él en la *Ilíada* como el más astuto de los hombres que vivieron en la ciudad de Éfira «en el fondo de Argos, prado de caballos».[188] Aunque no parece muy seguro que este lugar pueda ser identificado con Corinto, esto es lo que sucede en las tradiciones posteriores, y los mitos de los Sisífidas estaban vinculados con Corinto a pesar de que no pertenecían a la ciudad en ori-

gen. Los rasgos principales de la historia de la familia quedaron fijados en época muy antigua, ya que Homero ya menciona a Sísifo como hijo de Eolo y abuelo del gran Belerofonte a través de su hijo Glauco. Su astucia siguió siendo su rasgo definitorio a lo largo de toda la tradición posterior, en la que suele estar representado como un granuja con atractivo. Como ya hemos visto (p. 171), se le sometió a un castigo sin fin en el mundo subterráneo, ya por haber desvelado un secreto de Zeus o por haber engañado a la muerte cuando murió por vez primera, la historia siguiente tiende un puente entre ambas narraciones. Cuando Zeus raptó a Egina, una de las hijas del dios río Asopo, de su lugar de nacimiento en el norte del Peloponeso (cf. p. 638), la llevó a través de las tierras de Sísifo, quien informó al padre de ella a cambio de que hiciera manar una fuente en la acrópolis de Corinto. El enfado de Zeus fue tal que mandó a Tánato (la Muerte) para que se lo llevara al mundo subterráneo. Pero Sísifo se las ingenió para encadenar a Tánato, de modo que nadie murió durante un tiempo hasta que Ares finalmente logró liberar a Tánato y le entregó a Sísifo. Pero la historia no acaba aquí, ya que Sísifo tenía otra carta en la manga. Antes de marchar, le dijo a su mujer que no llevara a cabo ningún rito fúnebre en su honor. Cuando llegó al infierno, se quejó de esto antes Hades y Perséfone, pidiéndoles que le dejaran regresar durante un breve tiempo para recordar a su esposa sus deberes. Después de lograr escapar con estas excusas, permaneció en Corinto el resto de su vida hasta que murió por segunda vez de viejo.[189]

Aunque esta historia sobre su doble fallecimiento era su mito más célebre hay asimismo otros que le ponen en contacto con otros dos maestros del engaño y la astucia: con Odiseo y con el mayor de todos los ladrones, Autólico, el abuelo materno de Odiseo. Sísifo compitió una vez en ingenio con Autólico, al que su padre Hermes le había concedido el don de alterar la apariencia de lo que robaba. Podía cambiar las marcas y el color del ganado, por ejemplo, ponerle o quitarle cuernos; y una vez se sirvió de ello para robarle gran cantidad de ganado a Sísifo. Aunque Sísifo estaba seguro de que Autólico le estaba robando ganado —además el suyo disminuía y el de Autólico aumentaba en número—, no podía demostrarlo ya que el aspecto del ganado había cambiado. Puso entonces una trampa al ladrón y marcó las pezuñas del ganado con su nombre o con la inscripción «Autólico me ha robado». Cuando Autólico repitió el hurto, le siguió hasta su casa en el monte Parnaso e identificó el ganado por las inscripciones y le reclamó todo lo que le había quitado. Se cuenta que Sísifo engendró a Odiseo durante este viaje, porque sedujo secretamente a la hija de Autólico, Anticlea, y la dejó embarazada de Odiseo, al que, una vez casados, crio su esposo Aertes como si fuera su propio hijo.[190]

Nada se cuenta sobre las actividades de Sísifo como gobernante, excepto que se suponía que había fundado los Juegos Ístmicos en honor de Melicertes (cf. p. 560) después de que un delfín llevara el cuerpo del muchacho y lo dejara en el Istmo de Corinto.[191]

De acuerdo con la tradición habitual, Sísifo fue el fundador de Corinto-Éfira y su familia gobernó allí desde entonces hasta que se hizo con el poder el heraclida Aletes (cf. p. 381). El poeta épico corintio Eumelo cuenta una historia completamente diferente sobre los primeros tiempos de su ciudad. Sugiere que el territorio de Corinto, en un primer momento, lo recibió Eetes de su padre, el dios del sol Helios, y que a continuación lo gobernó su hija Medea. Según Eumelo, Helios entregó la tierra de Éfira (la región de Corinto) a Eetes y las vecinas tierras esopias (la región de Sición al oeste) a otro de sus hijos, Aloeo. Eetes marchó a la Cólquide, sin embargo, donde luego recibió la visita de Jasón y los Argonautas (cf. p. 509) y confió sus posesiones de Éfira a un tal Buno, hijo de Hermes. Después de la muerte de Buno, ambos territorios pasaron a manos de Epopeo, hijo de Aloeo, que los legó a su hijo Maratón. Para escapar a la violencia e injusticia de su padre, Maratón se refugió en el Ática (de ahí el nombre de la villa de Maratón en el noreste) y sólo regresó a su tierra natal para una breve visita después de la muerte de su padre para repartirla entre sus dos hijos, Corinto y Sición, que dieron entonces sus nombres a los territorios que pasaban a gobernar. Cuando Corinto falleció sin descendencia masculina, los corintios invitaron a Medea, la hija de Eetes, a convertirse en su reina y ella gobernó allí junto a su esposo Jasón. Escondió en el santuario de Hera a sus hijos para convertirlos en inmortales, pero todos murieron en el intento. Cuando Jasón se enteró de ello, sintió tal espanto que decidió marcharse a Yolcos. Después de que su esposo la abandonara, Medea decidió marcharse y entregó el reino a Sísifo, que en esta versión es el primer gobernante de una nueva genealogía eólida, en lugar del fundador de la ciudad.[192]

Según Eurípides, Jasón y Medea vivían en Corinto como huéspedes del rey Creonte (cf. p. 519), cuyo nombre (que significa «Gobernante») parece sugerir que se inventó al hilo de la historia. Según los escolios a Eurípides, era hijo de un tal Licáeto, que ascendió al trono después de la marcha de Belerofonte (presumiblemente, aunque no se indique, serían miembros de la misma familia).[193]

A los corintios les gustaba creer que Corinto, el epónimo de su ciudad, había sido un hijo de Zeus, pero el resto de griegos veían en esto un chiste, de modo que la propia expresión «Corinto, hijo de Zeus» se convirtió en una frase hecha para referirse a algo pesado y sin sentido.[194] El nombre de la ciudad es prehelénico (al igual que otros nombres como Jacinto, que tienen el mismo sufijo).

Sísifo se casó con Mérope, hija de Atlas, que le dio un hijo y heredero, Glauco,[195] y quizá otros hijos. Glauco se hizo célebre por su muerte, ya que se decía que sus yeguas lo habían destrozado. Glauco les daba carne humana para volverlas más violentas en la batalla, pero se vio obligado a darles de comer hierba durante los juegos fúnebres en honor de Pelias, de modo que ellas saciaron su deseo de carne devorando al propio Glauco.[196] En otras versiones Afrodita las volvió locas para vengarse de Glauco por reírse de sus ritos, o porque estaba furiosa con él por impedir que sus yeguas se acoplaran ya que creía que así serían más veloces.[197] En otra versión los animales entraron en un frenesí homicida después de comer una hierba especial en Potnias (Beocia) que volvía locos a los caballos,[198] o porque habían bebido un agua que tenía ese mismo efecto.[199] Después de esta terrible muerte, Glauco se convirtió en un fantasma malvado, el *Taraxippos* («el que aterroriza a los caballos»), que provocaba el pánico a los caballos en las carreras en los Juegos Ístmicos (que tenían lugar cerca de Corinto).[200]

Menos acuerdo hay sobre el *Taraxippos* que actuaba en las carreras de Olimpia. Se puede rastrear su origen en las carreras de caballos que el héroe Enómao celebraba para competir con los pretendientes de sus hijas (cf. p. 647). Quizá fuera el fantasma furioso de Mírtilo, muerto por Pélope después de que le ayudara a hacerse con la victoria, o el propio Enómao, que murió en el trascurso de su competición con Pélope, o alguno de los pretendientes a los que mató Enómao en carreras anteriores.[201] Para que el *Taraxippos* no hiciera su incursión en la carrera, los aurigas debían apaciguarlo con plegarias y sacrificios antes de la salida.

Las aventuras de Belerofonte en Argos y Licia

Glauco se casó con Eurímede o Eurínome, hija de Niso, que le dio un hijo de gran fama, el héroe matador de monstruos Belerofonte.[202] Había asimismo una tradición que sugería que el padre verdadero de Belerofonte era Poseidón, así aparece en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo y en Píndaro.[203]

De acuerdo con un importante fragmento del *Catálogo*, Sísifo escogió como esposa para Glauco a Mestra, la hija de Erisictón que cambiaba de forma a voluntad, y le entregó valiosos regalos, pero ella se volvió a la casa de su padre. Dado que hay lagunas considerables en el papiro, no podemos afirmar que se sirviera de sus poderes para escapar (como cuando se escapó de los señores a los que servía para ganar

dinero para su padre, cf. p. 189). Sísifo estaba muy contrariado, pero Zeus tenía otros planes para ella, puesto que no quería que tuviera una vida corriente en una familia humana, de modo que Poseidón se la llevó a la isla de Cos, donde le dio dos hijos. Sísifo entonces se vio obligado a elegir otra novia para su hijo, una «hija de los Pandiónidas» (presumiblemente su esposa habitual, la arriba mencionada, que era nieta de Pandión, rey de Atenas). A pesar de que este matrimonio sí duró, la voluntad de Zeus fue que Glauco no tuviera hijos con su mujer, de modo que su hijo putativo Belerofonte era realmente hijo de Poseidón.[204]

De joven, Belerofonte tuvo que marcharse de Corinto para siempre debido a que provocó accidentalmente una muerte. Su víctima recibe diversos nombres, algunos sugieren que mató a un tal Bélero (de ahí su nombre: el matador de Bélero) o a un hermano suyo que recibe diferentes nombres.[205] Belerofonte se refugió en la Argólide con Preto, rey de Tirinte, que lo purificó y le recibió en su corte como huésped. El problema surgió cuando la esposa del rey, a la que normalmente se le da el nombre de Estenebea (y Antea en la *Ilíada*) se enamoró del guapo extranjero y le acosó para que se encontraran en secreto. Él la rechazó y entonces ella, enfurecida, contó a su esposo que Belerofonte había intentado violarla o seducirla. Preto la creyó, pero no quería ejercer violencia contra un huésped al que él mismo había purificado, por lo que lo mandó a su padrastro, Yóbates, el rey de Licia en Asia Menor, con una tablilla sellada en la que le pedía que diera muerte al que se la presentaba.

Según Homero, el rey de Licia (aquí sin nombre) le agasajó durante los nueve días posteriores a su llegada, dando muerte a nueve vacas, y al alba del día décimo le pidió, para dar cumplimiento al deseo de Preto, que matara a la Quimera, un monstruo que exhalaba fuego al que se consideraba invencible. Homero lo describe como un león en la parte anterior, un dragón en la posterior y una cabra (*chimaira*, de ahí su nombre) en el tronco. En las representaciones posteriores, es básicamente un león, pero tiene una serpiente en lugar de cola y una cabeza de cabra que le sale del centro de su lomo. Belerofonte mató al monstruo guiado por señales que le dieron los dioses. El rey entonces le sometió a dos pruebas más, mandándole a luchar contra los sólimos, un pueblo muy belicoso, y contra las Amazonas, mujeres guerreras que contendían con cualquier hombre. En ambos casos regresó a salvo después de dar muerte a sus enemigos, de modo que el rey le puso una prueba final enfrentándole a un grupo selecto de guerreros de sus tierras. Belerofonte les dio muerte a todos y el rey se dio cuenta de que debía ser hijo de algún dios y le entregó a su hija Filónoe (o Anticlea) en matrimonio junto a una parte de su reino.[206] Belerofonte engendró tres hijos con su

esposa licia: una hija, Laodamía, que tuvo a Sarpedón con Zeus, y dos hijos: Hipoloco, el padre de Glauco (el segundo de Sarpedón en Troya), e Isandro, que murió joven (cf. p. 457). A Belerofonte se le torcieron las cosas al final, según nos cuenta Homero, ya que se ganó el odio de todos los dioses por alguna razón que permanece oculta: «Pero cuando aquél se hizo odioso a todos los dioses, por la llanura Aleya iba vagando solo, devorando su ánimo y eludiendo las huellas de las gentes».[207]

En todas las narraciones posteriores, se cuenta que Belerofonte había luchado contra la Quimera montado en el caballo Pegaso, hijo de Poseidón y de la gorgona Medusa (cf. p. 102). Según Píndaro, al principio le resultaba imposible la doma de Pegaso y pidió ayuda al adivino Poliido (cf. p. 558), quien le indicó que durmiera la noche entera en el santuario de Atenea en Corinto. La diosa se le apareció en sueños y le dijo que debía tomar una rienda que ella le ofrecía para la doma de Pegaso y que asimismo sacrificara un toro blanco en honor de Poseidón, el domador de caballos. Cuando despertó, encontró a su lado una maravillosa rienda de oro, que le fue realmente de provecho (cf. p. 247).[208] Según otra versión, Atenea fue quien domó al caballo en lugar del héroe;[209] en otra se cuenta que Belerofonte capturó al caballo mientras abrevaba en la fuente Pirene en Corinto, o lo recibió de su padre Poseidón, que se lo dio como regalo.[210]

De acuerdo con una obra perdida de Eurípides, la *Estenebea*, Belerofonte regresó a Tirinto y se vengó de Estenebea con la ayuda de su caballo alado. La convenció para que cabalgara con él cielo adentro y la tiró del caballo cuando sobrevolaban el mar Egeo en las proximidades de Melos.[211] Su desdichado final, mencionado en la *Ilíada*, se explicaba en algunas fuentes porque había intentado entrar volando en el Olimpo a lomos de Pegaso. Zeus, por tanto, mandó un tábano para que picara al caballo y lo encabritara, de modo que Belerofonte cayó a tierra en Licia, donde vagó en la miseria desde entonces.[212] Otra versión cuenta que se mareó al mirar abajo y murió a consecuencia de la caída.[213] Pegaso continuó su camino y Zeus le honró convirtiéndole en la constelación del Caballo (la conocida como Pegaso).[214]

Dado que Belerofonte no regresó nunca a Corinto, el trono pasó a un tal Toante, del que se cuenta que era nieto de Sísifo a través de un hijo llamado Ornitión. La ciudad, durante tres generaciones, estuvo gobernada por Toante y sus descendientes hasta que un heraclida, Aletes, la conquistó al mando de un ejército dorio (cf. p. 381).[215] Ornitión tuvo un hijo, Foco, que se asentó en Fócide, en la Grecia central (cf. p. 725).

Dos eólidas menores, Deyón y Magnes, y sus familias

Deyón (o Deyoneo) no tiene mitos propios, pero gobernó la Fócide, en la Grecia central. Se casó con Diomede, la hija de Juto, que le dio muchos hijos, entre los que se encuentran Céfalo, de cuyo tumultuoso matrimonio con Procris en el Ática hemos hablado en el capítulo X (cf. pp. 485 y ss.), y Fílaco, el fundador epónimo de Fílacas, en el sur de Tesalia.[216] Al suroeste de Yolcos y Feras, Fílacas rivalizaba con la ciudad natal de Aquiles, Ftía, en la historia mítica como una de las dos ciudades principales de la Ftiótide, al sureste de Tesalia. Fílaco se casó con Clímene, hija de Minias, que le dio dos hijos, un varón, Íficlo, y una niña, Alcímeda, que se casó con Esón y fue la madre de Jasón.[217] Como ya se ha contado en este capítulo, Fílaco encerró en prisión al adivino Melampo por intentar robarle el ganado, pero después lo liberó para que encontrara un remedio que curara la impotencia que involuntariamente había ocasionado a su hijo Íficlo (cf. p. 554). Íficlo quedó curado y contrajo matrimonio con Astíoque, que le dio dos hijos célebres: Protesilao, el primero de los griegos que saltó a tierra troyana y el primero también que resultó muerto (cf. p. 582) y Podarces, que comandó a los hombres de Fílacas y las ciudades aledañas en la guerra de Troya después de la muerte de su hermano.[218] En la épica tardía se contaba que Podarces había muerto a manos de la amazona Pentesilea en uno de los episodios finales de la guerra.[219] Su nombre, Podarces («Pies veloces»), proviene de la notable velocidad en la carrera de su padre, ya que se contaba que Íficlo podía rivalizar con el viento y que si corría sobre cereales, iba tan rápido que no daba tiempo a que las espigas se doblaran sobre los tallos, y si lo hacía sobre el mar, era tan veloz que nunca se hundía.[220] Esto aparece en un fragmento del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, y este detalle ya es mencionado por Homero, al igual que el origen del nombre de su hijo.[221] Algunos afirman que fue él quien se hizo con la victoria en el certamen de carrera durante los juegos fúnebres en honor de Pelias.[222]

Deyón tuvo asimismo dos hijas, Asterodiya y Filónide se quedaron en su tierra natal de Fócide. Asterodiya se casó con Foco, hijo de Éaco,[223] uno de los dos epónimos de la tierra, junto a Foco, hijo de Ornitión. Para el papel de estos epónimos en la historia de la Fócide y los hijos de Asterodiya, cf. p. 725. Filónide también tuvo dos hijos en el mismo parto, pero en distintas circunstancias. Era tan bella que excitó el deseo de dos dioses, Apolo y Hermes, quienes se acostaron con ella el mismo día: engendró al músico mítico Filamón de Apolo, de Hermes al maestro de ladrones

Autólico (cf. p. 559).[224] Ambos vivieron en el monte Parnaso, que dominaba los territorios de su padre. Filamón engendró a Támiris, un músico aún más importante que su padre, de una ninfa llamada Argíope. Dio a luz al niño en Tracia (donde después tendría lugar su famosa competición con las Musas), ya que Filamón se negó a llevársela a casa.[225] Si bien esta historia no le deja muy bien parado, encontró una muerte noble mientras intentaba evitar que los flegios saquearan Delfos (cf. p. 718).[226] Ferécides sugiere que fue él y no Orfeo el que acompañó a los Argonautas.[227]

En la versión que da Apolodoro, el hijo de Eolo que queda fue Magnes, el epónimo de Magnesia, la región costera del norte de Tesalia. Se casó con una ninfa náyade y tuvo con ella dos hijos, Polidectes y Dictis, que vivieron en la isla de Sérifos y desempeñaron un importante papel en la historia de Perseo (cf. pp. 318 y ss.).[228] En el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, sin embargo, Magnes es hijo de Zeus y de Tía, una hija de Deucalión, y es además hermano de Macedón, el epónimo de Macedonia.[229] Aunque no se conserva el nombre del séptimo hijo de Eolo en los fragmentos que conservamos del *Catálogo*, se sugiere con bastante certeza que fuera Minias (el epónimo de los minios, cf. p. 716).

Capítulo XIII
La guerra de Troya

El origen de la guerra y la travesía de los griegos

Zeus hace planes para una gran guerra

El suceso que culmina la historia mítica de Grecia fue la gran guerra en la que Agamenón, rey de Micenas, y Menelao, rey de Esparta, condujeron un importante ejército contra Troya, una ciudad rica y poderosa del rincón noroccidental de Asia Menor, y acabaron conquistándola después de sitiarla durante diez años. El enfrentamiento lo provocó el rapto de Helena, esposa de Menelao, que fue llevada a Asia por Paris, hijo de Príamo, rey de Troya. En sí mismo este episodio era parte de un plan divino que había sido ideado para librar a la tierra del exceso de seres humanos. Gea (Tierra) se había quejado a Zeus de que estaba sobrecargada por todos los mortales que pululaban por su superficie y que no sólo eran demasiado numerosos, sino además irreverentes; y después de mitigar hasta cierto punto el problema incitando las Guerras Tebanas, Zeus había planeado causar una matanza aún mayor mediante rayos y diluvios. Pero Momo, personificación del desprecio (cf. pp. 59-60), criticó sus planes y propuso una vía de acción más sutil, sugiriendo que se provocara por medios indirectos una guerra destructiva entre Europa y Asia. Como primeros dos pasos hacia este objetivo, propuso que la diosa Tetis debía casarse con un mortal, y que Zeus tendría que engendrar una hija de insuperable belleza. Así que Zeus engendró a Helena y Tetis se casó con Peleo en una magnífica boda a la que asistieron los dioses (cf. p. 95). Durante el banquete de bodas, Eris, personificación de la discordia (cf. p. 64), provocó un furioso enfrentamiento entre Hera, Atenea y Afrodita arrojando delante de ellas una manzana marcada con la inscripción «a la más bella»; así que Zeus ordenó al mensajero divino Hermes que acompañase a las tres diosas al monte Ida en la tierra de Troya para que fueran juzgadas por su belleza por Paris. Cuando Afrodita persuadió a Paris de que le otorgase a ella

la victoria al prometerle que le ayudaría a que se casara con Helena, una hija de Zeus que era la mujer más hermosa del mundo, el planificado conflicto entre Grecia y Asia se hizo inevitable, pues el príncipe troyano tendría que arrebatársela a su marido legítimo en Grecia si quería hacerla su mujer. Esto sería una acción arriesgada porque su marido Menelao no sólo era un hombre de cierta importancia por ser rey de Esparta, sino que además era hermano de Agamenón, el gobernante más poderoso de Grecia. Por si no era poco, los muchos pretendientes de Helena se habían comprometido entre ellos mediante juramento a acudir en ayuda del marido que ella hubiera escogido en el caso de que fuese separada de él (cf. p. 570). Por eso no fue en absoluto difícil para Menelao reunir un enorme ejército de aliados que navegaron contra Troya para recuperar a su esposa, haciendo que el plan divino llegase así a su culminación. Éste es el relato más antiguo que ha sobrevivido del origen de la guerra tal y como se presenta en las *Ciprias*, el primer poema épico del ciclo troyano.[1] Se insinuaba además que Zeus concibió el rapto de Helena para asegurarse de que su hija sería famosa para siempre por haber sido la causa de la guerra más impresionante de la historia, si no la provocó simplemente para traer gloria eterna a los hombres de la época heroica.[2]

El nacimiento y los primeros años de Helena, y su matrimonio con Menelao

Helena de Esparta y Troya no era una mujer ordinaria, sino una hija de Zeus cuya belleza fue imbuida con algo más que un vestigio de divinidad. Su padre putativo fue Tindáreo, el último rey atlántida de Esparta, cuya esposa Leda dio a luz a varios hijos, unos suyos y otros de Zeus.[3] La rama de Tindáreo de la familia atlántida, que constituyó el linaje gobernante original en Esparta, será examinada en profundidad en un capítulo posterior (vid. pp. 677 y ss.); de momento será suficiente mencionar que Leda le dio tres hijas a su marido, incluyendo a Clitemnestra, que fue esposa de Agamenón, y también madre de Cástor y Polideuces, los Dioscuros, que engendraron o Zeus o Tindáreo (o uno cada uno) según diferentes versiones. Aunque los Dioscuros fueron grandes héroes, sin duda los más importantes del linaje espartano primitivo, no pudieron ni luchar en Troya ni acceder al trono espartano porque encontraron una muerte prematura poco antes de la guerra de Troya (vid. pp. 678 y ss. para las circunstancias). En consecuencia, Tindáreo adoptó a su yerno Menelao, marido de Helena, como sucesor. Se daba por sentado que Helena no era de hecho hija de Tindá-

reo, sino de Zeus, pero existía discrepancia sobre la identidad de su madre (aunque siempre se había aceptado que había sido criada por Leda en Esparta).

En la más antigua tradición registrada, Zeus engendró a Helena con la diosa menor Némesis (que personificaba el justo castigo, cf. p. 59), y Leda no fue más que su madre adoptiva. Las circunstancias de su concepción se describían en las *Ciprias*, que contaba cómo Némesis huía por tierra y por mar para escapar de los abrazos de Zeus, ahora convirtiéndose en un pez para surcar los mares a gran velocidad y rodear el océano, ahora tomando la forma de todo tipo de bestias espantosas mientras huía por tierra. Pero cuando al final se transformó en una oca, Zeus asumió la misma forma y se apareó con ella, haciendo que concibiera a Helena, que nació de un huevo.[4] Se decía que el apareamiento había ocurrido en Ramnunte, una ciudad costera en el extremo nororiental del Ática en la que había un santuario de Némesis.[5] En algunos relatos más tardíos, Zeus o ambos dioses se aparearon en forma de cisnes.[6] Se presume que las *Ciprias* habrían indicado que el huevo resultante fue transportado hasta Leda de alguna manera después de que Némesis lo pusiera; fuentes posteriores mantienen incluso que se lo llevó a Leda un pastor que lo descubrió en un bosquecillo en el Ática, o que Hermes lo dejó caer en su regazo (sin duda por orden de Zeus).[7]

La tradición opuesta, que hace a Helena verdadera hija de Leda, era tan antigua o más que la mencionada antes, pues en la *Ilíada* Helena declara que los Dioscuros y ella compartieron la misma madre (evidentemente Leda, que siempre es la madre de los Dioscuros y así se la llama en la *Odisea*).[8] La *Helena* de Eurípides, obra puesta por primera vez en escena en 412 a.C., y otras obras de arte del período final del siglo V aportan la evidencia más temprana del relato conocido sobre el origen de Helena, en el que Zeus la engendra con Leda apareándose con ella en la forma de un cisne. Leda mantuvo su forma humana común. Aunque la idea de la transformación del dios se inspiraba evidentemente en la leyenda de su apareamiento con Némesis, ambos con forma de aves, quedaba fuera de discusión que Leda, como mortal común, pudiera transformarse como se suponía que había hecho Némesis. Según Eurípides, Zeus tomó la forma de un cisne para poner en marcha un ardid de seducción: hizo que un águila lo persiguiera en vuelo mientras estaba en esa forma, y entonces buscó refugio en el regazo de Leda[9] (igual que en el mito en el que se decía que había seducido a Hera posándose en su regazo como un cuco mareado por una tormenta, cf. p. 194). Leda puso un huevo como resultado de este encuentro, lo mismo que se suponía que había hecho Némesis; el huevo podía verse en épocas posteriores en el templo de las Leucípides, en Esparta, donde colgaba del techo mediante

unas cintas.[10] Había quienes declaraban que los Dioscuros habían nacido del mismo huevo o de uno parecido.[11]

La infancia de Helena fue interrumpida con brutalidad cuando Teseo y Pirítoo la raptaron mientras no estaba aún en edad de casarse, quizá cuando tan sólo tenía ocho o diez años. Pero Teseo no pudo ocultarla hasta que pudieran desposarse, como era su intención, porque los Dioscuros descubrieron su escondite y la recuperaron mientras él estaba ausente o en otra aventura (cf. p. 472). Mientras lo hacían, capturaron a Etra, la madre de Teseo, que se había ocupado de Helena en ausencia de su hijo, y desde entonces fue obligada a servir a Helena como asistente, primero en Esparta y después en Troya. Puesto que en la *Ilíada* se menciona a Etra con esta función, la historia del primer rapto de Helena debía de ser familiar en época de Homero, aunque el poeta no haga mención expresa de esto.[12]

Cuando Helena alcanzó la mayoría de edad, era cortejada con la formalidad requerida por muchos de los principales gobernantes y héroes de Grecia, incluido Menelao, hijo de Atreo, que no tenía su propio reino pero que disfrutaba desde hacía tiempo del favor de Tindáreo (cf. p. 654). Podía contar, además, con el apoyo de su hermano Agamenón, el rico y poderoso rey de Micenas. Hay que recordar que el mismo Agamenón y el gran héroe Aquiles, que de otra forma hubieran sido formidables contendientes, no estaban en posición de competir por la mano de Helena, pues el primero ya estaba casado con Clitemnestra, hermanastra de Helena, y el segundo era demasiado joven. Según la primitiva narración del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, de lo que se conoce por fragmentos bastante extensos, los pretendientes mantuvieron un noviazgo a distancia (en todo caso al principio) enviando mensajeros a Esparta con todo tipo de obsequios valiosos. Los Dioscuros parecen haber desempeñado un papel central tanto en el reparto de los envíos, como en la determinación de la decisión final. Al final eligieron en favor de Menelao, aunque habían estado planeando adjudicar a Helena a otro pretendiente (cuyo nombre no se ha conservado) hasta que Agamenón intervino de parte de su hermano. Como Agamenón no sólo era lo suficientemente rico como para ofrecer regalos preciosos, sino también yerno de Tindáreo, es comprensible que su intervención hubiese resultado decisiva. El poeta afirma sin lugar a dudas que Menelao fue elegido porque hizo los más espléndidos regalos (con la ayuda evidente de su hermano). Se nos cuenta que Odiseo intuía que Menelao estaba destinado a ganar porque era el más rico en posesiones y siempre estaba enviando mensajes a los Dioscuros.[13] En la tradición posterior estándar, los pretendientes se reunían en Esparta y Tindáreo tomaba

la decisión,[14] pero en otra versión, permitía a la misma Helena elegir de acuerdo con lo que desease de corazón.[15]

Según una tradición que ya conocían Estesícoro y el autor del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, Tindáreo temía que los pretendientes rechazados pudieran causar problemas cuando revelase su elección, por lo que les exigió que prometiesen de antemano que acudirían en ayuda del pretendiente elegido si éste era amenazado con violencia o le robaban a su mujer. En una versión, la medida era sugerida por el astuto Odiseo, que estaba al tanto de las preocupaciones de Tindáreo y se ofreció para darle una solución si el rey le devolvía el favor, ayudándole a ganarse a Penélope como esposa. Tindáreo estaba en posición de poder ayudarle en esto, porque Penélope era hija de su hermano Icario (cf. p. 676).[16] Una tradición local mantenía que los juramentos se hicieron en un lugar conocido como la Tumba del caballo (*Hippou Mneme*), que está junto al río Eurotas, no lejos del norte de Esparta; se decía que Tindáreo sacrificó allí un caballo, pidió a los pretendientes que permanecieran en pie sobre los pedazos de su carne mientras hacían su juramento, y entonces enterró los despojos en el lugar.[17] Aquellos juramentos iban a ser de mayor significado que lo que Tindáreo nunca pudiera imaginar, pues obligarían a muchos de los más destacados héroes de Grecia a luchar por Menelao en Troya después de que Paris raptara a Helena.

La historia del juramento implicaría que muchos de los líderes griegos en Troya fuesen reconocidos como antiguos pretendientes de Helena. Apolodoro e Higino proporcionan catálogos de los pretendientes,[18] basados evidentemente, en su mayoría, en la lista que se muestra en el segundo canto de la *Ilíada*. Los siguientes pretendientes se mencionan en los fragmentos supervivientes del *Catálogo* atribuido a Hesíodo: Menelao, Áyax Telamón, los dos hijos de Anfiarao (es decir, Alcmeón y Anfíloco), Elefenor de Eubea, Idomeneo de Creta, Patroclo e Íficlo de Tesalia, Toante de Etolia y Odiseo. Todos ellos aparecen en una lista como líderes griegos en la *Ilíada*, excepto los hijos de Anfiarao (uno de los cuales, Alcmeón, murió antes del comienzo de la guerra). Puesto que Apolodoro excluye a Patroclo y a Idomeneo de su lista, es más dudoso que ésta esté basada en el *Catálogo*. El autor de aquel poema intentó relacionar lo mejor que pudo las maneras del cortejo de cada pretendiente con los caracteres y circunstancias que se les conocían. Áyax, por ejemplo, que tenía pocas posesiones, pero era osado con su lanza, prometió conseguir regalos apropiados para la novia y ganancias formidables robando ovejas y vacas de sus vecinos.[19] Odiseo, por su parte, tenía una idea tan acertada de sus posibilidades que se ahorró el gasto de enviar ningún regalo en absoluto.[20]

Tras su boda con Menelao, Helena vivió durante algunos años una vida lujosa y sin incidentes en la corte espartana, y dio a su marido una sola hija, Hermíone que sucedería a Tindáreo en el trono en algún momento. En la *Odisea* se dice de Hermíone que «tenía la belleza de la dorada Afrodita»; también que tendría unos nueve años cuando Paris llegó para perturbar la tranquilidad de la corte.[21]

Si bien Hermíone es la única hija de Helena y Menelao en la épica homérica, en ocasiones también se ha atribuido a la pareja un hijo: Nicóstrato (Ejército victorioso), cuyo nombre indicaría que nació tras la guerra de Troya. En otra versión Nicóstrato era hijo ilegítimo de Menelao y una esclava, como en el caso de Megapentes, hijo del rey que nació poco después del rapto de Helena, de ahí su nombre (Gran pena).[22] Megapentes aparece mencionado junto a Hermíone en la *Odisea*: cuando Telémaco visita la corte espartana después de la guerra de Troya, se encuentra con que se están celebrando las bodas de ambos, pues Menelao envía a Hermíone a Neoptólemo (cf. p. 632) y trae una doncella espartana a su hogar como novia para Megapentes.[23] Desde que se aceptó de común acuerdo que Menelao legó su trono a su sobrino Orestes (cf. p. 662), parece haberse asumido que no tuvo descendencia masculina para que lo sucediera en el momento de su muerte. Sin embargo, un cuento rodio afirmaba que Megapentes y Nicóstrato aunaron fuerzas tras su muerte para enviar a Helena al exilio, obligándola a navegar hacia Rodas, donde esperaba refugiarse con Polixo, la reina de la isla, que era de origen argivo. Pero quiso la desgracia que Polixo la culpara de la muerte de su marido Tlepólemo en Troya (cf. p. 385), y se tomó la revancha incitando a sus doncellas a que se vistieran como Furias y colgaran a Helena de un árbol. Esta leyenda explicaba el origen del culto rodio de Helena *Dendritis* (la del árbol).[24]

El nacimiento y los primeros años de vida de Paris, y su juicio de las tres diosas

En aquel período Troya era gobernada por Príamo (*Priamos*), hijo de Laomedonte, quien era entonces bastante anciano y vivía en su espléndido palacio en Ilión (la ciudad de Troya) rodeado por su familia. La *Ilíada* le atribuye cincuenta hijos, diecinueve de los cuales los tuvo con su esposa Hécabe (o Hécuba en su forma latina), y también muchas hijas, incluyendo doce casadas que vivían con él en el palacio; sus hijos dormían con sus esposas en cincuenta cámaras adyacentes hechas de piedra pulida, mientras que las hijas mencionadas antes dormían con sus maridos en doce aposentos en el lado opuesto del patio.[25] Como

esta colocación sugeriría, la familia real dominaba la vida de la ciudad y la lucha en tiempo de guerra de forma ajena a los griegos. La familia de Príamo será estudiada a fondo más adelante (cf. pp. 584 y ss.) junto con las principales familias nobles. De momento nos concentraremos en Paris, que estaba marcado por un destino especial que lo apartaría de sus muchos hermanos.

Justo antes del momento en que Paris debía nacer, su madre Hécabe fue perturbada por un siniestro sueño en el que se vio a sí misma dando a luz una antorcha llameante que incendiaba la ciudad (y quizá también los bosques del monte Ida); o en el relato más temprano que se ha conservado de Píndaro, ella imaginó que daba a luz una Erinia (Furia) con aliento de fuego y cien manos que arrasaba toda la ciudad hasta sus cimientos. Después de consultar con los adivinos, que a duras penas habrían encontrado difícil interpretar este sueño en concreto, Príamo ordenó que el hijo venidero fuese abandonado tras nacer, para asegurar que nunca pudiera traer ningún daño la ciudad. Pero aunque el recién nacido Paris fue abandonado como se pedía en el monte Ida, fue rescatado por un pastor (o pastores) y criado en las colinas aislado en el campo.[26] Según una tradición recogida en primer lugar por el poeta helenístico Licofrón, al crío abandonado le dio de mamar una osa durante unos días, hasta que fue recuperado por el pastor.[27]

Otra narración sobre los acontecimientos que rodearon el nacimiento de Paris cuenta que Príamo consultó a un oráculo local acerca de su reino poco después de que Paris naciera, y se le ordenó que matara al niño y a la mujer que lo había dado a luz. Pero ocurrió que Cila, una hermana de Hécabe que estaba casada con un anciano troyano llamado Timetes, había dado a luz a un niño por aquel entonces como resultado de un enredo secreto con Príamo. Príamo mató a Cila y a su hijo Munipo en vez de matar a Hécabe y a Paris. En otra versión bastante distinta, Príamo recibe el correspondiente consejo de Ésaco (un hijo suyo con el don de la profecía, cf. p. 586), y Munipo era hijo legítimo de Timetes.[28]

El niño abandonado recibió el nombre de Paris y creció hasta convertirse en un joven robusto. A menudo los autores antiguos se refieren a él con el nombre alternativo de Alejandro (*Alexandros*), que de hecho significa «guerrero». Algunos decían que este título se le otorgó durante sus años mozos en el campo por su bravura al «repeler» ladrones y «defender» el ganado (de acuerdo con los significados del verbo griego *alexo*).[29] Un día, cuando ya era mayor de edad, unos criados de Príamo confiscaron su toro favorito, pues el rey, que naturalmente

daba por sentado que el hijo que había abandonado estaba muerto, había decidido celebrar unos juegos en memoria de su hijo desaparecido, y envió a algunos hombres al campo a por un premio adecuado. Al ver que se llevaban su toro, Paris corrió tras ellos para pedirles una explicación, y le dijeron lo de los juegos. Así que marchó a Troya para ganar de nuevo su toro y salió victorioso de todas las pruebas al derrotar a cada rival, incluidos sus propios hermanos. Deífobo, uno de los príncipes, se enfadó tanto al perder contra quien parecía un plebeyo, que le amenazó con su espada, por lo que Paris se refugió en el altar de Zeus *Herkeios*. Pero enseguida su hermana Casandra, que tenía el don de la profecía, reveló su verdadera identidad. Entonces Príamo lo reconoció como su hijo y le invitó a que adoptara la posición que tenía por derecho como miembro de la familia real.[30]

Aunque Paris era ahora bienvenido de vuelta a la familia como si el sueño agorero de su madre ya no tuviese significado, el plan divino que le haría traer la desgracia a Troya (cf. p. 566) seguía en marcha, y se encauzó totalmente cuando Hermes le llevó a Hera, Atenea y Afrodita al monte Ida para celebrar un juicio sobre su belleza. Se sabe que esta prueba había sido descrita en la parte introductoria de las *Ciprias*, aunque el sumario que ha sobrevivido aporta pocos detalles, informando tan sólo de que Paris juzgó a favor de Afrodita porque se lo ganó al ofrecerle a Helena como esposa. No se nos cuenta si las otras dos diosas ofrecieron algún incentivo. Un fragmento del poema describe cómo se preparó Afrodita para la prueba, vistiéndose con atuendos perfumados y teñidos con flores primaverales que las Cárites y las Horas (Gracias y Estaciones) le habían confeccionado, y tejiendo con ayuda de sus asistentes guirnaldas de dulce aroma hechas de flores. Tal como se cuenta la leyenda en tragedias y fuentes posteriores, muy posiblemente basándose en los relatos épicos, cada una de las diosas ofreció un soborno a Paris: Hera le prometió influencia real, Atenea éxito en la guerra y Afrodita a la mujer más encantadora como esposa. Si tenemos en cuenta que las diosas se incorporaban, por así decirlo, a sus propios regalos, representando Hera la realeza, Atenea la conquista y Afrodita el placer amoroso, con seguridad esto podría ser entendido como una aproximación literaria al viejo problema, tan familiar para el folclore, de «¿Qué bien es el mejor?», sobre todo si se recuerda que los bienes así ofrecidos mantenían un lugar muy alto en la escala de valores griega. Por su respuesta a los incentivos de las diosas, Paris escogió entre diferentes formas de vida y se expuso a ser juzgado por su elección. Al decidir a favor de Afrodita, se ganó el odio indeleble de las otras diosas. Además, cuando procediera a raptar a Helena de Esparta con su ayuda, provo-

caría la venganza de Menelao y de los griegos en general. Como hemos visto, en estas circunstancias Menelao convocaría en su apoyo a todos los antiguos pretendientes de Helena, y por eso la guerra de Troya se puso en marcha, y el plan de Zeus se cumplió.[31]

> Sólo hay una referencia directa al juicio de Paris en la *Ilíada*, aunque hay bastantes pasajes relacionados con Hera, Atenea y Afrodita que se interpretan mejor a la luz de aquella leyenda. Después de aclarar a lo largo del poema que Hera y Atenea eran excepcionalmente hostiles a Troya, Homero ofrece una explicación para su actitud en el último canto. El asunto sale a la superficie en conexión con el maltrato que da Aquiles al cadáver de Héctor (cf. p. 601). Al final los dioses sintieron tanta repugnancia por el comportamiento del héroe griego que quisieron enviar a Hermes para que le arrebatase el cuerpo de Héctor, plan que contó con la aprobación de todos excepto con la de Hera, Poseidón y Atenea, que persistían en el odio que sentían hacía tiempo por la sagrada Ilión y por Príamo y su gente, «a causa de la ciega insensatez (*ate*) de Alejandro (Paris), que había desdeñado a las diosas (es decir, Hera y Atenea) cuando ellas fueron a su lugar, y prefirió a la única que le ofrecía dolorosa lascivia» (obviamente Afrodita).[32] Esto puede expresarse de forma bastante más oscura, pero no hay razón para suponer que se refiera a cualquier cosa distinta al relato convencional del juicio de Paris, en especial cuando se recuerda a lo largo de la *Ilíada* que Hera y Atenea apoyaban a los griegos mientras Afrodita hacia lo mismo con los troyanos y mantenía una relación especial con Paris y Helena.

Paris navega a Grecia para secuestrar a Helena

Paris preparó entonces el viaje por mar a Grecia para ganarse a Helena como esposa. Por consejo de Afrodita, ordenó que Fereclo, hijo de Tectón (cuya posterior muerte a manos del héroe cretense Meriones se describe en la *Ilíada*),[33] le construyese unos barcos. Recibió abundantes advertencias sobre las consecuencias de su empresa antes de salir de Troya. De acuerdo con las *Ciprias*, dos distinguidos videntes, su hermano Héleno y su hermana Casandra, predijeron lo que sucedería si seguía adelante.[34] Además, una tradición que aparece por primera vez en el siglo V a.C. sugiere que recibió advertencias similares de su propia esposa (porque él estaba ya casado con una ninfa de poderes proféticos llamada Enone, que le advirtió de que traería el desastre sobre su ciudad y sobre sí

mismo).[35] A pesar de todo se hizo a la mar junto a Eneas, que lo acompañó por orden de Afrodita.

La situación de Enone fue particularmente triste, porque sabía desde el principio que el amor de Paris por ella no le traería más que infelicidad. Él la conoció mientras aún vivía en el monte Ida con los pastores; y era una hija de Cebrén, el dios de un río local. Cuando Paris le aseguró que la amaba y juró que nunca la abandonaría, ella era capaz de decirle por sus propias artes proféticas (que había adquirido de los dioses o en concreto de Rea) que incluso aunque él la amase sin medida en ese momento, llegaría un tiempo en que la abandonaría para raptar a una mujer de Europa. Cuando Paris estaba a punto de partir, ella le advirtió que sufriría una grave herida en el conflicto que provocaría con su futura acción, y que sólo ella podría curarlo; o simplemente le dijo que volviese a su lado en caso de que sufriese una herida. Cuando él fue gravemente herido en los últimos momentos de la guerra (cf. p. 607), recordó las palabras de Enone y envió a un mensajero al monte Ida para pedir su ayuda; pero para entonces ella estaba tan resentida que no quiso ir, replicando que mejor acudiera a Helena en vez de a ella. Sin embargo, más tarde al ver su cuerpo muerto, se sintió abrumada por el remordimiento y se mató. En una versión ligeramente distinta, ella volvió a pensárselo después de la primera negativa y llegó a su lado con preparados curativos para encontrarse con que él había muerto entre tanto.[36]

Según Helánico, Enone y Paris tuvieron un hijo llamado Corito, que fue a Troya para participar en la lucha y se enamoró de Helena. Ella lo trataba con bastante amabilidad por su excepcional belleza, hasta que sus visitas llegaron a oídos de Paris y lo mató. En otro relato Enone se lo envió a Helena para provocar conflictos, con la esperanza de que Helena lo encontrase atractivo y en consecuencia Paris se sintiera celoso. El plan función demasiado bien, aunque no en el sentido en que ella hubiera querido, pues Paris se temió lo peor cuando un día vio a los dos sentados juntos en el dormitorio de Helena, y mató a Corito con el arrebato del momento. Esto dio a Enone una razón adicional para negarse a curar a Paris cuando después fue herido.[37]

Cuando Paris llegó a Laconia, se entretuvo al principio con los Dioscuros, y luego prosiguió hacia Esparta, donde recibió la generosa hospitalidad de Menelao y Helena. Sin embargo, nueve días después Menelao tuvo que partir hacia Creta para asistir al funeral de Catreo, el último rey de la isla (que era su abuelo materno, cf. p. 464), así que dejó a sus huéspedes al cuidado de Helena, a quien

dijo que les facilitara cualquier cosa que pidieran. Paris se aprovechó de su ausencia para hacerle la corte a Helena, un esfuerzo que no resultó demasiado dificultoso gracias a su propio atractivo físico y la ayuda que recibió de Afrodita. Tan pronto como ella estuvo a punto de consentir, él se fugó con ella por la noche, con gran parte del tesoro del marido cargado en su barco antes de partir.[38] En las *Ciprias* consumaron su unión antes de marcharse, mientras que la *Ilíada* mantiene que sucedió después de la partida, en una isla de localización incierta llamada Cranae[39] (isla Rocosa, más tarde identificada con la isla de Helene, lejos de la punta sur del Ática, con Citera o una pequeña isla alejada de la costa laconia, cerca de Guitión).[40] Se supone que en su papel de protectora del matrimonio, Hera envió vendavales contra la pareja que huía, haciendo que fuesen arrastrados hasta Sidón en Fenicia. La *Ilíada* hace alusión a su visita y menciona que Paris compró allí unas togas con elegantes encajes, y según las *Ciprias* parecería que incluso conquistó la ciudad. Tras un breve retraso (o después de esperar allí un tiempo para eludir la persecución), Paris y Helena acabaron su viaje y llegaron a Troya, donde formalizaron su unión con la ceremonia correspondiente.[41]

Estesícoro, poeta del siglo VI a.C., contaba dos versiones de la historia de Helena: primero ofrecía la versión corriente en la que ella contribuía a provocar la guerra de Troya al huir con Paris; y después compuso una palinodia, o poema de retractación, en la que ofrecía un relato del todo diferente, en apariencia de su propia invención, para reivindicar el honor de Helena. Cuenta la leyenda que ella lo dejó ciego por insultarla en el primer poema, y entonces él había compuesto la retractación para recuperar la vista (cf. p. 746). Según la palinodia (de la que muy poco ha sobrevivido), Helena ni se embarcó con Paris ni llegó a Troya, sino que por lo visto permaneció durante toda la guerra en Esparta, mientras que un espectro (*eidolon*) con su apariencia acompañó a Paris a Troya.[42] Una historia similar se cuenta en una obra conservada de Eurípides, *Helena*, en la que se dice que Hera había creado el fantasma airada por haber sido descartada en el juicio de Paris. Paris llevó al fantasma a Troya, mientras que la verdadera Helena fue transportada por Hermes a Egipto, y allí vivió en la corte real hasta el final de la guerra. Cuando después de la guerra Menelao naufragó en Egipto mientras navegaba de vuelta a casa con el espectro de Helena, éste desapareció y la verdadera Helena ocupó su lugar. De acuerdo con Eurípides, Helena corría peligro de quedar retenida en Egipto porque el gobernante original, Proteo, había muerto durante la época de la guerra; lo había sucedido su despiadado hijo Teoclímeno, que quería obligar a Helena a casarse

con él, y mataba a cualquier griego que se adentrase en su dominio. Pero Helena se las arregló para engañarle con ayuda de la generosa hermana de aquél, la sacerdotisa Teónoe. Eurípides también mantiene en *Electra* que Zeus envió a Troya una imagen de Helena, mientras la auténtica permanecía en Egipto con Proteo.[43]

Heródoto afirmó haber oído de los prisioneros de Egipto que Paris había sido conducido allí por un vendaval después de partir con Helena, y que Proteo le había quitado a Helena y el tesoro robado porque no aprobaba su comportamiento inmoral. Ésta es una versión racionalizada y sin el fantasma de Helena, pues se nos cuenta que los griegos hicieron la guerra contra Troya porque creían que Helena debía de estar allí, aunque los troyanos les aseguraron que ella y el tesoro se habían detenido en Egipto. Cuando, después de la caída de Troya, se descubrió que no había en absoluto señal de ella en la ciudad, los griegos se dieron cuenta de que los troyanos habían estado diciéndoles la verdad, y Menelao zarpó hacia Egipto para rescatar a Helena de Proteo.[44]

Menelao y Agamenón organizan una expedición contra Troya. La salida se frustra

La diosa Iris (que actuaba con frecuencia como mensajera divina, vid. p. 98) informó a Menelao del secuestro de su esposa, y él se apresuró por volver a Grecia para consultar con su hermano Agamenón cómo reunir un ejército para rescatar a Helena de Troya.[45] Puesto que todos los antiguos pretendientes de Helena estaban vinculados por juramento a ayudar a su marido en tales circunstancias (cf. p. 570), muchos de los gobernantes más destacados y de los héroes de Grecia estarían obligados a luchar como aliados suyos. En las *Ciprias*, Menelao (y es posible que también Agamenón) viajó por toda Grecia con Néstor para reclutar jefes para la expedición. O quizá Agamenón simplemente envió mensajeros para recordar a los antiguos pretendientes sus obligaciones.[46] De todos los pretendientes, sólo Odiseo intentó evitar la convocatoria (cf. p. 594). Otros aceptaron tomar parte por voluntad propia, como el caso excepcional de Aquiles, que era un niño en la época del matrimonio de Helena, pero que era ahora invitado a participar por ser un joven guerrero excepcionalmente prometedor.

Después de que se hicieran los arreglos necesarios, los cabecillas griegos y sus hombres se reunieron en Áulide, una ciudad en la costa oriental de Beocia, con la intención de prepararse para el viaje a Troya a través del Egeo. En el segundo canto de la *Ilíada* (líneas 494-759) puede encontrarse un registro muy

antiguo y exhaustivo de los líderes que además aporta información muy valiosa sobre sus lugares de origen y poder relativo. Más adelante (p. 455 y ss.) trataremos de algunos de los héroes más destacados. Mientras estaban en Áulide, los griegos fueron testigos de un portento que interpretó el adivino Calcante. Una serpiente reptó desde debajo del altar durante un sacrificio a Apolo y trepó a un árbol en el que había un nido con ocho polluelos de gorrión. Devoró a los polluelos y también a su madre, que revoloteada alrededor por causa de sus piadas, pero entonces Zeus la convirtió en piedra. Según reveló Calcante, esto significaba que los griegos gastarían nueve años luchando en Troya antes de que la ciudad se les rindiese por fin al décimo año.[47]

Cuando los griegos se pusieron en camino hacia Troya por primera vez, tenían tal ignorancia de la geografía del área que desembarcaron en el territorio vecino de Misia y devastaron aquello convencidos de que era Troya. Al descubrir que su reino estaba siendo atacado, Télefo, hijo de Heracles y Auge (cf. p. 699) y gobernante de los misios, reunió un ejército a toda prisa y persiguió a los griegos hasta sus barcos, matando a muchos, incluido Tersandro, hijo de Polinices, el jefe del contingente beocio (cf. p. 430). Pero al final Aquiles lo puso en fuga y lo hirió de gravedad en el muslo cuando tropezó con unos sarmientos. Píndaro menciona que Aquiles tiñó la meseta llena de viñas de Misia con la sangre de Télefo, y hay quien mantiene que el accidente fue provocado por Dioniso, pues Télefo había dejado de rendirle los honores debidos.[48]

Puesto que no tenían ninguna disputa con los misios, los griegos volvieron a embarcar y partieron en busca de Troya, pero enseguida la flota fue golpeada por una furiosa tempestad que dispersó los barcos, e hicieron como pudieron el camino de vuelta a sus distintas patrias. Pasarían diez años antes de que emprendieran el segundo viaje, por lo que este falso inicio significaba que Troya no caería hasta veinte años después de la primera vez que se habían reunido.[49] Esta historia del retraso era, por cierto, de origen primitivo, pues ya se narraba en las *Ciprias*, y puede que Homero la conociera, pues en un momento de la *Ilíada* Helena menciona que han pasado veinte años desde que abandonó su hogar.[50]

Durante el período entre las dos travesías, Télefo estaba cada vez más afectado por el estado de su herida, pero rechazaba la curación con pertinacia, así que decidió viajar a Grecia para consultar el oráculo de Delfos. Cuando le advirtieron que el causante de la herida se convertiría en el sanador, se dispuso a encontrar a Aquiles, que entonces estaba en Argos (porque las tropas griegas se habían encontrado allí antes de dirigirse a Áulide para la segunda partida). En una famosa escena de *Télefo*, una tragedia perdida de Eurípides, Télefo aparecía entre los

griegos vestido con harapos como un mendigo; después cogió a Orestes, el hijo pequeño de Agamenón, de su cuna y amenazó con matarlo si se le denegaba la ayuda. A pesar de que Aquiles respondió que no sabía nada de medicina, Odiseo explicó que el oráculo no se había referido al propio Aquiles cuando había hablado del «causante» de la herida, sino en realidad a la lanza que la había infligido. Esta sugerencia acabó por ser cierta, pues cuando Aquiles rascó un poco de herrumbre de su lanza pelia en un poco de agua y la aplicó en la herida, Télefo se curó inmediatamente. El remedio se llevó a cabo por una forma de magia simpática, como en la historia de Íficlo (cf. p. 554). Télefo pagó el favor guiando a los griegos a través del Egeo cuando salieron para Troya.[51]

Los griegos cruzan el Egeo con éxito tras el sacrificio de Ifigenia

Cuando el contingente griego se estaba preparando para partir de Áulide por segunda vez, la flota quedó detenida en el puerto a consecuencia de un acto de impiedad cometido por Agamenón. Según las *Ciprias*, disparó a un venado mientras estaba de caza por la zona y fue tan imprudente como para alardear de que era mejor cazador que la propia Ártemis. La diosa castigó su arrogancia enviándole vientos adversos (o imponiendo una calma chicha) para imposibilitar que la flota se hiciera a la mar. Entonces el vidente Calcante reveló que la culpa era de Agamenón, y declaró que Ártemis no sería apaciguada a menos que se le sacrificara a una de las hijas solteras de Agamenón. Así que convocaron a su hija Ifigenia haciéndole creer que iba a ser casada con Aquiles, y la condujeron después al sacrificio. En el último momento Ártemis la sustituyó por un ciervo en el altar, y a ella la trasladó a la tierra de los tauros (Crimea) para convertirla en diosa.[52] En una versión que aparece por primera vez en la obra de Eurípides *Ifigenia en el país de los tauros*, Ártemis instituye a Ifigenia como sacerdotisa suya en la tierra de los tauros (de donde después la rescató su hermano Orestes); o en la versión más simple, tal y como aparece en Píndaro y Esquilo, fue sacrificada en el altar. De todas formas, Ártemis cejó en su cólera y amainó los vientos adversos (o la falta de viento) para permitir que la flota griega prosiguiera su camino.[53]

El mito de Ifigenia, que aquí sólo nos interesa por su relación con la partida de la flota, será estudiado en profundidad en el próximo capítulo en conexión con la historia de su familia (vid. pp. 660 y ss.). Aunque las narraciones épicas tempranas

sobre la causa del enfado de Ártemis mantienen la historia estándar, existen otras versiones. De acuerdo con Eurípides en su *Ifigenia en el país de los tauros*, la diosa exigió el sacrificio como reparación por la ruptura de un voto. Pues Agamenón muchos años antes había hecho un juramento en el que se comprometía a ofrecer a la diosa lo más precioso que naciera ese año, pero cuando su preciosa hija Ifigenia hubo nacido, él no había querido sacrificarla en cumplimiento de su voto.[54] En una versión recogida por Apolodoro, la ofensa se había remitido a la generación anterior: pues Atreo, el padre de Agamenón, había jurado a Ártemis que le ofrecería el cordero más bonito que naciese en sus rebaños, pero no quiso sacrificar un cordero de vellón dorado (cf. p. 651) cuando había nacido.[55] O puede que Ártemis estuviese enojada porque Menelao había asaeteado un venado sagrado para ella.[56]

Desde luego Agamenón estaba en un terrible apuro por la exigencia de Ártemis. Aunque Esquilo y Sófocles compusieron obras sobre este asunto tentador, sólo ha sobrevivido la *Ifigenia en Áulide* de Eurípides. En esta obra, Aquiles intenta salvar a Ifigenia al descubrir que ha sido convocada con la añagaza de que iban a casarla con él, pero al final la propia doncella resuelve la situación al aceptar ser sacrificada por el bien común.

Tras cruzar el Egeo con seguridad, los griegos arribaron a la isla de Ténedos, justo frente a la costa de la Tróade. Pese a que el rey de la isla, Tenes (o Tennes), intentó mantenerlos lejos bombardeándolos con piedras, sin embargo desembarcaron, y Aquiles mató a Tenes de una estocada en el pecho.[57] En una versión que da menos crédito al héroe griego, mató a Tenes cuando el rey intervino para que dejara de violar a su hermana Hemitea.[58]

Tenes se había vuelto amargado y hostil hacia los extranjeros como resultado de su desafortunada historia anterior. Era hijo de Cicno, un hijo de Poseidón (que puede ser identificado con el Cicno que se mencionará más adelante, cf. pp. 583-584), que reinó en Colonas tierra adentro y había engendrado a Tenes con su primera esposa, Proclea, hija de Laomedonte. Tras la muerte de Proclea, Cicno se había casado con una segunda esposa, Filónoma, que se apasionó por su hijastro y se acercó a él con intenciones amorosas; pero su amor se convirtió en rencor cuando fue rechazada, y decidió vengarse de él contándole a su padre que había intentado seducirla. Cicno la creyó y se fue convenciendo cada vez más al persuadir ella a un flautista, Eumolpo, para que prestase falso testimonio a su orden. Así que Cicno encerró juntos en un arcón a Tenes y a su hermana Hemitea (que había hablado en su apoyo), y los arrojó al mar. Después de que llegara a las orillas de Ténedos (entonces Leucofris), Tenes fue

invitado a convertirse en rey de la isla, a la que renombró a partir de su nombre. Cuando por fin Cicno descubrió que su esposa le había engañado, exigió vengarse sin piedad enterrándola viva a ella y lapidando hasta la muerte al flautista Eumolpo. Entonces partió hacia Ténedos en busca del perdón de su hijo, pero cuando amarró su barco e intentó hablar, Tenes estaba demasiado enfadado como para incluso escuchar y cortó sus amarras con un hacha.[59]

Una tradición afirmaba que Apolo era el verdadero padre de Tenes, y Tetis había predicho que su hijo Aquiles encontraría una muerte prematura a manos de Apolo si mataba a un hijo de este dios. Así que ordenó que lo acompañase un sirviente llamado Mnemón (el que recuerda), cuya tarea era recordarle continuamente este peligro. Pero Mnemón olvidó advertirle que Tenes era hijo de Apolo, y Aquiles se enfureció tanto cuando supo de su negligencia que le atravesó el pecho de una estocada.[60] Como ya veremos (p. 605), se decía que Apolo había matado a Aquiles (o que había ayudado a Paris a matarlo) delante de los muros de Troya.

Filoctetes, hijo de Peante, gran arquero del sur de Tesalia que era el dueño entonces del arco de Heracles (cf. p. 375), fue abandonado por sus compañeros en el curso de la travesía. Según las *Ciprias*, fue mordido por una serpiente mientras celebraba un banquete con sus compañeros en Ténedos; después fue abandonado por ellos en Lemnos (a unos 50 kilómetros hacia el oeste) por el hedor de su herida.[61] Sófocles da una versión bastante distinta en su *Filoctetes*, al indicar que el héroe fue mordido en un lugar llamado Crise por una serpiente que estaba guardando el santuario sin techo de la diosa Crise.[62] En apariencia Eurípides mantiene casi lo mismo en el prólogo de su obra perdida del mismo nombre, pues sostiene que la serpiente mordió a Filoctetes cuando guiaba a sus compañeros al altar de la diosa para ofrecer un sacrificio.[63] El lugar en cuestión debe diferenciarse sin duda del Crise que se menciona en la *Ilíada* como hogar del sacerdote Crises. Pausanias informa de que se trataba de una isla (evidentemente una muy pequeña) situada cerca de Lemnos hasta que quedó sumergida bajo el mar (se presume que por un fenómeno sísmico).[64] Fuentes más tardías sugieren que Filoctetes sufrió su herida en el santuario de Crise en la propia Lemnos.[65] En la versión de Higino se dice que Hera envió la serpiente contra él en Lemnos porque estaba enfadada con él por haber ayudado a Heracles a encender su pira funeraria; o, según otra versión, Crise era una ninfa enamorada que incitó a la serpiente a morder a Filoctetes cuando él desdeñó sus proposiciones.[66] Fueran cuales fueran las circunstancias exactas en que se produjo la herida, sus

camaradas estaban tan molestos por el olor de su herida putrefacta, y quizá también por sus ominosos gritos de dolor, que lo abandonaron a su suerte. Cazando pájaros silvestres con su arco sobrevivió en Lemnos por casi diez años, hasta que al final lo rescataron y llevaron a Troya, donde lo curó por fin un hijo de Asclepio (cf. p. 607).[67] Su dura situación aparece vívidamente retratada en el *Filoctetes* de Sófocles, que narra cómo Odiseo y Neoptólemo vuelven para rescatarlo. Lemnos aparece como una isla deshabitada en esta relación[68] (aunque esto choque con otros aspectos de su leyenda, muy en especial los relacionados con la visita de los Argonautas, cf. p. 501).

En una narración del todo diferente sobre la herida de Filoctetes procedente de fuentes latinas, Heracles le había hecho prometer que nunca revelaría el lugar de reposo de sus restos mortales, y le había dado a modo de retribución sus flechas envenenadas. Después de enterarse por un oráculo de que necesitarían las flechas durante la guerra de Troya, más tarde los otros griegos habían preguntado a Filoctetes acerca de Heracles. Cuando al final les contó que el héroe estaba muerto, ellos habían insistido en que debería mostrarles dónde estaba enterrado. Por querer mantener su juramento al menos de manera formal, no había dicho nada, pero había indicado el lugar donde yacía enterrado el héroe con una huella de su pie. Sin embargo pagó su trasgresión, pues una de las flechas envenenadas cayó de su carcaj durante el viaje a Troya y le infligió una herida en un pie que parecía incurable. Así que sus compañeros lo abandonaron como en la historia conocida, después de quitarle las flechas que quedaban.[69]

Los griegos desembarcan en Troya

Cuando vieron que un ejército invasor llegaba por el mar, los troyanos intentaron evitar que los griegos desembarcaran arrojando piedras a sus barcos. El primer guerrero griego que saltó a tierra fue Protesilao, hijo de Íficlo, que comandaba a los hombres de Fílacas (cf. p. 564) y las ciudades vecinas del sur de Tesalia. Las características principales de este relato ya aparecen mencionadas en la *Ilíada*, que cuenta que lo mató un guerrero dárdano en cuanto puso el pie en tierra, dejando una esposa afligida en Fílacas y una casa a medio construir (porque estaba recién casado). Fuentes posteriores de las *Ciprias* en adelante señalan que quien lo mató fue Héctor, sin duda porque parecía apropiado que el primer enemigo debía morir a manos del más grande de los guerreros que defen-

dían Troya. Conforme una tradición que Apolodoro menciona en primer lugar (pero bien puede haber sido bastante antigua), el primer hombre en desembarcar estaba destinado a ser el primero en morir, y Aquiles se contuvo porque Tetis le había avisado de esto.[70] También puede ser que esto fuera de conocimiento general y Protesilao mostrara así un coraje excepcional al saltar a tierra mientras los demás se contenían.[71]

La desafortunada joven esposa de Protesilao era Laodamía, una hija de Acasto, rey de Yolcos (excepto en las *Ciprias*, en la que se la llamaba Polidora, hija de Meleagro).[72] El registro más antiguo de su leyenda está contenido en lo que podemos reconstruir de la obra perdida de Eurípides *Protesilao*. En aquella tragedia se contaba que Protesilao había partido a la guerra un solo día después de haberse casado con Laodamía. Después de su muerte, rogó a los dioses del Hades que le permitieran volver con ella un día más. Su deseo fue concedido, pero por lo visto Laodamía se quitó la vida cuando él tuvo que partir.[73] En otro relato, el cadáver de Protesilao fue llevado ante ella después de que hubiese rogado a los dioses que le permitieran encontrarse con él durante tres horas. Ella murió con el corazón roto después de que Hermes se lo llevara otra vez.[74] O bien ella hizo una imagen de bronce de él para consolarse después de que fuese devuelto al Hades; y cuando por casualidad un sirviente la vio abrazando la estatua mientras la espiaba a través de una grieta en la puerta, supuso que tenía un amante e informó a su padre Acasto. Pero cuando éste irrumpió en su habitación vio que tan sólo se trataba de una estatua, e intentó aliviar la angustia de su hija quemando la efigie. Esto sólo sirvió para incrementar la angustia de ella, que saltó a la pira con la imagen y murió abrasada.[75] En otra versión más, ella creó tal imagen y se unió a ella como si fuese su marido, provocando la piedad de los dioses, que ordenaron a Hermes que sacase a Protesilao del Hades para reunirlos. Ella supuso entonces que él había vuelto sano y salvo contra toda esperanza y se regocijó al verlo, pero quedó tan atormentada cuando se lo llevaron de nuevo que se quitó la vida.[76]

Tras la muerte de Protesilao, Aquiles saltó a tierra a la cabeza de sus seguidores tesalios, los mirmidones, y se enfrentó a Cicno, hijo de Poseidón, el más formidable de los muchos guerreros que se oponían al desembarco griego. Es muy posible que se pueda identificar a este Cicno con el Cicno que era padre de Tenes (cf. p. 580), aunque nunca se ha confirmado. Era especialmente peligroso porque su divino padre lo había vuelto invulnerable (en el sentido literal, es decir, inmune a heridas punzantes). Su nombre significa «cisne» en griego, y supondría que él era pálido o quizá albino, pues el *Catálogo* atribuido a Hesíodo

se refiere a su «cabeza blanca» y Helánico afirmaba que era blanco de piel desde su nacimiento.[77] Otra narración sugiere que de niño había sido cuidado por cisnes.[78] Aunque se sabe que las *Ciprias* contaba la historia de su muerte, una alusión de pasada hecha por Aristóteles proporciona la evidencia más temprana de su invulnerabilidad (a menos que pueda inferirse ya de un fragmento del *Poimenes* de Sófocles).[79] Píndaro menciona que Aquiles lo mató sin añadir ningún detalle. Siguiendo quizá una tradición primitiva, Apolodoro informa de que Aquiles causó su muerte al arrojar una piedra a su cabeza.[80] En la narración completa de Ovidio, Aquiles se enfurecía al darse cuenta de que ni su lanza ni su espada dejaban huella sobre el cuerpo de Cicno, y golpeaba la cara del héroe invulnerable con la empuñadura de su espada. Cuando Cicno se estaba apartando del violento ataque, un enorme peñasco bloqueó su retirada, y Aquiles aprovechó esto para estrellarlo contra el suelo. Entonces Aquiles se arrodilló sobre él, machacando sus costillas con su escudo, y lo mató al final estrangulándolo con la correa de su casco. Ovidio termina diciendo que Cicno fue transformado en cisne por su padre Poseidón, pero sin duda era una innovación helenística (si no un detalle inventado por el propio Ovidio).[81]

Los troyanos quedaron tan consternados por la muerte de Cicno que se retiraron al amparo de su ciudad, y todos los demás griegos saltaron entonces de sus barcos y persiguieron al enemigo que huía a través de la llanura, que llenaron de cuerpos muertos. Como resultado de estos hechos, los invasores establecieron una base sólida en el llano y acorralaron a los troyanos tras las murallas de su ciudad. Entonces comenzó el largo asedio.[82]

Personajes principales del conflicto

Príamo y la familia real troyana

En este punto debemos desviarnos para decir algo sobre los personajes destacados en ambos frentes del conflicto. Del lado troyano, los muchos hijos de Príamo eran los más sobresalientes en la batalla y en la vida de la ciudad. El propio Príamo era demasiado viejo para tomar parte en la lucha, aunque continuaba siendo fuente de toda autoridad en Troya. La *Ilíada* menciona por su nombre a 22 de sus hijos, y fuentes posteriores añaden bastantes más nombres a la lista (bien de la tradición temprana, bien producto de la invención posterior). La mayoría de ellos no tenían historias definidas o aparecían tan sólo un momento

en una escena de batalla épica antes de morir o ser capturados por un oponente griego. A pesar de que Príamo se queja en la *Ilíada* de que le han despojado de muchos de sus hijos, sólo menciona los nombres de dos que murieron en los primeros años del conflicto, llamados Méstor, cuya leyenda se ha perdido, y Troilo,[83] que murió en un momento temprano a manos de Aquiles cuando era poco más que un niño (cf. p. 598). Troilo es más conocido hoy en día por el relato medieval de su amor por Crésida. Licaón era otro hijo de Príamo a quien Aquiles sorprendió fuera de los muros de la ciudad en una fase temprana de la guerra. Sin embargo, le perdonó la vida, pues prefirió venderlo como esclavo lejos de allí, aunque demostró que no era tan indulgente cuando volvió a encontrárselo en la batalla después de que hubiese sido rescatado (cf. p. 598). Por la virtud de su papel como primer defensor de Troya en la *Ilíada*, Héctor destaca entre los otros hijos de Príamo como el mejor guerrero entre ellos y como un héroe de carácter distinguido y equilibrado; en último término sólo se le puede comparar a Paris (que no era mal guerrero a pesar de sus aires afeminados). Héctor es retratado en la *Ilíada* no sólo como un guerrero valiente y caballeroso superado únicamente por Aquiles, sino también como marido y padre afectuoso. Estaba casado con Andrómaca, cuyo padre, Eetión, y siete hermanos habían sido asesinados por Aquiles durante su saqueo de la ciudad, Tebas Hipoplaquia.[84] El famoso pasaje de la *Ilíada* en el que Héctor se encuentra con ella en las murallas antes de partir a la batalla es una de las partes más conmovedoras del poema (así se sentía también en Grecia, a juzgar por un comentario en el *Ion* platónico).[85] Su hijo Astianacte (que está presente en este encuentro y queda muy asustado por el penacho del casco de Héctor) estaba destinado a una muerte espantosa durante el saqueo de Troya (cf. p. 615). Deífobo y Héleno, que tienen apariciones ocasionales en la *Ilíada* como insignes hijos de Príamo, alcanzaron su mayor importancia justo al final de la guerra. Compitieron por la mano de Helena tras la muerte de Paris, y Héleno estaba tan ofuscado por que le había ganado su hermano que huyó de la ciudad para vivir en el monte Ida, donde fue capturado más tarde por Odiseo. Héleno era adivino, y el vidente griego Calcante había avisado a Odiseo de que podría revelar algunas condiciones que deberían ser cumplidas si se quería tomar Troya (vid. pp. 607-608). Deífobo entregó a Helena y también su vida a Menelao durante la noche del saqueo (vid. p. 641), mientras que Héleno, que se había asegurado su propia supervivencia por la información que había revelado a los griegos, acompañó a Neoptólemo, hijo de Aquiles, al Epiro (cf. p. 632). El benjamín de la familia, Polidoro, que aparece en la *Ilíada* como el más joven y más querido hijo de Príamo, entra en batalla en contra

de la orden de su padre y enseguida muere a manos de Aquiles.[86] De acuerdo con un relato contradictorio que aparece por primera vez en una tragedia, Príamo intentó asegurarle del peligro enviándoselo a Poliméstor, un yerno suyo de Tracia, junto con una cantidad del tesoro; pero cuando la fortuna de la guerra dio la espalda a los troyanos, Poliméstor asesinó a Polidoro para robar el tesoro (cf. p. 617).

Las hijas de Príamo serán estudiadas más abajo en relación con la caída de Troya (vid. pp. 616-617). Aunque tres hermanos de Príamo aparecen en la *Ilíada* entre los ancianos que se reúnen en los bastiones,[87] por lo general se aceptaba en la tradición posterior que todos los hijos de Laomedonte excepto Príamo murieron cuando Heracles arrasó Troya (cf. pp. 363-364).

Príamo tenía un hijo de su primera esposa Arisbe (o de una ninfa llamada Alexírroe), Ésaco, que poseía poderes proféticos y acabó convirtiéndose en un pájaro. Apolodoro afirma que se casó con Astérope, una hija del río Cebrén, y que guardó por ella un luto tan riguroso tras su muerte, que fue convertido en un pájaro (de un tipo no especificado).[88] O bien, según el relato de Ovidio, se enamoró de Hesperia, hija de Cebrén, después de encontrársela junto a las aguas de su padre; pero cuando la perseguía con intención amorosa, ella pisó una serpiente venenosa que la mató. Él estaba tan atormentado por el remordimiento que se arrojó al mar, provocando la piedad de la diosa del mar Tetis, que lo transformó en un pájaro, en apariencia un colimbo (*mergus*). Pero él no se sentía feliz en absoluto por haber sido rescatado, por lo que se zambullía repetidas veces en el mar en su nueva forma con la esperanza de acabar con su vida, y se hizo aún más delgado, de ahí la forma y los hábitos del colimbo.[89] Algunos dicen que fue él quien interpretó el sueño de Hécabe antes del nacimiento de Paris (cf. p. 572).[90]

Eneas, hijo de Anquises y Afrodita (vid. pp. 269-270 para la historia de su nacimiento), era el representante destacado de la rama más joven de la familia real troyana, que descendía de Asáraco, el hermano más joven del abuelo de Príamo, Ilo (cf. p. 673). Creció fuera de la ciudad, en el monte Ida, donde tuvo un desafortunado encuentro con Aquiles al principio de la guerra (cf. p. 597). Su rama familiar había sido relegada a la sombra por la rama mayor que gobernaba desde la ciudad, y la *Ilíada* lo presenta resentido por su posición, en especial cuando considera que Príamo no está rindiéndole el honor que merece. Aun así ayuda a defender Troya lo mejor que puede, mandando a sus dárdanos como un contingente separado con Antíloco y Acamante, dos hijos de Antenor (cf. *infra*), como lugartenientes.[91] Aunque guerrero de prestigio, no destaca de nin-

guna manera en el combate; de hecho sólo sobrevive a sus momentos de mayor peligro porque los dioses vienen en su ayuda, como cuando Afrodita y Apolo lo salvan de Diomedes, y Poseidón de Aquiles.[92] Poseidón explica a los otros dioses en esta última ocasión que su sino es sobrevivir, porque él y sus descendientes están destinados a gobernar sobre los troyanos después de la destrucción del linaje de Príamo.[93] Un lejano futuro mucho mayor se le asignó en la tradición tardía, como veremos en el capítulo XVII.

Algunas familias nobles de Troya y el fracaso de la embajada griega

Heródoto se inclinaba a aceptar que Helena había estado en Egipto durante la guerra (cf. p. 576) porque no podía creer que los troyanos hubieran rechazado entregarla cuando habían podido, tanto si Paris quería como si no; claro que en efecto esto habría estropeado la historia, y no hay ningún indicio en los relatos míticos de que se ejerciese verdadera presión sobre Paris para ganarse el favor de los griegos entregándoles a Helena. En una escena memorable de la *Ilíada*, un día los ancianos de Troya ven a Helena caminando hacia ellos mientras están sentados juntos en el bastión, y comentan que no hay deshonra (*ou nemesis*) en que los troyanos y los griegos hayan tenido que sufrir tantos males por esa mujer, de apariencia tan maravillosa como una diosa inmortal; pero añaden, sin embargo, que desean que ella se marche y deje de ser una maldición para ellos y sus hijos, lo que se trata más de un deseo que de la expresión de un anhelo vehemente.[94] El problema quedó fijado por fin, para bien o para mal, cuando los griegos enviaron a Troya emisarios muy al principio de la guerra (justo después de desembarcar, o bien justo antes, mientras la flota estaba en Ténedos). La delegación la encabezaban Menelao y Odiseo, que manifestaron que no habría necesidad de una guerra si entregaban a Helena junto con los tesoros que habían sido robados por Paris.

En la medida en que se puede hablar de un «partido de la paz» y de un «partido de la guerra» en Troya, éstos estaban encabezados por Antenor y Antímaco respectivamente, los miembros más ancianos de dos familias nobles en Troya. Los dos embajadores griegos recibieron la hospitalidad de Antenor, un sabio anciano casado con Teano, la sacerdotisa troyana de Atenea. En la creencia con cierta justificación de que las exigencias griegas eran legítimas, Antenor defendió ante los troyanos en su asamblea que debían acceder a los puntos en cuestión, porque no podía reportarles bien ninguno luchar en una guerra por

una causa deshonrosa; pero Antímaco volvió a la audiencia en su contra, llegando incluso tan lejos como para recomendar que debían matar en el acto a los embajadores griegos. Así se cuenta la historia en la *Ilíada*, y fuentes más tardías añaden que sólo gracias a la intervención de Antenor los dos griegos escaparon con vida.[95] Homero atribuye motivos interesados a Antímaco, diciendo que siempre se ponía a la cabeza de la oposición a la devolución de Helena porque Paris le había obsequiado generosos presentes de oro; pero su comportamiento innoble no le reportó a la larga más que dolor, pues Agamenón mató con brutalidad a sus dos hijos, Pisandro e Hipóloco, cuando se los encontró en el campo de batalla, desechando cualquier pensamiento de pedir rescate en vista de la conducta de su padre.[96] Sin embargo, los griegos quedaron tan impresionados por el comportamiento de Antenor, que durante el saqueo de Troya colgaron una piel de pantera sobre la puerta de su casa para indicar que ni su familia ni sus posesiones debían tocarse.[97]

Si bien en la tradición inicial Antenor estaba motivado por consideraciones de justicia, algunos relatos tardíos hacen una interpretación totalmente distinta de sus actos y lo presentan como un traidor que conspiró con los griegos por puras razones egoístas, y sugieren incluso que su mujer y él mismo entregaron la ciudad a los griegos abriendo sus puertas y la trampilla del Caballo de Madera, o ayudándoles a robar el Paladio (un talismán que protegía la ciudad).[98]

Antenor tenía varios hijos, entre ellos Agénor, que tuvo su instante de gloria cuando resistió frente a Aquiles en el momento culminante de su avance mientras el resto de los troyanos estaban en plena huida, buscando desesperados la protección de las murallas de la ciudad. Agénor atacó primero con un golpe de su lanza, pero no causó daño porque rebotó en una de las grebas de Aquiles; y sin lugar a dudas habría muerto en el contraataque del héroe griego si Apolo no lo hubiera envuelto en una nube y lo hubiera alejado con rapidez. Entonces Apolo asumió su aspecto para engatusar a Aquiles mientras los demás troyanos escapaban, dejando solo a Héctor para que se enfrentase a él.[99] Agénor murió al final a manos de Neoptólemo, el hijo de Aquiles, durante el saqueo de la ciudad.[100]

Además de las familias de Agénor y Antímaco, sólo otra familia noble, la de los Pantidas, tenía algún significado real. Su miembro de más edad, Pántoo, a quien se mencionaba entre los ancianos troyanos que se reunieron en el bastión, tenía tres hijos: Polidamante (o *Poulydamas* en el poema épico), Euforbo e Hiperénor. Polidamante nació la misma noche que Héctor, y era tan conocido por su prudencia como Héctor por su destreza militar.[101] En la *Ilíada* ofrece a Héctor acertado con-

sejo en cuatro ocasiones, pero Héctor no siempre tiene suficiente paciencia como para aceptarlo. Cuando Polidamante aconseja que los troyanos deben retirarse a la ciudad antes de que Aquiles regrese a la batalla, Héctor precipita el desastre sobre sí mismo y muchos de sus camaradas por su respuesta desdeñosa.[102] Héctor llega a entender que tiene bastante responsabilidad como para que se le reproche esto, y el miedo al rechazo de Polidamante es una de las principales razones que le impelen a permanecer fuera de la ciudad y terminar enfrentándose él solo a Aquiles.[103] Euforbo, el otro hijo mayor de Pántoo, fue el primero en herir a Patroclo antes de que Héctor le asestase el golpe mortal, pero poco después lo mató Menelao mientras intentaba vengar la muerte de su hermano Hiperénor.[104] El escudo que supuestamente Menelao había quitado a Euforbo en aquella ocasión, podía verse en el Heraclión en Micenas, o en Bránquidas, en Asia Menor, según otra fuente.[105] El sabio Pitágoras, que creía en la transmigración del alma, decía haber sido Euforbo en una de sus vidas anteriores, y se contaba que había verificado el testimonio al haber identificado el escudo de Euforbo en el templo de Apolo en Bránquidas.[106]

Los tres mayores aliados extranjeros de los troyanos —Pentesilea, Memnón y Eurípilo— llegaron hacia el final de la guerra, después del período recogido en la *Ilíada* (vid. pp. 602 y ss.). Se puede encontrar una lista de sus otros aliados principales en el segundo canto de la *Ilíada*.[107]

Los Atridas, Áyax Telamón y Áyax Oileo

De los muchos líderes griegos, un par de ellos merecen mención aparte. En Homero como en la tradición posterior, Agamenón, hermano del agraviado Menelao, aparece como un hombre que debe su gran prestigio a su alta posición como rey de Micenas más que a méritos personales sobresalientes, incluso aunque sea valeroso y bastante eficaz como guerrero. Carece de un toque de seguridad a la hora de tratar con los demás cabecillas, quienes, y esto debe recordarse, no están formalmente sujetos a sus órdenes. Como tiende a actuar de manera abrupta y despótica, sin llegar a ser lo bastante resuelto como para mantener un liderazgo apropiado frente a las desventuras, suele caer en el abatimiento cuando un contratiempo grave amenaza al ejército. Como ya veremos, estos aspectos de su carácter tienen una importancia clave en el argumento de la *Ilíada*. En cierto modo Menelao queda eclipsado por su sobresaliente hermano, y al menos en el retrato que le hace Homero es un hombre de personalidad menos distinguida. Como guerrero no está entre los más destacados, aunque es efectivo: Aqui-

les, Agamenón, Áyax, Diomedes y, en el otro bando, Héctor, lo aventajan. Sin embargo es un personaje noble en la tradición primitiva, y los retratos hostiles a él de la tragedia ática, coloreados de sentimiento antiespartano, no deberían considerarse representativos. A menudo se nombraba a los dos hermanos como los Atridas (esto es, los hijos de Atreo); pertenecían a la familia pelópida, que con origen en Asia Menor había llegado a reinar en Micenas y Esparta hacia el tiempo de la guerra de Troya, reemplazando a las familias gobernantes originales. La sangrienta historia de la familia, conocida por sus rencillas internas, se tratará en profundidad en el capítulo siguiente.

Los guerreros más formidables del lado griego fueron Aquiles y Áyax el grande o Áyax Telamón (*Aias* en forma griega). Áyax era el único hijo legítimo de Telamón, que había sido el principal aliado de Heracles durante la primera guerra griega contra Troya (cf. p. 363). Como comandante de un contingente relativamente pequeño que había traído desde su nativa Salamina en 12 barcos,[108] Áyax sólo debía su importancia a sus cualidades personales. En contraste con muchos héroes de primer rango, de quienes se esperaba que fuesen tan expertos como arrojados, en el retrato de Homero es corto de entendederas y un orador pobre, pero posee un sentido común directo, es franco, leal y de total confianza, y su valentía es inconmovible. Conocido como «baluarte de los aqueos», es alto, fornido y de inmensa fuerza, y se defiende con un altísimo escudo de diseño micénico, formado por siete capas de piel de toro bajo una cubierta externa de bronce.[109] Es tan mañoso blandiendo grandes piedras como otras armas convencionales, y es en especial competente en las situaciones más desesperadas. Acompañan a su coraje la obstinación y el orgullo, el último de los cuales acaba causando su ruina cuando las armas del difunto Aquiles se entregan como premio a Odiseo en vez de a él (cf. p. 606). Lucha con frecuencia en compañía de su hermanastro Teucro, hábil arquero, y de su tocayo Áyax el menor, hijo de Oileo, que guía un contingente de tropas considerable desde su Lócride nativa en Grecia central. Como guerreros rápidos y de armas ligeras, ambos podían refugiarse detrás de Áyax y su magnífico escudo, y salir a descubierto cuando las circunstancias lo reclamaran.[110]

De naturaleza opuesta en muchos aspectos a la de Áyax el grande, Áyax el menor o Áyax Locrio es de constitución ligera y como tal lucha de avanzadilla con armas ligeras, pues sólo viste una coraza de lino como protección y cuenta con su rapidez y su destreza como lancero más que con ninguna fuerza excepcional. Aunque espléndido guerrero a su manera, es un hombre de carácter sin atractivo, malin-

tencionado, pendenciero e irreverente, y como tal no gusta a los otros guerreros. La *Ilíada* ilustra este aspecto por la forma en que él se relaciona con sus compañeros en los juegos funerales por Aquiles: injuria a Idomeneo, provocando que el héroe le replique que él es el más mezquino de todos los griegos en todo, excepto en injuriar; y poco después, durante la carrera a pie, sus otros compañeros se alegran de reírse de él cuando Atenea hace que caiga de cabeza en unas boñigas para evitar que gane a Odiseo.[111] En apariencia su papel era más prominente en la épica tardía acerca del ciclo troyano. Como veremos, cometió un brutal acto de sacrilegio durante el saqueo de Troya (cf. p. 615), enfureciendo tanto a Atenea que ella puso en peligro a muchos de sus camaradas en el viaje de vuelta y provocó su muerte (vid. pp. 621 y ss.).

Los años mozos de Aquiles y su reclutamiento

Superior entre los griegos en Troya, más grande incluso que Áyax como guerrero y mejor que él en otros puntos, es Aquiles (en forma más apropiada Aquileo), el hijo de Peleo, rey de Ftía al sur de Tesalia. En parte de ascendencia divina por su madre, la nereida Tetis, es el más fuerte, el más rápido, el mejor parecido y el más valiente guerrero del ejército. Sus tropas, los mirmidones (y también los helenos tesalios y los aqueos), que lo habían acompañado a Troya en cincuenta barcos, le dotaron del mando que merecía.[112] A pesar de que Áyax Telamón y él no aparecen relacionados aún en la *Ilíada*, llegaron a ser considerados primos, al ser nietos de Éaco, rey de Egina, y miembros de una rama común de la familia asópida (vid. pp. 682 y ss.). El origen de su familia se estudiará en conexión con esto; para las circunstancias de su nacimiento y el temprano abandono por parte de su madre, vid. también pp. 95-96.

Una historia que aparece por primera vez en fuentes romanas, relata que su madre lo volvió invulnerable poco después de su nacimiento al sumergirlo en las aguas del Estigia, uno de los ríos del Hades.[113] No obstante no quedó protegido del todo, ya que ella lo estaba agarrando de uno de sus tobillos y esa parte de su cuerpo nunca llegó a tocar el agua. Por eso podía sufrir una herida en el tobillo, como se acordó que había sido la causa de su muerte (cf. p. 605). Una tradición de origen más temprano relataba una invulnerabilidad similar para Áyax, pues se contaba que Heracles envolvió a un Áyax aún bebé en su impenetrable piel de león (del invulnerable león de Nemea, cf. p. 338) y pidió a su padre Zeus que lo hiciera igual de invulnerable. Sin embargo, de nuevo esta vez la protección fue incompleta, porque el carcaj de Heracles estaba dentro

de la piel de león y evitaba que las costillas de Áyax estuvieran en contacto con la piel; y con esto posibilitó que se matara al caer sobre su espada, como suponía la tradición que había ocurrido (cf. p. 607). Aunque la historia se recoge con esta forma por primera vez en Licofrón y sus escolios, un fragmento de Esquilo ya refiere la parcial invulnerabilidad de Áyax, y Píndaro menciona (en apariencia de acuerdo con un relato atribuido a Hesíodo) que Heracles rogó antes del nacimiento de Áyax para que Telamón tuviese un hijo que compartiera la cualidad de la piel de león.[114] Este tópico de invulnerabilidad o inmortalidad condicional aparece con cierta regularidad en el mito griego; podría decirse que tales historias servían tan sólo para enfatizar las limitaciones de la condición mortal.

Después de ser abandonado por su divina esposa, que no deseaba vivir con un mortal, Peleo confió al joven Aquiles al centauro Quirón para que lo criara en el monte Pelión. Para asegurarse de que Aquiles llegara a compartir fuerza y arrojo con las menos temerosas de las bestias salvajes, Quirón lo alimentaba con carne y vísceras de jabalíes y leones, y con tuétano de osos; y el joven héroe desarrolló su valor y sus destrezas marciales con la caza de feroces leones y jabalíes en el salvaje entorno montañoso alrededor de la cueva de Quirón. Aprendió además a moverse a excepcional velocidad dando alcance en la carrera a los ciervos sin ayuda de perros. Además, Quirón lo educó en las artes de la guerra, en las habilidades pacíficas de la medicina (como se menciona en la *Ilíada*) y la música.[115] Homero añade que empleó parte de su infancia con Fénix, hijo de Amintor, rey de los dólopes, quien lo instruyó en el arte de hablar en público y otras disciplinas prácticas.[116]

Fénix se había convertido en vasallo del padre de Aquiles en las circunstancias que siguen. Amintor, padre de Fénix, había ofendido a su esposa al repudiarla en favor de una concubina, y ella había persuadido a su hijo para que sedujera a la chica con la esperanza de que experimentar el amor de un hombre más joven la volvería en contra de su maduro amante. Amintor había maldecido a su hijo con ayuda de las Erinias (Furias) al oír aquello, rogándoles que nunca tuviera hijos (como de hecho acabó resultando). En consecuencia Fénix había dejado su casa y había buscado la ayuda de Peleo, que lo entronizó como rey de los dólopes en un territorio próximo al suyo.[117] En algunas narraciones poshoméricas, se dice que Fénix había sido cegado por su padre, pero que fue curado después por Quirón.[118] Amintor reinaba bien en Eleón, una ciudad en Beocia, bien en Ormenio, bajo el monte Pelión, en Tesalia; para su enfrentamiento con Heracles como rey de Ormenio, cf. p. 373.

Al final Aquiles volvió a la corte de su padre siendo un joven muy experto, y allí fue donde Néstor y Odiseo lo reclutaron para la guerra de Troya en la versión de la *Ilíada*.[119] Sin embargo, en la tradición posterior se cuenta que Tetis lo había escondido en Esciros, una isla al este de Eubea, porque sabía que estaba predestinado a encontrar una muerte prematura si tomaba parte en la guerra. O bien Peleo lo llevó a la isla. Lo dejaron al cuidado del gobernante de la isla, Licomedes, y vivió entre las doncellas de la corte disfrazado de mujer.[120] Cuando al fin se filtraron los rumores sobre su escondite, Odiseo viajó a Esciros con el fin de investigar allí, bien solo o bien con Diomedes. Para hacer que el joven héroe se delatara, Odiseo obsequió a las mujeres y a las chicas de la corte con finas ropas y baratijas, poniendo un par de armas entre ellas, y así Aquiles reveló su verdadero sexo al ir a coger las armas.[121] En otro relato más elaborado, Odiseo dispone a la entrada del palacio algunos bienes femeninos junto a un escudo y una lanza, y después ordena que se haga sonar una trompeta con acompañamiento de gritos y golpes de armas. Creyendo que atacaban el palacio, Aquiles se arranca de inmediato sus ropas femeninas y agarra el escudo y la lanza.[122] Después de que se descubriera su identidad de esta manera, acepta partir a la guerra.

Mientras Aquiles estuvo escondido entre las damas de palacio, tuvo una relación amorosa con Deidamía, una hija del rey, y ella quedó embarazada de un hijo, Neoptólemo (conocido también como Pirro), que se convertiría en un gran guerrero como su padre y lucharía en Troya en las últimas etapas de la guerra (cf. p. 609).[123] Este elemento de la leyenda de Aquiles era por cierto muy antiguo, pues ya la *Ilíada* menciona que había tenido un hijo en Esciros, y las *Ciprias* habla de su amor por Deidamía. Pero en la épica tardía se conocían en un momento un poco posterior que en la historia mencionada y en circunstancias distintas, cuando él llega a recalar en Esciros después de la primera travesía que acabó con mala fortuna (cf. p. 577 para las circunstancias).[124]

Odiseo y Palamedes

Odiseo fue un héroe de curioso carácter que para conseguir sus fines confiaba tanto en su inteligencia, o incluso en la absoluta falta de escrúpulos, como en su indudable valor y recursos. Era rey de la rocosa Ítaca, una isla frente a la costa occidental de la Grecia central, marido de la fiel Penélope y padre de Telémaco, que, cuando estalló la guerra, era aún un niño. Durante la guerra des-

tacó en cada episodio que requería rapidez en el juicio. En batalla era formidable, pero no uno de los principales campeones; por ejemplo, cuando en la *Ilíada* se echa a suertes quién luchará contra Héctor, los griegos rezan para que el elegido sea Áyax el grande, Diomedes o Agamenón (Aquiles estaba ausente) mejor que Odiseo, a pesar de que él se ofrece voluntariamente.[125] Además de dar consejos útiles y acertados, es él quien se presta voluntario, entre otros, para salir con Diomedes en la peligrosa expedición nocturna del décimo canto de la obra épica, y Diomedes lo elige «porque sabe emplear su juicio extremadamente bien».[126] A menudo Diomedes y él son representados actuando en equipo, tanto en la *Ilíada* como en la tradición posterior. Su mayor empresa conjunta fue el robo del Paladio en los últimos episodios de la guerra (cf. p. 609).

Después de Homero el personaje de Odiseo sufre una degeneración notable. En la *Odisea* a veces no tiene escrúpulos, pero desde el ciclo épico en adelante, en especial en la tragedia ática, se le suele presentar como un agente doble muy malvado. Su actitud hacia Palamedes era especialmente vil, máxime porque implica a Diomedes en su detestable trato. Palamedes, hijo mayor de Nauplio (vid. pp. 312-313), era tan listo como el mismo Odiseo, y se le atribuían todo tipo de inventos, que iban desde el dado y las damas hasta medidas y pesos. Por encima de todo, con frecuencia se decía que había ideado todo o parte del alfabeto griego.[127] Cuando Menelao y Néstor (o los dos Atridas) viajaron a Ítaca para reclutar a Odiseo para la guerra de Troya, Palamedes los acompañó y se granjeó la eterna enemistad de Odiseo al revelar que fingía estar loco con esperanza de evitar la guerra. Pues, aunque estaba obligado por el juramento a tomar parte como antiguo pretendiente de Helena, no estaba dispuesto a hacerlo por ningún medio (quizá porque un oráculo le había avisado de que regresaría sólo veinte años después).[128] Así que enyugó juntas dos bestias mal avenidas, un buey y un caballo o un asno, para arar sus campos, y en los surcos sembró sal en vez de grano según ciertos relatos. Ahora bien, Palamedes adivinó su intención y puso a su hijo pequeño en el camino del arado para demostrar que estaba lo bastante cuerdo como para evitarlo, o bien amenazó al chiquillo con una espada para enseñar que Odiseo estaba tan bien como para correr para rescatarlo.[129] Desde entonces en adelante Odiseo estuvo resentido con Palamedes, y el sentimiento fue enconándose cuando Palamedes ganó mucha popularidad entre las tropas por sus inventos útiles y entretenidos. Por eso planeó su muerte en los primeros años del sitio de Troya. En la versión de las *Ciprias*, él y Diomedes lo ahogan mientras está pescando.[130] O bien falsificó una carta en nombre de Príamo en la que prometía a Palamedes una gran cantidad de oro por traicionar a sus compañeros grie-

gos, y se aseguró de que el mensaje fuese descubierto en el cuerpo de un prisionero muerto. Cuando después fue leída en voz alta delante de Agamenón y los otros jefes, éstos decidieron que había que registrar la tienda de Palamedes, y descubrieron cantidades de oro que Odisco había escondido allí de antemano. En consecuencia se condenó a Palamedes y murió lapidado.[131]

Había también una narración en la que Odiseo, Agamenón y Diomedes conspiraban juntos para causar la muerte de Palamedes (por los mismos medios que en la historia anterior) porque tenían envidia de la popularidad que había conseguido con las tropas.[132] En un relato posterior, Odiseo y Diomedes contaban a Palamedes que había algún tesoro escondido en un pozo y después de que hubiera descendido para buscarlo, le apedrearon desde arriba.[133]

Este asesinato, aunque exitoso, traería consecuencias funestas, pues Nauplio, el padre de Palamedes, se vengaría más tarde atrayendo a muchos griegos a su muerte cuando navegaban de vuelta a casa desde Troya (cf. p. 625). En una obra perdida de Eurípides, *Éax*, un hijo de Nauplio que también estaba luchando en Troya, informó a su padre del asesinato al inscribir la historia en las palas de unos remos que después arrojó al mar (de forma similar a un mensaje en una botella), un medio de comunicación muy poco práctico del que Aristófanes se burla en *Las Tesmoforias*.[134]

Néstor y Diomedes

Si Néstor es uno de los personajes mejor conocidos de la mitología de la guerra de Troya, se debe en gran parte al retrato afectuoso y a la vez humorístico que se hace de él en la *Ilíada*. Como único hijo superviviente de Neleo (ya que todos los demás habían sido asesinados por Heracles, cf. p. 366), era rey de la arenosa Pilos, en la costa oeste del Peloponeso (cf. p. 550 para el origen de su familia). Al ser mucho mayor que los otros líderes, pues tenía alrededor de 60 años en el período que recoge la *Ilíada*,[135] no era capaz de lograr tanto como quisiera en el campo de batalla, aunque era muy valorado por su sabio consejo y por sus prolijos pero agradables recuerdos. En la *Ilíada* aparece siempre como pacificador cuando los cabecillas más jóvenes riñen, y en la primera parte de este relato épico, su consejo es aceptado sin discusión por Agamenón. Pero cuando falla su idea de una reconciliación entre Agamenón y Aquiles mediante el envío de una delegación al segundo (cf. p. 599), se desliza de alguna manera a un segundo plano y su lugar es ocupado en gran medida por Diomedes, joven pero cabal.

A Néstor lo acompañaron a la guerra dos de sus hijos: Antíloco, el mayor, que se hizo muy amigo de Aquiles, y también Trasimedes. Antíloco estaba destinado a morir hacia el final de la guerra al intentar rescatar a su padre de la muerte (cf. p. 604). A pesar de todo Néstor regresó sano a casa junto con Trasimedes, y los dos aparecen en la *Odisea* en escenas posteriores a la guerra. Él mismo da la bienvenida a Telémaco, el joven hijo de Odiseo, a su corte en el tercer canto de la obra, en el que aparece disfrutando de una digna vejez. Es el mismo de siempre, todavía lleno de buenos consejos y viejas historias, y sólo se lamenta de una cosa: de haber perdido a su hijo mayor.

De entre los otros guerreros principales, Diomedes en particular merece ser destacado. Era de ascendencia etolia al ser hijo de Tideo, un antiguo compañero de Polinices durante la guerra tebana (cf. p. 544) que había desposado a una hija de Adrasto, rey de Argos, y había heredado el reino de su suegro (cf. p. 437 para las circunstancias). Era además un rey poderoso, de importancia comparable a la de Agamenón, y le acompañaban Esténelo y Euríalo (cf. pp. 438-439) como lugartenientes.[136] Destaca a lo largo de la *Ilíada* tanto por su valor, como también, sobre todo a partir del canto décimo, por su consejo franco y prudente a Agamenón. Igual que a su padre antes que a él, Atenea lo favorece en especial, inspirándole para que domine la lucha en el canto quinto, incluso para enfrentarse a divinidades. A pesar de que Pándaro le hiere en el hombro, él lo mata enseguida y después tumba a Eneas al golpearle en la cadera con una piedra. Cuando Afrodita acude en ayuda de Eneas (que es su hijo), él la hiere en una muñeca con su lanza, haciendo que huya al Olimpo en busca de cura para el dolor.[137] Poco tiempo después, al volver a atacar a Eneas, que ahora está bajo la protección de Apolo, el dios le hace retroceder tres veces y al final le advierte de que no se compare con los dioses inmortales.[138] Más tarde, con un poco de ayuda de Atenea, hiere de la misma forma a Ares en el vientre, haciendo que grite tan alto como nueve o diez mil hombres y que corra al Olimpo en busca de alivio (cf. p. 230).[139] Aunque sin duda Diomedes es un héroe de la más alta categoría, no pasa de ser un personaje bastante descolorido que carece de la personalidad individual de un Aquiles, un Áyax o un Odiseo. Tras la caída de Troya, regresa a casa sano y salvo. En la tradición posterior a la épica, sin embargo, nuevos problemas le daban la bienvenida a casa, puesto que su esposa lo había abandonado por otro hombre incitada por Afrodita, y marchó al exilio en el sur de Italia (cf. pp. 623 y 628).

Píndaro mantiene que Atenea convirtió a Diomedes en un dios inmortal; y según comentarios relevantes, el poeta Íbico apuntaba lo mismo, añadiendo que se casó

con Hermínone y vivió con los Dioscuros durante su nueva existencia. Como se destacó antes, el padre de Diomedes, Tideo, había sido favorito de Atenea, y ella había intentado transferirle la inmortalidad hasta que en el último momento la disuadieron (cf. p. 420 para las circunstancias). De acuerdo con Ferécides, Tideo le rogó antes de morir que le concediera ese beneficio a su hijo en vez de a él.[140] Era adorado como un dios en algunos lugares del sur de Italia, en especial en Metaponto y Turios.[141] Podía verse su escudo en el templo de Atenea en Argos, y al pueblo de Argos le gustaba creer que él les había dejado el Paladio a su recaudo[142] (aunque se reivindicaba esta reliquia especial en muchos otros sitios, por ejemplo Esparta y Roma).

El curso de la guerra y la toma de Troya

Los primeros años de la guerra

Durante los primeros nueve años de guerra, los troyanos evitaron el contacto directo con el enemigo, prefiriendo guarecerse tras las murallas de su ciudad con la esperanza de que a la larga los griegos acabaran cansándose del asedio. Esta conjetura no carecía del todo de solidez, pues los invasores solían quedarse cortos con la comida y se desmoralizaron al estar en un punto muerto; incluso, según las *Ciprias*, habrían navegado de vuelta a casa si Aquiles no los hubiera detenido.[143] Para subir el ánimo de las tropas y privar a los troyanos de suministros y apoyo, los griegos hicieron incursiones contra los asentamientos de la zona e incluso contra islas y ciudades alejadas de la costa, llegando tan lejos como Clazómenas y Colofón en algunos relatos.[144] Aunque la propia fortaleza de Príamo, custodiada por guarniciones pesadas y defendida por una fuerza considerable de troyanos y tropas aliadas, era inexpugnable para las rudimentarias operaciones de asedio de la época, la campaña griega de desgaste empezó a mermar los recursos del rey y le imposibilitó reabastecerse mediante el comercio.

Aquiles tomó el mando de las incursiones griegas, y además robó el ganado de Eneas en el monte Ida[145] y atrapó a dos hijos de Príamo fuera de los muros de la ciudad. Capturó a Licaón cuando una noche estaba cortando madera de higuera para tallar mástiles para carro en el huerto de su padre, pero le perdonó la vida en aquella ocasión, pues prefirió venderlo como esclavo en Lemnos, donde lo compró un hijo de Jasón (en apariencia Euneo; cf. p. 502 para las circunstancias de su nacimiento). Pero al final fue rescatado y pasó once días con

sus amigos antes de entrar en batalla el décimo segundo (ya que ahora estamos en el período que cubre la *Ilíada*, después de que las hostilidades directas se hubieran reanudado); y cuando tuvo la mala fortuna de encontrarse de nuevo con Aquiles, éste lo mató sin piedad, a pesar de sus ruegos.[146] En el que quizá sea el episodio más famoso de los primeros años de la guerra, Aquiles tiende una emboscada a otro hijo de Príamo, Troilo, cuando se aventura fuera de la ciudad con su hermana Polixena para traer agua de una casa de fuentes. Como se puede ver en vasijas con pinturas sobre este incidente, Troilo era muy joven, poco más que un niño. Aunque Príamo menciona su muerte en la *Ilíada,*[147] no se dan detalles allí ni en ninguna otra fuente anterior a época helenística, y tenemos que confiar en representaciones visuales para hacernos una idea acerca de cómo pudo haber sido contada la historia en la tradición más temprana. En el vaso François, que se puede datar alrededor de 570 a.C., puede verse a Aquiles persiguiendo al imberbe Troilo, que trata de escapar en su caballo, y a una mujer, muy seguramente Polixena, como en otras imágenes de este tipo, que aparece corriendo muy delante de ellos. En otros vasos, Aquiles agarra del pelo a Troilo, que va a caballo, o lo mata en un altar. En una versión más tardía de este mito, que recoge por primera vez Licofrón, Aquiles sintió pasión por Troilo y le persiguió con intenciones amorosas, haciendo que se refugiara en el santuario de Apolo *Thymbraios*. Cuando Aquiles se dio cuenta de que ni podía convencer al joven ni persuadirle de que abandonara el santuario, perdió la paciencia y lo decapitó sobre el altar.[148] Otros registros de la tradición posterior explican el asesinato del joven indefenso diciendo que una profecía había revelado que Troya sería inexpugnable si Troilo sobrevivía hasta los veinte años, o que su muerte era una de las condiciones previas a la caída de la ciudad.[149] Al ser una ficción de origen medieval, la historia de su romance con Criseida queda fuera del alcance de este trabajo.[150]

Los hechos de la Ilíada

Los acontecimientos narrados en la *Ilíada* se sitúan en el décimo y último año de la guerra. En contraste con el resto de la épica del ciclo troyano, que fue compuesta algo más tarde (incluso aunque sea probable que la mayoría de su contenido fuese familiar para Homero), la *Ilíada* recorre un muy limitado espacio de tiempo, y la mayor parte del poema está dedicada a cuatro días cruciales en la lucha. Al principio del poema se anuncia que su tema será la cólera de Aqui-

les, provocada por una disputa entre él y el jefe de la expedición, Agamenón, que ofende su orgullo al privarle de su concubina y valioso botín de guerra, Briseida. Agamenón había recibido un botín similar, una mujer cautiva llamada Criseida; pero Crises, el padre de ella, que era sacerdote de Apolo, se había acercado al campamento griego para solicitar su rescate, y cuando Agamenón lo expulsa de allí con violencia, el sacerdote ruega venganza a Apolo, que asaetea el campamento griego para provocar una epidemia. Cuando Calcante, el adivino, explica la causa de la enfermedad y que sólo podría resolverse si Criseida era devuelta a su padre sin exigir rescate, Agamenón acepta entregarla a regañadientes. A cambio insiste en que se le compense por su pérdida, y reacciona a las críticas de Aquiles diciéndole que le entregue a Briseida con ese propósito. Ahora bien, Aquiles, que estaba muy unido a ella, se toma esto como una humillación inaceptable. Así que se retracta de su alianza con Agamenón y permanece al margen de la lucha, llevándose consigo a sus mirmidones y a su amigo Patroclo.[151] Los griegos, al verse sin su campeón más sobresaliente, son al fin vulnerables ante los ataques troyanos, y a pesar de que consiguen mantener su posición durante el tiempo que Diomedes domina el campo de batalla, pronto los empujan a su campamento en la orilla, y se ven obligados a fortificarlo con un foso y una muralla.[152] Al fin los troyanos logran acampar fuera en la llanura por primera vez desde el desembarco griego, y sus fuegos de guardia brillaron como incontables estrellas en una noche clara y sin viento.[153]

Por recomendación de Néstor y los demás líderes, Agamenón accede a buscar la reconciliación con Aquiles, y manda a Fénix, Odiseo y Áyax Telamón como enviados para prometerle la devolución de Briseida además de una cuantiosa compensación, que incluye el matrimonio con una hija de Agamenón y siete ciudades como dote si la guerra llega a un buen término. Cada uno de los enviados le presiona para que acepte aquellas condiciones, Odiseo en primer lugar y después el anciano Fénix, que puede dirigirse a él de manera más personal porque lo conoce desde su infancia, puesto que había sido tutor suyo por un tiempo. Sin embargo no logra convencer al furioso Aquiles, y el último en intervenir, Áyax, tampoco tiene mucho más éxito, incluso aunque su deslavazada apelación resulte más efectiva que los discursos elocuentes de sus compañeros. Aquiles sólo se compromete a reconsiderar su posición en el caso de que el enemigo irrumpa en el campamento griego e incendie las naves. En definitiva se equivoca al rechazar aquellas propuestas espléndidas, y así hay cierta justicia poética en la trágica desventura que recae sobre él cuando pierde a su amigo más cercano.[154]

Al día siguiente los griegos lanzan con Agamenón al frente un victorioso contraataque que casi lleva a los troyanos de vuelta a su ciudad. Pero la fortuna griega acaba cuando Agamenón, Diomedes y Odiseo sufren heridas uno tras otro. Cuando después Héctor retoma la lucha (porque Zeus le ha advertido de que se mantenga alejado mientras Agamenón esté en la lucha), la suerte de la batalla cambia y los griegos son empujados de vuelta a sus barcos.[155] Atacando la muralla de los griegos con varias columnas a una, Héctor abre una brecha en la puerta con una piedra inmensa y conduce a través de ella a los troyanos hacia los barcos ante la resuelta oposición de Áyax.[156] Cuando casi tienen posibilidad de quemar los barcos, y de hecho ya han prendido la popa de uno de ellos, Aquiles cede a las súplicas de su favorito, Patroclo, testigo del desastre, y le permite que tome sus propias armas y entre en combate a la cabeza de los mirmidones. Los troyanos, al dar por sentado que están siendo atacados por el mismísimo Aquiles, se retiran en desorden y sufren muchas bajas mientras Patroclo los persigue casi hasta los muros de la ciudad. Con esa persecución tan prolongada, Patroclo desobedece el mandato de Aquiles, que le había ordenado que regresara a lugar seguro después de haber alejado de los barcos al enemigo. Así muere a los pies de las murallas por intervención de Apolo, que golpea su casco y armadura, dejándolo confuso y vulnerable. Euforbo, hijo de Pantoo, se aprovecha de la situación para herirle en la espalda con su lanza, y Héctor lo remata de una estocada en el vientre.[157]

Durante la lucha que sigue por el cuerpo de Patroclo, Menelao mata a Euforbo, pero es forzado a retroceder por los troyanos al mando de Héctor, que arranca al cadáver la armadura de Aquiles. Al final los griegos se las arreglan para recuperar el cuerpo y, perseguidos de cerca por los troyanos, lo llevan hacia los barcos. Cuando oye de la muerte de su amigo, Aquiles se lamenta con tanta amargura que Tetis, su madre, sale del mar con sus hermanas nereidas a investigar. Él le cuenta que está decidido a vengar la muerte de Patroclo matando a Héctor, pese a que ella le haya advertido que está destinado a encontrar su muerte poco después. Después de que ella parta a buscar una nueva armadura en el taller de Hefesto, él emprende una acción inmediata por consejo de la mensajera divina Iris: avanza hasta la trinchera que protege el campamento y da tres gritos impresionantes que aterrorizan a los troyanos. Al oírlos, éstos retroceden asustados, dando así a los griegos la oportunidad de retirar del campo el cadáver de Patroclo.[158] A la mañana siguiente, temprano, una vez que recibe la nueva armadura de Tetis, Aquiles convoca una asamblea para resolver sus diferencias con Agamenón. Renuncia formalmente a su cólera, mientras que Agamenón le ofrece una disculpa con bastante mala gana y se ofrece a pagar una compensación adecuada.

Tras volver a la batalla, Aquiles pronto aniquila a los troyanos, masacrando a varios de ellos con gran brutalidad y enfureciendo a Escamandro, dios del río, al remansar sus aguas con cadáveres (cf. p. 80). Incluso podría haber entrado a la fuerza en la ciudad si Apolo no hubiera intervenido, primero incitando a Agénor para que le plantara cara, y después atrayendo a Aquiles en otra dirección con el aspecto de Agénor (cf. p. 588). En consecuencia todos los guerreros troyanos pueden escapar de vuelta a la ciudad, pero dejan a Héctor sólo contra Aquiles fuera de las murallas. Al ver que Aquiles avanza hacia él como un dios de la guerra, Héctor pierde su temple y emprende la huida, pero después de ser perseguido tres veces alrededor de las murallas, Atenea se le aparece con el aspecto de su hermano Deífobo para convencerlo con engaños de que haga frente a Aquiles. Cae herido de gravedad en el duelo que sigue por un lanzazo en el cuello. Y a pesar de que ruega a Aquiles que permita que su cuerpo sea rescatado por sus padres para que le den un entierro honorable, cuando muere, Aquiles enhebra unas correas de cuero en sus tobillos, ata el cadáver a su carro y lo arrastra más allá de la ciudad a plena vista de los troyanos y después de vuelta al campamento griego.[159] Después del funeral de Patroclo y de los magníficos juegos funerales que siguen,[160] Aquiles continúa obsesionado con la muerte de Patroclo y maltrata el cuerpo de Héctor durante once días, hasta que los dioses acaban interviniendo. Envían a Tetis para ordenarle que acepte el rescate por el cuerpo de Héctor, mientras que Iris visita a Príamo para ordenarle que lleve un rescate a Aquiles. Así que de noche Príamo hace una visita secreta al campamento griego, guiado por Hermes, y se dirige como suplicante a Aquiles que al fin, conmovido, se une al anciano en un lamento por los pesares de la guerra. Aquiles lo envía de vuelta con el cuerpo de su hijo a la mañana siguiente, y el poema acaba con el funeral de Héctor.[161]

Los tres aliados extranjeros de los troyanos: Reso, Pentesilea y Memnón

Los griegos no fueron capaces de cortar la comunicación entre los troyanos y sus muchos aliados en Tracia y Asia. Estos aliados pueden dividirse en dos grupos principales: aquellos que aparecen en la lista de las fuerzas troyanas al final del segundo canto de la *Ilíada* (muchos de los cuales estaban presentes en apariencia desde los años de inicio de la guerra),[162] y el puñado de aliados de carácter más exótico que llegaron en los últimos momentos del enfrentamiento. Pocos héroes significativos se pueden encontrar entre los aliados del primer

grupo; tan sólo Sarpedón y Glauco, de Licia, en el extremo suroccidental de Asia Menor (vid. pp. 456-457), tienen verdadera importancia. Sarpedón es la víctima más relevante de Patroclo. Después de su muerte, Zeus ordena a Hipno y a Tánato (Sueño y Muerte) que lleven su cuerpo de vuelta a Licia (cf. p. 63). El primero de los aliados más exóticos es el rey tracio Reso, cuya llegada y rápida muerte se describen en la *Ilíada*. Las aventuras de los otros —la amazona Pentesilea, el etíope Memnón y Eurípilo, hijo de Télefo— se narraron en los poemas épicos posteriores del ciclo troyano, la *Etiópida* y la *Pequeña Ilíada*. Estos últimos personajes son guerreros de la más alta categoría, capaces de representar una auténtica amenaza para los griegos. Podrían haber sido tan conocidos como Héctor si aún poseyéramos los poemas épicos tempranos que conmemoraban sus hazañas. Un relato épico posterior sobre las últimas fases de la contienda puede encontrarse en las *Posthoméricas* de Quinto de Esmirna, un poema compuesto en el siglo IV d.C.[163]

Al afirmar que Reso es un hijo del rey tracio Eyoneo, Homero difiere de los autores posteriores, que por lo general mantienen que era hijo de Estrimón, un dios del río tracio, y de una u otra de las Musas.[164] En la narración homérica llegaba a Troya con algunos seguidores tracios la noche anterior al ataque troyano contra los navíos griegos, y acampaban a cierta distancia del principal ejército griego. Sus caballos eran más blancos que la nieve y más veloces que el viento, su carro llevaba ornamentos de oro y plata, y su magnífica armadura parecía más propia de un dios que de un mortal. Durante su primera noche en Troya, que estaba destinada a ser la última, por casualidad Odiseo y Diomedes habían salido como exploradores para averiguar qué estaba haciendo el enemigo. Fueron a toparse con Dolón, un troyano no demasiado heroico que había sido enviado a una misión parecida. Dolón vestía una piel de lobo y había emprendido la misión porque Héctor le había prometido darle el carro y los caballos divinos de Aquiles. Sobrecogido por el terror, enseguida informó a sus captores sobre la disposición de los troyanos y en particular sobre su nuevo aliado; pero esto no le reportó ningún beneficio, porque Diomedes lo decapitó de todas formas. Gracias a este golpe de suerte, los dos griegos pudieron sorprender a los tracios mientras dormían. Diomedes pasó a espada a Reso y a doce de sus compañeros mientras Odiseo se hacía con sus níveos caballos.[165] Fuentes posteriores citan profecías para justificar esta matanza nocturna. Según el *Reso*, una obra superviviente sobre este episodio que se adjudica sin seguridad a Eurípides, Atenea había revelado que ningún griego podría resistir a Reso si él sobrevivía a aquella noche; o bien, según otra narración, un oráculo había revelado que Troya sería inexpug-

nable si los caballos de Reso pastaban en el llano o bebían del Escamandro.[166] En una versión atribuida a Píndaro, Hera y Atenea aconsejaban la incursión nocturna pues Reso había luchado contra los griegos durante un día y les había infligido grandes daños.[167]

Cuando la suerte de los troyanos estaba en horas bajas tras la muerte de Héctor, un batallón de amazonas llegó a Troya bajo el mando de Pentesilea, que era hija del dios de la guerra Ares y de Otrere, reina de las Amazonas. Había llegado en busca de la purificación de Príamo por haber matado a un familiar, o si no para adquirir la gloria en la lucha, pues la ley de las Amazonas establecía que se hiciera así para que se les permitiera emparejarse con hombres.[168] Luchó con bravura y mató a muchos de los griegos, incluido Macaón, hijo de Asclepio, hasta que al final murió a su vez a manos de Aquiles, que admiraba su valor y guardó luto por ella después de su muerte. Su leyenda se contaba en la *Etiópida*, el siguiente relato épico del ciclo troyano después de la *Ilíada*, donde también se recogía la leyenda de Memnón, rey de los etíopes.[169] Aunque se presupone que esta composición habría tenido un tono muy diferente del de la *Ilíada*, al dar más rienda suelta a lo fantástico, la épica de Homero se refiere a las Amazonas en dos ocasiones: como anteriores adversarias de Belerofonte (cf. p. 562) y de Príamo (que había ayudado a derrotarlas en sus años de juventud, cuando ellas invadieron la vecina Frigia).[170]

La simpatía de Aquiles por la amazona muerta fue recibida con desprecio por el rudo Tersites, que se burló de él diciendo que se había enamorado de ella. En algunos relatos Tersites llegaba incluso a mutilar su cadáver, sacándole uno o ambos ojos con la punta de su lanza. Aquiles, encolerizado, lo mató de un golpe en el rostro; y como la muerte produjo discordia en el campamento griego, luego navegó hasta Lesbos para ser purificado. Odiseo llevó a cabo los ritos después de que Aquiles ofreciera primero sacrificios a Apolo, Ártemis y Leto. La purificación de la *Etiópida* es la primera que se atestigua en la literatura griega (pues no hay mención de este proceso en la épica homérica).[171]

Encontramos por primera vez a Tersites como miembro de la familia real etolia que se unió a sus hermanos, los hijos de Agrio, para deponer y maltratar a Eyoneo, el rey de Calidón, anciano tío suyo. Al contrario que sus hermanos, él pudo escapar a la pena que bien tenía merecida (cf. p. 544). Sin embargo, en la *Ilíada* se le presenta como un hombre de origen humilde, un alborotador malhablado al que le gusta abusar de quien es mejor que él, el más desagradable de los hombres que fueron a Troya. Cuando insulta a los reyes de la forma habitual en la gran asamblea que se convoca tras la retirada de

Aquiles, Odiseo le hace callar y lo expone a la burla general al golpearle en la espalda y los hombros con su cetro dorado.[172] Aunque el resumen que ha sobrevivido de la *Etiópida* no dice nada sobre sus orígenes, es poco probable que fuese un simple plebeyo (aparte del retrato del grosero personaje que aparece en la *Ilíada*) cuando su muerte provocó graves desacuerdos entre los otros griegos. Incluso puede ser que Diomedes (que era nieto de Eyoneo y por tanto familiar de Tersites) encabezara la oposición a la acción de Aquiles, como en la épica tardía de Quinto de Esmirna.[173] Al describirlo Homero cojo y deforme, más tarde se inventó un relato para narrar su condición; pues se decía que mientras participaba en la caza del jabalí de Calidonia, abandonó aterrorizado su puesto para gran enfado de Meleagro, jefe de la caza, que en respuesta lo arrojó por (o sólo lo persiguió hasta) un acantilado.[174]

Poco después de la muerte de Pentesilea, Memnón, hijo de Eos (Amanecer) y Titono, llegó a Troya con una fuerza de etíopes. Si bien se llegó a identificar a su gente, los *aithiopes* o «caras quemadas», con los africanos negros que vivían en las tierras al sur de Egipto, en origen eran sólo un pueblo del todo mítico que vivía cerca de la salida del sol en los bordes de la tierra; y por eso el reino de Memnón solía localizarse en el este, bien en una región mítica más allá del mundo conocido, bien en Siria o Persia. Con frecuencia se decía que vino de Susa, la antigua capital administrativa de Persia.[175] Autores más tardíos, activos cuando ya se había asociado a los etíopes principalmente con África, sugieren que Memnón había conducido a sus etíopes fuera de su patria original africana para ganar un reino en Asia.[176] Memnón fue el último y quizá el más formidable de los oponentes de Aquiles, al que se parecía en algunos aspectos significativos, porque él también era hijo de una diosa y propietario de una divina armadura que había sido forjada por Hefesto. Tras matar a muchos adversarios en batallas, alanceó a Antíloco, hijo de Néstor, que sacrificó su propia vida para rescatar a su padre: el carro de Néstor había quedado inmovilizado después de que uno de sus caballos fuese herido por una flecha disparada por Paris, y él había pedido ayuda a su hijo para que lo salvara de Memnón, que blandía su lanza cerca de allí. Antíloco era entonces amigo íntimo de Aquiles, de hecho el más íntimo desde la muerte de Patroclo, e igual que el gran héroe había vengado la muerte de Patroclo, se dispuso ahora a vengar la de Antíloco con la muerte de Memnón. Una vez que Memnón fue asesinado, su divina madre solicitó a Zeus que le otorgase la inmortalidad.[177]

De acuerdo con la tradición local, Memnón fue enterrado en la Tróade, junto a un arroyo llamado el Asopo. En la obra tardía de Quinto se decía que las brisas del alba

se habían agrupado a petición de Eos para llevar el cadáver a aquel lugar.[178] Una leyenda que recuerda aquella acerca de los pájaros de Diomedes (cf. p. 628) cuenta que sus camaradas etíopes fueron transformados en unos pájaros extraordinarios, los memnónides, que conmemoraban el aniversario de la muerte de su líder cada año con una batalla sobre su tumba.[179] Pero en la versión que da Ovidio del relato (que es la más temprana que se conserva, aunque hay razones para sospechar que se trata de una leyenda bastante antigua), Zeus hizo que los pájaros saliesen de las cenizas sobre la tumba de Memnón en respuesta a los ruegos de Eos, que le suplicaba que aliviase su desesperanza otorgando algún honor excepcional a su hijo muerto.[180] Una tradición posterior sugiere que el rocío de la mañana se forma con las lágrimas que Eos continúa vertiendo por Memnón. Estas historias se contradicen con el relato más antiguo en la *Etiópida*, en el que Zeus le otorga la inmortalidad a petición de su madre.[181]

Muerte de Aquiles y suicidio de Áyax

Tras matar a Memnón, Aquiles persiguió a los troyanos por toda la llanura y habría podido obligarles a entrar en la ciudad si Paris, o Apolo (o ambos), no le hubiese acertado en el talón. Una tradición tardía mantenía que era invulnerable excepto en el talón (cf. p. 591). Durante la lucha que siguió en torno a su cuerpo y su armadura divina, Áyax se las arregló para cargar el cadáver sobre sus hombros, y después lo llevó hacia los barcos griegos mientras Odiseo rechazaba a los troyanos que los perseguían.[182] La *Odisea* ofrece una descripción de su magnífico funeral, y cuenta que lo lloraron sus compañeros durante diecisiete días con sus noches, y también acudieron Tetis y sus hermanas las Nereidas desde debajo del mar, y las nueve Musas, que dirigieron los cantos. Después de que las llamas de la pira funeraria consumieran su cuerpo, sus camaradas reunieron los restos y los mezclaron con los de Patroclo en una urna dorada que había fabricado Hefesto. Entonces levantaron un enorme túmulo sobre sus restos y los de Antíloco, de forma que pudiese verse como accidente del terreno desde lejos en el mar.[183]

Desde el punto de vista homérico, Aquiles partió hacia el Hades de la forma ya conocida, y allí después lo encontraría Odiseo como un rey entre las sombras. En la *Etiópida*, sin embargo, Tetis lo arrancaba de su pira funeraria y lo transportaba a Leuce (la isla Blanca), un hogar póstumo en la superficie de la tierra para héroes y heroínas elegidos (muy parecido al Elíseo, cf. p. 170);[184] y en la tra-

dición posterior, se aceptaba por lo general que se le otorgó la inmortalidad, ya fuese en Leuce (que llegó a ser identificada con una isla en el mar Negro) o en el Elíseo. Se decía a menudo que había contraído matrimonio póstumo con Medea o con Helena, aunque a veces era con Ifigenia o Polixena.[185]

Después del funeral de Aquiles, se celebraron magníficos juegos en su honor, y se ofrecieron sus armas y armadura divinas como premio al guerrero griego al que se declarase el más valiente. Según la *Odisea*, Tetis organizó el concurso, y Atenea y «los hijos de Troya» (es decir, los prisioneros troyanos) juzgaron, provocando la cólera de Áyax Telamón al ser descartado en favor de Odiseo.[186] En la curiosa versión avalada por la *Pequeña Ilíada*, un poema épico no homérico del ciclo troyano, algunos hombres fueron enviados para que escucharan a hurtadillas al pie de las murallas de Troya de acuerdo con una sugerencia de Néstor, y aquellos escucharon a dos muchachas que discutían sobre los dudosos méritos de Áyax y Odiseo. Cuando una argumentaba que Áyax era el más arrojado porque había cargado con el cuerpo de Aquiles desde el campo de batalla mientras Odiseo se había mostrado poco dispuesto a hacerlo, la otra replicaba (por inspiración de Atenea, que favorecía en especial a Odiseo) que incluso una mujer podría llevar esa carga una vez que estuviera sobre sus hombros, pero que no tendría la osadía de rechazar al enemigo (como había hecho Odiseo mientras cubría la retirada de Áyax).[187] En algunos relatos posteriores, los guerreros griegos zanjaban el asunto por votación.[188] Fuera cual fuese el procedimiento, Odiseo fue elegido para recibir el premio de honor, ante la ira y el asombro de Áyax, que fue incapaz de creer siquiera por un momento que Odiseo pudiera ser el mejor guerrero. A juzgar por la literatura superviviente, Áyax en efecto merecía ganar la competición si la resolución y el coraje puros hubiesen sido los requisitos. En relación con su encuentro con Áyax en el Hades, donde lo ve aparte de todos los demás fantasmas, consumido aún por la rabia de su derrota, Odiseo declara en la *Odisea* que llegó a desear no haber ganado nunca, y concedía que Áyax no había sido superado en su destreza militar por ninguno de los griegos, excepto Aquiles mismo.[189]

Áyax se suicidó poco después de padecer esta humillación en la competición por las armas. Si bien la obra de Homero no tiene nada definitivo que decir sobre su muerte, aparte de que tuvo lugar después de su derrota,[190] el resumen conservado de la *Pequeña Ilíada* sostiene que enloqueció tras perder el concurso, acabó con el ganado de sus compañeros y después se mató. Para el relato completo más temprano de estos sucesos tenemos que confiar en el *Áyax* de Sófocles (aunque Píndaro ya anota que Áyax se suicidó saltando sobre su espada al

final de la noche). Según Sófocles, Áyax había planeado vengarse de su poco merecida derrota atacando a los líderes griegos de noche cuando dormían, pero Atenea frustró su intento volviéndolo loco, y por eso mató a sus vacas y ovejas. Cuando volvió a la cordura y descubrió lo que había hecho, estaba tan avergonzado que decidió suicidarse, sin hacer caso de las súplicas de su concubina Tecmesa.[191] Como aclara la evidencia artística, desde tiempos antiguos se aceptaba que había clavado su espada en la tierra y se había dejado caer sobre ella. Otra tradición mantenía que era vulnerable sólo en el punto en que la espada lo traspasó, en el pecho o la clavícula, cf. p. 591. En la *Pequeña Ilíada,* Agamenón le negó un funeral heroico apropiado por cremación, y ordenó que en vez de eso fuese enterrado en un féretro;[192] o bien, según la versión de Sófocles, Menelao y Agamenón propusieron que se dejara su cadáver a la intemperie como presa para carroñeros, hasta que Odiseo convenció a Agamenón de que permitiera su entierro.[193] Dejó un hijo suyo y de Tecmesa, Eurisaces (Ancho Escudo, llamado así por el enorme escudo de su padre, cf. p. 590), cuyo cuidado recayó entonces en Teucro, el hermanastro de Áyax.[194]

Hechos anteriores a la caída de Troya: Filoctetes dispara a Paris, Neoptólemo mata a Eurípilo y Odiseo roba el Paladio

En la siguiente etapa del conflicto, los griegos dieron tres pasos importantes en el avance hacia la posible victoria final. Recogieron a su compañero Filoctetes, abandonado hacía tiempo, que después mató a Paris con el arco de Heracles; trajeron también al hijo pequeño de Aquiles, Neoptólemo, que haría una contribución crucial a la lucha posterior, pues ayudó a llenar el vacío que había dejado la muerte de su padre; y Odiseo se introdujo en Troya para robar su talismán protector, el Paladio (una antigua imagen de Atenea, cf. p. 673). Estas medidas las sugirió una profecía (o varias) como acciones que deberían emprender para llegar a las condiciones previas a la caída de la ciudad. En el relato primitivo de la *Pequeña Ilíada*, Odiseo organiza una emboscada para capturar a Héleno, un hijo de Príamo que posee el poder de la adivinación, y Héleno, sin duda bajo presión, revela que deben recoger a Filoctetes de Lemnos (donde había sido abandonado a causa de una herida que recibió durante el camino hacia Troya, cf. p. 581). Después de que Macaón, hijo de Asclepio, cure su herida, Filoctetes se enzarza en un combate singular con Paris, y lo mata. Menelao, que tenía buenas razones para odiarlo, mutila su cadáver, pero al final los troyanos lo recu-

peran para enterrarlo. Entonces los griegos emprenden las siguientes dos acciones que se mencionan arriba, el reclutamiento de Neoptólemo y el robo del Paladio, medidas que con mucha probabilidad son aconsejadas por el cautivo Héleno (aunque nada se menciona sobre esto en los testimonios que conserva la *Pequeña Ilíada*).[195] Apolodoro ofrece una narración bien distinta de estos hechos, en la que Héleno permanece dentro de la ciudad hasta después de la muerte de Paris, y es el vidente griego Calcante quien advierte de que Filoctetes debe ser recuperado. Esto conduce a la muerte de Paris como en la *Pequeña Ilíada*, y entonces Héleno compite con su hermano Deífobo por la mano de Helena. Héleno se enfurece tanto cuando su hermano consigue la mano de ella, que deja la ciudad para vivir en el monte Ida. Es en este momento cuando Odiseo lo captura, aconsejado por Calcante. Entonces Héleno revela más medidas que deben tomar para que Troya caiga, a saber, que deben recoger a Neoptólemo, hacerse con el Paladio y enviar a buscar los huesos de Pélope.[196]

La última condición para la caída de Troya aparece por primera vez en el período helenístico en Licofrón. Se decía que los huesos habían sido enterrados en Letrina (Élide), cerca de Olimpia.[197] No está claro por qué su presencia habría afectado al destino de Troya (aunque el origen asiático de Pélope, cf. pp. 645-646, puede haber tenido algo que ver con el asunto). Según un relato recogido por Pausanias, sólo se recuperó un hueso del hombro, y después se perdió durante el viaje de vuelta cuando el barco que lo transportaba naufragó por una gran tempestad frente a Eubea (es evidente que enviada por Atenea, cf. p. 626). Muchos años después, un pescador de la ciudad eubea de Eritrea cogió el hueso en sus redes y, sorprendido por su tamaño, viajó a Delfos para consultar el oráculo acerca de aquello. Por casualidad unos embajadores de Elea estaban allí entonces, buscando cura para una epidemia, y se les aconsejó que restituyeran el hueso al lugar apropiado mientras que al pescador se le dijo que les entregara el hueso. Los de Elea recompensaron a Damármeno (que era como se llamaba el pescador) adjudicándoles a él y a sus descendientes el cargo de guardianes del hueso.[198]

Cuando Neoptólemo llegó a la Tróade después de ser recogido de su lugar de nacimiento en Esciros (cf. p. 593) por Odiseo, asumió el mando para derrotar al último gran aliado de los troyanos, Eurípilo, hijo de Télefo. Cuadra que su oponente en el último enfrentamiento heroico de la guerra fuese el hijo de un héroe que se había enzarzado con su padre Aquiles la primera vez que los griegos habían puesto el pie en suelo de Asia (cf. p. 578). Según el mitógrafo anti-

guo Acusilao, que puede haber tomado este dato de la *Pequeña Ilíada*, Astíoque, madre de Eurípilo, lo había llevado de vuelta a su nativa Misia hasta que Príamo la sobornó para que cambiara de idea enviándole una maravillosa parra dorada.[199] En otro lugar se cuenta que esta maravilla había sido creada por Hefesto, y había sido un regalo de Zeus para uno de los antecesores de Príamo —Tros o Laomedonte— en compensación por el rapto de Ganímedes (cf. p. 672).[200] Aunque la *Odisea* menciona de pasada que Eurípilo y sus compañeros encontraron su muerte «a causa de los regalos de una mujer»,[201] no podemos estar seguros de que Homero tuviera en mente la misma historia. Algunos mitógrafos explicaban que Príamo persuadió a Eurípilo para que fuera allí prometiéndole a una de sus hijas como esposa.[202] Después de llegar con una fuerza de tropas desde Misia, que queda en una región colindante del Asia Menor, luchó con valentía y acabó con muchos griegos, incluido Macaón, hijo de Asclepio, y el líder beocio Peneleo (cf. p. 431); pero resultó que no estaba a la altura de Neoptólemo, que demostró su destreza al matarlo en batalla.[203]

Después de la muerte de Eurípilo, Odiseo entró a escondidas en Troya para robar el talismán protector de la ciudad. En el relato épico primitivo de la *Pequeña Ilíada*, hizo dos incursiones secretas, entrando primero en la ciudad con un disfraz de mendigo para espiar sobre el terreno, para volver con Diomedes a robar el Paladio. Si bien Helena lo vio y lo reconoció durante la primera visita, no lo traicionó aunque entabló una conversación peligrosa con él, que trataba de planes para la toma de la ciudad, pues parecía que ella estaba descontenta con su situación apurada en Troya.[204] Este encuentro ya se menciona en la *Odisea*, y en él la propia Helena cuenta a Telémaco cómo había reconocido a su padre en la ciudad, lo había llevado a su casa y lo había bañado. Después de haberle prometido no traicionarlo, él le había revelado todo lo que los griegos tenían intención de hacer. Él había pasado por la espada a muchos troyanos antes de irse, haciendo que las mujeres de la ciudad se lamentaran, pero Helena se regocijaba por dentro, pues sus pensamientos habían regresado a su patria y ahora lamentaba que Afrodita le hubiera convencido de que abandonara a su marido y a su hijo.[205] En la versión de Apolodoro, se cuenta que Odiseo sólo había hecho una incursión. Tras acercarse de noche con sigilo a la ciudad con Diomedes, se disfrazó de mendigo y se adentró en la ciudad mientras su compañero esperaba fuera. A pesar de que lo reconoció, Helena le ayudó en el robo del Paladio, y él se lo llevó de vuelta a las naves griegas con ayuda de Diomedes.[206] Había quienes decían que Odiseo y Diomedes se colaron en la ciudad por una cloaca,[207] y hay muestras artísticas de una versión en la que se hacen con la estatua los dos juntos.

En una versión que retrata a Odiseo de forma muy negativa, Diomedes sube a Troya para hacerse con el Paladio y Odiseo intenta matarlo en el viaje de vuelta para robar la estatua y la gloria para él; pero cuando levanta la espada para atacar, Diomedes es alertado por un brillo de la luna en la hoja (o por la sombra de la hoja), y obliga a Odiseo a caminar delante de él el resto del camino. Esta historia se usaba para explicar la expresión proverbial «obligación diomedeana» (*Diomedeios ananke*), locución que se creía originada en la *Pequeña Ilíada.* Se presumía que algunos de estos incidentes eran descritos en el poema épico, aunque las circunstancias deben haber sido bastante diferentes, pues el Paladio había sido robado de Troya por Odiseo en vez de Diomedes, de acuerdo con lo que se convertiría en la narración reconocida por la tradición posterior.[208]

La estratagema del Caballo de Madera, el ardid de Sinón y el destino de Laocoonte

Al encontrar la ciudad tan inaccesible como siempre pese a aquellas anteriores medidas, los griegos adoptaron una nueva perspectiva que utilizaba la astucia más que la confianza en el uso abierto de la fuerza como antes. Así que, por sugerencia de Atenea (o del más ingenioso de los mortales, Odiseo), construyeron un enorme caballo de madera con un interior hueco que sirviera de escondite para ocultar una tropa. En un lado se colocó una trampilla disimulada con ingenio para permitir que entraran y salieran. Epeo, hijo de Panopeo, un héroe de la Fócide (vid. p. 602), lo construyó con la ayuda de Atenea, usando madera de los bosques del monte Ida. Cuando el caballo estuvo acabado, un grupo selecto de tropas se colocó dentro bajo el mando de Odiseo, y los otros griegos incendiaron su campamento y zarparon como si hubieran decidido abandonar el asedio. Las estimaciones sobre el número de la tropa de dentro del caballo varían desde doce a cincuenta o cien hombres. Éstos estaban destinados a actuar como una avanzadilla que abriría las puertas de la ciudad a la tropa mayor si es que los troyanos arrastraban el caballo dentro de la ciudad. Mientras tanto la flota griega estaba esperando frente a la costa de Ténedos, a la espera de la señal de fuego que avisaría a los barcos para que volvieran.[209]

La mañana después los griegos habían puesto en práctica su plan: los troyanos vieron el Caballo de Madera solo en la planicie desierta y salieron a investigar. La narración más antigua, en la *Odisea,* cuenta que lo arrastraron dentro de la ciudad y después discutieron acerca de qué era lo mejor que podían hacer: unos proponían que había que abrirlo a golpes; otros, que debían arrastrarlo a

lo alto de un acantilado y arrojarlo desde allí, y de nuevo otros, que deberían dejarlo donde estaba como ofrenda a los dioses. Al final sellaron su propio destino al escoger la última opción.[210] En otro lugar se refiere que los griegos animaron a los troyanos a que considerasen el caballo como un objeto sagrado, pues lo habían decorado con una inscripción en la que se afirmaba que era para agradecer a Atenea un regreso seguro.[211] En apariencia la historia del Caballo de Madera se contaba casi de la misma forma en dos poemas épicos del ciclo troyano: la *Pequeña Ilíada* y el *Saqueo de Troya*. En el primero los troyanos demolían parte de la muralla de la ciudad para permitir la entrada del enorme objeto.[212] Homero añade un detalle interesante al argumento, pues sostiene que Helena dio la vuelta alrededor del caballo llamando a los hombres que estaban dentro con imitaciones perfectas de las voces de sus esposas, pero aunque Menelao y Diomedes sintieron la tentación de responder, los detuvo Odiseo, que también tapó con la mano la boca de un tal Anticlo (que es desconocido aparte de por eso) para evitar que hablara en voz alta. Así es el extraño relato que narraba Menelao en la *Odisea*, y decía para satisfacer el capricho de su mujer que aquello debió de ocurrir por inspiración de algún dios que favorecía a los troyanos.[213]

Cuando se comparan con aquellas versiones tempranas de la estratagema del caballo, las que aparecen en la *Eneida* y en la épica griega posterior son bastante diferentes en dos aspectos principales. En primer lugar, los troyanos sospechan bastante más del caballo y por eso discuten sobre lo que deben hacer con él mientras todavía está en su ubicación original; y en segundo lugar, los griegos consideran que los troyanos sospecharán y entonces lo organizan todo para que Sinón, un primo de Odiseo, sea capturado en circunstancias que le permitan convencerlos de que el caballo no supone peligro alguno y debe ser introducido en la ciudad. Sinón aparece también en la épica anterior, aunque sólo como el hombre que queda atrás para encender la señal luminosa que avisaría a la flota griega en el momento adecuado. Sin embargo, en los relatos posteriores en lugar de ocultarse, se asegura de que los troyanos lo encuentran y se las arregla para ganarse su confianza haciéndoles creer que es un desertor con razones para odiar a sus compañeros griegos.

En la obra de Virgilio, los troyanos mantienen un acalorado debate delante del caballo antes de que Sinón aparezca en escena, unos defendiendo que deberían arrastrarlo hasta la ciudad mientras otros mantienen que deberían desconfiar de cualquier regalo de los griegos y que, por lo tanto, deberían destruirlo o al menos abrirlo para ver si hay algo escondido dentro. Laocoonte, un sacerdote troyano, es el primero en proponer la segunda opción, e incluso justifica

su punto de vista al golpear un flanco del caballo con su lanza, lo que hace que suene un eco dentro. Pero justo en ese momento, Sinón, que ha sido capturado de acuerdo con el plan griego, es llevado allí para un interrogatorio. Dice que ha tenido malas relaciones con los otros griegos porque había hecho un voto para vengar la muerte injusta de Palamedes (cf. p. 595), y alega que Odiseo había planeado su destrucción al persuadir a Calcante, el vidente, de que declarase que debía ser sacrificado para asegurar así la partida de la flota griega. En cuanto los troyanos se han convencido de su historia y realmente creen que odia a sus antiguos camaradas, escuchan con confianza lo que tiene que decir sobre el Caballo de Madera. Sinón les cuenta que los griegos construyeron el caballo aconsejados por Calcante, para expiar su sacrilegio al haber robado la imagen sagrada de Atenea: el Paladio; y si los troyanos dañasen este objeto sagrado, podrían estar seguros de que iban a sufrir una terrible destrucción, pero por otro lado podían esperar un destino espléndido si lo llevaban dentro de su ciudad. Así que deciden hacer esto último, y sienten que se confirma su decisión cuando Laocoonte y sus dos hijos mueren poco después por el ataque de dos serpientes que llegan nadando de Ténedos, pues interpretan esto como una indicación de que los dioses se han enfadado con él por haber profanado el objeto sagrado. Cuando el caballo está dentro de las murallas, la profetisa Casandra añade sus propias advertencias, que no causan efecto porque está destinada a no ser creída nunca (cf. p. 215). Sinón adopta medidas más radicales para ganarse la confianza de los troyanos en el relato épico griego tardío de Quinto de Esmirna, pues guarda silencio durante un tiempo considerable mientras ellos lo torturan y le rebanan las orejas y la nariz, dándoles así motivos para creer que le habían sonsacado la verdad. En otro relato épico posterior de Trifiodoro, Sinón se mutila a sí mismo para hacer que la historia suene más creíble.[214]

Sobre el destino de Laocoonte y su significado se ofrecen versiones muy diferentes. En la épica temprana del *Saqueo de Troya*, muere después de que los troyanos hayan introducido el caballo en su ciudad. Mientras festejaban con la feliz creencia de que la guerra había terminado con ventaja para ellos, aparecen dos serpientes y acaban con Laocoonte y uno de sus dos hijos. Eneas y sus seguidores consideran esto un portento y salen de la ciudad para retirarse en el monte Ida.[215] El significado de esta señal no es difícil de averiguar: la muerte de Laocoonte indica la inevitable caída de la ciudad, mientras que la muerte de su hijo (evidentemente el mayor, aunque no se indica en el argumento conservado) apunta a la destrucción de la rama mayor de la familia de Príamo. Al retirarse Eneas, representante principal de la rama

menor, sobrevivirá para tomar el mando. En el relato de Virgilio, por el contrario, las serpientes parecen actuar movidas por voluntad divina para asegurar que las advertencias de Laocoonte sobre el caballo sean desoídas. La obra épica de Quinto, en la que el episodio cumple una función similar, plantea con claridad que Atenea envió las serpientes con esta intención (tras dejar primero ciego a Laocoonte). Los dos hijos de Laocoonte mueren en estas versiones.[216] Siguiendo a Apolodoro, las serpientes fueron enviadas por Apolo «como señal» cuando el caballo ya estaba en la ciudad; llegaron nadando por el mar desde alguna isla vecina y devoraron a los hijos de Laocoonte. Esto coincide con una versión poco conocida de Sófocles donde sólo morían los hijos (hecho de significado incierto). Como la parte relevante del texto de Apolodoro se ha conservado tan sólo en forma de sumario, no está claro lo que quería indicar Apolo ni si alguien emprendió alguna acción en consecuencia. En la versión de Sófocles, el padre de Eneas interpretaba el episodio como una señal, por lo que éste se decidía a dejar la ciudad antes de que cayera, de manera muy similar a la de la épica primitiva.[217] Por lo general se decía que las serpientes habían llegado desde unas islas de identificación incierta: las Calidne. En Baquílides aparece lo mismo y se añade de forma inesperada que asumieron forma humana a su llegada.[218]

En versiones diferentes que se recogen por primera vez en fuentes mitográficas romanas, las serpientes son enviadas por Apolo para castigar a Laocoonte por comportarse de forma inapropiada para un sacerdote, bien porque había tenido relación carnal con su esposa delante de unas imágenes divinas en el recinto de Apolo, bien por haberse casado y haber tenido hijos contra el deseo del dios.[219] A pesar de que Laocoonte era en principio sacerdote de Apolo *Thymbraios*, algunos autores, incluidos Virgilio y el poeta helenístico Euforión, mantienen que fue elegido por sorteo para convertirse en sacerdote de Poseidón en algún momento (pues el sacerdote original había sido lapidado hasta la muerte por los troyanos al no haber hecho los sacrificios apropiados para advertir del desembarco griego).[220] Por si puede servir de algo, en fuentes posteriores se describe a Laocoonte como hijo de Capis, el abuelo de Eneas, o del troyano de más edad, Antenor.[221]

La toma de Troya

En mitad de la noche, mientras los troyanos duermen después de celebrar su victoria aparente, los griegos ponen su plan en marcha. Sinón enciende un fuego de aviso en la ciudad (o en la tumba de Aquiles cerca de la orilla) para atraer a la flota desde Ténedos y señalarle el camino;[222] y los guerreros que han

estado esperando dentro del caballo de madera abren la trampilla y bajan hasta el suelo con escaleras o una soga.[223] En la narración de Virgilio, que presenta los hechos de aquella noche a través de la mirada de Eneas y se aparta a menudo de la épica temprana anterior, Helena avisa a la flota levantando una antorcha desde la ciudadela; y cuando la flota navega desde Ténedos, se enciende un fuego de aviso como indicación a Sinón, que retira entonces unas planchas del Caballo de Madera para liberar a los guerreros de su encierro.[224] Cualquiera que sea la secuencia de los acontecimientos previos, los guerreros del caballo matan a los centinelas y a cualquiera que pueda haber dado la voz de alarma, y entonces abren las puertas de la ciudad para franquear el paso al ejército principal (en el caso de que fuera necesario, pues en algunos relatos, como el mencionado arriba, los troyanos ya han abierto brechas en los muros para facilitar la entrada del caballo). Ahora todas las tropas griegas pueden reunirse para masacrar a los incautos troyanos.

Ninguna antigua narración completa sobre los hechos de la noche del saqueo ha sobrevivido, aunque se pueden encontrar relatos continuados de un período posterior en el canto segundo de la *Eneida* y en el canto decimotercero de las *Posthoméricas* de Quinto. Nos concentraremos en el destino de los troyanos más destacados como podrían haberse presentado en la tradición épica antigua en particular. La descripción de Pausanias de gran mural de Polignoto sobre la toma de Troya, pintado a mediados del siglo V a.C., puede darnos mucha información acerca de qué les sucedió aquella noche a los individuos destacados de ambos bandos en los relatos tempranos.[225]

De acuerdo con la versión estándar del *Saqueo de Troya* en el ciclo épico, Neoptólemo se abrió paso hacia el palacio y mató a Príamo con su lanza cuando el rey buscaba refugiarse en el altar de Zeus Herqueio en el patio central.[226] La *Pequeña Ilíada* presentaba el episodio de forma diferente, sugiriendo que Neoptólemo lo alejó a rastras del altar y lo asesinó a la entrada del palacio.[227] Además hay versiones posteriores en las que el joven héroe lo decapita o lo arrastra fuera de la ciudad para matarlo sobre la tumba de Aquiles;[228] y en la representación de Virgilio, mata a un hijo suyo superviviente, Polites, delante del anciano rey antes de pasarlo a cuchillo.[229] Menelao se dirige hacia la casa de Deífobo para recuperar a su esposa Helena. Según la *Odisea*, le acompaña Odiseo, que se ve envuelto en una lucha desesperada allí, pero gana al final con ayuda de Atenea. Sin embargo, nuestro argumento del *Saqueo de Troya* no menciona a Odiseo en relación con esto, y simplemente indica que Menelao encontró a Helena y se la llevó de vuelta al barco después de matar a Deífobo.[230] En la *Pequeña Ilíada* en

apariencia había planeado matarla, pero arroja su espada al entrever sus pechos desnudos; o, en otra versión, la visión de su belleza divina evitó que las tropas griegas la lapidaran como tenían pensado, o la pasaran a espada.[231] En la *Eneida*, Eneas la ve escondiéndose en el templo de Hestia (Vesta en forma latina) y la hubiera matado si su divina madre Afrodita (Venus), que era también la protectora de Helena, no le hubiese prevenido de no hacerlo.[232] Etra, la madre de Teseo, que había sido obligada a servir a Helena como doncella (cf. p. 472), es descubierta después del saqueo entre los cautivos por Demofonte y Acamante, los dos hijos de Teseo, y se les permite llevársela con ellos después de que Agamenón se haya ganado el consentimiento de Helena (cf. asimismo p. 489).[233] Andrómaca, la viuda de Héctor, es capturada por Neoptólemo cuando está sola con su pequeño hijo Astianacte. Unas pocas líneas conservadas de la *Pequeña Ilíada* describen cómo Neoptólemo se la lleva a los barcos griegos, pero arranca al joven Astianacte de los brazos de su niñera, lo agarra por los pies y lo tira desde una torre. En el *Saqueo de Troya*, por contraste, Odiseo lo mata arrojándolo desde las murallas de la ciudad;[234] o bien en algunas narraciones más tardías, los griegos, animados por Odiseo, deciden en una reunión tras la caída de la ciudad que Astianacte debe morir.[235] Los pintores de vasijas representan su asesinato en conjunción con el de Príamo. Esto era una medida racional aunque despiadada, pues elimina así al único miembro de la familia real troyana que podría buscar venganza en el futuro. Andrómaca es asignada a Neoptólemo después del saqueo y lo acompaña al Epiro como su concubina (vid. p. 631).

Hécabe, la esposa de Príamo, es capturada y llevada a los barcos, igual que sus hijas; de éstas, sólo Casandra tiene una historia destacable asociada a su captura. De acuerdo con el *Saqueo de Troya* en el ciclo épico, pide refugio aferrándose a una imagen del culto de Atenea, pero Áyax el menor la arrastra por la fuerza, cambiando la estatua de posición al hacerlo. Los guerreros que lo acompañaban quedan tan horrorizados por su comportamiento que le hubieran lapidado si no se hubiera refugiado en el altar de Atenea, presumiblemente en el mismo templo en el que había cometido su acto de sacrilegio.[236] Atenea exige una terrible venganza como veremos (pp. 621 y ss.), y causa la muerte no sólo de Áyax, sino también de muchos de sus camaradas mientras navegan de vuelta a Grecia. Estos hechos se describían en el siguiente poema épico del ciclo troyano, los *Regresos*. Autores posteriores realzaban la historia del sacrilegio de Áyax contando que había violado a Casandra bajo la estatua de la diosa. Es bastante posible que esto ya lo mantuviera Alceo (nacido a finales del siglo VII a.C.) pero por desgracia el verbo relevante ha desaparecido del papiro.[237] De cualquier

forma, la evidencia de las artes visuales sugeriría que la anécdota ya se conocía hacia el siglo VI. El primer autor que menciona sin posibilidad de equívoco la violación es Licofrón, que añade que la estatua movió sus ojos hacia arriba con asco.[238]

Cabe señalar brevemente el sino de los principales supervivientes troyanos. De los hijos de Príamo, Héleno ya estaba en el campamento griego, pues había revelado las condiciones previas para la caída de Troya bajo un mayor o menor grado de obligación (cf. p. 607). Después de la guerra acompañaría a Neoptólemo al Epiro (cf. p. 632). Al menos en la tradición posterior a la épica, Príamo había enviado fuera a su hijo más pequeño, Polidoro, con la esperanza de asegurar su integridad, aunque sin resultado, porque fue asesinado por su anfitrión (cf. *supra*). Eneas, que pertenecía a otra rama de la familia, escapó durante la confusión con su anciano padre Anquises sobre su espalda (cf. p. 749), si es que no había huido de la ciudad ya un poco antes (cf. p. 612). Al noble troyano Antenor y a su familia los dejaron en paz porque él había apoyado a los embajadores griegos cuando habían propuesto un acuerdo pacífico al comienzo de la guerra (cf. p. 588).

El destino de las mujeres troyanas

Después de la matanza de los hombres en edad militar, como era práctica común tras la toma de una ciudad, los griegos incendiaron Troya (o a lo que quedaba de ella) y volvieron al campamento junto a los barcos para repartir el botín. La historia se centra ahora en el destino penoso de las mujeres cautivas, en especial aquellas que pertenecían a la familia próxima de Príamo.[239] Hécabe (Hécuba), la esposa de Príamo, destaca con mucho en todas las versiones de la saga de Troya como la figura majestuosa más infeliz, que estaba destinada a ver cómo asesinaban a sus hijos uno tras otro, y degollaban a su marido en el patio de su propio palacio. Nada se sabe por la épica antigua de cómo se las arregló tras la caída de la ciudad, y aunque es lugar común en las tradiciones posteriores que fue adjudicada en una rifa a Odiseo, no existe evidencia de esto en la *Odisea* ni en los testimonios supervivientes del *Saqueo de Troya*. Se decía con frecuencia que había muerto poco después, también en circunstancias excepcionales, pues se transformó en una perra en las playas del Helesponto (o mientras la llevaban sobre sus aguas en un barco), y desde entonces encontró una muerte rápida y fue enterrada en Cinosema (Tumba de la Perra), cerca de la entrada al Heles-

ponto por su orilla europea.[240] En la *Hécabe* de Eurípides, que con seguridad es la fuente que más temprano se puede datar sobre esta transformación, se predice que Hécabe nunca alcanzará Grecia, pues se trasformará en un perro de ojos enfurecidos en el barco que la llevará hacia allí, y entonces saltará de su mástil y caerá para morir en el mar, y para ser enterrada en Cinosema.[241] Queda claro por la manera alusiva en que se describe el destino de Hécabe, que ya debía ser un relato bien conocido. En las narraciones que llegan después, se dice de Hécabe que había sido transformada después del salto al mar angustiada por el destino de su patria,[242] o mientras la lapidaban los griegos en castigo por las maldiciones que había pronunciado contra ellos[243] (o bien por los tracios, porque ella había cegado a su rey Poliméstor,[244] cf. *infra*). Había quien decía que se convirtió en el fantasma de un perro de caza que perturbaba las tierras alrededor del Helesponto con sus aullidos, o que se convirtió en perro de caza de Hécate.[245] Por el contrario, en relatos racionalizados tan sólo se la lapidaba como a un perro sin experimentar transformación.[246] El poeta lírico temprano Estesícoro ofrece un relato excepcional de su sino al afirmar que Apolo la trasladó a Licia después de la guerra.[247]

En la *Hécabe* de Eurípides se cuenta que Odiseo había llevado a Hécabe a través del Helesponto a la península tracia de Quersoneso, donde sus asistentes descubrieron el cuerpo de su joven hijo Polídoro en una playa.[248] Este Polidoro, que era el último hijo que había tenido, había sido confiado a Poliméstor, rey de Tracia, por Príamo, que había entregado a su hijo cierta cantidad de oro para asegurarse la continuidad de su linaje en caso de que Troya cayera;[249] y así supo Hécabe que Poliméstor había asesinado a su hijo para robarle el oro. Con permiso de Agamenón, invitó a Poliméstor y a sus hijos a que la visitaran, y les hizo entrar en su tienda sin protección al prometer que les revelaría dónde se habían escondido los tesoros ancestrales de Príamo. Entonces cegó a Poliméstor y mató a sus hijos con ayuda de las mujeres.[250] Al final de la obra, Poliméstor revela la profecía antes mencionada sobre el sino de Hécabe, y Agamenón ordena que el rey ciego sea abandonado en una isla desierta. Tanto en esta obra como en sus *Mujeres troyanas*, Eurípides pinta un retrato conmovedor de las secuelas de la caída de Troya y de los aprietos de las mujeres cautivas.

Las hijas de Príamo y Hécabe tuvieron destinos variados. La profetisa Casandra, que ya había sufrido a manos de Áyax el menor durante la noche del saqueo, fue entregada como premio de guerra a Agamenón, por lo que luego fue asesi-

nada en Argos por Clitemnestra, la esposa de éste (cf. pp. 654-655).[251] Según una versión que ya se contaba en el *Saqueo de Troya*, Polixena fue asesinada sobre la tumba de Aquiles. Fuentes posteriores explican que el espíritu de Aquiles ordenaba que ella le fuese ofrecida como su parte del botín (o como su novia en la muerte), y mantienen que el sacrificio lo llevó a cabo el hijo del héroe, Neoptólemo. Aunque la obra de Sófocles que toca este tema, la *Polixena*, se ha perdido, puede encontrarse un relato completo de este episodio inquietante en la primera parte de la *Hécuba* de Eurípides. La idea de que el sacrificio era una especie de matrimonio forzoso aparece por primera vez en el período helenístico, en Licofrón. Séneca afirma de manera más explícita que Aquiles quería a Polixena como esposa póstuma en los Campos Elíseos.[252]

Los mitógrafos revisionistas tienen mucho que decir sobre Polixena. Filóstrato sugiere que acompañó a Príamo cuando visitó a los griegos para que le devolvieran el cuerpo de Héctor, y se enamoró de Aquiles en ese momento. Después de la muerte de él, ella se escabulló de la ciudad y se apuñaló sobre su tumba para así convertirse en su novia póstuma.[253] En narraciones de fuentes latinas, Aquiles la vio durante un descanso en la lucha y sufrió su propia muerte al intentar casarse con ella, pues Paris y Deífobo aprovecharon la negociación para asesinarlo en el santuario de Apolo *Thymbraios*, justo a las afueras de la ciudad.[254]

A pesar de que no está claro por qué las *Ciprias* debieran haber tenido algo que decir sobre la materia, en apariencia ofrecían un relato sobre el destino de Polixena diferente del que aparece en el *Saqueo de Troya*, pues se afirmaba que ella había sufrido una herida fatal a manos de Odiseo y Diomedes durante la toma de la ciudad y había sido enterrada por Neoptólemo poco después.[255]

De acuerdo con una narración de la que informa por primera vez Licofrón, a otra hija de Príamo, Laódice, se la tragó una grieta en la tierra cerca de la tumba de su antepasado Ilo. Quinto explica en su épica tardía que ella suplicó a los dioses para que se cumpliese su destino y para que la alejaran de la indignidad de la esclavitud.[256] La *Ilíada* se refiere a ella como la más bella de las hijas de Príamo, y menciona que estaba casada con Helicaón, hijo de Antenor. Es muy posible que su conexión con la familia de Antenor la salvara de la esclavitud en la épica primitiva, en especial porque en la *Pequeña Ilíada* Odiseo salvaba a su marido durante el saqueo.[257] Para una historia de amor helenística que declara que antes ella había dado un hijo a Acamante, el hijo de Teseo, cf. p. 491. Menos en las tradiciones más antiguas, en todas se decía que Eneas se había casado

con Creúsa, hija de Príamo. Polignoto la retrataba entre los cautivos troyanos en su pintura del saqueo;[258] mientras que composiciones literarias posteriores no se ponen de acuerdo acerca de si escapó con su marido o fue abandonada. En la versión más conocida, la de la *Eneida*, Eneas se aflige al descubrir que ella ha quedado atrás en su huida de la ciudad en llamas, y vuelve a buscarla; pero su espíritu se le aparece para decirle que se la ha llevado consigo la Madre de los Dioses, y que la voluntad divina es que viaje lejos sin ella.[259] Según Licofrón, sin embargo, los griegos permitieron a Eneas partir y coger aquello que pudiera llevarse encima, y él escogió llevarse a su padre y sus dioses del hogar antes que a su mujer, a sus hijos y sus propiedades; o bien escapó durante el saqueo también con su esposa y sus hijos.[260]

Capítulo XIV

El retorno de los aqueos y la descendencia de Pélope

Los viajes de retorno de los griegos

Las historias de los viajes de retorno (*nostoi*) de los griegos se recogieron en un relato épico especial dentro del ciclo troyano, *Nostoi* o los *Regresos*. Uno de sus temas centrales fue la ira de Atenea, provocada por un acto de sacrilegio cometido en su santuario por Áyax el menor durante el Saqueo de Troya (cf. p. 621), que fue dirigida no sólo contra él sino también contra los griegos en general por haber fracasado al castigarlo. La diosa sembró la discordia en el campo griego, e hizo que Agamenón y Menelao discutieran, por lo que volvieron a casa por separado acompañados de distintas secciones del ejército. Ella envió entonces una terrible tormenta contra la flota de Agamenón. Algunos héroes perdieron el rumbo, otros murieron mientras que unos pocos evitaron todos los peligros del mar al haber viajado por tierra. Los diferentes itinerarios y destinos de los griegos que retornaban formarán el tema de la primera mitad del presente capítulo. En particular, son cuatro los héroes que tienen historias interesantes asociadas con sus regresos. Odiseo vagó por tierras lejanas y llegó a reinos extraños y mares distantes, tal como se recoge en el segundo relato épico de Homero, mientras que Neoptólemo, hijo del fallecido Aquiles, viajó por tierra siguiendo el consejo de su divina abuela y se estableció en Epiro, en los márgenes noroccidentales de Grecia, con la viuda de Héctor como su concubina y la hija de Helena como esposa. Agamenón, por su parte, cruzó el mar sin encontrar obstáculos pero fue asesinado por su esposa (o el amante de ésta) al llegar a su hogar en Argos, mientras que su hermano Menelao se retrasó siete años en Egipto tras sufrir una tormenta que lo desvió de su camino, de manera que no puso pie en el Peloponeso hasta tiempo después de que Orestes vengara el asesinato de Agamenón, su padre. Da la casualidad de que este ciclo de conflicto y venganza intrafamiliar no era nada excepcional en la historia de la familia de Agamenón, los Pelópidas. Como los principales relatos míticos de los Pelópidas

recaen en ambos lados por igual de la guerra de Troya, dedicaremos la segunda mitad del capítulo a la sangrienta historia de la familia, trazando su historia originaria antes de volver a considerar el asesinato de Agamenón y todo lo que le siguió.

La ira de Atenea por el sacrilegio de Áyax Oileo y sus implicaciones en el retorno de los griegos

De todos los actos cometidos por los griegos durante el Saqueo de Troya, ninguno fue considerado tan vergonzoso como el sacrilegio de Áyax el menor cuando sacó a Casandra de su posición sagrada dentro del templo de Atenea e incluso la violó junto al altar en algunas versiones. En la narración más antigua recogida, extraída del *Saqueo de Troya* y que pertenece al ciclo épico, él la arrastró fuera mientras ella se agarraba a la imagen de culto de la diosa. Sus compañeros griegos se sintieron tan consternados por su comportamiento que lo habrían lapidado si no se hubiera refugiado en el altar de Atenea (¡parece que el mismo que había profanado!). El relato de este poema épico concluye con la ominosa afirmación de que la diosa planeaba llevar al desastre a los griegos en alta mar, posiblemente porque no habían conseguido vengar el sacrilegio.[1] Lo que resulta de la ira de Atenea ya se pone en evidencia en el relato de Néstor sobre el retorno griego en la *Odisea*, y fue fundamental para el argumento de *Regresos*, tal como se ha señalado. Resulta que ni la *Odisea* ni los testimonios que se conservan sobre *Regresos* hacen mención explícita de la causa de la furia de la diosa pero puede asumirse que el sacrilegio de Áyax era reprochable, tal como sin duda se indicaba en el *Saqueo de Troya* y comúnmente se acepta en la tradición posterior.

El regreso de los griegos quedó interrumpido de diversas maneras como resultado directo o indirecto del rencor de la diosa. Incluso antes de que la fuerza griega estuviera lista para partir, ella instigó a los dos líderes principales para que discutieran sobre la acción a seguir. Agamenón argüía que debían retrasar su marcha hasta que hubieran tomado medidas para calmar a la diosa, mientras que su hermano Menelao urgía a la partida inmediatamente. La flota se dividió a consecuencia de ello, por lo que Menelao y aquellos que compartían su opinión, incluido Néstor y Diomedes, partieron por delante de Agamenón y el resto del ejército. Cuando Agamenón posteriormente dirigió a los otros hacia el mar tras ofrecer sacrificios a Atenea, pronto pudo tener razones para suponer que la mente de la diosa no se había aplacado, puesto que la flota fue golpeada por una vio-

lenta tormenta en la que Áyax el menor, el causante de todo el conflicto, encontró una muerte merecida. Sin embargo, Agamenón escapó y llegó a casa sin contratiempos, al igual que lo hicieron Néstor y Diomedes tras haber partido previamente con Menelao. Menelao y Odiseo tenían reservados destinos particulares, y sus regresos se retrasaron durante varios años mientras vagaban por tierras extranjeras.

Hasta aquí *Regresos* coincidía con la *Odisea*, pero fue más allá de la épica antigua al ofrecer un recuento de dos viajes por tierra, el primero, el que dentro de Asia Menor emprendía el vidente Calcante y algunos compañeros, y el segundo el de Neoptólemo, que viajó por tierra hasta el norte de Grecia con Héleno y otros. La *Odisea* no hace mención del viaje anterior y se refiere brevemente a los viajes de Neoptólemo, de los que dice que llegó sano y salvo con los mirmidones, posiblemente tras haber cruzado el mar hasta la tierra de su padre en Tesalia (aunque esto no se afirma de forma explícita). Su abuela divina Tetis le aconsejó que viajara por tierra en *Regresos*, evidentemente porque ella era consciente de que la flota podría estar en peligro como consecuencia de la ira de Atenea.[2]

Menelao y Agamenón discuten incitados por Atenea y parten por separado con distintas secciones del ejército

Puesto que apenas hay evidencias en *Regresos*, aparte de un breve esbozo de su argumento, comenzaremos examinando en mayor detalle lo que Néstor y Menelao relatan sobre la vuelta de los griegos en la *Odisea*, para considerar luego cómo se desarrolló en la tradición posterior la historia de la gran tormenta. Cuando Telémaco, hijo de Odiseo, visita a Néstor y Menelao en la *Odisea* para obtener noticias de su padre, ausente durante largo tiempo, ellos tienen mucho que contar sobre sus propios viajes de retorno y la suerte corrida por sus camaradas. Néstor le dice que Zeus había planeado un regreso catastrófico para los griegos puesto que no todos ellos se habían comportado razonable o justamente (posiblemente durante el saqueo de la ciudad) y, según esto, muchos habían sufrido accidentes provocados por la ira de Atenea. La diosa inició el conflicto al incitar la pelea entre Agamenón y Menelao tras la caída de Troya. Los dos líderes convocaron un encuentro de tropas para exponer sus visiones contrapuestas: Menelao argumentaba que debían irse inmediatamente y Agamenón que debían retrasarse hasta que no hubieran ofrecido espléndidos sacrificios a Atenea (sin darse cuenta que no se aplacaría con ellos puesto que la mente de un

dios no se cambia en un momento). La reunión fue un error en la convocatoria y en el tono: tuvo lugar al atardecer cuando las tropas estaban confusas por los efectos del vino. En ella no se llegó a ninguna conclusión puesto que ninguno de los hermanos fue capaz de convencer más que a una parte de la audiencia. De modo que Menelao partió por mar a la mañana siguiente con la mitad de la fuerza griega mientras que las otras tropas permanecieron con Agamenón.[3]

Poco después de su marcha, Menelao y todos los que se habían embarcado con él pararon en la isla de Ténedos para ofrecer sacrificios que les aseguraran un regreso sin contratiempos. En este momento surgieron más disensiones y algunos decidieron dar la vuelta rumbo a Troya bajo el mando de Odiseo. Nada más se revela sobre el progreso de este grupo de barcos, pero sabemos, por la historia de Odiseo, que tomó rumbo a Tracia con doce barcos (cf. p. 635). Néstor y Diomedes se dirigieron a casa según el plan original y en un principio navegaron hacia el sur bordeando la costa asiática y fueron seguidos de cerca por Menelao, que los alcanzó en Lesbos. Navegaron cruzando el Egeo hasta Eubea, en donde pararon en el extremo sur para ofrecer sacrificios a Poseidón en agradecimiento por su viaje sin contratiempos. Diomedes llegó a su hogar en Argos sano y salvo al cuarto día de viaje, mientras que Néstor continuó su camino rodeando el borde sur del Peloponeso, en el que se benefició de vientos favorables hasta que alcanzó su ciudad de Pilo en la costa occidental.[4]

Menelao llega a Egipto y permanece en la zona durante ocho años

Menelao se separó de los otros poco después de dejar Eubea, porque su timonel Frontis murió repentinamente mientras la flota se aproximaba al extremo sur de Ática, y se vio por tanto obligado a acercarse a la costa para enterrarlo. Cuando reanudó el viaje, una violenta tormenta sacudió su flota frente al cabo Malea, en la esquina sureste del Peloponeso y su escuadrón de barcos se dividió en dos. Aunque algunos de ellos naufragaron y llegaron a Creta, Menelao fue conducido hasta Egipto con los cinco barcos que habían quedado y permaneció en esa región durante ocho años, en los que amasó una gran fortuna.[5] Tal como cuenta a Telémaco en la *Odisea*, tuvo una aventura curiosa cuando finalmente decidió emprender camino rumbo a casa en Esparta. Cuando intentaba salir al mar, tuvo que quedarse durante veinte días en Faro, una pequeña isla frente al delta del Nilo, debido a la falta de viento hasta que él y sus hombres se quedaron sin provisiones y no tuvieron más remedio que pescar, el último recurso

para un guerrero griego. Sin embargo, en último término la ninfa del mar Idótea sintió pena por él y le dijo que esperara a su padre Proteo, el Viejo del mar, que podría proporcionarle el consejo que necesitaba. Ella lo guió a él y a otros tres compañeros hasta la cueva en la que Proteo solía echar la siesta de la marea del mediodía entre sus manadas de focas. Ella los disfrazó envolviéndolos con pieles de foca recién desollada y les colocó una pizca de ambrosía bajo sus narices para contrarrestar el horrible hedor. Fueron así capaces de sorprender a Proteo, al que ataron fuertemente a pesar de que intentaba escapar cambiando constantemente de forma: primero se convirtió en un león, luego en una serpiente, en un leopardo, en un jabalí, en agua y en un enorme árbol. Cuando finalmente accedió a hablar, reveló que Menelao y sus seguidores habían quedado retenidos porque no habían ofrecido a Zeus y a los otros dioses los sacrificios adecuados antes de embarcar, y les recomendó que fueran al Nilo para rectificar su omisión. También pudo hablar con Menelao sobre el destino de Agamenón, Áyax y Odiseo, tal como veremos en breve. Al recibir las ofrendas que les eran debidas, los dioses otorgaron a Menelao un viento favorable que lo llevó rápidamente a casa. Cuando llegó se enteró de que el asesinato de Agamenón acababa de ser vengado por el hijo de este, Orestes.[6]

Aunque se nos ha dicho que Menelao permaneció en tierras extranjeras durante casi tanto tiempo como Odiseo, vagando por Chipre y Fenicia, visitando a los etíopes y libaneses así como a otros pueblos que hablaban lenguas extrañas, Homero no recoge aventuras específicas para él hasta el momento de su partida; todos esos años están esencialmente en blanco.[7] Evidentemente, el relato de sus viajes fue inventado (muy posiblemente por el mismo Homero) con un único fin: apartarlo hasta que el ciclo de venganza se hubiera completado dentro de la familia de su hermano, puesto que de otro modo hubiera sido difícil explicar la razón por la que Menelao no llegó a actuar tras el asesinato de su hermano y la usurpación del trono de Micenas.

No hace falta decir que Menelao estaba acompañado en sus viajes por Helena, su esposa recién recuperada. La *Odisea* hace mención de varios regalos que ella recibió durante su estancia en Egipto, en especial algunas drogas alucinógenas y un cesto de trabajo con ruedas.[8] Tal como se ha mencionado (cf. p. 576) existieron versiones no canónicas de su leyenda en las que ella permanecía en Egipto durante la guerra mientras que era su fantasma el que acompañaba a Paris hasta Troya; en ese caso, Menelao se reunió con la verdadera Helena cuando visitó Egipto tras la guerra y la rescató de manos de Proteo, rey de Egipto, o de su violento hijo y sucesor Teoclímeno.[9]

Según una leyenda helenística, el timonel de Menelao durante el viaje a Egipto fue un tal Canopo (o Canobo), llamado para este puesto tras la muerte de Frontis (cf. *supra*). Él fue el epónimo de la ciudad del mismo nombre en la desembocadura Canópica del Nilo. Mientras estaba en Egipto, Teónoe, hija del rey, se enamoró apasionadamente de él, y cuando murió por una mordedura de serpiente en la desembocadura del Nilo mientras él y sus compañeros se preparaban para partir rumbo a casa, Menelao y Helena lo enterraron en el lugar de la isla que lleva su nombre.[10] El nombre Canopo también fue dado a una brillante estrella en el cielo meridional (*Alfa Carina*), que no era visible desde la Grecia continental pero que surgía sobre el horizonte cuando los barcos viajaban al sur en dirección a Egipto. Parece que existía un mito astral en el que Canopo subía al cielo para convertirse tras su muerte en esta estrella.[11]

La flota de Agamenón es sacudida por una gran tormenta. Muerte de Áyax Oileo. Nauplio provoca naufragios

Aunque Menelao y Néstor pudieron obviamente no tener conocimiento directo de la suerte que corrió la flota de Agamenón en el mar, Menelao pudo informar sobre los hechos esenciales a Telémaco puesto que había preguntado a Proteo sobre este asunto. El Viejo del mar, que era una especie de vidente al igual que los demás dioses del mar, había declarado que sólo dos de los jefes griegos habían muerto desde la partida de Troya, Áyax el menor en el mar y Agamenón en su patria. Poseidón había hecho naufragar a Áyax y Agamenón había sido asesinado a su llegada a la Argólide. En relación con Áyax, Proteo había explicado que Poseidón lo había conducido a las rocas Girayas (de ubicación incierta, cf. *infra*), pero que al final lo había salvado del mar. Podría, por tanto, haber sobrevivido si no hubiera sido tan estúpido como para jactarse de haber escapado contra la voluntad de los dioses, lo cual ofendió enormemente a Poseidón, que con su tridente partió la roca en la que permanecía, y lo lanzó al mar dejando que se ahogara.[12] En cuanto a Agamenón, había escapado de los peligros del mar por la protección de Hera, pero había encontrado la muerte a manos del amante de su esposa, Egisto, tras poner pie en su tierra nativa.[13] Proteo también reveló que Odiseo seguía vivo aun cuando había perdido a todos sus compañeros y en ese momento permanecía en la isla de Calipso (cf. p. 640).[14] Néstor, por su parte, pudo informar a Telémaco que había escuchado noticias de los regresos sin contratiempos de Neoptólemo, Filoctetes e Idomeneo (todos los que, según parece, habían navegado con Agamenón).[15]

En la *Odisea* no queda claro si todos los griegos que habían navegado con Agamenón se vieron amenazados por la gran tormenta, tal como ocurría en *Regresos*. En la épica posterior, el espíritu de Aquiles se aparece a Agamenón y a los otros mientras navegan alejándose de Troya e intenta retener la flota al predecirles lo que les acontecería (evidentemente una tormenta que les sería enviada como resultado de la ira de Atenea). La tormenta desciende sobre ellos en las rocas Caférides y causa la muerte de Áyax el menor. Este mero bosquejo es todo lo que se recogía en el resumen del poema que ha pervivido.[16] Las rocas estaban localizadas en el cabo Cafareo, en el extremo sur de Eubea (la larga isla que bordea la costa este de la Grecia central). Según las fuentes posteriores, el marinero Nauplio, resentido contra los griegos desde la injusta muerte de su hijo Palamedes en Troya (cf. pp. 593-595), aprovechó la tormenta para dirigir muchos barcos hacia su destrucción. Consiguió esto al encender balizas luminosas en los promontorios, haciendo que los marineros se encaminaran hacia ellos al creer que estaban siendo guiados a puerto seguro, cuando en realidad los conducía hacia las rocas. En cualquier caso, el cabo Cafareo era célebre por su peligro para los navegantes, tal como lo atestigua su nombre posterior de Xilófago, «Comedor de madera».[17] Aunque Sófocles y Eurípides son los primeros autores que se destacan claramente por haberse referido a Nauplio como el causante de naufragios, es, como poco, posible que él ya figurara con ese papel en *Regresos*, puesto que se sabe que el relato épico se refería a él en algún contexto y situaba la tormenta en el mismo lugar.[18]

El emplazamiento de las rocas Girayas, donde se dice que Áyax el menor encontró la muerte en la *Odisea,*[19] fue discutido en la tradición posterior, puesto que algunos autores las situaban en el cabo Cafareo en Eubea, mientras que otros afirmaban que estaban más al sur, en una de las islas más pequeñas, ya fuera Míconos o Tenos. Las versiones posteriores sobre la progresión de la tormenta y la destrucción varían, ya que Áyax pudo haber muerto durante el desastre general en caso de que sucediera en Eubea, pero también pudo fallecer antes o después de que el grueso de la flota estuviera en grave peligro en caso de haber muerto más al sur, entre las islas más pequeñas del Egeo. Higino une todos los sucesos al afirmar que los dioses enviaron una tormenta contra los griegos en las rocas Cafareas porque habían expoliado los santuarios de los dioses, y que Atenea fulminó a Áyax con un rayo.[20] Por otro lado, Apolodoro recoge que Zeus envió la tormenta a petición de Atenea mientras la flota abandonaba Tenos, al sur del Egeo. Aunque Áyax pereció en ese momento, después de que su barco fuera destruido por un rayo, el resto de la flota fue conducida hacia Eubea, donde

una baliza manejada por Nauplio atrajo muchos barcos hacia el cabo Cafareo.[21] Había también versiones que contaban los sucesos en orden inverso al afirmar que la tormenta sacudió la flota frente a Eubea, causando la destrucción conocida, mientras que Áyax murió un tiempo después tras ser arrastrado hacia el sur, en dirección a las islas.[22]

A menudo se decía que Atenea había arrojado un rayo a Áyax o a su barco, o a los barcos griegos en general, incluso aunque ésta no fuera un arma común para ella; parece que la tomó prestada para este fin específico de su padre Zeus.[23] Según Apolodoro, Áyax escapó y se refugió en una roca una vez que el rayo hizo pedazos el barco, pero siguió jactándose de su buena fortuna (de forma muy similar a lo que hace en la *Odisea*), diciendo que había sobrevivido contra la voluntad de Atenea. Poseidón se irritó tanto por su soberbia que partió la roca con su tridente, haciendo que fuera empujado al mar y se ahogara. Su cuerpo apareció en la costa en Míconos, donde Tetis lo descubrió y enterró.[24] En una versión ligeramente distinta, el mar lo arroja a la playa en la vecina isla de Delos (que era demasiado sagrada para enterramientos humanos).[25] Las malévolas actividades de Nauplio figuran en la mayor parte de las recopilaciones. Higino llega a sugerir que mató a los supervivientes que consiguieron nadar hasta la costa.[26] Por extraño que parezca este tema para un dramaturgo, Sófocles retrata la venganza de Nauplio en una obra perdida llamada *Nauplio, el que atiza el fuego* (*Nauplios Pyrkaios*).

Aunque se supone que fueron muchos los barcos que naufragaron como resultado de la tormenta y también (al menos en la tradición posterior a los ciclos épicos) de la traición de Nauplio, las víctimas, casi sin excepción, fueron anónimas. El único héroe de cierta notoriedad del que se puede decir que murió frente a Eubea es Meges, hijo de Pileo y nieto de Augías, que lideró a los hombres de Duliquio y de las islas Equínades en Troya. Además de Meges, cuyas intervenciones en la *Ilíada* carecen de interés, a veces se citan dos víctimas que aparecen entre los líderes enumerados en el segundo libro del poema épico, Guneo de Epiro y Prótoo de Magnesia (aunque en otra versión se establecen en Libia).[27] Pareciera que el relato mitológico de la gran tormenta se elaboró en un período relativamente tardío, cuando ya se había establecido de forma sólida que la mayor parte de los héroes habían llegado sanos y salvos a casa.

En la tradición épica arcaica, tras la llegada a su hogar después de la guerra los héroes retomaron sus vidas normales con la excepción de Odiseo y Menelao. De hecho, de

ninguno de los líderes se decía que se hubieran desviado de su camino. Sin embargo, hay leyendas etiológicas de un origen más reciente en las que se afirma que tanto los héroes de mayor importancia como los de menor relevancia habían ido al extranjero para fundar nuevas ciudades en tierras lejanas, ya fuera porque el viento los desviaba de su camino mientras navegaban rumbo a sus casas o porque tuvieron problemas al llegar a sus hogares. Aunque cualquier consideración mitológica de este tipo nos alejaría de nuestro recorrido, merece la pena tomar en cuenta versiones helenísticas y otras posteriores que relatan cómo Diomedes y Filoctetes, dos héroes destacados de los que se afirma que volvieron sin problemas en la *Odisea,*[28] concluyeron su periplo en Italia.

Para explicar las razones por las que Diomedes pudo encontrarse con problemas cuando llegó a su hogar en Argos, algunos autores añadieron un epílogo a la historia sobradamente conocida de la *Ilíada* en la que se relata que había herido a Afrodita durante la batalla en Troya (cf. p. 596).[29] Por ello se sugería que la diosa del amor se había vengado de él incitando a su esposa Egialea a cometer adulterio con otros hombres y abandonarlo por Cometes, hijo de Esténelo (miembro de poca importancia de la familia real argiva, cf. p. 439). La pareja culpable intentó matar a Diomedes a su vuelta, de manera similar al mito mucho más antiguo de Agamenón y Clitemnestra, pero escapó al buscar asilo en el altar de Atenea (o de Hera) y posteriormente huyó a Italia.[30] En otra versión de la historia, el amargado Nauplio navegó hasta Argos para instigar a Egialea contra su esposo. Se dice en algunos casos que él también incitó la infidelidad de Clitemnestra y persuadió a la mujer de Idomeneo para que buscara un amante. Las fuentes que han sobrevivido no consiguen explicar cómo llevó a cabo esta delicada tarea.[31]

Cuando Diomedes llegó a Apulia, al sureste de Italia, Dauno, el gobernante local, le ofreció a su hija y una parte del reino si le apoyaba en una guerra contra los vecinos mesapios (calabreses).[32] Se dice que Diomedes fundó varias ciudades entre las que se incluyen Canusio, Siponto y Argiripa (Arpi, supuestamente llamada Argos Hipión, Argos de los caballos, en el momento de su fundación).[33] Ofrece algunas reflexiones personales sobre sus experiencias pasadas en la *Eneida* cuando unos enviados italianos lo visitan en Argiripa con el inútil propósito de sumar su apoyo contra Eneas.[34] La característica más memorable de esta leyenda itálica es la tradición asociada con los pájaros de Diomedes. Se dice que en la isla de Diomedea, frente a la costa de Apulia, donde se supone que el héroe fue enterrado, habitaban unos pájaros curiosos, amistosos con los visitantes griegos, pero hostiles con cualquier otro pueblo que pusiera el pie en la isla. Además, atendían la tumba de Diomedes y esparcían agua fresca sobre ella cada día. Aunque existe acuerdo en el hecho de que los pájaros eran los camaradas de Diomedes transformados (o

los descendientes de ellos), han aparecido versiones divergentes acerca de las circunstancias de su transformación. En una versión helenística recogida por Antonino Liberal (probablemente de Nicandro), fueron transformados por voluntad de Zeus, que se apenó de ellos después de que fueran asesinados por unos ilirios que codiciaban sus tierras. Esto explicaría la razón por la que eran tan hostiles a los extranjeros.[35] En algunas versiones latinas la transformación era un castigo impuesto por Afrodita, ya fuera porque su líder la había herido tiempo atrás o porque algunos de ellos habían abusado de ella al perseguirla después.[36] Posiblemente también pudieron ser transformados por un dios apenado después de que naufragaran en la isla y Eneas asesinara a traición a Diomedes.[37] También pudieron ser metamorfoseados por Atenea después de que Diomedes muriera a manos de Fauno o de un hijo suyo.[38]

El gran arquero Filoctetes también posee una leyenda italiana. Aunque Sófocles todavía indica un retorno feliz para él en *Filoctetes*,[39] cuya primera representación tuvo lugar en 409 a.C. Se cuenta que se separó en la ruta y llegó más al sur en Italia, ya fuera porque se desvió de su camino durante su viaje de vuelta o porque le recibió una revuelta cuando llegó a su hogar en el sur de Tesalia.[40] Se le atribuye la fundación de cuatro ciudades en su nueva tierra, en la punta de Italia, llamadas Petelia, Crimisa, Macala y Cone,[41] todas ellas totalmente insignificantes (característico de las fundaciones que se atribuyeron a héroes en la Magna Grecia, cf. p. 742). En el momento en el que terminaron sus andanzas, erigió un templo a Apolo *Aleios* (el errante) en Crimisa y colgó su gran arco como ofrenda al dios; en otras versiones ofreció su arco en el santuario de Apolo en Turios o en Macala (de donde posteriormente sería llevado a Crotona).[42] Otras reliquias de este tipo podían verse en esa parte del mundo. Por ejemplo, en la pequeña ciudad de Lageria, entre Turios y Metaponto, los visitantes podían contemplar las herramientas que habían sido utilizadas por Epeyo (su supuesto fundador) durante la construcción del Caballo de Madera.[43] Otro héroe destacable que pasó en la tradición a la Magna Grecia fue Idomeneo, rey de Creta; sin embargo los relatos que se inventaron para dar cuenta de su exilio (cf. p. 464) son más interesantes de lo que se recogió de su vida posterior.

Las aventuras de Calcante y otros griegos que viajaron por tierra en Asia Menor

Consideraremos ahora las aventuras de algunos héroes que viajaron por tierra tras la caída de Troya. En *Regresos* se mencionan dos grupos; por un lado el vidente Calcante y algunos compañeros con los que viajó hacia el sur en Asia

Menor; por otro lado, Neoptólemo y su grupo que partieron por tierra hacia el noroeste de Grecia.

Calcante y algunos de sus camaradas dejaron sus barcos en Troya y emprendieron viaje justo después de la partida de Agamenón hasta la ciudad de Colofón. Según nuestra relación de *Regresos*, lo acompañaron Leonteo y Polipotes[44] (líderes de los lapitas durante la guerra, cf. pp. 714-715). Algunas fuentes más tardías añaden los nombres de Podalirio, hijo de Asclepio y Anfíloco, hijo de Anfiarao.[45] Se dice que decidieron hacer este viaje por tierra porque sus barcos ya no podían zarpar o porque Calcante pudo pronosticar con sus poderes adivinatorios el peligro que esperaba a la flota en el mar.[46] Tras llegar a Colofón, Calcante y sus compañeros fueron recibidos por otro famoso vidente, Mopso, nieto del Tiresias, el gran vidente tebano (cf. p. 435). Sin embargo, y sin que pasara mucho tiempo, los dos adivinos discutieron sobre los secretos de su arte y terminaron retándose en una competición, empresa arriesgada para Calcante, puesto que un oráculo le había advertido que moriría si llegaba a encontrarse a un adivino mejor que él. En la versión de la historia ofrecida por Apolodoro, Calcante comenzó la competición preguntando a Mopso cuántos higos crecían en una higuera cercana. El otro afirmó que 10.000, o un celemín y un higo de más, lo cual resultó cierto. Pero cuando Mopso le preguntó después cuántas crías llevaba una cerda preñada, Calcante le contestó incorrectamente al decirle que eran ocho, a lo que Mopso le corrigió afirmando que la cerda daría a luz a nueve, todos ellos machos, a las seis de la mañana del día siguiente. Calcante quedó tan desesperado, cuando resultó ser correcto, que murió o se suicidó.[47]

Ésta parece ser una versión compuesta de dos relatos anteriores en los que Calcante hacía una única pregunta a Mopso. Puede observarse un esquema similar en la versión ofrecida por el poeta helenístico Licofrón. En un texto de Hesíodo, posiblemente de la *Melampodia*, Calcante moría después de que se descubriera que Mopso había dado la respuesta correcta a la pregunta de los higos,[48] mientras que en otra versión antigua atribuida a Ferécides, Calcante moría después de que Mopso respondiera correctamente a la pregunta sobre las crías de cerdo (en este caso al decir que la cerda preñada daría a luz a tres crías, una de ellas hembra).[49]

Según una versión totalmente distinta, la rivalidad entre Calcante y Mopsos fue creciendo por la posesión del oráculo de Apolo en Claros (cerca de Colofón, cf. p. 435) y llega a su punto culminante cuando Mopso predice la derrota de Anfímaco, rey de Lidia, en la próxima guerra, mientras que Calcante preconiza al rey la victoria. Cuando el rey fue finalmente vencido, Mopso llegó a ser aún más vene-

rado y Calcante se suicidó.[50] El resumen de Proclo en *Regresos* afirma, sorprendentemente, que Tiresias murió en Colofón y fue enterrado por los acompañantes de Calcante (sin embargo el nombre de Tiresias bien pudo sustituir al de Calcante por error).[51]

Tras la muerte de Calcante sus camaradas se dispersaron. Polipotes y Leonteo viajaron hacia el este y se asentaron en la tierra de los medos, o también pudieron haber vuelto a Troya para después tomar un barco rumbo a Tesalia.[52] Podalirio visitó el oráculo de Delfos para preguntar dónde debía establecerse y se le advirtió que hiciera su casa donde no sufriera daño si se desplomaba el cielo, por lo que se estableció en Síreo, en el Quersoneso cario, lugar rodeado de altas montañas.[53] Finalmente, Anfíloco, vidente como muchos de los descendientes de Melampo (cf. p. 557), se unió a Mopso para fundar un oráculo conjunto en Malo (Cilicia), situada en el extremo suroriental de Asia Menor. Aunque Anfíloco decidió viajar por mar hacia su hogar después de un tiempo, la situación allí no resultó satisfactoria y volvió a Malo un año después con la intención de reclamar su posición original, pero se encontró con la negativa de Mopso a aceptarlo de nuevo allí. Murieron uno a manos del otro cuando intentaron solucionar el asunto en un duelo singular. Sin embargo, siguieron trabajando juntos felizmente durante su existencia póstuma y continuaron profetizando en su oráculo conjunto, que era muy considerado en los tiempos helenísticos.[54] Otra tradición sugería que Anfíloco había fundado Argos Anfíloquia tras la guerra de Troya, ciudad en el golfo de Ambracia, al sur del Epiro.[55]

Neptólemo llega a Epiro con Héleno y Andrómaca. Matrimonio y muerte prematura

De Neptólemo, el joven hijo de Aquiles, habitualmente se decía que había evitado los peligros del viaje por mar. Según *Regresos*, fue por tierra siguiendo el consejo de su abuela Tetis, cruzando hacia el norte de Grecia a través de Tracia. Encontró a Odiseo durante su viaje al suroeste de Tracia, en la ciudad costera de Marinea (cf. p. 631), y enterró a Fénix, el anciano tutor de su padre, que murió en el camino. En vez de viajar a la tierra paterna en Tesalia (que nunca había visto puesto que se había criado en Esciros, la isla de la que provenía su madre, cf. p. 593), se estableció en el noroeste, en la tierra de los molosos, en Epiro.[56] Apolodoro añade dos detalles más que pueden provenir de la tradi-

ción épica más antigua, en la que se afirma que Neoptólemo viajó con la sección de la flota de Agamenón hasta Ténedos, pero se retrasó en la isla a instancias de Tetis cuando los otros emprendieron su viaje, y esperó allí durante dos días antes de continuarlo por vía terrestre. En esta versión, además, como en la mayor parte de las otras, iba acompañado por dos troyanos destacados, Andrómaca, viuda de Héctor, entregada en el reparto del botín, y el vidente Héleno, hijo de Príamo, que terminó enemistado con sus camaradas troyanos (cf. p. 607).[57] Aunque la mayor parte de las fuentes poshoméricas aceptan que se estableció en Epiro, en algunos casos se afirma que viajó parte del trayecto por mar, ya navegando hasta Tesalia, donde quemó sus barcos por consejo de Tetis antes de seguir por tierra hasta Epiro,[58] o por tierra, de lo que se deduce que llegó por error a Epiro cuando intentaba alcanzar por mar su tierra natal en Esciros.[59]

Al vencer al pueblo nativo en combate, Neoptólemo consiguió un reino para sí en Epiro, y se asentó allí con Andrómaca como concubina. Tuvo con ella un hijo, Moloso, que luego lo sucedió en el trono y dio su nombre a sus súbditos, los molosos.[60] Aunque Neptólemo también tenía una esposa legítima, Hermíone, hija de Menelao y Helena, generalmente se acepta que con ella no tuvo hijos. Según la *Odisea*, Menelao la había prometido con él en Troya y se la envió a la ciudad de los mirmidones (Ftía, el hogar de Peleo y de Aquiles en Tesalia) tras volver de la guerra,[61] pero en la tradición posterior normalmente se considera que ella vivió con él en Epiro. En muchos relatos desde el período clásico ella estaba prometida con Orestes mientras que Menelao estaba en Troya, por lo que surgía así el conflicto entre Orestes y Neoptólemo cuando este último reclamaba a su prometida al finalizar la guerra (cf. p. 663).

Peleo, abuelo de Neoptólemo, aún vivía al final de la guerra de Troya. La narración épica de Homero indica que el anciano rey de Ftía estaba en una posición tristemente vulnerable mientras que su hijo estaba lejos en Troya,[62] y algunas fuentes posteriores afirman que Acasto o sus hijos lo había expulsado de su reino tras la muerte de Aquiles. Acasto y su familia tenían realmente buenas razones para odiarlo puesto que había saqueado su ciudad, Yolcos (cf. p. 688 para las circunstancias). En una versión, Peleo intentaba encontrarse con Neoptólemo después de haber sido expulsado por Arcandro y Arquíteles, los dos hijos de Acasto, pero una tormenta lo lleva a la isla de Cos, donde lo acoge un tal Molo hasta su muerte.[63] La narración en *Regresos* afirma sin mayores explicaciones que Neoptólemo fue reconocido por su abuelo tras alcanzar la tierra de los molosos. Podríamos entonces asumir que Peleo viajó hasta allí en busca de su nieto tras ser expulsado de su reino.

Una fuente tardía, Dictis, proporciona una narración interesante que podría haberse originado en la tragedia, y en la que se cuenta que Neoptólemo viajó por mar desde Molosia para ayudar a su abuelo tras conocer su expulsión, y lo encontró escondido en una cueva en las Sepiades, un grupo de islas al suroeste de Tesalia. Neoptólemo mató a los dos hijos de Acasto, aquí llamados Melanipo y Plístenes, en una emboscada, cuando visitaban las islas en un viaje de caza; luego atrajo a Acasto a la cueva disfrazándose él mismo como troyano cautivo y diciéndole que Neoptólemo estaba allí sin protección. Sin embargo, Tetis intervino para evitar que Neoptólemo matara a Acasto y, tras conseguir escapar, éste aceptó abandonar toda reclamación sobre el reino de Peleo. De modo que Neoptólemo salió a reclamarlo en compañía de su padre y su abuela Tetis.[64] En pocos casos se sugería que el mismo Neoptólemo llegaba a gobernar en Ftía.[65] En algunas versiones, tal como veremos (cf. p. 688), Peleo mataba a Acasto antes de la guerra de Troya durante el saqueo de la ciudad de Yolcos.

Aunque aparecieron diversas narraciones sobre el curso preciso de los acontecimientos, en general se acepta que Neoptólemo tuvo una muerte violenta en Delfos no mucho tiempo después. Se pueden distinguir tres versiones principales sobre la historia de su muerte en las que se afirma o bien que murió en una pelea a causa de unos sacrificios, o que Orestes lo mató o organizó su asesinato porque estaba enojado por la pérdida de Hermíone.

(*i*) Según Píndaro, Neoptólemo visita Delfos para dedicar a Apolo algunas de las mejores piezas del botín de Troya, pero se ve envuelto en una discusión sobre la carne de los sacrificios y encuentra su muerte a consecuencia de ello. Tal como explican los escolios, mostró su desacuerdo a la práctica tradicional, por la que a los servidores del templo les correspondía la mayor parte de la carne.[66] Se dice que el hombre de Delfos que lo mató era un tal Maquereo (Hombre-cuchillo), hijo de Daitas (Divisor o Repartidor), cuyo nombre se refiere a un cuchillo especial o *machaira,* utilizado por los sacerdotes para repartir la carne. Dicho cuchillo pudo haber servido perfectamente como arma homicida cuando la disputa sobre la carne se volvió violenta. Píndaro menciona que se mató a Neoptólemo con una *machaira* (o es posible que hubiera pretendido que su audiencia recordara el nombre del asesino a partir de ella).[67] En una versión un tanto distinta que aparece en otro poema, Píndaro afirma que Apolo había planeado una muerte prematura para Neoptólemo por la forma en la que había matado a Príamo (esto es, en el altar de Zeus, cf. p. 614), y por tanto acabó con él mientras discutía con los sirvientes del templo.[68] Según Ferécides, Neoptólemo visitó Delfos para consultar al oráculo sobre la infertilidad de su matri-

monio, pero entró en cólera cuando vio a los habitantes de Delfos retirar carne del santuario e intentó quitársela. Aunque la cita que se conserva sigue afirmando que el héroe murió a causa de una *machaira*, el texto seguramente está corrupto, y podemos asumir con toda seguridad que había sido asesinado por un habitante de Delfos, como en otras ocasiones.[69]

(*ii*) Algunas fuentes afirman que Neoptólemo acude a Delfos para buscar reparación por parte de Apolo, por haber matado o ayudado a matar a su padre Aquiles en Troya (cf. p. 605 para las circunstancias). Cuando se dispone a saquear el templo o incluso a quemarlo, los sirvientes del templo lo matan, ya fuera específicamente Maquereo, o el mismo Apolo.[70]

(*iii*) En otras versiones Orestes mata a Neoptólemo en Delfos, o al menos organiza su muerte debido a su enojo tras haber perdido a su esposa Hermíone (cf. p. 663 para las circunstancias). Esta versión aparece por primera vez en *Andrómaca* de Eurípides, y es bastante posible que el autor fuera responsable de su invención; en cualquier caso no es muy antigua.[71] En esta obra en concreto, Hermíone no se había casado previamente con Orestes aunque había estado prometida con él (cf. pp. 662-663 para resumen del argumento y otras narraciones).

Neoptólemo recibió culto como héroe en su tumba de Delfos, que podía verse en el recinto de Apolo si se giraba a la izquierda antes de abandonar el templo. Píndaro indica que su muerte fue ordenada desde la divinidad, puesto que estaba destinado a cuidar de las ceremonias del santuario. Se supone que ayudó a los habitantes de Delfos cuando fueron atacados por los galos en 279 a.C.[72]

Las andanzas de Odiseo y su vida posterior

Odiseo navega sin rumbo por mares lejanos durante diez años

Odiseo se desvió de su ruta y estuvo viajando por el mar durante diez años antes de reunirse finalmente con su esposa Penélope en su Ítaca nativa; seguiremos sus aventuras tal como se describen en la *Odisea* y nos detendremos en cada llegada a tierra.

(*i*) Según el relato de Néstor sobre el regreso de los griegos en la *Odisea*, Odiseo en un principio había partido con la flota de Menelao, pero se separó de él a consecuencia de desavenencias no especificadas que tuvieron lugar cuando llegaron cerca de la isla de Ténedos (cf. p. 623), y se dirigió de nuevo a Troya con sus seguidores.[73] (*ii*) Odiseo no menciona nada de esto en su propio relato y

afirma someramente que el viento lo llevó de Troya a Ísmaro, ciudad de los cicones el suroeste de Tracia. Al comienzo tenía 12 barcos a sus órdenes. Emprende una incursión de rapiña en Ísmaro donde captura a las mujeres de la ciudad y gran cantidad de tesoros, pero cuando sus hombres insisten en retrasar la partida para festejar y beber, los cicones de los alrededores se reúnen para llevar a cabo un contraataque y expulsan a los griegos, que pierden muchos hombres.[74] Durante el saqueo de la ciudad, Odiseo protege a Marón, hijo de Evantes, sacerdote local de Apolo, junto a su mujer y a su hijo. Marón lo recompensa con algunos tesoros y doce jarras de vino dulce,[75] cuyo valor será incalculable, tal como veremos en breve, cuando su propia vida esté en peligro frente al cíclope Polifemo. (*iii*) Tras abandonar la tierra de los cicones, Odiseo y sus seguidores navegan hacia el sur durante dos días y noches hasta el cabo Malea, en el extremo suroriental del Peloponeso. Cuando intentan bordear el cabo para dirigirse a Ítaca (frente a la costa occidental de la Grecia continental), quedan atrapados por el salvaje viento del norte que los conduce por el mar durante nueve días y noches hasta la tierra de los lotófagos. Al igual que todos los lugares visitados por Odiseo durante sus viajes en tierras más lejanas, dentro del relato de Homero este país está situado en un territorio puramente mítico, aunque la tradición posterior lo ha localizado en la costa libia.[76] Cuando Odiseo envía algunos hombres a investigar, los lotófagos los reciben amistosamente y les ofrecen algunos de los frutos del loto que, al comerlos, les hacen olvidar su vuelta a casa y a sus amigos, y no desean más que quedarse allí mascando la fruta dulce como la miel. Al descubrir lo que había ocurrido, Odiseo los arrastra a la fuerza hasta los barcos y emprende viaje apresuradamente.[77]

(*iv*) Desde allí navega hasta la tierra de los cíclopes, una raza de gigantes con un único ojo en medio de su frente. Deja los otros barcos y sus tripulaciones en una isla deshabitada no lejos de la costa y va a explorar con su propia tripulación. Entra en la cueva desierta de un cíclope llamado Polifemo: dentro, las cestas rebosantes de quesos, y el lugar, atestado de corderos y cabritos. A pesar de las advertencias de sus compañeros que lo instan a robar algunas provisiones e irse inmediatamente, Odiseo insiste en esperar hasta que el dueño vuelva, llevado por la curiosidad de ver su apariencia y por la expectativa de recibir regalos como muestra de hospitalidad. Después de meter sus rebaños en la cueva, Polifemo bloqueaba la entrada con una enorme roca y al descubrir a los extraños muestra su idea de hospitalidad machacando las cabezas de dos de ellos y comiendo su carne para cenar. Por la mañana desayuna del mismo modo y luego lleva a sus rebaños a pastar, no sin antes empujar la roca de nuevo a su sitio

dejando a los hombres encerrados. Odiseo maquina entonces un modo de vengarse. Matando al gigante mientras dormía no conseguiría nada puesto que él y sus compañeros no podrían mover la roca, de modo que afila una estaca y endurece su punta al fuego para conseguir un arma útil contra el cíclope. Esa noche, después de que Polifemo se coma a otros dos hombres, le da un trago del fuerte vino que había recibido de Marón en Ísmaro. Cuando ya está muy borracho, él y sus hombres calientan la punta de la estaca y la utilizan para arrancar el único ojo de su carcelero. Polifemo llama con alaridos a sus compañeros cíclopes que viven en los cerros cercanos y que llegan rápidamente desde todas partes para enterarse de lo que pasa. Sin embargo, Odiseo, que estaba preparado para esta eventualidad le había dicho a Polifemo que su nombre era Nadie (*Outis*), de modo que cuando los cíclopes le preguntan qué le pasa y él les dice que «Nadie» le estaba atacando, ellos se van, suponiendo que sencillamente está enfermo, dado que nadie le está causando ningún daño. Por la mañana, cuando Polifemo abre la cueva para dejar salir las ovejas y las cabras, Odiseo y sus hombres escapan con ellas, cada uno de ellos amarrado a la parte baja de un carnero y Odiseo colgado de la tripa del más grande de ellos.[78] Mientras escapan en su barco, Odiseo, ya despreocupado por su triunfo, se mofa de los cíclopes y revela su auténtico nombre. Polifemo responde arrojando dos enormes piedras al barco que consigue escapar a duras penas de la destrucción y luego ruega a su padre Poseidón que actúe contra el recién identificado Odiseo. Pide que nunca llegue a su hogar, y en caso de hacerlo, que lo haga mucho tiempo después, tras haber perdido a todos sus camaradas y con problemas esperándole en su casa.[79]

(*v*) Tras su encuentro con los cíclopes, Odiseo recala sin problemas en la isla de Eolo, gobernante de los vientos que los agasaja a él y a sus hombres durante seis meses sin escatimar nada. Cada uno de los seis hijos de Eolo estaba casado con una de sus seis hijas y todos vivían juntos en palacio con su padre y su madre, donde celebraban fiestas a diario. Su reino era un lugar puramente mítico en la *Odisea*, una isla flotante rodeada de acantilados de bronce inquebrantable. Se llegó a sugerir en la tradición posterior que vivía en una de las islas Eolias (Lipari), al norte de Sicilia. En último término ayudó a Odiseo a emprender su camino y dejó encerrados todos los vientos excepto uno en un odre de piel dentro de su barco, de modo que sólo el suave viento del oeste quedó fuera para que lo condujera sano y salvo a casa. Cuando Ítaca se pone ya a la vista y parece que no hay razón para preocuparse, Odiseo se queda dormido después de todo el esfuerzo empleado al timón y sus hombres aprovechan la ocasión para conocer el contenido del odre, esperando encontrar regalos de plata y oro que él quiere guar-

darse para sí mismo. En cuanto lo abren, los vientos salen rápidamente y los devuelven a su punto de partida. Eolo despide a Odiseo sin prestarle más ayuda, con la excusa de que no es bueno para él ayudar a un hombre al que claramente odian los dioses.[80]

(*vi*) Tras seis días en alta mar, los viajeros alcanzan la tierra de los lestrígones, raza de gigantes caníbales. Cuando tres miembros de la tripulación son enviados a la costa para investigar se encuentran con la hija del rey que se dirigía a recoger agua, y los lleva a palacio. La reina, tan grande como una montaña, llama a su marido Antífates, que captura a uno de los hombres para su almuerzo mientras que los otros consiguen huir y llegar a los barcos. Alertado por los gritos de Antífates, el resto de lestrígones se dirige rápidamente hacia los acantilados que rodean el puerto y hunden los barcos que hay debajo arrojándoles grandes piedras. Luego arponean a los hombres en los barcos, como si fueran peces, para conseguir carne fresca. Odiseo y su tripulación logran sobrevivir porque su barco está anclado fuera de la entrada del puerto.[81]

(*vii*) El siguiente puerto en el que recala Odiseo es la isla mítica de Eea, la tierra de Circe, la hechicera, hija de Helios y la oceánide Perse, y hermana de Eetes.[82] Al observar una columna de humo que salía de la casa de Circe en el interior del bosque, Odiseo divide sus fuerzas en dos y envía a un grupo a investigar bajo el mando de su cuñado Euríloco. Al llegar a la casa del bosque encuentran leones y lobos fuera que les hacen carantoñas, alzándose sobre sus patas traseras y moviendo la cola en vez de atacarlos, como se podría esperar; pero no son sino seres humanos que Circe ha transformado con sus encantamientos. Circe se muestra enormemente amistosa y los invita a beber una mezcla de cebada que contiene una droga que los transforma en cerdos, aunque mantienen su inteligencia humana. Sin embargo, Euríloco permanece fuera, pues sospecha que les pueden tender una trampa. Vuelve rápidamente con Odiseo y da cuenta de lo que ha ocurrido. Odiseo acude aprisa al rescate, y en el camino encuentra a Hermes, que le da una hierba llamada *moly* que le sirve como antídoto frente a las drogas de Circe. Ella lo intenta con él y fracasa, quedando tan horrorizada cuando él muestra su espada que le propone arreglar sus diferencias en la cama. Ella jura no hacerle daño cuando haya depuesto la espada en el lecho y acepta devolver a sus camaradas a su estado original. En la tradición posterior, se dice que Circe tuvo hijos con Odiseo: Telégono (cf. *infra*), Latino y Agrio.[83] Cuando sus camaradas comienzan a impacientarse tras un año en la isla, él pide a Circe que les permita seguir su camino, pero se asusta cuando se le anuncia que primero debería ir a visitar los Infiernos para recibir una profecía del espíritu de Tiresias.[84]

(*viii*) Siguiendo las instrucciones de Circe, viaja por mar por el Océano Exterior hasta una tierra de tinieblas en el extremo occidental, y llega sin problemas hasta los confines del Hades (cf. p. 161). Tras verter sangre en una zanja para que las sombras beban de ella y recuperen su juicio, logra hablar con muchos de ellos, incluida su madre Anticlea, que había muerto (o posiblemente se había suicidado) durante su ausencia. Ella le habla de la situación en su hogar y de las penurias de su anciano padre Aertes.[85] Tiresias profetiza que volverá a casa a pesar de la oposición de Poseidón (enfurecido por la ceguera de Polifemo), pero le advierte que perderá a sus compañeros y su barco si en el camino dañan el ganado de Helios (cf. *infra*). También le dice que encontrará problemas en casa puesto que sus estancias estarán atestadas de pretendientes que cortejan a su esposa y esquilman sus bienes. Tras matar a los pretendientes deberá viajar al extranjero, al continente (así lo aconseja Tiresias) y seguir por el interior con un remo hasta encontrar gente que no sepa nada del mar y que confunda el remo con un bieldo. Deberá entonces plantar el remo en tierra y hacer las paces con Poseidón sacrificando un cordero, un toro y un jabalí en su honor. Al final, tras todas sus tribulaciones, tendrá una muerte pacífica entre sus gentes a una edad muy avanzada.[86] Se discuten otros aspectos de la visita de Odiseo a los Infiernos en relación con la mitología de ese territorio en el capítulo IV.

(*ix*) Tras volver a la isla de Circe, Odiseo parte rumbo a casa, y pronto se enfrenta con peligros temibles, ya advertidos por Circe.[87] Tiene que seguir su camino pasando primero junto a las Sirenas, demonios femeninos que cantan de manera tan hechizante que los marineros que van por allí son atraídos a su isla, donde aparentemente se consumen porque no pueden volver su atención a nada que no sea su dulce canto. Homero las describe sentadas en una pradera rodeadas de los restos de los cuerpos de sus víctimas. Odiseo ordena a sus hombres que se tapen los oídos con cera y él mismo se ata al mástil, dando órdenes estrictas de ser amarrado lo más fuerte posible para no soltarse. Pudo así disfrutar de la canción y vivir para contarlo.[88]

Puesto que nada se afirma sobre la apariencia externa de las Sirenas en la *Odisea*, Homero pudo haberlas imaginado como mujeres humanas en sus formas. Sin embargo, en la literatura posterior, así como en las artes visuales desde el tiempo de las primeras representaciones en el siglo VI a.C., normalmente se las presenta como criaturas similares a las Harpías con el cuerpo de pájaro y cabeza de mujer. Por lo general hay tres, aunque sólo dos aparecen en la *Odisea*; comúnmente se dice que eran hijas del dios río Aqueloo y una de las Musas.[89]

Según una tradición que aparece por primera vez en las *Argonáuticas* de Apolodoro, habían sido en algún momento sirvientas o compañeras de la joven Perséfone.[90] En conexión con esto se desarrollaron mitos de transformación para explicar su peculiar forma. Ovidio afirma que originariamente eran humanas pero que, cuando buscaban a Perséfone tras su rapto, pidieron estar dotadas de alas para poder también extender su rastreo por los mares.[91] En la versión de Higino, aparentemente se trató de un castigo impuesto por Deméter por no haber ido en ayuda de Perséfone.[92] También hubo una historia totalmente diferente en la que eran transformadas por Afrodita por haberse mofado de los placeres del amor.[93]

El poeta helenístico Licofrón es el primero que recoge que estaban condenadas a arrojarse al mar si alguien conseguía sobrevivir tras oír su canto, tal como hizo Odiseo.[94] Tradiciones locales de la Magna Grecia afirman que sus cuerpos fueron empujados por la marea a diversas partes del litoral desde Nápoles hacia el sur.[95] La sirena Parténope, supuestamente aparecida en la costa de Nápoles, tuvo un culto muy interesante allí, así como un festival anual en el que se la veneraba con carreras de antorchas.[96]

Cf. pp. 514-515 para el encuentro de los Argonautas con las Sirenas, que tiene lugar en un período anterior dentro de la historia mítica. Hay también una extraña historia en la que Hera las convence para que tomen parte en un certamen de canto con las Musas (cf. p. 277), que celebraron su victoria arrancando las plumas de las Sirenas y haciéndose coronas con ellas.[97]

Odiseo sabía por Circe que tendría que elegir entre dos rutas posibles tras dejar atrás a las Sirenas, ya fuera sorteando los peligros de las Rocas Errantes (*Planktai*) o pasando por los estrechos entre la monstruosa Escila y el remolino Caribdis; puesto que Circe le había advertido que sólo un barco, el *Argo*, había sobrevivido a las Rocas Errantes, y con ayuda de las Nereidas (cf. p. 515), él estaba obligado a elegir la última ruta.[98] Como prefería perder alguno de sus hombres en manos de Escila a enfrentarse al riesgo de que su barco y toda la tripulación sucumbiera en el remolino, Odiseo se encaminó más cerca de Escila que de Caribdis. El monstruo de seis cabezas, que vivía en la cueva de un acantilado, se llevó a seis hombres pero el resto de la tripulación sobrevivió sin sufrir daño alguno.[99]

En la descripción de Homero, Escila tiene doce piernas y seis largos cuellos que terminan, cada uno de ellos, en una temible cabeza con tres filas de dientes. La parte inferior de su cuerpo está escondida en su cueva pero puede sacar los cuellos para capturar delfines, focas o marineros de los barcos que pasan por allí.[100]

La tradición posterior sugería que vivía en una cueva en el estrecho de Mesina, el estrecho canal que separa la Italia continental de Sicilia, aunque los racionalistas se apresuraron a descartar esta leyenda marinera alegando que era un remolino, una roca u otro peligro natural de la zona lo que estaba detrás del mito.[101] Normalmente, en las obras de arte aparece representada con cabeza y parte superior de mujer y una parte inferior formada por una o dos colas de pez o de dragón, y a menudo con la parte delantera de uno o más perros que surgían de sus caderas. Autores tardíos explican su forma monstruosa por medio de relatos de transformación. Al saber que Poseidón había comenzado una relación amorosa con Escila (aquí descrita como hija de Forcis), su esposa Anfitrite esparció hierbas mágicas en el lugar donde se bañaba, lo cual hizo que pasara de ser una hermosa ninfa a un monstruo de varias cabezas.[102] En la versión de Ovidio, el dios del mar, Glauco, se enamoró de Escila y buscó la ayuda de la hechicera Circe al no obtener respuesta de aquélla. Pero la misma Circe se enamoró entonces de Glauco y estaba tan celosa cuando él confirmó su amor por Escila que la transformó en un monstruo tras esparcir hierbas en el lugar donde se bañaba y pronunciar conjuros mágicos.[103]

(*x*) Los viajeros llegan después a la isla de Trinacia donde pasta el ganado del dios sol Helios al cuidado de sus hijas Faetusa y Lampetia. Como Tiresias y Circe le habían advertido, Odiseo hace que sus hombres juren que bajo ningún concepto matarán una cabeza de ganado, pero cuando comienza a escasear la comida tras un mes retenidos en la isla debido a los vientos adversos, matan algunos animales sin el conocimiento de su jefe, mientras él está en otra parte de la isla pidiendo ayuda a los dioses. Lampetia da cuenta del robo a su padre Helios, que presenta a su vez la queja a Zeus. Mientras el barco de Odiseo se aleja de la isla, Zeus lanza un rayo que provoca la muerte de toda la tripulación excepto de Odiseo.[104]

(*xi*) Cuando intenta proseguir su camino en una balsa hecha con restos del naufragio, Odiseo casi perece engullido por Caribdis, pero sobrevive y va a dar a la isla de Calipso nueve días después.[105] Calipso, descrita como hija de Atlas, era una diosa menor que vivía por su cuenta en la isla de Ogigia. Ella queda prendada del hermoso extranjero y lo retiene en la isla como su amante durante siete años. Aunque le ofrece la inmortalidad y la juventud eterna, él añora a su esposa y su tierra natal, y su sufrimiento aumenta con el tiempo. Atenea interviene en último término ante los dioses en su nombre y urge a Zeus para que envíe a Hermes ante Calipso y lo libere. Ella da su consentimiento a duras penas y lo ayuda a irse dotándolo de herramientas y materiales que le permitan construir una embarcación grande.[106]

(*xii*) Odiseo viaja por mar durante 18 días hasta llegar a Esqueria, la tierra de los feacios. Antes de poder alcanzar la costa, su enemigo Poseidón, que había estado lejos banqueteando con los etíopes, ve su barco y se percata de que los dioses han debido acudir en su ayuda. El dios comienza entonces a trabajar para revertir su buena suerte, haciendo que una potente tormenta destruya su embarcación (cf. p. 149). Leucótea (anteriormente Ino, cf. p. 547) es testigo de su difícil situación y, apiadándose de él, le presta su velo divino (*kredemnon*). Le indica que se salvará de morir ahogado si lo ata alrededor de su pecho. Tras dos días y noches en el agua, consigue, debilitado y exhausto, llegar a la costa junto a la desembocadura de un río, en Esqueria. En cuanto deja el velo en el agua para que Leucótea pueda recuperarlo, se tumba bajo unos matorrales cercanos y se queda dormido.[107]

A la mañana siguiente, Nausícaa, la hija de Alcínoo, rey de los faecios, acude a la desembocadura con sus doncellas para lavar las ropas de la casa. Despiertan a Odiseo mientras juegan a la pelota, y él sale de los arbustos para saber lo que pasa, desnudo y cubierto de sal. Rápidamente se cubre con una rama llena de hojas. Nausícaa queda frente a él, mientras sus doncellas huyen, y reacciona de forma comprensiva cuando le explica sus tribulaciones y le pide ayuda. Tras proporcionarle ropas y algo de comer, lo guía a la ciudad y le advierte que se acerque a su madre Arete como un suplicante, puesto que ella era enormemente respetada tanto por el rey como por el resto del pueblo.[108] El rey y la reina le dan la bienvenida y lo reciben en palacio, y en un gran banquete celebrado al día siguiente todos los presentes escuchan con silencioso interés la historia de sus aventuras. Nos enteramos de la mayor parte de lo que conocemos sobre sus andanzas a partir de su propia narración en este momento.[109] Tras cargar el barco con magníficos regalos y ofrecer los sacrificios correspondientes, Alcínoo despide a Odiseo en su partida a la mañana siguiente. Mientras el barco mágico navega con rapidez por el mar en un viaje que dura 15 días, más rápido que el más veloz de los pájaros, Odiseo se queda dormido en una alfombra de cubierta. Al llegar a Ítaca, los marineros lo dejan en la costa y esconden los regalos bajo un olivo cercano. Cuando se despierta solo en un litoral no se da cuenta de que ha llegado a casa tras todos esos años errante, hasta que Atenea, su protectora, le informa.[110] Poseidón se tiene que conformar convirtiendo el barco feacio en piedra en su viaje de retorno, como recuerdo (que fue tenido en cuenta) de que los feacios no deberían proporcionar en el futuro el paso por mar a los mortales.[111]

La venganza de Odiseo. Reunión con su esposa Penélope

A fin de proteger a Odiseo mientras prepara su venganza contra los pretendientes, Atenea altera su apariencia para que se le confunda con un viejo mendigo y le señala que se refugie con su fiel porquerizo Eumeo mientras ella viaja por el Peloponeso a convocar a su hijo Telémaco (estaba visitando a Néstor y Menelao en busca de noticias de su padre).[112] Odiseo revela su auténtica identidad a Telémaco tras su llegada, aunque no a Eumeo, y los tres se dirigen a palacio a la mañana siguiente. Aunque el rey disfrazado recibe un emotivo recibimiento de su viejo perro Argos, que lo reconoce, los pretendientes lo confunden con un mendigo, como era de esperar. El jefe de ellos, Antínoo, lo trata con gran brutalidad y le arroja un banco provocando una pelea entre Odiseo y el mendigo Iro. Una vez que los pretendientes se sacian de comida y bebida a última hora del día, a petición de Telémaco se dirigen a sus casas para pasar la noche, lo que les permite prepararse para el enfrentamiento que está por llegar. Retiran entonces todas las armas y armaduras de la sala y las guardan bajo llave en un trastero.[113]

Fingiendo ser hermano de Idomeneo, rey de Creta y anfitrión de Odiseo poco antes de la guerra, el camuflado Odiseo se gana la simpatía de Penélope que en ese momento está ya al límite de su resistencia. Ella había intentado alejar a los pretendientes diciéndoles que no podría casarse hasta que hubiera tejido un sudario para el momento en el que muriera su suegro Laertes, labor que se prolongaba puesto que deshacía cada noche el trabajo hecho durante el día; pero la estratagema había sido descubierta por una de sus doncellas y en ese momento llegaba al final de la tarea. Instigada por Atenea, revela su pretensión de anunciar al día siguiente por la mañana su compromiso con el pretendiente que pueda tensar el arco de su marido (un arma formidable que requería una fuerza tremenda para ser tensada) y haga pasar una flecha por una fila de hachas de doble cabeza.[114] Mientras a la mañana siguiente los pretendientes intentan esta hazaña, Odiseo se retira durante un momento para revelar su identidad a Eumeo y el vaquerizo Filetio, y vuelve al salón con ellos mientras el certamen apunta una conclusión poco satisfactoria para los pretendientes. En el momento en el que queda claro que ninguno de ellos es capaz de cumplir con los requisitos, Odiseo, disfrazado, pregunta, de modo aparentemente ingenuo, si puede intentarlo una vez. Penélope rechaza las objeciones de los pretendientes y considera vergonzoso que se trate a un extraño con descortesía; asimismo Telémaco, que conoce el plan de su padre, se muestra favorable a su petición.

Penélope deja la sala a ruego de su hijo antes de que el extraño comience su tarea. Tensa el arco sin dificultad, lleva a cabo la acción prescrita y después dispara a Antínoo, el arrogante cabecilla de los pretendientes, en el cuello. El resto de pretendientes tiembla de miedo cuando él les revela su identidad y en la feroz pelea que sigue los mata a todos con ayuda de su hijo y de sus dos fieles sirvientes, así como también de Atenea que interviene en ese momento para desviar las flechas de los pretendientes.[115] Odiseo y sus ayudantes completan la tarea ahorcando a doce desleales doncellas del servicio que habían conspirado con los pretendientes y matan al cabrero Melantio, que los había ayudado durante la lucha llevándoles armas del trastero.[116] Euriclea, una sirvienta anciana que había reconocido por una cicatriz a Odiseo disfrazado, avisa entonces a Penélope del regreso de su esposo y de la muerte de sus pretendientes. La pareja pasa la noche en su extraordinario tálamo, construido por Odiseo alrededor de un olivo mucho tiempo antes.[117] Al día siguiente, Odiseo anuncia a su padre Laertes su llegada y el deseo de venganza de los familiares de los pretendientes rápidamente llega a su fin gracias a la intervención de Atenea.[118]

Relatos poshoméricos sobre la vida posterior de Odiseo

Odiseo vuelve a tomar posesión de su reino con buenos auspicios al final de la *Odisea*, y asumimos que vivirá allí feliz a partir de entonces, junto con su fiel esposa. Sin embargo, esta historia siguió más allá en el último relato épico del ciclo troyano y la tradición posterior. El relato épico en cuestión, la *Telegonia*, llamada así por Telégono, el hijo que Odiseo tuvo con Circe, era un poema épico que lo llevaba al extranjero para vivir más aventuras y le proporcionaba a su regreso una muerte exótica. Se recordará que, cuando Odiseo encuentra a Tiresias durante su visita a los Infiernos en la *Odisea*, el vidente le insta a que visite el continente tras matar a los pretendientes para ofrecer sacrificios a Poseidón. Aunque esto es simplemente considerado como una visita temporal en el relato homérico, el autor de la *Telegonia* tomó la historia y la extendió para incorporar a Odiseo en un largo enredo en el extranjero, ya que cuando llegó a la tierra de los tesprotos, al noroeste de Grecia, con el fin de ofrecer los sacrificios, su reina, Calídice, le pidió que se quedara y le ofreció el trono. De modo que permaneció allí y se casó con ella (¡parece que olvidando a Penélope!) y tuvo un hijo con ella, Polipetes. Venció a un pueblo vecino, los brigos, cuando intentaban atacar el reino, incluso a pesar de obtener una victoria inicial con el apoyo del dios de la guerra Ares.[119]

Tras la muerte de Calídice, Odiseo traspasó el reino trespoto a Polipetes y volvió a Ítaca. Mucho tiempo antes, había tenido un hijo con Circe, Telégono, que había crecido en su isla remota durante todo ese tiempo. Al saber por su madre que era hijo de Odiseo, Telégono decidió partir en su busca, y llegó a la costa de Ítaca casualmente justo después de que su padre hubiera vuelto de Tesprotia. Sin tener idea de dónde estaba, comenzó a saquear la isla (o simplemente a robar algo de ganado) pero cuando Odiseo apareció apresuradamente para defender su reino y propiedades, Telégono le hirió fatalmente sin saber de quién se trataba.[120] Telégono portaba un arma singular, una flecha con la punta formada por el aguijón de un pez raya que había sido fabricada para él por Hefesto a petición de Circe, para la que se utilizó una raya pescada por el dios del mar Forcis.[121] Este relato de la muerte de Odiseo parece estar inspirado en unas palabras de Tiresias en la *Odisea,* en las que el adivino predice que la muerte le llegará *ex halos*[122] (que podría significar «fuera del mar», aunque evidentemente significa «lejos del mar» en el contexto original). Cuando Telégono descubrió la identidad de su víctima, quedó abrumado por el dolor y volvió por mar a la isla de Circe con el cadáver de su padre, en el viaje también iban Penélope y Telémaco. La *Telegonia* llega al absurdo más absoluto en este momento (si no lo había hecho antes) al concluir con un par de bodas en las que Telégono se unía a Penélope, la viuda de su padre, mientras que Circe lo hacía con Telémaco, el hijo de su anterior amante. Sabemos por un resumen del poema épico que se conserva, que Circe concedió la inmortalidad a Telégono, Telémaco y Penélope. Según un texto posterior, posiblemente también derivado del poema, envió a Telégono y Penélope a las Islas de los Bienaventurados.[123]

Son muchos los relatos recogidos acerca de los días finales y el destino último de Odiseo y Penélope a partir de la tradición posterior. Para dar un ejemplo significativo, podemos hacer mención de tres historias citadas por Apolodoro como variantes tras su resumen de los sucesos de la *Telegonia*. Odiseo envió a Penélope a casa de su padre puesto que había sido seducida por el líder de los pretendientes, Antínoo, y por el camino, dio a luz a Pan, nacido de su unión con Hermes. También se dice que Odiseo la había matado porque había sido seducida por Anfínomo (otro de sus pretendientes, que se presenta en la *Odisea* como el más civilizado y escrupuloso entre sus compañeros). O que Odiseo fue sentenciado al exilio por haber matado a los pretendientes y buscó refugio en la corte de Toante en Etolia (cf. p. 545), donde se casó con la hija del rey, con la que tuvo un hijo.[124] Relatos de este tipo tienen realmente poco interés aparte de su curiosidad. Sin duda es mejor dejar

a Odiseo y a Penélope en el punto en el que los deja Homero al final de la *Odisea*, viviendo juntos en paz en Ítaca después de tantas aventuras y desgracias.

La descendencia de Pélope

Mientras Agamenón estaba lejos, en Troya, su esposa Clitemnestra tomó a su sobrino Egisto como amante y los dos se unieron para tramar el asesinato del rey a su vuelta. Como hijos de Atreo y Tiestes respectivamente, Agamenón y Egisto pertenecían a dos ramas diferentes de la familia pelópida, dividida por el odio mutuo desde el momento en que Atreo y Tiestes comenzaran a competir por todos los medios por el trono de Micenas, que había estado bajo gobierno ináquida hasta aquel momento. Los Pelópidas habían llegado con posterioridad, no sólo a Micenas y la Argólide, sino incluso al mismo Peloponeso puesto que Pélope, el padre de Tiestes y Atreo, había sido el primer miembro de la familia que se había establecido en Grecia, y que había nacido en Asia Menor, donde su padre Tántalo había gobernado en el extremo de Lidia. Antes de entrar a considerar el regreso de Agamenón y la muerte que le esperaba en su tierra, trazaremos la violenta historia de su familia desde sus comienzos.

Tántalo de Lidia y sus hijos

Pélope, el fundador de la familia Pelópida en Grecia, era el epónimo de Peloponeso (la isla —en realidad, península— de Pélope). Gobernó en Pisa, al noroeste del Peloponeso, mientras sus descendientes más notables, Agamenón y Menelao, subieron al poder en Micenas y Esparta, que previamente habían sido gobernados por los Ináquidas (cf. p. 321) y Atlántidas (cf. p. 675) respectivamente. Si el gobierno pelópida se estableció tarde en esos centros, también duró relativamente poco tiempo, puesto que el regreso de los Heraclidas, cincuenta (o cien) años tras la guerra de Troya, marcó el fin del poder de la familia en la península (cf. p. 381).

Aunque se conjeture que Pélope surgió como epónimo del pueblo del Peloponeso, con cuyo nombre se relaciona, posiblemente el de «pélopes»,[125] se consideraba que venía de oriente en la tradición más arcaica, como hijo de Tántalo que gobernaba las tierras que rodeaban el monte Sípilo en Lidia. Según la tradición que recoge por vez primera Eurípides, Tántalo era hijo de Zeus, y se decía que su madre debió ser una tal Pluto (Riqueza), lo cual parece bastante

apropiado para un hombre proverbialmente conocido por su fortuna.[126] Además de disfrutar de una excepcional riqueza material, obtuvo el privilegio del favor especial de los dioses, que le permitían relacionarse con ellos en términos familiares así como formar parte en sus festejos. Pero como ya hemos visto, su buena fortuna le hizo caer en la presuntuosidad y fue condenado a tormento eterno por abusar de sus privilegios. Para los diferentes relatos sobre su crimen, y la naturaleza de su castigo póstumo (cf. pp. 171-172). Tuvo una hija, Níobe, que se casó con Anfión, rey de Tebas, pero volvió a su hogar asiático para morir (cf. pp. 218 y 403), así como dos hijos, el gran Pélope y su hermano Bróteas, mucho menos famoso, que permaneció en Asia Menor.[127]

A Tántalo se le atribuye en algunas ocasiones otro hijo, Dáscilo, que gobernó a los mariandinios (Bitinia), en la costa norte de Asia Menor. Lico, hijo y sucesor de Dáscilo, ofreció una amistosa bienvenida a los Argonautas cuando recalaron en su tierra durante su viaje a la Cólquide (cf. p. 509). Según Apolonio, les contó que Heracles había visitado a su padre cuando viajaba a través de Asia para conseguir el cinturón de la reina amazona Hipólita, y que le había ayudado a someter algunos pueblos vecinos. En otro relato, Heracles llevaba a cabo tales servicios para el mismo Lico. Aunque Apolonio no dice nada sobre el origen de este linaje real, los antiguos comentaristas recogen que Dáscilo estaba clasificado como hijo de Tántalo en las obras de Herodoto y Ninfis (finales de los siglos V a.C. y III a.C., respectivamente), ambos autores originarios de Heráclea Póntica, colonia griega fundada en esa área en el siglo VI a.C.[128]

Además de las leyendas que ya han sido consideradas en las que se dice que Tántalo había sido castigado en los Infiernos por un crimen cometido contra los dioses, se recoge un relato posterior de crimen y castigo que difiere de todos los demás. Uno de los santuarios de Zeus en Creta estaba custodiado por un perro de oro, un autómata extraordinario al que Hefesto había dado forma. Este perro fue robado en una ocasión por un tal Pandáreo, hijo de Mérope, ciudadano de Mileto en Asia Menor (o de la ciudad cretense del mismo nombre), que lo llevó por el continente asiático y lo confió a Tántalo para que lo guardara. Cuando Hermes fue en su busca a instancias de Zeus, Tántalo juró por Zeus y otros dioses que no sabía nada del perro perdido, pero Hermes, sin embargo, lo descubrió en su casa. Entonces Zeus formó el monte Sípilo sobre él para castigarlo por su perjurio.[129] Como autor del robo, Pandáreo intentó escapar del castigo huyendo a Atenas y de ahí a Sicilia, junto con su esposa Harmótoe y sus tres hijas solteras, pero Zeus, que vio su huida, lo mató junto a su esposa y entregó sus hijas a las Harpías.[130] En otra

versión recogida en la antología de Antonino Liberal sobre mitos de transformación, Zeus castigó a Pandáreo convirtiéndolo en piedra. Aunque se afirma aquí que Tántalo juró en falso a Pandáreo cuando éste apareció para reclamar el perro, se podría sospechar que sencillamente se trata de un error, puesto que se cuenta que Zeus lo castigó por perjuro en la manera ya conocida. Según este autor, Rea había colocado el perro como custodio de la cabra que había amamantado al pequeño Zeus en su cueva sagrada de Creta y, posteriormente, Zeus lo había designado guardián de la cueva.[131]

Hay muy pocas evidencias recogidas acerca de Bróteas, hijo de Tántalo. Una imagen antigua de la Madre de los Dioses, en la falda del monte Sípilo (que todavía se conserva y que realmente es de origen hitita) se identificó en la tradición local como obra de Bróteas. La versión de Apolodoro sobre su muerte sólo se conserva en un resumen bastante exiguo, que afirma que no rindió culto a Ártemis y pidió que ni siquiera el fuego pudiera hacerle daño, por lo que se volvió loco, posiblemente por deseo de la diosa, y se arrojó él mismo al fuego. No se conoce si vivió lo suficiente como para suceder a su padre en el trono.[132]

En uno de los numerosos relatos sobre su crimen, se dice que Tántalo mató a su otro hijo, Pélope, mientras era todavía un niño y sirvió su carne como comida a los dioses para probar su omnisciencia. Ellos, sin embargo, reconocieron la naturaleza de la carne e inmediatamente lo recompusieron y le devolvieron a la vida, en algunas versiones hirviendo sus restos en un caldero.[133] Solo Deméter había comido algo de la terrible carne, en concreto uno de sus hombros, mientras estaba concentrada en su dolor tras la pérdida de su hija Perséfone, pero lo compensó proporcionándole uno nuevo de marfil (o quizá los dioses le repusieron el hombro, o lo hizo Hermes a las órdenes de Zeus).[134] Entonces se volvió más hermoso que ninguno y creció siendo tan bello que Poseidón se enamoró de él y lo llevó durante un tiempo al Olimpo.[135]

Pélope consigue una esposa y un reino en el Peloponeso

Después de haber sido devuelto a la tierra, sus pensamientos se encaminaban al matrimonio y decidió pedir la mano de Hipodamía, hija de Enómao, rey de Pisa (región de Olimpia en la parte occidental del Peloponeso). Él sabía que sería una empresa peligrosa puesto que su padre obligaba a todos los pretendientes a competir con él en una carrera de carros bajo ciertas condiciones. El candidato debía llevarla a ella en su carro y partir por delante de Enómao, que

quedaría atrás hasta que hubiera sacrificado un cordero a Zeus. Si alcanzaba al pretendiente (lo cual era probable porque su padre Ares le había proporcionado un grupo de caballos inmortales), lo mataba disparándole una flecha por la espalda. Pero si el pretendiente lograba escapar, podría tomar entonces a Hipodamía como esposa. Más de doce aventureros habían muerto de esta manera antes de la llegada de Pélope; pero éste tenía una ventaja sobre sus predecesores, puesto que pudo recurrir a la ayuda de su divino admirador Poseidón, que le dio un carro dorado tirado por caballos alados (o también un carro con alas).[136] Aunque, sin duda, esto pudo haber sido suficiente para asegurar su victoria en la historia original, un acto de traición por parte del auriga de Enómao se convirtió en el factor decisivo en la tradición posterior más habitual. Pélope sobornó a este auriga, Mirtilo, hijo de Hermes, prometiéndole parte del reino o una noche con Hipodamía.[137] También es posible que Hipodamía lo convenciera para actuar en su nombre, enamorada de su nuevo pretendiente.[138] Mirtilo saboteó el carro de su patrón al no insertar las pezoneras en los ejes de las ruedas (o al sustituir dichas pezoneras por un simulacro de cera, lo cual hizo que el rey saliera despedido y muriera cuando acometía la persecución de Pélope).[139] Tal como ocurre a menudo en historias de este tipo, Mirtilo no obtuvo beneficio de su traición, puesto que Pélope lo mató poco después, ya fuera para salvarse de pagar el premio prometido,[140] o porque Mirtilo intentó violar o simplemente besar a Hipodamía, o porque ella lo acusó falsamente de haberlo hecho.[141] Algunos dicen que Enómao maldijo a Mirtilo por su perfidia antes de sucumbir a sus heridas y rogó que muriera a manos de Pélope. Al empujarlo fuera de su carro mientras iba viajando por el cielo, Pélope hizo que se precipitara y se hundiera en el mar, en la zona suroeste del Egeo que fue conocida desde entonces como mar de Mirto. Mientras caía por el aire, Mirtilo maldijo la casa de su asesino, una maldición destinada a cumplirse extensamente.[142]

Existe acuerdo general en el hecho de que el violento y brutal Enómao era hijo del dios de la guerra Ares. En la tradición local, su madre era Harpina, hija de Asopo, epónimo de una pequeña ciudad de ese nombre cerca de Olimpia.[143] Sin embargo algunos autores, que en principio siguen el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, prefieren considerarlo como un atlántida e identifican a su madre como Estérope, hija de Atlas (cf. p. 668).[144] Los mitógrafos ofrecían dos explicaciones para el brutal tratamiento que ofrecía a los pretendientes de su hija. Algunos decían que estaba enamorado de ella y otros que se había enterado por un oráculo que estaba destinado a morir a manos de su yerno.[145] En algunos relatos, cortaba las cabezas de los pretendientes

muertos y las colgaba en su casa o las fijaba a los pilares del templo local de Ares o Poseidón.[146] Tenía otra hija, Alcipe, que dio a luz a Marpesa con Eveno (cf. p. 537), y un hijo, Leucipo que causó la ira de Apolo al cortejar a Dafne (cf. p. 216). Se puede consultar a Pausanias sobre las tradiciones locales que conectaban a Enómao y Pélope con las características topográficas de Olimpia.[147]

Como resultado de estos sucesos, Pélope no sólo ganó a su favorita sino también el reino de su padre. Se desposó con Hipodamía en cuanto recibió la purificación por parte de Hefesto. Puesto que se supone que dio su nombre a todo el Peloponeso, sin duda se asumía que había extendido su poder mucho más lejos de los límites de Pisa, tal como relata Apolodoro, y puso su nombre a la península tras haber conquistado al menos gran parte de ella.[148] Sin embargo, esta idea no se reconcilia fácilmente con las tradiciones comunes que consideran la historia originaria de otras regiones importantes del Peloponeso. Si de hecho es cierto que Pélope era originariamente el epónimo de un pueblo llamado pélope, posiblemente éste estaría asociado con un área más extensa del Peloponeso y no sólo con el pequeño territorio de Pisa.

Los hijos de Pélope e Hipodamía, y el exilio de Atreo y Tiestes

Plutarco afirma que Pélope era el rey más poderoso del Peloponeso no tanto por virtud de sus posesiones como por el número de sus hijos, puesto que casó a sus hijas con hombres de posición y estableció a muchos de sus hijos como gobernantes de ciudades peloponesas.[149] Píndaro ya le atribuye seis hijos a los que se añaden muchos más en fuentes posteriores.[150] Sin embargo, la mayor parte son meros epónimos sin ninguna historia y sólo de cuatro de ellos se puede decir que hayan tenido una significación real en la leyenda heroica, en concreto Atreo y Tiestes,[151] cuyas historias míticas serán consideradas aquí, Piteo,[152] que llegó a ser el gobernante de Trecén en la Argólide y consiguió que su hija Etra se convirtiera en la madre de Teseo (cf. p. 447), y por último Alcátoo,[153] una de las figuras principales en la leyenda de Mégara (cf. p. 727). A éstos se debería añadir el nombre de Copreo, heraldo de Euristeo (cf. p. 338), en caso de que fuera hijo de Pélope, tal como sugieren algunas fuentes tardías.[154] La mayor parte de los otros hijos de Pélope eran meramente epónimos de varios lugares del Peloponeso, ya que, ¿quién iba a ser mejor padre para los epónimos de las ciudades peloponesas que el hombre que dio su nombre a la misma península? Entre otros, encontramos a Trecén (que acompañó a Piteo a Trecén),[155] Epidauro,[156] Cleón

(epónimo de Cleonas en la Argólide),[157] Cinosura, y Letreo[158] (epónimo de Letrinos en Élide). Pélope tuvo también tres hijas, Astidamía, Nicipe y Lisice, que se casaron con tres hijos de Perseo —Alceo, Esténelo y Electrión respectivamente— en el oeste de la Argólide,[159] y ayudaron a preparar la llegada posterior de Atreo y Tiestes.

Además de los hijos con Hipodamía, Pélope tuvo otro hijo, Crisipo, que pudo ser tanto un hijo ilegítimo tenido con una ninfa local o bien de un matrimonio anterior.[160] Favoreció a Crisipo sobre los otros hijos hasta el punto de que éstos llegaron a pensar que podría heredar el trono. Animados por su madre, Atreo y Tiestes lo asesinaron y arrojaron su cuerpo a un pozo. Sin embargo, Pélope se enteró de su crimen y los expulsó de su reino, pronunciando una terrible maldición en la que pedía que ellos y sus descendientes perecieran en conflictos generados entre ellos mismos. En algunas versiones también dirigía su furia contra Hipodamía y hacía que se suicidara o que huyera a Midea, en la Argólide.[161] Para un relato contradictorio sobre la muerte de Crisipo, cf. p. 650.

En tiempos históricos se veneraba a Pélope como héroe divino en su supuesto mausoleo de Olimpia. Los oficiantes solían ofrecer el sacrificio anual de un cordero negro en su santuario heroico, que se dice que había sido fundado por Heracles.[162] Los pisanos y los eleos se disputaron el control sobre Olimpia y su gran festival hasta que el distrito de Pisa (parece que bajo el gobierno de la ciudad de ese nombre en sus primeros tiempos) fue invadido por los eleos, probablemente en el siglo VI a.C. El único gobernante mítico de ese lugar del que se tiene noticia, aparte de Enómao y Pélope, es de su fundador epónimo, Piso, hijo de Perieres, que se estableció allí tras abandonar el reino de su padre en Mesenia, situado más al sur.[163]

Atreo compite con Tiestes por el trono de Micenas y le sirve sus hijos como comida

Tras abandonar la tierra de su nacimiento, Atreo y Tiestes se establecieron en la Argólide. Algunos mitógrafos explicaban que habían llegado a esa zona porque Esténelo, hijo de Perseo, los había invitado a gobernar Midea como vasallos suyos tras tomar el poder en Micenas (cf. p. 324), o porque el hijo de Esténelo, Euristeo confió Micenas a Atreo (tío suyo por parte de madre) cuando partió para hacer la guerra contra los Heraclidas (cf. p. 378).[164] Tiempo después,

los dos hermanos se vieron envueltos en una lucha por el poder que destruiría a ambos como resultado de la maldición de su padre (o de Mirtilo, cf. *supra*, o de ambos). El conflicto comenzó cuando los habitantes de Micenas recibieron un oráculo que les ordenaba que eligieran a un Pelópida como gobernante tras el fallecimiento de Euristeo, el último gobernante ináquida, muerto junto con sus hijos en combate con los Heraclidas. Dado que Atreo y Tiestes estaban igualmente ansiosos por conseguir el trono de esta ciudad rica y poderosa, la competición posterior degeneró en una lucha sangrienta y sin escrúpulos.[165] Ambos debían demostrar que uno de los dos era el favorito de los dioses y que éstos lo señalarían mediante un portento. Atreo estaba convencido de su ventaja, puesto que había nacido un cordero dorado entre sus rebaños. Hermes había enviado el cordero con una intención, sabiendo que iba a ser causa de disputa, porque quería vengarse de la familia de Pélope por el asesinato de su hijo Mirtilo (cf. p. 648).[166] También pudo haber sido enviado por Ártemis después de que Atreo le jurara que le ofrecería en sacrificio el mejor animal nacido en sus rebaños. Pero el cordero de oro era tan hermoso que Atreo rompió su promesa: lo estranguló y lo guardó (o más concretamente su vellón) en un cofre, lo que provocó la ira de la diosa.[167] Por la razón que fuera, el cordero de oro resultó no ser una bendición para Atreo, puesto que Tiestes sedujo a su esposa Aérope y ésta lo robó en secreto para favorecer la causa de su amante. Cuando poco después se discutía la sucesión micénica en una reunión de ciudadanos, Tiestes propuso por tanto que el trono debería pasar al que poseyera el cordero de oro, términos a los que Atreo accedió muy dispuesto, suponiendo que él podría presentar al cordero; sin embargo, fue su hermano el que llegó con él y fue aclamado como rey de Micenas.[168]

A pesar de ello, éste no fue el final, puesto que Tiestes había irritado a los dioses por su manipulación del portento y Zeus envió a Hermes para que comunicara a Atreo que su reivindicación del trono podría confirmarse a través de un portento aún más impresionante que el del cordero: uno de los días siguientes el sol revertiría su curso habitual saliendo por el oeste y ocultándose por el este (o cambiar su curso para siempre al salir por el este por primera vez, en vez de por el oeste como ocurría anteriormente). De modo que Atreo convenció a su hermano para que dejara el trono si este suceso único tenía lugar; también es posible que sencillamente anunciara que el portento del cordero sería anulado en breve por un acontecimiento mucho mayor. Al ver este signo de descontento divino, Tiestes se vio obligado a abdicar a favor de Atreo, que lo expulsó del país.[169]

Cuando Atreo descubrió con posterioridad que su esposa había cometido adulterio con su hermano y le había robado el cordero, la ahogó y llamó a Tiestes de vuelta a Micenas con la intención de reconciliarse con él. Entonces ejecutó sobre él una terrible venganza al matar a sus hijos, cocinar su carne y servírsela como comida. Tiestes se la comió sin sospechar, puesto que las cabezas, manos y pies habían sido retirados para ocultar la auténtica naturaleza del festín, pero en cuanto tragó, Atreo sacó las extremidades cortadas para mostrarle qué había comido y lo envió de nuevo al exilio.[170] Tiestes perdió a tres hijos, Áglao, Orcómeno y Calileonte,[171] como resultado de la venganza de su hermano. En algunas versiones latinas, eran dos los hijos, que se llamaban Tántalo y Plístenes.[172] En algunos casos se sugiere que el sol cambió su curso por el horror frente al almuerzo caníbal y no por el portento durante la disputa por la sucesión.[173]

Egisto mata a Atreo para poner a su padre Tiestes en el trono

Al comienzo de este segundo período de exilio, Tiestes se acostó con su propia hija Pelopia y tuvo un nuevo hijo con ella, Egisto, que finalmente lo vengaría matando a Atreo, y de este modo lo restauraría en el trono micénico. En una versión, él se acostaba con su hija a sabiendas tras el consejo de un oráculo que le había dicho que ella le daría un hijo que ejecutaría la venganza que él deseaba. En otra versión, tal como se relata abajo, la violó sin reconocerla mientras ella participaba en unos ritos nocturnos.[174] El *Agamenón* de Esquilo, ofrece un relato muy diferente sobre el origen de Egisto, en el que se afirma que era un hijo legítimo de Tiestes que escapó del destino de sus hermanos porque en ese momento era todavía un bebé. Se menciona en la tragedia que es su decimotercer hijo (aunque es muy probable que el texto esté corrupto).[175] Sean cuales fueran las circunstancias de su origen, estaba destinado a llevar el desastre a la rama opuesta de la familia, primero matando a Atreo para poner a su padre en el trono, y posteriormente (después de que Tiestes fuera desplazado por Agamenón, el hijo de Atreo) seduciendo a la esposa de Agamenón y conspirando para darle muerte.

Higino ofrece un relato elaborado de los sucesos que llevaron a la muerte de Atreo, en lo que aparentemente parece una versión compuesta basada en argumentos de tragedias. Tras comerse a sus hijos sin darse cuenta, Tiestes huye a la corte del rey Tesproto (epónimo de los tesprotios) en el Epiro, y luego viaja a Sición, donde en

aquel momento vive su hija Pelopia. Casualmente llega en una noche en la que se ofrecen sacrificios a Ártemis y él mismo se esconde en una arboleda por miedo a profanar los ritos. Pelopia lidera los coros de bailarinas. En un momento, Pelopia, que lleva manchadas sus ropas con la sangre de los sacrificios, baja a un riachuelo para lavarse. Entonces Tiestes salta de entre los matorrales con su cabeza cubierta y la viola. Aunque ninguno de ambos conoce la identidad del otro, Pelopia se hace con una evidencia para el futuro, al quedarse con la espada del asaltante, que pone a buen recaudo. Lejos, en la Argólide, Micenas sufre una sequía a consecuencia del crimen de Atreo y un oráculo aconseja al rey que traiga a su hermano de vuelta. Al saber que Tiestes ha buscado refugio con Tesproto, Atreo viaja a Epiro para encontrarlo, pero no halla rastro de él porque ya ha partido al extranjero, a la tierra de su abuelo en Asia Menor. Sin embargo Atreo encuentra a Pelopia en la corte de Tesproto y le pide que se case con él, creyendo que era la hija del rey. Tras llegar a Micenas da a luz al hijo concebido en la violación y lo abandona, pero unos pastores lo ponen junto a una cabra para que lo amamante (*aiga* en griego, de ahí su nombre, Egisto) hasta que es recuperado por orden de Atreo que lo cría como si fuera su propio hijo. Un tiempo después, Agamenón y Menelao capturan a Tiestes en Delfos y lo llevan a Micenas. Atreo lo envía a prisión y ordena a Egisto (que en este tiempo ya era adulto) que lo mate. Tiestes reconoce la espada de Egisto como la que él había perdido en la violación de Sición, y le pregunta de dónde la ha sacado. Cuando el joven responde que se la ha dado su madre, Tiestes pide ver a la mujer. Ella cuenta que la cogió en la violación, después la pide con la excusa de verificarlo y se la clava en el pecho (ya que evidentemente se ha dado cuenta por la conversación que su violador había sido su propio padre). Egisto extrae la espada manchada de sangre y se la muestra a Atreo para hacerle creer que ha matado a Tiestes según su orden. Mientras Atreo ofrece un sacrificio en la costa (probablemente como acción de gracias por la muerte de su hermano), Egisto aprovecha la oportunidad, lo mata y devuelve el trono a Tiestes.[176]

Agamenón y Menelao sobreviven y expulsan a Tiestes

Atreo dejó a su muerte dos hijos jóvenes, Agamenón y Menelao, a los que su nodriza llevó a la vecina Sición tras el asesinato de su padre. El rey de Sición los envió a la corte de Eneo en Calidón (posiblemente porque pensó que estarían más seguros en un lugar más alejado). Tindáreo los encontró allí, evidentemente durante el período de su exilio etolio (cf. pp. 675-676) y los llevó de vuelta al Peloponeso cuando regresó a su hogar en Esparta. En cuanto crecieron, los

dos hermanos viajaron a Micenas para recobrar el reino de su padre. Cuando Tiestes buscó refugio en el santuario de Hera, le permitieron marchar sin sufrir daño alguno bajo juramento de establecerse en la isla de Citera (frente al extremo suroriental del Peloponeso). Agamenón subió al trono como hermano mayor y se casó con Clitemnestra, una de las hijas de Tindáreo.[177] Tuvieron un único hijo, Orestes, y (en la tradición común) tres hijas, Ifigenia, Electra y Crisótemis. Menelao, como hemos visto (cf. p. 569) permaneció en Esparta con Tindáreo y se casó con Helena, su hija adoptada, y finalmente lo sucedió en el trono.

En algunas ocasiones, Agamenón y Menelao se consideran hijos de Plístenes, hijo de Atreo, y no hijos del propio Atreo.[178] Se afirma en este caso que Atreo se había casado con su sobrina Cleola, hija de Diante e hijo a su vez de Pélope, mientras que Plístenes se había casado con Aérope. También es posible que se invirtiera el esquema y entonces fuera Atreo el que se casaba con Aérope, como sería lo común, mientras que Plístenes se habría casado con Cleola.[179] Esto apenas determina ninguna diferencia puesto que Plístenes es una figura oscura del que se dice que murió prematuramente, dejando a sus hijos al cuidado de Atreo.[180] Aérope era hija de Catreo, rey de Creta. Para las circunstancias de su matrimonio con Atreo (o Plístenes) (cf. p. 464).

Según un pasaje de la *Ilíada,* Agamenón poseía un cetro del taller de Hefesto, legado a lo largo de generaciones desde que Zeus se lo hubiera regalado a Pélope. Éste se lo había dado a su hijo Atreo, que lo había legado a su hermano Tiestes, el cual lo dejó a su sobrino Agamenón. Esto sugeriría, en marcado contraste con versiones posteriores, que el poder había sido trasferido pacíficamente de un miembro a otro de la familia.[181]

Egisto y Clitemnestra traman la muerte de Agamenón

Después de que Paris secuestrara a Helena y la llevara a Troya, Menelao pidió la ayuda de su poderoso hermano en Micenas, y los dos reunieron una gran fuerza de aliados que emprendió una expedición contra Troya, tal como se relata en el capítulo anterior. Egisto comienza a planear la venganza por la expulsión de su padre durante la ausencia de Agamenón y seduce a su esposa, Clitemnestra, para tomar el poder en Micenas. Puesto que él y Clitemnestra no podían permitir que el rey sobreviviera tras el regreso de la guerra, el destino de Agamenón estaba sellado. Los sucesos que llevaron a la muerte de Agamenón se describen

de este modo en la *Odisea*. Aunque Agamenón ordena a uno de sus sirvientes (un *aoidos*, ministrel o bardo) que vigile a Clitemnestra y a pesar de que los dioses envían a Hermes para que advierta a Egisto de que no la corteje ni mate a su marido, Egisto abandona al bardo en una isla desierta y al poco tiempo convence a Clitemnestra para que se entregue a él, sin tener en cuenta la orden de los dioses. Entonces la lleva a su casa, en un lugar apartado de la Argólide sin especificar, y toma posesión del reino de Agamenón.[182] Para asegurarse de no ser cogido por sorpresa cuando finalmente éste regrese, coloca un vigía en la costa y le promete una recompensa de dos talentos de oro a cambio de noticias sobre la llegada del rey. Cuando Agamenón toca tierra en la Argólide un año después, llorando de júbilo por su supuesta liberación, el vigía va rápidamente a informar a su señor. Egisto convoca a 20 de sus mejores hombres, prepara una emboscada en su casa y luego se dirige a la costa en su carro para invitar a Agamenón a un banquete. Tras los festejos, lleva a su confiado invitado al granero donde lo derriba como a un buey. Sus seguidores salen de sus escondites para atacar a los compañeros de Agamenón e intercambian golpes con ellos hasta que unos y otros perecen. Mientras Agamenón sigue muerto en el suelo, Clitemnestra aparece para matar a Casandra, su cautiva traída de Troya como botín de guerra (cf. pp. 617-618). Clitemnestra puede haber sido obligada a permanecer fuera de la vista hasta ese momento, puesto que no era adecuado que estuviera en la casa de Egisto. No hay indicación en el relato de Homero de que ella tuviera ningún motivo de queja contra su esposo. Egisto mata a Agamenón por la necesidad de preservar un poder conseguido por usurpación y Clitemnestra colabora en el crimen por lealtad a su amante.[183]

En la tradición posterior, a partir del período clásico, el relato homérico sobre el asesinato de Agamenón se encuentra enormemente eclipsado por la versión muy distinta que se desarrolló en el *Agamenón* de Esquilo, una gran tragedia que confiere una profundidad inesperada a lo que era originalmente un simple cuento de ambición, adulterio y traición. Clitemnestra se convierte así en la parte dominante de la pareja dentro de la intriga. Ella es la que toma precauciones ante el regreso de Agamenón y convoca a un centinela para que esté atento al momento en el que una baliza luminosa anuncie la caída de Troya. Ella es quien recibe al conquistador de vuelta a casa en su propio palacio con un entusiasmo desbordante, mientras que Egisto permanece fuera de vista. Tras convencer a Agamenón para que entre en palacio por un camino por el que se ha extendido un tapiz púrpura y cometa así un acto de soberbia (*hybris*) que provoque la cólera de los dioses, ella lo inmoviliza en su baño envolviéndolo en una tela y luego lo

golpea tres veces hasta abatirlo (posiblemente con una espada, aunque esto no se afirma). El horror por el asesinato no disminuye en modo alguno por el hecho de que tenga lugar fuera del escenario y que la audiencia se entere de ello por los gritos de Agamenón y el exultante relato de Clitemnestra cuando vuelva a aparecer. También asesina a Casandra, al igual que en la versión de Homero. Finalmente, Egisto sale de su escondite una vez que los hechos han tenido lugar y se alegra por el fin de la casa de Atreo. Aunque Agamenón tiene que morir necesariamente para que, al igual que en la tradición anterior, el usurpador mantenga su posición, la acción de Clitemnestra está motivada además por la venganza, puesto que odia a su marido desde el momento en el que él ordena el sacrificio de su hija Ifigenia antes de la guerra (cf. p. 579).[184]

Orestes venga el asesinato de Agamenón con el apoyo de su hermana Electra

Orestes, único hijo de Agamenón y un niño cuando su padre es asesinado, sobrevive a este momento de peligro porque su nodriza Arsínoe o Laodamia, o Talcibio, heraldo de su padre, lo ha llevado en secreto fuera de palacio. En otras versiones su hermana Electra lo lleva a otro lugar o es su propia madre la que lo traslada.[185] Su tío materno Estrofio, rey de Crisa (lugar cercano a Delfos) lo cría en el exilio (cf. p. 725), y lo educa junto a su propio hijo, Pílades.[186] Los dos niños se convierten en íntimos amigos y Pílades acompaña a Orestes cuando éste finalmente vuelve a Micenas para vengar el asesinato de su padre. La fuente más antigua de esta última historia, la *Odisea*, menciona que Orestes regresa a casa en cuanto tiene edad para ello, ocho años después de la muerte de Agamenón, y venga a su padre matando a su vez a Egisto. Puesto que el poema épico también recoge que Orestes «celebró un banquete funerario para los argivos, por su abominable madre y el cobarde Egisto», podemos asumir con toda probabilidad que también mató a Clitemnestra. El *Catálogo* atribuido a Hesíodo es la primera fuente que afirma de forma explícita que cometió matricidio al matar a «su arrogante madre con el bronce inmisericorde». Estesícoro indica, aproximadamente en el mismo período, que las Erinias (Furias) lo persiguieron por su acción.[187]

El relato de la venganza de Orestes toma la siguiente forma en la primera versión completa de Esquilo, las *Coéforos* (Encargadas de las libaciones). Tras enterarse por Apolo en Delfos que debería matar a los responsables del asesinato de su padre si no quería sufrir penalidades él mismo, se dirige a Micenas

acompañado de Pílades. Mientras visita la tumba de su padre, tras su llegada para dejar como ofrenda un mechón de su pelo, se encuentra con su hermana Electra, que acude, por orden de su madre, a la tumba con un grupo de esclavas para verter libaciones en ella. Tal como Electra cuenta a su hermano, Clitemnestra vive atormentada por un sueño siniestro en el que da luz una serpiente (claramente, Orestes) que la muerde y le hace sangrar cuando ella intenta darle de mamar, por lo que ordena que se ofrezcan libaciones con la esperanza de eludir el presagiado peligro. Tras acercarse a la tumba de Agamenón con su hermana para invocar la ayuda del espíritu de su padre, Orestes consigue entrar en el palacio junto con Pílades haciendo creer a Clitemnestra (que naturalmente no es capaz de reconocerlo) que es un extranjero de la Grecia central que ha llegado para informar de la muerte de Orestes. Una vez dentro, Orestes mata a Egisto, que aparece para escuchar la noticia, y luego dirige su espada contra Clitemnestra, a pesar de que ella intenta disuadirlo desnudando su pecho y pidiéndole que no mate a la madre que lo ha amamantado.[188]

Sófocles y Eurípides compusieron posteriormente tragedias sobre el mismo tema en las que la hermana de Orestes juega un papel más completo y agresivo. La *Electra* de Sófocles la retrata como testigo del momento en el que el preceptor en la infancia de Orestes (*paidagogos*) llega al palacio para anunciar que Orestes ha muerto en una carrera de carros, un informe falso por el que provoca en ella tanto abatimiento como alivio en su madre. Al saber entonces que su hermano ya no está vivo para vengar el asesinato de Agamenón, Electra planea entonces matar a Clitemnestra y Egisto, pero no es capaz de convencer a su hermana, la cautelosa Crisótemis (que se parece bastante a Ismene en *Antígona*, cf. p. 423), para que la ayude en la empresa. Sin embargo, Orestes y Pílades están ya en Micenas y poco después llegan a palacio donde se presentan a Electra, que queda fuera vigilando a Egisto mientras su hermano mata dentro a Clitemnestra. Cuando Egisto aparece, Electra lo atrae hacia palacio contándole que puede ver allí el cuerpo de Orestes, pero el cadáver que descubre es el de Clitemnestra y Orestes le da muerte en ese mismo momento.[189] En la obra teatral de Eurípides del mismo título, Egisto ha forzado a Electra a casarse con un granjero pobre para que ningún hijo de ella pudiera reclamar el trono (aunque su esposo, un hombre noble, ha rechazado consumar el matrimonio por respeto a sus sentimientos). Electra se ha convertido en una persona amargada y cuando Orestes llega a la granja con su amigo, ella lo ayuda en el complot para matar a Egisto y Clitemnestra de manera entusiasta. En el caso de la tragedia de Eurípides incluso desempeña un papel directo en la ejecución del asesinato

al exhortar a su hermano en un momento de duda y poner su propia mano en la espada cuando él la hunde en el cuerpo de su madre. En esta versión, Orestes comete los asesinatos fuera del palacio, donde nadie podría proteger a las víctimas: mata a Egisto en la pradera mientras ofrece un sacrificio a las ninfas y luego acaba con la vida de Clitemnestra en la granja después de haber sido convocada con la excusa de que Electra ha dado a luz un hijo.[190]

Las Erinias persiguen a Orestes

Las Erinias (Furias), espíritus femeninos de la venganza, especialmente despiadadas en el castigo de ofensas cometidas entre miembros de una misma familia (cf. p. 74), persiguieron e hicieron enloquecer al matricida Orestes. Esto se admitía comúnmente, al menos en la tradición poshomérica, puesto que no existe mención de tal situación en la *Odisea*, que presenta las acciones de Orestes como ejemplares y se concentra en el asesinato de Egisto, sin afirmar directamente que también ha matado a su madre. Atenea insta a Telémaco, hijo de Odiseo, para que emprenda una acción similar contra los jóvenes depredadores que han invadido la casa de su padre ausente, y señala la fama que el noble Orestes ha adquirido al matar al asesino de su padre.[191] En principio, Clitemnestra es en Homero un contraejemplo de Penélope, la fiel esposa de Odiseo. Debemos asumir sin ningún género de dudas que la acción de Orestes, como único miembro masculino de la familia, contra su madre estaría totalmente justificada. El primer registro literario de esta persecución por parte de las Erinias se contiene en una referencia a un poema perdido de Estesícoro, la *Orestía*, en el que Apolo le daba un arco para que se defendiera de las Erinias.[192] Pasan éstas a primer término en las dos últimas tragedias en la trilogía de la *Orestía* de Esquilo. Al final de *Coéforos*, poco después de matar a su madre, Orestes grita aterrorizado que las Erinias de su madre han aparecido ante él diciéndole que le van a dar caza y que tiene que morir.[193] Ellas forman el coro de la obra final de la trilogía, *Euménides*. Al comienzo encontramos a Orestes que ha huido a Delfos en busca de la ayuda de Apolo, que le había ordenado llevar a cabo el asesinato. Apolo le promete su protección, pero le dice que prosiga su viaje hasta Atenas y que se ponga en manos de Atenea.[194] Instigadas por el fantasma de Clitemnestra, las Erinias lo siguen hasta Atenas, donde tanto ellas como Orestes acuerdan aceptar la justicia de Atenea. La diosa decide que el caso debe ser juzgado por un tribunal compuesto por doce ciudadanos atenienses en la corte del Areópago,[195] y así se sienta el precedente mitológico del juicio con jurado. Aparece el mismo Apolo

como abogado de Orestes, mientras que las Erinias defienden su propia causa con una terrible elocuencia. Cuando los votos del jurado se dividen en dos partes por igual, Atenea, como presidente de la corte, utiliza su voto de calidad para absolver a Orestes,[196] de manera que se establece para el futuro la absolución siempre que haya el mismo número de votos a favor y en contra (tal como era la práctica habitual en Atenas). Para aplacar a las Erinias, Atenea les ofrece un hogar en su ciudad de Atenas, y propone un lugar de culto a partir de ese momento, al pie de la Acrópolis, bajo la nueva advocación de Euménides (Diosas Amables).[197]

Obviamente, este relato se inventó en Atenas, ya fuera por el mismo Esquilo o por un autor anterior. Sin embargo hubo tradiciones contradictorias en las que se decía que las Erinias liberaban a Orestes en varias partes del Peloponeso. Según un relato bastante antiguo recogido por Ferécides, huyó a Orestasión, al sureste de Arcadia. Allí buscó protección en el templo de Ártemis y permaneció como suplicante en el altar de la diosa. Cuando las Erinias se acercaron a él para matarlo, ella las apartó al momento y la ciudad fue rebautizada como Orestión en conmemoración del suceso.[198] En otra leyenda arcadia, que tiene lugar en Megalópolis, las Erinias se manifiestan con el objetivo de volverlo loco y aparecen ante él totalmente cubiertas de negro, pero cuando, en su delirio, él muerde uno de los dedos de su mano izquierda ellas súbitamente se vuelven blancas y consigue así el control sobre sí suficiente como para llevar a cabo sacrificios en su honor con el fin de aplacar su ira. Las Erinias tenían un santuario local en Ale (Cura), el lugar donde se supone que sucedió esto.[199] Según la tradición tracia, nueve hombres de Tracia purificaron a Orestes mientras estaba sentado en una piedra sagrada fuera del templo de Ártemis *Likeia* librándolo así de la mancha del matricidio. También se dice que se curó de su locura mientras estaba sentado en una piedra similar cerca de Gitión (Laconia).[200] O que convirtió a las implacables Erinias en las amables Euménides al sacrificar una oveja negra en su honor en la ciudad aquea de Cerinia, lugar donde se encontraba un santuario de las Erinias que supuestamente había sido fundado por Orestes.[201]

Según algunas fuentes helenísticas y posteriores, fueron seres mortales los que acusaron a Orestes de asesinato y se le juzgó según el procedimiento convencional. En una de esas versiones, Clitemnestra y Egisto habían tenido una hija llamada Erígone, que denunció a Orestes en el Areópago, ya fuera ella misma o junto a su abuelo Tindáreo. La liberación de Orestes la sumió en tal estado de aflicción que terminó ahorcándose.[202] También se cuenta que Orestes fue acusado en el mismo

tribunal por Perileo, hijo de Icario y primo de Clitemnestra, puesto que Tindáreo ya no estaba vivo para iniciar el proceso.[203] También se cuenta que el mismo Tindáreo acusó a Orestes de asesinato en Micenas, pero los ciudadanos le permitieron partir al exilio por el respeto que sentían por su padre.[204]

Orestes recupera a su hermana Ifigenia de la tierra de los tauros

Según un relato posterior que aparece por primera vez en *Ifigenia en el país de los tauros* de Eurípides, Orestes descubrió en Delfos a través de Apolo que no estaría totalmente liberado de las Erinias hasta que recuperara una vieja estatua de Ártemis de la tierra de los tauros (Crimea).[205] Aunque en ese momento él no sabía nada, su hermana Ifigenia estaba allí sirviendo como sacerdotisa de la Ártemis *Tauria,* ya que la diosa la había hecho desaparecer y la había llevado hasta la tierra de los tauros cuando su padre la dejó en Áulide para ofrecerla en sacrificio.[206] Tal como se ha descrito en el capítulo anterior, Agamenón ofendió a Ártemis cuando el ejército griego se preparaba en Áulide, localidad de Beocia, para el viaje por mar hasta Troya. Allí un vidente reveló que la diosa mantendría la flota en puerto hasta que Agamenón reparara su daño llevando una de sus hijas al sacrificio (cf. p. 579). Se ofrecen tres versiones diferentes sobre su destino después de que fuera depositada en el altar. En aquellos relatos en los que se decía que había muerto o, por el contrario, Ártemis la salva y la convierte en inmortal, su vida terrenal llega a su fin en ese momento. Sin embargo, en esta versión de Eurípides, se dice que Ártemis la lleva al extranjero como mortal, por lo que ella podía reincorporarse a la historia común de los Pelópidas cuando su hermano la rescata del exilio.

En las versiones en las que se rescata a Ifigenia, Ártemis la sustituye por un venado (o por algún otro animal) en el altar. Se la asocia con la tierra de los tauros en el relato más antiguo que se conserva, en las *Ciprias*, pero como diosa y no como sacerdotisa. Aunque el esquema del poema épico no ofrece detalles sobre el tema, puesto que simplemente afirma que la diosa «la transportó a los tauros y la hizo inmortal», ella se convirtió en la diosa doncella de la tierra de los tauros, equiparada a Ártemis (a la que servía Ifigenia en la versión de Eurípides). Heródoto menciona en un pasaje que la diosa de los tauros se identificaba con Ifigenia.[207] En otro relato arcaico dentro del *Catálogo* atribuido a Hesíodo (en el que esta hija de Agamenón se llama Ifimede), Ártemis la salva colocando un fantasma (*eidolon*) de ella sobre el altar, y la frota con ambrosía para hacerla inmortal como Ártemis *Enodia* («del

borde del camino»). Dado que *Enodia* era un título de Hécate y puesto que se dice que el poeta arcaico Estesícoro afirmaba que Ifigenia se había convertido en esa diosa, eso puede significar que ella llegó a ser Hécate, la doble infernal de Ártemis.[208] En un relato helenístico atribuido a Nicandro, se dice que Ártemis la había hecho inmortal bajo el título de *Orsilochia*, Ártemis en el Quersoneso. Nicandro sugiere que Ártemis la sustituyó por un toro (*tauros*) en el altar y que ella dio nombre al pueblo de su nueva patria, los tauros (*Tauroi* en griego) en conmemoración del hecho.[209]

Como sacerdotisa de la Ártemis *Tauria*, Ifigenia estaba obligada a presidir los ritos locales sangrientos en los que cualquier extranjero de sexo masculino que pusiera el pie en el país era sacrificado a la diosa. Así que cuando Orestes y su compañero Pílades son capturados poco después de su llegada, Toante, el rey de los tauros, ordena que los lleven ante Ifigenia para ser sacrificados del modo habitual. Al enterarse de que los dos han llegado desde Argos, Ifigenia ofrece liberar a uno de ellos si lleva un mensaje a casa. Cuando ella revela su identidad y pide que su hermano sea informado de su situación, Orestes se da cuenta de que debe ser su hermana, a la cual creía muerta. Alegres por el reencuentro y después de intercambiar información, Ifigenia comienza a idear un plan para escapar. Dice a Toante que los cautivos están contaminados porque uno es un matricida y aconseja que han de ser purificados en el mar junto con la imagen de la diosa (contaminada también por su presencia) antes de sacrificarlos. Añade que el mismo rey debe permanecer en el templo durante su ausencia a fin de purificarlo, y que la gente del lugar ha de permanecer dentro de sus casas para evitar la contaminación. Al llegar a la costa, en el solitario lugar donde el barco de Orestes había quedado secretamente fondeado, Ifigenia ordena a los guardias que se mantengan a distancia mientras ella lleva a cabo las purificaciones, de modo que puede entonces escapar sin problema con los prisioneros y la estatua. Atenea se manifiesta a Toante al final de la obra para ordenarle que no haga ningún intento de perseguirla. Revela que los fugitivos llegarán sanos y salvos a Ática y que Orestes dedicará la imagen de la diosa en Halas, mientras que Ifigenia se convertirá en la sacerdotisa de Ártemis en Braurón.[210] En relación con el culto de Ártemis *Tauropolis* en Halas, supuestamente fundado por Orestes, el sacerdote solía rozar la garganta de un hombre con una espada en un rito de simulación del sacrificio humano que en algún momento Ifigenia había llevado a cabo, pero esta vez sin derramar una sola gota de sangre.[211]

Según la tradición ática, Ifigenia sirvió a Ártemis en Braurón, ciudad en la costa este de Ática, hasta el fin de sus días, y tras su muerte fue enterrada allí

(aunque otros lugares, incluido Mégara, también afirmaban tener su tumba). Se la veneró como heroína en su tumba ática, y hay testimonios que afirman que se ofrecían a la diosa los trajes de aquellas mujeres que morían durante el parto (una función que concernía especialmente a su señora Ártemis).[212] La estatua que supuestamente los dos hermanos robaron en el país de los tauros se mostraba en tiempos históricos en Braurón pero, como en el caso del Paladio troyano, una gran cantidad de lugares afirmaban estar en posesión de ella. Los espartanos alegaban, por ejemplo, que Orestes la había llevado a su ciudad cuando se convirtió allí en rey y la identificaron con su antigua imagen de Ártemis *Orthia*. En una versión italiana de la leyenda se dice que Orestes la había depositado en el Lacio, en la ciudad de Aricia.[213]

Higino recoge un relato en el que se afirma que Egisto había tenido un hijo llamado Aletes, que había tomado el poder en Micenas durante la ausencia de Orestes después de que un mensajero anunciara falsamente que él y su compañero habían sido sacrificados a la Ártemis *Tauria*. Electra decide entonces viajar a Delfos para preguntar al oráculo sobre el destino de su hermano y llega allí justo al mismo tiempo que Orestes e Ifigenia tras su huida del país de los tauros. Como el mensajero que había llevado anteriormente el mensaje falso le dice a Electra que Ifigenia había matado a su hermano (como realmente podía haber hecho al ser sacerdotisa de la Ártemis *Tauria*), ella agarra una tea del altar y habría matado a Ifigenia si Orestes no llega a intervenir. Tras descubrir su identidad, Orestes y Electra viajan a Micenas donde Orestes mata a Aletes, y hubieran acabado con la vida de Erígone, la otra hija de Egisto y Clitemnestra, si Ártemis no hubiera acudido a rescatarla y la hubiera llevado a Ática como una de sus sacerdotisas.[214]

Matrimonio y muerte de Orestes y el reino truncado de su hijo Tisámeno

Al matar a Egisto y recuperar su herencia paterna, Orestes obtuvo el control de Micenas y la sección de la Argólide que se gobernaba desde allí. Según el relato de Pausanias sobre la historia local en ese territorio, el resto de la Argólide cayó también bajo su control cuando Cilarabes, hijo de Esténelo, que se había convertido en el único gobernante del resto de pueblos en la Argólide (cf. p. 439), murió sin dejar descendencia. Finalmente heredó Esparta, el otro reino importante de los Pelópidas, cuando su tío Menelao murió sin heredero.[215]

A partir del período clásico, se acepta generalmente que Orestes se casó con Hermíone, la única hija de Helena y Menelao, que le dio un hijo y heredero, Tisámeno (que significa Vengador, llamado así porque Orestes había vengado el asesinato de Agamenón). Sin embargo, en esa misma época se afirmaba también que Hermíone se había casado con Neoptólemo. Según la *Odisea*, Menelao se la prometió a Neoptólemo en Troya, y cumplió su promesa después de la guerra al enviársela (cf. p. 440). En la tradición original parece que él era su único marido.[216] La primera fuente conocida en la que se menciona su matrimonio con Orestes es una obra de teatro perdida de Sófocles llamada *Hermíone*, en la que se sugiere que Menelao la había prometido a Neoptólemo sin haberse percatado de que su suegro, Tindáreo se la había entregado a Orestes en Esparta durante su ausencia. Menelao la apartó de su marido tras la guerra para confiarla a Neoptólemo, siguiendo su promesa, pero cuando Neoptólemo murió poco después en Delfos de forma violenta mientras buscaba resarcirse frente a Apolo por la muerte de su padre (cf. p. 634), Hermíone consumó su matrimonio con Orestes y tuvo un hijo con él.[217] En otras versiones, Neoptólemo hacía valer sus derechos llevándosela del lado de Orestes, el cual tomaría represalias tendiéndole una emboscada en Delfos u organizando allí su asesinato (cf. p. 634).

En *Andrómaca* de Eurípides, la única obra que se conserva sobre el tema, Hermíone se casa con Neoptólemo, su primer marido, y se va a vivir con él al reino de su abuelo, situado al sur de Tesalia. Dado que el matrimonio no puede tener hijos, ella se va sintiendo cada vez más celosa de la concubina de su marido, Andrómaca, que le había dado un hijo (aquí sin nombre, aunque normalmente se trata de Moloso cf. p. 632), e incluso llega a imaginar que Andrómaca hace uso de la magia para volverla estéril. De modo que mientras Neoptólemo está ausente en un viaje a Delfos, ella y su padre Menelao (que había venido de Esparta con ese fin) planean matar a Andrómaca y a su hijo, por lo que, después de enviar a su hijo lejos, ella se refugia en el santuario de Tetis. Sin embargo, Menelao consigue retener a su hijo y la obliga a salir del santuario cuando amenaza con matarlo. Cuando están a punto de matar a Andrómaca y a su hijo, Peleo, abuelo de Neoptólemo, aparece oportunamente y los rescata. Menelao parte entonces apresuradamente dejando a Hermíone preocupada por la reacción de Neoptólemo cuando vuelva y se entere del complot. Orestes, que ha estado comprometido con ella previamente, casualmente aparece por el lugar mientras se encamina al norte para consultar el oráculo en Dodona. Al escuchar su difícil situación, se ofrece para llevarla consigo y le ase-

gura que tomará medidas para que Neoptólemo muera en Delfos, dado que lo odia por haberle arrebatado a su prometida Hermíone. Tal como puede deducirse de este resumen, Hermíone no es un personaje atractivo y su padre es totalmente despreciable. Por lo general, las fuentes posteriores aceptaban que Hermíone no tuvo hijos con Neoptólemo durante su breve matrimonio. Se decía que Orestes, por su parte, era padre de un hijo ilegítimo con su hermana de madre Erígone, llamado Pentilo, fundador de colonias en Lesbos y en el territorio continental frente a la isla, el cual fue el ancestro mítico de la noble familia lesbia de los Pentilidas.[218]

Orestes vivió muchos años, setenta o incluso noventa en algunas versiones, hasta que finalmente murió por una mordedura de serpiente en Orestión (Arcadia).[219] Según Pausanias, el oráculo de Delfos le había ordenado que abandonara Micenas y se estableciera en Arcadia en el tiempo del mandato de Épito, hijo de Hipótoo (cf. p. 706).[220] La tradición afirma que inicialmente fue enterrado en Tegea o en los alrededores, en el sur de Arcadia, pero más tarde recibió sepultura en Esparta, donde se enseñaban sus restos en tiempos históricos.[221]

Heródoto relata cómo se supone que tuvo lugar este segundo entierro en el siglo VI a.C. Tras fracasar repetidas veces en la conquista de la ciudad de Tegea, los espartanos buscaron el consejo del oráculo de Delfos, que les dijo que lograrían la victoria si los restos mortales de Orestes se llevaban de vuelta a Esparta. Cuando consultaron de nuevo el oráculo, tras no conseguir encontrarlos, éste señaló que los huesos estaban en un lugar donde soplaban dos vientos propulsados por una gran fuerza y donde el golpe golpea sobre el golpe y una desgracia sobre otra. El significado del oráculo siguió siendo un misterio hasta que un agente espartano llamado Licas pasó en una ocasión por una herrería en Tegea donde se estaba trabajando el hierro. Cuando el herrero le comentó que había descubierto un enorme féretro, de diez pies de largo, mientras cavaba un pozo en el patio exterior, Licas reflexionó sobre el trabajo que se llevaba a cabo frente a él y súbitamente se dio cuenta que el oráculo se refería a una herrería, y que los restos del ataúd debían por tanto ser los de Orestes, puesto que los «vientos» mencionados en el oráculo eran las ráfagas de aire que salían de los fuelles de la forja, los «golpes» eran los del martillo sobre el yunque, y las «desgracias» serían las ocasionadas por el hierro que estaba siendo forjado (evidentemente para hacer armas de guerra). De este modo Licas dispuso que los huesos fueran llevados a Esparta y Tegea cayó bajo el dominio de Esparta poco después, tal como había predicho el oráculo.[222]

Tisámeno, hijo de Orestes, fue el último pelópida que tuvo el poder en Argos y Esparta. Reinó como sucesor de su padre hasta que lo derrocaron los Heraclidas (cf. p. 381) que, o bien lo mataron en la batalla, o lo obligaron a partir hacia el exilio una vez vencido. En el último caso, se retiró a Acaya, en la zona norte del Peloponeso, con sus hijos y seguidores, pero fue asesinado poco después cuando se vio envuelto en una guerra con los gobernantes de ese territorio. Sin embargo, sus seguidores consiguieron la victoria y el país fue gobernado a partir de entonces por sus hijos y descendientes (cf. p. 529). Según la tradición aquea, fue enterrado en la ciudad aquea de Hélice hasta que los espartanos llevaron sus huesos a su hogar en Esparta por orden del oráculo de Delfos.[223]

Capítulo XV

Los Atlántidas, los Asópidas y la familia real arcadia

Quedan aún por tratar tres familias heroicas mayores: los Atlántidas, que descendían de las siete hijas de Atlas; los Asópidas, descendientes de las numerosas hijas del dios-río del Peloponeso Asopo, y, por último, la familia real arcadia. Como en el caso de los Pelópidas, las primeras dos familias tienen un interés especial en relación con el origen y el mundo ancestral de algunas de las figuras más importantes de la guerra de Troya. La familia de Helena en Esparta y la de Príamo y Paris en Troya están ambas incluidas en el mismo árbol genealógico a partir de dos ramas distintas de la familia de los Atlántidas (junto con los Pelópidas también, por línea femenina). Al menos en la tradición posterior a Homero, los dos guerreros mayores de la fuerza griega, Aquiles y Áyax, son primos por vía de una descendencia asópida común. Ambas familias eran muy numerosas, sin embargo, y habrá que dar a cada una un trato diferenciado y completo. Las hijas de Atlas, además, son importantes por derecho propio por su naturaleza común como Pléyades. La familia real arcadia, que desciende de Pelasgo, el primer hombre nacido de la tierra de esa montañosa región, era semejante en carácter a la familia real ateniense, ya que algunos de sus miembros desempeñaban un papel importante en la saga heroica y estaba estrechamente asociada con las leyendas locales.

Los Atlántidas

Atlas y sus siete hijas, las Pléyades

Atlas, un hijo del titán Jápeto (cf. p. 90) se las arregló para engendrar una familia numerosa: aunque su tarea era sostener los cielos, su esposa Pléyone le dio siete célebres hijas. Bajo su nombre común, las Plëyades se identificaban con el grupo de siete estrellas de ese nombre pertenecientes a la constelación del Toro;

individualmente su importancia genealógica radica en ser las fundadoras de diversas ramas de una de las grandes familias de la mitología heroica: la familia de los Atlántidas. Todas, excepto una, tuvieron hijos con dioses; y una, Maya, llegó a ser la madre de uno de los dioses olímpicos. Aunque aquí nos detendremos en primer lugar en los linajes heroicos que surgieron de sus diversas relaciones, comenzaremos con los mitos asociados con ellas en su otra naturaleza, la de doncellas-estrellas.

En el folclore antiguo y el moderno, las estrellas que se reúnen en grupos por lo general se identifican con doncellas o con animales. Ambas ideas se solapan en el caso de las Pléyades en la Antigüedad, ya que los griegos creían que eran las hijas de Atlas —ya aparece así en *Trabajos y días* de Hesíodo—,[1] mientras que los romanos las llamaban los Septentriones, es decir, la yunta de siete bueyes. Las hijas de Atlas recibieron ese nombre griego antiguo (Pléyades) cuando fueron identificadas con el grupo de estrellas; y el nombre tradicional de su madre, Pléyone, era secundario, ya que surgió para que el nombre de Pléyades pudiera interpretarse como un patronímico. Los mitos astrales de las Pléyades se dividen en dos grupos: unos explican cómo las hijas de Atlas pasaron a habitar los cielos y los otros, la causa de que una de las Pléyades brille menos que el resto.

Dado que la constelación de Orión se levanta cuando las Pléyades se ponen, Orión parece perseguirlas a través del cielo. De acuerdo con esto, se explicaba que Orión se las había encontrado mientras atravesaban Beocia (su tierra natal, cf. p. 720) junto a su madre Pléyone y que se había lanzado a perseguirlas a fin de violar a Pléyone. La persecución se prolongó durante cinco (o siete) años, entonces Zeus se apiadó de las doncellas y las transfirió a los cielos, donde son las estrellas las que pasan a representar la persecución.[2] En otra narración, Orión sale para violar a las doncellas y entonces ellas elevan una plegaria a Zeus, quien las transforma en palomas (*peleiades*) y las asciende a las estrellas.[3]

Surgió una historia completamente diferente para explicar conjuntamente el origen de las Pléyades y de las Híades, otro grupo de estrellas de la constelación de Tauro, compuesto por cinco estrellas que perfilan la faz del Toro. Se sugiere aquí, mediante esta conexión con las Pléyades, que no eran éstas las únicas hijas de Atlas, sino que la familia comprendía además a otras cinco hermanas y a un hermano llamado Hiante. Cuando Hiante murió atacado por un león (o una serpiente o un jabalí) durante una cacería en Libia, cinco de sus hermanas quedaron tan desoladas que murieron de un colapso, lo que provocó la conmiseración de Zeus, quien las elevó

a los cielos como las Híades. Cuando las otras siete hermanas murieron también al cabo del tiempo, Zeus las transfirió asimismo a la misma región celestial con el nombre de Pléyades. Las Híades reciben ese nombre a causa de su hermano y las demás hermanas, porque eran más (*pleious*) que las anteriores.[4]

Según otra narración recogida en un fragmento de Esquilo, Zeus elevó a las siete hijas de Atlas a los cielos porque se apiadó de la pena que sentían por su padre, cuya dolorosa tarea era sostener los cielos.[5] De acuerdo con la poeta helenística Moiro, las Pléyades habían sido palomas durante su vida terrenal y se ganaron el agradecimiento de Zeus porque le habían traído ambrosía desde las corrientes del Océano cuando era un niño.[6] Este tipo de historias puede llegar a confeccionarse a voluntad.

Aunque la tradición afirme que las Pléyades eran siete estrellas, era un número convencional, dado que hay más estrellas visibles y hay seis que son más brillantes que el resto. La razón de que una brille menos es la siguiente: la pléyade Mérope esconde su luz porque está avergonzada de ser la única de las hermanas que se casó con un mortal (con Sísifo, cf. *infra*).[7] En otra versión, una de las hermanas, Electra, estaba tan desolada ante la destrucción de Troya (a la que gobernaban sus descendientes, cf. *infra*) que se cubrió el rostro y quedó parcialmente visible desde entonces; en otra narración se separó del resto de las hermanas y se convirtió en un cometa, una idea inspirada por el hecho de que la cola de un cometa (es decir, «la estrella de pelo largo», en griego: *aster kometes*) se parece al pelo suelto de una mujer lamentándose.[8]

Para pasar al segundo aspecto de la mitología alrededor de las hijas de Atlas, su función genealógica como fundadoras de familias de héroes o como madres de notables hijos, hay que mencionar que dos de ellas son particularmente importantes: Electra, como progenitora del linaje real troyano, y Táigete, como progenitora del linaje real espartano. Otra hermana, Alcíone, tiene bastante importancia en el linaje heroico como ancestro de algunas notables figuras pertenecientes al ciclo tebano y al linaje real eubeo. Comenzaremos, sin embargo, por las demás hermanas, que requieren un acercamiento más breve. De las familias heroicas de Estérope y Mérope ya se ha tratado: los Pelópidas y el linaje real corintio; Maya era la madre de Hermes y Celeno no tuvo hijos célebres.[9]

Maya y su hijo divino, y las tres familias atlántidas menores

(*i*) Maya tenía reservado un destino excepcional: convertirse en la madre de un dios olímpico. Vivió escondida en una cueva del monte Cilene en Arca-

dia, donde Zeus la visitó en secreto durante la noche y la dejó encinta de Hermes. Dado que Hermes fue un niño precoz que partió para robar el ganado de Apolo el día siguiente de su venida al mundo y al segundo se marchó de casa para siempre, Maya no tuvo apenas oportunidades de dedicarse a sus cuidados como madre.[10] De acuerdo con la única leyenda que se conserva de ella, Zeus le pidió que criara a otro de sus hijos, al arcadio Arcas, ya que su madre, Calisto, había muerto prematuramente (cf. p. 697). Ya en las tradiciones antiguas Maya debió ser más que una simple mortal, y el *Himno homérico a Hermes* se refiere a ella como una ninfa. La *Odisea* sólo menciona que era la madre de Hermes y no dice nada sobre su origen.[11]

(*ii*) Si Maya tenía reservado el destino más elevado, el peor le tocó a Mérope, ya que fue la única de las hermanas que se unió a un mortal. Era la esposa de Sísifo, el fundador del linaje real corintio (cf. p. 558).[12] Fue la madre de Glauco y la abuela del gran Belerofonte.

(*iii*) De acuerdo con, al menos, una tradición, Estérope (o Astérope) y el dios de la guerra Ares engendraron a Enómao, rey de Pisa.[13] Como ya se ha señalado (cf. pp. 647-648), Enómao se convirtió en suegro de Pélope, quien se asentó en el Peloponeso al ganar a la vez a la hija del rey, Hipodamía, y parte del reino al ganar una competición de caballos que terminó fatalmente. De sus hijos con Hipodamía surge la importante familia de los Pelópidas, de la que forman parte Agamenón y Menelao. Al clasificar a Enómao como hijo de Estérope, resulta que las genealogías de los Atlántidas forman un marco común en el que se encuadran tanto el linaje de los Pelópidas como las familias reales espartana y troyana, en suma, todas las familias que desempeñan un papel significativo en la guerra de Troya. Dado que la tradición local de la tierra natal de Enómao afirma que su madre fue realmente una ninfa local epónima llamada Harpina (cf. p. 648), en algunas ocasiones se menciona a Estérope como esposa, y no como madre, de Enómao.[14] En todo caso, se decía de él que era hijo de Ares, lo que resulta apropiado para un hombre de carácter tan brutal.

(*iv*) Celeno despertó el deseo de Poseidón y le dio un hijo bastante oscuro llamado Lico, del que sólo se recuerda que su padre le llevó a las Islas de los Bienaventurados y le hizo inmortal.[15]

Se contaba que Eurípilo, un rey legendario de Cirene, en el norte de África, también era producto de esa misma relación.[16] Reinaba entonces en esa área cuando Apolo se llevó allí a la ninfa Cirene (cf. p. 213); y dado que había prometido ceder el reino a cualquiera que fuera capaz de abatir a un destructor león que asolaba la

región, Cirene, después de darle caza, se quedó con el reino.[17] Se recordaba que Apolo se había enamorado de ella después de haberla visto combatir contra un león en Tesalia, el hogar de la ninfa. De acuerdo con Píndaro, el dios libio Tritón asumió la forma de Eurípilo cuando se presentó ante los Argonautas (cf. p. 516).[18]

(*v*) Alcíone se convirtió en amante de Poseidón, como Celeno, y le dio dos gemelos llamados Hirieo e Hiperes. Hirieo fue el fundador epónimo de la ciudad de Hiria en la Beocia oriental. Se casó con una ninfa llamada Clonia y tuvieron dos hijos de renombre: Lico y Nicteo, que se establecieron en Tebas y consiguieron una notable influencia y poder (cf. p. 399). Antíope, la hija de Nicteo, fue la madre de Ceto y Anfión, que gobernaron en Tebas durante un tiempo (cf. p. 402).[19] De acuerdo con una tradición distinta que presenta a Hirieo sin mujer ni hijos, tres dioses le visitaron y le entregaron a un niño, Orión, por medios poco convencionales (cf. p. 720). Los constructores míticos Trofonio y Agamedes construyeron para él una cámara del tesoro en Hiria, y cuando después intentaron robárselo, fueron capturados (cf. p. 717).

Hiperes, el otro hijo de Alcíone, fue el progenitor de la familia real más importante de Eubea. Su hija Aretusa tuvo relaciones con Poseidón junto al Eurico, los estrechos que separan Beocia de la isla de Eubea, de las que nació Abante, el primer rey epónimo de los Abantes de Eubea.[20] Se les menciona en la *Ilíada* como el pueblo al que comandaba el nieto de Abante, Elefénor, en la guerra de Troya. Eran un pueblo de guerreros veloces, de pelo largo y siempre prestos a atravesar las corazas de sus rivales con sus lanzas de fresno.[21] A Abante le sucedió en el trono su hijo Calcodonte, del que se contaba que lo había matado en combate Anfitrión, cuando pasó con un ejército a Beocia para obligar a los tebanos a pagarle tributo. Se podía ver su tumba en Téumeso, en Beocia, junto al camino que conducía de Tebas al paso más coro hacia Eubea, frente a Calcis.[22] De acuerdo con la *Ilíada*, Elefénor, el comandante de los eubeos en Troya, murió en combate a manos de Agénor, un hijo del noble troyano Antenor.[23] Antes de partir a la guerra, ofreció refugio a Acamante y a Demofonte, los dos hijos de Teseo, después de que Menesteo usurpara el trono de su padre (cf. p. 472). Eubea tenía un papel importante en la mitología heroica. Se contaba que Ío había recalado en la isla durante su errancia como vaca (cf. p. 307), Heracles luchó su última batalla en la isla (cf. p. 373) y Nauplio encendió balizas falsas en ella para provocar el naufragio de los griegos que regresaban de Troya al término de la guerra (cf. p. 626).

A veces se menciona a Alcíone como madre de algunos hijos menos importantes, como Antas, al que se nombra como fundador epónimo de Antedón en Beocia y de Antea en Aquea,[24] y una hija, Etusa, que engendró de Apolo a Eleuter, el fundador epónimo de Eleuteras.[25]

La historia de la familia real troyana

(*vi*) La familia real troyana descendía de Electra a través de su hijo Dárdano. Ella le dio dos hijos a Zeus: Dárdano y Jasión (o Eetión), que nacieron en la isla de Samotracia, en la punta nororiental del Egeo.[26] Cuando Jasión (o Eetión) se hizo adulto, Zeus le castigo tirándole un rayo por presumir de mantener relaciones amorosas con la diosa Deméter, o por cometer un acto sacrílego contra ella (cf. p. 188). Apenado por el destino de su hermano, Dárdano decidió abandonar la isla y marcharse a un lugar próximo del continente. Como aún no se habían inventado las barcas, improviso una balsa y se hizo a la mar.[27] Otra tradición señala que se marchó de la isla para escapar del gran diluvio.[28] Llegó al punto más cercano de la costa asiática, a la Tróade en la punta noroccidental de Asia Menor. Teucro, el rey de la región, le ofreció su hospitalidad y le entregó a su hija Batiea como esposa junto con parte del reino. Teucro era hijo de Escamandro, el dios del río principal de la Tróade (cf. p. 80), que le había engendrado de una ninfa del monte Ida.[29]

De acuerdo con una versión alternativa que se hizo muy popular en época helenística, Teucro era de origen griego y procedía de Creta. En tal caso, había cruzado el mar hasta llegar a Asia junto a su padre Escamandro y algunos cretenses más. Dado que un oráculo les había señalado que debían asentarse en aquel lugar en el que fueran atacados de noche por los «nacidos de la tierra», se asentaron en la Tróade después de que unos ratones royeran los correajes de sus armas y las cuerdas de sus arcos mientras acampaban de noche. Teucro entonces dio al río de esa zona el nombre de su padre. Este mito explicaba el origen del culto a Apolo *Smintheus* («del ratón»). La *Ilíada* menciona que el dios recibía honores bajo esa advocación en un altar en Ténedos, en la costa de la Tróade.[30] Hay incluso una tradición ateniense que sugiere que Teucro era un emigrante del Ática.[31]

Troya, en cuanto a la geografía de esa tierra, era realmente el nombre de esa tierra, mientras que Ilión (*Ilium* en latín) era el de la ciudad, pero se emplea Troya para ambos en sentido extenso. La Tróade (*Troas*) es otro nombre que recibe la región de Troya.

Dado que Teucro no tuvo descendientes masculinos, Dárdano heredó todo el territorio después de la muerte del rey y lo llamó Dardania en su honor. Fundó un asentamiento en el monte Ida, en la costa oriental de la llanura troyana. Aunque la *Ilíada* le otorga un único hijo, Erictonio, desde el *Catálogo* atribuido a Hesíodo en adelante las fuentes añaden un segundo hijo, Ilo (un doblete insignificante del Ilo que fue el fundador epónimo de Ilión, cf. *infra*).[32] Después de acceder al trono, Erictonio marchó hacia la llanura troyana desde las montañas, en donde —como señala la *Ilíada*— pastoreó sus 3.000 yeguas por los prados y se convirtió en el más rico de los mortales.[33] Se casó con Astíoque, hija de Simoente, el dios del segundo río más importante de la Tróade, y tuvieron un hijo, Tros, el epónimo de la tierra de Troya. Tros sucedió a su padre en el trono y se casó con Calírroe, hija de Escamandro, quien le dio tres hijos: Ilo, Asáraco y Ganímedes.[34]

Ganímedes pasó muy poco tiempo en su tierra natal, ya que, debido a su belleza, Zeus lo raptó de joven y se lo llevó al Olimpo para que sirviera allí como copero de los dioses. Su destino se cuenta en la *Ilíada*, que indica que los dioses se lo llevaron para que viviera junto a ellos como escanciador de vino de Zeus porque su belleza era excepcional, era el más bello de los mortales.[35] Según otra fuente antigua, el *Himno homérico a Afrodita*, Zeus provocó que un torbellino se lo llevara a los cielos, para desdicha de su padre, que no sabía adónde había sido llevado. Zeus se apiadó de Tros, no obstante, y mandó a Hermes para que le comunicara que Ganímedes viviría junto a los dioses como inmortal y le entregó unos cuantos caballos divinos para compensarle por la pérdida.[36] Estos caballos se convirtieron después en una fuente de problemas, como sucede en la mayoría de las ocasiones con los regalos divinos, ya que Heracles se quiso hacer con ellos (cf. p. 362). Otra tradición sugiere que Zeus le dio una vid de oro a Tros (o a su nieto Laomedonte) como compensación por el rapto de su hijo (cf. p. 609).[37]

En el que se ha convertido en el relato más célebre del rapto, Zeus mandó un águila (su animal favorito) o se transformó él mismo en un águila para llevárselo.[38] La primera de las versiones es la que se implanta en las fuentes helenísticas; en las representaciones artísticas más antiguas de los vasos de figuras rojas el propio Zeus aparece raptando a Ganímedes con su forma habitual. Aunque siempre se señala que Ganímedes fue llevado a los cielos por su belleza, no se apunta que Zeus se lo llevara para convertirlo en su amante. Desde época clásica en adelante, sin embargo, se considera que el motivo del rapto era ése, como mencionan Teognis y Píndaro.[39] Cabe señalar que la palabra «catamita» (*catamitus* en latín) deriva de la forma latina del nombre de Ganímedes.

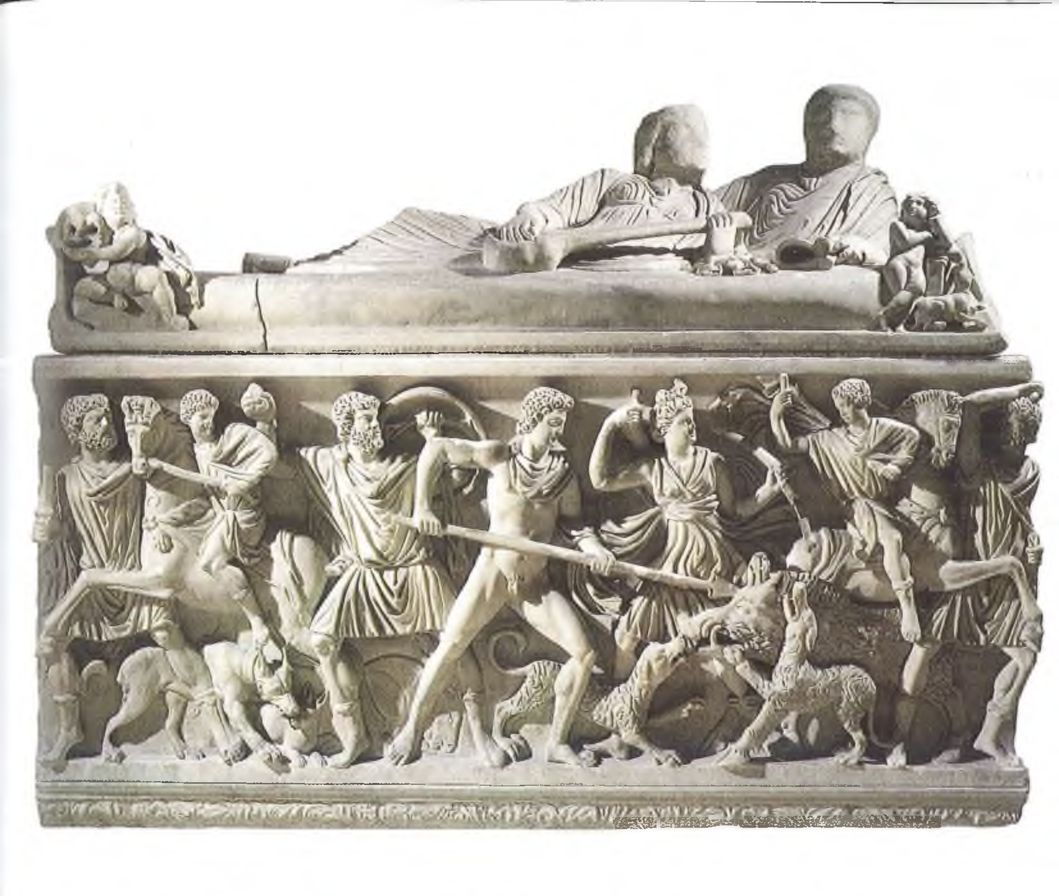


Atenea, Jasón y el dragón guardián del vellocino de oro, vaso ático del primer tercio del siglo V a.C. (Corbis/Cover)



Ártemis y Acteón,
fresco de Parmigianino inspirado
en las *Metamorfosis* de Ovidio. (Aisa)





Meleagro en la caza del jabalí de Calidón, relieve en un sarcófago de época imperial romana. Museo Capitolino, Roma. (The Art Archive)

Medea y Jasón con sus hijos, fresco pompeyano del siglo I d.C. (Corbis/Cover)

El juicio de Paris,
óleo de Pieter Paul Rubens, 1639.
Museo del Prado, Madrid. (Aisa)





Ifigenia en el país
de los tauros, ánfora de época
clásica. Museo Arqueológico
de Nápoles. (Aisa)



Áyax carga con el cadáver
de Aquiles, ánfora del
siglo VI a.C. Staatliche
Antikensammlungen,
Múnich. (Aisa)



Aquiles y Áyax jugando a las damas, ánfora de Exequias, siglo VI a.C.
Museo Vaticano, Roma. (Oronoz)

Dánae recibe a Zeus en forma de lluvia de oro, óleo de Tiziano. Museo del Prado, Madrid. (Aisa)







Helena persuade a Menelao para que no la dé muerte,
ánfora de Pamphaios, último tercio del siglo VI a.C.
Museo del Louvre, París. (The Art Archive)

Los guerreros aqueos en el interior del caballo de madera entran en Troya,
relieve en un ánfora de terracota del siglo VII a.C.
Museo Arqueológico de Mikonos. (The Art Archive)



Odiseo y las sirenas, vaso ático de mediados del siglo V a.C.
Museo Británico, Londres. (Aisa)

Máscara funeraria de Agamenón.
Museo Arqueológico Nacional de Atenas. (Aisa)





Vaso François, crátera del alfarero Ergótimos y del pintor Klitias
en la que se representan algunos de los ciclos mitológicos más importantes,
primer tercio del siglo VI a.C. Museo Arqueológico Nacional de Florencia. (Aisa)

Ilo, el mayor de los tres hijos de Tros, heredó el trono y fundó la ciudad de Ilión (a menudo llamada Troya en sentido extenso), que se convirtió en sede del reino de los reyes de Troya desde ese momento en adelante. El otro hermano, Asáraco, es el fundador de la rama *junior* de la familia real troyana, que tenía sus reales fuera de la ciudad en el monte Ida. Capis, hijo de Asáraco, fue el padre de Anquises, que excitó la pasión de Afrodita y juntos engendraron al gran Eneas (cf. pp. 269-270).[40]

Según una historia que parece estar elaborada a imitación de la leyenda de fundación de Tebas, Ilo eligió el lugar de la fundación siguiendo los pasos de una vaca. Visitó la vecina Frigia en algún momento de su reinado y ganó una competición de lucha en unos juegos locales organizados por el rey. Junto al tradicional premio de 50 siervos jóvenes de ambos sexos, el rey le entregó una vaca moteada a instancias de un oráculo y le dijo que fundara una ciudad en el primer lugar en el que la vaca se tumbara. Él marchó detrás de la vaca hasta que se detuvo en la colina de Frigia, la colina de Ate, que se levanta sobre la llanura troyana, y escogió el lugar para fundar la nueva ciudad de Ilión.[41] Según otra versión, Apolo le dio el oráculo a Ilo, que conducía su ganado a la vecina Misia, y le indicó que debía fundar una nueva ciudad en el lugar en el que una de sus vacas se cayera al suelo.[42] Después de observar la señal dada, elevó una plegaria a Zeus para que se lo confirmara. Cuando a la mañana siguiente salió de su tienda, se encontró con una efigie de madera (*xoanon*) de Palas Atenea que había caído de los cielos durante la noche y estaba delante de él sobre la tierra.[43] Esta estatua, conocida como el Paladio (*Palladium* en latín) se convertiría en un talismán protector para Ilión. Ilo entonces construyó un templo magnífico para Atenea que sirviera de morada para la imagen, que permaneció allí hasta que Odiseo la robó en los últimos momentos de la guerra de Troya para que los troyanos quedaran sin protección (cf. p. 607). En la *Ilíada* se menciona que la tumba de Ilo era una estela en la llanura troyana.[44]

Ilo y su esposa Eurídice, hija de Adrasto, tuvieron un único hijo, Laomedonte, que heredó el trono.[45] Laomedonte tuvo muchos hijos e hijas, de los que sólo tres son realmente importantes: Títono, Príamo y Hesíone. Títono se hizo célebre como amante de Eos, la diosa de la aurora (cf. p. 86) y como el padre de Memnón (cf. p. 604). Laomedonte fue un gobernante poderoso, pero también muy arrogante que provocó que la calamidad cayera sobre él y sobre su pueblo a causa de dos deshonestos actos de ingratitud: uno a Apolo y Poseidón y otro a Heracles. Los dos dioses se vieron obligados a servirle durante un año por haberse rebelado contra Zeus; o, en otras fuentes, se pusieron voluntaria-

mente a sus órdenes para poner a prueba su presunción. Mientras estuvieron sometidos a él, construyeron la muralla de Ilión con grandes muros a cambio de una paga acordada previamente. Cuando terminaron su trabajo, Laomedonte se negó a pagarlos y además los trató de manera insultante: los amenazó con venderlos como esclavos y cortarles las orejas. Para castigar al rey, Apolo mandó una peste contra sus tierras, mientras que Poseidón provocó una inundación e hizo que un terrible monstruo marino devorara a los habitantes de la región.[46] La irrupción del monstruo originó la sucesión de acontecimientos que condujeron a Laomedonte a su segundo acto de ingratitud. Los troyanos supieron por los oráculos que se librarían del monstruo si el rey le entregaba a su hija Hesíone, de modo que él la encadenó a una roca en la costa. Entonces Heracles la vio mientras cruzaba las costas de Troya en dirección a la tierra de las Amazonas (o mientras acompañaba a los Argonautas a la Cólquide). Como ya se ha contado, él prometió salvar a Hesíone a cambio de los caballos divinos que se le habían entregado a Tros como compensación por el rapto de Ganímedes. Una vez salvada la doncella, reclamó su paga, pero Laomedonte se negó a entregarle los caballos (o intentó engañarle y darle caballos mortales). Heracles se fue y regresó con un gran ejército de aliados que saquearon Troya por vez primera en su historia, dando muerte a Laomedonte y a todos sus hijos con la excepción de Príamo, el más joven (cf. p. 364). Entregó a Hesíone a Telamón, rey de Salamina, que había combatido a su lado como aliado, y permitió a la joven que eligiera a uno de los cautivos, al que ella quisiera. Entonces ella, quitándose el velo de la cabeza, rescató al único de sus hermanos que continuaba con vida. En origen se llamaba Podarces, pero a partir de entonces recibió el nombre de Príamo porque ella le «compró» así (como si su nombre se derivara del verbo griego «comprar»: *priamai*).[47] Para las aventuras de Heracles en Troya, cf. pp. 362-365.

Príamo se quedó entonces con el trono de Troya, que ocupó hasta que lo mataron durante la toma de la ciudad en la guerra de Troya (cf. pp. 584 y ss. y 612 y ss.). De acuerdo con el retrato que de él hace Homero, Príamo es un anciano noble y piadoso que se muestra, en contraste con sus predecesores, como un individuo sencillo. Sus apariciones más significativas son su conversación con Helena y las ancianas troyanas en las murallas de la ciudad en el canto tercero y en el último canto, cuando se presenta en la tienda de Aquiles para pedirle que le devuelva el cadáver de su hijo Héctor.[48]

La antigua familia real espartana

(*vii*) La familia real espartana descendía de la atlántida Táigete, que engendró de Zeus a Lacedemón, el héroe epónimo de la provincia del Peloponeso de ese mismo nombre.[49]

La provincia suroriental del Peloponeso, que limitaba con Arcadia y la Argólide por el norte y con Mesenia por el oeste era conocida como Lacedemonia, al igual que recibía ese mismo nombre su ciudad principal. Esparta era un nombre alternativo con el que se llamaba la ciudad y que tenía ecos poéticos y patrióticos. Con el tiempo también el territorio entero pasó a denominarse Esparta. Laconia (o Lacónica. Cf. *ge Lakonike* en griego) era como los latinos llamaban a Lacedemonia.

Táigete era el epónimo de Taigeto, la alta línea de montañas que separaba Laconia de Mesenia. El único mito que se conserva de ella, recogido en el capítulo VIII, en el que se cuenta que ofreció la cierva cerinitia a la diosa Ártemis después de que ésta evitara que Zeus la violara (cf. pp. 342-343), no concuerda demasiado bien con la tradición corriente que la convierte en fundadora de un linaje real por medio de un hijo que tuvo con Zeus. Su hijo Lacedemón se casó con Esparta, la epónima de la ciudad principal de esa tierra, que era hija de Eurotas, epónimo del río principal de la región, y nieta de (o bisnieta) de Lélege, el primer rey nacido de la propia tierra. Lacedemón y Esparta tuvieron una hija, Eurídice, que se convirtió en la esposa de Acrisio, rey de Argos (cf. p. 317) y un hijo, Amiclas, que fue el fundador epónimo de Amiclas (*Amyklai*), una antigua ciudad en la ribera del Eurotas, a unos cuatro kilómetros al sureste de Esparta. A Amiclas le sucedió en el trono su hijo Cinortas (o Cinortes), bien directamente o bien después de la muerte de su hermano mayor Árgalo. Jacinto, el favorito laconio de Apolo, que murió joven (cf. p. 217), es el único miembro de la familia que realmente tiene interés como figura mitológica. Su origen está en el culto prehelénico, no en la mitología heroica, y entró en el linaje real como hijo de Amiclas, sin duda porque la ciudad de Amiclas (*Amyklai*) era su más importante centro ritual.[50]

A Cinortas le sucedió su hijo Ébalo, que es también un personaje bastante oscuro, pero con los hijos de Ébalo ya entramos en el terreno de los mitos mayores. Ébalo tuvo tres, su presunto heredero, Tindáreo (con el que ya nos hemos encontrado como protector de los jóvenes Agamenón y Menelao, cf. p. 654, y

como padre putativo de Helena, cf. p. 567), Hipocoonte e Icario. Hipocoonte, que en algunas versiones es hijo ilegítimo, tuvo una gran familia de 12 o 20 hijos, y se hizo con el trono con el apoyo de éstos, expulsando a Tindáreo al exilio.[51] En una versión de la leyenda, expulsó también a Icario junto a su hermano, y ambos tuvieron que pedir asilo en la corte de Testio (cf. p. 537) en Pleurón, en Etolia. Ellos le devolvieron el favor de su hospitalidad ayudándole en una guerra por cuestiones de fronteras que hizo que éste extendiera su poder por la vecina Acarnania (donde Icario ejerció de gobernante local de acuerdo con una tradición).[52] Según otra versión, Icario ayudó a Hipocoonte a expulsar a Tindáreo y permaneció después en Esparta. Según esta última narración, Tindáreo vivió muy cerca de su tierra natal durante su exilio, ya que buscó refugio en Pelene, en Laconia, o junto a Afareo, rey de Mesenia.[53] Hipocoonte y sus hijos, finalmente, se buscaron su propia ruina al enfadar a Heracles, que organizó una expedición contra Esparta y los mató a todos (cf. pp. 367-368). El héroe victorioso, a continuación, hizo llamar a Tindáreo para que regresara, y se suele contar que Icario vivió junto a él en Esparta después de que Tindáreo recuperara el trono.

Icario, el menor de los tres hermanos, se casó con una ninfa llamada Peribea (o una mujer con ese mismo nombre), que le dio varios hijos, de los que la más importante es Penélope, la futura esposa de Odiseo.[54] No es extraño descubrir que los mitos más memorables acerca de Icario estén relacionados con Penélope y su casamiento. En una versión, como ya hemos visto, Tindáreo intercedió a favor de Odiseo ante su hermano Icario, devolviéndole así el favor que aquél le había hecho al indicarle cómo evitarse problemas con los pretendientes de Helena (cf. p. 570); en otra versión es el padre de Odiseo, Laertes, el que intercede a favor de su hijo.[55] Una leyenda aún más pintoresca sugiere que Icario preparó una carrera por las calles de Esparta para que los pretendientes de Penélope compitieran por ella, de ahí el nombre que recibía la calle de Afetais (Salida), que fue donde Odiseo derrotó al resto de los pretendientes dejándolos detrás.[56] Según otra leyenda local, que sirve para explicar el origen de la estatua de Aidos (la Vergüenza, o Modestia, personificada) en el camino que salía de Esparta hacia el norte, Icario estaba afligido porque su amada hija fuera a vivir lejos de él en Ítaca e intentó convencer a Odiseo de que se quedara a vivir en Laconia. Odiseo rechazó la propuesta, entonces Icario pidió a Penélope que se quedara con él e incluso llegó a marchar detrás de la pareja en su carro cuando partieron en dirección a Ítaca. Odiseo, finalmente, perdió la paciencia y le dijo a Penélope que ella debía decidirse a marchar con él por voluntad propia o, si no, volver a casa con su padre. Dudando de si pronunciarse o no, se tapó con

su velo e Icario adivinó entonces qué quería decirle y dejó que se marchara, entonces levantó una estatua a Aidos en ese lugar en recuerdo de la acción de su hija.[57]

Tindáreo se casó con Leda, hija de su antiguo huésped Testio, y llegó a presidir una familia mixta compuesta por hijos suyos e hijos que había tenido Zeus con su esposa. Helena, como hemos visto (cf. p. 567) era una de las hijas que Leda había tenido con Zeus, o quizá una hija adoptiva producto de la relación de Zeus con Némesis. Leda, asimismo, engendró tres hijas legítimas de su esposo: Clitemnestra, que se convertiría en esposa de Agamenón, Timandra, que se casó con Équemo, un rey arcadio al que se recuerda por ser quien retrasó el retorno de los Heraclidas (cf. p. 379), y Filónoe, de la que sólo se sabe que Ártemis la convirtió en inmortal.[58] No había acuerdo acerca del origen de Cástor y Polideuces (*Pólux* en latín), los dos hijos de Leda. La *Odisea* menciona que ambos eran hijos de Zeus, mientras que el *Catálogo* atribuido a Hesíodo afirma que son hijos de Tindáreo.[59] De acuerdo con Píndaro y la tradición posterior usual, su paternidad era mixta, ya que Leda había engendrado a Cástor de Tindáreo y a Polideuces de Zeus en la misma noche.[60] Los gemelos fueron conocidos como los Dioscuros («Hijos de Zeus», *Dioscuri* en latín) a lo largo de toda la Antigüedad.

De acuerdo con una narración que se puede rastrear hasta Estesícoro, Tindáreo ofendió una vez a Afrodita al olvidarse de ella mientras estaba realizando sacrificios a todos los dioses. Ella se vengó dándole hijas (Clitemnestra, Timandra y Helena, su hija putativa) que abandonarían a sus maridos por otros hombres. Helena se fugó con Paris, Clitemnestra tuvo una relación amorosa con Egisto que tendría consecuencias fatales para su esposo (cf. pp. 654-655) y Timandra abandonó a Équemo por Fíleo (presumiblemente el hijo de Augías que tenía ese nombre, cf. p. 344).[61]

Cuando Helena creció y se convirtió en la más bella mujer en toda la Hélade, atrajo pretendientes de todas partes de Grecia. A través de un proceso de selección que ya ha sido descrito (cf. p. 569), Tindáreo (o sus hijos, o la propia Helena) eligió a Menelao, hijo de Atreo, como esposo. Menelao, que era de origen pelópida, no tenía reino propio, pero gozaba del apoyo de su hermano Agamenón, el rico y poderoso rey de Micenas. Vivía ya en Esparta por razones explicadas en pp. 653-654 y entonces se quedó a vivir en la corte de Tindáreo junto a su prometida. Cuando la temprana muerte de los Dioscuros (muertos antes de la guerra de Troya, cf. *infra*) dejó a Tindáreo sin descendencia masculina, adoptó como sucesor a su yerno Menelao y el linaje atlántida perdió el cetro real. El reino

permaneció bajo dominio pelópida durante dos generaciones, de Menelao a su sobrino Orestes, que se convirtió en rey de Esparta y de su Argólide natal, y de él a Tisámeno, hijo de Orestes. Finalmente los Heraclidas derrocaron a Tisámeno (cf. p. 665), pues reclamaban Esparta por la idea de que Heracles había puesto a Tindáreo en el trono debido a sus campañas bélicas contra Hipocoonte. De hecho, en una versión, Heracles cuenta explícitamente a Tindáreo que le deja el trono confiando en que se lo transmita a sus descendientes.

Los Dioscuros y su enfrentamiento con los hijos de Afareo

Dentro de esta rama de la familia de los Atlántidas, sólo queda por tratar a los Dioscuros. Desde su nacimiento ambos hermanos eran inseparables y cuando crecieron se convirtieron en los dos héroes más importantes de Grecia durante el período inmediatamente anterior a la guerra de Troya, pero como resultado de una pelea con sus primos mesenios, fueron asesinados antes de que pudieran ocupar el trono de Esparta o combatir en la guerra de Troya. Cástor era célebre por su habilidad con los caballos y Polideuces por su coraje como púgil.[62] Al igual que la mayoría de los héroes principales de su generación navegaron con los Argonautas y participaron en la caza del jabalí de Calidón. En el transcurso de la primera de ambas aventuras, Polideuces se sirvió de sus habilidades pugilísticas contra Ámico, el boxeador asesino (cf. p. 504).[63] Una referencia a Polideuces conservada en un poema de Alcmán del que quedan fragmentos sugiere que hubo además una tradición antigua en la que los Dioscuros ayudaron a Heracles en su campaña contra Hipocoonte.[64] Del mismo modo que aparecen como ayudantes en estas hazañas, los gemelos fueron los protagonistas en tres leyendas propias: rescataron a la joven Helena del Ática después de que la raptara Teseo (cf. p. 472), raptaron a Hilera y a Febe, dos princesas mesenias, y se vieron envueltos en un conflicto mortal con Ida y Linceo, dos príncipes mesenios.

Idas y Linceo, conocidos como los Afarétidas, eran los dos hijos de Afareo, que gobernaba en Mesenia junto a su hermano Leucipo (cf. p. 549). En la que seguramente sea la versión más antigua de la historia, se enfrentaron con los Dioscuros a causa de un ganado. De acuerdo con la versión entera de la historia, la de Apolodoro, los dos pares de hermanos se habían juntado para robar ganado de Arcadia, mas el problema comenzó cuando se le confió a Idas el reparto del botín. Cortó una vaca en cuatro partes y propuso que la mitad del botín fuera para el primero que se comiera su parte y el resto para el segundo que se la comiera antes.

A continuación devoró su parte y la de su hermano antes de que nadie pudiera reaccionar. Reclamó para sí todo el ganado como resultado de esta argucia y se lo llevó a Mesenia con la ayuda de su hermano. Pero los Dioscuros no iban a permitir que les robaran su parte y se lanzaron en su persecución. Cuando llegaron a Mesenia, se apoderaron de todo el ganado que habían robado de Arcadia y de unas cuantas cabezas más y prepararon una emboscada para Idas y Linceo; para la conclusión de la historia, vid. *infra*.[65] Parte de esta historia aparecía en las *Ciprias*. El resumen que nos ha llegado no es muy esclarecedor, sin embargo, y se limita a afirmar que se produjo una lucha cuando los Dioscuros fueron descubiertos en el momento de robar el ganado de Idas y Linceo.[66] Píndaro afirma que la disputa surgió a causa del ganado, pero apenas da más información.[67] Aunque es muy posible que la versión que aparecía en la épica arcaica sea la misma que transmite Apolodoro, la historia de la trampa de Idas y los hechos posteriores, no podemos afirmarlo con seguridad.

En otra versión de la historia, el problema surge cuando los Dioscuros raptaron a Hilera y a Febe, las hijas de Leucipo, dos princesas mesenias que estaban prometidas a Idas y a Linceo. Algunas versiones sugieren que los Dioscuros estuvieron invitados a la boda donde las hermanas iban a contraer matrimonio con Idas y Linceo y aprovecharon el momento para llevárselas consigo.[68] Según la versión de Téocrito, Idas y Linceo persiguieron a los Dioscuros y se enfrentaron con ellos después de que raptaran a sus novias. Linceo acusó a los gemelos de haber sobornado a Leucipo para quedarse con sus hijas, aunque se las había prometido a ellos, a cambio de ganado y mulas.[69] La historia tiene distintas variaciones en las demás versiones. Hay una versión en la que Idas y Linceo reprochan a los Dioscuros por no haber pagado una cantidad a Leucipo a cambio de sus hijas. Los gemelos entonces entregaron al rey algunas cabezas de ganado que provenían de los rebaños del padre de sus acusadores, hecho que desencadenó el fatal conflicto entre los dos pares de hermanos.[70]

Aunque las versiones que conservamos son helenísticas y de origen tardío, la historia del rapto era ya conocida en el siglo VI a.C., ya que estaba representada en el trono de Amiclas[71] y en otras obras de arte de ese período. Aunque la historia del rapto aparecía ya en la épica arcaica, no parece que los términos fueran los mismos, dado que no podemos asegurar que las hermanas estuvieran prometidas a Idas y Linceo, ya que en la *Ilíada* se dice que Idas está casado con Marpesa (cf. p. 214). Polideuces tomó a Febe como esposa y Cástor a Hilera. Aunque algunas fuentes afirman que cada matrimonio engendró a un hijo, no hay acuerdo sobre sus nom-

bres y ninguno de los mencionados resulta especialmente significativo.[72] Bajo la advocación de Leucípidas, se rendía culto a Hilera y a Febe como diosas menores en su santuario de Esparta, donde servían unas sacerdotisas vírgenes a las que también se les daba el nombre de Leucípidas.[73]

Aunque varían las narraciones sobre el combate entre los dos grupos de hermanos, generalmente coinciden en que Cástor y los dos hijos de Afareo perecieron y que Polideuces fue separado de la compañía de los mortales. Píndaro y Apolodoro dan versiones semejantes que probablemente estén basadas en las antiguas versiones épicas de las *Ciprias*. Cuando los Dioscuros intentaron tender una emboscada a los hijos de Afareo en Mesenia, la sobrehumana agudeza de la vista de Linceo desbarató sus planes: Linceo escaló las cumbres del Taigeto, entre Laconia y Mesenia, para inspeccionar desde allí todo el Peloponeso. Vio entonces a los gemelos escondidos en Mesenia dentro de un roble hueco, para lo que se sirvió aparentemente de sus poderes mágicos para poder ver a través del tronco. Este dato de la historia, que aparece en Píndaro, mas no en Apolodoro, lo mencionan también las *Ciprias*. Después de lanzarse a la carrera junto a su hermano, llegaron al árbol e Idas infligió una herida mortal a Cástor. A continuación, Polideuces hizo huir a los dos hermanos y les persiguió hasta que se refugiaron en la tumba de su padre Afareo. Aunque intentaron repelerlo arrancando la estela mortuoria de su padre y arrojándosela al pecho, Polideuces no cesó su ataque y mató a Linceo de una lanzada. Finalmente, Zeus lanzó un rayo contra Idas poniendo fin al combate.[74]

En esta historia Polideuces aparece como hijo de Zeus, mientras que Cástor es un hijo mortal de Tindáreo. En la versión de Píndaro, Polideuces vuelve al lugar donde estaba su hermano y se lo encuentra moribundo. Ruega entonces a Zeus que le permita morir con él, Zeus le responde ofreciéndole dos posibilidades: o disfrutar de la inmortalidad en el Olimpo debido a su procedencia divina, o compartir la inmortalidad con su hermano y alternar la mitad de su vida en el mundo subterráneo y la otra mitad junto a los dioses en el Olimpo. Polideuces escogió esta última sin un atisbo de duda. En la versión de Apolodoro, en la que Cástor muere a manos de Idas al momento, Polideuces cae a tierra golpeado por una piedra que le arroja Linceo antes de que este último caiga muerto. Zeus se lleva a Polideuces a los cielos y mata a Idas con un rayo, pero aquí Polideuces rechaza la inmortalidad mientras su hermano Cástor esté muerto. Zeus entonces resuelve que los dos hermanos compartan la inmortalidad y vivan en días alternos entre los dioses y entre los mortales. Estos hechos sucedieron inme-

diatamente antes de que las fuerzas griegas se embarcaran rumbo a Troya. De acuerdo con las *Ciprias*, los Dioscuros hospedaron a Paris cuando llegó a Laconia y se vieron envueltos en la disputa con Idas y Linceo poco tiempo después, en la época del rapto de Helena.[75] Esto explicaría, por supuesto, por qué no evitaron que Paris escapara con ella.

Algunos autores modifican el relato anterior y sugieren que fue Linceo el que mató a Cástor, no Idas, o que Polideuces fue quien mató a Idas, y no Zeus, pero las diferencias son mínimas y no de fondo.[76] Higino cuenta que Idas y Linceo tomaron las armas para recuperar a las hijas de Leucipo cuando los Dioscuros se las llevaron consigo. Después de que Linceo muriera a manos de Cástor en el combate posterior, Idas depuso las armas y sólo atendió a los funerales por su hermano, pero esto provocó otro motivo de enfrentamiento, ya que Cástor le previno de que no levantara un monumento en honor de Linceo, ya que había muerto con deshonra. La cólera de Idas le llevó a desenvainar su espada y clavarla en el muslo de Cástor, herida que resultaría mortal. En otra versión, transmitida en la misma fuente, mató a Cástor haciendo que el monumento se derrumbara sobre él. Al enterarse de lo que había sucedido con Cástor, Polideuces corrió hacia allí, dio muerte a Idas en combate singular y rogó a los dioses que le permitieran compartir la inmortalidad con su hermano.[77] En una versión excepcional, la transmitida por Teócrito, en la que los dos gemelos sobreviven, Cástor propone que sean él y Linceo, los hermanos menores, los que combatan para evitar un derramamiento de sangre innecesario. Cuando Linceo pierde dos de sus dedos en el combate y se le cae la espada, corre en dirección a su hermano, que se encuentra junto a la tumba de Afareo. Cástor le persigue a la carrera y lo mata atravesándolo con su espada. Idas, entonces, reacciona, agarra la estela que hay en la tumba de su padre y, cuando va a arrojársela a Cástor, Zeus lo mata con un rayo. Cástor sobrevive, como Polideuces, que sólo ha sido un espectador de la batalla.[78] Para otras historias asociadas con Idas, cf. pp. 214-215.

En la mitología astral se sugiere que los Dioscuros ascendieron a los cielos para convertirse en la constelación de los Gemelos (Géminis), ya que Zeus quería conmemorar así su amor fraternal.[79] Se le honraba como dioses en su Esparta natal y se fueron haciendo cada vez más populares en todo el mundo griego como protectores a los que pedir ayuda en momentos de peligro, especialmente en el mar. En relación con esto, se les identificaba a menudo con los Cabiros o dioses de Samotracia (cf. p. 293). Se manifestaban en el fuego de san Telmo, una

descarga eléctrica que se produce alrededor de los mástiles de los barcos durante las tormentas. Como el poeta lírico arcaico Alceo expresa: «Cuando saltáis sobre lo alto del navío / y surgís entre las jarcias fulgurantes / trayendo una luz en la noche terrible / al negro bajel».[80] El culto de los Dioscuros entró en Roma en época relativamente antigua. Según la tradición romana, se levantó un templo en su honor en el Foro en el 484 a.C., en cumplimiento de un voto de Aulo Postumio en la batalla del lago Regilo. Se decía que los Gemelos se habían aparecido durante la batalla (*circa* 496) y habían ayudado a los romanos a vencer a los latinos dirigiendo una carga de caballería.[81] En Roma, por alguna razón Cástor se hizo más popular que su hermano y a menudo se llamaba a los hermanos *Castores*.

Los Asópidas

La familia de los Asópidas estaba compuesta por los descendientes del dios río de Peloponeso Asopo, cuyas aguas fluían hacia el mar en la costa norte de la península, al oeste de Corinto. Asopo y su esposa Métope, hija del río Ladón, tuvieron numerosas hijas, que fueron raptadas por Zeus y por otros dioses, quienes se las llevaron a diferentes lugares de la geografía griega, donde fundaron linajes locales con los hijos que engendraron de ellos o simplemente cumplieron su función como epónimas locales. Aunque la familia era realmente extensa, su principal interés proviene de la rama de la que surgen Aquiles y el gran Áyax. Como los más valientes y poderosos guerreros griegos en Troya, Aquiles y Áyax forman una pareja natural semejante a la de Agamenón y Menelao, razón por la cual se les terminó considerando primos, aunque la *Ilíada* no aporte ningún dato a este respecto y lo normal sea que no se les otorgue parentesco alguno por provenir ambos de lugares muy distantes. Cuando se les considera primos se dice de ellos que eran nietos de Éaco, rey de Egina, y bisnietos de la asópida Egina, a la que Zeus raptó y llevó a la isla que tiene ese nombre. Se contaba que sus padres Telamón y Peleo habían sido expulsados de Egina por cometer un crimen en el seno de sus familias y que ambos se habían exiliado a lugares distintos: Peleo a Tesalia, en el norte; Telamón a Salamina, frente a la costa del Ática, lugares de nacimiento de Aquiles y Áyax, entre los que media una distancia considerable. (Vid. Tabla 18). Al menos desde un punto de vista formal, la genealogía de Aquiles permaneció invariable desde la *Ilíada*, en la que se traza una línea que va de Peleo a Éaco y a Zeus.[82] No obstante, parece verosímil que

tanto Éaco como Peleo fueran ambos tesalios de nacimiento y que a Éaco lo trasladaran a Egina después cuando se comenzó a concebir una genealogía común para Áyax y Aquiles. El mito del rapto de Egina suministró un modelo para numerosas historias en las que las hijas de Asopo son llevadas a tierras lejanas por uno u otro dios. Con el curso del tiempo se configuró una numerosa genealogía familiar, aunque la mayoría de sus miembros no sean más que epónimos en la mayoría de los casos inventados para la ocasión y no despierten mucho interés. Nos centraremos en la rama de la familia que surge de Egina antes de tratar brevemente el resto de las ramas.

Egina, hija de Asopo, y su hijo Éaco

Zeus se enamoró de Egina después de verla junto a las corrientes de su padre Asopo en la tierra de Sición, al norte del Peloponeso. La raptó entonces y se la llevó en dirección este, dejaron atrás Corinto y cruzaron el mar hasta llegar a una isla en el golfo Sarónico entre Argos y el Ática. Cuando se percató de su desaparición, su padre Asopo partió en su busca. Llegó a Corinto y preguntó allí a su rey, Sísifo, que desde la atalaya de su ciudadela en Acrocorinto podía ver kilómetros alrededor. Sísifo había visto el rapto y confió su secreto al dios-río a cambio de que hiciera brotar un manantial de agua en el Acrocorinto. Mas el negocio no le salió tan redondo a Sísifo, ya que Zeus no iba a permitir que su indiscreción quedara impune (cf. p. 559). Tampoco Asopo logró nada a partir de esa información, ya que cuando intentó recuperar a su hija, Zeus le arrojó rayos hasta hacerle huir a sus corrientes. A consecuencia de ello, al menos eso contaban, desde entonces se podía recoger carbón en el río Asopo (aunque hoy en día no haya ningún rastro de carbón).[83]

Al llegar a la isla de Egina, a la que antes de ese momento se conocía como Enone o Enopia, Zeus dejó allí a Egina como amante y dio su nombre a la isla en su honor. Ella le dio un solo hijo, Éaco, que cuando creció se convirtió en el primer rey de la isla.[84] Mas no había nadie sobre quien gobernar, ya porque la isla estuviera desierta antes de la llegada de su madre, ya porque Hera hubiera provocado la muerte de sus habitantes después de enterarse de que su esposo tuviera una relación de amor con Egina. En esta última versión, la diosa provocó una plaga terrible mandando una serpiente para que envenenara sus reservas de agua.[85] Éaco rogó a su padre que le concediera un pueblo que le aliviara de su soledad y que le diera súbditos sobre los que gobernar. Zeus se lo concedió

e hizo que las hormigas (*myrmekes*) del lugar se convirtieran en seres humanos. Esta historia explica el nombre de los mirmidones, el pueblo tesalio al que gobernaba Peleo y al que su hijo Aquiles comandaba en Troya. Tenemos, entonces, que considerar que Peleo se llevó a parte del «pueblo-hormiga» con él cuando marchó al exilio.[86]

Éaco era un hombre incomparablemente piadoso y justo. Cuando toda Grecia estaba sumida en una terrible hambruna a causa de la muerte de Estínfalo (cf. p. 706), o quizá de Androgeo (cf. p. 445), un oráculo señaló que sólo Éaco sería capaz de librar a la tierra de su esterilidad si elevaba plegarias a los dioses (o sólo a Zeus) de parte de todos los griegos.[87] Siempre que surgía una disputa, se podía confiar en que Éaco encontraría una solución justa, como cuando arbitró entre Esciro y Niso que estaban enfrentados por la sucesión del trono de Mégara (cf. p. 450).[88] Incluso se decía que había ejercido de árbitro en disputas entre dioses,[89] aunque no se hayan conservado ejemplos de ello. En reconocimiento de sus excepcionales virtudes, a su muerte se le designó como uno de los jueces del Hades o como su portero (cf. p. 177).[90]

Peleo y Telamón marchan al exilio por matar a su hermanastro Foco

Por todas sus elevadas tareas, Éaco se desentendió de las cuestiones familiares y sus hijos terminaron por alejarse de él. Se casó con Endeide, hija de Quirón (o Escirón), que le dio dos hijos legítimos: Peleo y Telamón; pero además tuvo un hijo fuera del matrimonio con la nereida Psámate.[91] Cuando se encontró acosada por un mortal, la ninfa marina intentó escapar convirtiéndose en una foca (*phoke*), pero se agarró a ella con tanta fuerza que al final logró dejarla embarazada de Foco, al que crió como un miembro más de su familia.[92] Estaba especialmente contento con Foco y mostraba tantas deferencias hacia él que su esposa y sus hijos legítimos comenzaron a sentirse cada vez más molestos. Animados por su madre, finalmente Peleo y Telamón se conjuraron para dar muerte al intruso. Las fuentes varían sobre quién le dio el golpe mortal o si lo hicieron a la vez, aunque por lo general se señala que conspiraron juntos para matarlo. De acuerdo con la tradición más extendida, uno u otro mató a Foco arrojándole un disco a la cabeza en un momento en que los tres entrenaban juntos. En otras versiones de la leyenda, se cuenta que lo mataron porque sentían celos de sus dotes atléticas, o sencillamente que la muerte fue accidental. Fuera cual fuera el curso de los acontecimientos, Éaco expulsó al exi-

lio a Telamón y a Peleo cuando se enteró de la muerte de Foco y jamás permitió que volvieran a pisar suelo egineta.[93]

Como ya se ha señalado, Aquiles dice en la *Ilíada* que él es hijo de Peleo y nieto de Éaco, pero la épica homérica da menos información sobre Áyax, y no se dice nada sobre la ascendencia de su padre Telamón. No se sugiere que ambos sean parientes, y aunque el sobrenombre de Eácidas se aplica frecuentemente a Aquiles y a Peleo,[94] Áyax no lo recibe nunca, tampoco su hermanastro Teucro. Por tanto, no hay razón alguna para suponer que Áyax y Aquiles, ni sus respectivos padres, provinieran de una familia común. Por otra parte, no se puede saber a partir de qué momento surgió ese vínculo. Píndaro es el primer autor que señala explícitamente que Telamón era hijo de Éaco, aunque se han conservado unos versos de un poema épico arcaico, el *Alcmaionis*, del que se puede inferir que Telamón y Peleo eran hermanos porque se dice que se unieron para dar muerte a Foco.[95] Aunque Homero señala que el abuelo de Aquiles, Éaco, era hijo de Zeus, no se menciona el nombre de su madre. Como se ha visto antes, se consideraba que Peleo y Éaco eran plenamente tesalios y, si esto es así, puede que la madre de Éaco fuera una hija del Asopo de Tesalia, que desembocaba en el golfo de Malia en la región en la que se encontraba el reino de Peleo.[96]

De acuerdo con una tradición local de Egina, Telamón regresó a la isla con la esperanza de que su padre le permitiera quedarse, pero Éaco le impidió poner el pie en la isla, por lo que se vio obligado a levantar un montículo sobre el mar para poder hablar desde él (lo que refleja un rasgo de la topografía local).[97] Otra tradición local, transmitida por Pausanias, sugiere que Éaco había rodeado la isla de arrecifes debajo de la superficie del agua para protegerla de sus enemigos.[98] De acuerdo con otra leyenda recogida por Píndaro, Apolo y Poseidón pidieron ayuda a Éaco mientras estaban construyendo las murallas de Troya (cf. pp. 673-674), ya que, según apunta un escolio, las murallas de la ciudad hubieran sido absolutamente impenetrables si sólo hubieran intervenido en su construcción manos divinas (cf. p. 673). Después de terminar la construcción, tres serpientes intentaron escalar a las almenas, dos de ellas cayeron y murieron, mientras que una logró acceder a ellas. Apolo interpretó esta señal y profetizó que Troya caería por la parte de la muralla construida por Éaco. No obstante, los descendientes de Éaco desempeñarían un papel fundamental en la toma de la ciudad en dos ocasiones diferentes.[99]

Al igual que un héroe corintio homónimo, Foco era uno de los epónimos de la provincia de Fócide, en la Grecia central, y se decía que había permanecido allí el tiempo previo a su muerte (cf. p. 725). Según Píndaro y algunas fuentes tardías,

Meneceo, el padre de Patroclo, el amigo de Aquiles, era un hijo de Egina y de su segundo marido, Áctor, hijo de Mirmidón. El *Catálogo* atribuido a Hesíodo sugiere incluso que Meneceo era el cuarto hijo de Éaco.[100]

Telamón se convierte en rey de Salamina y engendra a Áyax y a Teucro

Telamón se quedó cerca de su lugar de nacimiento, pues su morada se encontraba en la isla de Salamina, cerca del norte, en la costa frente al Ática. Salamina estaba entonces bajo el reinado de otro asópida llamado Cicreo, hijo de Poseidón y Salamina, hija de Asopo (cf. p. 689) y, por tanto, era familia de Telamón. La pareja no tenía hijos varones, de modo que le ofreció a su hija Glauce y lo adoptaron como heredero. Telamón sucedió a su suegro en el trono, pero en un momento se volvió a casar, tomando como nueva esposa a Peribea (o Eribea), hija de Alcatoo, rey de Mégara. La pareja engendró sólo un hijo legítimo, el poderoso Áyax (o Ayante).[101]

Píndaro cuenta que Heracles recaló en Salamina para reclutar a Telamón como compañero de armas en su campaña contra Troya y que pidió a su padre Zeus que le diera a su aliado un hijo valiente y fuerte. Entonces Zeus mandó un águila en señal de asentimiento y Heracles anunció a Telamón que engendraría un hijo excepcional y que su nombre debería ser Áyax a causa del águila (*aietos*).[102] Como convenía al padre de semejante hijo, Telamón fue uno de los guerreros más importantes de su tiempo. Navegó con los Argonautas, participó en la caza del jabalí de Calidón,[103] y, en algunas tradiciones, acompañó a Heracles al país de las Amazonas (cf. p. 347). Se le recuerda principalmente por haber sido el más destacado aliado de Heracles durante la primera toma de Troya (cf. p. 363). En recompensa por su colaboración, Heracles le ofreció como concubina a Hesíone, la hija de Laomedonte, el rey derrocado. Ella le dio otro hijo sobresaliente, Teucro, que acompañó a Áyax en la segunda expedición griega contra Troya, la más importante. Después de su excepcional labor en Troya, Áyax se suicidó en los momentos finales de la guerra (cf. pp. 605 y ss.) y Telamón mandó a Teucro al destierro por regresar a casa sin su hermano (cf. p. 738). Eurísaces, el hijo que Áyax y su concubina Tecmesa habían engendrado en Troya, estaba por tanto destinado a convertirse en el sucesor de Telamón en el trono de Salamina.[104] Los atenienses afirmaban que él y su hermano Fileo habían cedido la isla a Atenas y se habían marchado a vivir al Ática.[105]

Peleo en Tesalia: su matrimonio divino y su hijo Aquiles

En su exilio Peleo se marchó más lejos de su tierra natal que su hermano, llegando hasta Ftía, al sur de Tesalia, donde lo purificó Euritio (o Eurito), el gobernante de esas tierras. El fundador del linaje que reinaba en Ftía había sido Mirmidón, hijo de Zeus y Eurimedusa, que era el epónimo de ese pueblo, los mirmidones. Mirmidón había contraído matrimonio con Pisídice, una de las hijas de Eolo (cf. p. 534), que le había dado dos hijos, uno de ellos Áctor, el padre de Euritio. Otra versión sugiere que fue el propio Áctor quien recibió a Peleo en Tesalia. Dado que Euritio no tenía descendencia masculina, invitó a Peleo a quedarse en su reino y le ofreció a su hija Antígona como esposa y un tercio de la tierra. Antígona sólo le dio una hija, Polidora.[106] La *Ilíada* se refiere a Polidora como hija de Peleo y menciona que se casó con Boros, hijo de Perieres, pero tuvo un hijo llamado Menestio con el dios-río local Esperqueo. Menestio fue uno de los lugartenientes de Aquiles en Troya.[107] La historia del matrimonio de Peleo con Antígona y la purificación de Euritio probablemente se remonta a la épica arcaica dado que ya la conoce Ferécides.[108] Los acontecimientos siguieron más o menos el mismo curso en la versión alternativa en la que Áctor recibe a Peleo, hijo de Mirmidón. En este caso, se casó con una hija de Áctor a la que se llama Polimele o Eurídice.[109]

Junto con otros héroes importantes de esa época, Peleo y su anfitrión fueron invitados a Etolia a tomar parte en la caza del jabalí de Calidón. En ella Peleo mató por accidente a Euritio en un lance y se vio obligado a marchar al exilio de nuevo. Buscó refugio en una región de Tesalia más al norte, en Yolcos, donde lo purificó Acasto, el hijo y sucesor de Pelias.[110] Durante su estancia en la corte de Yolcos (o quizá durante una anterior visita, dado que los juegos en cuestión debieron haber tenido lugar antes de la caza del jabalí), compitió en los espléndidos juegos funerales que organizó Acasto después de la muerte de su padre. A los pintores de vasos del Ática les gustaba retratar a Peleo en lucha con la gran heroína Atalanta, haciendo contrastar su oscuro cuerpo con la pálida piel de su oponente. Se decía que había vencido ella. En otra versión, peleó con éxito contra Hipalcimo, uno de los numerosos hijos de Pélope, o con Jasón.[111]

Los hechos se torcieron cuando Astidamía (o Hipólita), la esposa de Acasto, se enamoró de Peleo e intentó seducirlo para tener un encuentro en secreto. Ella se enfadó tanto con su negativa que contó a su esposo que Peleo había intentado seducirla o violarla. Como suele pasar en este tipo de historias (cf. p. 693), Acasto confió en ella, pero no podía ejercer violencia contra un huésped. Invitó enton-

ces a Peleo a unirse en una montería en el Pelión con la intención de exponerle a un peligro. Peleo tuvo mucha suerte en la cacería y en la competición logró matar a más bestias que sus compañeros. Intentaron hurtarle unas cuantas piezas, pero él había tenido la precaución de cortarles la lengua y podía evitar el fraude sólo con enseñarlas. Cuando se quedó dormido después de tanto esfuerzo, Acasto lo dejó abandonado en la montaña, quitándole la espada y exponiéndolo a los centauros y bestias salvajes que merodeaban por aquellos parajes. Su espada era un arma divina que le había fabricado Hefesto, y que Acasto escondió bajo un montón de estiércol. Peleo, cuando se despertó, se puso a buscarla, pero lo rodeó un grupo de centauros que lo hubieran matado si no hubiera intercedido por él el noble centauro Quirón, que además le ayudó a recuperar su espada.[112] Según otra versión de la leyenda, los dioses se habían quedado tan admirados por la resistencia de Peleo a los intentos de Astidamía por seducirlo que le dieron entonces la espada mágica, diciéndole a Hermes que se la entregara para permitirle luchar contra los centauros (o simplemente contra las bestias salvajes, *theria*) que pondrían su vida en peligro.[113] Hay otra versión en la que es Acasto el que comunica a Peleo su intención de dejarlo abandonado, diciendo que mediante esa prueba se revelaría si era o no culpable de violación.[114]

A menudo se dice que Peleo regresó a Yolcos para vengarse. Según Píndaro, tomó la ciudad él solo sin necesidad de ejército.[115] De acuerdo con Apolodoro, que seguramente tiene como fuente a Ferécides, organizó un ejército con ese fin, con la ayuda de Jasón y de los Dioscuros. Después de dar muerte a Astidamía, la desmembró e hizo que el ejército entrara en la ciudad a través de sus restos.[116] Algunas fuentes señalan que también mató a Acasto. Se recoge una versión de esta historia en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, ya que uno de los fragmentos que han llegado a nosotros dice que llevó a Ftía parte del tesoro de Yolcos (evidentemente después de saquear la ciudad).[117] En otras versiones, Acasto y su familia permanecieron en Yolcos, y él o sus hijos con el tiempo atacaron o expulsaron a Peleo cuando el anciano rey no podía defenderse después de que su hijo Aquiles hubiera marchado a Troya (cf. p. 633).

Durante el siguiente período de su vida, Peleo regresó a Ftía para ocupar el trono después de la muerte de su suegro y contrajo matrimonio con la diosa Tetis. Esto implica que su primera esposa, Antígona, había muerto en algún momento. Apolodoro lo explica diciendo que Astidamía la había inducido a suicidarse para vengarse de Peleo, enviándole un mensaje en el que le decía que estaba intentando repudiarla para contraer matrimonio con Estérope, la hija de Acasto.[118]

Para las circunstancias del matrimonio de Peleo con Tetis y la breve y desdichada unión, cf. pp. 93 y ss. Según la versión más conocida, ella le dio un hijo único, Aquiles, antes de abandonarlo y regresar junto a sus hermanas, las Nereidas, en el mar, ya que, al revés que Harmonía, consideraba que su matrimonio con un mortal era un yugo y una indignidad insufribles.[119] En algunas versiones, sin embargo, Aquiles no es el primer y único hijo de la pareja, ya que ella le había dado más hijos a Peleo, pero los había hecho perecer intentando volverlos inmortales (cf. pp. 95-96).[120] Después de abandonar a Peleo, él confió al joven Aquiles a su antiguo salvador, el centauro Quirón, que le educó en el monte Pelión. La juventud y educación de Aquiles ha sido objeto de estudio en relación con la guerra de Troya (cf. pp. 591 y ss.). Peleo vivió muchos años, para las historias sobre sus últimos años y su muerte, cf. pp. 632-633.

Asópidas menores

El resto de la familia Asópida no necesita un tratamiento en profundidad. Después de la que proviene de Egina, la siguiente rama es, sin duda, la que está relacionada con Salamina, la otra isla del golfo Sarónico con cierta importancia. Salamina, hija de Asopo, fue llevada a esa isla por Poseidón y allí le dio un hijo, Cicreo, que se convirtió en el primer gobernante de la isla. Ganó el trono —o sólo gran gloria— al matar a una descomunal serpiente que devastaba el territorio.[121] De acuerdo con otra tradición diferente, él crio a la serpiente y se la llevó de allí un tal Euríloco, que se marchó al continente, a Eleusis, en donde la serpiente se convirtió en sirviente de Deméter.[122] Se decía que Cicreo se había aparecido a los barcos atenienses bajo la apariencia de una serpiente durante la batalla de Salamina contra los persas.[123] Tal y como hemos visto, Cicreo acogió con agasajo a Telamón, le entregó por esposa a su hija Glauce y lo adoptó como sucesor, ya que no tenía herederos. No obstante, Ferécides suministra otra versión diferente en la que telamón es el nieto de Cicreo, e hijo de Glauce y un tal Acteo (seguramente distinto del suegro de Cécrope).[124] Sin duda esto refleja una tradición antigua en la que Telamón era oriundo de Salamina.

Otra isla a la que se le concede el epíteto de Asópida es Corcira (Cercira, la moderna Corfú), en el mar Jonio en el noroeste de Grecia. Corcira adquirió cierto renombre por su identificación con la isla homérica de los feacios, que visitó Odiseo (cf. p. 641) y aparecía también en el mito argonáutico (cf. p. 514). En la *Odisea*, los feacios son un exótico pueblo que está muy unido a los dioses, y su

isla, Esqueria, se encuentra en los confines del mar, tan lejos que apenas reciben visitantes mortales. Por ello, Alcínoo, el rey de la isla, no podía tener una genealogía heroica convencional en la narración homérica. En la *Odisea* se cuenta que era un hijo de Nausítoo (Navegante veloz), que había llevado a los feacios a tan lejana isla para evitar que los Cíclopes los saquearan,[125] y estaba casado con Arete (Virtud), que aparentemente es su hermana en el texto original del poema.[126] Un pasaje que es seguramente posterior a la época de Homero la convierte en su sobrina y explica que Nausítoo era hijo de Poseidón y Peribea, la hija mayor de Eurimedonte, rey de los Gigantes, y que Arete era la hija de otro hijo de Nausítoo, un tal Alexénor al que dio muerte Apolo en su morada nada más casarse.[127] Esto es imaginación, al igual que las genealogías de Platón sobre los reyes de la Atlántida. Sin embargo, y al hilo de esto, cuando la tierra de Alcínoo terminó por ser identificada con un lugar real frente a las costas griegas, tanto él como su familia entraron de lleno en la genealogía heroica de los Asópidas. De acuerdo con la tradición posterior, Cercira, hija de Asopo, fue raptada por Poseidón y llevada a la isla que posteriormente llevaría su nombre. Allí le dio un hijo, Féax, que dio su nombre a los feacios (ya identificados con los habitantes primordiales de Corcira). Alción aparece como hijo de Féax y su esposa es Arete, que en la versión homérica aparece como su hermana.[128] Aunque Helánico es la fuente más antigua para esta rama del linaje de los Asópidas, es bastante posible que esto ya se encontrara en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, ya que se sabe que el poema hacía mención de las relaciones familiares de Alcínoo, algo que había sido imposible si no se le hubiera dotado de una genealogía heroica en toda regla.[129] Dado que Corcira era una colonia corintia, es tentador suponer que el mito de Cercira surgió en Corinto a imitación de las historias que se contaban sobre Egina y Salamina. Cuando compuso sus *Argonáuticas*, parece que Apolonio tuvo problemas con la discrepancia que existe entre la genealogía homérica de Alcínoo y las posteriores, ya que afirma que Nausítoo era el predecesor de Alción en el trono de los feacios en Corcira, mientras que Poseidón se llevó a Cercira a Corcira Nigra, una isla insignificante en medio del Adriático.[130]

Se fueron añadiendo asópidas con el paso del tiempo, de modo que la familia de Asopo terminó siendo muy numerosa, con doce o veinte hijas. Diodoro habla de doce y añade a las anteriormente mencionadas a: Pirene, epónima de la fuente con ese nombre en Corinto; Cleone, epónima de Cleonas en la Argólide; Tebe, epónima de Tebas (en algunas fuentes considerada la esposa de Anfión, cf. p. 403); Tanagra, epónima de Tanagra en Beocia; Tespia, epónima de Tespias, al oeste de Tebas; Ornia, epónima de Ornias en la Argólide; Calcis, epónima de

la ciudad de Eubea que lleva ese nombre; Asopis (desconocida) y Sinope (cf. *infra*).[131] Otra asópida conocida es Harpina, la madre de Enómao en la tradición local de Elis (cf. p. 648).[132]

De todas ellas sólo Pirene y Sinope tienen interés propio. Pirene, que también aparece como hija del dios-río Aqueloo o de Ébalo, rey de Esparta, fue amante de Poseidón y le dio dos hijos, Leques y Cencrias, epónimos de Lequeia y Cencrias, los dos puertos de Corinto al oeste y al este del istmo respectivamente.[133] De acuerdo con una tradición local recogida por Pausanias, que sigue sin duda un modelo estándar y es de origen tardío, Pirene lloró tan amargamente por la muerte de Cencrias a manos de Ártemis que se convirtió en la célebre fuente corintia que lleva su nombre.[134] Aún son visibles en Corinto los restos de la impresionante construcción que albergaba la fuente. Como epónima de la colonia griega de Sinope en la costa norte de Asia Menor, Sinope fue la Asópida que llegó más lejos. La raptó Zeus y la llevó al lugar que ocuparía la futura ciudad (un puerto comercial célebre por ser el lugar de nacimiento de Diógenes el Cínico) e intentó ganarse su amor prometiéndole que le daría lo que más deseaba. Ella fue más lista de lo que él pensaba y le dijo que lo que deseaba era seguir siendo virgen. A continuación, hizo lo mismo con Apolo y con el dios-río local Halis. De acuerdo con otra versión, fue Apolo quien se la llevó hasta allí y le dio un hijo, Siro, que dio su nombre a los sirios del interior.[135]

La primera mujer mencionada como hija de Asopo es Antíope, que aparece en la *Odisea* con ese nombre;[136] pero, como hemos visto (cf. p. 399), la tradición posterior le dio una genealogía completamente distinta. Seguramente fue una hija del Asopo que fluye por el sur de Beocia, en lugar del Asopo del Peloponeso, lo que explicaría mejor otros epónimos beocios como Tebas, Tanagra y Platea (cf. p. 195). Los mitógrafos parecen obviar esta distinción, sin embargo, ya que todas las hijas de Asopo aparecen como hermanas, algo que se manifiesta en Píndaro y Baquílides, quienes afirman que Egina (específicamente relacionada con el Asopo del Peloponeso) y Tebe, la epónima beocia, son hermanas del mismo padre.[137]

La familia real arcadia

Pelasgo, el primer rey de Arcadia

Al igual que los atenienses, los arcadios tenían la creencia, parcialmente justificada, de que eran un pueblo autóctono que había habitado esa tierra desde

los tiempos más antiguos sin haber pasado por mezclas con pueblos extranjeros. De hecho, les gustaba afirmar que eran los más antiguos pobladores de Grecia, una raza de «pre-selenios» que habían vivido en el escarpado corazón del Peloponeso antes de que la luna (Selene) apareciera por vez primera en el cielo.[138] Su héroe ancestral y primer rey era Pelasgo, que nació de la propia tierra en el comienzo de la historia, tan antiguo como Deucalión, o incluso anterior, quizá el primer hombre. Aunque Pausanias duda de que fuera realmente el primer hombre que vivió en Arcadia (¿sobre quién hubiera reinado en ese caso?), cita unos versos del poeta épico Asio que le señalan como el ancestro de la raza humana: «La negra tierra dio a Pelasgo, semejante a los dioses, en las montañas de altos árboles para que surgiera la raza de los mortales».[139] Pelasgo es el epónimo de los pelasgos, el pueblo considerado habitante aborigen (prehelénico) de Grecia. Según la mitología arcadia, él había dado su nombre a ese pueblo, que lo mantuvo hasta que su bisnieto Arcas los llamó arcadios a partir de su propio nombre.[140] Como Cécrope en Atenas, es más una especie de Adán local que un personaje de leyenda, aunque se le atribuyan diversos hechos como héroe cultural en la tradición posterior.

Pausanias se hace eco de un esquema un tanto artificial en el que se cuenta que Pelasgo había introducido los primeros rudimentos de la civilización en Arcadia, permitiendo que sus sucesores mejoraran sus innovaciones y desarrollaran un modo de vida completamente humano. Pelasgo inventó las cabañas y las vestimentas de piel de oveja para proteger a su gente de las inclemencias del tiempo, dejando en manos de Licaón y de Arcas enseñarlos a construir poblaciones y a tejer prendas con lana. Pelasgo enseñó a los arcadios a alimentarse de bellotas y no de hojas, hierbas o raíces, que podían ser venenosas, dejando en manos de Arcas la introducción del pan y el cultivo de cereales.[141] Las bellotas formaron parte de la dieta de los arcadios hasta muy tarde, de ahí el apelativo de «comedores de bellotas» que se les daba tradicionalmente.

Como se ha explicado, los argivos intentaron introducir a Pelasgo en su genealogía real, haciéndole hijo de Níobe, hija de Foroneo (cf. p. 306).[142] A aquel Pelasgo al que recibió Deméter en Argos en época temprana (cf. p. 185), que estaba sepultado en el santuario de Deméter *Pelasgia*,[143] se le identificaba con este Pelasgo nacido de la tierra o se le hacía un miembro de la familia real argiva nacido posteriormente (un hijo de Triópas o de Agénor).[144] En las *Suplicantes* de Esquilo, Argos está bajo el reinado de Pelasgo, hijo de Palectón, cuando llega allí Dánao. Palectón, nacido de la tierra («el que lleva desde antiguo en la tierra», es decir, el indígena),

cuyo nombre no aparece en ninguna otra fuente, parece ser una invención.[145] En las genealogías de Tesalia aparece un Pelasgo (quizá más de uno) como padre de diversos epónimos locales. Dado que el área alrededor de Larisa recibía el nombre de Pelasgiótide, no resulta sorprendente que este Pelasgo aparezca como hijo de Larisa, la epónima de la ciudad, bien de Poseidón o de Hemón.[146]

Licaón y sus cincuenta hijos

Pelasgo contrajo matrimonio con la ninfa Cilene (o con la oceánide Melibea, o una tal Deyanira), que le dio un solo hijo, su heredero y sucesor Licaón.[147] Como se puede inferir de su nombre, Licaón estaba estrechamente vinculado con el monte Licaón, en el sudoeste de Arcadia. Era un fundador mítico del antiguo culto de Zeus *Lykaios*, que se celebraba en la cima de la montaña. Enfrente del altar, que consistía en un montículo de tierra, había dos pilares y sobre ellos dos águilas doradas que miraban al sol naciente. Se decía que Licaón había sido también el fundador de Licosura, que se encontraba bajo la montaña y era considerada como la ciudad más antigua del mundo, y de la fiesta de Zeus *Lykaios*, la más antigua de su clase.[148] Esa clase de culto de Zeus celebrado en la montaña, muy importante en todo Grecia, fue especialmente significativo en Arcadia, ya que dotaba de un centro unitario a la población de esa tierra, diseminada en un sinfín de comunidades aisladas.

Licaón tuvo cincuenta hijos de diferentes mujeres, y también una célebre hija, Calisto, la madre del héroe epónimo de Arcadia. Como se puede observar en el catálogo de nombres que transmite Apolodoro, la mayoría de los hijos de Licaón son epónimos de diferentes ciudades arcadias.[149] Dado que todos ellos (excepto uno, que no tuvo hijos), murieron jóvenes a manos de Zeus, ninguno sobrevivió para engendrar progenie propia, por lo que todos los miembros de la familia real arcadia son descendientes de Calisto y de su hijo Arcas. La caída de la casa de Licaón se produjo a causa de un sacrilegio: el rey o sus hijos intentaron ofrecer carne humana a Zeus. Aunque lo más seguro es que fuera el propio Licaón el que cometió tal trasgresión, son los hijos quienes en la mayoría de las fuentes cargan con tal crimen, aparentemente porque no entraba en los cabales de los autores más tardíos que el piadoso fundador del principal culto de Zeus en Arcadia pudiera haber cometido una acción de esa clase. De acuerdo con ello, Apolodoro explica que los hijos de Licaón sobresalían a todos sus contemporáneos en arrogancia e impiedad, algo que se hizo evidente cuando Zeus los visitó

bajo el aspecto de un viajero pobre para demostrar si su reputación era realmente tan mala como se decía. Ellos lo invitaron a su palacio para que gozara de su hospitalidad, pero mezclaron las entrañas de un niño con la carne de los sacrificios y se la sirvieron conjuntamente. Horrorizado por su acción (instigada por el hermano mayor Ménalo), Zeus tiró la mesa y mató a los hijos y al padre arrojándoles rayos, dejando a salvo sólo al hermano pequeño, Níctimo, ya que Gea (la Tierra) había intercedido por él.[150]

Níctimo sobrevivió y heredó el trono según esta versión, y en la narración pseudohistórica que lleva a cabo Pausanias acerca de la historia temprana de Arcadia se dice que fue el sucesor de Licaón. Sin embargo, esto no es importante, ya que tampoco tuvo hijos, por lo que le sucedió Arcas en el trono. Pausanias cuenta que Níctimo era el mayor de los hijos de Licaón, por eso heredó (en su versión racionalista no cabe que Zeus destruyera a la familia), mientras que Apolodoro le convierte en el más joven (su corta edad le haría inocente de un crimen tal).[151] Si el choque de Zeus con los hijos de Licaón sucedió en Trapezunte, en el sudoeste de Arcadia, (como indican Apolodoro y otras fuentes), el nombre de la ciudad se explicaría por la acción de Zeus de tirar al suelo la mesa (*trapeza*).[152] Este gesto es un motivo repetido en esta clase de historias, ya que simboliza una ruptura en el contacto entre dioses y hombres. Apolodoro menciona que algunos pueblos explicaban el gran diluvio como un castigo por las impiedades cometidas por los hijos de Licaón.

En otra versión se sugiere que Zeus visitó una vez a Licaón como huésped, ya que a menudo los dioses en los primeros tiempos se relacionaban así con los humanos, y que los hijos del rey fueron los que mezclaron carne humana y animal para probar si era o no realmente un dios.[153] Para ello mataron a su hermano pequeño, Níctimo, según señala una fuente.[154] Cabe hacer mención de una versión parcialmente racionalista, la de Nicolás de Damasco, un historiador que fue tutor de los hijos de Marco Antonio y Cleopatra. Para asegurarse de que su pueblo se comportaría rectamente, Licaón les dijo que Zeus los visitaba regularmente disfrazado para poner a prueba su modo de vida. Un día que el rey ofrecía un sacrificio, ya que afirmaba que estaba esperando la visita del dios, sus hijos mataron a un niño y mezclaron las carnes para probar si decía o no la verdad, ya que Zeus se daría cuenta si los visitaba. Se produjo entonces una violenta tormenta, con gran cantidad de rayos, aparentemente por orden de Zeus, y todos los asesinos del niño murieron entonces sin excepción.[155]

Otras fuentes afirman que fue el propio Licaón el que puso a prueba a Zeus dándole comida mezclada con carne humana un día que el dios le hizo una visita. El rey mató a su nieto Arcas (al que luego revivieron los dioses) y le dio su carne, o la de su hijo Níctimo o la de un prisionero molosio. En esta versión, la única anterior a época helenística que conservamos, y que entró en el *Corpus* atribuido a Hesíodo, Licaón estaba tan encolerizado con Zeus porque había seducido a su hija Calisto (vid. *infra*) que mató a un niño, aparentemente Arcas, y le sirvió su carne como comida. Parece que Zeus respondió tirando la mesa por los suelos y transformando a Licaón en un lobo, al igual que en la célebre versión de las *Metamorfosis* de Ovidio, en la que el rey intenta poner a prueba su divinidad sirviéndole carne humana. Ovidio estaba obligado a elegir esta versión de la historia por el tema central de su poema, dado que es la única en la que se produce una transformación.[156] Pausanias escuchó en Arcadia que Licaón terminó convertido en lobo (*lykos*) porque sacrificó un niño en el altar de Zeus *Lykaios,* y los propios arcadios vincularon esta historia con una extraña superstición acerca de un hombre lobo que estaba vinculada con el culto de Zeus *Lykaios*.[157] Se contaba que desde los tiempos de Licaón uno de los hombres que participaba en el sacrificio anual en el monte Licaón se convertiría en lobo después de probar la carne sacrificial, de la que se pensaba que contenía carne humana. Esos hombres lobo no estaban condenados a tener esa forma el resto de sus vidas, ya que podrían recuperar su forma humana al cabo de nueve años si en ese tiempo no probaban carne humana; si lo hacían no cabía posibilidad alguna de liberarse de su naturaleza bestial.[158] Es tentador pensar que la leyenda local sobre el sacrificio del niño hecho por Licaón sea la historia original de la que todas las variantes posteriores partieron, pero Pausanias recopiló esa narración en un período muy tardío (siglo II a.C.), de modo que no podemos asegurar que sea realmente antigua o producto de la invención posterior.

Calisto y Arcas

Calisto, la hija de Licaón, dejó su hogar para vagar por las montañas de Arcadia como una compañera virginal de caza de Ártemis. Zeus se enamoró de ella y bien la violó, bien la sedujo, pues quedó encinta de un varón, Arcas. Aunque esto acabó siendo una desgracia para Calisto, ya que terminó convertida en una osa, al menos sirvió para que Licaón no quedara sin descendencia después de

perder a todos sus hijos. Arcas ascendió al trono inmediatamente después de la muerte de su abuelo, o después del reinado de Níctimo en aquellas fuentes en las que este hijo de Licaón escapa del destino de sus hermanos.

En las tradiciones primeras, Calisto no podía tener relación ninguna con Licaón. Parece probable que surgiera como una hipóstasis de Ártemis, ya que la diosa recibía culto en Arcadia bajo la invocación de Ártemis *Kalliste* («la más bella»), y terminó siendo una de las ninfas compañeras de la diosa. Se cuenta que Hesíodo la incluyó entre las ninfas, presumiblemente en el *Catálogo* (en contra de la *Astronomía*, que la menciona como hija de Licaón).[159] Según Apolodoro, el poeta arcaico de Corinto Eumelo la llamaba hija de Licaón, mientras que el épico Asio la hacía hija de Nicteo, y Ferécides la consideraba hija de un oscuro personaje arcadio llamado Ceteo (quizá un hijo de Licaón).[160] Al considerarla hija de Licaón, los mitógrafos podían construir un árbol genealógico unitario para la familia real arcadia en el que cada línea se podía llevar hasta Licaón o Pelasgo (vid. Tabla 20). No obstante es evidente que las genealogías acerca de la rama familiar de Arcas tenían un origen diferente de las de Licaón, ya que el primero se relaciona sólo con la Arcadia oriental, mientras que los hijos de Licaón sirvieron como epónimos para las ciudades de todas las partes de Arcadia.

Aunque se suele considerar que Calisto fue violada o seducida por Zeus mientras que acompañaba a Ártemis y que fue transformada en una osa (*arktos*) después y dio a luz a su hijo Arcas una vez transformada en animal, la historia tiene múltiples versiones, aunque todas ellas apartan de una o dos fuentes principales.

(*i*) En las versiones más sencillas de la historia, la transformación de Calisto obedecía a los celos de Hera y fue Ártemis quien la mató cuando estaba embarazada de Arcas. Algunos cuentan que Zeus la transformó en osa después de violarla a fin de confundir a su celosa esposa, quien le había visto persiguiendo a Calisto en el bosque y había intentado pillarlo en el acto. Mas al encontrarse con una osa en lugar de con una mujer, Hera al momento se dio cuenta de lo que había pasado e incitó a Ártemis a que diera muerte a la osa durante una cacería. Después de que Calisto muriera, Zeus rescató al bebé extrayéndolo del seno de la madre (al igual que Apolo con Asclepio, cf. p. 209) y se lo confió a Maya, otra de sus amantes arcadias (cf. p. 222), para que lo criara en las cuevas del monte Cilene.[161] En otras versiones, Hera es la que transforma a Calisto en osa como castigo por yacer con Zeus y Ártemis la mata, bien como favor a Hera

o durante una cacería y sin darse cuenta de quién es. En otra versión Zeus manda a Hermes para que extraiga al niño de la madre muerta.[162]

(*ii*) En las versiones más elaboradas de la leyenda, Calisto da a luz a su hijo en los bosques al término de su gestación y sobrevive durante mucho tiempo transformada en osa hasta que su propio hijo Arcas le da muerte en una cacería. Ejemplo de esto es la versión de las *Metamorfosis* de Ovidio. Cuando Zeus se encontró con Calisto tumbada en la hierba, tomó la apariencia de Ártemis para acercarse a ella y la violó a pesar de su resistencia. Nueve meses después, Ártemis invitó a sus sirvientas a darse un baño con ella después de una cacería y se dio cuenta de que Calisto estaba encinta cuando la obligó a desnudarse. La diosa entonces la expulsó de su compañía y, al poco, ella dio a luz al niño. Hera entonces se enteró del deseo de Zeus hacia ella y el nacimiento del muchacho aumentó su resentimiento. Terminó convirtiéndola en osa y Calisto vagó por todo el territorio durante 15 años, hasta que un día su hijo se topó con ella durante una cacería. Sin sospechar quién era, se disponía a atravesarla con su lanza, cuando Zeus intervino y se llevó a ambos a los cielos, evitando así el matricidio, y convirtiéndolos en la constelación de la Osa Mayor y el Boyero (conocido en griego como *Arktophylax* o «Guardián de la Osa»).[163]

En las versiones que aporta la literatura astronómica, es la propia Ártemis la que opera la transformación sin darse cuenta de que Calisto estaba embarazada y ella da a luz a su hijo metamorfoseada en osa. Aunque debía haber versiones con finales similares al de Ovidio, pero con Calisto cazada por su hijo, las fuentes que conservamos son bastante más complejas y un tanto adulteradas. Por ejemplo, una cuenta que Calisto, después de su transformación, fue capturada en las montañas por algunos cabreros, que se la entregaron a Licaón junto con su hijo. Algún tiempo después, ella entró en el recinto de Zeus *Lykaios*, que era terreno prohibido para todo mortal bajo pena de muerte, y su hijo la habría cazado en compañía de otros arcadios si no hubiera intervenido Zeus y los hubiera transferido a las estrellas. En una versión algo diferente, Zeus se los llevó a los cielos cuando los arcadios los amenazaron.[164] Algunos datos de esta historia resultan bastante raros, pero la cuestión es demasiado compleja para tratarla aquí. Cabe señalar que hay fundamentos para suponer que la historia terminó distorsionada y que hay que tratar las versiones que han llegado a nosotros con cautela.

En otra fuente de la literatura astronómica, Licaón mata a Arcas cuando es un niño y sirve su carne a Zeus, porque le odiaba por haber seducido a su hija (o porque quería probar si el visitante era realmente un dios). Cuando se dio

cuenta, Zeus, estupefacto, tiró la mesa por los suelos y transformó a Licaón en un lobo. A continuación, recompuso los pedazos del niño muerto y se lo entregó a un pastor para que lo criara. Cuando Arcas se hizo mayor, se encontró con su osa-madre durante una montería y la persiguió sin saber quién era realmente. Parece que en la caza se adentró en el recinto de Zeus *Lykaios* y el dios se llevó a ambos a las estrellas para evitar que los arcadios cayeran entonces sobre ellos.[165]

Anfión, un poeta cómico helenístico, compuso una versión humorística en la que Zeus asume la forma de Ártemis para acercarse a ella y seducirla. La engaña hasta tal punto que, cuando Ártemis le pregunta después por su embarazo, ella, ingenua, protesta y le dice a la diosa que ella es culpable. Ártemis, molesta por su respuesta, como era lógico, la transforma en osa. La versión que da Anfión sobre la seducción le sirvió a Ovidio, pero en la versión del latino, Calisto se da cuenta del engaño y se resiste todo lo que puede.[166]

Después de ascender al trono, Arcas dio su nombre a la tierra y a su pueblo, que hasta entonces recibían el nombre de pelasgos. En la versión de Pausanias, se cuenta que él mejoró las innovaciones de Pelasgo y que enseñó a su pueblo a tejer lana y a fabricar pan con el grano, con lo que dejaron de lado las pieles de oveja y la alimentación a base de bellotas. Pudo enseñarlos estas técnicas porque un oscuro héroe llamado Adristo le enseñó el arte de hilar y Triptolemo (el sirviente de Deméter en Eleusis, cf. p. 187) le instruyó en el cultivo del cereal, dispersando en la tierra el don de Deméter.[167] Bien de una ninfa local llamada Erato o Crisopeya (cf. p. 282) o de una mujer mortal, Leanira, hija de Amiclas, o Meganira, hija de Crocón, Arcas engendró dos hijos: Afidas y Élato, y en otras versiones un tercero de menor importancia, Azán.[168]

Afidas y sus descendientes en Tegea, entre ellos Auge y Anceo

El reino quedó dividido entre los hijos de Arcas después de la muerte de su padre: Afidas recibió la provincia de Tegea en el sudeste, Elato las tierras alrededor del monte Cilene en el noreste. Ambos generaron familias numerosas. Si se incluye a Azán entre los hermanos, él heredó el distrito de Azania, en el norte de Arcadia (pero, de todos modos, su linaje terminó una generación después, cf. p. 706).[169] Como se puede inferir por la naturaleza del reparto, la genealogía de Arcas y la familia asociada con él no cubren la Arcadia entera, sino sólo las regio-

nes orientales. Se ha señalado que este sistema genealógico no era de origen arcadio, sino que surgió en Argos y por ello presenta una imagen de Arcadia desde el punto de vista de su vecino oriental. Aunque se formó un esquema de herencia que presentaba a los descendientes de Arcas de ambas ramas de la familia como gobernantes de toda Arcadia (o de su mayor parte) en sucesión directa, la seudohistoria que resulta de él es demasiado artificial como para ocuparnos aquí de ella: Pausanias da algunos datos de ello. Dentro de la intención del presente libro, nos centraremos en algunos de los héroes y heroínas arcadios más relevantes, de los que la mayor parte de ellos son descendientes de Afidas y oriundos de Tegea. No debe sorprendernos que Tegea descuelle en la historia mítica por encima del resto, ya que fue la ciudad más importante de todo el territorio hasta la fundación de Megalópolis en el siglo IV a.C., y además mantuvo más relaciones con el resto del mundo griego, debido a que se encontraba en la llanura sudeste, y no en las montañas, y en el camino principal que llevaba de Argos a Esparta.

Afidas, que no tiene mitos propios, tuvo un hijo único, Aleo, que le sucedió como rey de Tegea. Aleo estableció el culto de Atenea *Alea* en Tegea[170] y consagró a su hija Auge al servicio de la diosa como sacerdotisa virgen. Cuando Heracles volvía de su campaña contra Hipocoonte en Esparta (cf. p. 367), cruzó Tegea y violó a la princesa sin darse cuenta de quién era y dejándola embarazada de un hijo, Télefo. Después de dar a luz al niño, Auge intentó esconderlo en el santuario de Atenea *Alea*. Entonces, a causa del sacrilegio, cayeron sobre el territorio una hambruna y una plaga terribles. Cuando los oráculos apuntaron a que el recinto sagrado había sido profanado, el rey se puso a la búsqueda y encontró al bebé. Ordenó que lo abandonaran en el monte Partenio y entregó a su hija al marinero Nauplio para que la vendiera como esclava en una tierra extranjera. Sin embargo, Nauplio fue mucho más gentil con ella y se la ofreció en matrimonio a Teutrante, el rico rey de Misia, en Asia Menor. Asimismo, el destino sonrió al niño ya que lo amamantó una liebre hasta que unos pastores se lo encontraron y lo rescataron. Los mitógrafos explicaban esto con una etimología un tanto retorcida: el nombre de Télefo provenía del hecho de haberse alimentado de la teta (*thele*) de una cierva (*elaphos*). Cuando creció, viajó a Delfos para preguntar al oráculo sobre su nacimiento y se le indicó que cruzara el mar y llegara a Misia, donde se reuniría con su madre. Como no tenía hijos propios, Teutrante adoptó a Télefo como hijo y heredero y le sucedió en el trono un poco antes de la guerra de Troya.[171] Para la historia que cuenta cómo lo hirió Aquiles cuando el ejército griego atacó su reino, cf. p. 578.

La leyenda de Auge aparece en varias fuentes distintas. En otra versión, Aleo se dio cuenta de que estaba embarazada y se negó a creerla cuando le dijo que había sido violada por Heracles. Pensando que el problema había surgido de una relación amorosa ilícita que ella había tenido, se la entregó a Nauplio y le pidió que la arrojara al agua en alta mar. Ella dio a luz al niño en el monte Partenio durante el viaje a la costa y lo escondió entre los arbustos. Nauplio se la llevó consigo a su ciudad natal, el puerto de Nauplia o Nauplio en la Argólida, y allí se la entregó a unos viajeros carios que partían para Asia Menor. La historia de Auge tuvo final feliz, ya que se la confiaron a Teutrante después de que llegaran a Asia. El niño abandonado fue amamantado por una liebre hasta que se lo encontraron unos hombres de campo que se lo entregaron a su señor, un rey local llamado Corito. Corito lo crio hasta que terminó por encontrarse con su madre según la historia contada anteriormente.[172] En una versión más sencilla, Auge se lo llevó consigo después de dar a luz en el monte Partenio y Nauplio se llevó a los dos consigo y los vendió a Teutrante, quien la tomó como esposa y adoptó al niño.[173]

Otra versión cuenta que Aleo, una vez descubierta la relación ilícita con Heracles y el parto de su hija, la encerró junto con su nieto en una cesta y los tiró al mar, pero lograron alcanzar la costa de Asia Menor sanos y salvos. Allí Auge se convirtió en la esposa de Teutrante.[174] La fuente más antigua que conservamos, un papiro con un fragmento del *Catálogo* atribuido a Hesíodo tiene una estructura completamente distinta: Teutrante tomó a Auge y la cuidó como una hija por indicación de los dioses. Heracles las sedujo en Asia de camino a Troya para reclamar los caballos de Laomedonte. Se indica, asimismo, que Auge era de origen arcadio.[175]

Aleo tuvo dos hijos, Licurgo y Cefeo, de los que se dice que gobernaron a la vez en Tegea en algún momento.[176] Licurgo aparece en la *Ilíada* como el que da muerte a Arítoo el Macero (*Corynetes*, un apelativo que comparte con un oponente de Teseo, cf. p. 449), un guerrero terrible del que se dice que solía abrirse camino a través de las filas enemigas a golpes de maza. Confiando en su astucia más que en la fuerza bruta, Licurgo le obligó a luchar en una senda estrecha donde no tenía espacio suficiente para mover su maza y le clavó su lanza en el diafragma.[177] Licurgo fue el padre de Anceo y el abuelo de Atalanta, dos arcadios valientes y de carácter cuyas aventuras les llevaron fuera de su provincia natal.

Anceo era un héroe musculoso que solía llevar una piel de oso y un hacha doble. Abandonó Arcadia para partir con los Argonautas. De acuerdo con Apolonio, Cefeo y Anfidamante, los dos hermanos menores de Licurgo, partieron con ellos, pero Licurgo se vio obligado a quedarse para cuidar de su anciano

padre Aleo y mandó a su hijo en su lugar. Para explicar por qué Anceo llevaba esa vestimenta y esa arma tan toscas (que parecen imitar las de Heracles), Apolonio cuenta que Aleo intentó que se quedara en Arcadia y le escondió la armadura y las armas en el palacio y que él se tuvo que conformar con el hacha y la piel de oso como sustitutos.[178] A causa de su increíble fuerza, se le sentó en el mismo banco de remo que a Heracles y cuando se iba a sacrificar un par de bueyes a Apolo antes de comenzar el viaje, Anceo derribó a uno de ellos con un solo golpe de hacha mientras que Heracles hizo lo propio con su maza. Anceo tiene un papel importante además en la batalla entre los Argonautas y los bebricios (cf. p. 504), en la que su hacha no tiene descanso.[179] Se le recuerda principalmente, sin embargo, por su muerte gloriosa durante la caza del jabalí de Calidón, que le hirió mortalmente en el muslo cuando se acercaba a él para matarlo (cf. p. 541).[180] Hay buenas razones para creer que esta historia se remonta a la épica arcaica, dado que en una escena que representa la caza en el vaso François (*circa* 570 a.C.), se puede ver a Anceo en el suelo debajo del jabalí mientras Meleagro y Peleo se enfrentan a la bestia con su lanza. La bravura de Anceo era tal que, a pesar de la gravedad de su herida, siguió peleando con el jabalí, por ello los tegeos le honraban como a uno de sus mayores héroes. Cuando se reconstruyó el templo de Atenea *Alea* en el siglo IV a.C., el arquitecto y escultor Escopas plasmó el momento en un bajorrelieve del pedimento; en él aparecía Anceo herido ayudado por su hermano Époco.[181]

Anceo tuvo un hijo, Agapenor, que reinó en Tegea en la época de la guerra de Troya. La *Ilíada* indica que condujo a los arcadios a Troya en sesenta naves, que le fueron entregadas por Agamenón, ya que el pueblo arcadio no tenía relación directa con la marinería. De acuerdo con la tradición helenística y tardía, Agapenor, en su camino de regreso a Arcadia, terminó arrastrado hasta Chipre y decidió quedarse allí. Fundó entonces Pafos (es decir, el puerto de Nuevo Pafos) en la costa oeste.[182] Antes de su partida hacia Troya, los hijos de Alcmeón dieron muerte a los asesinos de su padre en el palacio de Tegea (cf. p. 430).

La leyenda de Atalanta en Arcadia y Beocia

Dos provincias distantes, Arcadia y Beocia, reclamaban para sí a la heroína Atalanta. La Atalanta arcadia era descendiente de Licurgo a través de uno de sus hijos, Yaso (o Yasio o Jasión), mientras que la Atalanta beocia era hija de Esque-

neo, hijo de Atamante, el epónimo de la ciudad beocia de Esqueno.[183] Es difícil decir si eran o no personajes diferentes, o si fueron tradiciones alternativas las que terminaron por generar una Atalanta en diferentes territorios. En la medida en que podemos juzgar a partir de los datos que conservamos, la Atalanta que participó en la caza del jabalí de Calidón (cf. p. 541) y que fue abandonada por su padre al nacer (cf. *infra*) siempre fue arcadia, mientras que la leyenda sobre la carrera nupcial de Atalanta está asociada con una heroína beocia con ese nombre. Es posible, por tanto, que hubiera dos Atalantas distintas, pero, aunque este sea el caso, ambas terminaron por confundirse en una época muy antigua, por lo que consideramos conveniente tratar a ambas, la arcadia y la beocia, como un personaje único y no reparar en distinciones regionales.

Cuando Atalanta nació en Arcadia, su padre Yaso ordenó que se la abandonara en los montes porque sólo quería hijos varones. Fue abandonada en el monte Partenio y la amamantó una loba que había perdido sus cachorros hasta que se la encontraron casualmente unos cazadores. La criaron en las montañas y ella decidió quedarse allí y llevar una vida de virgen cazadora y habitar en una cueva. Cuando dos centauros borrachos, Roico e Hileo, se acercaron una vez a su cueva de noche con la intención de violarla, ella, que había visto sus antorchas y estaba alerta, los mató con dos flechas.[184] Demostró un valor y una habilidad semejantes en sus aventuras posteriores, confirmando que era capaz de medirse con cualquier héroe masculino. Aunque Diodoro y Apolodoro la incluyen en la lista de los Argonautas,[185] es difícil que la tradición más antigua la incluyera entre ellos. Apolonio cuenta que pidió formar parte de la expedición, pero que Jasón, al que se había encontrado en Arcadia y le había regalado una lanza, se opuso, pues tenía miedo de que los miembros de la tripulación se enamoraran de ella y lucharan entre sí.[186] Durante el período que media entre el viaje de los Argonautas y la caza del jabalí de Calidón, Atalanta viajó a Yolcos para competir en los juegos fúnebres en honor de Pelias y venció a Peleo en la competición de lucha (cf. p. 687).[187] Su papel en la cacería del jabalí de Calidón fue determinante y es su hazaña culminante: fue la primera en herir a la bestia y Meleagro, el líder de la cacería, quedó tan impresionado por su valentía que le entregó el premio, a pesar de que había sido él quien había dado muerte al jabalí.[188] Ella regresó a casa con los trofeos y los más duraderos, los enormes colmillos del jabalí, estaban a la vista en Tegea hasta que los expolió Augusto.[189]

Cuando el padre de Atalanta insistió en que debía sentar cabeza y casarse, ella intentó escapar al matrimonio obligando a sus pretendientes a competir en una carrera a riesgo de sus vidas. Si había sido abandonada de niña, como cuenta su

leyenda arcadia, es difícil entender que sus padres tuvieran ocasión o motivo para presionarla a contraer matrimonio (aunque Apolodoro cuente un reencuentro entre ella y sus padres después de sus numerosas aventuras).[190] Es evidente que esta leyenda sobre la competición matrimonial surgió en relación con una Atalanta beocia que fue criada en su casa. Algunos fragmentos del *Catálogo* atribuido a Hesíodo atestiguan la historia y en ellos aparece su padre Esqueneo anunciando las condiciones del certamen.[191] En contraste con el modelo narrativo más frecuente, en el que es el padre el que compite con los pretendientes (como Enómao e Hipodamía), Atalanta se enfrenta ella misma para librarse de ellos. Según Apolodoro, trazo el curso de la carrera y clavó en mitad del recorrido una estaca. A continuación explicó a los pretendientes que ellos saldrían desde la estaca y ella desde la salida y completamente armada. Si alcanzaba a un pretendiente, lo atravesaría con su lanza por la espalda, pero quien llegara a la meta antes que ella tendría derecho a reclamarla como esposa.[192] Después de matar a un buen número de pretendientes, un joven la ganó con la ayuda de Afrodita. De acuerdo con la tradición beocia, el ganador fue Hipomenes, hijo de Megareo, rey de Onquesto (una ciudad en el sur de Beocia); en la tradición arcadia, fue Milanión (o Melanión), hijo de Anfidamante, sobrino de Licurgo y, por tanto, primo de Atalanta.[193]

El pretendiente vencedor, ya uno u otro, logró la victoria después de rogar a Afrodita, que simpatizaría con él como diosa del amor. Le dio unas manzanas de oro (en algunas versiones tres) y le dijo que las arrojara detrás de él durante la carrera, de modo que Atalanta se retrasaría cada vez que se agachara a recogerlas.[194] A menudo se cuenta que esas manzanas eran como las de las Hespérides que recogió Heracles (cf. p. 62); según Ovidio, la diosa se las trajo desde su gruta sagrada en Támaso, Chipre, en la que había un manzano con ramas y hojas doradas.[195] Hay otras versiones en las que Milanión se ganó el favor de Atalanta ayudándola en varias cacerías.[196]

A menudo se dice que Atalanta y su esposo fueron transformados en leones después de la boda. Los primeros testimonios que conservamos son del siglo IV a.C., pero quizá la historia sea anterior. En la versión que da Ovidio en las *Metamorfosis*, Hipomenes enfureció a Afrodita al no darle las gracias por las manzanas de oro, de modo que la diosa incitó a la pareja a copular en una cueva consagrada a la Madre de los Dioses (aquí Cibeles) mientras que viajaban de camino a casa. La Madre castigó tamaño sacrilegio convirtiéndolos en leones. En otra versión, seguramente de origen más antiguo, la pareja sufrió ese castigo porque cometieron sacrilegio en un recinto sagrado de Zeus, copulando en él durante una cacería.[197] Algunas fuentes latinas añaden que nunca pudie-

ron hacer el amor de nuevo después de su transformación, ya que existía la extraña idea de que los leones no copulaban entre ellos, sino sólo con leopardos.[198] Se decía que Partenopeo (el Nacido de la Doncella, uno de los Siete contra Tebas) era hijo de Atalanta, ya fuera de su esposo Milanión, de Meleagro o de Ares.[199]

Cefeo y Équemo de Tegea

Cefeo, hijo de Aleo, era el hermano más importante de Licurgo, y se decía que había reinado en Tegea en algún tiempo. Al igual que su padre, se decía que había fundado uno de los más antiguos santuarios de Atenea en la ciudad, en este caso el de Atenea *Polias* (Guardiana de la ciudad). Si fuera así, es lógico que la diosa le ayudara a proteger la ciudad dándole un mechón de la cabeza de la gorgona que le volvería inexpugnable.[200] En las monedas de Tegea aparecía esta escena. Dado que no tenía menos de veinte hijos, Heracles le pidió ayuda cuando estaba buscando aliados para enfrentarse a Hipocoonte, rey de Esparta, que tenía doce o veinte hijos en edad militar. Cefeo y sus hijos ayudaron al héroe a conseguir su victoria (cf. p. 367), pero a expensas de sus propias vidas (o de las de todos excepto tres de ellos).[201] La historia del cabello de la gorgona aparece en otra fuente de modo distinto, ya que se dice que Cefeo no quería dejar la ciudad a menos que Heracles le diera un mechón del cabello de la gorgona como protección. Había recibido el mechón de manos de Atenea en una jarra de bronce y se lo había confiado a una hija de Cefeo, Estérope, diciendo que cualquier ejército invasor se retiraría al punto de la ciudad si ella lo levantaba tres veces sobre sus murallas, con cuidado de no mirarlo.[202] Parece que el mechón provocaba un pánico terrible a todo el que lo veía, pero no convertía en piedra, como la cabeza de la gorgona.

Otro héroe reseñable es Équemo, hijo de Eropo, un rey tardío de Tegea que fue nieto o bisnieto de Cefeo. Su fama se debía a que había dado muerte a Hilo, hijo de Heracles, en un combate singular en el Istmo de Corinto y así había impedido que los Heraclidas invadieran el Peloponeso en su primera (o segunda) intentona (cf. p. 379). A causa del gran servicio que el rey había realizado para los peloponesios en época legendaria, los tegeos solían tener el privilegio de comandar una de las alas siempre que servían en ejércitos del Peloponeso.[203] Según Píndaro, Équemo además había sido el vencedor en la competición de lucha en los primeros Juegos Olímpicos.[204] Se casó con Timandra, una hermana de Clitemnestra, que terminó siendo tan poco leal como las otras hijas de Tindáreo (cf. p. 677).[205]

Los descendientes de Élato y de Azán en el norte de Arcadia

La otra rama de la familia de Arcas era la que descendía de su hijo Élato (cf. p. 698). Era menos importante que la rama de Afidas, al menos desde un punto de vista panhelénico, dado que Élato heredó tierras más salvajes y aisladas que las que había alrededor de Tegea, en el escarpado noreste de Arcadia, en las inmediaciones del monte Cilene.[206] Este Élato no es el mismo que el capitán lapita que fue padre de Ceneo e Isquis (cf. p. 714), a pesar de que Isquis aparezca a veces como hijo del Élato arcadio.[207] No tiene mitos propios aparte de la historia que le hace vagar hasta la Grecia central para convertirse en el fundador de Elatea.[208] De los diversos hijos que se le adjudicaban, sólo dos interesan aquí: Epito y Estínfalo, que fue el ancestro de la mayoría de los héroes de esta rama.

La tumba de Epito, bajo el monte Cilene, aparece en la *Ilíada* como una estela en Arcadia.[209] Pausanias llegó hasta el lugar por sus connotaciones homéricas, pero no le agradó lo que vio, una mínima elevación sobre una base de piedra. Explica que Epito murió a causa de una mordedura de serpiente mientras se encontraba de caza en el monte Sepia y que fueron sus compañeros quienes lo enterraron allí porque vieron imposible regresar con su cadáver.[210] Píndaro se refiere a él y lo vincula con el nacimiento de Yamo, el ancestro mítico de la familia de los Yámidas, los adivinos de Olimpia. Después de dar a luz a Evadne, fruto de su relación con Poseidón, la ninfa laconia Pitane (epónima de una pequeña aldea cercana a Esparta) se la confió a Epito para que la cuidara. Cuando Evadne creció, Apolo la sedujo y tuvo un hijo con él. Aunque intentó ocultar su embarazo, su tutor se dio cuenta y marchó a Delfos para preguntar al oráculo. Evadne dio a luz al niño mientras Epito estaba fuera y lo abandonó en los montes, aunque muy a su pesar. Dos serpientes le salvaron por intercesión divina y le daban miel. Epito había descubierto por el oráculo que el bebé era hijo de Apolo y que estaba destinado a ser un gran adivino y además fundador de una familia de infalibles adivinos. Su madre pudo entonces recuperarlo y lo llamó Yamo porque había estado acunado en un lecho de pensamientos (*viola tricolor*).[211]

Según Píndaro, Epito reinó en Fésane, en la ribera del Alfeo en el sureste de Arcadia. Cuando creció, Yamo se introdujo en el río e imploró a su abuelo Poseidón y a su padre Apolo que se le concediera el destino que le había sido pronosticado. La voz de su padre resonó entonces y le indicó que debía marchar a Olimpia, donde el dios le concedería el don de la profecía. Cuando Heracles fundó los Juegos Olímpicos, Yamo profetizaba desde el altar de Zeus, como hicie-

ron sus descendientes, los Yámidas, después de él.[212] Los Yámidas vaticinaban leyendo las entrañas de los animales sacrificados que eran quemados en el altar.

Estínfalo, el segundo de los hijos de Élato, era el epónimo de la ciudad de Estínfalo, debajo del monte Cilene.[213] Las lagunas de Estínfalo vecinas son célebres por ser uno de los trabajos de Heracles, que las limpió de los pájaros que infestaban sus orillas (cf. p. 343). Durante el reinado de Estínfalo, Pélope partió a conquistar Arcadia, pero primero se ganó la amistad de Estínfalo, a quien consideraba invencible, y luego lo mató y desmembró. Cayó entonces una plaga sobre Grecia a causa de este crimen y fue el piadoso Éaco quien intercedió con los dioses a través de sus plegarias (cf. p. 684).[214] En algunas versiones, Estínfalo era el padre del mítico constructor Agamedes (cf. p. 716). Cabe mencionar aquí a dos de sus descendientes más lejanos. Epito, hijo de Hipótoo, gobernó en Arcadia después de la guerra de Troya,[215] y encontró una muerte célebre a causa de un acto de impiedad. Esto sucedió en Mantinea, en la Arcadia oriental, donde los grandes constructores Trofonio y Agamedes (cf. pp. 715 y ss.) habían levantado un templo a Poseidón construido en madera y habían precintado la entrada con un hilo de lana para prohibir el acceso a todo mortal. Cuando se disponía a entrar, las olas golpearon sus ojos y lo dejaron ciego y al poco cayó muerto.[216] Cípselo, hijo y sucesor de Epito, era quien reinaba en Arcadia cuando los Heraclidas y los dorios ocuparon los principales reinos del Peloponeso. Al descubrir que uno de los comandantes heraclidas, Cresfonte, estaba aún soltero, Cípselo le ofreció a su hija Mérope como esposa, calculando que lograría mantener la independencia de su reino mediante una alianza matrimonial.[217] Cresfonte se convirtió en rey de Mesenia y tuvo varios hijos con Mérope, el más joven se llamó Epito, como el abuelo. Cuando un usurpador dio muerte a Cresfonte, Cípselo escondió a Epito en Arcadia hasta que se hizo lo suficientemente mayor como para vengar el asesinato y recuperar el trono (cf. p. 384).

Azán, el epónimo de la región de Azania, en el norte de Arcadia, aparece a menudo como el tercer hijo de Arcas. Su único hijo, Clítor, que no dejó heredero, era el epónimo de Clítor, la ciudad principal de Azania.[218] Cuando Azán viajó a Óleno, en la costa norte del Peloponeso para casarse con Hipólita, la hija del rey del lugar, Dexámeno, un centauro llamado Euritión intentó violar a la novia (una historia semejante a la de Hipodamía en Tesalia, cf. p. 713), pero lo mató Heracles, que estaba allí como invitado.[219] Se decía que los juegos que se celebraron después de la muerte de Azán fueron los primeros juegos fúnebres de la historia,[220] cf. p. 536 para un incidente importante que sucedió en esos juegos.

Capítulo XVI
Leyendas de las tierras de Grecia

Al igual que las islas y las colonias griegas de ultramar, cada parte de Grecia tuvo sus leyendas locales. Ya hemos considerado muchas, tanto en relación con la historia mítica de los núcleos más importantes tales como Tebas o Atenas, o al trazar las historias enmarañadas de las grandes familias de la mitología heroica. Aun así, todavía quedan muchas por abordar, algunas referidas a figuras principales como Orfeo y Orión, que no pertenecieron a ninguna de las grandes familias, y otras que llegaron a hacerse famosas más allá de sus límites regionales porque algún poeta importante las utilizó o por ser especialmente atractivas. El presente capítulo ofrecerá una selección de las historias y cuerpos mitológicos conservados más interesantes, especialmente los más antiguos, de los que forman parte figuras míticas con un origen digno de consideración. Nos aproximaremos a ellas partiendo de sus orígenes regionales, comenzando por los confines septentrionales del mundo griego para ir avanzando hacia el sur a través de Tesalia y la Grecia central hasta aventurarnos finalmente al otro lado del mar, en las islas del Egeo y más allá.

Orfeo y Harpálice, dos destacados tracios

Aunque en sentido estricto no forma parte de Grecia, Tracia tuvo cierta importancia en el mito griego como hogar de una serie de dioses y héroes, en general predispuestos para la violencia; el dios de la guerra Ares tenía su hogar allí, así como Bóreas, el indómito viento del norte, y héroes tales como Licurgo, que acosó al joven Dioniso y a sus niñeras (cf. p. 235), Diomedes, que alimentaba a sus caballos con carne humana (cf. p. 345), y Tereo, que violó a su cuñada y le cortó la lengua (cf. p. 481). Sin embargo, algunos tracios fueron recordados por algo más que su brutalidad, y éste es el caso de Reso, un pintoresco aliado de los troyanos que murió joven (cf. p. 602), y el músico Támiris (cf. p. 276), así como el cantor mitológico Orfeo del que se hablará aquí.

No abordaremos los problemas más amplios y espinosos que surgen en relación con esta figura misteriosa, autor apócrifo de teogonías (cf. p. 57) y de otros escritos de temática religiosa, asociado así con las llamadas enseñanzas «órficas», ya que nos ceñiremos únicamente a su figura como héroe mítico que vivió una generación antes de la guerra de Troya y murió joven tras intentar rescatar a su esposa de los Infiernos.

Generalmente se afirma que Orfeo era hijo del rey tracio Eagro y de una de las Musas, de Calíope.[1] Era un devoto seguidor de Dioniso, como correspondía a un buen tracio y adepto a la magia y a todos los modos de sabiduría (cuanto más tardía es la versión más variadas sus dotes). Pero era sobre todo un maravilloso cantor y músico, hasta tal punto que los pájaros y las bestias, e incluso las rocas inanimadas y los árboles, lo seguían hechizados cuando él cantaba acompañado con su lira; incluso los ríos detenían su curso con el sonido de sus melodías. El poder que ejercía sobre los animales se menciona por primera vez en Simónides, que afirma que los pájaros planeaban y los peces saltaban del agua en respuesta a su música.[2] Su instrumento era la lira (*kithara* o *phorminx*), el elegido por Apolo, y a veces se decía que el mismo Apolo le había dado su lira o le había enseñado su técnica musical.[3] Mientras navegaba con Jasón y los Argonautas salvó a sus camaradas de la muerte al cantar más alto que las Sirenas (cf. p. 515).

Orfeo amó a una ninfa dríade llamada Eurídice con la que se casó, pero su unión fue breve porque al poco tiempo murió por una mordedura de serpiente. Según Virgilio, esto se produjo cuando la divinidad rural, Aristeo, intentó violarla y ella pisó una serpiente venenosa cuando huía de él (cf. p. 214); en la versión de Ovidio, el accidente ocurrió mientras paseaba por las praderas con otras ninfas poco antes de su boda (que pudo haber estado acompañada de presagios funestos). En cualquier caso, Orfeo, desesperado, se dirigió a los Infiernos con la intención de recuperarla. Aprovechó su canto incomparable durante la peligrosa empresa. Con él embaucó a Cerbero para que le permitiera entrar en el mundo de los muertos y una vez allí lo utilizó para enternecer el corazón del siniestro Hades. Los poetas romanos embellecen este tema a placer, y sugieren que las sombras de los muertos entraron en trance por su canto y los grandes pecadores que sufrían tormento en los Infiernos llegaron a detener sus inútiles tareas: el águila dejó de picotear el hígado de Tántalo, la rueda de Ixión se detuvo en su vuelo y las implacables Furias lloraron por primera vez en su vida. Quizá por lo sobrecogedor de su música, Hades y Perséfone le permitieron conducir a su esposa fuera de la tierra de los muertos bajo una única condición, que no

debía volver la vista hacia ella hasta que llegara al mundo superior. Sin embargo, cuando se aproximaban a la luz del día él no pudo contenerse, y al mirar atrás para ver si Eurídice lo seguía ella desapareció y la perdió para siempre.[4]

Eurípides conoció alguna versión de esta historia (y probablemente también Esquilo),[5] pero tenemos que esperar hasta el período romano para conseguir una versión completa de ella. Mosco, poeta bucólico del siglo II a.C., es el primer autor que menciona que la esposa de Orfeo se llama Eurídice; y un poeta anterior, Hermesianacte, la llama sin embargo Agríope, aunque este nombre no vuelve a aparecer en ningún otro lugar.[6] A la vista de la falta de evidencias anteriores, es difícil afirmar si la historia era muy antigua. No hay rastro de ella en las artes visuales hasta el período helenístico (aunque la muerte de Orfeo, que no está necesariamente relacionada con el destino de Eurídice, aparece en las pinturas cerámicas del siglo V a.C.). Orfeo se presenta con su lira en el gran mural de los Infiernos creado por Polignoto (segunda mitad del siglo V), pero Eurídice parece que no está incluida, y no hay nada que indique que Orfeo no era una mera sombra, al igual que los que le rodean.[7]

Tras perder toda esperanza de recuperar a su esposa, Orfeo se retiró, abatido, a una amarga soledad y rechazó la compañía de mujeres. Incluso es posible que llegara a odiar a todo el sexo femenino. En el relato de su muerte, conocido a través de Ovidio y Virgilio, las mujeres de Tracia se ofendieron por la mofa que él hacía de ellas y un día lo atacaron cuando lo vieron mientras rondaban por las colinas como bacantes. Bajo su estado de trance, lo asaltaron con gran violencia y finalmente lo descuartizaron.[8] En una versión bastante diferente, él incita a las mujeres a llevar a cabo este acto extremo al cambiar su afecto hacia ellas por el de los hombres, introduciendo así por primera vez la homosexualidad en el país. En conexión con esto se recoge que tuvo una relación amorosa con Calais, uno de los hijos gemelos de Bóreas (el viento del norte, cuyo hogar estaba situado en Tracia, cf. p. 88). Dado que Calais había navegado con Orfeo como argonauta y era tracio como él, se trataba de un claro candidato para desempeñar este papel.[9]

En otros relatos del asesinato de Orfeo, las mujeres de Tracia están resentidas con él por razones que no tienen relación con su reacción a la pérdida de Eurídice, ya sea porque había rechazado la admisión de mujeres en los cultos mistéricos que había fundado o porque las había separado de sus hombres a través del hechizo de su música.[10] La versión conocida más antigua es la que supues-

tamente se presenta en la obra perdida de Esquilo las *Basárides* (de hecho es posible que toda la narración se haya derivado de esa obra de teatro). La información que ha llegado sobre ella afirma, de manera bastante misteriosa, que Orfeo dejó de venerar a Dioniso tras su visita a los Infiernos por lo que había visto allí y se consagró al culto del dios solar Helios como el más grande de los dioses, igualándolo con Apolo. Solía escalar Pangeo, una elevada montaña en el sur de Tracia, antes del amanecer para asegurarse de ser siempre el primero en contemplar el objeto de su adoración. Dioniso se enfadó tanto por su comportamiento que causó su muerte enviando a las Basárides (esto es, Ménades o Bacantes) contra él.[11] Hay relatos excepcionales en los que se narra que Zeus lo fulmina con un rayo tras haber revelado secretos divinos de los misterios que había fundado, o que Afrodita incita a las mujeres contra él porque su madre Calíope había decidido que Adonis, joven favorito de la diosa, pasara medio año alejado de ella con Perséfone (cf. p. 268).[12]

A esta leyenda de la muerte de Orfeo se han unido todo tipo de detalles e historias adicionales. Así como toda la naturaleza se había conmovido con la música de Orfeo durante su vida, toda la naturaleza, tanto animada como inanimada, lamentó su muerte. Las ninfas locales lloraron por él, los árboles se desprendieron de sus hojas, los ríos crecieron con sus propias lágrimas e incluso las rocas escarpadas sollozaron por su fallecimiento.[13] Los maridos de las mujeres tracias se enfadaron tanto por el asesinato de Orfeo que las hirieron con púas como castigo y signo de infamia, iniciando así la costumbre tracia por la cual todas las mujeres se tatuaban.[14] La cabeza de Orfeo, que fue arrojada al río Hebro, llegó flotando al mar y finalmente tocó tierra en la costa de Lesbos, isla renombrada por sus poetas líricos.[15] Las Musas, o Zeus a petición de ellas, llevaron su lira a los cielos, que se convirtió en la constelación de Lira. También pudo llegar hasta Lesbos donde fue enterrada en la costa junto con la cabeza de Orfeo; o fue consagrada a Apolo en un templo de la isla.[16] En una historia relacionada con la tradición posterior, se dice que Neantes, hijo del tirano Pítaco, la había robado del templo una noche para tocarla y que había sido descuartizado por perros como pago por su sacrilegio.[17]

Otro personaje tracio digno de mención es la heroína amazona Harpálice. Virgilio, cuya representación de Camila parece haber estado parcialmente inspirada en su leyenda, se refiere a ella en la *Eneida* como una tracia que podía correr más rápido que los caballos y que la rápida corriente del río Hebro (el más grande de Tracia).[18] Era hija de un gobernante local llamado Harpálico, que la

puso a mamar de los pezones de las vacas y las yeguas tras la muerte de su madre y más tarde la entrenó en las artes de la guerra con la esperanza de convertirla en su sucesora. Mientras viajaba de vuelta a Grecia tras la guerra de Troya, Neoptólemo, hijo de Aquiles, atacó el reino e hirió de gravedad a Harpálico durante la lucha. Sin embargo, su marcial hija lo salvó al emprender un contraataque y hacer huir al enemigo. Según otro relato de este tipo, puso en marcha una fuerza bélica para rescatar a su anciano padre después de que los getas, un feroz pueblo del norte de Tracia, lo capturaran. Sin embargo al final, sus planes para su hija no llegaron a buen puerto puesto que sus súbditos lo asesinaron en una revuelta y Harpálice se retiro apenada a los bosques. Vivía del robo de ganado hasta que unos pastores la atacaron en su guarida del bosque y la mataron.[19]

Los lapitas y Centauros del norte de Tesalia

La gran provincia de Tesalia, en el nordeste de la Grecia continental, era excepcionalmente rica en relatos mitológicos. Muchos de los héroes y heroínas más sobresalientes de la mitad sur de la provincia eran de la estirpe de Deucalión y por tanto ya se han abordado en los capítulos XI y XII. La ciudad tesalia más importante bajo gobierno deucalónida era Yolco, en la punta superior del golfo de Págasas, ciudad desde la que Peleas envió a Jasón y a los Argonautas a su periplo. Peleo y Aquiles, de diferente origen puesto que eran asópidas (cf. p. 638), vivían más al sur, en Ftía. El único cuerpo importante de narraciones míticas tesalias que queda sin abordar es el asociado con los lapitas, pueblo guerrero del norte de Tesalia, recordado sobre todo por su conflicto con los Centauros.

Sería inútil un intento de construir una historia coherente de la raza lapita; aunque unos setenta héroes y heroínas se consideran como lapitas en una u otra fuente, el origen de los individuos en cuestión es claramente dispar, y los mitógrafos griegos nunca llegaron a sistematizar propiamente las genealogías lapitas. Nos concentraremos, por tanto, en las familias de las que surgieron los lapitas más importantes en el mito, las que descendían de Ixión y Élato.

Ixión, cuyo parentesco ha sido tema de disputa, ya se ha mencionado entre los pecadores muertos que sufrían tormento eterno en la vida póstuma (cf. p. 173). Tal como corresponde, comenzó su carrera con un asesinato mezquino, ya que cuando pretendía casarse con Día, hija de Deyoneo (o Eyoneo), a su vez hijo de Magnes, prometió a su padre que le pagaría una gran cantidad de dote por obtener la mano de la novia; sin embargo le tendió una trampa mortal cuando lo invitó

a buscarlo tras la boda. Cavó un gran hoyo, lo llenó con brasas ardiendo y luego lo cubrió con un entramado de ramas sobre el que esparció tierra. Así Deyoneo cayó dentro de él y murió quemado. Puesto que se trataba de un crimen de naturaleza abominable, muy cercano al asesinato de alguien de su propia sangre, y que nunca antes se había cometido, Ixión no pudo encontrar a nadie que lo purificara, hombre o dios, hasta que Zeus sintió compasión por él.[20] Zeus no sólo lo purificó por este crimen sino que también lo invitó al Olimpo para compartir la vida de los dioses. Como muestra de gratitud, intentó seducir a Hera, la esposa de su benefactor. Hera se quejó ante su esposo, que probó la verdad de su acusación al dar forma a una imagen de ella en una nube y dejándola en la cama de Ixión. Él se dispuso a hacer el amor con la nube-Hera, haciendo que concibiera un hijo, Centauro, que posteriormente daría lugar a la raza de los Centauros en su unión en el monte Pelión con yeguas salvajes. Zeus castigó a Ixión por su traición atándole a una rueda y haciendo que rodara con ella para siempre por todo el cielo (o por el aire de los Infiernos en la tradición posterior). Algunos autores la describen como una rueda en llamas, o afirman que Ixión fue atado a ella con colas de serpientes, (cf. p. 711).[21] Sin embargo, sus híbridos descendientes prosperaron y resultaron ser tan toscos e impíos como su progenitor. Los Centauros (*Kentauroi*, nombre de origen desconocido), tal como sabe todo el mundo, eran en parte hombres y en parte caballos y eran representados tanto como hombres completos con el pecho y los cuartos traseros de un caballo que surgía del extremo de su espalda, o también como un caballo con el torso de un hombre que surgía de su cuerpo en el lugar donde debería estar el cuello y cabeza equinos. La primera de ellas es su representación más antigua.

Los Centauros hembras fueron una invención posterior. Como en el caso de los espíritus de la naturaleza semianimales tales como los Sátiros y los Tritones, se pensaba que los Centauros tenían ninfas como esposas e hijas. Diodoro menciona una genealogía alternativa para Centauro, el padre de los Centauros, en la que él aparece como hijo de Estilbe,[22] hija del dios-río tesalio Peneo, con el que tuvo a Apolo y a Lapites, el epónimo de los Lapitas. Quirón y Folo eran de carácter más noble que los otros centauros y se decía de ellos que provenían de más alta cuna, como hijos que eran de Cronos con Filira (cf. p. 116) y de Seleno con una ninfa melia, respectivamente.[23]

Como fruto de su boda con Día, Ixión tuvo como hijo al gran jefe lapita Pirítoo, al que ya conocemos como el amigo fiel de Teseo (cf. pp. 470-471). Según

la *Ilíada*, era hijo de Zeus con la esposa de Ixión (aquí sin nombre). Ya se han contado las aventuras en el extranjero de Pirítoo en relación con Teseo, incluida la incursión que hizo en los Infiernos junto a su amigo con la esperanza de conseguir a Perséfone como esposa. Habitualmente se dice que esta empresa poco atinada fue la última de él puesto que Hades lo retuvo para siempre prisionero en el mundo inferior. Cuando intentó casarse por primera vez, se conformaba con una novia mortal, una tal Hipodamía (descrita de diversas maneras como hija de Butes, Adraso o Atrax,[24] y que no debe confundirse en ningún caso con la hija de Enómao). A la fiesta de su boda invitó, además de a los tesalios más prominentes y a su amigo ateniense, a los Centauros puesto que no sólo eran vecinos sino también parientes. Sin embargo éstos bebieron demasiado, según su naturaleza desenfrenada, y comenzaron a molestar a las invitadas; incluso llegaron a intentar violar a la novia cuando la llevaban al lugar de la celebración. Su comportamiento escandaloso provocó una lucha violenta en la que Pirítoo y los lapitas los redujeron con la ayuda de Teseo. Aunque éste fue el fin del asunto en una versión de la historia, normalmente se creía que los Centauros habían unido sus fuerzas tras esta confrontación inicial y comenzaron una guerra abierta con los lapitas hasta que fueron vencidos por éstos y expulsados de Tesalia. Teseo continuó luchando junto a los lapitas. En una versión completamente distinta en la que él no asiste a la boda, viaja a Tesalia con el propósito específico de ayudar en la guerra una vez iniciada. Los Centauros buscaron un nuevo hogar en Arcadia, otra región salvaje y montañosa, donde permanecieron hasta que fueron tan imprudentes como para provocar la confrontación con Heracles (cf. p. 342).[25]

La leyenda del conflicto entre los lapitas y los Centauros era una historia muy antigua ya conocida por Homero. El anciano Néstor señala en la *Ilíada* que los guerreros más poderosos que él había visto o que había esperado ver eran Pirítoo, Driante, Ceneo, Exadio y Polifemo (todos ellos lapitas) así como a su aliado Teseo, que había luchado y acabado con las fuertes bestias (*pheres*) de las montañas; la *Odisea* revela algo sobre el origen de las hostilidades, en caso de referirse al mismo episodio, lo cual parece probable. Cuando el centauro Euritión en una ocasión recibió la invitación para visitar el palacio de Pirítoo, tal como relata la épica posterior, se emborrachó y se comportó de manera indecorosa en términos no especificados hacia sus anfitriones lapitas, que lo expulsaron del lugar y le cortaron las orejas y la nariz; de ahí el enfrentamiento entre Centauros y hombres.[26]

Hipodamía parece que tuvo un único hijo con Pirítoo, su heredero Polipotes. La *Ilíada* afirma que fue concebido (o posiblemente nació, el griego es ambi-

guo aquí) el día que Pirítoo se vengó de las «bestias peludas» y las expulsó de Pelión. Junto con Leonteo, hijo de Corono (cf. *infra*), Polipotes colideró el contingente lapita en Troya.[27] Aunque ambos sobrevivieron la guerra no existe acuerdo sobre si volvieron a su hogar tras ella o permanecieron en Asia, estableciéndose en la tierra de los Medos (cf. p. 631).

Seguimos con la segunda de nuestras familias lapitas en la que destaca Élato, jefe lapita que gobernó en Larisa y que fue padre de tres hijos de mayor importancia que él mismo: Polifemo, Isquis y Ceneo.[28] Tras colaborar en la derrota de los Centauros, Polifemo se unió a los Argonautas pero lo abandonaron en Misia durante el viaje de ida mientras ayudaba a Heracles en la búsqueda de Hilas, su favorito perdido (cf. p. 503). Fue el fundador mítico de la ciudad de Cíos en esa región. Según Apolonio, intentó reunirse con los Argonautas una vez que la ciudad fue creada pero murió en el camino, en la tierra de los cálibes, en el borde oriental de la costa norte de Asia Menor.[29] Su hermano Isquis, pretendió o se desposó con Corónide, amante tesalia de Apolo, cuando ésta estaba embarazada del dios, lo cual los condujo al desastre a los dos (cf. p. 209).

El más notable de estos hijos de Élato fue Ceneo, que originariamente nació como una niña llamada Cenis. Cuando todavía era muy joven Poseidón la violó e intentó después resarcirla de algún modo al concederle lo que deseara. Para asegurarse de no volver a ser tratada de ese modo, pidió ser transformada en un hombre y además, invulnerable. De este modo, Cenis se convirtió en Ceneo, guerrero de fuerza inusitada que pronto se convirtió en un jefe local.[30] Sin embargo, por su arrogancia en el poder, se hizo brutal e impío. Clavó su propia lanza en la tierra dentro del mercado de su ciudad y ordenó que se la venerase como a un dios (un relato que podría haber sido sugerido por algún culto local carente de imágenes). En una versión ligeramente diferente, rechazaba ofrecer oraciones o sacrificios a los dioses pero sin embargo veneraba su lanza.[31] Zeus estaba horrorizado con su presuntuosidad y organizó su asesinato durante la guerra entre los lapitas y los Centauros. Dado que las espadas, las lanzas y otras armas de corte no podían inferir daño al héroe invulnerable, los Centauros lo golpearon con troncos de árbol o cantos rodados (o incluso ambos) hasta enterrarlo. Según Ovidio, entonces llevó a cabo una posterior y más radical transformación, puesto que un pájaro amarillo de una especie nunca vista (¿un fénix?) alzó su vuelo desde el lugar donde había sido enterrado.[32]

Ceneo dejó un hijo, Corono, que viajó con los Argonautas y murió posteriormente a manos de Heracles mientras lideraba a los lapitas en una guerra contra los dorios (cf. p. 372).[33] El hijo de Corono, Leonteo, ya ha sido mencionado

como comandante de las fuerzas lapitas en Troya. En algunos relatos, el miembro de la familia que se unía a los Argonautas no era Corono sino un hijo suyo llamado Ceneo, en memoria de su abuelo.[34]

Mientras seguimos en el norte de Grecia, debemos hacer mención de la región de Epiro (de *epeiros*, tierra firme) en la costa oeste. Grandes héroes tales como Heracles (cf. p. 369) y Alcmeón (cf. p. 429) se adentraron ocasionalmente en ella, y según relatos de la épica poshomérica dentro del ciclo troyano, Neoptólemo se afincó allí tras la guerra de Troya (cf. p. 632) y Odiseo pasó parte de sus últimos años (cf. p. 643). El antiguo oráculo de Zeus en Dodona, en el cual la voluntad del dios se interpretaba por los crujidos de un roble sagrado y otros signos naturales, estaba situado en el montañoso centro de la provincia. Se decía que una paloma había volado desde Tebas, en Egipto, hacía ya mucho tiempo, y se había asentado en el roble. Allí habló con voz humana para ordenar la fundación del oráculo.[35] Epiro tuvo al menos un personaje memorable por mérito propio en la figura del «coco» Équeto, rey mítico de Epiro proverbial por su brutalidad. En dos pasajes de la *Odisea*, Antínoo, el pretendiente más importante de Penélope, intenta forzar sus intenciones frente al mendigo Iros y a Odiseo disfrazado al amenazarlos con enviarlos a Équeto, «la ruina de todos los mortales, que cortará vuestra nariz y orejas con el implacable bronce y arrancará vuestros genitales y se los dará crudos a los perros para que los coman». Fuentes posteriores recogen un único relato sobre él, en concreto aquel en el que tras descubrir que un tal Ecmódico había seducido a su hija Anfisa o Métope, la deja ciega clavándole agujas de bronce en sus ojos, y luego la arroja a una mazmorra donde la obliga a moler granos de bronce (como si fuera a hacer harina para el pan, tarea nimia comparada con las infligidas a los grandes pecadores en los Infiernos). En una versión, se dice que el padre le aseguró que recuperaría la vista si conseguía llevar a término su misión.[36]

Los minios de Orcómeno: los maestros constructores Trofonio y Agamedes

Beocia, la provincia de la Grecia central limítrofe con Ática en el norte, se iguala con la Argólide como centro de importancia en el antiguo mito heroico. En la mitología de Beocia, así como en la mayor parte de su historia, Tebas fue con diferencia la ciudad dominante, y la mayoría de las principales leyendas de ese territorio han sido relatadas en el capítulo IX en relación con la historia mítica de esa ciudad. La ciudad de Orcómeno, en el noroeste, que controlaba las fér-

tiles tierras bajas que rodeaban el lago Copaide, pudo haber sido un lugar de importancia comparable en el período micénico; su riqueza era proverbial, equiparada a la de la Tebas egipcia en la *Ilíada*.[37] Sin embargo su estrella declinó y, lamentablemente, los vestigios míticos son exiguos. En la épica homérica y, en general, en la tradición griega, se la consideraba como el hogar principal de los minios, un antiguo pueblo también asociado con Yolcos en Tesalia. Se consideraba que Minias, epónimo de los minios, había sido un antiguo gobernador de Orcómeno. Naturalmente se asumía que tenía que haber sido extremadamente rico, y se identificaba una tumba con forma de colmena como el almacén de sus tesoros. Pausanias lo relaciona con las murallas de Tirinto (también de origen micénico), como el monumento griego comparable con las pirámides de Egipto.[38] Para conocer la historia de las Miníades, tres de las hijas de Minias que se burlaron de los ritos de Dioniso cuando se introdujeron por primera vez en Orcómeno (cf. p. 237). Se afirmaba que Minias tenía otros hijos entre los que se incluye a Orcómeno, el epónimo de la ciudad, Elara, la madre del gigante Ticio (cf. p. 207) y Clímene, la esposa de Fílaco y maternal abuela de Jasón.

El primer gobernante de Orcómeno que juega un papel de cierta relevancia en la historia mítica es Ergino, hijo de Clímeno, que impuso un tributo a los tebanos después de que su padre hubiera muerto a manos de un hombre de esa ciudad. Tal como ya se ha contado, Heracles liberó a los tebanos de este tributo en su primera campaña, y los dirigió a la victoria contra los minios matando a Ergino (cf. p. 333).[39] Algunos afirman que Heracles redujo en gran medida la riqueza y el poder de Orcómeno en ese tiempo, ya fuera al derrotarlos de forma aplastante y saqueando su ciudad o al cambiar el cauce del río Cefiso para que inundara las llanuras del este de la ciudad, lo cual hizo que se creara o se extendiera el gran lago Copaide, que ocupaba gran parte del norte de Beocia.[40] En Pausanias puede encontrarse un relato elaborado, aunque de gran artificialidad, sobre la historia dinástica de Orcómeno hasta el reino de Ergino y tiempos posteriores.[41]

Según al menos una tradición, Trofonio y Agamedes, los famosos constructores y arquitectos míticos, nacieron en Orcómeno como hijos de Ergino.[42] En un principio se les asoció con Beocia y la Grecia central (aunque se les atribuyó la autoría de algunos edificios del Peloponeso, y según una narración Agamedes era originario de Arcadia, cf. p. 706). Algunos de sus edificios eran estructuras imaginarias, precursoras míticas de construcciones en el mismo emplazamiento resultantes de la labor humana ordinaria, cómo era el caso de su templo de Poseidón en Mantinea, hecho de madera[43] (cf. p. 706) o su templo de

Apolo en piedra situado en Delfos. Se decía que este templo había sido el cuarto de una serie de cinco, como sucesor de un templo de bronce que Hefesto había construido allí (cf. p. 288) y el predecesor del templo histórico.[44] Otros edificios descritos como obra suya son estructuras micénicas cuyo fin original había sido olvidado mucho tiempo atrás, tales como la «casa de Anfitrión» en Tebas o la «casa del tesoro de Hirieo» en Hiria, en la Beocia oriental.[45] En una tradición, los dos hermanos murieron juntos en la más feliz de las circunstancias tras haber construido el mencionado templo de Delfos, ya que cuando rogaron a Apolo una recompensa y pidieron lo que fuera mejor para el hombre, el dios les indicó que les llegaría en tres (o siete) días, y en ese momento se les concedió una muerte inmediata y no dolorosa.[46] En un relato de menos credibilidad, su vida terminó de forma trágica cuando intentaban robar en la casa del tesoro de Hirieo. Al haber dejado una piedra sin sellar durante la construcción del edificio se aseguraban poder entrar retirándola y arrastrándose después para saquear las riquezas; pero cuando el rey se dio cuenta de que su tesoro disminuía incluso a pesar de que las cerraduras y sellos no se hubieran tocado, puso dentro una trampa, y Agamedes quedó atrapado en ella. Temeroso de que su hermano diera el nombre de su cómplice, Trofonio le cortó la cabeza y dejó a Hirieo un cadáver anónimo.[47] Luego huyó y normalmente se decía que la tierra se lo había tragado en Lebadea, en la Beocia occidental, donde se encontraba su famoso oráculo en tiempos históricos.[48]

En otra versión de la historia del depósito del tesoro, a Agamedes y a su hermano se les tendió una trampa cuando estaban robando el tesoro de Augías en Élide. El rey tendió la trampa después de que lo avisara el ingenioso Dédalo. Trofonio huyó a Lebadea igual que en la otra versión mientras que Cerción, hijo de Agamedes, que también participó en el delito, se dirigió a Atenas (cf. p. 451).[49] Heródoto recoge una historia muy similar sobre dos hermanos que habían estado robando en el depósito del tesoro de Rampsinito, rey de Egipto.[50]

La historia en la que Apolo concede una muerte fácil a los héroes constructores bien pudo haberse inspirado en la conocida leyenda argiva de Cleobis y Bitón, que habla de la muerte de dos jóvenes, hijos de una sacerdotisa de Hera en Argos. Cuando éstos planeaban llevarla a la festividad de la diosa en un carro tirado por bueyes, llegaron tarde del campo, así es que se pusieron los arneses, se engancharon al carro y tiraron de su madre una distancia de 45 estadios (más de cinco millas y media) hasta el templo de Hera. Su madre estaba tan orgullosa de su acción y de la ovación que recibieron por ello que elevó un ruego especial a Hera pidiendo

que se les otorgara la mayor bendición que los mortales pudieran recibir. La diosa los recompensó concediéndoles una muerte tranquila ese mismo día, mientras dormían tras los sacrificios y las fiestas. Heródoto señala de modo alentador que ésta era una prueba de los dioses para demostrar cuánto mejor es estar muerto que vivo. El cautivo Sileno venía a decir prácticamente lo mismo a Midas cuando el rey pretendía recompensarle por su sabiduría (cf. p. 285).[51]

Se suponía que el oráculo de Trofonio en Lebadea se había descubierto del siguiente modo. Cuando Beocia sufrió una sequía que duró dos años, las ciudades del país enviaron algunos embajadores a Delfos para consultar el oráculo, que los ordenó ir a Lebadea a buscar una solución de parte de Trofonio. Aunque al principio no pudieron encontrar signo del oráculo cuando llegaron allí, el más viejo de los enviados, un tal Saon, vio un enjambre de abejas y las siguió hasta que desaparecieron por una grieta en el suelo. Éste resultó ser el lugar del oráculo de Trofonio, y Saon fue instruido en sus ritos y procedimientos por el mismo héroe muerto.[52] Aquellos que querían consultar a Trofonio descendían por su pie a lo largo de una sima con forma de horno de cocción dentro de la tierra y se tumbaban en el fondo de ella; empujaban con sus pies la estrecha abertura entre el muro y la tierra y se deslizaban a través de dicha abertura, como arrastrados por la corriente de un río impetuoso. Regresaban del mismo modo tras recibir la revelación del héroe. La experiencia era tan aterradora que se decía que la gente que visitaba a Trofonio era después incapaz de reír por algún tiempo, o incluso por el resto de su vida, según la tradición local.[53]

Flegias y los flegieos

Otra figura notable que también estaba asociada con el noroeste de Beocia (y también con el sur de Tesalia en algunas versiones) era Flegias, el rey epónimo de un pueblo violento, los flegieos, famosos por asaltar el santuario de Apolo en Delfos. Desde la época arcaica representaban, evidentemente, el prototipo de belicosidad ya que la *Ilíada* señala que Ares, el dios de la guerra y su hijo Fobo (Miedo) solían aventurarse lejos de su patria tracia para unirse a ellos en la batalla.[54] Fuentes posteriores recogen que vivían como proscritos, saqueando pueblos vecinos y haciendo caso omiso a los dioses.[55] Se suponía que su ataque a Delfos fue el ultraje final que causó su caída. Según la versión de Pausanias sobre esta historia, en el momento lograron su objetivo al matar a Filamón y a

una fuerza especial de los argivos que intentaba defender el lugar sagrado, pero después el mismo Apolo castigó su sacrilegio matando a casi todos por medio de terremotos, tormentas de rayos y plagas.[56] En fuentes latinas, el ataque se convirtió en una empresa individual de Flegias, del que se decía que había intentado quemar el templo de Apolo para vengar la muerte de su hija Corónide (una amante infiel a Apolo cuya muerte había ordenado el dios, cf. pp. 564-565). Sin embargo, Apolo lo hirió de muerte de un disparo y lo envió al Hades, donde sufrió el castigo correspondiente.[57] Según la *Eneida*, una roca cuelga para siempre sobre él y lo amenaza con caer (motivo tomado de la mitología arcaica de Tántalo, cf. p. 171), y grita a través de la penumbra infernal, advirtiendo a otros que aprendan de sus sufrimientos, se sometan a las leyes y respeten a los dioses. Desde entonces aparece con regularidad en la literatura romana como pecador que sufrió junto con Sísifo, Tántalo y otros como ellos un castigo póstumo.[58] Aunque nunca tiene esta vinculación en las fuentes griegas que han llegado hasta hoy, se podría sospechar que su destino se le asignó por primera vez en la literatura helenística.

Flegias es descrito como hijo de Ares, ya fuera con Dotis, cuyo nombre la asocia con los campos Dotios en Tesalia o con Crisa, miembro de la familia real orcómena.[59] Tal como la genealogía anterior indica, en algunos casos Flegias se consideraba un tesalio, especialmente en su papel como padre de Corónide, la madre tesalia de Asclepio.[60] Otras fuentes lo convierten en el padre de Ixión o hermano de Girtón,[61] y le hacen aliado de los lapitas de Tesalia (lo cual no parece muy apropiado puesto que los lapitas fueron un pueblo heroico de carácter muy diferente al de los bandoleros flegieos). Las leyendas de los flegieos tienden, sin embargo, a situarlos en la Grecia central, al oeste del lago Copaide. Según esto, el *Himno homérico a Apolo* hace referencia a ellos como pueblo autoritario e impío que vivía en una ciudad establecida en un hermoso claro cerca del lago Cefiso (Copaide); el lugar en cuestión podría ser Flegia, ciudad cercana a Orcómeno de la cual Flegias pudo considerarse como epónimo.[62] En la versión tardía y artificiosa de Pausanias sobre la sucesión de Orcómeno, Flegias se incluye dentro de la dinastía real, aunque no sin alguna dificultad.[63] En algunas versiones los flegieos se ubican más al oeste, en la ciudad focia de Daulis, evidentemente por su proximidad a Delfos.[64] Según Ferécides, Cetos y Anfión fortificaron Tebas para protegerla contra los flegieos, que a pesar de todo la tomaron tras la muerte de los dos hermanos (cf. p. 402).[65] Apolodoro hace mención de una tradición en la que Licos y Nicteo asesinan a Flegias (en circunstancias no aclaradas, antes de que los dos se instalaran en Tebas, cf. p. 398).[66]

Vida y muerte del gran cazador Orión

En un principio Orión se asoció con Beocia oriental, aunque sus historias más sorprendentes se sitúan en las islas griegas. Aparece en la épica homérica con dos vertientes: como poderoso y antiguo cazador que continúa con su actividad favorita durante su póstuma existencia en los Infiernos, y como el cazador celestial que avanza por el cielo como la constelación de Orión.[67] Como espíritu en el Hades, Odiseo lo observa mientras acecha la caza con un mazo de bronce en su mano en los campos de asfódelos. Como figura en el cielo, lo sigue su perro de caza (en la forma de Sirio, la estrella más brillante del firmamento),[68] lo cual causa inquietud a la Osa (Mayor), que no lo pierde de vista desde su posición en el polo norte.[69] A pesar de su estatura de gigante, incluso mayor que la de los Alóadas (cf. p. 139), no es tampoco el ser tosco de la tradición posterior, ya que Homero lo describe como el más hermoso de los mortales y se nos dice en la *Odisea* que la siempre susceptible Eos (Aurora) se enamoró de él y lo raptó, lo cual enojó a los dioses que incitaron a Ártemis a que le disparara y lo matara.[70] A pesar de tratarse claramente de un héroe de primer orden en la época arcaica, tal como se atestigua ampliamente en las alusiones de Homero y por el mismo hecho de que una gran constelación lleva su nombre, parece que con el paso del tiempo llegó a convertirse en un ser excesivamente bruto y primitivo, por lo que héroes como Perseo y Heracles lo eclipsaron y quedó relegado a una oscuridad relativa. Como consecuencia de ello, el retrato que se presenta de él en la literatura que se conserva es sesgado e incompleto; dado que el material más valioso ha sido proporcionado por fuentes astronómicas, sobre todo involucradas en la explicación sobre cómo pudo ser trasladado al cielo, tenemos muchas versiones de su muerte (normalmente de origen tardío) pero pocas evidencias de su vida anterior y de las leyendas beocias.

Hay dos versiones contradictorias de su nacimiento. Según Ferécides y Hesíodo (en la *Astronomía* o posiblemente en el *Catálogo*), es hijo de Posidón y Euríale, hija de Minos,[71] y nace en Creta (uno de los lugares preferidos para situar las historias de su muerte). En otra versión, que aparece por primera vez en el período helenístico, nace de la tierra en Beocia en circunstancias sumamente extraordinarias. Cuando Hirieo, el fundador epónimo de Hiria, en la Beocia oriental (cf. p. 670), estaba en una ocasión recibiendo a Zeus, Posidón y Hermes en su casa, ellos le recompensaron por su amable hospitalidad otorgándole lo que deseara. Al no tener hijos y estar, de hecho, soltero, pidió que se le otorgara un hijo. De modo que secretaron semen (o incluso orinaron) bajo el pellejo

de un buey sacrificado en su honor y ordenaron que lo enterrara bajo tierra durante diez meses (lunares) y al final de ese período un niño emergió de la tierra. Lo llamó *Ourion* en un principio a cuenta de su origen (el verbo griego *ourein* se refería tanto al acto de orinar como al de la eyaculación de semen) pero posteriormente su nombre se acortó y quedó el de Orión por cuestión de delicadeza.[72] Posiblemente Apolodoro tenía esta historia en mente cuando escribió que Orión había nacido de la tierra.[73] En la tradición común, tal como hemos visto (cf. p. 670), se decía que Hirieo había tenido hijos propios en su matrimonio con una ninfa. Orión parece haber estado más estrechamente asociado con Tanagra que con Hiria. Su tumba se podía ver en esa ciudad suroriental de Beocia, que, según esto, se considera su hogar. De hecho, un comentarista de la Antigüedad recoge que «la mayoría de la gente dice que Orión era un tanagra».[74] La poeta tanagra Corina lo menciona varias veces en los escasos versos que se conservan, y se refiere a él como el señor de Beocia. Euforión afirma que Hémera (Día, aquí identificada con Eos) se lo llevó de Tanagra cuando lo raptó.[75] Aunque la mayor parte de los mitos astrales relacionados con su muerte están situados en las islas griegas, el mito de la persecución de las hijas de Atlas (que explica cómo llegaron a ser transferidas al cielo como las Pléyades, cf. p. 666) tuvo lugar en Beocia.[76]

Otro relato beocio recogido en un poema perdido de Corina, habla de dos hijas de Orión, Metíoque y Menipe, conocidas como las Corónides. Crecieron en Beocia tras la muerte de su padre y sacrificaron sus vidas para salvar la tierra de una plaga, ya que cuando un oráculo reveló que los dioses infernales que habían ocasionado la plaga se aplacarían si se sacrificaban dos doncellas en su honor, las hijas de Orión imploraron tres veces a los dioses de los Infiernos ofreciéndose ellas mismas como víctimas voluntarias y cortaron sus cuellos con las lanzaderas de sus telares. Hades y Perséfone sintieron lástima por las dos doncellas e hicieron que sus cuerpos desaparecieran y que dos cometas se elevaran al cielo en su lugar. Fueron veneradas a partir de entonces en Orcómeno como las Corónides, donde cada año los jóvenes les llevaban ofrendas expiatorias de miel.[77]

Orión se casó con una mujer llamada Side, también originaria de Beocia. Su nombre corresponde al término beocio que designa la granada, y se consideraba el epónimo de la ciudad beocia de Side. Hera la envió a los Infiernos cuando todavía era bastante joven por haberse atrevido a afirmar que era más bella que la diosa.[78] Destaca en el origen de este mito el hecho de que la granada se aso-

ciara con los Infiernos, tal como vimos en relación con Perséfone (cf. p. 183). Tras la muerte prematura de Side, Orión pasó a Quíos para pedir la mano de Mérope, hija de Enopión (Cara de vino). Éste era hijo de Dioniso y Ariadna y había abandonado Naxos, la isla de su nacimiento, para convertirse en el gobernante de Quíos, una isla famosa por la calidad de su vino. Se decía que Enopión había introducido en la isla las artes de la vinicultura y de la elaboración del vino, tras aprenderlas del mismo Dioniso. Según esto, a los habitantes de Quíos les gustaba afirmar que habían sido los primeros en el mundo en hacer vino tinto.[79] Aunque Orión intentó ganar el favor de su futuro suegro dejando la isla limpia de fieras salvajes, Enopión era reticente a dar su hija a un ser tan tosco, por lo que siempre retrasaba la boda. Orión empezó a impacientarse y finalmente irrumpió en la habitación de Mérope una noche en la que estaba borracho y la violó. Al conocer este ultraje, Enopión lo cegó mientras dormía y lo abandonó en la costa (o lo condujo fuera de la isla).

Incapaz de ver adónde se dirigía o debía intentar ir, Orión vagó desamparado por el Egeo. Pudo ir de un lado a otro porque estaba dotado con el poder de caminar por encima del mar (o al menos abrirse paso a través de él), don que sin duda había adquirido de su padre Poseidón. Finalmente llegó a la isla de Lemnos, donde Hefesto tenía su fragua. El herrero divino sintió lástima por él y le ofreció a su asistente, Cedalión, como guía. De este modo Orión subió a Cedalión a sus hombros y comenzó a caminar hacia el este en dirección a la salida del sol, según las indicaciones dadas por Cedalión, hasta que curó su ceguera girando su cara hacia los rayos del sol naciente. También se dice que el mismo Helios, el dios sol, lo curó. Aunque volvió rápidamente a Quíos para vengarse por su ceguera, Enopión escapó de él al esconderse en una cámara subterránea que su pueblo le había preparado (o por Hefesto bajo las órdenes de Poseidón).[80]

Los relatos contradictorios sobre la muerte de Orión normalmente se sitúan en diferentes islas griegas. Éste es el caso en la versión homérica mencionada anteriormente, en la que Ártemis lo alcanza en Ortigia (a menudo identificada con Delos en fuentes posteriores) después de que Eos lo hubiera raptado y llevado hasta esa isla. Ártemis hizo esto porque los dioses rechazaban las relaciones amorosas entre diosas y hombres mortales. En una variación posterior, ella mató a Orión en Delos por intentar violar a Opis, una de las doncellas hiperbóreas que llevaban ofrendas a la isla tras el nacimiento de Apolo y Ártemis (cf. p. 255).[81] En una versión que aparece por primera vez en Calímaco, Orión encontró la muerte al cortejar o intentar violar a la misma Ártemis.[82] Una historia com-

pletamente diferente, en la que Orión muere presa de un escorpión gigante, es la que generalmente aparece en la literatura astronómica de los períodos helenístico y romano. Al igual que con el mito de su persecución de las Pléyades, se trata de un auténtico mito astral directamente inspirado por una característica del cielo nocturno, ya que la constelación de Escorpión se eleva cuando la de Orión se oculta, por lo que parece que persigue a Orión por los cielos. En la versión más extendida, que se deriva de Eratóstenes, mientras cazaba en Creta junto con Ártemis y Leto, Orión se jactó de ser capaz matar cualquier bestia que habitara la tierra, lo cual provocó tal ira en Gea (Tierra) que envió un enorme escorpión para matarlo. A petición de sus compañeras divinas de caza, Zeus lo trasladó a los cielos y colocó al escorpión en una región adyacente en el cielo.[83]

En la versión de Arato (a la que se refiere como una historia antigua), Orión enojó a Ártemis al poner sus manos sobre ella mientras ésta acababa con las bestias salvajes en Quíos, por lo que respondió haciendo que las colinas cercanas se abrieran y saliera de ahí el escorpión para atacarlo.[84] En una variante posterior, enfureció a Ártemis al despreciar su habilidad en la caza y provocó que pidiera a Gea que enviara el escorpión contra él;[85] en la extrañísima versión de los *Fastos* de Ovidio, Gea envió al escorpión contra Leto por alguna razón desconocida pero alcanzó a Orión cuando se cruzó en su camino para proteger a la diosa.[86]

Istro, discípulo de Calímaco, desarrolló una versión deliberadamente perversa en la que Ártemis, que era una virgen recalcitrante en la mitología normal, se enamoró de Orión y aceptó casarse con él. Su hermano Apolo estaba totalmente consternado, pero ella no hizo caso a sus objeciones; de modo que un día, cuando él vio la cabeza de Orión moviéndose entre las olas mientras nadaba a lo lejos, retó a su hermana a alcanzar el punto distante con una de sus flechas. Puesto que ella valoraba más que nada su reputación como arquera, aceptó el reto y disparó una flecha directa a la cabeza de Orión sin darse cuenta de lo que era. Cuando su cuerpo llegó después a la orilla ella, desesperada, trasladó a su pretendiente muerto a las estrellas.[87]

Las provincias menores: Lócride, Dóride y Fócide

La provincia de Lócride, en la Grecia central, se dividía en dos partes, Lócride oriental (u Opunte), situada en el estrecho de Eubea, al norte de Beocia y Fócide, y Lócride occidental u Ozolio, situado al suroeste (en el golfo de Corinto) y sepa-

rado del otro Lócride por la provincia de Fócide. En los tiempos más remotos, Opunte, la ciudad principal de la Lócride oriental, era la tierra de Deucalión y Pirra, que se establecieron allí tras la gran inundación (cf. p. 525). Posteriormente cayó bajo el gobierno de Locro, hijo de Fisco, descendiente de Deucalión en tercera o cuarta generación. Se dice que dicho Locro dio su nombre a Lócride oriental y occidental bajo las circunstancias que siguen. Como rey de los léleges, descendientes del pueblo que había surgido de las piedras arrojadas por Deucalión y Pirra (cf. p. 525), Locro gobernó inicialmente en Opunte (que todavía no tenía ese nombre) y llamó a sus habitantes lócrides a partir de su propio nombre. Durante su gobierno, Zeus raptó a Protogenia, hija de Opunte, rey de los epeos en Élide, de su casa en el Peloponeso y se acostó con ella en el monte Ménalo (Arcadia) haciendo que concibiera un hijo. Como Locro no tenía esposa ni hijos, Zeus hizo que ella se casara con él, y cuando nació el niño Locro lo adoptó y lo llamó Opunte por su abuelo. El rey estaba tan entusiasmado con el pequeño que le concedió una ciudad y un pueblo al que gobernar cuando creciera. De este modo la principal ciudad del territorio se llamó Opunte en su honor.[88]

Para dar cuenta del nombre y origen de Lócride occidental u ózola, se cuenta que Locro terminó discutiendo con su hijo adoptivo y decidió abdicar en él y fundar una nueva Lócride en algún otro lugar. Cuando consultó el oráculo de Delfos sobre su empresa, se le aconsejó establecer su lugar de gobierno en un enclave donde un perro de madera lo mordiera. Siguió después rumbo hacia el oeste por la Grecia central desde Delfos, hasta que la espina de un escaramujo (en griego «espina de perro») pinchó su pie y reconoció que debía establecerse allí según las palabras del oráculo.[89] El héroe locrio más relevante fue Áyax, hijo de Oileo, que dirigió el contingente lócrida en Troya (cf. p. 590). Conocido como Áyax el menor o el Áyax locrio para distinguirse de su más importante tocayo, el Áyax hijo de Telamón, se dice que nació en Nárico, ciudad costera de Lócride occidental, y era descendiente de Locro en la sexta generación.[90]

Se ofrecieron varios relatos para explicar la razón por la que los lócrides occidentales se denominaban ózolas. Según uno de ellos, en el tiempo en el que reinaba un tal Oresteo, hijo de Deucalión, una perra dio a luz un trozo de madera en vez de un cachorro. Cuando Oresteo plantó este trozo de madera en el suelo, creció una vid y los habitantes de la zona se llamaron ózolas debido a los brotes (*ozoi*) de esta valiosa planta. Este relato sobre el origen de la vid ya lo recoge Hecateo, aunque sin la etiología presente. Hecateo afirma que Oresteo fundó su reino en Etolia (cf. p.

539).[91] El nombre *Ozolioi,* de hecho, sugiere olor, y Estrabón señala que esto se debe a los manantiales sulfúricos de la zona.[92] En un mito relacionado con este hecho, algunos relatan que el centauro Neso escapó a esta zona después de que Heracles lo hiriera de muerte (cf. p. 370) y cuando murió allí, su cadáver se descompuso sin haber sido enterrado, por lo que desprendía un desagradable olor que nunca desapareció, de ahí el nombre de los ózolas. Según otra sugerencia, los primeros habitantes autóctonos del territorio vestían pieles sin curar como protección contra el frío y por ello emitían un olor desagradable.[93]

La provincia de Fócide, al oeste de Beocia, apenas tuvo relevancia en el mito excepto como la región en la que se situaba Delfos. Tuvo dos epónimos, ambos llamados Foco, uno es el nieto de Sísifo de Corinto y el otro hijo de Éaco de Egina.[94] Se dice que el corintio llegó primero a la provincia y se estableció en Titorea, al norte, con Antíope como su esposa (cf. p. 401).[95] Se dice que Esquedio y Epístrofo, mencionados en la *Ilíada* como líderes del contingente de la Fócide en Troya,[96] eran descendientes de este Foco. El hijo de Éaco llegó de Egina una generación más tarde y vivió en Fócide durante un tiempo; antes de volver a su hogar sus hermanastros lo asesinaron (cf. p. 685). Se casó con Asteria, hija del eólida Deyón (cf. p. 564), gobernante de parte de Fócide al menos en aquel tiempo. Ella le dio dos hijos, Criso y Panopeo, que se peleaban incluso en el vientre de su madre (del mismo modo que Preto y Acrisio en Argos).[97] Ellos son los fundadores epónimos de Crisa y Panopea, dos ciudades en lugares opuestos de Fócide, al sur de Titorea. Se cuenta que su padre había vivido en esta parte meridional del territorio y le había dado su nombre mientras que el otro Foco, que se había establecido más al norte, había dado su nombre a la parte septentrional de la región.[98] Criso fue padre de Estrofio, que se convirtió en cuñado de Agamenón al casarse con su hermana Anaxibia.[99] Tras el asesinato de Agamenón, Estrofio dio refugio a su hijo Orestes en Crisa, al que crio junto a su hijo Pílades, y puesto que los dos muchachos se hicieron íntimos amigos, Pílades acompañó a Orestes cuando volvió al Peloponeso para vengar el asesinato de su padre (cf. pp. 657-658). Pílades se casó con Electra, la hermana de Orestes, con quien tuvo dos hijos sin relevancia especial, Estrofio y Medón. Panopeo, el otro hijo de Foco de Égina, es el padre de Epeyo,[100] combatiente en Troya pero con más habilidades como artesano que como guerrero, y que ayudó a sus camaradas a conseguir la victoria al construir el Caballo de Madera (cf. p. 610).

Fócide limitaba en parte en su frontera occidental con la pequeña provincia de Dóride, considerada el hogar ancestral de los dorios. También estaba

asociada con otro pueblo, los dríopes, de los que se decía que habían vivido allí hasta que Heracles los expulsó (cf. pp. 370-371), y así dejó la tierra libre para los dorios, que previamente habían vivido más al norte, en Tesalia.[101] Ésta era al menos la historia tal como se desarrolló en el período clásico con el fin de reconciliar las versiones contradictorias de la historia arcaica de la zona (cf. p. 371). Posteriormente se supuso que los dorios habían entrado en el Peloponeso como aliados de los heraclidas (cf. p. 377), abandonando su hogar en la Grecia central.

Leyendas locales de Mégara

Las leyendas de Mégara, vecina de Ática al oeste (al comienzo del Istmo de Corinto) apenas tienen más que relevancia local, por más que la ciudad estuviera involucrada en la guerra de Minos contra Atenas (cf. p. 445) y uno de sus gobernantes posteriores, Alcátoo, fuera una figura de cierto interés. Se supone que el primer gobernante de la ciudad era un tal Car, hijo de Foroneo, primer rey de Argos. Era el epónimo de la acrópolis de Mégara, conocida como Caria. En vez de aceptar que su ciudad había sido nombrada a partir de Megareo, hombre de origen extranjero, los megarios preferían argumentar que habían adquirido su nombre mucho antes cuando Car fundó el Megarón (recinto del templo) de Deméter en la acrópolis.[102]

Según la tradición local tal como es recogida por Pausanias, los descendientes de Car gobernaron Mégara durante 12 generaciones hasta que el trono fue tomado por un recién llegado de Egipto, Léleges, hijo de Poseidón y Libia, que dio su nombre a sus súbditos; puesto que dicho nombre, Léleges, era un término vago que se aplicaba a los habitantes aborígenes de varias partes de Grecia, no resulta sorprendente que aparezcan varios Léleges como primeros gobernantes o héroes en numerosos lugares, incluida Esparta (cf. p. 675). A Léleges lo sucedió su hijo Clesón y luego su nieto Pilas, que ofreció refugio a Pandión II, rey de Atenas durante su exilio (cf. p. 488). Cuando posteriormente Pilas mató a su tío Bias, cedió el trono a Pandión, casado con su hija Pilia, y partió hacia el exilio en el Peloponeso, donde se dice que fundó la arenosa Pilos, la ciudad de Néstor en Mesenia, así como la ciudad del mismo nombre en Élide. Pandión murió en Mégara, donde su santuario heroico podía verse en tiempos históricos. Le sucedió su hijo Niso, que permaneció en Mégara cuando Egeo y los otros hijos de Pandión volvieron a Atenas para recuperar el reino de su padre (cf. p. 488).[103]

Tal como se describe en el capítulo X, se suponía que Minos había atacado Mégara durante el gobierno de Niso, hijo de Pandión. Según la tradición aceptada generalmente en Grecia, la ciudad cayó en manos de Minos como resultado de un acto de traición de Escila, la hija del rey (cf. p. 446); se aceptaba además que Megareo, hijo de Poseidón y originario de Onquesto (Beocia), había llegado para luchar como aliado de Niso, pero murió en la batalla y fue enterrado en la ciudad, que se llegó a conocer como Mégara a partir de ese momento (en vez de Nisa como lo era anteriormente).[104] Pausanias recoge, sin embargo, que los mismos megarenses no aceptaban esto. Tal como se ha dicho, afirmaban que Mégara ya se conocía como tal mucho antes de la llegada de Megareo y ni siquiera estaban dispuestos a discutir la idea de que su ciudad hubiera sufrido la derrota humillante durante el reino de Niso. Según esto, están en desacuerdo con la figura de Megareo, y afirman que se estableció en Mégara como súbdito de Niso tras casarse con su hija Ifínoe, y que posteriormente lo sucedió en el trono, al parecer después de que su suegro muriera de muerte natural.[105]

Aunque en la tradición local Megareo se casaba con la hija del rey y se convertía en el gobernante del territorio, su vida terminó en tragedia debido a que su hijo mayor, Timalco, muere a manos de Teseo mientras acompañaba a los Dioscuros a Ática para recuperar a Helena (cf. p. 472: generalmente se dice que Teseo estaba ausente en ese tiempo), y su hijo menor, Evipo, cayó víctima del salvaje león de Citerón.[106] En la tradición común, Heracles mató este león (cf. p. 331), pero los megarenses unían su muerte con el destino de su propio príncipe, diciendo que Megareo había ofrecido a su hija Evecme y la sucesión a quien matara al león que había causado la muerte a su hijo. Al conocer la valiosa recompensa, Alcátoo, hijo de Pélope, al que habían expulsado de su país natal al estar involucrado en el asesinato de Crisipo (cf. p. 650), mató el león y cortó su lengua como evidencia. Cuando llegó a Mégara y encontró que otros también afirmaban haber matado al león, él pudo ganar el trono para sí al sacar la lengua de su mochila.[107]

Se dice que Alcátoo fundó el templo de Apolo Grayo y Ártemis Agrotera en Mégara en gratitud por su éxito en la caza del león, y que también fortificó la acrópolis occidental, que tomó su nombre. Apolo lo ayudó en esta última empresa, al dejar su lira (*kithara*) en una piedra mientras se estaba construyendo; y por esa razón la piedra hacía un sonido como la vibración de una cuerda de lira cuando, en tiempos posteriores, se arrojaba un guijarro hacia ella.[108] Alcátoo perdió a sus hijos antes de morir al igual que le ocurrió a Megareo, ya que a su hijo mayor, Isquépolis, lo mató el jabalí de Calidón. Su otro hijo, Calípolis, murió en cir-

cunstancias trágicas cuando llegó a Mégara con la noticia de la muerte de su hermano, ya que Alcátoo estaba en ese momento ofreciendo un sacrificio a Apolo y Calípolis, en su impaciencia, desparramó las brasas del altar, haciendo que su padre creyera que había cometido un sacrilegio, por lo que preso de la furia, Alcátoo le propinó un golpe fatal en la cabeza con un tronco antes de que pudiera hablar.[109] El santuario heroico de Alcátoo, que más tarde fue utilizado como archivo estatal, podía verse al pie de la acrópolis occidental.[110]

Los mitos de Corinto, vecino a Mégara por el norte, ya han sido considerados en relación con la familia gobernante de estirpe deucaliónida (cf. p. 558). En el Peloponeso, al oeste de Corinto, se hallaba la ciudad de Sición, fundada a partir de Argos. Dos de sus gobernantes míticos tienen una relevancia notable en el mito heroico. En primer lugar Epopeo, que provocó un ataque desde Tebas al acoger y casarse con la fugitiva Antíope (cf. p. 399), y después Pólibo, que crio a Edipo como hijo adoptivo aproximadamente una generación después (cf. p. 406) y ofreció un hogar a Adrasto cuando se exilio de Argos (cf. p. 436). Pausanias ofrece una versión compleja y artificiosa de la sucesión de Sición desde el tiempo de la fundación de la ciudad.[111]

Tres leyendas románticas de Patras

Apenas queda nada más que recopilar sobre las antiguas leyendas heroicas del Peloponeso, las cuales hemos examinado en relación con las familias de Ínaco, Deucalión y Atlas. Pero en tanto que seguimos en esta zona, sería una lástima pasar de largo sobre algunas leyendas románticas que recogió Pausanias en Patras, en la costa septentrional.

No lejos de Patras, cerca de la desembocadura del río Selemno, existió en un tiempo una ciudad llamada Argira (aunque ya no era más que ruinas en tiempos de Pausanias). Según la leyenda local, un hermoso pastor llamado Selemno había vivido tiempo atrás en esa área y había atraído el amor de una ninfa marina llamada Argira, que solía salir del mar para unirse a él; sin embargo, ella dejó de visitarlo cuando su belleza comenzó a marchitarse y él murió con el corazón partido. Afrodita, como diosa que gobierna sobre el amor, se compadeció de él y lo transformó en el río Selemno. Como continuaba lamentándose por Argira incluso bajo su nueva forma, ella le otorgó el don adicional de olvidar su amor. Incluso después, tal como se dice, el río confería el mismo don a aquellos que se bañaban en él, por lo que hacía que hombres y mujeres olvidaran sus pasio-

nes. Pausanias, que rara vez hace alguna observación personal, se siente obligado a señalar que si esto es así, las aguas del Selemno tienen más valor que una gran cantidad de dinero.[112]

En el mismo Patras había un santuario de Ártemis Triclaria en el que se dice que se ofrecían sacrificios humanos en tiempos remotos. Según la leyenda del templo, mucho antes de la guerra de Troya, una doncella llamada Cometo servía como sacerdotisa. Se enamoró de un joven llamado Melanipo, pero sus padres no permitieron que se casaran por lo que consumaban su pasión en secreto e hicieron el amor dentro del templo en más de una ocasión. Airada por el sacrilegio, Ártemis hizo que aquella tierra padeciera hambre y enfermedades. Cuando las gentes del pueblo buscaron el consejo del oráculo de Delfos, no sólo se les dijo que la pareja culpable debía ofrecerse en sacrificio a Ártemis, sino que los jóvenes y las doncellas más atractivas debían sacrificarse del mismo modo en años sucesivos. El oráculo indicaba que los patrios se librarían de este doloroso deber cuando un rey extranjero llegara a su tierra con una deidad foránea, suceso que finalmente tuvo lugar justo después de la guerra de Troya. Durante la división de los despojos tras el saqueo de Troya, Eurípilo, hijo de Evemón, gobernador tesalio, obtuvo el objeto más preciado, un cofre que contenía una estatua de Dioniso que había sido modelada por Hefesto. Esta estatua había pasado de generación en generación dentro de la familia real de Troya desde que Zeus la entregó a Dárdanos, su primer rey. Dado que Casandra había maldecido a aquel griego que encontrara la estatua, Eurípilo se volvió loco cuando abrió el cofre para mirar su contenido. Sin embargo, en algunos momentos estaba lo suficientemente lúcido como para consultar el oráculo de Delfos, el cual le dijo que se estableciera en una tierra donde encontrara un pueblo que ofrecía un extraño sacrificio y que colocara el cofre allí para que fuera venerado. Cuando los vientos llevaron su barco hasta la costa septentrional del Peloponeso, a la región de Patras, pisó tierra y vio a una doncella y a un joven a los que conducían al altar de Ártemis para el sacrificio de aquel año. Se dio cuenta entonces de que éste debía ser el sacrificio al que se refería el oráculo, y al ver a este rey extranjero en su tierra, los habitantes de Patras recordaron el que habían recibido mucho tiempo antes. Comprobaron si llevaba un dios dentro del cofre, como así era. De este modo Eurípilo fue liberado de su locura y las gentes de Patras de sus sacrificios humanos. En tiempos históricos, ofrecían sacrificios a Eurípilo cada año en conexión con su festival de Dioniso.[113]

Patras no era un lugar de gran importancia hasta que Augusto estableció allí una colonia tras vencer a Marco Antonio. Entre otros botines procedentes de

Etolia que el emperador depositó en la ciudad había una antigua estatua de Dioniso de Calidón que se recogió en el templo de Dioniso Calidonio de Patras. El siguiente relato, que se desarrolla en su lugar de origen dentro del territorio continental situado en frente, está relacionado con él. Un sacerdote caledonio de Dioniso llamado Coreso se había enamorado de una doncella llamada Calírroe, pero cuanto más la acosaba, a ella menos le gustaba. Al ver que todos sus requiebros y sus promesas no la impresionaban, oró frente a la imagen de culto (parece que más bien para vengarse que para pedir ayuda) y Dioniso respondió haciendo que los caledonios sufrieran una locura que hizo morir a muchos. Cuando fueron en busca del consejo del oráculo de Zeus en Dodona, se les dijo que Dioniso tenía la culpa y que su ira no se aplacaría hasta que Coreso le hubiera sacrificado una víctima humana, ya fuera Calírroe o alguien que se ofreciera para ocupar su lugar. Cuando Calírroe era llevada al altar, Coreso se dio cuenta de que su amor por ella sobrepasaba su mezquino resentimiento y se sacrificó él mismo al dios voluntariamente en el lugar de ella. Al verlo muerto a sus pies, Calírroe sintió pena por él y remordimiento por el trato que le había dado, por lo que en ese momento se cortó el cuello junto a un manantial de esa localidad que desde entonces lleva su nombre.[114]

Anio de Delos y sus hijas prodigiosas. Acontio y Cidipe. Cipariso

Tenemos que viajar ahora más lejos para rescatar algunos de los mitos más interesantes de las islas griegas. En el tiempo de la guerra de Troya, la isla sagrada de Delos era el hogar de una pintoresca familia formada por un rey sacerdote, Anio, y sus tres hijas, Eno, Espermo y Elais, que podían sacar vino (*oinos*), grano (*sperma*, una semilla) y aceite de oliva (*elaion*) de la tierra según su deseo. Estas destacables doncellas eran conocidas de manera colectiva como las *Enotrophoi* (Viñadoras).[115] Anio era hijo de Apolo, el cual había seducido a su madre Reo (Granada), hija de Estáfilo (Racimo, hijo de Dioniso) en la tierra natal de ella en la costa caria de Asia Menor. Su padre no la creyó cuando le dijo que un dios la había fecundado y la encerró en un cofre que arrojó al mar (se trata de un motivo ya conocido en el mito griego, tal como hemos visto con Dánae y Auge). Tocó tierra en la costa de Delos donde dio a luz a su hijo y lo colocó en el altar de Apolo, en donde rezó al dios para que lo salvara si lo reconocía como hijo suyo. Su padre divino acogió y crio a Anio y lo instruyó en las artes de la adivinación.[116] Se decía que su madre lo llamó Anio debido a todo el sufrimiento

(*ania*) que había pasado a cuenta suya.[117] En otra versión de su historia, ella llega a la costa de Eubea (donde posteriormente se casa con un tal Zarex) y Apolo lleva su hijo a Delos tras su nacimiento.[118]

Anio llegó a convertirse en un vidente famoso de Apolo, y gobernó en la isla sagrada. Se casó con una tal Doripe y tuvo las hijas antes mencionadas, que adquirieron sus poderes especiales por la gracia de Dioniso.[119] Se han recogido gran variedad de relatos en los que se cuenta que el ejército griego había buscado (o se le había ofrecido) los servicios de las *Enotrophoi* justo antes de la guerra o después de su estallido. En una de las versiones, la fuerza griega recaló en Delos de camino a Troya, y puesto que Anio estaba al tanto de que los dioses habían revelado que Troya permanecería diez años sin conquistar, intentó inútilmente persuadir a los griegos para que se quedaran nueve años con él, con la promesa de que sus hijas les proporcionarían las provisiones necesarias. Esta historia pudo ya haber aparecido en las *Ciprias*.[120] También se cuenta que cuando a los griegos se les agotaron los alimentos durante el largo asedio de Troya, Agamenón envió a Palamedes a Delos para que fuera a buscar a las *Enotrophoi*. En una versión atribuida a Simónides, Menelao y Odiseo navegan con un grupo numeroso hasta Delos con el mismo propósito.[121] Ovidio ofrece una versión en la que Agamenón captura a las *Enotrophoi*, cuatro en este caso, por la fuerza de las armas y les ordena que alimenten a la flota griega. Sin embargo, ellas escapan, dos huyen a Eubea y las otras a Andros, lugar gobernado por un hijo de Anio. Cuando los griegos llegan a Andros y fuerzan al rey a que entregue a las dos muchachas, ellas piden ayuda a Dioniso y él las transforma en palomas blancas.[122] Únicamente en algunas versiones tardías en latín se dice que las *Enotrophoi* llegan a Áulide (donde el ejercito se constituyó por primera vez) para proporcionar provisiones a los griegos en su viaje y campaña militar.[123] Ovidio y Virgilio dicen que Eneas y sus seguidores recalaron en Delos de camino a Italia y recibieron una amistosa bienvenida por parte de Anio (cf. p. 753).[124]

La leyenda de Anio y sus hijas prodigiosas es tan singular como para creer que pudo tener un origen popular. De Ceos, al sudeste del extremo de Ática, llega un hermoso romance que es más bien un producto literario, al menos en la forma en la que ha llegado hasta nosotros. Acontio, joven de Ceos de familia respetable pero relativamente pobre, se enamoró de una joven de Naxos (o ateniense) de alta cuna llamada Cidipe, a la que conoció en una festividad en Delos. Tras seguirla hasta el templo de Ártemis, lanzó una manzana frente a ella inscrita con las palabras «*Juro por Ártemis no casarme más que con Acontio*». Cidipe la recogió (las manzanas eran un regalo de amor muy común pero parece que

ella no se dio cuenta de esto) e inocentemente leyó el mensaje en voz alta, tal como hacían normalmente los lectores en tiempos remotos. Al hacer eso, se unía a Acontio bajo juramento solemne. Cuando su padre intentó más tarde casarla con un hombre de su elección, sufrió una enfermedad misteriosa y tuvo necesariamente que posponer la boda. Como esto ocurrió en otras dos ocasiones, el padre fue en busca del oráculo de Delfos, que le reveló que Ártemis provocaba la enfermedad de su hija para evitar que rompiera su juramento. De modo que accedió a la boda con Acontio, cuya estratagema tuvo de este modo el resultado deseado.[125]

Ceos es también el lugar en el que tiene lugar la historia de Cipariso, al menos en su versión más conocida escrita por Ovidio. Cipariso era un joven, favorito de Apolo, que se convirtió en ciprés. En aquel tiempo, un venado domesticado vivía en la isla, un animal espléndido que estaba consagrado a las ninfas y que no conocía el miedo. Aunque era amistoso con todos, Cipariso estaba especialmente encariñado con él y solía llevarlo a nuevos pastos y manantiales frescos. Envolvía sus cuernos con guirnaldas e incluso montaba en su grupa y lo guiaba con riendas color escarlata. Un día, sin embargo, mientras descansaba bajo la sombra de unos árboles en el calor del mediodía, Cipariso disparó su lanza de caza en esa dirección y lo mató accidentalmente. Desesperado, decidió unirse a él en la muerte, a pesar de que Apolo le instó a que mostrara cierto sentido de la proporción. Mientras se consumía de dolor pidió a los dioses que le permitieran lamentarse eternamente y fue transformado en un ciprés, el árbol asociado con los lamentos y los cementerios.[126] En otra versión, Cipariso era un joven cretense que huyó de su hogar para escapar del acoso de Apolo (o Céfiro) y fue transformado en un ciprés en el monte Casión de Siria. Esta versión de la historia, que posiblemente tenía un origen helenístico, parece haber sido conformada a partir de la famosa leyenda de Apolo y Dafne (cf. p. 216), que en otra narración también se sitúa en Siria.[127]

La historia legendaria de Tera. Mérope de Cos. Anceo de Samos

La rocosa Sérifos, más al sur, fue famosa en el mito por su relación con Perseo (cf. p. 317-318). En el límite meridional del archipiélago se encuentra Ánafe, que Apolo reveló en medio de la noche a los Argonautas (cf. p. 517) y Tera, que surgió de un puñado de tierra lanzado al mar por el argonauta Eufemo (cf. p. 517). Los mitos de esta última isla merecen atención especial.

Tera (también conocida como Santorini en tiempos modernos) está formada por los restos de un antiguo volcán que explotó en una erupción masiva aproximadamente en 1400 a.C. Cirene, la colonia griega más importante en África, se fundó a partir de ella a mitad del siglo VII a.C. Según la leyenda, Cadmo la visitó durante su infructuosa búsqueda de Europa (cf. p. 388) e instaló a algunos de sus seguidores fenicios en la isla como colonos bajo el liderazgo de un hombre de su tribu, un tal Memblíaro.[128] La isla se conocía como Caliste (la más hermosa) en esos tiempos remotos. Siguió siendo gobernada por los descendientes de Memblíaro hasta que Teras, hijo de Autesión, descendiente de Cadmo, llegó allí ocho generaciones después reclamando el trono en virtud de su ascendencia. Su padre Autesión había sido heredero del trono de Tebas pero había abandonado la ciudad para acompañar a los Heraclidas hasta el Peloponeso, de modo que Teras había pasado por ello gran parte de sus primeros años en Esparta (cf. p. 383). Su hermana Argía se casó con Aristodemo, uno de los líderes heraclidas, y tuvo con él dos hijos gemelos, Procles y Eurístenes, que se convertirían en los primeros reyes heraclidas de Esparta (cf. p. 431 para conocer las circunstancias), y puesto que eran niños cuando se les confirió la corona, Teras gobernó en su nombre como regente hasta que llegaron a la mayoría de edad. Tras disfrutar de las mieles del poder, se mostró reticente a vivir en Esparta como subordinado cuando los gemelos tomaron el trono y, por tanto, decidió irse lejos y reclamar Caliste como reino propio. Los habitantes le aceptaron inmediatamente como su gobernante y cambió el nombre de la isla por el suyo.[129]

Algunos seguidores dorios de Esparta acompañaron a Teras a su nuevo hogar (de ahí que Tera tuviera una población doria en tiempos clásicos) así como algunos descendientes de los Argonautas. No hay que olvidar que se suponía que la isla había surgido de un puñado de tierra que el argonauta Eufemo había recibido en Libia (cf. p. 516) del dios del lago Tritónide. Eufemo había arrojado la tierra en el mar en el lugar adecuado en respuesta a un sueño profético que le había revelado que la nueva isla proporcionaría un hogar a sus descendientes.[130] Y esto fue lo que ocurrió en el tiempo de Teras como resultado de las siguientes circunstancias. Cuando los Argonautas recalaron en Lemnos durante su viaje de ida, muchos de ellos tuvieron hijos con las mujeres de la isla, que previamente habían matado a los hombres de su tribu (cf. p. 501). Los descendientes de esos niños fueron expulsados más tarde de Lemnos y se establecieron en Laconia, donde se casaron con mujeres locales. Su comportamiento fue, sin embargo, tan arrogante que sus anfitriones se volvieron en su contra y alguno de ellos, incluidos los descendientes de Eufemo, se alegraron de partir por mar con Teras

cuando los invitó a acompañarlo. Ésta es una notable característica de la leyenda puesto que permitió establecer el vínculo entre los orígenes de Tera y la fundación de Cirene en tiempos históricos, ya que se afirmaba que Bato, líder del grupo de tereos y cretenses en la fundación de esta importante colonia en el norte de África, era un descendiente remoto (supuestamente en la decimoséptima generación) de Eufemo, que había recibido de Tritón el puñado providencial de tierra en el norte de África.[131] Se cerraba así un círculo, y el establecimiento de la colonia en África quedaba legitimado en términos míticos. Los descendientes de Bato gobernaron Cirene hasta la mitad del siglo v a.C. Se suponía que había sido llamada así por la ninfa tesalia a la que Apolo había secuestrado y llevado a ese lugar (cf. p. 213). Debe señalarse que esta versión de la historia mítica de Tera se ve lastrada por una grave incoherencia cronológica puesto que Cadmo posiblemente no la podría haber visitado si se hubiera formado en el tiempo de los Argonautas, que, siguiendo cualquier estimación, habrían vivido varias generaciones más tarde.

Los mitos heroicos más importantes de Rodas, la isla del Sol (cf. p. 81), ya han sido descritos en conexión con la familia real cretense (cf. p. 463) y los heraclidas (cf. p. 385). Heracles visitó la isla de Cos, frente a la costa norte de Asia Menor, cuando viajaba de regreso a su hogar tras el ataque a Troya (cf. p. 364). En los tiempos más remotos el gobernante era un rey nacido de la tierra llamado Mérope, que finalmente se transformó en águila. En la versión de la literatura astronómica, esto ocurrió después de que su muy amada esposa, la ninfa Equemea (o Etemea), hubiera ofendido a Ártemis al dejar de venerarla y ésta la mató de un disparo. Mérope la echaba tanto de menos que quería acabar con su vida, pero Hera (posiblemente como diosa que tutelaba el amor matrimonial) se compadeció de él y lo trasladó a los cielos. Antes de hacerlo, lo convirtió en un águila, con la idea de que continuaría lamentándose por su esposa si mantenía su forma y memoria humanas, y por tanto se le representa en el cielo como la constelación de Águila.[132] En otra versión, la diosa Rea, que había sido recibida anteriormente como invitada, se compadeció de él en las mismas circunstancias y lo transformó en un águila, en este caso un águila terrestre que se convirtió en el ave especial de Zeus.[133] Dado que Mérope vivió en el comienzo del tiempo histórico, no debe sorprender el hecho de que se hubiera relacionado con los dioses en términos familiares (tal como hicieron Licaón, por ejemplo, o Tántalo en la cercana Asia Menor). Es razonable asumir que ésta fue una versión temprana de la historia antes de que fuera alterada para proporcionar un mito de constelación. Mérope era el epónimo de los méropes, los habitantes primi-

genios de la isla. Se dice que la isla se llamó Meropia hasta que Mérope cambió su nombre por el de su hija Cos.[134] Existió un poema épico primitivo titulado *Meropis*, pero nada se sabe de su contenido.

La isla de Samos, más al norte, tuvo un héroe memorable en la figura de Anceo, quien no sólo viajó por mar con los Argonautas al igual que su tocayo arcadio (cf. p. 501), sino que, lo mismo que él, también murió por un jabalí. Como hijo de Zeus o Poseidón con Astipalea (epónimo de una isla del mismo nombre al este de Cos), Anceo gobernó a los léleges, los habitantes aborígenes de Samos. Era maestro en las artes de la construcción de barcos, tal como corresponde a un habitante de una isla, y se ofreció como timonel del *Argo* después de que el primer piloto, Tifis, muriera en el viaje de ida (cf. p. 508). Cuando llegó a casa tras sus aventuras, se dedicó a la agricultura y plantó muchas viñas, aunque un adivino le advirtió que encontraría la muerte antes de poder beber de su fruta. Puesto que todo parecía estar en orden cuando la cosecha estaba madura, pisó algunos racimos y convocó al vidente para reprocharle su incompetencia. «Todavía estoy vivo —dijo él— la fruta está madura y estoy a punto de beber. Mira, puedes ver el vino en la copa». Sin sentirse desconcertado, el vidente replicó: «Hay mucho hueco entre la copa y la boca», y en ese mismo momento, un hombre entró corriendo para decirle a Anceo que un jabalí salvaje estaba destrozando su viñedo. De modo que dejó a un lado su copa para enfrentarse a la bestia, que lo mató antes de que pudiera alzar la copa hasta sus labios.[135] De ahí el famoso proverbio, que se transmitió a través de la versión latina en la antología de Erasmo de antiguos adagios.

Círiras, Pigmalión y las leyendas de Chipre

Chipre atrajo colonos tanto de Grecia como del Levante desde finales de la Edad de Bronce, por lo que fue relevante como punto de contacto entre las culturas griegas y de Oriente Próximo. Era un centro importante del culto a Afrodita, de ahí el título de la diosa como Chipriota (Cipris o Cipria). El chipriota más destacado en la leyenda heroica griega fue Cíniras, fundador mítico del culto a Afrodita-Astarté en Pafos, situada en la costa oeste de la isla (donde se supone que la diosa había tocado tierra después de haber nacido entre las olas). Se originó como epónimo y ancestro mítico del clan de sacerdotes que presidían este culto, los *Ciníridai*, cuyo nombre derivaba de una expresión semita que significaba «hijos de la lira». Se le menciona por primera vez en la *Ilíada*, que recoge

que envía un magnífico peto a Agamenón como muestra de amistad tras conocer la noticia de que los griegos estaban organizando una expedición contra Troya; se trata de una pieza exótica de orfebrería con diseño de Oriente Próximo, ornamentada con diez bandas de esmalte azul (*kyanos*), doce de oro y veinte de latón, con serpientes esmaltadas que llegaban hasta el cuello, tres a cada lado.[136] Autores posteriores añadieron más elementos a partir de este relato homérico al sugerir que los griegos intentaron alistar a Cínir as como aliado. Según Apolodoro, Menelao acompañado de Odiseo y el heraldo Talcibio lo visitan con ese fin y creen haberlo conseguido, ya que Cíniras no sólo presenta el peto como regalo para Agamenón sino que promete enviar una gran tropa en cincuenta barcos. Sin embargo cuando llega el momento de cumplir su promesa, lo hace de manera puramente formal enviando por mar un único barco propiamente dicho acompañado de 49 barcos de arcilla, con tripulación del mismo material, que al poco tiempo se hundieron entre las olas.[137] En otra narración, Palamedes es enviado a buscar el apoyo de Cíniras pero éste le dice en secreto que no tiene nada que ver con la guerra, de modo que cuando Palamedes anuncia a su vuelta que Cíniras enviaría cien barcos, ninguno llegó a aparecer.[138]

No existe tradición establecida sobre el nacimiento y origen de Cíniras. Nació en Chipre según algunas versiones, normalmente como hijo de Pafo, epónimo de la ciudad chipriota de ese nombre. En otras narraciones había nacido en Cilicia, la provincia de Asia Menor frente a Chipre, en el norte, como hijo de Sándaco (descendiente de Céfalo y Eos), y emigró a Chipre con un grupo de seguidores con los que fundó la ciudad de Pafos.[139] Se casó con una tal Cencreis, con la que tuvo una hija notable, Mirra (o Esmirna); para conocer la historia sobre cómo Mirra engañó a su padre para que se acostara con ella y concebir a Adonis, cf. p. 267.[140] También se dice que se casó con Metarme, hija de Pigmalión, y tuvo a Adonis como hijo legítimo junto con otros.[141] En una narración, Cíniras se suicidaba tras descubrir que se había acostado con su propia hija, mientras que en otras reinaba en un reino próspero hasta una edad extraordinariamente avanzada. También se cuenta que Apolo lo mató tras vencerlo en una competición musical.[142]

En relación con esta última historia, se decía que sus hijas se arrojaron al mar desesperadas tras su muerte y fueron convertidas en alciones (pájaro mítico, cf. pp. 533-534).[143] Según otra narración, que posiblemente se refiere a la prostitución en el templo que se practicaba en conexión con el culto a Afrodita-Astarté, Afrodita las obligó a acostarse con extranjeros como castigo después de que la hubieran ofen-

dido de manera no especificada.[144] Ovidio recoge un relato parecido en el que unas mujeres chipriotas llamadas las Propétides negaron la divinidad de Afrodita, enojándola de tal modo que hizo que se convirtieran en las primeras mujeres que perdieron su buen nombre al obligarlas a prostituirse en público.[145]

Otro relato chipriota mencionado por Ovidio es el de los Cerastai (*Cerastae* en latín) u Hombres cornudos, una raza de hombres con cuernos en la frente, que angustiaban a la tierna Afrodita ya que ofrecían sacrificios humanos a Zeus. Ella pensó incluso en abandonar sus santuarios chipriotas, pero al ver sus cuernos se le ocurrió una idea mejor y solucionó el problema convirtiéndolos en toros.[146] Ovidio también alude de pasada a las hijas de Cíniras y señala que fueron transformadas en escalones del templo (sin explicar la razón de ello).[147]

Pocas historias del mito griego son tan conocidas como la de Pigmalión, el rey de Chipre que se enamoró de la estatua que esculpía. Tras llevar mucho tiempo soltero debido a la dudosa moral de las mujeres que lo rodeaban, Pigmalión esculpió una estatua en marfil de una mujer de belleza perfecta con la que surgió una profunda pasión. La besó y abrazó, le hizo regalos como si estuviera viva y la adornó con vestidos y joyas preciosas. La recostó en un colchón recubierto con tela púrpura. Cuando llegó el día de la fiesta de Afrodita, él ofreció ricos sacrificios a la diosa y pidió que se le otorgara una esposa como la doncella de marfil, sin atreverse a decir que la misma estatua era el objeto de su deseo; pero la diosa adivinó sus pensamientos ocultos y dio vida a la estatua. Ésta es la historia relatada por Ovidio, que añade que Pigmalión tuvo como hijo a Pafo, la madre de Cíniras, con esta madre recién creada. Aunque la mujer llegó a ser conocida como Galatea, ningún autor de la Antigüedad le adscribe ningún nombre. También existe referencia de una versión griega anterior en la que Pigmalión se enamora de la imagen en marfil de Afrodita, aquí no de su propia creación, y la trata como si estuviera viva, llevándola a la cama y abrazándola. Hasta este punto, al menos, la historia se asemeja a aquella en la que Laodamía se une a la estatua de su marido muerto (cf. p. 583). En ninguna de las fuentes que han llegado hasta hoy se sugiere que en este último relato Afrodita hubiera devuelto la vida a la estatua.[148]

Era quizá inevitable que a Salamina, la principal ciudad griega de Chipre, se le asignara un fundador mítico originario de la isla de ese nombre situada frente a las costas de Ática. Se cuenta que Teucros, hijo ilegítimo de Telamón, rey de Salamina (cf. p. 364) fue expulsado por su padre cuando volvió de la guerra de Troya sin su hermanastro Áyax (que se había suicidado, cf. p. 607). Píndaro

es el primero que menciona su posición como rey en Chipre y la razón para su exilio se indica por primera vez en la *Helena* de Eurípides, en la que el mismo Teucro aparece y cuenta cómo su padre lo envía al exilio, por lo que se establece en Chipre siguiendo el consejo de un oráculo de Apolo.[149] Fuentes posteriores no añaden nada esencial a esta historia, aunque algunos mitógrafos explicaban que Telamón tenía motivos para el enfado porque Teucro no había llevado las cenizas de Áyax y había llegado sin el hijo y la concubina de su hermanastro muerto (que viajaba en otro barco).[150] Según Virgilio, Teucro se estableció en Chipre con la ayuda de Belos, padre de Dido.[151] Se casó con una de las hijas de Cíniras, o según otras narraciones con una de sus nietas, Eune, hija de Cipros. Los Téucridas, los gobernantes tradicionales de la Salamina chipriota, afirmaban ser sus descendientes.[152] Otros griegos notables de los que se dice que viajaron a Chipre tras la guerra de Troya son Agapenor, rey arcadio (cf. p. 701) y Acamante, hijo de Teseo (cf. p. 489).

Tres historias de amor de Asia Menor y sus confines

Hero y Leandro fueron dos amantes con mala fortuna que vivían a ambos lados del estrecho de Helesponto (Dardanelos). Leandro, que vivía en Ábidos, en la costa asiática, se enamoró de Hero, una joven sacerdotisa de Afrodita, tras conocerla en la festividad de la diosa en el pueblo natal de ella, Sesto, en la costa opuesta. Él solía cruzar el estrecho a nado por la noche para visitarla en secreto, guiado por una lámpara que ella encendía en su torre junto a la costa; pero una noche, cuando sin pensarlo dos veces intentó cruzar a pesar de la fuerte tormenta que arreciaba, la llama de la lámpara de Hero que lo guiaba se apagó debido al viento, por lo que él perdió la orientación y la peligrosa corriente lo envolvió y lo mató. Cuando a la mañana siguiente Hero vio desde su torre el cadáver al borde del mar, se arrojó desde la ventana para unirse con él en la muerte. Esta leyenda, que parece haber tenido un origen helenístico, aparece por primera vez en Virgilio y Ovidio, y Museo vuelve a recogerla en su totalidad dentro de un *epilion* (miniatura épica) que data probablemente del siglo V d.C. Desde entonces se ha convertido en un tema popular; el homenaje del mundo isabelino por parte de Marlowe y Chapman es mejor que cualquier versión del mundo antiguo que haya sobrevivido.[153]

La leyenda de Filemón y Baucis, que también se sitúa en Asia Menor y parece que se basa en tradiciones frigias, es también una historia de amor pero un

tanto diferente. Cuando en una ocasión Zeus y Hermes viajaban a través de Frigia con apariencia humana y buscaban un lugar donde descansar, fueron rechazados en incontables casas hasta que Filemón y Baucis, una pareja anciana de campesinos, los recibió en su humilde cabaña. Mientras ofrecían a sus invitados la comida y bebida que sus medios permitían, se dieron cuenta de que el cuenco que utilizaban para el vino se llenaba por sí mismo tantas veces como se vaciaba, y de ahí dedujeron que sus visitantes deberían ser dioses. Aunque ellos se dispusieron a matar su único ganso en honor de sus divinos invitados, los dos dioses no dejaron que lo hicieran. Dijeron entonces que estaban pensando castigar a toda la gente de los alrededores, pero que la pareja de ancianos podría escapar si escalaban hasta la cumbre de la montaña que se alzaba detrás de su cabaña. Al llegar a la cima, la pareja miró hacia atrás y vieron cómo los dioses habían inundado el campo con el fin de castigar a los habitantes de la zona por la dureza de sus corazones; sólo su cabaña había quedado intacta. En su asombro comprobaron que su vivienda se había convertido en un espléndido templo con suelo y columnas de mármol y techos de oro. Los dioses les concedieron aquello que desearan y ellos pidieron servir como sacerdote y sacerdotisa en el templo recién creado, así como morir al mismo tiempo, de modo que ninguno quedara solo. Tras una vejez larga y feliz, fallecieron juntos tal como habían pedido, y se transformaron en dos árboles, un roble y un tilo, que crecían del mismo tronco.[154] Goethe quedó enormemente impresionado por esta historia y la adaptó para sus propios fines en el libro final de su *Fausto.*

Los desafortunados amantes Píramo y Tisbe aparecen en dos leyendas de naturaleza muy distinta. La historia menos conocida los asocia con un río y un manantial, el río Píramo, que llega al mar en Cilicia, en la esquina sudoriental de Asia Menor, y el manantial de Tisbe, que brota en el mar cerca de allí (o quizá en la propia desembocadura del río). Hace mucho tiempo, así se decía, había habido dos amantes llamados Píramo y Tisbe cuya pasión terminó en tragedia ya que Tisbe se suicidó tras quedarse embarazada y Píramo la siguió tras conocer su suerte. Sin embargo, los dioses se compadecieron de ellos y los transformaron en el río y el manantial antes mencionados, lo cual les permitió asociarse íntimamente en su nueva forma mezclando sus aguas (al igual que Alfeo, del que se supone que mezcló sus aguas con las de Aretusa, cf. p. 80).[155]

La tragedia babilonia del amor de Píramo y Tisbe, que Peter Quince y su compañía representan en *Midsummer Night's Dream*, sigue un curso totalmente distinto. Aunque los nombres de los amantes se han debido transferir de una historia a otra no se sabe a ciencia cierta cuál es la más antigua (aunque se pueda

sospechar que lo era la historia antes mencionada). En cualquier caso, el héroe y la heroína de Ovidio vivían en un lugar más al este y habían crecido en casas adyacentes en Babilonia. Cuando su pasión juvenil se convirtió en amor e intentaron casarse, sus padres les ordenaron que dejaran de estar juntos, y no les quedó más salida que la de comunicarse a través de una grieta en el muro que separaba las dos casas. Finalmente, consiguieron escabullirse por la noche y se encontraron fuera de la ciudad junto a la tumba de un tal Nino, donde podrían guarecerse bajo una morera que estaba junto a una fuente de agua fresca. Tisbe llegó primero pero se alejó despavorida cuando una leona se acercó a la fuente para saciar su sed tras la caza. El velo que llevaba para ocultar su rostro, resbaló por sus hombros mientras huía, y cuando lo vio la leona en el suelo, lo desgarró por completo con sus mandíbulas manchadas de sangre. Cuando Píramo llegó y vio la tela ensangrentada junto a las huellas del león por todo el lugar, lógicamente asumió que su amada había sido devorada y se mató con su espada. Tisbe volvió tan pronto como tuvo valor, sólo por no decepcionar a su amado, pero lo encontró muerto en tierra y entonces ella se mató. Después de que Píramo se clavara el cuchillo y tras sacar el arma de la herida, el torrente de sangre que brotó de ella salpicó la fruta de la morera y se hundió en sus raíces, haciendo que la fruta (que hasta entonces había sido blanca) fuera roja desde entonces. En respuesta de la súplica de Tisbe antes de morir, los dioses hicieron que la fruta madura de la morera siempre fuera de color sangre en conmemoración del fatal destino de los amantes.[156]

Seres extraños en lugares lejanos

Se decía que seres deformes y monstruosos vivían en los confines del mundo conocido. Plinio el Viejo (siglo I a.C.) proporciona un catálogo útil sobre estas razas monstruosas,[157] que luego llegaron a formar parte del acervo popular en el medievo. La mayoría de ellos, y sin duda los más imaginativos, se introdujeron en la tradición por Ctesias y autores del período helenístico que compilaron narraciones fantásticas sobre las maravillas del este. Ctesias de Cnidos trabajó como médico en la corte persa al final del siglo V a.C. y escribió a su vuelta un libro llamado *Indika*, con numerosas narraciones, que sirvió para establecer la imagen imperecedera de la India como un país de maravillas. Entre las gentes que se describían en el libro estaban los Cabeza de Perro (*Kynokephaloi*), gente con cabezas de perro que vivían en las montañas de India y se comunicaban a través de

los ladridos y no por un lenguaje articulado. Los Pies-Sombra (*Skiapodes*) podían desplazarse saltando rápidamente sobre su única pierna cuando la necesidad lo demandaba, pero preferían pasar el tiempo tumbados boca arriba utilizando su único y enorme pie como sombrilla. Otra raza tenía orejas que llegaban hasta sus hombros y nacían con pelo blanco que se oscurecía con la edad. Este último pueblo reaparece en la tradición medieval con una morfología exagerada como los *Panotíos* (Todo orejas), gentes cuyas orejas eran tan largas que podían usarlas como mantas.

Si razas monstruosas como éstas eran de invención comparativamente tardía, otras de naturaleza menos extrema, los Pigmeos y los Arismaspios, pueden remontarse hasta la época arcaica. Los diminutos Pigmeos (*Pygmaioi*) vivían en algún lugar de África. Su pequeña estatura se indica en su nombre, que se refiere a la unidad griega de medida, el *pygme* (puño), que corresponde a la distancia entre el codo de un hombre y los nudillos. Se les menciona por primera vez en un símil dentro de la *Ilíada*, en la que los gritos de los guerreros troyanos en su avance se comparan con los emitidos por las grullas cuando parten huyendo del invierno «entre graznidos vuelan hacia las corrientes del Océano, llevando a los pigmeos la muerte y la parca, y a través del aire les tienden maligna disputa».[158] Tanto si esta idea de batallas entre las grullas y los Pigmeos (que habrían sido más o menos de la misma talla) se tomó del folclore de la época o sencillamente pertenecía a la imaginación de Homero, sin duda se convirtió en una característica esencial y prevalente del acervo de los pigmeos. En la cerámica y en otras imágenes a partir del siglo VI a.C., frecuentemente se muestra a los Pigmeos luchando contra las grullas con palos, lanzas y otras armas, o peleando contra ellas montados en cabras o carneros. Normalmente se les representa de manera cómica como pequeñas figuras regordetas con genitales extremadamente grandes. Se desarrolló un mito de transformación en tiempos helenísticos para dar cuenta de las luchas entre Pigmeos y grullas. Se explicaba que en un tiempo hubo una mujer pigmea llamada Oinoe (o Gerana) que no veneraba a Ártemis y Hera por lo que, como castigo, la habían transformado en grulla. Como molestaba a los Pigmeos cuando volaba alrededor de su ciudad en busca de su añorado hijo pequeño Mopsos, ellos agarraron sus palos para hacer que se alejara, de ahí el estado de guerra que ha existido desde entonces entre las grullas y los Pigmeos.[159]

La mayor parte de los autores de Heródoto en adelante consideraban a los Pigmeos como un pueblo africano,[160] aunque ahora sería imposible asegurar si los griegos llegaron a obtener alguna información sobre el pueblo real que se conoció por ese nombre a través de Egipto. En el otro mito conservado,

los Pigmeos hacen una entrada no muy seria en la mitología heroica como adversarios de Heracles, que entró en contacto con ellos mientras viajaba por el norte de África de camino a las Hespérides. Cuando dormía profundamente tras su competición de boxeo con Anteo (cf. p. 355), los Pigmeos intentaron atarlo, de manera similar a como hicieron los liliputienses con Gulliver, pero con menos éxito puesto que Heracles se liberó sin gran dificultad, metió a los pequeños hombres en su piel de león y los llevó a su hogar en Grecia como curiosidad.[161]

Los Arimaspos, seres con un solo ojo, vivían en el lado opuesto del mundo, en el extremo norte. También estaban regularmente involucrados en enfrentamientos con algunos vecinos animales, en este caso con los fabulosos Grifos (*grypes*), monstruos del Oriente Próximo con cuerpo de león y la cabeza y alas de un águila. El conflicto surgió porque los Arimaspos intentaban constantemente robar una gran reserva de oro celosamente custodiada por los Grifos. Esta historia se relataba en un poema arcaico en hexámetros, el *Arimaspea*, que data posiblemente del siglo VII a.C., que contaba cómo el autor al que se le atribuye, Aristeas de Proconeso, había viajado al extremo norte mientras estaba poseído por Apolo. Finalmente se encontró entre los Isedones, que vivían bastante cerca de los hiperbóreos (pueblo mítico que habitaba en los confines septentrionales de la tierra, cf. p. 208). Y fue a través de esos Isedones por lo que supo de la existencia de los Arimaspos y los Grifos, que vivían en la franja de tierra situada entre sus anfitriones y los hiperbóreos. Aunque Heródoto recoge la historia (junto con muchas otras curiosidades etnográficas), él se inclina a creer que los Arimaspos tenían dos ojos igual que el resto de seres.[162]

Algunos mitos sobre fundaciones en la Magna Grecia

Aunque hay muchos mitos fundacionales que atribuyen la creación de ciudades en el sur de Italia y Sicilia a héroes de la leyenda griega, la mayoría tienen, en general, poco interés, en parte porque son tardíos y arbitrarios y rara vez van acompañados de historias memorables, y en parte porque la mayoría de ellos hacen relación a lugares insignificantes. Dado que los griegos que vivieron en las principales colonias del oeste sabían perfectamente que sus ciudades se habían fundado en tiempos históricos a partir regiones específicas de la metrópolis, es comprensible que los mitos fundacionales en esta zona estén relacionados con lugares misteriosos (normalmente ni siquiera griegos) o con la prehistoria mítica

de las ciudades griegas o helenizadas del tiempo anterior a que los griegos llegaran a establecerse allí.

La mayor parte de las fundaciones dentro de la primera categoría se atribuyen a héroes de la guerra de Troya de los que se decía (al menos en la tradición tardía) que habían ido sin rumbo hacia el oeste por varias razones, como es el caso de Idomeneo (cf. p. 464), así como Diomedes y Filoctetes (cf. pp. 628-629). Como ya hemos visto, se decía que Diomedes había fundado varias ciudades en Apulia, zona de Italia en la que no había ni una colonia griega, a pesar de que se supone que estaría ampliamente helenizada en el período en el que estos mitos se desarrollaron. Para un ejemplo de historia en la segunda categoría, relacionada con la prehistoria mítica de las colonias griegas, podemos centrarnos en Crotona, una próspera ciudad en la punta del pie de Italia (colonizada por los aqueos del Peloponeso al final del siglo VIII a.C.).

Cuando Heracles viajaba por Italia con el ganado de Gerión tras su salida a Sicilia (cf. p. 349), llegó al lugar de la futura ciudad de Crotona, donde fue recibido por el gobernador local, Crotón, hijo de Feax (hermano de Alcínoo de Reacia); pero durante el período de su visita, un tal Lacinio (o Lacino) intentó robar parte de su rebaño, lo cual provocó el conflicto en el que Heracles mató accidentalmente a su anfitrión. Para resarcirlo, construyó una tumba para él y le ofreció un magnífico funeral en el que predijo que se fundaría una famosa ciudad mucho tiempo después con el nombre de Crotón.[163] Un relato prácticamente idéntico se contaba de Locros Epicefirios (fundado a partir de Locros más o menos en el mismo período) en la costa más meridional donde se dice que el héroe había matado al epónimo de la ciudad, Locro, hijo de Féax, cuando intentaba evitar que Latino, un aventurero, robara su ganado. En este caso, se decía que el mismo Heracles ordenó la fundación de la colonia en un período posterior después de que se hubiera convertido en un dios del Olimpo, e indicó su deseo a través de un oráculo.[164] Se atribuyeron mitos bastante diferentes de origen griego o troyano a los habitantes de ciudades o áreas que posteriormente se convirtieron en asentamientos griegos o bajo influencia griega. Según una historia relativamente temprana de este tipo, tal como atestigua Heródoto, los yápiges y los mesapios de Apulia descendían de cretenses a los que las mareas habían llevado tras haber viajado a Sicilia para vengar la muerte de Minos (que se suponía que habían asesinado en Sicilia, cf. p. 456).[165] Mucho más interesantes, sin embargo, son las leyendas que relatan la historia inicial de Segesta (Egesta en griego), una importante ciudad helenizada de origen no griego en el noroeste de Sicilia.

Cuando Eneas recala en Sicilia en su viaje de regreso desde Cartago, se supone que deja atrás a algunos de sus seguidores troyanos para que funden la ciudad bajo el liderazgo de su epónimo Egestes (o Acestes en latín), hijo del dios-río local Crimiso. Virgilio relata la historia en el libro V de la *Eneida*. En una narración, algunos griegos que habían acompañado a Filoctetes hacia el oeste participan en su fundación.[166] Egestes ofrece un cálido recibimiento a Eneas, puesto que él mismo era hijo de madre troyana, y llega a Sicilia en las circunstancias que a continuación se relatan. Cuando Poseidón envía un monstruo marino contra Troya durante el reino de Laomedonte (cf. pp. 673-674), un oráculo de Apolo ordena que se le entreguen las doncellas de alta cuna, provocando que muchos nobles troyanos envíen a sus hijas al extranjero; entre ellos aparece un tal Hípotes o Hipóstratro, que envía a su hija Egesta (o Segesta) a Sicilia, donde el dios-río Crimiso mantiene una relación con ella bajo la forma de un oso o un perro haciendo así que conciba a Egestes.[167] En una versión un tanto diferente, un tal Fenodamante urge a sus conciudadanos de Troya para que entreguen a Hesíone, la hija de Laomedonte, al monstruo, lo cual irrita tanto al rey que entrega a las tres hijas de Fenodamante a unos marineros a los que encarga que lleven a las muchachas a Sicilia para que se convirtieran en pasto de las fieras salvajes. Sin embargo, Afrodita las salva y Crimiso, bajo la forma de un perro, mantiene relaciones sexuales con una de ellas, que concibe así a Egestes.[168]

Pasando a tiempos históricos, se recoge un relato romántico y memorable en conexión con la fundación de Tarento (o Taras en su denominación griega), colonia griega en el tacón de Italia fundada a finales del siglo VIII a.C. por emigrantes originarios de Esparta conocidos como los pártenos. Estaban liderados por un espartano llamado Falanto, que recibió un oráculo en Delfos antes de su partida en el que se le decía que conseguiría una tierra y una ciudad para él cuando la lluvia cayera sobre él en un día con el cielo claro. Aunque no le fue mal en la batalla tras su llegada a Italia, no consiguió ninguna ciudad o territorio, situación que le sumió en el abatimiento, sospechando que el dios en Delfos había puesto una condición imposible para el éxito de su empresa. Sin embargo, un día, mientras estaba tumbado con la cabeza en el regazo de su esposa que le quitaba los piojos de su pelo, él sintió cómo las lágrimas que ella vertía por su fracaso caían en su cara; y dado que su nombre era Etra (que significa Cielo Claro en griego) de pronto se dio cuenta que sus lágrimas debían ser la «lluvia» a la que el oráculo se había referido. De modo que volvió a la batalla con confianza renovada, hasta tal punto que arrebató Tarento a sus habitantes nativos esa misma noche y fundó allí una ciudad griega.[169]

Arión y el delfín. Dos historias de fantasmas de las colonias griegas en Italia

Muchas de las ciudades griegas de Italia y Sicilia prosperaron y pudieron mantener una floreciente vida cultural. Entre los artistas y escritores que buscaron beneficiarse de su mecenazgo se encontraba Arión de Metimna, poeta lírico del siglo VII a.C., nacido en Lesbos pero que había pasado la mayor parte de su vida en la corte de Periandro, el violento aunque cultivado tirano de Corinto. En un momento, tal como la historia relata, Arión emprendió una gira por Sicilia e Italia y amasó una considerable fortuna por sus recitales hasta que finalmente partió hacia Grecia en un barco corintio que salía de Tarento. Cuando llegó a alta mar, se dio cuenta de que los marineros planeaban lanzarlo por la borda para robarle el dinero. Tras instarles en vano a que aceptaran su dinero a cambio de su vida, les pidió dar un último recital en cubierta con su magnífico atuendo y les aseguró que él mismo se quitaría la vida arrojándose al mar. Sin embargo, en cuanto cayó al agua un delfín que se había acercado atraído por el sonido de su música lo rescató y lo llevó en su lomo hasta Grecia, donde lo dejó en el cabo Ténaro, en la punta sur del Peloponeso. Arión volvió rápidamente a Corinto y contó toda la historia a Periandro, que no terminaba de creerla hasta que interrogó a la tripulación del barco. A su llegada, ellos afirmaron que habían dejado a Arión sano y salvo en Tarento, pero cuando el poeta apareció de pronto vistiendo el atuendo que llevaba en su recital de despedida, se descubrió su engaño y Periandro los condenó a muerte.[170]

Ésta es la versión estándar de la historia tal como la cuenta Heródoto. Autores posteriores la adaptaron para explicar el origen de la constelación de Delfín, diciendo que Apolo, el patrón divino de los poetas, recompensó al delfín por su rescate de Arión trasladándolo a las estrellas.[171] Los visitantes de Ténaro podían ver una estatua de bronce que representaba un hombre sobre un delfín, supuestamente dedicada a Arión.[172] Los escritores de la Antigüedad tenían mucho que decir sobre delfines, a los que se consideraba como seres amistosos con los humanos y de los que se pensaba que les gustaba la música. Hay algunas historias de delfines legendarias, tanto la de Arión como una narración que hace referencia a Énalo, uno de los legendarios primeros colonos de Lesbos (los Pentiledeos, cf. p. 664). Después de que arrojaran al mar a una muchacha a la que él amaba bajo la orden de un oráculo, Énalo trató de suicidarse tirándose al mar tras ella, pero los delfines lo rescataron a él y a su amada y los llevaron a la orilla.[173] Otras historias se basaban en hechos reales, como en el caso del triste relato de Plinio sobre el delfín de Hipo Diarrito

(una ciudad costera africana no lejos de Cartago) que se mostraba demasiado amistoso, y como dejaba que la gente lo acariciara, lo alimentara e incluso montara sobre su lomo, llegó a atraer a tantos visitantes a la ciudad que los ciudadanos, obligados a recibir a los visitantes de alto rango que llegaban, terminaron por matarlo porque no podían seguir afrontando el gasto que eso suponía.[174]

Nuestras dos últimas leyendas son dos historias de fantasmas puesto que ambas cuentan cómo se supone que la gente de la era histórica tomó contacto, de manera violenta y diversa, con las figuras muertas del pasado mítico. Los relatos están relacionados con ciudades a ambos lados de la punta del pie italiano, una con Locros Epicefirios, en la costa oriental, y la otra con Temesa, situada al oeste.

Creyendo que su colonia había sido fundada desde Nárix, ciudad de la Lócride oriental y lugar de nacimiento del Áyax locrio, un violento héroe de la guerra de Troya (cf. p. 590), los hombres de Locros Epicefirios solían dejar un lugar vacío en su línea de batalla con la esperanza de que su héroe ancestral llegara para ayudarlos. Un día (tal como relata la historia), mientras luchaban contra un ejercito de Crotona, un enemigo llamado Autoleonte (o Leónimo) intentó pasar rápidamente a través del lugar vacío para atacar la línea enemiga desde la retaguardia, pero Áyax, muerto mucho tiempo atrás, lo hirió entonces de gravedad en el muslo (o el pecho). Como la herida infectada seguía sin curarse, consultó un oráculo (o específicamente al oráculo de Delfos), que le aconsejó buscar al mismo Áyax para la cura en Leuce, la isla Blanca, una isla en el mar Negro y hogar póstumo de Aquiles y de otros grandes héroes de la guerra de Troya (cf. p. 170). Al llegar a la isla, ofreció sacrificios a esos habitantes y sobre todo a Áyax, que al momento le curó su herida. En ese momento Helena también estaba viviendo allí, como consorte póstuma de Aquiles y aprovechó la visita de Autoleonte para pedirle que llevara un mensaje al poeta Estesícoro, que vivía en Sicilia a no mucha distancia del hogar de Autoleonte, ya que lo había dejado ciego por insultarla en uno de sus poemas y quería que él supiera que recobraría la vista si componía una palinodia. Como resultado de este mensaje, tal como la historia afirma, Estesícoro escribió su famosa *Palinodia*, o poema de recantación, en el que afirmaba que la Helena que había huido con Paris era un fantasma y no la heroína (cf. p. 576). Por virtud de esta conexión, se puede asegurar que estos acontecimientos tuvieron que tener lugar en la primera mitad del siglo VI a.C.[175]

La pequeña ciudad de Temesa, fundada a partir de Crotona, sufrió el azote durante gran parte de su historia más antigua de un fantasma agresivo, el llamado

Héroe de Temesa. El problema comenzó cuando Odiseo y sus seguidores recalaron en la ciudad durante su viaje y uno de ellos, un tal Polites (al que se menciona en la *Odisea* como víctima de los encantamientos de Circe) se emborrachó y violó a una muchacha del pueblo. Los habitantes respondieron lapidándolo hasta la muerte y su rabioso espíritu los sometió a un reino de terror como venganza, cometiendo asesinatos y atacando tanto a viejos como a jóvenes. Aunque los temesos en un principio pensaron abandonar el pueblo y dejar Italia, el oráculo de Delfos les aconsejó que apaciguaran a su verdugo honrándole como a un héroe, y construyéndole un santuario en el que le presentarían a la más hermosa de sus doncellas cada año como novia en la muerte. Esto resultó efectivo, pero la última costumbre se mantuvo (tal como la historia cuenta) hasta que un famoso boxeador llamado Eutimo (una figura histórica que obtuvo una victoria olímpica en el siglo V a.C.) visitó la ciudad cuando el Héroe de Temesa estaba a punto de recibir a una de sus novias. Al principio por pena hacia ella, y luego porque se enamoró, se ofreció a salvarla si ella después se casaba con él. De modo que se acostó en el santuario en lugar de ella a la espera y cuando el Héroe llegó en busca de su víctima, le dio tal paliza que huyó de la tierra y se hundió bajo las olas para no volver jamás. En otra narración, Eutimo luchó contra el Héroe porque cobraba un tributo a los habitantes de la ciudad y lo obligó a devolver todo el dinero con intereses. Todavía se podía ver en época romana el santuario de Polites en Temesa.[176]

Capítulo XVII

Eneas, Rómulo y los orígenes de Roma

Muchas de las leyendas de la Roma primitiva fueron modeladas más o menos de forma directa según historias más antiguas de Grecia, y lo mismo sucede con los relativamente pocos mitos originales que vinieron a desarrollarse en torno a los dioses romanos (en especial por Ovidio en la literatura conservada). Pero incluso aunque los grupos asociados de la leyenda fueran en parte de naturaleza híbrida como consecuencia de lo anterior, pertenecen a la tradición romana más que a la griega, y deben ser interpretados en relación con la materia romana, por lo tanto están fuera del estudio del mito griego. Quizá más relevantes para nuestros intereses son los relatos etiológicos romanos que añaden una extensión romana al mito griego, al llevar a los héroes griegos en persona a Roma o al Lacio. Hemos tenido ocasión de referirnos al valioso apéndice a la leyenda de Hipólito, hijo de Teseo, en el que se decía que había sido trasladado al Lacio después de su muerte y resurrección para convertirse en objeto de un culto asociado a Diana, la equivalente local a su diosa tutelar Ártemis, en su arboleda sagrada de Aricia (cf. p. 470). Para explicar otra característica del bosquecillo, se decía también que Orestes depositó allí la estatua de la Ártemis *Tauria* después de haberla robado de su lugar original con ayuda de su hermana Ifigenia (cf. p. 662). Heracles, que era adorado en el culto romano como Hércules, puede ser imaginado con mucha naturalidad visitando el emplazamiento de Roma cuando estaba cruzando Italia con el ganado de Gerión. Los autores romanos aprovecharon esta posibilidad para proponer no sólo que el culto más antiguo de aquél se había fundado como consecuencia de esto, sino también que modificó determinados cultos nativos que implicaban sacrificios humanos (dando así una explicación, por ejemplo, a la práctica ritual en la que desde un puente romano se arrojaban muñecos de paja al Tíber). Como ya vimos en relación con la historia que nos ocupa, se decía que el solar de la futura ciudad era gobernado en aquellos tiempos por un griego, Evandro (cf. p. 351), que había dejado su ciudad natal de Palantión en Arcadia para establecerse en la colina Palatina.

Con mucho la leyenda más importante de este tipo y una de las que no deberían dejarse de lado sin un apropiado examen, es aquella en la que se decía que Eneas,* héroe troyano del mito griego, había viajado al Lacio tras la caída de Troya y que había llegado para ser relacionado, aunque de manera remota, con los mismos orígenes de Roma.

Leyendas griegas que asociaban a Eneas con la fundación de Roma. Problemas de cronología

Eneas era el miembro más importante de la rama más joven de la familia real troyana en época de la gran guerra entre Grecia y Troya (cf. p. 586). Era hijo de Anquises, un bisnieto de Tros, y de la diosa Afrodita (vid. pp. 269-270 para las circunstancias de su concepción). En su leyenda griega original, destacaba entre los demás hombres miembros de la familia real no tanto por sus cualidades personales como por el hecho de que estaba destinado a sobrevivir, pues era necesario que alguien estuviera disponible para gobernar a los troyanos tras la caída de Troya y la destrucción de la rama mayor de Príamo en la familia. En una de las escenas bélicas de la *Ilíada*, el gran dios Poseidón, que por lo general no se mostraba amistoso con los troyanos, rescata a Eneas del peligro por esta única razón, declarando que se ha ordenado que debe sobrevivir para que la raza de Dárdano (fundador del linaje real troyano) no se extinga del todo.[1] Idéntica conclusión puede sacarse de un episodio del *Saqueo de Troya*, poema épico perdido del ciclo troyano, donde Eneas y sus seguidores se retiran de Troya antes de su caída a causa de un augurio (cf. p. 612).[2] En el *Himno homérico a Afrodita*, que narra cómo llegó Afrodita a concebir a Eneas de Anquises (cf. p. 269), la diosa profetiza en respuesta a Anquises que su hijo y descendientes reinarán sobre los troyanos.[3] Dentro de la tradición más conocida del período clásico en adelante, Eneas estaba aún en Troya la noche del saqueo, como en la versión de Virgilio en la *Eneida*, pero escapó de la carnicería con su anciano padre a cuestas, llevándose con él a los dioses del hogar. De Jenofonte en adelante, los autores cuentan que los griegos le franquearon el paso porque admiraban su piedad al tratar de salvar a su padre y a los dioses de su hogar.[4] Esta tradición griega

* En la edición inglesa se distingue la forma griega del nombre del héroe (*Aineias*) de la latina (*Aeneas*). En castellano hemos preferido unificar ambas formas en la usual en castellano (Eneas), al considerar que esta diferenciación no aporta mucho y puede llegar a generar confusión en el lector (*N. del T.*).

acerca de su conducta la noche fatídica proporcionó la base para la caracterización romana del justo y obediente Eneas.

Desde el momento en que Eneas sobrevivió a la guerra, estaba preparado para ser enviado al extranjero según se desarrollaba la tradición mítica. En gran medida para explicar el origen de cultos locales o dedicados a él, o los nombres de lugares que parecían estar de alguna forma relacionados con Eneas, se llegó a afirmar que se había establecido en la vecina Tracia o en otros tantos lugares de la misma Grecia. Sin embargo, las historias que aquí nos conciernen son aquellas que lo llevan más lejos aún, a Italia, y lo conectan de una u otra forma con la fundación de Roma.

A muchos les gustaría ser capaces de rastrear cómo es que la leyenda italiana de Eneas se desarrolló primero en la tradición griega, pero la evidencia que se ha conservado es tan insuficiente que a duras penas es posible. Inscripciones en la *Tabula Iliaca Capitolina*, un relieve italiano en piedra caliza datado hacia el 15 a.C., parecen sugerir que Estesícoro, un poeta greco-siciliano del siglo VI a.C., ya representaba a Eneas navegando hacia Hesperia (esto es, el oeste italiano).[5] Pero se ha argumentado convincentemente sobre diversas bases acerca de que no podemos confiar en este monumento para obtener información válida sobre lo que Estesícoro pudo haber dicho sobre Eneas. Además, se ha observado que si en realidad Estesícoro hubiera presentado a Eneas navegando hacia Italia, Dionisio de Halicarnaso, que estaba bien familiarizado con su trabajo, a duras penas habría pasado por alto mencionarlo en su detallada investigación sobre la leyenda italiana de Eneas. Dionisio es nuestra fuente para el más temprano relato que sigue, ya que menciona que el mitógrafo Helánico (siglo V a.C.) afirmaba que Eneas navegó a Italia con Odiseo y se convirtió en el fundador de Roma, a la que bautizó así por una de las mujeres troyanas que le habían acompañado, una tal Rome, que se había hartado de sus prolongados vagabundeos y les había puesto fin en el Lacio al incitar a las demás mujeres a incendiar las naves troyanas.[6] Pero, por desgracia, hay de nuevo suficientes motivos para dudar de la fiabilidad de esta atribución, en ambos por aspectos internos y porque además Dionisio atribuye a Helánico un relato contradictorio en el que Eneas se establece más cerca de casa: en Palene, en las playas del norte del Egeo.[7]

Sea cual sea el origen de la historia de arriba, en la que Eneas fundó Roma y le puso ese nombre por Rome, es característico de las superficiales seudoleyendas inventadas por autores griegos para relatar el origen de Roma (o el de otras ciudades extranjeras). Se tienen registradas unas treinta historias de este tipo del período helenístico y romano temprano, aunque no todas involucran a

Eneas. A los griegos versados en el patrimonio legendario de su tierra les parecía evidente que tal y como Corinto se llamó así por el héroe Corinto, Queronea por Quirón, o Cirene por una ninfa llamada Cirene, entonces Roma debió de haber sido bautizada así por alguien llamado Rome o Romo o algo parecido.[8] Como paso siguiente en el proceso, era necesario que se asociara al epónimo escogido algún tipo de genealogía u origen, y que se imaginaran unas circunstancias apropiadas a la fundación de la ciudad que supuestamente llevaba el nombre por esa persona. Para un lugar tan alejado como Roma no se requería tanto detalle para la última relación, ni por supuesto nadie que pidiera ningún conocimiento de las tradiciones y la topografía local. En las historias fundacionales de esta naturaleza en las que Rome es elegida como epónimo, por lo general está vinculada a Eneas de una u otra forma, ya sea como una compañera suya como arriba, como su esposa o como esposa o hija de su hijo Ascanio. En ese caso, podría decirse que la ciudad había sido fundada por Eneas o Ascanio y llamada así en su honor.[9] Pero además existen relatos en los que ella no tiene nada que ver con Eneas, y se la describe, por ejemplo, como una prisionera traída desde Troya por guerreros griegos, o como hija de Evandro (un héroe arcadio del que se supone que se estableció en el emplazamiento de Roma).[10] Consideraciones parecidas son válidas para el epónimo masculino Romo, que puede relacionarse con Eneas como hijo o nieto, o bien se le da un linaje del todo diferente, como hijo de Odiseo y Circe, por ejemplo, o de Ematión.[11] Cuando Romo es el epónimo, él mismo funda la ciudad.

No tendría sentido intentar exponer todas las variantes. Un tal Romano, hijo de Odiseo y Circe, es mencionado también como fundador epónimo, igual que Romis, tirano de los latinos, que expulsó a los etruscos de la zona para fundar la nueva ciudad.[12] Como este último ejemplo indicaría, al fundador o epónimo se le daría un linaje nativo. Por ejemplo, existen varias versiones en las que se dice que Rome y Romo eran hijos de Ítalo, epónimo de Italia, o que la ciudad había sido de fundación etrusca.[13] O incluso que fue fundada por unos pelasgos (aborígenes) que la llamaron Roma en conmemoración de su fuerza militar (una etimología griega pura),[14] pero todo esto es bastante incierto.

La mayoría de estas versiones griegas acerca de la fundación de Roma o son anónimas o se atribuyen a autores poco conocidos y de difícil datación. Si se acepta que el relato atribuido a Helánico tiene un origen dudoso, la versión más temprana que puede datarse es una registrada por el historiador menor Calias, que podría haber redactado hacia 300 a.C. (cf. p. 772).

Aunque los romanos llegaron a aceptar que Eneas y sus troyanos tenían alguna relación con los orígenes de su ciudad, la idea de que en efecto esta había sido fundada por Eneas (o un inmediato descendiente o compañero suyo) era una mera idea griega que no parece que fuera tomada nunca muy en serio en la misma Roma. En la literatura romana que ha sobrevivido, ningún autor excepto Salustio se refiere a Eneas como fundador.[15] Se ha argumentado, por supuesto, que los romanos lo consideraban su fundador en época temprana, al adoptarlo como tal por influencia etrusca antes de sustituirlo por Rómulo, pero ésta es una especulación azarosa por la falta de cualquier evidencia definitiva de la propia ciudad, ya sea literaria o arqueológica. De todas formas los romanos desarrollaron su propio mito fundacional, en el que la fundación se atribuía a Rómulo, príncipe latino de Alba Longa. Por lo general, hoy se cree que ésta era una leyenda de origen indígena y considerable antigüedad, que quizá se podría datar hacia el siglo VI a.C., y es bien sabido que la historia estaba fijada a finales del siglo IV (cf. p. 772). Al contrario que las historias griegas mencionadas antes, que nunca habrían sido más que rudimentarias, la leyenda romana era de rico contenido y creció cada vez más al hacer amplia referencia a la topografía y tradiciones locales, abarcando muchas etiologías del lugar. Eclipsó todas las demás historias de este tipo, relegándolas a no más que curiosidades históricas, ya que no sólo se impuso con seguridad a expensas de relatos extranjeros más arbitrarios, sino que las investigaciones cronológicas mostraban cada vez con más claridad que no era posible que Roma hubiese sido fundada por Eneas o alguien más o menos contemporáneo a él, como sugería la mayoría de las historias griegas.

Según cualquier cronología racional, Roma debió de ser fundada bastante más tarde al período inmediatamente posterior a la caída de Troya (es decir, las etapas finales de la era legendaria en Grecia). El historiador Timeo (que murió hacia 260 a.C.), un greco-siciliano con buen conocimiento de las tradiciones locales de Italia, databa la fundación de Roma en 814 a.C., mientras que los anticuarios romanos de los dos siglos siguientes fueron partidarios de una fecha algo posterior, al aceptar por fin como canónica la estimación de Varrón de 754-3 a.C. Mediante cualquier cálculo los héroes de la leyenda troyana debieron de vivir en un tiempo más lejano que éste. Así, de acuerdo con la cronología generalmente más aceptada, que desarrolló Eratóstenes de Alejandría en el siglo III a.C., la caída de Troya tuvo lugar en 1184 a.C. (hacia el final del período micénico según nuestros cálculos, lo que parece bastante apropiado). Si hay que establecer una relación entre Eneas y la fundación de Roma, esto implica que hubo un vacío que

debe rellenarse de al menos cuatro siglos entre el momento de su llegada a Italia y la fundación real de la ciudad.

En lo que acabó por aceptarse como narración estándar romana, se consideraba que el fundador, Rómulo (quien en origen no habría tenido conexión alguna con Eneas o con Troya), era un muy lejano descendiente de Eneas que fundó Roma muchas generaciones después de que su antepasado hubiera emigrado a esa zona. Después de llegar al Lacio, el territorio en la costa oriental de Italia en el que más tarde se localizaría Roma, Eneas (*Aineias* en griego; *Aeneas* en latín) se estableció allí con sus seguidores troyanos después de algún conflicto inicial con los nativos italianos. No lejos de la costa cercana al lugar de su primer desembarco, fundó la ciudad de Lavinio como nuevo hogar y centro de mando. Su hijo y sucesor Ascanio (*Askanios* en griego; *Ascanius* en latín) no permaneció, sin embargo, en Lavinio, sino que se aventuró más hacia el interior para fundar Alba Longa, a unos diecinueve kilómetros al sudeste del sitio de Roma. Unas doce generaciones de descendientes de Eneas gobernaron Alba desde entonces hasta que dentro de la familia nació Rómulo, en delicadas circunstancias, mientras su padre era apartado temporalmente de su derecho al trono. Aun así Rómulo sobrevivió para fundar la ciudad de Roma, y la pobló al principio con colonos de Alba.

Los viajes de Eneas y su llegada al Lacio según Virgilio

La leyenda romana de Eneas puede estudiarse convenientemente a través de la *Eneida*, que cuenta cómo vagó hacia el oeste tras la destrucción de Troya y se estableció en el Lacio.

Tras la caída de Troya, Eneas y otros supervivientes troyanos construyen una flota de barcos y parten en busca de un nuevo hogar. Aunque al principio Eneas quiere establecerse en la cercana costa del sur de Tracia, Polidoro, un hijo de Príamo que había sido asesinado allí a traición (cf. p. 617), le habla desde su tumba para aconsejarle que abandone aquella tierra salvaje. Así que navega rumbo al sur, desembarcando después en la isla sagrada de Delos, donde recibe una amistosa bienvenida del rey-sacerdote Anio (cf. p. 730). Cuando Eneas entra en el templo de Apolo para elevar plegarias en busca de orientación, una voz sobrenatural les ordena a él y a sus compañeros buscar la tierra de sus antepasados, y le dice que sus descendientes están destinados a gobernar el mundo desde allí. Como su padre Anquises le recuerda que Troya había sido colonizada en su origen desde Creta por Teucro (cf. p. 671), conduce a sus compañeros

troyanos a aquella isla y se dispone a fundar allí una ciudad, pero enseguida los recién llegados sufren una hambruna y una plaga. El significado de esto se revela cuando una noche los dioses familiares de Eneas se le aparecen en un sueño y le cuentan que Apolo Delio no tiene planeado que él se establezca en Creta sino más bien en Italia, ya que ésta había sido la patria original de su antepasado Dárdano, el fundador del linaje real troyano. Aunque se suponía que Dárdano había cruzado desde Samotracia según la tradición griega (cf. p. 671), Virgilio se refiere a una historia etrusco-romana en la que se le presentaba llegado a Etruria desde Corinto (en apariencia Tarquinia, a menudo identificado con Cortona).[16]

Mientras los troyanos navegan hacia el oeste desde Creta, son sorprendidos por una tormenta y desviados en dirección noroeste alrededor del Peloponeso hacia las pequeñas islas de los Estrófades, donde se enfrentan a las Harpías, fieras criaturas parecidas a pájaros con cara de mujer (cf. p. 99), que saquean y ensucian su comida igual que en la leyenda de Fineo (cf. p. 504). Cuando por fin logran ahuyentar a aquellas bestias, su jefa, Celeno, atemoriza a los troyanos al decirles que Apolo había revelado que el hambre les hará «comerse sus mesas» antes de que sean capaces de encontrar su ciudad italiana. El sentido de aquellas palabras enigmáticas se hará evidente en poco tiempo.[17] El siguiente desembarco de los viajeros es en Epiro, en la Grecia noroccidental, donde se encuentran con que Héleno, uno de los hijos de Príamo, gobierna en el reino fundado por Neoptólemo (cf. más en pp. 631-632), y ha desposado a Andrómaca, la viuda de Héctor. Para mitigar su nostalgia por la patria, había construido una imitación de la ciudadela troyana y se refería a las características del paisaje con los nombres de los que había en Troya. Por sus poderes como adivino, aconseja a Eneas acerca de su próximo viaje, advirtiéndole de que debe fundar su nueva ciudad donde vea una gran cerda blanca amamantando a sus lechones en el suelo. De camino hacia ese lugar —en algún lugar de la lejana costa de Italia—, debe visitar a la Sibila de Cumas, quien puede revelarle más acerca de lo que le espera en Italia.[18]

Eneas y sus seguidores navegan entonces alrededor del pie de Italia y las playas del sur de Sicilia, evitando por poco el remolino Caribdis y observando desde lejos a Polifemo y a otros cíclopes (ya que en la tradición tardía se suponía que los Cíclopes homéricos habían vivido en Sicilia). Cuando los viajeros llegan a Drépano, en la punta occidental de Sicilia, son recibidos con hospitalidad por un gobernante local llamado Acestes, de ascendencia troyana por parte materna (cf. p. 744). El anciano Anquises muere poco después y recibe allí sepultura.[19] Eneas reemprende el viaje a la Italia occidental al año siguiente, pero la diosa

Juno (equivalente romano de Hera), que odia a los troyanos desde hacía tiempo, convence a Eolo, el gobernante de los vientos, para que desencadene una violenta tempestad con la esperanza de que se hunda la flota; pero, a pesar de que algunos barcos quedan destruidos, Neptuno calma la tormenta, y Eneas se dirige con las siete naves supervivientes a la orilla más cercana, y desembarcan con seguridad en la costa africana próxima a Cartago. Gobernaba la ciudad, recién establecida, su fundadora, Dido, una princesa fenicia de Tiro, que da la bienvenida a su ciudad a los marinos y se enamora desesperadamente de Eneas por incitación de Venus. Un día, durante una cacería, los dos entran en una cueva para protegerse de una tormenta, y tienen una relación amorosa. Después de demorarse en Cartago junto a Dido durante unos meses, Júpiter le envía a Mercurio (equivalente romano de Hermes) para que le recuerde la tarea encomendada. Él responde a la llamada del deber y se prepara para partir, ignorando las súplicas de Dido, que se mata con la espada de Eneas tras su marcha.[20]

Tras desembarcar en Sicilia otra vez, Eneas celebra unos juegos funerales en honor de su padre por el aniversario de su muerte. Durante la celebración de los juegos, las mujeres troyanas, hartas de sus interminables vagabundeos, prenden fuego a los barcos alentadas por Juno. Entonces Eneas pide ayuda a Júpiter, que envía una tormenta para apagar las llamas, y todos los barcos, excepto cuatro, se salvan. Dejando atrás a sus seguidores más ancianos y débiles para que funden la ciudad de Acesta (esto es, Segesta) bajo el mando de Acestes, Eneas se dirige de nuevo hacia Italia.[21] De acuerdo con el consejo que había recibido de Héleno, primero hace escala en Cumas, justo al norte de la bahía de Nápoles, donde la sibila Cumana profetiza acerca de sus aventuras futuras en el Lacio; y en respuesta a su urgente petición, ella está de acuerdo en guiarle hacia el Inframundo para que se reúna con su padre muerto. Ya se ha contado su viaje por las diferentes regiones del Inframundo (cf. pp. 179 y ss.). Al final, su padre le da ánimos ofreciéndole un anticipo del destino glorioso de su familia y de Roma.[22] Después de volver al mundo superior, sus compañeros y él bordean la costa hacia la boca del Tíber y atracan en el Lacio. Cuando están tomando una comida improvisada al aire libre, sentados en la hierba y utilizando tortas planas de pan como fuentes, sienten tanta hambre que acaban comiéndose las propias fuentes, lo que hace que el hijo de Eneas bromee porque están devorando incluso sus mesas. Al oír sus palabras, de pronto Eneas se da cuenta de que la predicción de la harpía se ha cumplido y, por lo tanto, han descubierto su nueva patria. Poco después, encuentra la cerda blanca y los treinta lechones que Héleno había predicho que le indicarían el sitio de la nueva ciudad de Lavinio.[23]

Puesto que un oráculo había aconsejado a Latino, el añoso rey del Lacio, que casase a su hija Lavinia con un extranjero, da la bienvenida a los enviados de Eneas y les hace saber que está deseando aceptarlo como amigo y además muy posiblemente como yerno. Sin embargo, antes de que estos asuntos lleguen a más, Juno interviene de nuevo enviando a la furia Alecto para soliviantar al pueblo local contra los troyanos. Alecto inspira un odio feroz contra ellos en Amata, la mujer de Latino, así como en Turno, príncipe de los rútulos y pretendiente favorito de Lavinia hasta ese momento. Cuando después la Furia incita a Ascanio, el hijo de Eneas, para que cace un ciervo domesticado que pertenecía a la familia real, se declara la guerra. Eneas se encuentra enfrentado a una confederación de latinos, rútulos y seguidores de Mecentio, un tiránico gobernante etrusco que había sido exiliado de su ciudad nativa, Caere.[24] Por su parte él consigue el apoyo de varios aliados, entre los que se encuentran Tarcón, un rey etrusco a quien un adivino había indicado que vencería a su enemigo Mecentio si aceptaba como jefe a un extranjero, y Evandro, el rey del pueblo que entonces habitaba el futuro emplazamiento de Roma. Como Evandro es demasiado mayor para luchar por su cuenta, proporciona un ejército de caballería bajo el mando de su hijo Palas. Latino se mantiene fuera del conflicto. Después de una lucha encarnizada y varios cambios de la fortuna, Eneas derrota a sus oponentes, sellando su victoria al matar a Turno en combate singular (episodio culminante que marca el final de la *Eneida*). Entonces se casa con la hija de Latino, después de haber firmado la paz en términos muy favorables para los latinos conquistados, que podían conservar sus nombres y costumbres, pero debían aceptar los dioses y ritos sagrados que Eneas había llevado a su tierra.

Latino, epónimo del Lacio y los latinos, es un personaje bastante antiguo que aparece mencionado por primera vez al final de la *Teogonía* de Hesíodo (en una parte del poema que probablemente se añadió en el siglo VI a.C.). Se le describe como el hijo de Odiseo y Circe «que gobernó a los famosos tirrenos (es decir, etruscos) en un rincón muy alejado de las islas sagradas».[25] Es evidente que el conocimiento del autor de la geografía del oeste era muy deficiente. Latino también era descrito como hijo de Telémaco y Circe,[26] o bien se le daba un linaje nativo como hijo de Fauno, un diosecillo rústico local que se equiparaba con el griego Pan; según la *Eneida*, engendró a Latino con una ninfa acuática laurentina llamada Marica.[27] Otra tradición sugería que era hijo de Hércules y la mujer o la hija de Fauno (con el significado presumible de Fauna en ambos casos).[28]

Como el relato del conflicto de Eneas con los italianos no tiene fundamento histórico en ninguna tradición antigua, distintos autores podían reformularlo según

les conviniera, y el papel de Latino varía de acuerdo con esto. En la historia de Catón, Latino dispensa una amistosa recepción a los troyanos, destina tierra para ellos y ofrece a Eneas a su hija Lavinia. Pero cuando después los troyanos abusaron de su confianza al asaltar los territorios latinos, Latino les hizo la guerra, aliándose con este propósito con Turno, señor de los rútulos, quien guardaba rencor a Eneas porque se había casado con Lavinia. Latino y Turno fueron muertos en el enfrentamiento siguiente.[29] En la versión de Dionisio de Halicarnaso, Latino estaba en guerra con los rútulos en el momento de la llegada de los troyanos, pero la interrumpió para marchar contra los forasteros. Sin embargo, la noche antes de entrar en batalla con ellos, Eneas y él fueron visitados en sueños por dioses que les ordenaron llegar a un acuerdo pacífico. Así que Latino facilitó un terreno a los troyanos, que entonces se convirtieron en sus aliados y le ayudaron a derrotar a los rútulos.[30] Virgilio parte de la tradición más antigua al presentar a Latino como un anciano que no toma parte en la lucha.

A pesar de que la *Eneida* acaba con la victoria de Eneas sobre sus adversarios italianos, el destino que les espera a él y a sus descendientes no se da por supuesto, sino que se predice de forma explícita en el poema. Se indica que fundará la ciudad de Lavinio de acuerdo con la señal que le dio Héleno, y poco antes de que descubra a la cerda y los treinta lechones, el dios del río Tíber le explica que la señal significa que su hijo Ascanio fundará Alba treinta años después de la fundación de Lavinio.[31] Además, mientras Eneas está visitando el Inframundo, su difunto padre, Anquises, le presenta una visión del futuro de su familia y de Roma al hablarle de los destinos que esperan a varias almas destinadas a renacer en cuerpo terrenal.[32] Anquises señala primero a Silvio, el hijo póstumo de Eneas que fundará el linaje de reyes que regirán Alba Longa,[33] y después identifica a un par de esos reyes por su nombre antes de referirse a Rómulo como el miembro de ascendencia divina de la familia que fundará la propia Roma.[34] El desfile continúa con los reyes legendarios de Roma y una selección de sus más destacados hombres hasta Julio César y Augusto. Como veremos, la *gens Iulia* afirmaba que descendía del propio Eneas.

Lavinio, ciudad de Eneas. Muerte y apoteosis de Eneas

Lavinio era una vieja ciudad latina cercana a la costa a unos 27 kilómetros al sur de Roma, en el lugar de la moderna Pratica di Mare. Se decía que Eneas la llamó así por su segunda esposa, Lavinia. Aunque la ciudad de la leyenda troyana se supone que era bastante antigua, nada se sabe con certeza sobre la

época de su origen. El historiador greco-siciliano Timeo, que visitó Lavinio en la primera mitad del siglo III a.C. para investigar sus antigüedades, proporciona la evidencia definitiva más antigua para la conexión de Eneas con la ciudad. En aquellos tiempos acabó por aceptarse que Eneas no sólo había fundado la ciudad él mismo, sino que también había instalado allí sus dioses del hogar para fundar su culto troyano de los Penates; a Timeo le mostraron las vasijas de barro en las que se suponía que los había transportado desde Troya.[35] El conocimiento sobre Eneas debió de llegar a la zona bastante pronto, bien a través de Etruria, donde era bien conocido hacia el final del siglo VI a.C., bien por las colonias griegas en el sur, pero las investigaciones arqueológicas no han conseguido aportar ninguna evidencia temprana inequívoca de su presencia en Lavinio. Después del primer desembarco en el Lacio, se decía que Eneas y sus seguidores habían acampado en un lugar llamado Troia, que está a unos pocos kilómetros de la costa entre Lavinio y Ardea.[36] Si el lugar había tomado su nombre por la leyenda de que Eneas se había establecido allí, como parece bastante posible desde un punto de vista lingüístico, su presencia puede haber sugerido, o al menos alentado, la idea de que Eneas se había asentado en el vecindario.

En la *Eneida*, como ya hemos visto, el adivino Héleno dijo a Eneas que debería fundar su ciudad donde encontrase a una gran cerda blanca con treinta cochinillos. En las versiones que ofrecen Dionisio y Diodoro,[37] que parecen reflejar la influencia de los cuentos griegos de guías animales (como en la leyenda fundacional tebana, cf. pp. 388 y ss.), un oráculo prevenía a Eneas de que un animal cuadrúpedo le llevaría al sitio de su ciudad; y cuando una cerda blanca preñada escapó mientras la llevaba para sacrificarla después de su desembarco, y huyó a una colina donde parió treinta lechones, él recordó el oráculo y decidió fundar allí su ciudad. En la que quizá sea la forma más primitiva del mito, los treinta cochinillos simbolizaban las treinta ciudades que después formarían la Liga Latina,[38] pero fue más frecuente pensar que el número tenía un significado cronológico. En la versión atribuida al historiador romano Fabio Píctor (activo hacia 200 a.C. o un poco antes), Eneas tuvo una visión durante su sueño que le ordenaba retrasar la fundación de su ciudad por treinta años, de acuerdo con el número de los cerditos.[40] En la *Eneida*, el dios del Tíber se le apareció en sueños la noche antes de que viese el portento, y le explicó que esto indicaba que debía fundar Lavinio en aquel lugar mientras que su hijo Ascanio debería fundar Alba treinta años después.[40] En aquel caso, podría decirse que Alba fue llamada así por la cerda blanca (*alba*).[41] Se originara o no la historia de la cerda como una genuina leyenda local, llegó a ser aceptada en Lavinio como un rasgo en extremo valioso

de la leyenda fundacional de la ciudad. El anticuario Varrón (siglo I a.C.) refiere que no sólo había estatuas de la cerda y sus lechones en la ciudad, sino que también podía verse allí el propio cuerpo de la puerca embalsamado en salmuera.[42]

El sepulcro y santuario de Eneas podía verse cerca de Lavinio junto a un arroyo local, el Númico o Numicio. Era honrado allí como una deidad menor bajo el nombre de Eneas *Indiges*, y había desplazado al primer ocupante del santuario, que se llamaba *Pater Indiges* o algo similar. Según Dionisio, había un montículo no muy grande rodeado por una bella y cuidadosamente ordenada arboleda, y el santuario estaba señalado por la siguiente inscripción: «Al padre y dios de la localidad, que domina las aguas del río Numicio».[43] Se contaba que Eneas había desaparecido en las aguas del riachuelo, evidentemente porque su sepulcro estaba ubicado en la ribera; o según historias racionalistas, esto podría explicarse simplemente porque se lo hubiese llevado la corriente después de que hubiera muerto en batalla junto al río. Un santuario del siglo IV a.C., situado en un túmulo cerca de Lavinio, ha sido identificado en ocasiones con el sepulcro de Eneas, pero esto es muy cuestionable, en especial porque el lugar excavado no está situado cerca de un arroyo. Aunque no se honró a Eneas como héroe o dios en el culto romano, los poetas augústeos hablan de su apoteosis. En la *Eneida*, Júpiter anuncia a la madre de Eneas, Venus (diosa romana equivalente a Afrodita), que él está destinado a ser ascendido a los cielos como un dios. En las *Metamorfosis* de Ovidio, Venus se prepara para su apoteosis pidiendo al dios del Numicio que lave todo elemento mortal de su cadáver.[44]

Existían conexiones establecidas hacía tiempo de cultos entre Roma y Lavinio. De acuerdo con una práctica que bien puede haber sido inaugurada cuando los romanos tomaron por primera vez el control sobre Lavinio, un grupo de magistrados y sacerdotes mayores viajaría cada año para efectuar varios ritos tradicionales en la ciudad, en especial para ofrecer sacrificios a Vesta y los Penates.[45] Vesta era la diosa del fuego del hogar, la equivalente italiana de Hestia (cf. p. 197), mientras que los Penates eran deidades que se habían originado como espíritus guardianes de la despensa (*penus*). Éstos y la diosa eran todos honrados en el culto doméstico como protectores del hogar por su naturaleza original, y en el culto público como deidades de mayor importancia que vigilaban la ciudad y el estado. Entonces los romanos creían que los Penates de su estado, los *Penates publici*, habían llegado desde Lavinio, y que podían identificarse con los dioses troyanos que Eneas había establecido allí. Puede que haya habido algo de cierto en esto, hasta el punto de que el culto estatal de los Penates pudo haber sido introducido desde Lavinio o, por lo menos, organizado en relación con el culto lavinio.

Ascanio, hijo de Eneas, y la fundación de Alba Longa

La fundación de Alba Longa marca el siguiente paso en la leyenda. Al contrario que Lavinio, Alba había sido antes un lugar poderoso, y se creía que Roma y otras ciudades latinas diferentes habían sido fundadas desde allí. Como la tradición romana daba por supuesto que el fundador Rómulo era de ascendencia albana, cualquier vínculo con Eneas y los troyanos debía establecerse por vía de Alba, lo que convertía a Rómulo y sus antepasados en descendientes de Eneas. A través de la armonización de las tradiciones griegas, romanas y lavínicas, se estableció así un patrón canónico según el cual Eneas fundó Lavinio mientras su hijo Ascanio fundó Alba y Rómulo, su descendiente, fundó Roma. No es necesario suponer que Alba Longa (que fue destruida por los romanos en una época bastante temprana) tuviese en algún momento una leyenda troyana propia de la misma forma en que la tenía Lavinio. Si familias albanas en Roma, como los Julios y los Clelios, reivindicaban ascendencia troyana, con seguridad es más probable que se tratara de un fenómeno tardío inspirado por el conocimiento de los anticuarios que una reclamación antigua enraizada en la tradición albana.

Ascanio desapareció en la tradición griega. A pesar de que Homero no lo menciona ni de hecho a ningún hijo de Eneas (refiriéndose sólo a un *Askanios* que era un aliado bitinio de los troyanos),[46] es razonable asumir que aparecía en la épica primitiva como heredero de Eneas. Desde luego que Eneas tuvo al menos un heredero en la tradición temprana, pues el *Himno homérico a Afrodita* presenta a la diosa contándole a Anquises que su hijo (esto es, Eneas) y sus descendientes gobernarían entre los troyanos;[47] y Ascanio es el nombre que se da sin variaciones a este hijo de Eneas desde el período clásico en adelante. Cuando se llegó a imaginar que después de la caída de Troya Eneas se había asentado en el extranjero en vez de quedarse a gobernar en la Tróade, naturalmente se decía que Ascanio le había acompañado, y así él estaba disponible para convertirse en el fundador de Alba en la leyenda italiana. En la tradición común, como sería de esperar, se decía que Eneas había tenido a Ascanio de su mujer troyana, a quien se conocía al principio como Eurídice, y después como Creúsa en latín, como aparece en la *Eneida*.

Se ofrecieron diversas versiones para explicar el hecho de que Ascanio dejara Lavinio para fundar una nueva ciudad. En la versión preferida por Virgilio y Dionisio, fundaba Alba treinta años después de la fundación de Lavinio porque en una profecía recibida por su padre se revelaba que el portento de la cerda y los

lechones indicaba que así debía hacerlo.[48] O, según otra tradición, decidió dejar Lavinio cuando empezaron los conflictos entre él y la viuda italiana de su padre. Pues Lavinia, que estaba encinta cuando ocurrió la muerte de su esposo, huyó a los bosques por temor a los celos de su hijastro, y allí dio a luz a su hijo, que fue conocido por ello como Silvio («el de los bosques»); y como Ascanio se encontró con la hostilidad de la gente de Lavinio por la situación de la reina, la invitó a volver para dejar él el trono y marchar a fundar una nueva ciudad propia.[49]

Livio recoge un relato diferente en el que Ascanio nacía en Italia de Eneas y Lavinia y Silvio era hijo de Ascanio. En esta versión, Ascanio era demasiado joven para asumir el poder a la muerte de su padre, y Lavinia gobernó en su nombre como regente hasta que él alcanzó la mayoría de edad. Cuando por fin partió para fundar el nuevo asentamiento en Alba, devolvió Lavinio al hábil mandato de su madre.[50] Para entender el probable origen de esta versión heterodoxa es necesario tener en cuenta un detalle más de la leyenda italiana de Ascanio. Julio César pertenecía a la *gens Iulia*, una familia de origen albano, como Augusto por línea materna y adopción. Esta familia proclamaba descender de Ascanio al equipararlo con Iulus, legendario fundador del linaje. Se explicaba esta conexión porque Ascanio había sido llamado *Ilus* (es decir, hombre de Ilión o Troya) durante sus años en Troya, y este nombre alternativo fue un poco alterado en su nueva patria. Pero si Eneas tuvo a Ascanio con su esposa italiana en vez de con su primera mujer en Troya, Ascanio no podría ser identificado con Julus por esta vía; así daría la impresión de que ésta era una versión antijulia que se redactó para no admitir la identificación.

Como se esperaría que Ascanio se llevara sus dioses del hogar con él, se concibió una historia para explicar por qué el culto troyano de los Penates permaneció en Lavinio. Si bien Ascanio ordenó que se construyese un templo especial para ellos en Alba y procedió a instalarlos allí, éstos, de mutuo acuerdo, volvieron a su hogar previo durante la noche. La mañana siguiente se descubrió que habían desaparecido (aunque las puertas del templo se habían mantenido cerradas, y sus muros y tejado estaban intactos), y enseguida se informó desde Lavinio de que estaban de nuevo en sus pedestales originales. Después de que volvieran a su hogar original, se les permitió permanecer allí, y se envió de vuelta a seiscientos hombres con sus familias para que cuidaran de su culto.[51] Por el contrario, no hay nada que decir sobre la fundación de Alba ni sobre el reinado de Ascanio en su conjunto.

La dinastía albana de los Silvios

Aunque Ascanio fuera el fundador de Alba Longa, no lo fue de la dinastía que allí gobernaba, pues el trono pasó a su hermanastro Silvio cuando él murió.[52] Puede que se haya preferido tal versión porque Silvio había nacido de madre italiana, y los reyes albanos y más tarde Rómulo podían considerarse de origen medio romano, medio troyano si él hubiera sido el fundador del linaje. Se contaba que él había ascendido al trono porque Ascanio no tuvo descendencia propia, o bien Ascanio tuvo un hijo llamado Julus (o Julio) que intentó reclamar el trono tras su muerte, pero los albanos eligieron en su lugar a Silvio, prefiriendo destinar a Julus a la autoridad sacerdotal.[53]

De la época de Silvio en adelante el trono pasó pacíficamente de padre a hijo hasta que Numitor, el abuelo de Rómulo, fue excluido a la fuerza por su hermano más joven, y de esta forma la cadena de acontecimientos que llevaría a la fundación de Roma se puso en marcha. Por motivos que ya se han indicado, la mayoría de los anticuarios llegaron a creer que debían de haber transcurrido más de cuatro siglos entre la llegada de Eneas y la fundación de Roma, así que inventaron un largo linaje de reyes albanos para llenar ese vacío. Si bien los catálogos conservados difieren hasta cierto punto unos de otros, todos coinciden en que Rómulo y Eneas están separados por alrededor de quince generaciones. Nada se sabe con certeza sobre la fuente de la lista de reyes original, pero es razonable asumir que fue compilada hacia el siglo III a.C. mejor que mucho antes o mucho después. En el relato de Livio se dice que los siguientes reyes reinaron después de Silvio: Eneas Silvio, Latino Silvio, Alba, Atis, Capis, Capeto, Tiberino, Agripa, Rómulo Silvio, Aventino y Proca, padre de Numitor.[54] Pero esta lista no puede ser más que artificial, y será evidente en un primer vistazo que muchos de estos nombres o bien fueron reciclados de otro lugar de la tradición, como en el caso de los dos primeros, o bien se inventaron como epónimos de lugares o características geográficas adecuadas, como en los casos de Alba y Tiberino.

Otras listas destacadas se deben a Diodoro (7.5.10-11), Ovidio (*Metamorfosis* 14.610-21, *Fastos* 42-52) y Dionisio de Halicaraso (1.71.3). Eneas Silvio, Latino Silvio y Rómulo Silvio son sombras de sus tocayos más famosos. Se decía que Rómulo Silvio había provocado la ira de Júpiter al imitar sus truenos y rayos, y que murió alcanzado por un rayo;[55] pero se trata tan sólo de una revisión del mito griego de Salmoneo (cf. p. 548). Se suponía que su casa había quedado sumergida bajo el lago Albano, donde sus restos podían verse en tiempos históricos. Los nombres de Atis y Capis

también se reciclaron de la tradición más temprana. Atis comparte nombre (que está relacionado con el del dios frigio Attis) con varios miembros de la primitiva familia real lidia mencionada por Heródoto.[56] El Epito que reemplaza a Atis en algunas listas lleva un nombre de origen homérico, proveniente de un pasaje de la *Ilíada* que relata que un tal Epito era mensajero del padre de Eneas.[57] El nombre de Capis deriva del de Capis, hijo de Asáraco, el abuelo de Eneas, que también se menciona en la *Ilíada*.[58] En el contexto italiano, su nombre hace pensar en Capua; la *Eneida* sostiene a este respecto que fue fundada por un Capis que acompañó a Eneas desde Troya, mientras que otra narración sugiere que fue fundada por Romos, quien la llamó así por el abuelo de Eneas.[59] Es más difícil de contestar por qué el sucesor de Capis había de llamarse Capeto. El único Capeto que se registra en la mitología griega es un personaje bastante oscuro, y aparece en una lista de los pretendientes de Hipodamía que fueron asesinados por su padre Enomao.[60] Agripa habría sido clasificado como rey albano mucho después de la época del famoso edil de Augusto, M. Vipsanio Agripa. Se presume que su nombre lo sugirió un personaje legendario de la historia primitiva de Roma, Menenio Agripa, que se suponía había tenido un papel destacado en los hechos que condujeron a la designación del primer tribuno de la plebe.[61] Es obvio que Alba se llamó así por la ciudad, mientras que Tiberino se inventó para que sirviera de epónimo del Tíber; un relato superficial explica que el río se conocía como el Álbula hasta que fue rebautizado en honor a Tiberino después de que éste se hubiera ahogado mientras lo atravesaba con un ejército (o se lo tragó el río después de que muriese en una batalla a su orilla).[62] Aventino era el epónimo de la colina Aventina en Roma. Como padre de Numitor y Amulio, Proca aparecería presumiblemente en el mito fundacional romano antes de la invención de la dinastía de los Silvios. Su nombre, que se puede relacionar con la palabra latina *procer*, significa caudillo o príncipe.

Nacimiento, abandono y primeros años de Rómulo y Remo

Proca, rey de Alba, que reinó unas doce generaciones después de que la ciudad fuese fundada por Ascanio, tuvo dos hijos de naturalezas contrarias: Numitor, el magnánimo, y Amulio, el despiadado. Aunque Numitor debería haber accedido al trono como hermano mayor, Amulio le envió fuera y entonces asesinó a sus hijos para reforzar su posición.[63] También se hizo con la hija de Numitor, que era conocida como Rea Silvia o como Ilia, y la obligó a convertirse en Virgen Vestal, en apariencia como un honor, pero en realidad para prevenir que se casara y tuviera hijos que pudieran representar un peligro para él. Sin

embargo, sus precauciones demostraron ser inefectivas en vista de la intervención divina. Era un deber de las sacerdotisas de Vesta, en Alba como en Roma, ir a recoger agua pura de manantial para usar en el culto de la diosa, y cuando un día la hija de Numitor estaba visitando la arboleda de Marte (dios de la guerra) con este propósito, el dios la tomó por sorpresa y la violó, haciendo que concibiese hermanos gemelos: Rómulo y Remo.[64] Su tío respondió a este inesperado desarrollo con la rudeza de costumbre: ordenó que debería ser encarcelada o ejecutada después del nacimiento de sus hijos[65] y que los recién nacidos deberían ser arrojados al Tíber. Pero de nuevo sus planes estaban destinados al fracaso, porque sucedió que el río se desbordó en aquel momento. En una versión de la historia, los sirvientes del rey pusieron a los niños a flote en una cesta u otro pequeño recipiente, pero las aguas desbordadas los depositaron a salvo en la orilla bajo la colina Palatina, en el sitio de Roma.[66] En otra versión, temiendo acercarse a las aguas rugientes, los hombres dejaron la cesta en el suelo cerca de la ribera del río, de donde el caudal creciente la arrastró y la llevó con suavidad corriente abajo al mismo solar de Roma;[67] o sencillamente dejaron abandonados a los muchachos en la orilla en el mismo sitio de Roma.[68] Fuera cual fuese el curso de los acontecimientos, los gemelos acabaron en un punto del curso del río marcado por un viejo árbol, la Higuera Ruminal (*ficus Ruminalis*).

La Higuera Ruminal, que supuestamente estaba en el lugar con anterioridad a la fundación de la ciudad, aún podía verse en época de Augusto, aunque por aquel entonces estaba aparentemente en mal estado. Se asociaba a una diosa menor llamada Rumina. Según los anticuarios romanos, su nombre derivaba de la palabra *ruma* o *rumis*, término latino que se refería al pecho femenino, y era la deidad que dominaba el amamantamiento de los niños. Si fuera este el caso, se entiende que debían de hacérsele ofrendas de leche, y que su árbol fuese una higuera, que podía relacionarse con la lactancia y la fertilidad por causa de su savia lechosa. Aunque se ha cuestionado que el árbol tuviese en origen algo que ver con Rumina, e incluso que la explicación tradicional de su nombre y naturaleza sea correcta, podemos asumir que el árbol fue incluido en la leyenda de los gemelos (que supuestamente fueron amamantados bajo sus ramas) porque se consideraba que estaba conectado con el amamantamiento. Puesto que el nombre del árbol guarda cierta semejanza con el de Rómulo, algunos autores antiguos, incluido Livio, alegaban que había sido llamado así por él, y que originalmente era conocido como *ficus Romularis*. Había otro árbol igual en el Comicio (lugar de la asamblea) junto al Foro.

Una loba oyó a los críos llorar cuando estaba bajando al río para beber, y les dio de mamar hasta que fueron descubiertos y rescatados por los de su propia especie.[69] Los lobos estaban especialmente asociados con Marte, el padre de los gemelos, y algunos autores reforzaron esta conexión añadiendo que un pájaro carpintero, el ave de Marte, cuidó también de ellos llevándoles comida en el pico.[70] El hecho de que la Higuera Ruminal estuviera localizada cerca de la gruta de Lupercal, que tiene un nombre que hace pensar en lobos (*lupi*), puede haber influido en el desarrollo de esta parte de la leyenda.

A pesar de que era frecuente en la leyenda griega que los niños abandonados fuesen amamantados por animales, no hay evidencia de que ningún héroe fuese amamantado por una loba. Según un cuento helenístico atribuido a Nicandro (siglo II a.C.), a Mileto, el fundador de la ciudad jonia del mismo nombre, lo cuidaron lobos por la voluntad de su padre Apolo después de que fuese abandonado por su madre de Creta. Como la leyenda de Mileto seguía otros patrones de la tradición previa (vid. pp. 458-459), en conjunto parece probable que esta versión que implicaba a los lobos fuese inventada por el mismo Nicandro, quizás con la leyenda romana en mente.[71] Sólo otro cuento griego de este tipo se presenta como paralelo de la leyenda de Rómulo y Remo en las seudoplutarquianas *Historias paralelas griegas y romanas*. Una ninfa arcadia llamada Filonome dio a luz hermanos gemelos, hijos de Ares (el equivalente griego de Marte), y los abandonó en el río Erimanto por miedo a la ira de su padre, pero fueron sacados sanos y salvos a la orilla del río y una loba les dio de mamar hasta que los rescató el pastor Tilifo, que los crio como a sus propios hijos con los nombres de Licasto y Parrasio. A su debido tiempo ellos se establecieron como gobernantes de Arcadia. Atribuido a Zópiro de Bizacio, un autor evidentemente ficticio, no se trata en absoluto de una historia paralela, sino de un mito apócrifo creado por su autor sobre la base de la historia romana.[72]

Al final los gemelos fueron descubiertos por Fáustulo, el jefe de los vaqueros de Amulio, que se los llevó a casa y confió su cuidado a su mujer Aca Larencia. O en otra versión, unos pastores locales tropezaron con ellos y se los pasaron a Fáustulo.[73] El nombre del caritativo Fáustulo se deriva de la palabra latina *faustus*, que significa afortunado o favorable; era pues portador de buena suerte. Los gemelos fueron criados por él y su esposa en una zona rural aislada, y se mantuvieron a sí mismos gracias a su trabajo cuando crecieron, trabajando con los ganaderos del lugar y construyendo cabañas para refugiarse. Una choza de paja que supuestamente habían construido ellos, la *casa Romuli* o «cabaña de Rómulo», podía verse

en tiempos históricos en la colina Palatina, cerca de los escalones de Caco; y había otra cabaña de este tipo en la colina Capitolina.[74] Como jóvenes acomodados de ascendencia real, los gemelos demostraban que eran más emprendedores que sus vecinos ganaderos, y se convirtieron en sus líderes reconocidos. Se decía que les ayudaron a combatir a los ladrones de ganado, o que incluso actuaban a la manera de Robin Hood, saqueando a los bandidos locales y compartiendo las ganancias con sus amigos rústicos. Se puede sospechar que habrían estado involucrados en el robo de ganado por cuenta propia en la tradición más temprana.[75]

Al final los gemelos descubrieron su identidad verdadera después de que Remo fuese a parar a manos de su padre Numitor en el exilio. Ellos y sus amigos vivían en la colina Palatina, mientras que los ganaderos de Numitor apacentaban su ganado en el vecino Aventino. Los dos grupos tenían continuas disputas sobre derechos de pasto y otros asuntos. Un día, después de que las disputas se volvieran violentas, los vaqueros de Numitor capturaron a Remo en una emboscada mientras su hermano y sus amigos asistían a un sacrificio (o tomaban parte del desordenado festival de las Lupercales), y lo llevaron delante de su señor bajo la acusación de robo de ganado. En otra versión lo llevaron frente a Amulio, que lo puso en manos de su hermano para que lo juzgara. Al enterarse de la mala situación de Remo, Fáustulo le contó a Rómulo todo lo que sabía o había adivinado acerca del origen de los dos hermanos y su nacimiento real. Fortalecido por este conocimiento, Rómulo corrió ante Numitor para interceder por su hermano. Numitor ya había deducido del noble aspecto de Remo y su conducta que podía ser algo más que un ganadero ordinario, y por eso había estado investigando por su cuenta. Así que cuando llegó Rómulo, ordenó la liberación de Remo (si es que no lo había hecho ya) y reconoció a los jóvenes como nietos suyos. Entonces los tres conspiraron juntos para vengar los males que les había infligido Amulio. Con ayuda de sus rústicos amigos, que ya antes se infiltraban en Alba por rutas separadas, Rómulo y Remo cogieron desprevenido en el palacio a Amulio y lo mataron; y Numitor convocó una reunión de ciudadanos para revelar los crímenes del usurpador y reclamar su derecho al trono. Las diferentes versiones de la historia varían notablemente en sus detalles: por ejemplo, Livio ofrece una versión en la que Remo fue enviado ante Numitor bajo cargos falsos por bandidos locales a los que él y su hermano habían saqueado; y la escena del reconocimiento en la que Numitor se pone al día con sus nietos a veces era muy elaborada por influencia de otras comparables de la tragedia griega. Sin embargo, el patrón general es siempre muy parecido.[76]

Los gemelos se ponen en camino para fundar Roma. El concurso de augurios y la muerte de Remo

En lugar de permanecer en Alba bajo el gobierno de su abuelo, Rómulo y Remo decidieron fundar una ciudad propia junto al Tíber, en la zona donde habían tocado tierra y habían pasado sus felices años de infancia. Numitor aprobó su plan (o incluso lo sugirió él mismo en una versión) y les asignó compañeros y tierra para su nueva colonia.[77] Pero los gemelos enseguida discutieron bien por el emplazamiento de la ciudad, porque Rómulo quería establecerla sobre el Palatino, mientras que Remo prefería el Aventino, bien por el trono, puesto que cada uno quería convertirse en gobernante y darle su nombre, como Roma o como Rémora. Acordaron someter su disputa al arbitrio de los dioses buscando un presagio en el vuelo de los pájaros, la forma de adivinación preferida en la antigua Italia. Así que Rómulo eligió la colina Palatina como lugar de observación, mientras Remo se dirigía al Aventino, a poca distancia, hacia el sur. Aunque por lo común se aceptaba que Rómulo cantó victoria tras observar el vuelo de doce buitres (una de las más importantes aves augurales), el curso de la historia varía en las distintas versiones. En el relato más antiguo que ha sobrevivido en la cita de algunos versos de un poema de Ennio, en apariencia Remo no vio ningún pájaro (incluso aunque el pasaje acabe demasiado pronto para que esto sea del todo cierto).[78] En otras narraciones, Remo vio seis buitres antes de que Rómulo viera sus doce, y así el significado de los augurios era todavía más discutible, ya que podían interpretarse como favorables tanto para Rómulo en cuanto al número, como para Remo en cuanto a la prioridad. Según Livio, estalló una pelea entre los partidarios de cada hermano y Remo fue asesinado en la refriega.[79] No obstante, era más común la creencia de que Rómulo fue declarado victorioso y Remo encontró la muerte poco después en otras circunstancias.

Para delimitar las fronteras (*pomerium*) de la nueva ciudad, Rómulo unció un toro y una vaca juntos y aró un surco alrededor de la base de la colina Palatina; después de sacrificar al ganado del yugo y otras víctimas, puso a sus seguidores a trabajar para levantar un muro defensivo a lo largo de la línea del surco y edificar la propia ciudad. Mientras el muro estaba en construcción, Remo, que aún estaba apenado por haber sido derrotado en la competición de los augurios, se burló de su hermano saltando por encima del parapeto a medio levantar, cometiendo así deliberadamente un acto de mal augurio. Puede ser que lo hiciera con una intención más positiva, para mostrar lo inadecuado de las fortificaciones. De cualquier manera Rómulo, enfurecido, lo mató en un ataque de ira, con-

denando a cualquiera que en el futuro osase saltar las murallas a sufrir un destino similar.[80]

Han sobrevivido dos mitos de la tradición griega que mantienen cierta semejanza con la historia romana. Se decía que un gobernante beocio poco conocido llamado Pemandro, que fue el fundador epónimo de Pemandria (cerca de Tanagra o quizá identificable con ésta), había matado a su hijo Efipo por saltar un foso defensivo que había dispuesto alrededor de su ciudad.[81] En una versión algo distinta, mató a su hijo (aquí llamado Leucipo) con una piedra por accidente cuando amonestaba a un constructor que había menospreciado el foso y lo había saltado.[82] En la otra historia de este tipo, de la que se conserva un mero esbozo, se decía que Eneo había matado a su hijo Toxeo por «saltar sobre el foso» en su ciudad de Calidón (cf. p. 538).[83] Estas leyendas —o por lo menos lo poco que se conoce de la segunda— parecen tener la misma moraleja que la de Remo, a saber, que cualquiera que viole un círculo defensivo comete un acto ominoso que merece un castigo drástico, con independencia de cualquier relación de parentesco. En tiempos históricos, cualquiera que saltase los muros de Roma podía en efecto ser condenado a pena de muerte. En cuanto a esto, debería tenerse en cuenta que para romanos y etruscos (no así para los griegos) las murallas de una ciudad eran sagradas. No existe razón que haga suponer que la leyenda de la muerte de Remo se basara en el modelo de historias de Grecia; esto fue evidente para Ennio y es probable que fuese una característica central de la leyenda de la fundación en época temprana. Evidentemente el acto fratricida de Rómulo, aunque pudiera justificarse desde determinado punto de vista, llegó a sentirse como algo vergonzoso, pues varios relatos hacen hincapié en que más tarde él sintió fuertes remordimientos o que incluso se le absolvió totalmente del asesinato. En la versión de los *Fastos* de Ovidio, por ejemplo, un tal Celer, que se hizo cargo de la autoridad durante las labores de construcción, recibió de Rómulo la orden de matar a quien se atreviese a saltar los muros; y cuando Remo, que no había oído la orden de su hermano, se mostró desdeñoso y saltó por encima de ellos para demostrar su ineficacia, Celer lo golpeó hasta la muerte con una pala.[84]

Rómulo consigue población para su nueva ciudad. Enfrentamiento con los sabinos. Muerte y apoteosis

Entonces, como soberano único e indiscutido de la pequeña comunidad, Rómulo se dispuso a conseguir más ciudadanos abriendo un santuario o *asylum*

(del griego *asylon* —el nombre y la institución son griegos, sin equivalente próximo en Italia—) en la colina Capitolina, en la depresión entre sus dos cumbres. Hombres sin tierra y mendigos, esclavos huidos y criminales acudieron allí con diligencia desde las tierras de alrededor.[85] Pero el futuro de la ciudad no estaba todavía asegurado porque también se necesitaban mujeres, y los pueblos vecinos rechazaban toda propuesta de matrimonio, en parte por los orígenes dudosos de muchos de sus ciudadanos. Así que Rómulo recurrió a una artimaña. Invitó a los hombres de los territorios colindantes, en especial a los sabinos, a que asistieran a la festividad romana de las *Consuales* con sus esposas e hijos, anunciando que habría sacrificios espléndidos y juegos y espectáculos públicos. Durante la festividad, en respuesta a una señal convenida, los hombres jóvenes de Roma se precipitaron en el gentío y se llevaron a todas las muchachas solteras. El episodio ha llegado a ser conocido como el rapto (es decir, secuestro) de las sabinas. Después de que los demás visitantes hubieran huido, Rómulo intentó tranquilizar a las cautivas prometiéndoles que serían tratadas con respeto apropiado si se casaban con ciudadanos romanos; y ellas acabaron con aceptar su suerte. Algunos autores están de acuerdo con la afirmación de Livio de que fueron capturadas treinta jóvenes, mientras que otros sugieren que había muchas más, en torno a quinientos.[86]

A pesar de que las doncellas secuestradas aceptaron su situación, sus relaciones eran menos filosóficas y llevaron a las dos ciudades a la guerra. Pero aunque los estados más pequeños podían ser derrotados con facilidad, los sabinos, bajo las órdenes de su rey Tito Tacio, representaron más de una amenaza. Marcharon contra Roma y tomaron el Capitolino gracias a la traición de Tarpeya, la hija del comandante de la ciudadela, que les abrió las puertas en secreto porque codiciaba sus brazaletes de oro. En pago por su ayuda, le habían prometido darle «lo que llevaban en sus brazos izquierdos»; pero cumplieron su promesa de manera harto diferente a lo que ella había estado esperando, aplastándola hasta la muerte bajo sus escudos (porque también los llevaban en su brazo izquierdo).[87] Igual que en relatos griegos de traición filial (vid. pp. 326 y 445), los sabinos estaban tan escandalizados por el comportamiento de Tarpeya (incluso aunque se hubiesen beneficiado) que prefirieron matarla antes que recompensarle por ello. Tras este éxito inicial, los sabinos pudieron usar el Capitolino como base para atacar a la principal fuerza romana en el Palatino. Los ejércitos enfrentados chocaron en el terreno bajo entre las dos colinas, en el lugar del Foro, que entonces era una tira de tierra pantanosa y sin drenar. Siguió una batalla muy reñida en la que los romanos empezaron a sacar ventaja, pero como los dos ejércitos se estaban preparando para el

enfrentamiento final, las mujeres raptadas, en aquel momento muchas de ellas madres y con sus hijos en brazos, se interpusieron entre romanos y sabinos y les exigieron que hicieran las paces, declarando que preferían morir antes que perder a sus maridos por un lado o a sus padres por otro. Esta súplica tuvo el efecto deseado, y los dos líderes se adelantaron para definir las condiciones. No sólo acordaron una tregua, sino que también decidieron que sus dos pueblos deberían estar unidos en una única nación bajo su mando conjunto. Rómulo permaneció en el Palatino con los primeros colonos mientras Tito Tacio y sus sabinos se asentaron en el Capitolino y en el Quirinal.[88] Esto completa el ciclo de la leyenda que empieza con el establecimiento del asilo por Rómulo. Como consecuencia de la guerra, Roma recibió más ciudadanos, y la llegada de los sabinos justifica el fuerte elemento sabino en la población. El período de reinado dual siguiente en el que se suponía que Tito Tacio gobernaría junto a Rómulo pudo servir de precedente para el consulado dual de la era republicana.

Este enigmático colega de Rómulo, que nunca encontró su sitio en la lista canónica de los reyes romanos, es probable que fuera una figura de invención relativamente tardía. Se decía que había dado su nombre a una de las tres tribus romanas primitivas, los ticios o ticienses, y que había fundado uno de los colegios sacerdotales menores en Roma, los *Titii Sodales*, cuya función se desconoce. Antes de que pasara mucho tiempo, provocó su propia muerte por un acto de injusticia, dejando que Rómulo gobernara solo de nuevo. Sucedió que una vez unos embajadores de Lavinio fueron víctimas de un asalto en Roma, y sus compañeros de la ciudad exigieron una compensación. Tito Tacio se negó a pagar porque los hombres que habían perpetrado el ataque eran parientes suyos; y cuando después él visitó Lavinio para realizar un sacrificio anual (cf. p. 759), los ciudadanos se amotinaron y lo asesinaron.[89]

Dejando aparte bastante material ajeno, seudohistórico y etiológico, podemos concluir con la historia de la muerte de Rómulo. Un día, mientras pasaba revista a sus tropas en el *Campus Martius* (Campo de Marte) justo a las afueras de la ciudad, se desencadenó una violenta tormenta eléctrica y quedó envuelto en una nube tan espesa que impedía que pudiera ser visto. Cuando la tormenta amainó, no lo encontraron en ningún sitio, y nunca se pudo hallar rastro alguno de él. Mientras los romanos discutían acerca del significado del misterioso evento, un tal Julio Próculo, granjero de Alba Longa, llegó al Foro para informar de que el glorioso Rómulo se le había aparecido y le había contado que se había convertido en el dios Quirino, y que Roma estaba destinada a convertirse en la

capital del mundo.[90] Después de haber sido uno de los más grandes dioses en Roma, como lo demuestra el hecho de que su *flamen* (sacerdote especial) figuraba junto a los de Júpiter y Marte como uno de los *flamines maiores*, Quirino parece haber sufrido algo así como un eclipse. Presumiblemente se identificó a Rómulo con él porque era un dios asociado a lo militar del que se pensaba que compartía cierta semejaza con Marte (fuese cual fuese su naturaleza original). Si los historiadores se alegraron de mantener la verdadera índole de la marcha de Rómulo como un misterio, un poeta como Ovidio pudo describir cómo su padre Marte había descendido de los cielos en su carto teñido de sangre para llevárselo a su nuevo hogar entre los dioses.[91] Ya que esta historia de la apoteosis del fundador era de evidente inspiración griega, y no hay prueba de ningún culto primitivo de Rómulo en Roma, sin duda se trata de un añadido relativamente tardío a la leyenda de la fundación, originado en el siglo II o III a.C.

> Hay también narraciones de índole racionalista en las que se cuenta que Rómulo había sido asesinado en secreto. En una de tales versiones, los patricios conspiraban contra él porque consideraban que ya no gobernaba como un rey, sino que ejercía su poder de forma arbitraria y tiránica. Así que se reunieron para darle muerte en la casa del Senado; después cortaron su cuerpo en pequeños pedazos y se los llevaron bajo sus ropas para enterrarlos en secreto.[92] La muestra más primitiva de esta historia aparece en una anécdota de Plutarco que sugeriría que era una historia familiar hacia 67 a.C., pues durante la controversia sobre la *Lex Gabinia* de aquel año, que otorgaba poderes excepcionales a Pompeyo, se supone que uno de los cónsules había gritado que Pompeyo se encontraría con el mismo destino que Rómulo si se disponía a imitarlo.[93] En otro relato del mismo tipo, unos ciudadanos recién alistados que tenían motivos de queja contra Rómulo, aprovecharon la tormenta antes mencionada en el Campo de Marte para acabar con él mientras estaba oculto a la vista.[94]

Un importante asunto que debe ser tenido en cuenta es la cuestión del origen de la leyenda de Rómulo y Remo. ¿Se trataba de un auténtico producto de la imaginación romana, quizá originado incluso en el folclore? Y ¿es posible sacar alguna conclusión sobre la época en que se originó? El relato del abandono y la asombrosa liberación de los gemelos sigue un patrón que es muy familiar en el mito griego, en el que un héroe es concebido por un dios con una muchacha soltera que de alguna manera está aislada de la vida familiar ordinaria, y es abandonado tras su nacimiento, pero se salva gracias a los cuidados de un animal, que amamanta al crío hasta que es descubierto por un pastor o un vaquero. Entonces el campe-

sino lo cría en un aislamiento pastoril hasta que reaparece para cumplir un destino excepcional. Es más, los gemelos aparecen en algunos mitos griegos de este estilo, como el de Pelias y Neleo (cf. p. 496). Si la historia del abandono y rescate de Rómulo y Remo no tenía un origen nativo, con seguridad no habría sido un asunto difícil para cualquier autor griego o romano inventarlo imitando famosos relatos griegos como éstos; y precisamente porque los paralelismos son tan llamativos, y también por otra serie de razones, muchos eruditos clásicos se sintieron inclinados en algún momento a creer que era una ficción literaria de origen tardío. De todas formas, las historias de abandonos y rescates de niños de origen real no están para nada restringidas al mito griego, sino que son un modelo muy extendido que se atestigua en las tradiciones de otros pueblos indoeuropeos y aún más lejos. Así que no hay ninguna incongruencia inherente en la idea de que la leyenda de Rómulo pueda haberse desarrollado en Roma con independencia de un influjo griego, incluso como cuento folclórico. En parte como resultado de admitir un muestreo más amplio de evidencias comparativas, pero sobre todo consecuencia de una revalorización de los aspectos relevantes en las tradiciones griega y romana, en décadas recientes se ha dado un cambio muy marcado en este consenso, y muchas autoridades se inclinan ahora por aceptar que la leyenda de Rómulo y Remo era una historia realmente antigua de origen indígena.

Aunque no hay evidencia positiva que muestre con exactitud cuándo nació la leyenda del abandono de Rómulo y Remo, podemos al menos estar seguros de que era familiar en la Roma de finales del siglo IV a.C. Livio refiere que dos magistrados (*curule aediles*) romanos, Cneo Ogulnio y Quinto Ogulnio, erigieron una estatua de la loba y los gemelos cerca de la Higuera Ruminal en 296 a.C., y la pagaron con las multas que habían cobrado a los usureros.[95] Unos 30 años después, es probable que en 266 a.C., este conjunto de la loba y los gemelos aparecía en las primeras monedas de plata acuñadas en Roma. Esto puede querer decir que la historia no sólo estaba bien arraigada en este período, sino que en Roma había adquirido el estatus de leyenda fundacional estándar aceptada. Y como el historiador menor Calias, que trabajó en la corte de Agatocles de Siracusa (muerto en 289 a.C.), es el autor griego más temprano que se pueda datar en relacionar a Rómulo con la fundación de Roma,[96] la evidencia en la literatura griega no nos lleva más allá. En el caso de que la leyenda de Rómulo y Remo fuera en efecto una invención nativa, es razonable asumir sin embargo que la historia básica era bastante antigua, quizá se podría datar hacia el temprano siglo VI a.C.

Notas

Las referencias que aparecen a continuación indican las fuentes más importantes de las narraciones mitológicas a lo largo de esta obra, por lo que las referencias a fuentes secundarias han quedado reducidas al mínimo. Excepto en aquellos casos en los que únicamente disponemos de unas pocas fuentes para un mito, o de una sola, las referencias no son exhaustivas. A pesar de que cabía citar muchas más fuentes, especialmente de la literatura latina, podía suponer más confusión que ayuda el hecho de amontonar referencias de las tradiciones más tardías que podían llegar a oscurecer, confundir o ser repetitivas. Se ha prestado una atención especial a la tradición prehelenística.

Se han empleado las abreviaturas convencionales para indicar a los autores y sus obras. Para los nombres, se han utilizado las que siguen, que recogen los más citados; en el caso de sus obras, se ruega al lector que acuda al capítulo I del libro, que sirve como un pequeño diccionario de fuentes.

Ant. Lib.	Antonino Liberal
Apol.	Apolonio de Rodas
Apolod.	Apolodoro (*Bib.*: *Biblioteca*.; *Epit.*: *Epitome*, la última parte de su obra que conservamos en su forma resumida).
Arist.	Aristóteles
Aten.	Ateneo de Náucratis
Baq.	Baquílides
Cal.	Calímaco
Diod.	Diodoro de Sicilia
Dion.	Dionisio de Halicarnaso
El.	Eliano (*Mis. Hist.*: *Miscelánea Histórica*)
Esq.	Esquilo
Estes.	Estesícoro
Eur.	Eurípides
Hdt.	Heródoto
Hes.	Hesíodo
Hig.	Higino
Himn. hom.	*Himnos homéricos*
Hom.	Homero
Lic.	Licofrón
Luc.	Luciano de Samósata
Ov.	Ovidio

Paus.	Pausanias
Pin.	Píndaro
Plat.	Platón
Plut.	Plutarco
Serv.	Servio
Sim.	Simónides
Virg.	Virgilio

Los fragmentos de la épica antigua (dejando de lado los hesiódicos) se citan a partir del *Epicorum Graecorum Fragmenta* editado por M. Davies (Göttingen, 1988). Aparece junto a la referencia el nombre de «Davies».

Los fragmentos de la poesía lírica antigua se citan a partir de *Poetae Melici Graeci* (PMG), editado por D. L. Page (Oxford, 1962); los nuevos y excelentes volúmenes de *Greek Lyric* en la colección Loeb (ed. D. A. Campbell, 5 vols., a partir de 1982) dan textos griegos y traducciones inglesas a los fragmentos, y siguen por lo general la misma numeración que la edición de Page. Los fragmentos de poesía elegíaca y yámbica citando *Iambi et Elegi Graeci*, ed. M. L. West (Oxford, 1971). Los fragmentos de los mitógrafos antiguos, como Ferécides y Helánico, se citan a partir del primer volumen de *Die Fragmente der griechischen Historiker*, de F. Jacoby (Leiden, 1923). Las referencias se dan de la siguiente manera: FEr. 3F22 o Helánic. 4F85, el primer número se refiere al autor y el segundo al fragmento. Se citan asimismo algunos fragmentos de obras de historiadores menores tomados de la gran obra de Jacoby. El resto de referencias alude a colecciones usuales de fragmentos que resultarán familiares a los filólogos y estudiosos del mundo clásico: por ejemplo, la de Merkelbach y West para los fragmentos del corpus hesiódico (Oxford, 1967) o las de Nauck y Radt para los fragmentos de la tragedia.

Cabe señalar asimismo que en el terreno de los estudios clásicos se habla de fragmento tanto para referirse a pasajes de obras que han llegado a nosotros como a noticias sobre esas obras perdidas (aunque estrictamente esto último debería recibir el nombre de testimonios).

Nota a la edición española

Para las pocas citas textuales de obras griegas que aparecen en esta obra se han empleado las siguientes traducciones directas del griego al castellano, llevadas a cabo por especialistas en la materia:

Homero, *Ilíada*, trad. Emilio Crespo, Gredos, Madrid, 1991.
Homero, *Odisea*, trad. Carlos García Gual, Alianza, Madrid, 2004.
Hesíodo, *Teogonía, Trabajos y días, Escudo, Certamen*, trad. Adelaida García Martín y María Ángeles García Martín, Alianza, Madrid, 1986.
Píndaro, *Olímpicas*, trad. David Hernández de la Fuente en *Tropheia*, ed. Sietenanos, Madrid, 2006.
Antología de la poesía lírica griega (s. VII-IV a.C.), trad. Carlos García Gual, Alianza, Madrid, 1989.

El resto de las traducciones de citas, realmente pocas, que no corresponden a estas obras han sido llevadas a cabo por el traductor de esta obra, Jorge Cano Cuenca, a partir directamente de los originales griegos y latinos de los autores y las ediciones citadas por Robin Hard.

Capítulo II. El comienzo de las cosas

1 Bronce, Hom. *Il.* XVII 425, cf. *Od.* III 2; hierro, *Od.* XV 329.
2 Como pretendían los Alóadas, Hom. *Od.* XI 315-16.
3 Hes. *Teog.* 620-3, cf. Hom. *Il.* VIII 478-81.
4 Cf. Esq. *Prom. enc.*788 y ss.
5 Hes. *Teog.* 116.
6 Ibid. 696-700.
7 Ibid. 807-14.
8 Ibid. 116-22.
9 Ibid. 123.
10 Cf. Pl. *Banq.* 1950c, Acus. 2F6; como fuerza demiúrgica, Ferécides de Síros 7A11, B13 DK, las *Teogonías órficas*, etc.
11 Hes. *Teog.* 720-5.
12 Hom. *Il.*VIII 13-16.
13 Pl. *Gorgias* 523b, *Fedón* 113c; cf. Eur. *Orest.* 264-5 (Orestes teme que lo confinen en el Tártaro); Virg. *En.* 6-542 y ss.
14 Hes. *Teog.* 821-2, Apolod. 2.1.2, Sóf. *Ed. Col.* 1574 respectivamente.
15 Hes. *Teog.* 123.
16 Ibid. 124-5.
17 Ibid. 126-32.
18 Orphica fr. 28 Kern, Museo 2B14 DK, Epiménides 3B5 DK.
19 Arist. *Aves* 693-702.
20 Orphica fr. 54 Kern.
21 Cf., por ejemplo, la discusión de Aristóteles sobre los filósofos antiguos y sus ideas acerca del primer principio en *Metafísica* 1.3.
22 Ov. *Met.* I 5-31.
23 Cornuto 85; sobre el vacío, Aristóteles *Física* 4.1, 208b31.
24 Ps. Cipriano *Génesis* 3 (vol. 2, p. 283 Hertel).
25 Hom. *Il.* XIV 256-61.
26 Hes. *Teog.* 224.
27 Cf. Hom. Il. 8.488, Eur. *Orest.* 175 y ss.
28 Westermann Mythographi, p. 379, Disc. 54.
29 Paus. I.40.5.
30 Hes. *Teog.* 211-25.
31 *Ciprias* fr. 1 Davies.
32 Fábula 124 Esopo Chambry, cf. Babrio 59, Luciano *Dial. dios.* 28.2, *Nigrino* 32.
33 Aristóteles *Partes de los animales* 3.2.
34 Aristid. *Discursos* 28.136.
35 Hes. *Teog.* 217 y 903 respectivamente.
36 Pínd. *Ol.* I.26-7.
37 Esq. *Eum.* 723-8.
38 Apolod. 1.6.2, 1.6.3.
39 Hom. *Il.* XXIV 49, XXIV 209-10 (cf. 20.127-8), *Od.* VII 197-8.
40 Hes. *Teog.* 905, *Escudo* 258-60, Apolod. 1.3.1, etc.

41 Séneca *Apocol.* 4, Estacio *Tebaida* 8.59, *iterataque pensa Sororum* (sobre la vuelta de Eurídice con Orfeo).

42 Isidoro *Etimologías* 8.11.93, cf. Antol. Latin. 792 Riese *(tres sunt fatales quae ducunt fila sorores;/ Clotho baiulat, Lachesis trahit, Atropos occat).*

43 Ps. Aristóteles *Acerca del universo* 7.401b18 y ss.

44 Pl. *Rep.* 617cd, 620de.

45 Hig. *Fáb.* 277.

46 Hes. *Teog.* 215-6 (Hespérides), 334-5 (serpiente), Eur. *Hipól.* 742-3, *Heracles* 394-9, A.R. 4.1396-9 (la primera mención de la serpiente con el nombre de Ladón) con escolios. Ibid., Apolod. 2.5.11, etc.

47 Fer. 3F16.

48 A.R. 4.1427-8, Apolod. 2.5.11, Hes. fr. 360 (dudoso).

49 Hes. *Teog.* 758-61.

50 Ibid. 762-6.

51 Hom. *Il.* XVI 666-83.

52 Hom. *Il.* XIV 229-91.

53 Licimnio 771 *PMG,* Diogeniano 4.60.

54 Ov. *Met.* XI 592 y ss, cf. Estacio *Teb.* X 76 y ss.

55 Fer. 3F119.

56 Eur. *Alc.* 1139-42.

57 Proclo a *Ciprias.*

58 Hom. *Il.* XI 3-14.

59 Hes. *Teog.* 226-32.

60 Hom. *Il.* XIX 91-4, cf. Pl. *Banq.* 195de.

61 Hom. *Il.* XIX 95-131.

62 Apolod. 3.12.3.

63 Hes. *Trabajos y días* 802-4.

64 Eustacio sobre *Il.* XVII 476 (= Alcmán 61).

65 Paus. 1.22.3 y 3-11-9 respectivamente.

66 Hom. Il. III 103-7, cf. XIX 258-60 (La Tierra invocada como testigo de juramentos junto a Zeus, Helios y las Erinias).

67 *Himn. hom. a Gea,* 1-10.

68 Hes. *Teog.* 132-88.

69 Cf. P. Grimal (ed.), *Larousse World Mythology,* 1965, 35 (egipcia), 493 (maorí).

70 Hes. *Teog.* 453 y ss.

71 H.G. Güterloch, *Kumarbi,* Zurich, 1946.

72 Cf. P. Grimal (ed.) *Larousse World Mythology,* 1965, 73-6; Hes. *Teogony,* ed. M.L. West, 1966, 20-1.

73 Cf. M.L. West 22-7.

74 Hes. *Teog.* 424, 486.

75 Hes. *Teog.* 207-10; el sentido de la primera etimología es oscuro, cf. West acerca del verso 209.

76 Olimpiodoro sobre el *Fedro* de Platón, 41 Westerink (= Orph. Fr. 220 Kern); alusión en Platón *Leyes* 701c y probable alusión en Pind. fr. 133.

77 Hes. *Teog.* 133-8.

[78] Hom. *Il.* VIII 478-81, XIV 203-4 y 274, XV 224-5; los dioses expulsados reciben el nombre de Titanes, XIV 279.
[79] Hom. *Il.* VIII 479.
[80] Hes. *Teog.* 337 y ss., Hom. *Il.* XXI 195-7.
[81] Hom. *Il.* XIV201.
[82] Hes. *Teog.* 389-98.
[83] Apolod. 1.1.4.
[84] Helios como hijo de Hiperión, Hom. *Od.* XII 176, *Himn. hom. a Deméter* 26, 74; Hiperión como advocación de Helios, Hom. *Il.* VIII 480, *Himn. hom. a Apolo* 369.
[85] Apolod. 1.1.3.
[86] Hes. *Teog.* 182-7.
[87] Hom. *Il.* IX.447-57 y IX 571-2.
[88] Hom. *Od.* II 132-6, XI 277-80.
[89] *Tebaida* fr. 2 Davies.
[90] Hom. *Il.* XIX 259-60 (cf. III 278-9, en donde no se la nombra directamente).
[91] Hes. *Trab.* 802-4.
[92] Hom. *Od.* XVII 475.
[93] Hom. *Il.* XIX 418.
[94] Heráclito 22B94 DK.
[95] Esq. *Eum.* 51 ss.
[96] Apolod. 1.1.4; los tres nombres se encuentran en *Eneida,* VII 324, VI 571, XII 846 respectivamente.
[97] Esq. *Eum.* 416, cf. Lic. 437, Serv. *En.*7. 327, Sóf. *Ed. Col.* 40 y 106.
[98] Hes. *Teog.* 133.
[99] Hom. Il. 14.197-204; Fer. 3F18a.
[100] Esq. *Prom. enc.* 286 y ss.
[101] Hig. *Astr.* 2.1.
[102] Hes. *Teog.* 337-70; sobre las Oceánides, 347.
[103] Hom. *Od.* VII 245; Hes. *Teog.* 359, 1017-18.
[104] Hes. *Teog.* 361.
[105] *Himn. hom. a Deméter* 417-24.
[106] Apolod. 1.4.5, Hes. *Teog.* 243.
[107] D.S. 5.23.3, Hig. *Fáb.* 154; ya implícito en Eur. *Hipól.* 735-41.
[108] Heródoto 3.115.
[109] Arato 360.
[110] Ov. *Met.* VIII 576 89.
[111] Ibid. VIII 590-610.
[112] Mosco 6, Virg. *En.* III 694-6; alusiones más antiguas, Íbico 42, Pínd. *Nem.* I 1-2.
[113] Ov. *Met.* V 572-641.
[114] Paus. 5.7.2-3.
[115] Hom. *Il.* XXII 147-52, XX 73-4.
[116] Ibid. XXI 130-2.
[117] Ibid. XXI 209-382.
[118] Apolod. 3.12.1-2.

119 Aristóteles *Investigación sobre los animales* 3.12, 519a16, Eliano, *Historia de los animales* 8.21; tres diosas se tiñen el pelo en él, escol. a *Il.* XXI 1, sólo Afrodita Eustacio a Hom. 1197.
120 Hes. *Teog.* 371-4.
121 Pínd. *Ol.* VII 54-76.
122 Eur. *Faetonte* fr. 781.10-12 Nauck, cf. Eratóst. 24 (citando a Esquilo, pero ha debido tomar de otra fuente la parte de la historia en la que identifica a ambos dioses). Para el brillo de Apolo, cf. *Himn. hom. a Apolo* 440-7.
123 *Himn. hom. a Helios* (a través del cielo en su carro, etc.), Eur. *Ion* 82 (carro de cuatro caballos), 122 (alas), Ov. *Met.* II 153-4; asimismo Hig. *Fáb.* 183 (los nombres de los cuatro caballos), Eur. fr. 779.8 Nauck.
124 Hom. *Il.* VIII 485, Esq. fr. 186 Nauck (se lava él y lava sus caballos en el mar occidental después de su viaje); para la copa del sol, cf. Ateneo 11.469d y ss, en donde se cita una serie de poetas desde Estesícoro (= 185) y Mimnermo (= 12) en adelante.
125 Hom. *Od* .XII 127-41, 260-425.
126 Ibid. VIII 267-71, *Himn. hom. a Deméter* 62-81.
127 Teócrito XXV 118-37.
128 Hes. *Teog.* 956-7, Hom. *Od.* X 136-9; Pasífae como hija legítima de Helios, cf. Apolod. 1.9.1.
129 Hom. *Od.* XII 132-3.
130 Eur. fr. 771 Nauck, Ov. *Met.* I 750 y ss.
131 Hes. fr 311 (= Hig. *Fáb.* 154).
132 Ov. *Met.* I 750- II 324, cf. Eur. *Faetonte* fr., Lucrecio V 396-405, Hig. *Fáb.* 154.
133 Hig. *Fáb.* 152A.
134 Ibid. 154, Eur. *Hippol.* 737-41, A.R. 4.603-11, D.S. 5.23.3-4, Ov. *Met.* 2.340-66.
135 Hig. *Fáb.* 152A.
136 Ibid. 154, Ov. *Met.* II 367-80, Virg. *En.* X 189-93.
137 Claudiano 6. 173 y ss, Serv. *En.* 10.189.
138 Ov. *Met.* IV 190-270, Westermann, anón. p. 348.
139 Las fuentes artísticas aportan más en este punto que las literarias, cf., por ejemplo, Pínd. *Ol.* III 19-20, Ov. *Fast.* 4.374, Serv. *En.* 5.721.
140 *Himn. hom. a Selene* (engendra a Paudia con Zeus, 14-16).
141 Virg. *Geórg.* III 191-3, con Serv. ad loc. Referido a Nicyro.
142 *Himn. hom. a Hermes* 99-100.
143 *Himn. hom. a Helios* 4-7.
144 Eur. *Fen.* 175 con escol., escol. a Arato 445.
145 Alcmán 57.
146 Esq. fr. 170 Nauck.
147 Teócr. II 10-11, etc.
148 Hom. *Od.* II 1, *Il.* XIX 1 respectivamente.
149 Hom. *Il.* XI 1-2, *Od.* V 1-2.
150 Hom. *Il.* XX 236-7, Apolod. 3.12.3, escol. a *Il.* XI 5.
151 *Himn. hom. a Afrodita* 218-38; alusiones en Safo 58, Mimn. 4.
152 Helánico 4F140, escol. a Lic. 18, Serv. *Geórg.* III 328.
153 Hom. *Il* 3.150-3.
154 Escol. a *Il.* XI 1.

155 Hes. *Teog.* 984-5.
156 Hom. *Od.* V 121-4.
157 Ibid. XV 249-51.
158 Hes. *Teog.* 986-91.
159 Apolod. 1.4.4.
160 Hes. *Teog.* 378-82.
161 Apolod. 1.7.4; escol. a *Il.* X 267 respectivamente.
162 Hom. *Il.* XXIII 193-218.
163 Eolo, Hom. *Od.* X 21 ss.
164 Hes. *Teog.* 375-7.
165 Ibid. 383-5.
166 Ibid. 386-403.
167 Ibid. 782-806.
168 Ibid. 377, 404-12.
169 Ibid. 507-12.
170 Ibid. 514-16.
171 Apolod. 1.2.3.
172 Hig. *Fáb.* 150.
173 Hes. *Teog.* 517-20, Hom. *Od.* I 52-4.
174 Paus. 5.11.5; 5.18.4.
175 Hdt. 4.184.
176 Hes. *Teog.* 233-9.
177 Ibid. 234-6.
178 Nereo como Viejo del mar, Hom. *Od.* XXIV 58, cf. *Il.* I 358, XVIII 36, etc.; Proteo, *Od.* IV 365; Forcis, *Od.* XIII 96, 345.
179 Fer. 3F16, Apolod. 2.5.11.
180 Paniasis fr. 7A Davies (de Ateneo 11.469d).
181 Horacio *Odas* 1.15.
182 El. *N.A.* 14.28, Luciano *Tragodop.* 87.
183 Hes. *Teog.* 240-64.
184 Hom. *Il.* XVIII 36-8, 49-50, Hdt. 7.191 (los persas le ofrecen sacrificios), Eur. *Ion* 1078-86 (sale del mar para bailar), *Ifigenia en el país de los tauros* 427-9, *If. Aul.* 1054-7; Ov. *Met.* II 11-14; Teócr. VII 59-6 (con alciones en las olas).
185 Hes. *Teog.* 243-64, cf. Hom. *Il.* XVIII 38-49, Apolod. 1.2.7, Hig. *Fáb.* Pref.
186 Hom. *Il.* XVIII 65 y ss, *Od.* XXIV 47 y ss, A.R. 4.843 y ss, 930 y ss.
187 Pínd. *Íst.* VIII 28-48, cf. Apolod. 3.13.5 (con variaciones).
188 Pínd. *Nem.* V 34-7.
189 Esq. *Prom. enc.* 209-10.
190 Ibid. 755-70, 944 y ss, cf. Apolod. 3.13.5, Hig. *Fáb.* 54, *Astr.* 15.
191 Esq. fr. 306 Radt. Con escol. a Pínd. *Íst.* VIII 56b y Serv. *Buc.* VI 42.
192 *Ciprias* fr. 2 Davies, Hes. *Teog.* fr 210, cf. escol. a A.R. 4.790 (versión mixta en la que Zeus persiste hasta que recibe la profecía de Themis), Apolod. 3.13.5; Hom. *Il.* XXIV 59-60 (Tetis criada por Hera).
193 Pínd. *Nem.* IV 62-8 y escol. a III 35-6; asimismo escol. a Sóf. fr. 561 Nauck, Eur. fr. 1093 Nauck, Apolod. 3.13.5.

194 Paus. 5.18.5.
195 Hdt. 7.191, Eur. *Yróm.* 1265-8.
196 Ecol. a A.R. 1.582, escol. a Lic. 175.
197 Apolod. 3.13.5, escol. a Lic. 178.
198 Ov. *Met.* XI 235-406.
199 Pínd. *Pít.* III 87 y ss, Apolod. 3.13.4, etc..
200 Hom. *Il.* XXIV 59-63.
201 Pínd. *Pít.* III 88-95.
202 Hes. fr. 300.
203 Lic. 177-90.
204 A.R. 4.866-79, Apolod. 3.13.6, escol. a Lic. 178.
205 Filóxeno *Cíclope* fr. 815-24 *PMG.*
206 Teócr. XI 11 y ss.
207 Ov. *Met.* XIII 750-897, cf. Silvio Itálico 14.221 y ss, Serv. *Buc.* VII 37, IX 39.
208 Et. Magn. s.v. Galatia (citando a Timeo), D.S. 5.24.
209 Parten. *Disc.* 30, *Et. Magn.* s.v. Keltoi.
210 El. *N.A.* 14.28.
211 Hes. *Teog.* 265-9.
212 Calímaco, *Himno* IV 228-39.
213 Para Zeus, Hom. *Il.* II 786 y ss, VIII 397 y ss, XI 85 y ss, XV 143 y ss, XXIV 74 y ss, 143 y ss; para Hera, XVIII 166 y ss; concita los vientos XXIII 198 y ss; actúa por iniciativa propia, III 121 y ss, V 353y ss; con alas doradas, VIII398, XI 185.
214 Proclo acerca de las *Ciprias;* para otras apariciones, cf *Him. hom. a Deméter* 314fss, *Him. hom. a Apolo* 102 y ss.
215 A.R. 2.284-300.
216 Hes. *Teog.* 782 y ss.
217 Alceo 327.
218 Citado por Ateneo, 14.645b.
219 Hom. *Od.* I 241-3.
220 Ibid. XIV 371.
221 Ibid. XX 63-78.
222 Hes. *Teog.* 267, cf. Apolod. 1.9.21 (con variaciones); Celeno en Virg. *En.* III 211, Hig. *Fáb.* 14.
223 A.R. 2.188-93, cf. Apolod. 1.9.21, Hig. *Fáb.* 14, 18.
224 Esq. *Eum* 50-1.
225 Virg. *En.* 3.210-62.
226 Hom. Il. XVI 148-51.
227 Suid. s.v. Cílaro citando a Estesícoro; escolio a *Il.* XXIII 346, Q.S. 4.569-70.
228 Hes. *Teog.* 270-336.
229 Ibid. 270-1.
230 Ibid. 273, cf. Fer. 3F11 y Apolod. 2.4.2 (con Dino), Heráclito *De Incred.* 13 (Perso).
231 Fer. 3F11.
232 Esq. *Fórcides* fr., cf. *Prom. enc.* 792-800 (con un solo diente y un solo ojo, viven cerca de las gorgonas).
233 Hes. *Teog.* 274-8.
234 *Ciprias* fr. 26 Davies.

235 Fer. 3F11, Apolod. 2.4.2, escol. a Pínd. *Pít.* X 72b.
236 Esq. *Prom. enc.*788 y ss.
237 Hes. *Teog.* 276-7, cf. Fer. 3F11 (Hermes y Atenea indica a Perseo que es la única gorgona mortal), Apolod. 2.4.2.
238 Hes. *Teog.* 276-83.
239 Ibíd. 283, 287-8.
240 Hom. *Il.* V 738-42, XI 32-7.
241 Fer. 3F11, Apolod. 2.4.3.
242 Hom. *Il.* XI 36-7.
243 Eur. *Ion* 987-96.
244 Ov. *Met.* IV 790-803.
245 Apolod. 2.4.3.
246 Eur. *Ion* 999-1005.
247 Paus. 2.21.6.
248 Hes. *Teog.* 287-8.
249 Estes. 186 (seis brazos, seis piernas y alado), Esq. *Ag.* 870 y Eur. *Heracles* 423-4 (con tres cuerpos), Apolod. 2.5.10 (tres cuerpos unidos por la cintura).
250 Hdt. 4.8, Estr. 3.2.11, 3.5.4, Apolod. 2.5.10, Plinio *Hist. nat.* 4.120.
251 Hecateo 1F26.
252 Hes. *Teog.* 295-305.
253 Apolod. 2.1.2.
254 Hes. *Teog.* 306-18.
255 Cincuenta cabezas, Hes. *Teog.* 312, Simón. 569; cien, Pínd. fr. 249a SM, Horacio *Oda* II 13.34; nueve, Alceo 443.
256 Sóf. *Traq.* 1098, Eur. *Heracles,* 611, Apolod. 2.5.2, Virg. *En.* 6.417-18, Hig. *Fáb.* 15., etc.
257 Hom. *Il.* VIII 367-8, *Od.* XI 623-6.
258 Hes. *Teog.* 313-15.
259 Ibíd. 319-25, cf. la descripción en *Il.* VI 179-82, y Apolod. 2.3.1.
260 Hes. *Teog.* 326-32.
261 Pínd. *Íst.* 6.47-8, Baquílides XIII 46-54.
262 Hes. *Teog.* 333-6; llamada por primera vez Ladón, A.R. 4.1396; con cien cabezas según Fer. 3F16b, cf. Apolod. 2.5.11.
263 Hom. *Od.* I 70-3.
264 De Hécate, cf. Acus. 2F42, A.R. 4.828-9; de Crataide, Apolod. *Epít.* 7.20.
265 Lic. 44-8 y escol.

Capítulo III. El ascenso de Zeus y las rebeliones contra su dominio

1 Sólo se puede incluir a Afrodita entre las jóvenes divinidades olímpicas si se la considera hija de Zeus y Dione; si nació de la espuma marina que rodeaba los genitales cortados de Urano, de acuerdo con la versión de Hesíodo (cf p. 67), nació antes que cualquiera de las divinidades olímpicas (aunque de hecho esto no suponga nada).
2 Hes. *Teog.* 132-53.
3 Ibíd. 138-46.

4 Por primera vez en Calímaco *Himn* III 46y ss, cf. Virg. *En.* 8.416y ss.
5 Apolod. 3.10.4; ya en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, cf. frs. 52 y 54.
6 Pínd. fr. 266 SM.
7 Eratóst. 39, Hig. *Astr.* 2.39.
8 Paus. 2.2.2.
9 Helánico 4F88, escolio a Aristid. 52.10, p.408 Dindorf.
10 Polifemo, criatura de un solo ojo, Hom. *Od.* IX 382 y ss, etc.; I.68-72, IX.528-9; Homero no señala nada concreto sobre el aspecto o nacimiento de los Cíclopes, IX 105-15, o después.
11 Paus. 2.16.4, 2.25.7, 7.25.3, Apolod. 2.2.1.
12 Hes. *Teog.* 147-53; llamados *Hekatoncheires*, Paléf. 19, Apolod. 1.1.1.
13 Hom. *Il.*I 402.
14 Hes. *Teog.* 817-19.
15 Hom. *Il.* I 396-406.
16 Ibid. I 403-4.
17 *Titanomaquia* fr. 3 Davies.
18 Paus. 2.1.6.
19 Solino 11.16.
20 Hes. *Teog.* 154-200.
21 Ibid. 453-67.
22 Ibid. 468-91.
23 Ibid. 492-506.
24 Ibid. 617-735.
25 Apolod. 1.1.1-1.2.1.
26 Pínd. *Pít.* IV 289-91, Esq. frs. 190-3 Radt.
27 Hes. *Trabajos y días* 109-120, cf. Ov. *Met.* 1.89-112.
28 Hes. *Trabajos y días* 109-201, cf. Arato 100-36, Ov. *Met.* I 89-150.
29 Raza de plata, Hes. *Trabajos y días* 121-42.
30 Hes. *Trabajos y días* 143-55.
31 Ibid. 156-73.
32 Ibid. 174-201.
33 Pínd. *Ol.* II 70-7.
34 Hes. *Trabajos y días* 169-169e.
35 Plut. *Moralia* 419e-420a.
36 Virg. *En.* VIII 319 y ss, 355-8; asimismo D.H. *Ant. Rom.* 1.34.5, 1.36.1 (Edad de Oro en Italia bajo el reinado de Crono), Evémero 63F16.
37 Paus. 1.18.7, escolio a Pínd. *Ol.* V 10.
38 Paus. 8.36.2-3.
39 D.S. 5.66.1, la morada de Rea en Cnosos.
40 *Himn. hom. a Deméter* 441-70.
41 Baquílides fr. 42 SM.
42 Prob. *Geórg* III 92-4.
43 A.R. 2.1231-41.
44 Hig. *Fáb.* 138.
45 Hes. *Teog.* 1001-2, Pínd. *Pít.* 6.2.2, cf. Fer. 3F50.
46 Hom. *Il.* XV 307-10, II 447-9 respectivamente.

[47] Hom. *Il.* XVII 593-6, IV 164-8.
[48] Atenea, Hom. *Il.* II 456-52, V 733-42, XVIII 203-6, XXI 400-2; Apolo, XV 229-30 junto a 318-22, y XXIV 18-21.
[49] Hes. fr. 343.
[50] Hes. *Teog.* 477-84.
[51] Dicte e Ida mencionadas como localizaciones alternativas, Calímaco *Himno* I 4-6; Ida. Pínd. *Ol.* V 40-1, Dicte por vez primera en Calímaco, l.c, A.R. 1.509 y 1130, Arat. 33 (donde por error se sitúa en un lugar cercano al Ida).
[52] Museo 2B8 DK (de Eratóst. 13), Ov. *Fast.* 5.111-21, Hig. *Fáb* 139.
[53] Calímaco *Himno I* 46-9 (amamantado por Amaltea), Apolod. 1.1.6-7 (Adrastea e Ida, hijas de Meliseo, alimentan a Zeus con la leche de Amaltea), Hig. *Astr.* 2.13 (similar, pero no se menciona a las hijas de Meliseo); cf. A.R. 3.132-6 (Adrastea cría a Zeus), D.S. 5.70.3 (no se nombra a las ninfas), escolio a *Od.* 5.272 y escolio a Arat. 46 (Hélice y Cinosura).
[54] Aten. 375f, 491a.
[55] Cal. *Himno* I 51-3 (la más Antigua fuente que conservamos), D.S. 5.65.4, Apolod. 1.1.7, Lucrecio II 633-9, Ovidio *Fastos* 4.207-10 (aquí con los Coribantes). Cf asimismo Epiménides 3B22, Eur. fr. 472 Nauck, Corina 654.12-16.
[56] Hig. *Fáb.* 139.
[57] Ant. Lib. 19.
[58] Eratóst. 13, Hig. *Astr.* 2.13.
[59] Escolio a Arat. 46.
[60] Eratóst. 30, Hig. *Astr.* 2.16.
[61] Paus. 8.38.2-3, 8.41.2.
[62] Paus. 4.33.1.
[63] Hom. *Il.* XV 187-93, cf. Apolod. 1.2.1.
[64] Hom. *Il.* XIV 313-28.
[65] Hes. *Teog.* 886-900, cf. Apolod. 1.3.6.
[66] Hes. fr. 343.
[67] Hes. *Teog.* 901-6.
[68] Pínd. fr. 30 SM.
[69] Proclo a *Ciprias, Himn. hom. a Crono* 2-3.
[70] Sobre el relevo en Delfos, cf. Esq. *Eum.* 1-8, Paus. 10.5.3.
[71] Hom. *Il.* XV 87-9, XX 4-6, *Od.* II 68-9.
[72] Hes. *Teog.* 907-11.
[73] Ibid. 912-14.
[74] Ibid. 915-17.
[75] Ibid. 918-20.
[76] Ibid. 921-3.
[77] Hom. *Il.* XIV 293-6.
[78] Hes. *Teog.* 922-9.
[79] Hom. *Od.* VIII 312 (Hefesto indica que tenía dos padres) asimismo *Il.* I 577-9, XIV 338.
[80] Hom. *Il.* IV 2-3, V 905, V 722; Apolod. 1.3.5 señala que la versión homérica es diferente a la de Hesíodo.
[81] Paus. 6.20.2-6.
[82] Hom. *Il.* XI 270, Paus. 1.44.3 (santuario de Ilitía en Mégara).

83 Hes. *Teog.* 353, 17.
84 Hom. *Il.* V 370-4.
85 *Himn. hom. Apolo* 93.
86 Estr. 7.7.12.
87 Fer. 3F90, Apolod. 1.1.3.
88 Pínd. *Ol.* X 49, Hdt. 2.7, 6.108, Tuc. 6.54.
89 Escolio a A.R. 2.533.
90 Escolio a Pínd. *Ol.* V10a (= Herodoro 31F34a).
91 Hom. *Il.* V 339-42.
92 Ibid. VIII 19-27.
93 Ibid. I 396-405.
94 Hes. *Teog.* 823-35.
95 Ant. Lib. 28, citando a Nicyro.
96 Apolod. 1.6.3.
97 Hes. *Teog.* 836-68.
98 Ibid. 869-80.
99 Apolod. 1.6.1-3.
100 *Him. hom. Apolo* 305-55, cf. Estes. 239 para las circunstancias de su nacimiento.
101 Escolio a *Il.* II 783.
102 Apolod. 1.6.3.
103 Pínd. fr 91 SM.
104 Ant. Lib. 28, citando a Nicyro, cf. Ov. *Met.* V 318-31.
105 Hom. *Il* XV 237, Arist. *Aves* 516.
106 Hdt. 2.156.
107 Ov. *Met.* V 329.
108 Hig. *Astr.* 2.28.
109 Hom. *Il.* II 781-3.
110 Hes. *Teog.* 304.
111 Cf. comentario de West a *Teog.* l.c.
112 Pínd. *Pít.* VIII 16, *Pít.* I 16-17, cf. Esq. *Prom. enc.* 351-2.
113 J. B. Pritchard (ed.), *Ancient Near Eastern Texts,* Princeton 1955, 125-6.
114 Pínd. *Pít.* I 19-29, Esq. *Prom. enc.* 363-7.
115 Fer. 3F54.
116 Hes. *Teog.* 180-6.
117 Claudiano *Gigantomaquia* 6-14.
118 Hes. *Teog.* 954.
119 Hom. *Od.* X 119-20, VII 201-6, VII 58-60 respectivamente.
120 Escolio a *Il.* XIV 295 (= Euforión fr. 99 Powell).
121 Jenófanes 21B1.19-24.
122 Pínd. *Nem.* I 67-9, *Pít.* 8.12-13, Hes. fr. 43.ª 63-5.
123 Paus. 8.29.1, D.S. 4.21.5-7 (cf. 5.71.4) respectivamente.
124 Apolod. 1.6.1.
125 Escolio a Pínd. *Nem.* I 101.
126 Pínd. *Pít.* VIII 12-13, Arist. *Aves* 1249-52.
127 Apolod. 1.6.1.

128 Escolio a Pínd. *Íst.* V 47.
129 Pínd. *Íst.* VI 31-5, *Nem.* IV 25-30.
130 Escolio a Pínd. *Nem.* IV 43.
131 Apolod. 1.6.2.
132 A.R. 3.1225-7, Claudiano *Gigantomaquia* 85-91.
133 Eurípides menciona que Atenea mata a Encélado *Heracles* 906-9. La localización en Sicilia debió de ser introducida por Calímaco, cf. fr. 1 y escolio a Pínd. *Pít.* IV 11.
134 Esq. *Siete contra Tebas* 424, cf. *Ag.* 692 (Céfiro).
135 Con serpientes, Apolod. 1.6.1 (un rasgo tardío), Ov. *Met.* I 184, Claudiano *Gigantomaquia* 80-1; Paus. 8.29.3 señala que es absurdo.
136 Apolod. 1.6.1, 3.
137 Hes. *Teog.* 820-3.
138 Hom. *Od.* XI 305-8, Hes. fr. 19.
139 Apolod. 1.7.4.
140 Escolio a A.R. 1.482, citando a Eratóstenes.
141 Hom. *Od.* XI 306-20.
142 Apolod. 1.7.4, Hig. *Fáb.* 28.
143 Apolod. 1.7.4, escolio a *Il.* V 385, escolio a Pínd. *Pít.* IV 156a.
144 Pínd. *Pít.* IV 88-9.
145 Hig. *Fáb.* 28; Virg. *En.* 6.582 indica que fueron confinados en el Tártaro, pero no da detalles.
146 Hom. *Il.* V 385-91.
147 Escolio a *Il.* V 385.
148 Paus. 9.29.1-2.
149 D.S. 5.50.6-55.2, cf. Parten. 19.
150 Paus. 9.22.5, Serv. *En.* III 578 respectivamente.
151 Paus. 10.28.4.
152 Hes. *Teog.* 535-60.
153 Ibid. 561-612.
154 Ibid. 521-31.
155 Hes. *Trabajos y días* 42-58.
156 Ibid. 59-82.
157 Ibid. 83-9.
158 Hes. *Teog.* 511-14.
159 Hes. *Trabajos y días* 90-105.
160 Hom. *Il.* XXIV 525-33.
161 Esq. *Prom. enc.* 1-87.
162 Ibid. 7-11, 107-13.
163 Ibid. 197-241.
164 Ibid. 441-506.
165 Ibid. 907-19, junto a 209-13, 515-25; se menciona el secreto de un modo oscuro, no abiertamente.
166 Ibid. 944-1093.
167 Esq. *Prometeo desencadenado,* frs; en el Cáucaso, fr 199 Radt (de Estr. 4.1.7), atormentado por el águila, fr. 193 (cf. Cic. *Tusc.* 2.22-5), coro de Titanes, fr. 190.
168 Apolod. 1.7.1, 2.5.11, D.S. 4.15.2, Hig. *Astr.* 2.15, etc.

[169] Hes. fr. 2.
[170] Esq. *Prom. enc.* 560, Acus. 2F34.
[171] Filemón 89, Horacio *Oda* I 16.13-16, Apolod. 1.7.1, Hig. *Fáb.* 142.
[172] Paus. 1 0. 4. 3.
[173] Paus. 1. 30. 2, escolio a Sóf. *Ed. Col.* 55.

Capítulo IV. Los hermanos y hermanas de Zeus

[1] Hom. *Il.* XIII 21-2.
[2] Hdt. 7.129.
[3] Pínd. *Íst.* VII 34, Esq. *Prom. enc.* 924-5.
[4] Hom. *Il.* XIII 17-30.
[5] *Him. hom. a Poseidón* 1-5.
[6] Hom. *Il.* VII 445, 1343.
[7] Hom. *Od.* V 291-8.
[8] Hdt. 7.192.
[9] Tuc. 1.128.
[10] Jen. *Hel.* 4.7.4, Paus. 3.11.9.
[11] *Him. hom. a Poseidón* 5.
[12] *Him. hom. a Apolo* 230-38. La naturaleza y cometido del rito no están claros, pero no parece muy plausible que el carro dañado estuviera dedicado al dios y se encontrara en la arboleda.
[13] Paus. 8.25.4-7; cf. Apolod. 3.6.8 (Deméter se unió a él bajo la apariencia de una Erinia).
[14] Paus. 8.25.10; escolio a *Il.* XV 639 y XXIII 346 (Copreo).
[15] Escolio a *Il.* XXIII 346 y 347 respectivamente.
[16] Paus. 8.42.1-4.
[17] Paus. 8.8.1-2.
[18] Escolio a Pínd. *Pít.* IV 138 (ambas versiones son tesalias), escolio a Estacio *Tebaida* 4.43 (golpe de tridente).
[19] Serv. *Geórg.* I.12, Tzetz. Lic. 766 (en Colono, también llamado Escironite).
[20] Apolod. 3.14.1, cf. Hig. *Fáb.* 164 (Zeus manda a Hermes para detener a Poseidón); Paus. 1.26.6 (marca de tridente y mar de Erecteo).
[21] Virg. *Geórg.* I12-14 con Servio en I 12, Vat. Myth. 1.2.
[22] Ov. *Met.* VI 72-82.
[23] Hig. *Fáb.* 164 (Zeus), Jen. *Rec.* 3.5.10 (Cécrope), Apolod. 3.14.1 (Cécrope y Cránao, o Erisictión, como variantes).
[24] Varrón en Agustín *Ciudad de Dios* 18.9.
[25] Paus. 1.26.6, Hdt. 8.55.
[26] Paus. 2.15.5.
[27] Paus. 2.22.5.
[28] Plut. *Moralia* 741a.
[29] Paus. 2.30.6.
[30] Paus. 2.32.7.
[31] Paus. 2.1.6.
[32] Hom. *Il.* XXI 441-57. Sin embargo, Apolo fue un firme defensor de los troyanos.

33 Hom. *Il.* VII 445-53.
34 Ibid. XIII-XIV; Zeus le avisa, XV 185 y ss.
35 Hom. *Od.* I 19-21 y 68 y ss, V 286 y ss, etc.
36 Ibid. XIII 128 y ss.
37 Nereida, Hes. *Teog.* 243; consorte de Poseidón, ibid. 931-4, Pínd. *Ol.* VI 104-5, Baq. XVII 109-11; presentada como madre de las Nereidas, Mel. adesp. 21; aparece como una gran diosa de los mares en cuatro ocasiones en la *Odisea,* III 91, V 421-2, XII 60, XII 97.
38 Escolio a *Od.* III 91.
39 Eratóst. 31, Hig. *Astr.* 2.17.
40 Hes. *Teog.* 930-3.
41 Apolod. 3.15.4 y 1.4.5 respectivamente.
42 Ibid. 3.15.4.
43 Hdt. 4.179, Pínd. *Pít.* IV 28 y ss (no se menciona a Tritón).
44 Virg. *En.* VI 171-4.
45 Hig. *Astr.* 2.23.
46 Paus. 9.21.1.
47 Paus. 9.20.4; sobre Tritón, cf. El. *Misc. hist.* 13.21, Plinio *Hist. nat.* 36.4, 7.
48 Pl. *Gorg.* 493b, *Crat.* 403a.
49 Cf. el testamento de Teofrasto en Diogenes Laercio 5.51.
50 Paus. 6.25.2.
51 Estr. 8.344, Paus. 2.35.5 (Clímeno).
52 Séneca *Herc. fur.* 724-5.
53 Hom. *Od.* XI 9 y ss.
54 Ibid. XXIV 1-14.
55 Hom. *Il.* XXIII 99-101, XVI 855-7, XXII 361-3.
56 Hom. *Od.* X 501-15, XI 13-22.
57 Ibid. XI 23 y ss.
58 Ibid. XI 508-40, 572-5.
59 Hom. *Il.* XXIII 71-4 (río frontera del que no se da nombre), VIII 369 (Estigia), cf. Virg. *En.* VI 384 y ss; Aqueronte como río frontera en Alceo 38, cf. Safo 95 (implícito), Esq. *Siete* 854-60, Paus. 10.28.1, etc.
60 Hom. *Od.* X 513-4.
61 Cf. Pl. *Rep.* 10.621c, Virg. *En.* VI 714-15.
62 Cf. Eur. *Alcest.* 443.
63 Hes. *Teog.* 783-92.
64 Hdt. 6.74.
65 Paus. 8.18.4-6.
66 Aqueronte de Tesprotia, Hdt. 5.92, Paus. 1.17.5 (también menciona el Cócito de Tesprotia), 9.30.3 (oráculo de los muertos en Aorno), Plut. *Cimon* 6 (en el Aqueronte cerca de Heraclea); Aqueronte en Élide, Estr. 8.344.
67 Teogn. 705-6, Arist. *Ranas* 186.
68 Pl. *Rep.* 621a.
69 Ed. G. Pugliese Carratelli, *Parola del Passato,* 154-5, 1974, pp. 10-11; traducción al inglés en W. Burkert, *Greek Religión,* Cambridge, Mass., 1985, p. 293.
70 Paus. 9.39.4.

71 Puertas del Hades, Hom. *Il.* V 644-6, cf. XXIII 71, Hes. *Teog.* 773, Hades como guardián de las puertas, Hom. *Il.* VIII 367, XIII 415.
72 Hom. *Il.* XXII 52, *Od.* XXIV 204.
73 Hes. *Teog.* 767-73.
74 Hom. *Od.* XXIV 11-14.
75 Esq. *Coéf.* 622, cf. Sóf. *Áyax* 831-4, Eur. *Alc.* 743-4.
76 Hom. *Il.* XXIII 100.
77 Ibid. XXII 362-3, *Od.* XI 222.
78 Hom. *Il.* XXIII 71-4.
79 Hom. *Od.* XI 51-80.
80 *Minias* fr. 1 Davies (de Paus. 10.28.1).
81 *Him. hom. a Deméter* 334 y ss.
82 Quizá también Atenea, si realmente acompañó a Heracles en la captura de Cerbero, Hom. *Od.* XI 623-6.
83 Arist. *Ranas* 180-270, Virg. *En.* VI 295-38, Luciano *Diál. muer.* 4, 10, 22.
84 Serv. *En.* VI 392.
85 Hom. *Od.* X 492-5, XI 476; ejemplos de acción espontánea en *Il.* XXIII 72-3, *Od.* XI 36-50.
86 Esq. *Supl.* 231, Pínd. *Ol.* II 59.
87 Hom. *Od.* XI 568-71.
88 Hom. *Il.* XIX 259-60, cf. III 278-9.
89 Hom. *Od.* IV 561-9 (564-8 citados).
90 Pínd. *Ol.* II 75-7, cf. Hes. *Trabajos y días* 169ad.
91 Pínd. *Ol.* II 78-9 (Peleo, Cadmo, Aquiles), Íbico 291 (Aquiles y Medea), 294 (Diomedes), Eur. *Bac.* 1338-9 (Cadmo y Harmonía), Ant. Lib. 33 (Alcmena).
92 Pínd. *Ol.* II 70-4, fr. 129 SM.
93 Ibid. 2.63-5.
94 Aquiles en Leuce, Proclo en *Etiópida*, Pínd. *Nem.* IV 49, Eur. *Iph. taur.* 436-8, Apolod. *Epít.* 5.5; Leónimo (cf p. 583) para los héroes que participaron en la guerra de Troya y acabaron en la isla, Paus. 3.19.12; más en Filóstr. *Her.* 20.32-40.
95 Virg. *En.* VI 542, 744.
96 Hom. *Od.* XI 575-81, cf. Apolod. 1.4.1, Virg. *En.* VI 595-600.
97 Hom. *Od.* XI 582-92, cf. Apolod. *Epít.* 1.24.
98 Hom. *Od.* XI 593-600; había escapado a la muerte la primera vez, Fer. 3F119; asimismo, Apolod. 1.9.3, Paus. 2.5.1.
99 *Nostoi* fr. 9 Davies (de Ateneo 281b); cf. Alcmán 79, Pínd. *Ol.* I 55-8, Fer. 3F38; «piedra de Tántalo» como proverbio, Arquíloco 91, Pínd. *Íst.* VIII 10.
100 Paus. 10.31.2 (en la pintura de Polignoto), Apolod. *Epít.* 2.1, Hig. *Fáb.* 82.
101 Pínd. *Ol.* I 25-7, 35-51; cf. Apolod. *Epít.* 2.3 (oscuro), Hig. *Fáb.* 83, escolio a Lic. 152.
102 Pínd. *Ol.* I 52-64, escolio a Eur. *Orest.* 10.
103 Eur. *Orest.* 7-10, Ov. *Met.* VI 213, Séneca *Tiestes* 90.
104 Escolio a *Il.* XX 234 citando a Mnáseas, escolio a Pínd. *Ol.* I 97 respectivamente.
105 A.R. 3.61-3, Virg. *Geórg.* III 37-9, Virg. *En.* VI 601.
106 *Miníada* fr. 4 Davies (de Paus. 9.5.4).
107 Virg. *En.* VI 585-6.
108 Ibid. VI 618-20, Val. Flac. 2.192-4.

[109] Virg. *En.* VI 582.
[110] Ps. Pl. *Axiochos* 371 e.
[111] Paus. 10.31.
[112] Paus. 10.29.2, Cratino fr. 348 Kock, D.S. 1.97.2, Plut. *Moralia* 473c.
[113] Pl. *Gorg.* 523be, cf. Eur. *Orest.* 265, ps.Pl. *Axiochos* 37ie, Virg. *En.* VI 577 y ss.
[114] Hom. *Od.* 11.489-91.
[115] Pínd. *Ol.* II 56 y ss.
[116] Pl. *Apol.* 41a, *Gorg.* 523e-524a.
[117] Pl. *Apol.* 41a.
[118] Pl. *Gorg.* 524a, Virg. *En.* VI 430-3, 564-9.
[119] Arist. *Ranas* 465 y ss., Apolod. 3.12.6, Luciano *Diál. muer.* 20.1.
[120] Hom. *Od.* 4.563-4, Pínd. *Ol.* II 75.
[121] Pl. *Rep.* 363a, *Fedón.* 69c, Diog. Laert. 6.39, Plut. fr. 178, Aristid. *Disc.* 22.10; cf. Arist. *Ranas* 145 y ss, 273 y ss.
[122] Ps.Pl. *Axíoco* 372a.
[123] Luciano *Diál. muer.* 30.1.
[124] Pl. *Rep.* 33odc.
[125] Demócrito 68B297 DK, cf. ibid. 199.
[126] Paus. 10.28.4.
[127] Ibid.
[128] Arist. *Ranas* 288-96.
[129] Virg. *En.* 6.133-48 con escolio de Servio.
[130] Ibid. 264-382.
[131] Ibid. 383-547.
[132] Ibid. 624.
[133] Ibid. 548-627.
[134] Ibid. 628-78.
[135] Hom. *Il.* V 395-8; marchó al Olimpo para que Peán lo sanara, ibid. 399-402.
[136] Serv. *Buc.* VII 61.
[137] Hom. *Il.* IX 454-7.
[138] *Him. hom. a Deméter* 1-94.
[139] Baubo, Clem. Alej. *Protrép.* 2.20.
[140] *Him. hom. a Deméter* 93-300.
[141] La mitad del año en cada reino, cf. Ov. *Met.* V 564-67, Hig. *Fáb.* 146.
[142] *Him. hom. a Deméter* 301-489. Para el mito en conjunto, cf. asimismo Apolod. 1.5.1-3, D.S. 5.4-5, Ov. *Met.* V 345-571, *Fastos* 4.417-620.
[143] Ov. *Met.* V 538-50.
[144] Apolod. 1.5.3, 2.5.12.
[145] Opiano *De la caza* 3486 y ss; transformada por Perséfone, Estr. 8.3.14, Ov. *Met.* X 728-30, Focio s.v. *Mintha*.
[146] Cf. Isócr. 28.28, Jen. *Hel.* 6.3.6.
[147] Ant. Lib. 24, Ov. *Met.* V 446-61, cf. Nic. *Ter.* 486 y ss.
[148] *Him. hom. a Deméter* 207-11.
[149] Paus. 1.37.1-2.
[150] Conón 15.

151 Paus. 2.36.7.

152 Paus. 1.14.2.

153 Paus. 1.13.7, cf. Plut. *Pirro* 34.

154 Cf. D.S. 5.4.2.

155 Ov. *Met.* V 409-37.

156 Cicerón *Contra Varrón* 2.4.106; Perséfone raptada cerca de Enna, Ov. *Met.* V 385 y ss, D.S. 5.3.2-3.

157 *Him. hom. a Deméter* 401.

158 Hom. *Od.* XI 46-7, 225-7, 385-6, 633-5.

159 Ibid. X 491-5.

160 Cf. Teognis 702-4, D.S. 4.26.1, Mosco 3.123-4 respectivamente.

161 *Him. hom. a Deméter* 153, 474.

162 Para versiones distintas, cf. Paus. 1.14.2, Apolod. 1.5.2, Serv. *Geórg.* I 19, 1.163; identificado con el niño criado por Deméter, Ov. *Fast.* 4.507 ss, Hig. *Fáb.* 147; para la pradera de Raro, cf. Paus. 1.38.6.

163 Apolod. 1.5.2, Ov. *Met.* V 642-7, D.H. *Ant. rom.* 1.12.

164 Ov. *Met.* V 648-61.

165 Hig. *Astr.* 2.14.

166 Paus. 7.18.2.

167 Hom. *Od.* V125-8.

168 Hes. *Teog.* 969-74.

169 Apolod. 3.12.1, D.H. *Ant. rom.* 1.61.4; desacralización de la imagen cultual, Helánico 4F23, Conón 21; cabellos canos, Ov. *Met.* IX 422.

170 Hes. *Teog.* 971, cf. D.S. 5.77.1.

171 Helánico 4F23, Apolod. 3.12.1, D.S. 5.48.2 (versión excéntrica de la leyenda de Jasión en V 48-9), Ov. *Am.* 3.10.25; hijo de Catreo, hijo de Minos, escolio a *Od.* V 25, cf. escolio a Teócr. III 50.

172 Helánico 4F23, Hes. fr. 177 8-12.

173 Hig. *Astr.* 2.4.

174 Cal. *Himn.* VI 22-115.

175 Lic. 1391-6 con escolios.

176 Erisictón llamado Aitón, Hes. fr. 43a.2-7; Mestra usa sus poderes para asegurarle alimento, Paléf. 23, Lic. l.c.

177 Ov. *Met.* VIII 738-878.

178 Hig. *Astr.* 2.14; Triopas además cometió el sacrilegio en D.S. 5.61.

179 D.S. 3.64.1, escolio a Arist., vol. 3 p.648 Dindorf, Suidas s.v *iacchos*.

180 Arist. *Ranas* 324 y ss, 397 y ss.

181 Hdt. 8.65.

182 Hom. *Il.* 4.8, Hes. *Teog.* 12, cf. *Foronis* fr. 3 Davies; Pínd. *Nem.* X 2.

183 Paus. 2.3 8.2.

184 Paus. 8.2 2.2

185 D. S. 5. 72 . 4.

186 Hom. *Il.* XIV 346-41.

187 Varrón en Lactancio *Inst. div.* 1.17.8, cf. Agustín *Ciudad de Dios* 6.7.

188 Aten. 15.672cd.

189 Paus. 7.4.4.
190 Escolio a *Il.* I 609.
191 Hom. *Il.* XIV 295-6.
192 Cal. fr. 75.4-5, escolio a *Il.* XIV 296.
193 Eubea consagrada a Hera, escolio a A.R. 4.1138; criada allí por Macris, escolio a *Il.* II 535.
194 Estef. Biz. s.v. *Karystos*, *Dirphys* y *Elymnia*.
195 Escolio a Teócr. 15.64, Paus. 2.36.2.
196 Paus. 2.17.4.
197 Plut. *Contra Euseb.* 3.1.6 (= *Sobre las Daidalas de Platea* fr. 3).
198 Paus. 9.3.3-4.
199 Paus. 9.3.1-2.
200 Plut. l.c.
201 Hom. *Il.* XIV 153 y ss.
202 Hom. *Il.* XV 18-28; cf. XIV 253-6, XVIII 117-19, XIX 96 y ss.
203 Transformación de Antígona, Ov. *Met.* VI 93-5, cf. Serv. *En.* I 27, Lactancio *Disc.* 6.1; versión más tardía, Vat. Myth. 1.79.
204 Hes. *Teog.* 454, *Him. hom. a Afrodita* 22-3.
205 Cf. *Him. hom a Hestia* 1-6, Pi. *Nem.* XI 1-9, Arist. *Aves,* 865-7.
206 Arist. *Avispas* 846, Zenob. 1.40, Hesiquio s.v. *aph' Hestias*.
207 Aristóteles *Met.* 2.9.6.
208 Pl. *Fedro* 246e-247a.
209 Hes. *Trabajos y días* 733-4.
210 *Him. hom. a Afrodita* 22-32.
211 Escolio a Arist. *Avispas* 846.

Capítulo V. Jóvenes dioses y diosas olímpicos

1 Hom. *Il.* IV 100-3.
2 Hdt. 1.173.
3 Hes. *Teog.* 918-20, *Him. hom. a Apolo* 14-15.
4 *Him. hom. a Apolo* 115-32.
5 Ibid. 214-76.
6 Ibid. 277-387.
7 Ibid. 388-546.
8 Ibid. 363-74.
9 Aten. 701c citando a Clearco, Apolod. 1.4.1, Ov. *Met.* I 438-47, etc.; *Delphyne*, A.R. 2.706, forma masculina *Delphynes,* escolio a ibid. citando a Calímaco.
10 Eur. *Iph. taur.* 1234-58, Aten. 701c.
11 Hig. *Fáb.* 140.
12 Esq. *Eum.* 1-8.
13 Para las Estepterias, Plut. *Moralia* 293c, 418ab, 1136b, El. *Misc. Hist.* 3.1, Estr. 9.3.12.
14 Estr. 9.3.10, Pollux 4.84.
15 Plut. *Moralia* 409ef, escolio a Pínd. *Pít.* IV 6.
16 Plut. 409ef, Estr. 9.419 respectivamente.

17 Para el vapor, cf. Estr. 9.3.5, Plinio *Hist. nat.* 2.208; cf. asimismo D.S. 16.26.1-3 para la historia que vincula el descubrimiento del oráculo con el vapor (unas cabras y el cabrero se acercaron al vapor y experimentaron sus efectos de locura divina; y cuando se supo de ello, todo el mundo estuvo de acuerdo en que esto debía de ser un oráculo de la Tierra).

18 Así la menciona Heráclito, 22B92 DK.

19 Heraclides Póntico en Clem. Alej. *Strom.* 1.108 (Sibila del Helesponto y Sibila de Cumas), Varrón en Lactancio *Inst. div.* 1.6 (del Helesponto y de Marpesia), Paus. 10.12.1-4 (rivalidad de Marpeso y Eritrea por la antigua Sibila Herófila, que luego marchó a Delfos).

20 Varrón l.c, asimismo Suid. s.v. *Sibylla* (con otro listado).

21 Hom. *Od.* XI 576, Hes. fr. 78.

22 Fer. 3F55.

23 Hom. *Od.* XI 580-1; lugar de enterramiento, Paus. 10.4.4.

24 Fer. 3F56, Pínd. *Pít.* IV 90-2 (menciona sólo a Ártemis), A.R. 1.759-62 (sólo a Apolo), Apolod. 1.4.1, Paus. 3.18.15 (sobre el trono de Amiclas).

25 Escolio a A.R. 1.181 y a Hig. *Fáb.* 55 respectivamente.

26 Aten. 307c.

27 A.R. 4.611-18; cf. Eratóst. 29, Hig. *Astr.* 2.15 (después de disparar a los Cíclopes, Apolo escondió el arco en la tierra de los hiperbóreos).

28 Pínd. *Pít.* X 29-36.

29 Hdt. 4.32-5.

30 Hes. *Teog.* 59, cf. Pínd. *Pít.* III 34 (ella vivía junto al lago).

31 Esta versión, Acus. 2F17.

32 Narración principal, Pínd. *Pít.* III 25-46; *Him. hom. a Apolo* 209-10 (Apolo e Isquis compitieron por la hija de Azán, presumiblemente Corónide), *Him. hom. a Asclepio* (Corónide engendró a Asclepio de Apolo en la llanura doria); Paus. 2.26.5 (Hermes rescata al niño del fuego).

33 Primera mención del cuervo, Hes. *Teog.* 60, cf. Fer. 3F2, Ov. *Met.* II 596-632, etc.

34 Artemón 569F5 (primera mención de la transformación); Ant. Lib. 20.7, Apolod. 3.10.3, Ov. *Met.* II 631-2, Hig. *Fáb.* 202, *Astr.* 2.40.

35 Escolio a Pínd. *Pít.* III 59 e Hig. *Fáb.* 202 respectivamente.

36 Hes. fr. 50, Apolod. 3.10.3 (citado como variante), Paus. 2.26.6, 4.3.2.

37 Paus. 2.26.4.

38 Pínd. *Pít.* III 45-53, Apolod. 3.10.3.

39 Hig. *Fáb.* 14 y 173 respectivamente.

40 Hom. *Il.* 729-33 (sanadores expertos, líderes del contingente tesalio), XI 833-6 (los mejores sanadores), etc.

41 Apolod. *Epít.* 5.8 (Podalirio), Proclo a la *Pequeña Ilíada* (Macaón).

42 Arist. *Pluto* 701-2 con escolio a 701, Paus. 2.11.6-7, Suid. s.v *Epione*.

43 Pínd. *Pít.* 3.54-8 (persona no nombrada revivida para pagar), Apolod. 3.10.3-4 (incluye interpolación que da nombres alternativos), Hig. *Astr.* 2.14 (devuelve a la vida a Hipólito), D.S. 4.71.1-3 (devuelve a la vida a tantos que Hades se queja).

44 Apolod. 3.10.4, cf. Eur. *Alcest.* 1-10; la historia aparecía en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, cf. frs. 54-6.

45 Apolod. 3.10.4, un detalle recogido quizá en el *Catálogo* (cf. Hes. fr. 54b con 54a. 11-12 y 56) y en Acusilao (2F19).

46 Fer. 3F35 (Asclepio condenado a servir a Admeto durante un año).

[47] Apolod. 3.10.4, cf. Cal. *Himn.* 2.47-54.
[48] Apolod. 1.9.15, Hig. *Fáb.* 50, 51, escolio a Eur. *Alc.* 254.
[49] Apolod. 1.9.15, Esq. *Eum.* 723-8.
[50] Pl. *Banq.* 179b, Apolod. 1.9.15 (mencionado como variante), cf. Hig. *Fáb.* 251, Luciano *De luctu* 5.
[51] Eur. *Alcest.* 476-567.
[52] Ibid. 805-60 (Heracles descubre la verdad y decide rescatar a Alcestis), 1098 y ss (se la devuelve a Admeto).
[53] Frínico fr. 3 Snell. Tánato aparece como personaje al comienzo del *Alcestis* de Eurípides, 24-76; Heracles cuenta que se enfrentó a él para recuperar a Alcestis, ibid. 1140-2.
[54] Pínd. *Pít.* 9.4-70; la historia de Cirene aparecía aparentemente en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, cf. frs. 215-16, pero no queda nada.
[55] A.R. 2.500-15.
[56] D.S. 4.81.2-3.
[57] Cf. Nono 5.2 29 y ss.
[58] Cf. D.S. 4.82, Paus. 10.17.3.
[59] Virg. *Geórg.* IV 281-558.
[60] Hom. *Il.* 9.555-64.
[61] Escolio a *Il.* IX 557, citando a Simónides (= 563 *PMG),* Apolod. 1.7.8-9.
[62] Escolio a *Il.* IX 557; cf. asimismo Baq. fr.20 (Eveno techa el templo de Poseidón con las calaveras de los pretendientes de Marpessa).
[63] Esq. *Ag.* 1202-12, cf. Apolod. 3.12.5.
[64] Pínd. *Peán* 8a, cf. *Pít.* XI 33; Proclo a *Ciprias.*
[65] Escolio a *Il.* VII 44. Hig. *Fáb.* 93, ambas versiones están entrelazadas.
[66] Ov. *Met.* XIV 130 y ss.
[67] Petronio *Satiricón* 48.8.
[68] Parten. *Disc.* 15, cf. Paus. 8.20 (Dafne es aquí una hija de Ladón; termina con la muerte de Leucipo sin mención a la transformación de Dafne), Prob. *Buc.* III 62.
[69] Ov. *Met.* I 452-567; asimismo una hija de Peneo en Hig. *Fáb.* 203; laurel del Tempe, Cal. fr. 194.
[70] Escolio a Lic. 6, Liban. *Disc.* 11.
[71] Hes. *Teog.* 171; Eur. *Helen* 1469-74, Ov. *Met.* X 162-219.
[72] Céfiro como rival, Paléf. 46, Luciano *Diál. dioses* 14, cf. Paus. 3.19.4-5; Bóreas como rival, Serv. *Buc.* III 63, Vat. Myth. 2.181.
[73] De la sangre, Ov. *Met.* X 196-216, Filóstr. *Imag.* 1.34; de las cenizas, Filargirio sobre *Buc.* III 63; completa transformación, Servio sobre *Buc.* 3.63.
[74] Paus. 1.19.3-4.
[75] Hom. *Il.* XXIV 599-617, Apolod. 3.5.6, D.S. 4.74.3, Ov. *Met.* VI 146-312; cf. asimismo p. 306 y nota.
[76] Paus. 1.21.4, 8.2.5,7.
[77] Hdt. 7.26, Jen. *Anáb.* 1.2.8; narración completa, Apolod. 1.4.2, Hig. *Fáb.* 165, cf. D.S. 3.59.2-5.
[78] De su sangre, Paléf. 48, Hig. *Fáb.* 165, Vat. Myth. 1.15, etc.; de sus lágrimas, Ov. *Met.* VI 383-400, cf. Vat. Myth. 1.15.
[79] Ov. *Met.* XI 146-93.

80 Hig. *Fáb.* 191, Vat. Myth. 1.90.
81 Et. Magn. s.v. *Hermaion*.
82 Hom. *Od.* V 43 y ss, *Il.* XXIV 322 y ss respectivamente.
83 Hes. *Teog.* 938-19 (hija de Atlas), *Him. hom. a Hermes* 1-16 (ninfa), Apolod. 3.10.1-2.
84 *Him. hom. a Hermes* 17-18.
85 Ibid. 20-67.
86 Ibid. 68-86.
87 Ant. Lib. 23.3 y Apolod. 3.10.2 respectivamente.
88 *Him. hom. a Hermes* 87-93.
89 Ibid. 94-153.
90 Ibid. 154-83.
91 Ibid. 184-234.
92 Ibid. 235-396.
93 Ibid. 397-506.
94 Ibid. 507-80.
95 Ibid. 552-63.
96 Fer. 3F49.
97 Alceo 308.
98 Apolod. 3.10.2. En *Him. hom. a Hermes,* 51, Hermes hace las cuerdas para la lira con las tripas de una oveja.
99 Ant. Lib. 23.
100 Ov. *Met.* II 676-707.
101 D.S. 4.6.5.
102 Ov. *Met.* IV 285-388; Estr. 14.2.16.
103 Escolio a Lic.1176.
104 Hom. *Il.* I 577-9 y XIV 338 con *Od.* VIII 312.
105 Hes. *Teog.* 927-9, Apolod. 1.3.5, cf. el tratamiento humorístico de la cuestión en Luciano *De sacrificiis* 6.
106 Hom. *Il.* XVIII 395-405, cf. *Him. Hom. a Apolo* 317-21 (atendido por Tetis y sus hermanas).
107 Hom. *Il.* 1.590-4; Apolod. y Luciano 11.
108 Paus. 1.20.2, Lib. *Disc.* 30, Hig. *Fáb.* 166; para versiones anteriores, Alceo 349, Pínd. fr. 283 SM.
109 Hom. *Il.* I 597-600.
110 Cf. Hom. *Il.* XVIII 368-477.
111 Eratóst. 32 (Hes. fr. 148a), Cic. *N.D.* 3.22, escolio a *Il.* XIV 231.
112 Cal. *Himn.* IV 141-7. Hefesto aparece como señor del Etna en Eur. *Cicl.* 599.
113 Tuc. 3.88 (se pensaba que estaba en Hiera, en las islas Eolias); Cal. *Himn.* 3.46-50 (en la isla de Lipara), cf. A.R. 4.760-2 con escolio a 761, Teócr. II 133-4; Virg. *En.* VIII 414-54 (Lipara, unida al Etna por grutas subterráneas).
114 Cal. *Himn* III 46-60, cf. Virg. l. c.
115 Su propia morada, Hom. *Il.* XVIII 369 y ss, moradas para otros dioses, I 605-8, cf. A.R. 3.36-8 (palacio de Afrodita).
116 Hom. *Il.* XX 10-12.
117 Ibid. XIV 166-8, 338-9.
118 Paus. 10.5.5, Pínd. *Peán* II.

119 Hom. *Il.* XVIII 417-21 y 373-9 respectivamente.

120 Hom. *Od.* VII 91-4.

121 Hom. *Il.* XVIII 468 y ss, VIII 194-5, II 100-1 respectivamente.

122 Mimn. 12.

123 Hes. *Teog.* 945-6, Hom. *Il.* XVIII 382-3; cf. Hom. *Od.* VIII 266 y ss, casado con Afrodita.

124 A.R. 1.202-6.

125 Paus. 2.31.4-5, Plut. *De mus.* 5.

126 Hom. *Il.* V 855-98.

127 Hom. *Il.* XIII 301, *Od.* VIII 361; cf. Hdt. 5.7, Sóf. *Antíg.* 969-70, Cal. *Himn.* IV 63-5, etc.

128 Hom. *Il.* V 855-67.

129 Ibid. XXI 391-414.

130 Ibid. V 840-5.

131 Hes. *Escudo* 357-67, 424-66.

132 Hom. *Il.* V 384-91.

133 Ibid. V 333 y 592-3; como madre o hija de Ares, escolio a *Il.* V 337, Cornuto 21; su estatua en el templo de Ares en Atenas, Paus. 1.8.5.

134 *Enyalios* como advocación de Ares, Hom. *Il.* XIII 518-22, XVII 210-11, XX 69, Hes. *Escudo* 371, A.R. 3.322, etc.; como divinidad distinta, Alcmán 44 (Alcmán en ocasiones lo trata como una divinidad distinta y en ocasiones lo identifica con Ares), Arist. *Paz* 459, D.H. *Ant. Rom.* 3.48, escolio a *Il.* XVII 211; sacrificio de cachorros, Paus. 3.14.9.

135 Hom. *Il.* IV 440-1, cf. V 518, XX 47-51; XI 3-14, 73-4, incita a la guerra por requerimiento de Zeus; mencionado en XVIII 535.

136 Hom. *Il.* IV 440, XV 119-20; XIII 299 (Fobo como hijo de Ares), Hes. *Teog.* 933-6 (Deimo y Fobo hijos de él y Afrodita); Hes. *Escudo* 463-6 (D. y Fobo como aurigas); culto de Fobo en Esparta, Plut. *Cleomenes* 8-9.

137 Cidemo y Ker, Hom. *Il.* XVIII 535-40, cf. Hes. *Escudo* 156-60. Para Cidemo, cf. asimismo *Il.* V 591-3, Q.S. 1.307-11.

138 Hes. *Teog.* 933-7.

139 Simón. 575, Cic. *N.D.* 3.22, etc.

140 Cf. discusión y referencias en W. Burkert, *Greek Religión,* Cambridge, Mass., 1985, p.162.

141 Ov. *Met.* III 259-298, cf. D.S. 3.64.3-4, Apolod. 3.4.3 (similar); pero en D.S. 4.2.1-3 Sémele lo pide ella misma. Tradiciones anteriores, cf. Eur. *Bac.* 1-9 (se culpa a Hera por el destino de Sémele, pero no se dan detalles).

142 Hig. *Fáb.* 167, 179.

143 Hom. *Il.* XIV 325 (Sémele engendró a Dioniso de Zeus), Hes. *Teog.* 941-3 (madre e hijo divinizados), *Him. hom. a Dioniso* (Zeus lo da a luz; el epíteto *eiraphiotes* aplicado a Dioniso en versos 2, 17 y 20); Pínd. *Ol.* II 25-6 (primer testimonio de Sémele muerta por el rayo), cf. Eur. *Bac.* 6ff; historia completa de su nacimiento en D.S. 3.64.3-5 (cf. 4.2.3), Apolod. 3.4.3, Ov. *Met.* III 298-315.

144 *Himn. hom. a Dioniso* 1-8, *Himn. hom. a Dioniso* 1-6.

145 D.S. 4.2.3.

146 Hom. *Il.* VI 132-3.

147 Hesiquio s.v. *Nysa.*

148 Ov. *Met.* VII 294-6.

149 Fer. 3F90, Apolod. 3.4.3.

150 Paus. 3.24.3-4.
151 Hom. *Il.* Vi 130-40.
152 Apolod. 3.5.1.
153 Sóf. *Antíg.* 955-6, Estr. 10.3.16, Apolod. 3.5.1, etc.
154 Hig. *Fáb.* 132; automutilación también en Serv. *En.* III 14, Vat. Myth. 1.122.
155 Hig. *Fáb.* 242.
156 Sóf. *Antíg.* 955-65.
157 Eumelo *Europeia* fr. 1 Davies.
158 Estes. 234.
159 Eur. *Bac.* 23-42.
160 Ibid. 215-58.
161 Ibid. 576-970.
162 Ibid. 971-1215.
163 Ibid. 1280-1392. Sobre este mito, cf. asimismo Apolod. 3.5.2, Ov. *Met.* III 511-733, Hig. *Fáb.* 184.
164 Ant. Lib. 10; sobre la muerte de Hipaso, cf. asimismo Plut. *Quaest. Graec.* 38.
165 El. *Misc. Hist.* 3.42.
166 Ov. *Met.* III 1-41, 389-415.
167 Suid. s.v. *Melanaigis.*
168 Ov. *Met.* III 559-60, IV 607-14.
169 Escolio a *Il.* I 59.
170 Paus. 2.20.3, 2.22.1.
171 Agustín *Ciudad de Dios* 18.12 y escolio a *Il.* XIV 319 respectivamente.
172 Paus. 2.23.8.
173 «El de muchos nombres», Sóf. *Antíg.* 1115; ejemplos de sus nombres en Ov. *Met.* IV 11 y ss.
174 *Bacantes* y sus comentarios (especialmente E.R. Dodds) dan mucha información sobre ello.
175 Ambas versiones en Hig. *Astr.* 2.4.
176 Apolod. 3.14.7, Hig. *Fáb.* 130, *Astr.* 2.4, escolio a *Il.* XXII 29, Prob. *Geórg.* II 385.
177 Hig. l.c., Serv. *Geórg.* II 389.
178 Hig. *Astr.* 2.4.
179 Ibid. y *Fab.* 230 (sugerencia de que Canícula se identifique con Proción, la constelación del Can Menor, es erróneo; es realmente la estrella del perro, la griega Sirio).
180 *Him. Hom. a Dioniso* 2-6.
181 Ibid. 6-57.
182 Ov. *Met.* III 582-3, 687-91, cf. Hig. *Fáb.* 134, Serv. *En.* IV 469.
183 Apolod. 3.5.3; Naxos como destino, Ov. *Met.* III, 636 y ss., Hig. *Fáb.* 134, Vat. Myth. 1.122 y generalmente en fuentes tardías.
184 Apolod. 3.5.3, cf. Ov. *Met.* III 658-69, Hig. *Fáb.* 134, Nono XLV 105 y ss, etc.
185 Hig. *Astr.* 2.17.
186 Nono D., cf. Eur. *Bac.* 13 y ss, D.S. 3.37.3-6, Paus. 10.29.2.
187 Hes. *Teog.* 947-9.
188 Los niños sólo aparecen citados en fuentes tardías, Apolod. *Epít.* 1.9 (Estáfilo, Toante, Enopión y Pepareto), escolio a A. R. 3.997 (Enopión, Toante, Estáfilo, Latramis, Evantes, Tauropolis). Había una tradición alternativa en la que Enopión y Estáfilo eran hijos de Teseo y Ariadna, Ion de Quíos 204 (citado en Plut. *Thes.* 20).

[189] Ov. *Fast.* III 409 y ss, Nono X 175 y ss.
[190] Hig. *Fáb.* 129, cf. Apolod. 1.8.1.
[191] Ov. *Met.* VI 125.
[192] Nono XV 169- XVI 405.
[193] *Him. Hom. a Atenea,* cf. Estes. 233.
[194] Pínd. *Ol.* VII 35-8 (Hefesto), Eur. *Ion* 452-7 (Prometeo), Apolod. 1.3.6 (Hefesto o Prometeo), Luciano *Diál. dios.* 8 (Hefesto), escolio a Pínd. *Ol.* VII 66 (Palemón o Hermes).
[195] Esq. *Eum.* 292-3, Eur. *Ion* 872, cf. Apolod. 1.3.6 (nacida del río Tritón) y 3.2.3 (criada por el dios Tritón), escolio a A.R. 1.109.
[196] Paus. 9.33.5 y 8.26.6 respectivamente.
[197] Pínd. *Ol.* VII 39-53, D. S. 5-56.5-7.
[198] Hom. *Il.* VIII 373.
[199] Estr. 17.816; escolio a *Il.* I 200, Vat. Myth. 1.124, etc. Se ofrecen asimismo otras explicaciones menos plausibles.
[200] Filodem. *De piet.* p. 6 Gomperz.
[201] Apolod. 3.12.3.
[202] Apolod. 1.6.2, escolio a Lic. 355; de ahí su título de *Pallas*, escolio a *Il.* I 200, Vat. Myth. 1.124.
[203] Pínd. *Ol.* XIII 63-86.
[204] Paus. 2.21.3.
[205] Pínd. *Pít.* XII 6-12.
[206] Apolod. 1.4.2, Hig. *Fáb.* 145 (Hera y Afrodita se ríen de ella, y ella se dio cuenta de por qué cuando se vio reflejada en el agua); cf. Melanípides 758, Paléf. 47, Ov. *Fast.* 6.697.
[207] Hom. *Il.* IX 89-90, *Od.* VII 110, XX 72.
[208] Hom. *Il.* V 733-5, XIV 178-9, cf. A.R. 1.721 y ss (la capa de Jasón).
[209] Ov. *Met.* VI 1-145; alusión en Virg. *Geórg.* IV 246.
[210] Eratóst. 13, Hig. *Astr.* 2.13, ambos citando a Eurípides.
[211] Hig. *Fáb.* 166.
[212] Apolod. 3.14.6.
[213] Hig. *Fáb.* 166; la etimología mencionada está sólo implícita.
[214] Apolod. 3.14.6; cf más en el capítulo X.
[215] Hom. *Il.* XXI 471.
[216] *Himn. hom. a Afrodita* 15-20.
[217] Hom. *Od.* VI 102-8, traducido en p. 188.
[218] Esq. *Ag.* 140-3.
[219] Escolio a *Il.* XX 67.
[220] Plut. *Moralia* 659a.
[221] Hes. fr. 23b.
[222] Esq. *Supl.* 676, cf. Eur. *Fen.* 108-10.
[223] Hom. *Il.* XXI 470.
[224] Ibid. XXI 471-96.
[225] Hom. *Od.* VI 102-8.
[226] Ibid. XI 321-5, V 121-4.
[227] Ibid. XI 171-3, XV 478-9.
[228] Hom. *Il.* VI 205.
[229] *Him. hom. a Apolo* 25-90.

230 Ibid. 91-119; Ártemis en Ortigia, 14-18. Cf. asimismo Teognis 5-10 y Pínd. *Peán* 12.
231 Cal. *Himn.* 4.55-227.
232 Apolod. I.4.1; sobre Ártemis como nodriza de Apolo, cf. Serv. *En.* 3.73, Vat. Myth. 1.37 (que afirma que ésta es la razón de que las mujeres invoquen a la diosa cuando dan a luz).
233 Hig. *Fáb.* 140, cf. Serv. *En.* III 73 (Hera incita a Pitón a hostigar a la embarazada Leto).
234 Pínd. *Peán* 7b.43-52, Cal. *Himn.* IV 35-40, Apolod. 1.4.1, Hig. *Fáb.* 53 (transformada por Zeus), Serv. *En.* III 73.
235 Ant. Lib. 35.
236 Ov. *Met.* VI 317-81.
237 Hdt. 4-33-5.
238 Cal. *Himn.* IV 291-9; para *Hekaerge,* cf. Paus. 5.7.8.
239 Paus. 10.23.3.
240 Aristóteles *Invest. anim.* 6.35, escolio a A.R. 2.124.
241 Paus. 2.7.7.
242 Apolod. 3.8.2, Ov. *Met.* II 401-95; referencias completas en capítulo XV.
243 Hom. *Od.* XI 326 y escolio a (citando a Ferécides = 3F170).
244 Cal. fr. 569.
245 Eur. *Helena* 381-3.
246 Cal. *Himn.* III189-200, cf. Paus. 2.30.3, D.S. 5.76.3-4 (rechaza la versión usual, afirma que a Britomartis se la llamó Dictina por inventar las redes de caza), ps.Virg. *Ciris* 2 84 y ss, escolio a Eur. *Hipol.* 146.
247 Cal. *Himn.* III 220-3.
248 Ant. Lib. 40.
249 Paus. 8.27.17.
250 Ant. Lib. 17.
251 Paus. 6.22.8-10.
252 Hig. *Fáb.* 200, Ov. *Met.* XI 291-345.
253 Hes. *Teog.* 404-12.
254 Ibid. 411-52.
255 *Him. hom. a Deméter* 24-5, 52-9, 438-40.
256 Eur. *Helena* 569-70, *Ion* 1048-50, Sóf. fr. 492 Nauck, Arist. fr. 500, 501 Kock.
257 Cf. Arist. *Pluto* 595 con escolio a 594.
258 Eur. *Med.* 395 y ss, cf. A.R. 3.251-2, 477-80, 528-30, etc.; Teócr. II 10-16.
259 Hes. *Teog.* 188-202, Hom. *Il.* V 370-1 con III 374.
260 *Kypris*, Hom. *Il.* V 330, 422, etc.; santuario en Pafos en Chipre, Hom. *Od.* VIII 362-3, *Himn. hom. a Afrodita* 58-9.
261 Hes. *Teog.* 192-3; santuario, Hdt. 1.105, Paus. 3.23.1.
262 Pl. *Banq.* 180de, Jen. *Banq.* 8.9.
263 Paus. 1.22.3.
264 Teócr. *Epigram* 13, Paus. 9.16.2.
265 Pínd. fr. 107 (Bowra).
266 Hes. *Teog.* 120-2 (en cosmogonía), 201-2 (con Afrodita).
267 Simón. 575.
268 Safo 130, 47, 188, Íbico 287.
269 Eur. *Med.* 530-1, cf. *Iph. Aul.* 544 y ss.

270 Paus. 9.27.1.
271 A.R. 3.83-166, 275-98.
272 Ov. *Met.* I 452-77.
273 Apuleyo *Met.* 4.28-6.26.
274 Hes. *Teog.* 201-2, 62-5.
275 Esq. *Supl.* 1035-43; Arist. *Paz* 456, Luciano *Diál. dios.* 20.16, *Ant. Pal.* 12.157, etc.
276 Paus. 1.30.1.
277 Paus. 6.23.3,5.
278 Ezequiel 8.14, *et ecce ibi mulieres sedebant plangentes Adonidem*; el Pentateuco y la versión canónica mantienen el nombre Thamouz/Tammuz como en el texto hebreo.
279 Apolod. 3.14.4, Ov. *Met.* X 298-514, escolio a Lic. 829, Serv. *Buc.* X 18, etc.; mucho de esto se puede retrotraer a Paniasis, cf. fr. 22 Davies. Cf. asimismo Hig. *Fáb.* 58 (un tanto distinto).
280 Ant. Lib. 34.
281 Hes. fr. 139, Ov. *Met.* X 322, Hig. *Fáb.* 58, escolio a *Il.* V 385.
282 Hig. *Fáb.* 58, escolio a Lic. 829.
283 Ov. *Met.* X 469-502.
284 Hes. fr. 139.
285 Apolod. 3.14.4.
286 Ambas variantes en escolio a Lic. 831; cf. asimismo Serv. *En.* V 72, *Buc.* X 18, escolio a Teócr. I 3 y 47.
287 Apolod. 3.14.4, cf. Eur. *Hipol.* 1420-2 (probable alusión).
288 Hig. *Astr.* 2.6.
289 Ov. *Met.* X 535-727.
290 Ov. *Met.* X 728-39.
291 Bion 1 (Lamento por Adonis), 64-7, escolio a Lic. 831, Serv. *Buc.* X 18 respectivamente.
292 Safo 140a; Bion 1.
293 Ritos de Adonis, cf. Plut. *Nicias* 13 (acontecimiento del 415 a. C.), Arist. *Lisistrata* 388 ss (se refiere al mismo acontecimiento); jardines de Adonis, Hesiquio y Suid. s.v *Adonidos kepos* (y paremiógrafos sobre los mismos), Pl. *Fedro* 276b, Teofrasto *Hist. plant.* 6.7.3.
294 Hom. *Il.* XX 230-41.
295 *Himn. hom. a Afrodita* 45 y ss.
296 Ibid. 58-171.
297 Ibid. 172-290.
298 Sóf. fr. 373 Radt, Hig. *Fáb.* 94, Virg. *En.* II 648-9 con Servio ad loc.
299 Hom. *Od.* VIII 266-366.
300 Pínd. *Pít.* IV 87-8, Esq. *Supl.* 664-5.
301 Paus. 2.25.1.
302 Paus. 3.17.5.
303 Hes. *Teog.* 933-7.
304 El. *Misc. hist.* 12.18, Paléf. 49, Serv. *En.* III 279.
305 Aten. 2.69d, citando a Cratino (= fr. 370 *PCG*), cf. El. l.c.
306 Estr. 10.2.9 (citando a Menyer = fr. 285 K.), Suid. s.v. *Sappho.*
307 Ov. *Her.* 15.

Capítulo VI. DIVINIDADES MENORES Y ESPÍRITUS DE LA NATURALEZA

1 Hes. *Teog.* 52-5, 915-17, cf. Alcmán 8.9-10, *Himn hom. a Hermes* 429, Apolod. 1.3.1, etc.
2 D.S. 4.7.1, citando a Alcmán (= 67 *PMG*) y sin nombrar a otros.
3 Paus. 9.29.2, citando a Mimnermo (= 13 West), escolio a A.R. 3.1.
4 Hes. *Teog.* 22-34.
5 Ibid. 36-52.
6 Hom. *Il.* I 1, y II 484-93.
7 Ibid. II 485-6.
8 Hes. *Teog.* 75-9, 916-17.
9 Hom. *Od.* XXIV 60.
10 Hes. *Teog.* 68.
11 Cf. escolio a A.R. 3.1, *Ant. Pal.* 9, 504 y 505, *Ant. Latin.* 88 y 664, D.S. 4.7.3-4.
12 Hom. *Il.* II 491, 484; Hes. *Teog.* 1-23.
13 Hes. *Trabajos y días* 1, *Teog.* 53-5 (nacen en Pieria), cf. *Teog.* 25, 36 y ss para las Musas del Olimpo.
14 Solón 1. 2, Hes. *Escudo* 206.
15 Paus. 9.29.2 (Musas del Helicón), Plut. *Banq.* 9.14 (de Sición; y asimismo refiriéndose a las tres musas de Delfos llamadas Nete, Mese e Hípate); cf. asimismo D.S. 4.7.2, Arnob. *Adv. Nat.* 3.47, *Serv. En.* I 12.
16 Hom. *Il.* II 594-600 (citados 599-600).
17 Asclep. 12F10. Para las tradiciones anteriores, cf. asimismo Hes. fr. 65 (Támiris cegado en los campos dorios), *Miníada* fr. 4 Davies (Támiris paga su castigo en el Hades; de Paus. 4.33.7), Eur. *Res.* 923-5 (cegado).
18 Apolod. 1.3.3.
19 Pollux 4.141.
20 Ant. Lib. 9, siguiendo a Nicandro.
21 Ov. *Met.* V 294-317, 662-78.
22 Paus. 9.34.2, Estef. Biz. s.v. *Aptera* (el certamen tuvo lugar en Aptera en Creta).
23 Citados como hijos de las Musas en Apolod. 1.3.2-4.
24 Ov. *Met.* V 273-92.
25 Hes. *Teog.* 907-11, Apolod. 1.3.1.
26 Hom. *Il.* V 338, *Od.* VIII 359-66.
27 *Himn hom. a Afrodita* 58-63.
28 Hes. *Teog.* 60-5.
29 Safo 53 (llamadas por su voluntad), 103, 128 (con Musas); Pínd. *Ol.* XIV 1-17, 9.26-8, *Nem.* IV 6-8, IX 53-5, *Pít.* VI 1-3, 9.89-90, etc.; cf. Baq. XIX .1-6, Eur. *Heracles* 673-5.
30 Hes. *Teog.* 909.
31 Pínd. *Ol.* 14.8-9.
32 Cf. *Himn. hom. a Apolo* 186-96, Teogn. 15-18.
33 Paus. 9.35.1.
34 Hes. *Teog.* 945-6, Hom. *Il.* XIV 264-8.
35 Paus. 9.38.1; las Cárites de Orcómeno invocadas en Pínd. *Ol.* XIV.
36 Hes. *Teog.* 901-3; para su papel cívico, cf. asimismo Pínd. *Ol.* XIII 6-8.
37 Paus. 9-35-1.

[38] *Himn. Hom. a Afrodita* 1-15, cf. *Ciprias* fr. 4 Davies (prendas de Afrodita hechas por las Horas y las Cárites), Hes. *Trabajos y días.* 73-5 (adornando a la recién creada Pandora).

[39] Hom. *Il.* V 749-51, VIII 393-5.

[40] Hom. *Il.* VI 420, *Od.* XIII 356, etc.

[41] Hom. *Od.* XIII 355-60, XVII 239-46, IX 154-5. Cf. asimismo ibid. XIII 102 y ss para la gruta sagrada en la costa de Ítaca.

[42] Hom. *Il.* XX 7-9.

[43] Hes. fr. 304.

[44] *Himn. hom. a Afrodita* 257-72.

[45] Escolio a Lic. 480; cf. Eumelo fr. 11 Davies, como Apolod. 3.9.1 (Arcas engendró a sus dos hijos con la ninfa Crisopelía).

[46] Escolio a A.R. 2.477.

[47] A.R. 2.462-79.

[48] D.S. 4.84.2-4, El. *Misc. hist.* 10.18.

[49] Ov. *Met.* 4.276-7, Serv. *Buc.* 5.20.

[50] Teócr. I.64 y ss.

[51] Hes. fr. 10a. 17-19.

[52] Pínd. fr. 143 Bowra.

[53] Arist. Fr.44 Rose (de Plut. *Moralia* 115de), cf. Cic. *Tusc.* 1.48; atrapado en los jardines de Midas en Macedonia, Hdt. 8.138; Midas captura al sátiro en un manantial en Frigia mezclando vino entre sus aguas Jen. *Anáb.* 1.2.13; en Teopompo 115F75C (como en El. *Misc. his.* 3.18), cuenta los diversos modos de vida de diferentes pueblos imaginarios.

[54] Paus. 6.24.8 y 1.23.6 respectivamente.

[55] Ov. *Met.* XI 85-145.

[56] Teócr. I 15-18.

[57] Cf. Paus. 10.23.5-6 (descripción del terror de Pan en la guerra), Polieno *Estratag.* 1.2 (Pan como general e innovador táctico).

[58] Dios pastor, amante de la música, *Himn. hom. a Pan* 1-.26; Pan *philochoros,* Esq. *Pers.* 448; su hablidad con la flauta, Teócr. I 2-3, Virg. *Buc.* IV 56-9, etc.

[59] Cornuto 67.

[60] Pl. *Crat.* 408b, *Himn. hom. a Pan* 47.

[61] *Himn. hom. a Pan* 27-47.

[62] Hdt. 2.145, cf. Apolod. *Epít.* 7.38, Hig. *Fáb.* 224, Luciano *Diál. dios.* 22.2.

[63] Hecat. 1F371, Teócr. *Siringe* 1 y ss, escolio a Lic. 772 respectivamente.

[64] Apolod. 1.4.1, El. *N.A.* 6.42 respectivamente.

[65] Ov. *Met.* I 689-712, cf. Westermann, p. 347; versión racionalista, Longo 2.34, Aquiles Tacio 8.6 (cerca de Éfeso con etilogía local).

[66] Nono 42.2 58ff (versión más sencilla), Liban. *Disc.* 27 y 28 (versión con Bóreas); alusiones en Teócr. *Siringe* 4, Propercio 1.18.20, Luciano *Diál. dios.* 22.4, etc. Pan y su corona de pino en Lucrecio 4.584-5.

[67] *Dafnis y Cloe* 3, 23; alusiones al amor de Pan por Eco en Teócr. *Siringe* 5, Mosco 5, 1-4.

[68] Ov. *Met.* III 341-510.

[69] Conón 24 y Servio Buc. II 47.

[70] Paus. 9, 31. 6.

[71] Hdt. 6.105, Paus. 1. 28. 4.

72 Plut., *Moralia* 419b.
73 Paus. 7. 17. 5, Arnobio, *Adv. Nat.* 5. 5-7.
74 Salustio, *Sobre los dioses y el universo* 4; Ov. *Fastos* IV 223 ss.
75 D. S. 3. 58-59.
76 Hes. Fr. 10a. 17-19.
77 Cal., *Himnos* I 51-53; Eur. *Bac.* 120 ss.; cf. Apolod. 1. 1. 6-7, D. S. 5.65.4.
78 Cf. W. K. C. Guthrie, *The Greeks and their Gods*, Londres, 1950, 46 ss.
79 Fer. 3F48; Apolod. 1. 3. 4; Estr. 10.3.19.
80 Plat. *Leyes* 790c-791a.
81 Eur. *Bac.* 120-134.
82 Diógenes Laercio 6.59.
83 Fer. 3F48, Acus. 2F40.
84 Paus, 9.25.6, con testimonios de las artes visuales.
85 Escol. a A. R. I 917.
86 Anónimo Ambrosiano De re. Metr. 2, 6 (en *Analecta Studemundi* I, p. 224).
87 A. R. I, 1129 ss. con escol.
88 D. S. 5.64.3; cinco de cada sexo, Sóf. Fr. 366 Radt, Estr. 10.3.22.
89 D. S. 5.64.3, Fer. 3F47.
90 *Foronis* fr. 2 Davis, cf. Hes. Fr. 282; Estr. 10.3.22.
91 D. S. 17.7.5.
92 Ov. *Met.* IV 281-282; Sóf. Fr. 365 Radt.
93 D. S. 5.64.6-7, Paus. 8.31.3.
94 Suida. s.v. *Telchines.*
95 D. S. 5.55.3.
96 77 Cal., *Himnos* IV 30-31 y Estr. 14.2.7.
97 D. S. 5.55.3.
98 Estr. 14.2.7, Zenobio 5.41.
99 77 Cal. Fr. 75.64-69; Ov. *Met.* VII 365 ss, Servio *En.* IV 377, escol. a Estacio *Teb.* II 274.
100 D. S. 5.55.1.
101 Ov. *Met.* XIII 917 ss, Paus. 9.22.5, escol. a Licofrón 754, escol. a Eur. *Orestes* 364.
102 Esq. *Glaucos Pontios*, fr. 25-9 Radt.
103 A. R. I 1310 ss.
104 Eur. *Orestes* 362 ss.
105 Escol. a A. R. I 932; cf. asimismo para otras tradiciones Teócr. I 81, Tzetz. Lic. 831.
106 Ov. *Fastos* I 391-440.
107 Ibid. VI 319-348.
108 Ov. *Met.* IX 340-347.
109 Hig. *Astr.* 2.23.
110 Asclep. 12F6, Suida s.v. *Thamyris*, escol. a Eur. *Reso* 342 etc.
111 Cf. Séneca, *Medea* 110 ss, Servio a *En.* IV 127 (Dioniso y Afrodita).
112 Cf. Serv. *En.* 1.651, Eustacio a *Il.* XVIII 493, Serv. *En.* IV 127 respectivamente.
113 Escolio a *Il.* XVIII 493, Vat. Myth. 1.74.
114 Apolod. 3.10.3, citando a «los órficos».
115 Ant. Lib. 23, Serv. *Buc.* VIII 30, Suid. s.v. *Thamyris*, Aten. 603d respectivamente.
116 Hig. *Fáb.* 273.

[117] Plut. *Moralia* 357 y ss.
[118] Ov. *Met.* I 149-50, Juvenal VI 19-20.
[119] Arato 100-3 6.
[120] Ibid. 98-9.
[121] Estacio *Teb.* 4.514-15.
[122] Lactancio sobre ibid. 516.

Capítulo VII LA ESTIRPE DE ÍNACO

[1] Apolod. 2.1.1; Hig. *Fáb.* 143 (Argía).
[2] *Forónide* fr. 1 Davies, cf. Acus. 2F23.
[3] Paus. 2.15.5.
[4] Hig. *Fáb.* 143.
[5] Paus. 2.15.5.
[6] Paus. 2.19.5, escolio a Sóf. *El.* 4.
[7] Apolod. 2.1.1, Paus. 2.22.1, escolio a Eur. *Orest.* 932 respectivamente.
[8] Apolod. 2.1.1, Paus. 2.22.6 (bosque).
[9] Hes. fr. 124, Acus. 2F26 (ambos de Apolod. 2.1.3).
[10] Cf. Apolod. 2.1.2-3, Paus. 2.16.1.
[11] Apolod. 2.1.3 (atribuido a «muchos de los trágicos»), Esq. *Prom. enc.* 590, Hdt. 1.1, Ov. *Met.* I 584, etc.
[12] Apolod. 2.1.1 3.
[13] Esq. *Supl.* 291-305.
[14] Apolod. 2.1.3.
[15] Ov. *Met.* I 668-721.
[16] Como en Hes. fr. 126, Apolod. 2.1.3.
[17] Fer. 3F66, Hes. fr. 294 de *Egimio.* Argos nacido de la tierra, Acus. 2F27 (de Apolod. l.c), Esq. *Supl.* 305, *Prom. enc.* 567; hijo de Arestor, asimismo Hes. fr. 246, escolio a Eur. *Fen.* 1116; hijo de Agénor, Apolod. l.c; hijo de Piranto, Hig. *Fáb.* 145.
[18] Sóf. *Ínaco* fr. 281 Radt, escolio a Eur. *Fen.* 1116.
[19] Apolod. 2.1.2.
[20] Mosco 2.55-60, Ov. *Met.* I 720-3, Vat. Myth. 1.18 respectivamente.
[21] A.R. 1.111-12, 324-5.
[22] Apolod. 2.1.1-3.
[23] Acus. 2F24 (cf. Paus. 2.16.3).
[24] Paus. 2.17.5, Euseb. 3.8.1.
[25] Esq. *Prom. encad.* 640-86; Zeus la toca en Egipto, por lo que Épafo nace allí, ibid. 847-51.
[26] Ov. *Met.* I 568 y ss; escribe con las pezuñas en el polvo, 649-50.
[27] Hes. fr. 296 (Eubea llamada así por la vaca), Estr. 10.1.3 (recibe el nombre de ella, por haber dado a luz a Épafo en la cueva), Et. Magn. s.v. *Euboia* y Estef. Biz. s.v. *Argoura* (ambas en Hes. fr. 296).
[28] Apolod. 2.1.3, cf. Esq. *Supl.* 540-73; etimología para el golfo jonio, Apolod. l.c., Esq. *Prom. enc.* 840-1.

29 Esq. *Prom. enc.* 786-815; Apolod. l.c. asimismo se refiere al paso de Ío por «la tierra de los cimerios».
30 Apolod. 2.1.3; para el toque de Zeus, Esq. *Supl.* 311-14, 584-9, *Prom. ene.* 847-51, Mosco 2.50-2.
31 Identificada con Isis, Cal. *Epigr.* 57 (primera mención), Apolod. 2.1.3, Ov. *Met.* 1.747, Hig. *Fáb.* 145 (Zeus la convirtió en la diosa egipcia llamada Isis), Luciano *Diál. dios.* 3, etc. Los griegos identificaron a Isis con Deméter, como Apolodoro señala, cf. Hdt. 2.59, 156. Épafo identificado con Apis, Hdt. 2.153, 3.27.
32 Apolod. 2.1.3.
33 Pínd. *Nem.* X 5, Hig. *Fáb.* 149, 275, cf. Esq. *Prom. enc.* 810-15 (la «colonia lejana» es evidentemente Menfis).
34 Menfis, Apolod. 2.1.4, escolio a Lic. 894; Casiopea, Hig. *Fáb.* 149.
35 Apolod. 2.1.4, cf. Esq. *Supl.* 314-16, Pínd. *Pít.* IV 14-15.
36 Apolod. 2.1.4, cf. Hes. frs. 137-8 (Belo y Agénor, pero no hay señal del parentesco), Esq. *Supl.* 317 (Belo como hijo de Libia), Mosco 2.38-40 (Libia seducida por Poseidón).
37 Cf.Apolod. 3.1.1. con 3.4.1.
38 Apolod. 2.1.4, cf. Esq. *Supl.* 315-23.
39 Así los describe Eurípides, de acuerdo con Apolod. l.c.
40 Hes. fr. 137 (citado por Estr., 1.2.34, que lo ascribe asimismo a Estesícoro).
41 Apolod. 2.1.4, *Danais* fr. 1 Davies. Egipto podía temer que Dánao se hiciera poderoso a través de sus alianzas matrimoniales si casaba a sus hijas con otros, cf. Serv. *En.* X 497.
42 Apolod. 2.1.4 (se describe el barco como el primero de ese tipo), cf. Esq. *Prom. enc.* 853-6, Hig. *Fáb.* 168.
43 Escolio a *Il.* I 42, escolio a Eur. *Orest.* 872, escolio a Estacio *Teb.* 2.222.
44 Apolod. 2.1.4, Hdt. 2.182, Cal. fr. 100, D.S. 5.58.1, Estr. 14.2.8, 11.
45 Paus. 2.19.3 (historia del lobo), 2.16.1 (descendiente de Gelanor), Apolod. 2.1.4 (Gelanor entregó el reino a Dánao).
46 Apolod. 2.1.5, cf. Esq. *Prom. enc.* 859-69, Hig. *Fáb.* 168.
47 Apolod. 2.1.5.
48 Pínd. *Pít.* IX 111-16.
49 Paus. 3.12.2.
50 Ps.Pl. *Axioco* 371e (probablemente s. I a.C.) la primera fuente conservada sobre las Danaides como portadoras de agua, aparecen antes en la cerámica del sur de Italia del s. IV a.C.; asimismo en Ovid *Ibis* 177-8, 355-6, Horacio *Odas* III 11.22-32, Luciano *Diál. muer.* 8, etc.
51 Paus. 2.24.3.
52 Zenob. 4.86.
53 Tzetz. *Chil.* 2.254-7.
54 Apolod. 2.1.5.
55 Escolio a Eur. *Orest.* 872 citando a Frínico (= fr. 1 Snell), Paus. 7.21.6.
56 Apolod. 2.1.4, Hig. *Fáb.* 169.
57 Hig. *Fáb.* 169A. Para este episodio, cf. asimismo Esq. frs. 128-33 Mette, Propercio II 26.45-50, Luciano *Diál. muer.* 8.
58 Paus. 2.37.5.
59 Hes. fr. 128, Cal. fr. 65, 66, Estr. 8.6.8, escolio a Eur. *Fen.* 188.
60 Fer. 3F4, Apolod. 2.1.4; fundador de Nauplion, Paus. 2.38.2.

61 A.R. 1.133-8.

62 Apolod. 2.1.5, citando a *Nostoi* (= fr. 1 Davies) y los poetas trágicos.

63 Apolod. 2.1.5, etc.

64 Ibid., escolio a Eur. *Hec.* 886 respectivamente; o por su deseo de tener hijos según Esq. *Prom. enc.* 865-7. Cf. asimismo Pínd. *Nem.* I 6 (Hipermnestra fue la única que no desenvainó la espada) y los bellos versos de Horacio en *Odas* III 11.33-52 (en donde se sugiere que será separada por siempre de Linceo, cf. Ov. *Heroidas* 14).

65 Paus. 2.25.4.

66 Apolod. 2.1.5 (en prisión por orden de Dánao), Paus. 2.19.6 (juicio, estatua), 2.20.5 (lugar del juicio), 2.21.1 (santuario).

67 Apolod. 2.1.5.

68 Escolio a Eur. *Héc.* 886, Serv. *En.* X 497, cf. Arquíl. 305.

69 Apolod. 2.2.1, Paus. 2.16.1.

70 Hig. *Fáb.* 170.

71 *Pap. Oxy.* 10.1241 Col. IV 1. 13-14, Serv. *En.* III 286, Apolod. 2.2.1 respectivamente.

72 Paus. 2.20.4, 2.21.2.

73 Apolod. 2.2.1, cf. Hes. fr. 129, Baq. XI 65-9.

74 Escolio a *Il.* II 536, escolio a Pínd. *Pít.* VIII 73, Estef. Biz. s.v. *Abantis.*

75 Apolod. 2.2.1; cf. tradición semejante sobre Criso y Panopeo, p. 565, y la historia hebrea de Jacob y Esau, *Génesis* 25.22-3.

76 Paus. 2.25.6, Hesiquio s.v. *Daulis.*

77 Apolod. 2.2.1.

78 Hom. *Il.* VI 160 y ss.

79 Baq. XI 64-72. Sobre el conflicto, cf. asimismo escolio a Eur. *Orest.* 965.

80 Apolod. 2.2.2, cf. Hes. fr. 129.24 para nombres de las hijas; hay sólo dos Prétidas, Lisipa e Ifíanasa, en Fer. 3F114, y sus nombres varían en otras fuentes.

81 Cf. Apolod. 2.2.2, Hdt. 9.34.

82 Eustacio Hom. p. 1480.4.

83 Apolod. 2.4.1, Fer. 3F10. Ferécides parece la fuente principal de Apolodoro para la vida de Perseo.

84 Horacio *Odas* III 16.1-4, Ov. *Met.* IV 697-8.

85 Pínd. *Pít.* XII 17-18, Fer. 3F10, Sóf. *Antíg.* 944-50; posiblemente en Hes. fr. 135, pero el papiro está muy dañado y no es posible determinar si el «dorado» de la línea cinco tiene que ver con una lluvia de oro.

86 Apolod. 2.4.1, Fer. 3F10, escolio a *Il.* XIV 319; los datos principales en Hes. fr. 135.

87 Pínd. fr. 284 SM (en escolio a *Il.* cit.); citado como variante en Apolod. 2.4.1.

88 Simón. 543.

89 Apolod. 2.4.1, Fer. 3F10; descendiente de Dictis y hermano, Apolod. 1.9.6, Hes. fr. 8; genealogía alternativa, Fer. 3F4.

90 Apolod. 2.4.2, Fer. 3F11; alusión a *éranos,* Pínd. *Pít.* XII 14-15.

91 Aunque el lenguaje de Apolodoro es ambiguo, debemos entender que Polidectes rehúsa tomar la contribución de Perseo y no que no logra obtenerla; esto queda claro en la versión de Ferécides, que seguramente fuera la fuente principal de Apolodoro en esta historia. Ferécides, asimismo, indica que cada invitado debía contribuir con un caballo, la referencia de Apolodoro a los «caballos» en relación a Perseo tiene visos de ser un error.

92 Fer. 3F11, Apolod. 2.4.2-3, cf. Hes. *Escudo* 216-37, Ov. *Met.* IV 770-86; decapita a Medusa y nacen sus dos hijos en Hes. *Teog.* 278-83.

93 Cf. Hig. *Astr.* 2.12 y Eratóst. 22, asimismo Esq. fr. 262 Radt.

94 Apolod. 2.4.3 (consigue la promesa de matrimonio de Cefeo), Eur. *Andrómeda,* fr. 132 Nauck (de la misma Andrómeda); narración completa en Ov. *Met.* 4.665-764; Eratóst. 15 y 17, Hig. *Astr.* 2.9 y 11 (abandono de Andrómeda en la obra de Eurípides), Eratóst. 16 y 36, Hig. *Astr.* 2.10 (Casiopea pretendía rivalizar con las Nereidas en belleza en la *Andrómeda* de Sófocles), Hig. *Fáb.* 64 (Casiopea afirmaba que la belleza de Andrómeda era mayor que la de las Nereidas), escolio a Lic. 836 (Perseo convierte al monstruo en piedra).

95 Como se puede inferior de los fragmentos de la *Andrómeda* de Eurípides.

96 Apolod. 2.4.3, Hig. *Fáb.* 64 (Agénor).

97 Ov. *Met.* V 1-47.

98 Apolod. 2.4.3 con 2.4.5 (Perses); Perses, cf. asimismo Hdt. 7.61, Helánico 4F59.

99 Poliido 837 PMG, Ov. *Met.* IV 631-62.

100 A.R. 4.1504-17, Ov. *Met.* IV 617-20.

101 Apolod. 2.4.3, Fer. 3F11; cf. Pínd. *Pít.* X 46-8 y XII 12 (convierte a los isleños en piedra, sin más detalles).

102 Ov. *Met.* V 242-9, Serv. *En.* VI 289.

103 Apolod. 2.4.3, Fer. 3F11.

104 Pínd. *Pít.* XII 14-15.

105 Hig. *Fáb.* 63.

106 Fer. 3F12, Paus. 2.16.2.

107 Apolod. 2.4.4 (quizá sólo un resumen de la version de Ferécides).

108 Apolod. 2.4.4, escolio a A.R. 4.1091; Clem. Alej. *Protrép.* 3.45, enterrado en el templo de Atenea en la Acrópolis de la ciudad.

109 Apolod. 2.4.4, Paus. 2.16.3.

110 Ambas etimologías en Paus. 2.16.3; Hecat. 1F22, Estef. Biz. s.v. *Mykenai.*

111 Paus. 2.16.5.

112 Paus. 2.16.4, cf. Pínd. fr. 169 SM; Fer. 3F12 afirma, sorprendentemente, que se los había traído de Sérifos.

113 Apolod. 2.4.5; cf. Hes. fr. 135 (mal conservado, pero probablemente Esténelo, Alceo y Electrión como sus tres hijos), Herodoro 31F15 (se añade a Méstor).

114 Paus. 2.21.8 (primera en volverse a casar).

115 Apolod. 2.4.5 (genealogías), 2.4.6 (los hijos de Pterelao reclaman la tierra).

116 Herodoro 31F15.

117 Apolod. 2.4.6, Tzetz. Lic. 932 (seguramente siguiendo a Apolod.); cf. Fer. 3Fi3b, A.R. 1.747-51 (alusión a la representación de la lucha en la capa de Jasón) con escolio a 747.

118 Apolod. 2.4.6; muerte de Electrión, Hes. *Escudo* 11-12, 80-3, cf. escolio a *Il.* 4.323 (muerto por una disputa por el ganado).

Capítulo VIII. La vida de Heracles y el retorno de los Heraclidas

1 Apolod. 2.4.6, Fer. 3F13.

[2] Apolod. 2.4.6-7, cf. Ant. Lib. 41.8-1 o (muy similar), Paus. 9.19.1, Ov. *Met.* VII 762-93. La historia del zorro se retrotrae al ciclo épico, fr. *incerti loci* 1 Davies.
[3] Eratóst. 33, Hig. *Astr.* 2.35.
[4] Apolod. 2.4.7.
[5] Ibid., Tzetz. Lic. 932. Cometo se enamora de Céfalo, escolio a Lic. 934, Tzetz. l.c.
[6] Hes. *Escudo* 27-56, D.S. 4.9.1-3, Apolod. 2.4.8, Hig. *Fáb.* 29. Copa y alargamiento de la noche por primera vez en Fer. 3F13.
[7] Hom. *Il.* XIX 95-125.
[8] Ov. *Met.* IX 281-323.
[9] Ant. Lib. 29.
[10] Paus. 9.11.2.
[11] Pínd. *Nem.* I 33-72, Teócr. XXIV 1-102, Apolod. 2.4.8, D.S. 4.10.1; ocho meses, Apolod. l. c, diez meses, Teócr. XXIV 1, recién nacido, Plauto *Anfitrión* 1123 y ss.
[12] Fer. 3F69 (de Apolod. 2.4.8).
[13] Eratóst. 44, Lic. 1327-8 con escolios; otras versiones, D.S. 4.9.6, Paus. 9.25.2.
[14] Apolod. 2.4.9, cf. Teócr. XXI 103-29.
[15] Apolod. 2.4.9, D.S. 3.67.2, El. *Misc. his.* 3.32 (mata a Lino con el plectro).
[16] Paus. 1.43.7, Conón 19; cf. asimismo Paus. 2.19.7.
[17] Paus. 9.29.3.
[18] Apolod. 2.4.10.
[19] Paus. 9.27.5; siete noches, Herodoro 31F20.
[20] D.S. 4.29.3.
[21] Apolod. 2.7.6, D.S. 4.29-30.
[22] Apolod. 2.4.10.
[23] Paus. 1.41.4.
[24] Apolod. 2.4.11, Paus. 9.37.2.
[25] D.S. 4.10.3-5.
[26] Fer. 3F14, Apolod. 2.4.12.
[27] D.S. 4.11.1.
[28] Nic. Damasc. 90F13.
[29] Paus. 9.11.1.
[30] Hom. *Od.* XI 269-70.
[31] Estes. 58 (cf. Paus. 9.11.1).
[32] Pínd. *Íst.* IV 61-6.
[33] Apolod. 2.4.11.
[34] Ibid. 2.4.12.
[35] Nic. Damasc. 90F13.
[36] D.S. 4.10.6-11.2.
[37] El. *Misc. his.* 2.32; Apolod. 2.4.12 (la Pitia le cambia el nombre).
[38] D.S. 4.10.1.
[39] Hom. *Od.* XI 622, cf. *Il.* VIII 363, XIX 132-3.
[40] D.S. 4.11.3-26.4, Apolod. 2.5.1-12.
[41] Apolod. 2.4.12 con 2.5.11.
[42] Ibid. 2.4.11.
[43] Eur. *Heracles* 38 y ss y *passim*.

44 Paus. 9.17.2, 9.19.3.
45 Hes. *Teog.* 326-32.
46 Epiménides 3B2 DK, cf. Herodoro 31F4 y 21 (de la luna, los seres allí nacidos son quince veces más grandes que los de la tierra), Euforión fr. 84 Powell (citado en Plut. *Moralia* 677a; león hijo de Selene), Hig. *Fáb.* 30 (criado por la luna en una cueva con dos entradas), Estef. Biz. s.v. *Apesas.*
47 Apolod. 2.5.1, D.S. 4.11.3-4; cf. Eratóst. 12 (estrangulado, como describe Pisandro = fr. 2A Davies).
48 Teócr. 25.204-71.
49 Ibid. 25.272-9.
50 Apolod. 2.5.1.
51 Ibid.; Hom. *Il.* 15.639-40 (Copreo tomó mensajes de Euristeo a Heracles).
52 Cf. Estes. 229 (de Aten 12.152 f., indicando que Estesícoro fue el primer poeta que lo representó vestido como un bandido con una maza, una piel de león y un arco), Pisandro T 1 y fr. 1 Davies (maza y piel de león, más tardío de Estr. 15.1.9).
53 Pínd. *Íst.* VI 47-8, Baq. XIII 46-54.
54 Apolod. 2.4.10.
55 Ibid. 2.4.11, Paus. 2.31.13 respectivamente.
56 Teócr. 25.207-10.
57 A.R. 1.1196 (parte de bronce), Pisandro 16F4 (bronce); D.S. 4.14.3 (recibe la maza de Hefesto).
58 Apolod. 2.4.11, D.S. 4.14.3 respectivamente.
59 Apolod. 2.5.1, Cal. frs. 54-9 (cf. asimismo *Supl. Hell.* 110 y ss.), escolio a Estacio *Teb.* 4.160.
60 Eratóst. 12, Hig. *Astr.* 2.24.
61 Hes. *Teog.* 313-8.
62 Cf. Alceo 443 y Apolod. 2.5.2 (nueve), Simón. 569 (cincuenta), D.S. 4.11.5 (cien).
63 Cf. Apolod. 2.5.2; referencias más antiguas Eur. *Heracles* 1274, Paléf. 38.
64 Apolod. 2.4.2, D.S. 4.11.5-6, cf. Sóf. *Traq.* 573-4, Eur. *Heracles,* 419-22, Paus. 2.37.4, Ov. *Met.* IX 69-76.
65 Helánico 4F103, Herodoro 31F23; el proverbio ya lo conocía Arquíloco, fr. 259 West.
66 Eratóst. 11, Hig. *Astr.* 2.23.
67 Apolod. 2.5.4, D.S. 4.12.1-2; primeras referencias Hecat. 1F6, Sóf. *Traq.* 1097.
68 Apolod. 2.5.4, D.S. 4.12.3-8 (Dioniso deja la jarra de vino); referencias antiguas en Estes. 181 (Folo le sirve vino a Heracles en un enorme recipiente), Sóf. *Traq.* 1095-6 (Heracles vence a los Centauros).
69 Apolod. 2.5.5, D.S. 4.33.1 respectivamente.
70 Apolod. 2.5.3.
71 D.S. 4.13.1.
72 Pínd. *Ol.* III 28-32.
73 Escolio a Pínd. *Ol.* III 53.
74 Cal. *Himn.* III 98-109.
75 Eur. *Heracles,* 375-9, D.S. 4.13.1.
76 Apolod. 2.5.6 (las recibe de Atenea), cf. Fer. 3F72; versiones racionalistas en las que Heracles se las hace él mismo, Helánico 4F104b, D.S. 4.13.2; Pisandro fr. 5 Davies (de Paus. 8.22.4, Heracles no mata a las aves).

[77] A.R. 2.1030 y ss; Hig. *Fáb.* 30 (las aves de Estínfalo disparan sus plumas), escolio a A.R. 2.382 (las aves se refugian en la isla de Ares huyendo de Heracles), Serv. *En.* VIII 299.

[78] Paus. 8.22.4-6.

[79] Mejor versión Apolod. 2.5.5; D.S. 4.13.3, Apolod. l.c. (Peneo y Alfeo), Paus. 5.1.9-10 (Manio); cf. asimismo Pínd. *Ol.* X 29-30, Teócr. XXV 7-152, escolio a *Il.* II 629 y XI 700 (Fileo como arbitro, juzga en contra de Augías); Hom. *Il.* II 628-30 (referencia al exilio de Fileo).

[80] El. *Misc. his.* 1.24.

[81] Paus. 5.5.4.

[82] Acus. 2F29 (de Apolod. 2.5.7).

[83] Apolod. 2.5.7, D.S. 4.13.4; Paus. 1.27.9 (origen del toro de Maratón).

[84] Cf. Virg. *En.* VIII 293-5 y Vat. Myth. 1.47 respectivamente.

[85] Hig. *Fáb.* 30.

[86] Pínd. fr. 169a SM, Eur. *Alc.* 482-98, *Heracles* 380-5.

[87] D.S. 4.15.3-4.

[88] Apolod. 2.5.8, Helánico 4F105 (Abdero desgarrado por los caballos de Diomedes).

[89] Apolod. 2.5.8, D.S. 4.15.4.

[90] Ov. *Met.* 9.196, Hig. *Fáb.* 30.

[91] Apolod. 2.5.9.

[92] Eur. *Heracles* 408-18; cf. Eur. *Ion* 1143-5.

[93] A.R. 2.966-9.

[94] Pínd. *Nem.* III 38-9 con escolio a 64, fr. 172 SM, Helánico 4F106, D.S. 4.16 (narración completa), escolio a A.R. 2.778, 780.

[95] Apolod. 2.5.9.

[96] Fer. 3F18, Apolod. 2.5.10.

[97] Pisandro fr. 6 Davies, Paniasis fr. 7a Davies respectivamente.

[98] Fer. 3F18.

[99] Apolod. 2.5.10; cf. de la tradición anterior Hes. *Teog.* 287-94, 982-3, Estes. 186.

[100] Estr. 3.5.5.

[101] D.S. 4.18.4-5 (ambas posibilidades), cf. Plinio *Hist. nat.* 3.4, Eur. *Heracles,* 235 y ss. Asimismo Pínd. *Nem.* III 21-6.

[102] El. *Hist. mis.* 5.3 (Arist. Fr. 678 Rose), Euforión fr. 166 Powell, Partenio fr.31.

[103] Estr. 3.5.3-5.

[104] Estr. 4.1.7, D.H. *Ant. Rom.* 1.41.3, Hig. *Astr.* 2.6. Episodio mencionado en *Prometeo desencadenado,* Esq. fr. 199 Radt.

[105] D.S. 4.21-4.

[106] Ps. Arist. *Mirab.* 97.

[107] Helánico 4F111, Apolod. 2.5.10, cf. Varrón *Re. Rust.* 2.1.9, Aulo Gelio 11.1.2.

[108] Apolod. 2.5.10.

[109] D.S. 4.23.2-3, Paus. 3.16.4-5; sobre Dorio, cf. asimismo Hdt. 5.42-8.

[110] Livio 1.7.3-15, Propercio 4.9, Virg. *En.* VIII 190-279, Ov. *Fast.* 1 543-84, D.H. *Ant. Rom.* 1.39; sobre Caco, Serv. *En.* VIII 190.

[111] D.H. 1.40.3-5.

[112] Apolod. 2.5.10.

[113] Hdt. 4.8-10.

[114] Hom. *Il.* VIII 367-8, Hom. *Od.* XI 623-6.

115 Eur. *Heracles* 23, Apolod. 2.5.12, etc.
116 Serv. *En.* VI 392, Vat. Myth. 2.150.
117 Baq. V 56-175, cf. Pínd. fr. 249a SM.
118 Apolod. 2.5.12.
119 Ibid.
120 Escolio a *Il.* V 395.
121 D.S. 4.26.1.
122 Respectivamente Apolod. 2.5.12 (cf. Paus. 2.31.2), Paus. 2.35.7, escolio a A.R. 2.354 citando a Herodoro (= 31F31) y Euforión (= fr. 37 Powell).
123 Escolio a A.R. 2.354.
124 Hesiquio s.v. *eleutheron hydor;* sobre las aguas, Aten. 1230c, Paus. 2.17.1.
125 Ov. *Met.* X 65-7.
126 Apolod. 2.5.12 (adoptado por Filio, iniciado por Eumolpo), Plut. *Tes.* 33 (Pilio), D.S. 4.25.1 (iniciado por Museo), 4.14.3 (Deméter instituye los misterios menores).
127 Primer testimonio en A.R. 4.1396.
128 Apolod. 2.5.11 (cf. Odiseo interroga al cambiante Proteo, Hom. *Od.* IV 454 y ss.).
129 Fer. 3F17, Apolod. 2.5.11.
130 Apolod. 2.5.11, D.S. 4.17.4, Pínd. *Íst.* IV 52-4.
131 Ov. *Met.* IX 183-4, *Ibis* 393-5.
132 Apolod. 2.5.11, Lucano IV 593-653.
133 Ov. *Met.* 9.183-4.
134 Pínd. *Pít.* 9.106, Fer. 3F75, 76.
135 Plut. *Sertorio* 9, Estr. 17.3.8.
136 Apolod. 2.5.11, cf. Fer. 3F17, D.S. 4.18.1, 4.27.3.
137 Apolod. 2.5.11.
138 Isócr. *Busiris* 15; Hdt. 2.45.
139 Fer. 3F17.
140 D.S. 4.27.3.
141 Apolod. 2.5.11.
142 Ibid., Fer. 3F17, D.S. 4.15.2.
143 Apolod. 2.5.4.
144 Esq. *Prom. enc.* 1026-9.
145 Apolod. 2.5.11, Fer. 3F17.
146 Paniasis fr. 10 Davies, Sóf. *Traq.* 1090-1, 1099-1100, Eur. *Heracles* 394-9, A.R. 4.1393-1405.
147 Eratóst. 4, Hig. *Astr.* 2.6.
148 Apolod. 2.5.11.
149 Ibid. 2.6.1, D.S. 4.31.1.
150 Apolod. 2.6.1, cf. Herodoro 31F37, D.S. 4.31.1-2.
151 Respectivamente D.S. 4.31.1-2, Apolod. 2.6.2, escolio a *Od.* 21.22. Apolodoro es la excepción refiriéndose a ganado y no a caballos.
152 D.S. 4.31.2, cf. Sóf. *Traq.* 269-73, escolio a *Od.* XXI22 (= Fer. 3F82D, pero dudoso); cf. Hom. *Od.* 21.22-30 para una antigua versión del asesinato de Ífito.
153 Apolod. 2.6.2.
154 Ibid., D.S. 4.31.4-5.

[155] Apolod. 2.6.2, Paus. 10.13.4, Plut. *Moralia* 557c; la primera referencia literaria, Cicerón *N.D.* 3.16.42, posible antigua referencia, Pínd. *Ol.* IX 32-3.

[156] Fer. 3F82b (Hermes lo vende por tres talentos), Apolod. 2.6.2 (Éurito se niega a aceptar el dinero); cf. Sóf. *Traq.* 247-52 (vendido como esclavo por un año), D.S. 4.31.5-7 (vendido fuera, compensación pagada a los hijos de Ífito), Hig. *Fáb.* 32 (vendido).

[157] Paus. 10.13.4.

[158] Paus. 3.21.8.

[159] Cf. Ov. *Heroidas* 9-55 y ss, Luciano *Diál. dios.* 13.2, Plut. *Quaest. Gr.* 45.

[160] Aten. 4150c, escolio a Teócr. X 41, Pollux *Onomast.* 4.54.

[161] Serv. *Buc.* VIII 68.

[162] Apolod. 2.6.2-3, D.S. 4.31.7.

[163] Eur. *Sileo* frs. (687-94 Nauck).

[164] Conón 17.

[165] Apolod. 2.6.3, D.S. 4.31.7 (sin más detalles); Zenob. 5.10, Apostol. 11. 19; Fer. 3F77, Suda s.v. *Kerkopes*.

[166] D.S. 4.31.7, Hig. *Astr.* 2.14 respectivamente.

[167] D.S. 4.33.2, 4.34.1, Paus. 8.14.1-3.

[168] Apolod. 2.5.9; Hom. *Il.* V 648-51, Helánico 4F26b (sustitución).

[169] D.S. 4.42.

[170] Hom. *Il.* V 638-42.

[171] D.S. 4.32.3-4.

[172] Apolod. 2.6.4, Helánico 4F109 (*Alexikakos*).

[173] Apolod. 2.6.4,cf. Sóf. *Áyax* 434-6, 1299-1303, Hig. *Fáb.* 89.

[174] Apolod. 3.12.7.

[175] Ibid. 2.7.1; antiguas referencias al episodio, Hom. *Il.* XIV 250-61, XV 24-30, Pínd. *Nem.* IV 26, *Íst.* VI 31-2, Fer. 3F78.

[176] Hom. *Il.* II 676-9, Fer. 3F78 (Tésalo engendrado de Calcíope).

[177] Plut. *Quest. gr.* 58.

[178] Cf. Apolod. 2.7.2, escolio a *Il.* XXIII 638, 641.

[179] Hes. fr. 17, Apolod. 2.7.2.

[180] Hom. *Il.* XI 750-2, XXIII 638-42.

[181] Íbico 285.

[182] Pínd. *Ol.* X 31-4, Fer. 3F79, D.S. 4.33.1, Paus. 5.2.1, 8.14.9.

[183] Apolod. 2.7.2.

[184] Pínd. *Ol.* X 24-30, Fer. 3F79, D.S. 4.33.3, Apolod. 2.7.2.

[185] Paus. 5.2.1-2.

[186] Apolod. 2.7.2, cf. Pínd. *Ol.* X 34-8 (ciudad destruida), D.S. 4.33.4, Paus. 5.3.1 (diferente versión en la que Augías se salva).

[187] Escolio a *Il.* XI 690 y Isócr. 6.19 respectivamente.

[188] Hom. *Il.* 11.688-92.

[189] Hes. fr. 33a.12-19, A.R. 156-60; algunas veces aparece como hijo de Poseidón, cf. escolio a *Il.* II 336.

[190] Hes. fr. 33b, Apolod. 2.7.3.

[191] Escolio a A.R. 1.156, Ov. *Met.* XII 555-72, Hig. *Fáb.* 10 respectivamente.

192 Hes. fr. 33a, Apolod. 2.7.3, Paus. 3.26.8 (Néstor en Gerenia; Gerenio es un epíteto de Néstor en la *Ilíada, cf.* IX 162).

193 Hom. *Il.* V 395-7 (pasaje discutido sobre la herida de Heracles a Hades) con escolio a ibid. 398-402 (marcha al Olimpo para que lo curen); Pínd. *Ol.* IX 29-35 con escolio a 43, 44a; Apolod. 2.7.3 (Hades herido cuando ayuda a los pilios); Paus. 6.25.2-3 (Heracles asiste a los pilios de Elea).

194 Hes. *Escudo* 357-67, Paniasis fr.6 Davies.

195 Apolod. 2.7.3, Paus. 3.15.3 respectivamente.

196 Apolod. 2.7.3, Paus. 3.15.4.

197 Pínd. *Ol.* X 65-6.

198 Apolod. 2.7.3.

199 Ibid. (resultan muertos Cefeo, hijos e Ificles), D.S. 4.33.5-6 (tres hijos de Cefeo sobreviven).

200 Paus. 3.15.5, 3.19.7, Sosibio 595F13.

201 Apolod. 2.7.3.

202 D.S. 4.34.1.

203 Sóf. *Traq.* 6-26, Apolod. 2.7.5, Ov. *Met.* IX 1-88; cf. asimismo Arquil. 286 (poema perdido sobre el cortejo de Heracles a Deyanira y la lucha con el tauriforme Aqueloo).

204 Apolod. 2.7.5, Pind. Fr. 249a SM.

205 Origen del cuerno, Zenob. 2.48; antiguas referencias, Anacreonte 361, Fer. 3F42; Amaltea como cabra, Cal. *Himn.* I 47-8 con escolio.

206 Ov. *Fastos* 5.111-28, Hig. *Fáb.* 31; para racionalizaciones, cf. D.S. 4.35.4.

207 Ov. *Met.* IX 85-8.

208 Hijos, cf. Hes. fr. 25.17-19, D.S. 4.37.1-2, Paus. 1.32.5 (*Makaria*).

209 Apolod. 2.7.6, D.S. 4.36.1 (el rey aquí se llama Fileo).

210 Apolod. 2.7.6, D.S. 4.36.2-3, cf. Helánico 4F2 y Herodoro 31F3 (ambos en Aten. 410f-411a), Paus. 2.13.8 (no le gustó algo que el muchacho le dio para beber), escolio a A.R. 1.1212 (agua usada para lavarse los pies).

211 Sóf. *Traq.* 555-77, Apolod. 2.7.6, D.S. 4.36.3-5, Hig. *Fáb.* 34; antiguas referencias, Arquil. 286-9, Baq. XVI 31-5 (regalo de Neso).

212 Escolio a A.R. 1.1212.

213 Apolod. 2.7.7.

214 D.S. 4.37.1, con Paus. 4.34.9; dríopes en Mesenia, Paus. 4.8.3.

215 Paus. 4.34.10.

216 D.S. 4.37.2, Hdt. 7.90, 8.46.

217 Hdt. 8.31 (*Doris* antes *Dryopis*), 8.43 (los dríopes expulsados de la Dóride por Heracles), 1.56 (los dorios emigran de Tesalia a Driópide/Dóride y finalmente al Peloponeso).

218 Apolod. 2.7.7.

219 Ibid., D.S. 4.36.5, Paus. 1.32.5.

220 Hes. *Escudo* 253-6.

221 Apolod. 2.7.7, D.S. 4.37.2-4.

222 Escolio a Pínd. *Ol.* II 147 y Estes. 207 respectivamente.

223 Hes. *Escudo* 57-67.

224 Ibid. 68ff (agitado por Apolo), 367-422 (la lucha).

225 Ibid. 424-66.

226 Ibid. 472-80.

227 Apolod. 2.7.7.
228 Ibid. 2.5.11, Hig. *Fáb.* 31.
229 Estes. 207.
230 D.S. 4.37.4, Apolod. 2.7.7; Str. 9.5.18 (sobre Ormenio).
231 *Oichalia Halosis* fr. 2 Davies (cf. Paus. 4.2.3 y Estr. 9.5.17), Sóf. *Traq.* 74.
232 Apolod. 2.7.7., D.S. 4.37.5, cf. Hes. fr. 26.28-33, Sóf. *Traq.* 351 y ss.
233 Hig. *Fáb.* 35.
234 Escolio a *Il.* 1.52.
235 Apolod. 2.7.7, D.S. 4.38.1-2, cf. Hes. fr. 25.20-5, Ov. *Met.* IX 136 y ss.
236 Sóf. *Traq.* 232 y ss. Deyanira le pide a Licas que le lleve la túnica a Heracles, 600 y ss; le cuenta los sucesos que desencadena, 750 y ss.
237 Sóf. *Traq.* 38-40.
238 Baq. 16.13-35.
239 Sóf. *Traq.* 772-82, Apolod. 2.7.7.
240 Ov. *Met.* 9.211-29, cf. Hig. *Fáb.* 36 (apareció una roca en el mar en el lugar donde cayó).
241 Estr. 9.4.4.
242 Apolod. 2.7.7, D.S. 4.38.3, Sóf. *Traq.* 930-1 (Deyanira se apuñala), 971 y ss (Heracles llega a Traquis), Paus. 2.23.5 (tumba cerca de Traquis o en Argos).
243 Apolod. 2.7.7.
244 Sóf. *Traq.* 1157 y ss, cf. Esq. fr.73b Radt.
245 D.S. 4-38.3-4-
246 Peante enciende la pira, Apolod. 2.7.7; lo hace Filoctetes, D.S. 4.38.4, Ov. *Met.* IX 2 33 y ss, Séneca *Hercules en el Eta* 1485-7, Hig. *Fáb.* 36, etc.
247 Hom. *Il.* XVIII 117-19.
248 Hom. *Od.* XI 601-27; interpolación 602-4.
249 Hes. *Teog.* 949-55.
250 Apolod. 2.7.7, Ov. *Met.* IX 271-2.
251 Luciano *Hermótimo* 7, Ov. *Met.* IX 250-5, 262-72, Séneca *Herc. Et.* 965-71, cf. Teócr. 24.82-3, Cal. *Himn.* IV 159.
252 D.S. 4.38.4-5.
253 Hom. *Od.* XI 602-4, Hes. *Teog.* 949-55 (pero esta parte es de origen tardío); Hes. fr. 25.26-33, Pínd. *Nem.* I 69-72, 10.17-18, *Íst.* IV 55-60, Eur. *Heraclidas* 910-18, Ov. *Met.* IX 242 y ss, Apolod. 2.7.7.
254 Apolod. 2.7.7.
255 D.S. 4.39.2, escolio a Lic. 39.
256 Apolod. 2.8.1, D.S. 4.57.2-4, Paus. 1.32.5; cf. Hecat. 1F30.
257 Apolod. 2.8.1, D.S. 4.57.4, Paus. 1.32.5; recibidos por Demofonte, Ant. Lib. 33, Eur. *Heraclidas* 1-249.
258 Eur. *Heraclidas* 403-9 (una muchacha de noble cuna ha de ser sacrificada), 474ff (Macaria se ofrece a sí misma; cabe decir que no aparece directamente nombrada en el texto); Paus. 1.32.5 (un hijo de Heracles se ofrece a sí mismo, fuente de Macaria en Maratón); Zenob. 2.61 (Macaria en proverbio).
259 Apolod. 2.8.1, cf. D.S. 4.57.6 (sin mención de Alcmena).

260 Eur. *Heraclidas* 844 y ss (pide que lo rejuvenezcan, 740-7; se le concede, 796); muere a manos de Yolao, cf. Pínd. *Pít.* IX 79-81, Paus. 1.44.14 (enterrado en Megáride), Estr. 8.6.19 (cabeza y cuerpo enterrados por separado).
261 Escolio a Pínd. *Pít.* IX 137.
262 Hdt. 9.26, cf. D.S. 4.58.1-5 (los Heraclidas deben retirarse durante cincuenta años).
263 Apolod. 2.8.2 (el texto está ligeramente corrupto y se dice erróneamente que los hijos de «Cleolao» (es decir Cleodeo), no los de Aristodemo, consultaron el oráculo de Delfos después de la muerte de Aristómaco); asimismo cf. Euseb. *Prep. evang.* 5.20.
264 Se decía que había recibido el nombre de Naupacto porque Témeno había «construido barcos» (*naus epexato*) allí, Apolod. 2.8.2, cf. Paus. 10.38.5, Estr. 9.4.7.
265 Apolod. 2.8.3, Paus. 3.13.4 (indica que esto es una leyenda etiológica que explica el origen del culto de Apolo *Karneios*), Conón 26.1.
266 Apolod. 2.8.3, Paus. 5.3.5-6 (con una mula tuerta, especifica el punto por el que cruzaron), Str. 8-3-33.
267 Apolod. 2.8.3 (matan a Tisámeno), Paus. 7.1.3 (Tisámeno escapa al norte).
268 Paus. 5.3.6, Estr. 8.3.33 (= Éforo 70F115); toma la ciudad de Elis y gobierna allí, cf. Paus. 5.4.1-4, 6.23.8, Polieno *Estratag.* 5.48.
269 Paus. 2.4.3-4, cf. Conón 26.2 (Aletes expulsa al linaje de Sísifo).
270 Paus. 2.6.4. Para el ascenso al poder de Falces, Aletes y Óxilo, cf. Éforo 70F18b (de Estr. 8.8.5) y otros cambios dinásticos asociados con el retorno de los Heraclidas.
271 Apolod. 2.8.3, versiones tardías, Paus. 3.1.6. Para Medón y Estrofio, Paus. 2.16.5.
272 Apolod. 2.8.4, Polieno *Estratag.* 1.6.
273 Paus. 4-3-4-5.
274 Hdt. 6.52.
275 Paus. 3.16.6.
276 Hdt. 6.52.
277 Hig. *Fáb.* 137, Eur. *Mérope* frs, cf. Apolod. 2.8.5 (el hijo del rey se llama Épito).
278 Paus. 4.3.6-8, 8.5.7.
279 Paus. 4.3.8.
280 Apolod. 2.8.5; tumba de Hirneto en Argos, Paus. 2.23.3.
281 Paus. 2.19.1 (Ciso rey), 2.26.2 (Deifontes en Epidauro; cf. asimismo 2.28.3 para la historia de la muerte de Hirneto en Epidauro).
282 Paus. 2.19.2.
283 Hig. *Fáb.* 219.
284 Hdt. 8.137-8 (una buena narración); D.S. 7.15 y 17.
285 Hom. *Il.* 2.658-60 (Astioquía), Apolod. 2.7.6 (Astíoque), Pínd. *Ol.* VII 23-4 (Astidamea) con escolio 42 citando a Hesíodo (= fr. 232) y Simónides (= 554 *PMG*).
286 Hom. *Il.* II 653-70.
287 Pínd. *Ol.* VII 27-38.
288 Escolio a *Il.* II 662, Apolod. 2.8.2 respectivamente.
289 Apolod. 2.8.2, D.S. 4.58.4-7 respectivamente. Diodoro no ayuda y señala que Tlepólemo mató a Licimnio «en una pelea sobre algunos asuntos»; cf. asimismo escolio a Pínd. *Ol.* VII 49a, 54.
290 Pínd. *Ol.* VII 31 y ss.
291 D.S. 4.58.8, ya señalado en Hom. *Il.* II 656.
292 Hom. *Il.* II 667-70, 653-4 y 5-627-59 respectivamente.

Capítulo IX. La historia mítica de Tebas

1 Apolod. 3.1.1; la esposa de Agénor es Argíope, Fer. 3F21, Hig. *Fáb.* 6.
2 Para la dispersión de la familia de Agénor, cf Apolod. 3.1.1.
3 Cílix se convierte en el epónimo de Cilicia, Hdt. 7.91, Apolod. 3.1.1, Hig. *Fáb.* 178; Fénix en Fenicia, Apolod. l.c, en África, Hig. l.c.
4 Hdt. 6.46-7 (aquí un hijo de Fénix); para su conexión con la isla de Tasos, asimismo Conón 37.1, Apolod. 3.1.1 (escaso), Paus. 5.25.12, Estef. Biz. s.v. Tasos, etc.
5 Apolod. 3.4.1.
6 Hom. *Il.* 14.321-2, Hes. fr. 140, 141.7-8; Fénix, hijo de Agénor y padre de Fineo, Hes. fr. 138.
7 Hijos de Agénor, Hdt. 4.147, Apolod. 3.4.1, Hig. *Fáb.* 178 y la mayoría de fuentes helenísticas y tardías; como hijos de Fénix, Helánico 4F51, Conón 32.
8 Hijo de Fénix, Hdt. 6.47; de Agénor, Paus. 5.25.12; de Poseidón o Cílix, Apolod. 3.1.1 (citando a Ferécides para el parentesco posterior = 3F87).
9 Helánico 4F51, Apolod. 3.4.1, Ov. *Met.* 3.8-25.
10 Escolio a Eur. *Fen.* 638 (cita un supuesto oráculo), Paus. 9.12.1, Hig. *Fáb.* 178.
11 Sacrificios a Atenea, Helánico 4F51, Apolod. 3.4.1, escolio a Eur. *Phoen.* 1062; a la Tierra, escolio a Eur. *Fen.* 638.
12 Helánico 4F51 (se decía que era un hijo de Ares), Apolod. 3.4.1 (algunos dicen que era el hijo de Ares); escolio a Sóf. *Antíg.* 126 (hijo de la erinia Tilfusa); Eur. *Fen.* 931 (nacido de la tierra).
13 No se especifica cómo, Helánico 4F51, Apolod. 3.4.1; con una espada, Fer. 3F88; con una piedra, Helánico 4F96, cf. Eur. *Fen.* 657-65, Ov. *Met.* 3.50-94 (con una piedra y una jabalina).
14 Helánico 4F51, Apolod. 3.4.1, Eur. *Fen.* 666-75, 818-21.
15 Fer. 3F22.
16 Ibid., Helánico 4F1, y en fuentes tardías, cf. Apolod. 3.4.1, Paus. 9.5.1.
17 Helánico 4F51 (un año), Apolod. 3.4.2 (un año largo; se dice erróneamente que su servidumbre se debía a la muerte de los Hombres Sembrados, cf. p. 296).
18 Sembrados por Atenea, Estesícoro 195; por orden de Ares, Fer. 3F22, Helánico 4F1; por Ares, Eur. *Heracles* 252-3.
19 Helánico 4F1.
20 Ibid. 4F51.
21 Fer. 3F22, cf. Apolod. 1.9.23 (Eetes recibe la mitad de parte de Atenea).
22 Apolod. 3.4.1.
23 Ibid. 3.4.2, Pínd. *Pít.* III 86 y ss, Teognis 15-18 (cantan las Musas y las Cárites), Paus. 9.12.3 (sitio en la acrópolis donde cantaron las Musas).
24 Helánico 4F98 (collar de Afrodita, túnica de Atenea), D.S. 4.66.3 (ambos de Afrodita), escolio a Pínd. *Pít.* 3.167a (collar de Afrodita), Apolod. 3.4.2 (ambos de Cadmo, recibidos de Hefesto), Fer. 3F89 (de Apolod. l. c., Cadmo recibe el collar de Europa), etc.
25 Pínd. *Pít.* III 80-106.
26 Paus. 9.12.3.
27 Escolio a Eur. *Fen.* 7 citando a Éforo y Demágoras, D.S. 5.48.2-49.2.
28 Paus. 9.8.3.

[29] Hdt. 5.59 (introducido por Cadmo y sus compañeros), D.S. 3.67.1 (por Cadmo); Estes. 213 (inventado por Palamedes), Esq. *Prom. enc.* 460-1 (por Prometeo), Tac. *Ab. Exc.* 11.14 (por Cécrope), Focio s.v. *Phoinike* (por Acteón), etc.
[30] Hes. *Teog.* 975-8, Apolod. 3.4.2, D.S. 4.2.1.
[31] Escolio a Eur. *Fen.* 8.
[32] Ov. *Met.* III 138-252; cf. Cal. *Himn.* V 107-18, Apolod. 3.4.4, Hig. *Fáb.* 181.
[33] Paus. 9.2.3.
[34] Hig. *Fáb.* 180, Estacio *Theb.* 3.210 y ss, Fulgencio 3.3.
[35] D.S. 4.81.4.
[36] Acus. 2F33, Hes. fr. 217A.
[37] Paus. 9.2.3 (= Estes. 236).
[38] Eur. *Bac.* 337-40, cf. D.S. 4.81.4.
[39] Perros en Ov. *Met.* III 206-32, Hig. *Fáb.* 181, Coll. Alex. 71-2; cf. asimismo los versos citados en Apolod. 3.4.4. Su pena, Hes. fr. 217A bis, Apolod. l. c.; Ártemis los enloquece, Apolod. l. c., Paus. 9.2.3 (con racionalización).
[40] Paus. 1.44.8.
[41] Apolod. 3.5.4.
[42] Ov. *Met.* IV 563 y ss.
[43] Pasa el trono a Polidoro, Paus. 9.5.1; transfiere el trono a Penteo en un primer momento, Eur. *Bac.* 43-4, 212-13.
[44] Estef. Biz. s.v. *Bouthoe*.
[45] Apolod. 3.5.4.
[46] Hig. *Fáb.* 184, 240, 254.
[47] Apolod. 3.5.4, Estef. Biz. s.v. *Illyria*.
[48] Pínd. *Ol.* 2.78; Hom. *Od.* IV 561-9 (sobre Menelao).
[49] Escolio a Pínd. *Pít.* III 153b.
[50] Nic. *Ther.* 607-8 (serpientes en Iliria), Eur. *Bac.* 1331-2 (transformación), 1338-9 (Ares los lleva a las Islas de los Bienaventurados), cf. Apolod. 3.5.4.
[51] Hig. *Fáb.* 6.
[52] Ov. *Met.* IV 569-603.
[53] Eur. *Bac.* 1330 y ss; respuesta de Cadmo a la profecía, 1352 y ss; cf. Hdt. 9.43 (ataque sobre Delfos).
[54] Hes. *Teog.* 978, Hdt. 5.59, Eur. *Fen.* 7-9.
[55] Apolod. 3.5.5-7, Paus. 9.5.1-5.
[56] Apolod. 3.5.5.
[57] Hom. *Od.* 11.260, Asio fr. 1 Davies (citado en Paus. 2.6.2).
[58] Eur. *Antíope,* fr. 180 Nauck, Hes. fr. 81 (criada en Hiria).
[59] Proclo a *Ciprias*.
[60] Apolod. 3.5.5, Hig. *Fáb.* 8 (atribuido a *Antíope* de Eurípides), escolio a A.R. 4.1090 (Zeus viola a Antíope con la apariencia de un sátiro).
[61] Paus. 2.6.1-2.
[62] Hig. *Fáb.* 8, cf. Apolod. 3.5.5 (breve).
[63] Hig. *Fáb.* 7.
[64] Asio fr. 1 Davies.
[65] Eur. *Bac.* 519 y ss.

66 Arrojada a una fuente, Apolod. 3.5.5, Nic. Damasc. 90F7; epónimo del arroyo, Paus. 9.25.3; su cuerpo se convierte en un arroyo, Hig. *Fáb.* 7, la sangre se convierte en un arroyo, Vat. Myth. 1.96.

67 Paus. 9.17.3-4.

68 Cf. Apolod. 3.5.5, Paus. 9.5.3 (construyó la ciudad inferior), D.S. 19.53.5.

69 Eur. *Antíope* fr. en Page *SLP* 68.86-9, Apolod. 3.5.5, Paléf. 41 (citando a Hesíodo para el uso de la lira en la construcción de murallas = fr. 182), A.R. 1.735-41, Paus. 9.5.4 (incluye referencia a *Europeia* = Eumelo *Europeia* fr.3 Davies); Fer. 3F41a (había recibido la lira de las Musas).

70 Eur. *Antíope,* frs 183-8 Nauck, Pl. *Gorg.* 485c, 506b.

71 Hom. *Od.* XI 260-5, Fer. 3F41.

72 Hom. *Il.* XXIV 602-17, D.S. 4.74.3, Apolod. 3.5.6, Ov. *Met.* VI 146-312, Hig. *Fáb.* 9. Cf. asimismo p. 157 y notas.

73 Apolod. 3.5.6, Ov. *Met.* VI 271-2, y Hig. *Fáb.* 9 respectivamente.

74 Apolod. 3.5.6, cf. Paus. 9.5.3. Asimismo se decía que Tebe había sido una amante de Zeus, Paus. 5.22.6: cf. Pínd. *Ístm.* VIII 17-20 y escolio.

75 Hom. *Od.* XIX 518-23, Fer. 3F124; muerte de Ceto, Paus. 9.5.5.

76 Telesila 721 *PMG,* Paus. 2.21.10.

77 Paus. 5.16.4.

78 Hom. *Od.* XI 281-91, Hes. fr. 33a.6-7.

79 Apolod. 3.5.5 (sólo mención del rapto), Pisandro 16F10 (añade que Crisipo se mató a sí mismo), Aten. 602f-603a (llevado a Tebas).

80 Escolio a Eur. *Fen.* 66, Pisandro 16F10 respectivamente.

81 Hig. *Fáb.* 85; en esta versión se dice que Layo raptó a Crisipo en los Juegos Nemeos. En la versión de Dositeo 54F1 (cf. Plut. *Moralia* 313c), Pélope finalmente permite la relación porque Layo afirma estar enamorado del muchacho; Crisipo muere a manos de su madre mientras yace junto a Layo.

82 Apolod. 3.5.7 (ambas variantes), Hom. *Od.* XI 271 (Epicasta).

83 Sóf. *Edipo rey* 711 y ss, 1017 y ss, Apolod. 3.5.7; cf. Eur. *Fen.* 12-31 (abandonado y rescatado por los sirvientes de Pólibo).

84 Escolio a Eur. *Fen.* 26, 28, Hig. *Fáb.* 66.

85 Cf. Pisandro 16F10.8, escolio a Eur. *Fen.* 26, cf. escolio a *Od.* XI 271.

86 Paus. 2.6.3.

87 Mérope, Sóf. *Edipo rey* 775, Peribea, Apolod. 3.5.7, Hig. *Fáb.* 66; Medusa o Antíoque, escolio a Sóf. *Edipo rey* 775, citando a Ferécides (= 3F93).

88 Cf. Eur. *Fen.* 29-31, Apolod. 3.5.7.

89 Sóf. *Edipo rey* 729-813, cf. Apolod. 3.5.7.

90 Eur. *Fen.* 32-45, cf. D.S. 4.64.2, Hig. *Fáb.* 67.

91 Paus. 10.5.2.

92 Fix, Hes. *Teog.* 326 con escolio a; primera mención de la adivinanza en Sóf. *Edipo rey* 130-1, 393-4, o en Pínd. fr. 177d SM si quien pronuncia la adivinanza es la Esfinge; Eur. *Fen.* 45-9, 806-11, 1026-31, Asclep. 12F7b, D.S. 4.64.3, Apolod. 3.5.8, Hig. *Fáb.* 67.

93 Hera, Pisandro 16F10, Apolod. 3.5.8 (sin explicación); Dioniso, escolio a Eur. *Fen.* 1031, citando a Eurípides (= fr. 178 Nauck).

94 Mata a Hemón, *Edipodia* fr. 1 Davies, Pisandro 16F10, Apolod. 3.5.8.

95 Asclep. 12F7a (citado en Aten. 456b); para la adivinanza, cf. asimismo Apolod. 3.5.8, D.S. 4.64.3-4 (versión muy breve).
96 Se suicida, cf. Paléf. 4, Apolod. 3.5.8, D.S. 4.64.4; Edipo la mata, cf. Eur. *Fen.* 1507, escolio a ibid. 26. El modo en que muere no aparece en Sóf. *Edipo rey.*
97 Sóf. *Edipo rey* y la tradición corriente posterior, cf. Apolod. 3.5.8, Hig. *Fáb.* 67.
98 Hom. *Od.* XI 271-80.
99 Hom. *Il.* XXIII 679-80.
100 Hom. *Od.* XI 274.
101 *Edipodia,* fr. 2 Davies (cf. Paus. 9.5.5).
102 Esq. *Siete* 752-7, 783-4.
103 Sóf. *Edipo rey* 1-281.
104 Ibid. 282-462.
105 Ibid. 513-862.
106 Ibid. 924-1085.
107 Ibid. 1110-1530.
108 Eur. *Fen.* 1427 y ss.
109 Eur. *Edipo* fr. 541Nauck.
110 Hig. *Fáb.* 67.
111 Pisandro 16F10 (= escolio a Eur. *Fen.* 1760).
112 Hom. *Il.* XXIII 679-80, Hes. fr. 192, 193.
113 Sóf. *Ed. Col.* 1457 y ss, Eur. *Fen.* 1703-9; Paus. 1.30.4 (altar heroico).
114 Sóf. *Ed. Col.* 1-309.
115 Ibid. 310-460.
116 Ibid. 549-667.
117 Ibid. 720-1043.
118 Ibid. 1249-1446.
119 Ibid. 1457-1555.
120 Ibid. 1579-1666.
121 Escolio a *Od.* XI 271.
122 Paus. 1.28.7.
123 Escolio a Sóf. *Ed. Col.* 91.
124 *Tebaida* frs. 2 y 3 Davies.
125 Sóf. *Ed. Col.* 421 y ss, Eur. *Fen.* 63-8 respectivamente.
126 Helánico 4F98.
127 Estes. 222b (Pap. Lille 76).
128 Fer. 3F96.
129 Eur. *Fen.* 69-80, cf. Apolod. 3.6.1, D.S. 4.65.1; Hig. *Fáb.* 67 se señala que es Edipo el que ordenó la alternancia.
130 Eur. *Fen.* 408-29, *Supl.* 132-50.
131 Eur. *Fen.* 427-9, Apolod. 3.6.1.
132 Hig. *Fáb.* 69, Apolod. 3.6.1. respectivamente.
133 Paus. 9.5.6.
134 Hes. fr. 192.
135 Pínd. *Nem.* IX 24, *Ol.* VI 15.

[136] Sus nombres, cf. Esq. *Siete* 375 y ss, Sóf. *Ed. Col.* 1313 y ss, Eur. *Supl.* 861 y ss, *Fen.* 1090 y ss, D.S. 4.65.7, Apolod. 3.6.3, Paus. 10.10.2, Hig. *Fáb.* 70.

[137] Apolod. 3.6.2, cf. Asclep. 12F29, D.S. 4.65.5-6; Hig. *Fáb.* 73 (Adrastos hace el collar y se lo ofrece a Erifila); versión anterior, Hom. *Od.* XI 326-7, 15.244-7, Sóf. *El.* 837-9; Paus. 5.17.7-8 (episodio plasmado en el cofre de Cipselo), ibid. 9.41.2 (tradición sobre el collar).

[138] Hom. *Il.* IV 376-81.

[139] Apolod. 3.6.4 y Hig. *Fáb.* 15 respectivamente.

[140] Apolod. 3.6.4, Hig. *Fáb.* 74, Hypoth. Pínd. *Nem.* Odas; restos de Eur. *Hipsípila,* ed. G.W. Bond, Oxford, 1963; referencias anteriores al destino de Ofeltes/Arquémoro, Simón. 553, Baq. 9.10-20; tumba de Ofeltes, Paus. 2.15.3.

[141] Hom. *Il.* IV 382-400, V 802-8, Apolod. 3.6.5, cf. D.S. 4.65.4.

[142] Para un resumen útil, cf. Apolod. 3.6.7-8.

[143] Esq. *Siete* 423-46, Eur. *Fen.* 1172-86, *Supl. 496-9,* Apolod. 3.6.7.

[144] Esq. *Siete* 807-19, Eur. *Fen.* 1356-1424, Apolod. 3.6.8.

[145] Fer. 3F97, Apolod. 3.6.8; *Baq.* 41 (Atenea planea volver inmortal a Tideo), escolio a Pínd. *Nem.* X 12 (vuelve, en cambio, inmortal a su hijo Diomedes, a petición del héroe moribundo según la versión de Ferécides).

[146] *Tebaida* fr. 4 Davies (cf. Paus. 9.18.4, asimismo citando una tradición local en la que Partenopeo muere a manos de un tal Afodico), Eur. *Fen.* 1157-62, Apolod. 3.6.8 citando a Eurípides (menciónа variante en la que lo mata Anfídico, hijo de Ástaco).

[147] Pínd. *Nem.* IX 24-7, 10.8-9, Eur. *Supl.* 925-7, Apolod. 3.6.8; Paus. 5.17.8 (Batón en el cofre de Cipselo), 2.23.2 y 10.10.2 (acerca de Batón).

[148] Paus. 1.34.1-2 (Oropo), 1.34.2 y 9.19.4 (Harma); 9.8.2 (Cnopia); cf. asimismo Estr. 9.2.10 (el oráculo pasa de Cnopia a Oropo).

[149] *Tebaida* fr. 6A Davies (cf. Paus. 8.25.8; cita sobre Arión), Apolod. 3.6.8, Hig. *Fáb.* 70.

[150] Apolod. 3.6.8.

[151] Esq. *Siete* 792-819.

[152] Cf. Apolod. 3.7.1 (Creonte se convierte en rey, prohíbe el enterramiento), Paus. 9.5.6 (regente por Laodamante).

[153] Esq. *Siete* 914, 1002-4, cf. escolio a Pínd. *Ol.* VI 22, juntos en la tumba familiar. Paus. 9.18.3, cerca de las Puertas de Preto, se les rendía culto como héroes; cuando se les quemaban las ofrendas, se decía que el humo se dividía en dos, cf. Hig. *Fáb.* 68.

[154] Donde se podía ver sus tumbas en época histórica, Paus. 1.39.2; cf. asimismo Hdt. 9.27, Plut. *Tes.* 29.

[155] Pínd. *Ol.* 6.15, *Nem.* 9.22-4.

[156] Cf. Plut. *Tes.* 29.

[157] Paus. 1.39.2.

[158] Plut. *Tes.* 29.

[159] Eur. *Supl.* 934-7, 980-1.

[160] Eur. *Supl.* 990-1107, Apolod. 3.7.1, Hig. *Fáb.* 243.

[161] Apolod. 3.7.1, Estacio *Teb.* 12.481 y ss.

[162] Sóf. *Antíg.* 1-99.

[163] Ibid. 162-445.

[164] Ibid. 446-525 con 773-80.

[165] Ibid. 526-81.

166 Ibid. 626-780.
167 Ibid. 928-1114.
168 Ibid. 1155-1358.
169 Fer. 3F95.
170 Esq. *Siete* 1005-77.
171 Ibid. 1006.
172 Ibid. 1067 y ss.
173 Ion de Quíos 740 *PMG*.
174 Hig. *Fáb*. 72.
175 Eur. *Antíg*. Frs; interviene Dioniso, fr. 177 Nauck.
176 Sóf. *Antíg*. 568 y ss, 626 y ss.
177 Paus. 9.25.2.
178 Paus. 9.18.2.
179 Mimnermo 21; Periclímeno el que da muerte a Partenopeo, *Tebaida* fr. 4 Davies, como hijo de Poseidón, Eur. *Fen*. 1156-7, etc.
180 Fer. 3F95.
181 Apolod. 3.7.2; Homero alude a la expedición, *Il*. IV 405-9.
182 Apolod. 3.7.2, Paus. 2.20.4 y 10.10.2, Hig. *Fáb*. 71, escolio a *Il*. IV 404.
183 Apolod. 3.7.2, D.S. 4.66.3.
184 Pínd. *Pít*. VIII 39-56.
185 Apolod. 3.7.3-4, cf. D.S. 4.66.3-5.
186 Hdt. 1.56; alusión a *Epigonoi*, ibid. 4.32.
187 Paus. 9.5.7, 9.8.3, 9.9.2, 9.19.2; Hdt. 5.61 (tebanos en la tierra de Enquelis en Iliria).
188 Paus. 9.8.3.
189 Helánico 4F100.
190 Apolod. 3.7.4 (los Epígonos entran en la ciudad, no se dice nada sobre la sucesión), Paus. 9.5.7 (Tersandro rey).
191 Paus. 1.43.1 (Adrasto), 1.44.7 (Egialeo).
192 Asclep. 12F29, D.S. 4.65.7, 4.66.2-3, Apolod. 3.7.5, Hig. *Fáb*. 73.
193 La mejor fuente de este oráculo es Tuc. 2.102, cf. Paus. 8.24.8; el texto de la narración más completa se conserva mal en este punto clave, Apolod. l.c.
194 Cf. la historia en Apolod. 3.7.5-7; cf. Paus. 8.24.8-10 (los hijos de Fegeo aquí se llaman Témeno y Axión), Ov. *Met*. IX 407-17.
195 Paus. 9.5.7-8, 3.15.8.
196 Paus. 9. 5.8.
197 Proclo a *Ciprias*.
198 Hom. *Il*. II 494-510.
199 Paus. 9.5.8.
200 Hom. *Od*. X 490-5.
201 Tzetz. Lic. 682, citando versos atribuidos a Hesíodo (= fr. 276); Tzetzes señala que otros decían que Tiresias vivió durante nueve generaciones.
202 Apolod. 3.6.7, citando a Hesíodo (fr. 275 con textos relevantes).
203 Ov. *Met*. III 324-31, cf. Hig. *Fáb*. 75, Vat. Myth. 1.16.
204 Escolio a *Od*. X 494, Eustacio a *Od*. X 492; Flegón 257F36 (hiere a una de ellas en la segunda ocasión obedeciendo a un oráculo de Apolo).

205 Cf. Citerón en escolio a *Od.* 10.494, Cilene más a menudo, cf. Apolod. 3.6.7, Flegón l.c.
206 Esta versión sólo en Apolod., sin duda por un error de interpretación de los versos de *Melampodia* (citada en escolio a Lic. 683 y, en una versión un poco diferente en una interpolación al texto de Apolodoro).
207 Apolod. 3.6.7, Flegón l.c, Hig. *Fáb.* 75, escolio a Lic. 683 (todas citas en fr. 275).
208 Apolod. 3.6.7, citando a Ferécides (= 3F92).
209 Cal. *Himn.* V 57-130.
210 Ibid. 5.107-16, cf. Ov. *Met.* III 131 y ss.
211 Eur. *Fen.* 834 y ss; discurso de despedida de Meneceo, 987-1018, Creonte lamenta su muerte, 1310-21. Cf. Apolod. 3.6.7, Hig. *Fáb.* 68.
212 Eur. *Bac.* 266 y ss, cf. Ov. *Met.* III 511 y ss.
213 Apolod. 3.7.3, cf. D.S. 4.67.1.
214 *Epigonoi* fr. 3 Davies, Apolod. 3.7.4, cf. D.S. 4.66.5-6 (aquí llamada Dafne).
215 Paus. 9.33.1 (asimismo menciona que su tumba estaba junto a la fuente).
216 *Epigonoi* fr. 3 Davies.
217 Paus. 7.3.1.
218 Apolod. 3.7.7.
219 Hom. *Il.* 2.572.
220 Pínd. *Nem.* IX 13-15 (desde Argos) con escolio a 20 y 30; Hdt. 5.67 (hereda el trono de Sición como nieto de Pólibo), Paus. 2.6.3 (como yerno de Pólibo).
221 Apolod. 3.6.2, D.S. 4.65.6, escolio a Pínd. *Nem.* IX 30.
222 Para la descendencia de Anfiarao, cf. Hom. *Od.* XV 225-44, D.S. 4.68.4-5.
223 Cf. Apolod. 1.9.13.
224 Escolio a Pínd. *Nem.* IX 30.
225 Hom. *Il.* II 559-68.
226 Paus. 2.30.9, 2.18.4.
227 Trifiodoro 159, Tzetz. *Posthom.* 643.
228 Para la descendencia de Capaneo, cf. escolio a *Il.* II 564, escolio a Eur. *Fen.* 181, (Hipónoo – Anaxágoras – Megapentes – Preto), escolio a Pínd. *Nem* IX 30 (Hipónoo aquí hijo de Megapentes).
229 Eur. *Supl.* 981 y ss, Apolod. 3.7.1.
230 Eur. *Supl.* 1072 y ss.
231 Hom. *Il.* VI 20-8, XXIII 677-99.
232 Paus. 10.25.2.
233 ps.Arist. *Peplos* 35.
234 Hom. *Il.* IV 403-10.
235 Lic. 424-34.
236 Paus. 2.24.4-5.
237 Paus. 2.18.4-5.
238 Paus. 2.22.9-10.

Capítulo X. Leyendas de Creta y Atenas

1 D.S. 4.60.3, Estef. Biz. s.v. *Lykastos.*

[2] Escolio a *Il.* XII 92 citando a Hesíodo (= fr. 171) y Baquílides (= fr.105).
[3] Mosco 2, Ov. *Met.* II 836-75; un toro auténtico, Acus. 2F29, D.S. 5.78.1.
[4] Hijos, Hes. fr. 141, Apolod. 3.1.1, D.S. 4.60.3, etc.; collar, Hes. fr. 141, Fer. 3F89; hombre de bronce, A.R. 4.1643-4; perro y lanza, Eratóst. 33, Hig. *Astr.* 2.35.
[5] Sobre Asterio, escolio a *Il.* XII 292, Apolod. 3.1.2, D.S. 4.60.3; origen de Asterio/Asterión, D.S. 4.60.2.
[6] Hdt. 1.173.
[7] Apolod. 3.1.2.
[8] Ibid.; Ariadna y Deucalión mencionados como hijos de Minos en Hom. *Od.* XI 321-2, *Il.* XIII 451.
[9] Apolod. 3.5.1, Ant. Lib. 41.
[10] Para el supuesto imperio marítimo de Minos, cf. Tuc. 1.4.1, Hdt. 1.171, Aristóteles *Política* 2.10 (1271b 33-40), Estr. 1.3.2, D.S. 5.78.3, 84.1.
[11] Visitas a Zeus, Pl. *Leyes* 624b, ps.Pl. *Minos* 319bc, D.S. 5.78.3; la idea se inspira aparentemente en Hom. *Od.* XIX 178-9.
[12] Apolod. 3.1.3-4 (toro sale del mar), D.S. 4.77.2-4 (versión posterior); cf. asimismo Hes. fr. 145 (muy incompleta, pero el toro aparentemente sale del mar y se convierte en el padre del Minotauro), Eur. *Cretenses* frs. 81-2 Austin, Hig. *Fáb.* 40. Para otra versión, cf. Paus. 1.27.9.
[13] Apolod. 3.1.4, Paléf. 2 (primera mención de la vaca de madera), D.S. 4.77.1,3, Ov. *Met.* VIII 131-3, IX 736-40, cf. Hig. *Fáb.* 40 (Afrodita inspira en Pasífae un deseo aberrante por rechazar su culto).
[14] Cf. Apolod. 3.1.4.
[15] Apolod. 3.1.4, D.S. 4.77.4, etc.; primera mención del laberinto como morada del Minotauro, Filócoro 328F17, Cal. *Himn.* IV 311.
[16] Muerte de Talo y exilio, D.S. 4.76.4-7, Apolod. 3.15.8; cf. Paus. 1.21.5; Sóf. fr. 323 Radt y Hig. *Fáb.* 39 (Pérdix), Ov. *Met.* VIII 236-59 (Pérdix transformado en perdiz).
[17] Hijo de Metión, Fer. 3F146, D.S. 4.76.1; hijo de Eupálamo, Baq. XXVI 5-7, Apolod. 3.15.9.
[18] Apolod. 3.15.7.
[19] D.S. 4.60.4-5.
[20] Apolod. 3.15.7.
[21] Serv. *En.* VI 14, escolio a Estacio *Aquileida* 192.
[22] Apolod. 3.15.8, Paus. 1.19.5, Ov. *Met.* VIII 6-94, Hig. *Fáb.* 198; cf Cal. fr. 288.
[23] Esq. *Coéf.* 614-22.
[24] Apolod. 3.15.8, Paus. 2.34.7 respectivamente.
[25] Escolio a Dionys. *Per.* 420 citando a Partenio.
[26] Indicado en Dionys. *Av.* 2.15, Virg. *Geórg.* I 406-9; completo en ps.Virg. *Ciris.*
[27] Ov. *Met.* VIII 95-151.
[28] Hig. *Fáb.* 198, Serv. *En.* VI 286.
[29] Opiano *Haliéutica* 1.129, 3.187.
[30] Apolod. 3.15.8, cf. D.S. 4.61.1-3, Plut. *Tes.* 15.
[31] Apolod. 3.15.6-7, Plut. *Tes.* 3; cf. Eur. *Med.* 663-86, *Supl.* 1-7.
[32] Paus. 2.33.1.
[33] Apolod. 3.15.6-7, Hig. *Fáb.* 37.
[34] Paus. 1.27.8; para la infancia de Teseo, cf. asimismo Plut. *Tes.* 4-5.
[35] Plut. *Tes.* 6; Paus. 2.32.7 («roca de Teseo» cerca de Hermíone).

36 Para el ciclo como conjunto, cf. Apolod. 3.15.6-7, *Epít.* 1.1-4, D.S. 4.59.2-5, Plut. *Tes.* 8-11, Ov. *Met.* VII 435-47 (resumen), Hig. *Fáb.* 38.
37 Baq. XVIII 16-30.
38 D.S. 4.59.2, Eur. *Supl.* 714-15.
39 Para las fuentes, cf. nota 36.
40 Versión en D.S. 4.59.3, Paus. 2.1.4.
41 Cf. Apolod. 3.16.2, Hig. *Fáb.* 38.
42 Plut. *Tes.* 8, Paus. 10.25.2.
43 Paus. 1.39.5.
44 Construcción del camino, Paus. 1.44.10; bloqueado durante la guerra contra los persas, Hdt. 8.71.
45 Plut. *Tes.* 10.
46 Paus. 1.39.3.
47 Helánico 4F43, Paus. 1.5.2.
48 Hig. *Fáb.* 187.
49 Versión menos usual, D.S. 4.59.5, escolio a Eur. *Hipol.* 977.
50 Apolod. *Epít.* 1.5-6; Medea intenta envenenarlo, Plut. *Tes.* 12; sobre el veneno, cf. Cal. fr. 232-3, Ov. *Met.* VII 404-19.
51 Plut. *Tes.* 14 (siguiendo a Filócoro = 328F109), Cal. *Hekale* frs.
52 Voluntario: Apolod. *Epít.* 1.7, Plut. *Tes.* 17, Hig. *Fáb.* 41; a suertes: Fer. 3F148.
53 Helánico 4F164 (citado como variante en Plut. l. c.).
54 Apolod. *Epít.* 1.7-8, Plut. *Tes.* 17, D.S. 4.61.4; velas escarlatas como señal, Simón. 550.
55 Baq. XVII, cf. Paus. 1.17.3.
56 Hig. *Astr.* 2.5.
57 Fer. 3F148, D.S. 4.61.4 (confuso), Apolod. *Epít.* 1.8, Hig. *Fáb.* 42, escolio a *Il.* XVIII 590.
58 Eratóst. 5, Hig. *Astr.* 2.5.
59 Apolod. *Epít.* 1.9, escolio a *Il.* XVIII 590; sabotaje del barco cretense, Fer. 3F150.
60 Hes. fr. 147, 298; cf. Hig. *Fáb.* 43.
61 Cf. Fer. 3F148, Serv. *Geórg.* I 222 respectivamente.
62 D.S. 4.61.5, Apolod. *Epít.* 1.9; otras variantes, cf. Plut. *Tes.* 20.
63 Hom. *Od.* XI 321-5.
64 Plut. *Tes.* 21.
65 Ibid. 22 (más completa), D.S. 4.61.6-7, Apolod. *Epít.* 1.10, Paus. 1.22.5; de ahí el nombre del mar Egeo, Hig. *Fáb.* 43, Serv. *En.* III 74.
66 Apolod. *Epít.* 1.12-13, Estr. 14.1.19, D.S. 4.77.5-9 (racionalizada), Paus. 9.11.3 (racionalizada), Ov. *Met.* VIII 183-235, Hig. *Fáb.* 40.
67 Apolod. *Epít.* 1.14-15, D.S. 4.79.1-3 (sin la historia de la concha), escolio a Pínd. *Nem.* IV 95a (cañería a través del techo), Zenob. 4.92 (brea); Hdt. 7.170 (Minos muere en Sicilia durante la búsqueda de Dédalo, Sóf. *Kamikoi,* fr. 324 Radt (mención de la concha).
68 Hom. *Il.* VI 191-9.
69 Ibid. XIV 321-2.
70 Ibid. VI 150 y ss.
71 Ibid. VI 215-31.
72 Ibid. VI 233-6.
73 Hdt. 1.173, Hes. fr. 141.

[74] Hes. fr. 141.20-1, Apolod. *Epít.* 3.1.2.
[75] D.S. 5-79-3.
[76] Hdt. 1.172.
[77] Apolod. 3.1.2.
[78] Éforo 70F127 (= Estr. 14.1.6).
[79] Aristicrito 493F3; para la versión de Ovidio, cf. *Met.* 9.442-8.
[80] Ant. Lib. 30.
[81] Conón 2.
[82] Ant. Lib. 30.
[83] Ov. *Met.* IX 451-665.
[84] Aristóteles *Ética a Nicómaco* 5.5 (1132b25).
[85] Plut. *Tes.* 16, cf. Pl. *Leyes* 624a-625b, ps.Pl. *Minos* 318d, 320bc.
[86] D.S. 5.79.1; cf. Apolod. 3.1.2 (Radamantis legisla para los isleños).
[87] D.S. 5.84.2-3.
[88] Apolod. 2.4.11, 3.1.2; escolio a Lic. 50 (deja Creta después de matar a su hermano).
[89] Ant. Lib. 33 (citando a Ferécides = 3F84).
[90] Paus. 9.16.4.
[91] Hom. *Od.* VII 321-4.
[92] Ibid. IV 563-4, Pínd. *Ol.* II 75, *Pít.* II 73.
[93] Pl. *Apol.* 41a, *Gorg.* 523c, D.S. 5.79.2, etc.
[94] Apolod. 3.1.2.
[95] Escolio a A.R. 4.1492; madre de Mileto, Ant. Lib. 30.
[96] A.R. 4.1485-97.
[97] Hig. *Astr.* 2.34.
[98] Apolod. 3.2.1-2, con Hig. *Fáb.* 136 (explica la naturaleza de la maravillosa vaca y hace mención de un augurio acerca de una lechuza y abejas); cf. Esq. fr. 116 Radt (vaca), Paléf. 26 (historia de las serpientes). Éste era el tema central del *Kressai* de Esquilo, del *Manteis* de Sófocles, y del *Poliido* de Eurípides.
[99] Apolod. 3.2.1.
[100] Versión primera, Apolod. 3.2.1; segunda, D.S. 5.59.1-2.
[101] Apolod. 3.2.1, D.S. 5.59.2.
[102] Ibid. 3.2.1.
[103] Ibid. 3.2.2, D.S. 5.59.3-4.
[104] Conón 47, cf. Estr. 10.4.15.
[105] Apolod. 3.2.2.
[106] Escolio a Sóf. *Áyax* 1297 citando a Eur. *Cretenses*.
[107] Hom. *Il.* II 645-52.
[108] Proclo a *Ciprias*, Apolod. *Epít.* 3.3.
[109] Por recomendación de Agamenón, Hom. *Il.* IV 256-64, cabellos canos, XIII 361-2.
[110] Hom. *Il.* VII 165, XIII 361 y ss.
[111] Hom. *Od.* III 191-2.
[112] Apolod. *Epít.* 6.10, escolio a Lic. 1093; variante, escolio a Lic. 1223.
[113] Serv. *En.* III 121, XII 320, Vat. Myth. 1.195, 2.210.
[114] Virg. *En.* III 400-1.

[115] Hijo de Molos, Hom. *Il.* X 269-70; Molos hermano de Deucalión, D.S. 5.79.4, hijo ilegítimo de Deucalión, Apolod. 3.3.1.
[116] Cf. Hom. *Il.* VII 165-6, 13 passim, XVII 715 y ss.
[117] Hom. *Il.* X 261-71.
[118] Q.S. 12.720.
[119] Tumba en Creta, D.S. 5.79.4; cf. asimismo ps.Aristóteles *Peplos* 15. Sicilia, Plut. *Marc.* 20, Paflagonia, Estef. Biz. s.v. *Kressa*.
[120] D.S. 5.79.4.
[121] Plut. *Moralia* 417c
[122] Isócrates *Helena* 35, D.S. 4.61.8-9, Plut. *Tes.* 24.
[123] Tuc. 2.15.
[124] Plut. *Tes.* 23-5.
[125] Apolod. *Epít.* 1.11, Plut. *Tes.* 13, Eur. *Hipol.* 34-7 (cf. Paus. 1.22.2) respectivamente.
[126] Plut. *Tes.* 13, cf. Filócoro 328F108 (escolio a Eur. *Hipol.* 35); la referencia más antigua Eur. 1c
[127] Paus. 1.28.10, Pollux 8.119.
[128] Apolod. *Epít.* 1.16 (mención de Melanita Hipólita como variantes, citando a Simónides para la última, cf. Isócrates *Panatenaico* 193), cf. Plut. *Tes.* 26.
[129] Plut. *Tes.* 26 (citando a Filócoro = 328F110), Hig. *Fáb.* 30.
[130] Paus. 1.2.1.
[131] La mayoría de las fuentes importantes, entre ellas Ferécides (= 3F151), Helánico (= 4F156) y Herodoro (= 31F26), nos comunican que Teseo llevó a cabo una expedición por sí mismo, Plut. *Tes.* 26.
[132] Pirítoo, Pínd. fr. 175 y cerámica; Forbas, Fer. 3F152.
[133] Plut. *Tes.* 26 citando a Bion.
[134] Helánico 4F167.
[135] Esq. *Eum.* 685-90; Sobre el campamento de las Amazonas, D.S. 4.28.2, cf. Apolod. *Epít.* 1.16 (cerca del Areópago).
[136] Versión completa con variantes en Plut. *Tes.* 27; cf. asimismo D.S. 4.28.3-4, Paus. 1.2.1 (tumbas de Antíope y Molpadia), 1.41.7 (las Amazonas van a Mégara).
[137] Cf. Apolod. *Epít.* 1.17. Fedra mencionada junto a otras mujeres célebres del Hades Hom. *Od.* XI 321.
[138] Plut. *Tes.* 28 citando la *Teseida* (= fr. 1 Davies).
[139] Apolod. *Epít.* 1.17.
[140] D.S. 4.62.1, Apolod. *Epít.* 1.17-18.
[141] Eur. *Hipol.* I frs y el argumento de *Hipol.* II (contraste entre las dos obras), cf. Asclepiades 12F28 (versión quizá basada en *Hipol.* I), Séneca *Fedra*.
[142] Eur. *Hipol.* (II, la obra que conservamos).
[143] Ibid. 1423-7.
[144] Paus. 2.32.1.
[145] Paus. 2.32.9.
[146] Paus. 2.32.3.
[147] *Naupactia* fr. 10C Davies (Apolod. 3.10.3).
[148] Ov. *Met.* XV 487-546.
[149] Plut. *Tes.* 30.

150 Cazadores, Plut. *Tes.* 29, Apolod. 1.8.2, Ov. *Met.* VIII 303; Argonautas, Hig. *Fáb.* 14 (en contra de A.R. 1.101-4).
151 Hom. *Il.* III 143-4.
152 Alcmán 21 (Paus. 1.41.5), Estesícoro 191 (cf. p. 361 y nota).
153 Helánico 4F168b (siete), D.S. 4.63.2 (diez), Apolod. *Epít.* 1.23 (doce).
154 D.S. 4.63.1-4, Plut. *Tes.* 31.
155 Apolod. *Epít.* 1.23, escolio a A.R. 1.100.
156 Helánico 4F134.
157 Hig. *Fáb.* 79.
158 Plut. *Tes.* 31-4, D.S. 4.63.3.5, Apolod. *Epít.* 1.23-4 (sugiere, quizá por error, que los Dioscuros tomaron Atenas), Paus. 1.17.6.
159 Hdt. 9.73.
160 Plut. *Tes.* 32.
161 Estesícoro 191 (como aparece en Paus. 2.22.7).
162 *Minias* fr. 1 Davies (citado en Paus. 10.28.1).
163 Hes. fr. 280.
164 Apolod. *Epít.* 1.24.
165 Paniasis fr. 9 Davies (como aparece en Paus. 10.29.2), cf. Apolod. *Epít.* 1.24 (apresados por serpientes), Vat. Myth. 1,48 (encadenados), Horacio *Odas* III 4.78-80 (Pirítoo aún encadenado), 4.7.27-8 («lazos del Leteo»).
166 Apolod. 2.15.2, cf. Eur. *Heracles* 1169-70 (primera referencia al rescate de Teseo), escolio a A.R. 1.101.
167 Cf. D.S. 4.26.1 y Hig. *Fáb.* 79 (ambos liberados); D.S. 4.63.4 (ninguno de los dos), cf. Verg, *En.* VI 10 con 617-18.
168 Plut. *Tes.* 35 y Paus. 1.17.6, respectivamente.
169 Plut. *Tes.* 35 (ambas versiones), Apolod. *Epít.* 1.24 (Licomedes le arroja por un precipicio), Paus. 1.17.6 (Licomedes planea su muerte por su gran reputación), Lic. 1324-6 con escolio a 1326.
170 Plut. *Tes.* 35; líder ateniense en Troya, Hom. *Il.* II 546-56.
171 Plut. *Tes.* 35, Paus. 1.15.4.
172 Plut. *Tes.* 36.
173 Apolod. 3.14.1 doble forma, Eur. *Ion* 1163-4, Arist. *Avispas* 438 con escolio.
174 Cécrope como juez, Jen. *Recuerdos de Sócrates.* 3.5.10, Cal. fr. 194.66-8; como testigo, Cal. fr. 260.25-6, Apolod. 3.14.1; Cécrope y Cránao como jueces, Apolod. l.c.
175 Respectivamente Plinio *His. nat.* 7.194, Cicerón *De legibus* 2.63, Filócoro 328F98, Tácito *Anales* 11.14. Sobre ello, cf. Filócoro F94-8 con notas de Jacoby.
176 Clearco fr. 63 Wehrli; Justino 2.6.7, Suidas s.v *Kekrops.*
177 Paus. 8.2.3 (Zeus *Hypatos*), 1.26.6 (sacrificios incruentos), Filócoro 328F97 (Cronia).
178 Apolod. 3.14.2 (madre e hija llamadas Agraulo), Paus. 1.2.6. Aglauro la forma usual, primero Eur. *Ion* 23, 496. Acteo como primer rey de Atenas. Paus. l.c, cf. Estr. 397, Estef. Biz. s.v *Akte.*
179 Eur. *Ion* 20-24, 267-74, Apolod. 3.14.6, Paus. 1.18.2, Ameleságoras 330F1, Ov. *Met.* II 552-61; cf. asimismo Euforión fr. 9 Powell, Hig. *Fáb.* 166, *Astr.* 2.13.
180 Helánico 4F38, Apolod. 3.14.2, Paus. 1.21.7; Eurípides alude a ello en *Electra* 1258-63, *If. taur.* 945-6.

181 Hijo de Aglauro, Paus. 1.38.3; de Pandroso, Androtión 324F1; de Herse, *Inscriptiones Graecae* 14.1389.

182 Paus. 1.38.3.

183 Apolod. 3.14.3; Hes. *Teog.* 986-91 conexión con Eos sin decir nada sobre su nacimiento.

184 Ov. *Met.* II 708-832, *P. Herc.* 243II.

185 Muere joven y sin hijos, Apolod. 3.14.2, Paus. 1.2.6; Paus. 1.31.2 (muerte y tumba) 1.18.5 (estatua de Delos), Aten. 9, 392d (= Fanodemo 325F2, en misión a Delos).

186 Apolod. 3.14.5, Paus. 1.2.6, Marmor Parium 239A 2,4 Jac. (recibe Deucalión).

187 Apolod. 3.14.6, Paus. 1.2.6.

188 Apolod. 3.14.6, Paus. 1.2.6.

189 Hom. *Il.* II 547-8, Hdt. 8.55.

190 Harpócrates. s.v. *Autochthones*, «Píndaro y el autor de *Danais* señalan que Erictonio surge de la tierra» (= Pínd. fr. 253 Snell, *Danais* fr. 2 Davies). Distinción entre Erictonio nacido de la tierra y el posterior Erecteo en Eur. *Ion* 8-26. La primera aparición del nombre de Erictonio en una hidria fechada *circa* 440-30 a.C., Berlín F2537.

191 Fundador de las Panateneas, Helánico 4F39 (primera mención), Apolod. 3.14.6; inventó el carro, se convierte en constelación, Eratóst. 13, Hig. *Astr.* 2.13.

192 Apolod. 3.14.8.

193 Ibid., cf. Conón 31, Ov. *Met.* VI 424-674; Fuentes antiguas, Hes. *Trabajos y días* 568 y Safo 135, Esq. *Supl.* 58-67 (esposa de Tereo mata a su hijo, perseguida por un halcón en la forma de un ruiseñor, cf. Hig. *Fáb.* 45 Tereo es el halcón), Sóf. *Tereo* frs. 581-95 Radt.

194 Hig. *Fáb.* 45, Serv. *Buc.* VI 78, Vat. Myth. 1.4.

195 Serv. *Buc.* VI 78, Vat. Myth. 1.4.

196 Ov. *Met.* VI 675-6.

197 Tuc. 2.29, Paus. 1.41.8.

198 Apolod. 3.14.8, Hig. *Fáb.* 45.

199 Apolod. 3.15.1.

200 Harpocratión s.v. *Boutes*, Paus. 1.26.6 (altar).

201 Apolod. 3.15.1; desciende de Dédalo a través de Erecteo ibid. 3.15.8 (Eupálamo – Metión – Erecteo), D.S. 4.76.1 (Metión – Eupálamo – Erecteo), Fer. 3F146 (Metión – Erecteo).

202 Apolod. 3.15.4, como en Eur. *Erecteo*, cf. fr. 360 Nauck (una de las tres hijas ha de morir) y frr. 50 y 65 Austin (las hijas juran matarse junto a una víctima escogida, reciben honores como las Hiacíntides); cf. Hig. *Fáb.* 46 (curiosa versión en la que Poseidón ordena el sacrificio después de que Erecteo haya matado a Eumolpo).

203 Eur. *Ion* 275-80 (todas mueren menos la más joven, Preusa), Demostenes 60.27.

204 Apolod. 3.15.4, Hig. *Fáb.* 46, Eur. *Ion* 281-2 (cf. *Erecteo* fr. 65 Austin) respectivamente.

205 Paus. 13.8.3.

206 Paus. 1.26.6.

207 *Himn. hom. a Deméter* 154, 475.

208 Cf. Licurgo *Contra Leócrates* 98-100.

209 Apolod. 3.15.4.

210 Isócrates *Panatenaico* 193, Hig. *Fáb.* 46.

211 Paus. 1.38.3, 2.14.2.

212 Cf. Plut. *Moralia* 607b, Luciano *Demonacte* 34.

213 Escolio a Sóf. *Ed. Col.* 1053.

214 Apolod. 3.15.8, cf. Hig. *Fáb.* 238 (un espartano llamado Jacinto mata a su hija Antis en beneficio de los atenienses).

215 Fanodemo 325F4.

216 Apolod. 3.5.1.

217 Primera mención del rapto, Simón. 534, cf. Pausanias. 5.19.1 (en el cofre de Cipselo); Acus. 2F30 (de la Acrópolis), Pl. *Fedro.* 2290c, Apolod. 3.15.2, escolio a A.R. 1.211.

218 Hdt. 7.188-9 (ambos incidentes), Paus. 1.19.6; cf. El. *Misc. his.* 12.61 para una historia comparable en Turios.

219 Fer. 3F34.

220 Apolod. 3.15.1; marcha a Tebas, Paus. 1.37.4.

221 Fr.ep.incerti loci 1 Davies.

222 Hom. *Od.* XI 321.

223 Ov. *Met.* VII 670-862.

224 Ant. Lib. 41.

225 Hig. *Fáb.* 189.

226 Apolod. 3.15.5, cf. Paus. 7.1.2 (arbitra Juto).

227 Apolod. 3.15.5-6, Paus. 1.5.3, 1-39-4; sobre el exilio del rey de Mégara en el Peloponeso, Paus. 4.36.1, 6.22.5.

228 Exilio en Mesenia, Paus. 4.1.6-7, 4.2.6; en Licia, Hdt. 1.173, Paus. 1.19.4, Estef. Biz. s.v. *Lykia*; sus profecías, Paus. 10.12.6.

229 Cf. Paus. 1.39.4.

230 Hom. *Il.* II 546-56; Hes. fr. 200, cf. Apolod. 3.10.8.

231 Hom. *Il.* II 553-5; IV 327-8, XIII 331 y ss, XIII 195-6, 689-90.

232 Cf. Plut. *Tes.* 35 (muere en Troya), Tzetz. *Lic.* 911 (marcha a Melos).

233 *Pequeña Ilíada* fr. 23 Davies, *Toma de Troya* fr. 4 Davies; Apolod. *Epít.* 5.22, Q.S. 13.496-543.

234 Apolod. *Epít.* 6.16-17.

235 Esquines 2.13; cf. escolio a Lic. 495 (la mayor parte de la historia como en Apolodoro, excepto que Acamante ocupa el lugar de Demofonte), Luciano *Sobre la danza* 40.

236 Hig. *Fáb.* 59.

237 Cal. fr. 556. Historia familiar a los poetas romanos, cf.Ov. *Rem. Am.* 591-608, *Heroidas* 2, ps.Virg. *Culex* 131 y ss.

238 Hig. *Fáb.* 59.

239 Serv. *Buc.* V 10.

240 Partenio 16, escolio a Lic. 495 citando a Euforión; cf. Lic. 494-503.

241 Plut. *Tes.* 35, Aten. 96a.

242 Paus. 2.18.7.

243 Helánico 4F125, Harpócrates s.v *Apatouria*.

244 Conón 29.

245 Conón 26, cf. Helánico 4F125 (similar excepto que no se menciona a Aletes), Pl. *Banq.* 208d (breve alusión), Paus. 1.19.6 (lugar del incidente).

Capítulo XI. Jasón y los Argonautas

1 Apolod. 1.9.1, escolio a *Il.* VII 86, Tzetz. *Lic.* 22; Frixo se presenta voluntario al sacrificio, Fer. 3F98, Hig. *Fab.* 2; primera mención, Hes. fr. 68, Fer. 3F99.
2 Apolod. 1.9.1, Esq. *Pers.* 70 (etimología de Helesponto), Hdt. 7.58 (tumba de Hele en el Helesponto), A.R. 1.256-7 (alusión).
3 Apolod. 1.9.1, referencia anterior en Hes. fr. 299.
4 Hes. *Teog.* 956-7, Hom. *Od.* X 136-9, Apolod. 1.9.1.
5 Apolod. 1.9.1, A.R. 2.1140-56; esposa Iofossa, Hes. fr. 255, Acus. 2F38.
6 A.R. 2.1150-1.
7 A.R. 2.1093 y ss.
8 A.R. 3.594-604.
9 A.R. 3.584-8.
10 Apolod. 1.9.1 y 24, A.R. 4.99-144; cf. Pínd. *Pít.* IV 244-6 (guardado por un dragón). En las representaciones artísticas a menudo el vellocino cuelga de un árbol.
11 Hig. *Fáb.* 3, cf. *Astr.* 2.20, Serv. *Geórg.* II 140; Helánico 4F129 (en el templo de Zeus).
12 Hes. fr. 299, *Naupactia* fr. 8 Davies.
13 Fer. 3F100.
14 Eratóst. 19, Hig. *Astr.* 2.20.
15 Hig. *Fáb.* 2.
16 Hig. *Fáb.* 3.
17 Escolio a Hes. *Teog.* 993a.
18 Paus. 9.34.4, cf. A.R. 2.1179-82.
19 Paléf. 30, escolio a *Il.* 7.86, cf. A.R. 1.763-4. Hecat. 1F17 (el carnero anima a Frixo a tener coraje después de que Hele haya caído).
20 D.S. 4.47.4, escolio a A.R. 1.256.
21 Paléf. 30 (un criado salva a Frixo); Dionisio Escitobraquio en escolio a A.R. 1.256, 2.1144, 4.176, D.S. 4.46.5-6 (el *paidagogos* Crío se lo lleva para dejarlo a salvo del plan de Ino).
22 Hig. *Astr.* 2.20 (Peón, Edono), Estef. Biz. s.v. Almopia (Almopes) y Edono.
23 Hig. *Fáb.* 188.
24 Ov. *Met.* VI 117.
25 A.R. 2.1144-5.
26 A.R. 2.1151 e Hig. *Fáb.* 3 respectivamente.
27 A.R. 4.22, 735-6.
28 Ant. Lib. 23.
29 Fer. 3F106.
30 Hdt. 7.197.
31 Apolod. 1.9.8 y 11, cf. Hom. *Od.* XI 235-59 (sobre los hijos de Tiro).
32 Apolod. 1.9.8, Hom. *Od.* XI 238-54 (se empareja con Enipeo), Hes. fr. 30.24-35.
33 Apolod. 1.9.8.
34 Escolio a *Il.* X 334, cf. El. *Misc. his.* 12.42.
35 Cf. Aristóteles *Poética* 16, 1454b2 5.
36 Cf. D.S. 4.68.2.
37 Apolod. 1.9.8.

[38] La marcha de los hermanos, Apolod. 1.9.9-10, D.S. 4.68.3, Paus. 4.2.5, cf. Hom. *Od.* XI 256-7.
[39] Fer. 3F105, Apolod. 1.9.16.
[40] Pínd. *Pít.* IV 71-168.
[41] Hes. *Teog.* 992-6.
[42] Mimn. 11.
[43] Escolio a *Od.* XII escolio a *Teog.* 993.
[44] A.R. 1.5-17, cf. Hig. *Fáb.* 12.
[45] A.R. 3.66-75, cf. Hig. *Fáb.* 13.
[46] Hom. *Od.* XII 70.
[47] Eur. *Med.* 1-4, A.R. 1.386, 525 (del Pelión).
[48] Apolod. 1.9.16, Esq. *Argo* fr. 20 Radt, Antímaco fr. 58, A.R. 1.524-7, Líc. 1319-21.
[49] Ambas explicaciones en D.S. 4.41.3. Para Argos y la construcción del *Argo*, cf. asimismo A.R. 1.18-19, 111-14, 722-4, escolio a A.R. 1.4, Eratóst. 35, Hig. *Astr.* 2.37, *Fab.* 14.
[50] Pínd. *Pít.* IV 171-83.
[51] A.R. 1.20-233; cf. Hig. *Fáb.* 14, *Argonáuticas órficas* 119-231, Val. Flac. 1.350-486.
[52] Apolod. 1.9.16.
[53] A.R. 1.559-2.1285; para un resumen de otras fuentes, cf. Apolod. 1.9.17-23.
[54] A.R. 1.559-608.
[55] A.R. 1.609-913, Apolod. 1.9.17; primeras referencias a la matanza de los hombres de Lemnos, Pínd. *Pít.* IV 252 (ibid. 253-4, Argonautas compiten en los juegos y se acuestan con las mujeres, en el viaje de regreso), Esq. *Coéf.* 631-6, Hdt. 6.138, escolio a A.R. 1.769 a la *Hipsípila* de Esquilo y las *Lemnias* de Sófocles; Hom. *Il.* VII 467-9 (Euneo hijo de Jasón y Hipsípila).
[56] A.R. 1.910-21. Quizá la escena de la visita en los *Cabiros* de Esquilo (Jasón y sus compañeros aparecerían ebrios, Aten. 10.428 y ss).
[57] A.R. 1.922-1152, Apolod. 1.9.18, Hig. *Fáb.* 16.
[58] A.R. 1.1177-1357, Apolod. 1.9.19, Teócr. XIII, Ant. Lib. 26 citando a Nicandro (Hilas, hijo de Ceo).
[59] A.R. 1.1289-1308.
[60] A.R. 1.1349-57.
[61] Zenob. 6.21 (como Apolodoro en la historia de Hilas).
[62] Ant. Lib. 26 y escolio a A.R. 1.1236.
[63] escolio a Pínd. *Pít.* IV 303b.
[64] Apolod. 1.9.19 citando a Ferécides (= 3F11a), Aristóteles *Política* 3, 1284a16.
[65] Hes. fr. 263 (boda de Ceo), Hdt. 7.193.
[66] Con Ónfale, Herodoro 31F41, Éforo 70F14.
[67] Apolod. 1.9.19 citando a Demárato (a Cólquide) y Dionisio Escitobraquio (como líder); cf. Estr. 12.4.3, Teócr. XIII 74-6 (hasta la Cólquide a pie después de que lo dejaran en Misia).
[68] A.R. 1.1358-2.162, Apolod. 1.9.20, Teócr. XXII 27-134; el episodio en un drama satírico de Sófocles, *Ámico,* frs. 111-12 Radt, y una comedia de Epicarmo, frs. 6-8 Kaibel.
[69] A.R. 2.164-233.
[70] Hes. Frs 254 y 157 respectivamente.
[71] Apolod. 1.9.21 (citado como variante), Istro 334F67.
[72] Et. Gen. s.v. *opizesthai* (citado en Hes. fr. 157).

73 Asclep. 12F31.
74 Apolod. 1.9.21.
75 D.S. 4.43.3-44.4.
76 Variante en Apolod. 1.9.21.
77 A.R. 2.234-300; ibid. 434, Harpías marchan al monte Dicte en Creta, cf. *Naupactia* fr. 3A Davies (al monte Arginunte en Creta).
78 A.R. 2.295-7, cf. Hes. fr. 156.
79 Apolod. 1.9.21 (se puede suponer que también mueren los Boréadas, aunque no se señale).
80 Cf. Íbico 292, Esq. fr. 260 Radt.
81 A.R. 2.309 y ss.
82 A.R. 2.549-609, cf. Apolod. 1.9.22.
83 Hom. *Od.* XII 59-72.
84 Pínd. *Pít.* IV 207-11, Eur. *Med.* 1-2.
85 Simón. 546.
86 A.R. 2.318.
87 Hdt. 4.85.
88 A.R. 4.922 y ss.
89 Pínd. *Pít.* IV 209-11.
90 En Salmideso, cf. Sóf. *Antíg.* 966 y ss, Apolod. 1.9.21. Cf. asimismo escolio a A.R. 2.177.
91 A.R. 2.669-719.
92 A.R. 2.720-898, Apolod. 1.9.23; sobre la muerte de Idmón y Tifis, cf. Herodoro 31F50-1, 54 (Idmón muere en el viaje de regreso), Ninfis 432F15, 16.
93 A.R. 2.911-29.
94 A.R. 2.946-61.
95 A.R. 2.962-1000.
96 A.R. 2.1030-1225; Frixo les aconseja viajar allí, ibid. 384-9. Las aves que disparan plumas ya en Eur. fr. 838 Nauck.
97 A.R. 2.1241-1280.
98 A.R. 2.1281-5, 3.167-3438, cf. Apolod. 1.9.23; Fer. 3F22a (sobre el origen de los dientes del dragón), 3F112 (los toros que exalan fuego y con pezuñas de bronce).
99 A.R. 3.472-575.
100 A.R. 3.6-166, 275-98.
101 A.R. 3.609-739.
102 A.R. 3.1025-1130, cf. Pínd. *Pít.* IV 220-3, Ov. *Met.* VII 74-99.
103 A.R. 3.1163-1407; cumplen las misiones, cf. Pínd. *Pít.* IV 224-41, Apolod. 1.9.23, Ov. *Met.* VII 100-48.
104 A.R. 4.6-211, cf. Apolod. 1.9.23.
105 Escolio a A.R. 4.156.
106 Pínd. *Pít.* IV 241-50, Fer. 3F31 (en escolio a A.R. cit.).
107 Eur. *Med.* 480-2.
108 *Naupactia* frr. 6-7 Davies; Herodoro aparentemente daba una versión parecida, 31F53.
109 Sóf. fr. 547 Radt, implícito en Eur. *Med.* 1262-4, Herodoro 31F10.
110 Hes. fr. 241, Pínd. *Pít.* IV 19-39, 251-62, Hecat. 1F18.
111 Escolio a A.R. 4.262b, 291b, citando a Timageto.

[112] Versión de Apolonio, 4.595ff; versiones racionalistas, Plinio *Hist. nat.* 3.22, Zósimo *Historias* 5.29.2-3.
[113] D.S. 4.56.3 (= Timeo 566F85).
[114] Fer. 3F32.
[115] Apolod. 1.9.24.
[116] Sóf. fr. 343 Radt, Eur. *Med.* 1334-5, cf. Cal. fr. 8.
[117] A.R. 4.212-1781, *cf.* Apolod. 1.9.24-6 (omite la visita a África).
[118] A.R. 4.212-337.
[119] A.R. 4.338-510. Para otra versión de la muerte de Apsirto, cf. Hig. *Fáb.* 23.
[120] A.R. 4.552-95.
[121] A.R. 4.596-752.
[122] Sirenas, A.R. 4.894-921; Afrodita engendró a Érix de Butes, Hig. *Fáb.* 260.
[123] A.R. 4.885-997.
[124] A.R. 4.998-1222.
[125] A.R. 4.1223-1637; sobre el episodio de Tritón, cf. Hdt. 4.179, Pínd. *Pít.* 428-37.
[126] A.R. 4.1393-1484.
[127] A.R. 4.1638-44 (dado por Zeus a Europa), Simón. 568 (dado por Hefesto a Minos), Apolod. 1.9.26 (con la versión de Simónides y, como variante, que Talo pertenecía a la raza de bronce o que tenía forma de toro).
[128] Apolod. 1.9.26, A.R. 4.1644.
[129] Escolio a Pl. *Rep.* 337a, Zenob. 5.85, Eustacio a *Od.* XX 302.
[130] A.R. 4.1645-8.
[131] Apolod. 1.9.26.
[132] A.R. 4.1659-81.
[133] Ambas variantes en Apolod. 1.9.26.
[134] A.R. 4.1689-93.
[135] A.R. 4.1694-1730.
[136] A.R. 4. 1731-81.
[137] Apolod. 1.9.26.
[138] Paus. 5.17.9-1 (Jasón y varios Argonautas en los juegos en el cofre de Cipselo).
[139] Hes. *Teog.* 992-1002, Cinetón fr. 2 Davies (de Paus. 2.3.7).
[140] Apolod. 1.9.27, Ov. *Met.* VII 297-349, Paus. 8.11.2-3; la cerámica aporta testimonios del último cuarto del siglo VI a.C.
[141] *Nostoi* fr.6 Davies, Ov. *Met.* VII 176-293; Jasón en Simón. 548, Fer. 3F113, Lic. 1315 con escolio.
[142] Eurípides en Nauck 2 550f, D.S. 4.51-2 siguiendo a Dionisio Escitobraquio.
[143] Hig. *Fáb.* 24 (Acasto como amigo de los Argonautas), D.S. 4.53.1.
[144] Apolod. 1.9.27.
[145] Ibid., D.S. 4.50.1-2, cf. Val. Flac. 1.693-826 (ambos beben la sangre del toro).
[146] Apolod. 1.9.27, Hig. *Fáb.* 24.
[147] D.S. 4.52.2.
[148] Paus. 8.11.3; casadas, D.S. 4.53.1-2.
[149] *Naupactia* fr. 9 Davies (de Paus. 2.3.7).
[150] Eur. *Med.*, cf. Apolod. 1.9.28, D.S. 4.54, Hig. *Fáb.* 25, Ov. *Met.* VII 394-9.
[151] Paus. 2.3.6.

152 Escolio a Eur. *Med.* 264.
153 Eumelo fr. 3A Davies (de Paus. 2.3.8).
154 Escolio a Eur. *Med.* 264 citando a Parmenisco.
155 Cf. Apolod. *Epít.* 1.5-6, Plut. *Tes.* 12.
156 Apolod. 1.9.28.
157 D.S. 4.56.1, cf. versión elaborada en Hig. *Fáb.* 27.
158 D.S. 4.55.6-7.
159 Eur. *Med.* 1386-8 y escolio.
160 D.S. 4.55.1, escolio a Eur. *Med.* 1387.
161 Hig. *Fáb.* 25.

Capítulo XII. La saga de los Deucaliónidas

1 Esq. *Prom. enc.* 560, Acus. 2F34.
2 Apolod. 1.7.2.
3 Ibid.
4 Pínd. *Ol.* IX 41-56.
5 Hes. fr. 234 (de Estr. 7.7.2); el lanzamiento de piedras asimismo en Acus. 2F35.
6 Helánico 4F6 (rey de Tesalia), Apolod. 1.7.2 (rey de Ftía), Conón 27 (Ftiótide).
7 Helánico 4F117.
8 Mármol de Paros 239A4 Jac, Paus. 1.18.8 (enterramiento).
9 Apolod. 1.7.2, escolio a Estacio *Teb.* 3.560, Apolod. 3.8.2 respectivamente.
10 Ov. *Met.* I 163-415. Cf. asimismo Horacio *Odas* I 2.5-12, Manil. 4.831-3, Lucano V 75-6, Hig. *Fáb.* 152 para la inundación, y Prob. *Geórg.* I 60-3, escolio a Hor. *Odas* I 2.9 para el oráculo.
11 Apolod. 1.7.2; cf. Hes. frs. 5-7 (dos hijas, Pandora, que engendró a Graico de Zeus, y Tía, que tuvo a Magnes y Macedón de Zeus), Fer. 3F23 (primer testimonio de Protogenia como hija de Deucalión), Hecat. 1F13 (versión diferente de la familia); Zeus padre de Helén, Conón 27.1, Apolod. l.c, escolio a *Od.* X 2.
12 Apolod. 1.7.2, Paus. 5.1.3.
13 Hdt. 7.200, Paus. 10.8.1-2, D.H. *Ant. Rom.* 4.25.3-4; identificado con el Anfictión de Atenas, cf. Apolod. 1.7.2.
14 Hom. *Il.* II 681-5.
15 Ibid. 2.530.
16 Hes. fr. 5.
17 Apolod. 1.7.3, cf. Hes. fr. 9, 10a.20-3.
18 Muerte de los hijos de Egimio, Apolod. 2.8.3.
19 Hes. fr. 10a.20-4.
20 Estr. 8.7.1 (Helén manda fuera a sus hijos), Paus. 7.1.2 (Juto expulsado por sus hermanos acusado de robo); boda de Juto e hijos, Hes. fr. 10a.20-4, Eur. *Ion* 57-64, 294-8 (Creúsa y la guerra contra Eubea), Conón 27, Apolod. 1.7.3.
21 Paus. 7.1.2.
22 Ibid.
23 Paus. 7.1.3-4.

24 Conón 27.
25 Paus. 7.1.2.
26 Paus. 7.1.2 y 1.31.2.
27 Estr. 8.7.1 y Conón 27 respectivamente.
28 Hdt. 5.65.
29 Eur. *Ion* 1-56.
30 Ibid. 57-66.
31 Ibid 510-65.
32 Ibid. 988-1208 (plan de Creúsa y su fracaso).
33 Ibid 1208-1622.
34 Ibid. 1574-94-
35 Cf. Paus. 2.18.6-7.
36 Paus. 7.2.1-2; Neleo fundador de las doce ciudades de Jonia, primer testimonio en Helánico 4F48, 125.
37 Paus. 7.2.3.
38 Ibid. 7.2.2
39 Apolod. 1.7.3.
40 Eratóst. 18, Hig. *Astr.* 2.18.
41 Page *GLP* III, no. 14.
42 Hig. *Astr.* 2.18, cf. Ov. *Met.* II 633-75 (donde ella es transformada, presumiblemente por deseo de Zeus después de revelar los destinos de Asclepio y Quirón).
43 Cal. fr. 569 (from Hig. l.c.).
44 Apolod. 1.7.4, cf. Hes. fr. 15,16, escolio a *Il.* IX 562.
45 Prob. *Geórg.* I 399 citando a Nicandro, cf. Ov. *Met.* XI 410-750 (Alcíone, hija de Eolo, señor de los vientos), Hig. *Fáb.* 65.
46 Escolio a *Il.* IX 562, Ovidio l. c.
47 Apolod. 1.7.3, cf. Hes. fr. 1oa.99-101.
48 Apolod. 3.13.1, cf. Fer. 3F1b.
49 Apolod. 1.7.4.
50 Ibid. 1.7.3, cf. Hes. fr. 1oa.34-5.
51 Hes. fr. 1 oa.58-62 (parentesco de Endimión), Paus. 5.1.3 (Etlio primer rey de Elis, no se nombra a su esposa).
52 Apolod. 1.7.6.
53 Zenob. 3.76, cf. Apolod. 1.7.6.
54 Escolio a A.R. 4.57.
55 Cic. *Tusc.* 1.92.
56 Ambos en escolio a A.R. 4.57.
57 Safo 199, A.R. 4.57-8, Luciano *Diál. dios.* 19.
58 A.R. 4.57-8, Estr. 14.1.8 (tumba en Latmos), Paus. 6.20.9 (tumba en Elis), Paus. 5.1.5 (tradiciones opuestas).
59 Paus. 5.1.4.
60 Paus. 5.1.4-8; Apolod. 1.7.6.
61 Paus. 5.1.8-5.5.1.
62 Paus. 5.1.8-9.
63 Apolod. 1.7.6, cf. Paus. 5.1.8, Conón 14.

64 Apolod. 1.7.7, 10, cf. Hes. fr. 10a.63 y ss.

65 Hes. fr. 10a.50-2, Apolod. 1.7.10 sobre su parentesco; Apolod. 1.8.6, escolio a *Il.* II 212, padre de Tersites.

66 Hes. fr. 26.

67 Hes. fr. 22 (cortejada por muchos pretendientes), Apolod. 1.7.7 (hijos de Ares).

68 Paus. 3.13.8, citando a Asio (= fr. 6 Davies).

69 Apolod. 1.7.10, Hes. fr. 23a.

70 Hom. *Il.* IX 556-60, Apolod. 1.7.8; cf. pp. 153-4 y notas.

71 Apolod. 1.8.1-2, Hes. fr. 25.10-19.

72 Apolod. 1.8.1.

73 Cf. Plut. *Moralia* 312a, Apolod. 1.8.2.

74 Baq. V 115-20.

75 Apolod. 1.8.1.

76 Hig. *Fáb.* 129.

77 Serv. *Geórg.* I 9, cf. Vat. Myth. 1.87 (el pastor se llama Ovista).

78 Hecat. 1F15.

79 Hom. *Il.* VI 216-21.

80 Hig. *Fáb.* 171 (el día de su nacimiento), Apolod. 1.8.2 (a los siete días de nacer), D.S. 4.34.6 (las Moiras se le aparecen en un sueño), Ov. *Met.* VIII 541 y ss; fuentes más antiguas para el leño, Frínico *Pleuroniai* citado en Paus. 10.31.2, Baq. V 140-4, Esq. *Coéf.* 602-12.

81 A.R. 1.190-201, Apolod. 1.9.16.

82 Estes. 179, Simón. 564, Hig. *Fáb.* 273.

83 A.R. 1.196-7.

84 Hom. *Il.* IX.533-42, Apolod. 1.8.2, D.S. 4.34.2-3, Ov. *Met.* VIII 271-99; Aten. 9.402a, Estr. 8.6.22 (nacido del hijo de Cromio).

85 Baq. V 97-110.

86 Cf. Apolod. 1.8.2; la mitad del reino también en Vat. Myth. 2.144.

87 Apolod. 1.8.2, Hig. *Fáb.* 173, Ov. *Met.* VIII 299-317.

88 Apolod. 1.8.2, Ov. *Met.* VIII 329-424, Baq. V 111-20; fuente más antigua, Hom. *Il.* IX 538-46.

89 Baq. V 115-20 (Anceo y Agelao), Apolod. 1.8.2 (Hileo y Anceo), Ov. *Met.* VIII 362-4 (Ainésimo); para la muerte de Anceo, cf. Ov. *Met.* VIII 391-402, Paus. 8.45.2.

90 Estacio *Teb.* 2.469-73.

91 Apolod. 1.8.2, Ov. *Met.* VIII 380-2 y 414-19.

92 Lic. 491-3.

93 Cf. Ov. *Met.* VIII 386-7, Hig. *Fáb.* 174.

94 Cf. Ov. *Heroidas* 4.99-100, D.S. 4.34.4.

95 Apolod. 1.8.2-3, Ov. *Met.* VIII 425-525, Hig. *Fáb.* 174.

96 Ant. Lib. 2 (siguiendo a Nicandro), Apolod. 1.8.3, Ov. *Met.* VIII, 533-46, El. *N.A.* 4.42, Hig. *Fáb.* 174.

97 Hom. *Il.* IX 529-98.

98 Ibid. IX 571-2.

99 Hes. fr. 25.10-13, *Miníadas* fr. 3 Davies (de Paus. 10.31.2).

100 Apolod. 1.8.3.

101 Hom. *Il.* IX 556-8, Apolod. 1.8.3, Paus. 4.2.7.

102 *Ciprias* fr. 18 Davies (de Paus. 4.2.7).

103 Hig. *Fáb.* 70, Vat. Myth. 1.174.
104 Citado en Paus. 10.31.2.
105 Cf. D.S. 4.34.7, Apolod. 1.8.3.
106 Apolod. 1.8.4-5.
107 Pisandro 16F1.
108 Hes. fr. 1 10a 55-57, Fer. 3F122; cf. asimismo Apolod. l.c, Hig. *Fáb.* 69, escolio a Estacio *Teb.* 2.113, etc.
109 Hes. fr. 12, *Tebaida* fr. 8 Davies (ambos de Apolod. 1.8.4).
110 D.S. 4.35.1-2, Apolod. 1.8.4.
111 Apolod. 1.8.6.
112 Ibid. (lo matan en el camino), Paus. 2.25.2.
113 Hig. *Fáb.* 175, cf. Ant. Lib. 37 (no se menciona a Esténelo).
114 Aten. 6.223d.
115 Paus. 10.38.3.
116 Hom. *Il.* II 638-44.
117 *Pequeña Ilíada* fr. 8 Davies; Virg. *En.* II 262.
118 Cf. Lic. 1013 y ss.
119 Paus. 10.38.3.
120 Apolod. *Epít.* 7.40.
121 Paus. 5.3.6.
122 Orcómeno, Helánico 4F126, Paus. 9.34.5; Tebas, escol. a *Il.* VII 86 citando a Filostefano; Apolod. 1.9.1, simplemente llamado rey de Beocia.
123 Cf. Apolod. 1.9.1.
124 Escol. a *Il.* VII 86
125 Ibid., Paus. 1.44.11.
126 Apolod. 1.9.2 y 3.4.3; Paus. 1.44.11 alude a esta versión; cf. Eur. *Med.* 1286-92 (Ino salta al mar con sus dos hijos), escol. y Tzetz. *Lyc.* 229.
127 Ov. *Met.* 4.415-542.
128 Apolod. 3.4.3, Ov. *Met.* IV 531-42; para diversas tradiciones sobre Leucotea y Melicertes, Paus. 1.42.8, 1.44.11, 4.34.4, escol. a Lic. 107, 229.
129 Apolod. 1.9.2; escol. a A.R. 2.514.
130 Fer. 3F98.
131 Hig. *Fab.* 4 (supuestamente siguiendo a Eurípides).
132 Hig. *Fab.* 1.
133 Hes. fr. 30.1-23, Apolod. 1.9.7; cf. Sóf. fr. 10c. Radt y Eur. fr. 14 Nauck (imitación del trueno y del rayo respectivamente), Verg. *En.* VI 585-94.
134 Apolod. 1.9.8, cf. Hes. fr. 30.25.
135 Hes. fr. 30.24-30.
136 Apolod. 1.9.5, Paus. 4.2.2-4.
137 Paus. 4-2.4-5-
138 Hom. *Il.* II 591.
139 Ibid. 9.557-60.
140 Ibid. 9.553-7, Paus. 4.2.7; cf. asimismo Apolod. 1.8.3 (se ahorca después de la muerte de Meleagro).
141 Pi. *Nem.* X 61-2, Apolod. 3.10.3, Paus. 4.2.7.

[142] Cf. A.R. 1.151-5 (y *passim*) y Apolod. 1.8.2 respectivamente.
[143] Hig. *Fab.* 100.
[144] Apolod. 3.10.3; cf. asimismo Paus. 3.16.1 (hijas de Apolo en *Ciprias* = fr. 9 Davies).
[145] Apolod. 3.10.3, Hes. fr. 50, escol. a Pi. *Pyth.* III 14 (citando dos versos hesiódicos).
[146] Paus. 2.26.6.
[147] Paus. 4.3.1-2, 3.26.9.
[148] Hom. *Od.* XI 281-7, Hes. fr. 33a, Apolod. 1.9.9, Paus. 4.2.5, 4.36.1.
[149] Paus. 4.3.1.
[150] Néstor y su tropa, Hom. *Il.* II 591-602; Antíloco, 5.565y ss, etc.; Trasímedes, 9.81, etc.
[151] Paus. 2.18.6-7 (expulsión de los Nelidas, dos nobles familias de Atenas descendían de ellos).
[152] Como hijo de Cinortas, hijo de Amiclas, Apolod. 3.10.3, citando a Estesícoro (= 227 *PMG).*
[153] Paus. 4.1.1-2.
[154] Paus. 4.31.11.
[155] Paus. 4.2.1-2.
[156] Apolod. 1.9.11, Hes. fr. 38.
[157] Apolod. 1.9.14-15.
[158] Hom. *Il* II763-7; en la carrera de carros del funeral por Patroclo, XXIII 287-565.
[159] Apolod. 1.9.14; Paus. 2.15.3 (tumba).
[160] Apolod. 1.9.11.
[161] Hes. fr. 203.
[162] Pínd. *Pít.* IV 124-6.
[163] Apolod. 1.9.11.
[164] Escolio a A.R. 1.118.
[165] Apolod. 1.9.11.
[166] Escolio a *Il.* II 744.
[167] Apolod. 1.9.12, Fer. 3F33; cf. Hom. *Od.* XI 281-97, 15.222-38, Hes. fr. 37.1-8 (referencia a la historia), fr. 272 (cura de Íficlo).
[168] Fer. 3F114; cf. Acus. 2F28 (de Apolod. 2.2.2), las muchachas se habían mofado de la estatua de la diosa.
[169] Baq. XI 40-57, 82-109.
[170] Hes. fr. 129-33.
[171] Hdt. 9.34.
[172] D.S. 4.68.4-5, cf. Paus. 2.18.4 (causa de la locura no especificada).
[173] Apolod. 2.2.2.
[174] Acus..2F28, Virg. *Buc.* VI 48-51.
[175] Apolod. 2.2.2, cf. Fer. 3F114 (Lisipa e Ifianasa sólo, la última se casa con Melampo), El. *Misc. his.* 3.42 (Elega y Celeno), Serv. *Buc.* VI 45 (Lisipa, Ifínoe, Cirianasa); D.S. 4.68.5 (Melampo se casa con Ifianira, hija de Megapentes).
[176] Hom. *Od.* XV 225-56.
[177] Ibid. XV 249 y ss.
[178] Ibid. XV 525-34.
[179] Ibid. XVII 151-61.
[180] Ibid. XX 350-7.
[181] Hom. *Il.* VII 44-53.
[182] Ibid. XIII 663-4.

183 Paus. 1.34.5, Fer. 3F115a.

184 Pínd. *Ol.* XIII 74 y ss, Paus. 1.43.5.

185 Fer. 3F82b.

186 Hom. *Il.* XIII 660-72.

187 Paus. 6.17.6.

188 Hom. *Il.* VI 152-4, Apolod. 1.9.3.

189 Fer. 3F119, cf. Apolod. 3.12.6 (sólo mención); primeras alusiones al episodio, Alceo 38, Teognis 702-12; Paus. 2.5.1.

190 Hig. *Fáb.* 201, escolio a Lic. 344; sobre los poderes de Autólico, cf. asimismo Hes. fr. 67.

191 Paus. 2.1.3, cf. Apolod. 3.4.3.

192 Eumelo frs. 3A y 5 Davies (de Paus. 2.3.8 y 2.1.1).

193 Escolio a Eur. *Med.* 20.

194 Paus. 2.1.1, Pínd. *Nem.* VII 104-5 con escolio a 155, Pl. *Eutid.* 292c

195 Hom. *Il.* VI 154-5 (no se nombra a su esposa), Asclep. 12F1, Apolod. 1.9.3.

196 Asclep. 12F1 (quizá siguiendo el perdido *Glauco Pontio* de Esquilo), cf. Hig. *Fáb.* 250 (devorado en los funerales de Pelias, sin detalles), Paus. 6.20.19.

197 Virg. *Geórg.* III 266-8 con Serv. a 268.

198 Escolio a Eur. *Orest.* 318, Et. Magn. s.v *Potniades*, Plinio *Hist. nat.* 25.94.

199 Serv. *En.* 268; cf. Paus. 9.8.1.

200 Paus. 6.20.19.

201 Paus. 6.20.15-18 (da sugerencias).

202 Apolod. 1.9.3 (Eurímede), Hig. *Fáb.* 157 (Eurínome), cf. Hom. *Il.* VI 154 (Belerofonte, hijo de Glauco).

203 Hes. fr. 43a. 71-83, Pínd. *Ol.* XIII 66-69.

204 Hes. fr. 43a 2-83.

205 Cf. escolio a *Il.* VI 155, Apolod. 2.3.1 respectivamente.

206 Hom. *Il.* VI 155-95, cf. Apolod. 2.3.1-2, Hig. *Fáb.* 57. La esposa de Belerofonte sin nombre en *Il.*, Filónoe en Apolod., Anticlea en escolio a Pínd. *Ol.* XIII 120, Casira en escolio a *Il.* VI 155. Sobre la Quimera, cf. asimismo Hes. *Teog.* 319-25, sobre las ordalías licias de Belerofonte, Pínd. *Ol.* XIII 83-90.

207 Hom. *Il.* VI195-206.

208 Pínd. *Ol.* XIII 63-90.

209 Paus. 2.4.1.

210 Estr. 8.6.21 y escolio a *Il.* VI 155 respectivamente.

211 Argumento de Eur. *Estenebea* (Nauck pp. 567-8).

212 Escolio a *Il.* VI 155, escolio a Lic. 17, escolio a *Od.* XIII 130c.

213 Hig. *Astr.* 2.18.

214 Ibid., cf. Eratóst. 18.

215 Paus. 2.4.3.

216 Apolod. 1.9.4; Fílaco fundador de Fílacas, Estef. Biz. s.v. *Phylake*, escolio a *Il.* II 69.

217 Escolio a A.R. 1.45; ya se le menciona como padre de Íficlo, Hom. *Il.* II 705, 13.698; padre de Alcímeda, Fer. 3F104, A.R. 1.45-7.

218 Hom. *Il.* II 695-710; Hes. fr. 199 diferente de otras fuentes al señalar que Protesilao es un hijo de Áctor, hijo de Deyón.

219 Q.S. 1.235 y ss, 814 y ss.

220 Sobre las espigas, Hes. fr. 62, sobre el mar, escolio a A.R. 1.45 citando a Demarato.
221 Néstor dice que lo venció una vez en una carrera Hom. *Il.* XXXIII 636; Podarces es su hijo, 2.704-5.
222 Paus. 5.17.10 (representado en el cofre de Cipselo).
223 Escolio a Lic. 939, cf. Hes. fr. 58.8-9; Asterodia es la única hija mencionada en Apolod. 1.9.4.
224 Hes. fr. 64, Fer. 3F120; cf. Hig. *Fáb.* 200 (señala que se contaba lo mismo de Quíone, hija de Dedalión, cf. Ov. *Met.* n.30iff).
225 Paus. 4.33.3, cf. Conón 7 (diferente, la ninfa se marcha avergonzada de su embarazo); sobre Támiris, asimismo Apolod. 1.3.3, escolio a *Il.* II 595.
226 Paus. 9.36.2.
227 Fer. 3F26.
228 Apolod. 1.9.6.
229 Hes. fr. 7.

Capítulo XIII. La guerra de Troya

1 Proclo a *Ciprias* con fr. 1 Davies, escolio a Eur. *Orest.* 1641.
2 Apolod. *Epít.* 3.1-2.
3 Cf. Apolod. 3.10.6-7.
4 *Ciprias* fr 7 Davies (de Aten. 8.334b-d).
5 Eratóst. 25; altar, Paus. 1.33.2.
6 Zeus como cisne, Apolod. 3.10.7, ambos como cisnes, Eratóst. 25.
7 Apolod. 3.10.7 y Hig. *Astr.* 2.8 respectivamente.
8 Hom. *Il.* III 236-8, *Od.* XI 298-300.
9 Eur. *Helena* 16-22; cf. Hig. *Astr.* 2.8, Zeus adopta una treta similar para seducir a Némesis.
10 Paus. 3.16.1.
11 Lic. 505-7, escolio a *Od.* XI 298, Vat. Myth. 1.78, 1.204.
12 Sobre todo esto, cf. pp. 360-361 y notas.
13 Hes. frs. 196-204.
14 Apolod. 3.10.8-9.
15 Eur. *If. Aul.* 66-71, Hig. *Fáb.* 78.
16 Estes. 190, Hes. fr. 204.78-86, Eur. *If. Aul.* 51-65, Apolod. 3.10.9 (sugerido por Odiseo).
17 Paus. 3.20.9.
18 Apolod. 3.10.8, Hig. *Fáb.* 81.
19 Hes. fr. 204.44-51.
20 Hes. fr. 198.4-6.
21 Hom. *Od.* 4.12-14; Apolod. *Epít.* 3.3 (nueve cuando la abandonó).
22 Hes. fr.175, Apolod. 3.11.1; Paus. 2.18.5 (Nicóstrato ilegítimo al igual que Megapentes).
23 Hom. *Od.* IV 1-19.
24 Paus. 3.19.9-10.
25 Hom. *Il.* VI 242-50, 24.494-7.
26 Pínd. *Peán* 8a, Apolod. 3.12.5, Hig. *Fáb.* 91 (las serpientes surgían de la antorcha), escolio a Lic. 86 (los bosques de Ida también se quemaron).
27 Lic. 138 con escolio El. *Mis. his.* 12.42, Apolod. 3.12.5 (durante cinco días).

[28] Lic. 319-22 con escolio a 319 escolio a Lic. 224 (Timetes auténtico padre del niño), Serv. *En.* 2.32.
[29] Cf. Apolod. 3.12.5.
[30] Hig. *Fáb.* 91.
[31] Proclo a *Ciprias, Ciprias* fr.5, 6 Davies; Eur. *Troyanas* 923-37, *Andróm.* 274-92, *If. Aul.* 1283-1309, *Helena* 23-30; Isócr. *Helena* 41-4; Apolod. *Epít.* 3.2; Hig. *Fáb.* 92; Luciano *Diál. dios.* 20.
[32] Hom. *Il.* XXIV 25-30 (cita 28-30).
[33] Hom. *Il.* V 59-68 (construyó los barcos de Paris, 62-3), Apolod. *Epít.* 3.2.
[34] Proclo a *Ciprias.*
[35] Cf. Apolod. 3.12.6.
[36] Parten. *Disc.* 4 (= Hegesianacte 45F2), Conón 23; Apolod. 3.12.6 (lleva los remedios demasiado tarde); sobre Paris y Enone, cf. asimismo Lic. 57-68, Ov. *Heroidas* 5, Q.S. 10.259-331 (rechaza la ayuda), 411-89 (se arroja a la pira de él).
[37] Helánico 4F29 (= Parten. *Disc.* 34), Conón 23.
[38] Proclo a *Ciprias,* Apolod. *Epít.* 3.3.
[39] Hom. *Il.* III 443-5.
[40] Cf. Estr. 9.1.22, Eustacio Hom. 433.21, Paus. 3.22.1 respectivamente.
[41] Proclo a *Ciprias,* Apolod. *Epít.* 3.3-4, Hom. *Il.* VI 288-92.
[42] Estes. 192; para la leyenda de la ceguera del poeta y su retractación, Pl. *Fedro* 243a-b (con cita de palinodia), Isócr. *Helena* 64, Horacio *Épodo* XVII 38-45; fantasma de Helena, Pl. *Rep.* 586c. Cf. asimismo p. 583 y nota.
[43] Eur. *Helena,* Eur. *Electra* 1280-2, cf. Apolod. *Epít.* 3.5.
[44] Hdt. 2.112-20, con discusión general sobre la cuestión.
[45] Proclo a *Ciprias,* Apolod. *Epít.* 3.6.
[46] Proclo a *Ciprias,* cf. Apolod. *Epít.* 3.6 (heraldos enviados).
[47] Hom. *Il.* II 299-330, Proclo a *Ciprias,* Apolod. *Epít.* 3.15, Ov. *Met.* XII 11-23.
[48] Proclo a *Ciprias,* Pínd. *Íst.* 8.48-51, Apolod. *Epít.* 3.17, escolio a *Il.* I 59.
[49] Proclo a *Ciprias,* Apolod. *Epít.* 3.18.
[50] Hom. *Il.* XXIV 765-6.
[51] Apolod. *Epít.* 3.19-20, Hig. *Fáb.* 101 (relato más completo), Propercio 2.1.63-4 (se recoge por primera vez el modo de cura); Eur. *Télefo* frs., escena de esa obra parodiada en Arist. *Acarn.* 430 y ss.
[52] Proclo a *Ciprias.*
[53] Eur. *If. taur.* 1-30, etc.; Pínd. *Pít.* XI 22-3, Esq. *Ag.* 228 y ss.; cf. asimismo Sóf. *Electra* 563-76, Apolod. *Epít.* 3.21-2, Hig. *Fáb.* 98, Ov. *Met.* XII 24-38.
[54] Eur. *If. taur.* 20-4.
[55] Apolod. *Epít.* 3.21-2, 2.10.
[56] Serv. *En.* II 116, cf. Hig. *Fáb.* 98.
[57] Apolod. *Epít.* 3.26; Proclo a *Ciprias* afirma meramente que los griegos navegaron hasta Ténedos.
[58] Plut. *Quaest. Gr.* 28.
[59] Apolod. *Epít.* 3.23-5, Paus. 10.14.2; cf. Lic. 232-9 con escolio a 232, Conón 28, D.S. 5.83, escolio a *Il.* I 38.

60 Lic. 240-2 con escol.; sobre la advertencia de la madre, cf. Plut. *Quaest. Gr.* 28, Apolod. *Epít.* 3.26.
61 Proclo a *Ciprias*.
62 Sóf. *Filoct.* 263-70, 1326-8.
63 *Filoctetes* de Eurípides tal como se recoge en Dion Crisóstomo *Or.* 59.
64 Paus. 8.33.4; Crises homérico, *Il.* I 37, 100. Cf. asimismo *Mitrídat.* de Apian 77.
65 Escolio a *Il.* II 722, escolio a Sóf. *Filoct.* 194.
66 Hig. 102; rechazó el acoso de Crisa, escolio a Lic. 911, escolio a Sóf. *Filoct.* 194.
67 Apolod. *Epít.* 3.27; gritos de mal agüero. Sóf. *Filoct.* 8-11, 1032-4; cómo se alimentaba en la isla, ibid. 164-7, 287-92, 706-11.
68 Lemnos deshabitada, Sóf. *Filoct.* 2.
69 Serv. *En.* III 402, Vat. Myth. 1.59.
70 Muerto a manos de Dárdano, Hom. *Il.* II 695-702; muerto a manos de Héctor, Proclo a *Ciprias*, Sóf. *Poimenes* fr. 455 Nauck, Apolod. *Epít.* 3.29-30. Cf. asimismo Lic. 526-33 con escolios.
71 Hig. *Fáb.* 103.
72 *Ciprias* fr. 18 Davies (de Paus. 4.2.7).
73 Recogido en *Protesilao* de Eurípides, Nauck p. 563 (de un escolio a Arístides, vol. 3, p. 671 Dindorf).
74 Hig. *Fáb.* 103.
75 Ibid. 104.
76 Apolod. *Epít.* 3.30. De la literatura romana, cf. asimismo Ov. *Heroidas* XIII (carta escrita por Laodamía).
77 Hes. fr. 237, Helánico 4F148.
78 Ateu. 393b.
79 Proclo a *Ciprias*, Arist. *Retórica* 2.24, 1396b 16-18, Sóf. *Poimenes* fr. 500 Radt.
80 Pínd. *Ol.* II 82, *Íst.* V 39, Apolod. *Epít.* 3.31.
81 Ov. *Met.* XII 70-140.
82 Proclo a *Ciprias*, Apolod. *Epít.* 3.3.1.
83 Hom. *Il.* XXIV 255-7.
84 Ibid. VI 414-27.
85 Ibid. VI 392-496; Pl. *Ion* 535b.
86 Hom. *Il.* XX 407-18.
87 Ibid. III 147 con XX 237-8.
88 Apolod. 3.12.5.
89 Ov. *Met.* XI 749-95.
90 Apolod. 3.12.5, cf. Lic. 224-7.
91 Hom. *Il.* II 819-23.
92 Ibid. V 311 y ss, XX 309 y ss.
93 Ibid. XX 300-8.
94 Hom. *Il.* III 146 y ss.
95 Ibid. III 203-24, XI 138-42, escolio a *Il.* III 205-6, Proclo a *Ciprias* (embajada enviada tras llegar a tierra), Baq. XV, Hdt. 2.118 (con asunto original), Apolod. *Epít.* 3.28-29 (enviada antes de desembarcar).
96 Hom. *Il.* XI 122-47.

97 Estr. 13.1.53 citando a Sófocles, Paus. 10.27.2 (en la pintura de Polignoto sobre el saqueo de Troya), escolio a *Il.* III 205-6.

98 D.H. *Ant. Rom.* 1.46, Serv. *En.* II 15, escolio a Lic. 340; Tzetz. *Lic.* 658 (Paladio).

99 Hom. *Il.* XXI 544-611.

100 *Pequeña Ilíada* fr.18 Davies (de Paus. 10.27.1), cf. Q.S. 13.213-17.

101 Hom. *Il.* XVIII 251-2.

102 Ibid. XVIII 249-313. Para otras ocasiones en las que advierte a Héctor, cf. *Il.* XII 59 y ss, XII 209 y ss, XIII 725 y ss.

103 Hom. *Il.* XXII 99 y ss.

104 Ibid. XVI 805-17, XVII 1-60.

105 Paus. 2.17.3.

106 Diógenes Laercio 8.4-5.

107 Hom. *Il.* II 824-77.

108 Ibid. II 557-8.

109 Ibid. VII 219-67.

110 Sobre Teucro, cf. Hom. *Il.* VIII 266-72; sobre Áyax locrio, XIII 701-8, XIV 520-3.

111 En los juegos, Hom. *Il.* XIII 473 y ss.; corselete, velocidad y habilidad con la lanza, ibid. II 527-30.

112 Hom. *Il.* II 681-5.

113 Estacio *Aquil.* 1.269-70, Serv. *En.* VI 57.

114 Lic. 455-61 con escolios; Esq. fr. 83 Radt (sólo vulnerable en la axila); Pínd. *Íst.* VI 42-9, Hes. fr. 250.

115 Hom. *Il.* XI 831-2 (dotes curativas), Pínd. *Nem.* III 43-53 (proezas como cazador), Apolod. 3.13.6 (dieta), Estacio *Aquil.* 2.381 y ss (educación, dieta).

116 Hom. *Il.* IX 432 y ss.

117 Ibid. IX 447-84 con escolio a 448.

118 Apolod. 3.13.8, cf. Lic. 421-3; Fénix ya ciego en Eur. *Fénix,* de ahí la alusión en Arist. *Acarn.* 421.

119 Hom. *Il.* XI 765-90.

120 Apolod. 3.13.8; Paus. 1.22.6 (Aquiles representado rodeado de muchachas en Esciros en una pintura de Polignoto, siglo V a.C., primera evidencia clara de la historia).

121 Ov. *Met.* XIII 162-70, escolio a *Il.* XIX 326, escolio a Lic. 277.

122 Hig. *Fáb.* 96; cf. Apolod. 3.13.8 (descubierto al tocar la trompeta).

123 Apolod. 3.13.8, etc.; sobre su amor por Deidamía, cf. asimismo Bion 2.

124 Hom. *Il.* XIX 326-7, Proclo a *Ciprias,* con fr. 16 Davies.

125 Hom. *Il.* VII 161-80.

126 Ibid. X 247.

127 Cf. Gorgias *Palamedes* 30, escolio a Eur. *Orest.* 432, Sóf. fr. 429, 432 Radt; Serv. *En.* 2.81 (juego de damas como medio de distracción para las tropas).

128 Hig. *Fáb.* 95.

129 Proclo a *Ciprias* (niño capturado «para el castigo» por sugerencia de Palamedes), Apolod. *Epít.* 3.7 (Palamedes amenaza al niño con la espada); Odiseo unce a un caballo y una mula, Hig. *Fáb.* 95, unce burro y mula, escolio a Lic. 384, unce dos animales diferentes y siembra sal, Serv. *En.* II 81, Vat. Myth. 1.35; Palamedes pone al niño delante del arado, Hig. l.c, Serv. l.c, escolio a Lic. 815.

[130] *Ciprias* fr. 20 Davies (Paus. 10.31.1).

[131] Hig. *Fáb.* 105, cf. Apolod. *Epít.* 3.8, Vat. Myth. 1.35.

[132] Escolio a Eur. *Orest.* 432.

[133] Dictis 2.15.

[134] Cf. Arist. *Tesm.* 768 y ss. con escolio a 771.

[135] Había visto morir dos generaciones de hombres durante el tiempo de la guerra, Hom. *Il.* I 250.

[136] Hom. *Il.* II 559-68.

[137] Ibid. V 297-367.

[138] Ibid. V 431-42.

[139] Ibid. V 825-67.

[140] Pínd. *Nem.* X 7 con escolio a 12, Fer. 3F97.

[141] Escolio a Pínd. *Nem.* X 12.

[142] Cal. *Him.* V 35 con escolio a Paus. 2.23.5.

[143] Incidente mencionado en Proclo a *Ciprias;* sobre las desgracias sufridas por la tropa, Esq. *Ag.* 558-72; cf. asimismo los comentarios de Tucídides, 1.11.

[144] Hom. *Il.* IX 128-30 (saqueo de Lesbos), II 690-3 (Lirnesos y la Tebas Hipoplacia), Proclo a *Ciprias* (Lirnesos, Pédaso y muchas ciudades cercanas), Apolod. *Epít.* 3.32-3 (Clazómenas, Esmirna, Colofón, etc.), escolio a *Il.* VI 35. Eustacio a *Il.* II 690.

[145] Hom. *Il.* XX 89-94, 187-90, Proclo a *Ciprias,* Apolod. *Epít.* 3.32.

[146] Hom. *Il.* XXI 34-135, XXIII 740-7; Proclo a *Ciprias* (Patroclo llevó a Licaón a Lemnos).

[147] Hom. *Il.* XXIV 257, cf. Proclo a *Ciprias* («Aquiles mata a Troilo»), Íbico 282a.41-5 (belleza de Troilo), escolio a *Il.* XXIV 257 citando a Sófocles (Troilo cae en una emboscada mientras entrenaba los caballos cerca de Timbreo); cf. asimismo Apolod. *Epít.* 3.32 (Aquiles tendió una emboscada a Troilo y lo mató en el santuario de Apolo Timbreo).

[148] Lic. 307-13 con escolio a 307.

[149] Vat. Myth. 1.210 y Plaut. *Baquídes* 953-5 respectivamente.

[150] Aparece por primera vez en *Román de Troie* de Benoit de Sainte-More (siglo XII); Chaucer siguió la versión de *Il Filostrato* de Boccaccio.

[151] Hom. *Il.* canto I.

[152] Ibid. cantos V (Diomedes domina)-VII (434 y ss, los griegos abren la zanja y construyen la muralla).

[153] Ibid. VIII.

[154] Ibid. IX.

[155] Ibid. XI.

[156] Ibid. XII-XV.

[157] Ibid. XVI.

[158] Ibid. XVII-XVIII.

[159] Ibid. XIX-XXII; muerte e injurias al cadáver de Héctor en XXII.

[160] Ibid. XXIII.

[161] Ibid. XXIII.

[162] Ibid. II 819 y ss.

[163] Hay una traducción disponible en la Biblioteca Clásica Gredos (n.º 327 B.C.G.), así como de la más breve *La toma de Ilión* de Trifiodoro (n.º 112 B.C.G).

[164] Hom. *Il.* X 435, frente a Eur. *Res.* 387-8, Apolod. 1.3.4.

[165] Hom. *Il.* X 423-514.

166 Eur. *Res.* 600 y ss, escolio a *Il.* X 435, Virg. *En.* 469-73 con Servio a 469.
167 Pínd. fr. 262 SM en escolio a *Il.* cit.
168 Q.S. 1.18 y ss. (mató accidentalmente a su hermana Hipólita mientras apuntaba con su lanza a un jabalí), cf. D.S. 2.46.5 (mata a un pariente), Apolod. *Epít.* 5.1 (mató a Hipólita; en 5.2, esta Hipólita se identifica erróneamente con la amazona raptada por Teseo, hecho absurdo en términos cronológicos); Helánico 4F149 (la amazona consiguió la gloria).
169 Proclo a *Etiópida,* cf. Apolod. *Epít.* 5.1, Q.S. Libro 1.
170 Hom. *Il.* VI 186, III 184-9.
171 Proclo a *Etiópida,* Apolod. *Epít.* 5.1, Lic. 999-1001 con escolio a (Tersites saca el ojo), Q.S. 1.718-81, escolio a Sóf. *Filoct.* 445, Eustacio a *Il.* II 219.
172 Hom. Il. II 211-77.
173 Q.S. 1.766 y ss.
174 Hom. *Il.* II 216-9 (estado deforme), Fer. 3F123 (arrojado al acantilado), escolio a *Il.* II 212 citando a Euforión (capturado en el acantilado).
175 Cf. Hdt. 5.54 (Susa como ciudad de Memnón), D.S. 2.22 siguiendo a Ctesias (Susa); cf. Estr. 15.3.2 (asimismo citando a Simónides = 539 *PMG,* para entierro en Siria).
176 Cf. Paus. 1.42.2.
177 Proclo a *Etiópida,* Hom. *Od.* IV 187-8 (Memnón mata a Antíloco), XI 522 (se menciona a Memnón), Pínd. *Pít.* VI 28-42 (Memnón salva a Príamo), Apolod. *Epít.* 5.3, Q.S. 2.
178 Q.S. 2.549 y ss.
179 Q.S. 2.642-50, Serv. *En.* 1.751, Dionis. *Av.* 1.8.
180 Ov. *Met.* XIII 576-622.
181 Ov. *Met.* XIII 621-2, Serv. *En.* 1.489.
182 Proclo a *Etiópida* (Paris y Apolo lo matan), cf. Hom. *Il.* XIX 416-17 (destinado a morir a manos de un dios y un mortal), XXII 358-60 (por Paris y Apolo en la puerta Escea), Apolod. *Epít.* 5.3-4; sólo Apolo, Hig. *Fáb.* 107, Q.S. 3.26-66; sólo Paris mencionado, Eur. *Andróm.* 655, *Hécuba.* 387-8; Apolo guía la mano de Paris, Virg. *En.* VI 56-8.
183 Hom. *Od.* XXIV 43-94, cf. Q.S. 3.380-787.
184 Hom. *Od.* XI 467 y ss., Proclo a *Etiópida.*
185 Con Medea, Apolod. *Epít.* 5.5, A.R. 4.811-15 con escolio a 814 citando a Íbico (291 *PMG*) como el primero que ofrece esta historia; con Ifigenia, escolio a *Il.* XIX 326, Ant. Lib. 27 (Ifigenia como Orsiloquia); con Polixena, Séneca *Troyanas.* 954.
186 Hom. *Od.* XI 544-56, con escolio a 547 (cautivos troyanos), cf. Q.S. 5.157 y ss.
187 *Pequeña Ilíada* fr. 2A Davies.
188 Pínd. *Nem.* VIII 26-7, cf. VII 23-30.
189 Hom. *Od.* XI 548-63.
190 Ibid. XI 548-9.
191 Proclo a *Pequeña Ilíada,* Pínd. *Íst.* 4.35-6, Sóf. *Áyax,* Apolod. *Epít.* 5.6-7, cf. Q.S. 5.
192 *Pequeña Ilíada* fr. 3 Davies, cf. Apolod. *Epít.* 5.7.
193 Sóf. *Áyax* 1047-1373.
194 Sóf. *Áyax* 53 y ss., 982 y ss., Q.S. 5.521 y ss.
195 Proclo a *Pequeña Ilíada.*
196 Apolod. *Epít.* 5.8-10.
197 Cf. Lic. 52-6 con escolio a 52.
198 Paus. 5.13.4-6.

199 Acus. 2F40.

200 Escolio a *Od.* XI 521; sobre el origen del vino, *Pequeña Ilíada* fr. 7 Davies (de Paus. 3.26.9; posiblemente se menciona porque Príamo lo ofrece a la madre de Eurípilo en la narración épica), Apolod. *Epít.* 5.12 (sin detalles), Q.S. 8.128 y ss.

201 Hom. *Od.* XI 520-1.

202 Escolio a *Od.* XI 521.

203 Hom. *Od.* XI 506-22, Proclo a *Pequeña Ilíada* con fr. 7 Davies (de Paus. 3.26.9), Apolod. *Epít.* 5.12 (sin detalles), Q.S. 8.128 y ss.

204 Proclo a *Pequeña Ilíada* con fr. 8 Davies.

205 Hom. *Od.* IV 242-58.

206 Apolod. *Epít.* 5.13.

207 Sóf. fr. 367 Radt, Serv. *En.* II 166.

208 Conón 34, Zenob s.v., Serv. *En.* II 166; *Pequeña Ilíada* fr. 9 Davies.

209 Hom. *Od.* VIII 492-5 (construido por Epeo con ayuda de Atenea), *Pequeña Ilíada* fr. 9 Davies (construido por Epeo por consejo de Atenea), Apolod. *Epít.* 5.14 (sugerido por Atenea), Q.S. 12.21 y ss.; listados de hombres en el caballo, Q.S. 12.314-30 (nombra a treinta, dice que hay más), Tzetz. *Posthoméricas* 641-50 (treinta y tres), Eustacio a *Od.* XI 522 (nombra a doce y se recoge cien en Estesícoro). Apolod. l.c. afirma que había cincuenta o mil (seguramente se trata de un error textual) según la *Pequeña Ilíada.*

210 Hom. *Od.* VIII 492-520.

211 Apolod. *Epít.* 5.15.

212 Proclo a *Pequeña Ilíada* y *Saqueo de Troya,* c.f. Apolod. *Epít.* 5.16-18.

213 Hom. *Od.* IV 271-89, cf. Trif. 463-90. Cf. asimismo *Od.* XI 523-32 sobre el miedo de los soldados cuando entran en el caballo.

214 Virg. *En.* II 1-249, Q.S. 12.218 y ss. (captura y tortura de Sinón, 360-422), Trif. 227 y ss.

215 Proclo a *Saqueo de Troya.*

216 Q.S. 12.444 y ss, lo deja ciego, 395 y ss.; para la muerte de Laocoonte y sus hijos en Virg. *En.,* cf. II 199-33.

217 Apolod. *Epít.* 5.18, Sóf. fr. 373 Radt.

218 Baq. fr. 9 SM, cf. escolio a Lic. 347 (de Calidne).

219 Serv. *En.* II 201 y Hig. *Fab.* 135 respectivamente.

220 Virg. *En.* II 201, con Servio ad loc. citando a Euforión.

221 Hig. *Fáb.* 135 (corregido de Acetes) y Tzetz. *Lic.* 347 respectivamente.

222 *Pequeña Ilíada* fr. 11 Davies (a medianoche, cuando se eleva una luna clara), Proclo a *Saqueo de Troya* (enciende una señal de fuego tras entrar en la ciudad), Apolod. *Epít.* 5.19 y Trif. 510-11 (sobre la tumba de Aquiles), Q.S. 13.21-9.

223 Cf. Apolod. *Epít.* 5.20 (Equión, hijo de Porteo, fue el primero en bajar por la cuerda y lo mataron mientras saltaba al suelo), Virg. *En.* II 262 (cuerda), Q.S. 13.306-60 (por una escalera construida por Epeo).

224 Virg. *En.* VI 515-19 (señal de Helena), 2.254-9 (Sinón).

225 Paus. 10.25-27.

226 Proclo a *Saqueo de Troya,* Eur. *Hécuba* 22-4, *Troyanas* 16-17, 481-4, Apolod. *Epít.* 6.21, Paus. 4.17.4.

227 *Pequeña Ilíada* fr. 11A Davies.

228 Decapitado, Virg. *En.* II 557 con Servio a ibid. 506-7 y 557, Q.S. 13.220-50; sobre la tumba de Aquiles, Serv. *En.* 557.

229 Virg. *En.* II 526-58; cf. Q.S. 13.214 (Neoptólemo mata a Polites cuando éste lo ataca en el curso de la batalla).

230 D.S. 8.517-20, Proclo a *Saqueo de Troya,* Apolod. *Epít.* 5.22, Q.S. 13.354 y ss.

231 *Pequeña Ilíada* fr.19 Davies y Estes. 201 respectivamente. Cf. asimismo Eur. *Andróm.* 627-31 para la historia anterior, con escolio a ibid. 628 (atribuida a Íbico también).

232 Virg. *En.* II 567-93.

233 *Pequeña Ilíada.* 23 Davies (de Paus. 10.25.2), Proclo a *Saqueo de Troya* con fr. 4 Davies, Apolod. *Epít.* 5.22.

234 *Pequeña Ilíada* fr. 20 Davies, Proclo a *Saqueo de Troya* con fr. 3 Davies.

235 Eur. *Troyanas* 719-39, 433-5. Sobre la suerte de Astianacte, cf. asimismo Eur. *Andróm.* 8-11, Apolod. *Epít.* 5.23, Q.S. 13.252-7 (lo matan los griegos la noche del saqueo); alusión a posible destino, Hom. *Il.* XXIV 734-5.

236 Proclo a *Saqueo de Troya,* cf. Paus. 5.19.5 (tal como se representa en el cofre de Cipselo).

237 Alceo 262.

238 Lic. 357-64, Apolod. *Epít.* 5.22, Q.S. 13.420-9; Virgilio, *En.* II 402-6, no hace mención a la violación.

239 Cf. Eur. *Troyanas,* Apolod. *Epít.* 5.23.

240 Sobre la tumba, Estr. 13.1.28, D.S. 13.40.

241 Eur. *Hécuba.* 1260-75.

242 Nicandro fr. 62.

243 Lic. 330-4, 1174-88 con escolios, Vat. Myth. 3.9.8.

244 Ov. *Met.* XIII 565-71, Vat. Myth. 2.209.

245 Anón. líric. fr. 965 *PMG,* Lic. 1176 respectivamente.

246 Cf. escolio a Lic. 315.

247 Estes. 198.

248 Eur. *Héc.* 6 y 8 y ss, se lleva el cuerpo a Hécuba.

249 Ibid. 1 y ss.

250 Enfrentamiento de Hécabe con los hijos de Poliméstor, Eur. *Héc.* 953 y ss.

251 Ya en Hom. *Od.* XI 421-2.

252 Proclo a *Saqueo de Troya,* Eur. *Héc.* 35-44 (el fantasma de Aquiles reclama el sacrificio de la doncella a fin de que los griegos puedan hacerse a la mar), 93-5, cf. 107-15, 309-10 (como su parte del botín), 534-8, Lic. 323-9 (su esposa en la muerte), Ov. *Met.* XIII 439 y ss., Séneca *Troyanas* 938-44, 1118-64, Q.S. 14.214 y ss.

253 Filós. *Her.* 20.18; *Vid. Apol.* 4.16.4.

254 Hig. *Fáb.* 110; la historia se desarrolla en profundidad en Dictis 3-5.

255 *Ciprias* fr. 27 Davies.

256 Lic. 314-18, 496-8, Apolod. *Epít.* 5.23, Q.S. 13.544-51, Trif. 660-3.

257 Hom. *Il.* III 121-4, *Pequeña Ilíada.* 13 Davies (de Paus. 10.26.2).

258 Paus. 10.26.1.

259 Virg. *En.* II 735-94.

260 Lic. 1263-9 y D.H. *Ant. Rom.* 1.46.2-4 respectivamente.

Capítulo XIV. El retorno de los aqueos y la descendencia de Pélope

1 Proclo a *Saqueo de Troya*.
2 Proclo a *Nostoi;* versión diferente del retorno de Neoptólemo en Hom. *Od.* III 188-9.
3 Hom. *Od.* III 130-58.
4 Ibid. III 159-83.
5 Ibid. III 276-312; cf. Proclo a *Ciprias* (llega a Egipto con cinco barcos, ya que los otros se han hundido en el mar).
6 Hom. *Od.* IV 351-586.
7 Ibid. IV 78-90.
8 Ibid. IV 227-32, 125-32.
9 Cf. Apolod. *Epít.* 6.29, Eur. *Helena* respectivamente.
10 Conón 8.
11 Escolio a Arato 351 (la estrella se eleva cuando los barcos se hacen a la mar), Estr. 1.1.6 (mencionado recientemente); seguramente hay un catasterismo en la obra perdida *Canobo* de Apolonio de Rodas.
12 Hom. *Od.* IV 491-511.
13 Ibid. IV 512-37.
14 Ibid. IV 555-60.
15 Ibid. III 186-92.
16 Proclo a *Nostoi*.
17 Mencionado como nombre más reciente en Apolod. *Epít.* 6.11.
18 Primeras referencias a las maniobras de Nauplio, Eur. *Helena* 766-7 (naufragio de barcos; Nauplio enciende baliza en Eubea), 1126-31 (muchos conducidos a las rocas en el cabo Cafareo); éste fue el tema de *Nauplios Pyrkaios* (Nauplio, el que enciende el fuego) de Sófocles, pero no se conoce casi nada de la obra; Nauplio mencionado en *Nostoi* fr. 1 Davies (de Apolod. 2.1.5, que su esposa se llamaba Filira).
19 Hom. *Od.* IV 500.
20 Hig. *Fáb.* 116, cf. Q.S. 14.419 y ss.
21 Apolod. *Epít.* 6.5-11.
22 Escolio a *Il.* XIII 66, cf. Lic. 373-402.
23 Toma prestado el rayo de Zeus para utilizarlo contra los barcos griegos, Eur. *Troyanas* 78-81, Virg. *En.* I 39-45, Q.S. 14.443-540 mata a Áyax con el rayo, Apolod. *Epít.* 6.6, Hig. *Fáb.* 116.
24 Apolod. *Epít.* 6.6.
25 Lic. 398-402 con escolio a 402, escolio a *Il.* XIII 166.
26 Hig. *Fáb.* 166.
27 Meges y Prótoo, Tzetz. *Lic.* 902 (citando a «Apolodoro y el resto» = Apolod. *Epít.* 6.15a); Guneo, ps.Arist. *Peplos* 25. Cf. escolio a Lic. 899 (Guneo y Prótoo en Libia), Tzetz. *Lic.* l.c. (Guneo a Libia).
28 Hom. *Od.* III 180-1 y 190 respectivamente.
29 Hom. *Il.* V 330-41.
30 Lic. 612-16 con escolio a 592, 610, escolio a *Il.* V 412, Eustacio a ibid.
31 Apolod. *Epít.* 6.9-10.
32 Ant. Lib. 37.2-3, Ov. *Met.* XIV 457-8, 510-11, Plinio *Hist. nat.* 3.103, Serv. *En.* VIII 9.
33 Estr. 6.3.9, escolio a Lic. 592 (Argiripa con etimología).

34 Virg. *En.* XI 252 y ss.
35 Ant. Lib. 37.
36 Virg. *En.* XI 271-7 y Ov. *Met.* XIV 484-509 respectivamente.
37 Ps.Arist. *Mirab.* 79.
38 Escolio a Lic. 592. Licóforo 596-611 describe el comportamiento de las aves sin explicar las circunstancias de la transformación; cf. asimismo ps.Arist. *Mirab.* 79, Estr. 6.3.9, Plinio *Hist. nat.* 10.126, El. *N.A.* 1.1.
39 Sóf. *Filoct.* 1421-30 (el divino Heracles predice su buena suerte).
40 Tzetz. *Lic.* 911, Estr. 6.1.3 respectivamente.
41 Estr. 6.1.3 y Lic. 911-27 con escolios.
42 Tzetz. Lic. 911, Justin. 20.1.16, ps.Arist. *Mirab.* 107 respectivamente.
43 Ps.Arist. *Mirab.* 108.
44 Proclo a *Nostoi.*
45 Apolod. *Epít.* 6.2, escolio a Lic. 427.
46 Escolio a *Il.* 2.315, Q.S. 14.360-3 respectivamente.
47 Apolod. *Epít.* 6.3-4; cf. Lic. 426-30 (similar, pero con respuestas sin especificar), escolio a Lic. 427 (ambas cuestiones planteadas por Mopso; respuesta posterior, diez lechones de los que uno es macho).
48 Hes. fr. 278 (cf. Estr. 14.1.27).
49 Fer. 3F142 (de Estr. l.c.); tres lechones (¿o propiamente diez?) de los que uno es hembra.
50 Conón fr. 6. Para una versión totalmente diferente de la muerte de Calcante, cf. Serv. *Buc.* 6.72.
51 Proclo a *Nostoi.*
52 Ps.Arist. *Peplos* 27; Tzetz. Lic. 980, 1047.
53 Apolod. *Epít.* 6.18; se establece en Sirnos (Caria), Paus. 3.26.10, Estef. Biz. s.v. Sirna.
54 Lic. 438-42 con escolio a 440, Estr. 14.5.16; cf. Apolod. *Epít.* 6.19 (Anfíloco, hijo de Alcmeón, cf. p. 331, opuesto al hijo de Anfiareo, se presenta aquí como el compañero de Mopso en el duelo, seguramente por error).
55 Tuc. 2.68.
56 Proclo a *Nostoi.*
57 Apolod. *Epít.* 6.5 y 12; Proclo cita el *Saqueo de Troya* mencionando que Neoptólemo se llevó a Andrómaca como su trofeo. Según Serv. *En.* II 166, cf. Paus.1.11.1, Neoptólemo viajó bajo la recomendación de Héleno.
58 Escolio a *Od.* III 188, Eustac. a III 189.
59 Pínd. *Nem.* 7.36-7.
60 Apolod. *Epít.* 6.12-13, escolio a *Od.* III 188.
61 Hom. *Od.* IV 5-9.
62 Cf. Hom. *Il.* XXIV 488-9, *Od.* XI 494-7.
63 Escolio a Eur. *Troyanas* 1128; en la misma obra, 1126-9, se dice que el mismo Acasto expulsó a Peleo. Se ha sugerido que por error aparece Cos y no Icos, que se menciona como lugar del enterramiento de Peleo en *Ant. Pal.* 7.2.
64 Dictis 6.7-9.
65 Como en Apolod. *Epít.* 6.13 (accedió al trono después de que los hijos de Acasto expulsaran a su abuelo y muriera). Parece que según la tradición más arcaica llegó a gobernar en Ftía, aunque la *Odisea* no menciona más que su llegada a salvo a su hogar y su presencia posterior en Ftía, III 186-9, IV 5-9.

[66] Pínd. *Ném.* VII 40-3 con escolio a ibid. 62.
[67] Asclep. 12F15 (en escolio a cit.) afirma que casi todos los poetas mantienen que Maquereo es el asesino y nombra a su padre como Daitas. Asimismo, Maquereo aparece como el asesino en otras versiones de la historia, cf. Apolod. *Epít.* 6.14. mató con *machaira,* Pínd. *Nem.* 7.42.
[68] Pínd. *Peán* VI 117 y ss.
[69] Fer. 3F64a.
[70] Estr. 9.3.9, Apolod. *Epít.* 6.14, Eustacio a *Od.* IV 4. Intentó saquear Delfos, Paus. 10.7.1, escolio a Pínd. *Nem.* VII 58.
[71] Eur. *Andróm.* 1085-1165; lo mató el mismo Orestes, Virg. *En.* III 330-2, Apolod. *Epít.* 6.14, Hig. *Fáb.* 123.
[72] Pínd. *Nem.* VII 44-8 y escolio a ibid. 62, Paus. 10.24.5 (lugar de la tumba) 10.23.3 (colaboró contra los galos).
[73] Hom. *Od.* III155-65.
[74] Ibid. IX 39-66.
[75] Ibid. IX 196-205.
[76] Hdt. IV 177, Plinio *Hist. nat.* 5.28.
[77] Hom. *Od.* IX 67-104.
[78] Ibid. IX 105-465.
[79] Ibid. IX 456-535.
[80] Ibid. X 1-76.
[81] Ibid. X 77-132.
[82] Ibid. X 133-9, cf. Hes. *Teog.* 956-7 (la madre se llama Perseis).
[83] Hes. *Teog.* 1011-16 (en una sección poshesiódica del poema); Telégono, asimismo Proclo a *Telegonia.*
[84] Hom. *Od.* X 140-498.
[85] Ibid. XI; Anticlea, ibid. 152-224.
[86] Ibid. XI 100-37.
[87] Consejo de Circe, Hom. *Od.* XII 37-141.
[88] Hom. *Od.* XII 166-200.
[89] Cf. Apolod. 1.7.10, *Epít.* 7.18-19, A.R. 4.891-902, Lic. 712-13 con escolio a Hig. *Fáb.* 125.
[90] A.R. 4.896-8.
[91] Ov. *Met.* V 552-67, Vat. Myth. 1.186.
[92] Hig. *Fáb.* 141.
[93] Escolio a *Od.* XII 39.
[94] Lic. 712-16, cf. Apolod. *Epít.* 7.19, Hig. *Fáb.* 125, 141.
[95] Lic. 717-27 con escolios, ps.Arist. *Mirab.* 103.
[96] Lic. 717, 732-7 con escolios.
[97] Paus. 9.34.2, escolio a Lic. 653.
[98] Hom. *Od.* XII 55 (Circe en Planctas).
[99] Ibid. XII 234-59.
[100] Ibid. XII 83-100, cf. Hig. *Fáb.* 199.
[101] Cf. Salustio *Hist.* 4.27, Serv. *En.* III 420, escolio a Lic. 46; cf. Paléf. 20 (Escila, originalmente el nombre de un barco pirata).
[102] Ps.Virg. *Ciris* 70-6, escolio a Lic. 46.

103 Ov. *Met.* XII 83-100, cf. Hig. *Fáb.* 1999; cf. asimismo Aten. 7.297b. Serv. *Buc.* 6.74 da ambas versiones.

104 Hom. *Od.* XII 260-425.

105 Ibid. XII 426-50.

106 Ibid. V 1-261.

107 Ibid. V 262-493.

108 Ibid. VI.

109 Odiseo entre los feacios, Hom. *Od.* VII-VIII; les cuenta sus aventuras, ibid. IX-XII.

110 Hom. *Od.* XIII 1-249.

111 Ibid. XIII 146-84.

112 Ibid. XIII 392-438.

113 Ibid. XVII-XVIII.

114 Ibid. XIX; tapiz de Penélope, ibid. 138-58.

115 Ibid. XXI-XXII 389.

116 Ibid. XXII 417-77.

117 Ibid. XXIII.

118 Ibid. XXIV 205-548.

119 Proclo a *Telegonia,* Apolod. *Epít.* 7.34-5.

120 Proclo a *Telegonia,* Apolod. *Epít.* 7.35-6, Hig. *Fáb.* 127.

121 Escolio a *Od.* XI 134.

122 Hom. *Od.* 11.134.

123 Proclo a *Telegonia,* Apolod. *Epít.* 7.37, cf. Hig. *Fáb.* 127 (afirma que Telémaco y Penélope viajaron a la isla de Circe por orden de Atenea, que asimismo propuso las bodas).

124 Apolod. *Epít.* 7.38-40.

125 Sin embargo, esto no es más que una teoría puesto que no han llegado evidencias de un pueblo de ese nombre.

126 Primero considerado como hijo de Zeus, Eur. *Orestes* 5; Pluto como su madre, escolio a ibid. 4, Paus. 2.22.4; vive en Sípilo, Pínd. *Ol.* I 35-7, Fer. 3F38 y generalmente también en la tradición posterior.

127 Se llama Pélope al hijo de Tántalo en *Ciprias* fr. 13 Davies; Níobe está relacionada con Sípilo en Hom. *Il.* XXIV 605-17, pero no se identifica como hija de Tántalo, tal como se acepta en fuentes posteriores a partir de Hes. fr. 183; sobre Bróteas, cf. n.132.

128 A.R. 2.751-95 con escolio a 752 citando a Herodoro y Ninfis, Apolod. 2.5.9.

129 Escolio a *Od.* XIX 518.

130 Escolio a *Od.* XX 66.

131 Ant. Lib. 36.

132 Imagen sobre la montaña, Paus. 3.22.4; su muerte, Apolod. *Epít.* 2.2 (está claro a partir del contexto que tiene que ser el hijo de Tántalo aunque no se le identifique expresamente como tal). Ovidio *Ibis* 517-18 asimismo se refiere a Bróteas (identificado por los escolios como hijo de Zeus, o hijo de Hefesto y Atenea) que se quemó en una pira hasta morir.

133 Pínd. *Ol.* I 35-53 (historia mencionada pero rechazada, cf. Eur. *If. taur.* 386-91), Baquílides fr. 42 SM (Rea curó a Pélope colocándolo en un caldero), Apolod. *Epít.* 2.3, escolio a Lic. 152, Serv. *Geórg.* III 7, etc.

134 Pínd. *Ol.* I 26-7 (alude al hombro de marfil), Lic. 152-5 (menciona por primera vez que Deméter se comió el hombro), escolio a ibid. 152 (fuera de sí por la pérdida de su hija), Ov. *Met.*

VI 404-11 (hombro de marfil), Hig. *Fáb.* 83 (Deméter lo ajustó), escolio a Pínd. *Ol.* I 40 (Hermes lo hace a petición de Zeus).

135 Pínd. *Ol.* I 40-5, Lic. 156-7, Apolod. *Epít.* 2.3.

136 Pínd. *Ol.* I 67-88 (carro con caballos alados de Poseidón, aparentemente gana sin la ayuda de Mirtilo); versión completa de la carrera, D.S. 4.73, Apolod. *Epít.* 2.3-5; pretendientes muertos previamente, Hes. fr. 259, Paus. 6.21.9-11, escolio a Pínd. *Ol.* I 127.

137 Cf. Hig. *Fáb.* 84 y Paus. 8.14.11 respectivamente.

138 Apolod. *Epít.* 2.7, escolio a A.R. 1.752.

139 Apolod. *Epít.* (quita las pezoneras), Fer. 3F37a (las sustituye por simulacros en cera); escolio a A.R. 1.752, escolio a Lic. 157 (ambas versiones).

140 Hig. *Fáb.* 84, Paus. 8.14.11.

141 Apolod. *Epít.* 2.8, Fer. 3F37, escolio a *Il.* II 104 respectivamente; cf. asimismo Eur. *Orest.* 988-96 con escolio a 990.

142 Apolod. *Epít.* 2.7, escolio a Lic. 157.

143 Paus. 5.22.6.

144 Cf. Helánico 4F19a, Eratóst. 23; alternativamente, Estérope es la esposa de Enómao, Apolod. 3.10.1.

145 Cf. Apolod. *Epít.* 2.4 (ambas variantes), Luciano *Caridemo.* 19 (anterior), escolio a A.R. 1.752 (posterior).

146 Apolod. *Epít.* 2.5, Hig. *Fáb.* 84.

147 Paus. 5-6.

148 Apolod. *Epít.* 2.9, cf. Tuc. 1.9.

149 Plut. *Tes.* 3.

150 Pínd. *Ol.* I 89 (sin nombrar, tres listas en escolio a 144); 13 listas en escolio a Eur. *Orest.* 4.

151 Sin duda se consideran hijos de Pélope en tiempo de Homero, cf. *Il.* II 105-6.

152 Descrito por primera vez como hijo de Pélope en la tragedia, Eur. *Med.* 683-4, *Heraclidas,* 207; para su llegada a Trecén, Paus. 2.30.8.

153 Primera vez como hijo de Pélope en Teognis 773-4; su llegada a Mégara, Paus. 1.41.4.

154 Apolod. 2.5.1, escolio a *Il.* XV 639; Homero ya lo menciona, *Il.* XV 639-40.

155 Paus. 2.30.8, escolio a *Il.* II 561, Estef. Biz. s.v. *Troizen*.

156 Paus. 2.26.3.

157 Fer. 3F20, cf. Acus. 2F3; si no es así, Cleón o Cleono, escolio a Eur. *Orest.* 4, o Cleone, hija de Pélope, Paus. 2.15.1.

158 Escolio a Eur. *Orest.* 5 y Paus. 6.22.8 respectivamente.

159 Hes. fr. 190.

160 Escolio a Eur. *Orest.* 5, escolio a Pínd. *Ol.* I 144; Helánico 4F157 (con su esposa anterior).

161 Helánico 4F157, escolio a Eur. *Orest.* 4 (versiones similares, la anterior especificando la naturaleza de la maldición y la posterior que relata que el cadáver se arroja a un pozo); Paus. 6.20.7 (Hipodamía exiliada), Dositeo 54F1 (Hipodamía comete el asesinato). Cf. asimismo Tuc. 1.9, Pl. *Crát.* 395b.

162 Paus. 5.13.1-3, Pínd. *Ol.* I 90-6 con escolio.

163 Paus. 6.22.1-2; 5.17.9 (Piso aparece en el cofre de Cípselo).

164 Apolod. 2.4.6, Tuc. 1.9 respectivamente.

165 Para un resumen detallado de los acontecimientos que siguen, cf. Apolod. *Epít.* 2.10 y ss.

166 Escolio a Eur. *Orest.* 995, 998.

167 Apolod. *Epít.* 2.10, escolio a *Il.* II 105, cf. Fer. 3F133.

168 Apolod. *Epít.* 2.11, escolio a Eur. *Orest.* 811, escolio a *Il.* II 105.

169 Eur. *Orest.* 1001-6 (el sol cambia temporalmente su dirección para dirigirse al este), Eur. *Electra* 699-736 y Pl. *Polotico* 268e-269a (el sol cambia su curso de manera permanente y se establece siguiendo el modelo presente), Eur. *If. taur.* 812-16 (alusión al cambio de curso); Zeus envía a Hermes a ver a Atreo por adelantado, Apolod. *Epít.* 2.11-12, escolio a Eur. *Orest.* 811, escolio a *Il.* II 105; racionalizado, Estr. 1.2.15 cf. Eur. fr. 861 Nauck.

170 Apolod. *Epít.* 2.13, cf. Esq. *Ag.* 1590-1602, Paus. 2.18.2, Hig. *Fáb.* 88, Séneca *Tiestes* 682 y ss.

171 Apolod. *Epít.* 2.13, escolio a Eur. *Orest.* 4.

172 Hig. *Fáb.* 88, 246, cf. Séneca *Tiestes* 218 y ss. (éstos son los dos únicos hijos a los que se les da nombre, aunque se afirma que son tres).

173 Ov. *Tristia* 2.391-2, Séneca *Tiestes* 776 y ss. Marcial 1.45.1-2, Hig. *Fáb.* 88, 258; aparentemente ya en Sófocles, cf. Ant. Pal. 9.98.

174 Sobre advertencia del oráculo, Apolod. *Epít.* 2.14 (hija sin nombre), Hig. *Fáb.* 87, escolio a Eur. *Orest.* 15; ignorante, Hig. *Fáb.* 88, tal como se resume en el párrafo siguiente.

175 Esq. *Ag.* 1604-6.

176 Hig. *Fáb.* 88.

177 Tzetz. *Chiliades* 1.456-65 (insertado en el hueco en Apolod. *Epít.* 2.15).

178 Hes. fr. 194, 195.

179 Aérope parece ser la madre de Menelao en el fragmento de papiro de Hes. fr. 195, por más que Tzetzes (en fr. 194) cite a «Hesíodo» como el que afirma que Menelao y Agamenón eran hijos de Plístenes y Cleola. Según Apolod. 3.2.2, Nauplio casó a Aérope con Plístenes, con la que tuvo como hijos a Agamenón y Menelao (historia probablemente derivada de Eurípides, cf. escolio a Sóf. *Áyax* 1297).

180 Escolio a *Il.* II 249.

181 Hom. *Il.* II 100-8.

182 Hom. *Od.* I 35-43 (Hermes avisa a Egisto), Hom. *Od.* III 263-75 (el bardo abandonado en la isla desierta seduce a Clitemnestra).

183 Hom. *Od.* IV 513-37, XI 409-34; cf. asimismo III 234-5, IV 91-2, XXIV 96-7, XXIV 199-200 (pasajes que indican que Clitemnestra comparte la responsabilidad del crimen); cf. Proclo a *Nostoi* (someramente que Clitemnestra y Egisto mataron a Agamenón).

184 Esq. *Ag.* (vigía, 1 y ss.; paso sobre la alfombra púrpura, 905-74; el asesinato oído por el coro desde fuera, 1343 y ss.; versión de Casandra sobre ello, 1372 y ss.; como venganza por el sacrificio de Ifigenia, 1412 y ss.; discurso de Egisto tras el asesinato, 1577 y ss.).

185 Llevado por la niñera, Pínd. *Pít.* XI 16-18, con escolio a 25b citando a Ferécides (= 3F144) y Heródoto (= 31F11); por Taltibio, Dictis 6.2; Electra lo salva, Sóf. *El.* 11-14, 1110-11, 1349-50, Apolod. *Epít.* 6.24, Hig. *Fáb.* 117; la madre lo envía lejos, Esq. *Ag.* 877 y ss.

186 Pínd. *Pít.* XI 34-6, Sóf. *El.* 15-16 (Pílades y él los mejores amigos), *If. taur.* 916-19 (Estrofio se casa con una hija de Atreo), Paus. 2.29.4 (casado con Anaxibia, hermana de Agamenón, citando a Asio = fr. 5 Davies), Apolod. *Epít.* 6.24.

187 Hom. *Od.* III 306-12, Proclo a *Nostoi* (venganza de Orestes y Pílades, sin más detalles), Hes. fr. 23a.28-30, Estes. 217, Pínd. *Pít.* XI 36-7.

188 Esq. *Coef.* (el sueño de Clitemnestra, 523-33, cf. sueño en Estes. 219, Sóf. *El.* 417-25; Orestes se enfrenta a su madre, 829 y ss).

[189] Sóf. *Electra* (el *paidagogos* entra en palacio, 66 y ss.; Electra pide ayuda a Crisótemis para matar a Egisto, 938 y ss.; llegan Orestes y Pílades, 1098 y ss.; muerte de Clitemnestra, 1367 y ss., de Egisto, 1442 y ss.).
[190] Eur. *Electra* (casada con un granjero, 19 y ss; se describe la muerte de Egisto, 774 y ss; de Clitemnestra, 1201 y ss).
[191] Hom. *Od.* I 293-300; cf. asimismo I 39-44, III 303-12, IV 546-7, XI 461.
[192] Estesícoro 217.
[193] Esq. *Coéforos* 1048-64.
[194] Esq. *Eum.* 64 y ss.
[195] Ibid. 470 y ss.
[196] Ibid. 734 y ss.
[197] Ibid. 804 y ss.
[198] Fer. 3F135.
[199] Paus. 8.34.2-3.
[200] Paus. 2.31.7,11 y 3.22.1 respectivamente.
[201] Escolio a Sóf. *Ed. Col.* 42 (sacrificio), Paus. 7.25.4 (santuario).
[202] Apolod. *Epít.* 6.25, Mármol de Paros 239F25, Et. Magn. s.v. *Aiora* (actuó con Tindáreo y se ahorcó después), Dictis 6.4 (se ahorca).
[203] Paus. 8.34.4.
[204] Hig. *Fáb.* 119; mencionada como variante sin ningún detalle en Apolod. *Epít.* 6.25.
[205] Eur. *If. taur.* 77-91.
[206] Ibid. 1 y ss.
[207] Proclo a *Ciprias,* Hdt. 4.103.
[208] Hes. fr. 23a. 17-26, 23b (cf. Paus. 1.43.1), Estesícoro 215.
[209] Ant. Lib. 27, siguiendo a Nicandro.
[210] Eur. *If. taur.* (escena del reconocimiento, 709 y ss.; plan de Ifigenia para escapar, 1029 y ss.; revelaciones de Atenea, 1435 y ss.).
[211] Eur. *If. taur.* 1458-61.
[212] Ibid. 1462-7.
[213] En Braurón, Paus. 1.23.9, 1-33-1; en Esparta, Paus. 3.16.7; en Aricia, Serv. *En.* II 116, VI 136.
[214] Hig. *Fáb.* 122.
[215] Paus. 2.18.4-5.
[216] Hom. *Od.* IV 5-9.
[217] Sóf. *Hermíone* tal como se recoge en escolio a *Od.* IV 4 y Eustacio a ibid.
[218] Paus. 2.18.5, recogiendo a Cinetón (= fr. 4 Davies), 3.2.1 (Pentilo en Lesbos), Estr. 13.1.3.
[219] Asclepíades 12F25 (70 en ese momento), Apolod. *Epít.* 6.28; Vel. Pat. 1.1.3 (muere a los 90 en lugar no especificado).
[220] Paus. 8.5.4.
[221] Paus. 8.54.4.
[222] Hdt. 1.67-8, cf. Paus. 3.3.6.
[223] Apolod. 2.8.3 (muerto en la batalla), Paus. 7.1.3 (expulsado y muerto más tarde en Aquea).

Capítulo XV. Los Atlántidas, los Asópidas y la familia real arcadia

[1] Hes. *Trabajos y días* 383.
[2] Hig. *Astr.* 2.21 (siete años), escolio a Pínd. *Nem.* II 16 (cinco años), escolio a A.R. 3.225.
[3] Escolio a Arat. 254, escolio a *Il.* XVIII 486.
[4] Hig. *Fáb.* 192, cf. Hig. *Astr.* 2.21, escolio a *Il.* XVIII 486.
[5] Esq. fr. 312 Nauck.
[6] Cf. Aten. 491b.
[7] Hig. *Astr.* 2.21, Eratóst. 23, Ov. *Fastos* 4.175-6, Serv. *Geórg.* I 138.
[8] Ovidio *Fastos* 4.177-8, escolio a Arat. 257, Q.S. 13.551-61; cometa, Hig. *Fáb.* 192, Hig. *Astr.* 2.21, escolio a *Il.* XVIII 486.
[9] La familia de Atlas y Pléyone, Hes. fr. 169, Helánico 4F19, Apolod. 3.10.1.
[10] *Himn. hom. a Hermes* 1-12, 1-9, Apolod. 3.10.2.
[11] *Himn. hom. a Hermes* 4, Hom. *Od.* XIV 435; Maya cría a Arcas, Apolod. 3.8.2.
[12] Helánico 4F19a, Apolod. 3.10.1; Mérope como esposa, primera fuente Fer. 3F119.
[13] Helánico 4Fi9a.
[14] Apolod. 3.10.1, Paus. 5.10.6; Harpina, madre de Enómao, Paus. 5.22.6.
[15] Helánico 4F19D, Apolod. 3.10.1.
[16] Escolio a Pínd. *Pít.* IV 57, Tzetz. *Lic.* 886.
[17] Escolio a A.R. 2.498.
[18] Pínd. *Pít.* IV 33.
[19] Apolod. 3.10.1.
[20] Hes. fr. 188A.
[21] Hom. *Il.* II 536-45.
[22] Paus. 9.19.3, cf. 8.15.6, 9.17.2.
[23] Hom. *Il.* IV 457-72.
[24] Estef. Biz. s.v. *Anthedon*, Paus. 9.22.5.
[25] Paus. 9.20.2, Estef. Biz. s.v. *Eleutherai*.
[26] Conón 21, Apolod. 3.12.1, cf. Helánico 4F23 (sus hijos Dárdano, Eetión y Harmonía). Electra era aparentemente la madre de Dárdano y Eetión en el *Catálogo* atribuido a Hesíodo, fr. 177, aunque el papiro principal está lleno de lagunas.
[27] Conón 21, Apolod. 3.12.1.
[28] Lic. 72-8 con escolio a 73.
[29] Helánico 4F24, D.S. 4.75.1, Apolod. 3.12.1.
[30] Lic. 1302-8 con escolios, Serv. *En.* III 108; Apolo *Smintheus*, Hom. *Il.* I 38-9.
[31] D.H. *Ant. Rom.* 1.61.
[32] Hom. *Il.* XX 215-20, Hes. fr. 177.13-15, Apolod. 3.12.1-2.
[33] Hom. *Il.* XX 220-2.
[34] Hom. *Il.* XX 219-33, D.S. 4.75.2-3, Apolod. 3.12.2.
[35] Hom. *Il.* XX 232-5.
[36] *Himn. hom. a Afrodita* 202-17.
[37] Escolio a *Od.* XI 521.
[38] Manda un águila, Eratóst. 30, Plinio *Hist. nat.* 34.79, Apolod. 3.12.2; se convierte en águila, Ov. *Met.* X 155-6, Luciano *Diál. dios.* 10.
[39] Teognis 1345-8, Pínd. *Ol.* I 40-5, Pl. *Fedro* 255c.

[40] Hom. *Il.* XX 239-40, Apolod. 3.12.2, etc.
[41] Apolod. 3.12.3.
[42] Escolio a Lic. 29.
[43] Apolod. 3.12.3.
[44] Hom. *Il.* XI 371-2, etc.
[45] Apolod. 3.12.3, cf. Hom. *Il.* XX 236.
[46] Hom. *Il.* VII 452-3, XXI 441-57, Apolod. 2.5.9.
[47] Para estos hechos, cf. Apolod. 2.5.9 y 2.6.4; referencias completas en capítulo VIII.
[48] Hom. *Il.* III 146 y ss, XXIV 159 y ss.
[49] Apolod. 3.10.3, Paus. 3.1.2.
[50] Apolod. 3.10.3, Paus. 3.1.1-4; queda muy poco de las partes más importantes del *Catálogo* atribuido a Hesíodo, cf. fr. 129.10-12 (referencia a Eurídice, hija de Lacedemón, que se casó con Acrisio, cf. Apolod. l.c.), fr. 171 (aparentemente menciona a Jacinto como hijo de Amiclas).
[51] Apolod. 3.10.4-5.
[52] Ibid., Estr. 10.2.24.
[53] Paus. 3.1.4, escolio a Eur. *Orest.* 457.
[54] Apolod. 3.10.5-6, cf. Fer. 3F128, escolio a *Od.* IV 797.
[55] Fer. 3F129.
[56] Paus. 3.12.1.
[57] Paus. 3.20.10-11.
[58] Apolod. 3.10.6-7, Hes. fr. 23a (tres hijas de Tindáreo y Leda).
[59] Hom. *Od.* XI 298-300 (cf. *Himn. hom.* 17 y 33.1-5), Hes. fr. 24.
[60] Pínd. *Nem.* X 80-2, Apolod. 3.10.7.
[61] Escolio a Eur. *Orest.* 249, citando a Estesícoro (= 223 *PMG*) y refiriéndose también a «Hesíodo» (= fr. 176).
[62] Hom. *Il.* III 237, *Od.* XI 300, Apolod. 3.11.2.
[63] Cacería, Apolod. 1.8.2, Ov. *Met.* VIII 301-2; Argonautas, A.R. 1.146-50, Apolod. 1.9.16; Polideuces mata a Ámico, A.R. 2.1-97.
[64] Alcmán 1.1 y ss.
[65] Apolod. 3.11.2.
[66] Proclo a *Ciprias.*
[67] Pínd. *Nem.* X 60.
[68] Escol. a *Il.* III 243, escol. a *Nem.* X 112.
[69] Teócr. XXII 137-70.
[70] Escol. a Lic. 547. Cf. asimismo Lic. 535-49 y escol. a 538.
[71] Paus. 3.18.11.
[72] Apolod. 3.11.2.
[73] Paus. 3.16.1.
[74] Pínd. *Nem.* X 55-90, Apolod. 3.11.2; cf. Proclo a *Ciprias* con frs. 6 (Cástor es mortal) y 13 Davies (Linceo ve a los Dioscuros escondidos en un roble).
[75] Proclo a *Ciprias.*
[76] Ov. *Fastos* 5.709-10, Hig. *Fáb.* 80 respectivamente.
[77] Hig. *Fáb.* 80.
[78] Teócr. XXII 171 y ss.

79 Eratóst. 10, Hig. *Astr.* 2.22.
80 Alceo 34.
81 Cic. *Naturaleza de los dioses* 2.2.6, 3.5.11, D.H. *Ant. Rom.* 6.13.
82 Hom. *Il.* XXI 188-9.
83 Apolod. 3.12.6; Asopo ofrece una fuente, Paus. 2.5.1. Cf. asimismo Pi. *Íst.* VIII 17-23 y *Peán* VI 134-40 (ambas fuentes se refieren al rapto sin dar detalles), Fer. 3F119 (Sísifo le cuenta a Asopo que Zeus ha raptado a Egina), Cal. *Himn.* IV 78 (Asopo golpeado por el rayo).
84 Pínd. *Nem.* VIII 6-8 con 13, *Íst.* VIII 16-24, D.S. 4.72.5, Apolod. 3.12.6, Paus. 2.29.2.
85 Ov. *Met.* VII 520 y ss (plaga), Hig. *Fáb.* 52 (serpiente).
86 Hes. fr. 205, Apolod. 3.12.6, Estr. 8.6.16, Ov. *Met.* VII 614-60, Hig. *Fáb.* 52; cf. Serv. *En.* IV 402 (la transformación tiene lugar en la Tesalia de Peleo).
87 Apolod. 3.12.6, cf. D.S. 4.6.1-2 (a causa de la muerte de Androgeo), Isócr. *Evágoras* 14-15 y Paus. 2.29.6 (no se menciona la causa).
88 Paus. 1.39.5.
89 Pínd. *Íst.* 8.23-4.
90 Como juez, Pl. *Gorg.* 524a, Ov. *Met.* XIII 25, etc.; como guardián de la entrada, Arist. *Ranas* 465 y ss, guardián de las llaves, Apolod. 3.12.6.
91 Apolod. 3.12.6, Paus. 2.29.7, cf. Baq. XIII 96-9 (dos hijos de Endeide), Pínd. *Nem.* V 8-13; Foco hijo de Psámate, ya en Hes. *Teog.* 1003-5.
92 Apolod. 3.12.6, escolio a Eur. *Andróm.* 687.
93 Apolod. 3.12.6 (Telamón mata a Foco), *Alcmaionis* fr. 1 Davies (Telamón le golpea con un disco, Peleo lo mata con un hacha), Paus. 2.29.7 (Peleo lo mata), D.S. 4.72.6 (Peleo lo mata accidentalmente).
94 Hom. *Il.* XXI 188-9 (Aquiles sobre su familia); Peleo como Eácida, *Il.* XVI 15, XVIII 433; Aquiles como Eácida, II 874-5, XI 805 y a menudo.
95 Pínd. *Íst.* 6.19-27, *Alcmaionis* fr. 1 Davies.
96 Sobre el Asopo de Tesalia, Hdt. 7.199.
97 Paus. 2.29.7.
98 Paus. 2.29.5.
99 Pínd. *Ol.* VIII 30-52.
100 Pínd. *Ol.* IX 69-70, Hes. fr. 212a.
101 Apolod. 3.12.7, D.S. 4.72.7.
102 Pínd. *Íst.* VI 35-54, cf. Hes. fr. 250.
103 Cf. A.R. 1.90-3 y Apolod. 1.8.2 respectivamente.
104 Serv. *En.* I 619 (Teucro expulsado, Tecmesa y Eurísaces llegan en un barco después), Justin. 44.3.
105 Plut. *Solón* 10.
106 Apolod. 3.13.1, cf. Ant. Lib. 38 (recibido por Euritio, hijo de Iros), D.S. 4.72.6 (recibido por Áctor, que le lega el reino al no tener herederos propios).
107 Hom. *Il.* XVI 173-8.
108 Fer. 3F1b, 61b.
109 Tzetz. *Lic.* 175 (*Polymele*), escolio a *Il.* XVI 175 (*Eurydike*).
110 Apolod. 3.13.2, 1.8.2, Ant. Lib. 38.
111 Apolod. 3.9.2; cf. Hig. *Fáb.* 273 (Peleo vencedor en la lucha), Paus. 5.17.10 (aparecía luchando contra Jasón en el cofre de Cípselo).

112 Apolod. 3.13.3, cf. Hes. fr. 208, 209 (Acasto esconde la espada de Peleo con la esperanza de que lo maten los Centauros), Pínd. *Nem.* IV 54-61, V 26-34.
113 Escolio a Pínd. *Nem.* IV 92a, escolio a Ar. *Nubes* 1063, escolio a A.R. 1.224.
114 Escolio a A.R. 1.224.
115 Pínd. *Nem.* III 33-4.
116 Apolod. 3.13.7, cf. Fer. 3F62, escolio a A.R. 1.224 (mata a Acasto).
117 Hes. fr. 211.
118 Apolod. 3.13.3-5.
119 A.R. 4.869-79 con escolio a 869, Apolod. 3.13.6.
120 Lic. 177-9 con escolio (seis mueren en el fuego), escolio a A.R. 4.816 (muchos), cf. Hes. fr. 300 (en un caldero de agua).
121 D.S. 4.72.3-4, cf. Apolod. 3.12.7.
122 Hes. fr. 226.
123 Paus. 1.36.1.
124 Fer. 3F60.
125 Hom. *Od.* VIII 564-5, VI 3-10.
126 Ibid. VII 54-5.
127 Ibid. VII 56-68.
128 Helénico 4F77 con D.S. 4.72.3.
129 Hes. fr. 222.
130 A.R. 4.539-51, 566-71.
131 D.S. 4.72.1-5.
132 Paus. 5.22.6.
133 Paus. 2.2.3.
134 Paus. 2.2.3.
135 A.R. 2.946-54, con escolio a 953 (segunda versión).
136 Hom. *Od.* XI 2660.
137 Pínd. *Íst.* VIII 17-24, Baq. 9.39-56.
138 A.R. 4.263-5 con escolio a 264 (citando a Aristóteles = fr.549 Rose, y otros autores).
139 Paus. 8.1.4, citando a Asio (= fr. 8 Davies); Pelasgo como nacido de la tierra, asimismo Apolod. 2.1.1 y 3.8.1 citando a Hesíodo (= fr. 160), y Estr. 5.2.4 citando a Éforo (= 70F113) y versos atribuidos a Hesíodo (= fr. 161).
140 Paus. 8.4.1.
141 Paus. 8.1.5-6.
142 Acus. 2F25.
143 Paus. 1.14.2, 2.22.2 respectivamente.
144 Hijo de Tríopas, escolio a Eur. *Orest* 920; de Agénor, Hig. *Fáb.* 124.
145 Esq. *Supl.* 234 y ss (primera aparición del rey), 250-1 (hijo de Palectón, nacido de la tierra), etc.
146 D.H. *Ant. Rom.* 1.17, escolio a *Il.* II 681; para los hijos, D.H. l.c, Estef. Biz. s.v. *Kranon* y *Dotion*.
147 Apolod. 3.8.1., escolio a Eur. *Orest.* 1645, cf. Hig. *Fáb.* 161 (Licaón hijo de Pelasgo).
148 Paus. 8.2.1, cf. escolio a Eur. *Orest.* 1648; en monte Licaón, cf. Paus. 8.38, águilas, 8.38.7.
149 Apolod. 3.8.1; para una lista diferente, cf. Paus. 8.3.1-5.
150 Apolod. 3.8.1.
151 Paus. 8.3.1, Apolod. 3.8.1.

152 Apolod. 3.81, Eratóst. 8, escolio a Lic. 481; Paus. 8.3.2, Estef. Biz. s.v. *Trapezous*.
153 Hig. *Fáb.* 176.
154 Escolio a Lic. 481.
155 Nic. Damasc. 90F38.
156 Eratóst. 8, citando a Hesíodo = fr. 163 (sirve a Arcas para vengarse de la seducción de Calisto), Tzetz. Lic. 482 (a Níctimo), Ov. *Met.* I 218-39 (a un rehén molosio, para poner a prueba la divinidad de Zeus).
157 Paus. 8.2.3.
158 Paus. 8.2.6, cf. Pl. *Rep.* 565 d y Plinio *Hist. nat.* 8.81.
159 Ninfa, Apolod. 3.8.2 citando a Hesíodo (= fr. 163); hija de Licaón, Eratóst. 1, citando a Hesíodo (posiblemente la *Astronomía*).
160 Eumelo fr. 10 Davies, Asio fr. 9 Davies, Fer. 3F157 (todo en Apolod. 3.8.2).
161 Apolod. 3.8.2, cf. versión similar citada en Hig. *Astr.* 2.1.
162 Ártemis la mata sin darse cuenta de quién es, Cal. fr. 362, Hig. *Astr.* 2.1; la mata a sabiendas, cf. Paus. 8.3.6.
163 Ov. *Met.* II 401-530; aunque Ovidio no nombra las constelaciones en este pasaje, sí lo hace en los *Fastos* en conexión con el ascenso de Bootes, 2.189-92.
164 Eratóst. 1, Hig. *Astr.* 2.1.
165 Eratóst. 8, Hig. *Astr.* 2.4.
166 Anfis. fr. 47 (en Hig. *Astr.* 2.1, etc.), Ov. *Met.* II 425-7.
167 Paus. 8.4.1.
168 Apolod. 3.9.1, Paus. 4.1.2 (incluye a Azán).
169 Paus. 4.1.3-4.
170 Atenea *Alea*, Paus. 8.4.8; Aleo fundador de Tegea, 8.45.1.
171 Apolod. 2.7.4, 3-9-1-
172 D.S. 4.33.7-12.
173 Alcidamante *Odis.* 14-16.
174 Paus. 8.4.9, cf. Estr. 13.1.69 (madre e hijo encerrados en un cofre en una obra de Eurípides de la que no se dice el título).
175 Hes. fr. 165; cf. asimismo Hig. *Fáb.* 99.
176 Apolod. 3.9.1, Paus. 8.4.8 (Anfidamante como hijo; en otras hijo de Licurgo, cf. Apolod. 3.9.3).
177 Hom. *Il.* VII 137-47, cf. Paus. 8.4.10, 8.11.4 (tumba de Arítoo en un camino estrecho).
178 A.R. 1.167-71.
179 A.R. 1.397-8, 425-30; sobre los bebricios, ibid. 2.11 y ss.
180 Ovidio aporta la versión más completa, *Met.* VII 390-402; cf. Baq. V 115-17, Apolod. 1.8.2. Lic. 486-93 sugiere que el herido Anceo mató al jabalí.
181 Paus. 8.45.2, 7.
182 Hom. *Il.* II 609-14, Paus. 8.5.2.
183 Cf. Apolod. 3.9.2.
184 Apolod. 3.9.2; más detalles en El. *Misc. his.* 13.1.
185 D.S. 4.48.5, Apolod. 1.19.6.
186 A.R. 1.769-73.
187 Apolod. 3.9.2, 3.13.3.
188 Cf. Apolod. 1.8.2, Ov. *Met.* VIII 380 y ss.
189 Paus. 8.46.1.

[190] Apolod. 3.9.2.
[191] Hes. fr. 75.
[192] Apolod. 3.9.2.
[193] Cf. Apolod. 3.9.2.
[194] Hes. frr. 74 y 76 (Hipomenes), Apolod. 3.9.2 (Melanión), Ov. *Met.* X 560-680 (Hipomenes), Hig. *Fáb.* 185 (Hipomenes).
[195] Hespérides, Serv. *En.* III 113; Támaso, Ov. *Met.* X 644-51.
[196] Ov. *A. a.* 2.185-92, cf. Jen. *De la caza* 1.7.
[197] Ov. *Met.* X 681-704, cf. Serv. *En.* III 113; santuario de Zeus, Apolod. 3.9.2, Hig. *Fáb.* 185. Primera mención en Paléf. 13.
[198] Hig. *Fáb.* 185, Serv. *En.* 3.113.
[199] Cf. Helánico 4F99 (por Melanión), Hig. *Fáb.* 99 (por Meleagro), Apolod. 3.9.2 (por Ares o Melanión).
[200] Paus. 8.47.6.
[201] Apolod. 2.7.3, cf. D.S. 4.33.6 (sobreviven tres hijos).
[202] Apolod. 2.7.3.
[203] Hdt. 9.26.
[204] Pínd. *Ol.* X 66.
[205] Apolod. 3.10.6, Hes. frs. 23a.31-5 (le dio un hijo, Laodoco), 176 (le abandona por Fileo).
[206] Paus. 8.4.4.
[207] Aparece un Isquis en Paus. l.c. entre los hijos del arcadio Élato.
[208] Paus. 8.4.4.
[209] Hom. *Il.* II 603-4.
[210] Paus. 8.16.2-3.
[211] Pínd. *Ol.* VI 27-57.
[212] Pínd. *Ol.* VI 57-71.
[213] Paus. 8.4.6.
[214] Apolod. 3.12.6.
[215] Paus. 8.5.4.
[216] Paus. 8.5.5, 8.10.2-3.
[217] Paus. 8.5.6.
[218] Paus. 8.4.4-5.
[219] D.S. 4.37.1.
[220] Paus. 8.4.5.

Capítulo XVI. Leyendas de las tierras de Grecia

[1] Pl. *Banq* 179d, A.R. 1.23-5, Apolod. 1.3.2, etc.; hijo de Apolo, cf. Asclepíades 12F6.
[2] Simónides 567, Esq. *Ag.* 1629-30, Eur. *If. Aul.* 1211-14, *Bac.* 560-4, A.R. 1.26-31, D.S. 4.25.2.
[3] Eratóst. 24, escolio a Arat. 269, Vat. Myth. 2.44.
[4] Conón 45.2, Apolod. 1.3.2, Ov. *Met.* X 1-85, Virg. *Geórg.* 454-503, ps.Virg. *Culex* 268-95.
[5] Cf. Eur. *Alc.* 357-62, Eratóst. 24 referido a Esquilo.
[6] Mosco 3.124, Hermesianacte fr. 7 Powell.
[7] Paus. 10.30.2.

[8] Ov. *Met.* XI 1-66, Virg. *Geórg.* IV 520-7.
[9] Fanocles fr. 1 Powell, cf. Hig. *Astr.* 2.7 (se dice que fue descuartizado por haber introducido el amor hacia los niños).
[10] Conón 45.4, Paus. 9.30.3 respectivamente.
[11] Eratóst. 24.
[12] Paus. 9.30.3, Hig. *Astr.* 2.7 respectivamente.
[13] Ov. *Met.* XI 44-9.
[14] Fanocles fr.1 Powell, Plut. *Moralia* 557e; versión diferente en *Ant. Pal.* 7.10.
[15] Hig. *Astr.* 2.7, Ov. *Met.* XI 50-60, Arístides 24.
[16] A los cielos, Eratóst. 24, Hig. *Astr.* 2.7; a Lesbos, Ov. *Met.* XI 50-55, Filós. *Her.* 10.6, Fanocles fr. 1.19 (enterrado con la cabeza), Luciano *Adv. Indoc.* 11 (colocado en el templo).
[17] Luciano. *Adv. Indoc.* 12.
[18] Virg. *En.* I 316-17.
[19] Hig. *Fáb.* 193; rescata a su padre de los getas, Serv. *En.* I 317.
[20] D.S. 4.69.3-4, escolio a A.R. 3.62, escolio a Píند. *Pít.* II 40b; antiguas alusiones, Esq. *Eum.* 718 (primer asesinato cometido), Pínd. *Pít.* II 31-2 (similar).
[21] Pínd. *Pít.* II 21-48, cf. D.S. 4.69.4-5, Apolod. *Epít.* 1.20, Luciano *Diál. dios.* 6; Hig. *Fáb.* 62 (Hermes lo ata a la rueda), escolio a Eur. *Fen.* 1185 (rueda desbocada), Virg. *Geórg.* III 37-9 (serpientes en la rueda); sufre castigo en los Infiernos, A.R. 3.61-2 y normalmente para siempre, cf. Virg. l.c. y *En.* VI 601.
[22] D.S. 4.69.1-2.
[23] Apolod. 1.2.4 (Hes. *Teog.* 1001-2, *Cheiron Philyrides*), 2.5.4 respectivamente.
[24] Cf. D.S. 4.70.3, Hig. *Fáb.* 33, Ovidio *Heroidas* 17.248 respectivamente.
[25] Guerra entre lapitas y Centauros, D.S. 4.70.3-4, Plut. *Tes.* 30, Ov. *Met.* XII 210-535; Centauros intentan violar a la novia, enseguida se convirtió en batalla, Apolod. *Epít.* 1.21; Teseo llega después del estallido del conflicto, Herodoro 31F27 (de Plut. l.c.), cf. Isóc. *Helena* 26; versión alternativa en la que la guerra estalla cuando los Centauros demandan parte del reino, D.S. 4.70.2.
[26] Hom. *Il.* I 262-72, cf. II 741-4; *Od.* XXI 295-304.
[27] Hom. *Il.* II 738-47.
[28] Padre de Ceneo y Polifemo, Hig. *Fáb.* 14, escol. a A.R. 1.40; padre de Isquis, Pínd. *Pít.* III 31, con escol. 55.
[29] A.R. 4.1470-9.
[30] Apolod. *Epít.* 1.22 (muy breve), Ov. *Met.* XII 189-207; antiguas referencias al cambio de sexo, Hes. fr. 87, Acus. 2F22.
[31] Acus. 2F22 (cf. schol. *Il.* I 264) y escol. a A.R. 1.57 respectivamente.
[32] Acus. 2F22, A.R. 1.59-64, Apolod. *Epít.* 1.22, Ov. *Met.* XII 459-535.
[33] Como argonauta, A.R. 1.57-8; guerra con los dorios, D.S. 4.37.3, Apolod. 2.7.7.
[34] Apolod. 1.9.16.
[35] Hdt. 2.55-7.
[36] Hom. *Od.* XVIII 83-7, XXI 306-9, escol. a *Od.* XVIII 86, A.R. 4.1092-5.
[37] Hom. *Il.* IX 379-84.
[38] Paus. 9.36.3.
[39] Apolod. 2.4.11, Paus. 9.37.2.
[40] D.S. 4.10.5, Paus. 9.38.5.

41 Paus. 9.34.5-37.3.
42 Paus. 9.37.2-3.
43 Paus. 8.10.2.
44 *Himn. hom. a Apolo* 296-7, Paus. 10.5.5.
45 Paus. 9.11.1 y 9.37.3 respectivamente.
46 Plut. *Moralia* 109a (citando a Píndaro), ps.Pl. *Axíoco* 367c, Cic. *Tusc.* 1.47.
47 Paus. 9.37.3.
48 Como en Paus. l.c.
49 Escolio a Arist. *Nubes* 508.
50 Hdt. 2.121.
51 Hdt. 1.31, Cic. *Tusc.* 1.47 (especifica que su madre era sacerdotisa de Hera); cf. Paus. 2.19.4 para otra historia sobre Bitón.
52 Paus. 9.40.1.
53 Paus. 9.39.4, Luciano *Diál. muer.* 3.2.
54 Hom. *Il.*13.298-302.
55 Cf.. *Himn. hom. a Apolo* 278-80, escol. a *Il.* XIII 301.
56 Paus. 9.36.1-2.
57 Serv. *En.* 6.618, escol. a Estacio *Teb.* 1.713.
58 Virg. *En.* VI 616-20, cf. Estacio *Teb.* 1.712 y ss, Val. Flac. 2.192 y ss.
59 Apolod. 3. 5. 5, Paus. 9.36.1 respectivamente.
60 Corónide hija de Flegias, Hes. fr. 60, Apolod. 3.10.3, etc.; vive en el lago de Bibia en los campos de Dotis, Hes. fr. 59, cf. Pínd. *Pít.* III 34, *Himn. hom. a Asclepio* 2-3, Dotis es el nombre de la madre de Flegias.
61 Cf. escol. a A.R. 3.62 (citando a Eurípides = fr. 424 Nauck), Estef. Biz. s.v. *Gyrton* respectivamente. Girtón era la ciudad de Ixión y Pirítoo; a veces se identificaba a los flegios con los de Girtón, cf. escol. a *Il.* XIII 301, 302.
62 *Hom. Himn. Apolo* 278-80; para Flegia, Estef. Biz. s.v. *Phlegya.*
63 Paus. 9.36.1.
64 Escolio a *Il.* XIII 302.
65 Fer. 3F41.
66 Apolod. 3.5.5.
67 Hom. *Od.* XI 572-5, *Il.* XVIII 486.
68 Hom. *Il.* XXII 26-30.
69 Hom. *Il.* XVIII 487-8, *Od.* V 273-4.
70 Hom. *Od.* XI 308-10, V 121-4.
71 Hes. fr. 148a (= Eratóst. 32), Fer. 3F52.
72 Ov. *Fastos* 5.493-536, Hig. *Fáb.* 195, *Astr.* 2.34, escolio a *Il.* XVIII 486, escolio a *Od.* V 121; primera mención en Paléf. 51.
73 Apolod. 1.4.3.
74 Escolio a Nic. *Ther.* 15; tumba, Paus. 9.20.3.
75 Corina 654.38, 655.14, 662, 673, Euforión fr. 103 Powell.
76 Escolio a Arat. 254, escolio a A.R. 3.225-70.
77 Ant. Lib. 25, cf. Ov. *Met.* XII 685-99.
78 Apolod. 1.4.3, Ov. *Arte de amar* 1.731, Aten. 65Oss.

79 Escolio a A.R. 3.997 (nacimiento), D.S. 5.79.1 (aprende a hacer vino de Dioniso), Aten. 26b (vino de Quíos).

80 Eratóst. 32 (atribuido a Hes. = fr. 148a), Parten. 20 (sucesos en Quíos, hija de Enopión se llama Hairo), Apolod. 1.4.3, Hig. *Astr.* 2.34, Luciano *Dom.* 28-9 (guiado por Cedalión, curado por Helios).

81 Apolod. 1.4.5, escolio a *Od.* V 121.

82 Hig. *Astr.* 2.34 citando a Cal. (= fr. 570), Horacio *Odas* III 4.70-2.

83 Eratóst. 32, Hig. *Astr.* 2.26; cf. Nic. *Ther.* 15 (Ártemis y Leto mandan un escorpión contra él).

84 Arato 634-46, cf. Eratóst. 7, escolio a *Il.* XVIII 486 citando a Euforión (= fr. 101 Powell), Paléf. 51.

85 Escolio a Germán. Arat. 63-4.

86 Ov. *Fastos* 5.537-44.

87 Hig. *Astr.* 2.3 citando a Istros (= Istros 334F64).

88 Pínd. *Ol.* IX 40-68; descendiente de Locro, Hecat. 1F16 con Estef. Biz. s.v. *Physkos.*

89 Plut. *Quaest. Gr.* 15, Eustacio a *Il.* II 531.

90 De Nárico, Estr. 9.425, cf. Ov. *Met.* 14.468; descendiente de Locro, Eustacio a *Il.* II 531.

91 Hecat. 1F15, Paus. 10.38.1.

92 Estr. 9.4.8.

93 Paus. 10.38.1 para ambas sugerencias.

94 Paus. 2.29.2-3, 10.1.1.

95 Paus. 10.32.6-7, 9.17.3-4 (tumba de Foco y Antíope).

96 Hom. *Il.* II 517-26.

97 Hes. fr. 58 (su esposa Astecia, sus hijos se pelean en el útero materno), Paus. 2.29.4 (citando a Asio = fr. 4 Davies, nombre de los hijos), Lic. 939 y escolio.

98 Paus. 2.29.2-3.

99 Paus. 2.29.4.

100 Paus. 2.29.4; constructor del Caballo de Madera, Hom. *Od.* VII 492-5.

101 Cf. Hdt. 1.56, 8.31 y 8.43.

102 Paus. 1.39.4, 1.40.5, 1.44.9, Estef. Biz. s.v. *Karia.*

103 Paus. 1.39.5, 142.8 (Cleson), 1.44.5 (familia de Léleges).

104 Paus. 1.39.5.

105 Paus. 1.39.5 con 1.41.4 (Megareo rey; los acontecimientos narrados en 1.41.5 representan la conjetura del propio Pausanias, no la tradición habitual).

106 Paus. 1.41.4.

107 Paus. 1.41.4, con escolio a A.R. 1.517 (historia de las lenguas); Píncl. *Íst.* VIII 67, *Nem.* V 45-6 con escolio a 84, juegos conmemorativos en Mégara.

108 Paus. 1.42.1, Ov. *Met.* VIII 14-19.

109 Paus. 1.42.7.

110 Paus.1.43.4.

111 Paus. 2.5.5-6.4.

112 Paus. 7.23.1-2.

113 Paus. 7.19.1-3; Eurípilo, Hom. *Il.* II 734-7 y passim.

114 Paus. 7.21.1.

115 Apolod. *Epít.* 3.10.

116 D.S. 5.62.1-2.
117 Escolio a Lic. 570.
118 Escolio a Lic. 580.
119 Escolio a Lic. 570, Apolod. *Epít.* 3.10 (no se nombra a la esposa de Anio).
120 Lic. 569-83 con escolio a 570 (citando a Ferécides = 3F140, afirma que parte de la historia estaba contada en las *Ciprias* = fr. 19 Davies).
121 Escolio a Lic. 581, escolio a *Od.* 6.164 respectivamente.
122 Ov. *Met.* XIII 632-74.
123 Dictis 1.23, Serv. *En.* III 80.
124 Virg. *En.* III 78-124, Ov. *Met.* XIII 63 y ss.
125 Cal. frs. 67-75, Aristéneto Ep. 1.10, Ovid *Heroidas* 20, 21.
126 Ov. *Met.* X 106-42.
127 Serv. *En.* 3.680; en Siria asimismo en Filós. *V.A.* 1.16.
128 Hdt. 4.147.
129 Hdt. 4.142-50, Paus. 3.1.5-8, 4.3.4.
130 A.R. 4.1747-54.
131 Hdt. 4.145-59, Pínd. *Pít.* IV 4-65, escolio a A.R. 4.1764.
132 Hig. *Astr.* 2.16.
133 Escolio a *Il.* XXIV 293.
134 Estef. Biz. s.v. Mérope y Cos.
135 A.R. 2.854-95; escolio a A.R. 1.188, escolio a Lic. 488.
136 Hom. *Il.* XI 19-40.
137 Apolod. *Epít.* 3.9, Eustacio a *Il.* XI 20.
138 Alcidamante *Od.* 20-21.
139 Cf. escolio a Pínd. *Pít.* II 27, Apolod. 3.14.3 respectivamente.
140 Ov. *Met.* X.298 y ss, Hig. *Fáb.* 58.
141 Apolod. 3.14.3.
142 Hig. *Fáb.* 242, Plinio *Hist. nat.* 7.49, Eustacio a *Il.* 11.20 respectivamente.
143 Eustacio l.c.
144 Apolod. 3.14.3.
145 Ov. *Met.* X 238-42.
146 Ibid. X 222-37.
147 Ibid. VI 98-100.
148 Ibid. X 243-97; otra versión Clem. Alej. *Protr.* pp. 17,31 y ss, Arnob. *Adv. Nat.* 6.22.
149 Pínd. *Nem.* IV 46, Eur. *Helen* 87-104; cf. Sóf. *Áyax* 1008-20 (Teucro sospecha que su padre le expulsará).
150 Serv. *En.* II 619.
151 Virg. *En.* I 619-22 con Servio a 621.
152 Paus. 1.3.2 y 2.29.4, cf. Isócr. *Evágoras* 18-19; Eune como esposa, escolio a Lic. 450.
153 Museo, *Hero y Leandro*. Virg. *Geórg.* III 258-63, Ov. *Heroidas* 18,19.
154 Ov. *Met.* VIII 618-724.
155 A. Westermann *Mythographoi: Scriptores Poeticae Historiae Graecae,* Brunswick, 1843, p. 324.
156 Ov. *Met.* IV 55-166.
157 Plinio *Hist. nat.* 7.1-32.
158 Hom. *Il.* III 3-7.

159 Ant. Lib. 16, Aten. 9.393e-f, El. *N.A.* 15.29; alusión en Ov. *Met.* VI 90-2.
160 Hdt. 2.32, cf. Hes. fr. 150.9-19, Arist. *H.A.* 8.12.
161 Filós. *Imag.* 2.22, Amiano 22.12.4.
162 Aristeas fr. 4A Davies (de Estr. 1.2.10, Plinio *Hist. nat.* 7.10 y Paus. 1.24.6), Hdt. 3.116, 4.13, 4.27, Esq. *Prom. enc.* 803-6.
163 D.S. 4.24.7, Serv. *En.* 3.552; cf. asimismo Ov. *Met.* XV 12-59 (leyenda de fundación de la ciudad, no menciona el episodio de Lacinio).
164 Conón 3 (Latino en MSS, a veces corregido en Lacinos).
165 Hdt. 7.170, cf. Conón 25, Estr. 6.3.6.
166 Virg. *En.* V 700 y ss; compañeros de Filoctetes, Estr. 6.1.3.
167 Serv. *En.* I 550.
168 Escolio a Lic. 952. Versión racionalizada, cf. D.H. *Ant. Rom.* 1.52.
169 Paus. 10.10.3.
170 Hdt. 1.23-4.
171 Hig. *Fáb.* 194, *Astr.* 2.17, Serv. *Buc.* VIII 55, cf. Ov. *Fast.* 2.81 y ss.
172 Hdt. 1.24, Paus. 3.25.7.
173 Aten. n.446c-d, Plut. *Moralia* 163c, 984d.
174 Plinio *Hist. nat.* 9.8-26.
175 Conón 18, Paus. 3.19.11-13.
176 Paus. 6.6.8-10, cf. Cal. frs. 98-9, El. *Misc. his.* 8.18 (Heróe reclama un tributo), Estr. 6.1.5 (templo de Polites en Temesa).

Capítulo XVII. Eneas, Rómulo y los orígenes de Roma

1 Hom. *Il.* XX 287-309.
2 Proclo a *Ciprias.*
3 *Himn. hom. a Afrodita* 196-8.
4 Jen. *Sobre la caza* 1.15, cf. Apolod. *Epít.* 5.21.
5 Estes. 205.
6 Helánico 4F84 (= D.H. *Ant. Rom.* 1.72.1-2)
7 Helánico 4F31 (cf. D.H. *Ant. Rom.* 1.47.1-6).
8 Cf. Plut. *Rom.* 2, D.H. *Ant. Rom.* 1.72.1.
9 Cf. D.H. *Ant. Rom.* 1.72.5 (de Eneas), 1.72.6 (de Ascanio), Plut. *Rom.* 2.1.
10 Ambos en Serv. *En.* I 273 (anterior de Heráclides Lembos, cf. Fest. p. 329 L.).
11 Cf. D.H. *Ant. Rom.* 1.72, Plut. *Rom.* 2.1.
12 Plut. *Rom.* 2.1.
13 D.H. *Ant. Rom.* 1.72.6.
14 Plut. *Rom.* 1.1.
15 Salustio *Cat.* 6.1.2.
16 Virg. *En.* III 1-191.
17 Ibid. 192-267.
18 Ibid. 268-505.
19 Ibid. 506-715.
20 Ibid. I y IV.

[21] Ibid. V.
[22] Ibid. VI.
[23] Ibid. VII 1-36, 107-29.
[24] Ibid. VII 148 y ss.; el oráculo se manifiesta a Latino sobre la boda de su hija, VII 81-101. Los hechos siguientes nos llevan al final del poema épico.
[25] Hes. *Teog.* 1011-16.
[26] Hig. *Fáb.* 127.
[27] Virg. *En.* VII 47-9.
[28] D.H. *Ant. Rom.* 1.43.1, Justino 43.1.
[29] Catón *Orígenes* fr. 8-12.
[30] D.H. *Ant. Rom.* 1.57-2-59.1.
[31] Virg. *En.* III 388-93, VIII 31-85.
[32] Ibid. VI 703 y ss.
[33] Ibid. VI 760-6.
[34] Ibid. VI 767-87.
[35] D.H. *Ant. Rom.* 1.67.4 (= Timeo 566F59).
[36] Catón *Orígenes* fr. 4, Livio 1.1.3, D.H. *Ant. Rom.* 1.53.3, Serv. *En.* I 5, VII 158.
[37] D.S. 7.5.4-5 (citando a Fabio Píctor), D.H. *Ant. Rom.* 1.56.
[38] Lic. 1253-60, Plinio *Hist. nat.* 3.69.
[39] D.S. 7.5.5.
[40] Virg. *En.* VIII 42-8.
[41] D.S. 7.5.6.
[42] Varrón *De re rustica.* 2.4.18.
[43] D.H. *Ant. Rom.* 1.64.5.
[44] Livio 1.2.6 (sobre su deificación), Serv. *En.* I 259 (hay quien dice que cayó al río. Ovidio afirma que lo llevaron a los cielos), Ov. *Met.* XIV 581-608 (convertido en dios), Virg. *En.* I 295-6, XII 794-5 (predicción); D.H. *Ant. Rom.* 1.64 (con explicación racionalista), Fest. 94 L.
[45] Serv. *En.* II 296, 3.12, 8.664, Val. Máx. 1.6.7, Macrob. *Sat.* 3.4.11.
[46] Hom. *Il.* II 862-3.
[47] *Himn. hom. a Afrodita* 191-201.
[48] Virg. *En.* 8.47-9, D. H. *Ant. Rom.* 1.66.
[49] Serv. *En.* VI 760.
[50] Livio 1.3.6.
[51] D.H. *Ant. Rom.* 1.67, Val. Max. 1.87.
[52] Catón fr.13, D.H. *Ant. Rom.* 1.70; y en todos los catálogos de los reyes de Alba **(cf. p. 595)**.
[53] Ascanio sin hijos, Serv. *En.* VI 760. Se elige a Silvio en vez de a Julus, D.H. *Ant. Rom.* 1.70.3, D.S. 7.5.8.
[54] Livio 1.3.6-9.
[55] D.H. *Ant. Rom.* 1.71.3, D.S. 7.5.n (aquí como Aramulio Silvio); cf. Livio 1.3.9, Ov. *Met.* XIV 617-18.
[56] Hdt. 1.7, 1.34, etc.
[57] Hom. *Il.* XVII 323-5.
[58] Ibid. 20.239.
[59] Virg. *En.* X 145, este Capis asimismo mencionado en I 183, IX 576; Romo dio nombre a la ciudad a partir de la vieja Capis, D.H. *Ant. Rom.* 1.73.3.

[60] Paus. 6.21.10.
[61] Cf. Livio 2.32.
[62] D.S. 7.5.10, D.H. *Ant. Rom.* 1.71.2, Serv. *En.* VIII 72 y 330.
[63] Livio 1.3.4, D.H. *Ant. Rom.* 1.71.4, Plut. *Rom.* 3, Justin 34.2, Serv. *En.* VI 777.
[64] Livio 1.3.11-4.2, D.H. *Ant. Rom.* 1.77, Plut. *Rom.* 3, Justin 34.2.
[65] Cf. escolio a Hor. *Odas* I 2.18 (citando a Ennio), Serv. *En.* I 273, Justin 34.2, Conón 48.
[66] D.H. *Ant. Rom.* 1.79.6-8.
[67] Plut. *Rom.* 3.
[68] Livio 1.4.4-5.
[69] Livio 1.4.5-6, Ov. *Fastos* 2.413-22, D.H. *Ant. Rom.* 1.76.6-8, Plut. *Rom.* 3.
[70] Plut. *Rom.* 3, Serv. *En.* 1.273.
[71] Ant. Lib. 30.
[72] Ps.Plut. *Narraciones paralelas* 36.
[73] Narración completa en, D.H. *Ant. Rom.* 1.79.6-9; cf. Varrón *De re rust.* 2.1.9, Livio 1.4.6-7, Plut. *Rom.* 6, Floro 1.1.3.
[74] D.H. *Ant. Rom.* 1.79.10-11, Plut. *Rom.* 10, Livio 1.4.5.
[75] Livio 1.4.8-9, Plut. *Rom.* 6.
[76] D.H. *Ant. Rom.* 1.79.12-83.2, Plut. *Rom.* 7-10, Livio 1.5.6, Justino 43.2-3.
[77] Cf. D.H. *Ant. Rom.* 1.85.1-4, Livio 1.6.
[78] Ennio *Anales* 80 y ss.
[79] Livio 1.7, cf. Serv. *En.* I 273, Floro 1.1. Para una versión en la que se supone una decepción inicial por parte de Rómulo, cf. Plut. *Rom.* 1.9, D.H. *Ant. Rom.* 1.86.3-4.
[80] Livio 1.7 (citando versión más común), Ennio *Anales* 94-6, D.H. *Ant. Rom.* 1.87.4, Plut. *Rom.* 10 (pero zanja en vez de muro), Floro 1.1.8.
[81] Supl. Hell. 715.
[82] Plut. *Moralia* 299c.
[83] Apolod. 1.8.1, cf. alusión en Supl. Hell. 715.
[84] Ov. *Fast.* IV 835-56.
[85] Calpurnio Pisón fr. 4P. (mención más antigua), Livio 1.8.5, D.H. *Ant. Rom.* 2.15, Plut. *Rom.* 9-3.
[86] Livio 1.9, D.H. *Ant. Rom.* 2.30, Plut. *Rom.* 14, Serv. *En.* VIII 635; Fabio Píctor 809F5, Ennio *Scen.* 370, *An.* 98.
[87] Livio 1.11.7-8, D.H. *Ant. Rom.* 2.38-40, Val. Máx. 9.6.1, Festo 496 L, Propercio 4.4.
[88] Livio 1.12-13, D.H. *Ant. Rom.* 2.41-6, Plut. *Rom.* 18-20.
[89] Livio 1.14.1-3, D.H. *Ant. Rom.* 2.51-2, Plut. *Rom.* 23.1-2.
[90] Livio 1.16, cf. Ov. *Fast.* 2.475-510, D.H. *Ant. Rom.* 2.56.2 con 2.63.3-4, Plut. *Rom.* 27.3 y 28.
[91] Ov. *Met.* XIV 805-28, cf. Ennio *An.* 65-6.
[92] D.H. *Ant. Rom.* 2.56.3-4, cf. Livio 1.16.4.
[93] Plut. *Pompeyo* 25.
[94] D.H. *Ant. Rom.* 2.26.5.
[95] Livio 10.32.12.
[96] Tal como se cita en D.H. *Ant. Rom.* 1.72.5 (= Calilas 564F5).

Nota bibliográfica a la edición española

Con esta breve nota, que sustituye la de la edición inglesa —dirigida exclusivamente, por una parte, a un público de habla inglesa y, por otra, especializado—, pretendemos dar al lector no especializado una serie de libros sobre mitología y religión antiguas, en su mayoría en lengua castellana y accesibles, que le pueden resultar de interés y aportarle enfoques diferentes al de la obra de Hard.

Las obras más importantes publicadas en nuestro país siguen siendo el erudito estudio de A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, publicado por la editorial Gredos (Madrid, numerosas reimpresiones) y, principalmente, por su forma de diccionario y facilidad de uso el clásico de Pierre Grimal, *Diccionario de mitología griega y romana* (Paidós, Barcelona, 2007), obra de absoluta e indiscutible referencia para cualquier aproximación a los mitos y sus fuentes literarias.

M. P. Nilsson es el fundador de la escuela actual de trabajo sobre la religión en la Antigüedad. Desde su *The Mycenaean Origin of Greek Mythology* (Nueva York, 1932 [1963]), Nilsson ha dejado obras de referencia como *Cults, Myths, Oracles, and Politics in Ancient Greece* (Lund, 1951) y, sobre todo, la muy recomendable, *Historia de la religión griega* (Buenos Aires, 1968), que conjuga erudición con accesibilidad. Una obra imprescindible para emprender el estudio de las religiones después de las corrientes del psicoanálisis. Siguen la línea de Nilsson los trabajos de W. Burkert, estudioso de las religiones de la Antigüedad, que han supuesto una nueva configuración del mapa religioso y cultural de las relaciones entre Oriente y Grecia. Su obra *Religión griega arcaica y clásica* (Abada editores, Madrid, 2007) es ya un clásico y destaca por su claridad expositiva y su erudición. Asimismo cabe recomendar su obra recientemente traducida al español *De Homero a los magos* (El Acantilado, Barcelona, 2002).

Del gran Karl Kerenyi están editadas en castellano las muy recomendables obras *Dionisos, raíz de vida indestructible* (Herder, Barcelona, 1994) y *La religión antigua* (Herder, Barcelona, 1999), en las que Kerenyi aplica su aguda mirada y

arrojar luz sobre la relación entre lo humano y lo divino a través de conceptos como templo, sacrificio, festividad y mito. Sobre el dios Dioniso cabe señalar asimismo la obra de Walter Otto, *Dioniso: mito y culto* (Siruela, Madrid, 1997).

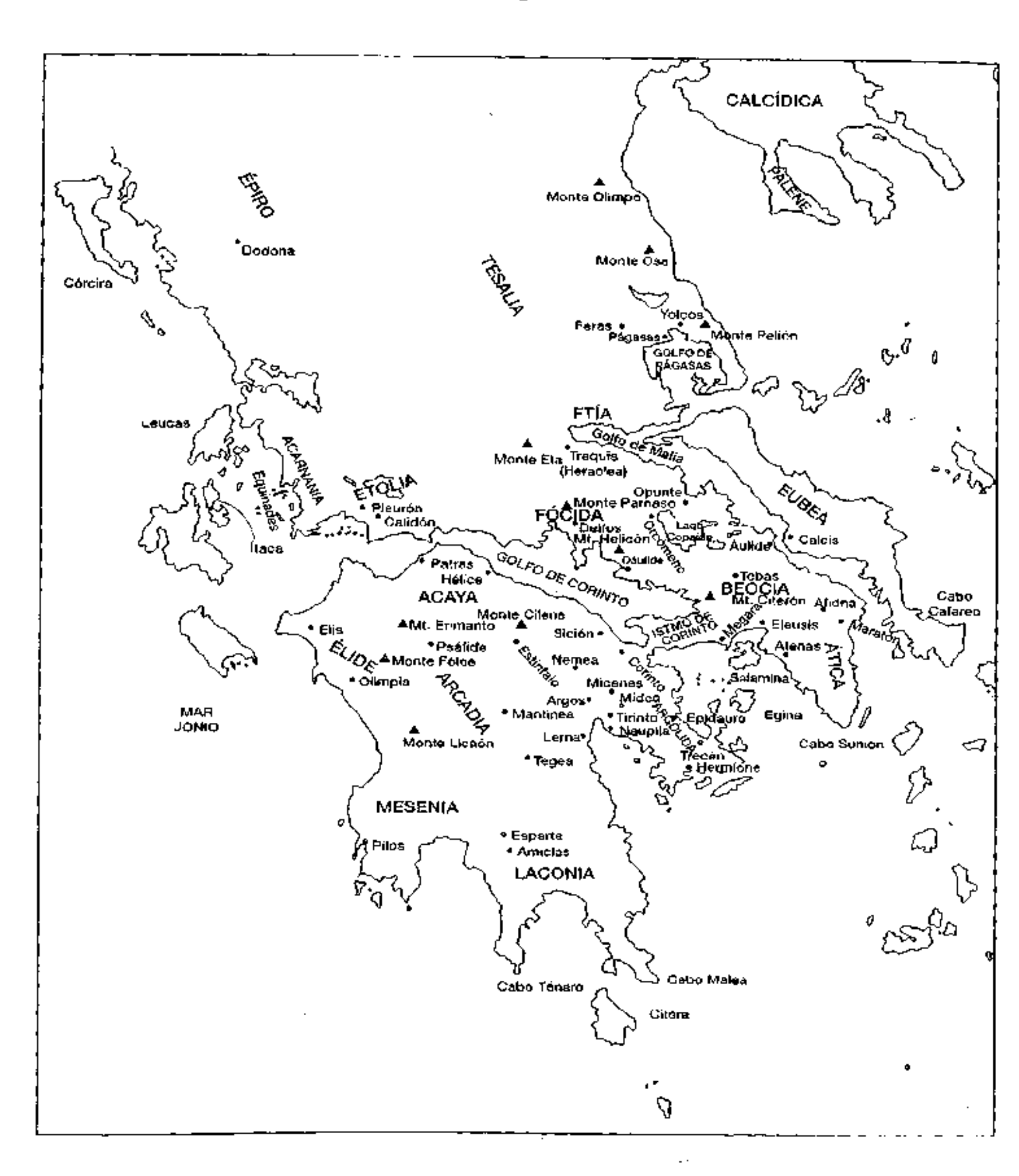
Georges Dumézil, un indoeuropeísta consagrado, ha dedicado diversos estudios a explicar el mito y la religión, desde sus perspectivas sociales, políticas e institucionales, de los pueblos antiguos. Sus obras son clásicas: *Jupiter, Mars, Quirinus. Essai sur la conception indo-européenne de la société et sur les origines de Rome* (París, 1941-1949), *Déesses latines et mythes védiques* (Bruselas, 1956), *La ideología de las tres funciones en las epopeyas de los pueblos indoeuropeos* (Seix Barral, Barcelona, 1977), *El destino del guerrero: aspectos míticos de la función guerrera entre los indoeuropeos* (Siglo XXI, Madrid, 1990). Se deja sentir en su extensa obra una profunda vinculación con los postulados de la antropología estructural de Levi-Strauss. Es, además, el precursor de la llamada «Escuela de París», de la que recomendamos las obras de J. P. Vernant, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua* (Ariel, Barcelona 1973 [2001]), *Mito y sociedad en la Grecia antigua* (Siglo XXI, Madrid, 2003) y *Mito y tragedia en la Grecia antigua* (2 vols., Paidós, Madrid, 2002), escrita esta última en colaboración con otro importante estudioso francés, Pierre Vidal Naquet; asimismo cabe mencionar la obra de P. Veyne *¿Creyeron los griegos en sus mitos?* (Crónica, Barcelona, 1987). Dentro de este contexto de la escuela francesa son de gran interés los trabajos de Marcel Detienne: *Apolo con el cuchillo en la mano* (Akal, Madrid, 2001), *Los jardines de Adonis* (Akal, Madrid, 1983) y *La muerte de Dioniso* (Taurus, Madrid, 1983) en los que la intensa y a veces artística escritura de Detienne desarrolla ideas, planos de sentido y vínculos temáticos muy sugerentes y, en ocasiones, sorprendentes.

Obras clásicas de la escuela anglosajona son, entre otras muchas, la de G. S. Kirk *El mito, su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas* (Paidós, Barcelona, 1999) y el *Diccionario de mitología clásica* de Jenny March (Crítica, Barcelona, 2002), ambos rigurosos e interesantes trabajos de muy recomendable lectura.

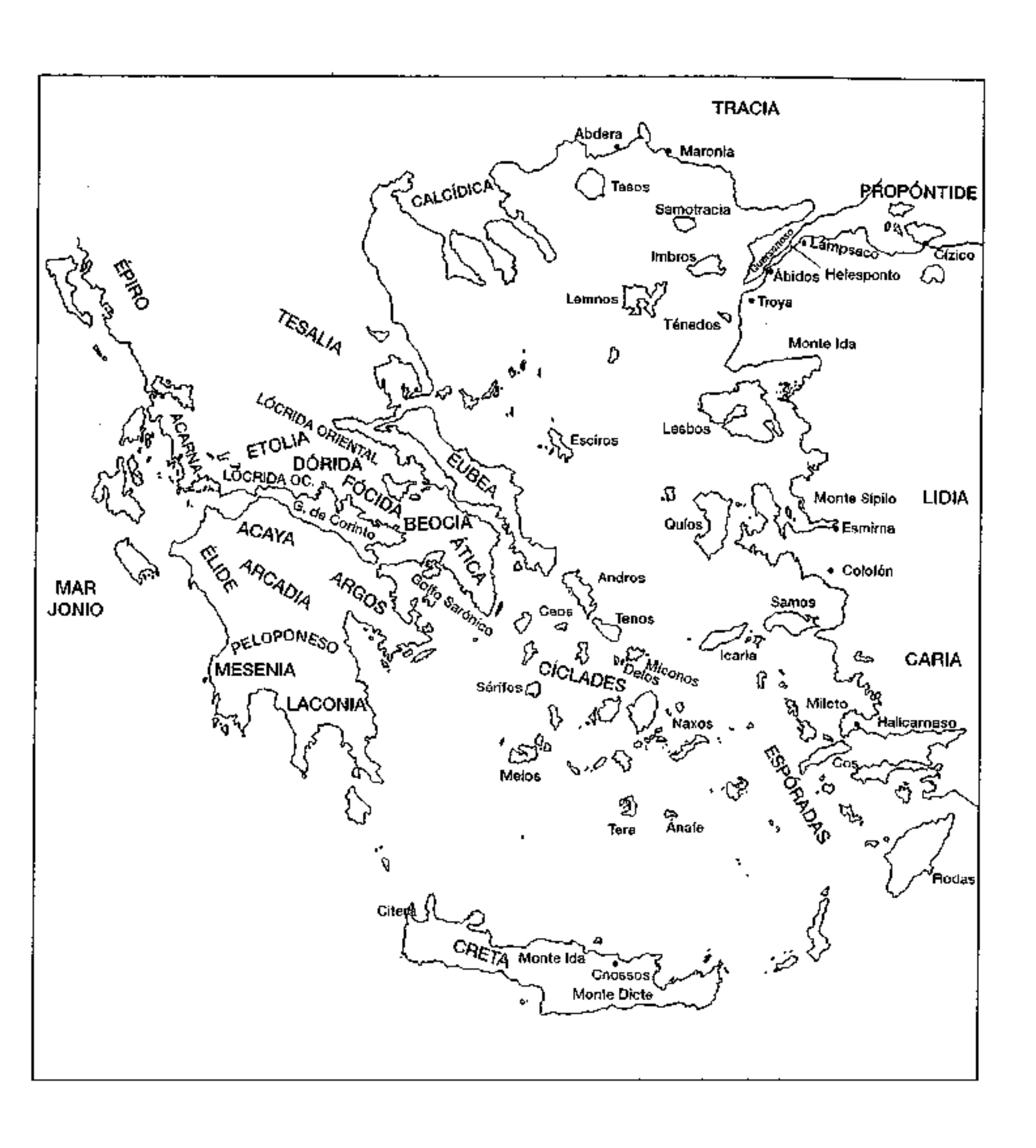
En España cabe resaltar el preclaro y brillante trabajo de C. García Gual, con sus numerosas obras entre las que destacamos: *Introducción a la mitología griega* (Alianza, Madrid, 1992 [ed. ampliada e ilustrada en 2006]); *Prometeo, mito y tragedia* (Hiperión, Madrid, 1995), *Mitos, viajes y héroes* (Madrid, Taurus, 1981) y *Figuras helénicas y géneros literarios* (Mondadori, Barcelona, 1991). También destacamos el breve y preciso libro de David Hernández de la Fuente, *La mitología contada con sencillez* (Maeva, Madrid, 2005), y en un interesante

plano, en el que la literatura se mezcla con la erudición mitológica, las obras de Óscar Martínez García *Los nombres del cazador* (Huerga y Fierro, Madrid, 2002) y *Teseo* (Aguilar, Madrid, 2006), brillantes recreaciones de los mitos de Jasón y Teseo.

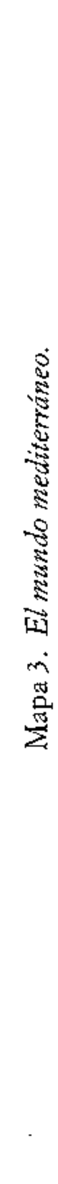
Mapas



Mapa 1. *Grecia continental.*



Mapa 2. *El área del Egeo.*

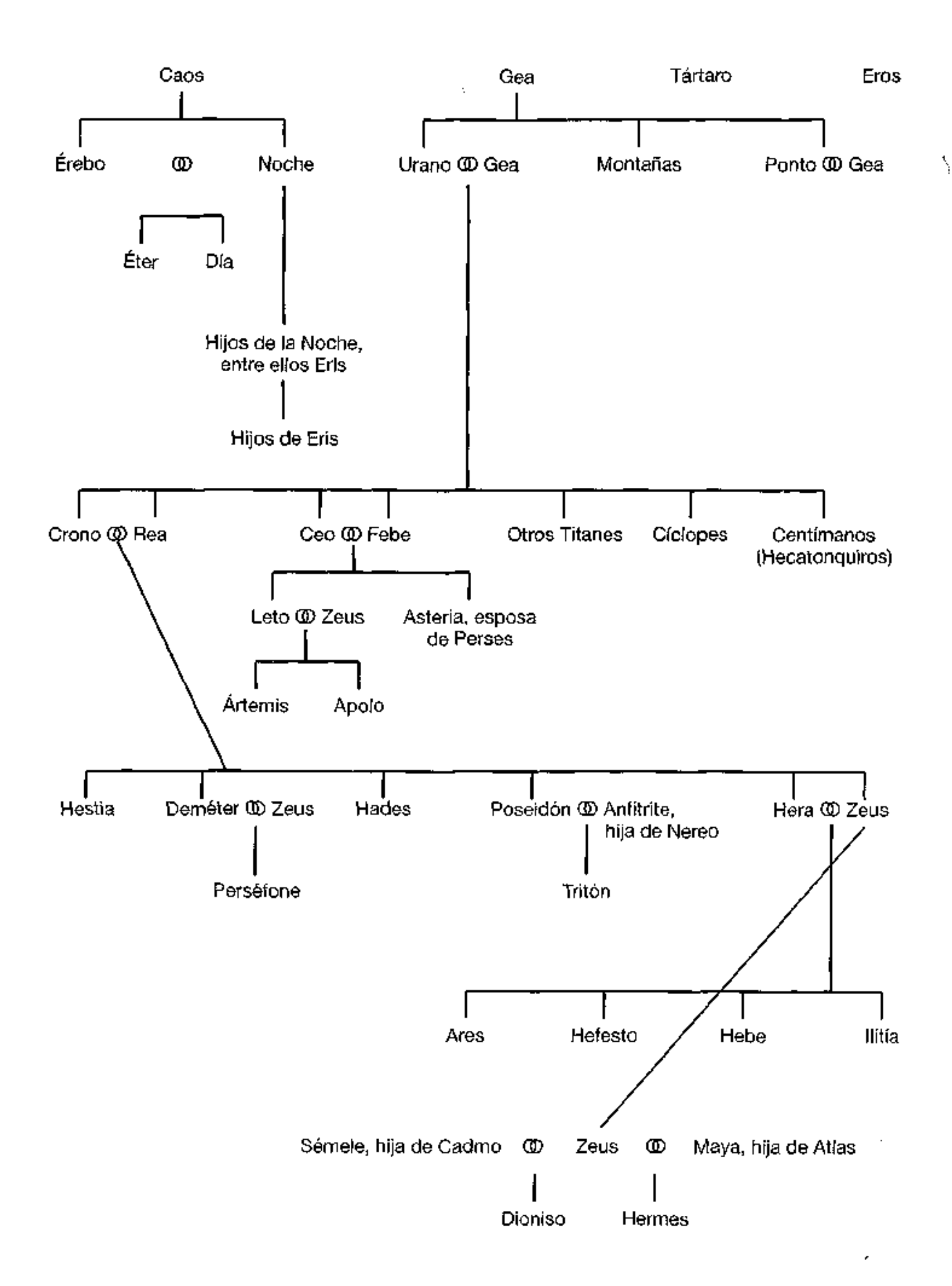


Mapa 3. *El mundo mediterráneo.*

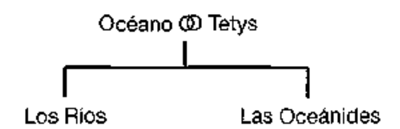
Los grandes dioses olímpicos

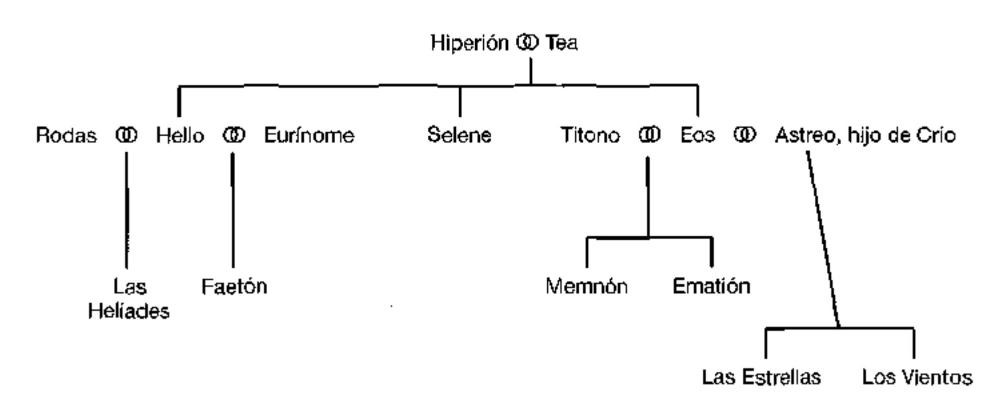
Tablas genealógicas

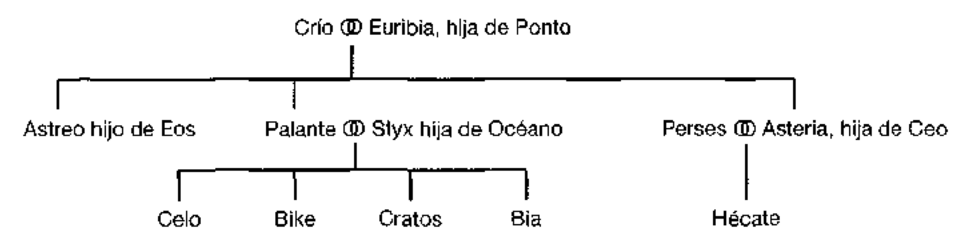
1. Los primeros dioses y el origen de los Olímpicos

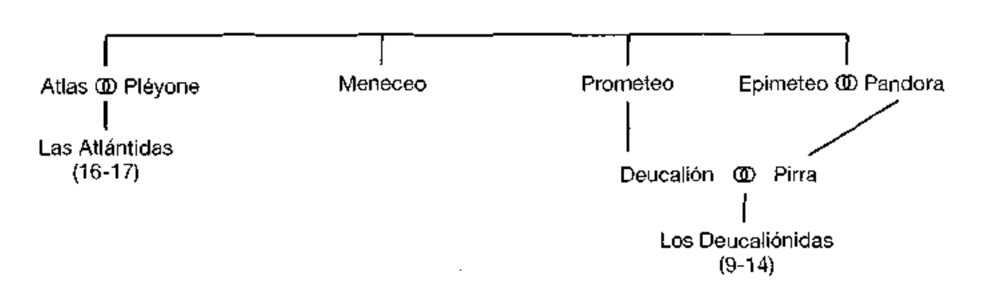


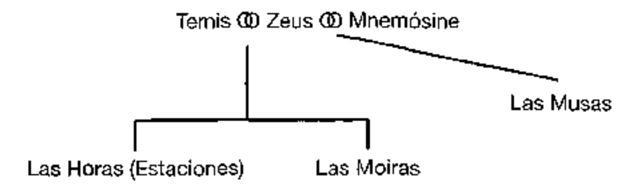
2. Descendientes de los Titanes



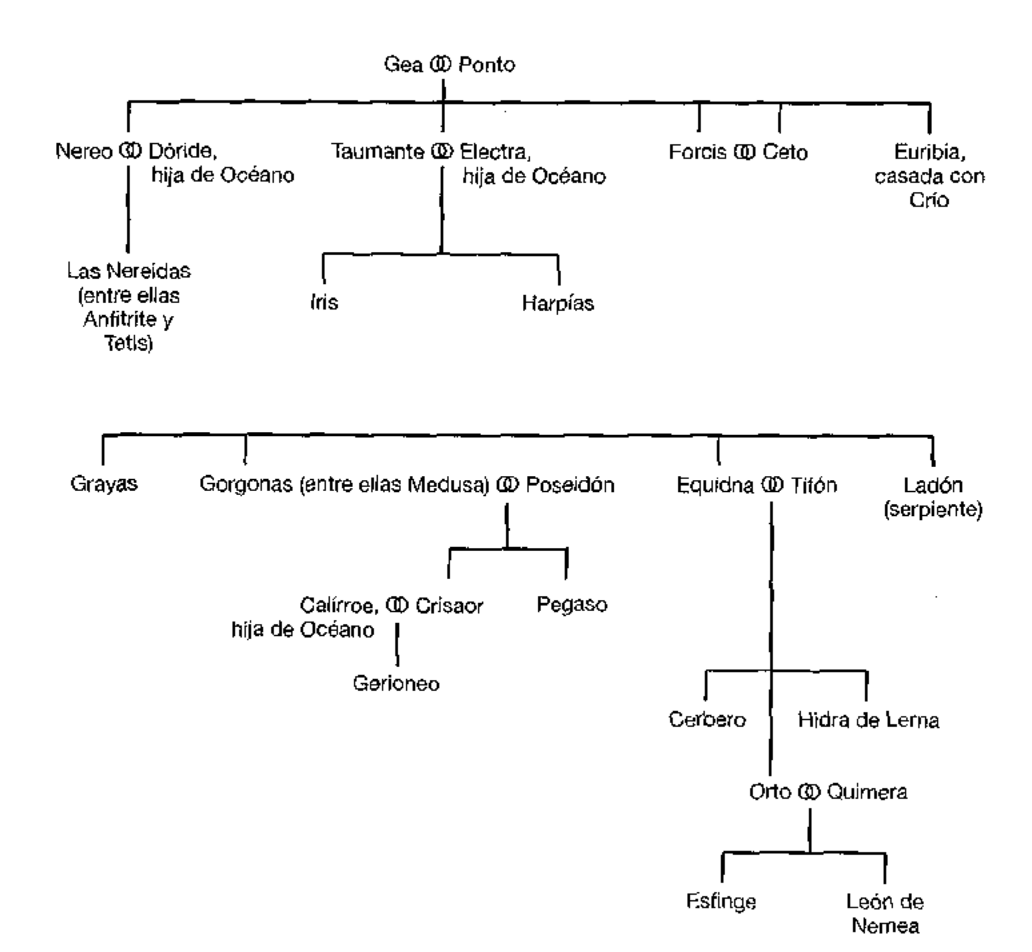




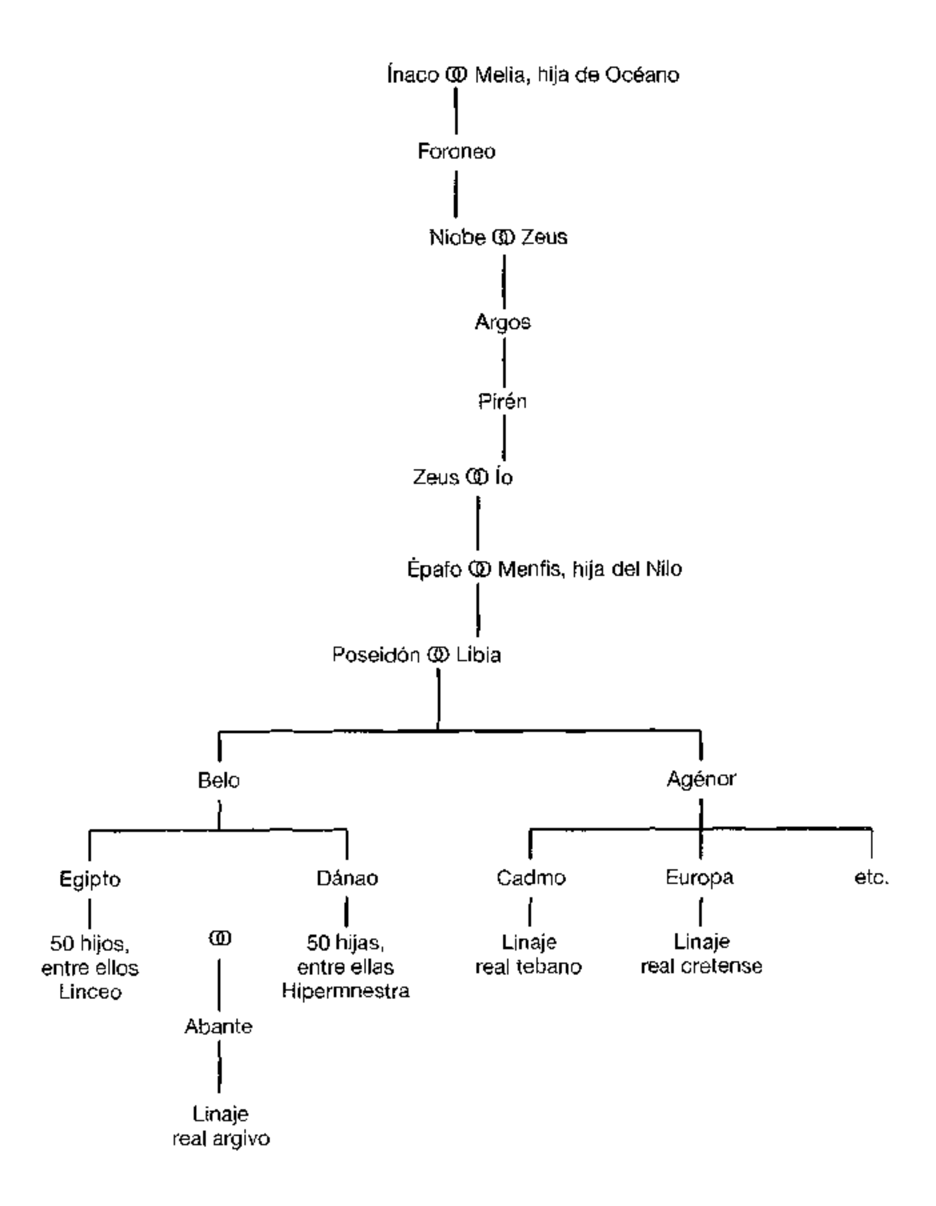




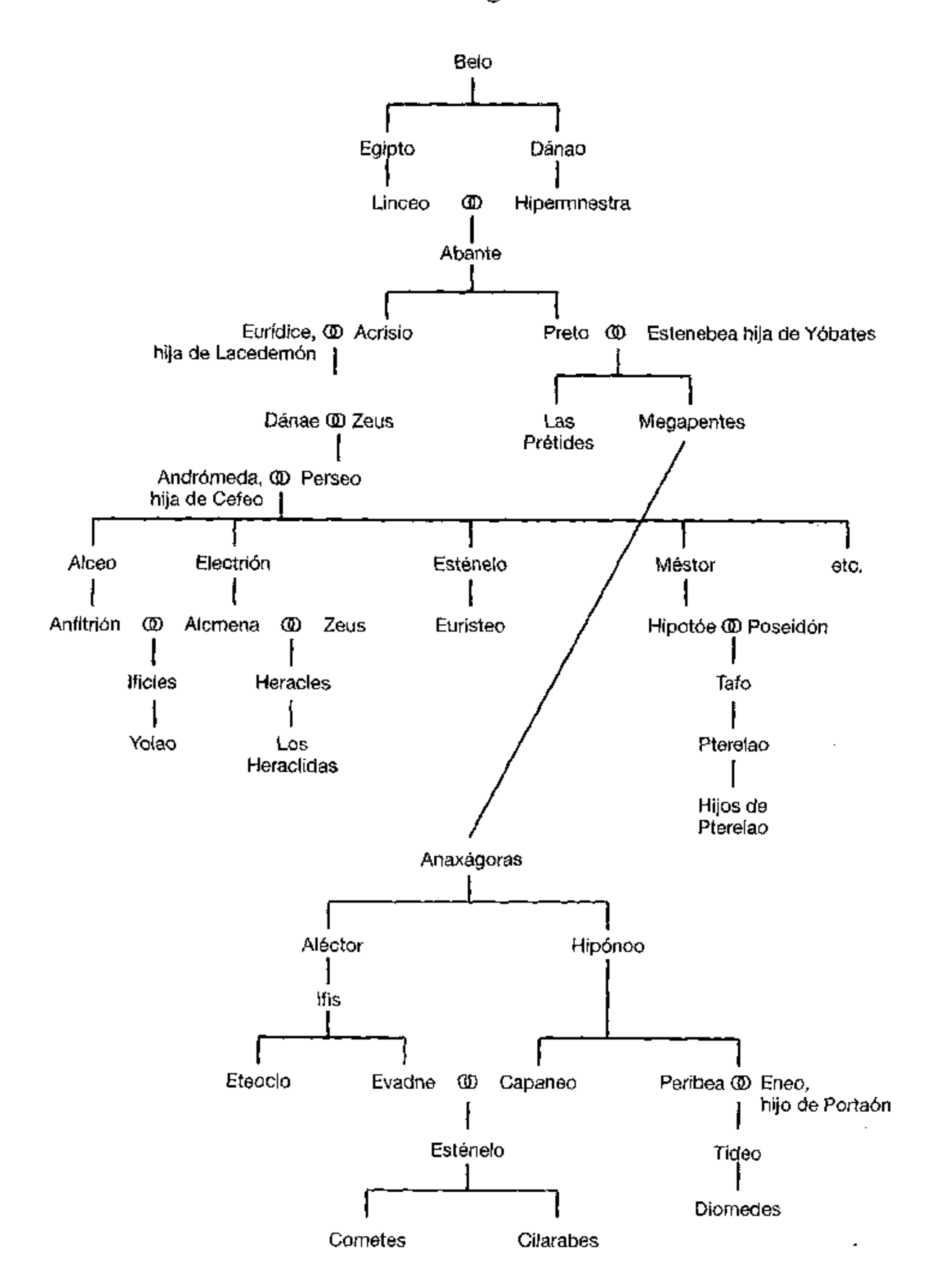
3. Descendientes de Ponto y Gea



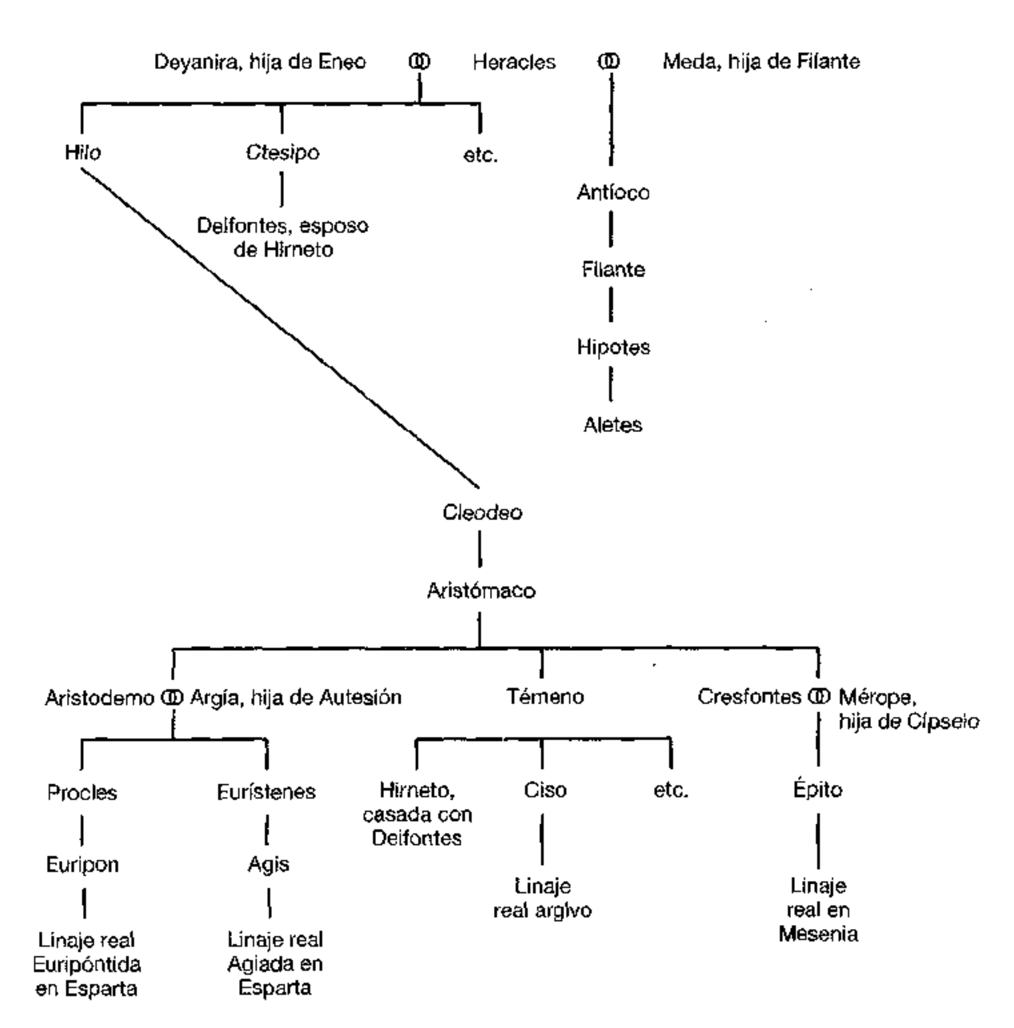
4. Ináquidas I: los primeros Ináquidas en Argos y Egipto



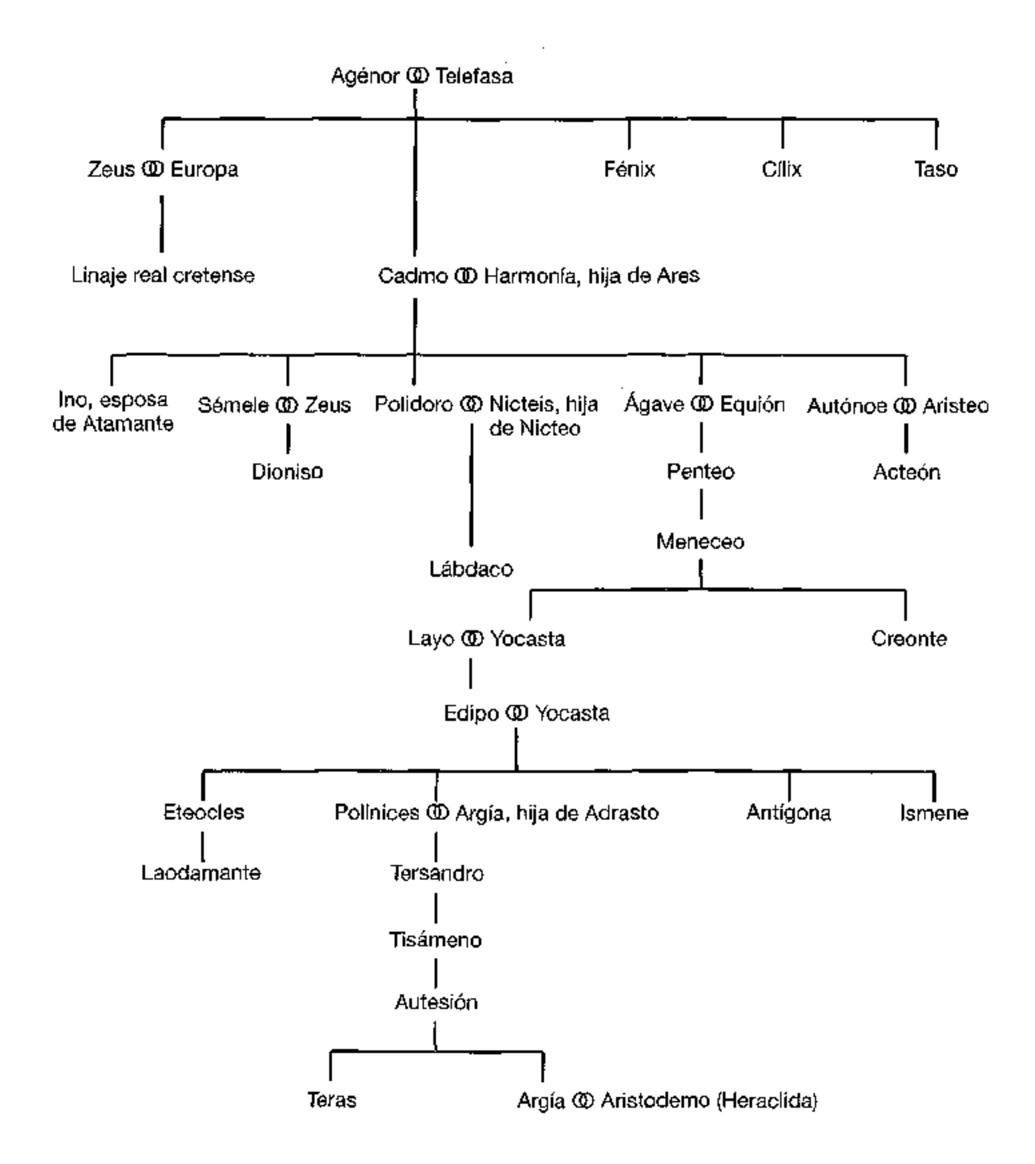
5. Ináquidas II: los descendientes de Dánao en la Argólida



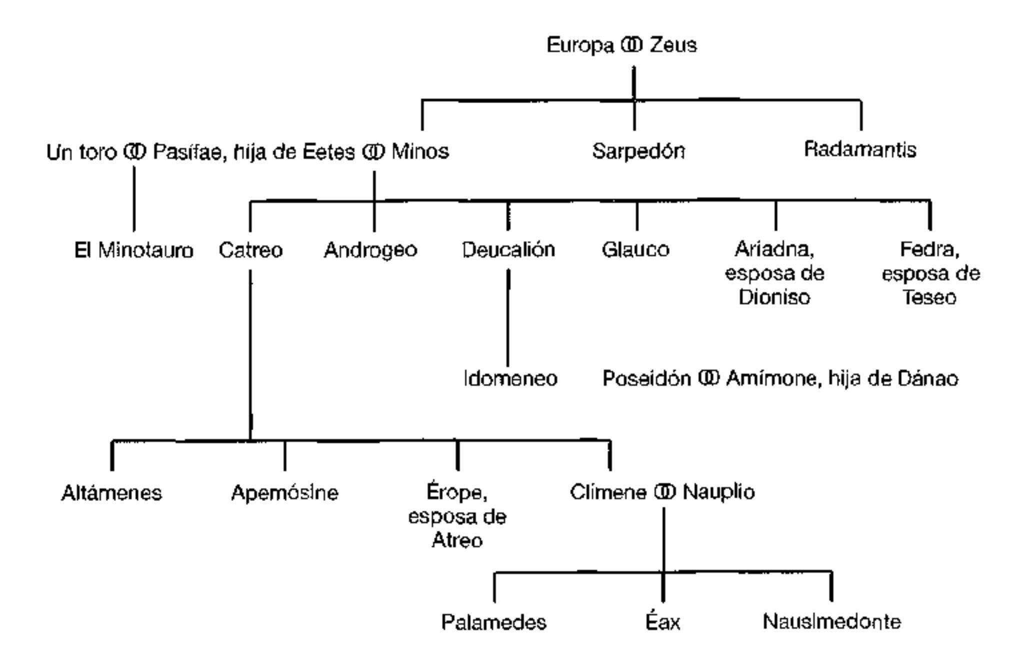
6. Ináquidas III: los Heraclidas



7. Ináquidas IV: los descendientes de Cadmo en Tebas



8. Ináquidas V: los descendientes de Europa en Creta



9. Deucaliónidas I: los primeros Deucaliónidas

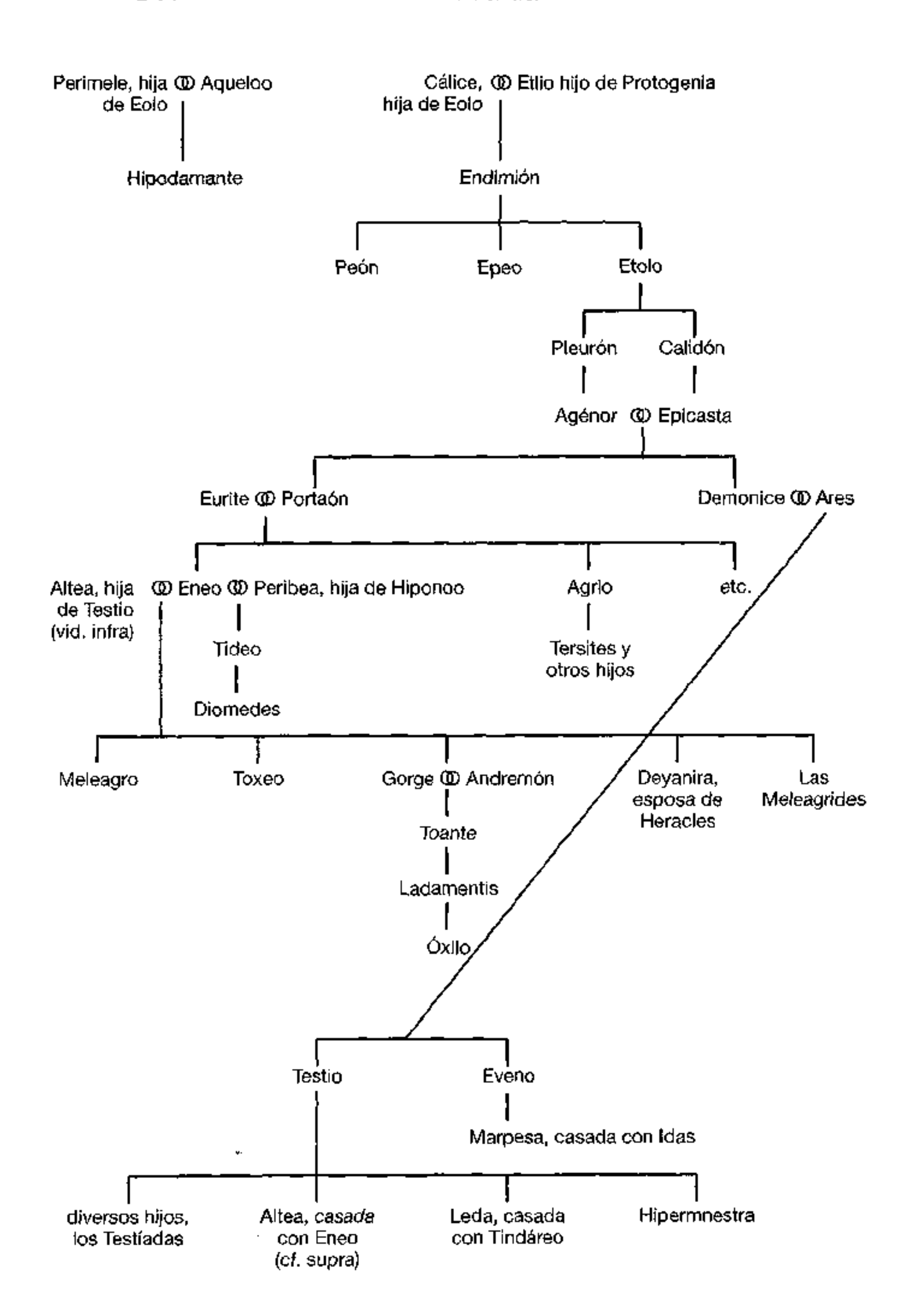
Jápeto, hijo de Urano ⚭ Clímene, hija de Océano

- Prometeo
  - Deucalión ⚭ Pirra
- Epimeteo ⚭ Pandora, la primera mujer
  - Pirra

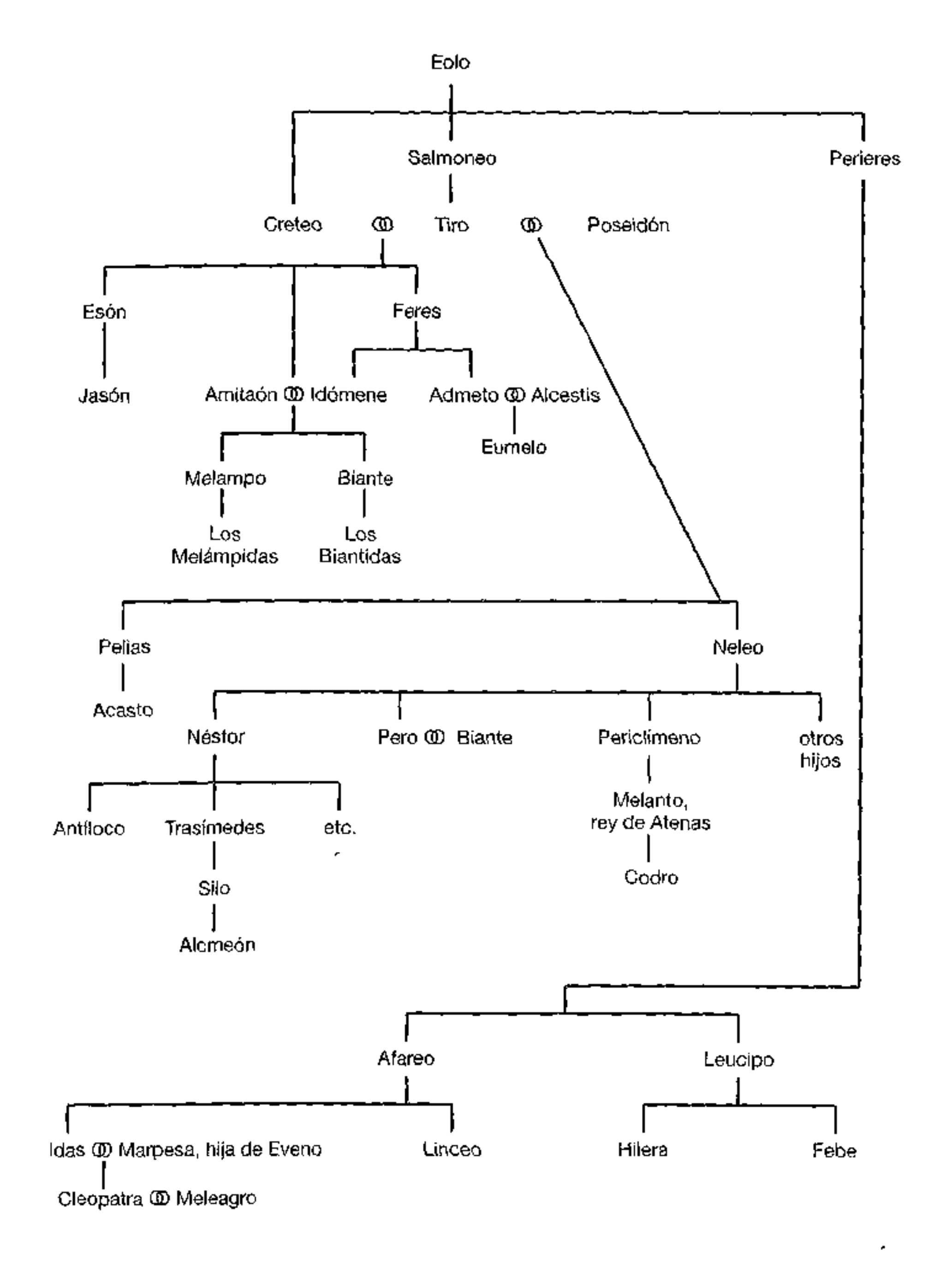
Deucalión ⚭ Pirra:

- Helén
  - Doro
  - Juto ⚭ Creúsa, hija de Erecteo
    - Aqueo
    - Ion
  - Eolo
    - Los Eólidas
- Anfictión
- Protogenia ⚭ Zeus
  - Etlio, esposo de Cálice, hija de Eolo

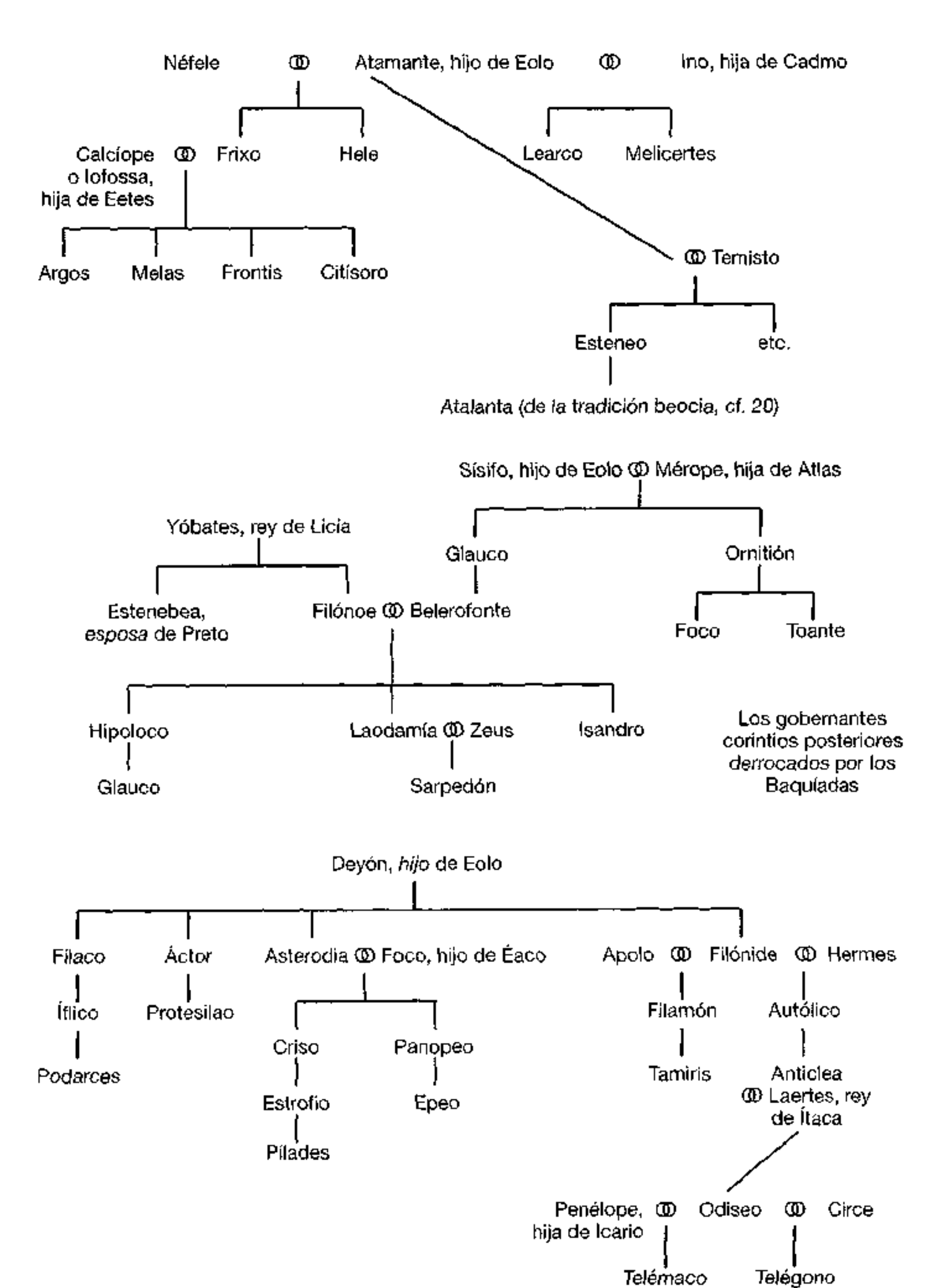
10. Deucaliónidas II: la familia real etolia



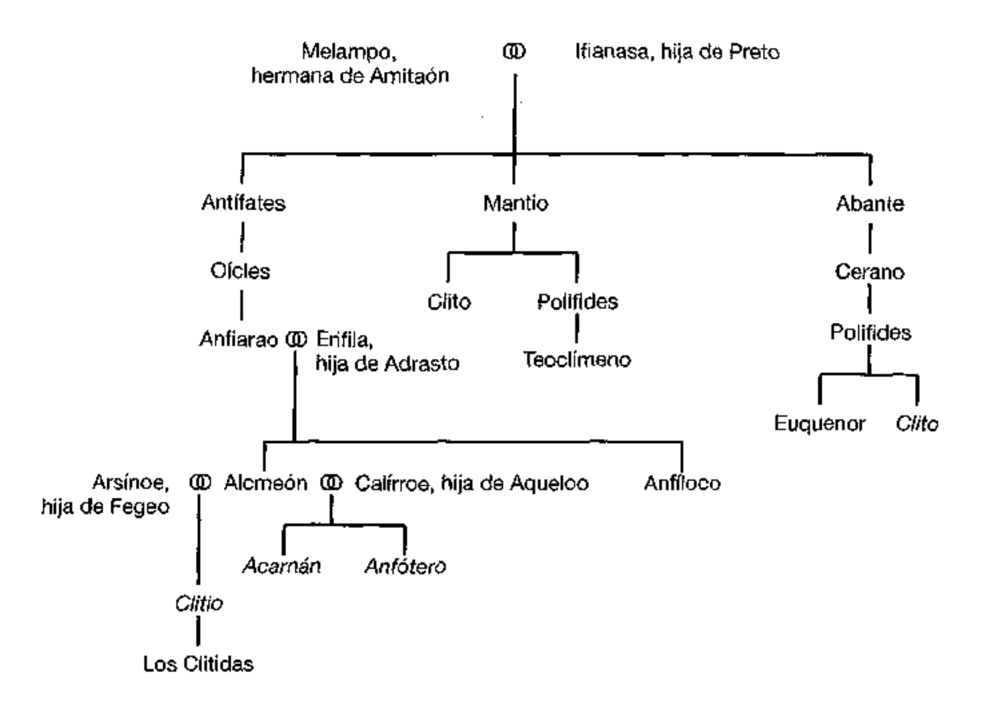
11. Deucaliónidas III: los descendientes de Eolo en Mesenia y Tesalia



12. Deucaliónidas IV: resto de la descendencia de Eolo

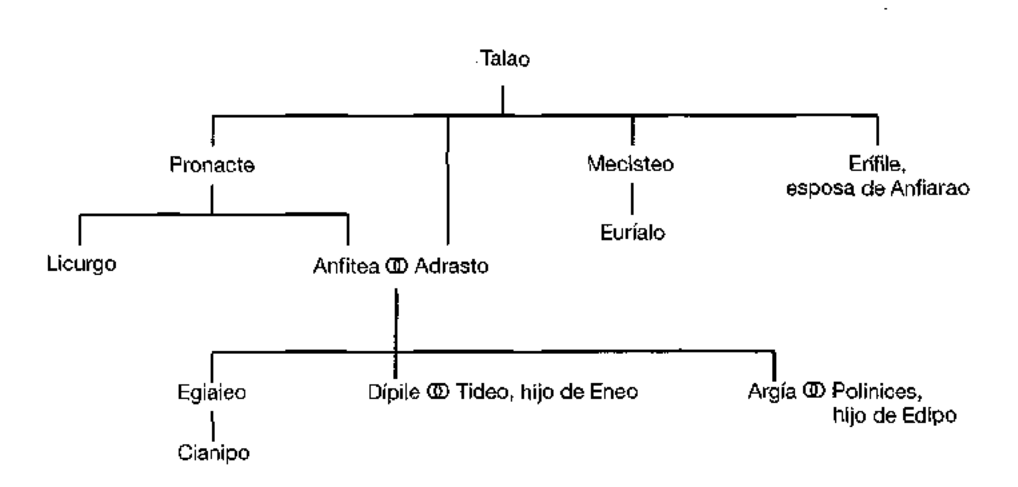


13. Deucaliónidas V: los descendientes de Melampo

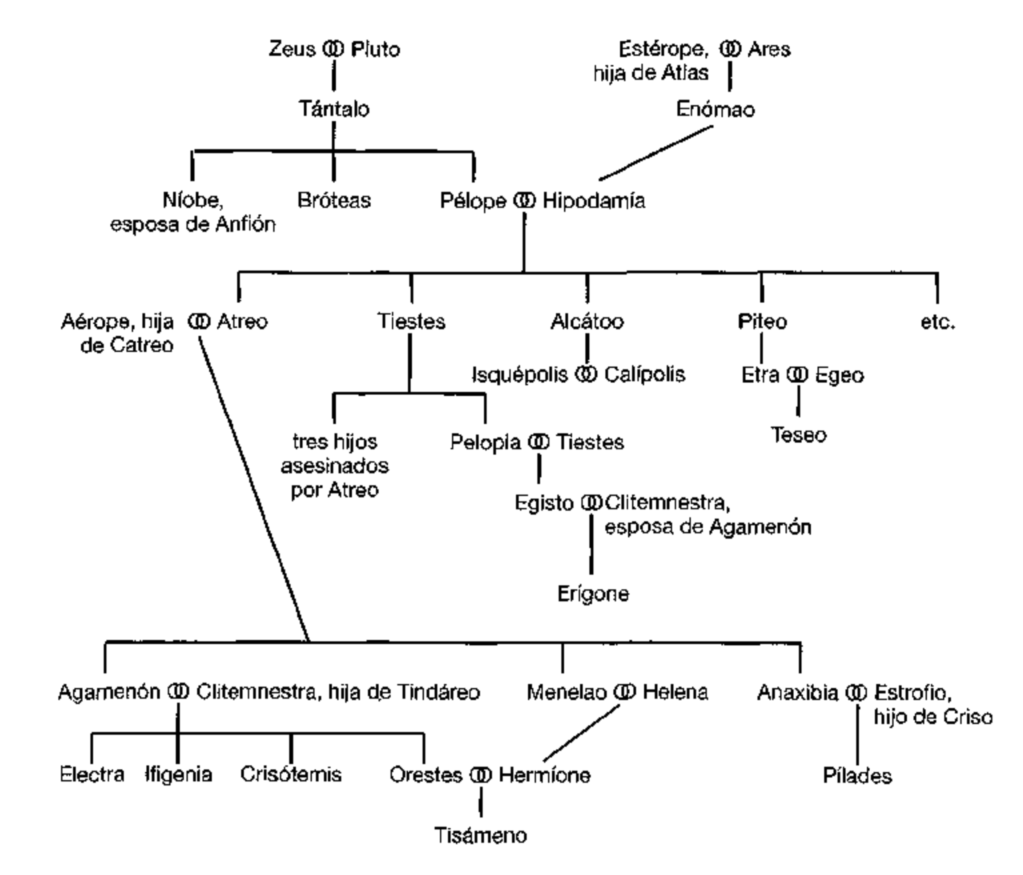


Nota: los nombres en cursiva son los que no aparecen en Homero (cf. pp. 429-430).

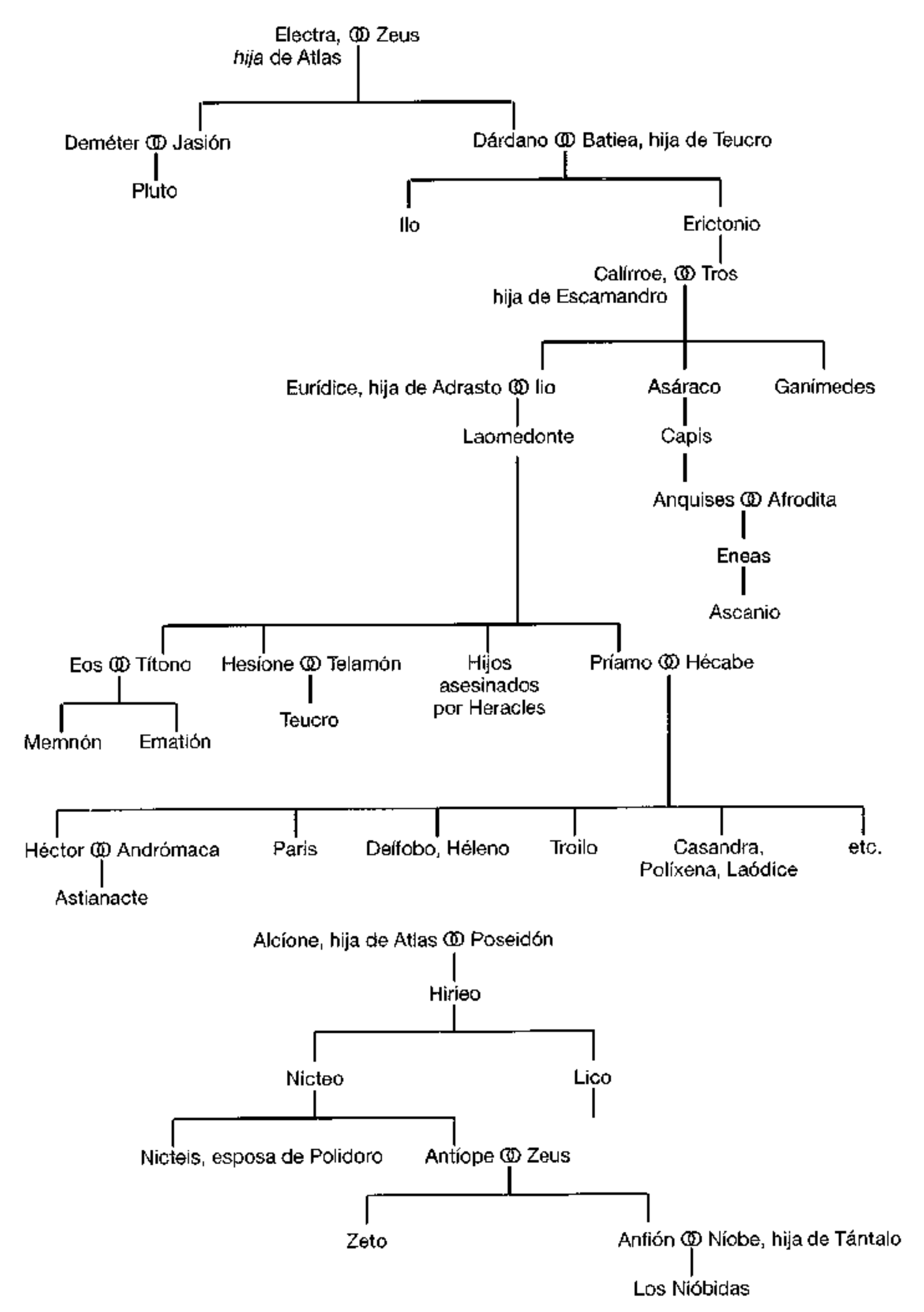
14. Deucaliónidas VI: los descendientes de Bias



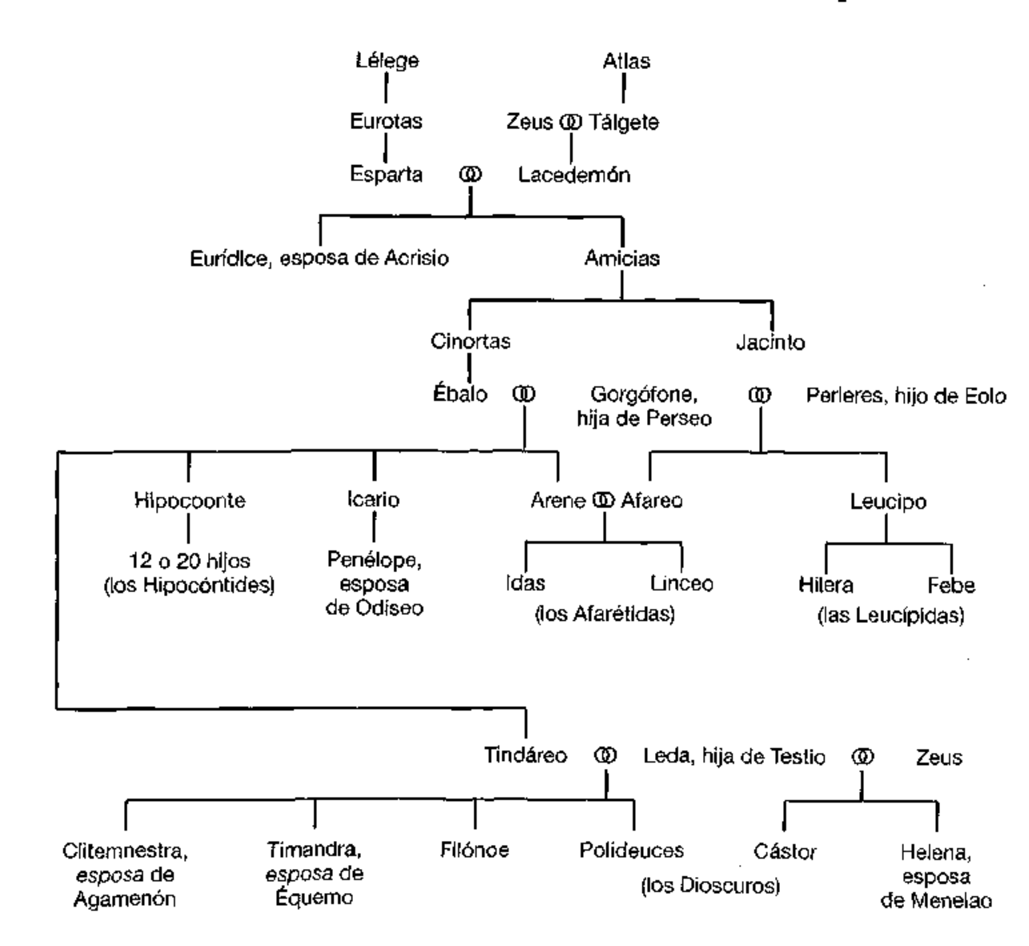
15. Los Pelópidas



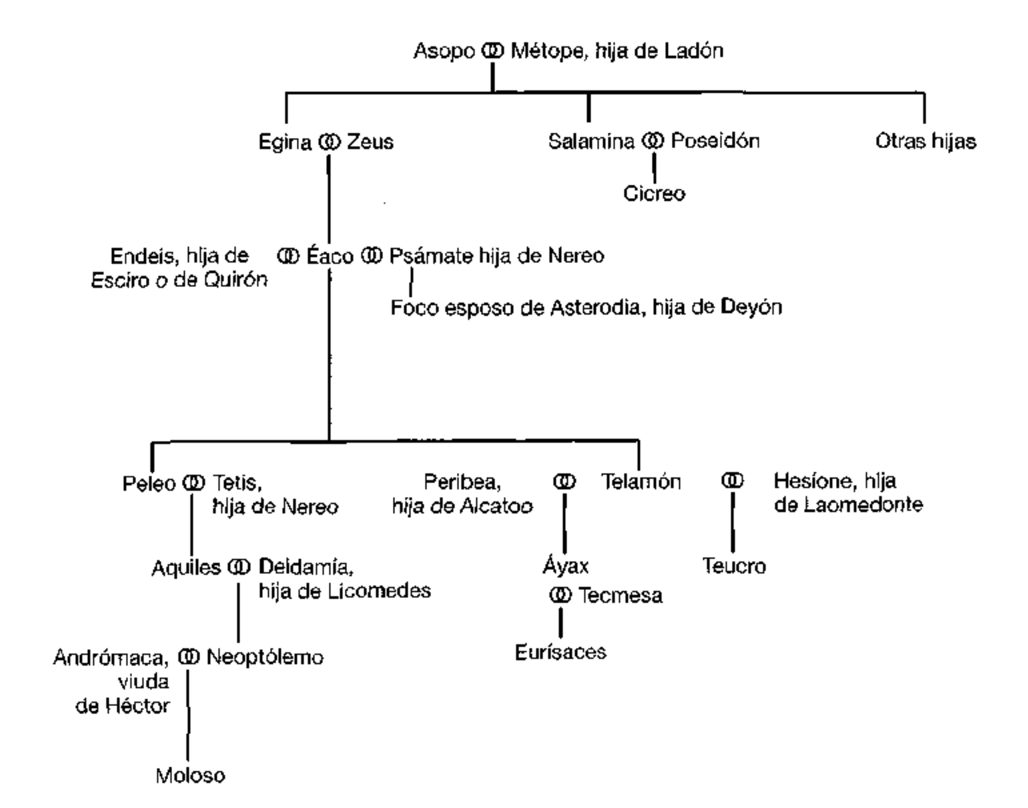
16. Atlántidas I: la familia real troyana y los descendientes de Alcíone



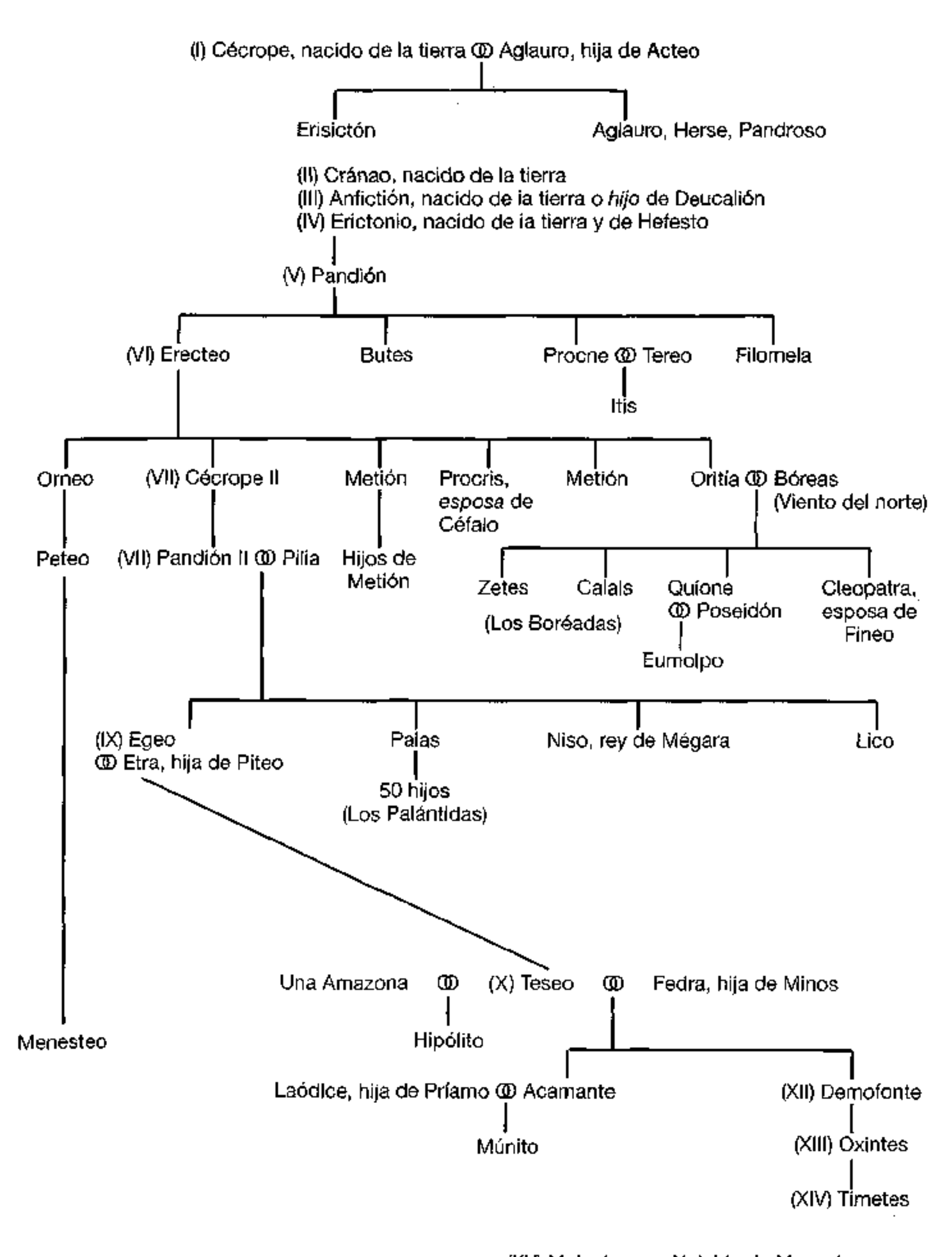
17. Atlántidas II: la primera familia real espartana



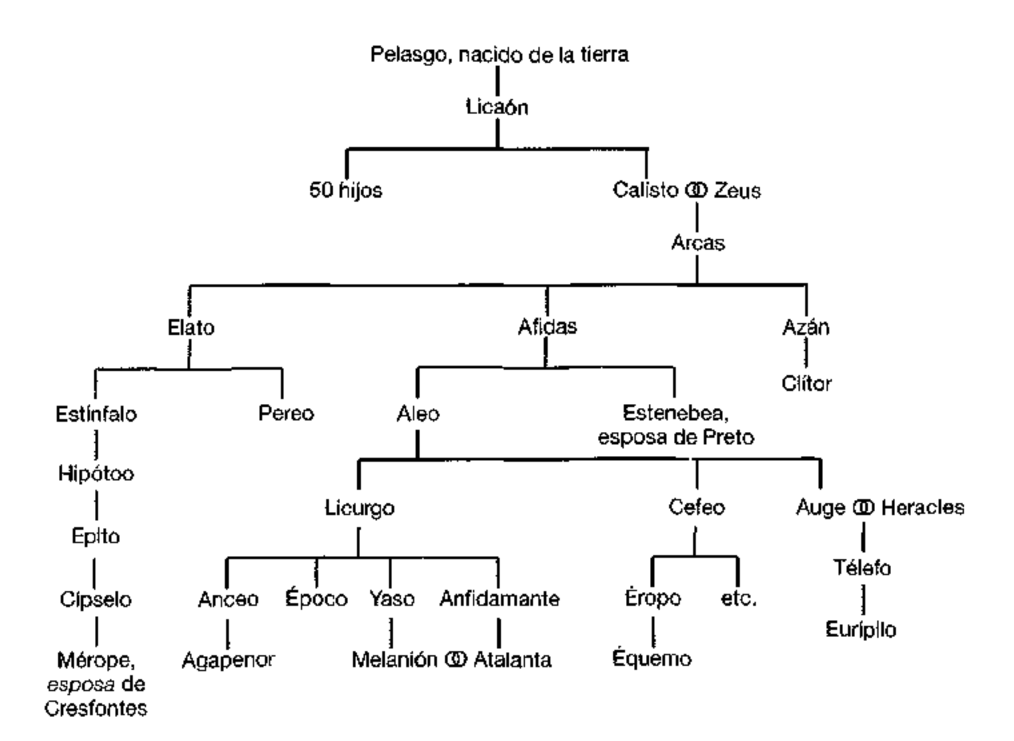
18. Los Asópidas



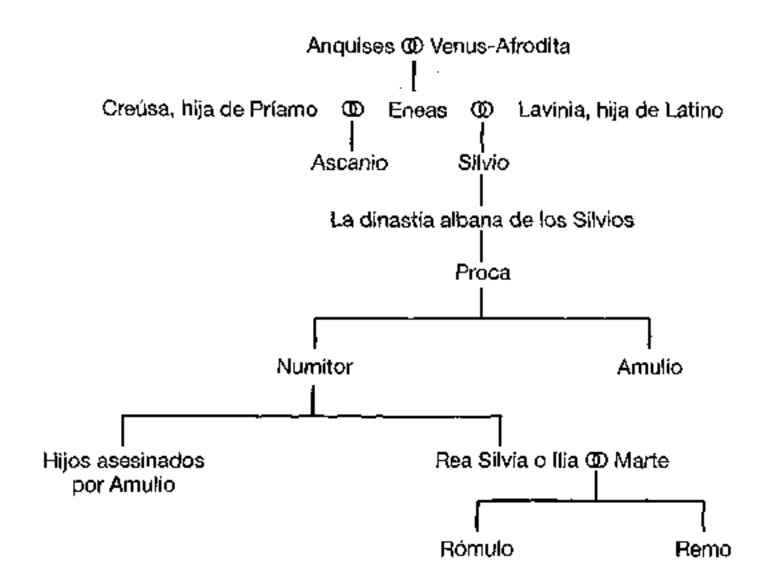
19. Los reyes de Atenas



20. La familia real arcadia



21. Los antecesores troyanos de Rómulo



Índice onomástico

Índice geográfico parcial